

Tesis doctoral
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA

**EXILIO, LIBERALISMO Y REPUBLICANISMO EN EL MUNDO
ATLÁNTICO HISPANO, 1814-1834**

Juan Luis Simal Durán

Director de la tesis: Juan Luis Pan-Montojo González

2011

A mis padres, Luis y Guadalupe

ÍNDICE

Agradecimientos	8
Introducción	9
I CONTEXTOS HISTÓRICOS E HISTORIOGRÁFICOS	18
Capítulo 1. Historia atlántica, liberalismo y republicanismo	19
1 <i>Un punto de vista atlántico para la historia española en la era de las grandes revoluciones</i>	21
2 <i>Una introducción al problema del liberalismo y el republicanismo en el mundo hispánico</i>	31
3 <i>¿Qué nos enseñan los debates sobre el republicanismo y el liberalismo en la historiografía anglosajona?</i>	36
4 <i>El republicanismo en el mundo atlántico hispano</i>	52
4.1 Republicanismo en la Península	55
4.2 Republicanismo en Hispanoamérica	68
Capítulo 2. Exiliados y conspiradores en la Restauración, 1814-1834	74
1 <i>Un contexto global: La Europa posrevolucionaria y la Restauración</i>	75
2 <i>El exilio en la Restauración</i>	83
3 <i>Las sociedades secretas y la retórica de la conspiración</i>	92
II GEOGRAFÍA Y REDES DEL EXILIO, 1814-1834	98
Capítulo 3. El primer exilio liberal	99
1 <i>La Restauración y el exilio en Francia, 1814-1820</i>	100
2 <i>Los primeros años de la Restauración vividos desde Gran Bretaña, 1814-1820</i>	108
3 <i>La primera Restauración y el primer exilio en España, 1814-1820</i>	116
3.1 El regreso de Fernando VII como rey absoluto	117
3.2 Represión y exilio de los afrancesados	120
3.3 Represión y exilio de los liberales	129
3.4 El Gobierno y la inalcanzable amnistía	144
3.5 Afrancesados y liberales, ¿colaboradores frente a Fernando VII	157
4 <i>Exiliados europeos en América: bonapartistas y liberales españoles</i>	163
Capítulo 4 El Trienio Constitucional en España y el segundo exilio liberal, 1820-1823. La matriz del liberalismo internacional	171
1 <i>El liberalismo en acción y la persistencia del absolutismo en España</i>	173
1.1 Ferdinandus Septimus Dei gratia et Constitutione Monarchiae Hispaniarum Rex	173
1.2 Gobiernos liberales y sus medidas: alcances y límites	179
1.3 La politización constitucional durante el Trienio	182
1.4 La división del liberalismo	185
1.5 La contrarrevolución	188
1.6 La radicalización de la revolución y la guerra civil	190
1.7 La cuestión americana	193

<i>2 El impacto en Europa de la revolución española de 1820</i>	201
2.1 Nápoles y Piamonte	203
2.2 Portugal	207
2.3 Francia	209
2.4 Gran Bretaña	214
2.5 Alemania	216
<i>3 El exilio de los realistas españoles</i>	217
<i>4 Exiliados y voluntarios europeos en la España del Trienio</i>	223
<i>5 Los Cien Mil Hijos de San Luis y la oposición liberal internacional</i>	231
 Capítulo 5. El tercer exilio liberal, 1823-1830. La gran diáspora	256
<i>1 La represión y el tercer exilio liberal</i>	257
1.1 La represión	257
1.2 La salida hacia el exilio	267
<i>2 El viejo mundo</i>	272
2.1 Gran Bretaña, centro internacional de refugiados, 1823-1830	273
2.1.1 Gran Bretaña en la década de 1820	273
2.1.2 Gran Bretaña y el exilio	274
2.1.3 El apoyo británico a los exiliados liberales	281
2.1.4 Londres, punto de encuentro de exiliados	292
2.2 Exiliados en Francia, 1823-1830	294
2.2.1 Francia en la década de 1820	294
2.2.2 Francia y el exilio	297
2.3 Otros destinos: Suiza, Bélgica, Portugal, Italia, Malta, Imperio Otomano	310
<i>3 El Nuevo Mundo</i>	314
3.1 Estados Unidos	315
3.1.1 Estados Unidos en la década de 1820	315
3.1.2 Exiliados en Estados Unidos	319
3.2 Hispanoamérica	326
3.2.1 Exiliados europeos en Hispanoamérica	328
3.2.2 El exilio en las nuevas naciones hispanoamericanas: México, 1821-1831	329
 Capítulo 6 Las revoluciones de 1830 y el cuarto exilio liberal. La diáspora liberal II	342
<i>1 El ciclo revolucionario de 1830</i>	343
<i>2 Francia, nuevo centro internacional de refugiados</i>	351
2.1 La cuestión de los refugiados en Francia: subsidios y depósitos	355
2.2 La vida en los depósitos	377
<i>3 Las amnistías españolas y el lento regreso de 1832-1834</i>	382
 III PROYECTOS Y REALIZACIONES DEL LIBERALISMO INTERNACIONAL EN EL EXILIO	391
 Capítulo 7 La conspiración universal: complots revolucionarios y expediciones insurreccionales, 1814-1833	392
<i>1 Las sociedades secretas y la conspiración universal</i>	393
<i>2 La lucha armada contra la monarquía absoluta española</i>	408
<i>3 La cooperación internacional</i>	434
3.1 El exilio, forjador de redes internacionales	434
3.2 El filohelenismo y el liberalismo internacional	455

3.3 La solidaridad ibérica: españoles y portugueses contra el absolutismo en la Península	459
Capítulo 8 La imprenta y la educación en el exilio español	472
1 <i>La imprenta en el exilio</i>	474
1.1 La representaciones de los afrancesados	474
1.2 La imprenta del exilio liberal	477
2 <i>Las empresas editoriales</i>	488
3 <i>La batalla por la opinión pública internacional</i>	506
4 <i>La necesidad y la virtud de educar</i>	527
IV CULTURAS E IDENTIDADES POLÍTICAS EN EL EXILIO	540
Capítulo 9 Liberalismo, republicanismo e identidad en el exilio	541
1 <i>La causa internacionalista liberal</i>	542
1.1 El discurso del liberalismo internacional	542
1.2 Revolución, contrarrevolución y civilización	555
1.3 Sobre héroes y tumbas. La dimensión simbólica del liberalismo internacional	561
2 <i>Los límites de la patria: la identidad española en en exilio</i>	569
2.1 España e Hispanoamérica en la opinión pública internacional	571
2.2 Historia, imperio y liberalismo	574
2.3 La patria en el exilio	582
3 <i>Liberalismo, republicanismo y la herencia del exilio</i>	596
3.1 Exilio y moderación: una relación no tan estrecha	596
3.2 Republicanismo en el exilio	603
3.3 América y la república	617
CONCLUSIONES	630
CONCLUSION (English)	652
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	673

AGRADECIMIENTOS

Mi mayor deuda la he contraído con el director de esta tesis, Juan Pan-Montojo. No puedo imaginar un director mejor. Ha leído con asombroso detenimiento un gran número de versiones de cada uno de los capítulos de este trabajo, corrigiendo errores, advirtiendo de omisiones y aportando siempre comentarios lúcidos que han mejorado el conjunto. Más allá de lo estrictamente académico, siempre me ha animado a continuar con la investigación en los momentos duros y me ha honrado con su amistad.

He aprendido mucho de los profesores del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid, algunos de los cuales además han mostrado un continuado interés en mi trabajo, han debatido conmigo aspectos específicos de la tesis y me han ofrecido su apoyo: Carmen de la Guardia, Carmen García, Hugo García, Ángeles Hijano, Jesús Izquierdo, Manuel Pérez Ledesma, Florencia Peyrou, Juan Pro y Pilar Toboso.

Quiero agradecer también a mis compañeros y amigos doctorandos en la Universidad Autónoma de Madrid –algunos además cómplices en la Asociación Historia Autónoma– por crear un ambiente ideal en el que desarrollar nuestras investigaciones y en el que aprender los unos de los otros. Afortunadamente cada vez somos más, pero entre ellos no puedo dejar de mencionar a Patricia Arroyo, Miguel Artola Blanco, Cristina Luz García, Sol Glik, Rubén González Cuerva, Marcelo Luzzi, María Miguelañez, Irene Moreno, Ángela Pérez del Puerto, y, en especial, Darina Martykánová, cuyos penetrantes comentarios y continuos ánimos han contribuido a mejorar esta tesis.

Uno de los grandes estímulos que me ha ofrecido esta tesis ha sido que requería visitar múltiples lugares, lo que me ha permitido, además de seguir la pista a unos señores (y alguna señora) que salieron por motivos menos atractivos de España hace casi dos siglos, conocer algunos lugares y personas maravillosos.

En la Universidad de Georgetown, Washington D. C., tuve la fortuna de asistir a las clases y seminarios de varios de sus extraordinarios profesores, de los que aprendí mucho más de lo que ellos creen. Mi agradecimiento a John Tutino, Adam Rothman, Alison Games y, en especial, John McNeill. En Londres, Gregorio Alonso no solo me facilitó la estancia en King's College London, sino que la hizo mucho más agradable y divertida. En la Universidad Nacional Autónoma de México, Alfredo Ávila, Martín Ríos, Sergio Miranda, Maru Vázquez Semadeni, además de Dinorah Pesqueira y Nadia Troncoso, hicieron de mi estancia en la Ciudad de México una experiencia inolvidable. En París, Jordi Canal me acogió con generosidad en la EHESS y tuve la suerte de conocer a Jeanne Moisand, de la Universidad de París, y comenzar con ella una serie de colaboraciones que espero que continúen. El estupendo ambiente de El Colegio de España contribuyó a mejorar la estancia.

Tengo la inmensa suerte de contar con una larga lista de amigos que me han apoyado constantemente a lo largo de los largos años que ha llevado finalizar esta tesis. Algunos han estado junto a mí desde la infancia, como Santi, Pablo, Álvaro, Álvaro o José. A otros muchos los he ido encontrando a lo largo de los años (algunos de ellos gracias a esta investigación): Jorge, Beatriz, Allyn, Daniella, Sergio, Belén, Borja, Julián, Carlos, Paula, Kristine, Craig, Matteo, Björn, Jan, Markus, Miguel, Elena, Claudia, Nuria, Ben, Sarah, David, Vanessa, Kathrin, Cristina, Rocío, Estela, Susana, Juan Antonio y muchos más. A todos ellos les estoy agradecido. Mis mayores agradecimientos van a mi familia, y en especial a mis padres, Luis y Guadalupe, por su apoyo y amor incondicional. A ellos está dedicada este trabajo.

Algunas partes y argumentos de esta tesis han sido expuestos en varios congresos y seminarios, entre ellos el Seminario de Historia Cultural de la Política celebrado en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid, el Seminario de Investigación de la Universidad Complutense y el Seminari de Discussió d'Història Cultural de la Universidad de Valencia. Agradezco la invitación a participar en ellos a sus organizadores, así como las valiosas observaciones y consejos que los comentaristas y los participantes en los seminarios me ofrecieron, en especial María Cruz Romeo Mateo, Raquel Sánchez García, Josep Ramon Segarra, Ferran Archilés y Xavier Andreu.

Finalmente, agradezco a la Fundación Ramón Areces por la ayuda financiera prestada durante los últimos años, así como a la Universidad Autónoma de Madrid por las ayudas concedidas para realizar varias estancias de investigación en el extranjero. Una Beca Teixidor me permitió realizar la estancia en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

INTRODUCCIÓN

Uno de los más grandes historiadores del siglo XX, el alemán Reinhart Koselleck, en un texto en el que efectuaba un recorrido por la política europea de la primera mitad del siglo XIX, al referirse a la Cuádruple Alianza y la intervención francesa y británica en España durante la primera Guerra Carlista, afirmaba que “España era demasiado grande, y sobre todo los españoles demasiado orgullosos para resignarse a las intervenciones extranjeras; al mismo tiempo, su país se hallaba demasiado desgarrado políticamente para que pudiera llegar a consolidarse antes de un agotamiento total. Así quedaba demostrada de nuevo la relativa autonomía y singularidad del proceso español”¹.

Lo primero que llama la atención de esta cita es que aparecen demasiados “demasiados”: España era “demasiado grande”, los españoles “demasiado orgullosos” y su política estaba “demasiado desgarrada”. Para Koselleck, España parece estar más allá de la norma. Sin embargo, esta visión de los españoles como “orgullosos” —como si fuera un rasgo esencial del carácter nacional— y de España como un caso excepcional y apartado del *mainstream* de la evolución política del continente, no tiene en cuenta que, a lo largo del primer tercio del siglo XIX, España fue uno de los principales focos del constitucionalismo europeo e ignora la intensa implicación española en los asuntos políticos continentales y su papel en la aparición de un discurso internacionalista (o europeísta) movilizado en buena parte por asuntos hispanos.

Las intervenciones extranjeras no son fenómenos unidireccionales. Desde que en 1808 se produjo la invasión francesa de España, que culminó con la sustitución de la monarquía borbónica por una bonapartista, hubo importantes sectores de la sociedad española, especialmente dentro de sus elites —los conocidos como *afrancesados*—, que no solo la aceptaron sino que la vieron como la solución a los problemas del país. Asimismo, la segunda intervención francesa en España en quince años, la invasión militar de los llamados Cien Mil Hijos de San Luis que puso fin al Trienio Constitucional en 1823, había venido siendo solicitada durante meses por los ultrarrealistas españoles, en un contexto en el que entendían que los asuntos españoles formaban parte de la evolución general del continente europeo. La intervención no fue únicamente una estrategia de las grandes potencias europeas para resolver un problema

¹ La cita pertenece a la aportación de Koselleck a una obra colectiva escrita junto a Louis Bergeron y François Furet, *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1976, p. 258.

ordinario del extremo sur del continente, sino que fue solicitada directamente por Fernando VII y los absolutistas españoles con el propósito de influir en los acontecimientos políticos que las fuerzas reaccionarias locales no eran capaces de modificar por sí solas. La guerra de España tuvo, además, una importancia capital en la evolución política de la Europa restaurada.

No es exagerado decir que en la historiografía internacional existe una llamativa desatención del caso español, más allá de estudios especializados. La mayor parte de las obras de carácter general y comparativo de la historiografía internacional sobre el periodo excluyen o tratan de manera muy reducida el caso español. Afortunadamente, existen excepciones, cada vez mayores, a este olvido. Una de ellas es el reciente libro de Jacques Solé, *Révolutions et révolutionnaires en Europe*. En su análisis de la revolución como fenómeno definitorio del largo siglo XIX europeo, esta obra dedica una mayor atención a países “pequeños” o “secundarios” como Portugal, Polonia, Bélgica o Grecia. Sin embargo, para el caso de España, su análisis sigue pecando de una visión en última instancia pesimista y fatalista, y emplea una bibliografía poco atenta a los tratamientos e inquietudes de los historiadores españoles más recientes².

Ahora bien, de esta situación no son responsables únicamente los historiadores extranjeros, sino que muchos españoles han participado también en la construcción de una imagen historiográfica de España marcada por la excepción. Un destacado historiador español, Alberto Gil Novales, autor de una obra monumental de inevitable referencia para estudiar el primer liberalismo español y el Trienio Constitucional en particular, e impulsor de los estudios sobre el periodo, ha cultivado una influyente visión de la *revolución burguesa española* como incompleta³. En su narración de impronta marxista, la *burguesía* —moderada en su mayor parte cuando no claramente reaccionaria— pactó con las fuerzas del Antiguo Régimen para afianzar los avances parciales obtenidos en la revolución, dejando de lado al *pueblo*, que era de esta forma traicionado. Gil Novales consideraba que la revolución liberal española renunció a ser democrática porque excluyó a la gran masa de la población —que gracias a ello pudo ser movilizadora por la contrarrevolución— y en este sentido incidía en la imagen de España como un *late comer* revolucionario burgués, retrasado respecto de los modelos

² Jacques SOLÉ, *Révolutions et révolutionnaires en Europe, 1789-1918*, París, Gallimard, 2008.

³ Véase especialmente *Las sociedades patrióticas*, Madrid, Tecnos, 1975; *El Trienio Liberal*, Madrid, Siglo XXI, 1989; y los diccionarios biográficos dirigidos por él: *Diccionario biográfico del Trienio Liberal*, Madrid, El Museo Universal, 1991 y *Diccionario biográfico de España (1808-1833). De los orígenes del liberalismo a la reacción absolutista*, Madrid, Fundación Mapfre, 2010.

europeos. Así, por ejemplo, Gil Novales afirmaba que “[a] diferencia de lo ocurrido en Francia, en España la burguesía quiere llegar a la transformación social de acuerdo con las fuerzas del Antiguo Régimen –a costa del pueblo (aunque con la excepción necesaria de la desamortización eclesiástica). El resultado fue el siglo XIX español, que ya conocemos, burgués a la larga, pero caótico y mezquino en sus líneas dominantes, un siglo que no pudo satisfacer nunca las aspiraciones populares”⁴. En este supuestamente defectuoso siglo XIX Gil Novales localiza una explicación secular a la atormentada historia de España: “La forma peculiar de llevar a cabo nuestra revolución burguesa nos condujo, a través de las dictaduras del siglo XIX, de los problemas coloniales y de la insatisfacción perpetua del pueblo, al franquismo”⁵.

La historiografía reciente ha querido dejar atrás estas posturas, “normalizando” e “internacionalizando” la historia de España. Además, se ha dejado atrás una historia de España tejida exclusivamente como relato nacional.

Siguiendo esta perspectiva, este trabajo aspira a mostrar la historia española del primer tercio del siglo XIX desprovista de referencias teleológicas, dentro de un esquema de normalidad y de comparación e interacción con el resto de países de su entorno, para poder observar la evolución del liberalismo y el republicanismo –español y euroatlántico— como fenómenos transnacionales. Centrarse en mostrar las semejanzas de España con Europa para demostrar que España no es diferente de ella, no deja de ser una forma de reconocer esa inferioridad asumida, y de admitir que, después de todo, España sí es diferente. Pero es precisamente al aceptar esa diferencia –a lo que paradójicamente se puede llegar resaltando la historia conectada— cuando se puede poner de relevancia que la singularidad es lo “normal”. Parafraseando a dos historiadores españoles, España es “un país tan extraño como cualquier otro”⁶.

Este trabajo quiere ofrecer también una perspectiva “desnacionalizadora” con el propósito de superar la ceguera que supone considerar los estados actuales como el

⁴ “Revolución francesa y liberalismo español”, en Alberto GIL NOVALES, *Del Antiguo al Nuevo Régimen en España*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986, p. 87. Por otra parte, para Gil Novales el liberalismo español no era más que una mera “sucesión lineal” de la Ilustración española, que también había sido defectuosa. Por lo tanto, en su opinión, a una “Ilustración débil en su periodo histórico” corresponde un liberalismo también débil en su momento histórico”; “Ilustración y liberalismo en España”, en *Del Antiguo al Nuevo Régimen*, p. 56.

⁵ “Las contradicciones de la revolución burguesa española” en *Del Antiguo al Nuevo Régimen*, pp. 275-290.

⁶ Ferran ARCHILÉS y M. MARTÍ, “Un país tan extraño como cualquier otro: la construcción de la identidad nacional española contemporánea”, en María Cruz Romeo e Ismael Saz, *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, 2002. Sobre la cuestión de la *normalidad* española en perspectiva comparada, véase la introducción de Nigel TOWNSON al libro por él dirigido, *¿Es España diferente? Una mirada comparativa (siglos XIX y XX)*, Madrid, Taurus, 2010.

marco único de actuación política en un tiempo muy distinto. España, el estado nacional que hoy conocemos, y desde la década de 1830 con unas colonias claramente diferenciadas de la metrópolis por la legislación y las prácticas políticas, se formó en este período a partir de la disolución conflictiva de un imperio trasatlántico. Dentro de este proceso, me centraré en las relaciones y conexiones establecidas entre peninsulares y americanos en el proceso revolucionario y postrevolucionario, pero a la vez reflexionaré sobre cómo se fue configurando gradual y dramáticamente la nueva identidad española en el exilio. Pondré el foco en quienes participaron en un proyecto para la nación española, aunque intentando poner de manifiesto que esos sujetos resultarían mutilados e incomprensibles si no se tiene en cuenta que ellos se veían a sí mismos como integrantes de una empresa común, transfronteriza, que incluía también a otras naciones europeas.

Durante el marco cronológico tratado en este trabajo, España participó en la construcción de un orden internacional liberal con una experiencia no tan diferente de la de otros países europeos y americanos. Sin ánimo de incidir en una visión dicotómica de las “dos Españas” —porque en ese caso habría también dos Portugales, Francias o Italías— lo cierto es que en el primer tercio del siglo XIX hubo apreciables sectores de la sociedad española que lucharon para transformar la situación en la que vivían y crear una España liberal que ellos aspiraban a convertir en moderna y avanzada. Esto lo hicieron, además, de forma paralela y en colaboración con individuos y grupos de otros países que compartían ideologías y experiencias similares a las españolas. Esta fue una lucha caracterizada por la perseverancia, porque en muchas ocasiones la contrarrevolución llevó las de ganar, lo que se tradujo en represión y exilio de los liberales. Sin embargo, también hubo exiliados entre las filas de la contrarrevolución, que tuvieron que abandonar sus países cuando los liberales accedieron al poder, especialmente en España.

Es precisamente a través del exilio que se quiere examinar la posición internacional de España en las primeras décadas del siglo XIX. El exilio fue un fenómeno de carácter europeo, occidental, no la prueba de una específica inestabilidad política española o de las dificultades excepcionales que encontró el liberalismo español para imponerse frente a un Antiguo Régimen local invulnerable. El exilio era una muestra más del enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución que marcó globalmente el siglo XIX.

¿Cuál fue la posición de España en este contexto marcado por la revolución, la reacción y el exilio? Un gran especialista en el periodo, el historiador constitucional Joaquín Varela Suanzes-Carpegna, ha establecido el paradigma mayoritariamente adoptado por la historiografía sobre el papel del exilio en la evolución del liberalismo español. Este autor otorgó al exilio un papel central en el proceso de consolidación del liberalismo moderado que acabaría imponiéndose en España gracias al contacto que proporcionó con modelos como el británico o el doctrinario francés. En sus palabras, “naturalmente, las nuevas ideas constitucionales no surgieron de repente”, pero, en definitiva, su interpretación coloca a los liberales españoles exiliados como receptores de ideas políticas desarrolladas en otros lugares⁷.

Lo que este trabajo discute es esa primacía de la recepción para el caso español en un contexto internacional de elaboración del liberalismo porque, como se intentará mostrar, España jugó un papel importante en la generación y comprensión del liberalismo del primer tercio del siglo XIX, y desde luego no tuvo el rol pasivo que corresponde a un receptor. Por otra parte, al examinar la experiencia del exilio de los liberales españoles, la historiografía ha tendido a adoptar un punto de vista centrado en la teoría política —en gran parte debido a la influencia de la obra de Varela Suanzes-Carpegna, que como historiador del Derecho ha mostrado más interés por la historia constitucional, de las instituciones y de los grandes pensadores— mientras que la visión que aquí se ofrece está más cercana a una historia cultural de la política, o a una historia de la cultura política. Desde este punto de vista, se enfatizará la fuerza y presencia del pensamiento republicano en el mundo hispano, que ha sido por lo general considerado como marginal. En Hispanoamérica, tras la disolución de la Monarquía española, se formaron repúblicas en todos los nuevos países. En cambio, una salida institucional a la crisis de la monarquía en forma republicana era impensable en la Península, e incluso aquellos peninsulares que estaban a favor de la república como forma de gobierno para América —una postura a la que muchos de ellos llegaron en el exilio— la descartaban para España. Sin embargo, desde el inicio de la crisis constitucional en 1808, un gran número de liberales, tanto peninsulares como americanos, habían abogado a favor de la regeneración de España a través de una serie de reformas políticas, económicas, sociales y culturales que se encontraban marcadas por la presencia de fuertes valores heredados

⁷ Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA, “El pensamiento constitucional español en el exilio: el abandono del modelo doceañista (1823-1833)”, en *Revista de Estudios Políticos*, (Nueva Época), n° 88, abril-junio 1995, pp. 63-90.

de la tradición republicana. En el exilio, alejados de las restricciones que encontraban en casa a la exposición abierta de ideas republicanas, y en un ambiente favorable a ellas, varios de ellos pudieron exponer su imaginario republicano, especialmente alrededor del concepto de patria.

En este sentido, en las siguientes páginas se quiere subrayar la importancia de los contextos y de las argumentaciones, y no tanto la coherencia de doctrinas políticas establecidas por grandes pensadores. En esta perspectiva se puede apreciar que existe una influencia por parte de temas y metodologías afines a la obra de autores como Quentin Skinner. En primer lugar, por el análisis de la retórica, es decir, de cómo los individuos —tanto los exiliados como los que estaban en contacto con ellos— se justificaban a sí mismos retóricamente al dirigirse a sus contemporáneos con el objetivo de convencerlos o movilizarlos en una dirección determinada. Desde mi punto de vista, el desarrollo de esta retórica, en especial por parte de exiliados, fue fundamental para la construcción de un discurso liberal internacionalista/europeísta (y también uno contrarrevolucionario). En segundo lugar, por la importancia dada a la reconstrucción del contexto en el que estos discursos se produjeron, así como la del lenguaje empleado en ellos (por ejemplo, en la difusión y aceptación de la identidad de *liberal*). Por último, por la importancia dada a la aportación de autores no canónicos, aunque sin olvidar a importantes teóricos del liberalismo y del tradicionalismo porque su relación con el exilio y los exiliados fue importante.

El marco cronológico de este trabajo (1814-1834) está delimitado por dos fechas que marcan la historia del exilio en España, pero que tienen también una importante significación internacional. En 1814 se produjo el regreso de Fernando VII al trono de España y la eliminación de la obra constitucional gaditana, y comenzó la persecución de los liberales y los afrancesados, muchos de los cuales tuvieron que salir hacia el exilio. 1814 marca además la fecha de la derrota de Napoleón —en la que los acontecimientos peninsulares tuvieron mucho que ver— y de la primera Restauración europea, que sería fugazmente desandada por el regreso de Napoleón durante los Cien Días. Veinte años después, a la altura de 1834, tras la muerte de Fernando VII el año anterior y la promulgación de una serie de amnistías, habían regresado ya la mayoría de los exiliados españoles a un país en el que, tras la promulgación del moderado Estatuto Real, se iniciaba una andadura liberal desafiada por la contrarrevolución carlista. Pero 1834 fue también el año de la firma de la Cuádruple Alianza entre España, Portugal, Francia y Gran Bretaña, que definiría la inserción internacional de la Península Ibérica en los

siguientes años, y el año de la formación de la *Joven Europa* de Mazzini, que abriría una nueva fase en el internacionalismo liberal y republicano, que culminaría en las revoluciones de 1848.

Entre ambas fechas, el exilio había marcado la historia de España, pero también la del resto de Europa y América. La vuelta de los príncipes absolutistas tras la derrota de Napoleón, la recuperación de las potencias reaccionarias europeas, la creación de la Santa Alianza, la formación del sistema europeo de Congresos y la represión con la que las monarquías restauradas respondieron a la pervivencia de sectores revolucionarios o únicamente descontentos, provocó que muchos de ellos se vieran obligados a abandonar sus países de origen para buscar refugio en aquellos lugares en los que las circunstancias políticas se adecuaban a sus ideales, o en los que, simplemente, podían cobijarse.

La tesis está dividida en cuatro partes. En la primera, “Contextos históricos e historiográficos”, se establecen las coordenadas historiográficas en las que se mueve el resto del trabajo, destacando las aportaciones que para la elaboración de una historia transnacional ha tenido la conocida como Historia atlántica y la contribución de la historiografía anglosajona al debate sobre la relación entre liberalismo y republicanismo. En ambos casos, me interrogo hasta qué punto estas tendencias historiográficas son útiles para la historia de España y del mundo hispánico.

En la segunda parte, “Geografía y redes del exilio, 1814-1834”, se examinan la serie de exilios ocurridos durante la Restauración, centrados en el caso español, y tomando cuatro puntos de inflexión: 1814, 1820, 1823 y 1830. Estos años marcaron cuatro grandes olas de emigración política: la primera en 1814, que llevó al exilio a los liberales y afrancesados españoles, así como a un gran número de bonapartistas de todas las nacionalidades. Una segunda se dio en 1820-1821, y afectó a aquellos que tuvieron que salir de Nápoles y Piamonte tras la intervención austriaca que puso fin a sus experimentos liberales y de Francia tras el fracaso de los planes insurreccionales llevados a cabo por sectores opositores a la monarquía borbónica. Muchos de ellos se refugiaron en España, que en ese momento se encontraba bajo un régimen constitucional. La tercera se produjo tras la invasión francesa de España en 1823, que repuso a Fernando VII en el trono absoluto. La cuarta tuvo lugar tras la represión de las revoluciones de 1830 en Italia, Polonia y Alemania. A lo largo de estos capítulos, se intentará mostrar el papel central que el exilio tuvo en la formación y extensión del liberalismo a nivel internacional y cómo contribuyó a poner en contacto a liberales de

varios países, promoviendo la forja de redes intelectuales que comunicaban distintas zonas del mundo occidental.

La tercera parte, “Proyectos y realizaciones del liberalismo internacional en el exilio”, abandona un criterio estrictamente cronológico para analizar las acciones del exilio español en un contexto global, centrándose en las tres actividades centrales a las que se dedicaron los exiliados durante sus años de emigración: conspirar para derribar violentamente a la monarquía de Fernando VII, escribir obras de carácter político con un propósito complementario al anterior, y participar en proyectos educativos conectados con el ideario liberal y republicano, puestos en práctica en especial en Hispanoamérica.

Por último, en la cuarta parte, “Culturas e identidades políticas en el exilio”, se analiza el desarrollo del liberalismo y el republicanismo en el exilio, prestando especial atención a la formación discursiva de una causa internacionalista liberal y a su dimensión simbólica. Liberalismo y republicanismo son situados en torno a la polémica que, alrededor del concepto de civilización, se estableció durante la Restauración entre revolución y contrarrevolución. Asimismo, en este apartado se reflexiona sobre la identidad española en el exilio, en el contexto de la desintegración del imperio español y la aparición de nuevas adscripciones nacionales, y sobre la herencia del exilio para el liberalismo y el republicanismo en España.

Este trabajo emplea como base las obras de varios historiadores que desde hace décadas han centrado sus investigaciones en el primer liberalismo español, y en concreto en el estudio del exilio español y su relación con el liberalismo internacional. Entre estos autores destacan Rafael Sánchez Mantero, Irene Castells, Manuel Moreno Alonso, Claude Morange, Jean-René Aymes, Vicente Llorens, Alberto Gil Novales, Josep Fontana y Juan Francisco Fuentes⁸. Esta tesis aspira a complementar las obras de estos autores y a integrar en una narración más amplia sus aportaciones, además de completarlas con una investigación original realizada en fuentes primarias en parte inéditas. Para ello se han consultado fondos bibliográficos y de archivo en cinco países, aunque la cantidad ingente de fuentes disponibles ha impedido que a esta consulta se la pueda considerar definitiva. Quedará para siguientes investigaciones una profundización aun mayor en la materia, con la visita a nuevos archivos y el regreso a los ya

⁸ En la Bibliografía aparecen citadas sus obras.

consultados, que están lejos de estar agotados, aunque considero que con ello no se alterarán significativamente los aspectos y conclusiones expuestos en este trabajo.

Tras décadas de abandono, el exilio durante la Restauración está volviendo a ser estudiado bajo nuevas perspectivas, que destacan sus aspectos globales. En los últimos años han aparecido, al menos, dos obras sobre exiliados italianos y franceses y una sobre exiliados españoles en Inglaterra que tienen en común muchos puntos de vista con los expuestos en este trabajo⁹. Espero que esta tesis contribuya al desarrollo de este campo y al avance de una agenda de investigación que coloque al estudio del exilio en la dimensión internacional que le corresponde.

Finalmente, es necesario hacer una aclaración lingüística. Como en el texto aparecen citas en varios idiomas, con el propósito de agilizar la lectura todas ellas aparecen traducidas al castellano. Las únicas excepciones son las citas que abren los diferentes apartados que, por su carácter evocativo, he considerado más apropiado dejar en su lengua original, así como las que aparecen en las notas a pie de página. A no ser que se indique lo contrario, todas las traducciones son mías. Por otra parte, y por motivos similares, he decidido transcribir las citas en castellano actualizando su ortografía a las normas actuales, aunque en algunas ocasiones, cuando he considerado que convenía hacerlo así, las he mantenido en su forma original.

⁹ Maurizio ISABELLA, *Risorgimento in exile. Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford, Oxford University Press, 2009; Walter BRUYERE-OSTELLS, *La Grande armée de la liberté*, París, Tallandier, 2009; Christiana, BRENNECKE *Von Cádiz nach London. Spanischer Liberalismus im Spannungsfeld von nationaler Selbstbestimmung, Internationalität und Exil (1820–1833)*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2010.

I

CONTEXTOS HISTÓRICOS E HISTORIOGRÁFICOS

HISTORIA ATLÁNTICA, LIBERALISMO Y REPUBLICANISMO

En este capítulo inicial se examinan tres conceptos que constituyen la base historiográfica del trabajo: el de historia atlántica transnacional, el de liberalismo y el de republicanismo, con especial atención a los debates surgidos a su alrededor en la historiografía anglosajona. Este análisis se realiza con objetivos heurísticos, con el propósito de enfrentar la cuestión del exilio durante la crisis de la monarquía hispana en el periodo 1814-1834 desde una nueva perspectiva.

El concepto de historia atlántica ha emergido en los últimos años con fuerza, especialmente en el mundo académico anglosajón, y empieza a tener cada vez una presencia más destacada en el latinoamericano y en el de la Europa continental. Es justo decir que se ha convertido en una moda historiográfica. Reúne tanto la obra de historiadores consagrados como la de nuevas generaciones que trabajan en numerosos campos, como el económico, el político, el social, el cultural, el científico, el demográfico o el medioambiental. De una forma simple y directa, puede ser identificado con la afirmación de que el ámbito geográfico definido por el océano Atlántico —esto es, los continentes europeo, americano y africano— inició a comienzos de la Edad Moderna, fundamentalmente como consecuencia de la expansión marítima europea, un proceso de integración cuya consecuencia fue la formación de un mundo con rasgos comunes. La consecuencia esencial de esta hipótesis es que acontecimientos y procesos originarios de diversos lugares de este mundo adquieren una relevancia global, a la vez que ellos mismos son afectados por eventos en otros puntos del Atlántico¹. En este sentido, recogiendo la propuesta de la historia transnacional, propone una historia que va más allá de las separadas y generalmente artificialmente definidas historias nacionales y continentales y propone que los más importantes procesos de cambio sólo

¹ El vínculo transatlántico va más allá de la conexión entre sociedades humanas a ambos lados del océano. La expansión europea trajo consigo un intercambio biológico, casi siempre de forma no intencionada y a veces inadvertida, a través de la transmisión de especies euroasiáticas (animales, vegetales y microorganismos) a América y —con efectos de menor trascendencia— la exportación de productos americanos a Europa. Ver por ejemplo la obra pionera de Alfred CROSBY, *The Columbian exchange: Biological and cultural consequences of 1492*, Westport, Conn. Praeger, 2003 [1972].

pueden ser entendidos plenamente dentro de un marco de referencia global². Es decir, la historia atlántica es ante todo una construcción analítica³, como se examina en el primer apartado.

Además de discutir las oportunidades que abre la perspectiva atlántica, en este capítulo se efectúa una primera aproximación a dos términos que, junto con exilio, figuran en el título de esta tesis y necesitan un especial comentario: liberalismo y republicanismo. Ninguno de los dos es fácil de definir y miles de páginas se han escrito sobre sus orígenes y evolución, en debates historiográficos interminables por deducir sus respectivas “influencias”, cómo interactuaban o cuál de los dos tuvo mayor importancia en cada momento. Estas discusiones no ayudan a comprender históricamente el periodo, especialmente si se plantean desde una perspectiva dicotómica. De todas formas, la historiografía española no ha tratado en profundidad esta relación (muy presente en historiografías como la anglosajona o la francesa) en buena medida porque la tradición republicana ha sido por lo general presentada como marginal, al menos hasta mediados del siglo XIX.

Un ejemplo puede resultar ilustrativo de los efectos de la complicada convivencia de ambos términos. En 1933, durante la Segunda República, Miguel de Unamuno escribió una presentación a una biografía de Rafael del Riego, el héroe liberal por excelencia del siglo XIX⁴. En este texto el filósofo bilbaíno recordaba que en su juventud, marcada por la guerra carlista, aún “era corriente la frase de ‘ser más liberal’ que Riego”, pero lamentaba que “desde que ha empezado el descrédito del viejo, del genuino y castizo liberalismo español del siglo XIX, hasta esa frase ha pasado de moda. Ya no se siente todo lo que había de heroico en aquel constitucionalismo monárquico de tiempos de Fernando VII”. Unamuno se refería de esta forma al desprestigio en que el

² Sobre la historia transnacional véase: Micol SEIGEL, “Beyond Compare: Comparative Method after the Transnational Turn”, en *Radical History Review*, nº 91, 2005, pp. 62-90; C. A. BAYLY, Sven BECKERT, Matthew CONNELLY, Isabel HOFMEYR, Wendy KOZOL y Patricia SEED, “AHR Conversation: On Transnational History”, en *American Historical Review*, vol. 111, nº 5, 2006, pp. 1440-1464; Pierre-Yves SAUNIER, “Learning by Doing: Notes about the Making of the Palgrave Dictionary of Transnational History”, en *Journal of Modern European History*, nº 2, 2008, pp. 159-180.

³ Philip D. MORGAN y Jack P. GREENE, “Introduction: the Present State of Atlantic History”, en Greene y Morgan (eds.), *Atlantic History. A Critical Appraisal*, Nueva York, Oxford University Press, 2009, pp. 3-33.

⁴ “Juicio político de D. Miguel de Unamuno sobre el liberalismo”. El libro se titulaba *Riego. Estudio histórico-político de la revolución del año veinte*, y su autora era Eugenia Astur, pseudónimo de Enriqueta García Infanzón, descendiente de Riego. Fue publicado en Oviedo por la Escuela Tipográfica de la Residencia Provincial de Niños en 1933. Miguel Maura también escribió un texto introductorio de alabanza a la obra. Las citas son de las pp. ix-xii. Estos comentarios de Unamuno se ubican en un contexto, la década de 1930, en el que se intentó rescatar la valía del primer liberalismo frente al liberalismo oligárquico de la Restauración por parte de intelectuales como José Ortega y Gasset y Manuel Azaña.

término liberal había caído: “Los españoles de hoy, y sobre todo los republicanos, los que deben tanto a la obra de Riego y de los doceañistas, no han empezado a digerir la historia de hace un siglo”. Unamuno reivindicaba a los liberales del primer tercio del siglo XIX como los antecesores de los republicanos del XX, y comparaba “el suplicio de Riego” con los fusilamientos de los sublevados en Jaca en 1930 a favor de la república. Ambos casos habían constituido un “golpe mortal para la monarquía borbónica”. El problema era que Riego había sido un “monárquico constitucional y católico liberal”, una combinación que no gozaba de demasiada estima entre importantes sectores que apoyaban la república en la década de 1930. Unamuno acababa su reflexión con una intrincada pero reveladora frase de lo que vendría después: “Y quién nos dice, además, que los españoles de 2031, del centenario de nuestra actual constitución—que no llegará, seguramente, a centenaria ni muchísimo menos—no serán tan poco capaces de comprender lo que bajo la leyenda de Galán y de García Hernández se ha hecho como se sienten tantos republicanos de hoy incapaces de comprender lo que se hizo al son del Himno de Riego. Sobre todo si estos republicanos no se sienten liberales o acaso se sienten antiliberales, lo que es muy frecuente”. Como estas palabras de Unamuno ponen de relevancia, siempre ha existido mucha confusión en España en torno al binomio liberalismo/republicanismo y no sólo en el ámbito de los historiadores, sino también en el de la política.

Tratar de superar esta confusión —para España y para el ámbito hispanoamericano y con el modelo de los debates estadounidenses sobre el republicanismo y el liberalismo— ocupará los restantes apartados de este primer capítulo.

1. UN PUNTO DE VISTA ATLÁNTICO PARA LA HISTORIA ESPAÑOLA EN LA ERA DE LAS GRANDES REVOLUCIONES

Uno de los principales exponentes de la historiografía atlántica, el británico David Armitage, ha diferenciado tres conceptos básicos en los que enmarcar la historia atlántica: historia circunatlántica, historia transatlántica e historia cisatlántica, que en realidad sólo cobran pleno sentido cuando son combinados. Por historia circunatlántica Armitage entiende la “historia transnacional del mundo atlántico”, es decir, “la historia del Atlántico como zona identificable de cambio e intercambio, circulación y transmisión” como “espacio distinto de cualquiera de las diferentes zonas marítimas de

menor extensión que aquél comprende”. La historia transatlántica sería la “historia internacional de mundo atlántico”, la historia comparativa de diferentes zonas del Atlántico, que en realidad sólo es posible gracias a la historia circunatlántica, a las conexiones y vínculos que surgen del sistema circulatorio del Atlántico y permiten hacer comparaciones significativas entre historias que de otra forma estarían completamente diferenciadas. Finalmente, la historia cisatlántica estaría formada por la historia nacional o regional enmarcada en un contexto atlántico, es decir “la historia de un lugar cualquiera –una nación, un Estado, una región, incluso una institución concreta— puesto en relación con el mundo atlántico en que se encuentra”⁵.

Estas tres perspectivas pueden ser de especial utilidad para el estudio de la crisis de la monarquía española de principios del siglo XIX, la independencia americana y la evolución del primer constitucionalismo y liberalismo español. El mundo hispano entendido desde una perspectiva atlántica se encontraba interconectado a diversos niveles, constituyendo de esta forma una zona en la que además de meros intercambios económicos dentro de un esquema de explotación colonial, circulaban influencias que ponían en contacto las respectivas culturas políticas de los dos ámbitos principales de la monarquía, el americano y el europeo. Conjuntamente con los contactos internos propios de la dinámica imperial española, tanto los territorios americanos como los de la Península participaban de un mundo atlántico con una larga historia común y unas conexiones exhaustivas en todos los campos de la actividad humana. La comprensión de la historia moderna española debe situarse en este marco de referencia para aspirar a ser plenamente entendida. Dentro de este esquema, esta investigación adopta una perspectiva de historia cisatlántica para analizar la crisis de la Monarquía hispana y, especialmente, una perspectiva circunatlántica, pues aspira a poner de relevancia la dimensión de los contactos intelectuales y personales transnacionales en Europa y América a través del caso de los exiliados liberales españoles.

Uno de los reparos más perspicaces que se hacen a la historia atlántica es el que cuestiona que el Atlántico constituya un espacio discreto de estudio. Algunos críticos sostienen que al centrarse en la vertiente atlántica se corre el riesgo de minusvalorar la importancia que siguieron teniendo las relaciones entre este espacio y el interior de

⁵ David ARMITAGE, “Tres conceptos de historia atlántica”, en *Revista de Occidente*, nº 281, octubre 2004, pp. 7-28. p. 12 y siguientes. Esta es la traducción de un texto originalmente publicado en David Armitage y Michael J. Braddick, (eds.) *The British Atlantic World, 1500-1800*, Nueva York, Palgrave Macmillan 2002. En el mismo número de la *Revista de Occidente* Manuel LUCENA GIRALDO hace una interpretación en clave atlántica del mundo político hispánico, “La constitución atlántica de España y sus Indias”, pp. 29-44.

Europa, así como con Asia⁶. El estudio del exilio español y de la formación del internacionalismo liberal en el primer tercio del siglo XIX confirma esta perspectiva, pues no puede comprenderse plenamente sin incorporar el caso polaco, así como la lucha por la independencia griega frente al Imperio Otomano y el filohelenismo que produjo en Europa occidental.

Cronológicamente, los estudios de historia atlántica se sitúan en el marco que va desde el descubrimiento de América a finales del siglo XV —aunque hechos anteriores como la ocupación de las islas del Atlántico por parte de los nacientes imperios marítimos español y portugués también forman parte de la narrativa atlántica— hasta la era de las revoluciones a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Es por lo tanto comúnmente identificada con la modernidad temprana, cuando aún no han sido completamente desarrollados los elementos característicos de la plena modernidad, como la industrialización, la formación del Estado-nación, o la extensión de sistemas políticos constitucionales. Es, sin embargo, parte central de la historia atlántica estudiar la participación en la génesis de estos procesos de dinámicas atlánticas⁷.

Efectivamente, en la comprensión de los mecanismos de la política atlántica es donde algunas de las más sugestivas aportaciones han sido realizadas. Como Bernard Bailyn destaca, el propósito es el estudio de la política, no el de los sistemas de

⁶ Véase por ejemplo, Peter A. COCLANIS, “*Drang Nach Osten*: Bernard Bailyn, the World-Island, and the Idea of Atlantic History,” en *Journal of World History*, Vol. 13, nº 1, Primavera 2002, pp. 169-182.

⁷ ARMITAGE, “Tres conceptos”, p. 8. Si su inicio parece más o menos claro, su fin es más difuso. Desde los inicios del siglo XIX comenzaron a darse ciertos acontecimientos y germinaron determinados procesos y dinámicas que erosionaron la unidad de la comunidad atlántica como había venido siendo definida. Entre ellos destaca el fin de la trata de esclavos que puso término a la conexión demográfica directa con África —aunque por supuesto millones de hombres y mujeres de descendencia africana permanecieron en América, con profundas implicaciones para la historia del continente—, los procesos de independencia a lo largo de todo el continente americano que pusieron fin a la relación de dependencia política con las metrópolis europeas y la expansión hacia el interior del continente americano por parte de las nuevas repúblicas americanas que contribuyó a hacer decrecer las conexiones entre las economías de ambas orillas del océano. La afirmación de que las economías europeas y americanas se distanciaron en este periodo debe ser entendida en términos relativos. Los intercambios comerciales no disminuyeron, todo lo contrario, pero ambas economías se encontraron en una relación de dependencia mutua menor. La progresiva globalización de la economía y la expansión imperialista europea a otros continentes desde mediados del XIX ayudó a cambiar las pautas de los siglos XVI, XVII y XVIII. J. R. McNEILL, “The End of the Atlantic World: America, Africa, Europe, 1770-1888” en Alan L. Karras y J. R. McNeill (eds.), *Atlantic American societies: from Columbus through abolition, 1492-1888*, Nueva York y Londres, Routledge, 1992, pp. 245-268. Sin embargo, últimamente se está proponiendo la ampliación de estas fronteras temporales para extenderlas al resto del siglo XIX e incluso al XX. Respecto a la inadecuación del caso iberoamericano a una cronología basada en las dinámicas del Atlántico norte, véase James E. SANDERS, “Atlantic Republicanism in Nineteenth-Century Colombia: Spanish America’s Challenge to the Contours of Atlantic History”, en *Journal of World History*, nº 20, marzo de 2009, pp. 131-150.

gobierno, yendo más allá de las instituciones formales, con el ánimo de revelar las intrincadas conexiones a través del mundo atlántico que habían pasado desapercibidas⁸.

En la segunda mitad del siglo XVIII se inició lo que se ha llamado la “Era de las grandes revoluciones atlánticas”. Las esquinas del Atlántico experimentaron un movimiento de gentes, culturas e ideas que merece ser estudiado dentro de un contexto más global que permita iluminar su magnitud en el campo de la historia intelectual y de la cultura política. En relación a la emancipación americana a escala continental, las independencias de las colonias británicas, francesas y españolas tuvieron un arranque común⁹. Fueron la consecuencia de una serie de reacciones de sus habitantes europeos a los acontecimientos que estaban teniendo lugar en sus países de origen¹⁰. Los criollos españoles, los colonos norteamericanos y los franceses caribeños se consideraban a sí mismos como auténticos españoles, británicos o franceses y creían que poseían exactamente los mismos derechos y privilegios que sus hermanos europeos. En consecuencia, comprendían su relación con la madre patria no en términos de subordinación, sino de igualdad. Además, debido a su relativo aislamiento respecto de las fuentes de poder europeas, habían desarrollado una serie de sistemas de gobierno que les permitían gozar de un mayor autogobierno que del que podían disponer otras zonas metropolitanas. Los intentos de las monarquías española y británica de aumentar el control sobre sus territorios americanos y convertirlos en colonias más rentables económicamente —a imagen de las colonias francesas, especialmente Santo Domingo— coincidieron con la tendencia de sus súbditos americanos a identificarse cada vez más con sus patrias americanas¹¹. Este enfrentamiento culminaría con un desafío que

⁸ Entre los más apasionados proponentes de la historia atlántica se encuentra Bailyn, especialista en la historia colonial de Norteamérica y autor de lo que puede ser considerado el manifiesto de la corriente historiográfica: *Atlantic History. Concept and Contours*, Cambridge, Mass. Harvard University Press, 2005. En esta obra, Bailyn defiende vehementemente el valor puramente historiográfico del concepto de historia atlántica, más allá de una significación meramente geográfica y al margen de críticos que lo acusan de ser el equivalente académico de ciertos intereses políticos contemporáneos que encuentran en el vínculo transatlántico una justificación intelectual para determinadas ideologías. Para Bailyn, el concepto de historia atlántica es fruto únicamente de las dinámicas internas de la profesión histórica; p. 49.

⁹ El caso de la América portuguesa fue en cierto sentido excepcional. Una crisis similar a la producida en España llevó a la monarquía portuguesa a refugiarse en Río de Janeiro y proclamar desde allí la separación de Brasil de Portugal, iniciando una emancipación de tono social mucho más conservador en la forma de un imperio formalmente dirigido aún por la familia real portuguesa. Ver, por ejemplo, Kirsten SCHULTZ, *Tropical Versailles: Empire, Monarchy and the Portuguese Royal Court in Rio de Janeiro, 1808-1821*, Nueva York, Routledge, 2001.

¹⁰ El intento por parte de la monarquía británica de esclavizar a su parte americana según fue interpretado por los colonos; las transformaciones políticas y socioeconómicas traídas por la Revolución Francesa; y la crisis de la monarquía hispana tras la invasión napoleónica, respectivamente.

¹¹ Jaime E. RODRÍGUEZ O., “The Emancipation of America”, en *The American Historical Review*, Vol. 105, n° 1, febrero 2000, pp. 131-152.

desembocó en la independencia y proclamación de las repúblicas que dieron lugar a las nuevas naciones¹². *En este amplio contexto es necesario* comprender cómo fue percibida, recibida pero también *inventada y realizada*, en el ámbito de la monarquía hispánica, y en concreto en la Península, la gran revolución política del mundo atlántico que consolidó un sistema cuya legitimidad se basaba en la soberanía popular¹³.

Buena parte de la resistencia a mirar desde una orilla del Atlántico a la otra comenzó al poco tiempo de consumarse la emancipación y se debió al pesimismo resultante de las frustraciones causadas por la dolorosa construcción de las nuevas repúblicas hispanoamericanas. El absolutismo colonial español surgía ante las elites criollas como la antítesis del esperado porvenir próspero que introduciría a los jóvenes países americanos en el curso de la historia de las naciones civilizadas. La reacción de las elites americanas frente al pasado colonial llevó al intento de reproducir modelos tomados de los Estados Unidos o de la Europa considerada más avanzada, modelos que eventualmente ofrecerían resultados decepcionantes. Este pesimismo condujo a buena parte de las clases dirigentes americanas a una percepción negativa de su personalidad histórica y del pasado español. Por su parte, los dirigentes peninsulares continuaron valorando negativamente a las antiguas posesiones coloniales. “Proyectos políticos cruzados y referencias culturales divergentes impidieron percibir en ambas orillas del

¹² En esta era insurreccional no sólo participaron las poblaciones de origen europeo de ambos lados del océano. El mundo atlántico, a través de una serie de procesos demográficos y migratorios, había producido una sociedad étnicamente diversa en la que diferentes grupos humanos vivían juntos y se mezclaban entre sí. De la activa participación de la población de origen africano —especialmente esclavos, pero también hombres libres de color en América y población autóctona en África— en la construcción del mundo atlántico no cabe ya duda; John THORNTON, *Africa and the Africans in the Atlantic World. 1500-1800*, Nueva York, Cambridge University Press, 1998. El segundo estado americano en conseguir su independencia tras los Estados Unidos fue Haití, donde la mayoría negra esclava aprovechó el enfrentamiento de sus dueños blancos de la colonia de Santo Domingo con las nuevas autoridades revolucionarias francesas para lograr su emancipación —sancionada con la abolición de la esclavitud en todos los territorios franceses— y más tarde su completa independencia política. La sombra de la revolución haitiana se proyectó en las décadas siguientes por todo el continente americano, alimentando entre las elites blancas el miedo a una revolución social semejante en sus países; Laurent DUBOIS, *Avengers of the New World*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2005. Las poblaciones indígenas americanas también protagonizaron insurrecciones en las que sus demandas no se diferenciaban demasiado de las que los blancos estaban realizando en el mismo periodo. Acontecimientos como las grandes rebeliones andinas de finales del siglo XVIII, tradicionalmente consideradas como arcaizantes y retrógradas, están experimentando un proceso de reinterpretación que valora su avanzado contenido político y sus reivindicaciones democráticas; Sinclair THOMSON, *We Alone Will Rule. Native Andean Politics in the Age of Insurgency*, Madison, University of Wisconsin Press, 2002.

¹³ Mónica QUIJADA, “Las ‘dos tradiciones’. Soberanía popular e imaginarios compartidos en el mundo hispánico en la época de las grandes revoluciones atlánticas”, en Jaime E. Rodríguez O., *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, Mapfre Tavera, 2005, p. 65.

Atlántico la similitud de algunos de los problemas heredados y el parentesco de los recursos intelectuales a los que se acudió para enfrentarlos”¹⁴.

De esta forma, el análisis de los acontecimientos históricos que llevaron a la independencia y creación de las repúblicas hispanoamericanas y a la construcción del estado liberal español está siendo revisado en un sentido atlántico. Esto es especialmente cierto en lo referente a los orígenes y primeros momentos de esos procesos. Esta reconsideración está siendo llevada a cabo tanto por la historiografía latinoamericana —que se ha desprendido con éxito de presupuestos heredados de la historiografía decimonónica nacionalista, que identificaba a la metrópoli exclusivamente con absolutismo y tiranía y construía un relato en el que la lucha por la libertad se hacía en su contra— como por historiadores españoles, así como por especialistas de otros orígenes. El resultado es una historiografía reciente preocupada por la dimensión atlántica de unas historias hasta ahora eminentemente nacionales¹⁵.

Los historiadores de Iberoamérica se encuentran actualmente rastreando los orígenes de la cultura liberal de las repúblicas hispanoamericanas en la Península, especialmente en el constitucionalismo doceañista. Por su parte, la historiografía española comienza a considerar los aspectos positivos de las propuestas políticas americanas para la construcción de la ideología liberal peninsular, dejando de lado la interpretación de la emancipación americana como culminación de una historia de decadencia. Caminos como estos permiten empezar a superar categorías que se han demostrado insuficientes. Identificar España con absolutismo y América con liberalismo y republicanismo no sirve para explicar ni la pervivencia de instituciones políticas españolas y prácticas administrativas y judiciales en las repúblicas americanas,

¹⁴ Francisco COLOM GONZÁLEZ, “El trono vacío. La imaginación política y la crisis constitucional de la Monarquía Hispánica”, en Colom, (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid y Frankfurt am Main, Iberoamericana y Vervuert, 2005, pp. 23-50.

¹⁵ Algunos ejemplos significativos son: Richard L. KAGAN y Geoffrey PARKER (eds.), *España, Europa y el mundo Atlántico (Homenaje a John H. Elliott)*, Madrid, Marcial Pons, 2001; Horst PIETSMANN (ed.), *Atlantic History: History of the Atlantic System, 1580-1830*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2002; Agustín GUIMERÁ, Alberto RAMOS y Gonzalo BUTRÓN (eds.), *Trafalgar y el Mundo Atlántico*, Madrid, Marcial Pons, 2004; J.H. ELLIOTT, *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America, 1492-1830*, New Haven, Yale University Press, 2006; Clément THIBAUD y María Teresa CALDERÓN (coords.) *Las revoluciones en el mundo atlántico: una perspectiva comparada*, Bogotá, Taurus Historia, 2006; Carlos MARTÍNEZ SHAW y José María OLIVA MELGAR (eds.), *El sistema atlántico español (siglos XVII-XIX)*, Madrid, Marcial Pons, 2005; Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, Madrid, Fundación Carolina-SECC-CEPC, 2009; Jordi CANAL (dir.) y Manuel CHUST (coord.), *España. Crisis imperial e independencia*, Madrid, Fundación Mapfre/ Taurus, 2010, volumen que forma parte de una colección más amplia titulada *América Latina en la Historia Contemporánea*, y que aspira a escribir una nueva historia nacional de cada uno de los Estados iberoamericanos en un contexto global.

ni la intensidad y variedad del liberalismo peninsular. Asimismo, la oposición de los liberales españoles respecto a las peticiones autonomistas de los diputados americanos en las Cortes, tanto las reunidas en Cádiz como las del Trienio, parece incomprensible desde una perspectiva que prime la idea de revolución liberal¹⁶.

José M. Portillo Valdés se encuentra entre los autores españoles más interesados en analizar la historia española del XIX en el contexto general del mundo hispánico, sin limitarse a proporcionar una perspectiva meramente europea. En su obra advierte que tanto los procesos que culminaron con la declaración de independencia de las repúblicas americanas, como la crisis de la monarquía borbónica en la Península y los primeros pasos del liberalismo y constitucionalismo español, no pueden ser entendidos plenamente sin el examen de sus historias comunes ya que los acontecimientos del primer cuarto del siglo XIX fueron parte de una “crisis global del mundo atlántico hispano”. Asimismo, los diversos estudios de Manuel Chust sobre el federalismo de las Cortes de Cádiz destacan la dimensión transoceánica de la revolución hispana, pues esta “nació con dimensiones, parámetros y problemática hispanos [y] era la mayor parte del Estado hispano lo que se pretendía reformar y, sobre todo, revolucionar”¹⁷.

Sin embargo, también han surgido reticencias a la adopción de la historia atlántica, tanto por la historiografía internacional como por la hecha en el ámbito iberoamericano¹⁸. Según Federica Morelli y Alejandro E. Gómez “es una propuesta historiográfica que al mismo tiempo que genera interés, también provoca perplejidad y hasta rechazo por parte de los historiadores”¹⁹. Por ejemplo Roberto Breña considera la

¹⁶ Nettie Lee BENSON, *La diputación provincial y el federalismo mexicano*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1955; BENSON, *Mexico and the Spanish Cortes*, Austin, University of Texas Press, 1966; Jaime E. RODRÍGUEZ O., *La independencia de la América española*, Ciudad de México, FCE, 2005 [1º ed. en inglés 1998]; Roberto BREÑA, *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824. Una revisión historiográfica*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2006; José M. PORTILLO VALDÉS, *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Marcial Pons 2006; Manuel CHUST (coord.), *Doceañosismos, constituciones e independencias: la Constitución de 1812 y América*, Madrid, Fundación Mapfre, 2006.

¹⁷ PORTILLO VALDÉS, *Crisis atlántica*, p. 24. Manuel CHUST, “Nación y federación: cuestiones del doceañismo hispano” en M. Chust (ed.), *Federalismo y cuestión federal en España*, Castelló de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2004, cita en p. 14.

¹⁸ Una evaluación de las críticas hechas a la historia atlántica, así como una defensa razonada, en MORGAN y GREENE, (eds.), *Atlantic History. A critical appraisal*. Véase también Alison GAMES, “Atlantic History: Definitions, Challenges and Opportunities”, en *American Historical Review*, Vol. 111, nº 3, junio 2006, pp. 741-757. Una valoración desde la historiografía francesa en Jean-Paul ZUNIGA, “L’histoire impériale à l’heure de l’histoire globale”. Problèmes et approches. Une perspective atlantique”, en *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine*, 54-4bis, 2007, pp. 54-68.

¹⁹ Federica MORELLI y Alejandro E. GÓMEZ, “La nueva Historia Atlántica: un asunto de escalas”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Bibliografías, 2006, Puesto en línea el 5 abril 2006. URL: <http://nuevomundo.revues.org/index2102.html>, p. 2. En cualquier caso, Morelli y Gómez concluyen con una apreciación positiva de la historia atlántica: “la escala que propone la nueva Historia Atlántica podría

“atlantización de las revoluciones hispánicas” una operación hegemónica anglo-francesa, que impone una subordinación de los acontecimientos iberoamericanos al modelo de las revoluciones estadounidense y francesa, que amenaza con “diluir las especificidades hispánicas”²⁰. El propio Portillo cuestiona la utilidad de una categoría de análisis tan amplia como la de “revoluciones atlánticas” si no se incluye en esta narrativa la experiencia hispana. Critica Portillo “la endeblez del concepto historiográfico de ‘revoluciones atlánticas’ tal y como se ha usado más comúnmente hasta la fecha para referirse a los orígenes del constitucionalismo liberal sin tener en cuenta prácticamente nunca las ricas y variadas experiencias del Atlántico hispano”²¹.

Lo cierto es que la sumisión a modelos culturales ideales y supuestamente superiores es muy anterior a la llegada de la historia atlántica, que precisamente aspira a reparar el olvido con que se han considerado las aportaciones de Iberoamérica y África en la construcción del ámbito, por qué no llamarlo así aunque sea insuficiente, atlántico. Admitiendo lo que de moda historiográfica tiene la historia atlántica y que debe ser sometida a crítica (lo que ya está sucediendo, con resultados fructíferos) en mi opinión los historiadores iberoamericanos no deben renunciar a participar en una narrativa histórica que reintegra su importancia a ámbitos que, hasta entonces, sí que habían estado vinculados en condiciones de inferioridad a los supuestos espacios hegemónicos.

De todas formas, en realidad los historiadores críticos no cuestionan la necesidad de emplear un enfoque más amplio en el estudio del periodo y en este sentido no tienen problemas en emplear la categoría “atlántico” para referirse a los procesos desarrollados en la Península y en los espacios iberoamericanos. Parece ser que, efectivamente, lo que intentan hacer es incorporar las experiencias iberoamericanas a la narrativa atlántica. Roberto Breña está en lo cierto al cuestionar “cualquier planteamiento secuencial” que

ser muy útil -entre otras cosas- para afrontar las dificultades que los Estudios Post-coloniales no pudieron superar a plenitud, para sacar de su aislacionismo a las historiografías de ciertas áreas culturales euro-americanas (como en los casos franco-antillano, hispano-americano y anglo-caribeño), y para contrarrestar los preceptos historicistas elaborados por las ideologías nacionalistas y supra-nacionalistas”, p. 141.

²⁰ Roberto BREÑA, “Ideas, acontecimientos y prácticas políticas en las revoluciones hispánicas” en Alfredo Ávila y Pedro Pérez Herrero (compiladores), *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad de Alcalá-Instituto de Estudios Latinoamericanos, 2008, pp. 135-145, citas en pp. 138 y 142. Roberto Breña, en la presentación al monográfico dedicado a *Iberoamérica en 1810: emancipación, autonomía y lealtad* y que él mismo coordina para el número 24, 2010, de la revista *Historia y Política*, titulada “Las independencias americanas, la revolución española y el enfoque atlántico”, expone una comprensión más ponderada de la historia atlántica, sin dejar de cuestionar de manera certera algunos de sus desequilibrios.

²¹ José M. PORTILLO VALDÉS, “‘Libre e independiente’. La nación como soberanía”, en Ávila y Pérez Herrero, *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, pp. 29-48, cita en p. 32.

enlace las revoluciones norteamericana y francesa con las hispánicas²². Breña ha analizado en una notable obra el primer liberalismo hispano desde un enfoque que si no es explícitamente atlántico (ya que, acertadamente, subraya la importancia de la evolución interna y desestima la influencia exterior) sí considera que el periodo no puede ser comprendido sin una perspectiva que integre la Península con América²³. Asimismo, Portillo resalta las diferencias entre el constitucionalismo hispano y el estadounidense y francés, unas diferencias conscientes, pues los textos constitucionales estadounidenses y franceses estuvieron a disposición de los hispanos, que intencionadamente dejaron de lado aspectos como la inclusión de una declaración de derechos o la libertad religiosa y establecieron excepciones legales en la forma de fueros militares y religiosos.

Pero es necesario tener en cuenta que, además de una conexión atlántica hispana, existía todo un universo de intercambios culturales, económicos y políticos entre las diferentes regiones de Europa y América. La experiencia de los exiliados que aparecen en este trabajo pone de relieve la existencia y el vigor de esta dimensión común atlántica. Al seguir esta experiencia se pone de manifiesto la importancia de la comprensión de la cultura política del mundo atlántico para contextualizar la cultura política española. Esto no quiere decir que las revoluciones que tuvieron lugar en Iberoamérica fueran meras imitaciones de modelos europeos o, especialmente, de la experiencia de los Estados Unidos. Los revolucionarios hispanoamericanos sin duda se fijaron en lo que había ocurrido en la parte septentrional del continente y conocían tanto los acontecimientos como los principios políticos que caracterizaron esa ruptura colonial. Pero eso no hubiera sido posible si no pertenecieran a una tradición política compartida. El afán que, a lo largo del siglo XIX, llevaría a los dirigentes de las repúblicas americanas a tratar de reproducir ciertos patrones mostraba más que nada la voluntad de afirmar su pertenencia a la civilización occidental y de mostrar que estaban listas para la modernidad.

Las vías de acceso a la modernidad política (entendida como un modelo de representatividad democrática igualitaria basada en la soberanía popular de una comunidad compuesta por individuos libremente asociados y que gozan de una serie de derechos reconocidos y protegidos constitucionalmente) han sido generalmente

²² BREÑA, "Ideas, acontecimientos y prácticas políticas en las revoluciones hispánicas".

²³ Roberto BREÑA, *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824. Una revisión historiográfica*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2006.

asociadas con un número limitado de experiencias —especialmente la Ilustración francesa o el liberalismo anglosajón y sus respectivas revoluciones— mientras que otros caminos —como el hispano— han sido considerados como imitaciones parciales y *a posteriori*. Sin embargo, la existencia en el mundo occidental de vías alternativas a la modernidad, características de cada país, que comparten puntos de partida comunes, que reciben influencias mutuas y que conducen a resultados similares, ha sido propuesta como una opción que permite extender el marco interpretativo historiográfico²⁴. No hay duda de que la obra de historiadores como François-Xavier Guerra, Jaime E. Rodríguez O., Roberto Breña y José M. Portillo Valdés ha servido para renovar considerablemente en este sentido la historiografía hispana y ofrecer visiones alternativas sobre el acceso a la modernidad política en el mundo hispánico.

En definitiva, este trabajo subraya la importancia de una perspectiva transnacional atlántica para entender el desarrollo de los desafíos revolucionarios levantados entre 1814 y la década de 1830 contra el Antiguo Régimen restaurado tras el fin de la experiencia revolucionaria e imperial francesa. Aunque el exilio fue un fenómeno eminentemente europeo —europeos fueron la mayoría de los exiliados y europeos fueron la mayoría de sus destinos— con lo que aparentemente una visión continental sería suficiente, la apertura de la escala a una dimensión atlántica se antoja fundamental tanto para comprender las expectativas de cambio de los revolucionarios europeos (América era el continente de la libertad y la república, frente a la Europa de la tiranía y la monarquía, y los relativamente escasos pero significativos exiliados políticos que llegaron a sus costas en este periodo así lo veían), como para dar sentido a las experiencias, reflexiones y dilemas de los exiliados españoles en los que la investigación se centra.

²⁴ François-Xavier GUERRA, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2000, especialmente el capítulo 3, “Una modernidad alternativa”, pp. 85-113, en el que se centra en el análisis del desarrollo de nuevas formas de sociabilidad en el mundo hispánico como vía de acceso a la modernidad. Mónica QUIJADA, “Las ‘dos tradiciones’”. La autora defiende la “existencia de ‘imaginarios compartidos’ que se expresan en dos tradiciones comunes a todo el ámbito occidental, y que confluyen en la configuración de los imaginarios colectivos que hicieron posible la amplitud y proyección de las grandes revoluciones atlánticas en general, y el hecho de que el mundo hispánico formara parte integrante y activa de las mismas, en particular”, p. 65. Las dos tradiciones a las que se refiere son la soberanía monárquica absoluta de origen divino y la soberanía colectiva, contractual y voluntaria de la comunidad. En este análisis las revoluciones modernas surgirían del conflicto entre ambas.

2. UNA INTRODUCCIÓN AL PROBLEMA DEL LIBERALISMO Y EL REPUBLICANISMO EN EL MUNDO HISPÁNICO

Dos términos que, junto a exilio, figuran en el título de esta tesis, necesitan un especial comentario: liberalismo y republicanismo²⁵. En numerosas ocasiones o bien ambos términos se han opuesto o bien se ha considerado al liberalismo como un antecedente del republicanismo posterior, más “avanzado” o democrático, cuando en realidad no es posible establecer estrictamente ninguna nítida relación causal entre ambos. En cualquier caso, plantear una relación causal tiene más sentido si se hace a la inversa, es decir, si se considera al republicanismo como uno de los ingredientes en la formación del liberalismo. La tradición republicana antecedió por siglos el momento en que alguien, a principios del siglo XIX, por primera vez aceptó la etiqueta política de liberal. Sin embargo, esta “tradición republicana” secularmente coherente, es una creación historiográfica relativamente reciente, aunque no era irreconocible para los contemporáneos.

Este trabajo parte de la convicción de que si son analizados desde un punto de vista histórico y por tanto dinámico (dejando de lado perspectivas más estáticas como las de la politología o la filosofía) es necesario tener presente que liberalismo y republicanismo son construcciones historiográficas, cuyas raíces y genealogías fueron puestas por los contemporáneos que “estaban construyendo su propia identidad al narrarla” en el momento que podemos llamar “Era de las grandes revoluciones”, entre finales del siglo XVIII y principios del XIX. Es decir, se propone aquí una visión cercana a la historia de los conceptos, considerando además que los conceptos clave *liberalismo* y *republicanismo* se desplegaron en este periodo con la intención de dar una explicación exhaustiva a los acontecimientos del momento y también a los del pasado (reciente y remoto), adquiriendo de esta manera implicaciones políticas e historiográficas. En este sentido, el lenguaje fue tanto reflejo de los cambios profundos del periodo como agente indispensable de ese cambio²⁶.

²⁵ El término “exilio” se examina en el capítulo 2.

²⁶ El más sugerente análisis del concepto “liberalismo” en España desde el punto de vista de la historia de los conceptos es el extenso artículo de Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, “Liberales y liberalismo en España, 1810-1850. La forja de un concepto y la creación de una identidad política”, en *Revista de Estudios Políticos*, nº 134, 2006, pp. 125-176, de donde está tomada la cita (p. 128) y cuyos puntos de vista han sido muy influyentes para la visión que aquí presento. No existe un trabajo similar en relación al republicanismo. Ver también las voces relevantes en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES (eds.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002 y Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*,

El liberalismo tuvo un proceso de elaboración relativamente largo, desde luego mucho más largo que el que generalmente se le adjudica. Con este proceso de gestación no me refiero a una genealogía secular pre-decimonónica (que los propios contemporáneos empezaban a trazar), sino a un proceso que se desarrolló esencialmente a lo largo del siglo XIX, especialmente su primera mitad, en un contexto conflictivo que conviene no interpretar como sentenciado al triunfo del liberalismo. Para diferenciar esta fase temprana del liberalismo posterior, de corte más conservador, la historiografía española ha optado por usar la denominación *primer liberalismo*. Ha habido varios liberalismos desde un punto de vista diacrónico —por tomar solo el caso español, no es lo mismo el liberalismo gaditano que el moderado/progresista de mediados del XIX, o el del partido liberal de la Restauración ni, como se desprende de los comentarios de Unamuno que abrían este capítulo, el nuevo liberalismo del primer tercio del siglo XX, por no hablar del más reciente (neo)liberalismo— y también desde un punto de vista sincrónico, ya que el calificativo de liberal se encontraba disputado por los que se identificaban (positivamente) con él, que distinguían el auténtico liberalismo (es decir, el suyo) del de sus rivales políticos. Asimismo, también hay diferencias geográficas. En este sentido, los primeros liberales así reconocidos desde el exterior fueron los españoles cuya identidad liberal iría siendo exportada a otras regiones donde fue naturalizada y matizada según las condiciones locales. Por todos estos motivos, la historiografía ha optado por hablar de liberalismos en plural, en un intento de dar cuenta de la diversidad que encierra el término²⁷.

Madrid, Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

²⁷ En este sentido, Manuel SUÁREZ CORTINA ha apuntado que “más que a liberalismo cabe referirse a la pluralidad de manifestaciones políticas, enfoques doctrinales y filosofías políticas que teniendo como base la matriz liberal, sin embargo, fueron construyendo doctrinas, culturas y prácticas políticas a menudo abiertamente enfrentadas”; “Las tradiciones culturales del liberalismo español, 1808-1950”, en Suárez Cortina (ed.), *Las máscaras de la libertad. El liberalismo español, 1808-1950*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 13-48, cita en p. 19. Por otra parte, es preciso advertir que este trabajo está centrado en el estudio de las elites liberales hispánicas y que, en este sentido, se mantiene al margen de campos de estudio como el del “liberalismo de los pueblos”, que ha vivido una gran expansión en las últimas décadas en Iberoamérica (y especialmente para el caso mexicano). Al respecto, véase: Antonio ANNINO, “El Jano bifronte: los pueblos y los orígenes del liberalismo mexicano”, en Leticia Reina y Elisa Servín (coords.), *Crisis, Reforma y Revolución. México: historias de fin de siglo*, Ciudad de México, Conaculta/INAH, 2002, pp. 209-251; ANNINO, “Pueblos, liberalismo y nación en México”, en François-Xavier Guerra y Antonio Annino (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica, siglo XIX*, México, FCE, 2003; Florencia MALLON, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995; Eric VAN YOUNG, *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence 1810-1821*, Stanford, Stanford University, 2001; Peter GUARDINO, *Peasants, politics, and the formation of Mexico's national state. Guerrero, 1800-1857*, Stanford, Stanford University, 1996; GUARDINO, *The time of liberty. Popular political culture in Oaxaca, 1750-1850*, Durham, Duke University, 2005; Claudia GUARISCO, *Los indios del valle de*

Estrictamente, el liberalismo es un concepto que apareció en el vocabulario político moderno en un momento histórico determinado (la España de principios del siglo XIX) para referirse a la corriente de pensamiento y acción política que enfatizaba la necesidad y conveniencia de la extensión de la libertad individual a varios (o todos) los aspectos de la vida en sociedad, y que se fue desarrollando de una forma polémica y desigual, hasta llegar a convertirse en el paradigma político e historiográfico dominante en el relato de los siglos XIX y XX occidentales²⁸. A su vez, este gran relato liberal estableció una categorización jerárquica que consideraba como tipos ideales los modelos anglosajón y francés, mientras que los de la Europa meridional e Iberoamérica eran desestimados como incompletos o fracasados. Esta es una visión históricamente deficiente, pues precisamente estos ámbitos fueron los que dieron vida al concepto moderno y en los que éste se desarrolló más intensamente inicialmente. El adjetivo “liberal” ya había sido usado en Francia desde finales del siglo XVIII con connotaciones políticas, pero fue decisiva la aportación del público español durante las Cortes de Cádiz para convertir el adjetivo en un sustantivo aplicable a un grupo con específicos objetivos políticos: los partidarios de reformas profundas y, en general, de la “libertad”, entendida de una manera abstracta pero comprensible para la opinión pública²⁹.

El término “liberal” no es fácil de concretar en la actualidad y tampoco lo era a principios del siglo XIX, cuando estaba siendo elaborado y por lo tanto no tenía aún la presencia predominante que se le suele atribuir. Efectivamente, es y fue un término intrínsecamente polisémico y por lo tanto no considero que sea posible dar una definición capaz de englobar todas las dimensiones con las que se relacionaba. Cuando los contemporáneos usaban el término no lo hacían siempre con las mismas intenciones o al servicio de argumentaciones semejantes. Habitualmente, cuando lo usaban como sustantivo, lo hacían para referirse, de forma general, a aquellos que creían que un cambio era necesario en la política, la economía, la sociedad y la forma de entender la religiosidad, es decir, aquellos que de una u otra forma se oponían al Antiguo Régimen (otra creación historiográfica controvertida). Esta apreciación podía ser inicialmente

México y la construcción de una nueva sociabilidad política 1770-1835, Zinacatepec, El Colegio Mexiquense, 2003; José Antonio SERRANO ORTEGA, *Jerarquía territorial y transición política. Guanajuato 1790-1836*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2001.

²⁸ Muchos de los presupuestos liberales fueron retomados por la historiografía marxista, especialmente la creencia en el irresistible avance lineal del progreso y el activo protagonismo en él de la burguesía.

²⁹ M.C. SEOANE, *El primer lenguaje constitucional español (Las Cortes de Cádiz)*, Madrid, Moneda y Crédito, 1968.

positiva o negativa, dependiendo de la posición política adoptada por el individuo o grupo que la realizaba y pasaba necesariamente por muchas matizaciones. Este es el sentido con el que lo uso³⁰.

El republicanismo tiene unos rasgos tan múltiples y complejos como el liberalismo, aunque como construcción historiográfica es bastante más reciente. Su principal aportación ha sido poner de relevancia una serie de valores que jugaron una presencia determinante en la construcción del liberalismo (como la virtud cívica, el sacrificio del interés individual en favor del colectivo, la participación activa de la ciudadanía en la vida política, la libertad entendida como no dominación, una concepción cívica de la patria) y que habían sido excluidos del gran relato liberal, por varios motivos, como su identificación con la revolución, la anarquía y la irreligiosidad por parte del liberalismo moderado finalmente triunfante. Esta connotación negativa del republicanismo por parte de las elites europeas suponía una transformación respecto al uso que había venido teniendo durante siglos y convirtió a “república” y “republicano” en términos polémicos. A principios del siglo XIX no eran ni mucho menos nuevos (como podía serlo “liberal”), sino que trazaban su origen a la Antigüedad. Desde entonces no habían desaparecido del lenguaje político occidental, aunque con significados variables, que no siempre se identificaban necesariamente con el anti-monarquismo, aunque tras la revolución norteamericana y francesa, esta fue la interpretación que predominó.

El propio término “republicanismo”, por supuesto, se encontraba lejos de tener un significado claro e inequívoco. Pero resulta imprescindible tener en cuenta que el republicanismo, además de una forma de gobierno, representaba toda una cultura política, una visión del mundo compartida, una moral, una forma de entender el pasado y las relaciones sociales, económicas y políticas del presente y una expectativa proyectada hacia el futuro de lo que debería ser la sociedad ideal. Es más, en la tradición española, se puede decir que el republicanismo como cultura tuvo una presencia más

³⁰ Por ejemplo, el Conde de Toreno consideraba en su obra *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España* [1835-1837] que los liberales eran los “amigos de las reformas” en las Cortes de Cádiz; citado por FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, “Liberales y liberalismo en España” p. 133. Una posible definición la ofrece Roberto BREÑA: “el primer liberalismo español constituyó una amalgama de doctrinas y normas políticas que, al socaire de la invasión napoleónica, fueron recuperadas y/o repensadas por un reducido grupo de eclesiásticos, abogados, funcionarios y algunos nobles, quienes, decididos a terminar con el marasmo político-institucional que había caracterizado la última etapa del reinado de Carlos IV, elaboraron e iniciaron la puesta en práctica (con las enormes limitaciones que la precaria situación del momento imponía) de una serie de disposiciones jurídicas que significaban una transformación radical de la política y sociedad españolas”, en *El primer liberalismo español*, p. 30.

destacada e influyente que su variante institucional, que sin duda afrontó constantes obstáculos infranqueables³¹. El republicanismo como cultura compartió espacio en la mente de muchos liberales con una serie de aspectos que ya han sido resaltados por la historiografía (liberal), especialmente la libertad individual y la protección frente a la acción arbitraria del gobierno. Como este estudio intentará mostrar, esta convivencia de valores que hoy diferenciamos como liberales y republicanos, no era tan tensa en el momento revolucionario inicial, aunque luego se fueron separando.

Creo que es necesario diferenciar entre una cultura política que presentaba rasgos republicanos que permeaban las visiones sobre la política, la economía y la sociedad y la estricta preferencia por un gobierno no monárquico. El republicanismo no era necesariamente una corriente de pensamiento revolucionario, sino que también buscaba el orden social y su lenguaje podía emplearse con finalidades moderadoras. Con su énfasis en los deberes de los ciudadanos, el republicanismo afirmaba que la organización política y social debía descansar sobre valores en cierta forma conservadores y confiaba en las acciones adecuadas de ciudadanos virtuosos que aspiraban a mantener el orden y la prosperidad. El republicanismo entendido desde un punto de vista no exclusivamente institucional no tenía por qué ser necesariamente contrario a la monarquía³². La constitución de Cádiz, en la que se pueden identificar ciertos rasgos republicanos, confiaba en una corona limitada. La mayoría de los liberales de las décadas siguientes seguirían esta opinión, en mayor o menor medida, aunque desde luego algunos de ellos acabaron siendo fervientes antimonárquicos, o más bien anti-borbónicos. Pero esto no impedía que hasta los más moderados pudieran usar

³¹ Esta es una perspectiva cercana a la “historia cultural de lo político” según Serge Berstein y Jean-François Sirinelli, tal y como exponen en Serge BERSTEIN, “La culture politique”, en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli (dirs.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997; Jean-François SIRINELLI, “L’histoire politique et culturelle”, en Jean-Claude Ruano-Borbolan (coord.), *L’histoire aujourd’hui*, Auxerre, Ed. Sciences Humaines, 1999; BERSTEIN, “Nature et fonction des cultures politiques”, en Serge Berstein (dir.), *Les cultures politiques en France*, París, Seuil, 2003. Sobre la evolución del concepto de cultura política y su aplicación a la historia, además de una crítica de los diferentes enfoques, véase Javier DE DIEGO ROMERO, “El concepto de ‘cultura política’ en ciencia política y sus implicaciones para la historia”, en *Ayer*, nº 61, 2006, pp. 233-266; Joan BOTELLA, “En torno al concepto de cultura política: dificultades y recursos”, en Pilar del Castillo e Ismael Crespo (eds.), *Cultura política*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1997; Miguel Ángel CABRERA, “La investigación histórica y el concepto de cultura política” en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (eds.), *Culturas políticas. Teoría e historia*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010, pp. 19-85, y en relación directa con el ámbito iberoamericano Marta Elena CASAUS ARZÚ y Patricia ARROYO CALDERÓN, “El tiempo de la cultura política en América Latina: una revisión historiográfica”, en *ibid.* pp. 133-201; Keith Michael BAKER, “El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa”, en *Ayer*, nº 62, 2006, pp. 89-110.

³² Esta fue una de las vías que siguió el republicanismo a lo largo del siglo XIX, a través de los accidentalistas que aceptaban una monarquía que permitiera avances democráticos y que culminaría con el posibilismo de los republicanos de Castelar durante la Restauración.

argumentos tomados de la tradición republicana de filosofía política, especialmente alrededor del concepto de virtud, entendido como el sacrificio del interés individual por el bien común de la comunidad y la búsqueda de un sistema político justo e incorrupto. En cualquier caso, en España, con el paso del siglo, el lenguaje republicano fue siendo progresivamente engullido por el liberalismo, hasta ser expulsado del liberalismo respetable y relegado a los márgenes del republicanismo y democratismo revolucionarios. Además, a lo largo del siglo XIX se fueron estableciendo otras dicotomías alrededor del liberalismo. Así, tanto en América como en España, a los liberales se les opondrán los denominados conservadores (en general partidarios de la corona —o de la opción monárquica— y de la limitación de la soberanía nacional). Pero insisto, en los primeros momentos de la revolución, el republicanismo tuvo una participación esencial en la manera en que los contemporáneos interpretaron los acontecimientos políticos e históricos, contribuyendo a la formación de un nuevo marco conceptual con el que comprender su mundo. La cultura política republicana no estaba presente de una forma consciente tal y como la definiría la historiografía y no podía por tanto formar una identidad colectiva en la España del primer tercio del siglo XIX. Pero sí se puede decir que la formación del liberalismo se hizo desde una matriz conceptual en la que el republicanismo estaba presente.

3. ¿QUÉ NOS ENSEÑAN LOS DEBATES SOBRE EL REPUBLICANISMO Y EL LIBERALISMO EN LA HISTORIOGRAFÍA ANGLOSAJONA?³³

Sin duda alguna, uno de los acontecimientos que mayor impacto —aunque este impacto debe ser entendido en su justa medida y relevancia— tuvo en el mundo atlántico de finales del siglo XVIII y principios del XIX fue la revolución de las colonias británicas de Norteamérica que culminó con la creación de la nueva república independiente de los Estados Unidos de América. El alcance de este hecho va mucho más allá de la mera emancipación de unas colonias de su metrópoli, ya que posee implicaciones que pueden ser consideradas revolucionarias y que se extienden al ámbito de la cultura política y social. Más que una influencia directa en los sistemas de gobierno de otras naciones, la revolución norteamericana —entendida como la culminación del republicanismo que

³³ Este apartado no pretende ser una revisión exhaustiva de un extenso campo historiográfico, sino ofrecer una exposición útil a los propósitos de este trabajo.

constituyó una parte destacada de la cultura política inglesa y británica desde la revolución Gloriosa— puso de manifiesto la intensidad de las conexiones políticas existentes en diferentes zonas del mundo atlántico. Rasgos similares y compartidos entre diferentes ámbitos existían previamente al éxito republicano norteamericano y continuarían estando presentes a partir de entonces, aunque con rasgos diferenciados.

Además del examen de los propios sucesos históricos, podemos usar con provecho una serie de elementos que los debates desarrollados en el seno de la historiografía anglosajona han puesto de manifiesto, en concreto la necesidad de desproveer al liberalismo y a la Ilustración del monopolio explicativo a la hora de comprender las revoluciones modernas occidentales y de cuestionar su propia apariencia plenamente rupturista. Continuidades culturales y herencias intelectuales que se remontan en algunos casos a la Antigüedad clásica pero también a la doctrina política europea renacentista, adquieren a la luz de la experiencia estadounidense una importancia renovada. Esto no significa negar la dimensión revolucionaria de estos acontecimientos, que sin lugar a dudas es esencial, sino no olvidar la multitud de elementos que se encontraban presentes en la configuración de la ideología revolucionaria, algunos de ellos con una trayectoria secular dentro del pensamiento occidental.

Mi propuesta parte de la convicción de que el análisis del debate anglosajón — especialmente estadounidense— entre republicanismo y liberalismo es muy útil para percibir el horizonte del republicanismo y el liberalismo español e iberoamericano. Un examen semejante al propiciado por el debate historiográfico entre republicanismo y liberalismo en Estados Unidos sería beneficioso para la historiografía hispana³⁴. Esto es así no tanto por la presunción de una influencia intelectual directa de la república estadounidense sobre el republicanismo hispano (que también la hubo) sino por la convergencia de tradiciones intelectuales. Aspectos similares y comparables a los indicados por el republicanismo anglosajón parecen presentes en ciertos aspectos de la cultura política española, especialmente cuando es examinada desde una perspectiva atlántica. Esto no quiere decir que hubiera republicanos como los norteamericanos en todo este ámbito, sino que fuentes intelectuales similares (republicanismo clásico, humanismo cívico, teoría contractual, retórica de oposición e inconformismo político)

³⁴ Una aproximación pionera desde la historiografía española a los debates historiográficos estadounidenses sobre el republicanismo es Carmen DE LA GUARDIA, “Republicanism, Federalism and Territorial Expansion in the United States”, en Cornelis A. van Minnen y Sylvia L. Hilton (eds.), *Frontiers and Boundaries in U. S. History*, Amsterdam, VU University Press, 2004, pp. 53-69.

impregnaban su cultura política y se encontraban disponibles para promover diferentes proyectos políticos. Los debates historiográficos norteamericanos de las últimas décadas han puesto de manifiesto que es necesario tener en cuenta una conjunción de elementos —como indica el vínculo republicanismo-liberalismo— y factores de continuidad que señalan hacia una tendencia histórica a largo plazo a la hora de evaluar la Era de las revoluciones y la entrada en la “modernidad”.

El republicanismo (al igual que el liberalismo) nunca fue una ideología coherente, y se puede decir que, tal y como lo entendemos hoy en día, es en buena parte un producto historiográfico, desarrollado especialmente por la academia anglosajona en la segunda mitad del siglo XX. Fue en este ámbito donde surgió con fuerza la tendencia historiográfica que incidía en la importancia del republicanismo en la configuración intelectual y política del mundo moderno. En este contexto, liberalismo y republicanismo fueron frecuentemente presentados como rivales historiográficos. Efectivamente, al surgir como “escuela” historiográfica, el republicanismo cuestionó la primacía del liberalismo y su supuesta capacidad explicativa global del pasado.

La corriente felizmente bautizada por un historiador estadounidense como “síntesis republicana”³⁵, enfatizaba la necesidad de ponderar como fundamental la presencia de valores republicanos tomados del humanismo cívico para comprender la revolución norteamericana. Según este enfoque, una ideología republicana dominó la cultura política norteamericana desde mediados del siglo XVIII y durante la mayor parte del XIX, identificada con la perseverancia de una sociedad establecida esencialmente sobre valores republicanos, obstinada en mantener la virtud de la república y de evitar su caída en la corrupción y obsesionada con la desconfianza a que un exceso de poder desembocara en tiranía. Fue esta la corriente historiográfica más influyente en las universidades norteamericanas desde su aparición en los años sesenta hasta finales de los ochenta, cuando la crítica a la que fue sometida desde numerosos frentes la desplazó de la cima. Sin embargo, sus hallazgos fueron fundamentales para la comprensión de la cultura política de los siglos XVIII y XIX en Estados Unidos y han ejercido una notable influencia en el exterior, fruto de la cual se está viviendo un interés en el estudio de aspectos relacionados —como ciudadanía, virtud, etc.— en historiografías como la española. La principal aportación del debate originado por la escuela republicana ha

³⁵ Robert SHALHOPE, “Toward a Republican Synthesis: The Emergence of an Understanding of Republicanism in American Historiography”, en *The William and Mary Quarterly*, 3rd Ser., Vol. 29, No. 1, 1972.

sido la constatación de la multiplicidad de fuentes intelectuales e ideológicas presentes en todo Occidente en el periodo de las grandes revoluciones y concretamente, las dudas lanzadas sobre la primacía del esquema de revolución liberal burguesa. La interpretación de la escuela republicana se enfrentaba tanto a la posición conservadora del “consenso liberal” como a la visión de los *progressive historians* y supuso una renovación del paradigma historiográfico en dos direcciones³⁶.

En primer lugar, con su insistencia en la importancia de las ideas en el desarrollo de la revolución, la síntesis republicana desafiaba la interpretación progresista que mantenía que elementos económicos y de conflictividad social eran claves en la crisis, y que señalaban hacia el interés clasista de la elite colonial como la mayor motivación de los líderes revolucionarios. Además, los historiadores progresistas otorgaban a la ideología de los padres fundadores el papel de mera máscara retórica que ocultaba sus motivaciones económicas particulares y sus intereses de clase³⁷.

En segundo lugar, ofreció una alternativa a la narrativa dominante tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, definida por la escuela del *liberal consensus*, que afirmaba que los fundamentos intelectuales de la revolución norteamericana residían en la influencia de una supuesta ideología liberal secular, principalmente en la idea del derecho a la propiedad privada individual de John Locke³⁸. Durante la Guerra Fría, a los historiadores conservadores les interesaba resaltar la unidad de la nación estadounidense en ese momento de crisis e interpretaron el pasado en términos de acuerdo y de consenso, despreciando los intensos conflictos de clase que habían sido el núcleo de estudio de los *progressive historians* desde principios del siglo XX. Para los historiadores del consenso liberal la sociedad americana colonial era ya democrática, al estar constituida por una amplia clase media de granjeros capacitados para el voto en las asambleas al poseer la suficiente propiedad en forma de tierra. Por lo tanto, la revolución fue un hecho eminentemente conservador, que recurrió a medidas extremas para defender la democracia americana de las reformas imperiales británicas. La mayoría de los americanos compartía ideas liberales y constitucionales, que giraban alrededor de ciertos principios de autogobierno y que incluían la protección de la

³⁶ Una síntesis de la evolución de la historiografía estadounidense en Gerald GROB y George Athan BILLIAS (eds.), *Interpretations of American History. Patterns and perspectives*, Nueva York, Free Press, 1992.

³⁷ La obra clásica de esta corriente es Charles A. BEARD, *An economic interpretation of the Constitution*, Nueva York, The Macmillan Company, 1913.

³⁸ Louis HARTZ, *The Liberal Tradition in America*, Nueva York, Harcourt, Brace & Company, 1955. Este es un claro ejemplo del tipo de “liberalismo retrospectivo” criticado por FERNÁNDEZ SEBASTIÁN en “Liberales y liberalismo en España”.

propiedad y la libertad y la promesa de igualdad. Estos principios compartidos les capacitaban para colaborar frente a los británicos, que estaban atacando los derechos que les garantizaba la constitución. En las décadas posteriores, los americanos se mantuvieron fieles a los derechos y libertades consagrados en la constitución inglesa, que constituyeron la base del sistema político, jurídico y social de la nueva nación³⁹.

Los historiadores del consenso sí habían otorgado a las ideas un papel central, pero desde un punto de vista conservador. Es cierto que con su acentuación de la herencia del republicanismo clásico y del humanismo cívico renacentista la interpretación republicana podía dar la impresión de inmovilidad, ya que al insertar el pensamiento revolucionario norteamericano en una tradición que se remontaba a Aristóteles era posible interpretar que se invertía la posición que la revolución ocupaba en la historia del mundo occidental, pasando de ser un episodio innovador, anunciador de la llegada de la modernidad, a un acontecimiento reaccionario que convertía el nacimiento de los Estados Unidos en una empresa que simplemente pretendía recrear las excelencias de un mundo antiguo idealizado. En realidad, los autores de la síntesis republicana no menospreciaban en absoluto el aspecto innovador de la ideología revolucionaria. De hecho, esa era su principal conclusión: lo verdaderamente revolucionario de la revolución norteamericana había sido el abandono de la política clásica y la formación de un pensamiento y un sistema político modernos. Gordon S. Wood, uno de sus máximos exponentes, se refería a la “nueva ciencia política” nacida del proceso revolucionario como la más importante aportación de la revolución. Lo que afirmaban era la centralidad del republicanismo en la formación intelectual de los principios que llevaron a la ruptura con Gran Bretaña y al nacimiento de un nuevo sistema de gobierno y un nuevo tipo de sociedad.

También podía ser interpretado que la síntesis republicana estaba sustituyendo el consenso liberal por un consenso republicano, aunque lo cierto es que había algunas diferencias significativas. El consenso liberal era una interpretación eminentemente conservadora que enfatizaba la permanencia de valores constitucionales ingleses supuestamente liberales como la base de la ausencia de conflicto. Los historiadores republicanos también creían que había un consenso básico construido a partir de valores republicanos, aunque con implicaciones revolucionarias: los republicanos estadounidenses eran revolucionarios, continuadores del radicalismo británico y si

³⁹ Esta es la visión de célebres historiadores como Robert E. Brown, Daniel J. Boorstin o Edmund S. Morgan.

querían proteger y mantener la constitución inglesa, lo hacían porque la veían amenazada por fuerzas reaccionarias, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos. El resultado final de su movilización fue la transformación del sistema político.

Una nueva tendencia que reexaminaba el papel de la tradición republicana en el análisis de la ideología revolucionaria norteamericana había empezado a tomar forma en la década de 1950, con la obra de un amplio grupo de historiadores⁴⁰. El punto de inflexión definitivo fue la publicación en 1967 de la obra de Bernard Bailyn *The Ideological Origins of the American Revolution*⁴¹.

En esta obra Bailyn entendía la revolución como un movimiento intelectual radical y otorgaba a las ideas un papel determinante en su desarrollo como agentes de transformación de las creencias y actitudes de los norteamericanos. Bailyn analizó en detalle los panfletos revolucionarios —en los que consideraba que se encontraba claramente expuesta la ideología revolucionaria norteamericana— e identificó cuatro fuentes de inspiración: el clasicismo del mundo antiguo, el racionalismo de la Ilustración, la teología contractual puritana y, fundamentalmente, el pensamiento de la oposición radical de la *Commonwealth* británica del siglo XVIII. Según Bailyn, fue esta última herencia la que suministró las nociones y el lenguaje empleado por los teóricos revolucionarios para conceptualizar la crisis histórica en la que creían que estaban inmersos: el intento del corrupto Gobierno británico de anular la libertad de las colonias americanas y de esclavizar a su población.

La impresión de que el Gobierno británico estaba siendo tomado por una facción corrupta controlada por los nuevos intereses monetarios surgidos de la revolución financiera del siglo XVII había sido ya denunciada en la propia Gran Bretaña por un nutrido número de teóricos de oposición, como Milton, Harrington, Bolingbroke, Sidney, Neville, Trenchard y Gordon. Estos escritores eran representantes del partido del país (*Country*), defensores de los tradicionales derechos y libertades originarios de la cultura anglosajona representados por la constitución inglesa y la *common law*. Acusaban al partido de la corte (*Court*) de romper el equilibrio del gobierno británico en favor de ciertos intereses particulares. Pero su crítica no tenía un sentido estrictamente negativo, sino que también reclamaban una serie de reformas que creían necesarias para

⁴⁰ Entre ellos Caroline Robbins, Douglass Adair, Neal Riemer, Nicholas Hans, Gerald Stourzh, Cecelia Kenyon, Stanley Elkins, Eric McKittrick, Perry Miller u Oscar y Mary Handlin. Véase SHALHOPE, "Toward a Republican Synthesis" para un resumen del movimiento.

⁴¹ Bernard BAILYN, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1967.

evitar la entrada del país en una era de opresión y decadencia: completo sufragio adulto masculino, eliminación del sistema de los *rotten boroughs*, unión directa de los representantes en el Parlamento a sus circunscripciones electorales a través de requisitos de residencia, completa libertad de prensa y retirada total del control gubernamental sobre los asuntos religiosos⁴². La obra de los críticos británicos adquirió una popularidad inmensa en las colonias norteamericanas, incluso mayor que en la propia Gran Bretaña.

Bailyn concluyó que el vocabulario empleado por los panfletistas norteamericanos no era simple retórica, sino que cuando usaban incesantemente palabras como esclavitud, corrupción o conspiración, estaban en realidad expresando temores y ansiedades reales que explicaban por qué los colonos se levantaron contra la metrópoli. La comprensión de este estado mental es lo que llevó a Bailyn a afirmar que el temor a una vasta conspiración contra la libertad en el mundo de habla inglesa se situaba en el centro del movimiento revolucionario. La fuerza de los panfletos, su capacidad de persuasión y movilización y su potencial para generar innovación en el proceso de cambio conceptual condujeron a Bailyn a considerar el período inmediatamente anterior a la independencia norteamericana como el más creativo de la historia del pensamiento político norteamericano⁴³. Para Bailyn la revolución había consistido principalmente en una revolución intelectual, que tuvo lugar, ante todo, en la mente de los norteamericanos, que cambiaron su forma de representarse a sí mismos y a su realidad, creando “un nuevo mundo de pensamiento político”, una nueva teoría política⁴⁴. Antes de la revolución, las características de su sociedad —ausencia de aristocracia, de una cultura avanzada, de una iglesia organizada— eran percibidas como provincianas, inferiores, al compararse con Inglaterra⁴⁵. Tras la obtención de la independencia, estas diferencias se convertirían en virtudes que permitirían a los norteamericanos constituirse en una república. La revolución nunca fue pensada como una revolución social. Sin embargo, la sociedad fue transformada como resultado de la revolución. Lo que hizo posible esa transformación en la organización social, en la forma en que las relaciones entre los hombres eran entendidas y llevadas a cabo fueron

⁴² BAILYN, *Ideological Origins*, p. 47.

⁴³ *Ibíd.*, pp. 9, 21.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 161.

⁴⁵ Bernard BAILYN y John CLIVE, “England’s Cultural Provinces: Scotland and America”, en *William and Mary Quarterly*, 3ª ser. II, 1954, pp. 200-213.

“cambios en el ámbito de las creencias y actitudes”. “La revolución trajo consigo los argumentos y actitudes” que “socavaron las premisas del Antiguo Régimen”⁴⁶.

Un alumno de Bailyn, Gordon S. Wood, planteó el punto de arranque definitivo de la historiografía republicana. Su primer libro, *The Creation of the American Republic*, es uno de los más importantes publicados sobre la revolución norteamericana y generó toda una escuela historiográfica, así como una importante polémica. Su premisa básica, siguiendo la línea abierta por Bailyn, era mostrar la importancia para explicar la ideología de los revolucionarios norteamericanos de nociones políticas tomadas del republicanismo clásico través del pensamiento de la *Commonwealth* radical británica. Estos rasgos estaban presentes tanto en los comienzos de la revolución, cuando se pretendía construir una utopía republicana basada en la virtud del pueblo y sus gobernantes, como en la definitiva organización plasmada en la constitución federal. Pero precisamente, había sido durante la revolución cuando esta noción clásica de la política había sido transformada en una política moderna y había servido así para transformar la sociedad americana. Wood consideraba el proceso iniciado en las colonias norteamericanas, que culminó con la redacción de la constitución federal en 1787, como el “fin de la política clásica” y el nacimiento de un nuevo tipo de política, auténticamente americana, caracterizada por el final de lo que se conocía como gobierno mixto, por la afirmación de que la soberanía residía en el pueblo y que la constitución debía estar escrita y por el diseño de un sistema representativo con división de poderes⁴⁷.

En Norteamérica, en vez de la clásica y largamente establecida división de la sociedad en tres grupos, una nueva concepción monista del pueblo apareció como consecuencia de un proceso catalizador causado por las constantes dificultades y dilemas que aparecieron a lo largo del periodo revolucionario. El momento crucial fue la constatación de que la sociedad americana no podía ser dividida ya entre unos “pocos” (*Few*) y la “mayoría” (*Many*). Aquí residía la naturaleza del transformador radicalismo de la revolución y la relevancia de la dimensión social del republicanismo. La clásica y comúnmente aceptada doctrina del gobierno equilibrado o mixto (*balanced, mixed*), cuyos orígenes se pueden trazar tan atrás como a Aristóteles o Polibio, establecía que un buen gobierno debía representar los tres grupos sociales naturales:

⁴⁶ BAILYN, *Ideological Origins*, pp. 302, 304.

⁴⁷ Gordon S. WOOD, *The Creation of the American Republic, 1777-1787*, Nueva York, Norton, 1972 [1ªed. 1969].

monarquía, aristocracia y democracia. Un equilibrio entre los tres era necesario para el establecimiento del buen gobierno. Cada una de las tres categorías sustentaba su particular virtud y en la combinación de las tres, junto con el mutuo respeto entre los grupos, se encontraba la clave de un gobierno virtuoso. La importancia que los norteamericanos daban a este sistema resulta esencial para entender la revolución, ya que hasta el último momento los norteamericanos justificaron su oposición constitucional a la política inglesa usando y afirmando la teoría del gobierno mixto, no repudiándola⁴⁸.

Asimismo, en el republicanismo norteamericano había una fuerte carga moral que estuvo en el centro de las esperanzas y proyectos concebidos. El republicanismo significaba para los norteamericanos mucho más que la simple eliminación de un rey y la instauración de un sistema electivo. Añadía una “dimensión moral, una profundidad utópica a la separación política de Inglaterra”, que afectaba al “carácter mismo de su sociedad”⁴⁹. Más que una simple desvinculación política, la independencia añadía un cambio intelectual y cultural a la sociedad americana. La única forma de regenerar al pueblo americano y sus instituciones era hacerlo a través del establecimiento de una república que se mantendría sobre la virtud de sus ciudadanos, entendida como el sacrificio de los intereses individuales por el bien común. Ya que en una república no existían los nexos de respeto, obediencia y deferencia que existían en las monarquías donde el miedo y la coacción eran la norma, el orden debería venir desde abajo. Esto traía consigo una profunda transformación de la noción de autoridad, aunque no su desaparición, pues la única forma de mantenerla era la confianza en que los miembros de la república respetarían las instituciones. De esta forma los vínculos que mantenían la sociedad unida resultaban modificados a favor de la confianza, el amor y la responsabilidad, es decir la virtud, transformando así toda la trama social.

En realidad, la importancia del pensamiento de oposición británico residía en servir de vehículo de transmisión de la cultura clásica. Efectivamente, los colonos norteamericanos encontraron en la tradición del humanismo cívico, que se remontaba a la Antigüedad, una fuente de inspiración. Tal y como lo describió el tercer gran autor de lo que ya empezaba a conocerse como “síntesis republicana”, J. G. A. Pocock, el pensamiento revolucionario americano continuaba la “tradición del republicanismo clásico y del humanismo cívico, anclada en el Renacimiento florentino, adaptada al

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 201.

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 47.

mundo inglés por James Harrington, Algernon Sidney, y Henry St. John, Vizconde de Bolingbroke, pero que sin duda miraba a la antigüedad y a Aristóteles, Polibio y Cicerón”. Es más, en opinión de Pocock, la revolución norteamericana no representaba tanto “el primer acto político de la ilustración revolucionaria” como “el último gran acto del Renacimiento”⁵⁰.

Según Pocock, una gran tradición de pensamiento republicano conectaba a través de los siglos el mundo clásico de la *polis* griega y la república romana con la revolución norteamericana, a través de las ciudades del Renacimiento italiano y de la revolución Gloriosa inglesa⁵¹. De esta forma, el liberalismo de Locke perdía su posición tradicional como única fuente intelectual de la revolución norteamericana. Aristóteles, Cicerón y Maquiavelo acompañaban ahora al padre del liberalismo en la formación de un nuevo sistema político. Para Pocock, el ideal de ciudadano virtuoso tal y como había sido definido y actualizado a lo largo de esta secular tendencia intelectual, constituyó el modelo a partir del cual se quiso definir la ciudadanía de la moderna república estadounidense. Según la tradición republicana, para que un ciudadano fuera completamente virtuoso era necesario que su virtud, entendida como la voluntad para desprenderse de sus intereses individuales cuando el bien de la comunidad lo requiriera, estuviese asegurada. Únicamente una república formada por ciudadanos virtuosos podría sobrevivir y medrar, especialmente en un mundo moderno en el que el comercio constituía la principal amenaza con sus potencialidades corruptoras. Por lo tanto, para que el ciudadano mantuviera su virtud intacta, era necesario que se mantuviera apartado de la influencia del mercado, ya que de no ser así, los intereses surgidos de su participación en el comercio interferirían con sus cualidades como ciudadano libre e independiente. Asimismo, las necesidades de la actividad comercial traerían consigo la edificación de un poderoso aparato estatal que amenazaría la tranquilidad de la república y traería su corrupción en forma de lujos innecesarios y colisiones de intereses particulares. Según Pocock, esta línea de pensamiento republicano atravesó el Atlántico en el siglo XVIII a través de la transmisión de los argumentos del partido *Country* británico y constituyó no sólo la base de la argumentación revolucionaria —tal y como Bailyn la había descrito— sino que se mantendría presente en las siguientes décadas y sus planteamientos constituirían el eje alrededor del cual discurrirían los debates sobre

⁵⁰ J.G.A. POCOCK, “Virtue and Commerce in the Eighteenth Century”, en *Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 3, No. 1, 1972, pp. 119-134; ambas citas en p. 120.

⁵¹ J.G.A. POCOCK, *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, Princeton University Press, 1975.

la constitución, el enfrentamiento entre federalistas y antifederalistas, así como la pugna entre los modelos hamiltoniano y jeffersoniano.

La ruptura supuesta por la nueva perspectiva abierta por la historiografía republicana levantó respuestas críticas. Las más numerosas y mejor razonadas provinieron de un significativo número de historiadores sociales que creían que el foco de la historiografía republicana en una ideología en particular menoscababa la importancia de otros elementos⁵². Criticaban especialmente lo que percibían como una visión simplista y homogeneizadora del pensamiento político prerrevolucionario que ignoraba la diversidad social y la multitud de creencias, intereses y posiciones conflictivas que existían en las colonias norteamericanas. En su opinión, la diversidad social y el conflicto de clases ocupaban un lugar central que había sido relegado por la escuela republicana. Los historiadores sociales tendían a subrayar la situación económica y social en la que ocurrió la revolución y a presentar sus condiciones estructurales como un elemento esencial para su comprensión. Por ejemplo, la integración de la economía norteamericana en el expansivo mercado internacional atlántico había sido fundamental para su configuración social. Como resultado, las tradicionales comunidades coloniales habían sufrido un proceso de redistribución de la riqueza a través del cual se habían dividido a lo largo de líneas de clase. Los cambios económicos y sociales experimentados por las colonias en el siglo XVIII produjeron una serie de perturbaciones y tensiones que, en opinión de este grupo de historiadores, era necesario colocar en las raíces de la revolución. Al ignorar estas circunstancias, afirmaban, la historiografía republicana estaba corriendo el riesgo de considerar a la ideología como un concepto autónomo desconectado de las condiciones materiales de un lugar y un tiempo específico. El rechazo de los historiadores sociales del idealismo republicano les condujo al estudio de las relaciones entre distintos grupos sociales y sus respectivos pensamientos en función de sus condiciones económicas. En general, concluyeron que varios elementos, y no sólo una única y todopoderosa ideología, habían estado presentes en aquel momento.

Probablemente, la crítica más completa levantada frente a la historiografía republicana fue la de Joyce Appleby⁵³. Sus bien articuladas objeciones –elaboradas a

⁵² Ver la sinopsis que realiza Robert E. SHALHOPE, “Republicanism and Early American Historiography”, en *William and Mary Quarterly*, 3ª Ser., Vol. 39, nº 2, 1982, pp. 334-356.

⁵³ Joyce APPLEBY, *Capitalism and a New Social Order: The Republican Vision of the 1790s*, Nueva York, New York University Press, 1984 y *Liberalism and Republicanism in the Historical Imagination*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1992. Appleby inició una polémica historiográfica con Lance

través de la integración del trabajo de otros críticos— constituían una constructiva evaluación de las imperfecciones del republicanismo como paradigma historiográfico. Su crítica se centraba en la falta de atención otorgada por la escuela republicana a las intrincadas condiciones socioeconómicas presentes en la América revolucionaria. Principalmente se preguntaba cómo había sido posible que los Estados Unidos hubieran desarrollado en el siglo XIX una sociedad definida en términos liberales si no había existido una significativa tradición liberal en la formación de la política norteamericana. Consecuentemente, proponía una reconsideración del papel de Locke y otros teóricos liberales ingleses en la formación del pensamiento norteamericano y su influencia en la formación del agresivo individualismo y materialismo de las clases medias, que ella consideraba como la causa principal de la transformación del descontento en revolución. Appleby, sin tener la simpatía de los historiadores del *liberal consensus* por el liberalismo como paradigma histórico —cuestionando especialmente su concepción del progreso— aspiraba a rebasar la perspectiva que habían marcado las explicaciones convencionales sobre el carácter norteamericano. Reconocía el papel historiográfico jugado por el republicanismo en la demolición de la posición dominante del liberalismo, gracias a la cual se revelaba el artefacto cultural que en realidad era. De todas formas, consideraba que la historiografía republicana había tomado un camino equivocado al centrarse en la ideología de las elites y menospreciar la importancia de una serie de grupos ascendentes que estaban formulando y empleando la naciente doctrina liberal. También tenía sus reservas en relación al excesivo idealismo republicano, que había “presentado a los angloamericanos del siglo XVIII no como poseedores de ideas, sino como poseídos por ellas”⁵⁴.

Lo cierto es que los autores de la corriente republicana habían reconocido la presencia de factores intelectuales propios del liberalismo y nunca negaron su presencia, aunque es verdad que sus argumentos habían dado lugar a malentendidos. Cuando Gordon S. Wood describió en 1992 al republicanismo como el “monstruo que amenaza con devorarnos a todos”⁵⁵, no estaba sólo admitiendo su culpa en el nacimiento y alimentación de la bestia. También estaba reconociendo la necesidad de encontrar un acuerdo. En el prefacio a la reedición de *The Creation of the American Republic* en

BANNING, autor de *The Jeffersonian Persuasion: Evolution of a Party Ideology*, Ithaca, Cornell University Press, 1978.

⁵⁴ *Liberalism and Republicanism in the Historical Imagination*, p. 22.

⁵⁵ Gordon S. WOOD, “Afterword” en Milton M. Klein, Richard D. Brown y John B. Hench (eds.) *The Republican Synthesis Revisited. Essays in Honor of George Athan Billias*, Worcester, American Antiquarian Society, 1992, p. 145.

1998, Wood reconocía la confusión que él mismo había contribuido a crear: “Si lo escribiera ahora, un tema que probablemente trataría de forma diferente sería el republicanismo. Ya que el republicanismo ha terminado siendo para muchos historiadores un cuerpo de pensamiento más distintivo y palpable de lo que era en realidad, quizás necesite ser mejor situado en el contexto del siglo XVIII”⁵⁶. Wood identificó claramente cuál había sido el problema y cuál debía ser la solución:

“En los últimos veinte años hemos hecho del republicanismo algo más palpable y distintivo de lo que en realidad era. El republicanismo clásico en el siglo XVIII no era un cuerpo de pensamiento fácil de distinguir al que la gente se adhiriera conscientemente. Y lo que llamamos liberalismo lockiano [*Lockean liberalism*] era aún menos manifiesto y palpable. En nuestros debates historiográficos hemos asumido con demasiada frecuencia una aguda dicotomía entre dos tradiciones identificables que la realidad del siglo XVIII no apoyaría. Ninguno de los participantes históricos, incluyendo a los Fundadores, tuvo nunca ninguna sensación de tener que escoger entre republicanismo y liberalismo, entre Maquiavelo y Locke”⁵⁷.

De la misma manera, cuando Pocock se encontró con la necesidad de aclarar, con voz cansada, lo que quiso decir, también estaba admitiendo que quizás una explicación era necesaria después de todo. En 2003, en el nuevo epílogo a la reedición de *The Machiavellian Moment* aún consideraba responsable de la controversia causada por su trabajo a la “auténtica falta de voluntad de aceptar su premisa básica: la presencia de valores republicanos en la temprana historia moderna, y su permanente debate con otros valores que se han presentado como opuestos o con los que se les ha aliado tensamente”⁵⁸. Es decir, el republicanismo era uno más de los valores presentes en la historia moderna temprana, e interactuaba con otros valores, notablemente el liberalismo.

La polarización historiográfica y política que resultó de la controversia entre republicanismo y liberalismo contribuyó a la elaboración de dos interpretaciones que eran presentadas a menudo no sólo como alternativas, sino como mutuamente excluyentes. Sin embargo, lo cierto es que la tesis republicana nunca negó al liberalismo un papel importante en el pensamiento revolucionario, concediendo gran importancia a conceptos asociados comúnmente con el liberalismo como el individualismo, la propiedad privada o la concepción contractual de los orígenes y límites del poder gubernamental. En realidad, lo que se afirmaba era que las ideas liberales formaban sólo

⁵⁶ Gordon S. WOOD, *The Creation of the American Republic, 1776-1787*, Chapel Hill, N.C., University of North Carolina Press, 1998, reedición, p. vii.

⁵⁷ WOOD, “Afterword”, p. 145.

⁵⁸ POCOCK, *The Machiavellian Moment*, Princeton, 2003, reedición, p. 554.

una parte de la herencia intelectual de la generación revolucionaria y que, conjuntamente con otras tradiciones como el republicanismo clásico, el pensamiento ilustrado u otras aparentemente tan rancias como el contractualismo puritano, ayudaron a formar los comienzos de una ideología moderna⁵⁹.

La controversia entre liberalismo y republicanismo puede solventarse con la elaboración de una síntesis, pluralista y polivalente⁶⁰. De nuevo, Wood lo aclara nítidamente. Los hombres del siglo XVIII podían pensar y comportarse simultáneamente dentro de parámetros esencialmente republicanos o liberales, es decir “Jefferson, por ejemplo, podía creer simultáneamente y sin ninguna sensación de inconsistencia en la posibilidad de que Estados Unidos se corrompiera y en la necesidad de proteger los derechos individuales de la acción del gobierno”⁶¹. Los norteamericanos de finales del XVIII y comienzos del XIX podían estar profundamente preocupados por alcanzar sus aspiraciones socioeconómicas y políticas individuales, a la vez que estar dispuestos a hacer todo lo posible para que su libertad no estuviera amenazada por las fuerzas corruptas que se apoderaban de sus gobiernos. Es necesario por lo tanto construir marcos conceptuales que nos permitan combinar actitudes y comportamientos tradicionales y modernos, sociales e ideológicos, urbanos y rurales, republicanos y liberales, en una visión integrada de una época de transición. Varios historiadores han asimilado estos puntos de vista en una síntesis que incorpora tanto el estudio de las condiciones socioeconómicas como la presencia de elementos del liberalismo político y económico⁶².

⁵⁹ El republicanismo clásico otorgaba una mayor importancia a la libertad política entendida como participación en la vida pública. Para Wood la transición del concepto de libertad desde uno republicano a uno liberal durante la revolución fue decisiva: “Therefore liberty, as the old Whigs had predominantly used the term—public or political liberty, the right of the people to share in the government—lost its significance for a system in which the people participated throughout. The liberty that was now emphasized was personal or private, the protection of individuals rights against all governmental encroachments, particularly by the legislature”, *Creation*, p. 609.

⁶⁰ Robert E. SHALHOPE, “Republicanism, Liberalism, and Democracy: Political Culture in the New Nation” en Klein, Brown y Hench (eds.) *The Republican Synthesis Revisited*.

⁶¹ Gordon S. WOOD, “Ideology and the Origins of Liberal America”, en *The William and Mary Quarterly*, 3rd Ser., Vol. 44, No. 3, 1987, pp. 628-640.

⁶² Algunos ejemplos representativos: Eric FONER, en *Tom Paine and revolutionary America*, Nueva York, Oxford University Press, 2005 [1976] describió el republicanismo de las clases urbanas populares de Pennsylvania durante la revolución sin dejar de lado la conflictividad social del periodo, enfatizando la importancia de Paine en la construcción de un lenguaje político moderno. Paine fue el promotor más célebre de un nuevo lenguaje que transformó el significado de palabras como república y democracia y que permitió el acceso de las clases inferiores a la participación política. Además, su defensa de la libertad de comercio lo entroncaba también con una tradición liberal. En *The Story of American Freedom*, Nueva York, Norton, 1998, libro escrito tras los debates de los ochenta, Foner examinaba las nociones de libertad republicana y liberal y concluía que eran compatibles y podían ser sostenidas simultáneamente. Más recientemente, T. H. BREEN, *The Marketplace of Revolution. How consumer politics shaped*

La obra de Gordon S. Wood *The Radicalism of the American Revolution* es en muchos sentidos una respuesta a las críticas realizadas a su obra anterior. En este libro fundamental, incorporaba a su interpretación de la revolución y los primeros años de la república como una fase radical y transformadora un marco cronológico más amplio (desde la época colonial a la década de 1820) y los puntos de vista de muchos de sus críticos (incorporando a grupos sociales populares y minoritarios desde una perspectiva cultural) sin renunciar al marco ideológico republicano que él contribuyó a establecer⁶³.

Joyce Appleby, en *Inheriting the Revolution*, llegó a conclusiones similares a las expuestas por Wood en *The Radicalism of the American Revolution*, examinando cómo la generación de estadounidenses nacida tras la revolución reinterpretó los motivos y objetivos de sus progenitores, de forma que construyó una sociedad que poco tenía que ver con la república imaginada por ellos, reelaborando el significado de la revolución. La sociedad que se formó en las primeras décadas del siglo XIX era una sociedad profundamente americana en la que se valoraban por encima de cualquier cosa “la iniciativa individual, la restricción institucional, y la representación pública popular”, y que se encontraba permeada por una cultura capitalista. El individuo se convirtió en el centro de la sociedad, dejando al margen el espíritu comunitario republicano, aunque muchos de los valores del tipo ideal revolucionario todavía se mantuvieron con fuerza (virtud, independencia). La principal diferencia era que el sacrificio por el bien común ya no necesitaba ser colocado como la primera obligación del ciudadano sino que

American Independence, Nueva York, Oxford University Press, 2004, interpretó la revolución en términos que permitían incluir como protagonistas de la narrativa republicana a los sectores populares. Dialogando con la historiografía republicana, Breen ofrecía una interpretación de la participación popular en la obtención de la independencia que matizaba el análisis republicano que situaba las aspiraciones de los norteamericanos a formar una república de *yeomen* o granjeros independientes como principal motivación de la revolución. En cambio, Breen enfatizaba el papel de los consumidores y su relación con las importaciones de manufacturas británicas. En su opinión, la ideología republicana de las elites no era suficiente para explicar la masiva movilización de la población en apoyo del independentismo. Breen explicaba que la capacidad de reunir a un número tan alto de seguidores en un territorio tan extenso arrancó de la solidaridad que se creó gracias a las acciones colectivas llevadas a cabo durante los años previos a la guerra, como los movimientos de boicot contra la importación y el consumo de productos ingleses. Estos actos se convirtieron en la base de la confianza que permitió desarrollar la solidaridad necesaria para comenzar una revolución continental. A través de la movilización en el mercado se generó un tipo moderno de acción política colectiva que fue capaz de crear una comunidad imaginaria nacional y de proporcionar un lenguaje de resistencia común. Breen enfatizaba de esta forma el aspecto material de la revolución, aunque no desestimaba por completo las propuestas republicanas. La voluntad de sacrificio de los consumidores, que renunciaban a comprar productos por el bien de la comunidad, les acreditaba como participantes de una “virtud burguesa”, no tan diferente de la virtud republicana de las elites. De esta forma la mayoría de la población, incluidas las mujeres en un lugar destacado, podían convertirse en ciudadanos virtuosos. Breen integraba el republicanismo en una visión de la sociedad que iba más allá de las elites.

⁶³ Gordon S. WOOD, *The radicalism of the American Revolution*, Nueva York, Knopf, 1992. Lo cierto es que Wood había hablado también de una revolución social en *Creation*, p. 91.

dejaba paso a la defensa del interés individual. Este modelo se convirtió en el prototipo del norteamericano, en un auténtico icono patriótico todavía hoy reconocible, pero el resultado de su identificación con el hombre blanco y su aspiración a convertirse en un modelo de comportamiento universal desplazó al resto de la heterogénea población norteamericana (mujeres, afroamericanos esclavos y libres, indígenas) a los márgenes de la ciudadanía. El protagonista del siglo XIX norteamericano fue por lo tanto un hombre blanco que se veía a sí mismo como fruto de su trabajo y esfuerzo, que actuaba de forma independiente y para quien sus objetivos personales marcaban la pauta de su comportamiento. En definitiva, un tipo liberal, un *homo faber*. Al tiempo que la clase media se desarrollaba, nuevos discursos acerca del status, el mérito y la virtud fueron imponiéndose, más adecuados para una democracia liberal que para una república clásica⁶⁴.

En cualquier caso, los avances historiográficos revelaron que el republicanismo como doctrina política y moral sufrió un proceso de transición. El concepto de virtud comenzó a perder su significado comunitario al ser afectado por la expansión del individualismo como elemento central en torno al cual se empezaba a definir una sociedad con diferentes cualidades. Consecuentemente, una transformación fundamental tuvo lugar en los Estados Unidos, una transformación que implicaba que “en lugar del sacrificio individual por el bien del estado como el lazo de unión republicano, los norteamericanos comenzaron a poner un mayor énfasis en lo que ellos llamaban la ‘opinión pública’ como base de cualquier gobierno”⁶⁵. La consecuencia de este proceso sería la aparición de una república que la mayoría de los americanos de la generación revolucionaria no identificaban con el tipo ideal que ellos habían imaginado. La propia lógica de la revolución hizo imposible la realización de este objetivo. Wood lo vio claro: “La Revolución y las ideas de la Ilustración que la acompañaron contenían en su interior las fuentes de su propia desilusión y destrucción”⁶⁶. El resultado final fue la transformación, en gran medida involuntaria, del tipo de república que los norteamericanos quisieron edificar en un principio.

⁶⁴ Joyce APPLEBY, *Inheriting the Revolution. The First Generation of Americans*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2000, cita en p. 5.

⁶⁵ WOOD, *Creation of the American Republic*, p. 612.

⁶⁶ Gordon S. WOOD, *The Rising Glory of America, 1760-1820*, Nueva York, George Braziller Incorporated, 1971, p. 1.

4. EL REPUBLICANISMO EN EL MUNDO ATLÁNTICO HISPÁNICO

La cuestión que quiero plantear es hasta qué punto las propuestas de la historiografía anglosajona respecto a la presencia del republicanismo cívico en la Edad Moderna y su influencia en las grandes revoluciones atlánticas son aplicables al mundo hispánico. O dicho de otra forma, hasta qué punto la presencia de valores republicanos en la cultura política hispana moderna fue significativa para su formación ideológica. Este camino puede ser delicado, pues se corre el riesgo de querer encontrar lo que no hay, o de exagerar la relevancia de lo que se encuentre. Esta actitud es también problemática en el sentido de que pretende acudir al registro documental con ciertos prejuicios. Además, usar el republicanismo como un cajón de sastre en el que se puede incluir de todo le hace perder su energía interpretativa⁶⁷. Sin embargo, como ha demostrado la más reciente historiografía, es necesario reconocer el carácter ecléctico de las culturas políticas decimonónicas, que tomaron conceptos y vocabularios de las más diversas tradiciones intelectuales.

Los debates en los que se ha centrado la historiografía española, se puede decir que desde el Regeneracionismo de principios del siglo XX hasta el último tercio del mismo, estuvieron dominados por discusiones acerca de la existencia o no de una auténtica revolución liberal en España y en las consecuencias que esta entrada en la modernidad tuvo para la evolución posterior del Estado-nación⁶⁸. Las obras de Miguel Artola aparecidas desde la década de 1950 con el liberalismo burgués en el centro de la interpretación supusieron una ruptura con la interpretación conservadora oficial franquista que consideraba el siglo XIX como un periodo caótico y fallido⁶⁹. A esa

⁶⁷ Ver el estudio crítico de Daniel T. RODGERS, "Republicanism: the career of a concept", en *The Journal of American History*, Vol. 79, No.1 (Jun., 1992) pp. 11-38.

⁶⁸ Estudios historiográficos sobre estos debates: Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, "La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979", en M. Tuñón de Lara, *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de Pau. Balance y resumen*, Madrid, Siglo XXI, 1980, pp. 91-138; Pedro RUIZ TORRES, "Del Antiguo a nuevo régimen: carácter de la transformación", en VV.AA., *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, vol. 1, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid-Alianza, pp. 159-192; Irene CASTELLS, "La rivoluzione liberale spagnola nel recente dibattito storiografico", en *Studi storici*, n° 1, 1995, pp. 127-161; Isabel BURDIEL, "Myths of Failure, Myths of Success: New Perspectives on Nineteenth-Century Spanish Liberalism", en *The Journal of Modern History*, Vol. 70, n° 4, dic. 1998, pp. 892-912; I. BURDIEL y M. C. ROMEO, "Old and New Liberalism: The Making of the Liberal Revolution, 1808-1844", en *Bulletin of Spanish Studies*, Vol. 75, n° 5, 1998, pp. 65-80; Ramón VILLARES, "El pasado que cambia: reflexiones a propósito de la revolución liberal española", en *Josep Fontana. Historia y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 13-28.

⁶⁹ Miguel ARTOLA, *Los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1959; *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*, Madrid, Alianza, 1974; *Antiguo Régimen y revolución liberal*, Barcelona, Ariel, 1978.

interpretación le siguió una reacción que limitaba (o negaba) la existencia de una auténtica revolución en España. Influyentes historiadores como Josep Fontana y Alberto Gil Novales subrayaron la naturaleza transaccional del compromiso al que la burguesía liberal llegó con las elites y estructuras del Antiguo Régimen, incluida la corona, que resultó en un estado no democrático y una sociedad oligárquica⁷⁰. Finalmente, se llegó a un cierto consenso acerca del éxito relativo de un liberalismo que se podía detectar en las reformas institucionales y jurídicas, con menor incidencia socioeconómica⁷¹.

La historiografía europea revisionista ha puesto en duda lo apropiado del uso de términos como revolución liberal o burguesa a la hora de caracterizar el periodo, cuestionando así la preeminencia del paradigma liberal y llamado la atención acerca de las limitaciones del empleo de categorías propias de la tradicional historiografía liberal y marxista, especialmente la centralidad otorgada en el análisis al concepto de clase. Este revisionismo llegó a la conclusión de que nunca existió una burguesía revolucionaria en Europa⁷². De manera similar, para el caso de las revoluciones hispánicas François-Xavier Guerra se enfrentó al problema de esa burguesía *introuvable* y concluyó que lo que unía a los protagonistas revolucionarios no eran categorías socioeconómicas sino su pertenencia a un mismo mundo cultural⁷³.

Sin embargo, en las últimas décadas se ha producido en la historiografía española una revalorización de la riqueza de las culturas políticas liberales, republicanas (y también reaccionarias, especialmente el carlismo), independientemente de su éxito o fracaso relativo posterior⁷⁴. A diferencia de las interpretaciones que han puesto en duda

⁷⁰ Josep FONTANA, *La crisis del Antiguo Régimen, 1808-1833*, Barcelona, Crítica, 1979; Alberto GIL NOVALES, *Del Antiguo al Nuevo Régimen en España*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986.

⁷¹ La naturaleza incompleta de la revolución liberal en España sería el punto de partida de elaboraciones históricas acerca del supuesto fracaso de la industrialización, el atraso económico, la imposibilidad de realizar una reforma agraria, o la debilidad del estado-nación liberal.

⁷² William M. REDDY, *Money and liberty in modern Europe: a critique of historical understanding* Cambridge, Cambridge University Press, 1987, especialmente la síntesis que ofrece en el capítulo 1, "The crisis of the class concept in historical research". Un balance del revisionismo en Pamela M. PILBEAM, *The Middle Classes in Europe*, Basingstoke, MacMillan, 1990, especialmente el capítulo 8 "The Bourgeois Revolution 1789-1815", pp. 210-234.

⁷³ GUERRA, *Modernidad e independències*, p. 14. Sobre la cuestión de la revolución liberal burguesa en España, véase además José ÁLVAREZ JUNCO, "A vueltas con la revolución burguesa", en *Zona Abierta*, 36-37, 1985, pp. 81-106; Pedro RUIZ TORRES, "Algunos aspectos de la revolución burguesa en España", en VV.AA., *El Jacobinisme. Reacció i revolució a Catalunya i a Espanya 1789-1837*, Barcelona, ed. Fundació Caixa de Catalunya-UAB, 1990, pp. 9-39; José A. PIQUERAS ARENAS, "La revolución burguesa española. De la burguesía sin revolución a la revolución sin burguesía", en *Historia Social*, nº 24, 1996, pp. 95-132; y Manuel PÉREZ LEDESMA, "Protagonismo de la burguesía, debilidad de los burgueses", en *Ayer*, nº 36, 1999, pp. 65-94.

⁷⁴ Ismael SAZ, "La historia de las culturas políticas en España (y el extraño caso del «nacionalismo español»)", en Benoît Pellistrandi y Jean-François Sirinelli (eds.), *L'histoire culturelle en France et en Espagne*, Madrid, Casa Velázquez, 2008, pp. 215-234. Algunos ejemplos representativos del interés por

los alcances de la revolución liberal burguesa en España en caso de aceptar su paradigma, o que cuestionan su propia utilidad como categoría de análisis, la última historiografía española, especialmente la proveniente de la universidad de Valencia, con autores como Isabel Burdiel, María Cruz Romeo Mateo o Jesús Millán, ha defendido la importancia de la revolución en la transformación vivida por España en la primera mitad del siglo XIX, aunque desprendida de teleologías sobre su triunfo o de esquemas heredados del marxismo. Para estos historiadores, las relaciones sociales, la estructura jurídica, la esfera cultural y la vida política resultante de la “revolución española” eran esencialmente diferentes de la de principios del siglo XIX, cuando la crisis se inició.

Al analizar el liberalismo desde un punto de vista secuencial, o dicho de otra forma, como agente de “modernidad”, se corre el riesgo de otorgarle una capacidad de transformación mucho mayor de la que tuvo y de presuponer su éxito. Sin embargo, esto no debe ocultar el carácter revolucionario del proceso, tanto en el campo discursivo (donde sin duda se dio un cambio tanto en el lenguaje como en la cultura política más amplia) como en el institucional. Pero sí se debe cuestionar el carácter moderno de los instrumentos empleados en esa ruptura, que si introducimos el republicanismo en la ecuación quedan, en buena medida, reducidos o al menos matizados. Examinar la pervivencia de elementos de una cultura política de larga herencia y valorar actitudes culturales —como ha hecho parte de la historiografía marxista desde la reformulación del concepto de clase teniendo en cuenta su dimensión cultural— por encima de respuestas materiales parece una alternativa válida.

En efecto, uno de los mayores problemas de análisis al que se enfrentan los historiadores es delimitar el grado de permanencia de estructuras políticas, sociales y culturales combinadas con una auténtica aspiración al cambio, y con la constatación de las consecuencias transformadoras de la revolución tanto en América como en España. El republicanismo puede ser la bisagra entre el pasado y la tradición, y el futuro y la reforma. Sirvió de herramienta intelectual y lenguaje para acomodar el cambio político y que este fuera aceptable, aunque en su uso inicial no hubo intencionalidad revolucionaria en el sentido de aspirar a dismantelar las estructuras políticas, ni mucho

el estudio de las culturas políticas son Manuel SUÁREZ CORTINA (ed.), *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999; SUÁREZ CORTINA, *El gorro frigio. Liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva-Sociedad Menéndez Pelayo, 2000; Jordi CANAL, *El Carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza, 2000; SUÁREZ CORTINA (ed.), *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006; Javier DE DIEGO, *Imaginar la república. La cultura política del republicanismo español, 1876-1908*, Madrid, CEPC, 2008; Florencia PEYROU, *Tribunos del pueblo. Republicanos y demócratas durante el reinado de Isabel II*, Madrid, CEPC, 2008.

menos las sociales. Sin embargo, acabó siendo un aspecto fundamental de esta transformación en la forma de entender la gobernabilidad.

4.1 Republicanismo en la Península

“La Nación española es libre e independiente,
y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona”⁷⁵.

El marcado carácter polisémico del lenguaje político liberal de principios del siglo XIX muestra que no era solo representativo del tipo moderado y elitista que se impuso finalmente en España. Existieron diversos postulados dentro de este lenguaje, y conocer las versiones más radicales (con rasgos republicanos, jacobinos y democráticos) es necesario tanto para comprender el liberalismo moderado como para dar cuenta de las manifestaciones republicanas del siglo XIX⁷⁶.

Es evidente que en España no hubo una alternativa política real que propusiera la adopción de un modelo de Estado republicano hasta bien entrado el siglo XIX. Por supuesto, la república no sería proclamada efectivamente en España hasta 1873, en condiciones históricas particulares y con una andadura más que azarosa, pero para entonces había aparecido un amplio movimiento político organizado alrededor de ciertos principios que aparecían ya definidos con cierta coherencia, especialmente a partir de la fundación del Partido Demócrata a finales de la década de los cuarenta. Intentar encontrar antes de esa fecha un precedente claro de lo que llegaría a convertirse con el tiempo en un partido republicano no es necesario sin embargo para afirmar que existió un antecedente intelectual. Una cultura republicana previa proporcionó no sólo los mitos de origen que tanto el liberalismo como el republicanismo español emplearían, sino también ciertos principios políticos básicos sobre los que construirían sus programas, y sobre todo un lenguaje político sobre el que articular esas demandas.

En general, el republicanismo español sólo ha sido considerado a partir de su organización a partir de la década de 1840, aunque en los últimos años se está viviendo una renovación del interés por estudiarlo⁷⁷. Lo cierto es que los inicios del

⁷⁵ Artículo 2 de la Constitución de 1812.

⁷⁶ María Cruz ROMEO MATEO, “La sombra del pasado y la expectativa de futuro: ‘Jacobinos’, radicales y republicanos en la revolución liberal”, en Lluís Roura i Aulinas e Irene Castells (eds.), *Revolución y Democracia. El jacobinismo europeo*, Madrid, Ediciones del Orto, 1995.

⁷⁷ Román MIGUEL GONZÁLEZ, *La pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, CEPC, 2007; PEYROU, *Tribunos del pueblo. Republicanos y demócratas durante el reinado de Isabel II*; DE DIEGO, *Imaginar la república. La cultura política del republicanismo español, 1876-1908*.

republicanismo moderno en España en las primeras décadas del siglo XIX se caracterizaron por una pronunciada diversidad y fragmentación, hasta el punto de haber sido comparado con un “inventario de incertidumbres y oscuridades”⁷⁸. Sin embargo, esta oscuridad empieza a ser iluminada por la historiografía.

El lenguaje y ética republicanos estaban presentes ya en buena medida en el discurso de parte de la Ilustración española, y así quedaban reflejados en la temática del teatro neoclásico: las concepciones republicanas de la patria, entendida no exclusivamente como el lugar en que se nace sino como el lugar en el que se goza de libertad bajo el amparo de las leyes; las ventajas de una constitución mixta y de la participación y representación pública ciudadana; la tiranía entendida como la ausencia de ley y como el sometimiento a la voluntad caprichosa de un rey no virtuoso, eran nociones presentes en la España de la segunda mitad del siglo XVIII. Además, también se tomaron ciertas medidas activas de inspiración republicana, especialmente bajo el impulso del Conde de Aranda, como la democratización de los ayuntamientos a través de la figura del personero del común, los impulsos a la participación de nobles y ciudadanos en la política sin abandonarla a la Corona, reformas educativas de orientación ilustrada o los proyectos de reforma agraria y colonización inspirados por Jovellanos y puestos en práctica por Campomanes y Olavide, que concordaban con los principios del contemporáneo republicanismo agrario estadounidense. Estas medidas apuntaban en la dirección de establecer una monarquía moderada inspirada por el ideal republicano de gobierno mixto⁷⁹.

En las provincias del norte, especialmente en Álava y Guipúzcoa, el señorío de Vizcaya, el reino de Navarra y, en menor medida, el principado de Asturias, se desarrolló en la edad moderna una imagen republicana de sí mismas y de su inserción foral en la monarquía hispana. Según esta visión, las provincias vascongadas constituían comunidades perfectas y autónomas, que mantenían una asociación republicana con el conjunto de la monarquía (argumento similar al empleado por el patriotismo criollo americano). Influyentes observadores extranjeros participaban de esta visión y la consideraban vestigio de la virtud republicana atribuida a los pueblos montañeses. El

⁷⁸ Demetrio CASTRO ALFÍN, “Orígenes y primeras etapas del republicanismo en España”, en Nigel Townson, *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, p. 33.

⁷⁹ Para la tragedia neoclásica de temática republicana y el Conde de Aranda véase una obra que, a pesar de presentar problemas de interpretación y metodología historiográfica, es útil: Mario ONAINDÍA, *La construcción de la nación española. Republicanismo y nacionalismo en la Ilustración*, Barcelona, Ediciones B, 2002. Las afinidades del republicanismo agrario estadounidense con las ideas de los reformistas agrarios españoles de finales del siglo XVIII en Juan Luis SIMAL, “El republicanismo agrario en Estados Unidos, 1785-1824”, en *Historia Agraria*, nº 49, diciembre 2009, pp. 73-100.

futuro presidente estadounidense John Adams incluyó a Vizcaya, junto a San Marino y el cantón de los grisonos suizos, en el grupo de lo que denominó *democratick republics*. Para el escocés John Geddes, el Fuero Nuevo de Vizcaya era un ejemplo de la antigua constitución republicana céltica, y autores como el irlandés William Bowles o Jean-Jacques Rousseau hicieron comentarios semejantes⁸⁰.

La influencia directa de la revolución norteamericana en España fue limitada, aunque conviene hacer unas matizaciones al respecto. Los contactos de España con los revolucionarios norteamericanos fueron numerosísimos. La existencia de intereses territoriales en Norteamérica y la activa participación española en la guerra de la independencia frente a Gran Bretaña facilitaron el contacto entre España y la nueva república. Las primeras relaciones se establecieron a nivel diplomático. El Conde de Aranda, que como se ha indicado simpatizaba con el republicanismo, fue el primer político español que entró en contacto con los enviados norteamericanos como embajador en París (tras dejar de estar al frente del Consejo de Castilla). Albergaba profundas simpatías por su causa y consideraba que España debía establecer relaciones amistosas con un país que estaba destinado a convertirse en una potencia continental. Pero el nuevo secretario de Estado de Carlos III, el conde de Floridablanca, recelaba del ejemplo que las revoltosas colonias británicas podían dar a las españolas y era favorable a limitar el apoyo concedido al nivel indispensable para lograr que la guerra se prolongara lo máximo posible para debilitar de esa forma a Gran Bretaña, reciente vencedora de la Guerra de los Siete Años en la que había arrebatado a España el control de Florida además de ocupar Menorca. Poco después, y en contra de la voluntad de Floridablanca, España se vio obligada a participar directamente en la guerra de la mano de Francia, que había decidido otorgar apoyo militar directo a los rebeldes norteamericanos. Una vez terminada la guerra y conseguida la independencia de las colonias, los enfrentamientos diplomáticos entre España y los jóvenes Estados Unidos continuarían alrededor de intereses territoriales y comerciales en la zona del golfo de México, particularmente en relación a la navegación del río Mississippi que España controlaba desde Nueva Orleans.

En este contexto no deja de ser sorprendente que los textos revolucionarios norteamericanos se difundieran con tanta facilidad en Francia y España. Los principales

⁸⁰ José María PORTILLO VALDÉS, *El sueño criollo. La formación del doble constitucionalismo en el País Vasco y Navarra*, Donostia-San Sebastián, Nerea, 2006, pp. 33, 149-157. Sin embargo, como señala Portillo a finales del siglo XVIII y principios del XIX, la nueva historiografía cuestionaba la interpretación republicana y mítica de los fueros vascos, y proponía una perspectiva monárquica.

textos, como la Declaración de Independencia, los Artículos de la Confederación y las constituciones estatales y la federal de 1787 fueron conocidos rápidamente tanto por los gobiernos como por el público francés y español sin ninguna censura. Asimismo, numerosas obras sobre los Estados Unidos circularon libremente por España⁸¹. De todas formas, en las Cortes de Cádiz el ejemplo estadounidense, a pesar de ser conocido, no gozó de mucho crédito, principalmente por su marcado carácter revolucionario republicano y por el ejemplo independentista que daba a los territorios hispanoamericanos que empezaban en ese momento a agitarse⁸². Es indudable que el ejemplo republicano estadounidense como modelo de estado se encontraba muy lejos de ser aceptado como respuesta a la crisis de la Monarquía hispana por las principales figuras del liberalismo español⁸³. Sin embargo, la producción revolucionaria norteamericana era conocida en España y, además, sus propuestas republicanas eran comprensibles porque no desencajaban con una tradición republicana de raigambre española.

A pesar del silencio oficial en España acerca de los acontecimientos franceses, y de los intentos de impedir la entrada de cualquier tipo de información relativa a ellos con la instalación de un cordón sanitario⁸⁴, no se pudo evitar la circulación de ideas de la Revolución Francesa en la España de finales del siglo XVIII, incluidas las republicanas y jacobinas, a través de la difusión de textos y propaganda revolucionarios. Ante la

⁸¹ Carmen DE LA GUARDIA HERRERO, “La Revolución americana y el primer parlamentarismo español”, en *Revista de Estudios políticos*, No. 93 Julio-Septiembre 1996. pp. 205-218. Además de estos textos legales, habría que añadir la difusión de textos propagandísticos con mayor capacidad de convicción y provocación, como el *Common Sense* de Thomas Paine. La presencia de un lenguaje republicano en España desde finales del siglo XVIII, en conexión con el estadounidense, en Carmen DE LA GUARDIA HERRERO “El lenguaje republicano en el primer liberalismo español”, en *Ayeres en discusión. Temas claves de Historia Contemporánea hoy. IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, publicación en CD.

⁸² DE LA GUARDIA HERRERO, “La Revolución americana y el primer parlamentarismo español”, pp. 217-218.

⁸³ No han faltado, sin embargo, quienes hayan comparado la Constitución de 1812 con la norteamericana de 1787. Así, Manuel MARTÍNEZ SOSPEDRA ha sostenido que la Constitución española creó en realidad una “monarquía presidencialista” en la que el rey poseía “mayores poderes que el Presidente norteamericano”; “El Rey en la Constitución de Cádiz. Una monarquía presidencialista” en *Estudios del Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Zaragoza*, 1975, pp. 225-252; cita en p. 251.

⁸⁴ En septiembre de 1789 una real orden advertía al cónsul francés en Málaga que “prevenga a sus nacionales se abstengan de usar la escarapela y de tener discursos relativos a las cosas de Francia, ni a los sistemas del gobierno monárquico y republicano, sobre que el Rey quiere se guarde un riguroso silencio”. Pero en su informe a Carlos IV de 1791, Floridablanca advertía: “El incendio de Francia va creciendo y puede propagarse como la peste (...) La necesidad de formar un cordón contra esta peste estrecha más y más cada día”. AHN, Estado, legs. 3162, f. 2 y 3959, f. 41; ambas citas en Antonio ELORZA, “El temido árbol de la libertad”, en Jean-René Aymes (ed), *España y la revolución francesa*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 71, 72.

alarma de las autoridades, aparecían súbditos españoles luciendo escarapelas tricolores y gorros frigos y adorando al árbol de la libertad⁸⁵.

La influencia de la primera república francesa (1792-1799) sin duda marcó las concepciones republicanas españolas y produciría incidentes tan confusos como la conspiración de Picornell de 1795. La guerra contra la Convención entre 1793 y 1795, que incluyó la ocupación por parte de las tropas francesas del norte de la Península, permitió la entrada directa en España de las ideas republicanas, a través del proselitismo realizado, además de por los ejércitos revolucionarios, por algunos exiliados españoles en Francia, como el abate Marchena⁸⁶. Con la Paz de Basilea (1795) y el Tratado de San Ildefonso (1796), la monarquía española se convertía en aliada de la república francesa.

A la altura de 1806, según Alcalá Galiano, en España “republicanos había ya pocos, aunque había habido bastantes entre la gente ilustrada hacia 1795 y aun hasta 1804”⁸⁷. El recuerdo de la fase del Terror y la proclamación del expansionista imperio napoleónico contribuyeron a deslegitimar en España las ideas consideradas de origen francés, aunque la presencia de numerosos afrancesados durante el Gobierno de José I denota que conservaron su poder de fascinación entre importantes sectores de la población y, muy especialmente, de las elites. El clima de galofobia que se vivió durante la Guerra de la Independencia hacía que resultara políticamente arriesgado defender explícitamente desde el bando patriota cualquier tipo de propuesta republicana para evitar ser identificado con el invasor, aunque de una forma más o menos encubierta o no intencionada ciertos principios republicanos seguían estando presentes, e incluso funcionaban como movilizadores nacionales⁸⁸.

En cualquier caso, no es en el potencial revolucionario importado de Francia o Estados Unidos donde hay que buscar genuinas inquietudes republicanas, ya que de esta forma, al no tener una raíz local, corrían el riesgo constante de ser desacreditadas como

⁸⁵ Lucienne DOMERGUE, “Propaganda y contrapropaganda en España durante la revolución francesa (1789-1795)”, en Aymes (ed), *España y la revolución francesa*, pp. 118-167.

⁸⁶ Juan Francisco FUENTES, *José Marchena. Biografía política e intelectual*, Barcelona, Crítica 1989.

⁸⁷ Citado por Javier AYZAGAR, en “República”, en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y FUENTES (eds.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, p. 622.

⁸⁸ A pesar de este clima, no faltaron sectores marginales que apelaban a la tradición jacobina más radical, incluso en sus aspectos terroristas, como los autores del periódico *El Robespierre Español. Amigo de las leyes*, que en 1811 reclamaban a los diputados reunidos en Cádiz: “alzad un Robespierre español, que ilustrado, pero furibundo y sanguinario, haga correr torrentes espumosos de la espuria sangre española. Así lo anhela toda la nación (...) así, en fin, en breve tiempo lucirá el apacible día de la salvación de la patria”; citado por Román MIGUEL GONZÁLEZ, “*Los tribunos del pueblo. La tradición jacobina del republicanismo histórico español*”, en Manuel Suárez Cortina (ed.), *Utopías, quimeras y desencantos. El universo utópico en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria-Sociedad Menéndez Pelayo, 2008, p. 163. Esta tradición jacobina continuará apareciendo a lo largo del siglo en ciertos sectores del republicanismo español.

extranjerizantes. Las herencias francesas revolucionarias fueron seleccionadas y reinventadas a la luz de la experiencia española. Considerar que el republicanismo español no fue más que una reproducción mimética de modelos extranjeros, especialmente el francés, como hicieron muchos de los contemporáneos, supone descartar una tradición hispánica secular de ideales republicanos. No es este solo un problema historiográfico, ya que la acusación de “anti-español” fue el recurso recurrentemente empleado por parte de los sectores más conservadores y reaccionarios para oponerse a la introducción de cualquier medida que consideraran contraria a sus intereses. Ya en el Trienio Constitucional las acusaciones de republicanismo espurio convivieron con tendencias auténticamente republicanas de numerosos grupos exaltados, especialmente de aquellos que estaban en contacto con emigrados italianos y franceses acogidos en España tras el triunfo liberal. De todas formas, y a pesar de dudosas intenciones, este republicanismo se encontraba en una situación débil en relación al apoyo que podía despertar en la sociedad en general⁸⁹. Los círculos absolutistas que querían desestabilizar el Gobierno constitucional insistían en anunciar la existencia de una conspiración republicana, y este era uno de los argumentos empleados para intentar obtener la ayuda de las potencias europeas reaccionarias. El mismo Fernando VII afirmaba en su correspondencia en 1821 que “la república marcha a pasos agigantados”, pero lo más cercano a lo que se llegó fue a destituir temporalmente al rey para formar una Regencia que sorteara su obstruccionismo durante la invasión francesa de 1823⁹⁰.

Efectivamente, en las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX encontramos numerosos grupos con rasgos que podrían denotar una cierta persuasión republicana: jacobinos, afrancesados, liberales doceañistas, exaltados, radicales, masones, comuneros o carbonarios. Si bien es cierto que todos estos grupos, o ciertas tendencias en su seno, podían tener simpatías republicanas, o bien ser acusados de tenerlas para ser desacreditados, nunca se llegó a formar ninguna línea de acción común ni se propuso formalmente la adopción de instituciones republicanas entendidas como oposición a la monarquía. Sin embargo, no debe culparse de ello a la debilidad de la convicción republicana, o al menos no exclusivamente. El destacado personalismo de la política española de principios de siglo, la irregularidad de facciones políticas no organizadas en torno a partidos políticos y las convulsiones de la propia vida política impedían la formación de una línea de pensamiento definida y con seguidores

⁸⁹ CASTRO ALFÍN, “Orígenes y primeras etapas”, pp. 37-38.

⁹⁰ Citado por Javier AYZAGAR, “República”, *Diccionario*, p. 623.

conscientes. Inicialmente, esto era cierto tanto para liberales o republicanos como para realistas o apostólicos. Sin embargo, si bien es cierto que solo una minoría podía proponer soluciones institucionales republicanas, las referencias a un sistema republicano de valores eran constantes en la prensa y proporcionaban una buena parte de la concepción popular de cómo debería ser el gobierno justo. En este sentido, María Cruz Romeo Mateo ha concluido que “ciertamente no se puede vincular, al menos en esos momentos, esta línea de reflexión y de práctica política con una tradición republicana, y mucho menos con un pensamiento republicano. Pero sí me parece necesario llamar la atención sobre una difusa y discontinua corriente de cuestionamiento del poder monárquico. Un universo de expresiones que permitiría ya en la década de los años cuarenta crear esta tradición”⁹¹.

Esta tradición republicana española se insertaba en realidad dentro de un “patrimonio europeo compartido”, que de una u otra forma se encontraba presente en la esfera política de todo el mundo occidental desde hacía siglos⁹². En la España bajomedieval, tanto en el reino de Castilla como en el de Aragón, no eran desconocidas ni las prácticas de gobierno republicanas, especialmente a nivel local o municipal, ni la colección de términos y vocabulario de herencia republicana clásicas como ciudadano, virtud o bien general. El significado antimonárquico de república tampoco era desconocido, aunque por lo general el término se empleaba para referirse a los asuntos públicos en general. Era comúnmente aceptado que el rey tenía que actuar conforme a las leyes fundamentales y en compañía de las Cortes representantes del reino con el objetivo de conseguir el bien común. Más tarde, este vocabulario conviviría e interactuaría simultáneamente con otras corrientes de pensamiento de raigambre plenamente española y católica tan importantes como la neoescolástica de la Escuela de Salamanca y su doctrina del traspaso divino de poder al pueblo que a su vez lo delegaba voluntariamente a la figura del rey.

Sin duda el hito histórico más destacado en Castilla fue la revuelta de los comuneros de 1520. Es interesante comprobar cómo en la recuperación de este acontecimiento han coincidido tanto los grupos más exaltados del primer liberalismo

⁹¹ ROMEO MATEO, “La sombra del pasado y la expectativa de futuro”, p. 112.

⁹² Martin VAN GELDEREN y Quentin SKINNER (eds.), *Republicanism, a shared European heritage* Cambridge, Cambridge University Press, 2002. En esta extensa obra colectiva, fruto de un congreso internacional en la materia, se recogen aportaciones que analizan la presencia del republicanismo en toda Europa a lo largo de la Edad Moderna, incluyendo Italia, Francia, Inglaterra, Escocia, España, Polonia, Alemania y Holanda. Xavier GIL se ocupa del caso español en “Republican politics in early modern Spain: the Castilian and Catalano-Aragonese Traditions”, vol. I, pp. 263-288. Sigo su análisis en la siguiente síntesis.

español del siglo XIX como la historiografía republicana más reciente y otros rastreadores de la crisis de la modernidad en España. El mito de los comuneros y sus reclamaciones constitucionales frente al emperador Carlos fue retomado por los radicales del Trienio Liberal para reclamar una legitimidad histórica y un compromiso con la patria del que eran acusados de carecer por parte de los sectores absolutistas⁹³. En este sentido, no hacían más que seguir la línea abierta años antes por intelectuales más reconocidos, especialmente Francisco Martínez Marina, que habían dado ya los pasos necesarios para enlazar, artificialmente, las iniciativas constitucionales gaditanas con la historia de España. Pero también es cierto que la experiencia comunera dejaría una huella profunda y genuina en el pensamiento político castellano. Fue precisamente el empleo por parte de los comuneros del legado del republicanismo clásico a la hora de formular su discurso político lo que facilitó su recuperación por parte de los liberales nacionalistas exaltados del siglo XIX⁹⁴. Entre las principales reivindicaciones de los comuneros se encontraba el respeto a la libertad del autogobierno municipal en el contexto de un gobierno mixto en el que el poder del monarca se encontraba limitado y en el que el ciudadano figuraba como elemento central. En su programa figuraban además numerosas reclamaciones sociales igualitarias⁹⁵.

Los comuneros, sin embargo, fueron derrotados por una alianza de las tropas reales con las nobiliarias –lo que por otra parte les permitió ser presentados como los primeros mártires “españoles” de la libertad en el siglo XIX. Es innegable que con el progresivo afianzamiento del poder de la corona a lo largo de los siglos XVI y XVII las tendencias republicanas convivieron con una poderosa ideología monárquica, aunque los principales teóricos neoescolásticos defendieran una monarquía en términos de gobierno mixto, subrayando su papel como garantía tanto del equilibrio social como de la ausencia de tiranía, pero sin olvidar que el consentimiento popular era la base de su

⁹³ José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, p. 222.

⁹⁴ Ángel RIVERO, “El mito comunero y la construcción de la identidad nacional en el liberalismo español”, en Francisco Colom González (ed.) *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, 2005, pp. 147-158. El autor analiza a los comuneros decimonónicos como un caso de mitopoiesis, o invención de mitos históricos con fines políticos, especialmente con un objetivo nacionalista y liberal.

⁹⁵ Se está recuperando en la actualidad el análisis que realizó en este sentido José Antonio MARAVALL hace más de 40 años en su obra *Las comunidades de Castilla. Una primera revolución moderna*, Revista de Occidente, Madrid, 1963.

legitimidad⁹⁶. También el discurso oficial de la monarquía elaboraba el modelo ideal de una república de “ciudadanos católicos” que situaban el bien común por encima de sus intereses individuales como propósito de la vida políticamente organizada. Además, tanto los conceptos como la retórica republicana continuaron teniendo una presencia destacable en la vida política española, especialmente en asuntos fiscales, pero también de gobierno. En Cataluña, los beneficios de la monarquía mixta y del autogobierno eran ampliamente reconocidos, hasta el punto de que numerosos observadores, bien como crítica o como alabanza, describían su gobierno como republicano⁹⁷. La proclamación de una efímera república tras la revuelta catalana de 1640, a pesar de demostrarse impracticable y de terminar poniéndose bajo la protección del rey francés Luis XIII, demuestra no solo la fortaleza de la alternativa republicana sino también la popularidad de la que gozaba⁹⁸.

Con la llegada en el siglo XVIII de un nuevo modelo político monárquico de la mano del régimen borbónico se suprimieron buena parte de las fórmulas de autogobierno y control al poder real, dejando poco espacio para propuestas republicanas. Sin embargo, el discurso republicano no se perdería y de hecho algunas de las medidas borbónicas contribuyeron a que así fuera. Con la penetración de nuevas corrientes de pensamiento ilustrado —a su vez deudor intelectual del humanismo cívico, como se aprecia claramente en la obra de Montesquieu, Rousseau o la Ilustración escocesa— y la recuperación a su luz del pasado constitucional español, se aclararía el camino para la llegada de un republicanismo decimonónico y moderno. Detrás de las aspiraciones reformadoras de la Ilustración española aparecían motivos “patrióticos” que buscaban la recuperación del prestigio colectivo español⁹⁹. Los patriotas ilustrados eran “amigos del país”, una aristocracia natural que ofrecía sus conocimientos para conseguir el bien general, incluso sacrificando sus intereses personales.

⁹⁶ Sobre el constitucionalismo en España en los siglos XVI y XVII: Joan Pau RUBIÉS, “La idea del gobierno mixto y su significado en la crisis de la monarquía hispánica”, en *Historia Social*, nº 24, 1996, pp. 57-81.

⁹⁷ GIL, “Republican politics in early modern Spain”, p. 281.

⁹⁸ La tradición republicana constitucional aragonesa en Joan Pau RUBIÉS, “Reason of State and Constitutional Thought in the Crown of Aragon, 1580-1640”, en *The Historical Journal*, nº 38, I, 1995, pp. 1-28.

⁹⁹ ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa*, pp. 103-104. Este es para el autor un momento esencial en el proceso de creación de la nación española. Véase también Jorge CAÑIZARES ESGUERRA, *How to Write the History of the New World. Historiographies, Epistemologies and Identities in the Eighteenth Century Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 2001, especialmente capítulo 3, “Historiography and Patriotism in Spain”, y capítulo 4 “The making of a ‘patriotic epistemology’”.

A lo largo de la Guerra de la Independencia se produjo la eclosión en la Península de una multitud de juntas confederadas, dirigidas por los notables, es decir los *meliores* o *aristoi*, que se erigieron en depositarias de la soberanía empleando como argumento la tradición escolástica que hacía del pueblo el detentador original de la soberanía divina¹⁰⁰. Sin embargo, la asunción de la soberanía por las juntas no tenía objetivos revolucionarios, en el sentido de construir un modelo político diferente del tradicional, sino más bien continuistas. La retórica y las autoridades citadas por las juntas no aspiraban sino a confirmar el gobierno justo característico de la monarquía española, que era imaginada como un gobierno mixto, propio del constitucionalismo histórico hispano, en el que el rey encontraba sus potestades limitadas por los representantes del resto del cuerpo social, especialmente los municipios y las cortes. La elaboración del mito histórico de las libertades medievales permitía plantear la lucha como la oportunidad de recuperar las libertades tradicionales españolas aniquiladas por el despotismo monárquico. Martínez Marina alababa el “gobierno monárquico templado, mixto de aristocracia y democracia” característico, según él, de los visigodos y de la constitución medieval de Alfonso X el Sabio¹⁰¹. La apelación al virtuoso gobierno mixto no constituía la única referencia a la tradición republicana. Las juntas invocaron temas que remetían a esta, como la patria en peligro, la apelación a la virtud del pueblo o la identificación de la pérdida de la libertad con la esclavitud¹⁰². El planteamiento patriota-liberal de la guerra consistió en repudiar la tiranía en general, y la de José Bonaparte en particular, como impuesta al pueblo.

La apelación a la esclavitud proporcionaba un recurso retórico movilizador muy potente que apelaba a la emotividad de un pueblo en peligro. Pero también respondía a elaboraciones intelectuales más elaboradas y que tenían mucho que ver con el proyecto liberal que empezaba a manifestarse. Muchos liberales identificaban la defensa de la libertad con el patriotismo, siguiendo el ejemplo republicano clásico empleado también en Estados Unidos y Francia, según el cual no era posible sentirse ciudadano de una comunidad política que no tuviese instituciones libres. Manuel José Quintana explicó que los antiguos “llamaban Patria al Estado o sociedad al que pertenecían, y cuyas leyes

¹⁰⁰ José María PORTILLO VALDÉS, *Crisis atlántica*, p. 55.

¹⁰¹ *Obras escogidas de don Francisco Martínez Marina*, edición de José Martínez Cardos, vol. II, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1968. Cita en p. 24. En la formación de este gobierno los visigodos habían seguido “principalmente las instituciones políticas y constitución monárquica de los tiempos heroicos de Grecia y Roma”, p. 25.

¹⁰² ONAINDÍA, *La construcción de la nación española. Republicanismo y nacionalismo en la Ilustración*, pp. 303-339.

les aseguraban la libertad y el bienestar”, mientras que donde “las voluntades estaban esclavizadas al arbitrio de uno solo” y “no había leyes dirigidas al interés de todos” podía haber “un país, una gente, un ayuntamiento de hombres; pero no había Patria”¹⁰³. Dos aspectos interrelacionados de esta conexión entre libertad y patria son especialmente relevantes: la importancia que tenía la política, a través de las leyes, para el perfeccionamiento de una auténtica patria; y la indispensable libertad de sus miembros, entendida como la ausencia de interferencias arbitrarias exteriores, es decir, de la libertad entendida como no-dominación y que retóricamente podía ser representada como la antítesis de la esclavitud¹⁰⁴.

Para Quintana había llegado el momento de la “restauración de las virtudes colectivas”. Los pensadores liberales recurrieron al clásico tema republicano de la imposibilidad de sentirse ciudadano de una patria sin instituciones libres y emplearon la identificación entre patriotismo y defensa de la libertad para combatir la invasión francesa e impulsar la soberanía nacional. Álvaro Flórez Estrada afirmó que “los españoles se hallan sin constitución, y, por consiguiente, sin libertad y sin patria”, y el periódico *La Abeja Española* creía que los españoles debían “al término de nuestra independencia, asegurar para siempre nuestra libertad” pues España se encontraba ante “la feliz ocasión de echar por tierra los monumentos de execración y oprobio, que [...] hacen desdichados los imperios”. Los patriotas luchaban contra los franceses, sacrificándose así por la colectividad y la libertad¹⁰⁵. El ideal de ciudadano-soldado figuraba como una aspiración de una parte importante de los patriotas que entendían la guerra como una lucha transformadora por la libertad política y la independencia. En febrero de 1809, Antonio Panadero envió una memoria a la Junta Central que dos años después volvió a remitir a las Cortes en la que, con un planteamiento que remitía explícitamente a las repúblicas de la Antigüedad, reclamaba la formación de una ciudadanía dispuesta a sacrificar vida, riquezas, hijos “y, en fin, todo cuanto amamos sobre la tierra” por la patria en peligro¹⁰⁶.

De todas formas, sobre la constitución de 1812 sobrevolaban numerosos aspectos republicanos. La monarquía venía perdiendo su aura divina y su carácter

¹⁰³ José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa*, citas en pp. 133-134.

¹⁰⁴ Juan Luis SIMAL, “Más allá de la metáfora: el lenguaje de esclavitud y libertad en el primer liberalismo español”, en Manuel Pérez Ledesma (ed.), *Lenguajes de la modernidad en la Península Ibérica*, en prensa.

¹⁰⁵ ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa*, p. 132-134. PORTILLO, *Revolución de nación*, p. 254.

¹⁰⁶ Antonio Panadero, *Copia del sistema para la reforma de Constitución de España que propuso a la Suprema Junta Central en 2 de febrero de 1809*, citado por PORTILLO, *Revolución de nación*, p. 338.

intocable debido a la serie de escándalos políticos y personales que jalaron el reinado de Carlos IV y que culminaron en las abdicaciones de Bayona. Desde el decreto de 24 septiembre de 1810 la nación, representada en Cortes, se había atribuido la soberanía, y decidió establecer a través de una constitución escrita la forma de gobierno que consideraba más apropiada: una “monarquía moderada hereditaria”¹⁰⁷, en la que la corona era un poder constituido más. En la práctica la corona, hacia la que existía una gran desconfianza acerca de su propensión a la tiranía si no se la controlaba, quedó muy limitada por las Cortes, estableciéndose un gobierno mixto (aunque sin la presencia de un senado representante de la aristocracia). Según Joaquín Varela-Suanzes, la mera adopción de una constitución como la de 1812 significaba una transformación radical de la monarquía, que no descartaba la posibilidad de la eliminación del monarca¹⁰⁸. La posibilidad teórica de una república había quedado planteada en la España que intentaba resolver la crisis de la monarquía. Fue rechazada por las peculiares características del contexto, pero no descartada por principio¹⁰⁹. El diputado Terrero afirmó en las Cortes que “[t]odo cabe en la clase de humano, en ella no está exento el monarca. Sepan, pues, las cabezas coronadas que en un fatal extremo, en un evento extraordinario, no fácil, mas sí posible, la nación reunida podría derogarle su derecho”¹¹⁰.

¹⁰⁷ Artículo 14 de la Constitución de 1812.

¹⁰⁸ Joaquín VARELA-SUANZES, *La teoría del Estado en los orígenes del constitucionalismo hispánico (Las Cortes de Cádiz)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983: “En primer lugar, el origen del poder ya no se encontraba en el Rey, sino en el texto constitucional. En segundo lugar, los límites del poder regio ya no venían prescritos en unas imprecisas e inmutables leyes fundamentales, sino en la Constitución, esto es, en un conjunto sistemático de normas que organizaban, encauzaban y limitaban las ‘prerrogativas’ del Monarca y de los demás poderes u órganos del Estado. Por último, la unidad de éste ya no se configuraba a través del Rey, sino a través de la Constitución. La Monarquía llamada absoluta, que durante tres siglos se había mantenido en España, desaparecía y en su lugar surgía una nueva Monarquía: la constitucional. En 1812, pues, por el solo hecho de promulgarse la Constitución, se liquidaba el núcleo del principio monárquico, que consideraba al Rey una persona autógena, de la que derivaban todos los poderes del Estado”, p. 416.

¹⁰⁹ En la comisión de constitución de las Cortes se discutió la siguiente propuesta para el artículo 3: “La soberanía reside esencialmente en la Nación, y por lo mismo le pertenece exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales, y de adoptar la forma de gobierno que más le convenga”. El diputado Aner propuso eliminar la última parte del articulado (“y de adoptar la forma de gobierno que más le convenga”), por redundante, pero también porque “muchas veces se nos ha acusado de que seguíamos unos principios enteramente democráticos, que el objeto era establecer una república (como si las Cortes, Señor, no hubiesen tomado el pulso a las cosas, y no conociesen la posibilidad de las máximas). No demos, pues, ocasión a que los enemigos interpreten en un sentido opuesto el último periodo del artículo que se discute, y lo presenten como un principio de novedad y como un paso de la democracia”; *Diario de Sesiones de las Cortes Generales y Extraordinarias*, Cádiz, 1811, sesión del 28 de agosto de 1811, p. 1707.

¹¹⁰ *Diario de Sesiones*, sesión del 28 de agosto de 1811, p. 1708. Terrero contestaba así a la propuesta de Aner. En su opinión se había establecido una monarquía por utilidad, pero las circunstancias podían cambiar: “En tanto el Gobierno es legítimo en cuanto es justo, cabal y atemperado a la razón, la justicia y las leyes; si este temperamento muda y cambia de aspecto, y habiendo de ser útil y provechoso a la Nación, le es gravoso y nocivo, aquella potestad radical se desenrolla y puede volver a ejercer sus derechos y funciones, autorizada naturalmente para presentar nueva escena de cosas”. Finalmente, el

En la constitución gaditana quedó implantada una destacada preponderancia del *buen gobierno* de la nación sobre el individuo. La ausencia de una declaración de derechos individuales es un aspecto que ha sido empleado para exponer los límites liberales del texto¹¹¹. Pero si consideramos la importancia que los valores republicanos tuvieron en la formación del ideal de comunidad política gaditano, podemos comprender mejor el acento que se hizo sobre los deberes y la distinción entre *español* y *ciudadano* que se estableció en la constitución. Hay que entender esta postura en el contexto del énfasis puesto en la ciudadanía, a la que sólo tenían acceso los sujetos plenamente autónomos, quedando así excluidos mujeres, menores de edad, castas que no demostraran su superación del estigma de la esclavitud y otros individuos que carecían de la suficiente virtud cívica, que conllevaba importantes deberes además de derechos¹¹².

De esta manera quedaba configurada la cultura política española antes del regreso de Fernando VII en 1814. Su transformación a lo largo de las últimas décadas, especialmente acelerada desde el inicio de la crisis de la monarquía en 1808, significaba una nueva concepción de la sociedad y las relaciones políticas, a pesar de que el constitucionalismo gaditano se proclamara continuador de la tradición española. 1814 señalaba el comienzo del gran exilio político que viviría España y que, en el caso de los liberales y afrancesados, solo sería interrumpido por el Trienio constitucional de 1820-1823.

artículo 3 de la constitución de 1812 no incluyó la polémica frase, aunque se aceptó que su contenido estaba implícito en el reconocimiento de la capacidad de la nación para “establecer sus leyes fundamentales”.

¹¹¹ PORTILLO, *Revolución de nación*, y más recientemente PORTILLO, “Entre la monarquía y la nación: cortes y constitución en el espacio imperial español”, en J. M. Portillo, Xosé Ramón Veiga Alonso y M^a Jesús Baz Vicente (eds.), *A Guerra da Independencia e o primeiro liberalismo en España e América*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2009, pp. 129-156.

¹¹² Sobre la distinción entre “españoles” y “ciudadanos” véase Manuel PÉREZ LEDESMA, “La invención de la ciudadanía moderna”, en Pérez Ledesma (ed.), *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 21-57. A pesar de sus diferencias tanto Portillo como Pérez Ledesma subrayan la importancia de los deberes de los ciudadanos entendidos en sentido republicano, es decir, de la virtud cívica. Así, Portillo opina que “[l]os deberes constitucionales que obligaban políticamente a los españoles se establecían con respecto a ese sujeto nacional preponderante en el ordenamiento. La afirmación aquí del *amor patriae* como obligación constitucional elevaba a ese rango la virtud fundamental que se había descubierto en la crisis de independencia y que vinculaba libertad y constitución con compromiso nacional español. Era una manifestación constitucional de la virtud política más republicana que posteriormente no dejará de tener consecuencias en el ordenamiento político que establece el texto de 1812 donde elementos de ese carácter volverán a escena”, PORTILLO, “Entre la monarquía y la nación”, p. 155. Por su parte, Pérez Ledesma sostiene que “se mezclaban en aquel momento las visiones tradicionales sobre las obligaciones del súbdito con las concepciones de la virtud cívica propias del mundo clásico”, PÉREZ LEDESMA, “La invención de la ciudadanía moderna”, p. 45.

4.2 Republicanismo en Hispanoamérica

El republicanismo en América, tanto la hispana como la anglosajona, tuvo un importante componente americanista, que consideraba que solo en el Nuevo Mundo era posible desarrollar una república moderna frente a la corrupta y monárquica Europa y que, además, la república era el único sistema apropiado a las condiciones americanas.

La generación revolucionaria e independentista fue incluida por la historiografía liberal iberoamericana en una épica genealogía que proyectaba hacia los años de la independencia los valores y aspiraciones liberales y de los Estados-nación resultantes. Esta visión fue retomada por la historiografía marxista, en un análisis que veía en la independencia una consecuencia estructural inevitable del desarrollo en América de una burguesía criolla que veía sus aspiraciones capitalistas ahogadas por el absolutismo y el colonialismo español. Posteriormente, de manera similar a lo ocurrido en la historiografía española, en buena parte como reacción a estas perspectivas acrílicas con la independencia y en conexión con la situación política en Latinoamérica en la segunda mitad del siglo XX, surgió una historiografía que desde varios ámbitos como los movimientos de izquierda, la teoría de la dependencia o el funcionalismo, cuestionaba el carácter ilustrado de la revolución de independencia, subrayaba la permanencia de elementos tradicionales y autoritarios y en ocasiones llegaba al extremo de asegurar la imposibilidad de afianzar la modernidad liberal en Iberoamérica¹¹³. Recientemente, la nueva historia política iberoamericana ha rescatado el carácter revolucionario de la independencia aunque sin dejar de lado sus filiaciones doctrinales tradicionales, quedando desprendida de cualquier carácter nacionalista, rechazando la idea de un pueblo homogéneo, distinguiendo entre las diversas opciones tomadas por diferentes

¹¹³ Una exposición de conjunto con referencias concretas a las peculiaridades y ritmos de las historiografías de cada región en Manuel CHUST y José Antonio SERRANO (eds.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Madrid y Frankfurt am Main, AHILA-Iberoamericana-Vervuert, 2007. Sobre la historiografía liberal véase Beatriz GONZÁLEZ-STEPHAN, *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional: la historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, Madrid y Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2002; sobre el caso mexicano, Antonio ANNINO y Rafael ROJAS, *La independencia. Los libros de la patria*, Ciudad de México, FCE/CIDE, 2008. Luis VILLORO, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, Ciudad de México, Conaculta, 2002 [1º ed., 1953], es un ejemplo de los trabajos que matizaban la omnipresencia del liberalismo, pero sin llegar a negar culturalmente su adecuación al contexto social latinoamericano. Más cercanos a este extremo se encuentran Fernando ESCALANTE GONZALBO, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana. Tratado de moral pública*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1992 y Enrique MONTALVO ORTEGA, “Liberalismo y libertad de los antiguos en México (el siglo XIX y los orígenes del autoritarismo mexicano)”, en Montalvo Ortega (coord.), *El águila bifronte. Poder y liberalismo en México*, Ciudad de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1995.

grupos y haciendo énfasis en la necesidad de desprenderse de teleologías modernizadoras. En este proceso de renovación, la historiografía latinoamericanista también ha mostrado interés en revisar el periodo revolucionario, y en general el siglo XIX, para ir más allá de la supuesta hegemonía del liberalismo, a la búsqueda de nuevas tradiciones y lenguajes políticos, haciendo especial hincapié en el republicanismo cívico¹¹⁴.

El caso hispanoamericano presenta una evolución aparentemente contradictoria. Todas las regiones terminaron por adoptar formas de gobierno republicanas, aunque la opción republicana no fue, ni mucho menos, la dominante inicialmente. La comparación con lo sucedido en la metrópoli es significativa. Descartado, como en la Península, el republicanismo como factor movilizador previo al comienzo de la crisis de 1808 (aunque también en América se dieron ejemplos de confusas conspiraciones que coquetearon con el republicanismo), el republicanismo fue adquiriendo consistencia y apoyo en paralelo a la erosión de la autoridad metropolitana. Antecedentes intelectuales no faltaban. De manera similar al caso peninsular, en América también se dio una elaboración de un pasado de ciudadanos libres y virtuosos. El jesuita exiliado Francisco

¹¹⁴ Quizás la obra que abrió esta perspectiva fue la *lecture* de David BRADING, *Classical Republicanism and Creole Patriotism: Simon Bolívar (1783-1830) and the Spanish American Revolution*, Centre of Latin American Studies, Cambridge, 1983, editada en español años después como “El republicanismo clásico y el patriotismo criollo. Simón Bolívar y la revolución hispanoamericana”, en su *Mito y profecía en la historia de México*, Ciudad de México, Vuelta, 1989, pp. 78-111; el primer intento de aplicar esta perspectiva a escala continental fue la obra colectiva coordinada por José Antonio AGUILAR y Rafael ROJAS, *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, Ciudad de México, FCE/CIDE, 2002. En algunos casos estas aportaciones han sido sometidas a crítica por llevar demasiado lejos la voluntad de trasladar los hallazgos anglosajones al ámbito hispano. Además de las obras que serán citadas más adelante, para mostrar el impulso que este enfoque está tomando es necesario mencionar las siguientes publicaciones que, desde diferentes enfoques, han tratado aspectos republicanos en Hispanoamérica: Alicia HERNÁNDEZ CHÁVEZ, *La tradición republicana del buen gobierno*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1993; Jorge MYERS, *Orden y virtud: el discurso republicano en el régimen rosista*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1995; Natalio R. BOTANA, *La tradición política republicana: Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997; Carmen McEVOY *La utopía republicana: Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*, Lima, Universidad Católica, 1997; Carmen McEVOY, *Forjando la nación: Ensayos de Historia Republicana*, Lima, Instituto Riva Agüero, 1999; Noemí GOLDMAN (dir.), *Nueva historia argentina. Vol. 3: Revolución, república, confederación: 1806-1852*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998; Noemí GOLDMAN, (ed.), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo, 2008; Hilda SÁBATO: “Milicias, ciudadanía y revolución: el ocaso de una tradición política. Argentina, 1880”, *Ayer*, n° 70, 2008 (2), pp. 93-114; SÁBATO, *The Many and the Few: Political Participation in Republican Buenos Aires*, Stanford, Stanford University Press, 2001; Carolina GUERRERO: *Republicanism and liberalism in Bolívar, 1819-1830. Usos de Constant por el padre fundador*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2005; Carmen McEVOY y Ana María STUVEN (eds.), *La república peregrina: hombres de armas y letras en América del Sur, 1800-1884*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos/Instituto Francés de Estudios Andinos, 2007; y Susana VILLAVICENCIO, *Sarmiento y la nación cívica: ciudadanía y filosofías de la nación en Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 2008; Cecilia SUAREZ CABAL, “Aproximación al republicanismo en el pensamiento artiguista a través del análisis del concepto «pueblos»”, en *Historia Contemporánea*, n° 28, 2004, pp. 185-204.

Javier Clavijero, por ejemplo, escribió una historia de México en 1780 en la que mostraba a las civilizaciones precolombinas como capaces de tener virtud cívica. Europeizaba así la historia americana para que coincidiera con lo que según los cánones occidentales se suponía debía ser un pueblo civilizado, inventando un pueblo americano capaz de poseer las mismas virtudes políticas que los europeos. Su imagen de la monarquía mexicana era “esforzadamente semejante a la monarquía castellana originaria que por esos mismos años idealizaban los ilustrados peninsulares como monarquía mixta”¹¹⁵. También se dieron intentos de revolucionar la América española para obtener la independencia desde posiciones republicanas, siendo evidentemente el caso más notable el del exiliado Francisco de Miranda¹¹⁶. Sin embargo, nada pudo realmente mudar hasta que la monarquía entró en crisis profunda a partir de los acontecimientos de 1808, y aún entonces ni la independencia, ni por supuesto la república, estaban en lo alto de la agenda.

En la evolución del republicanismo hispanoamericano se dio una compleja relación entre liberalismo gaditano, fidelismo, disputas sobre la soberanía, constitucionalismo histórico y moderno, conservadurismo, autonomismo e independentismo, que culminó con la proclamación de la independencia en forma republicana en toda la América española, menos en México donde se obtuvo bajo la forma de un imperio monárquico. En el caso de Brasil, el traslado de la corte de Lisboa a Rio de Janeiro culminó con la formación de un imperio brasileño que invertía la relación colonial con la metrópoli y que se mantuvo en pie hasta finales de siglo, aunque no faltaron los movimientos de carácter republicano.

Tanto en la América británica como en la española, los líderes de los movimientos revolucionarios insistían en presentarse como defensores del orden político ante las crisis de las respectivas metrópolis —en Gran Bretaña la corrupción de la constitución, y en España, la usurpación de la corona por Napoleón— que amenazaban con acabar con el gobierno tradicional. Tanto los colonos británicos en Norteamérica como los criollos hispanoamericanos se consideraban auténticos británicos y españoles, con los mismos derechos que los habitantes de las metrópolis. Muchos hispanoamericanos creían firmemente que los territorios americanos eran partes integrantes de la monarquía, comunidades perfectas, auténticos reinos asociados a la

¹¹⁵ PORTILLO, *Crisis atlántica*, pp. 37-38.

¹¹⁶ Karen RACINE, *Francisco de Miranda: a Transatlantic Life in the Age of Revolution*, Wilmington, Scholarly Resources, 2003.

corona voluntariamente y por lo tanto con derechos de autogobierno¹¹⁷. Sin embargo, esta apreciación de la igualdad política de los territorios americanos respecto a los peninsulares no era compartida por los ilustrados y liberales españoles, a pesar de su declaración al respecto, y se encontró en el centro del conflicto que desembocaría en la independencia¹¹⁸.

El ideal, presente en la tradición republicana desde Aristóteles y Polibio —y recordemos, invocado por los revolucionarios norteamericanos— del gobierno mixto fue rescatado en la Península, como se ha visto, pero también en la América española durante la crisis desencadenada por la ausencia del rey, a través de particulares interpretaciones de la constitución histórica tradicional de la monarquía¹¹⁹. Los gobiernos republicanos del primer momento no se colocaban en oposición al régimen monárquico, sino con respecto al vacío de poder provocado por la ausencia del rey y las dudas sobre la legitimidad de la Junta Central¹²⁰. La necesidad de formar nuevos órganos de gobierno que gestionaran el depósito de la soberanía al margen de unas autoridades virreinales deslegitimadas se hizo primordialmente para afirmar el gobierno autónomo respecto de otras ciudades o autoridades¹²¹.

El republicanismo apareció con fuerza en el discurso e imaginación de muchos de los principales próceres independentistas. Sin duda Bolívar fue el caso más nítido de republicanismo clásico hispanoamericano. El caraqueño se expresaba a menudo en el lenguaje político del humanismo cívico y su ideal de libertad era el de las repúblicas antiguas, con las que constantemente comparaba la experiencia hispanoamericana, aunque fuera para lamentarse por no poder reproducir el modelo estadounidense. Para Bolívar, las nuevas patrias debían crearse de cero, apoyándose sólo en la virtud de sus ciudadanos. Pero esto implicaba un voluntarismo político, más que un análisis realista y objetivo de la realidad política del pueblo americano¹²². De ahí la constante indefinición y la frustración de unas elites que no conseguían ver realizadas sus fantasías

¹¹⁷ RODRÍGUEZ O., *La independencia de la América española*; RODRÍGUEZ, “The emancipation of America”.

¹¹⁸ RODRÍGUEZ O., *The independence of Spanish America*; PORTILLO, *Crisis atlántica*.

¹¹⁹ Un ejemplo de este aspecto para la Audiencia de Quito en Federica MORELLI, “La revolución en Quito: el camino hacia el gobierno mixto”, en *Revista de Indias*, vol. LXII, n° 225, 2002, pp. 335-356.

¹²⁰ François-Xavier GUERRA, “La identidad republicana en la época de la independencia”, en Gonzalo Sánchez Gómez (comp.), *Museo, memoria y nación*, Bogotá, Museo Nacional de Colombia, 2000, pp. 253-283.

¹²¹ Federica MORELLI, *Territorio o Nación. Reforma y disolución del espacio imperial en Ecuador, 1765-1830*, Madrid, CEPC, 2005; Jordana DYM, *From sovereign villages to national states: City, State and Federation in Central América, 1759-1839*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2006.

¹²² COLOM, “El trono vacío”, p. 32. Rafael ROJAS, *Repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009.

republicanas y acabarían culpando de ello a la falta de virtud de la población, especialmente la indígena, incapaz de seguir la senda del progreso por su ignorancia y torpeza. El problema indígena consumirá muchas de las elaboraciones intelectuales de las elites criollas en las décadas siguientes —una frustración similar recorre también el siglo XX y en buena parte llega hasta la actualidad— e incitará a la aplicación de medidas pedagógicas, demográficas y raciales radicales¹²³. Si en el inicio de la crisis de la monarquía existía una confianza en la perfectibilidad de las comunidades políticas americanas, tras las convulsiones causadas por las guerras civiles de independencia, esta se tornaría en frustración y decepción. Para Bolívar, la única solución fue la instauración de una dictadura, o *gobierno paternal* de un *Gran Legislador*, justificada como la forma de asegurar la “voluntad general” frente a la corrupción y la inestabilidad que traían la multiplicidad de facciones y caudillos¹²⁴. De manera similar a lo ocurrido en la parte meridional del continente, en México también se vivió una profunda frustración con los logros de la república a lo largo de la convulsa década de 1820, especialmente cuando se comparaban con las utópicas esperanzas puestas en ella¹²⁵.

En definitiva, las conclusiones que se han podido sacar del debate provocado por la historiografía republicana anglosajona sugieren que el paradigma liberal, y con él toda la historiografía construida en base a sus arquetipos, incluida la marxista, no es suficiente para comprender en toda su magnitud y diversidad de manifestaciones la evolución del pensamiento político occidental, y en especial la larga transición del Antiguo Régimen hacia el mundo moderno. A la vista de los hallazgos de la historiografía republicana, la filosofía política de la Antigüedad griega y latina, la experiencia de las ciudades medievales y la recuperación renacentista del mundo clásico repercutieron a lo largo de todo el continente europeo para formar un nuevo tipo de

¹²³ Brooke LARSON, *Trials of Nation Making: Liberalism, Race, and Ethnicity in the Andes, 1810-1910*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

¹²⁴ COLOM, “El trono vacío”, p. 34; ROJAS, *Repúblicas de aire*, pp. 335-340. BREÑA cree que “el republicanismo, rápidamente adoptado a lo largo del subcontinente, así como las instituciones que lo acompañaron, fueron elementos cuya implantación resultaría mucho más complicada de lo que se pensaron sus promotores. Se trató, en todo caso, de un factor más de distanciamiento frente a la metrópoli; un factor cuya adopción acrítica por parte de la mayoría de las élites americanas hizo abstracción de las diferencias sociales, políticas y culturales respecto al modelo estadounidense”, *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América*, p. 69.

¹²⁵ Rafael ROJAS, “La frustración del primer republicanismo mexicano”, en Aguilar y Rojas (coords.), *El republicanismo en Hispanoamérica*, pp. 388-421; ROJAS, *Repúblicas de aire*.

republicanismo que de allí pasó a América. Las discusiones sobre las relaciones y compatibilidad de esta tradición republicana con los orígenes y desarrollo del liberalismo suponen uno de los aspectos más sugestivos a los que se enfrenta la investigación histórica en la actualidad.

Al mismo tiempo, las aportaciones de la historia atlántica y las perspectivas abiertas por el enfoque transnacional ponen de relevancia la conveniencia de analizar los acontecimientos históricos de una manera que vaya más allá del marco de los Estados-nación, en especial en esta fase de transición en la que apenas se había iniciado la construcción de los estados nacionales y la nación estaba por formarse.

En este sentido, esta tesis ofrece un recorrido por la historia del mundo atlántico hispano entre 1814 y 1834 –es decir, durante el reinado de Fernando VII en España y en un ámbito geográfico que incorpora los espacios europeo, americano y africano– en el que se considera el fenómeno del exilio como determinante para la evolución del liberalismo y del republicanismo internacional.

EXILIADOS Y CONSPIRADORES EN LA RESTAURACIÓN, 1814-1834

En este capítulo se presenta de manera breve el contexto político que caracterizó a la Restauración, el primer ciclo post-revolucionario a escala europea. En el primer apartado se hace hincapié en las continuidades y fracturas que marcaron la respuesta y adaptación de las monarquías restauradas a la herencia revolucionaria y napoleónica. Asimismo, se exponen los rasgos principales que presentaron las relaciones internacionales, marcadas por la colaboración de las potencias del continente a través del sistema de congresos y de coaliciones dinásticas con base religiosa, como la Santa Alianza. También se examinan las doctrinas del legitimismo y de la intervención, que marcarán la evolución política de Europa durante el periodo.

En el segundo apartado, a través de un repaso del fenómeno del exilio desde el comienzo del ciclo revolucionario en 1789, se destaca cómo este fue un fenómeno amplio que afectó a todo tipo de sujetos, convirtiéndose así en uno de los ejes políticos y sociales de las primeras décadas del siglo XIX.

En el último apartado se examina la extensión, en gran medida debida al discurso reaccionario, de la tesis de que las revoluciones pasadas y las amenazas revolucionarias del futuro eran el producto de la conspiración de grupos secretos que actuaban a nivel internacional. Esta retórica de la conspiración tuvo un gran peso en la forma en la que los acontecimientos políticos fueron interpretados y en cómo respondieron a ellos las elites gobernantes. Sin embargo, es cierto que los exiliados y quienes permanecieron en sus países en la oposición recurrieron de manera efectiva al asociacionismo secreto, siguiendo las pautas marcadas por la masonería. En un contexto marcado por la represión y la persecución, la conspiración y las actividades clandestinas se convirtieron en la forma de organización y movilización política principal.

1. UN CONTEXTO GLOBAL: LA EUROPA POSREVOLUCIONARIA Y LA RESTAURACIÓN

En la Europa posrevolucionaria de la Restauración, a pesar de haberse puesto fin a décadas de convulsiones políticas originadas por el estallido de la Revolución Francesa y alcanzado una paz estable tras varias guerras de dimensiones globales y de un carácter hasta entonces desconocido, continuó sin embargo existiendo un intenso conflicto político¹.

En realidad, hubo dos restauraciones. En primer lugar, tras la derrota de Napoleón frente a la Sexta Coalición en 1814, que permitió regresar a sus dominios a los príncipes que habían sido desplazados por la extensión del imperio francés. Luis XVIII recuperó el trono francés, Fernando VII el español, y lo mismo sucedió en los reinos y posesiones italianas y alemanas. Esta primera Restauración se vería desafiada en Francia por el regreso de Napoleón durante los Cien Días y en España, Italia y Portugal por la ola revolucionaria iniciada en 1820, que daría lugar a una serie de intervenciones militares de las potencias conservadoras que consiguieron mantener una aparente estabilidad hasta 1830².

El principal problema al que se enfrenta la historiografía sobre la Restauración consiste en conjugar el discurso reaccionario de sus ideólogos, que rechazaba el legado revolucionario y napoleónico en su totalidad, con las experiencias reales de gobierno en las que se evidenciaba una continuidad con los años precedentes. Desde el inicio de la Revolución Francesa se había desarrollado un corpus de pensamiento contrario a los valores difundidos por ella. Populares pensadores de la contrarrevolución como el abate Barruel, Novalis, Joseph de Maistre, Louis de Bonald, Hugues Lammenais, Ludwig von Haller, Adam Müller, o Schlegel preconizaban la subordinación y jerarquización social y negaban la existencia de los derechos individuales, todo ello envuelto en una intensa trama religiosa especialmente católica (pero también protestante) que incluía la defensa del origen divino de la legitimidad monárquica. Proponían la instalación de una teocracia, dentro de la cual los príncipes obtendrían su poder temporal como gobernantes por delegación papal, al tiempo que ofrecían una justificación teológica a la

¹ Martyn LYONS, *Post-revolutionary Europe, 1815-1856*, Basingstoke, Hampshire-Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006.

² La cronología de la Restauración ha seguido por lo general la establecida para el caso francés, con lo que se considera terminada con la revolución de julio de 1830, aunque para el resto de Europa, incluida España, los límites cronológicos deben extenderse aun unos años más, al menos hasta 1833.

jerarquía social y a la obediencia debida por el pueblo a su soberano. Consideraban las guerras y violencia revolucionarias como males enviados por la providencia para castigar los ataques a la religión y la sociedad tradicional llevados a cabo por los indeseables y embaucadores *philosophes*. Condenaban la confianza ilustrada en la razón y en la capacidad del hombre de intervenir en la ordenación política y de alterar lo natural, así como el libre examen y la tolerancia religiosa. El naciente romanticismo alemán conservador se centraba en disolver la presencia del individuo, para subordinarlo a la comunidad. Müller consideraba el individualismo y el liberalismo económico como enemigos del bien de la comunidad, Hegel creía que el hombre solo se podía realizar dentro del Estado y Schlegel lo supeditaba al *Volk*. En Francia, la reacción tenía un carácter más religioso. Teócratas como Lamennais aspiraban a recuperar un cristianismo popular y ultramontano, condenando cualquier desviación³.

Este corpus de pensamiento tuvo una gran influencia en los gobernantes europeos de la Restauración, entre cuyos objetivos declarados figuraba deshacer la obra de la revolución. El ministro francés Talleyrand creía que “el grandioso y definitivo objetivo al que Europa debe consagrarse, y el único que debe fijarse Francia, es acabar con la Revolución y llevar a cabo una paz efectiva”. En su opinión, se trataba del enfrentamiento de dos principios, el republicano y el monárquico⁴.

Sin embargo, a pesar de toda la retórica de los pensadores tradicionalistas y del reflejo que esta podía tener en el discurso oficial, los gobiernos de la Restauración se tuvieron que adaptar al legado revolucionario y napoleónico y en muchos aspectos lo hicieron gratamente porque era útil para afianzar el control del Estado sobre la sociedad, objetivo de las monarquías absolutistas desde antes del inicio del ciclo revolucionario. En este sentido cabe matizar la imagen de una reacción contra la modernidad. Los novedosos métodos de carácter científico introducidos por la revolución y Napoleón (estadísticas, burocracia profesional, administración racional y centralizada, fiscalidad ordenada) no desaparecieron tras el retorno de los príncipes de la Restauración⁵. Como

³Jacques GODECHOT, *La contre-révolution. Doctrine et action, 1789-1804*, París, PUF, 1961; Jacques DROZ, “La filosofía de la Restauración”, en su *Europa: Restauración y Revolución, 1815-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1993 [1967], pp. 3-12. Christophe CHARLE, *Les intellectuels en Europe au XIX^e siècle*, París, Seuil, 2001, ha destacado la importancia del anti-intelectualismo en el pensamiento de la contrarrevolución, que sin embargo contaría con *intellectuales* conservadores como, además de los ya citados, Burke, Gentz, Metternich o Coleridge; pp. 81-93.

⁴ Citado por Reinhart KOSELLECK, “La Restauración y los acontecimientos subsiguientes (1815-1830)”, en Louis Bergeron, François Furet y Reinhart Koselleck, *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1976, pp. 187-216, cita en p. 187.

⁵ Stuart WOOLF, *Napoleon's integration of Europe*, Londres, Routledge, 1991.

consecuencia, en los regímenes restaurados se vivió una tensión entre la herencia napoleónica que las autoridades esperaban mantener y los intereses de los sectores privilegiados que les habían apoyado en su retorno, que se sentían perjudicados por innovaciones que implicaban una mayor centralización y un control fiscal y territorial más intenso. De todas formas, hasta los reaccionarios más virulentos tomaron prestados elementos napoleónicos, como hicieron los ultras franceses del Mediodía⁶.

Este tipo de hibridaciones fueron posibles porque el legado de Napoleón fue, ante todo, ambiguo. Por una parte, extendió por Europa valores de la revolución como la libertad y la igualdad, y nociones como la soberanía popular, el imperio de la ley o la racionalización administrativa. Por otra parte, su régimen imperial fue antiparlamentario y antiliberal. Sin embargo, los regímenes de la Restauración no pudieron hacer *tabula rasa* con sus innovaciones y se vieron obligados a incorporarlas, aun en forma limitada y ceñidas esencialmente a las dimensiones burocrática, administrativa o judicial⁷.

Hubo importantes diferencias geográficas en la extensión de los modelos napoleónicos en Europa, especialmente en función del nivel de instalación de las instituciones napoleónicas. Así, fue mayor en las zonas que antes habían sido anexionadas por la Francia revolucionaria, como los Países Bajos austriacos (Bélgica), la zona del Rin y el Piamonte. Los efectos fueron menores en los territorios que fueron incorporados tardíamente, en los países satélites del Imperio, en las zonas que únicamente fueron ocupadas militarmente o en donde hubo una gran resistencia popular. En general, todos los estados europeos se vieron afectados y tuvieron que adaptarse a las nuevas circunstancias y reformar sus instituciones de gobierno, fiscales y militares, en la mayoría de los casos imitando el modelo francés, como ocurrió en Prusia o Austria. En Polonia, el zar Alejandro optó por dejar las instituciones políticas, el sistema legal y el ejército del Ducado de Varsovia prácticamente intacto. Pero fue en Francia donde la continuidad fue más evidente, manteniéndose en la monarquía de Luis XVIII el fuertemente centralizado y autoritario sistema napoleónico.

En el caso español los efectos de la ocupación napoleónica fueron limitados, aunque sin duda generó importantes dinámicas de cambio. La ocupación francesa fue rechazada por la mayoría de la población, que se opuso a ella de forma violenta, y

⁶ Brian FITZPATRICK, "The *Royaume du Midi* of 1815", en David Laven y Lucy Riall (eds.), *Napoleon's legacy: problems of government in Restoration Europe*, Berg, Oxford, 2000, pp. 167-181.

⁷ LAVEN y RIALL (eds.), *Napoleon's legacy: problems of government in Restoration Europe*; Martyn LYONS, *Napoleon Bonaparte and the Legacy of the French Revolution*, Basingstoke, Hampshire New York, Palgrave Macmillan, 1994.

precipitó un movimiento modernizador liberal que en buena parte era una respuesta a las reformas en la administración y el gobierno introducidas por la monarquía de José I. Pero también hubo, especialmente entre las elites, colaboradores afrancesados que tuvieron una importante influencia en la evolución política española decimonónica. Sin embargo, tras el regreso de Fernando VII en 1814, se prescindió prácticamente por completo tanto de las reformas liberales como de las afrancesadas. España, quizás junto con el Piamonte de Víctor Manuel⁸, fue el lugar de Europa en el que menos fuerza tuvo una “restauración moderna”, y se intentó, al menos al nivel discursivo, volver a las formas del Antiguo Régimen como si nada hubiera ocurrido. El régimen de Fernando VII en sus dos restauraciones de 1814 y 1823 intentó realizar una vuelta rotunda al pasado, aunque esto no quiere decir que no hubiera ciertas señales de puesta al día administrativa, impulsadas fundamentalmente por las urgentes necesidades hacendísticas. En España, especialmente tras la segunda restauración de 1823, se realizaron numerosas reformas en el aparato fiscal o en la organización de la función pública, aunque sólo fuera para asegurar la supervivencia del absolutismo político. Sin embargo, se intentó continuar con la subordinación de la Iglesia al Estado, a pesar de que su apoyo había sido decisivo en su retorno al poder (de hecho, los sectores eclesiásticos más reaccionarios no tardarían en poner su confianza en la alternativa carlista, mucho más ortodoxa religiosamente). Estas iniciativas continuaban la labor de construcción estatal comenzada por el despotismo ilustrado y anunciaban las que el liberalismo en el poder adoptaría en las décadas siguientes⁹.

El único país que no se vio directamente afectado por las agitaciones revolucionarias y napoleónicas fue Gran Bretaña, aunque sí lo fue de manera indirecta. Durante las dos primeras décadas del siglo XIX el Gobierno británico, dominado por los *tories*, había ido escorándose hacia posiciones cada vez más autoritarias para lidiar con el descontento social característico de la época de guerra y posguerra, y para apaciguar las cada vez más intensas reclamaciones reformistas. El prolongado Gobierno de Lord Liverpool (1812-1827) hizo todo lo posible para mantener el orden a través de la preponderancia política de los grandes propietarios, el mantenimiento de los privilegios de la Iglesia anglicana, la deferencia ante la Corona y, sobre todo, con la oposición

⁸ Michael BROERS, “The Restoration in Piedmont-Sardinia, 1814-1848: Variations of Reaction”, en Laven y Riall, (eds.), *Napoleon's legacy*, pp. 151-164.

⁹ Jean-Philippe LUIS, *L'utopie réactionnaire: épuration et modernisation de l'état dans l'Espagne de la fin de l'Ancien Régime (1823-1834)*, Madrid. Casa de Velázquez, 2002; “La década ominosa (1823-1833), una etapa desconocida en la construcción de la España contemporánea”, en *Ayer*, nº 41, 2001, pp. 85-118; Josep FONTANA, *De en medio del tiempo. La segunda restauración española*, Barcelona, Crítica, 2006.

permanente a cualquier iniciativa de reforma parlamentaria que condujera hacia un gobierno representativo. Especialmente desde la década de 1790, el cuestionamiento de un sistema político como el británico, basado en el dominio de las elites aristocráticas, había ido ganando terreno en significativos sectores sociales que protagonizaron sonadas protestas. Con todo, Gran Bretaña fue el país menos afectado por la ola de revoluciones que recorrió Europa desde 1789. De hecho, Inglaterra fue el principal sostenedor de la alianza antirrevolucionaria, aunque la posibilidad de que se produjera una revolución en su territorio tampoco podía ser del todo descartada¹⁰.

Así pues, la característica inestabilidad política de la Restauración tuvo su origen en la adopción por parte de los gobernantes conservadores del legado autoritario de Napoleón —especialmente en lo relativo a la construcción del Estado— aunque rechazando la necesidad de legitimarlo a través de la participación política. De esta forma se creó una insalvable divergencia entre Estado y sociedad, origen de un irrefrenable descontento. Los gobernantes de la Restauración “al subestimar (...) la necesidad de mantener, por lo menos, la apariencia de tener apoyo público (...) se ataron al pasado absolutista: se asociaron con los detentadores tradicionales del poder y con la reacción, a pesar de que ellos, y los problemas a los que se enfrentaban, eran en muchos aspectos tan modernos. Esta debilidad fundamental yace en la raíz de los problemas de gobierno en la Europa de la Restauración”¹¹.

A pesar de la inherente contradicción entre objetivos y prácticas políticas de la Restauración, origen de una constante inestabilidad, lo que los dirigentes del periodo buscaron con empeño fue el equilibrio en las relaciones internacionales como garantía del orden y la tranquilidad que les permitiera mantener su control político y social. Hay que tener en cuenta que no hubo un cuerpo coherente de pensamiento reaccionario, sino que las acciones que se tomaron fueron más bien fruto de la práctica política y de las necesidades o urgencias de cada momento, dirigidas por políticos como Metternich o Hardenberg, que no creían en los extremos ultramontanos aunque los fomentaran y sacaran partido de su poder de movilización. Quienes se oponían a la Restauración solían presentar a la Santa Alianza (creada en septiembre de 1815) como un bloque que actuaba perfectamente concertado en su promoción de la contrarrevolución. En realidad, había muchos intereses en juego que impedían que este fuera el caso.

¹⁰ E. P. THOMPSON, *The Making of the English Working Class*, Londres, Penguin, 1991 [1963].

¹¹ David LAVEN y Lucy RIAL, “Restoration Government and the Legacy of Napoleon”, en Laven y Rial, (eds.), *Napoleon's legacy*, p. 19.

La política internacional europea posrevolucionaria giró en torno a dos principios, establecidos en el Congreso de Viena, que guiaron el comportamiento de la Cuádruple y la Santa Alianza. En primer lugar, el equilibrio de poderes entre las potencias europeas que garantizara una paz basada en el orden y la obediencia. En segundo lugar, la legitimidad monárquica. El instrumento para obtener esos objetivos sería la intervención, a través de la cual los grandes poderes controlarían a los gobiernos de los países considerados menores¹². La intervención implicaba el uso de la fuerza por parte de un estado para influir en los asuntos internos de otro. Cuando se decidía una intervención, no había declaración de guerra, ya que no era un considerado un acto de agresión a otro país, sino una medida de asistencia a un monarca amigo que estaba amenazado por fuerzas internas. La clave residía en que los dirigentes contrarrevolucionarios creían que se había llegado a una situación en la que la evolución de la política interna de un país tendría consecuencias continentales. Para las fuerzas reaccionarias, era la táctica fundamental con la que contener el avance del liberalismo, que identificaban con la continuidad del movimiento revolucionario que desde 1789 había puesto en duda la legitimidad de las monarquías europeas y había sumido en el caos al continente¹³.

El sistema de congresos permitió establecer un orden estable que evitó el desencadenamiento de guerras internacionales, pero lo consiguió a través de la intervención en los países en los que se ensayaran mínimos experimentos que condujeran a una extensión del gobierno representativo y de los derechos individuales, que en ocasiones iban unidos a reclamaciones de carácter nacional. La eliminación de los regímenes constitucionales era vista por los diplomáticos de la Restauración como la condición para la estabilización del continente. De esta forma, la política interior y la exterior convergían, con el resultado de que “la política exterior de todas las grandes potencias se transformó en una especie de política interior europea”¹⁴. La represión internacional se combinaba con la represión interior, y ya en agosto de 1819, con los decretos de Carlsbad, se tomaron medidas destinadas a controlar los movimientos

¹² Estos principios habían sido propuestos por primera vez años antes por pensadores como Friedrich von Gentz, en el contexto de la crisis del cosmopolitismo ilustrado tras la revolución francesa.

¹³ Alan SKED (ed.), *Europe's balance of power, 1815-1848*, Harper and Row, Nueva York, 1979.

¹⁴ KOSELLECK, “La Restauración”, p. 204-205.

“liberales” que se estaban desarrollando en Europa, en especial en ciertos círculos estudiantiles alemanes¹⁵.

Sin embargo, aunque coincidieran en el análisis, las potencias europeas no siempre estaban de acuerdo en la forma de remediar los problemas comunes. Además, no actuaban como un bloque monolítico, sino que sus intereses particulares y sus cálculos de poder y diplomáticos influían de manera constante en la toma de decisiones. Nunca hubo entre los grandes poderes un debate acerca de los principios abstractos que justificaban una intervención o la manera en que esta debía llevarse a cabo. De hecho, en los congresos de Carlsbad, Troppau, Laybach y Verona, celebrados entre 1819 y 1822, los grandes poderes se enfrentaron en torno a estas cuestiones. El principio de intervención colectiva no pudo superar los intereses particulares de cada potencia¹⁶.

Así, en el Congreso de Troppau (Opava) en noviembre de 1820, Metternich planteó el derecho a la intervención armada en el caso de que las monarquías restauradas cayeran bajo regímenes liberales. Este principio quedó recogido en el famoso “protocolo de Troppau”. Pero esta iniciativa solo fue respaldada por Austria, Prusia y Rusia, mientras que Francia no lo hizo por disputas con Rusia, y Gran Bretaña rechazó por completo el principio de intervención. Sería en Laybach (Liubliana) en 1821 donde se decidiera la intervención de Austria en Piamonte y en el reino de las Dos Sicilias, aunque con el rechazo británico, y en el Congreso de Verona (octubre-noviembre 1822) donde se decidiera la intervención francesa en España.

Además de estos acontecimientos, otra convulsión en el Mediterráneo ocupó a las potencias de la reacción y el concierto europeo: la guerra de independencia griega que comenzó en 1821 y que movilizó a la opinión pública liberal internacional a lo largo de la década siguiente, hasta que en la conferencia de Londres de 1832 las potencias europeas resolvieron la cuestión colocando al príncipe Otto de Baviera en el trono del nuevo estado independiente, con la forma de una monarquía constitucional moderada¹⁷.

A través de estos instrumentos, las elites gobernantes europeas consiguieron controlar momentáneamente la situación política, pero no pudieron contener la extensión de las ideas revolucionarias. Entre 1823 y 1830 no hubo más intervenciones,

¹⁵ James J. SHEEHAN, *German History, 1770-1866*, Oxford, Oxford University Press, 1989, pp. 443-444; David BLACKBOURN, *History of Germany, 1780-1918. The Long Nineteenth Century*, Malden, Mass. Blackwell, 2003, p. 91.

¹⁶ Pierre RENOUVIN, *Historia de las relaciones internacionales (siglos XIX y XX)*, Madrid, Akal, 1998 [1955], p. 48.

¹⁷ Richard CLOGG, *Historia de Grecia*, Madrid, Cambridge University Press, 1998.

pero se trataba de una situación de estabilidad ilusoria, pues se siguieron desarrollando movimientos políticos liberales que producirían alteraciones más profundas. La progresiva descomposición de la Santa Alianza y de otras alianzas estratégicas, en una Europa que ya no buscaba el equilibrio, contribuyó a la reproducción de revoluciones por toda Europa en la década siguiente. La Revolución de Julio de 1830 en Francia, que derrocó a los Borbones y alzó a Luis Felipe de Orleáns al trono, llevó a los liberales descontentos a impulsar movimientos revolucionarios por toda Europa, con especial relevancia en Bélgica, Polonia, la Península Itálica y la Alemania central. Un contexto social más conflictivo, en el que se incluían reivindicaciones de carácter democrático y socialista y en el que el internacionalismo conspirativo avanzaba, llevaría a la mayor convulsión revolucionaria de 1848.

Pero además de sus repercusiones europeas, la Restauración tuvo una indiscutible dimensión mundial, impactando en el desarrollo de la política del continente americano, así como en la de los Balcanes y el Mediterráneo oriental, donde la independencia griega originó una crisis que se prolongaría con las guerras ruso-otomanas y que supuso el inicio del fin del dominio otomano en la región. En América, las repercusiones de la Restauración fueron inmediatas y se revelaron esenciales para la construcción de una identidad y una geopolítica puramente americanas. La Doctrina Monroe estadounidense nació como una respuesta directa a la amenaza de la Santa Alianza, que pretendía que a través de la reincorporación de España a la contrarrevolución, esta se extendiera a América, gracias a la reconquista de los territorios hispanoamericanos ya independientes de hecho pero no reconocidos diplomáticamente. Rusia apoyaba las reivindicaciones españolas, mientras amenazaba a los Estados Unidos a través de su presencia en Alaska y la costa del Pacífico norteamericano. Fue en este contexto que el presidente estadounidense Monroe declaró en diciembre de 1823 la independencia del hemisferio americano, lejos de la interferencia de la Europa reaccionaria. Estados Unidos reconoció la independencia de las repúblicas hispanoamericanas y poco después lo hizo Gran Bretaña, separándose definitivamente de una Santa Alianza de la que siempre había desconfiado. En la imaginación de los hispanoamericanos y norteamericanos (así como de muchos liberales y republicanos europeos) América quedaba como un continente republicano (aunque se mantenía la monárquica Brasil), mientras Europa permanecía, con el éxito de la contrarrevolución, como un espacio monárquico y tiránico.

2. EL EXILIO EN LA RESTAURACIÓN

Los grandes hitos revolucionarios atlánticos, es decir las revoluciones norteamericana, francesa, haitiana e iberoamericana, generaron una gran cantidad de emigrados políticos. Desde el inicio de la Revolución Francesa, Europa se plagó de exiliados de todo signo y condición. Desde labradores analfabetos hasta reyes, emperadores y papas, todos pasaron por la experiencia del exilio.

No solo los oponentes de la revolución tuvieron que abandonar Francia, sino que cuando las luchas internas desgarraron la república, especialmente durante la fase del Terror, miles de girondinos y otros grupos moderados se vieron obligados a abandonar el país. Tras la independencia de Estados Unidos, miles de simpatizantes británicos salieron del territorio de las trece colonias, destino a Canadá, las Indias Occidentales o Gran Bretaña. Asimismo, tras la revolución de los esclavos de Santo Domingo, miles de colonos blancos franceses —junto a algunos de sus esclavos y negros y mulatos libres— se desperdigaron por el Caribe.

En realidad, los primeros exiliados de la gran crisis de finales del siglo XVIII y principios del XIX fueron las casas reales. En primer lugar, la francesa, que junto a un alto número de nobles *émigrés* abandonó el país durante la revolución. De hecho, la abortada fuga de Luis XVI en junio de 1791 supuso un punto de inflexión definitivo en el curso de la revolución. Los hermanos del rey también partieron al exilio: el conde de Provenza (futuro Luis XVIII), residió hasta su regreso a Francia en 1814 en Westfalia, Rusia y Gran Bretaña, y el conde de Artois (futuro Carlos X), se exilió en Gran Bretaña. También los orleanistas tuvieron que salir hacia el exilio, a pesar de su cercanía a los revolucionarios, y Luis Felipe, que décadas después, tras la revolución de 1830 se convertiría en el “rey burgués”, vivió en Suiza, Nápoles y Estados Unidos¹⁸.

¹⁸ Entre los *émigrés* se encontraban personalidades que protagonizarían la política en las décadas siguientes, como Chateaubriand, Richelieu, Madame de Staël o el Duque de Angulema. Véase Donald GREER, *The Incidence of the Emigration during the French Revolution*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1951, y Margery WEINER, *The French Exiles, 1789-1815*, Londres, Murray, 1960. Sobre los problemas para cuantificar esta emigración, véase John DUNNE, “Quantifier l’émigration des nobles pendant la Révolution française: problèmes et perspectives”, en Jean-Clément MARTIN, *La Contre-révolution en Europe, XVIIIe-XIXe siècles: Réalités politiques et sociales, résonances culturelles et idéologiques*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2001, pp. 133-141, que estima que entre un 5 y un 20% de los nobles franceses salieron del país durante los años de la revolución. Sylvie APRILE, *Le siècle des exilés. Bannis et proscrits de 1789 à la Commune*, París, CNRS, 2010, aporta la cifra de al menos 100.000 emigrados y recuerda que “la noblesse ne représente que 16 à 25% des Émigrés (...) 60% des exilés appartiennent à des catégories sociales non privilégiées, paysans, artisans, soldats déserteurs,

Las convulsiones de la Revolución Francesa también llegaron a España y un buen número de *émigrés* franceses se instalaron en el norte de la Península escapando de la revolución. A la inversa, algunos de sus escasos simpatizantes españoles se refugiaron en el país vecino ante el acoso de las autoridades españolas, especialmente la Inquisición. El más conocido de los exiliados españoles fue José Marchena, que en 1792 se trasladó a Bayona, donde conoció a otros exiliados españoles como Nevia, Carrese, Rubín de Celis o Santiváñez. El exilio de Marchena en Francia no fue ni mucho menos pasivo, sino que se lanzó a la arena política del lado de los *girondinos*. Además, desde Francia, Marchena se convirtió en el principal propagandista de los valores revolucionarios en lengua española, publicando junto a Rubín de Celis un periódico bilingüe, la *Gaceta de la libertad y de la igualdad*, y redactando la famosa proclama *A la Nación Española*, que tuvo una amplia difusión en España¹⁹.

Fueron las invasiones francesas, tanto revolucionarias como imperiales, las que obligaron a multitud de representantes del Antiguo Régimen a salir de sus dominios. Por citar únicamente los ejemplos más célebres, los reyes de Piamonte-Cerdeña salieron del país en 1798 tras la ocupación francesa y pasaron el resto de sus días en el exilio en diferentes regiones italianas y la casa real de Nápoles vivió en el exilio en varios momentos a lo largo del periodo. El caso que más trascendencia tuvo fue el de la casa real portuguesa que, a finales de 1807, ante la perspectiva de la ocupación napoleónica, abandonó Lisboa con destino a Río de Janeiro, abriendo el camino para la inversión de la relación entre metrópolis y colonia, que culminó con la independencia de Brasil bajo la forma de un imperio regido por un príncipe de la casa de Braganza. Meses después, la casa real española sufrió un destino similar, que desembocó en las abdicaciones de Bayona. La alta jerarquía de la Iglesia también experimentó el exilio. Cuando el papa Pío VII se enfrentó a Napoleón y lo excomulgó, el emperador ocupó los estados pontificios desterrando al Papa a Savona y Fontainebleau. Napoleón, por su parte, tras sus dos derrotas, estuvo exiliado, en diferentes condiciones, en la isla de Elba y luego en Santa Elena, aunque esperaba poder recibir asilo en Gran Bretaña o Estados Unidos, como había hecho su hermano José²⁰.

négociants et commerçants réfugiés. Les 15% restant appartiennent au clergé. La noblesse émigrée est aussi minoritaire par rapport à la grande majorité des nobles qui n'a pas émigré", p. 27.

¹⁹ Juan Francisco FUENTES, *José Marchena. Biografía política e intelectual*, Barcelona, Crítica, 1989.

²⁰ Stuart WOOLF, *A History of Italy, 1700-1860. The social constraints of political change*, Londres, Methuen, 1979, p. 167; Kirsten SCHULTZ, *Tropical Versailles: empire, monarchy and the Portuguese royal court in Rio de Janeiro, 1808-1821*, Nueva York, Routledge, 2001; APRILE, *Le siècle des exilés*, pp. 56-58.

La crisis de la monarquía hispana iniciada en 1808 produjo una gran cantidad de desplazados, entre los cuales muchos lo fueron por motivos exclusivamente políticos, como su participación en movimientos junteros, autonomistas o independentistas, tanto en la Península como en América. La ocupación francesa de la mayor parte de la Península y la proclamación de nuevas autoridades provocó el desplazamiento de miles de españoles en dirección sur, hasta que las Cortes se vieron confinadas a Cádiz. Muchos otros se vieron obligados a pasar a Francia, entre ellos un considerable número de desertores y también numerosas familias que huían de la guerra. Con el avance de la guerra llegaron a Francia un gran número de prisioneros refugiados y rehenes civiles, aproximadamente 65.000. La mayor parte de ellos fueron confinados en depósitos, aunque unos 10.000 formaron parte de grupos de trabajo. Casi todos estos desplazados regresaron a España a partir 1814, una vez que el imperio napoleónico había sido derrotado, aunque los oficiales juramentados, considerados traidores afrancesados, no pudieron acogerse a la amnistía ofrecida por Fernando VII²¹. Además de aquellos que pasaron a Francia, ya fueran prisioneros o afrancesados, entre las filas patriotas también hubo significativos desplazamientos a Inglaterra por motivos relacionados con la guerra (como misiones diplomáticas en representación de las juntas y la Regencia) entre los que destacan por su importancia posterior los de José María Blanco White o Álvaro Flórez Estrada, que llegaron a Londres en 1810²².

El exilio en España también afectó a los más poderosos. Godoy, que había dirigido la política española en los últimos años, pasó el resto de su vida en el exilio, al igual que la familia real casi al completo. Fernando VII vivió los años de la guerra en Valençay junto a su hermano Carlos y su tío Antonio, mientras que su padre Carlos IV, pasó el resto de su vida fuera de España junto a su esposa María Luisa, residiendo principalmente en Marsella, desde octubre de 1808 hasta mayo de 1812, y a partir de entonces en Roma, Verona y Nápoles. Ambos murieron en la Península Itálica en 1819²³.

Tras el periodo revolucionario y la llegada de la Restauración, el exilio cambió mayoritariamente de signo político y hubo exiliados procedentes de todos los países

²¹ Jean-René AYMES, *Los españoles en Francia, 1808-1814. La deportación bajo el Primer Imperio*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

²² Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA (coord.), *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853) Política, economía, sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2004; Martín MURPHY, *Blanco White: self-banished Spaniard*, New Haven, Yale University Press, 1989 y Manuel MORENO ALONSO, *Blanco White. La obsesión de España*, Sevilla, Alfar, 1998.

²³ Emilio LA PARRA, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, Tusquets, 2002; Luis SMERDOU ALTOLAGUIRRE, *Carlos IV en el exilio*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2000.

donde se intentó un retorno al Antiguo Régimen tras la instauración de regímenes constitucionales, es decir, prácticamente en toda Europa: Francia, Italia, Alemania, Polonia, Portugal y España. Muchos de los que habían participado, o en ocasiones sólo simpatizado, con los regímenes liberales constitucionales, tuvieron que abandonar sus países huyendo de la represión contrarrevolucionaria. Una generación de liberales se vio obligada a exiliarse durante la década de 1820, en la que la reacción de las potencias legitimistas llevó a la prisión o lanzó al exilio a muchos de los simpatizantes del constitucionalismo. Se produjo un exilio que afectó prácticamente a todos los países europeos, ya fuera como receptores o emisores de emigrados. El nuevo ciclo revolucionario iniciado en 1830 tuvo importantes repercusiones en la geografía del exilio. La represión de las revoluciones de 1830 provocó una gran cantidad de nuevos exiliados polacos, alemanes e italianos, además del traslado de miles de refugiados que se encontraban en Gran Bretaña a Francia y Bélgica, que con sus nuevos regímenes liberales auspiciaban un mejor acogimiento e incluso despertaban ilusiones de ayuda y de esperanza para el triunfo de la revolución liberal en toda Europa.

Pero también hubo exiliados entre las filas de la contrarrevolución, que tuvieron que abandonar sus países cuando los liberales accedieron al poder, como Miguel de Portugal y sus 6.000 partidarios que en 1826 encontraron refugio y apoyo en la España de Fernando VII²⁴, o los realistas españoles que durante el Trienio Constitucional usaron el sur de Francia como santuario. Ambos grupos se mantuvieron políticamente activos en el exilio, e intentaron cambiar el estado de las cosas de sus países de origen. Por ejemplo, Francia se convirtió en un campo de organización para las milicias absolutistas y de voluntarios reales que amenazaron la monarquía constitucional española en 1822-1823, y esa misma zona recibió en 1827 a exiliados de la revuelta de los *agraviados*.

El caso más significativo del exilio de los contrarrevolucionarios españoles fue el de los carlistas a partir de la muerte de Fernando VII en 1833. El propio Carlos María Isidro, recibió la noticia de la muerte de su hermano en Portugal, donde permanecería bajo la protección de Miguel I. Al pretendiente se le unieron muchos de sus partidarios en el país vecino y, tras la victoria de los liberales portugueses, a mediados de 1834, abandonó la Península Ibérica destino a Gran Bretaña, desde donde pasó a Francia y

²⁴ Joaquín DEL MORAL RUIZ, "Realistas, miguelistas y liberales: contribución al estudio de la intervención española en Portugal", en José María Jover Zamora, (coord.), *El siglo XIX en España. Doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 239-254.

desde allí al norte de España, donde se unió a las tropas carlistas que se empezaban a organizar para plantear una resistencia armada. A lo largo de toda la guerra, la frontera francesa sirvió de refugio a los carlistas y una vez finalizado el conflicto bélico, fue atravesada por miles de partidarios de don Carlos²⁵. Por su parte, Miguel salió también hacia el exilio en 1834 —en su caso el segundo tras el que pasó en Viena desde 1824— residiendo en Roma, en Inglaterra y finalmente en territorios alemanes. Murió en Karlsruhe en 1866²⁶.

Gran Bretaña, que sería el destino favorito de los liberales europeos, fue también el refugio de varios de los protagonistas de la reacción, como Luis XVIII y muchos más *émigrés* franceses²⁷. Carlos X, que ya había vivido el exilio en Gran Bretaña tras la revolución de 1789, retornó a ella en 1830 tras la Revolución de Julio. Su hijo Luis, Duque de Angulema, que dirigió la invasión francesa que en 1823 ocasionó el exilio de miles de liberales españoles, había sido él mismo un emigrado durante la Revolución Francesa y en 1815, tras ser derrotado por Napoleón durante los Cien Días, se refugió en España, donde fue acogido por Fernando VII, y más tarde en Gran Bretaña. Tras la revolución de 1830 los Borbones franceses partieron de nuevo al exilio, primero en Edimburgo y a partir de 1832 en Praga, invitados por el emperador Francisco II. Carlos murió en 1836 en Gorizia, ciudad actualmente italiana y entonces austriaca, y Luis lo hizo en el mismo lugar en 1844. Ambos fueron enterrados en el monasterio franciscano de Kostanjevica, hoy en Eslovenia, lugar que sería elegido para dar sepultura a otros Borbones en las décadas siguientes, entre ellos el pretendiente al trono Enrique, muerto en 1883. El canciller austriaco Metternich, anfitrión de los Borbones franceses en

²⁵ Pedro RÚJULA, “Carlistas” en Jordi Canal (ed.), *Exilios. Los éxodos políticos en la Historia de España. Siglos XV-XX*, Madrid, Sílex, 2005, pp. 167-189; Jordi CANAL, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza, 2000, p. 43. Entre estos exiliados se encontraba Francisco Tadeo Calomarde, responsable de la política represora contra los liberales como ministro de Gracia y Justicia de Fernando VII desde 1824. Tras ser destituido en octubre de 1832 por su oposición a la abolición de la Ley Sálica, Calomarde fue recluido en Menorca, pero consiguió escapar y cruzar los Pirineos en noviembre de 1832 disfrazado de monje bernardo. Murió en Toulouse en 1842; Pedro RÚJULA, *Contrarrevolución realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998, p. 151; Pedro RÚJULA, *Rebeldía campesina y primer carlismo: los orígenes de la guerra civil en Aragón*, Zaragoza, Departamento de Educación y Cultura, 1995, p. 83.

²⁶ El tratado de la Cuádruple Alianza firmado por Gran Bretaña, Francia, España y Portugal en 1834, contemplaba la expulsión de D. Carlos y D. Miguel de la Península Ibérica; Miriam HALPERN PEREIRA, “Del Antiguo Régimen al liberalismo (1807-1842)”, en *Ayer*, nº 37, 2000, pp. 9-64.

²⁷ Gran Bretaña fue la mayor receptora de *émigrés*, con una cifra situada entre los 20.000 y los 25.000, APRILE, *Le siècle des exilés*, p. 29.

Centroeuropa, experimentó él mismo años después las amarguras del exilio, al refugiarse tras la revolución de 1848 en Inglaterra y Bélgica²⁸.

El fenómeno del exilio no era ni mucho menos algo nuevo a principios del siglo XIX, pero nuevas formas de asociación y comunicación transformaron la naturaleza de exilios que no tenían en su origen las convulsiones revolucionarias. Por ejemplo, la diáspora griega había comenzado siglos atrás con motivo del dominio otomano iniciado en el siglo XV. Desperdigada por todo el Mediterráneo, los Balcanes, Europa, Rusia e incluso América, la comunidad griega no solo mantuvo su herencia cultural viva, sino que fue un factor central en la recuperación de la cultura clásica durante el Renacimiento y la Ilustración y en la formación del nacionalismo griego moderno. La Ilustración griega (conocida como *Diáfotismos*) fue un movimiento eminentemente desarrollado en la diáspora. La recuperación de la etapa clásica del helenismo como seña de identidad y orgullo de las comunidades griegas fue realizada por intelectuales en el exilio, como los admiradores de la Revolución Francesa Adamantios Koraes, exiliado en Francia, Rhigas Pheraios, en Viena, o Neophytos Doukas, en Viena y Bucarest, influyendo asimismo en la imagen que en Europa occidental se empezaba a forjar de los griegos modernos y que tanto tendría que ver en el movimiento de solidaridad internacional que apoyó la causa de la independencia griega en la década de 1820. No es sorprendente por lo tanto que muchos de los líderes de la Grecia independiente, como Kapodistrias, hubieran sido ellos mismos exiliados²⁹.

Como se observa en el caso griego, el exilio contribuyó a generar dinámicas que tuvieron una gran relevancia para los procesos de nacionalización de ciertos estados³⁰. La región que más exiliados generó en el siglo XIX fue Italia, lo cual tendría repercusiones en la formación de su cultura nacional. El conspirador italiano refugiado en el extranjero se convirtió en la figura romántica italiana paradigmática, al tiempo que el mito del exilio liberal fue clave en el proceso de construcción de la identidad patriótica italiana del *Risorgimento*. A través de la literatura, las memorias y las obras históricas de exiliados como Pépé, Pecchio, Beolchi, o Arrivabene, se fue creando un

²⁸ APRILE, *Le siècle des exilés* pp. 58-66 ; Guillaume DE BERTIER DE SAUVIGNY, *Metternich*, París, Fayard, 1998.

²⁹ Ömer TURAN, "The Role of Russia and England in the Rise of Greek Nationalism and in Greek Independence", en *OTAM*, n° 10, pp. 243-291.

³⁰ Para la importancia de la emigración en los procesos de construcción nacional durante el siglo XIX, véase Nancy L. GREEN y François WEIL (dirs.), *Citoyenneté et émigration. Les politiques du départ*, París, Éditions de EHESS, 2006.

vínculo entre el patriotismo y el exilio en la mente de los italianos³¹. El gran exilio polaco (*Wielka Emigracja*) que siguió a la represión de 1831 también afianzó el sentido de nacionalidad. Alrededor de 100.000 militares polacos fueron obligados a incorporarse al ejército ruso en el Cáucaso y unos 80.000 civiles fueron deportados, muchos de ellos a Siberia. Además, unos 10.000 polacos, el núcleo de la intelectualidad, abandonaron el país huyendo de las medidas represivas, exiliándose principalmente en Francia e Inglaterra. La producción literaria y cultural de los exiliados polacos durante las décadas centrales del siglo XIX, en un ambiente dominado por el romanticismo, produjo importantes mitos nacionales³². De la misma forma, aunque a la inversa, la recepción de un gran número de exiliados en Gran Bretaña y Francia fue decisiva para que en sus respectivas sociedades se difundiera la imagen de que constituían asilos de libertad, reforzando así la idea de que se encontraban a la cabeza del progreso mundial.

Una vez apreciada la extensión del exilio en la Europa de la Restauración, resulta pertinente realizar un intento de definición del fenómeno, así como de analizar sus implicaciones. El término “exiliado político” es complejo de delimitar. Andreas Fahrmeir ha ofrecido una definición útil: “los refugiados políticos son personas que cometen actos o suscriben opiniones que son consideradas criminales en sus países de origen, pero legales (o incluso laudables) en el país que los considera refugiados”³³. Esta definición tiene la virtud de referirse no solo a las causas del exilio en el país de origen, sino de subrayar que el exilio es un hecho que resuena también en el país receptor, que con su contexto político particular y las expectativas de su sociedad respecto a los refugiados que recibe, condiciona y modifica la actitud y los proyectos de futuro de estos. En esta línea que resalta el dinamismo del encuentro, es también necesario tener en cuenta que, como recuerda Sylvie Aprile, “ir al exilio, no es sólo cruzar una frontera, también es entrar en nuevas comunidades de hombres y mujeres, confrontar a ‘otros’ habitantes y autoridades en el país anfitrión, es en fin, crearse una memoria, un imaginario, unos ritos y una moral”³⁴.

³¹ Maurizio ISABELLA, “Exile and Nationalism: the case of the Italian Risorgimento”, en *European History Quarterly*, Vol. 36, nº 4, 2006, pp. 493-520,

³² Norman DAVIES, *God's Playground. A History of Poland. Vol. II, 1795 to the present*, Oxford, Clarendon Press, 1986, p. 331; Piotr S. WANDYCZ, *The Lands of Partitioned Poland 1795-1918*, Seattle, University of Washington Press, 1984, pp. 117-122; Daniel BEAUVOIS, *La Pologne: histoire, société, culture*, Paris, La Martinière, 2004, pp. 206-248.

³³ Andreas FAHRMEIR, “British exceptionalism in perspective: Political Asylum in Continental Europe”, en Sabine Freitag (ed.), *Exiles from European revolutions. Refugees in Mid-Victorian England*, Berghahn Books, 2003, Nueva York-Oxford, p. 33.

³⁴ APRILE, *Le siècle des exilés*, p. 12.

En cualquier caso, el término que empleaban mayoritariamente los contemporáneos, no era “exiliado” sino “emigrado”, un vocablo que actualmente se suele identificar con los que abandonan su país por motivos económicos. Antonio Alcalá Galiano, refugiado en Gran Bretaña desde 1823, afirmaba que “emigración, aplicada a los que, o desterrados o huyendo del peligro de padecer graves daños por fallos de Tribunales, o por la tiranía de los soberanos o Gobiernos, o de las turbas, se refugian en tierra extraña” era una “voz nueva”, que había aparecido durante la Revolución Francesa para referirse a los que huían de la represión revolucionaria³⁵. “Emigrado” era una traducción literal del término francés *émigré*, que en esa misma forma pasaría al idioma inglés. Otros vocablos empleados eran “expatriado”³⁶ o “refugiado”, este último especialmente en Gran Bretaña (*refugee*), y en Francia (*réfugié*), por ser su perspectiva la de países receptores³⁷. En estos dos países gran parte de la documentación administrativa generada empleaba el término “refugiado”, que también abundaba en la legislación y en la prensa. De todas formas, “exiliado” no era un término ni mucho menos desconocido en la época. Por ejemplo, era usado por la prensa estadounidense al referirse al “destino y la residencia en el exilio de los principales generales y jefes del Ejército español”, o en Francia por el autor de una historia de la revolución española de 1820 que, al referirse a la represión sufrida por los liberales en 1814, afirmaba que “un gran número fueron exiliados”³⁸.

Uno de los desafíos que el estudio del exilio ofrece es examinar la conexión entre experiencia e ideología. Para los refugiados liberales del primer tercio del siglo XIX, ¿cuáles fueron los resultados del encuentro entre su experiencia caracterizada por

³⁵ Antonio ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, en *Obras Escogidas de D. Antonio Alcalá Galiano*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles-Ediciones Atlas, 1955, p. 206. Alcalá Galiano entendía que los primeros exiliados modernos fueron los que produjo la Revolución Francesa, pero que también hubo exiliados durante la norteamericana y la haitiana. El mismo Alcalá Galiano estableció un breve recuento histórico de “emigraciones” del pasado, entre las que figuraban las ocasionadas por las guerras de religión en Europa. Esta obra la escribió a una edad avanzada, casi cuarenta años después de los acontecimientos que nos interesan, por lo que debe ser tratada con cautela. Francisco Espoz y Mina también empleó el término “emigración” en sus memorias, publicadas póstumamente en 1851 por su esposa Juana María de Vega.

³⁶ Por ejemplo en la circular por la que Fernando VII prohibía en 1814 la entrada en España a los afrancesados que se encontraban en Francia.

³⁷ El término “réfugié” apareció por primera vez en el *Dictionnaire de l'Académie Française* en 1694 en relación a los hugonotes; Gérard NOIRIEL, “Représentation nationale et catégories sociales. L'exemple des réfugiés politiques”, en Fernando Devoto y Pilar González Bernaldo (coords.), *Émigration politique. Une perspective comparative. Italiens en Espagnols en Argentine et en France, XIX^e-XX^e siècles*, L'Harmattan, París, 2001, pp. 45-75, p. 53.

³⁸ *Eastern Angus*, 7-7-1826; Ch. LAUMIER, *Histoire de la révolution d'Espagne en 1820, précédé d'un aperçu du règne de Ferdinand VII, depuis 1814, et d'un précis de la révolution de l'Amérique du Sud*, París, Plancher/Lemonnier, 1820, p. 32.

el exilio y su ideología liberal-republicana? Es decir, ¿cuáles fueron los frutos de lo que Lloyd S. Kramer ha llamado “[la] ambigua intersección de experiencias vividas y textos escritos”? Los historiadores han acostumbrado a subrayar o bien la primacía de la experiencia social en la configuración de las ideas, o bien el papel decisivo que tienen las ideas en la forma en la que los individuos interpretan la realidad. Siguiendo a Kramer, en este trabajo se argumentará que la experiencia y las ideas son mutuamente dependientes, destacando la importancia de la “influencia formativa del exilio como una experiencia socio-intelectual para la gente que se ve forzada (o elige) vivir fuera de su medio social y cultural nativo”³⁹.

Para terminar, es necesario destacar que el estudio del exilio demanda una perspectiva transnacional. El exilio es un fenómeno transversal, que traspasa fronteras y que es por definición transnacional. Los Estados actuales no deben servir para realizar análisis por separado de fenómenos que en su momento no estaban claramente definidos por fronteras. Sin embargo, no debe olvidarse la existencia de monarquías soberanas, porque sin sus fronteras políticas —históricas y por lo tanto artificiales— no existiría el fenómeno del exilio⁴⁰. El exilio no debe entenderse como un fenómeno particular de un país, ni su estudio debe limitarse a la experiencia del exilio individual o colectivo, o a las consecuencias que ese exilio tiene para el Estado o nación de origen. El hecho de que el exilio no funciona en un solo sentido sino que repercute tanto en el exiliado como en los que lo acogen, ha sido ya señalado desde diversas disciplinas sociales. Pero se debe tener en cuenta que los países de emisión de exiliados también se convirtieron en ocasiones en países de recepción (y viceversa), y, sobre todo, que el exilio raramente afectó solo a un Estado simultáneamente (desde luego, no fue así durante la Restauración y el resto del siglo XIX), sino que fue más allá de las relaciones bilaterales entre países de acogida y países de emisión, para multiplicarse en varias dimensiones en las que los exiliados entraron en contacto con exiliados de otros países, generalmente en un tercer país que les acogía. Además, algunos de esos exiliados ya lo habían sido

³⁹ Kramer también considera que “the dialectical relationship between social contexts and thoughts (...) is complicated because those who interpret social reality inevitably understand that reality in terms of a particular interpretive framework. All people ‘read’ and interpret their social context through the conventions of their culture, though this is not always apparent to the interpreters themselves. In the case of exiles, however, the reading of the context may take a more self-conscious form because outsiders often become more aware of the assumptions by which they and others interpret social experience”; Lloyd S. KRAMER, *Threshold of a New World. Intellectuals and the Exile Experience in Paris, 1830-1848*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1988; citas en pp. 1-2.

⁴⁰ El recurso al exilio interior como práctica represiva era un recurso de las monarquías del Antiguo Régimen. El Estado-nación moderno emplea otro tipo de instrumentos represivos internos, y desarrolla instituciones punitivas como el sistema penitenciario, además de provocar exilios políticos.

previamente en el país del que procedían sus compañeros de exilio. Estas consideraciones despliegan un abanico de vínculos, conexiones, interacciones, articulaciones, evoluciones y procesos que solo es posible abarcar desde una óptica transnacional.

3. LAS SOCIEDADES SECRETAS Y LA RETÓRICA DE LA CONSPIRACIÓN

J. M. Roberts, en un libro de referencia ineludible publicado en 1972 y dedicado al estudio de las sociedades secretas durante el siglo XVIII y principios del XIX, distinguía entre “positive conspirational history”—es decir, la historia dedicada a establecer la *verdad* sobre las actuaciones de las organizaciones secretas durante los periodos revolucionarios y postrevolucionarios—y la historia de la mitología creada alrededor de esas organizaciones. Roberts dejaba claro que, por sus poderosas implicaciones políticas, a él lo que le interesaba estudiar era esa mitología, pero reconocía que era también necesario investigar hasta donde fuera posible las actuaciones reales de esas conspiraciones a las que los contemporáneos otorgaban tanta importancia⁴¹.

Este trabajo aspira a alcanzar un equilibrio entre ambos aspectos. El argumento principal que se ofrece en lo referente a las sociedades secretas es que fueron principalmente decisivas a un nivel discursivo por su papel de generadoras de dinámicas revolucionarias y contrarrevolucionarias, en las que jugó también un papel decisivo el exilio asociado a la represión de muchos de los miembros de esas organizaciones. Pero eso no quiere decir que abandone cualquier pretensión de trazar las líneas de las actividades clandestinas de las organizaciones secretas, a pesar de las dificultades que esto conlleva, precisamente porque es una tarea necesaria si se quiere conocer la perspectiva de los propios conspiradores acerca de sus actividades.

Lo cierto es que, por su propia naturaleza secretista y clandestina, estas formaciones han dejado relativamente pocas fuentes primarias y por lo tanto la investigación de las conspiraciones revolucionarias de la Restauración recae forzosamente en dos fuentes con escasa reputación por su supuesta parcialidad: las policiales y las memorísticas.

⁴¹ J. M. ROBERTS, *The Mythology of the Secret Societies*, Londres, Secker & Warburg, 1972.

En numerosas ocasiones se ha advertido que las fuentes de la policía deben ser tratadas con cuidado por la poca fiabilidad que ofrecen, especialmente si están basadas en datos proporcionados por informadores o agentes provocadores, que en ocasiones los manufacturaban para obtener recompensas o para atacar y desprestigiar a enemigos personales. Sin dejar de tener en cuenta esto, lo cierto es que la gran cantidad de información recogida en los archivos policiales, especialmente los franceses, puede servir como una fuente acumulativa de datos que permiten alcanzar una comprensión ciertamente mediada pero no totalmente sesgada (ya que las autoridades policiales y ministeriales eran conscientes de que las informaciones que se recogían sobre el terreno podían ser voluntariamente incorrectas, incompletas o fabricadas, y las trataban en consecuencia) de las actividades revolucionarias conspirativas. Las memorias también suelen ser vistas con suspicacia por su carácter generalmente reivindicativo de la actuación de su redactor en un momento más o menos alejado del momento en que son escritas, cuando el resultado de sus actividades ha tenido éxito completo o parcial, o bien ha fracasado. Este carácter justificativo de la propia actuación suele ser tomado como problemático, pero utilizadas en conjunto con el material de archivo, las memorias proporcionan una perspectiva relevante sobre la interpretación de los acontecimientos del periodo y sobre el papel de los individuos en el desorden característico de la política decimonónica⁴².

En cualquier caso, la creencia en teorías conspirativas constituyó en la época revolucionaria y posrevolucionaria uno de los instrumentos explicativos históricos y políticos más extendidos entre los contemporáneos. Para comprender y asimilar la gran aceleración de transformaciones políticas y sociales iniciada en la segunda mitad del siglo XVIII, se difundió entre las clases educadas y dirigentes la creencia en la existencia de una serie de sociedades secretas —notoriamente la masonería— responsables de la llegada repentina de los grandes cambios revolucionarios, causantes de la desaparición de todo un mundo. Para explicar lo que para muchos resultaba inexplicable, se acudió con frecuencia a la consoladora y en apariencia racional explicación conspirativa, que establecía relaciones de causa y efecto: si algo había ocurrido era porque alguien así lo había querido⁴³.

⁴² Véanse las observaciones realizadas al respecto por Alan SPITZER, *Old Hatreds and Young Hopes. The French Carbonari against the Bourbon Restoration*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971, pp. 9-14.

⁴³ ROBERTS, *The Mythology of the Secret Societies*; Gordon S. WOOD, "Conspiracy and the Paranoid Style: Causality and Deceit in the Eighteenth Century", *William and Mary Quarterly*, 3rd. ser. 39, 1982,

En este contexto, los dirigentes de la Restauración “estaban convencidos de que se enfrentaban a la amenaza de una especie de Internacional de la revolución, organizada por las sociedades secretas, y creían que era necesario responder a ella con una Internacional de la contrarrevolución, que es lo que pretendía ser la Santa Alianza⁴⁴. Esta mentalidad conspirativa reaccionaria se alimentaba del mito de la existencia de una conspiración internacional que aspiraba a acabar con la monarquía y la Iglesia, y en la que participaban masones, filósofos ateos, sanguinarios revolucionarios y republicanos regicidas. Este mito había sido elaborado desde mediados del siglo XVIII por una serie de pensadores y dirigentes reaccionarios, especialmente eclesiásticos, con el abate Barruel a la cabeza, para defender su idea de la civilización europea, basada en la religión cristiana (entendida como la ortodoxia católica), la jerarquía social y la monarquía divina, y alcanzó una gran repercusión, convirtiéndose en uno de los pilares doctrinales de la contrarrevolución. Desde las filas de la contrarrevolución se colocaba en un mismo grupo conspirativo universal a la masonería y a otras sociedades secretas, como los *illuminati* bávaros, junto con todas las sociedades secretas que empezaban a surgir en la Europa posrevolucionaria, como la carbonería, relacionándolas con tendencias política —como el jacobinismo y el republicanismo— o teológicas —como el jansenismo, el protestantismo, el ateísmo o el deísmo. Aunque en realidad la masonería había sufrido mucho durante la revolución francesa, hasta casi desaparecer, fue su resurrección como una masonería organizada en torno al bonapartismo, y por lo tanto con fuertes intereses políticos concretos, la que por su supuesto poder afianzó entre los sectores contrarrevolucionarios la creencia en la existencia de una conspiración que intentaba alterar las bases sociales y políticas a través de la propagación de “falsas” doctrinas como la libertad individual, la soberanía popular o la tolerancia religiosa. La Iglesia católica, especialmente sensible a la amenaza contra su hegemonía espiritual que suponían organizaciones como la masonería, se encargó en varias ocasiones de condenar la existencia de las sociedades secretas. El Papa Pío VII publicó en 1821 la constitución *Ecclesiam Christi*, dirigida especialmente contra la carbonería, y cuatro años más tarde León XII publicó la constitución apostólica *Quo graviora*, en la que se

pp. 401-440. Según Roberts, la mitología de las sociedades secretas “is, in fact, as characteristic a cultural product of the age of revolution in Europe as, say, liberalism”, p. 14. Un análisis de estos aspectos conspirativos para el caso de la revolución española, en Fernando DURÁN LÓPEZ, “Quintana, Cádiz, 1811: el catedrático de la logia infernal”, en Fernando Durán López, Alberto Romero Ferrer y Marieta Cantos Casenave (eds.), *La patria poética: estudios sobre literatura y política en la obra de Manuel José Quintana*, Marid, Iberoamericana/Vervuert, 2009.

⁴⁴ FONTANA, *De en medio del tiempo*, p. 14. De todas formas, la Santa Alianza tendría una escasa relevancia política real, aunque sin duda alcanzó una gran relevancia a nivel simbólico.

condenaban las actividades de las sociedades secretas que combatían a “la religión católica y en el orden civil a la soberanía legítima”. La alianza entre el altar y el trono llevó a que los monarcas de la Restauración proscribieran en sus respectivos estados las sociedades de carácter secreto, como hizo Fernando VII en España, que empleó la Inquisición para perseguirlas y que publicó hasta catorce decretos prohibiendo las sociedades secretas, como el de 1824, nada más recuperar su poder absoluto, por el que se prohibían “absolutamente en los dominios de España e Indias todas las Congregaciones de francmasones, comuneros y otras sociedades secretas”⁴⁵.

Un ejemplo de la importancia que la explicación conspirativa de la historia y de la política tenía entre los sectores contrarrevolucionarios españoles son las incendiarias manifestaciones del obispo de Santander en junio de 1817. El eclesiástico consideraba que el “Philosophismo” era “una tempestad vomitada por el Infierno con dirección la más fija de derribar el trono y el cristianismo”, que se había introducido en España “como a mediados del siglo 18” proveniente de Francia, “y que después que Napoleón dirigió sus fuerzas a ocupar con el toda la Península, pareció ser dueño absoluto de mil indignos españoles (los O’farris, los Urquijos, los Mazarredos, los Azanzas, los Amoroses, los... iba a decir Eclesiásticos auxiliares de Zaragoza⁴⁶)”. Aunque su influencia se había reducido tras el regreso de Fernando VII, gracias a la acción de la Inquisición y la labor de los obispos, y aunque “parezca no existir, y en realidad no se deje ni ver, ni oír triunfante como antes en nuestro suelo; todavía vive en nuestros mismos Estados Españoles; todavía vive en nuestros más accesibles, y más accedentes de nosotros, Naciones extranjeras; todavía obra, todavía maquina...”. Y tras comparar a los filósofos con “Behemoth (Diablo Lucifer)”, finaliza preguntándose: “¿Son por ventura poco claros eructos de soberbia tanto la maquinación de Espoz y Mina en Pamplona, la posterior de Porlier en Galicia, la subsiguiente del Abogado Richard en Madrid, la de Renovales no sé donde, la novísima de Laci en Barcelona, las de que nos

⁴⁵ GODECHOT, *La contre-révolution*, pp. 46-55; ROBERTS, *The Mythology of the Secret Societies*; A. HOFMAN, “The Origins of the Theory of the *Philosophe* Conspiracy”, en *French History*, 2, 1988, pp. 152-172; Javier HERRERO, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, EDICUSA, 1971; José A. FERRER BENIMELI, *La masonería*, Madrid, Alianza, 2005, de donde está tomadas las citas de *Quo graviora* y del Real Decreto de 1 de agosto de 1824 en las pp. 74 y 244.

⁴⁶ Se refiere seguramente a José Ramón Arce y Fray Miguel Suárez de Santander, que había sido obispo y auxiliar de Zaragoza, y se encontraban exiliados en Francia por su colaboración con el gobierno josefino; Luis BARBASTRO GIL, *Los afrancesados: primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)*, Madrid, CSIC/Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993, pp. 82-86, 94-109.

da noticia nuestra última Gaceta (3 de junio), la de Burdeos en Francia, la de Pernambuco en el Brasil & &?”⁴⁷.

Las sociedades secretas no solo variaban en sus objetivos, sino que tampoco existía un único patrón organizativo. Algunas tenían estructuras fuertemente jerarquizadas, siguiendo el modelo de la masonería, mientras que otras estaban formadas por unidades descentralizadas. Sus métodos variaban, desde la organización de golpes militares y el uso de la violencia, hasta actividades educativas y propagandísticas. Sus miembros solían pertenecer a grupos sociales acomodados y educados, a las clases medias o la baja aristocracia, primando jóvenes oficiales, estudiantes y profesionales, aunque algunas de ellas, especialmente la carbonería, alcanzaban también a sectores más populares tanto urbanos como rurales⁴⁸.

Sin embargo, a pesar de sus manifestaciones en contra de las “sectas” y del peligro que su política oscura y oculta constituía, los contrarrevolucionarios advirtieron las ventajas organizativas de las sociedades secretas y los efectos estratégicos que proporcionaban —especialmente su capacidad de multiplicar el potencial real del ultramontismo— y las imitaron para promover sus intereses políticos. Al igual que los revolucionarios, los reaccionarios emplearon estos instrumentos en sus conspiraciones contra los sistemas constitucionales o incluso contra las monarquías que consideraban excesivamente moderadas. Por ejemplo, en Italia existían muchas sectas católicas que invocaban la tradición sanfedista y en Francia se formaron sociedades secretas como los *Chevaliers de la Foi*, creados a finales del imperio napoleónico para promover el regreso de los Borbones al trono de Francia tras la derrota de Bonaparte, o la *Congrégation*, decidida a imponer el regreso al catolicismo más ortodoxo y a promover la unión del altar con el trono⁴⁹. En este contexto, a lo largo del siglo XIX existió entre muchos sectores liberales y republicanos la convicción de la existencia de una conspiración reaccionaria, en la que a las sociedades secretas contrarrevolucionarias se unía la Iglesia a través de los jesuitas⁵⁰.

De esta manera, durante la Restauración los acontecimientos políticos continuaron siendo explicados por comentaristas de todas las tendencias en gran parte

⁴⁷ AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, f. 781-781v.

⁴⁸ WOOLF, *History of Italy*, pp. 247-248.

⁴⁹ Guillaume DE BERTIER DE SAUVIGNY, *La Restauration*, París, Flammarion, 1974, pp. 18-19; James ROBERTS, *The Counter-Revolution in France, 1787-1830*, Basingstoke, MacMillan Education, 1990; Emmanuel DE WAREQUIEL y Benoît YVERT, *Histoire de la Restauration, 1814-1830*, París, Perrin, 2002, pp. 25-28.

⁵⁰ Geoffrey CUBBIT, *The Jesuit Myth. Conspiracy Theory and Politics in Nineteenth-Century France*, Oxford, Clarendon Press, 1993.

en función de una “retórica de la conspiración”, que en ocasiones impulsaba la toma de ciertas decisiones políticas, continuando así las dinámicas a través de las cuales muchos contemporáneos habían interpretado las revoluciones del siglo XVIII, especialmente la francesa⁵¹. Tanto las interpretaciones de los contrarrevolucionarios como las de muchos liberales quedaron marcadas por la creencia en la existencia de una conspiración en contra de sus intereses impulsada por sectores sociales y políticos minoritarios⁵².

Los años de la Restauración quedaron marcados por una inestable tranquilidad. Los esfuerzos de la diplomacia europea por cerrar el ciclo revolucionario y bélico que comenzara en 1789 en Francia se vieron limitados por la existencia de un amplio movimiento de oposición que, reprimido por las monarquías restauradas, se amparó en numerosas sociedades secretas. Su existencia y poder, real e imaginario, contribuyeron al reforzamiento de una interpretación de la historia reciente y de los acontecimientos políticos más inmediatos marcada por explicaciones conspirativas. Asimismo, durante la Restauración continuó teniendo una importancia decisiva el fenómeno del exilio político inaugurado con la revolución francesa, que contribuiría a la extensión por el continente europeo y América del pensamiento político de la oposición liberal y republicana, e incidiría en la creencia en una conspiración universal.

⁵¹ Lynn HUNT, *Politics, Culture and Class in the French Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1984, pp. 41-43.

⁵² Está clara la importancia dada por los contemporáneos al rol de las minorías agitadoras que se consideraban capaces de movilizar a otros sectores sociales a través de su ejemplo virtuoso, ya fuera a través de la acción armada o de la palabra escrita o declamada; CHARLE, *Les intellectuels en Europe au XIX^e siècle*, p. 56. Esta convicción se encuentra detrás de los instrumentos de cambio político característico del periodo, como la conspiración o el pronunciamiento.

II

GEOGRAFÍA Y REDES DEL EXILIO, 1814-1834

3

EL PRIMER EXILIO LIBERAL, 1814-1820

Tras la caída del imperio napoleónico y de los regímenes instalados bajo su cobijo en diferentes lugares de Europa, un gran número de individuos comprometidos con ellos sufrieron la represión de las monarquías restauradas. Muchos salieron hacia el exilio. El caso francés fue, junto con el español, el más significativo de esta emigración política. Francia, además, constituyó entre 1814 y 1820 uno de los principales destinos para los exiliados españoles, especialmente para los colaboradores del régimen bonapartista — conocidos como afrancesados o josefinos. Por su parte, con la llegada de exiliados liberales españoles a su territorio, Gran Bretaña avanzaba en el proceso que la estaba llevando a convertirse en el gran receptor de refugiados políticos del siglo XIX.

Un repaso de las trayectorias francesa y británica es conveniente, además, para ubicar la situación española en su contexto europeo. Como sucedía en España, tanto en Francia como en Gran Bretaña las elites locales temían la amenaza revolucionaria y desarrollaron una legislación represiva con el propósito de frenarla. Los exiliados españoles se insertaron en este contexto conflictivo, manteniendo contactos con las oposiciones internas de ambos países, que en ocasiones les apoyaron. Su presencia llegó a convertirse en un asunto de debate público que afectó al desarrollo de la política interior francesa y británica. Además, en parte debido a la presencia de los exiliados, en ambos países se desarrolló un interés por los asuntos de España que serviría de plataforma para la amplia atención que el país ibérico recibiría a partir de la reinstalación de la constitución en 1820 y del más numeroso exilio que siguió a su caída en 1823.

Por ello, en este capítulo se empieza describiendo a partir de fuentes secundarias la situación y evolución política de Francia y Gran Bretaña durante el periodo 1814-1820, antes de emprender el análisis del primer exilio hispano, que se examina en el tercer epígrafe. En él, se analiza el exilio de los afrancesados y el de los patriotas liberales, los debates en el seno del Gobierno español sobre la posibilidad de conceder una amnistía a afrancesados y liberales, y las relaciones que ambos grupos tuvieron en el exilio.

El capítulo se cierra con el análisis del caso del exilio en América, tanto en Estados Unidos como en Hispanoamérica. Estados Unidos no fue un destino numeroso y, como se verá, la relación entre el exilio y la política estadounidense no tuvo tanto una dimensión interior como de relaciones exteriores. Los motivos que tuvieron los europeos que se trasladaron a América durante la Restauración presentaban una mezcla difícil de esclarecer de persecución política, ansias de aventura, ambición material y compromiso ideológico. El número de españoles peninsulares exiliados que cruzó el Atlántico no fue muy amplio –aunque decenas de miles lo hicieron formando parte de las expediciones militares con las que la Corona pretendía recuperar las posesiones americanas— pero tuvo una especial significación porque implicaba una toma de postura respecto a los proyectos políticos alternativos que se estaban desarrollando en el conjunto de la monarquía.

1. LA RESTAURACIÓN Y EL EXILIO EN FRANCIA, 1814-1820

“La marche ordinaire du XIX^e siècle est que, quand un être puissant et noble rencontre un homme de cœur, il le tue, l’exile, l’emprisonne, ou l’humilie tellement, que l’autre a la sottise d’en mourir de douleur”.

Stendhal, *Le Rouge et le Noir*, 1831

La Restauración no trajo a Francia la tranquilidad tras las conmociones revolucionarias¹. La continuidad institucional y la existencia de un moderado régimen representativo bajo la Carta otorgada de 1814 no pueden sin embargo ocultar la gran insatisfacción que existía entre los sectores políticos y sociales descontentos con los compromisos posrevolucionarios, que formaron una importante y variada oposición al régimen que actuó a través de medios legales, obteniendo en ocasiones éxitos en su lucha por

¹ Pierre ROSANVALLON considera que la monarquía establecida por la Carta de 1814 se encontraba condenada al fracaso por su defectuoso diseño que hacía tender el sistema al conflicto: *La monarchie impossible: les chartes de 1814 et de 1830*, París, Fayard, 1994. Sheryl KROEN ha destacado la crisis de legitimidad de la monarquía borbónica, que llevó a la contestación social que terminaría por acabar con ella: *Politics and theater. The Crisis of Legitimacy in Restoration France, 1815-1830*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 2000. Sin embargo, otros autores como Pamela PILBEAM, opinan que fue una etapa caracterizada por la estabilidad política, destacando la continuidad institucional existente entre la época revolucionaria y napoleónica y la Restauración. Una mayoría de los funcionarios y prefectos continuó en su puesto tras la Restauración, con la excepción del ejército. Se admitió el modelo de Estado creado por los revolucionarios y Napoleón, conservándose el mismo sistema fiscal, y no se dio un intento serio de devolver propiedades a los nobles y la iglesia. Muy pocos estaban a favor de restaurar el Antiguo Régimen, y entre ellos desde luego no se encontraba Luis XVIII. Así, para Pilbeam existía un alto nivel de consenso político en la sociedad francesa y tanto ultras, realistas y liberales aceptaban las instituciones heredadas de los años revolucionarios e imperiales, remodeladas en la Carta de 1814: *The Constitutional Monarchy in France, 1814-1848*, Harlow, Longman, 2000.

profundizar en la constitucionalización de la política francesa, pero que también recurrieron a la conspiración y la insurrección, con menos éxito, cuando creían que la contrarrevolución se estaban imponiendo. Y es que los ultras también ejercieron una dura labor de oposición al Gobierno, especialmente durante el reinado del moderado Luis XVIII, y reaccionaron en contra de cualquier atisbo de liberalización del régimen, activando sus temores a una gran conspiración revolucionaria a partir de la reimplantación de la constitución en España en 1820. En cualquier caso, no se puede hablar de la existencia de grupos políticos compactos en la Francia de la Restauración, como tampoco en el resto de los países occidentales, en un contexto en el que los partidos políticos eran rechazados como divisorios y desleales al interés general de la nación. La política tenía un fuerte carácter personalista y tendía a ordenarse a través de redes de clientelismo alrededor de figuras destacadas. Sin embargo, en el interior del sistema parlamentario de la Restauración comenzaron a crearse progresivamente organizaciones más complejas que empezaban a coordinar candidatos y preparar elecciones.

En este contexto, el bonapartismo se convirtió en un poderoso mito que, por su carácter antimonárquico y republicano, su nostalgia de un pasado de esplendor y su carácter reformista, todavía atraía a muchos descontentos con la restauración borbónica. Tras su abdicación en Fontainebleau el 6 de abril de 1814, a Napoleón se le había concedido el principado de la isla de Elba. Pero mientras el congreso de Viena se encontraba reunido, Napoleón regresó a Francia y restableció el imperio —y Luis XVIII salía de nuevo hacia el exilio, esta vez en Gante— prometiendo profundas reformas. Benjamin Constant colaboró en la redacción de la *Acte Additionnel*, que establecía una monarquía constitucional con una representación parcial de la soberanía nacional. No es posible saber si Napoleón la habría respetado después, pero esto permitió a los bonapartistas reclamarlo como parte de la herencia liberal de la revolución². Bonaparte aprovechó los temores que recorrían Francia, alimentados por rumores acerca de un retorno a las obligaciones feudales, y empleó una retórica revolucionaria, abrazando muchas de las reclamaciones que contra la Restauración borbónica se extendían por el país. En qué medida Napoleón abrazó con auténtica sinceridad esta causa, o sólo la empleó como estrategia temporal para recuperar el poder, es una cuestión sobre la que los historiadores no se ponen de acuerdo.

² Robert S. ALEXANDER, “Napoleon Bonaparte and the French Revolution”, en Pamela M. Pilbeam (ed.), *Themes in Modern European History, 1780-1830*, Londres, Routledge, 1995, pp. 40-64.

A su regreso Napoleón representaba muchas, y a veces contradictorias, causas e ideas³. No todos los que apoyaron a Napoleón lo hacían por ser bonapartistas convencidos, sino que muchos lo hacían por su oposición a los Borbones —cuyo retorno percibían como una vuelta al Antiguo Régimen— y a la intervención extranjera. En este sentido el bonapartismo se encontraba asociado a varias interpretaciones patrióticas. En cualquier caso la mayoría de la población francesa se mantenía indiferente o se preocupaba principalmente por la conservación de la paz. Sin embargo, a pesar de que los realistas, bonapartistas, jacobinos y republicanos comprometidos políticamente eran una minoría, se mostraron capaces de acumular una gran capacidad de movilización social. Asimismo, las diferencias regionales eran muy marcadas. Hubo zonas en las que Napoleón no recibió prácticamente apoyo, sobre todo en el oeste y el sur, donde los realistas contaban con un gran apoyo popular, y otras, especialmente el este, donde el bonapartismo fue una fuerza política persistente. En cualquier caso, la clave de la movilización política pasaba por el apoyo o el rechazo a la monarquía borbónica restaurada. Desde el momento en que Luis XVIII comenzó a reinar, Napoleón se benefició del contraste entre el Gobierno borbónico y el imperial. El asalto a la herencia revolucionaria del régimen restaurado hizo que muchos republicanos y jacobinos más o menos moderados apoyaran al nuevo régimen napoleónico.

El bonapartismo encontró en el movimiento federativo su máxima expresión. Surgido de forma espontánea en las semanas previas a Waterloo, a imagen del movimiento de 1789-1791, se extendió rápidamente por toda Francia. Las *fédérations* de 1815 tuvieron una breve vida, apenas unos pocos meses en la mayor parte de los lugares. No fueron una creación del Gobierno de los Cien Días y por lo tanto este no las pudo controlar, aunque sí intentó fomentarlas y recabar su apoyo. Napoleón no confiaba plenamente en los *fédérés* por sus antecedentes y potencial revolucionario, pero los *fédérés* sabían que Napoleón los necesitaba, y explotaron esta situación para obtener ventajas. Los *fédérés* eran un grupo heterogéneo que apoyaba a Napoleón por motivos diferentes, entre los que destacaban un patriotismo en contra de un rey implantado por potencias extranjeras, el odio a los privilegios sociales y fiscales del Antiguo Régimen, el anticlericalismo y la preocupación por la suerte de los *biens nationaux*, ya que el rey favorecía a los grupos católicos y nobiliarios. Estaban además presentes consideraciones acerca de la carrera profesional, porque el régimen borbónico desconfiaba de los que

³ Los siguientes párrafos están basados en Robert S. ALEXANDER, *Bonapartism and revolutionary tradition in France. The fédérés of 1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

habían progresado durante la revolución y el imperio, o habían simplemente mostrado simpatía hacia Napoleón. Todas estas diversas razones hacían que el movimiento *fédéré* fuera muy heterogéneo social y políticamente y que lo que le otorgara cohesión fuera la oposición a la restauración borbónica.

Los *fédérés* contaban entre sus filas con muchos revolucionarios de la primera época, y muchos de ellos también pertenecían a logias masónicas. Por lo menos trece asociaciones tenían entre sus líderes a diputados de la Convención, además de personajes que habían ocupado cargos públicos locales durante la revolución, incluida la fase del Terror. En el oeste los *fédérés* eran menos radicales, por lo general de extracción girondina, pero de todas maneras con tendencias republicanas. Todos apelaban al espíritu de 1789, cuando aún no se habían producido las violentas divisiones revolucionarias, y aspiraban a incluir a todos los opositores a la monarquía. Los republicanos, incluidos los que se habían opuesto a Napoleón, ahora encontraban en su regreso una alternativa a la Restauración y a la ocupación extranjera. Podía ser una alianza antinatural, pero el compromiso ante los Borbones la mantenía unida. Los ultras se sorprendieron de esta coalición, pero cuando lanzaron su campaña de Terror Blanco tras la segunda caída de Napoleón en agosto de 1815, no hicieron distinciones entre antiguos revolucionarios y auténticos bonapartistas, lo que consolidó aun más la coalición opositora. Con el segundo Tratado de París, en noviembre de 1815, se restauró definitivamente la monarquía borbónica en Francia, aunque las nuevas condiciones de paz fueron mucho más duras para el país e implicaron altas indemnizaciones, la pérdida de territorios y una ocupación militar aliada temporal. Los primeros meses estuvieron marcados por el Terror Blanco. Se llevó a cabo una intensa represión contra todos los que habían colaborado con el emperador durante los Cien Días, contra los antiguos revolucionarios y contra los protestantes, produciéndose numerosas masacres. La represión fue especialmente violenta en el sur, dirigida por los ultras del Duque de Angulema y el Conde de Artois. Los *fédérés* fueron los más reprimidos y sufrieron multas, penas de prisión e incluso el exilio, tanto interior como exterior.

La mayoría de diputados ultras de la conocida como *Chambre introuvable* decretó medidas legales que complementaron la acción informal del Terror Blanco, entre ellas una importante depuración de la administración y una serie de leyes que suspendían las libertades individuales permitiendo el encarcelamiento sin juicio, establecían duras medidas contra las manifestaciones sediciosas, e instalaban tribunales para juzgar los delitos políticos sin jurado ni posibilidad de apelación. Unas 70.000

personas fueron detenidas por delitos políticos, de las cuales unas 9.000 fueron condenadas. Pero ante la imposibilidad de tomar medidas penales contra el grandísimo número de franceses que habían apoyado a Napoleón o que se mostraban nostálgicos con los años de la revolución, y para evitar la prolongación de los enfrentamientos, la monarquía de Luis XVIII decidió realizar un castigo ejemplar centrado en los regicidas y en los bonapartistas más destacados. A través de la ordenanza del 24 de julio de 1815 se condenó por traición a varias personalidades bonapartistas, tanto militares como civiles. Mariscales como La Bedoyère o Ney fueron ejecutados, y otros muchos partieron hacia el exilio bien por ser condenados a ello (como Carnot, ministro del Interior durante los Cien Días o el general Vandamme), o para escapar de sus condenas, como los mariscales Clauzel y Grouchy, el general Lefebvre-Desnottes o los hermanos Lallemand⁴.

Asimismo, los miembros de la Convención que habían votado a favor de la ejecución de Luis XVI en 1793 —y que además en su mayor parte habían apoyado a Napoleón durante los Cien Días— fueron expulsados de Francia en 1816. La Ley de amnistía del 12 de enero se convirtió en realidad en una sentencia de exilio para los regicidas. 153 de los 206 que aún vivían salieron hacia el exilio, la mayor parte de ellos en Bruselas. Sin embargo, esta política represiva templada no agradaba a los sectores ultras, que empezaban a reproducir un mensaje intransigente que se convertiría en habitual en el discurso de la contrarrevolución (también, y quizá sobre todo, en España) y que incidía en la tenacidad de los revolucionarios, obstinados en actuar criminalmente, y que por lo tanto imponía la adopción de soluciones drásticas como la eliminación física. Así, el diputado La Bourdonnaye afirmó en la Cámara en relación a los regicidas: “para parar sus tramas criminales, son necesarios hierros, verdugos, suplicios; solo la muerte puede asustar a sus cómplices y poner fin a sus complots. (...) No hay que darle más vueltas; el enemigo que ustedes han ofendido es un enemigo implacable”⁵.

Además de las grandes personalidades, también salieron hacia el exilio un notable número de bonapartistas de rango inferior que huían de la represión borbónica o que se mostraban incapaces de encontrar una posición política, social y profesional en la nueva Francia, muchos de ellos afectados por el licenciamiento del ejército imperial y

⁴ Emmanuel DE WARESQUIEL y Benoît YVERT, *Histoire de la Restauration, 1814-1830*, París, Perrin, 2002, pp. 150, 171-172; Daniel RESNICK, *The White Terror and the Political Reaction after Waterloo*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1966.

⁵ Citado por Sylvie APRILE, *Le siècle des exilés. Bannis et proscrits de 1789 à la Commune*, París, CNRS, 2010, p. 80.

su inclusión en la categoría de *demi-soldes*. Junto a ellos se encontraban bonapartistas de diversas nacionalidades europeas que habían luchado junto a las tropas napoleónicas a lo largo del continente y que, tras la disolución del ejército napoleónico y la restauración de regímenes monárquicos legitimistas en sus países de origen, quedaron en una difícil situación. Muchos de ellos siguieron a sus compañeros de armas⁶.

Los excesos de los ultrarrealistas —tradicionalistas, católicos y legitimistas— que veían en la Carta otorgada de 1814 una concesión y una fuente de radicalización, convirtieron a Luis XVIII en el rey de la contrarrevolución y movilizaron en su contra a la opinión liberal, republicana y bonapartista, incluso cuando él mismo se había esforzado por ofrecer una imagen moderada. Estos dos grupos políticos, que han sido simplificadoramente calificados como ultras y liberales y que nunca estuvieron plenamente cohesionados ni organizados, se encontraban en los extremos del espectro político, y pugnaban por imponer su visión a una mayoría de notables moderados que apoyaban al Gobierno.

La represión unió a los oponentes de los Borbones, aunque fueran de muy diferente extracción social e ideológica. Los republicanos, los liberales y los bonapartistas se encontraban unidos frente a la monarquía de los Borbones. La antibonapartista Germaine de Staël, exiliada durante el imperio, se lamentaba de esta alianza y alertaba de no confundir los principios de la revolución con los napoleónicos⁷. Pero en cualquier caso, las circunstancias harían que la colaboración entre bonapartistas, liberales y republicanos fuera inevitable⁸. Compartían una misma visión del mundo, se veían a sí mismos como portadores del progreso social y económico, y defendían la administración racional heredada de la revolución y del imperio napoleónico frente al regreso al sistema arbitrario de la monarquía del Antiguo Régimen⁹. Lo que distinguía a bonapartistas de liberales era la necesidad de estos últimos de un gobierno

⁶ Entre septiembre de 1815 y diciembre de 1816 unos 20.000 oficiales fueron apartados del servicio activo y colocados en la categoría de *demi-solde*, en la que solo recibían la mitad de su paga; Jean VIDALENC, *Les demis-solde: Étude d'une catégorie sociale*, París, Rivière, 1955; Walter BRUYERE-OSTELLS, *La Grande armée de la liberté*, París, Tallandier, 2009. Algunos de los exiliados pudieron regresar a Francia en diciembre de 1819 cuando una nueva ordenanza permitió su regreso. Otros continuarían exiliados hasta la revolución de 1830, y otros morirían en el exilio.

⁷ ALEXANDER, *Bonapartism and revolutionary tradition*, p. 15. Staël había pasado en el exilio la mayor parte del Imperio, y en Coppet (Suiza) había liderado la formación, junto a otros pensadores europeos exiliados como Constant, de un grupo de reflexión política constitucional y liberal de gran influencia.

⁸ La problemática cuestión de la denominación de *liberal* en la Francia de la Restauración se trata en el capítulo 9. De momento baste decir que la empleo para referirme a los individuos críticos con Napoleón por su autoritarismo y anulación de derechos y libertades individuales. Por su parte, al referirme a los *republicanos* estoy aludiendo a los defensores de la república surgida de la revolución francesa.

⁹ Stuart WOOLF, *Napoleon's integration of Europe*, Londres, Routledge, 1991, p. 242.

representativo, aunque limitado. La participación de *fédérés* bonapartistas, en compañía de jacobinos y liberales, en la oposición a la segunda restauración fue considerable, e incluso determinante. Según Alexander, fueron ellos los que dieron continuidad a la oposición a lo largo de la Restauración¹⁰. Emplearon su experiencia política y las redes de contactos que habían desarrollado durante la revolución y el imperio para crear rápidamente por todo el país una organización que puso en contacto a varias sociedades secretas. Gracias a los *fédérés* se explica el rápido crecimiento de la oposición y el miedo con el que la veían los realistas, y por lo tanto la represión que continuaron llevando a cabo. La muerte de Napoleón en mayo de 1821 llevó a muchos liberales a aceptar la colaboración de los bonapartistas, ahora que ya no existía el riesgo de una nueva dictadura. La posterior publicación de las memorias de Napoleón (*Mémorial de Ste. Helene* de Las Cases) consolidó su imagen liberal y revolucionaria, contribuyendo a aumentar su mito.

La oposición a la monarquía actuó inicialmente dentro de los márgenes legales que establecía la Carta otorgada. La mayoría de la izquierda francesa aceptaba en términos generales la monarquía representativa establecida en 1814, e intentaba profundizar en su liberalización desde dentro del sistema legal y electoral establecido. Pocos apoyaban inicialmente un retorno a los tiempos republicanos, aunque muchos sectores fueron radicalizándose ante la progresiva deriva reaccionaria del régimen. Dentro de la oposición convivían miembros de dos generaciones: los veteranos que habían vivido la revolución y el imperio, y los más jóvenes que en los años de la Restauración empezaban a entrar en la vida política, en muchas ocasiones a través de los estudios universitarios, y que se mostraban insatisfechos con las escasas expectativas que les ofrecía el régimen de carta otorgada. Pero ambas generaciones estaban relacionadas por fuertes vínculos de simpatía, y algunos veteranos como La Fayette, Voyer d'Argenson o Constant seguirían al frente de la oposición colaborando con los más jóvenes¹¹.

La oposición a la monarquía borbónica era lo suficientemente exaltada en ciertos sectores como para provocar una serie de insurrecciones que fueron llevadas a cabo al margen de la oposición legal, aunque los ultras creyeran que contaban con el apoyo de los notables liberales, incluidos algunos diputados. Entre 1815 y 1817 se descubrieron

¹⁰ ALEXANDER, *Bonapartism and revolutionary tradition*, p. 254.

¹¹ Alan B. SPITZER, *The French Generation of 1820*, Princeton, Princeton University Press, 1987; Jean-Claude CARON, *Génération romantiques. Les étudiants de Paris et le Quartier Latin (1814-1851)*, París, Armand Colin, 1991.

varias conspiraciones desdichadas que la propia infiltración de la policía hizo mucho por fomentar—*affaires de Nain Tricolore, Lion Dormant, Patriotes, Amis de la Patrie, Epingle Noire*. En Grenoble, el 4 de mayo de 1816 una fuerza de más de 1.000 hombres trató de tomar la ciudad y, tras fracasar, siguió una intensa represión de *fédérés*. Las autoridades locales exageraron la amenaza real que supuso la acción para resaltar su fidelidad y mérito, pero esto solo contribuyó a incidir en el clima de recelo general y a extender la obsesión con la preparación de conspiraciones por toda Francia. Una rebelión en Lyon en junio de 1817, que fue duramente reprimida, continuó enervando el clima político, ya que desde la oposición, con el Coronel Charles Fabvier a la cabeza, se acusó a sectores del ejército de provocarla a través de agentes infiltrados¹². La dialéctica conspirativa siguió alimentándose con la aparición de conjuraciones ultras, como la conocida como *Conspiration du Bord de l'eau* —encabezada por el mismo general acusado de provocar la insurrección de Lyon (Canuel) y por el represor de la de Grenoble (Donnadieu)—, por la publicación de la carta que el partidario del Conde de Artois Vitrolles escribió a las potencias para que continuaran ocupando Francia, o por la acusación que el juez del Tribunal Real de Nîmes hizo en la Cámara de los Diputados de que existía un gobierno oculto en su región que recibía órdenes de una sociedad secreta ultra para que acosara a liberales y protestantes. Desde luego, este tipo de sociedades ultras, como los *Chevaliers de la Foi* o los *Franco Régénérés* existían e influían sobre los gobiernos locales e incluso el nacional¹³.

Ante la situación de impopularidad de la monarquía restaurada y de la política ultra apoyada por la *chambre introuvable*, Luis XVIII estuvo dispuesto a disolver la Cámara a finales de 1816, abriendo una etapa de gobierno moderado que duró hasta febrero de 1820. En este periodo, con Richelieu y Decazes al frente del Gobierno, se relajó la represión, se reorganizó el ejército, disminuyó la censura de la prensa, se aprobó una legislación electoral más abierta y terminó la ocupación aliada. El Gobierno contenía a los ultras, muchos de los cuales fueron purgados de las instituciones, mientras que antiguos bonapartistas, republicanos y liberales ascendían a puestos de relevancia y eran elegidos para ocupar cargos públicos en las elecciones, como ocurrió en 1819 con el Abbé Gregoire, un antiguo regicida. Escandalizados por estos resultados electorales, muchos ultras seguían creyendo que la acción moderada del Gobierno era

¹² Varios participantes en estas conspiraciones se vieron obligados a abandonar Francia, como Didier, el líder de la insurrección de Grenoble que se refugió en Savoya, o el abogado Joseph Rey.

¹³ Alan B. SPITZER, *Old hatreds and Young Hopes. The French Carbonari against the Bourbon Restoration*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971, pp. 18-32.

cuanto menos ineficaz y peligrosa para el mantenimiento de la monarquía, cuando no acusaban directamente al Gobierno de complicidad con la oposición más radical. En esos mismos momentos se estaban reproduciendo movimiento de contestación similar en otras regiones europeas como España, donde se sucedían los pronunciamientos desde 1814, o Alemania donde en 1819 se promulgaron los Decretos de Carlsbad. El Gobierno francés, progresivamente influenciado por el extremismo ultra, decidió reformar la ley electoral en noviembre para frustrar la elección de más liberales, a los que consideraba envueltos en las conspiraciones. A continuación inició un proceso contra la *Société des Amis de la Presse*. La frágil estabilidad se vio definitivamente sacudida en 1820. Cuando en enero llegaron las noticias de la revolución española, su evolución se siguió con mucho interés. Poco después el duque de Berry fue asesinado, confirmando los temores de los ultrarrealistas acerca de la preparación de una revolución de dimensiones continentales. Se inició una deriva ultra en el Gobierno, y muchos miembros de la oposición decidieron recurrir abiertamente a la vía insurreccional¹⁴.

2. LOS PRIMEROS AÑOS DE LA RESTAURACIÓN VIVIDOS DESDE GRAN BRETAÑA, 1814-1820

La sociedad británica, especialmente en Inglaterra, venía viviendo desde mediados del siglo XVIII una serie de sutiles innovaciones, desprovistas de propósitos explícitos de transformación política o social. Eran procesos que se manifestaban especialmente en el ámbito de la democratización del consumo y del acceso a la información. La extensión de la opinión pública en la Inglaterra del primer tercio del siglo XIX había sido consustancial a la expansión industrial, comercial y profesional vivida desde el tercer cuarto del siglo XVIII, que configuraba un nuevo tipo de sociedad de consumidores en masa de todo tipo de productos, incluidos servicios educativos y productos culturales como prensa y libros, y que participaban en numerosas asociaciones voluntarias y filantrópicas, en general con el objetivo de encontrar un colchón de protección frente a

¹⁴ DE WARESQUIEL e YVERT, *Histoire de la Restauration*, pp. 165-330; SPITZER, *Old hatreds and Young Hopes*, pp. 32-36; André ENCREVÉ, “La vie politique sous la Restauration”, en Dominique Barjot, Jean-Pierre Chaline y André Encrevé, *La France au XIXe siècle*, París, PUF, 1995, pp. 152-155.

las adversidades imprevistas, pero también en un intento activo de involucrarse en la construcción de una sociedad íntegra¹⁵.

Esta orientación natural de la sociedad hacia una cultura que ha querido ser vista como de “clase media” no podía ser ignorada desde el ámbito de la política. Se puede decir que la política se movía progresivamente alrededor de la “creciente creencia de que los valores de la ‘clase media’ estaban ahora tan extendidos y la politización de las ‘clases medias’ tan desarrollada, que los políticos las ignoraban bajo su propio peligro”. Las clases medias a las que se referían los contemporáneos no se identificaban tanto con una particular sección económica de la sociedad como con una serie de valores morales y culturales que impregnaban la noción de respetabilidad de los buenos ciudadanos británicos. Eran valores que cruzaban todo el espectro social y no cuestionaban la existencia de una elite. Más bien todo lo contrario, aspiraban a que esa elite dirigente y propietaria encajara con los valores de sobriedad y virtuosidad que se le suponía, pero que en las últimas décadas habían sido puestos en cuestión¹⁶.

En efecto, el Gobierno de Lord Liverpool (1812-1827) se caracterizó, especialmente hasta 1820, por una política represiva temerosa de la amenaza revolucionaria presente en las mentes de la aristocracia británica desde el comienzo de la Revolución Francesa. Una vez terminadas las guerras revolucionarias y napoleónicas, las condiciones económicas y sociales eran lo suficientemente delicadas como para que el aristocrático Gobierno se temiera lo peor. El rápido crecimiento demográfico y las transformaciones económicas extendidas desde el último tercio del siglo XVIII habían llevado al país a una situación de alta conflictividad social¹⁷. Liverpool hizo todo lo posible para mantener el orden a través de la preponderancia política de los grandes propietarios, del mantenimiento de los privilegios de la Iglesia anglicana y la deferencia

¹⁵ Neil McKENDRICK, “The consumer revolution of Eighteenth-century England”, en Neil McKendrick, John Brewer, J.H. Plumb, *The Birth of a Consumer Society. The Commercialization of Eighteenth-Century England*, Londres, Hutchinson, 1982, pp. 9-33.

¹⁶ Jonathan PARRY, *The Rise and Fall of Liberal Government in Victorian Britain*, New Haven, Yale University Press, 1993, cita en p. 23.

¹⁷ La población británica aumentó espectacularmente en el siglo XIX. Entre 1801 y 1821 la población total de Gran Bretaña (incluyendo Gales, Escocia e Irlanda) pasó de 15.846.000 habitantes a 20.977.000, lo que significaba un incremento de alrededor del 30%. La población siguió creciendo en las siguientes décadas: 24 millones en 1831, 27 en 1851. La rapidez del crecimiento fue aún mayor si consideramos sólo Inglaterra: en cincuenta años su población creció un 101%. Este crecimiento creó graves problemas sanitarios, de vivienda y de orden social, y alarmó a la sociedad, donde se extendieron opiniones malthusianas que temían una inminente catástrofe demográfica. Eric J. EVANS, *The Forging of the Modern State. Early industrial Britain*, Londres y Nueva York, Longman, 1991, p. 404.

ante la Corona y, sobre todo, de la oposición permanente a cualquier iniciativa de reforma parlamentaria que condujera hacia un gobierno representativo¹⁸.

Tras el fin de las guerras napoleónicas, la economía se había instalado en una fuerte depresión que acompañó, y cabe atribuir en parte, a la rápida caída del gasto militar. Además, las condiciones financieras eran muy delicadas, con una enorme deuda pública y continuas subidas de impuestos¹⁹. Los conflictos sociales se vieron incrementados por el desabastecimiento de alimentos. Los motines asociados a la carestía o los altos precios de los alimentos no eran ni mucho menos algo nuevo en Gran Bretaña, pero la intensa politización experimentada en las décadas anteriores hizo posible que se extendieran otro tipo de interpretaciones. La *Corn Law* aprobada en 1815 —que prohibía la importación de grano hasta que los precios interiores alcanzaran un mínimo, manteniendo así los precios artificialmente altos— fue justificada por Lord Liverpool como una medida destinada a asegurar la producción nacional y a mantener los precios estables. Sin embargo, otra interpretación muy diferente fue dada por los agitadores radicales, que convencieron con éxito a amplios sectores populares de que se trataba de una maniobra diseñada para proteger los intereses de los grandes propietarios. Henry Hunt, uno de los más célebres oradores y panfletistas radicales del momento, extendió con éxito la opinión de que era una medida destinada a asegurar “el beneficio y engrandecimiento de unos pocos y rapaces propietarios de tierras (...) cruelmente a

¹⁸ El modo en que la Revolución Industrial afectó a la sociedad y la política británica es un tema historiográficamente muy controvertido. Un destacado grupo de historiadores sociales, especialmente a partir de la década de 1960, como Harold Perkin, E. P. Thompson o Eric Hobsbawm, establecieron con éxito una interpretación en buena medida continuadora de la interpretación *whig* de la historia, según la cual desde mediados del siglo XVIII Inglaterra estaba viviendo una auténtica revolución social asociada al desarrollo industrial, que promovía lo que Perkin definió como “the compression of the socioeconomic spectrum” o “the narrowing of social distance” (Harold PERKIN, *Origins of Modern English Society*, Londres, Ark, 1985 [1969]) con lo que se refería al crecimiento de cierta “clase media”, compuesta por comerciantes, artesanos cualificados, profesionales y pequeños propietarios. Asimismo, Thompson quiso ver en las protestas sociales y políticas de estos años el origen de la toma de conciencia de la clase trabajadora inglesa (E. P. THOMPSON, *The Making of the English Working Class*, Londres, Penguin, 1991 [1963]). El cuestionamiento de este gran relato historiográfico liberal-marxista no tardó en llegar, y varios autores, criticando esa suerte de reduccionismo económico, han rebatido la teleología implícita en una descripción de la ascensión burguesa y de la clase trabajadora asociada a las transformaciones tecnológicas y económicas de algo tan vagamente definido como la “Revolución Industrial”, y han insistido en que la sociedad inglesa de principios del siglo XIX continuaba siendo mayoritariamente dominada en lo político, lo cultural y lo ideológico por valores aristocráticos, en un marco aún sujeto a la monarquía y la iglesia oficial, y que la transición a una sociedad urbana e industrial fue más bien “slow, partial, belated, complex and irregular” (Por ejemplo, J. C. D. CLARK, *English society, 1688-1832. Ideology, social structure and political practice during the ancien regime*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985; cita en p. 65).

¹⁹ Más de la mitad del presupuesto anual se dedicaba a devolver los préstamos obtenidos durante la guerra. El Banco de Inglaterra, así como los jóvenes bancos locales, se habían visto obligados a emitir papel moneda en grandes cantidades, lo que aumentó aun más la inflación y produjo una severa inestabilidad financiera, que no pudo ser contenida hasta que el Parlamento legisló sobre el retorno de los pagos en oro.

expensas de la hasta ahora duramente oprimida comunidad”²⁰. Inmediatamente después de la aprobación de la medida se produjeron violentas protestas por todo el país, especialmente en Londres. Las cosas se complicaron más cuando en los años siguientes se dieron unas cosechas catastróficas. La situación social continuó empeorando con las dificultades económicas que siguieron: el cierre de muchos negocios por el fin de la guerra, la desmovilización de cientos de miles de soldados y la caída de la demanda de manufacturas británicas en el exterior. Se produjo un alarmante aumento del desempleo y la consiguiente caída de una importante parte de la población en la pobreza.

En estas delicadas condiciones económicas y sociales se impulsó una intensa movilización política, que en gran parte fue capitalizada por la oposición *whig* y radical. El movimiento radical, una alternativa política que iba más allá del *whigismo* en sus reclamaciones reformistas, se presentaba desde mediados del siglo XVIII como una síntesis entre el iusnaturalismo y el republicanismo, y venía aumentando su presencia en la sociedad británica, especialmente entre los sectores populares y trabajadores. Era un movimiento plural, imposible de reducir a una corriente coherente y precisa, que incluía entre sus objetivos el apoyo a la reforma constitucional, la oposición a un gobierno autocrático y represor y a los privilegios de la Iglesia anglicana frente a otras confesiones religiosas (que para algunos radicales, aunque no todos, incluía a los católicos), pero que también tenía una fuerte carga de subversión social con poco espacio para proyectos políticos “respetables”²¹.

²⁰ Citado en Eric J. EVANS, *Britain before the Reform Act: Politics and Society, 1815-1832*, Londres y Nueva York, Longman, 1989, p. 15.

²¹ En la década de 1790 Gran Bretaña había vivido una etapa de intensa agitación social, que ponía de relieve la existencia de una inesperada simpatía por el movimiento revolucionario francés entre algunos sectores populares, pero educados, de la sociedad, como artesanos o trabajadores cualificados. Los radicales se apoyaban en el descontento causado por la guerra, una mala coyuntura económica y en una sucesión de malas cosechas para extender socialmente sus argumentos. De las iniciativas surgieron numerosas asociaciones de discusión política, como las llamadas *Corresponding societies*, que contribuyeron a la politización de importantes sectores sociales. Autores de panfletos de amplia divulgación como Thomas Paine explicaban con un lenguaje sencillo al gran público una serie de ambiciosas reclamaciones de carácter democrático como el sufragio universal o la educación gratuita, y criticaban perspicazmente a la aristocracia y a la monarquía. Los radicales eran capaces de reunir a miles de personas en grandes concentraciones en las que se demandaba una reforma parlamentaria y que en numerosas ocasiones terminaban en violentos enfrentamientos. Los temores de la aristocracia y los grandes propietarios llevaron a que el gobierno de Pitt, temiendo levantamientos revolucionarios, decidiera responder con medidas represivas como la suspensión del *habeas corpus* en 1794, la detención de los principales líderes radicales o la limitación del derecho de reunión. A partir de entonces los radicales recurrieron a tácticas conspirativas y llegaron a diseñar planes revolucionarios concertados con activistas irlandeses (que en 1798 llevaron a cabo una extendida insurrección en la que participaron republicanos presbiterianos y católicos contra el dominio británico) y que confiaban en obtener el apoyo francés, que aunque fuera proyectado, nunca llegó. La mayoría de este tipo de iniciativas estaba condenada al fracaso, tanto por lo utópico de sus planteamientos como por las medidas de seguridad implantadas por el Gobierno, pero en realidad es probable que nunca antes o después se dieran unas

El movimiento radical no desapareció tras los excesos revolucionarios de la década de 1790. Además de recurrentes motines protagonizados por trabajadores, radicales respetables como Sir Francis Burdett, William Cobbet o John Cartwright, continuaban abogando por una purificación del sistema político, que consideraban arbitrario y corrupto, para acercarlo a un ideal republicano. Esto pasaba necesariamente por la ampliación de la representación y de la participación activa de los ciudadanos en la política y por la abolición de las sinecuras y los *rotten boroughs*, el control de la deuda pública y la reducción de los gastos militares. Jeremy Bentham, por ejemplo, propuso en 1789-1790 una serie de reformas constitucionales que incluían elecciones anuales, aumento de los distritos electorales, voto secreto y sufragio universal (incluyendo a las mujeres), además de proponer un legislativo unicameral y la apertura y responsabilidad de los cargos públicos. Los radicales criticaban muchos aspectos del sistema político y social británico, pero de todas formas consideraban que, con sus defectos, era el mejor que existía. En muchos aspectos, sus mensajes se basaban en la recuperación de un idealizado pasado constitucional que creían que había sido corrompido desde el poder.

En realidad los radicales y muchos *whigs* elaboraban sus criterios políticos partiendo de una misma tradición. La crítica a la corrupción de la corte y del abuso de poder del rey y de su arbitrario gobierno entroncaba con la tradición *country*, muy presente en la mente de muchos *whigs* desde el siglo XVIII, que se creían herederos de la Revolución Gloriosa y se presentaban a sí mismos como los responsables y virtuosos defensores de los intereses populares frente a las derrochadoras elites, y que desconfiaban de los métodos represivos que el Gobierno conservador utilizaba para controlar el descontento social. En el último cuarto del siglo XVIII ciertos sectores *whig* habían ido aun más allá, apoyando la reforma parlamentaria y mostrándose recelosos de las guerras con Francia. Esta orientación debía mucho al liderazgo en la oposición de Charles James Fox, que al morir en 1806 encontró en Grey al continuador de su

circunstancias tan adecuadas para el surgimiento de un movimiento revolucionario en Gran Bretaña, y si la impopular guerra con Francia hubiera seguido otro curso, como por ejemplo con el éxito del plan de invasión de las islas por Napoleón, no es descartable que se hubiera podido llegar mucho más lejos. Sobre el radicalismo véase Iain McCALMAN, *Radical Underworld. Prophets, revolutionaries and pornographers in London, 1795-1840*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988; Michael T. DAVIES y Paul A. PICKERING (eds.), *Unrespectable radicals? Popular Politics in the Age of Reform*, Aldershot, Ashgate, 2007; EVANS, *Forging of the Modern State*, pp. 66-74. Las relaciones entre radicales británicos, irlandeses y franceses, en R. R. PALMER, *The Age of the Democratic Revolution. II The Struggle*, Princeton, Princeton University Press, 1964, capítulo 15: "Britain: Republicanism and the Establishment", pp. 459-505.

tendencia *whig*-radical, frente al más moderado Lord Grenville. Grenville desconfiaba del acercamiento a los radicales y de cualquier paso hacia la reforma parlamentaria, y en 1817 se separó definitivamente de los *whigs* que simpatizaban con esta tendencia, como Grey, Holland, Whitbread, Lansdowne o Brougham. Muchos radicales aspiraban a formar una alianza con los *whigs* más reformistas como plataforma para conseguir las innovaciones por las que abogaban, aunque también había un destacado grupo de radicales que rechazaban esta colaboración y apoyaban iniciativas que incluían el uso de la violencia y consideraban, como Thomas Spence, que hasta que no se redistribuyera la tierra en poder de la aristocracia, la sociedad británica no sería nunca justa²².

El espacio público fue tomado por numerosos agitadores radicales, que junto a los *whigs* más a la izquierda estaban convencidos de que en los últimos tiempos las libertades británicas habían sido mermadas por la acción del Gobierno, principalmente por las licencias tomadas durante los años de guerra contra los ejércitos franceses. Desde entonces venían reclamando reformas políticas, especialmente parlamentarias, que habían sido contenidas por el Gobierno *tory*. El desafío que los radicales presentaban a la autoridad del *establishment* político y social británico se incrementó tras el fin de la guerra en 1815, aprovechando las dificultades por las que pasaba buena parte de la población. Esta se mostraba receptiva al tipo de mensajes críticos con la situación política que extendían los agitadores radicales, a través de la prensa (con periódicos como *Weekly Political Register* de William Cobbet, el *Black Dwarf* de T. J. Wooler, o el *Reformists' Register* de William Hone) y de clubes y asociaciones políticas. Una avalancha de peticiones reclamando reformas de todo tipo llegó al Parlamento en estos años, acompañadas por reuniones y manifestaciones masivas, como las tres celebradas en Spa Fields (Londres). La más concurrida, en diciembre de 1816, aprobó una resolución en la que se reclamaba sufragio universal y parlamentos anuales. Se llegó incluso a desbaratar algunas conspiraciones violentas planeadas por radicales que no consideraban suficiente el tipo de oposición legal llevada a cabo por la mayoría, mientras los luditas realizaban sabotajes industriales y se sucedían los motines en las ciudades. El Gobierno respondió con una serie de medidas represivas que seguían el modelo de las introducidas por Pitt en la década de 1790, incluyendo una nueva suspensión temporal del *habeas corpus* en 1817 y la prohibición de mantener reuniones

²² La mayoría de las personalidades citadas en este párrafo y el siguiente tuvieron profundas simpatías por la causa liberal española, la defendieron en el Parlamento y se pusieron al frente de los movimientos solidarios que recibieron a los exiliados españoles y de otras nacionalidades cuando se exiliaron en Gran Bretaña.

sin la aprobación de los magistrados. Estas medidas tuvieron cierto éxito en reducir las protestas sociales y fueron retiradas al año siguiente.

Pero el descontento continuaba afectando a una gran parte de la población, especialmente en las zonas más industrializadas del norte. En agosto de 1819 se produjo la masacre de St. Peter's Field en Manchester, cuando una protesta de unas 60.000 personas que demandaban un Parlamento anual y la extensión del sufragio fue disuelta por la fuerza causando entre once y quince muertos y cientos de heridos. La opinión pública, impactada, bautizó la tragedia como la batalla de Peterloo, recordando irónicamente la reciente victoria de Waterloo y el movimiento radical convirtió a las víctimas en mártires. El Gobierno respondió con más medidas represivas y el Parlamento aprobó en diciembre las *Six Acts* (también conocidas como *Gagging Acts*), que limitaban la libertad de prensa, opinión y reunión, aunque no pudo impedir la proliferación de panfletos y de prensa crítica con el Gobierno y con la situación social y política.

El descontento culminó con la conspiración republicana de Cato Street, dirigida por seguidores de Thomas Spence —que reclamaba una reforma radical basada en la nacionalización de las grandes propiedades agrícolas²³. A principios de 1820, aprovechando la crisis originada por la muerte del rey Jorge III, un grupo de agitadores radicales intentó asesinar a los miembros del Gabinete e imponer un gobierno revolucionario que creían que sería apoyado por un levantamiento popular. Uno de los conspiradores era en realidad un agente del *Home Office* infiltrado que alertó a las autoridades cuando la operación estaba lista. Todos fueron arrestados y condenados a muerte. Finalmente, solo los líderes fueron ahorcados y al resto se les conmutó la pena por cadena perpetua. El Gobierno aprovechó el incidente para justificar las *Six Acts*, aunque también fue acusado por la oposición de manipular intencionadamente a los conspiradores para legitimar ante la opinión pública su política represiva.

A pesar de todos estos problemas, los *whigs* eran incapaces de salir de su situación de oposición. Una oportunidad se les presentó con el escándalo de la reina Carolina, que acaparó la atención de la opinión pública británica en 1820. Cuando en enero de 1820 el enfermo e incapacitado Jorge III murió, el príncipe, que desde 1811 había ejercido de

²³ Para Spence y sus seguidores véase Malcolm CHASE, *The People's Farm. English Radical Agrarianism, 1775-1840*, Oxford, Clarendon Press. 1988, que argumenta que las ideas a favor de una reforma agraria fueron fundamentales en la formación del *labour movement*, cuestionando la preferencia de muchos historiadores que, para construir una narrativa de “modernización”, se centran en la respuesta de los trabajadores al desarrollo industrial.

regente, accedió finalmente al trono. Su esposa Carolina de Brunswick, con la que se había casado en 1795 y de la que había estado separado durante años, se presentó en Londres para ser coronada junto a él, pero el rey inició los trámites de divorcio a través de una iniciativa parlamentaria (*bill*). El pueblo se puso del lado de la humillada reina, la prensa aireó la vida privada de un rey presentado como un hipócrita y los *whigs* tomaron partido por ella para explotar su significado político. En la práctica, el rey estaba siendo sometido a un juicio público, en el que un prestigioso abogado *whig*, el diputado Henry Brougham, actuaba como defensor de Carolina. En noviembre el *bill* fue retirado del Parlamento, causando el entusiasmo de las masas. Pero sobre todo, suponía una victoria para la oposición y una limitación de la capacidad del monarca para usar el Parlamento en asuntos privados. De todas formas, Carolina no fue coronada reina y murió muy poco después, convirtiéndose el recorrido de su sepelio por las calles de Londres en una auténtica manifestación política. Brougham, el defensor de la reina, era un *whig* que se había destacado por la defensa de los liberales españoles en la Cámara de los Comunes, como se verá más tarde. Su intervención a favor de los liberales españoles ponía de manifiesto que la causa de lo que empezaba a denominarse *liberalismo* era una cuestión que, para muchos representantes de las fuerzas progresistas europeas, traspasaba las fronteras. Es más, la simpatía que la opinión pública *whig* y radical —con figuras como Lord Holland, Robert Wilson, Francis Burdett, Jeremy Bentham o John Cartwright— mostraba hacia los liberales españoles refugiados en Inglaterra era capaz de condicionar las acciones que el Gobierno *tory* tomaría a su respecto.

3. LA PRIMERA RESTAURACIÓN Y EL PRIMER EXILIO EN ESPAÑA, 1814-1820

“Hay más de doce mil familias españolas que se han visto obligadas a buscar un asilo en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Portugal e incluso en África. Un gran número de individuos gimen en los calabozos de su país; se cuentan también más de cien mil personas en el reino que son presa de toda clase de desdichas, porque son los padres, suegros, tíos, sobrinos, primos, parientes, criados y allegados de los expatriados”²⁴.

El exilio político en la España contemporánea no comenzó en 1814. Durante los años en los que se gestó el primer constitucionalismo hispano en la Península, también hubo individuos que tuvieron que partir hacia el exilio por sus enfrentamientos con los liberales. Un caso significativo fue el de Miguel de Lardizábal y Uribe, representante de Nueva España en la Junta Central en 1808 y contrario a la aprobación del principio de soberanía nacional por parte de las Cortes quien, tras enfrentarse a los constitucionalistas, tuvo que salir hacia el exilio en Inglaterra²⁵.

Frente a la legislación del Antiguo Régimen, que contemplaba penas de destierro, las Cortes de Cádiz, en su aspiraciones reglamentarias, discutieron en 1813 un detallado proyecto de ley, finalmente no aprobado, en el que los crímenes contra el sistema constitucional —incluidos los intentos de romper el equilibrio de poderes entre legislativo (Cortes) y ejecutivo (Rey)— eran penados con el exilio. El primer artículo establecía que “Cualquier español, de cualquier clase y condición que sea, que de palabra o por escrito tratase de persuadir que no debe guardarse en las Españas o en alguna de sus provincias la Constitución política de la Monarquía en todo o en parte, será declarado indigno del nombre español, perderá todos sus empleos, sueldos y honores, y *será expulsado para siempre del territorio de la nación...*”. Además, el artículo 20 explicitaba: “El que aconseje o auxilie al rey para algunos de los actos que se le prohíben por las restricciones segunda a octava del art. 172 de la Constitución o para emplear las Milicias nacionales fuera de las provincias respectivas sin otorgamiento de las Cortes perderá los empleos, sueldos y honores que obtenga y *será deportado para siempre*”²⁶. Este proyecto llegaría a ser ley durante el Trienio Constitucional, pasando a

²⁴ Juan Antonio Llorente en sus *Mémoires pour servir la révolution d'Espagne* (aparecidas en París en 1814) citado por Gérard DUFOUR, *Juan Antonio Llorente en France (1813-1822). Contribution a l'étude du Libéralisme chrétien en France et en Espagne au début du XIX^e siècle*, Ginebra, Librairie Droz, 1982, p. 69.

²⁵ Michael P. COSTELOE, *Response to Revolution. Imperial Spain and the Spanish American revolutions, 1810, 1840*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, p. 15.

²⁶ Énfasis mío. Entre las restricciones del artículo 172 destacaban: “No puede el Rey ausentarse del reino sin consentimiento de las Cortes; y si lo hiciere, se entiende que ha abdicado la Corona; No puede el Rey enajenar, ceder o permutar provincia, ciudad, villa o lugar, ni parte alguna, por pequeña que sea, del

integrarse en su mayor parte en el Código Penal de 1822. Sería importante, porque las Cortes de 1820 consideraron juzgar a los diputados que habían instigado a Fernando VII a anular la obra constitucional en 1814 en función de lo establecido por este proyecto en relación con el artículo 172 de la Constitución. Pero antes de que esto se llegara a producir, se había vivido ya en España el primer gran exilio político moderno, precisamente como consecuencia del retorno de Fernando VII en 1814.

3.1 El regreso de Fernando VII como rey absoluto

La constitución de 1812 había limitado el poder de la corona hasta límites que parecían impensables, pero que entroncaban con las corrientes de pensamiento presentes en la Ilustración española acerca de las bondades del gobierno mixto y de una interpretación en clave republicana de la monarquía. Aunque muchos de los liberales confiaban en que a su regreso Fernando VII aceptase la obra de las Cortes, incluida la constitución²⁷, el rey se dispuso a recuperar la plenitud de su soberanía en 1814.

En su camino de regreso a Madrid, Fernando VII optó por realizar un recorrido más largo, visitando varias ciudades para fomentar el apoyo de un pueblo que le recibió enfervorizado, tras años de ausencia y guerra. Lo cierto es que Fernando VII no carecía de apoyos en España para su proyecto reaccionario. En el conocido como *Manifiesto de los Persas*, un grupo de diputados afirmaba su plena adhesión a la monarquía absoluta y a Fernando VII, e iban más allá, solicitando al rey que rechazase todas las reformas que se habían llevado a cabo durante los revolucionarios años de su ausencia, y que convocase Cortes a la manera tradicional, por estamentos²⁸. Fernando VII encontró en esta iniciativa lo que buscaba para restaurar la monarquía absoluta tal y como se encontraba en 1808. Contando con el apoyo de una parte importante del ejército —

territorio español; No puede el Rey hacer alianza ofensiva, ni tratado especial de comercio con ninguna potencia extranjera sin el consentimiento de las Cortes; No puede el Rey ceder ni enajenar los bienes nacionales sin consentimiento de las Cortes; No puede el Rey imponer por sí directa ni indirectamente contribuciones (...) sino que siempre los han de decretar las Cortes”; citado por Alicia FIESTAS LOZA, *Los delitos políticos (1808-1936)*, Salamanca, Librería Cervantes, 2ª ed., 1994, pp. 62-63.

²⁷ De hecho, las Cortes habían decretado el 2 de febrero de 1814 que “no se reconocerá por libre al rey ni por lo tanto se le prestará obediencia hasta que en el seno del Congreso Nacional preste el juramento prescrito en el artículo 173 de la Constitución”, *Colección de los decretos y órdenes que han expedido las Cortes ordinarias desde 25 de septiembre de 1813, día de su instalación, hasta 11 de mayo de 1814, en que fueron disueltas*, t. V, Madrid, Imprenta Nacional, 1820, p. 88.

²⁸ Estas Cortes —que han permitido a algunos autores afirmar que existía una tendencia renovadora dentro del realismo español— nunca fueron convocadas. Sólo en 1820, ante la extensión de la insurrección liberal, y tras la recomendación del Consejo Real y de Estado, Fernando VII mandaría su reunión el 6 de marzo. Al día siguiente juraba la constitución de 1812.

opuesta a los intentos liberales de crear un nuevo modelo de ejército de carácter nacional— con el general Elío al frente, el 4 de mayo de 1814 el rey anuló todas las reformas aprobadas por las Cortes, incluida la constitución. Su objetivo declarado era la restauración del absolutismo, tras una etapa revolucionaria que interpretaba como un asalto al trono, en la que se habían “dado a todos los derechos de la Magestad el nombre de *despotismo*, haciendo sinónimos los de Rey y *déspota*, y llamando *tiranos* a los Reyes”, y durante la cual “en todo se afectó el *democratismo*”. Fernando VII y las fuerzas contrarrevolucionarias acusaban a las Cortes de intentar establecer veladamente una república democrática:

“...casi toda la forma de la antigua Constitución de la monarquía se innovó, y copiando los principios revolucionarios y democráticos de la *Constitución francesa* de 1791, y faltando a lo mismo que se anuncia al principio de la que se formó en Cádiz, se sancionaron, *no leyes fundamentales* de una Monarquía moderada, sino las de un gobierno popular con un Jefe o Magistrado, mero ejecutor delegado, que no Rey, aunque allí se le dé este nombre para alucinar y seducir a los incautos y a la nación”.

Así, el rey declaró “aquella Constitución y tales decretos nulos y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo”²⁹.

Instalada en un mesianismo monárquico, la monarquía restaurada supuso un intento de llegar a una apoteosis del absolutismo, instalando una autoridad ilimitada del rey y su gobierno personal, acompañada de la recuperación de los privilegios de la Iglesia y la nobleza. La estructura administrativa del Antiguo Régimen, tanto a nivel nacional, regional y local, fue restaurada (sistema de Consejos, Audiencias, Chancillerías, Capitanías Generales, ayuntamientos, Inquisición). Se repuso la sociedad estamental, restableciendo las pruebas de nobleza en el ejército y los señoríos jurisdiccionales (aunque con nuevas disposiciones que beneficiaban al Estado). Los compradores de bienes nacionales tuvieron que devolver sus propiedades a la Iglesia. El sistema fiscal liberal fue abolido, acabando con la contribución directa y volviendo a instalar el régimen de rentas provinciales y estancas³⁰. En el ámbito internacional, Fernando VII decidió en marzo de 1816 que España entrara en la Santa Alianza, con el

²⁹ “Manifiesto del Rey declarando por nula y de ningún valor ni efecto la Constitución de las llamadas Cortes generales y extraordinarias de la nación...” Valencia, 4 de mayo de 1814. En *Decretos del Rey don Fernando VII. Año primero de su restitución al Trono de las Españas. Se refieren todas las reales resoluciones generales que se han expedido por los diferentes ministerios y consejos desde 4 de mayo de 1814 hasta fin de diciembre de igual año. Por don Fermín Martín de Balmaseda*, t. I, Madrid, Imprenta Real, 1816, pp. 4-8. Las cursivas en el original.

³⁰ Miguel ARTOLA, *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa, 1999, pp. 419-430.

objetivo de afianzar su posición tanto interior como exterior, y recabar apoyos para defender el imperio americano amenazado por los independentistas.

El gobierno restaurado de Fernando VII se enfrentó a una inmensidad de problemas, enmarcados dentro de la depresión económica europea que siguió a las décadas de guerras iniciadas con la Revolución Francesa, y agravados por su rigidez inmovilista. Los largos años de la guerra en España —caracterizados por el empleo de prácticas perturbadoras de la actividad económica como la ocupación prolongada, el esquilmo de recursos o el uso de tácticas bélicas basadas en el castigo y la represión de la población— habían causado un altísimo nivel de destrucción. Pero la cuestión fundamental a la que se enfrentó el Gobierno era de carácter hacendístico: por una parte habían caído los ingresos por la guerra y por la interrupción del comercio y de las rentas americanas, mientras que los gastos habían aumentado por la necesidad de mantener unas amplias fuerzas armadas por la oposición liberal y por la guerra que continuaba en América. El resultado fue la bancarrota. La necesaria reforma fiscal nunca llegó porque resultaba contradictoria con los principios de la Restauración. La monarquía fernandina no contó en ningún momento con las instituciones necesarias para encauzar la recuperación y llevó a cabo una política económica errática³¹.

Durante los seis años de monarquía restaurada no hubo ninguna línea política definida. El Gobierno se caracterizó por su debilidad y su escasa presencia internacional, quedando al margen de las negociaciones para delimitar el futuro del continente tras la derrota de Napoleón en 1815. Se sucedieron frecuentes crisis ministeriales, ocasionadas tanto por la magnitud de los problemas a enfrentar como por la incapacidad de los ministros elegidos por Fernando VII. Gran parte de los hombres más preparados para las tareas de gobierno, ya fueran liberales o afrancesados, habían salido camino de exilio, o bien se encontraban presos o apartados de la vida pública. Ante los continuos fracasos, el Gobierno absolutista cambió constantemente de formación. El ministerio que más cambios sufrió fue el que más graves problemas tenía que afrontar: el de Hacienda. Se llegaron a proponer planes de reforma fiscal, como los de Escoiquiz y Martín de Garay, pero estas tímidas medidas tropezaron con la oposición de los sectores más conservadores y del rey. Según Josep Fontana, el Gobierno neoabsolutista de Fernando VII fomentaba con su política sus propias contradicciones, ya que por una parte aspiraba a mantener íntegra la estructura del Antiguo Régimen en

³¹ Josep FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*, Barcelona, Ariel, 1978 (3ª ed. revisada).

un contexto europeo que estaba inmerso en un proceso de transformación, pero por otra necesitaba obtener los recursos necesarios para solucionar sus graves problemas económicos y hacendísticos, algo que resultaba imposible realizar sin que se viese afectada esa misma estructura³².

Inmediatamente después de la restauración de Fernando VII como rey absoluto comenzó la represión. Desde los sectores más reaccionarios se consideraba que la salvación de un mundo condenado y pecador como el salido de las convulsiones revolucionarias solo era posible a través de la expurgación de los elementos considerados como anárquicos y herejes. Dos grupos políticos fueron el objeto de esta persecución: los afrancesados que habían rechazado la monarquía borbónica y jurado fidelidad al “gobierno intruso” de José I, y los liberales que habían participado en la realización de las reformas llevadas a cabo en Cádiz durante la guerra, las habían apoyado o solamente simpatizaban con ellas. La represión se basó en una desordenada política de depuración de cargos públicos y en la detención y proceso de los más destacados liberales y afrancesados³³. Pero también fueron arrestados sin prescripción del Gobierno un gran número de simples simpatizantes de las Cortes o del Gobierno josefino por autoridades locales “excitadas” por el regreso de Fernando VII³⁴. Asimismo, se procedió a la destrucción de todos los símbolos que hicieran referencia a las reformas constitucionales y al Gobierno josefino.

3.2 Represión y exilio de los afrancesados

En realidad, la mayoría de los afrancesados habían partido en dirección a Francia antes del retorno de Fernando VII en 1814, bien por ser prisioneros de guerra, bien al comprender que la guerra se decantaba a favor de las tropas aliadas. Los Consejos, las Juntas provinciales, la Junta Suprema, la Regencia y las Cortes habían establecido castigos contra los afrancesados durante la guerra³⁵. El problema consistía en que

³² FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta*; véase también ARTOLA, *La España de Fernando VII*, pp. 430-485.

³³ La circular del Ministerio de Hacienda de 11 de Diciembre de 1814 ordenaba cesar “todos los empleados que carezcan de Real nombramiento y no sean necesarios según el sistema de 1808”. *Decretos del Rey don Fernando VII. 1814*, t. I, p. 403. Ver también Jean-Philippe LUIS, *L'utopie réactionnaire: épuration et modernisation de l'état dans l'Espagne de la fin de l'Ancien Régime (1823-1834)*, Madrid. Casa de Velázquez, 2002, pp. 37-40.

³⁴ Una Circular del Ministerio de Gracia y Justicia de 1 de junio de 1814, ordenaba que se les pusiera en libertad: *Decretos del Rey don Fernando VII. 1814*, t. I, pp. 15-17 y 52-53.

³⁵ Miguel ARTOLA, *Los afrancesados*, Madrid, Turner, 1976, pp. 257-264.

aquellos que habían jurado fidelidad a José I no lo habían hecho siempre por convencimiento ideológico, sino que en ocasiones lo habían hecho bajo coerción o por oportunismo. Las Cortes eran conscientes de estas diferencias, y se propusieron distinguir entre los auténticos *traidores colaboracionistas*, a los que denominó “infidentes”, y aquellos que solo habían apoyado al “rey intruso” por motivos circunstanciales. Así, las Cortes concedieron el 21 de noviembre de 1810 un indulto que presentó dificultades de interpretación. El Consejo real, tras ser consultado por las Cortes, presentó un reglamento que establecía que no debía calificarse como infidentes a aquellos españoles que, obligados por la ocupación, habían mantenido sus empleos en el régimen josefino, y que solo los que estuvieran involucrados en “asuntos criminales de policía, Estado o corte” debían ser considerados infidentes. Contra esta medida se pronunció el ministro Ibar Navarro, aunque finalmente se aprobó un proyecto de decreto que hacía las distinciones oportunas para evitar que “una multitud asombrada de españoles [fuera] tratada como traidores al Rey y a la Patria”³⁶. De todas formas, sobre todo durante los primeros meses del exilio, muchos afrancesados siguieron viendo en las disposiciones que habían dictado contra ellos los liberales la principal causa de su situación. Según Sempere y Guarinos, la competencia entre ambos grupos se debía a que los liberales “temían la influencia contra su constitución, y la competencia por los empleos”³⁷.

En julio de 1812 habían salido de Madrid con dirección a Valencia varios miles de afrancesados acompañando en su salida de la capital a José I, de los cuales un primer grupo partió hacia Francia en septiembre. Aunque muchos de los afrancesados regresaron a Madrid acompañando a José I en su breve retorno a la capital, cuando en marzo de 1813 este abandonó definitivamente Madrid, la mayoría de ellos le siguió hasta cruzar la frontera en junio de 1813, comenzando así su exilio definitivo. Meses después, en septiembre y octubre de 1813, salieron los convoyes desde Valencia que llegaron a Francia a principios de 1814. La mayor parte de los exiliados afrancesados habían sido funcionarios de la administración josefina, o habían ingresado en su ejército, aunque también había miembros del clero, nobles, periodistas o escritores. A

³⁶ FIESTAS LOZAS, *Los delitos políticos*, pp. 52-55, 71; Juan LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1832)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pp. 118-119.

³⁷ J. Sempere y Guarinos, *Histoire des Cortes d'Espagne*, Burdeos, Pierre Beaume, 1815, p. 353. Citado por LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, p. 119.

ellos habría que sumar sus familias y otros acompañantes como criados y asistentes. La cifra aproximada de exiliados se situó alrededor de los 12.000³⁸.

En los primeros meses de 1814 su situación era desesperada, y muchos llegaron a confiar en que con el regreso de Fernando VII, que en el Tratado de Valençay firmado en diciembre de 1813 se había comprometido a mantenerlos en sus puestos, podrían volver a España. Con esta esperanza, cientos de ellos escribieron al rey³⁹. Pero estas expectativas se verían defraudadas tras la toma del poder de Fernando VII. De hecho, la situación de los afrancesados empeoró con las rigurosas medidas represivas que contra ellos se dictaron. Las puertas de España quedaron definitivamente cerradas para ellos. La circular del 30 de mayo de 1814 prohibió la entrada a España de los miembros de la administración josefina, de los nobles y eclesiásticos que hubieran colaborado con ella y de los oficiales del ejército con graduación superior a la de capitán, así como a sus esposas. Al resto se les permitía permanecer en España, pero debían fijar su residencia a más de veinte leguas de la Corte, bajo vigilancia e inhabilitados para el ejercicio de cargos públicos⁴⁰. El decreto de 30 de mayo se mantuvo vigente hasta 1820, pero fueron necesarias una serie de órdenes aclaratorias para concretar quiénes y en qué circunstancias resultaban afectados por sus disposiciones⁴¹. A la circular de mayo se le unió el 30 de junio otra del Ministerio de Hacienda que establecía las medidas para la depuración de funcionarios en función del nivel de colaboración, estableciendo una clasificación en cuatro categorías: los que se negaron a participar en la administración josefina; aquellos que se limitaron a mantenerse en sus empleos durante el reinado de José; los que recibieron algún ascenso o distinción; y finalmente los que se convirtieron en activos miembros y defensores del nuevo régimen “y han contribuido a extender su partido, seduciendo a otros, o persiguiendo a los buenos y leales españoles⁴²”.

³⁸ ARTOLA, *Los afrancesados*, p. 264. Luis BARBASTRO GIL, *Los afrancesados: primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)*, Madrid, CSIC/Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993, pp. 11-52; LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, pp. 103-108; Juan Francisco FUENTES “Afrancesados y liberales”, en Jordi Canal (ed.), *Exilios. Los éxodos políticos en la Historia de España. Siglos XV-XX*, Madrid, Sílex, 2005. Las fuentes suelen hablar de 12.000 familias.

³⁹ Claude MORANGE, *Paleobiografía (1779-1819) del “Pobrecito Holgazán”. Sebastián de Miñano y Bedoya*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2002, pp. 314-316.

⁴⁰ *Decretos del Rey don Fernando VII. 1814*, t. I, pp. 49-52. Esta medida también afectaba a los afrancesados que no habían salido hacia el exilio, que tuvieron que abandonar Madrid. LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, p. 153 cita una lista de cuarenta “personas que han salido de Madrid en cumplimiento del R. D. de 30 de mayo, con expresión de los pueblos a donde se han dirigido”, fechada en junio de 1814; AHN, Consejos, leg. 9392.

⁴¹ LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, p. 155.

⁴² *Decretos del Rey don Fernando VII. 1814*, t. I, pp. 106-107.

En esta situación, las autoridades imperiales francesas fueron tomando una serie de medidas para recibir y controlar a los miles de refugiados españoles, aunque esta era una tarea prácticamente imposible. José solicitó a su hermano “que los prefectos les proporcionen los socorros que V. M. considere convenientes”, y delegó en el marqués de Almenara para que hiciese llegar ante el emperador las reclamaciones de los españoles. Napoleón sin embargo veía con preocupación la llegada de un número tan alto de refugiados y ordenó en julio de 1813 que “ningún español, oficial del rey de España, etc. cruce el Garona”. Pero poco después, el emperador reconocía “la necesidad de socorrer a los refugiados españoles” y destinó un millón de francos a ello⁴³. Inmediatamente se creó una comisión, encabezada por el ministro de Estado francés, conde Otto de Mosley, encargada de organizar la ayuda y de distribuir a los refugiados por diferentes regiones, que contaba con un presupuesto de 200.000 francos mensuales y que asignó a cada exiliado una ayuda de 75 céntimos diarios. La comisión se volcó en la elaboración de estadísticas acerca de los refugiados con el objeto de distribuir las ayudas, tarea asignada a los prefectos departamentales. De estas quedaban excluidos “los artesanos, criados sin plaza y obreros y generalmente los individuos de la clase del pueblo”, a los que solo se les debía ayudar a encontrar trabajo, y “las mujeres, niños y criados”, aunque se establecían socorros especiales para las familias numerosas⁴⁴.

Las primeras medidas quedaron rápidamente superadas por la avalancha de miles de afrancesados que, en condiciones miserables la mayoría, continuaron llegando en los meses siguientes, por lo que Otto de Mosley solicitó un aumento de los fondos asistenciales. Sin embargo, el Tesoro imperial francés no podía hacer frente a estos gastos por la situación crítica en que se encontraba. Como consecuencia, la mayoría de los refugiados no recibió prácticamente ninguna ayuda durante los primeros meses. Sólo en noviembre llegó el segundo pago, y a principios de 1814 ya se había destinado un millón de francos al socorro de los españoles.

Mientras que las elites josefinas consiguieron llegar relativamente rápido a París, la mayor parte de los exiliados, pertenecientes a los rangos inferiores de la administración y el ejército, se instalaron en los departamentos meridionales más cercanos a la frontera española, aunque en noviembre, ante la inminente invasión angloespañola, el mariscal Suchet ordenó su evacuación a la orilla derecha del río

⁴³ Citado por ARTOLA, *Los afrancesados*, p. 265.

⁴⁴ *Instruction relative à la distribution des secours accordés par S. M. l'Empereur aux espagnols réfugiés en France*, reproducida en ARTOLA, *Los afrancesados*, pp. 291-295.

Garona, lo que originó más complicaciones. En los meses siguientes, siguiendo las disposiciones del Gobierno francés, los españoles se fueron trasladando a ciudades interiores como Burdeos, Limoges, Nîmes, Clermont-Ferrand o Montpellier. Una vez que se firmó la paz entre Francia y las potencias europeas en junio de 1814, las nuevas autoridades francesas volvieron a trasladar a los refugiados españoles a regiones próximas a la frontera, y una gran masa de ellos intentó, infructuosamente, entrar en España⁴⁵.

Muchos afrancesados protestaron enérgicamente ante estas acciones del Gobierno español que consideraban nacidas del deseo de venganza, y prepararon numerosas representaciones dirigidas a ministros del nuevo Gobierno francés e incluso a Luis XVIII, en las que pedían su intercesión. El marqués de Almenara solicitó la intervención del rey para “retener a un príncipe de su casa que corre hacia su pérdida”, en referencia a la política represiva de Fernando VII tanto contra afrancesados como contra miembros del “partido de las Cortes”, que dejaría a la monarquía sin los hombres de más valía. Y añadía: “El restablecimiento de la Inquisición, la restitución temeraria de los bienes del clero, vendidos bajo tres reinados consecutivos, la proscripción de los hombres que han desplegado ideas liberales, ¿acaso todos estos acontecimientos no dejarán de influir en Francia?”. Por su parte, Francisco Amorós, ministro durante el reinado de José I, se mostraba desafiante ante el rey y reivindicaba su papel en el régimen josefino⁴⁶.

Las autoridades francesas, especialmente los prefectos de los departamentos meridionales en los que se encontraban la mayoría de los refugiados españoles, empezaron a protestar por tener que correr con los gastos de su manutención, y advertían que no podían mantener esa situación ante una población cada vez más recelosa ante la presencia de miles de refugiados en situación miserable. En el tratado de paz entre Francia y España finalmente firmado el 20 de julio de 1814 se establecía que “ningún individuo, de cualquier clase o condición que fuere, podrá ser perseguido, inquietado ni molestado en su persona o en sus bienes bajo ningún pretexto, bien sea a causa de su conducta u opinión política, bien sea por su adhesión a una u otra de las partes contratantes o a los gobiernos que han cesado de existir”, pero lo cierto es que las

⁴⁵ LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, pp. 109-114. BARBASTRO GIL, *Los afrancesados: primera emigración*, pp. 12-13; MORANGE, *Paleobiografía*, pp. 317-319.

⁴⁶ Un gran número de afrancesados escribió también representaciones dirigidas a Fernando VII en las que justificaban sus acciones y solicitaban el regreso. Casi todas fueron rechazadas; LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, pp. 122, 124, 131-149.

autoridades españolas siguieron negándose a aceptar la vuelta de los refugiados. Así, se produjeron varios intentos de mediación con el Gobierno español para que mostrara clemencia y aceptara el retorno de los josefinos, como el llevado a cabo por el embajador ruso Tatichoff. El ministro francés Talleyrand intercedió ante el representante diplomático español, Gómez Labrador, argumentado en términos de la estabilidad europea que era necesario recuperar: “[Luis XVIII] está convencido de que la paz de Europa depende de la paz interior de los estados que la conforman, y que la paz interior de cada uno de ellos está íntimamente ligada a la de todos” y pedía “clemencia y olvido”⁴⁷. Pero el Consejo de Estado español se negó a realizar ninguna concesión, “por tratarse de asuntos meramente del Gobierno del rey”⁴⁸. Ante esta oposición, el Gobierno francés decidió organizar la presencia de los refugiados españoles y concentrarlos en tres depósitos (Montauban, Perpiñán y Toulouse) y posteriormente en ocho ciudades meridionales. Además, su sustento pasó a depender del Ministerio de la Guerra, eliminando la comisión de ayuda⁴⁹.

La actitud de los afrancesados españoles ante el retorno de Napoleón durante los Cien Días no fue homogénea, aunque para muchos de ellos supuso una gran esperanza en la mejora de su miserable situación. Según Gérard Dufour, la mayoría de ellos apoyó a Napoleón en su regreso⁵⁰. Algunos como Francisco Amorós o Llorente se pusieron al servicio del emperador por convicciones políticas. Amorós publicó una carta en la prensa francesa en junio de 1815 en la que empleaba argumentos universalistas para brindar su apoyo a Napoleón, afirmando que los refugiados españoles estaban “obligados a emplear todos nuestros esfuerzos a favor de una nación que nos ha acordado hospitalidad, ofreciéndose a luchar junto al Emperador, que debe considerarnos como sus hermanos”. Se trataba de ayudar a “esta nación heroica y las conquistas que ella ha hecho por la felicidad y la libertad del género humano”. Efectivamente, había que defender el proyecto “liberal” europeo a través de la defensa de Napoleón, como afirmó un grupo de afrancesados instalados en el departamento de l’Aveyron, al celebrar su “regreso, con el que de nuevo las instituciones liberales van a suceder a los prejuicios y al feudalismo”. Para muchos otros, como quizás los 109

⁴⁷ AHN, Estado, leg. 5219, citado por LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, p. 127.

⁴⁸ Citado por ARTOLA, *Los afrancesados*, p. 269.

⁴⁹ LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, p. 125-127. La intervención en la Cámara de los diputados del barón de Mortarieux fue crucial para que se reanudaran la distribución de socorros a los refugiados españoles, incluyendo la asimilación de los civiles con los militares; BARBASTRO GIL, *Los afrancesados: primera emigración*, p. 13; MORANGE, *Paleobiografía*, p. 320.

⁵⁰ DUFOUR, *Llorente en France*, p. 80.

firmantes de una carta colectiva enviada a Napoleón, la adhesión a Bonaparte constituía la única alternativa que les quedaba ante el cierre de las puertas de España y el rechazo que su presencia levantaba en la Francia borbónica restaurada, donde eran vistos no solo como una carga económica o un problema social, sino también como potenciales perturbadores políticos y eran atacados por los ultras. En cualquier caso, un número significativo de militares refugiados españoles se movilizó para levantar el imperio bonapartista, formando al menos seis compañías. El diario *Le Moniteur* afirmó en julio de 1815, una vez derrotado Napoleón, que muchos refugiados españoles se habían puesto al servicio del emperador. El prefecto de Tarn y Garona aseguraba que “la mayoría de los oficiales españoles que se hallaban en el depósito de esta ciudad [Montauban] en los primeros días de abril tomaron parte desgraciadamente en los sucesos que aniquilaron momentáneamente la autoridad real”, e informaba de que uno de ellos mató a un francés que había gritado “¡Viva el Rey!”. En opinión del prefecto, “así nació la animadversión vehemente de los ciudadanos de esa ciudad para con esos refugiados”. El coronel Fernández de Bazán propuso incluso provocar un levantamiento en España a través de una invasión de Navarra. Napoleón respondió a las expresiones de apoyo de los españoles tomando medidas a su favor, como el restablecimiento de la comisión de socorros. Además, encargó a través de su hermano José que se movilizara a los españoles con la formación de una junta, que se realizaran tareas de propaganda que atravesaran la frontera española con el objetivo de desestabilizar el régimen fernandino, y que se publicara una gaceta en español desde Bayona que reforzara estos propósitos, aunque este proyecto no tuvo tiempo de realizarse. El Gobierno español, alertado por estas iniciativas, ordenó que se reforzara la seguridad en la frontera para “evitar cualquier sorpresa que pudiese temerse por parte de los enemigos y partidarios de Bonaparte”⁵¹.

De todas formas, una parte importante de los afrancesados se mantuvo al margen y, cuando Napoleón fue definitivamente derrotado, la monarquía francesa de Luis XVIII les continuó pagando los subsidios, aunque estos fueron disminuyendo progresivamente y los refugiados fueron de nuevo confinados en depósitos. Pero la Francia del Terror Blanco no era el refugio ideal para los exiliados afrancesados españoles, acosados por las autoridades y repudiados por la población. La presencia de un gran número de

⁵¹ ARTOLA, *Los afrancesados*, pp. 270-271. LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, pp. 128-131; Jean-René AYMES, “Españoles en Francia (1789-1823): contactos ideológicos a través de la deportación y del exilio”, en *Trienio*, n° 10, 1987, pp. 3-26, citas en pp. 11 y 24; BARBASTRO GIL, *Los afrancesados: primera emigración*, pp. 17-22; MORANGE, *Paleobiografía*, pp. 324-336.

refugiados, especialmente afrancesados, pero también liberales, despertó en ciertos sectores de la sociedad francesa sentimientos de rechazo, como los expresados por el diputado Clausel de Coussergues en un discurso ante la Cámara de los Diputados el 28 de febrero de 1817, en el que afirmaba que la oposición a la monarquía restaurada de Luis XVIII —que reunía a liberales, bonapartistas y orleanistas— se encontraba en contacto con enemigos exteriores. Acusaba a los afrancesados de “haber cometido desórdenes en los departamentos meridionales durante los 100 días” y “de ser enemigos de la monarquía francesa”. Los afrancesados españoles refugiados en París contestaron a esta acusación a través de un folleto, en el que justificaban su apoyo a José I, pero poco más podían hacer⁵².

Por su parte, el Gobierno español, alarmado por las rebeliones liberales que se sucedían en España y temeroso de la posible participación de los afrancesados en ellas, seguía presionando al Gobierno francés para que mantuviera a los refugiados alejados de la frontera. Las autoridades francesas así lo hicieron, al tiempo que aumentaban la presión sobre ellos, reduciendo los subsidios. Querían evitar que desde territorio francés se realizaran planes revolucionarios, pero también presionar a los refugiados para que, todos los que pudieran, regresaran a España. El comandante de la división militar en la que se encontraban los depósitos del sudoeste, conde de Loverdo, eliminó de las listas de socorros a todos los que no estuvieran comprendidos en los decretos de Fernando VII, exageró la amenaza que suponían los refugiados, expulsó a varios de ellos de Bayona y Burdeos y solicitó al Gobierno que forzara la salida de Francia de los más peligrosos, entre ellos un grupo de siete españoles que habían sido detenidos en una reunión de *fédérés*. Aunque las medidas extremas propuestas por Loverdo no fueron aplicadas, la cuestión económica se fue haciendo cada vez más imperante, y en julio de 1816 el duque de Feltre, ministro de Guerra, anunció que el presupuesto del Ministerio no podía seguir sosteniendo el pago de los subsidios a los refugiados españoles y que era necesario lograr que salieran de Francia, aunque evitando hacerlo de una forma brusca y directa que pudiera acarrear un conflicto con España. Así, propuso que se anunciara que a partir de enero de 1817 se dejarían de pagar los subsidios, obligando de este modo a un gran número de exiliados a intentar regresar a España. Finalmente esta

⁵² BARBASTRO GIL, *Los afrancesados: primera emigración*, p. 22. El folleto era *Reflexiones sobre el discurso que pronunció M. Clausel de Coussergues en la Cámara de diputados de Francia el 28 de febrero contra los refugiados españoles*, y fue editado en francés y castellano. Su influencia fue muy escasa, por lo que fue seguido por otro, anónimo pero atribuido a Muriel, titulado *Sobre la conducta de los españoles refugiados en los departamentos del mediodía de la Francia durante el interregno de 1815*; MORANGE, *Paleobiografía*, p. 325-326.

medida no fue tomada, pero la noticia produjo pánico entre los españoles cuando fue conocida y muchos, en efecto, intentaron cruzar la frontera⁵³.

Finalmente, la publicación del Real Decreto de 15 de febrero de 1818, en el que muchos afrancesados habían querido encontrar la posibilidad de regresar a España, constituyó una total decepción. Un gran número de refugiados que, alentados por las autoridades francesas, abandonaron los depósitos en los que aún se encontraban —perdiendo así el derecho a los subsidios que recibían— se dirigió a la frontera, donde la mayoría fue rechazada, continuando su exilio en una situación todavía más miserable.

Para muchos afrancesados el exilio se prolongó durante al menos seis años, a medida que el Gobierno de Fernando VII, a pesar de las recomendaciones francesas, rechazaba la concesión de una amplia amnistía que no llegaría nunca, aludiendo que “causaría un extraordinario desorden y trastorno la presencia solo de estas gentes, suscitando recelos y clamores, y despertaría la venganza a que la condición humana difícilmente se hace superior”. Sin embargo, se dio una escalonada reducción de las listas de refugiados del Ministerio de la Guerra, lo que indica que, efectivamente, algunos de ellos fueron regresando a España, donde se sometieron a purificaciones y procesos de reincorporación. De todas formas, continuaron siendo rechazados por las autoridades y parte de la población, llevando una vida de cuasi marginados, excluidos de los empleos y vigilados por las autoridades⁵⁴. En 1819 residían aún en Francia unos 2.100 afrancesados (españoles y portugueses), concentrados en seis depósitos. El regreso general de los afrancesados no se produciría —y solo de forma limitada— hasta la proclamación del régimen constitucional en 1820. Cuando en marzo de ese año Fernando VII juró la constitución, quedaban en Francia unos 1.300⁵⁵.

⁵³ MORANGE, *Paleobiografía*, pp. 352-354, p. 357. Esta iniciativa inauguraba una política que sería seguida también por los gobiernos de la monarquía de julio a principios de la década de 1830, como se verá en el capítulo 6; LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, pp. 168-9.

⁵⁴ Citado por BARBASTRO GIL, *Los afrancesados: primera emigración*, p. 26. Ante la imposibilidad de expulsar a los refugiados a España, el ministro de la Guerra responsable de ellos, se planteó la posibilidad de deportar a las colonias francesas a los más peligrosos; MORANGE da las siguientes cifras para las listas de refugiados oficiales: marzo de 1815: 6.855, 2.000 de los cuales eran civiles; julio de 1816: 5.000, las dos terceras partes militares; enero de 1817: 1.754, pero solo contabiliza a los que están en los depósitos; *Paleobiografía*, pp. 334, 348, 367-369.

⁵⁵ AYMES, “Españoles en Francia”, p. 10.

3.3 Represión y exilio de los liberales

Aunque el número de afectados fue bastante menor y no se dio entre los liberales una emigración masiva similar a la de los afrancesados —ya que por lo general solo se actuó oficialmente contra las figuras más destacadas del constitucionalismo doceañista— la represión contra los liberales fue al menos tan dura como la llevada a cabo contra los afrancesados, acusados no de colaboración con el invasor o de traición, sino de atentar contra la monarquía⁵⁶.

El arresto de los principales liberales fue ordenado por el recién nombrado ministro de Gracia y Justicia, Pedro de Macanaz, el mismo día 4 de mayo de 1814 en que Fernando VII anuló toda la obra de las Cortes reunidas en su ausencia. La orden iba acompañada de una lista con 38 de los individuos más comprometidos con el sistema constitucional, entre los que figuraban ministros, regentes, diputados de las Cortes y periodistas. La noche del día 10 la orden fue ejecutada por el general Eguía a través de cinco jueces de policía por él nombrados. Estos jueces —Francisco de Leiva, José María Puig, Jaime Álvarez de Mendieta, Ignacio Martínez de Villela y Antonio Alcalá Galiano, tres de los cuales habían sido diputados en las Cortes— serían los que llevarían adelante el proceso judicial abierto contra los liberales.

El auditor de guerra Vicente María Patiño comunicó al presidente de las Cortes, Antonio Joaquín Pérez —que había sido uno de los firmantes del *Manifiesto de los Persas*— la disolución de las mismas, y el edificio fue ocupado por las tropas de Eguía. Paralelamente, se procedió al arresto de los regentes Agar y Císcar, los ministros Álvarez Guerra y García Herreros, el general Villacampa, y los más destacados

⁵⁶ En los siguientes párrafos sigo el estudio de Ignacio LASA IRAOLA, “El primer proceso de los liberales (1814-1815)”, en *Hispania*, nº 30, 1970, pp. 327-383. La historiografía conservadora (especialmente María del Carmen PINTOS VIEITES, *La política de Fernando VII entre 1814 y 1820*, Pamplona, Estudio General de Navarra, 1958) ha minimizado la extensión de la represión y ha afirmado que el proceso que se llevó a cabo contra los liberales fue completamente legal, metódico en sus garantías, e incluso generoso. Esta afirmación es insostenible, como pone de manifiesto el artículo de Lasa Iraola. Sin embargo, es cierto que el número de liberales condenados no fue muy alto, aunque esto mismo demuestra la arbitrariedad del proceso, en el que se juzgó y condenó a algunos diputados, mientras que otros —algunos de los cuales habían sido delatores de sus compañeros— no solo no fueron procesados, sino que fueron premiados por Fernando VII. Entre estos se encontraban varios de los firmantes del *Manifiesto de los Persas*. Pintos Vieites pone como ejemplo de la supuesta lenidad de la represión un cuadro publicado en la obra de Manuel MARLIANI, *Historia política de la España Moderna*, Barcelona, Imprenta de Antonio Bergnes, 1840, p. 59, en el que, en palabras de Pintos Vieites “se especifican las resoluciones de sentido más revolucionario adoptadas por las Cortes, comparando el número de los diputados que, habiéndolas votado, fueron castigados, siguieron gozando de sus puestos o fueron premiados por el Rey a su vuelta del destierro”. En realidad, la intención de Marliani al elaborar este cuadro era poner de relevancia la falta de rigor de los procesos realizados contra los diputados, lo que le llevaba a exclamar: “¡Castigar, indultar y premiar por un mismo hecho!”, p. 60.

diputados, entre ellos Argüelles, Muñoz Torrero, Calatrava y el americano Ramos Arizpe. El periodista y escritor Quintana también fue detenido, así como el actor Máiquez. Otros diputados, como el guayaquileño Vicente Rocafuerte, se vieron obligados a partir hacia el exilio⁵⁷.

El proceso para juzgar a los líderes liberales comenzó enseguida, aunque estaría marcado por la arbitrariedad y mostraría un gran número de irregularidades jurídicas, consecuencia de la falta de pruebas obtenidas y de las dificultades encontradas a la hora de tipificar el delito. Fernando VII intervino personalmente en el proceso judicial desde el mismo momento en que ordenó unas detenciones sin ninguna acusación concreta. Así, la tarea inicial de los jueces consistió en fundamentar el delito del que se acusaba a los detenidos. El rey había condenado ya a los diputados de las Cortes de forma general y ellos debían concretar individualmente las acusaciones a los detenidos. Para ello, procedieron en primer lugar a incautar sus papeles privados, aunque al revisarlos fueron incapaces de encontrar ninguna figura de delito. A partir de entonces, los jueces se embarcaron en un proceso en el que se encontraron constantemente incómodos, pues en realidad lo que el rey les había encargado era construir unas acusaciones contra unos detenidos sin cargos que sin embargo ya habían sido condenados políticamente. La intención de los jueces de cumplir con la ley se vio constantemente interrumpida por las intervenciones reales, lo que produjo la insólita situación de unos magistrados que debían justificarse ante Fernando VII por querer cumplir los procedimientos legales establecidos. Este conflicto desembocó en la dimisión de los jueces en julio de 1814, aunque esta no fue aceptada por el rey.

Pero antes de llegar a ese momento los jueces habían intentado construir un caso a través de la reunión de pruebas. Para ello examinaron los *Diarios de Sesiones* de las Cortes, así como sus decretos, además de consultar la prensa liberal y de interrogar a 32 testigos. La reunión de estas pruebas se convirtió en un farragoso proceso que los mismos jueces llegaron a calificar de “caos”. Al finalizar, los jueces confesaron haber sido incapaces de especificar los delitos cometidos por los detenidos. Para intentar

⁵⁷ Una lista de arrestados en Madrid en PRO. FO. 72/160, f. 62 incluye a los regentes Císcar y Agar; a los ministros de Estado García Herreros y Juan Álvarez Guerra; a los ex ministros de Estado general O'Donojú y Manuel Cano; y a los diputados Agustín de Argüelles, conde de Toreno, Isidoro Antillón, Calatrava, Nicasio Gallego, Nicolás García Page, López Cepero, Martínez de la Rosa, Antonio Larrazábal, Miguel Ramos Arizpe, Ramón Feliu, Joaquín Lorenzo Villanueva, A. Oliveros, Diego Muñoz Torrero, J. Canga Argüelles, Miguel A. Zumalacárregui, José María Gutiérrez de Terán, Dionisio Capaz, A. Cuartero, José Zorraquín y Joaquín Díaz Caneja; citado por Manuel MORENO ALONSO, *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1997, p. 317.

resolver esta situación, el 21 de mayo se había encargado a una veintena de notables realistas, entre ellos Bernardo Mozo de Rosales y el conde de Montijo, que redactasen una serie de informes sobre los diputados que habían atentado contra la soberanía de Fernando VII. La acusación ya había sido decidida —el atentado contra la soberanía real por parte de las Cortes— y había que obtener las pruebas para sostenerla. Curiosamente, la mayor parte de los informantes habían sido ellos mismos diputados de las Cortes. Por qué a ellos y a otros muchos diputados que se habían convertido en realistas no se les acusaba de los mismos delitos era una más de las inconsistencias de un proceso parcial y claramente político que intentaba dar una imagen de formalidad jurídica que nunca tuvo realmente. Efectivamente, los redactores de los informes concluyeron que un cierto partido, que denominaron como *liberal*, había transformado el sistema político de la monarquía proclamando la soberanía nacional inspirado por ideas democráticas y enciclopedistas. Algunos de los informantes no se comprometieron a realizar acusaciones concretas, pero otros sí lo hicieron, describiendo además un clima de intimidación y de falta de libertad en las Cortes que acabaron por elaborar la constitución de 1812⁵⁸.

Finalmente, como resultado de la documentación reunida por los jueces y de los informes recibidos, el 16 de julio se presentó un *Memorial de cargos* redactado por el licenciado Segovia. En él se presentaban 28 cargos generales y otros particulares atribuidos a diversos individuos y grupos. El primero y principal era “haber atentado contra la soberanía del Sr. D. Fernando VII y contra los derechos y regalías del trono para establecer un gobierno democrático, privarle de su corona Real y de la posesión de sus reinos”. De este cargo se acusaba a 84 diputados de los cuales, según Villanueva,

⁵⁸ *Copia literal de los informes pedidos a varios sujetos con fecha de 21 de mayo de 1814 para poder en su virtud formar cargos a los diputados presos desde 10 del mismo mes, por no hallarse noticia ni documento alguno contra los dichos, ni en las secretarías del Despacho ni entre los papeles que al tiempo de su arresto fueron sorprendidos a los mismos según consta del informe dado por los jueces de policía que también va inserto y Memorial de cargos contra diputados y otras personas, formado por el licenciado Antonio María de Segovia*, BNE, MSS 12463. Por un descuido de un escribano, estos informes reservados fueron a manos de los detenidos, quienes pudieron copiarlos y hacer que se editasen en Londres, en *El Español Constitucional*, t. III, pp. 94-97. Ver igualmente las obras de Joaquín Lorenzo VILLANUEVA, *Apuntes sobre el arresto de los vocales de Cortes, egecutado en mayo de 1814 escritos en la cárcel de La Corona por el diputado Villanueva, uno de los presos*, Madrid, Imprenta especial de las Cortes-Don Diego García y Campoy y Compañía, 1820; y la *Vida literaria de Don Joaquín Lorenzo Villanueva, memoria de sus escritos y de sus opiniones eclesiásticas y políticas, y de algunos sucesos notables de su tiempo*, Londres, Macintosh, 1825.

uno de ellos, solo 23 estaban procesados; “los demás estaban libres, premiados y aplaudidos”⁵⁹.

Fernando VII se impacientaba por la tardanza del proceso y ordenó a los jueces que tuvieran lista la sentencia en el plazo de cuatro días. Sin embargo, ante la dimisión de los jueces, que insistían en cumplir las leyes y en emplear el tiempo necesario para ello, el rey retiró su ultimátum. El día 6 de julio finalmente estos presentaron una representación en la que informaban de los detalles de la causa de una manera más ponderada que la ofrecida en los informes, pero seguían sin presentar un veredicto y se abstendían de indicar qué medidas debían tomarse a continuación.

El proceso se trasladó a la Sala de Alcaldes, que tomó declaración a cada uno de los detenidos, en base a un cuestionario de 42 preguntas. La primera de ellas pretendía averiguar “en la variedad de opiniones que ha dividido a la nación, qué partido siguió, el liberal o el servil”⁶⁰. Aunque no existen documentos que lo ratifiquen, la historiografía ha asumido que la Sala emitió una opinión favorable a los acusados. En cualquier caso, el 14 de septiembre se creó una comisión especial, formada por miembros de varios consejos, que dilató durante meses el procedimiento de toma de declaración, de embargo de bienes de los acusados y de ratificación de los testigos. Solo a partir de junio de 1815 parece que se entraba en la fase final de la causa, pero por recomendación del fiscal los sumarios pasaron a ser individuales, lo que significó un mayor retraso. En octubre la comisión fue reemplazada por otra a la que se le daba un plazo de dos meses para concluir sus trabajos. En la misma Real Orden por la que establecía la nueva, Fernando VII condenaba a los acusados y recomendaba a los miembros de la comisión cuál debía ser la pena que debían dictar:

“a los que resulten verdaderamente cómplices las penas de destierro, privación de destino y pecuniarias correspondientes a la calidad, gravedad y circunstancias de sus delitos; y si resultasen algunos inocentes, sean puestos en entera libertad. Mando igualmente que a los que resulten convencidos de cabezas principales de las ligas que se han formado para destruir mi monarquía, atacando abiertamente los derechos de mi Soberanía, y lastimando mi nombre, se les imponga el castigo a que sean acreedores por sus delitos”⁶¹.

⁵⁹ Citado por LASA IRAOLA, “El primer proceso de los liberales”, p. 356. La cita de Villanueva corresponde a su obra *Vida literaria*, que publicaría durante su exilio en Londres. También se les acusaba de haber establecido unas Cortes ilegales a través de unas juntas subversivas, de haber ejercido violencia contra los diputados realistas y de haberlos obligado a jurar la Constitución. Además, algunos diputados fueron acusados de delitos a título individual.

⁶⁰ PRO FO 72/161, n° 99, ff. 123-145. Madrid, 11 de noviembre de 1814. Interrogatorio realizado a los diputados; citado por MORENO ALONSO, *Forja del liberalismo*, p. 322.

⁶¹ Citado por LASA IRAOLA, “El primer proceso de los liberales”, p. 378.

El 13 de octubre se les entregaron las causas a los arrestados para que construyeran su defensa, y estos redactaron una exposición, a la que llamaron *Satisfacción fundamental*, en la que aportaban argumentos y pruebas para su exculpación, además de poner de relevancia las irregularidades cometidas hasta el momento.

Sin embargo, el 15 de diciembre el rey decidió llevar hasta el final sus continuas irrupciones y firmó un Real Decreto por el que condenaba a 51 de los procesados a condenas de prisión, destierro y confiscación de bienes. Los diputados Argüelles, Martínez de la Rosa, Zorraquín, Feliu, Calatrava, García Herreros o Canga Argüelles fueron condenados a ocho años de cárcel en varios presidios, la mayoría africanos, y Fernández Golfín a diez años en el castillo de Alicante. A los religiosos Joaquín Lorenzo Villanueva, Muñoz Torrero, Larrazábal y López Cepero se les confinaría en diversos conventos durante seis años. Al novohispano Ramos Arizpe, cuatro años en la cartuja de Valencia. También se condenaba a prisión o destierro a treinta individuos más que no eran diputados, como Císcar, Agar, Álvarez Guerra, Romanillos, Valdés o Quintana⁶². Aunque Fernando VII había decidido iniciar el proceso como si se tratara de una actuación judicial, sus constantes intervenciones y su decisión final confirmaban que se trataba en realidad de una decisión y una condena de carácter político.

Pero además del proceso contra las figuras más destacadas del liberalismo doceañista, se desencadenó una persecución contra las personas que “habían dado muestras de afecto a las novedades”. De forma paralela a la persecución contra los liberales más destacados, se inició una campaña en contra de la constitución, las medidas tomadas por las Cortes y sus simpatizantes. Las placas constitucionales fueron arrancadas de muchas plazas españolas y los periódicos absolutistas atacaron a los liberales. *El Procurador General* advertía de que “[e]l cuerpo de la nación española tiene muchos miembros podridos y es necesario cortarlos si no se quiere que todos los demás, juntamente con su cabeza, perezcan”⁶³. Ante la magnitud de la represión indiscriminada, el 1 de junio de 1814 una circular del Ministerio de Gracia y Justicia había intentado poner algo de orden, considerando que “la moderación y justicia de[l] gobierno emendará más bien que el terror los excesos de la imaginación”, y ordenando la puesta en libertad de los encarcelados que no constituyeran un probado peligro para “el orden público”. Debía hacerse una distinción entre los “que han tratado de trastornar

⁶² ARTOLA, *La España de Fernando VII*, p. 413; FIESTAS LOZA, *Los delitos políticos*, pp. 68-70; PINTOS VIEITES, *La política de Fernando VII*, pp. 177-178.

⁶³ ARTOLA, *La España de Fernando VII*, p. 409, incluida la cita de *El Procurador General*, del n° 34, 4 de julio de 1814; FIESTAS LOZAS, *Los delitos políticos*, pp. 68-70.

la constitución fundamental del reino, o de establecer y sostener el Gobierno intruso, empleando públicamente para uno u otro cuantos medios tuvieron en su poder” y los “que no han llegado a este punto, [que] no deben ser tratados como unos delincuentes”⁶⁴.

Los liberales que huían de estas penas y salieron hacia el exilio se dirigieron especialmente a Gran Bretaña y Francia, y unos pocos también a América. Algunos de ellos, como Toreno, llegaron a su destino final a través de Portugal. Otros lo hicieron pasando a Gibraltar. Varios, sobre todo los que disponían de más recursos, realizaron viajes entre diversos países a lo largo de los años que pasaron en el exilio. Un buen número de exiliados liberales continuó con sus actividades políticas e intelectuales, sobre todo desde Inglaterra, donde disponían de una mayor libertad de acción.

Muchos liberales se instalaron en Inglaterra confiando en el acogimiento que les prestarían sus aliados durante la guerra, con los que algunos habían mantenido estrechas relaciones personales. Una de estas fue la que muchos liberales mantuvieron con Henry Vassall-Fox, barón de Holland, que se convertiría en el principal benefactor de los españoles. Holland era un apasionado de España que venía manteniendo desde hacía décadas contactos con intelectuales y liberales españoles, y se convirtió en el principal anfitrión londinense de los exiliados españoles en la emigración de 1814, condición que repetiría durante la segunda a partir de 1823. Holland era sobrino de Charles James Fox, líder *whig* de la segunda mitad del siglo XVIII, defensor de la reforma parlamentaria y la tolerancia religiosa, antiesclavista y protector de radicales. Holland había estado al tanto de los arrestos de los liberales a través de la correspondencia que mantenía con sus amigos españoles, como la marquesa de Villafranca, que le comunicó su preocupación especial por la suerte de Argüelles y Quintana⁶⁵.

Sin embargo, la ayuda inglesa se limitaba a algunas personalidades, ya que el Gobierno *tory* contemporizó con Fernando VII a su regreso. El embajador Henry Wellesley (hermano del duque de Wellington), que inicialmente creía que Fernando VII debía aceptar la constitución, cambió de opinión al ver la impopularidad que esta tenía entre las masas populares que recibían a Fernando VII. Aunque Wellesley pensaba que no debía haberse producido el arresto de los diputados, en realidad no se opuso abiertamente a la represión que se estaba llevando contra los liberales (a los que se refería como “the Jacobin Party”), mientras que informaba de ella a su Gobierno. Con

⁶⁴ *Decretos del Rey don Fernando VII*, t. I, pp. 52-53.

⁶⁵ MORENO ALONSO, *Forja del liberalismo*, p. 318.

su apoyo a las acciones de Fernando VII contribuyó a su restauración absolutista, que sin la sanción británica —Gran Bretaña sostenía militarmente a España— no habría sido posible de manera tan acelerada⁶⁶. Pero una vez en Gran Bretaña, la actitud del Gobierno británico con respecto a los exiliados españoles fue tolerante.

Entre los que pasaron parte de su exilio en Gran Bretaña destacaban algunas de las figuras del liberalismo español, como el economista y político Álvaro Flórez Estrada, los diputados conde de Toreno y Francisco Istúriz, el filólogo Antonio Puigblanch, el bibliotecario de las Cortes Bartolomé José Gallardo, el militar Miguel Cabrera de Nevares, el médico y periodista Pedro Pascasio Fernández Sardino —que sería el principal redactor de *El Español Constitucional*, periódico de los exiliados españoles publicado en Londres entre 1818 y 1820—, o el ya instalado en Londres desde 1810 José María Blanco White, que había estado publicando su periódico *El Español* en Londres desde su llegada. Algunos de ellos, como Puigblanch, habían estado ya presos en España, aunque habían conseguido escapar. Otros, como Toreno, se enteraron en Inglaterra que Fernando VII les había condenado a muerte y confiscado sus bienes⁶⁷.

Flórez Estrada fue probablemente el exiliado más activo de los residentes en Inglaterra. Viajó a Italia para entrevistarse con Carlos IV y lograr su colaboración contra Fernando VII, y por diversas cortes alemanas como embajador del exilio español. Condenado a muerte y con sus bienes confiscados, participó en numerosas iniciativas políticas, especialmente desde Inglaterra, y se convirtió en uno de los principales portavoces del liberalismo radical. Elaboró listas de exiliados para obtener pensiones del Gobierno británico y en 1818 escribió uno de los más importantes textos del exilio liberal, la *Representación a S. M. C. el Señor don Fernando VII en defensa de las Cortes*⁶⁸.

Las autoridades españolas siguieron los pasos de los exiliados españoles en Inglaterra, que consideraban que estaban “bastante unidos entre sí”, vigilando sus actividades e intentando evitar que desplegaran una actividad política en contra de la monarquía absoluta. El conde de Toreno e Istúriz llegaron a entrevistarse con miembros

⁶⁶ MORENO ALONSO, *Forja del liberalismo*, pp. 316-317. Moreno Alonso parece confundir a Henry Wellesley con su hermano Richard, marqués Wellesley, que también había sido embajador en España en 1809.

⁶⁷ Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA, *El conde de Toreno, 1786-1843. Biografía de un liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2005; Enric JARDÍ, *Antoni Puigblanch. Els precedents de la Renaixença*, Barcelona, Aedos, 1960.

⁶⁸ Juan PAN-MONTOJO, “Álvaro Flórez Estrada: el otro liberalismo”, en Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel (eds.), *Liberales eminentes*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2008, pp. 43-76.

del Gobierno británico⁶⁹, ante lo cual el embajador español en Londres Fernán Núñez levantó una protesta, reclamando la entrega de Flórez Estrada e Istúriz, “fugados de su patria” a los que acusaba de haber causado la miseria de España, “debid[a] menos a la guerra desoladora que a los esfuerzos de algunos pocos individuos que a pretexto de reformar los abusos y mejorar las instituciones transformaron el gobierno establecido, introdujeron peligrosas novedades apoyados en principios revolucionarios y trataron de destruir la monarquía que por una serie no interrumpida de siglos ha hecho la felicidad de los españoles”. Sin embargo, el Gobierno británico, a pesar de su apoyo oficial a Fernando VII, rehusó entregar a los españoles refugiados en España porque, según le fue explicado al embajador español, “ningún Ministro en el Gabinete se atrevería a hacer proposición de esta especie, pues la opinión pública y libertad de este país clamarían contra semejante procedimiento”⁷⁰.

Indudablemente, existía un considerable apoyo por parte de ciertos sectores de la sociedad británica a los liberales españoles refugiados. La causa liberal española encontró la simpatía de numerosos sectores de la sociedad británica y europea. Cuando en febrero de 1816 el jefe de la diplomacia británica Lord Castlereagh quiso convencer al Gobierno español de que abandonase la represión a la que estaba sometiendo a los liberales, lo hizo afirmando que esta era “la opinión general no solo de esta Nación sino de toda la Europa”. Poco después se organizó en Londres una “Sociedad formada (...) para la recolección de las subscripciones en dinero que hagan [los británicos] en favor de los Españoles que no pueden volver a su patria”, algo que para el secretario de Estado español “no hace honor a la moral pública de la Gran Bretaña”⁷¹. A esta opinión pública apelaba Flórez Estrada en enero de 1819 al dirigirse a Lord Holland para solicitar su intervención a favor de la concesión de una pensión por parte del Gobierno británico. Su argumento consistía en que “unas mil y doscientas libras anuales más o

⁶⁹ AGS, Estado, leg. 8176, f. 508, Fernán Núñez a San Carlos, Londres 13 de agosto de 1814. Fernán Núñez les dijo a Castlereagh y Liverpool que Toreno e Istúriz en las Cortes habían “demostrado unas opiniones tan contrarias aún a los mismos ingleses y sus deseos”. Opinión que según el embajador “no dejé de conocer les turbó algo”; citado por MORENO ALONSO, *Forja del liberalismo*, p. 320. Toreno había conocido a líderes *tories* como Castlereagh, Canning y Wellington en 1808, durante su misión a Inglaterra como representante de la Junta asturiana; VARELA SUANZES-CARPEGNA, *El conde de Toreno*, cap. 2.

⁷⁰ AGS, Estado, leg. 8176, Fernán Núñez al vizconde de Castlereagh, Londres 13 de agosto de 1814 y Fernán Núñez a San Carlos, Londres 25 de octubre de 1814. Ver también MORENO ALONSO, *Forja del liberalismo*, p. 320. Las dificultades para expulsar a exiliados en Gran Bretaña se analizan con detenimiento en el capítulo 5.

⁷¹ AGS, Estado, leg. 8177, Fernán Núñez a Ceballos, Londres, 16 de febrero de 1816; Ceballos a Fernán Núñez, Madrid, 4 de marzo de 1816. En esta suscripción participaban, entre otros británicos, Lord Holland; MORENO ALONSO, *Forja del liberalismo*, p. 324.

menos para esta nación es de muy poca consideración, y más cuando la opinión pública a pesar de su deseo de economía y reforma en los gastos, está bien manifestada para que no se nos abandone y deje de socorrer”⁷².

El Gobierno español estaba preocupado por las actividades subversivas que los liberales podían llevar a cabo en Inglaterra. El embajador en Londres durante la mayor parte del periodo, conde de Fernán Núñez, informó profusamente sobre los movimientos de los exiliados y el Gobierno de Madrid le instaba a mantenerse alerta. Embajador y Gobierno temían que desde Inglaterra se prestara ayuda a los liberales españoles que desde la Península estaban intentando derribar el régimen de Fernando VII. En julio de 1814, el secretario de Estado, el duque de San Carlos, avisaba a Fernán Núñez de que un liberal español llamado Ciriaco de Cevallos se había trasladado a Londres “suponiendo ser comisionado por una Sociedad patriótica formada con el objeto de levantar la nación para obligar a S.M. a que jure la llamada Constitución”. Cevallos llevaba consigo una obra manuscrita, con el revelador título *Voz de la naturaleza y clamores de la nación, dirigidos a los Españoles por un amante de la patria residente en Londres*. San Carlos encargó al embajador que investigara al respecto, intentando averiguar “por los medios más exquisitos si Cevallos ha llegado a esa Corte, si publica el citado papel o otros semejantes, y si es posible saber quién se los remite de España y con quienes se corresponde por escrito”⁷³. Cuando en octubre de 1815 llegó a Londres la noticia de la insurrección de Porlier en La Coruña, Fernán Núñez intentó hablar con el jefe del Gobierno británico, Lord Liverpool, para que tomara medidas destinadas a evitar “la más mínima disposición a auxiliar una rebelión” en España⁷⁴.

Por lo general, las peticiones españolas fueron rechazadas por parte de las autoridades británicas, y desde Gran Bretaña se continuó prestando ayuda, tanto simbólica como material, a la causa liberal española así como a la de los insurrectos hispanoamericanos. Varias expediciones internacionales que tenía como propósito auxiliar la causa independentista de las posesiones españolas en América —como las organizadas por Javier Mina y Mariano Renovales— se organizaron desde Gran Bretaña. Además, Gran Bretaña era el origen de una gran parte del comercio que permitía a los independentistas hispanoamericanos continuar la lucha contra la

⁷² Flórez Estrada a Lord Holland, 23 de enero de 1819, citado MORENO ALONSO, *Forja del liberalismo*, p. 331.

⁷³ AGS, Estado, leg. 8177, San Carlos a Fernán Núñez, Madrid, 15 de julio de 1814.

⁷⁴ AGS, Estado, leg. 8176, Fernán Núñez a la Corte, Londres, 3 de octubre de 1815.

metrópoli. Del mismo modo, algunos exiliados en Inglaterra partieron desde allí para unirse a alguna de las insurrecciones liberales que se producían en la Península, como el propio Renovales hizo con la de Richart. Tras fracasar, Renovales regresaría a Inglaterra, donde planearía su expedición americana⁷⁵.

Esta actitud tolerante o directamente colaboradora del Gobierno británico era vista por el español como una auténtica traición, y fue la causa de numerosas quejas oficiales, como la nota que Fernán Núñez presentó a Castlereagh en marzo de 1815 en la que protestaba por los comentarios hechos en el Parlamento y en la prensa contra España. Castlereagh respondió que no había nada que el Gobierno pudiera hacer, porque en el Parlamento existía “libertad de debate” y en la prensa “libertad de discusión”, aunque aseguraba que si se llegaban a cometer excesos en la prensa, existían leyes que regulaban estos comportamientos, aunque siempre bajo el veredicto de un jurado⁷⁶.

El otro destino principal de los liberales fue Francia. Generalmente se ha asumido que su número fue menor que los que eligieron Inglaterra, ya que en la Francia de la monarquía de Luis XVIII podían esperar un recibimiento peor, pero lo cierto es que no fueron extraños los desplazamientos entre ambos países, y muchos de los que estuvieron en Inglaterra pasaron también temporadas en Francia, especialmente en las zonas fronterizas del sur, en Burdeos y una minoría más acomodada en París. El Gobierno francés destinó, como había hecho con los afrancesados, una cantidad a su mantenimiento, aunque esta fue progresivamente disminuyendo. La población francesa —que no tendía a diferenciar entre refugiados afrancesados y liberales— se fue mostrando desfavorable a la presencia de liberales españoles que, además del coste que suponían y de las perturbaciones sociales que causaban, eran acusados de participar en conspiraciones revolucionarias.

Los liberales desplegaron una intensa actividad política en Francia. Desde su suelo un significativo número de ellos, en ocasiones en colaboración con afrancesados igualmente exiliados, desarrolló actividades subversivas contra la monarquía de Fernando VII. Fueron especialmente activos los grupos organizados alrededor de dos de las principales figuras del liberalismo del exilio: Espoz y Mina y el conde de Toreno. Sus actividades serían el motivo de una intensa actividad policial desplegada a su alrededor y de graves enfrentamientos diplomáticos entre Francia y España. La actitud

⁷⁵ Alberto GIL NOVALES (dir.), *Diccionario Biográfico del Trienio Liberal*, Madrid, El Museo Universal, 1991, p. 558.

⁷⁶ AGS, Estado, leg. 8176, Castlereagh (Foreign Office) a la embajada española, 16 de marzo de 1815.

del Gobierno francés fue ambigua, pues si bien nunca perdió de vista las actividades ilegales que se realizaban desde su territorio, llegando a intervenir para interrumpirlas en varias ocasiones, nunca colaboró abiertamente con las autoridades españolas ni entregó a ninguno de los liberales que detuvo. Esta actitud enervaba al Gobierno español, que consideraba que la moderación de los primeros gobiernos del régimen de Carta otorgada de Luis XVIII constituía un peligro para el avance revolucionario, cuando no era cómplice del mismo.

En octubre de 1814, tras haber realizado una insurrección fracasada en Pamplona, Espoz y Mina cruzó la frontera francesa junto a un grupo de colaboradores con pasaportes en los que figuraban como comerciantes y, tras pasar por Burdeos, se instalaron en París. Al intentar obtener en la embajada española pasaportes para Londres fueron detenidos por orden del encargado de negocios español, conde de Casa-Flores. Esta detención ocasionaría un grave incidente diplomático. Según el relato que el propio Espoz y Mina realizó en sus memorias —que deben tratarse con preocupación por su tono autocomplaciente— cuando el Gobierno francés descubrió su identidad, lo liberó, y le “prodigó las mayores atenciones”. El mismo ministro de Policía, conde Beugnot, le prometió “de parte de Luis XVIII, toda protección y auxilio”. Tras la protesta de Espoz y Mina al ministro de Policía, el consejo de ministros recriminó a Casa-Flores su acción. Según Espoz su detención causó una grave crisis, y el comisario de la policía que le había detenido fue destituido y Casa-Flores expulsado de Francia⁷⁷.

Espoz y Mina decidió abandonar la capital y, dejando de lado sus planes de pasar a Inglaterra, se instaló en el campo. Según su relato autobiográfico, el Gobierno francés le recomendó el pueblo de Bar-sur-Aube, en la Champaña, y le concedió una ayuda de 500 francos mensuales “por los servicios que en la guerra había hecho en favor de la casa de Borbón”. Allí se instaló, intentando pasar desapercibido, hasta que Napoleón escapó de la Isla de Elba. Espoz y Mina consideró salir de Francia, pero al no poder obtener pasaporte, se quedó en Bar. El nuevo subprefecto enviado por Napoleón quiso hacer que Espoz y Mina pasara a París, según este porque se le había “encargado del mando de un cuerpo de ejército de los destinados a obrar contra España”. Espoz y Mina se creía el elegido por Napoleón para sublevar a los españoles descontentos con el gobierno restaurado de Fernando VII, e instalar un gobierno liberal en España que se

⁷⁷ *Memorias del General don Francisco Espoz y Mina, escritas por el mismo, publicadas su viuda Doña Juana María de Vega, condesa de Espoz y Mina*, Tomo II, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1851, pp. 205-208; Jean-René AYMES, “Españoles en Francia”.

convertiría en aliado de Napoleón frente a las potencias continentales reaccionarias. Pero Espoz y Mina rechazó la propuesta, negándose a conducir un ejército francés contra España. Decidió entonces abandonar definitivamente Francia, huyendo hacia Suiza, donde asegura que fue muy bien recibido. En Zúrich recibió todo tipo de facilidades por parte de los embajadores de todas las naciones allí residentes para poder atravesar la convulsa Europa de la última guerra napoleónica. Espoz y Mina decidió viajar hacia Bélgica, y el 22 de junio llegó a Gante, donde se encontraba la Corte de Luis XVIII. Tras la derrota definitiva de Napoleón en Waterloo, Espoz y Mina regresó a París donde permaneció hasta 1820⁷⁸.

Durante el regreso de Napoleón también hubo liberales que, como había ocurrido con los afrancesados, fueron invitados a unirse al emperador. A Javier Mina, junto a un grupo de seguidores que acababan de ser liberados de la cárcel de Blaye, cerca de Burdeos, se le propuso que entrara a España para restaurar la constitución. El joven Mina se había acercado ya a Luis XVIII y, como su tío, se negó a luchar contra españoles en nombre de Napoleón, así que salió de Francia y cruzando clandestinamente el norte de Navarra se embarcó en Bilbao en dirección a Inglaterra⁷⁹.

En la capital francesa Espoz y Mina se reencontró con algunos de sus compañeros de la Guerra de la Independencia en Navarra que, como prisioneros de guerra liberados por la monarquía restaurada, se encontraban en Francia en una situación lamentable. Entre ellos figuraba su sobrino Javier Mina, que aún no había salido del país. Gracias a los escasos subsidios que el Gobierno les concedió, pudieron sobrevivir un tiempo, pero poco después la mayoría decidió salir de Francia, muchos de ellos con destino a España, pero otros a América o Inglaterra. La vigilancia policial se estrechó y Espoz y Mina, que estaba en contacto con algunos “franceses que respiraban ideas liberales”⁸⁰, fue uno de los más vigilados. Según Espoz y Mina, que en sus *Memorias* asegura que estaba al corriente de las actividades policiales porque interceptaba la correspondencia de las autoridades españolas, llegó incluso a inventar falsos planes revolucionarios para sembrar el desconcierto en el Gobierno español⁸¹.

Ante los requerimientos del Gobierno español, la policía francesa llevó a cabo una estrecha vigilancia sobre los liberales exiliados, sospechosos de planear diversos complots contra España. Estas conspiraciones, a la vez reales, fingidas y sospechadas,

⁷⁸ *Memorias de Espoz y Mina*, pp. 212-221.

⁷⁹ AYMES, “Españoles en Francia”, p. 13.

⁸⁰ *Memorias de Espoz y Mina*, pp. 222-225.

⁸¹ *Memorias de Espoz y Mina*, pp. 228-229.

dieron lugar a varias intervenciones policiales. El conde de Toreno había llegado a París desde Londres a principios de 1816, e inmediatamente se vio envuelto en las conspiraciones que se preparaban contra Fernando VII, o al menos así lo creía la policía francesa, que afirmaba en un informe de febrero de 1816 que Toreno “parece tomar parte en las intrigas políticas cuyo objetivo es hacer perder a la familia de los Borbones los tronos de Francia y de España”⁸². El resultado fue el arresto en abril de 1816 de Espoz y Mina y Toreno junto a algunos franceses que se encontraban con ellos. Pasaron dos meses encarcelados en la prisión de Sainte Pelagie acusados de estar implicados en la abortada conspiración que Porlier, cuñado de Toreno, había liderado en La Coruña⁸³.

El Gobierno francés siguió una política ambigua respecto a los refugiados españoles, en la que liberales y afrancesados confluían. Por una parte, tomó medidas policiales y de vigilancia respecto a los conspiradores españoles instalados en su territorio, especialmente liberales. Pero esto lo hacía principalmente para mostrar al Gobierno español su colaboración frente a la amenaza revolucionaria y pedirle al mismo tiempo que permitiera el regreso de la masa de los refugiados, la mayoría de ellos afrancesados, o al menos de aquellos posibilitados a hacerlo por el decreto del 30 de mayo de 1814. En la primavera de 1816, Richelieu exhibía frente a Peralada las medidas que el ministro de la Guerra, duque de Feltre, había tomado para alejar de la frontera a los refugiados sospechosos y para recluir a los más peligrosos en la isla de Oléron. Al mismo tiempo, pedía que se concedieran pasaportes para 600 refugiados. Apoyaba así la decisión que, como ya se ha visto, el conde de Loverdo –comandante de la región militar en la que se concentraban la mayoría de los refugiados— había tomado de expulsar de Francia a todos aquellos que pudieran regresar según las leyes españolas vigentes. Todos ellos eran militares de rango inferior al de capitán y por lo tanto, según el decreto del 30 Mayo, podían volver a España. De esta situación surgió un pequeño conflicto. El Gobierno español se negó a la entrada de los exiliados afrancesados, y el embajador español limitó la aplicación de la medida de Loverdo, alegando que muchos de esos refugiados, aunque efectivamente con rango menor al de capitán, estaban sin embargo comprendidos en el decreto a través de otros artículos, por haber cometido

⁸² ANF, F⁷ 12002, citado por Jean-René AYMES, *Espanoles en París en la época romántica, 1808-1848*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 58-59. Toreno en la capital francesa trabó amistad con destacados políticos y publicistas del país, como M. Ternaux y M. Bérard. Varela Suanzes-Carpegna, aunque reconoce que no existen pruebas de que los conociera personalmente, cree que pudo estar en contacto con pensadores como Constant o los doctrinarios Royer-Collard y Guizot, o al menos haber leído sus obras; VARELA SUANZES-CARPEGNA, *El conde de Toreno*, pp. 104-105.

⁸³ AHN, leg. 3135, “Arrestation de réfugiés espagnols, prévenus de complots contre S.M.C.”; AYMES, *Espanoles en París*, p. 58; VARELA SUANZES-CARPEGNA, *El conde de Toreno*, p. 104.

crímenes durante su servicio como agentes de policía o como miembros de los ejércitos de José I⁸⁴.

Pero a pesar de los intentos interesados del Gobierno francés de controlar las actividades subversivas de los refugiados, los diplomáticos españoles en Francia se mostraron frustrados por lo que entendían como falta de colaboración por parte de las autoridades francesas, y este malestar fue el origen de múltiples protestas del Gobierno español. Inicialmente Iparraguirre, el cónsul español en Bayona, se mostró optimista respecto a la colaboración de las autoridades francesas, que de hecho habían llevado a cabo en abril de 1816 registros de las casas de algunos españoles involucrados en tramas conspirativas y había detenido a uno de ellos: “Estas autoridades manifiestan la mejor disposición de proteger todas mis operaciones y el subprefecto me ha asegurado haber tomado las convenientes medidas para coger los fugitivos”⁸⁵. Poco después, estos individuos fueron arrestados y la información que la policía obtuvo de ellos fue central en la imagen que tanto el Gobierno francés como el español construirían de las conspiraciones de los exiliados. En mayo, Iparraguirre se felicitaba que el Gobierno francés fuera a enviar a Bayona un comisario general de policía encargado de “alejar de estas fronteras toda gente sospechosa de cualquiera clase y condición que sea, procediendo en caso necesario al arresto de las que considere conveniente asegurarlas”. Se mostraba satisfecho con la colaboración del subprefecto de Bayona y del prefecto del departamento, y alababa la “actividad y energía con que este Gobierno se conduce en las reclamaciones que se le tienen hechas redoblando su vigilancia por los medios que juzga más convenientes”⁸⁶.

Sin embargo, a mediados de junio ya manifestaba su desencanto con el comportamiento de las autoridades francesas. En relación con el caso del arresto de los conspiradores instalados en Bayona –Beunza, Asura, Martínez y Arambide— creía “que las exteriores insinuaciones que [el prefecto] me hizo de su grande celo por el mejor servicio de S. M. no corresponderán a sus operaciones”. Se quejaba de que Beunza se

⁸⁴ AHN, Estado, leg. 6802. Richelieu a Peralada, París 18 de marzo de 1816; Peralada a Richelieu, París 23 de marzo de 1816; Richelieu a Peralada, París 11 de mayo de 1816; Peralada a Richelieu, París 31 de mayo de 1816. El 29 de abril Richelieu ordenaba al embajador en Madrid que recordara al Gobierno español el arresto de algunos exiliados españoles y que enfatizara “avec quelle sollicitude le Gouvernement Français s’occupe des moyens de prévenir, dans ses états, tout projet qui pourrait être formé contre l’autorité de sa Majesté Catholique et tendre à troubler la tranquillité de ses Provinces”; AHN, Estado, leg. 3135, Richelieu al Príncipe de Labal embajador francés en Madrid, París 29 de abril de 1816.

⁸⁵ AHN, Estado, leg. 3135, Iparraguirre a Pedro Cevallos, Bayona, 5 de abril de 1816, d. n.º 31. Los investigados eran Juan Bautista Beunza y el ex jesuita Martínez, y el detenido Asura.

⁸⁶ AHN, Estado, leg. 3135, Iparraguirre a Pedro Cevallos, Bayona 13 de mayo de 1816, d. n.º 54.

podiera pasear “francamente por esta Ciudad, causándome el disgusto que es consiguiente a los conocimientos que tengo de ser uno de los más principales culpados”, y concluía que “se puede tener muy poca confianza en la persona del Prefecto”⁸⁷.

Cuando en febrero de 1817 el secretario de Estado Pizarro mandó a la embajada en París una lista de españoles refugiados en Francia sospechosos de estar involucrados en conspiraciones, González Salmón —el encargado de negocios que tomó a su cargo las relaciones diplomáticas con el Gobierno francés cuando el embajador Peralada se ausentó— aseguró que reclamaría al Gobierno francés que hiciera algo al respecto, pero se mostraba poco optimista. Se quejaba de que la colaboración francesa sería escasa: “nada o muy poco se debe esperar relativamente a las medidas que adopte [el Gobierno francés] para evitar que el infinito número de personas, por lo menos sospechosas, que se hallan refugiados en su territorio se ocupen en modelar proyectos de sedición para turbar la tranquilidad de la Península”. Citando los casos de las reclamaciones efectuadas en relación a Manuel Núñez Labrador y a Antonio Caresse, Salmón añadía: “este Gobierno nunca toma una determinación positiva sobre este género de reclamaciones, y que lo más que se compromete es a dar buenas esperanzas”⁸⁸.

En mayo se ordenó el arresto de tres españoles que según el duque de Richelieu —presidente del Consejo y ministro de Relaciones Exteriores— estaban “acusados de haber tomado parte en los atentados dirigidos contra la tranquilidad de su Patria” y que se encontraban “refugiados en Francia en los departamentos de los Pirineos”⁸⁹. Los tres estaban comprendidos en la lista de sospechosos enviada por el Gobierno español, y aunque según González Salmón, Richelieu había asegurado que no habría “dificultad en entregarlos a las autoridades del Rey N. S. en el caso que fuesen reclamadas sus personas”, el encargado de negocios no creía que llegara “este caso”, y se mostraba convencido de que el Gobierno francés se “content[aría] con dar buenas palabras así en este punto como en todo lo demás que tenga conexión con él. (...) Por lo menos así se debe inferir no solo de lo que constantemente ha obrado este Gobierno acerca de

⁸⁷ AHN Estado, leg. 3135, Iparraguirre a Cevallos, Bayona 17 de junio de 1816, d. n° 66.

⁸⁸ AHN, Estado, leg. 6802, el encargado de Negocios en París (Salmón) a Pizarro. 13 de marzo de 1817, d. n° 151.

⁸⁹ AHN, Estado, leg. 6802, Richelieu a González Salmón, París 26 de marzo de 1817. No he podido identificar a los tres españoles, cuyos nombres afrancesados eran André Redin, Florence Echayde y Stanislas Urrazolgui.

asuntos de esta naturaleza, sino también por lo que me ha avisado relativamente a esto mismo el Cónsul de España en Bayona”⁹⁰.

El exilio de muchos liberales no se limitó a estancias en un solo destino sino que, como se ha visto, muchos de ellos realizaron viajes entre varios países. A los casos de grandes nombres como Espoz y Mina, su sobrino Javier o el conde de Toreno, hay que añadir otros anónimos como el teniente Pablo Erdurain y Oyo que, según el embajador en París, pasaron de Londres a París y que se disponían a volver a España⁹¹. Otros, muy pocos, pasarían al continente americano, como se verá más adelante.

3.4 El Gobierno español y la inalcanzable amnistía

En el otoño de 1814, poco después de su regreso, Fernando VII se dispuso a otorgar como medida de gracia una serie de indultos generales que afectaban, en primer lugar, a militares de baja graduación culpables de delitos como la desertión o la incorporación al ejército josefino, y en segundo lugar, a delincuentes que se encontraban presos, incluyendo a los “fugitivos, ausentes y rebeldes que se hallen fuera de la Península”. Pero las excepciones contempladas en ambos decretos eran tantas que los acusados de delitos políticos, especialmente “los reos de lesa Majestad divina o humana”, no se podían beneficiar de ellos⁹². Las limitaciones de esta primera aproximación por parte de la monarquía restaurada a la cuestión de los represaliados se reproducirían en todos los intentos que a partir de entonces se ensayaron.

En lo relativo a la concesión de una amnistía las altas esferas del Gobierno fernandino consideraban que los casos de afrancesados y liberales debían ser diferenciados. En el Consejo de Estado se acordó en marzo de 1816 que cuando “S.M. hablase a sus Pueblos, manifestando su clemencia (...) no se confundiese a los llamados

⁹⁰ AHN, Estado, leg. 6802, el encargado de Negocios en París (González Salmón) a Pizarro, 1 de mayo de 1817, nº 270.

⁹¹ Oyo era José Regato, según declaró Beunza en un interrogatorio policial el 16 de abril de 1816; AHN, Estado, leg. 3135, J. Carlos de Ayzaga al secretario de Estado. Tolosa 10 de enero de 1816; Extrait du second interrogation de Beunza, 16 de abril de 1816.

⁹² Decretos de 2 de septiembre y 14 de octubre de 1814, en *Decretos del Rey don Fernando VII, 1814*, pp. 233-239, 313-314. El 12 de mayo de 1815 Fernando VII volvió a conceder un indulto con motivo del aniversario de su regreso a la Corte, del que de nuevo quedaban excluidos los reos “de delitos de Estado”. *Decretos del Rey Don Fernando VII. Año segundo de su restitución al trono de las Españas. Se refieren todas las reales resoluciones generales que se han expedido por los diferentes ministerios y consejos en todo el año de 1815. Por don Fermín Martín de Balmaseda*, t. II, Madrid, Imprenta Real, 1819, p. 319. Además, las dudas que los decretos podían levantar sobre su extensión a ciertos cargos intermedios fueron resueltas de la manera más restrictiva, como en el caso de la confirmación de su aplicación para los consejeros de prefecturas o los canónigos (resoluciones de 31 de julio de 1815 y 8 de marzo de 1816, respectivamente, en AHN, Estado, leg. 6802).

liberales con los afrancesados”. Sin embargo, la cuestión de la concesión de una amnistía para afrancesados y liberales fue en la práctica siempre considerada por las autoridades españolas como una única, o al menos dos cuestiones íntimamente relacionadas, y por lo general regida por la sospecha de que afrancesados y liberales colaboraban para hacer caer la monarquía. El temor a los efectos que podría tener la concesión de una amnistía cuando la monarquía estaba siendo asediada por múltiples insurrecciones orientó una política que siguió en buena medida la opinión del ministro Pedro Cevallos respecto a los afrancesados, y que consistía en aplazar la toma de una decisión definitiva respecto a la amnistía, “esperanzándoles entretanto de lograrla”. Cuando se propusieron medidas de clemencia como fórmula para pacificar el reino, como hicieron tanto Cevallos como su sucesor José García de León y Pizarro, fueron bloqueadas por los sectores más reaccionarios, que serían los que guiarían la actuación del rey⁹³.

Las medidas represivas iniciales dirigidas contra los liberales dieron paso a tímidos y voluntaristas intentos de reconciliación, como el Real Decreto del 26 de enero de 1816, que llegaba a ordenar que “las voces de *liberales* y *serviles* desaparezcan del uso común”. El decreto pretendía relajar la represión poniendo fin a las actividades de las comisiones irregulares, así como a las arbitrariedades surgidas de las acusaciones sin pruebas. Establecía que las causas criminales pasaran a ser juzgadas por “tribunales establecidos por la ley”, y que “los delatores se presenten a los tribunales, con las cauciones de derecho (...) y que en el término de seis meses queden finalizadas todas las causas procedentes de semejante principio, guardando las reglas prescriptas por el derecho para la recta administración de justicia”. Pero las esperanzas que este decreto pudo suscitar para los liberales ya represaliados fueron vanas, pues al mes siguiente el rey ordenaba que el tribunal creado en la Corte para las causas de Estado continuara con las causas que tuviera abiertas⁹⁴.

⁹³ Sesión del Consejo de Estado del 6 de marzo de 1816, en AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, f. 147. El periódico de París *Le Censeur*, criticaba en febrero de 1815 de esta forma la intervención de los ultrarrealistas: “[Mr. Ceballos] avait plaidé éloquemment la cause des Espagnols réfugiés en France (...). Déjà Ferdinand revenait de ses erreurs et paraissait disposé à suivre des mesures de paix et de conciliation; l’acte d’amnistie était préparé; plus de 40.000 infortunés allaient arriver au terme de leur misère mais des prêtres, dont il faut ici consigner les noms pour transmettre leur infamie à la postérité, trois prêtres, nommés Ostolaza, Escoiquitz [sic] et Castro, ont alarmé la conscience du roi (...). Ainsi l’égoïsme, la superstition, le fanatisme de quelques individus qui, au lieu de se mêler des affaires du gouvernement devraient être relégués dans leurs cloîtres (...), privent de nouveau des milliers de familles de la paix et du bonheur”, citado por MORANGE, *Paleobiografía*, p. 319.

⁹⁴ Real Decreto de 26 de enero de 1816 y RD de 3 de febrero de 1816, en *Decretos del Rey Don Fernando VII. Año tercero de su restitución al trono de las Españas. Se refieren todas las reales resoluciones*

La cuestión de la amnistía de afrancesados y liberales se inmiscuyó profundamente en la política exterior española, afectando a la posición que España ocupaba en el sistema internacional postrevolucionario. En febrero de 1816, el primer ministro británico Castlereagh informó al conde de Fernán Núñez, embajador español en Londres, que en Gran Bretaña existía entre la opinión pública una extendida simpatía por la causa de los liberales, y que las medidas represivas tomadas por el Gobierno español se veían con muy malos ojos, así como la política española en lo relativo al tráfico de esclavos africanos. Castlereagh aseguraba temer que “la baja opinión que en Inglaterra se tiene del gobierno español y su marcha en los negocios interiores produjese efectos desagradables y de muy fatales resultados”. Creía además que la oposición *whig* iba a atacar al Gobierno *tory* por su apoyo a Fernando VII, y que reclamaría que no se autorizase “con su tolerancia la opresión en que yace la nación española, ni permitir que el despotismo de su gobierno se extienda a las colonias del Nuevo Mundo”⁹⁵.

En efecto, a pesar de las gestiones de Fernán Núñez para evitarlo, en la sesión del 15 de febrero el diputado Henry Brougham realizó una petición para que, en palabras del embajador español, el “Príncipe Regente [...] interpusiese sus esfuerzos con S.M.C. a fin de mudar de sistema en la marcha de los asuntos interiores de España”⁹⁶. Castlereagh replicó a la intervención de Brougham “con un discurso muy brillante” que consiguió hacer cambiar de opinión a varios miembros de la oposición, como Wilberforce, que votaron junto al Gobierno, “lo que produjo una mayoría de 123 votos contra 42”. Días después, Fernán Núñez se entrevistó con Castlereagh, que le reiteró el apoyo de su Gobierno a España, pero condenando “la particular acrimonia y crueldad que se nota en las últimas sentencias” que “jamás [podrían] ser no solo aprobadas, pero ni menos sostenidas por un Gobierno como el Británico, que ha sido de todo tiempo el apoyo de los pueblos oprimidos como la España misma es prueba de ello”. Para Castlereagh, los excesos de la represión que se estaba ejerciendo en España amenazaban la estabilidad del continente “después de 25 años de Revolución y Guerras”. Afirmaba que la senda tomada por el Gobierno español era contraria “a los sentimientos adoptados por todos los Soberanos para consolidar los espíritus aún inquietos, y que no solo perjudica[ba] a España sino que [era] el peor ejemplo para las

generales que se han expedido por los diferentes ministerios y consejos en todo el año de 1816. Por don Fermín Martín de Balmaseda, t. III, Madrid, Imprenta Real, 1817, pp. 28 y 46-47.

⁹⁵ AHN, Estado, leg. 3043, ff. 124v. y 125, citado por FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta*, p. 145.

⁹⁶ Sesión extraordinaria del Consejo de Estado del 2 de marzo de 1816, en AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, f. 136v.

Potencias que habiendo contribuido tanto al restablecimiento del Orden General, se han hecho en cierto modo responsables a la felicidad universal de los Pueblos”. En esta situación, Castlereagh acababa afirmando que no solo Gran Bretaña, sino también otra potencia que no quería nombrar, se podrían ver obligados “a abandonar una defensa que sería imposible sostener”. Fernán Núñez exponía claramente cuáles eran las condiciones que el Gobierno británico ponía para mantener su apoyo, y recomendaba que se accediera a ellas. Estas consistían en “inclinarse a S.M. a un perdón general sobre todos los individuos aunque fuese no permitiéndolos por la presente permanecer en España, pero libertando de presidios, cárceles & individuos cuya opinión y sentimientos se hallan tan unidos con los de un Pueblo como este que los miró como defensores (del mismo Soberano que los castiga) contra la fuerza y poder del usurpador Bonaparte”⁹⁷.

Pero para el Gobierno británico la cuestión principal de su relación con España en esos momentos pasaba por la erradicación del comercio de esclavos. La prioridad para Castlereagh —y para diputados abolicionistas como el mencionado Wilberforce— era forzar a España a ofrecer concesiones en este tema. En opinión de Fernán Núñez, Fernando VII se debía mostrar receptivo a estas demandas, dejando de lado la cuestión de la represión de los liberales. Los ministros españoles estuvieron de acuerdo en hacer concesiones en la cuestión de los esclavos, sin tocar lo relativo a una posible amnistía. Estas negociaciones llevaron a la firma en septiembre de 1817 del tratado entre España y Gran Bretaña por el que se abolía gradualmente el tráfico de esclavos español a cambio de una indemnización, aunque en realidad su cumplimiento fue incompleto por parte de España⁹⁸.

De forma paralela, el 17 de febrero de 1816 el ministro de Guerra, marqués de Campo Sagrado, había propuesto en el consejo de Estado la consideración de dos medidas, destinadas a mejorar “el estado crítico en que se hallaba la nación, dividida en opiniones y falta de recursos para atender a sus mayores y urgentes necesidades”. Las dos proposiciones consistían en la concesión de una amnistía “para conciliar los ánimos” y en la solución del problema hacendístico. Se establecía así una relación dialéctica entre amnistía y hacienda que continuaría presente en la mente de los ministros durante los años siguientes. En opinión de muchos de ellos, una situación

⁹⁷ AGS, Estado, leg. 8177, Fernán Núñez a Ceballos, Londres 16 febrero 1816. La potencia a la que se refería Castlereagh —si es que esta maniobra no era más que una estratagema para poner más presión sobre España— podía ser Rusia, ya que el embajador Tatitcheff intervino a favor de la concesión de una amnistía; AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, f. 810.

⁹⁸ AHN, Estado, leg. 3043, f. 127-130. Véase también Josep FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta*, pp. 134-138.

saneada de la Hacienda era el mejor medio para sostener una próspera economía que asegurara la tranquilidad pública. Sostener la monarquía pasaba por evitar que cundiera entre la población un descontento que era visto como causa fundamental de las insurrecciones que no cesaban de producirse por toda la Península, y por obtener los recursos necesarios con los que mantener a las fuerzas del orden público. El acento puesto en uno u otro medio variaba según el carácter de los diferentes ministros, pero estaba más o menos presente en todos ellos⁹⁹.

A lo largo del mes de marzo de 1816 se produjeron una serie de discusiones en el Consejo de Estado en las que, a la vista de las presiones del exterior y de la iniciativa de Campo Sagrado, se discutió acerca de la posibilidad de ofrecer un “perdón de los Liberales y de algunos Afrancesados”. La cuestión fue tratada como fundamental tanto a nivel de política interior como exterior. Para solucionar los problemas financieros de la monarquía, el ministro de Hacienda Ibarra propuso que se combinaran una serie de medidas hacendísticas con la concesión de una amnistía. Como ya se ha indicado, esta doble iniciativa implicaba por una parte reformar el sistema de Hacienda para mejorar la crítica situación económica eliminando así las causas del descontento que se veía detrás de las tentativas insurreccionales y, por otra, decidirse por “la clemencia en favor de los desgraciados por opiniones” con el propósito de recuperar el talento de los exiliados para ponerlo al servicio del Estado¹⁰⁰. La propuesta de Ibarra fue bien recibida por el Consejo, que acordó que Cevallos redactara una propuesta destinada al rey¹⁰¹.

Pero a pesar de estas iniciativas y de las presiones llegadas del exterior, el Gobierno español no estaba en condiciones de realizar concesiones en un panorama europeo que percibía como altamente inestable, influido por las teorías conspirativas que circulaban en el momento. El embajador en París, Conde de Peralada, había enviado en febrero un informe en el que dibujaba una Francia y una Europa al borde del colapso revolucionario, y lo peor de todo, en la que los principios revolucionarios seguían dirigiendo la política de los gobiernos restaurados. Informaba del “estado de convulsión en que se halla la Francia”, del “poder de las pasiones exaltadas y principios Democráticos, de que se resienten hoy hasta las resoluciones del mismo Soberano”, del “fundado descontento de los verdaderos Realistas”, del “poco influjo que los Príncipes de la Familia tienen en las determinaciones del Gobierno”, de “las ideas revolucionarias

⁹⁹ FONTANA, *La quiebra de la monarquía*, pp. 140-141.

¹⁰⁰ Sesión extraordinaria del Consejo de Estado del 2 de marzo de 1816, en AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, ff. 136-139.

¹⁰¹ AHN, Estado, leg. 3043, f. 145, citado por FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta*, p. 146.

que abrigan algunos de sus Ministros, y muchos de los Gabinetes extranjeros”, de “la inteligencia presunta de los Jacobinos con algunos del partido anti-ministerial de Inglaterra”, de “la protección, que se supone, han dado a Lavallette (sic) en su fuga, y por último del estado anárquico de Prusia y partes de Alemania en donde se da acogida a tantos Regicidas”¹⁰². Recordemos el descontento del embajador español con el Gobierno francés, que consideraba que no colaboraba lo suficiente en la lucha contra los conspiradores españoles que desde Francia llevaban a cabo planes subversivos contra la Península y América. El Gobierno español se veía a sí mismo como el verdadero bastión legitimista en Europa, y en esta posición las concesiones que podía hacer ante los peligrosos exiliados eran escasas.

Así, el proyecto de amnistía general que Cevallos presentó el 13 de marzo de 1816 ante el Consejo de Estado —que lo aprobó tras estudiarlo— era extremadamente limitado. El perdón solo sería aplicado a “los procesados por el extravío de su razón en las opiniones” y no era “extensivo a los reos de otros delitos en que se ofendiese a la religión o fuese atacada la soberanía y se aspirase a un gobierno popular y anárquico, u otros semejantes”. Además, quedaban excluidos “los liberales ya fugados y sentenciados [y] los que se hallaban presos”¹⁰³.

El único resultado visible de las deliberaciones del Consejo de Estado fue el Real Decreto de 28 de junio de 1816 relativo únicamente a los afrancesados —no se tomó ninguna medida respecto a los liberales¹⁰⁴— que consideraba que “la emigración de muchos no había tenido otro motivo que un temor mal fundado”, y establecía

¹⁰² Sesión extraordinaria del Consejo de Estado del 2 de marzo de 1816, en AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, ff. 137-137v. El conde de Lavalette, el ministro de Correos de Napoleón, había sido condenado a muerte en noviembre de 1815, pero consiguió escapar de la prisión intercambiándose la ropa con su mujer que le visitaba, y con la ayuda de unos militares británicos se refugió en Bélgica y más tarde en Baviera, donde permaneció exiliado hasta 1822. Su rocambolesca huida originó un escándalo y una crisis política considerable, pues los ultras creían que en ella habían existido complicidades del gobierno, en especial del ministro de Policía Decazes. La creencia en la existencia de un complot llevó a la creación de una comisión parlamentaria que preparó un proyecto en el que se aseguraba que los ministros habían perdido la confianza de la nación. Luis XVIII amenazó con disolver la Cámara, y el proyecto se retiró; WARESQUIEL y YVERT, *Histoire de la Restauration*, pp. 177-178; LAVALETTE, *Mémoires et souvenirs du Comte Lavallette*, tomo II, Paris, Fournier, 1831, pp. 310-341. Entre los británicos que ayudaron a Lavalette a escapar se encontraba Robert Wilson que, como se verá más tarde, fue uno de los políticos británicos más adeptos a la causa liberal española.

¹⁰³ AHN, Estado, leg. 3043, ff.156-157, citado por FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta*, p. 149. Fontana afirma que “la tal amnistía no amnistiaba a nadie”.

¹⁰⁴ Aunque sí hubo un proyecto de amnistía para los liberales, o más bien un indulto del rey. Su minuta, fechada en octubre de 1816 y que reproduce PINTOS VIEITES, *La política de Fernando VII*, pp. 209-210, planteaba poner en libertad a “los individuos que por sus opiniones y escritos fueron sentenciados, después de mi regreso, a destierro y reclusión en Casas Religiosas, y en los Presidios y Fortalezas de África, la Península e Islas, y que se hallan sufriendo esta pena, reservándose sin embargo reducir en parte los efectos de esta gracia con relación a algunos de los referidos”.

medidas benévolas, como la posibilidad de iniciar causas individuales o el alzamiento del secuestro de los bienes de los que fueran autorizados a regresar¹⁰⁵. Ante este nuevo contexto, muchos afrancesados decidieron volver a España, aunque un buen número de ellos temían no ya la represión del Gobierno, sino sufrir agresiones por parte del pueblo¹⁰⁶. En agosto, el Consejo Real permitió el regreso de “las viudas de los españoles expatriados con documentos fehacientes de la muerte de sus maridos”, aunque deberían permanecer “sujetas a la inspección del Gobierno político del pueblo donde se establezcan”¹⁰⁷. En los meses siguientes, el tema de la amnistía siguió presente entre las preocupaciones del Gobierno, y en septiembre de 1816 se produjo, con motivo de las bodas de Fernando VII y su hermano Carlos, el anuncio de la concesión de un indulto general repleto de excepciones, que excluía a los que hubieran cometido crímenes de lesa majestad. El indulto estaba más bien dirigido a los presos comunes, y finalmente no se concretó en ninguna medida de gracia para los exiliados o encarcelados por motivos políticos¹⁰⁸. Sin embargo, todas estas medidas fueron suspendidas por un Real Decreto de 24 de febrero de 1817 que anunciaba una ley de amnistía “clara y terminante”¹⁰⁹.

La voluntad del Gobierno español de dar una solución definitiva a la cuestión de los refugiados estuvo también impulsada por las presiones que desde Francia se continuaban realizando para que estos regresaran a España lo antes posible. Desde 1815 Luis XVIII había estado solicitando a Fernando VII que permitiera el regreso de los exiliados españoles, para librarse así de la carga económica que suponía para su Gobierno. Como se ha visto anteriormente, en 1817 el Gobierno francés quiso establecer qué españoles se encontraban excluidos de la orden del 30 de mayo de 1814 con el objetivo de que “permitiéndose la vuelta de los que no son peligrosos, se libertase a S. M. Cristianísima del gran peso de mantener a tantos extranjeros”, tal y como comunicó el embajador Gómez Labrador¹¹⁰. Pero Fernando VII siguió mostrándose inflexible.

¹⁰⁵ R. D. de 28 de junio de 1816, en *Decretos del Rey Don Fernando VII, 1816*, t. III, p. 241.

¹⁰⁶ Como advertía el ministro de Guerra francés al de Policía en julio de 1815, afirmando que la mayoría de los autorizados a regresar no lo hacían por miedo a ser víctimas del furor popular; ANF, F⁷ 9757.

¹⁰⁷ *Decretos del Rey Don Fernando VII, 1816*, t. III, pp. 289-290.

¹⁰⁸ *Decretos del Rey Don Fernando VII, 1816*, t. III, p. 357.

¹⁰⁹ *Decretos del Rey don Fernando VII. Año cuarto de su restitución al Trono de las Españas. Se refieren todas las reales resoluciones generales que se han expedido por los diferentes ministerios y consejos en todo el año de 1817. Por don Martín de Balmaseda*, t. IV, Madrid, Imprenta Real, 1818.

¹¹⁰ AHN, Estado leg. 5222, f. 628, citado por ARTOLA, *Los afrancesados*, p. 275.

Hubo que esperar hasta 1817 para que se planteara el proyecto de amnistía más ambicioso y que parecía estar más cerca de dar una salida a la cuestión de los exiliados afrancesados y liberales. Sin embargo, de nuevo el resultado final fue insuficiente para los intereses de los exiliados. Tras las discusiones llevadas a cabo en marzo de 1816, en el Gobierno español seguían existiendo influyentes voces que favorecían la concesión de una amnistía, entre ellas la del nuevo Secretario de Estado José García de León y Pizarro. Pizarro se reveló como el ministro más comprometido con la idea de encontrar una solución a la inestabilidad política que vivía el país a través de la aprobación de una amnistía. Hizo todo lo posible para obtenerla, llegando a enfrentar a los sectores más reaccionarios, opuestos a cualquier tipo de concesión. De nuevo, la posición de los reformistas del Gobierno pasaba por mejorar la situación económica y política del país arreglando la Hacienda y concediendo una amnistía. Pizarro consideraba que en las duras medidas represivas no se encontraba la vía adecuada para la pacificación del reino. Para el jefe del Gobierno, las amenazas venían tanto del exterior como del interior. Fuera de España el “espíritu del Jacobinismo” estaba “continuamente tanteando los caminos de subvertir el orden actual”, pero era “más agriado en los expatriados de todas especies, por la desesperación”. En España, existía un “conjunto abundante en descontento, murmuraciones o indisciplina, muy dispuesto en general a cualquiera sedición, o esperanza de mejorar de suerte en una mudanza de Gobierno”. Este descontento se debía al “hambre, los vicios adquiridos en la licencia anterior, la ambición ejercitada, y las heridas recibidas por las justas medidas del Gobierno”. Pero para Pizarro, era necesario añadir un tercer elemento, donde aparecía una dura crítica a la forma en la que se había llevado a cabo la Restauración: “la situación general de nuestra administración, relajada con la práctica, y en el celo, desigual en las providencias, dirigida por las pasiones & de donde, a mi juicio ha resultado un sistema de mortificación, y de inseguridad personal muy extenso y sin embargo sin ningún carácter verdadero de firmeza ni orden”. En esta situación —“habiendo combustibles y fuego”— Pizarro recomendaba como remedios “un sistema de Hacienda” con el que “apagar el mayor de los incendios interiores que es el hambre real o relativa”, y la concesión de una amnistía que actuaría “como calmante general interior y exterior”. Pero esta medida —que Pizarro calificaba de “clásica”— debía ser restringida y tratar a afrancesados y liberales de manera separada. Los afrancesados de más alta significación debían ser excluidos de ella, y para los demás debía quedar claro que significaba solamente “una tolerancia, y permiso de vivir en su País”. En cuanto a los liberales,

debían “ser excluidos de la amnistía aquellos que antes de la venida del Rey esté probado conspiraron contra la Monarquía”. Finalmente, Pizarro proponía sustituir una represión indiscriminada y masiva por una selectiva: “Un ejemplar oportuno salva muchas vidas, y cien procesados por meses y años de tiempo, mortificados en castillos, presidios, & no sirven sino para aumentar el descontento y los peligros”¹¹¹.

Al mismo tiempo, para Pizarro era necesario tener en cuenta que las medidas que debían impulsarse tenían que afrontar los problemas de España desde una perspectiva general. La sucesión de insurrecciones producidas, de la cual la última había sido la de Lacy en Barcelona, tenían su causa en un “principio común”, y por lo tanto “los procesos particulares solo cortaban las ramas podridas, pero dejaban intactas las raíces que reproducían tan perniciosa planta”. Así que había que “presentar remedios generales que lo extirpasen enteramente”¹¹².

Desde el 19 de mayo los ministros se reunieron por orden del rey para tratar la cuestión. Junto a Pizarro se encontraban el secretario de Hacienda Martín de Garay, el de Marina, Vázquez de Figueroa, y el de Guerra, Campo Sagrado, los tres favorables a la amnistía como medio para poner freno a los “proyectos para conspiraciones interiores promovidas y sostenidas por los refugiados de todas clases en los Países extranjeros”. Pero las reuniones terminaron en serias disputas a partir del nombramiento para Gracia y Justicia —que hasta entonces había ocupado interinamente Pizarro— de Juan E. Lozano de Torres¹¹³. En palabras del informe que Pizarro envió al rey “las discusiones se iban haciendo más desagradables por mezclarse en ellas, no sé qué espíritu contrario enteramente a la buena fe y nobleza con que se debían tratar estos negocios entre personas tan elevadas como los Ministros de V.M.”. Hubo acuerdo sobre la necesidad de arreglar la Real Hacienda “como medio capital, porque era el que podía apagar la mayor parte del descontento”, pero llegado el momento de discutir la cuestión de la amnistía, Lozano de Torres se opuso a su concesión. Para él, solo una vez que “estuviese asegurada la autoridad por medios de policía, podría acudirse a la

¹¹¹ Informe de Pizarro, 11 de junio de 1817, en AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, ff. 84-89.

¹¹² Informe de Pizarro, 20 de octubre de 1817, en AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, ff. 92-106.

¹¹³ Para Vázquez de Figueroa “todo lo desconcertó y descompuso con sus manejos este ser maléfico [Lozano] que se introdujo entre nosotros”, citado por FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta*, p. 152.

clemencia”. Sin embargo, para el resto de ministros, liderados por Pizarro, la manera más adecuada para calmar la situación era conceder una amnistía¹¹⁴.

Continuaron las discusiones sin que se pudiese llegar a un acuerdo, hasta que el secretario de Marina propuso hacer una consulta a las autoridades como medio para resolver el desencuentro y el rey aprobó la iniciativa. El 29 de mayo desde la Secretaría de Gracia y Justicia se comunicó a las principales autoridades del país (audiencias, consejos, obispados, capitanías generales, intendencias, etc.) que debían dar su opinión acerca de la posibilidad de la concesión de una amnistía a liberales y afrancesados¹¹⁵.

Hubo un gran número de respuestas, la mayoría de las cuales estaba de acuerdo con la aprobación de una amnistía con condiciones. En la mayoría de los casos, se diferenciaba entre afrancesados y liberales. Algunas autoridades se mostraron completamente a favor de la concesión de una amnistía completa, tanto para unos como para otros, como hicieron el Consejo del Almirantazgo, la Audiencia de Sevilla, el capitán general de Navarra o los procuradores del rey, que afirmaban que “la amnistía general ha sido y ha debido de ser siempre el punto y final de estas agitaciones. Cualquier otra cosa no haría sino perpetuar las revoluciones”. Sin embargo, otros se mostraron totalmente en contra de cualquier perdón, como en el caso de algunos obispos o del capitán general de Madrid y ministro de Guerra Francisco Eguía¹¹⁶. De todas formas, como decía el informe que el 20 de octubre Pizarro remitió al rey, “la opinión de la amnistía modificada es la opinión más general entre todas las autoridades consultadas, entre ellas la del Tribunal venerable de la Inquisición [y] los tres ministros de V. M. Marina, Hacienda y Estado”. Por lo tanto Pizarro, el promotor de la consulta, recomendaba que se concediera una amnistía con condiciones¹¹⁷.

¹¹⁴ Informe de Pizarro, 20 de octubre de 1817, en AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, ff. 92-106.

¹¹⁵ AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, f. 80. La Real Orden consideraba que era necesario realizar una consulta “acerca de la utilidad política de una amnistía general o con excepciones, o una medida conciliatoria, tanto con respecto a los que siguieron el partido del intruso como a los comprendidos bajo el título de opiniones políticas dentro y fuera del Reino”.

¹¹⁶ LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, pp. 157-163. PINTOS VIEITES, *La política de Fernando VII*, 196-204, expone un resumen de las respuestas, y elabora la siguiente estadística: de un total de 102 autoridades, 21 creían que no debía concederse la amnistía, 14 que debían darse algunos indultos, 32 se mostraban favorables a una amnistía con limitaciones, 22 a una amnistía con algunas excepciones y 13 se inclinaban por una amnistía general.

¹¹⁷ Informe de Pizarro en AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, f. 103v. El Consejo de la Inquisición se mostró contrario a una amnistía general, pero aprobaba una condicionada, lo que permitió a Pizarro usarlo en su alegato. Así lo exponía el propio Tribunal: “El Consejo juzga: Que la amnistía general será desde luego peligrosa y bastante por sí sola para producir la mina del Estado; Que la amnistía con excepción podrá ser útil y oportuna”. Esta limitada amnistía debía seguir los criterios del decreto de 30 de mayo de 1814 en lo relativo a los afrancesados. Respecto a los liberales, consideraba que no tenían “cabimiento en el caso presente”, por haber producido “tal trastorno y subversión de ideas Cristianas y

Sin embargo, los enfrentamientos previos acabaron desembocando en un grave conflicto surgido entre los reformistas favorables a la amnistía y los sectores más reaccionarios, liderados por el ministro de Gracia y Justicia Lozano de Torres y por el nuevo Ministerio de la Guerra, Eguía, cuya llegada al cargo no fue, según Pizarro, “extraña al mismo asunto”. Pizarro denunció ante el rey las maquinaciones llevadas a cabo por estos sectores, asegurando que “la opinión contraria [a la amnistía] ha sido sostenida con acaloramiento y destempe, caracteres precisos de la pasión y espíritu de partido. Los medios no han sido los legales, sino indirectos, huyendo de la luz y del camino conocido, previniendo el concepto de unos con falsedades y amenazas; y el de otros con manejos, hasta lo sagrado de la misma Persona de V.M.; en fin, con todo el sello de la personalidad, carácter indeleble de la intriga”¹¹⁸.

Lozano se mostraba inflexible. En el informe que envió al rey para contrarrestar las iniciativas de Pizarro consideraba —tras enumerar los intentos revolucionarios ocurridos desde la derogación de la constitución— que “lejos de calmar esta medida los ánimos sediciosos les prestará nuevos y vigorosos medios para llevar adelante su proyecto”. Lozano echó mano del ejemplo de lo ocurrido recientemente en Gran Bretaña para ilustrar las ventajas de una política firme: “¿Cual sería hoy la suerte de la Gran Bretaña si el Gobierno Inglés hubiera temblado delante de los revoltosos de Spa Fields, de Manchester y de otras ciudades? Pocos ejemplares sangrientos han bastado para reprimir a los que amenazaban trastornar las leyes del Estado, y esto en un País de constitución tan diferente a la nuestra”¹¹⁹. Para Lozano, la lucha contra la revolución era una tarea común a toda Europa, y si en este caso el ejemplo británico era adecuado, también se podía llegar a criticar a los más cercanos aliados, como hizo la Inquisición con las medidas tomadas en Francia por Luis XVIII, cuyo resultado era que “subsist[ía] aún Monarca Constitucional, se advert[ía] sin rebozo inclinación a Buonaparte y no se logra[ba] apagar el germen de la sedición”. En opinión de Lozano, no debía descartarse

políticas, que cambiaron el semblante de la España fiel siempre a sus legítimos Monarcas”; AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, ff. 269-272.

¹¹⁸ AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13 ff. 93, 104-104v. Vázquez de Figueroa narra cómo Eguía —al que califica de “brusco y también ignorante”— sustituyó a Campo Sagrado, “a quien se dieron solamente tres días para que partiera a Asturias, atribuyéndolo a alguna diferencia que tuvo con algunos de los individuos del Consejo de la Guerra sobre una orden acerca del mismo negocio de amnistía. Casi todo lo que era de medidas generales quedó paralizado desde entonces o entorpecido, de modo que nada pudo completamente redondearse para el buen servicio de S. M. y bien público”. Citado por FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta*, pp. 152-153. Es probable que Eguía fuera promocionado por el partido pro-ruso; FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta*, p. 156.

¹¹⁹ Informe de Lozano de Torres, sin fecha, en AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, ff. 109-115.

conceder una amnistía en algún momento, pero creía que las circunstancias lo desaconsejaban. Aseguraba que muchos afrancesados –y citaba a Amorós en concreto— seguían oponiéndose a la monarquía, y que incluso algunos no habían querido entrar en España a pesar de haber sido perdonados por el Rey. Sus propuestas pasaban por mejorar el control del orden público, “reuniendo en un Ministerio todo lo relativo a la seguridad interior”, por dar un castigo ejemplar a los rebeldes de Cataluña, por controlar estrechamente al ejército, foco de la inestabilidad, pagando a las tropas las pagas retrasadas, y por confeccionar listas de sospechosos¹²⁰.

Instalados en una mentalidad conspirativa, los más ultramontanos identificaban a afrancesados y liberales con la continuidad del movimiento ilustrado y revolucionario iniciado en el siglo XVIII. Opiniones inflexibles como estas, expresadas por influyentes personalidades, bloquearon la aprobación de una amnistía general que no llegaría nunca¹²¹. Ni siquiera las presiones del Gobierno francés quebraron la intransigencia de Fernando VII. En junio de 1817 el Gobierno francés había protestado ante el embajador español en París, insistiendo en que España cumpliera lo dispuesto en la amnistía de 1814, mientras que el embajador francés en Madrid intercedía ante Pizarro, argumentando que la inmensa mayoría de los exiliados era inofensivos (incluyendo a mujeres y niños), pero que si la negativa a su entrada continuaba, cabía la posibilidad de que se convirtieran en una amenaza, quizás “aumenta[ndo] el número de los rebeldes en las colonias”¹²².

El único resultado de la consulta fue el Real Decreto de 15 de febrero de 1818, referido únicamente a los afrancesados, que concedía una amnistía muy restringida, y mantenía la prohibición del regreso a España de los altos cargos. Sin embargo, sí incluía algunas medidas para la recuperación de los bienes confiscados y a la atención de viudas e hijos menores de edad de los exiliados, que podían regresar a España. Pero este decreto era muy limitado, pues seguía prohibiendo el retorno a los comprendidos en el decreto de 30 de mayo de 1814, así como a los afectados por resoluciones posteriores. Solo levantaba el secuestro de los bienes de algunos emigrados a favor de sus familiares, aunque eso sí, “con la obligación de entregar anualmente al Crédito público la mitad de sus productos [y] de alimentar competentemente al emigrado”. Esta medida,

¹²⁰ AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, f. 270.

¹²¹ Las respuestas de los obispos han sido reunidas en P. A. PERLADO, *Los obispos españoles ante la amnistía de 1817*, Pamplona, Euns, 1971.

¹²² AMAEF, *Mémoires et Documents, Espagne*, vol. 383 y AHN, Estado, 5244, citado por LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, p. 163.

que colocaba a las familias como sostenedoras económicas del exiliado, contentaba a las autoridades francesas que deseaban disminuir los gastos provocados por los afrancesados. Pero aquel que regresara, no podría “aspirar a los empleos y destinos que antes tenía, ni usar de las condecoraciones exteriores que le distinguían; pero sí gozaría de los derechos de ciudadano, á excepción del de poder ejercer los empleos de república, y al de los títulos hereditarios y estado en que se hallaba anteriormente”. Asimismo, deberían instalarse lejos de la Corte. Como muestra del temor a que los afrancesados estuvieran envueltos en las empresas destinadas a derrocar a Fernando VII, se establecía que sus parientes debían presentar certificados de buena conducta expedidos por las autoridades diplomáticas españolas del país en el que se encontraran, dando fe de que no tomaban “parte en los disturbios de América, ni [sostenían] otras relaciones de ninguna especie que puedan ser contrarias directa o indirectamente a los intereses” de la monarquía¹²³.

El enfrentamiento en el interior del Gobierno acabó con la victoria de los ultrarrealistas. Los tres ministros favorables a la amnistía se vieron desplazados, y acabarían por ser destituidos el 14 de septiembre de 1818 —aunque por una conjunción de motivos que no estaban directamente relacionados con la cuestión de la amnistía— e inmediatamente después desterrados¹²⁴. En palabras de un desencantado Vázquez de Figueroa “este ministerio [terminó] con el sacrificio y destierro de los tres hombres que en él había más amantes del rey, de sus glorias y de la completísima prosperidad de la patria, bien lejos de las ideas de trastornos que, para destruirnos, nos achacaban los mismos que no pueden medrar sino por partidos e intrigas”¹²⁵.

En el contexto de las discusiones acerca de la amnistía surgió la cuestión de aprovechar los talentos de los exiliados para la reconstrucción de España en un momento de crisis. Aquellos que se mostraban a favor de una amnistía con condiciones, como por ejemplo el ministro de Hacienda José de Ibarra, consideraban que entre los

¹²³ *Real Cedula de SM y Señores del Consejo por la cual se declara las personas que pueden volver a España de las que siguieron al Gobierno intruso en su retirada a Francia, aplicación que ha de hacerse de los bienes que las correspondieron, y modo con que debe procederse en este negocio, con lo demás que se expresa*, Madrid, Imprenta Real, 1818. La cédula, junto con la presión del embajador francés para que se cumpliera la promesa de permitir la entrada en España de los capitanes y oficiales superiores que ya no tuvieran grados de S.M. Católica, y los comentarios de las autoridades francesas que consideraban que la única medida destacable era “la levée du séquestres placés sur leurs biens”, en AMAEF, *Mémoires et Documents*, Espagne vol. 147.

¹²⁴ Entre estos motivos se encontraban las dificultades para formar un ejército y una marina que pacificase América, el asunto de la venta de la Florida a Estados Unidos y la reforma de la Hacienda; FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta*, pp. 289-342.

¹²⁵ Citado por FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta*, p. 153.

afrancesados menos comprometidos con el régimen josefino había “sujetos de luces, y cuyos progresos podrán utilizarse en la Nación”. Respecto a los liberales Ibarra creía que el rey debía usar “de su clemencia con los desgraciados (...) permitiendo que vengan a España para que su conducta, sujeta a la vigilancia del gobierno, les pueda hacer acreedores de mayor consideración y evitar que, estando fuera, sigan aún trabajando en daño nuestro”¹²⁶. En cambio, los más reaccionarios y opuestos a cualquier concesión que significara el regreso de los exiliados, como el conde de Torre Múzquiz, se negaban a reconocer las ventajas que de ello se podían obtener. Torre Múzquiz —que había sido uno de los informantes que más diputados liberales había denunciado¹²⁷— empleaba argumentos intransigentes repletos de prejuicios: “aunque es verdad que entre estos desgraciados contábamos hombres de mérito, de talentos, y de conocimientos, es decir, estadistas, buenos economistas y todo lo que se quiera, sin embargo, Señor, V.M. puede muy bien endosarlos sin riesgo de perder, a cualquiera otra Nación que quiera aprovecharse de unos talentos maléficos. Lo que ahora necesita España son hombres de probidad, y de costumbres; en habiendo éstos, persuádase V.M. que habrá buena educación, buenas leyes, y buen gobierno”. Y añadía: “mucho se han exagerado las pérdidas que sufriera la España por la expulsión de los judíos y moros; mas para conservar la religión, y la tranquilidad interior, la sabia política de los Augustos predecesores de V.M. adoptó este remedio, el solo capaz de salvar el Estado”¹²⁸.

En definitiva, la cuestión de los afrancesados y liberales exiliados no pudo resolverse durante el reinado de Fernando VII por la negativa de su Gobierno —en el que las voces más reaccionarias fueron progresivamente ganando importancia— de realizar ninguna concesión o de aplicar las medidas de clemencia que las potencias aliadas solicitaban. Únicamente a partir de 1820, con la implantación de la constitución de 1812, pudieron regresar los liberales y los afrancesados masivamente a España, como se verá en el siguiente capítulo.

3.5 Afrancesados y liberales, ¿colaboradores frente a Fernando VII?

Muchos funcionarios y dirigentes españoles estaban convencidos que los afrancesados conspiraban junto a los liberales para derribar la monarquía de Fernando VII. En enero

¹²⁶ Sesión extraordinaria del Consejo de Estado del 2 de marzo de 1816, en AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, f. 138v.-139.

¹²⁷ PINTOS VIEITES, *La política de Fernando VII*, p. 171.

¹²⁸ AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, ff. 302-304.

de 1815, Fernando VII ordenó al embajador español en París, conde de Peralada, que solicitara “del Gobierno francés la confinación de los españoles josefistas a bastante distancia de nuestras fronteras, fundándose en el temor de que excitados por Mina puedan conspirar contra la quietud de estos reinos”¹²⁹. En los siguientes años este “temor” continuó presente. El 18 de marzo de 1815, un agente comunicó al Gobierno desde Gibraltar que había “una revolución preparada a toda costa, en la que los afrancesados tienen el mayor lugar, y andan en busca de los L. L. [¿liberales?], y éstos se resienten de ello; pero, a pesar de todo, como sus intereses distan poco, al cabo se unirán”. Y en septiembre de 1818, desde Viella, en la frontera francesa, se informaba de que existía “una estrecha unión entre las dos clases de españoles refugiados en Francia, los afrancesados y los liberales”¹³⁰.

El informe más alarmante fue sin duda el que Peralada envió en agosto de 1816, en el que informaba de las conspiraciones que los exiliados españoles, tanto liberales como afrancesados, llevaban a cabo desde Francia. Peralada creía que liberales como Espoz y Mina y Flórez Estrada trabajaban conjuntamente con afrancesados como Amorós, Hervás, Almenara, Arce y con algunos ingleses para “revolucionar la España”. Se reunían con frecuencia en diferentes lugares de París, como el “mercado de las flores” y también fuera de las “barreras” de la ciudad. Aspiraban a expulsar del trono la familia real para formar “un gobierno republicano” y llegar a “la destrucción de todas las instituciones de la monarquía y a sustituir en su lugar los principios del más puro jacobinismo”¹³¹.

Como ya se ha mencionado, ante datos como estos el Gobierno español solicitó al francés que alejara de la frontera a los refugiados españoles, lo que este se dispuso a hacer, aunque nunca en la medida deseada por los españoles, que se quejaron de ello en múltiples ocasiones. Los domicilios de conocidos afrancesados como Amorós, Núñez de Taboada y González Arnao llegaron a ser registrados por la policía francesa, que sospechaba de la existencia de contactos con los liberales exiliados. Se ordenó la expulsión de París de Amorós por su supuesta participación en los planes revolucionarios de los liberales y se arrestó a cerca de un centenar de afrancesados,

¹²⁹ AHN, Estado, leg. 3135, en “Expedientes sobre conspiraciones, 1815-1816, leg. 1º”.

¹³⁰ AHN, Estado, leg. 3128 (Gibraltar y Viella) citado por ARTOLA, *Los afrancesados*, pp. 272-273.

¹³¹ AHN, Estado, leg. 3135; citado por LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, pp. 164-165 y AYMES, *Españoles en París*, p. 58.

entre ellos el canónigo Hervás, el ex ministro Almenara y los ex consejeros de Estado Durán y conde de Guzmán¹³².

¿Hasta qué punto estas sospechas estaban fundadas? Lo cierto es que desde Francia también se recibían informes que desmentían la colaboración entre afrancesados y liberales, como el que el ministro de Policía, conde Decazes, envió al conde de Peralada en abril de 1816¹³³. Algunos historiadores consideran que las diferencias entre liberales y afrancesados eran tan importantes que en el exilio vivieron —en palabras de Juan Francisco Fuentes— como “dos comunidades separadas, casi (...) dos naciones en miniatura”¹³⁴. Para López Tabar, aunque es cierto que hubo apoyos puntuales, como los de Amorós o Núñez de Taboada, en general los afrancesados no participaron en las actividades conspirativas contra la monarquía fernandina que llevaron a cabo los liberales, y muchos de ellos redactaron exposiciones en las que intentaban reconciliarse con el rey para poder regresar a España. La constitución de 1812 seguía marcando una diferencia entre los liberales y los afrancesados de línea más reformista, que desconfiaban de un código tan avanzado como el gaditano¹³⁵. Sin embargo, otros autores, como Barbastro Gil, han resaltado las semejanzas entre afrancesados y liberales: “eran varios los supuestos doctrinales y políticos en los que liberales y afrancesados estaban básicamente de acuerdo: la concepción del sistema político, fundado en una monarquía constitucional; la defensa de las libertades civiles; la necesidad perentoria de una reforma de la estructura económica llevada a cabo desde el poder público; la defensa de la religión, pero a su vez la reforma improrrogable de la Iglesia como institución; la supresión de la Inquisición...”¹³⁶.

La cuestión es complicada. El propio Fuentes asegura que “a pesar de haber defendido hasta 1814 regímenes distintos y a reyes distintos, liberales y afrancesados tenían un sustrato cultural, social y político hasta cierto punto común”¹³⁷. Juan Pro considera que, a pesar de haberse enfrentado durante la guerra en “una contienda civil

¹³² AHN, Estado, leg. 3135, quejas de 24 de febrero de 1817; AMAEF, *Correspondance politique*, vol. 383, ff. 54-55, citado por BARBASTRO GIL, *Los afrancesados: primera emigración*, p. 19. Amorós, gracias al apoyo de la Sociedad Pedagógica y de otras personalidades parisinas consiguió evitar la expulsión; Rafael FERNÁNDEZ SIRVENT, “La educación física al servicio del Estado. Francisco Amorós en la Francia de la Restauración”, en *Ayer*, nº 61, 2006, pp. 215-232, p. 223.

¹³³ AHN, Estado, leg. 3135, citado por ARTOLA, *Los afrancesados*, p. 273.

¹³⁴ Juan Francisco FUENTES, “Afrancesados y liberales”, p. 142. Deleito consideraba que “uno y otro bando prosiguieron en la expatriación como en la Península, mirándose de reojo y desacreditándose mutuamente”, citado por ARTOLA, *Los afrancesados*, p. 271.

¹³⁵ LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, p. 166.

¹³⁶ BARBASTRO GIL, *Los afrancesados: primera emigración*, p. 72.

¹³⁷ FUENTES “Afrancesados y liberales”, p. 139.

que confrontaba dos modelos de Estado y de nación, dos visiones del mundo y del lugar que España ocupaba en él, dos lenguajes y dos formas radicalmente distintas de interpretar el ciclo revolucionario iniciado en Francia en 1789”, afrancesados y liberales habían recibido una influencia cultural francesa y europea similar a través de sus lecturas ilustradas y que la cultura política afrancesada constituiría un elemento central del liberalismo posrevolucionario¹³⁸.

En cualquier caso, ambos grupos participaban de una similar esperanza de transformación de la realidad española que los oponía a los serviles, aunque una pasara por un régimen autoritario y elitista y otra por una apelación a la soberanía nacional. Pero sobre todo, a partir de 1814 compartían un enemigo común en la figura de Fernando VII, que ejerció contra ambos una política represiva similar que lanzó a miles de ellos al exilio, lugar en el que se encontrarían y en el que surgirían las oportunidades para la aparición de una solidaridad que se traduciría en posibilidades de cooperación. No es sorprendente que en el periodo 1814-1820 un significativo número de afrancesados hicieran causa común con algunos liberales para intentar deponer a Fernando VII. La evolución posterior de su relación —tensa durante el Trienio, cuando muchos afrancesados se alinearon con los sectores más moderados del liberalismo, y enfrentada cuando importantes afrancesados quedaron al servicio de la monarquía tras su restauración absoluta en 1823— no impidió que surgieran proyectos compartidos, más o menos impulsados como soluciones extremas o desesperadas, pero en definitiva reales, como el propuesto por algunos liberales exaltados para entronizar de nuevo a José I, exiliado en Estados Unidos, en sustitución de Fernando VII.

En cualquier caso, no es posible establecer una norma general para el comportamiento y trayectoria de los miles de exiliados, tanto afrancesados como liberales, ni presuponer su colaboración o bien su enfrentamiento. Las consideraciones particulares de cada uno de ellos, sus trayectorias y experiencias personales, sus situaciones familiares, las redes de sociabilidad en las que se encontraban inmersos, sus relaciones de dependencia o colaboración con otros exiliados, impedían que pudiera existir una respuesta homogénea. Además, tanto afrancesamiento como liberalismo eran identidades políticas conflictivas, porosas, y que no presuponían o determinaban en ninguna dirección a los miles de individuos que habían venido a ser, más o menos

¹³⁸ Juan PRO, “Afrancesados: sobre la nacionalidad de las culturas políticas”, en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (eds.), *Culturas políticas. Teoría e historia*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010, pp. 205-231, cita en p. 214.

consciente y voluntariamente, identificados como pertenecientes a estas categorías políticas.

Sin duda existieron diferencias entre afrancesados y liberales durante sus años de exilio, empezando por sus destinos respectivos. De una forma lógica, tras su derrota en la guerra, la mayoría de los afrancesados se refugió en Francia, donde las autoridades imperiales les ofrecieron acogida. Por su parte, los liberales optaron en su mayor parte por refugiarse en Gran Bretaña, potencia aliada durante la guerra. De todas formas, no son extraños los casos de liberales que pasaron largas temporadas en Francia, como Espoz y Mina o Toreno, o de afrancesados que se interesaban por la ayuda que podían recibir desde Inglaterra, como los que se dirigieron en 1817 al embajador español en Londres¹³⁹. Además, surgieron conflictos, envidias y rivalidades entre ambos grupos, tanto por los rencores arrastrados del periodo bélico como por motivos ideológicos. Según Espoz y Mina, el Gobierno de Luis XVIII trataba mejor a los afrancesados que a los liberales que habían luchado contra el *usurpador*, y se mostraba sorprendido por ello. Pero como le explicó otro exiliado liberal, esto se debía a que “las ideas y sentimientos de los afrancesados tenían a la sazón más analogía que los nuestros con las doctrinas dominantes, sobre todo en el gabinete francés”, además de que muchos afrancesados se habían “prostituido”, convirtiéndose en espías y delatores de los constitucionales exiliados¹⁴⁰.

A pesar de todo, parece claro que algunos afrancesados colaboraron con algunos liberales en algunos momentos. Fuentes habla de algunas de estas colaboraciones, como las de Agustín Quinto —que había sido prefecto de policía en Valencia durante el reinado de José I— o el clérigo Antonio Guillén, que años más tarde sería un importante confidente de la policía. El más notorio probablemente fue José Marchena, que redactó numerosas proclamas contra la monarquía española y propagó rumores denigratorios sobre Fernando VII, como que era hijo de un cochero, e intentó promover su destronamiento y su sustitución por Carlos IV¹⁴¹.

Desde luego Marchena no era el único seducido por el proyecto de coronar a Carlos IV. No parece que nunca llegara más allá de un plan acariciado como solución de

¹³⁹ AGS, Estado, leg. 8177, Fernán Núñez a Pizarro, Londres, 25 de marzo de 1817. Algunos afrancesados llegaron a trasladarse a Inglaterra, como hizo Núñez de Taboada, que en julio de 1815 se encontraba en Londres; LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, p. 166.

¹⁴⁰ *Memorias de Espoz y Mina*, pp. 225-226.

¹⁴¹ FUENTES “Afrancesados y liberales”, p. 150. Cuando Marchena regresó a España en 1820 se alineó decididamente de parte de los liberales más radicales, los llamados *exaltados*, al contrario que muchos liberales doceañistas y afrancesados que moderaron sus actitudes políticas; Juan Francisco FUENTES, *José Marchena. Biografía política e intelectual*, Barcelona, Crítica, 1989.

último recurso surgida por la desesperación del exilio, pero sin duda hubo movimientos en esa dirección. Según Espoz y Mina la causa de su detención y la de Toreno en abril de 1816 fue “la poca reserva que se había guardado en un viaje que uno de nuestros asociados había hecho a Roma, a conferenciar sobre asuntos políticos con el Sr. D. Carlos IV”¹⁴². Este agente bien pudo haber sido Álvaro Flórez Estrada¹⁴³. Asimismo, la policía francesa siguió con interés las andanzas de Pedro de Torres Izquierdo, sobrino del embajador de Carlos IV en París, instalado en la capital desde 1804, que estuvo en contacto con liberales y afrancesados. Torres Izquierdo se proponía impulsar el coronamiento de Carlos IV como medio de evitar la radicalización de los liberales españoles hostiles a Fernando VII por su represión. Carlos IV sería el rey de una monarquía moderada al estilo de la francesa. En sus informes a las autoridades francesas aseguraba que este era el medio más adecuado para prevenir una nueva revolución en España que pudiera contagiar a Francia¹⁴⁴.

Es posible que en los primeros años de la Restauración los recuerdos y diferencias de la guerra aún estuvieran muy cercanos como para permitir el acercamiento entre ambos grupos. Pero sí parece que ciertos liberales pudieron obtener apoyos de bonapartistas franceses en estos primeros momentos, o al menos hay indicios en esa dirección. En 1815 un espía aseguraba al embajador español en Londres que Espoz y Mina había enviado desde París a Pamplona a un tal Boutia —que había sido coronel de ingenieros en el ejército napoleónico— “disfrazado de Paisano” en una misión como parte de sus manejos conspirativos para desencadenar una insurrección en Navarra. El informante aseguraba “que Mina no trata con ninguno de los Españoles juramentados, y que los que le visitan son oficiales Franceses la mayor parte de Artillería, Ingenieros y Cuerpos Científicos, pero todos ellos de los más afamados y que se empleaban bajo Bonaparte, lo que hace sospechar tenga algún Plan, bien sea sobre América o en Navarra a donde envía algunos de ellos”¹⁴⁵. La cuestión nacional parece haber estado aún presente en los liberales españoles, que si bien rechazaban colaborar con los afrancesados, parece ser que estaban dispuestos a mantener estrechos contactos con los bonapartistas franceses.

¹⁴² *Memorias de Espoz y Mina*, p. 227.

¹⁴³ PAN-MONTOJO, “Álvaro Flórez Estrada”, p. 61.

¹⁴⁴ ANF, F⁷ 11994, 127E.

¹⁴⁵ AHN, Estado, leg. 3135, Conde de Fernán Núñez a Ceballos. Londres de 29 diciembre de 1815, d. n.º 19, reservado.

A medida que pasaban los años y se asentaban los regímenes restaurados en España y Francia muchos afrancesados españoles y los bonapartistas franceses perdieron las esperanzas de un regreso al sistema anterior. Así, la situación de máxima represión fernandina, de exilio, hizo que surgieran proyectos comunes entre individuos con antecedentes afrancesados o liberales. A medida que fracasaba la actividad conspirativa desplegada durante el periodo 1814-1820 las diferencias entre algunos afrancesados y liberales fueron reduciéndose, como pone de relevancia la colaboración en 1819 en la conspiración que llevaría a los sucesos de El Palmar. Esta conspiración, estudiada a fondo por Claude Morange, incluía un proyecto moderado y de compromiso acordado por individuos de ambas trayectorias, y que incluía una constitución más conservadora que la de 1812. Posiblemente únicamente podía surgir de la necesidad de encontrar un programa de mínimos capaz de unificar una acción común contra el régimen fernandino¹⁴⁶. A partir de 1823, de nuevo en el exilio y a pesar de la apuesta de los afrancesados por el liberalismo moderado durante el Trienio, algunos liberales exaltados acariciaron el proyecto de ofrecer la corona española una vez más a José Bonaparte.

4. EXILIADOS EUROPEOS EN AMÉRICA: BONAPARTISTAS Y LIBERALES ESPAÑOLES

América, y en especial Estados Unidos, aparecía en la imaginación europea de finales del siglo XVIII y principios del XIX como un lugar de asilo, una tierra de oportunidades en la que refugiarse de las discordias del viejo continente. Antes incluso de la obtención de la independencia de las colonias británicas numerosos europeos habían atravesado el Atlántico por motivos políticos. Lo hicieron agitadores políticos como el inglés Tom Paine, numerosos europeos que habían luchado en la guerra de independencia estadounidense y miles de *émigrés* que huían de la Revolución Francesa, incluyendo notorios políticos como Talleyrand quien, perseguido por la Convención Nacional y tras ser expulsado de Inglaterra, residió en Estados Unidos desde 1794 hasta su regreso a Francia en 1796.

¹⁴⁶ Claude MORANGE, *Una conspiración fallida y una constitución nonnata (1819)*, Madrid, CEPC, 2006, pp. 48-50.

Durante la Restauración, muchos personajes comprometidos con la transformación política del continente se trasladaron a América. Cuatro de los hermanos Bonaparte, incluso el propio Napoleón, consideraron exiliarse en Estados Unidos, y finalmente uno de ellos, el ex rey de España José Bonaparte, lo hizo¹⁴⁷. También se instalaron en la república norteamericana los hijos de Joaquín Murat, mariscal del imperio napoleónico y rey de Nápoles. Decenas de bonapartistas de varias nacionalidades, especialmente militares, pasaron a América una vez que comprendieron que la Europa de la Restauración no era lugar para ellos. Algunos habían buscado ya colocación en los ejércitos del Imperio Otomano o Persia. Una vez en el continente americano, muchos se incorporaron a los ejércitos independentistas hispanoamericanos y otros se trasladaron a los Estados Unidos, bien a ciudades del norte como Filadelfia — donde residía el hermano del emperador José— o bien a colonias del sur del país, como las instaladas en Alabama y Texas. También algunos pocos españoles cruzaron el Atlántico a partir de 1814. Dos de ellos, Javier Mina y Mariano Renovales, lo hicieron para combatir a la monarquía restaurada de Fernando VII desde sus territorios americanos. Las trayectorias personales de estos hombres, que les llevaron a residir en varios continentes en diversas circunstancias, muestran las dimensiones del aumento de la circulación de personas e ideas que trajeron consigo las convulsiones de la Era de las revoluciones.

El que había sido rey de España durante la ocupación napoleónica, José Bonaparte, se había instalado en Estados Unidos en 1815 huyendo de las medidas dictadas en su contra por la monarquía borbónica restaurada. Compró 24.000 acres de tierra en Bordertown, en el estado de Nueva York, pasó un tiempo en Filadelfia y en junio de 1816 se instaló en Point Breeze, Nueva Jersey, donde construyó una gran casa, aunque pasaba largas temporadas en su residencia de Filadelfia. Conocido como conde de Survilliers, durante estos años llevó una activa vida social¹⁴⁸.

En Filadelfia se fueron reuniendo con él varias figuras del imperio que habían tenido que salir de Francia tras la publicación de la ordenanza del 24 de julio de 1814¹⁴⁹. Varios de ellos formaron parte de la empresa de colonización que, junto a cientos de refugiados de Santo Domingo que residían en Estados Unidos, planearon en el sur de

¹⁴⁷ Rafe BLAUFARB, *Bonapartists in the borderlands: French exiles and refugees on the Gulf Coast, 1815-1835*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2005, pp. 1-2.

¹⁴⁸ Patricia T. STROUD, *The man who had been King: the American exile of Napoleon's brother Joseph*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2005.

¹⁴⁹ Los siguientes párrafos están basados en BLAUFARB, *Bonapartists in the Borderlands*, pp. 3-60.

Estados Unidos con el nombre de *Vine and Olive*. El proyecto se recubrió de un barniz de agrarismo republicano que sus promotores sabían que ayudaría a impulsarlo en Estados Unidos. Bajo la propuesta de comenzar el cultivo de viñedos en Norteamérica, sus promotores solicitaron al Congreso que les entregara una porción de las tierras aún no colonizadas que se extendían hacia el sur en dirección al golfo de México. Escogieron un terreno en la rivera del río Tombigbee, en el actual estado de Alabama, y el Congreso autorizó su instalación en esa zona incluyendo unas generosas condiciones con el propósito de reforzar sus intereses geoestratégicos en la región. Tras la guerra de 1812 contra Gran Bretaña —que había tenido en el sur uno de sus escenarios principales— Estados Unidos esperaba afianzar sus defensas frente a la guerrilla que aún continuaba operando en la zona con el establecimiento de una colonia de militares bonapartistas. Pero sus intenciones iban dirigidas especialmente a promover su política de anexión de los territorios disputados con España —las Floridas y Texas— a través de la expansión demográfica. La instalación de la colonia formaba parte del conjunto de medidas de presión con las que el Gobierno estadounidense intentaba lograr que España accediera a vender las Floridas. La presencia de estos militares y aventureros bonapartistas constituía una amenaza para la estabilidad de las posesiones españolas disputadas con Estados Unidos, y de hecho algunos de ellos llegaron a invadir territorio texano y colaboraron con los filibusteros y contrabandistas que operaban en la zona y que mantenían estrechos contactos con la insurgencia mexicana.

Entre los bonapartistas que participaron en este proyecto se encontraban varios de los proscritos en Francia: el mariscal Grouchy; los generales Charles y Henri Lallemand, Charles Lefevbre-Desnouettes, Bertrand Clausel, Dominique Vandamme y Antoine Rigau; los altos funcionarios del imperio Pierre-François Réal y Jacques Garnier des Saintes; el periodista Louis-Marie Dirat; el coronel J. Jerome Cluis; y los antiguos diputados de la Convención Nacional Joseph Lakanal y Jean-Augustin Pénieres-Delors. Todos tenían largas carreras que se remontaban a la revolución, y habían recorrido Europa con los ejércitos revolucionarios e imperiales. A lo largo de estos años muchos de ellos habían tenido un contacto especial con España, que puede explicar por qué decidieron acompañar a José Bonaparte en su exilio americano. Grouchy había sido gobernador de Madrid durante el reinado de José, Cluis había sido el carcelero de Fernando VII y todos los militares menos Vandamme habían participado en la campaña española.

Además de los bonapartistas que huían de condenas ya dictadas, se unieron a ellos en la empresa *Vine and Olive* muchos más que, sin estar directamente afectados por la represión borbónica, salieron de Francia por temor a las posibles represalias que podían sufrir o porque habían llegado a la conclusión de que sus carreras allí no tenían ningún futuro. De hecho, estos jóvenes oficiales constituyeron la mayoría de los que tomaron el camino del exilio voluntario. Entre ellos lo hicieron algunos de los bonapartistas que habían acompañado a Napoleón durante su reclusión en la isla de Elba, como los capitanes Nicholas-Louis Raoul, Michel Combe, Antoine Taillade y Etienne Merle y Pascal Luciani. Además, también lo hicieron bonapartistas que habían servido en estados satélites como Nápoles (Fabius Fourni, Louis Grouchet y Lavaudry) y algunos de los polacos que habían servido en los ejércitos imperiales, como el capitán Jean Schultz, que había estado en España, y el coronel Constantin-Paul Malezewski. Louis-Jacques Galabert, que tenía importantes conexiones familiares con España (su tío era el ministro Francisco Cabarrús) había ejercido varias misiones secretas al servicio de la Compañía de las Filipinas española que le habían llevado a la India británica, donde tras haber escapado de una prisión se embarcó en un barco danés con el que recorrió el mar de la China y consiguió pasar a México y Cuba. Una vez entrado al servicio de Napoleón, desempeñó misiones en Turquía, Dalmacia, Albania y las islas Jónicas, antes de ser destinado a España en 1809, donde ejerció como edecán del mariscal Soult. Tras Waterloo, renunció a su puesto en el ejército y se embarcó hacia Estados Unidos. Otros de los que salieron de Francia lo hicieron huyendo de cargos criminales en los que habían incurrido durante la guerra, como el coronel Pierre Douarche y el capitán Jean-Philibert Charrasin —que habían combatido en España— o Paul-Albert Latapie, que tras refugiarse en Bélgica —donde había colaborado con Dirat en la redacción del periódico opositor *Nain Jaune*— llegó a Estados Unidos con un pasaporte falso¹⁵⁰.

Los bonapartistas fueron recibidos en Estados Unidos como héroes y agasajados por las autoridades del país. Su lucha contra el enemigo común británico y su cercanía a las posiciones republicanas influyeron en el entusiasmo con el que eran vistos por gran parte de la población estadounidense. Varios de ellos traían cartas de recomendación de grandes personalidades como el admirado La Fayette. Los bonapartistas tuvieron

¹⁵⁰ En realidad, en estos años el principal motivo de emigración de Francia a Estados Unidos fue económico. Entre 1814 y 1818 unos 30.000 franceses pasaron a Estados Unidos buscando mejorar sus condiciones de vida, una vez que el tráfico marítimo se reabrió tras décadas de cierre. La hambruna de 1817 contribuyó a que esta cifra fuera tan elevada.

muchas facilidades para incorporarse a la vida pública, pero no consiguieron entrar en el ejército estadounidense como muchos pretendían.

Ante este obstáculo varios de ellos decidieron ofrecer sus servicios a los agentes de los independentistas hispanoamericanos que se encontraban en esos momentos en Estados Unidos reclutando mercenarios y obteniendo recursos bélicos. Estos agentes estaban interesados en el reclutamiento de oficiales para que se pusieran al frente de unos ejércitos sin organizar ni disciplinar y ofrecían expectativas de rápidos ascensos y suculentas ofertas económicas que sobrepasaban con creces los sueldos que se podían obtener en Europa, especialmente en el caso de los *demi-soldes*. Eran especialmente requeridos hombres con conocimientos técnicos, como ingenieros militares, cartógrafos o artilleros. Los enviados hispanoamericanos se instalaron también en las principales ciudades europeas, donde abrieron oficinas de reclutamiento. Representando al Gobierno republicano de Venezuela, Luis López Méndez reclutó a oficiales en Londres y el barón Granier en Gante. En París se instalaron el bonaerense Bernardino Rivadavia y el chileno Irisari, donde consiguieron enrolar a decenas de oficiales bonapartistas. En Estados Unidos muchos bonapartistas se reunieron en torno al chileno José Miguel Carrera. El mariscal Grouchy, que escribió un *Projet pour l'organisation de la guerre en Amérique du Sud*, fue uno de los más entusiastas. Desde Estados Unidos salieron varios barcos en dirección al Río de la Plata llevando consigo a decenas de oficiales bonapartistas. En Buenos Aires se reunieron con otros llegados de Europa y se dispusieron a incorporarse a los ejércitos independentistas liderados por San Martín, que al cruzar los Andes contaba con unos 200 oficiales europeos. Aquellos que habían sido reclutados por los enviados de Bolívar se trasladaron a Venezuela, donde se formaron unidades especiales. La mayoría del estado mayor de Bolívar estaba formado por oficiales europeos, entre ellos los bonapartistas capitán Charles-Éloi Demarquet, el coronel Jenaro Montbrune y el teniente coronel Manfredo Bertolazzi. Muchos de los oficiales habían sido subalternos en el ejército napoleónico, pero en América se presentaban con mayor graduación o bien la obtenían rápidamente a través de la dirección de las operaciones militares¹⁵¹.

¹⁵¹ BRUYERE-OSTELLS, *La Grande armée de la liberté*; entre los que combatieron en los ejércitos de Bolívar destacaron los piemonteses Codazzi y Castelli y los franceses Louis Peru de la Croix, Charles de Brandsen, Nicolas Raoul y Rémy Raulet; entre los que se unieron a San Martín Viel, Gola, Persat, Michel Brayer, Moline de Saint-Yon. En la campaña de Chile destacó Georges Beauchef. Para los británicos en Gran Colombia, véase Matthew BROWN, *Adventuring through Spanish Colonies: Simón Bolívar, Foreign Mercenaries and the Birth of New Nations*, Liverpool, Liverpool University Press, 2006. Sin embargo, dada la gran cantidad de oficiales europeos que se reclutaron en pocos meses, llegó un

Algunos pocos peninsulares pasaron a América durante su exilio en estos años. La mayoría lo hicieron por una fuerte convicción política que les llevaba a combatir a Fernando VII en América, o bien porque de esta forma esperaban encontrar una ocupación en el exilio. Los enviados de las repúblicas hispanoamericanas que llevaban a cabo el reclutamiento de aventureros y mercenarios para ir a combatir a Hispanoamérica contactaron con algunos españoles en Francia y en Londres y les ofrecieron trasladarse a América para combatir a los ejércitos realistas o para incorporarse a la construcción de las nuevas naciones. Algunas autoridades españolas, temerosas, creían que muchos de ellos estaban dispuestos a cruzar el océano para luchar junto a los independentistas. El cónsul en Bayona Iparraguirre recogió las confidencias de un teniente refugiado: “Se le ha querido seducir para que se embarque con destino a América y puerto de Buenos Aires, prometiéndole la protección de los insurgentes, siempre que se acomode a adherirse a su partido (...) Parece que se han convenido en su admisión tres oficiales que existen en el depósito de Alais con nombres supuestos, y el uno de ellos ha enganchado a algunos otros y se preparan para embarcarse en Burdeos con destino a un punto de Inglaterra”¹⁵². Algunos de los exiliados aceptaron estas propuestas y pasaron a América, aunque su número no fue muy grande. El ingeniero militar Antonio Arcos fue uno de los pocos bonapartistas españoles que pasaron a América tras su salida de España. Exiliado en Inglaterra y Estados Unidos, se trasladó a Buenos Aires a finales de 1814 al conocer que los ejércitos independentistas buscaban oficiales experimentados. En enero del año siguiente había ingresado ya como sargento mayor de los ingenieros de la Provincia Unida de Mendoza. En poco tiempo alcanzó un puesto en el estado mayor de San Martín. Participó en la expedición de los Andes, encargándose de buena parte de las tareas cartográficas. Poco después fundó y fue director de la Academia Militar chilena¹⁵³. En 1817, Pueyrredón, director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, invitó a los españoles a participar en la creación de la nueva nación. El militar gallego Francisco de Biedma Pedrosa, exiliado en Francia, fue uno de los

momento en que sus servicios no eran necesarios con tanta urgencia, y por lo tanto las condiciones y trato que recibían empeoraron, ante lo cual muchos decidieron permanecer en Estados Unidos; BLAUFARB, *Bonapartists in the borderlands*, p. 40.

¹⁵² AHN, Estado leg. 3138, citado por Jean-René AYMES, “Españoles en Francia”, p. 25.

¹⁵³ Arcos pasaría el resto de sus días en el exilio. Abandonó la carrera militar, se casó con una chilena de perteneciente a una influyente familia y comenzó a participar en actividades comerciales que incluían el corso y que le llevaron a Brasil, donde obtuvo el favor de Pedro I. Amasó una importante fortuna y se trasladó a París como banquero. Tras la revolución de 1848 regresó a Chile, pero dos años después volvió a Francia donde murió; Virgilio FIGUEROA, *Diccionario histórico y biográfico de Chile*, Nendeln/Liechtenstein, Kraus Reprint, vol. 1, 1974, pp. 560-561; BRUYERE-OSTELLS, *La Grande armée de la liberté*, pp. 50, 68.

contactados por Puerreydón, que le propuso participar en la organización del ejército. Puede que esta oferta se debiera a las conexiones que la familia Biedma tenía con Buenos Aires desde que algunos de sus miembros participaran en la colonización de territorios del virreinato. Poco después llegó a Buenos Aires acompañado por su esposa, Teresa Pazos y su hijo Nicasio de Biedma¹⁵⁴. Asimismo, varios de los exiliados españoles se unieron a las expediciones lideradas a América por Javier Mina y Mariano Renovales, que serán analizadas, junto a las protagonizadas por aventureros de varias naciones, especialmente los bonapartistas, en el capítulo 7.

La Restauración de la monarquía absoluta en España en 1814 y la represión que la acompañó, provocó un significativo exilio político. En el caso de los afrancesados, tuvo un carácter masivo, pues incluyó a miles de españoles, entre ellos militares, funcionarios, hombres de letras y simpatizantes del rey José, que se vieron obligados a refugiarse en Francia, en ocasiones con sus familias. La represión de los liberales fue más selectiva y se dirigió únicamente a los líderes del constitucionalismo. Muchos de ellos fueron arrestados y confinados en prisiones españolas, mientras que otros salieron camino del exilio, bien huyendo de las condenas que habían recibido, o bien temerosos de que pudieran caer sobre ellos represalias por parte de la monarquía o la población más realista e intolerante. Sus destinos principales fueron Francia e Inglaterra, dos países próximos donde por diversos motivos que se remontaban a los años de la guerra podían encontrar auxilio. Algunos pocos cruzaron el Atlántico y llegaron a América. De esta forma quedaban señalados las rutas y destinos que la emigración de 1823, más numerosa cuantitativamente, seguiría. Como se ha podido ver en este capítulo, a lo largo de este periodo de 1814-1820 los exiliados mantuvieron una intensa actividad intelectual y política, que será analizada en capítulos posteriores.

La situación de los exiliados se convirtió en una cuestión que afectó a la política internacional española con respecto a sus aliados más cercanos, Gran Bretaña y la Francia borbónica. La insatisfacción española por la actitud de estos dos gobiernos

¹⁵⁴ La caída del Directorio en 1820 lo dejó sin ocupación, pero el 5 de agosto de 1823 fue nombrado Director de la Academia Militar. Su carrera continuó en el ejército nacional, y en febrero de 1833 fue nombrado teniente coronel de caballería. Su hijo Nicasio entró en el ejército en 1826 como alférez. Luchó en la guerra con Brasil y ascendió a teniente. En 1828 era ya capitán; Emilio GONZÁLEZ LÓPEZ, *Entre el Antiguo y el Nuevo Régimen: absolutistas y liberales. El reinado de Fernando VII en Galicia*, Sada, Ediciós do Castro, 1980, pp. 394-395.

respecto a exiliados afrancesados y liberales fue la causa de graves conflictos diplomáticos que reforzaron a los sectores más reaccionarios dentro de la Corte y el Gobierno español. El bloqueo de las propuestas de políticas moderadas y reformistas tuvo también plasmación en la cuestión de la amnistía, que se relacionó directamente con otras dimensiones como la hacendística. Todo ello reforzó las posiciones de aquellos que pensaban que solo España en el continente europeo continuaba combatiendo celosamente la revolución.

No solo en España se produjo un exilio de carácter político. También de Francia salieron decenas de exiliados que con el regreso de la casa de Borbón al poder habían sido objeto del Terror Blanco o de las medidas dictadas por el Gobierno contra antiguos revolucionarios y bonapartistas. Un sector importante de ellos —junto con los refugiados franceses que habían salido en los años anteriores de la isla de Santo Domingo tras la revolución de sus esclavos— se instaló en colonias del sur de Estados Unidos, donde continuaron políticamente activos y, como se verá más adelante, intervinieron en el conflicto por la independencia mexicana. Cuando regresaron a Europa, muchos de ellos se dirigieron a España, donde desde 1820 se había instalado un régimen constitucional que se convertiría en la esperanza del liberalismo internacional.

EL TRIENIO CONSTITUCIONAL EN ESPAÑA Y EL SEGUNDO EXILIO LIBERAL, 1820-1823. LA MATRIZ DEL LIBERALISMO INTERNACIONAL

“La España de 1820 no es la España de 1808”¹.

En este capítulo se analiza el conocido como Trienio Constitucional o Liberal español —que comenzó en marzo de 1820 con la aceptación por parte de Fernando VII de la constitución de 1812 y terminó en octubre de 1823 tras el fin de la guerra contra los realistas sublevados apoyados por las tropas invasoras francesas— desde un punto de vista que destaca su importancia para el liberalismo europeo.

El capítulo comienza con un análisis del Trienio desde un punto de vista interno, destacando la relevancia de las medidas políticas tomadas en estos años y su importancia para la politización de la sociedad española. También se examinan los límites y dificultades que los gobiernos constitucionales enfrentaron y que condujeron a una división en el seno del liberalismo, y el enfrentamiento violento con las fuerzas contrarrevolucionarias, que llevó al país a una guerra civil. Con gran parte de las posesiones ultramarinas camino de la independencia definitiva, la cuestión americana se volvió a plantear durante el Trienio. Aunque hubo una receptividad algo mayor ante las demandas de los representantes americanos que durante la anterior etapa de las Cortes y se paralizó la respuesta militar privilegiada hasta ese momento por la monarquía, la actitud inflexible de los liberales peninsulares seguía impidiendo una solución de compromiso. Al final del Trienio la separación de todas las posesiones españolas en el continente americano era un hecho. Solo continuaron fieles a la metrópoli las islas antillanas.

A continuación se examina el impacto que tuvo en Europa la revolución española de 1820. En estos años España se convirtió en el referente del liberalismo internacional. La reinstalación de la constitución de 1812 adquirió una relevancia

¹ Conde de TORENO, *Noticia de los principales sucesos ocurridos en el gobierno de España, desde el momento de la insurrección en 1808, hasta la disolución de las Cortes ordinarias en 1814; por un español residente en París*, Barcelona y Gerona, Librería de Narciso Oliva-Imprenta de A. Oliva, 1820, p. 1.

inmediata en los países de su entorno. En Nápoles, Piamonte y Portugal la revolución española inspiró movimientos similares contra regímenes absolutistas parecidos al de Fernando VII. En Francia, el ejemplo español estimuló a la oposición interna y profundizó en el miedo que las elites gobernantes tenían a una nueva revolución continental. En Gran Bretaña, la cuestión española se convirtió en un asunto de intensa confrontación política entre oposición y Gobierno, en especial cuando este decidió mantener una política de neutralidad ante la intervención francesa.

Durante el Trienio apareció un nuevo tipo de emigración política en España, compuesta por absolutistas que salieron del país, la mayoría con dirección a Francia, con el objetivo de organizar desde allí una oposición violenta al régimen constitucional. Estos exiliados contribuyeron a incidir en la internacionalización del conflicto entre revolución y contrarrevolución. Este aspecto se examina en el tercer apartado.

El capítulo acaba con un análisis de España como receptor de emigrados. Tras el regreso de la mayoría de los emigrados españoles que habían salido desde 1814, a la España del Trienio llegó una oleada de exiliados liberales procedentes de Nápoles, Piamonte y Francia, cuando las fuerzas de la reacción reprimieron los movimientos liberales puestos en marcha en estos países. Muchos de ellos se convirtieron en voluntarios que lucharon contra las partidas contrarrevolucionarias españolas y contra el ejército francés de los Cien Mil Hijos de San Luis que invadió España en abril de 1823, poniendo fin a la segunda experiencia constitucional española.

1. EL LIBERALISMO EN ACCIÓN Y LA PERSISTENCIA DEL ABSOLUTISMO EN ESPAÑA

“...tenemos pues en campaña una nueva revolución de distinto género que la anterior de la Península; ya el choque no es de fuerza a fuerza, de una nación contra otra; no debe salir de los umbrales de la casa; dentro de la misma debe ventilarse una cuestión de vida o de muerte para la nación, cual es la libertad e igualdad legal, que es la cuestión de vida; o esclavitud y privilegios, que es la de muerte”².

1.1 *Ferdinandus Septimus Dei gratia et Constitutione Monarchiæ Hispaniarum* Rex³

Con su reinstauración en 1820, la constitución de Cádiz pudo ser aplicada en condiciones más favorables que las características de los años de guerra en que había surgido, aunque la coyuntura de los poco más de tres años en que estuvo vigente no fue ni mucho menos tranquila, sino que estuvo marcada por el enfrentamiento entre los diferentes sectores liberales, las continuas insurrecciones absolutistas que llevaron a ciertas zonas a una auténtica guerra civil, y la presión internacional que desembocaría en invasión. Sin embargo, se logró el objetivo de instalar un régimen constitucional en España en el que el rey estaba limitado por la acción de unas Cortes de marcado carácter popular, en el que se acabó con buena parte de los privilegios de la Iglesia y la nobleza, en el que se redefinieron los derechos de propiedad de acuerdo con los principios liberales y se reconocieron la seguridad individual, la igualdad ante la ley y numerosas libertades civiles entre las que destacaba la libertad de prensa.

Tras haber convocado a Cortes por estamentos el día anterior como respuesta a la extensión del movimiento insurreccional iniciado en enero, la noche del 6 al 7 de marzo el rey Fernando VII firmó un decreto en el que, “siendo la voluntad general del reino”, había decidido jurar la constitución de 1812. El día 9 se formó en Madrid la Junta Provisional Consultiva de Gobierno, que se autoproclamó soberana para toda España. Se encontraba presidida por el Cardenal y Arzobispo de Toledo, Luis de Borbón, primo de Fernando VII y cuñado de Godoy. De ella formaban parte personalidades tradicionales y tan poco revolucionarias como el obispo de Michoacán,

² *Memorias del General don Francisco Espoz y Mina, escritas por él mismo, publícalas su viuda Doña Juana María de Vega, condesa de Espoz y Mina*, Tomo II, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1851, p. 252.

³ Lema que debía figurar en el papel sellado durante el régimen constitucional según el Real Decreto de 22 de marzo de 1820, en *Colección oficial de las Leyes, Reales disposiciones, y circulares de interés general, expedidas por el rey don Fernando VII y por las Cortes en el año de 1820 por don Juan Muñiz Miranda*, Madrid, Imprenta de José Morales, 1853, p. 44.

Manuel Abad y Queipo, o Manuel Lardizábal⁴. En otras regiones también se formaron juntas, algunas de ellas de carácter marcadamente reaccionario, como la aragonesa presidida por el capitán general marqués de Lazán, manifiestamente contrario a la constitución⁵, y otras de carácter más liberal como las de Barcelona, Valencia o La Coruña. La mayor parte de las juntas de gobierno provisionales que se formaron a lo largo de la geografía española estaban formadas por miembros de las elites locales y, en general, se dio una notoria continuidad institucional. Todas reconocieron a la Junta de Madrid como la superior. En el caso de las instituciones locales, como ayuntamientos, capitanías, intendencias y audiencias, también hubo una relativa continuidad, ya que muchos cargos continuaron siendo ejercidos por las mismas personas, aunque progresivamente sometidas al juramento constitucional⁶.

La historiografía tradicional negaba la participación de las clases populares en la revolución de 1820⁷. Sin embargo, la historiografía más reciente considera que la participación popular fue fundamental para la consolidación del cambio de régimen. Según María Cruz Romeo Mateo, no se debe despreciar la importancia decisiva del descontento popular con el sistema fernandino en su caída, a pesar de que fue una elite revolucionaria la que asumió el riesgo de liderar la movilización popular al proclamar la constitución, y encauzó el movimiento (a través de “tribunos del pueblo” y otros líderes) para evitar su radicalización y el desorden. El sistema monárquico tradicional se

⁴ “Real Decreto...mandando que inmediatamente se celebren Cortes” (6 de marzo de 1820), “Real Decreto, comunicado a todas las secretarías de despacho, en que S. M. se decide á jurar la Constitución” (7 de marzo de 1820) y “Real Decreto, estableciendo una junta provisional consultiva de gobierno hasta la reunión de las cortes, con designación de las personas que han de componerla” (9 de marzo de 1820), en *Colección oficial de las Leyes*, pp. 24, 25 y 29-30.

⁵ Pedro RÚJULA, *Constitución o muerte. El Trienio Liberal y los levantamientos realistas en Aragón (1820-1823)*, Zaragoza, Astral, 2000, pp. 30 y 50.

⁶ En las últimas décadas están apareciendo estudios locales sobre el Trienio que nos ofrecen una imagen mucho más detallada acerca de las diferencias regionales que se dieron por toda la Península: María Luisa MEIJIDE PARDO, *Contribución al estudio del liberalismo*, Sada, Edición do Castro, 1983 (sobre Galicia); Ramón DEL RÍO, *Orígenes de la guerra carlista en Navarra, 1820-1824*, Estella, Gobierno de Navarra-Príncipe de Viana, 1987; Mercedes DÍAZ-PLAZA, *Zaragoza durante el Trienio, 1820-1823*, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 1992; María Cruz ROMEO MATEO, *Entre el orden y la revolución. La formación de la burguesía liberal en la crisis de la monarquía absoluta (1814-1833)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993 (sobre Valencia); María Jesús AGUILAR, *La imagen del Trienio Liberal en Asturias*, Oviedo, 1999; José María GARCÍA LEÓN, *Cádiz en el Trienio Liberal*, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura, 1999; Ramon ARNABAT MATA, *La revolució de 1820 i el Trienni Liberal a Catalunya*, Vic, Eumo, 2001; Antoni SÁNCHEZ I CARCELÉN, *Absolutisme y liberalisme a Lleida, 1814-1828*, tesis doctoral, Universitat de Lleida, 2007; Jordi ROCA VERNET, *Política, liberalisme i revolució. Barcelona, 1820-1823*, tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2007; Matilde CODESAL PÉREZ, *La ciudad de Zamora en el Trienio Liberal (1820-1823). Conflictividad sociopolítica en un contexto de crisis*, Ayuntamiento de Zamora-UNED Zamora, 2008; Miguel Ángel MORALES, *El Trienio Liberal y el desmantelamiento del antiguo Reino de Granada. La nueva organización territorial y judicial*, Madrid, Universidad Juan Carlos I, 2008.

⁷ José Luis COMELLAS, *El Trienio Constitucional*, Madrid, Rialp, 1963.

desplomó en pocos meses ante la indiferencia general. Pero también existía un amplio descontento en los diferentes sectores sociales que, aunque “no tuvo una traducción política inmediata, pudo ser capitalizado por los liberales”. Así pues, sin la participación popular el movimiento liberal no habría tenido un éxito tan rápido y claro. Amplios sectores populares, tanto urbanos como rurales, asumieron y adaptaron a sus propios contextos personales los abstractos ideales liberales. El constitucionalismo fue asumido por distintas capas sociales, aunque su interpretación y aspiraciones respectivas no tenían por qué necesariamente coincidentes. De esta forma, el liberalismo actuó como una fuerza de cohesión entre diferentes sectores sociales y políticos por su capacidad de arrastre, que debía su fuerza a la igualitaria noción de “ciudadano”. Sin la voluntad de participar de las masas (descontentas con el sistema fernandino) y su asunción y traducción de los ideales liberales, el triunfo constitucional no habría sido tan ^{rotundo}⁸.

A pesar de la decisiva participación popular en la proclamación del régimen constitucional, es cierto que las nuevas autoridades, recelosas de la intervención de las clases bajas en la política, se preocuparon de restringir su acceso a las instituciones, limitaron la aplicación de las libertades recientemente otorgadas y, en general, siguieron un criterio de moderación, que se mantendría constante en los gobiernos del Trienio y que llevaría a un enfrentamiento con aquellos sectores que se inclinaban por profundizar en la transformación política y social de España. Porque no queda duda de que, para amplios sectores de la población española, la llegada de la constitución suponía un advenimiento providencial que solucionaría los problemas del país. Se confiaba en la constitución como agente de progreso que encauzaría las fuerzas productivas de la agricultura, la industria y el comercio. Como decía un texto divulgativo de 1820:

“La Constitución allana los caminos a la industria y al comercio, anima las artes desembarazándolas de trabas, pone al propietario en el pleno goce de hacer lo que mejor le parezca de su propiedad, anima la agricultura aboliendo tantas leyes prohibitivas, tantos reglamentos fiscales, que eran otros tantos grillos que entorpecían su fomento, y en una palabra, abre los fecundos canales de la prosperidad...”⁹.

Con la proclamación de la constitución fueron liberados los presos políticos¹⁰ y comenzaron a regresar a España la mayor parte de los exiliados, tanto afrancesados como liberales. En Inglaterra se juró la constitución en la embajada y en los consulados

⁸ María Cruz ROMEO MATEO, *Entre el orden y la revolución*, pp. 86-100, cita en p. 86.

⁹ *La Junta Suprema General de Aragón sobre las ventajas de observar la Constitución*, Zaragoza Imprenta de Francisco Magallón, 1820, citado por RÚJULA, *Constitución o muerte*, p. 42.

¹⁰ La mayoría salieron en libertad el 8 de marzo; Alicia FIESTAS LOZA, *Los delitos políticos (1808-1936)*, Salamanca, Librería Cervantes, 2ª ed., 1994, p. 76.

a lo largo del mes de abril, actos a los que acudieron algunos exiliados¹¹. El día 26 se celebró un banquete en la fonda de Albión, sufragado por los comerciantes españoles de Londres, al que asistieron unos 150 invitados, la mayoría españoles residentes en la capital inglesa y también algunos de los pocos exiliados que aún quedaban en la ciudad, como Fernández Sardino y Gallardo. El acto —presidido por el representante del banco de San Carlos en Londres, José Cayetano de Bernal, y en el que también estaba presente el embajador, duque de San Carlos— se distinguió por una rica simbología patriótica, formada por escarapelas y banderas españolas, guirnaldas de laurel, coronas de flores, cuadros y estatuas alegóricas de la libertad y los derechos del pueblo, discursos y brindis “por la Nación Española, gloriosa y magnánima en la reivindicación de sus derechos”. También se encontraban presentes algunos ingleses simpatizantes de la causa liberal española, como Thomas Dyer¹².

Los refugiados en Francia se dispusieron a cruzar la frontera en cuanto llegaron las noticias de la restauración de la constitución. Las autoridades francesas, que tanto habían presionado los años anteriores para obtener el regreso de los exiliados, no estaban seguras de la conveniencia de que los refugiados volvieran a una España revolucionaria. El Gobierno dio órdenes a los prefectos de los departamentos fronterizos de incrementar la vigilancia sobre los refugiados españoles¹³. Algunas de las autoridades locales temían los efectos que la revolución española pudiera tener sobre Francia, especialmente si continuaban residiendo en ella un número tan alto de refugiados políticos de carácter peligroso. El prefecto de Hérault se mostraba alarmado por la proclamación en Barcelona de la constitución y consideraba que los españoles que permanecieran en los departamentos fronterizos debían ser alejados porque podían provocar altercados. Para el prefecto, la situación era especialmente comprometida porque Francia en esos momentos —como se vio en el capítulo anterior— se encontraba envuelta en una situación de continuas turbulencias políticas que amenazaban la monarquía restaurada. En sus palabras:

“Como los antecedentes gobiernan el mundo, creo que es un ejemplo muy desafortunado para nosotros, con las doctrinas y las facciones que nos agitan, esta insurrección iniciada

¹¹ AGS, Estado, leg. 8180.

¹² *El Español Constitucional o Miscelánea de Política, Ciencias, Artes y Literatura*, nº XXI, Mayo de 1820, en Tomo III, pp. 397-400. Ver también Manuel MORENO ALONSO, *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1997, p. 337.

¹³ ANF, F⁷ 6642, f. 159, 198. El prefecto de Gard (7 de marzo de 1820), el prefecto de Var (10 de marzo de 1820), al Directeur Général de l'Administration Départementale et de la Police du Royaume.

por un ejército que ha forzado a un rey legítimo a adoptar la constitución que había prescrito. La necesidad de tomar las más fuertes y sabias medidas que nos salven de tales males me parece obvia, en un momento en el que el grito de rebelión incluso ha resonado en la galería de una de las Cámaras”.

La principal medida que debía ser adoptada era alejar a todos los españoles de los departamentos meridionales. El prefecto se mostraba especialmente preocupado por el afrancesado Marchena “que ha tenido alguna fama en nuestra revolución y que ha conservado todo el espíritu”¹⁴.

Existía un temor especial a las acciones que pudiera llevar a cabo el más ilustre de los conspiradores liberales españoles refugiados en Francia, el general Espoz y Mina. En efecto, este se había puesto en movimiento en apoyo de los insurrectos españoles antes de que estos alcanzaran su objetivo de restablecer la constitución. Preparaba una expedición sobre España para la cual estaba reuniendo armas y caballos y reclutando hombres, especialmente en Bayona, con la colaboración de comerciantes españoles y financiado desde Londres y París. Pero cuando conoció el éxito de los liberales y se hizo pública la convocatoria de Cortes, detuvo sus planes¹⁵.

Sin embargo, la avalancha de españoles que querían volver a España era imparable y el 23 de marzo el prefecto de Bajos Pirineos anunció que, ante el gran número que “marchan en desbandada a su patria principalmente por Bayona”, había decidido no oponerse a ello, ya que además los cónsules de España habían recibido órdenes de visar todos los pasaportes de los refugiados¹⁶.

Por su parte, la cuestión del regreso de los afrancesados fue polémica y puso de manifiesto que, a pesar de la colaboración que durante el primer exilio habían llevado a cabo algunos liberales moderados con ciertos afrancesados para derribar la monarquía absoluta, los enfrentamientos que se remontaban a la Guerra de la Independencia seguían presentes en la memoria de ciertos sectores liberales. En concreto, los más exaltados aún abrigan celos contra los afrancesados, a los que no solo veían como traidores, sino que desconfiaban de ellos por su tendencia a limitar la acción revolucionaria. La Junta permitió el 23 de abril el regreso de los afrancesados, ordenando la devolución de los bienes que se les habían confiscado. Pero tres días

¹⁴ ANF, F⁷ 6642, f. 183; el Prefecto de l’Hérault al Directeur Général de l’Administration Départementale et de la Police du Royaume, Montpellier, 15 de marzo de 1820.

¹⁵ ANF, F⁷ 6642, ff. 164, 177, 210, 211; El Prefecto de Basses-Pyrénées (10 de marzo de 1820), el Prefecto de Landes (13, 22 y 29 de marzo de 1820) al Directeur Général de l’Administration Départementale et de la Police du Royaume.

¹⁶ ANF, F⁷ 6642, f. 166; El Prefecto de Basses-Pyrénées al Directeur Général de l’Administration Départementale et de la Police du Royaume, Pau, 23 de marzo de 1820.

después, revelando la hostilidad contra ellos y como producto de las protestas de los liberales más radicales, la Junta estableció que no había concedido ninguna amnistía y que los afrancesados deberían permanecer en las provincias del norte —Álava, Vizcaya, Guipúzcoa y Castilla hasta Burgos— hasta que las Cortes autorizaran plenamente su regreso. Ante esta decisión, los afrancesados —tanto los que habían podido regresar a España en los años anteriores como Sebastián de Miñano o Javier de Burgos, como los que permanecían en Francia como Llorente— protestaron enérgicamente, a través de folletos, libros y obras dramáticas y poéticas rápidamente publicadas. El argumento principal empleado fue la necesidad de una reconciliación entre afrancesados y liberales para el afianzamiento en España de un sistema constitucional en el que ambos grupos estaban interesados. Llorente, en sus *Cartas de un español liberal habitante en París*, defendía que no era una “buena política la de poner una muralla de separación entre los constitucionales del año ocho [es decir, los afrancesados] y los del año doce”. Andrés Muriel, en un escrito publicado en Francia en junio, dejaba claro que para afrancesados y liberales el enemigo común era “el poder absoluto” que había caído “para no levantarse más” y que en ese momento “la patria abrazará a todos sus hijos”. La obtención de una amnistía completa continuó siendo reclamada por la prensa afrancesada, que empezaba ya a mostrar la gran iniciativa empresarial y de opinión que tendría a lo largo del Trienio, con periódicos como *El Universal Observador Español* o *El Censor*.¹⁷

El embajador en París, Fernán Núñez, que había aceptado la proclamación de la constitución, invitó a los exiliados en Francia a jurarla y —hasta que se publicó el decreto del 26 de abril— entregó pasaportes a todos los que se lo pidieron. El Gobierno francés, encantado con el regreso de los refugiados por el que tanto había trabajado durante los años anteriores, lo facilitó tanto como pudo. Al mismo tiempo, anunció que a partir del 1 de julio se terminarían todos los socorros que había venido ofreciendo¹⁸. Pero ante las dificultades que muchos de los exiliados encontraron para cruzar la frontera, donde eran rechazados, las autoridades francesas asistieron consternadas a la

¹⁷ Juan LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1832)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pp. 181-204; Jean-Philippe LUIS, “Le difficile et discret retour des *afrancesados* (1816-1834)”, en Rose Duroux y Alain Montandon (eds.), *L’émigration: le retour*, Clermont-Ferrand, Université Blaise-Pascal, 1999, pp. 331-343.

¹⁸ LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, pp. 197-198.

vuelta de muchos, lo que obligaba a mantenerlos hasta que las Cortes autorizaran su regreso¹⁹.

Los liberales moderados, entre ellos Toreno y Martínez de la Rosa, fueron los que más apoyaron el regreso de los afrancesados, aunque también entre las filas de los más radicales, como Moreno Guerra y Romero Alpuente, se levantaron voces a su favor²⁰. El 21 de septiembre, tras un debate en las Cortes centrado en la concesión o no de los derechos de ciudadanía a los afrancesados, se aprobó el decreto que permitía finalmente su regreso, pero aun entonces su reintegración en la sociedad española no podía ser plena, En efecto, se les devolvían sus bienes y se les concedían “los derechos de ciudadano; pero sin que por esto se entienda que quedan reintegrados ni con derecho a reclamar los empleos, condecoraciones, gracias, pensiones o mercedes que obtenían al tiempo de decidirse a tomar destino o servicio del Gobierno intruso de Josef Bonaparte”²¹.

No todos los afrancesados exiliados regresaron a España, sino que algunos permanecieron en Francia, donde ya se habían integrado y establecido un modo de vida, incluso obteniendo la nacionalidad francesa. Entre ellos destacaban los exministros O’Farril, Azanza y Almenara, el comerciante Fermín Remón, el escritor Núñez de Taboada, los profesores Manuel Silvela, José Miguel de Alea y Francisco Cabello, los exconsejeros de Estado Vicente González Arnao y Francisco Amorós o el banquero Aguado²².

1.2 Gobiernos liberales y sus medidas: alcances y límites

En paralelo a la formación de la Junta Provisional, el nuevo Gobierno constitucional fue nombrado el 9 de marzo, aunque no ejerció el poder inmediatamente, pues este siguió en manos de la Junta, que intentó encauzar la revolución y evitar cualquier trastorno social. Sin embargo, a lo largo de los meses siguientes los liberales, muchos de ellos

¹⁹ ANF, F⁷ 6642, ff. 211, 256, 288; Prefecto de Landes (Mont-de-Marran, 26 de abril de 1820), prefecto de Lot (20 de abril de 1820) al Directeur Général de l’administration Départementale et de la Police du Royaume.

²⁰ COMELLAS, *El Trienio Constitucional*, p. 59-60; LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, p. 201-202.

²¹ Decreto de 26 de septiembre de 1820, *Colección de los decretos y órdenes generales de la primera legislatura de las Cortes ordinarias de 1820 y 1821, desde 6 de julio hasta 9 de noviembre de 1820*, Madrid, Imprenta Nacional, 1821, pp.138-139.

²² Luis BARBASTRO GIL, *Los afrancesados: primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)*, Madrid, CSIC/Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993, pp. 22-23; LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, pp. 197-201

regresando del exilio o saliendo de prisión, fueron ocupando los puestos de gobierno y las instituciones por todo el país. La Junta proclamó una amnistía para los “procesados por causas políticas”²³, comenzó la aplicación de los decretos de Cádiz y realizó las convocatorias a elecciones municipales y a Cortes. Se celebraron elecciones municipales por toda la geografía española bajo unas condiciones inéditas de libertad de expresión y reunión. A pesar del antecedente de las Cortes de Cádiz, la sociedad española carecía de experiencia parlamentaria, así que la elección de las primeras Cortes en 1820 supuso un importante aprendizaje constitucional²⁴.

Finalmente, el cambio político institucional se completó en julio cuando abrieron las nuevas Cortes, el rey juró antes ellas la constitución y el nuevo Gobierno entró en funciones. Por toda España se celebró el acontecimiento de una manera festiva y las Juntas regionales se disolvieron²⁵. El Gobierno, conocido como *el de los presidiarios*, estaba formado por ministros de pasado liberal, que habían destacado en el periodo doceañista y que habían sufrido la represión en 1814, como Agustín Argüelles, José Canga-Argüelles, García Herreros o Evaristo Pérez de Castro, aunque incluía también a un personaje como el Marqués de las Amarillas, destacado realista llamado a influir decisivamente en el carácter moderado del Gobierno. Este Ministerio inauguraba una serie de gobiernos que llevarían a cabo una política de matiz moderado, intentando limitar los efectos revolucionarios e interpretando la constitución de 1812 en sus aspectos más restrictivos, llegando a plantear su reforma. En el desarrollo de esta política los gobiernos moderados chocaron con los sectores liberales populares, que los acusaron de renegados y de aliados de la contrarrevolución, iniciando el enfrentamiento que llevaría a la división del liberalismo en una vertiente moderada y otra denominada exaltada y que aspiraba a una lectura de la constitución en sentido transformador.

Los historiadores constitucionalistas han señalado como principal defecto de la constitución de Cádiz —y causa de la caída del régimen constitucional del Trienio y de su posterior rechazo por parte del liberalismo decimonónico— la extrema división de poderes que establecía, especialmente entre el ejecutivo y el legislativo, que impedía el

²³ Además el 25 de marzo de 1820 una Real orden rehabilitaba a todos los individuos involucrados en las causas formadas contra Espoz y Mina, Díaz Porlier, Lacy, Richart y Renovales, así como las abiertas en Valencia en 1817 y 1819 y contra los miembros de la conspiración del Ejército expedicionario de Ultramar de 8 de julio de 1819.

²⁴ Blanca E. BULDAIN JACA, *Régimen político y preparación de Cortes en 1820*, Madrid, Publicaciones del Congreso de los Diputados, 1988.

²⁵ RÚJULA, *Constitución o muerte*, p. 47.

desarrollo de un sistema parlamentario²⁶. En una aplicación ideal del principio de gobierno mixto, se había entregado el poder ejecutivo a la Corona y el legislativo a las Cortes, sin disponer de herramientas constitucionales que regularan su relación y comunicación, con lo que quedaron no solo separados rígidamente sino que, en caso de conflicto continuado, su enfrentamiento llevaba a una total parálisis institucional. El rey, a pesar de encontrarse muy limitado, aun disponía de un abanico de facultades que le permitían dificultar y demorar la obra de las Cortes, y empleó todas las facultades que la constitución le concedía para entorpecer la aplicación de medidas liberales.

En las Cortes se discutieron diversos proyectos de reformas que enfrentaron a la mayoría moderada con los exaltados y determinaron un ambiente político encrespado que llevó a numerosas discusiones y enfrentamientos que causarían la adopción de una labor legislativa no del todo coherente. Entre las medidas tomadas por las Cortes destacaron la Ley de Libertad de Imprenta, la supresión de los mayorazgos, la reforma de las órdenes regulares y la supresión de las monacales, medidas que iniciaron un proceso desamortizador. Uno de los objetivos más ambiciosos de los diputados radicales era la abolición del diezmo, aunque al final únicamente fue reducido a la mitad por Decreto de 29 de junio de 1821. Probablemente la medida más radical tomada por las Cortes del Trienio, y la que más oposición encontraría por parte de Fernando VII, fue la Ley de Extinción de Señoríos. La aprobación de esta ley puso además de manifiesto la superioridad que al legislativo se le había otorgado en el sistema institucional diseñado en Cádiz. Aunque el rey usó los dos vetos suspensivos que constitucionalmente se le habían otorgado en junio de 1821 y abril de 1822, finalmente el 3 de mayo de 1823, tras la tercera presentación por parte de las Cortes del proyecto de ley, se vio forzado a sancionarlo. Sin embargo, el régimen constitucional estaba para entonces a punto de caer, por lo que la medida no pudo ser efectiva. Además de los aspectos mencionados, las Cortes del Trienio legislaron en una extensa variedad de materias, aunque la aplicación de estas leyes fue reducida. Así, se elaboró el primer Código Penal español, se aprobó un Reglamento de Instrucción Pública que implantó un sistema de educación básica gratuito y universal, se procedió a una primera división

²⁶ Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA, “Rey, Corona y Monarquía en los orígenes del constitucionalismo español, 1808-1814”, en *Revista de Estudios Políticos*, nº 55, 1987, pp. 132-195; VARELA SUANZES-CARPEGNA, “La Monarquía imposible: la Constitución de Cádiz durante el Trienio”, en *Anuario de Historia del Derecho Español*, nº 66, 1996, pp. 653-688.

administrativa en provincias y se dio una Ley Orgánica del Ejército y otra de la Marina²⁷.

1.3 La politización constitucional durante el Trienio

Más allá de las medidas concretas aprobadas por las Cortes y aplicadas en parte por los diferentes gobiernos liberales, la transformación más importante vivida a lo largo del Trienio vino de la mano de un intenso proceso de politización de la sociedad española, que continuaba el iniciado en 1808. Sin duda el fenómeno más importante fue el de las Sociedades Patrióticas. Alberto Gil Novales cifra el número de sociedades existentes a lo largo de todo el Trienio en al menos 164. Este tipo de asociacionismo no era una completa novedad en España. Se remontaba a las tertulias ilustradas y, sobre todo, a las Sociedades Económicas de Amigos del País, que habían surgido en las últimas décadas del siglo XVIII. En los años de la guerra también habían aparecido, especialmente en torno a las actividades de las Cortes de Cádiz, pero también en otras ciudades, una serie de reuniones de carácter político y asociaciones patrióticas que tuvieron una gran importancia en la creación de la opinión pública liberal del momento. Tras la primera restauración, la actividad asociativa se redujo, aunque no llegó a desaparecer, y cuando en 1820 entró de nuevo en vigor la constitución de 1812, surgieron sociedades patrióticas por toda la geografía española, con un propósito propagandístico liberal, aunque inicialmente marcadas por una voluntad moderadora que pretendía contener la revolución y ganar respetabilidad para el sistema constitucional²⁸.

Sin embargo, el carácter de las sociedades patrióticas del Trienio era distinto del de sus predecesores más notorios, especialmente las Sociedades Económicas de Amigos del País. En primer lugar, porque su objetivo había pasado a ser explícitamente político, y por lo general, de carácter liberal. Ya no se trataba de discutir sobre cuestiones generales de política económica o sobre temas científicos o culturales, sino de favorecer la movilización y la participación política. En segundo lugar, porque se había ampliado el perfil social de sus miembros, para incluir a los sectores populares, principalmente urbanos, que acompañaban a los profesionales y comerciantes que solían encontrarse a su cabeza.

²⁷ Alberto GIL NOVALES, *El Trienio Liberal*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

²⁸ Alberto GIL NOVALES, *Las sociedades patrióticas*, Madrid, Tecnos, 1975.

De esta forma, las sociedades patrióticas se convirtieron en los centros de sociabilidad por excelencia del universo liberal español. Existía una amplia tipología de sociedades, que se encontraban irregularmente distribuidas desde el punto de vista geográfico. Aunque para ser socio era necesario pagar una cuota, por lo general sus actividades tenían un carácter público, pero también las hubo circunscritas exclusivamente a sus miembros. Normalmente se reunían en cafés y otros establecimientos de ocio como teatros, pero también en casas particulares, ayuntamientos o en calles y plazas públicas, y centraban sus actividades en el comentario de la actualidad política, en especial las reuniones de las Cortes, en la realización de lecturas públicas de la constitución, de leyes, de libros, folletos y periódicos, y en el debate sobre asuntos de actualidad y sobre cuestiones de filosofía política. En este sentido, tenían una función pedagógica esencial y complementaria al sistema educativo que la constitución preveía. Asimismo, se encargaban de organizar fiestas, conmemoraciones, homenajes y todo tipo de actos sociales. Su importancia para el desarrollo de una opinión pública informada en una sociedad eminentemente analfabeta no puede ser minusvalorada²⁹.

Su objetivo fundamental consistía en divulgar la recientemente reimplantada constitución de 1812 entre una población que en su mayoría la desconocía y en ejercer una labor de vigilancia con el propósito de evitar cualquier infracción de sus términos. Las sociedades patrióticas se erigieron en las intérpretes y protectoras de la constitución, o de su visión particular de ella. En este sentido, adquirieron una posición ambigua, ya que eran las principales entidades colaboradoras y sostenedoras de las autoridades constitucionales, pero al mismo tiempo fiscalizaban su labor erigiéndose en oposición vigilante. En principio no se encontraban controladas por ninguna institución o poder público, y de esta forma canalizaban las demandas revolucionarias de los sectores liberales más avanzados, pero en ocasiones se convertían en plataformas de organización política de las autoridades liberales una vez que accedían al poder, y revelaban un carácter conservador que tendía a evitar un desbordamiento popular³⁰.

Además de las sociedades patrióticas surgieron otros espacios de sociabilidad política como cátedras de constitución o academias cívicas, y se impulsaron otros ya

²⁹GIL NOVALES, *Las sociedades patrióticas*; Jordi ROCA VERNET, "La sociabilidad del Trienio liberal en Barcelona: foros de educación política y de adoctrinamiento constitucional", en M. Marieta Cantos Casenave (coord.), *Redes y espacios de opinión pública: de la Ilustración al Romanticismo, Cádiz, América y Europa ante la Modernidad: 1750-1850*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006, pp. 481-494.

³⁰ROCA VERNET, *Política, liberalisme i revolució*, p. 117.

presentes como las Sociedades de Amigos del País y las tertulias patrióticas. Pero las sociedades patrióticas figuraron como la matriz principal desde la que se impulsó el desarrollo de la sociedad civil en la España del Trienio, destacando entre sus actividades la fundación y el mantenimiento de numerosas publicaciones periódicas y la promoción de la Milicia Nacional, a través de la realización de suscripciones públicas para costear sus gastos de material.

Gracias a la libertad de imprenta, la prensa fue el otro gran impulso a la consolidación de la opinión pública como fenómeno político. De nuevo siguiendo el ejemplo del Cádiz de las Cortes, pero ahora extendida a todo el país, se produjo una explosión periodística con la publicación de cientos de periódicos, de todas las tendencias políticas: liberales exaltados, moderados y realistas. Los más populares y rompedores, inaugurando en España un género periodístico de comentario político con un alto contenido satírico y el empleo de un lenguaje popular que conectaba con el público, fueron *El Zurriago* y *La Tercerola*, que alcanzaron un gran éxito, con tiradas impensables años antes. Por su parte, la prensa moderada se encontraba en su mayor parte, como sucedía con *El Imparcial*, *El Censor* o *La Miscelánea*, en manos de redactores afrancesados regresados del exilio³¹.

Finalmente, el régimen liberal, llevando más allá el proyecto inaplicado de las Cortes de 1814, buscó su consolidación y fortalecimiento a través de la formación a partir de agosto de 1820 de una Milicia Nacional que se convertiría en una fuerza armada popular bajo control de las autoridades políticas constitucionales, compuesta por civiles, desmilitarizada y de carácter democrático en la elección de su oficialidad. La Milicia Nacional era la representación de la nación en armas y la realización del ideal republicano clásico de ciudadano-soldado. La desconfianza hacia la corona y el ejército, que constitucionalmente había quedado bajo control real, impulsó a los sectores más avanzados del liberalismo a crear una fuerza que pudiera defender el régimen constitucional en caso de agresión interna por parte de los contrarrevolucionarios, aunque su objetivo inicial se limitaba a ejercer tareas de control del orden y la seguridad a escala local. Sin embargo, la Milicia Nacional, especialmente con sus cuerpos de voluntarios, acabaó convirtiéndose en un apoyo fundamental del régimen constitucional

³¹ Juan Francisco FUENTES, “Estructura de la prensa española en el Trienio Liberal: difusión y tendencias”, en *Trienio*, n° 24. 1994, pp. 165-196, afirma que el público de la prensa del Trienio sobrepasaba el millón de personas; LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, pp. 220-247; GIL NOVALES, “La prensa en el Trienio Liberal”, en *Las sociedades patrióticas*, tomo 2, pp. 983-1047, ha contabilizado casi 700 periódicos, incluyendo los absolutistas.

frente a la amenaza contrarrevolucionaria y en un espacio de movilización liberal exaltada frente a los moderados, que intentaron debilitarla desde su gestación³².

A lo largo del Trienio se dio una intensa actividad dedicada a transformar los espacios públicos con una retórica visual que simbolizaba la transformación política ocurrida. Se renombraron plazas y calles, se instalaron placas constitucionales en la mayoría de las poblaciones, se produjeron múltiples celebraciones de aniversarios y acontecimientos relacionados con la simbología liberal en los que se cantaban canciones patrióticas y en los que desfilaban la Milicia Nacional y el ejército constitucional, se multiplicaron las representaciones teatrales con carácter político y se popularizaron elementos decorativos como insignias en la ropa, especialmente de color verde, en las que se incluían lemas políticos³³. Las Cortes de 1822, que comenzaron con Riego de presidente, implantaron y oficializaron buena parte de la simbología y liturgia liberal, realizando homenajes públicos a mártires y héroes liberales como Arco Agüero, Lacy, Porlier o Álvarez Acevedo, declarando beneméritos de la patria a los comuneros de Castilla (Juan Bravo, Padilla y Maldonado) así como a los defensores de los fueros aragoneses (Lanuza, Heredia y Luna), decretando que el Himno de Riego se convirtiera en la marcha militar de ordenanza y erigiendo diversos monumentos constitucionales³⁴.

Así pues, la intensa politización ocurrida durante el Trienio, que involucró en la vida pública a un número de españoles desconocido hasta entonces, propició que, una vez que fuera restaurada la monarquía absoluta, se produjera una emigración mayor que la de 1814. Esta emigración tendría además un carácter más popular, pues los sectores sociales comprometidos con el liberalismo habían aumentado.

1.4 La división del liberalismo

El enfrentamiento entre liberales moderados y exaltados marcó la política del Trienio, y la debilidad a la que llevó al régimen constitucional fue uno de los factores principales que provocaron su caída. Los liberales moderados *doceañistas*, desde el inicio del

³² Roberto BLANCO VALDÉS, *Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal, 1808-1823*, Madrid, Siglo XXI, 1988; J. CEPEDA GÓMEZ, *El ejército en la política española (1787-1843). Conspiraciones y pronunciamientos en los comienzos de la España liberal*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1990, pp. 137-147. A pesar de todo, la Milicia Nacional pasó por importantes dificultades tanto en su alistamiento como en su armamento por la bancarrota del estado.

³³ RÚJULA, *Constitución o muerte*, pp. 59, 63; Jordi ROCA VERNET, “Las imágenes en la cultura política liberal durante el Trienio (1820-1823): el caso de Barcelona”, en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº 10, 2002, pp. 185-220.

³⁴ GIL NOVALES, *El Trienio Liberal*, p. 49.

régimen constitucional en el poder, pretendieron una contención del programa y las expectativas liberales por miedo al desbordamiento revolucionario y a la llegada de turbulencias similares a las de la Revolución Francesa. Con una concepción elitista de la política, desconfiaban de las dinámicas de participación política fomentadas por los exaltados. Así, las sociedades patrióticas y la Milicia Nacional se convirtieron en los principales ejes alrededor de los cuales se fue formando la oposición entre liberales moderados y exaltados, un enfrentamiento escenificado en la arena de la opinión pública con constantes choques entre la prensa exaltada (*El Zurriago* y *El Espectador* dirigido por San Miguel) y la moderada, con periódicos como *El Universal* o *El Censor*.

El Gobierno, con el apoyo de la mayoría moderada de las Cortes, consiguió suprimir las sociedades patrióticas, que veía como una fuente incontrolada de radicalización, a semejanza de los clubes de la Revolución Francesa. Los diputados moderados entendían que las sociedades patrióticas constituían un poder alternativo al de las Cortes y las instituciones constitucionales. En la formación de esta opinión los liberales moderados se vieron muy influenciados por los afrancesados regresados del exilio, que dirigían la mayor parte de la prensa próxima a los moderados. Asimismo, la presión dialéctica y material que llegaba desde los sectores realistas empujaba a muchos moderados a desconfiar del extremismo popular de las sociedades y de los exaltados que las dominaban. Por su parte, los exaltados, con líderes parlamentarios como Romero Alpuente, consideraban imprescindible el mantenimiento de las sociedades patrióticas para asentar el régimen constitucional, que según entendían debía fundamentarse en la formación de una base de ciudadanos informados que lo protegieran de las amenazas contrarrevolucionarias. Finalmente los moderados consiguieron imponerse y el 21 de octubre de 1820 las Cortes aprobaron la ley que restringía las actividades de las sociedades patrióticas, promulgada por el rey el 8 de noviembre.

También se produjeron enfrentamientos alrededor de los nuevos espacios de sociabilidad y educativos surgidos en el Trienio, como las cátedras de constitución, la academia cívica catalana o la Milicia Nacional³⁵. Desde las Cortes, los moderados intentaron en todo momento limitar el alcance de las competencias y el carácter popular y civil de la Milicia Nacional, y en la legislatura de 1822 se produjo el intento más importante de restricción del carácter popular y democrático de la Milicia Nacional.

³⁵ ROCA VERNET, *Política, liberalisme i revolució*.

El enfrentamiento entre moderados y exaltados se reflejó en la formación y crecimiento de la influencia de las sociedades secretas. Los moderados, asociados en gran parte con la masonería desde el primer periodo liberal —la masonería se extendió durante los años del Trienio, pero seguía estando desconectada de los ritos y las jerarquías europeas, siendo una plataforma eminentemente política— encontraron en la organización de la comunería, formada en 1821, su más firme adversario. Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre si la comunería fue una escisión radical de la masonería o una disidencia similar a la carbonería que no tenía nada que ver ella³⁶. En cualquier caso, el proceso de atomización política continuó cuando entre las filas del liberalismo moderado también surgieron sociedades secretas, especialmente la de los anilleros, que contribuyeron a la profundización de la división liberal.

Tras la disolución del ejército de la Isla, Riego fue nombrado en diciembre de 1820 capitán general de Aragón. Al llegar allí en enero de 1821, una campaña contrarrevolucionaria lo acusó de liderar una conspiración republicana, al tiempo que se descubrían otras dos supuestas tramas de carácter republicano, una liderada por el militar francés refugiado en España Cugnet de Montarlot y otra por Francisco Villamor, fundador de la sociedad patriótica de Zaragoza y oficial de la Milicia Nacional Voluntaria. A pesar de lo improbable de esta acusación, Riego fue destituido de su puesto en septiembre de 1821³⁷. Las acusaciones de republicanismo serían una constante en la estrategia para deslegitimar a los liberales a lo largo del Trienio y poner en su contra a una población que mantenía una gran veneración por la monarquía, aunque no cabe duda de que en los sectores más radicales la monarquía era vista como una institución accesoria a la soberanía nacional, auténtica poseedora del poder político. Tras la afrenta a Riego se sucedieron una serie de disturbios en los que los sectores populares liberales protestaron contra el Gobierno, como la *Batalla de las platerías*, en septiembre, en Madrid.

En los últimos meses de 1821 se vivió el máximo enfrentamiento hasta ese momento entre el Gobierno moderado y el liberalismo popular exaltado y apareció lo que Gil Novales califica como un “movimiento de desobediencia cívica”, centrado en las ciudades que, a pesar de la fuerte represión, forzó la caída del Gobierno liderado por

³⁶ La primera opción la defiende Marta RUIZ JIMÉNEZ, *El liberalismo exaltado: la confederación de comuneros españoles durante el trienio liberal*, Madrid, Fundamentos, 2007 la segunda Luis P. MARTÍN, “La masonería y la conspiración liberal (1814-1834). Los límites de un mito histórico”, en *Trienio*, nº 22, pp. 73-90.

³⁷ RÚJULA, *Constitución o muerte*, pp. 61-68; GIL NOVALES, *Las Sociedades Patrióticas*, vol. I, pp. 219-234.

Feliú. Se acusaba a los anilleros de intentar reformar desde el Gobierno la constitución e introducir una segunda cámara. En las elecciones a Cortes ordinarias de febrero de 1822 los exaltados obtuvieron unos resultados excelentes, pero para formar el nuevo Gobierno Fernando VII optó por el moderado Martínez de la Rosa, que desplegó una actividad de oposición a las reformas iniciadas. El Gobierno moderado se enfrentó a las Cortes a lo largo de la primavera de 1822 alrededor de cuestiones como la supresión de las sociedades patrióticas, la Ley de Señoríos y el proyecto de reforma de la Milicia Nacional. Pero el resultado fue una nueva movilización contra el Gobierno por parte de los exaltados³⁸.

1.5 La contrarrevolución

De forma paralela a los conflictos internos que devoraban el campo liberal, un desafío de mayor relevancia surgió desde los sectores reaccionarios, que se habían opuesto al régimen desde el inicio mismo del periodo constitucional. El desafío al Estado liberal se inició desde las instituciones que, a pesar de la entrada en vigor de la constitución, seguían en ciertas zonas copadas por realistas, y continuó a través de partidas de guerrilleros movilizados en zonas rurales, sobre todo en el norte de la Península, que contaban con el apoyo expreso de Fernando VII y con la ayuda económica, aunque insuficiente según los ultras, de las potencias reaccionarias europeas. La oposición violenta, organizada por una red de conspiradores realistas, fue creciendo a lo largo de los años: en 1820 se produjeron 14 alzamientos realistas, 35 en 1821, 54 en 1822 y 19 en el primer trimestre de 1823³⁹, alcanzando su máxima expresión en las numerosas insurrecciones que se extendieron por el País Vasco, Navarra, Aragón, norte de Valencia y Cataluña, que fueron cosechando éxitos y ocupando poblaciones de cierta importancia y que llevaron a una auténtica guerra civil al país. Los enfrentamientos entre los “facciosos”, como eran llamados por los liberales, y las tropas constitucionales se prolongaron durante los dos años siguientes, sin llegar ninguna parte a controlar la situación⁴⁰.

³⁸ Miguel ARTOLA, *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa, 1999, pp. 560-572.

³⁹ José Luis COMELLAS, *Los realistas en el Trienio Constitucional*, Pamplona, Estudio General de Navarra, 1958, p. 56, nota 43.

⁴⁰ RÚJULA, *Constitución o muerte*; Pedro RÚJULA, *Contrarrevolución realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998; Ramón DEL RIO ALDAZ, “Revolucionarios y contrarrevolucionarios en la Navarra del Trienio Liberal”, en *Trienio*, nº 11,

La pervivencia y los apoyos que los movimientos insurreccionales recibieron a lo largo de buena parte de la geografía española, especialmente en el norte y el este de la Península, muestran las dificultades a las que el sistema constitucional se enfrentaba en relación al control del territorio y a la difusión y aceptación de los principios liberales, que no se realizó de manera homogénea entre los distintos estratos sociales. El dominio de la periferia y las zonas rurales más allá de las capitales de provincia y ciudades principales se mostró muy complicado para las fuerzas del Gobierno. Tan solo el ejército, con la ayuda de la Milicias Nacionales locales, fue capaz de enfrentarse a las partidas insurgentes⁴¹.

La contrarrevolución logró movilizar a amplias capas de una población rural descontenta con el régimen liberal. Una combinación de factores, entre los que destacan un contexto de crisis económica y una torpe aplicación por parte de las autoridades de las medidas liberales, permitió a la contrarrevolución movilizar a amplios sectores de la población. El aumento de la presión fiscal real a pesar de la reducción del diezmo, una tendencia a la monetarización de las relaciones económicas que perturbaba las costumbres rurales y una desamortización que perjudicó a los pequeños labradores frente a los compradores forasteros, colocó a buena parte de la población rural en una situación susceptible de ser movilizada en contra del Gobierno constitucional, en una alianza que se prolongaría a lo largo de la década de 1820 (culminando en la revuelta de los agraviados o *malcontents* catalanes) y luego en las guerras carlistas del resto del siglo⁴².

Desde luego, la contrarrevolución no fue solo un proyecto político de los sectores privilegiados de la nobleza y la Iglesia, sino que también tuvo un imprescindible apoyo popular, especialmente rural, en la coyuntura de una crisis económica general en Europa, incrementada en España por la reciente guerra y las malas políticas económicas introducidas. Pero no debe interpretarse esta insurgencia exclusivamente como un levantamiento rural popular contra el liberalismo, ya que la labor de mediación que llevaron a cabo las elites contrarrevolucionarias, especialmente el clero absolutista, fue decisiva.

1988, pp. 151-205; Ramon ARNABAT, *Visca el rei i la religió! La primera guerra civil de la Catalunya contemporània (1820-1823)*, Lleida, Pagès, 2006.

⁴¹ RÚJULA, *Contrarrevolución*, p. 69.

⁴² Josep FONTANA, *La crisis del Antiguo Régimen*, Barcelona, Crítica, 1979; Jaume TORRAS ELIAS, *Liberalismo y rebeldía campesina, 1820-1823*, Barcelona, Ariel, 1976.

Pedro Rújula, subrayando la importancia de los conflictos locales, realiza una distinción analítica entre contrarrevolución estructural y antirrevolución periférica que le permite poner de relevancia la heterogeneidad del fenómeno. La oligarquía y el clero absolutista, en su lucha por recuperar el poder perdido por el cambio de régimen, lideraron la contrarrevolución y, tras el fracaso de una primera oposición golpista de carácter fundamentalmente urbano, decidieron forzar un enfrentamiento de mayor alcance social para debilitar al régimen liberal, que conduciría a una situación de guerra civil. Lo lograron a través de la apelación a una amplia base social formada por sectores populares rurales que, ignorados por el Estado liberal, aspiraban a conseguir una mejora en sus condiciones de vida. La perturbación de la realidad económica y política y la crisis cultural que la adopción del régimen constitucional había provocado, fueron aprovechadas por las élites contrarrevolucionarias para, evocando un idealizado pasado, movilizar a extensas capas populares en nombre de la religión y la monarquía⁴³.

A partir del verano de 1822 se extendió la guerra civil, aunque los contrarrevolucionarios españoles se demostraron incapaces de derrotar al régimen constitucional. Solo la intervención extranjera lo lograría. Desde junio de 1822 las fuerzas irregulares realistas se habían instalado en Urgel, donde el 15 de agosto formaron una regencia como alternativa al monarca “secuestrado” por los liberales, con apoyo del Gobierno francés, que esperaba que de esta forma se volcara la situación política en España, sustituyendo la constitución por un régimen de carta otorgada similar al francés. Estas iniciativas habían sido organizadas por realistas exiliados en el sur de Francia, como el marqués de Mataflorida y el general Eguía. Los objetivos de la regencia pasaban por un retorno a la monarquía absoluta, sin ningún tipo de concesiones tal y como esperaban los franceses.

1.6 La radicalización de la revolución y la guerra civil

El acontecimiento que actuó como punto de inflexión definitivo en la trayectoria del Trienio fue el intento de golpe de estado de julio de 1822, culminación de las conspiraciones contrarrevolucionarias fomentadas por el propio Fernando VII y que contaban con el apoyo de las potencias reaccionarias, especialmente Rusia. El 30 de junio estalló la sublevación en Madrid, liderada por la Guardia real, que se repetiría en

⁴³ RÚJULA, *Constitución o muerte*.

otras ciudades en las semanas siguientes. El rey, así como importantes sectores contrarrevolucionarios del ejército y la Iglesia, respaldaban la sublevación. Sin embargo, el 7 de julio la Milicia Nacional y el pueblo en armas se impusieron a las tropas de la Guardia Real en una serie de combates callejeros en Madrid y otras ciudades y se liquidó temporalmente la insurrección. A partir de entonces se sucedieron los acontecimientos que llevarían a la caída del régimen, con el recrudecimiento de la guerra contra los ultramontanos, que formaron la Regencia de Urgel el 15 de agosto de 1822 y la reunión del Congreso de Verona desde el mes de octubre de 1822.

Como consecuencia del golpe de estado de julio de 1822 se radicalizaron las posturas de los liberales exaltados. En un estado de guerra civil como el que vivía buena parte de la Península, los sectores exaltados criticaban la que consideraban tibia respuesta dada al desafío contrarrevolucionario por parte de los liberales moderados que estaba al frente de la mayoría de las instituciones nacionales y locales⁴⁴. En su opinión, el Gobierno no comprendía o no quería comprender el auténtico carácter de la amenaza contrarrevolucionaria, liderada por el clero y que contaba con el apoyo o complicidad de las instituciones locales. Un articulista se preguntaba: “¿Quién es el que dirige este mal espíritu [de los pueblos que es el que provoca la guerra civil, la sostiene, anima y aumenta]? La respuesta es clara: los ayuntamientos, los curas párrocos, los curas párrocos y los ayuntamientos”. Y proponía la aplicación de medidas radicales: “Ah! si viéramos fusilados unos cuantos ayuntamientos y curas párrocos de aquellos que no puede dudarse tienen la mayor parte del mal espíritu de los pueblos, presto mejoraría y la madre patria gozaría de la tranquilidad a que es acreedora”⁴⁵. Las Cortes discutieron la adopción de medidas enérgicas para controlar el orden público amenazado por los ultrarrealistas, y se inició un proceso legislativo a través del cual progresivamente se fue otorgando a las autoridades militares y la Milicia Nacional la potestad de intervenir y juzgar a los conspiradores anticonstitucionales y a reducir los derechos ciudadanos con el objetivo de salvaguardar el régimen, llegando incluso a proponerse la declaración del estado de sitio en las zonas insurrectas en mayo de 1821, medida rechazada por la mayoría de los diputados ante la agresión a las libertades públicas que podía implicar.

⁴⁴ Los gobiernos liberales consideraban que existían razones económicas detrás de la insurrección, y adoptaron medidas de asistencia social destinadas a paliar los efectos de la crisis económica y del descontento del mundo rural, además de comenzar programas de obras públicas destinados a crear empleos. También realizaron campañas para levantar el espíritu público constitucional a través de representaciones teatrales, la difusión de canciones patrióticas y la celebración de banquetes cívicos. ARTOLA, *La España de Fernando VII*, p. 640.

⁴⁵ RÚJULA, *Constitución o muerte*, p. 163-170. Citas del *Diario Constitucional de Zaragoza*, nº 268, 25 de septiembre de 1822.

Este proceso de militarización fue impulsado principalmente por los exaltados, mientras que los moderados siempre rebajaron el alcance de las conspiraciones y consideraron la postura de los exaltados como un ejercicio de alarmismo. Una vez que los exaltados subieron al poder en el verano de 1822, aplicaron estas medidas para “repeler a la fuerza con la fuerza”⁴⁶ y se declaró el estado de guerra en varias provincias.

Con el objetivo de reconducir la caótica situación política del país, el siete de octubre se abrieron Cortes extraordinarias, que llevaron a cabo una labor de reforzamiento del régimen constitucional. Paralelamente, fue creciendo la represión impulsada por las Cortes contra los opositores al régimen constitucional. Las victorias del ejército de Espoz y Mina en Cataluña llevaron a los contrarrevolucionarios a confiar en la intervención extranjera que se empezaba a discutir en Verona. Los siguientes meses estuvieron marcados por los enfrentamientos en la calle, en las tribunas de las sociedades, en la prensa de distinto signo y en las Cortes. Las sociedades patrióticas resurgieron con fuerza y se crearon unas nuevas de carácter más radical, como la Sociedad Landaburiana (en honor del teniente Landaburu, asesinado durante las movilizaciones contra el Gobierno moderado) con Romero Alpuente al frente, que se erigió en parlamento alternativo a las Cortes y desplegó una virulenta actividad política que aspiraba a movilizar al pueblo, liderado por los exaltados, contra moderados e “indiferentes”⁴⁷. Ante muestras de radicalización de este tipo, muchos moderados se desligaron definitivamente de los exaltados y de las masas populares que los apoyaban y que cada vez adquirirían mayor presencia, mientras que los reaccionarios encontraron un contexto mucho más favorable para la movilización contra el Gobierno constitucional, ahora dirigido por un exaltado como Evaristo San Miguel.

El 14 febrero de 1823 cerraron sus sesiones las Cortes extraordinarias, que volverían a reunirse de forma ordinaria el 1 de marzo. Entretanto, el rey había continuado en su labor de fomentar el enfrentamiento entre grupos liberales. El 19 de febrero depuso al Gobierno de San Miguel y el 28 nombró otro de carácter exaltado, en el que la mayoría de los ministros eran comuneros, con Álvaro Flórez Estrada al frente.

⁴⁶ BLANCO VALDÉS, *Rey, Cortes y fuerza armada*, pp. 489-516. La cita, del diputado Ruiz de la Vega, en p. 513.

⁴⁷ ROMERO ALPUENTE, *Historia de la revolución española y otros escritos*, vol. II, p. 35, ed. de Alberto Gil Novales, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1989, citado por Emilio LA PARRA, *Los Cien Mil Hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España*, Madrid, Síntesis, 2007, p. 127; GIL NOVALES, “El siete de julio de 1822 y la sociedad landaburiana”, en su *Las sociedades patrióticas*, pp. 665-733.

Sin embargo, el Gobierno depuesto continuó en funciones y el comunero nunca llegaría a tomar posesión.

En cualquier caso, y a pesar de la amplia movilización que levantaron, las fuerzas contrarrevolucionarias carecían de una orientación y coordinación común, y se mostraron incapaces de asentarse en el terreno tras sus éxitos, y mucho menos, de ser capaces de derrotar al Gobierno constitucional. Advirtiéndolo que solo con la ayuda de una intervención exterior serían capaces de derribar al Gobierno, llegó un momento en que los contrarrevolucionarios se limitaron a mantener la insurrección activa a la espera de la invasión francesa. Así desde luego lo entendía el jefe del Gobierno francés Villèle, que afirmaba “que los realistas españoles, ni que les ayuden otros gobiernos, no podrán hacer jamás la contrarrevolución en España sin el socorro de un ejército extranjero”⁴⁸. Las autoridades liberales no llegaron a comprender del todo que el desafío presentado por los insurgentes absolutistas españoles no se limitaba al ámbito nacional, sino que formaba parte del enfrentamiento general europeo entre revolución y contrarrevolución, como la intervención de la Santa Alianza a través de los ejércitos franceses puso de manifiesto⁴⁹.

1.7 La cuestión americana

En el proceso revolucionario iniciado en 1808, los liberales habían situado a la nación española como nuevo sujeto depositario de la soberanía. Tras la desaparición efectiva de la familia real, en poder de Napoleón, el pueblo retornaba a ejercer la soberanía. Sin embargo, a pesar de quedar establecida en Cádiz la existencia de una nación española a ambos lados del Atlántico⁵⁰, una auténtica nación bicontinental, los liberales españoles no estaban dispuestos a reconocer a los territorios americanos, y por lo tanto a sus poblaciones, en igualdad de condiciones. Continuando la práctica de los pensadores ilustrados del XVIII —precursores intelectuales de la idea de nación— los liberales del XIX heredaron una serie de prejuicios sobre los habitantes del continente americano que les impidió considerarlos como participantes en igualdad de condiciones de la nación española, que quedaba de esta forma compuesta tan sólo por la parte europea de la monarquía. Cierta tipo de consideración secundaria de los territorios americanos

⁴⁸ Citado por FONTANA, *La crisis del Antiguo Régimen*, p. 39.

⁴⁹ RÚJULA, *Contrarrevolución*, pp. 82-83

⁵⁰ El artículo 1 de la Constitución de 1812 estableció que “La Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios”.

subsistía en el nuevo modelo nacional que se estaba construyendo, no del todo diferente a la relación puramente colonial a la que habían quedado relegados previamente en el esquema imperial español. A pesar de todas las barreras levantadas intelectualmente entre los españoles de ambas orillas del Atlántico, lo cierto es que los procedimientos empleados en los territorios europeos y americanos para responder a la crisis de 1808 habían sido similares. Tanto las justificaciones legales y políticas como los métodos organizativos fueron análogos a ambos lados del océano. La formación de órganos locales de poder —juntas y similares— que conservarían o tutelarían la soberanía mientras el monarca Fernando VII permaneciera incapacitado, fue la respuesta común en las dos regiones. Fue la negativa de los liberales españoles a reconocer en igualdad de condiciones los intentos americanos de proteger la monarquía española en tiempos de crisis uno de los factores fundamentales que contribuyeron a la radicalización de la inicial propuesta autonomista americana hacia un proyecto independentista⁵¹.

En septiembre de 1810, contando con diputados elegidos en América, las Cortes de Cádiz empezaron a proyectar una nueva organización del Estado, con un modelo constitucional en el horizonte. Inmediatamente se planteó el debate entre los diputados americanos —liderados por los novohispanos— y los peninsulares en torno al problema de la soberanía y su correspondiente representación, y desde el primer momento quedó claro que los peninsulares no veían con buenos ojos las pretensiones autonomistas de los diputados americanos ni sus peticiones de una mayor representación, a pesar de haber incluido a los territorios que representaban como parte esencial de la nación española. Los continuos enfrentamientos en relación a la organización territorial y las competencias de las instituciones proyectadas por la constitución —provincias, diputaciones y ayuntamientos, jefe político— se resolvieron finalmente con un marcado carácter centralista, debido a la obsesión por evitar cualquier orientación federalista que comprometiera la unidad de la nación española que se acababa de establecer. El liberalismo español fue tan centralista porque su prioridad era crear un nuevo modelo estatal en torno al nuevo sujeto de la nación pero no estaba preparado para acoger un modelo federal que presentía independentista⁵². De todas formas, lo que queda claro es

⁵¹ José M. PORTILLO VALDÉS, *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Marcial Pons, 2006 y del mismo autor, *Revolución de Nación. Orígenes de la cultura constitucional en España (1780-1812)*, Madrid, CEPC, 2000.

⁵² José M. PORTILLO sostiene de todas formas que el liberalismo español no era necesariamente centralizador, como muestra el éxito de fórmulas autonomistas en las provincias vascas o Navarra. *Crisis atlántica*, pp. 27-28, y *El sueño criollo. La formación del doble constitucionalismo en el País Vasco y Navarra*, Donostia-San Sebastián, Nerea, 2006.

que los debates de las Cortes gaditanas tenían una dimensión atlántica, y afrontaron problemáticas que no eran ni peninsulares ni americanas, sino hispanas.

Como “federación negada” ha descrito José M. Portillo el resultado final de este proceso⁵³. A lo largo de la Guerra de la Independencia se había producido la eclosión en la Península de una multitud de juntas confederadas erigidas como depositarias de la soberanía tras la abdicación de Fernando VII. Las juntas que se formaron en América se entendían a sí mismas en términos similares, pero los peninsulares no estaban dispuestos a reconocerlo así, y rechazaron la consideración igualitaria de los territorios americanos. Las juntas americanas querían participar en la revolución de las provincias que se estaba produciendo en la Península y que terminaría con la proclamación de la soberanía nacional y la redacción de una constitución, y lo querían hacer a través de un esquema que les concediera autonomía dentro de la Monarquía. Pedían autonomía y representación, no independencia, y consecuentemente empleaban para ello un lenguaje legal y constitucional. Pero esta autonomía sería sucesivamente rechazada desde la Península, incluso cuando en los años siguientes los territorios americanos abandonaron posturas autonomistas y optaron por conseguir por la fuerza la independencia. En las Cortes del Trienio los representantes de las provincias americanas volvieron a insistir en sus propuestas autonomistas, pero una vez más tuvieron poco éxito.

Las Cortes reunidas a lo largo de los años del Trienio tuvieron una representación de las provincias americanas acorde con lo establecido en la constitución de 1812. Esta medida dejaba, en opinión de los diputados americanos, a América subrepresentada en el congreso nacional. En torno a esta cuestión surgiría un duro enfrentamiento con los peninsulares. Este conflicto está detrás del abandono por parte de la mayoría de los diputados americanos —especialmente novohispanos y cubanos pues del resto de provincias, envueltas en la guerra, llegaron pocos representantes— de la postura autonomista y de su viraje hacia el independentismo. Los diputados liberales más moderados se opusieron inflexiblemente a cualquier consideración que planteara una igualdad de condiciones en relación a la representatividad de los reinos americanos respecto a los europeos. Significativamente, los diputados más exaltados no prestaron prácticamente apoyo a la causa de los diputados americanos, contribuyendo de esta

⁵³ PORTILLO VALDÉS, *Crisis atlántica*, capítulo 1: “La federación negada”. Véase también PORTILLO VALDÉS, “La federación imposible: los territorios europeos y americanos ante la crisis de la Monarquía Hispánica”, en Jaime E. Rodríguez O. (ed.) *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, Mapfre Tavera, 2005, pp. 99-122

forma a completar el vaciado de sentido de la declaración de igualdad de la Constitución de 1812.

El decreto de convocatoria de Cortes del 22 de marzo preveía la llegada de 30 representantes de las provincias de ultramar. La junta preparatoria que se reunió el 26 de junio de 1820 contaba ya con un total de 148 diputados, entre los cuales había 21 americanos. Una vez reunidas las Cortes, lo primero que hicieron un grupo de americanos fue reclamar la igualdad de representación. Los cubanos José Benítez y José Zayas avisaron a las Cortes de que no podían “decirse legalmente constituidas faltando la representación de América, que es parte integrante y la mayor de la misma nación”⁵⁴. Para rebatir el cuestionamiento de la representatividad de las Cortes los diputados peninsulares recurrieron a argumentos de tinte rousseauniano, como habían hecho en 1812. Con la idea de que la representación era general para toda la nación se rebatieron continuamente las acusaciones de falta de legitimidad de las Cortes. La proclamación de la indivisibilidad de la soberanía nacional entre ambas porciones de España, la europea y la americana (y la asiática) se esgrimía como razón principal para negar el aumento del número de representantes americanos en Cortes. De esta forma, la falta de aceptación de una representatividad proporcional se convertía en un ataque contra las provincias americanas, acusadas de ser incapaces de mostrarse solidarias con la proclamación de la soberanía nacional. Argumentaciones como esta del aragonés Miguel Cortés se repitieron en las sesiones parlamentarias:

“Dice la proposición que las provincias de América no tienen la suficiente representación en el Congreso con el número de 30 suplentes; y digo yo: pues qué, ¿las Américas están representadas solamente por los 30 suplentes de ultramar? ¿No están representadas también por todos los demás Diputados que estamos en el Congreso? ¿No somos todos representantes de la nación española? Y la nación española, ¿no es ‘la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios’? [...]”

Concluyo pues diciendo que semejante lenguaje es falso y anticonstitucional, y propio solamente para que se forme la perniciosa idea de que la América es una nación y la península otra.”⁵⁵

Los acontecimientos al otro lado del Atlántico empezaron a demostrar en breve, sin embargo, que se estaban haciendo significativos progresos en esa dirección. Con la independencia de la mayoría de las provincias de la mitad sur del continente americano prácticamente consumada en forma republicana a falta de la caída del bastión realista de

⁵⁴ *Diario de Sesiones de Cortes*, 15 de julio de 1820, citado por Ivana FRASQUET, “La cuestión nacional americana en las Cortes del Trienio Liberal, 1820-1821”, en Rodríguez O., (ed.), *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, pp. 123-157, p. 125.

⁵⁵ *Diario de Sesiones de Cortes*, 15 de Agosto de 1820, p. 526, citado por FRASQUET, “La cuestión nacional americana en las Cortes del Trienio Liberal”, p. 126.

Perú, y la declaración en febrero de 1821 por parte de Iturbide del Plan de Iguala que declaraba la separación de Nueva España y la formación de una nueva monarquía, la independencia efectiva estaba muy cerca de lograrse.

Sin embargo, los diputados americanos no se detendrían en sus propuestas federativas después de la llegada a las Cortes de las noticias del Plan de Iguala el 4 de junio de 1821. En estas condiciones encontrarían un éxito mayor, aunque los hechos consumados al otro lado del Atlántico marcarían la ruptura definitiva. Antes ya del conocimiento del Plan de Iguala los diputados americanos habían venido presentando una serie de propuestas a nivel económico y administrativo que planteaban indirectamente la creación de una federación para los territorios hispanos⁵⁶. Una vez conocido el Plan de Iguala, los americanos presentaron sus propuestas federativas de forma clara y directa. Los novohispanos Michelena y Alamán, con el apoyo de la mayoría del resto de diputados americanos, presentaron un plan plenamente descentralizador que preveía la creación de tres secciones de las Cortes en América con altas competencias legislativas, ejecutivas y judiciales, y que contribuirían a pagar la deuda de la Monarquía y a contribuir a las arcas de su Hacienda⁵⁷. Estas propuestas llegaron a ser aprobadas por las Cortes, aunque tras la llegada de la noticia del acuerdo de Iturbide con O'Donoghú —enviado de las Cortes a Nueva España— fueron rechazadas. El enfrentamiento entre diputados peninsulares y americanos llegó a tal extremo que todos los suplentes de ultramar, excepto los de Filipinas y Perú, fueron expulsados de las Cortes en septiembre de 1821. Muchos de ellos marcharon de regreso a sus lugares de origen, donde la mayoría se unieron a aquellos que defendían medidas radicales plenamente independentistas. Los novohispanos lo hicieron a tiempo de participar en el primer congreso independiente mexicano. Para entonces las últimas tropas españolas ya habían capitulado en la ciudad de México y el Acta de independencia del Imperio Mexicano había sido proclamada. Poco después, en 1824, el ejército realista del sur fue derrotado definitivamente en Ayacucho y la independencia de la totalidad de los territorios continentales americanos quedó asegurada.

De todas formas, no sólo los diputados americanos estuvieron en condiciones de proponer soluciones federales. Ante la evidencia de que la independencia era ya un

⁵⁶ FRASQUET, “La cuestión nacional americana”, pp.127-136.

⁵⁷ Las tres secciones estarían compuestas por Nueva España con Guatemala (capital en México); Nueva Granada con Tierra Firme (capital en Santa Fe), y Perú con Buenos Aires y Chile (capital en Lima). Manuel CHUST, “Nación y federación: cuestiones del doceañismo hispano” en M. Chust (ed.), *Federalismo y cuestión federal en España*, Castellón de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2004, p. 43.

hecho, se dieron los últimos intentos, casi desesperados, por mantener la conexión entre los territorios de ambos lados del Atlántico. El diputado extremeño Golfín, un liberal radical, dio a conocer un plan redactado por el exaltado Miguel Cabrera de Nevarés en el que proponía, reconociendo como inevitable la emancipación, una confederación hispanoamericana como única salida a la crisis⁵⁸.

Asimismo, en ciertos sectores del liberalismo más audaz se habían expresado simpatías hacia la causa americana. Rafael del Riego, en la proclama con la que se dirigió a sus tropas en enero de 1820 –a punto de partir para América— para pronunciarse por la Constitución, no sólo alimentaba su descontento al recordarles que iban a ser alejados de su patria y sus familias en “buques podridos”, sino que además el motivo de ello era el sostenimiento de una causa indigna, como era el llevar “una guerra injusta al nuevo mundo”. Es más, según Riego la solución a la cuestión americana no residía en la guerra, sino en la proclamación de la Constitución:

“Sí, a vosotros os arrebatan del paterno seno, para que en lejanos y opuestos climas vayáis a sostener una guerra inútil, que podría fácilmente terminarse con sólo reintegrar en sus derechos a la Nación española. La Constitución, sí, la Constitución, basta para apaciguar a nuestros hermanos de América”⁵⁹.

De todas formas, y a pesar de las buenas intenciones iniciales, los gobiernos liberales se opusieron vehementemente a cualquier iniciativa política que considerara una solución pacífica del conflicto, y una vez que había quedado claro que las nuevas naciones americanas iban a seguir un camino separado al de España, el Gobierno liberal se empeñó en no admitirlo. Cuando los Estados Unidos decidieron reconocer en 1822 a las nuevas repúblicas americanas, abriendo el camino de su entrada en el orden internacional, el Gobierno español desplegó todas sus armas diplomáticas para impedirlo.

De 1810 a 1822 las repúblicas americanas habían estado enviando emisarios a los Estados Unidos para que reconociera su independencia, aunque no tuvieron éxito. Tras la firma del Tratado de Córdoba entre Iturbide y O'Donoghú, las Cortes españolas, por decreto de 13 Febrero de 1822 se habían negado a renunciar a los territorios americanos y habían proporcionado instrucciones a los embajadores para que dieran cuenta de ello en sus respectivos países de destino. Pero la situación empezó a cambiar cuando el presidente Monroe, aunque antes se hubiera declarado a favor de *la más*

⁵⁸ FRASQUET, “La cuestión nacional americana”, p. 151.

⁵⁹ Alberto GIL NOVALES (ed.), *Rafael del Riego. La Revolución de 1820, día a día. Cartas, Escritos y Discursos*, Madrid, Tecnos, 1976, p. 35.

perfecta neutralidad en el asunto, dio los primeros pasos en la dirección del reconocimiento de las repúblicas americanas. Un giro determinante se produjo el 19 de Marzo de 1822, cuando el Comité de Relaciones Exteriores del Congreso norteamericano informó a la Cámara de Representantes de que las naciones de Hispanoamérica eran de facto independientes, y recomendó su reconocimiento, afirmando que no sólo no provocaría ningún enfrentamiento serio con los poderes europeos sino que estos probablemente seguirían a Estados Unidos en el reconocimiento. Se produjo una acalorada discusión en la Cámara, aunque finalmente se aprobó una moción para la formación de misiones diplomáticas a los países hispanoamericanos. Sin embargo, las dudas reaparecieron cuando las Cortes españolas expresaron su negativa a aceptar el reconocimiento de la independencia de las naciones americanas por parte de otros estados, y el embajador español Joaquín de Arduaga protestó enérgicamente ante el secretario Adams. En España, Martínez de la Rosa describió el informe del comité norteamericano como “un ataque a la legitimidad” española. De todas formas, el presidente Monroe decidió seguir adelante, aunque sabía que al hacerlo estaba provocando al Gobierno español y al resto de potencias europeas. En realidad, era consciente de los pasos que estaba tomando en dirección a la definición de un espacio americano libre de influencias europeas y en el que los Estados Unidos se perfilarían como poder hegemónico⁶⁰.

En efecto, el Gobierno liberal español hizo todo lo posible diplomáticamente para evitar el reconocimiento y comunicó a Gran Bretaña y a los poderes de la Santa Alianza que Estados Unidos se disponía a crear un sistema político en América al margen del dictado de las potencias europeas. Se enviaron instrucciones a los embajadores en las principales capitales europeas, incluyendo Viena y San Petersburgo, para que hicieran todo lo posible para evitar el reconocimiento de la independencia de las naciones americanas por parte de los gobiernos de los países en que estaban destinados. La negativa del Gobierno del Trienio a reconocer la pérdida de la mayor parte de las posesiones americanas llegó al punto de recurrir a la asistencia de los poderes absolutistas, a pesar de que estos se mostraban abiertamente hostiles al Gobierno constitucional español y terminarían por poner fin a su existencia meses después.

⁶⁰ William Spence ROBERTSON, “The United States and Spain in 1822”, en *The American Historical Review*, Vol. 20, n° 4, Julio de 1915, pp. 781-800.

El Ministerio español preparó una compleja estrategia en la que se apelaba a argumentos distintos en función de los intereses de cada potencia en relación a América, siempre subrayando la conveniencia de que se mantuviera la influencia europea sobre el continente americano. En gran medida, las presiones españolas funcionaron, pues Francia, Austria, Prusia y Rusia se comprometieron a no reconocer a las naciones americanas, en conexión con sus políticas antirrevolucionarias. Gran Bretaña, sin embargo, no estaba dispuesta a frustrar las amplias perspectivas comerciales que se le abrían en América con la emancipación. A pesar de que el embajador español en Londres apelara a la necesidad de evitar la formación de un interés *americano* en contraposición a uno *europeo*, Gran Bretaña encontraba mayores ventajas en un reconocimiento que significaba el desplazamiento de España de una región por la que las dos naciones habían estado compitiendo en los últimos siglos. El ministro de Asuntos Exteriores británico, Castlereagh, lo expresaría sutilmente con estas palabras:

“Su Católica Majestad debe tener en cuenta que una porción tan grande del mundo no puede, sin perturbar fundamentalmente los vínculos de la sociedad civilizada, continuar por mucho tiempo sin relaciones reconocidas y establecidas: que el Estado que no puede ni por sus Consejos ni por sus armas afirmar efectivamente sus propios derechos sobre sus dependencias para extraer su obediencia, y así hacerse responsable del mantenimiento de sus relaciones con otros Poderes, debe antes o después estar preparado para ver esas relaciones establecidas de otra forma debido a la necesidad del caso”⁶¹.

Incluso en el Congreso de Verona, donde se dio conformidad a la intervención francesa en la España constitucional, los aliados reafirmaron su negativa al reconocimiento de las naciones americanas, mientras Gran Bretaña se mostraba en contra de la intervención en España. Fue la decisión del presidente Monroe, junto con el apoyo del Congreso, la que impulsó a los Estados Unidos a reconocer a los estados hispanoamericanos, siendo así el segundo país en hacerlo tras la monarquía portuguesa asentada en Río de Janeiro⁶². Se iniciaba de esta forma la línea de política exterior que culminaría con la Doctrina Monroe. Es revelador que el anuncio, producido poco tiempo después, de la Doctrina Monroe levantara una oposición menor en las potencias europeas que el anuncio del reconocimiento estadounidense de las repúblicas hispanoamericanas⁶³.

A pesar de la obcecada postura tomada por los liberales españoles en el Gobierno, el compromiso con la causa americana sobrevivió en ciertos sectores de la emigración política liberal española, que empezarían a admitir la independencia

⁶¹ Citado por ROBERTSON, “The United States and Spain in 1822”, p. 798.

⁶² Brasil reconoció a Buenos Aires en 1821.

⁶³ ROBERTSON, “The United States and Spain in 1822”, p. 800.

americana. Sin embargo, pasaron décadas hasta que el Gobierno español, incluso una vez que los liberales se pusieron a su cabeza, reconoció oficialmente los nuevos estados hispanoamericanos.

2. EL IMPACTO EN EUROPA DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA DE 1820

“La Francia quisiera que la España tomase su constitución la cual si bien se considera no es sino la organización sistemática de una arbitrariedad absoluta (...) La Inglaterra mira con una especie de compasión a la España, pero con una compasión mezclada de interés y de deseo de que se organice, a lo menos hasta el punto de estarla a cargo, y de que pueda contribuir a sostener la balanza de la Europa, que por su impotencia y por la de la Francia se halla enteramente desquiciada. Las cuatro Potencias de la Santa Alianza todas miran a la España como la Nación más peligrosa para la conservación de su despotismo, y todas desean su destrucción con más o menos empeño según las ideas de ambición o de conquista que abrigan en su pecho”⁶⁴.

La proclamación de la constitución en España inició un ciclo revolucionario y fue el acontecimiento político clave de la década de 1820. Sus efectos se sintieron en toda Europa y América. En consecuencia, tanto los simpatizantes europeos de la causa liberal como los contrarrevolucionarios temerosos de la revolución, prestaron una atención destacada a lo que sucedía en España. En Nápoles, Portugal y Piamonte se aclamó la constitución española, aunque su capacidad de adaptación a las condiciones locales dependía de una reelaboración profunda. En otros países europeos, como Gran Bretaña, Francia y los estados alemanes, la proclamación de la constitución en 1820 tuvo también un destacado impacto tanto en su política interior como en sus relaciones internacionales, y hasta los decembristas rusos invocaron el ejemplo español.

Los liberales españoles eran conscientes de que Europa les observaba. El diputado Victorica, en las Cortes de 1820, afirmaba que el régimen constitucional debía actuar como ejemplo ante “la Europa que nos contempla”⁶⁵. La constitución española había llamado desde su proclamación en 1812 la atención de políticos e intelectuales de toda Europa y, junto a la admiración por la actitud heroica del pueblo español frente a la invasión napoleónica, formaba parte de la irrupción de la política interior española en la “Era de la revolución”. Sin embargo, la mayoría de los comentaristas de tendencias reformistas consideraban que la constitución iba demasiado lejos en sus aspiraciones reformistas, hasta el punto de considerarla una fuente de desequilibrios institucionales, y por tanto no la consideraban como la base adecuada para un sistema político estable.

⁶⁴ AGS, Estado, leg. 8181; Informe “Opinión sobre España de los gobiernos extranjeros”, enviado desde Londres en la segunda mitad de 1821, seguramente por el embajador español Luis de Onís.

⁶⁵ Citado por BLANCO VALDÉS, *Rey, Cortes y fuerza armada*, p. 321.

Incluso aquellos que más apreciaban sus tendencias democratizadoras, consideraban en cambio que no se adecuaba a las características de la sociedad española del momento. Por su parte, para los sectores reaccionarios, los acontecimientos revolucionarios españoles de 1820 suponían la aparición de una nueva amenaza. Los más extremistas temían que fuera el inicio de una nueva etapa apocalíptica de disolución de la sociedad cristiana y monárquica. Un alto cargo diplomático prusiano afirmaba que la revolución española “...amenaza[ba] con reabrir para Europa el ciclo funesto de revoluciones y guerras que acababa de ser cerrado”⁶⁶. Metternich tenía un miedo especial a lo ocurrido en España por su carácter internacional⁶⁷. Sus temores estaban justificados, pues un movimiento liberal reproduciendo las características del español (un pronunciamiento militar orquestado por sociedades secretas que reclamaba la proclamación de una constitución), se extendió meses después a Italia y Portugal, y aunque fue frágil y pudo ser contenido, alarmó de tal manera a las potencias continentales, que creyeron necesaria la intervención militar directa para impedir la extensión revolucionaria al resto del continente.

Sin embargo, desde el Gobierno español se quería evitar dar la impresión de que España constituía un riesgo para Europa, negando que la revolución española pudiera compararse “con las acaecidas en otros pueblos, cuyas costumbres y genios son y han sido tan diversas de las nuestras”. Poco después de proclamarse la constitución se le aseguró al embajador francés en España que el país presentaba “un gran espectáculo de paz y de concordia”, y que las nuevas leyes estaban “tan alejadas del despotismo vituperoso como de los furores de una democracia insensata”⁶⁸. Una vez asentado, el régimen constitucional se esforzó por proyectar al exterior una imagen de moderación y tranquilidad. Por ejemplo, tras la disolución del ejército de la Isla y los disturbios provocados por los exaltados y las sociedades patrióticas, se encomendó al duque de Frías, embajador en Londres, que tranquilizara al Gobierno británico y al cuerpo diplomático, rectificando “en sus conversaciones los errores que hayan podido

⁶⁶ Citado por U. SCHMIEDER, *Prusia y el Congreso de Verona. Estudio acerca de la política de la Santa Alianza en la cuestión española*, Madrid, Ediciones del Orto, 1998, pp. 217-218.

⁶⁷ Josep FONTANA, *De en medio del tiempo. La segunda restauración española*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 373, citando a Guillaume de BERTIER DE SAUVIGNY, *Metternich et la France après le Congrès de Vienne*, París, Hachette, 1970, vol. II, p. 600 y III p. 964-6.

⁶⁸ AGS, Estado, leg. 8180, Juan Jabat al embajador de Francia, Madrid, 1 de mayo de 1820. Evidentemente, se querían evitar especialmente las referencias a la Revolución Francesa, “cuyos funestos sucesos [los gobiernos europeos] siempre los tienen a la vista”; AGS, Estado, leg. 8180, Frías a Pérez de Castro, Londres, 25 de agosto de 1820.

difundirse sobre los acaecimientos de estos días”⁶⁹. El Gobierno encargó a Frías que informara en Gran Bretaña de la estabilidad del sistema constitucional y de sus compromisos con el mantenimiento del orden y con la recuperación de la economía española⁷⁰. Los primeros gobiernos moderados consideraban imprescindible asegurar a las potencias europeas que la mayoría de los diputados de las Cortes eran hombres de orden, que los exaltados eran marginales y que solo se producían los “sinsabores (...) leves e inevitables que se experimentan en una numerosa familia que cambia el plan de gestión de sus negocios domésticos”⁷¹.

2.1 Nápoles y Piamonte

La mayor “productora” de sociedades secretas en la primera mitad del siglo XIX fue la Península Itálica. En el norte, especialmente en Piamonte, existía al comienzo de la Restauración una red de sociedades secretas que tenían su origen en los años de ocupación napoleónica. Las convicciones políticas de estas organizaciones eran diversas y pasaban por reclamar desde una monarquía moderada a una república democrática, pero todas coincidían en reconocer la necesidad de librarse de la dominación extranjera y de proponer alternativas al estado restaurado. Una de las más moderadas, la *Accademia dei Concordi*, recogía a jóvenes aristócratas piamonteses con inquietudes artísticas, intelectuales y políticas, como la familia Balbo, que se inclinaban por un constitucionalismo como el inglés o el francés de carta otorgada, que proporcionara el contexto para avanzar ordenadamente en un progreso material, político e intelectual. Paralelamente, un importante número de republicanos y jacobinos, entre ellos Filippo Buonarroti y Angeloni, se reunían alrededor de la sociedad de los *Adelfi* posiblemente fundada en el exilio italiano en París en 1807 y relacionada con los *Filadelfi*. Estas dos organizaciones se refundaron y fusionaron en 1818 en Alejandría, formando los *Sublimi*

⁶⁹ AGS, Estado, leg. 8180; Evaristo Pérez de Castro al duque de Frías, despacho nº 101, Madrid, 9 de septiembre de 1820; Frías a Pérez de Castro, Londres, 23 de septiembre de 1820.

⁷⁰ Pérez de Castro insistía a Frías para que dejara claro ante las potencias europeas que “el estado deplorable de la Hacienda Pública llamará de preferencia toda la atención de la Representación Nacional (...) que se propone grandes reformas”, que las Cortes iban a “restablecer el equilibrio y el orden” y que “la moderación y la sabiduría triunfan en toda discusión, dando las más fundadas esperanzas de un porvenir feliz”; AGS, Estado, leg. 8180, Pérez de Castro a Frías, Madrid, 21 de julio de 1820. En agosto Frías contestaba que era “indispensable (...) la moderación en nuestros diputados, y la energía del gobierno para que la conducta sucesiva tranquilice las inquietudes y disipe las desconfianzas que tiene generalmente los gobernantes extranjeros de nuestra posición”; AGS, Estado, leg. 8180, Frías a Pérez de Castro, Londres, 25 de agosto de 1820.

⁷¹ AGS, Estado, leg. 8180, Jabat al embajador de Francia, Madrid, 1 de mayo de 1820.

Maestri Perfetti, que recogieron también a muchos masones, especialmente militares y miembros del administración. Esta sociedad tenía ramificaciones por todo el norte de Italia y, de hecho, parece que estaba dirigida desde Ginebra por el llamado *Gran Firmamento*. Sus objetivos eran republicanos, pero en su aspiración a constituir a corto plazo un régimen constitucional independiente en el norte de Italia era lo suficientemente flexible para recoger también a aristócratas moderados. De manera paralela, la *Federazione Italiana*, asociada a los *Sublimi Maestri Perfetti*, se extendió rápidamente por Piamonte y Lombardía en los años previos a la revolución de 1821. En el centro de la Península Itálica, especialmente en los territorios papales y con el principal foco en Bolonia, se desarrolló la *Guelfia*, de carácter más moderado que las anteriores, pero en contacto con ellas. Muchas de estas organizaciones mantenían relaciones entre ellas y compartían a los mismos miembros. En el contexto de esta multitud de organizaciones, dos eran los modelos que sus miembros tenían en mente: los más moderados se inclinaban por la carta otorgada francesa o el sistema británico, mientras que los más radicales preferían la mitificada constitución española de 1812⁷².

Pero sin duda la sociedad secreta más extendida era la carbonería, que estuvo involucrada en los movimientos revolucionarios de principios de la década de 1820 y en los de la década de 1830. Originaria del sur de la Península, mantenía de todas formas relaciones con las sociedades del centro y del norte. Las teorías sobre sus orígenes son múltiples, alimentadas por sus propios miembros y por sus enemigos y amplificadas por su secretismo. Las diferentes versiones apuntan a orígenes tan dispares como la Antigüedad clásica o el siglo XVIII, pasando por el Medievo italiano, francés, o alemán. Lo más probable, en cualquier caso, es que fuera una derivación de la masonería de carácter popular creada por masones antinapoleónicos para movilizar a las masas del sur de Italia frente a Murat y los restos feudales de la organización social y jurídica. En las dos primeras décadas del siglo XIX vivió una impresionante expansión llegando a tener, según algunas fuentes que quizá sean exageradas, unos 300.000 miembros, y se convirtió en el instrumento de la revolución y la unificación italiana al extenderse por el norte de la Península. Su estructura organizativa y sus rituales la asemejaban a la masonería, a la que de hecho varios miembros también pertenecían. Su programa político era lo suficientemente vago como para englobar a todo tipo de tendencias. En

⁷² Gonzalo BUTRÓN PRIDA, *Nuestra Sagrada Causa. El modelo gaditano en la revolución piamontesa de 1821*, Cádiz, Ayuntamiento de Cádiz, 2006, pp. 45-50; Stuart WOOLF, *A History of Italy, 1700-1860. The Social Constraints of Political Change*, Londres, Methuen, 1979, pp. 252-255.

un contexto en el que exigía a sus miembros sostener valores de caridad, virtud y razón, su programa de mínimos consistía en reclamar un gobierno constitucional, pero sin especificar su naturaleza, y en aspirar a la unificación de Italia y la expulsión de los ocupantes extranjeros, especialmente los austriacos. Así, los más moderados estaban dispuestos a aceptar una monarquía constitucional en algunos de los reinos ya existentes, mientras que había grupos que reclamaban la formación de una república federal democrática en toda Italia⁷³.

Pero el primer gran éxito de las sociedades secretas no se produjo en Italia, sino que llegó con el pronunciamiento español de 1820, atribuido por muchos contemporáneos a una conspiración masónica (aunque su organización secreta fue más bien instrumentalizada por conspiradores provenientes de sectores descontentos, especialmente militares). En el restaurado reino de las Dos Sicilias, aprovechando la coyuntura y reproduciendo el modelo español, un grupo de militares descontentos y carbonarios inspirados por el sacerdote Luigi Minichini se pronunciaron en Nola a favor de una constitución el 2 de julio de 1820. La revolución se extendió por varias ciudades y sumó a más militares, entre ellos el general Guglielmo Pepe. Impusieron la adopción de la constitución española de 1812 —que algunos de ellos conocían desde los tiempos en los que habían servido a los Bonaparte en España— que el rey Fernando I se vio obligado a aceptar⁷⁴. En Nápoles, la constitución gaditana era el texto legal que mejor se adaptaba a las aspiraciones de diversos grupos políticos locales, tanto conservadores como jacobinos y herederos del bonapartismo. Favorecía incluso los intereses de ciertos sectores del clero. Para los grupos dirigentes de origen jacobino, la constitución de Cádiz era el gran punto de referencia en el camino hacia la democracia, porque era el único código disponible que situara la supremacía de un legislativo unicameral sobre la corona. Existía además en el *Mezzogiorno* italiano una extendida admiración por la resistencia popular española a la invasión francesa⁷⁵.

⁷³ John RATH, “The *Carbonari*: Their Origins, Initiation Rites and Aims”, en *The American Historical Review*, Vol. 69, n° 2, 1964, pp. 353-370.

⁷⁴ John A. DAVIS, *Naples and Napoleon: Southern Italy and the European revolutions (1780-1860)*, Oxford, Oxford University Press, 2006, pp. 268, 295-316; Alfonso SCIROCCO, *L'Italia del Risorgimento, 1800-1860*, Bolonia, Il Mulino, 1990; WOOLF, *A History of Italy*, pp. 255-260.

⁷⁵ Antonino DE FRANCESCO, “La constitución de Cádiz en Nápoles”, en J. M^a Iñurrategui y J. M^a Portillo Valdés (eds.), *Constitución en España: orígenes y destinos*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998, pp. 273-286; Vittorio Scotti DOUGLAS, “El liberalismo español e Italia: un modelo de corta duración”, en Emilio La Parra y Germán Ramírez (eds.), *El primer liberalismo: España y Europa, una perspectiva comparada*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2003, pp. 317-340. Salvatore CANDIDO destaca la repercusión del pronunciamiento de Riego en Italia en “La revolución de Cádiz y el general Rafael del Riego, su lucha por la libertad. Mito e imagen por medio de los despachos

Con un Gobierno provisional, y tras las elecciones de agosto, se formó un Parlamento que entró en funciones el 1 de octubre. La constitución estaba siendo puesta en marcha en tranquilidad y sin complicaciones, con la excepción de la resistencia presentada por Palermo y las maniobras de algunos contrarrevolucionarios. Pero la respuesta legitimista no tardó en llegar, y en el congreso de Laybach se decidió la intervención austriaca para terminar con el experimento constitucional napolitano. Tropas austriacas derrotaron a los napolitanos el 7 de marzo de 1821 en Rieti y devolvieron al rey Fernando I todos sus poderes. Ante esta intervención, España se erigió como defensora del régimen constitucional napolitano y, negando la existencia de un derecho de intervención, protestó formalmente por la intromisión de las potencias continentales en los asuntos políticos napolitanos y por su oposición a la libre adopción de la constitución española como modelo político⁷⁶.

Al mismo tiempo que en el sur de la Península Itálica se ensayaba un constitucionalismo a la española, al norte, en el reino de Piamonte-Cerdeña, el descontento con la monarquía restaurada se extendía por importantes capas sociales. El mismo mes de marzo de 1821 en que los napolitanos fueron derrotados por los austriacos, un heterogéneo grupo de reformistas y revolucionarios —que incluía a carbonarios y los más moderados *federati* y los *Sublimi Maestri Perfetti*— reclamó en Turín al rey Víctor Manuel I una constitución inspirada en la española, que sirviera para hacer reformas políticas y distanciarse de Austria. Víctor Manuel abdicó y su hijo Carlos Alberto otorgó una versión reducida del texto español. A pesar del rechazo de la constitución española por parte de la intelectualidad conservadora ilustrada, esta acabó erigiéndose en el código de compromiso. La revolución piamontesa encontró partidarios en Milán, que invitaron a entrar en Lombardía a los constitucionales. Como había ocurrido en Nápoles, también en Piamonte intervino el ejército austriaco, que en la

diplomáticos de Madrid, Turín y el periódico Gazzeta di Genova (1820-1823), en Alberto Gil Novales (ed.), *Ejército, pueblo y constitución. Homenaje al General Rafael del Riego*, Madrid, Anejos de la revista *Trienio*, 1987, pp. 80-95. También Juan FERRANDO BADÍA, *La constitución española de 1812 en los comienzos del "Risorgimento"*, Roma-Madrid, CSIC, 1959.

⁷⁶ AMAEF, *Mémoires et Documents, Espagne* Vol. 147, 24, "Dépêche du Cabinet espagnol à ses ministres à l'étranger. Janvier 1821": "le Roi ni sa nation ne reconnaitrons jamais comme légitime ou admissible l'intervention d'une Puissance étranger qui prétendait prononcer d'un ton décisif et de supériorité sur les changements que les peuples d'accord avec leur princes, auraient jugés à propos de faire dans leur régime intérieur (...) Dans ces circonstances, le Roi et son peuple étroitement unir de sentiments et d'intérêts, se croyant obligés de protester formellement contre tout ce qui a été fait et pourra se faire pour forcer le gouvernement et le peuple Napolitain à se soumettre à la volonté et aux ordres d'une autre Puissance (...) S.M. a ordonné en outre à ses ministres près les cours de Paris et de Vienne d'ajouter a cette déclaration officielle la demande d'explications satisfaisantes sur leur façon de penser et leurs vues présentés et éloignées au sujet de notre Constitution".

batalla de Novara derrotó a las limitadas fuerzas militares piemontesas⁷⁷. La consecuencia de la intervención austriaca y de la represión que la siguió fue que miles de napolitanos y piemonteses salieron hacia el exilio, refugiándose una parte importante de ellos en España.

2.2 Portugal

La Península era vista por buena parte de la diplomacia europea, así como por los escritores y pensadores de toda tendencia política, como algo más que una unidad geográfica. Sus dinámicas políticas se creían intensamente interrelacionadas y los análisis que consideraban los acontecimientos de la década de 1820 en España y Portugal conjuntamente eran numerosos. Así, por ejemplo el abate Pradt en su obra *De la revolución actual de la España y de sus consecuencias*, pronosticaba que la revolución española repercutiría en la situación política portuguesa. Lesseps, el encargado de negocios francés en Portugal, consideraba a finales de marzo de 1820, cuando aún la revolución española no se había asentado, que “los espíritus fermentan en Portugal bajo la influencia de los acontecimientos de España; se habla más libremente que jamás, se requiere un cambio próximo”. La influencia española en la política portuguesa no era únicamente una cuestión de opinión pública espontánea, sino que los agentes diplomáticos españoles destinados a Portugal hicieron mucho por extender al país vecino los cambios políticos que se habían dado recientemente en España. El encargado de negocios en Lisboa, José María de Pando, y el teniente coronel Barredo, actuando en buena parte por cuenta propia⁷⁸, pero con el respaldo de las recién establecidas autoridades liberales, colaboraron con los conspiradores portugueses que desde hacía unos años intentaban instaurar un sistema constitucional. De esta forma, apoyaron a la sociedad secreta del *Sinédrio* y mantuvieron extensos contactos con su líder Manuel Fernandes Tomás. El enviado diplomático portugués en España, António de Saldanha da Gama, el 6 de julio de 1820 alertaba a sus superiores que “[e]l mismo club que instituyó Mr. de Oniz [sic] para revolucionar el reino de Nápoles fue el que instituyó el señor Pando para revolucionar el reino de Portugal... La intención de este país [España] es la intención actual de estos reformadores, dividirlo en siete repúblicas

⁷⁷ BUTRÓN PRIDA, *Nuestra Sagrada Causa*; WOOLF, *A History of Italy*, pp. 260-262.

⁷⁸ El rey Fernando VII ordenó que los agentes diplomáticos españoles evitaran hacer proselitismo constitucional; AHN, Estado, 4503 (1), Madrid, 28 de junio de 1820, el primer secretario de Estado a Pando.

formando una confederación y siendo su constitución análoga a la de Francia”. En agosto Saldanha da Gama informaba que los liberales españoles pretendían formar una república en la que pensaban incluir a Portugal. Es difícil discernir cuánto había de exageración por parte del diplomático portugués. Sin duda la referencia al proyecto republicano formaba parte de la amenaza jacobina que los representantes del Antiguo Régimen de toda Europa creían ver en la España constitucional, pero estaba claro que algunos liberales españoles contaban con efectuar una mudanza política en Portugal. Así, el periódico exaltado *El Conservador* publicó el 20 de agosto una proclama dirigida a los portugueses: “Portugueses. No seáis los últimos en tomar una resolución que afianzará vuestra dicha. No perdáis el momento favorable que ofrece esta España, vuestra amiga que estrechará sus vínculos de fraternidad para unir vuestros intereses a los suyos”. Además, era sabido que algunos liberales portugueses se habían trasladado a España para recabar apoyos y que en Portugal se distribuían ejemplares de la constitución española y proclamas de las sociedades patrióticas.

El diplomático francés Lesseps opinaba que “Lisboa no es el punto desde donde partirá la primera explosión. Las provincias del Norte, donde la opinión parece haber sido más fuertemente arrastrada por el ejemplo español, meditan secretamente seguirla”. Y efectivamente, así fue. Inspirados por los sucesos de España, el 24 de agosto de 1820 conspiradores pertenecientes a la sociedad secreta *Sinédrio* —que continuaban la actividad conspirativa iniciada por el malogrado Gomes Freire al frente del *Supremo Conselho Regenerador*, que había sido ejecutado junto a sus compañeros en octubre de 1817— comenzaron un movimiento de regeneración liberal mediante un pronunciamiento en Oporto que se extendió en los días siguientes a otras ciudades, incluida la capital. Este movimiento había sido impulsado por la prensa portuguesa publicada desde el extranjero, principalmente en Londres, tenía en el ejército su principal apoyo y usaba las redes de la paramasonería para su organización. Las semejanzas con el caso español eran evidentes. Unas Cortes elegidas según el método establecido por la constitución española se reunieron el 1 de enero de 1821. El rey Juan VI, de vuelta de Brasil tras la salida de la casa real en 1807 huyendo de la invasión napoleónica, aceptó en 1822 la constitución redactada por las Cortes que establecía una monarquía moderada muy influenciada por la constitución española. En esta coyuntura, su hijo Pedro declaró la independencia de Brasil.

Los contactos entre el liberalismo español y el portugués se multiplicaron durante la vigencia de los regímenes constitucionales en ambos países. Algunas

sociedades patrióticas españolas iniciaron correspondencia con otras portuguesas, como fue el caso de la Sociedad Constitucional de Madrid y la Sociedade Patriótica de Lisboa. Una vez que los sistemas constitucionales de los dos países cayeron ante las fuerzas de la contrarrevolución y se instalaron monarquías absolutistas y represivas (en 1823 en España y en 1826 en Portugal), al frente de las cuales se encontraban Miguel y Fernando VII en España, los liberales españoles y portugueses continuaron en contacto en el exilio⁷⁹.

2.3 Francia

Durante los primeros meses de 1820 en Francia se vivieron con gran expectación los acontecimientos españoles. Según el prefecto del departamento de Bajos Pireneos “[l]os asuntos de la península son el sujeto de todas las conversaciones”⁸⁰. Por su parte, la prensa de todo signo difundía las noticias sobre las convulsiones revolucionarias españolas. La sensación era que lo que ocurría en España no era una mera cuestión de política interna, sino que afectaba a la política internacional en general y a Francia en particular. Así, el mismo prefecto informaba al ministro del Interior el 5 de febrero que “se diría que los intereses de estos dos partidos [liberales y ultras] son europeos, o que Europa toda entera está dividida en estos dos partidos, de tal manera que los intereses más particulares de Francia no los tocarían con más viveza”⁸¹.

Desde las filas conservadoras se condenó la revolución como un ataque a la legitimidad que amenazaba la estabilidad del continente. Chateaubriand publicó un artículo en *Le Conservateur* titulado “L’Espagne” el 6 de febrero de 1820, justo antes de que Fernando VII jurara la constitución, en el que condenaba la revolución. Este artículo tuvo tanto éxito entre el público ultrarrealista, que fue publicado en forma de panfleto gratuito en Montpellier⁸². Sin embargo, también se publicaron inmediatamente varias obras que celebraban la revolución española, tal y como hacía Ch. Laumier quien,

⁷⁹ Isabel NOBRE VARGUES, “A Revolução de 1820. Notas para o estudo do liberalismo português e da sua correlação peninsular”, en *Estudios de historia social*, no. 36-37 (1986), pp. 203-10 e Isabel NOBRE VARGUES, “O processo de formação do primeiro movimento liberal: a Revolução de 1820”, en Luís Reis Torgal y João Lourenço Roque (coords.), *História de Portugal. O Liberalismo, 1807-1890*, Lisboa, Estampa, 1993, pp. 45-63, de donde están tomadas las citas.

⁸⁰ ANF, F⁷ 6642, f. 134. El prefecto de Bases-Pyrénées al Directeur Général de l’administration Départementale et de la Police du Royaume, Pau, 7 de marzo de 1820.

⁸¹ ANF, F⁷ 6642, f. 99. El Prefecto de Bases-Pyrénées al Ministro del Interior, Pau, 5 de febrero de 1820.

⁸² Gérard DUFOUR, “El primer liberalismo español y Francia”, en La Parra y Ramírez (eds.), *El primer liberalismo: España y Europa, una perspectiva comparada*, pp.125-136; cita en p. 127.

en una apresurada *Histoire de la révolution d'Espagne en 1820*, afirmaba que “una gran nación se ha levantado con majestuosidad, reclama los derechos que ha conquistado de forma tan cara, los hace reconocer y proclamar por el soberano que los ha despreciado por demasiado tiempo; tal es el espectáculo que España ofrece hoy”⁸³.

El interés por la constitución española se disparó. Según el prefecto de Var, ya en marzo de 1820 esta circulaba por Draguignan y consideraba que no se tardaría “más de ocho días en verla traducida en francés en los papeles públicos”⁸⁴. En efecto, el 17 de marzo el impresor Dupont publicaba una traducción del texto de 1812. Pronto le siguieron otros editores como Fain que, ante el alta demanda, fueron publicando diversas reimpressiones. En tan solo cinco meses se publicaron en Francia al menos 6.000 ejemplares de la constitución española y probablemente se publicaran más que no fueron declarados por motivos fiscales⁸⁵.

La revolución española coincidió cronológicamente con un hecho clave en la política francesa de la Restauración. Semanas después del levantamiento de Riego, la noche del 13 de febrero de 1820, se produjo el acontecimiento que marcaría la política francesa durante la década siguiente: el asesinato del sobrino de Luis XVIII y heredero al trono francés, el duque de Berry, que además era el único Borbón que estaba en condiciones de tener un hijo varón que asegurara la continuidad de la dinastía. Aunque había sido obra de un bonapartista nostálgico que actuaba en solitario, inmediatamente el magnicidio se relacionó con los acontecimientos españoles y dio pie a que un buen número de ultras creyeran que una conspiración antimonárquica, centrada en la casa de Borbón a ambos lados de los Pirineos, estaba en marcha⁸⁶. Los ultras franceses veían la implantación de la constitución española como una amenaza revolucionaria que

⁸³Ch. LAUMIER, *Histoire de la révolution d'Espagne en 1820, précédé d'un aperçu du règne de Ferdinand VII, depuis 1814, et d'un précis de la révolution de l'Amérique du Sud, par Ch. L[aumier]*, París, Plancher/Lemonnier, 1820, p. 14.

⁸⁴ ANF, F⁷ 6642, f. 198. El prefecto de Var al Directeur Général de l'administration Départemental et de la Police du Royaume, Draguignan, 23 de marzo de 1820.

⁸⁵ DUFOUR, “El primer liberalismo español y Francia”, p. 129. Aline VAUCHELLE-HAQUET, *Les ouvrages en langue espagnole publiés en France entre 1814 et 1833*, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1985, menciona además 4.000 ejemplares publicados en español entre 1820-1821.

⁸⁶ El 29 de marzo el prefecto de Landes informaba al Director General de la Policía que “une gravure lithographiée, représentant l'assassinat de S.A. R. monseigneur le Duc de Berry, et portant ces mots: voila l'exemple que la France nous donne, aurait été placardée sur les murs du palais royal” de Madrid; ANF, F⁷ 6642, Année 1820. Affaires d'Espagne. Avis divers. Metternich escribió en una carta personal el 20 de febrero: “J'apprends à l'instant l'assassinat du duc de Berry. Le libéralisme va son train; il pleut des assassins (...) tout est perdu en France si le gouvernement ne change pas de système”, citado en Guillaume DE BERTIER DE SAUVIGNY, *Metternich*, París, Fayard, 1998, p. 328. Sobre el asesinato del duque de Berry y la reacción absolutista que le siguió, David SKUY, *Assassination, Politics, and Miracles: France and the Royalist Reaction of 1820*, Ithaca, Nueva York, McGill-Queen's University Press, 2003.

pretendía instaurar de nuevo en Europa una república. Así, la *Gazette de France*, afirmaba en marzo de 1820, en relación a la constitución española: “respira la democracia más pura, consagra la única soberanía que ellos reconocen, la soberanía del pueblo. Es, en fin, esencialmente anti-monárquica; y de esta constitución a la república no hay más que un paso”⁸⁷. Los ultras acusaron a los liberales franceses presentes en la Cámara de estar en connivencia con estos acontecimientos y consiguieron que el Gobierno retornara a la represión, lo que implicó mayores controles sobre la prensa y la limitación de muchas libertades por parte del nuevo ejecutivo dirigido por el *émigré* duque de Richelieu, que además introdujo una importante y decisiva modificación de la ley electoral, al aprobarse el doble voto de los votantes más ricos. El Gobierno español protestó ante el francés por las “calumnias” que los ultras divulgaban sobre España “en papeles y folletos” que solicitaba que fueran controlados, teniendo en cuenta que recientemente se había reforzado la censura, aunque hubiera sido para fiscalizar la prensa de tendencia liberal⁸⁸.

Ante la reacción ultra los sectores opositores franceses —que incluían a bonapartistas, liberales, republicanos y monárquicos descontentos— se radicalizaron y se dispararon los enfrentamientos callejeros entre ultrarrealistas y jóvenes estudiantes radicales. Los *Amis de la Vérité* organizaron manifestaciones en contra de la Ley del doble voto en 1820, pero sus líderes huyeron a Italia huyendo de la represión. Estos exiliados, Joubert y Dugied entraron en contacto en Italia con la carbonería y la introdujeron en Francia a su regreso en 1821 bajo el nombre de *charbonnerie*. La carbonería francesa se extendió rápidamente por las zonas tradicionalmente radicales, especialmente en el este y el sureste, llegando a tener unos 60.000 miembros, entre ellos muchos bonapartistas y *fédérés*, y llegando también a la elite liberal, incorporando a personalidades como La Fayette y Voyer d’Argenson. Una parte de la oposición en las Cámaras —liderada por La Fayette, Constant, Foy o Périer— abandonó la vía política y terminó por lanzarse a la estrategia insurreccional. En buena medida inducidos por el ejemplo revolucionario español e italiano, los revolucionarios franceses adoptaron el modelo de pronunciamiento y llevaron a cabo una sucesión de acciones, todas fracasadas, en las que se combinaba la participación de sectores civiles y militares organizados a través de sociedades secretas: la conspiración del Bazar de agosto de 1820 (concebida por la *Union* y la logia de los *Amis de la Vérité*) que reunía a

⁸⁷ Citado por DUFOUR, “El primer liberalismo español y Francia”, p. 136.

⁸⁸ AGS, Estado leg. 8180, Juan Jabat al embajador de Francia, Madrid, 1 de mayo de 1820.

estudiantes republicanos y a militares descontentos; la conspiración en Saumur en diciembre de 1821, planeada por los *Chevaliers de la Liberté*, liderada por el general Berton y probablemente en conexión con la fallida insurrección que en esos mismos días se llevó a cabo en Belfort, en el otro extremo del país, organizada por la carbonería, y de carácter republicano; y los más célebres cuatro sargentos de La Rochela, que fueron ejecutados en septiembre de 1822 por su conexión con la carbonería parisina en un episodio de gran resonancia pública⁸⁹.

La participación en estas conspiraciones de liberales destacados, algunos de ellos diputados y otros de alta graduación militar, como La Fayette, Foy, Demarçay, Benjamin Constant, Kératry, Koechlin, Manuel, Dupont de l'Eure o Voyer d'Argenson llevó a la policía a lanzar teorías conspirativas de gran aceptación entre la opinión pública monárquica, en las que afirmaban la existencia de un centro coordinador conocido como el Comité Director, al que se debía la organización de toda la actividad insurreccional en Francia, y que mantenía contactos con revolucionarios extranjeros, especialmente españoles e italianos, dando forma a una gran conspiración contra la religión y la monarquía extendida por toda Europa. Cuando muchos de los comprendidos en las conspiraciones buscaron refugio en España, no hicieron más que reforzar la creencia en la existencia del complot universal.

Los informes policiales, obsesionados con esa amenaza, sugieren que hubo contactos entre liberales españoles comuneros y franceses carbonarios. La amenaza española era tomada muy en serio por las autoridades realistas francesas, inquietadas por el precedente que constituía el éxito del pronunciamiento de los oficiales liberales del ejército español. Temían que los conspiradores franceses intentaran reproducir el modelo español, ya que los informes que manejaba la policía francesa subrayaban que los conspiradores estaban centrando su actividad en movilizar a militares descontentos, algo que se confirmaría cuando las insurrecciones francesas fueran casi siempre llevadas a cabo en ambientes castrenses. En el invierno de 1820 los carbonarios franceses, que veían España como el lugar ideal desde el que organizar sus tentativas

⁸⁹ Alan B. SPITZER, *Old hatreds and Young Hopes. The French Carbonari against the Bourbon Restoration*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971, pp. 119-128; Rafael SÁNCHEZ MANTERO, *Las conspiraciones liberales en Francia (1815-1823)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1972; Sylvia NEELY, *Lafayette and the liberal ideal, 1814-1824. Politics and Conspiracy in an Age of Reaction*, Carbondale y Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1991.

insurreccionales, enviaron un emisario en misión secreta para que estableciera relaciones entre el comité director parisino y las Cortes⁹⁰.

La presencia de agentes de las Cortes españolas en Francia preocupaba a las autoridades. En febrero de 1821, el prefecto de Bocas del Ródano se mostraba alarmado por la presencia en su departamento de agitadores españoles que divulgaban entre la población la llegada de “grandes cantidades de gente de su país, que no tendrán más que mostrarse con la bandera tricolor para formar enseguida un ejército que obligaría al Gobierno francés para cambiar de sistema” Además, muchos individuos mostraban por las calles de Marsella los símbolos de los constitucionales españoles, como sombreros decorados con una “cinta verde con la inscripción española *Constitución o muerte*”⁹¹.

La policía francesa comenzó a tomar medidas, estrechando la vigilancia de los españoles residentes en Francia, entre ellos un gran número de refugiados de la monarquía de Fernando VII. La mayoría eran afrancesados como Francisco Amorós, Ramón de Arce o Juan Antonio Llorente. La policía asimiló a los afrancesados con los liberales, a pesar de que muchos de ellos habían mostrado su compromiso con la monarquía en numerosos escritos dirigidos a Fernando VII. Sin embargo, el exilio y la pérdida de toda esperanza de que José o Napoleón regresaran al trono les había hecho considerarse a muchos de ellos víctimas, como los liberales, del absolutismo de Fernando VII. Asimismo, enseguida aparecieron informes en los que se indicaba que la embajada española era empleada para poner en contacto a *demi-soldes*, españoles exiliados en Francia y carbonarios franceses⁹². También se sospechaba que el vicecónsul español en Perpiñán, Ruiz Sainz, colaboraba con los liberales franceses, proporcionándoles ayuda para que se refugiaran en España⁹³.

Con el pretexto de la epidemia de fiebre amarilla que se desencadenó en Barcelona, el Gobierno francés instaló en la frontera española un “cordón sanitario” que poco después se convertiría en un “cuerpo de observación”. El miedo al constitucionalismo español y al ejemplo que podía dar a los liberales franceses creció

⁹⁰ ANF, F⁷ 6774 Mémoire du commandant Husson, citado por Laurent NAGY, “Les hommes d’action du parti libéral français et les révolutions européennes”, en Jean-Yves Mollier, Martine Reid y Jean-Claude Yon (dirs.), *Repenser la Restauration*, París, Nouveau Monde Éditions, 2005. pp. 45-55, p. 47.

⁹¹ ANF, F⁷ 6642, 41/10 Espagnols à Marseille, f. 546. El Prefecto de Bouches-du-Rhône, Marsella, 8 de febrero de 1821.

⁹² DUFOUR, “El primer liberalismo español y Francia”, pp. 128, 135.

⁹³ ANF, F⁷ 6642, 41/1, Comité d’embauchage pour l’Espagne, établi à Paris et à Perpignan, f. 22. El prefecto de Pirineos Orientales al ministro del Interior, Perpiñán, 17 de diciembre de 1822.

progresivamente en Francia, culminando con la invasión que se inició en abril de 1823⁹⁴.

2.4 Gran Bretaña

Las autoridades realistas españolas desconfiaron desde el momento en que se produjo el pronunciamiento del primero de enero de 1820 que los sublevados recibían apoyo, al menos de forma indirecta, por parte de Gran Bretaña. Creían que desde Gibraltar, aprovechando las rutas del contrabando, no solo se les habían “proporcionado auxilios en dinero y efectos militares”, sino que el “foco de [la insubordinación] se encontraba en el mismo Gibraltar” desde donde “un gran número de españoles prófugos y de agentes de los americanos insurgentes hacen todos los esfuerzos para sostenerla”. El Gobierno protestó ante el embajador británico en España y ordenó al embajador español en Londres que reclamara “contra la conducta pasiva del Gobernador de Gibraltar”. Creía además que uno de los líderes del pronunciamiento andaluz se había trasladado a Inglaterra desde Gibraltar para obtener ayudas, aunque los diplomáticos españoles nunca pudieron confirmarlo⁹⁵. En cualquier caso, poco después se formó en Londres una sociedad patriótica con el duque de Frías a la cabeza de la que era miembro, entre otros, el representante del banco de San Carlos en Londres, Bernaldes⁹⁶.

Una vez establecido el régimen constitucional español, en Gran Bretaña se dio un marcado contraste entre la postura oficial del Gobierno británico *tory* —cercana a la de las potencias continentales y marcada por el realismo político en su diplomacia— y la de gran parte de la opinión pública y de algunos diputados *whigs* y radicales, profundamente interesados por la suerte del liberalismo peninsular. Como explicó el embajador español en Londres, “la Rusia y Austria quisieran que no hubiese constitución alguna [en España]; y el Gabinete actual inglés se incluiría a lo mismo, pero este dictamen no está dividido por la generalidad de la Nación, la cual desea que la España tenga una constitución análoga a la suya”⁹⁷. El Gobierno de Lord Liverpool —ya fuera con Castlereagh o Canning al frente del *Foreign Office*— optó por mantener

⁹⁴ Guillaume de BERTIER DE SAUVIGNY, *La Restauration*, París, Flammarion, 1974, pp. 189-190.

⁹⁵ AGS, Estado, leg. 8180; nota para el embajador de Inglaterra, 13 de febrero de 1820; y oficio reservado del duque de San Fernando al duque de San Carlos, Madrid, 16 de febrero de 1820. Castlereagh aseguró al embajador que solucionaría el problema y que tomaría las medidas para “prevenir que a los insurgentes se les proporcionaran materiales de guerra desde Gibraltar”; Castlereagh a San Carlos, Foreign Office, 6 de marzo de 1820; San Carlos a San Fernando, despacho n° 701, Londres, 7 de marzo de 1820.

⁹⁶ GIL NOVALES, *Las sociedades patrióticas*, tomo 1, p. 11, nota 40; *DBTL*, p. 85.

⁹⁷ AGS, Estado, leg. 8181; “Opinión sobre España de los gobiernos extranjeros”, Luis de Onís.

una política de no intervención por miedo a radicalizar la revolución española, y a privilegiar la protección de los intereses comerciales con las aún colonias españolas en América. Al mismo tiempo rechazó impulsar cualquier toma de partido amistosa respecto al sistema constitucional español, que era visto por los sectores conservadores británicos como muy imperfecto, demasiado audaz, y potencialmente desestabilizador de la situación política internacional. Esta política de no intervención tenía la ventaja de que podía ser presentada ante la opinión pública británica como una muestra de la simpatía del Gobierno por la causa liberal española, y como contraria a los avances de la Santa Alianza, aunque en realidad suponía un apoyo indirecto pero necesario a la política contrarrevolucionaria continental, que por otra parte era encubiertamente compartida por el Gobierno británico. A pesar de todo, la oposición *whig* y radical denunció en la prensa y en el Parlamento la posición oficial del Gobierno⁹⁸.

En efecto, la opinión pública británica, continuando con la tendencia desarrollada desde la Restauración de 1814, y con unos *whigs* incapaces de salir de la oposición, se mostraba muy favorable al rumbo que estaba tomando España desde 1820. Un periódico como el influyente *The Times*, alejado de la defensa de principios revolucionarios pero comprometido con el avance del liberalismo continental, podía al mismo tiempo criticar los defectos la constitución española —en especial lo que era entendido como cierto exceso de radicalismo expresado en la existencia de una única cámara y en que la “prerrogativa real” no estuviera “suficientemente asegurada”— y apoyar al régimen español, de la misma manera que lo hacía con el constitucionalismo italiano. *The Times* no dudaba que los “defectos” radicales de la constitución de 1812 serían moderados por la experiencia de gobierno⁹⁹.

Por su parte los radicales continuaban apoyando incondicionalmente la causa liberal española. En noviembre de 1820 el Gobierno español decidió condecorar a Thomas Dyer —uno de los ingleses que habían estado presentes en la celebración constitucional celebrada en la fonda de Albión en abril— con la Gran Cruz de San Hermenegildo por “sus distinguidos servicios y de los muchos beneficios que ha prodigado a los expatriados Españoles refugiados en Inglaterra”¹⁰⁰.

⁹⁸ Ana Clara GUERRERO, “La política británica hacia España en el Trienio Constitucional”, en *Espacio, Tiempo y Forma, S. V. Hª Contemporánea*, t. IV, 1991, pp. 215-240; Nadiezdha COSORES, “England and the Spanish Revolution of 1820-1823”, en *Trienio*, nº 9, 1987, pp. 39-131.

⁹⁹ Citado por COSORES, “England and the Spanish revolution”, p. 129.

¹⁰⁰ AGS, Estado, leg. 8180, Pérez de Castro a Frías Madrid, 29 de noviembre de 1820. Dyer, que había participado en la Guerra Peninsular, fue también nombrado teniente general del ejército español.

2.5 Alemania

También en los estados alemanes tuvo la constitución española un fuerte impacto, siendo comentada por representantes de todas las tendencias políticas en decenas de libros y artículos periodísticos durante las primeras décadas del siglo XIX¹⁰¹. Mientras que para los ideólogos de la Restauración la constitución española suponía un claro ejemplo de jacobinismo e irreligión, la mayoría de la opinión conservadora no reaccionaria, como el influyente Joseph Görres, la tenía como un texto legal demasiado democrático e inaplicable en un país como España. Aunque reconocieran su modernidad, la veían como una “fantasía administrativa y democrática”¹⁰². Sin embargo, para muchos liberales radicales, sobre todo del sur de Alemania, y especialmente a partir de su proclamación en 1820, la constitución española era un ejemplo de código liberal que, a pesar de sus imperfecciones (notoriamente la intolerancia religiosa), suponía la mejor alternativa para la constitución inglesa reverenciada por los conservadores. A pesar de la censura y el ambiente represivo que se vivía en los territorios alemanes desde la proclamación en 1819 de los decretos de Karlsbad, el conocimiento de la constitución española, de la que hubo al menos cinco traducciones, era amplio. La mirada positiva hacia la constitución de Cádiz se oponía a la repulsa que generaba entre sectores ultraconservadores, como ponía de manifiesto el popular libro de Carl Ludwig Haller *Über die Constitution der Spanischen Cortes*¹⁰³. El Gobierno español quiso acercarse a principios de la década de 1820 a algunos “gobiernos constitucionales” alemanes que habían mostrado su preocupación con la intervención austriaca en Nápoles, temiendo que ellos pudieran ser los siguientes. Así, se encargó al embajador en Londres que procurase “acercarse con toda la delicadeza conveniente a los ministros de las cortes constitucionales de Alemania”¹⁰⁴.

¹⁰¹ Horst DIPPEL, “La significación de la constitución española de 1812 para los nacientes liberalismo y constitucionalismo alemanes”, en J. M^a Iñurritegui y J. M^a Portillo Valdés (eds.), *Constitución en España*, pp. 287-307, trad. de José Miguel Jiménez Arcas.

¹⁰² En opinión de Clemens W. VON HÜGEL, *Spanien und die Revolution*, Leipzig, 1821, p. 113; citado por DIPPEL, “La significación de la constitución española”, p. 294.

¹⁰³ Carl Ludwig HALLER, *Über die Constitution der Spanischen Cortes*, Wintherhur, 1820, del que hubo traducción al francés en 1820, y dos ediciones españolas: *De la Constitución de las Cortes de España*, Gerona, 1823, y *Análisis de la Constitución española*, Madrid, 1823, que fueron empleadas para promover la intervención de 1823. Información bibliográfica sobre la obra en GIL NOVALES, *El Trienio Liberal*.

¹⁰⁴ AGS, Estado, leg. 8181, Frías a Pérez de Castro, Londres, 24 de enero de 1821 y Pérez de Castro a Frías, Madrid, 12 de febrero de 1821. Según Frías el duque de Hesse, el de Baden y los reyes de Baviera y Württemberg pesaban pedir la protección de Francia en caso de que Austria y Prusia quisieran “intervenir en sus nuevos sistemas”.

En la década de 1830, cuando se proclamaron una serie de constituciones en diversos estados alemanes, la constitución española seguía siendo una referencia para algunos liberales radicales, como Friedrich Murhard—que la tomaba como punto de referencia en sus comentarios acerca de la constitución alemana más avanzada del momento, la de Hesse de 1831, que como la de Cádiz establecía un legislativo unicameral dotado de iniciativa legislativa y proclamaba derechos fundamentales similares—, el historiador populista radical Heinrich Elsner—que defendía su carácter democrático frente al despotismo monárquico—o el célebre Karl von Rotteck, que a pesar de reconocerle algunos defectos, la consideraba un hito constitucional.

La cuestión de la cercanía del régimen político establecido por la constitución española a una república también encontró eco entre la opinión alemana. Por ejemplo, para el diputado conservador Friedrich Wilhelm Schubert, la constitución española hubiera “transformado la monarquía en una república con un presidente de carácter hereditario”. Asimismo, la constitución española como expresión del gobierno mixto propio del republicanismo clásico se manifestaba en los comentarios de Johann Christoph Freiherr von Aretin quien, simpatizando con el código gaditano, consideraba que España había probado “que nuestra prosperidad sólo florecería con un gobierno constitucional que conciliara los tres principios (monarquía, aristocracia y democracia) de forma que cada uno afianzara al otro sin que ninguno resultara beneficiado”.

La constitución española se convirtió en uno de los elementos de referencia dentro del debate político alemán y, en opinión de Horst Dippel, “sólo la polarización provocada por ella permite reconocer (...) las ubicaciones políticas del primer liberalismo alemán”¹⁰⁵.

3. EL EXILIO DE LOS REALISTAS ESPAÑOLES

Cuando en marzo de 1820 todavía no estaba decidido el resultado del movimiento constitucional, el prefecto de Bajos Pirineos escribía al director de la policía francesa que “los acontecimientos de España darán lugar a una multitud de emigraciones, sea cual sea el partido que triunfe”. No sabía de qué color político serían, pero estaba seguro de que se produciría una llegada a Francia de un gran número de refugiados. Aunque se mostraba preocupado por ello, el prefecto tenía sus preferencias respecto al tipo de

¹⁰⁵ DIPPEL, “La significación de la constitución española”, pp. 299-300 y 307.

españoles que podían llegar a su departamento: “Unos justificarán que son dignos de ser protegidos; los otros no ofrecerán ninguna garantía moral”¹⁰⁶.

Con la reinstauración de la constitución, las fuerzas liberales se dispusieron a afianzar el régimen a través de medidas rigurosas. Por decreto se estableció la obligatoriedad de jurar la constitución para todos los españoles, bajo duras sanciones que incluían la destitución “de todos los honores, empleos, emolumentos y prerrogativas”. Además, aquel que se negara al juramento, sería “separado del territorio de la Monarquía”¹⁰⁷. Las medidas afectaron de inmediato a un colectivo, los jesuitas, que ya había sufrido las penalidades del exilio. Readmitidos en 1815 por Fernando VII, en agosto de 1820, considerados agentes contrarrevolucionarios y acusados de inspirar y apoyar al absolutismo, las Cortes decretaron la supresión de la Compañía¹⁰⁸.

Asimismo, los liberales procedieron a castigar a los responsables de la represión que habían sufrido desde la reinstalación del absolutismo. Sin embargo, las penas establecidas por la legislación del Trienio eran menos duras que las de la justicia del Antiguo Régimen, e incluso que las ensayadas durante las primeras Cortes reunidas en Cádiz¹⁰⁹. En concreto, las penas de ostracismo establecidas por el proyecto de ley de 1813 (comentado en el capítulo anterior) fueron sustituidas por penas de prisión en el Código penal de 1822¹¹⁰. El exilio dejaba de figurar como una pena establecida en la legislación liberal para castigar los delitos de opinión políticos, aunque se mantenía para la protección de la religión católica (artículo 22), que establecía que el condenado sería “espelido para siempre de España” tras haber cumplido una pena de prisión, así como para ciertos casos de colaboración con el enemigo y de insurrección¹¹¹.

Sobre los 69 ex-diputados que habían firmado en 1814 el *Manifiesto de los Persas* recayó la acusación de traición por haber atentado contra la constitución. El 26 de marzo la Junta ordenó la reclusión de los *persas* en varios monasterios. En julio de 1820 las Cortes formaron una comisión para que se encargara del caso. La

¹⁰⁶ ANF, F⁷ 6642, f. 163. El Prefecto de Basses-Pyrénées al Directeur Général de l’administration Départementale et de la Police du Royaume, Pau, 7 de marzo de 1820.

¹⁰⁷ Real Decreto de 26 de marzo de 1820, en *Colección oficial de las Leyes*, p. 77.

¹⁰⁸ Manuel REVUELTA GONZÁLEZ, *Política religiosa de los liberales en el siglo XIX. Trienio Constitucional*, Madrid, 1973, pp. 142-157, 213-221.

¹⁰⁹ Aunque se establecía la pena de muerte para la persona “que conspire directamente y de hecho a trastornar o destruir o alterar” la monarquía constitucional, así como a los traidores.

¹¹⁰ Los artículos 1 y 20 del proyecto de ley de 1813, citados en el capítulo anterior, que se referían a los delitos de opinión contra la constitución y al apoyo al Rey en la destrucción de la división de poderes, mantenían la misma redacción en 1822, pero la pena de destierro era sustituida por prisión de seis y diez años respectivamente.

¹¹¹ FIESTAS, *Delitos políticos*, cita el articulado del Código Penal de 1822 en pp. 88-110.

documentación que la comisión reunió no resultó decisiva porque no pudo encontrar el original del manifiesto firmado por los diputados realistas. Algunos suscribieron su firma, pero otros alegaron haber firmado en blanco. La comisión concluyó que, habiendo estado circulando copias impresas del manifiesto durante los últimos seis años, el silencio de los firmantes en ese largo periodo de tiempo equivalía a una admisión de la firma, por lo que había indicios suficientes para abrir una causa y remitir el caso a un tribunal competente que, en aplicación del artículo 172 de la constitución, juzgase a los acusados. Pero esa misma comisión consideraba que existían motivos — como el número y calidad de los diputados, su diferente participación en los hechos o la discordia que causaría una sentencia rigurosa cuando era necesario fortalecer el régimen constitucional— para no aplicar con todo el rigor la ley y ofrecer medidas de indulgencia. Así, recomendó que se suspendiera la causa contra los diputados, excepto en el caso del exministro de Gracia y Justicia Bernardo Mozo de Rosales, marqués de Mataflorida, autor del manifiesto, quedando todos ellos, eso sí, ^aexcluidos de las próximas elecciones Cortes¹¹². La discusión en Cortes del dictamen de la comisión durante el mes de octubre concluyó con la exoneración de los *persas*, pero despojándolos de sus empleos, honores y condecoraciones y declarándoles excluidos de la confianza de la nación, aunque les permitirían acudir a los tribunales si no estaban conformes con la decisión¹¹³.

La acción represiva de los liberales fue menos severa que la que ellos habían sufrido en 1814. Únicamente Mataflorida, impulsor e ideólogo del manifiesto, fue sometido a un proceso, aunque lo evitó saliendo hacia el exilio¹¹⁴. De igual manera, las fuerzas contrarrevolucionarias que desafiaron al Gobierno constitucional a lo largo del Trienio se vieron obligadas a refugiarse en el extranjero, especialmente Francia, por su imposibilidad de imponerse en el campo de batalla. También lo hicieron en Portugal, como ocurrió con la Junta Apostólica de Galicia, formada en diciembre de 1820¹¹⁵. Así

¹¹² Informe de la comisión en *Diario de Sesiones de las Cortes, Legislatura de 1820, Tomo II*, Madrid, Imprenta de J. A. García, 28 de septiembre de 1820, pp. 1238-1288.

¹¹³ FIESTAS, *Los delitos políticos*, pp. 81-82.

¹¹⁴ Ana M^a GARCÍA TERREL y MOZO DE ROSALES, “Bernardo Mozo de Rosales, marqués de Mataflorida. Un político sevillano de la primera mitad del siglo XIX”, en *Archivo Hispalense*, tomo LXXIX, n^o 240, 1996, pp. 11-50.

¹¹⁵ Tras la derrota que sufrieron las partidas dirigidas por el barón de Santi Johannis en La Torre (Orense), la Junta se refugió en Portugal, mientras el barón era fusilado en La Coruña. En el exilio, el cargo de presidente de la Junta recayó en el médico Juan Ramón de Barcia. Pero Barcia fue detenido por las autoridades constitucionales portuguesas, y tras pasar 18 meses de prisión en Oporto, al conocer que iba a ser entregado a los españoles, logró fugarse y tras pasar por Francia y Alemania llegó a la zona controlada por la Regencia de Urgel. Mientras tanto había sido elegido presidente Manuel María Abella; COMELLAS, *Los realistas en el Trienio Constitucional*, pp. 55-56. En el verano de 1820, partidas realistas gallegas ya habían pasado a Portugal, ante lo que el gobierno español había comunicado al

pues, el exilio de los realistas españoles durante el Trienio no fue el resultado de una persecución política sino de la derrota momentánea de su insurrección. El exilio fue más bien una estrategia militar para combatir al régimen constitucional.

Al iniciarse el Trienio, el general Eguía, ex ministro de la guerra, se había refugiado Bayona y con una autorización secreta de Fernando VII estableció una “Junta de los Amigos del Orden”, de la que formaron parte ilustres emigrados realistas, como Mataflorida, el general Carlos O’Donnell, el Inquisidor General, el obispo de Pamplona y el general de los Capuchinos. Mataflorida sin embargo se consideraba el escogido por Fernando VII para liderar el movimiento realista a través de la formación de una regencia, a pesar de que la autorización real es dudoso que alguna vez existiera (o al menos que durara todo el tiempo que Mataflorida aseguraba).

Sin embargo, en marzo de 1821 el Gobierno francés obligó a los miembros de la junta a abandonar Bayona y a internarse en el interior y estos se dispersaron por el sur de Francia, en ciudades como Toulouse y Burdeos¹¹⁶. El Gobierno francés estaba preocupado por los problemas que la presencia de los realistas españoles en su territorio podía ocasionar. Cuando el arzobispo de Valencia se refugió, junto a otros eclesiásticos, en el sudeste de Francia, el ministro de Asuntos Exteriores ordenó en mayo de 1821 al prefecto de Pirineos Orientales que lo alejara de la frontera para evitar que pudiera darse un pretexto para que los españoles pudieran ejercer lo que el director de la policía francesa denominó una “vigilancia inquietante”. Esta medida se extendió como una norma general que debía tomarse también con respecto al resto de los emigrados españoles¹¹⁷. Pero las autoridades españolas continuaron estando al tanto de las actividades de los refugiados realistas en Francia. El prefecto de las Landas escribió el 18 de mayo de 1822 al ministro del Interior informando de que “los liberales españoles son plenamente conscientes de todo lo que pueden proyectar sus compatriotas refugiados en Francia. El cónsul español en Bayona sabe en el momento oportuno todo lo que hacemos, todo lo que dice el general Eguía, y de inmediato da aviso a las Cortes.

portugués protestas “dirigidas a no tolerar en sus territorio limítrofe asociaciones de refugiados malcontentos Españoles”; AGS, Estado, leg. 8180, Pérez de Castro a Frías, 3 de agosto de 1820.

¹¹⁶ ANF, F⁷ 6641, f. 150, el comisario de policía de Bayona al barón Mounier, director general de la Policía, Bayona, 29 de marzo de 1821.

¹¹⁷ ANF, F⁷ 6642, 41/7, f. 501. El director de la policía al prefecto de Pirineos Orientales, en Perpiñán, París 23 de mayo de 1821. Efectivamente, el arzobispo se trasladó a Toulouse. Meses después el cónsul español en Perpiñán, requerido por un juez del municipio catalán de Berga, solicitó al prefecto del Alto Garona la entrega del arzobispo, acusado de conspiración. El prefecto se negó. ANF, F⁷ 11981, f. 156. El director de la Policía al Ministro de Asuntos Exteriores, París 9 de septiembre de 1821.

Este cónsul tiene, al parecer, fondos muy considerables a su disposición y sabe cómo emplearlos”¹¹⁸.

Las divisiones que existían en el interior del realismo se reflejaron en los dos núcleos diferenciados que se instalaron en el exilio. Eguía y los suyos se instalaron en Burdeos, mientras que Mataflorida lo hizo en Toulouse. El grupo establecido alrededor de Mataflorida fue el más activo y beligerante y tomaría el liderazgo del movimiento, gracias en parte a la financiación que el propio Mataflorida proporcionó, que permitió que en abril se formaran sus primeras partidas en Cataluña. A lo largo de los meses siguientes continuó la competencia con Eguía por el liderazgo del realismo insurreccional¹¹⁹.

La decisión más importante del exilio realista se tomó en la primavera de 1822. Como medida para afianzar la resistencia informal que existía principalmente en el norte de España, Mataflorida decidió instalar una Regencia en el interior del territorio español. Gracias a sus negociaciones con el Gobierno francés —a través del vizconde Boisset, comisionado oficioso del Gobierno francés para tratar con los refugiados españoles— consiguió que este comprometiera su ayuda bajo la condición de que los realistas españoles dispusieran de una plaza fuerte en la que instalar una regencia. El 25 de junio el agente de Mataflorida en Francia, Fermín Martín de Balmaseda, le comunicó esta circunstancia. Cuatro días antes había caído Urgel. A mediados de agosto quedó establecida la Regencia de Urgel formada por Mataflorida, el barón de Eroles y Jaime Creux, Arzobispo de Tarragona. Muchos de los cabecillas de las partidas que recorrían el norte peninsular reconocieron a la Regencia y Eguía tuvo que hacerlo en septiembre.

La ofensiva liberal de finales de 1822 en Cataluña obligó a la Regencia a huir de Urgel, y más tarde de Llivia, para buscar refugio en Francia. A finales de noviembre de 1822 el prefecto de los Bajos Pirineos afirmaba que “el número de refugiados españoles que buscan asilo en Francia aumenta día a día”. Estos se instalaban sobre todo en Bayona¹²⁰. En marzo de 1823, el Gobierno español calculaba que había 6.543 refugiados realistas militares en Francia a los que habría que añadir civiles y religiosos. Sin embargo, a pesar de que Mataflorida confiaba en el apoyo francés, este nunca llegó de forma nítida. El jefe del Gobierno francés Villèle y Luis XVIII aspiraban a instalar en España un sistema moderado al estilo francés, por lo que la ayuda que ofrecieron a

¹¹⁸ ANF, F⁷ 11981, f. 436. El prefecto de las Landas, al ministro del Interior, 18 de mayo de 1822.

¹¹⁹ COMELLAS, *Los realistas en el Trienio*, pp. 63-64.

¹²⁰ ANF, F⁷ 11981, dossier 28, f. 645. El prefecto de Basses Pyrénées al ministro de Interior, Pau, 29 de noviembre de 1822.

los realistas españoles refugiados en Francia fue ambigua. Todos estos refugiados, que incumplían las condiciones francesas por las que debían abandonar sus caballos, uniformes y armas al entrar en Francia, constituían un importante problema para las autoridades que de nuevo prohibieron su estacionamiento en la frontera, especialmente Bayona, ordenando que se desplazaran al interior del país. Pero los realistas españoles no obedecieron. Mataflorida y Eguía continuaron en los Bajos Pirineos y muchos eclesiásticos consiguieron permiso para vivir con los religiosos franceses que les habían acogido. Gozaban de muchas ayudas y apoyos y podían negociar fácilmente empréstitos y comprar material militar, aunque también despertaban el rechazo de algunos sectores de la población y los liberales franceses criticaron al Gobierno por su permisividad. Sin embargo, los vales reales que crearon obtuvieron grandes dificultades en ser adquiridos. El Gobierno español protestó ante el francés, solicitando el internamiento en el territorio francés de los realistas refugiados y denunciando sus conspiraciones, las compras de armas que realizaban y la ayuda prestada a la Regencia de Urgel¹²¹.

Mientras las partidas continuaban dentro de España su guerra informal contra el régimen constitucional, la Regencia instalada en el exilio estaba sumergida en una grave crisis. Mataflorida se desesperaba de la falta de apoyo oficial francés y en vano se dirigió a las restantes potencias de la Santa Alianza para obtener su apoyo. El Gobierno francés seguía negándose a respaldar a Mataflorida, al que veía como un ultra en el que no se podía confiar para instalar un régimen monárquico moderado en España. Muchas partidas abandonaron a Mataflorida y se pusieron a disposición de Eguía, que tenía el reconocimiento de Fernando VII. El megalomaniaco Mataflorida, que se consideraba a sí mismo como el auténtico y único representante del rey Fernando VII, al patrimonializar la oposición al régimen liberal fracasó en su intento de unir a las fuerzas contrarrevolucionarias españolas y obtener el apoyo de los Estados reaccionarios europeos. Rechazó colaborar con Eguía e incluso pidió a Francia que no lo ayudara. Ni siquiera cuando en Perpiñán el embajador danés le trasladó la decisión de Fernando VII de confiar en Eguía, Mataflorida aceptó su desplazamiento, afirmando que el rey se encontraba dominado por los revolucionarios. Cuando el Gobierno francés, dispuesto ya a intervenir en España, decidió que se crearía un Gobierno provisional liderado por Eguía y en el que no figuraba Mataflorida, este se opuso¹²².

¹²¹ AHN, Estado, leg. 6228, citado por Jean-René AYMES, “Españoles en Francia (1789-1823): contactos ideológicos a través de la deportación y del exilio”, en *Trienio*, nº 10, 1987, pp. 3-26; p. 15.

¹²² ARTOLA, *La España de Fernando VII*, pp. 633-637.

En su campaña contra el régimen constitucional, los realistas estaban dispuestos a obtener todos los apoyos que fueran necesarios, y llegaron a acercarse a los afrancesados que continuaban residiendo en Francia. A principios de 1823 el cónsul de España en Bayona advertía de que los realistas alistaban como oficiales “a los malos españoles que no se atrevieron a volver a España por la mala conducta que observaron durante la usurpación de Napoleón a pesar de que se les concedió indulto por las Cortes”¹²³. El exilio continuaba siendo un lugar de intensa movilización política y de encuentros entre españoles de diferentes tendencias que tenían en común como mínimo su situación de expatriados.

4. EXILIADOS Y VOLUNTARIOS EUROPEOS EN LA ESPAÑA DEL TRIENIO

Aunque su importancia efectiva, especialmente desde el punto de vista militar, fue escasa, los exiliados liberales que se refugiaron en España durante el Trienio eran el reflejo de una tendencia hacia la universalización de los valores liberales y la creación de una solidaridad internacional liberal. A partir de entonces los contactos entre liberales de distintas naciones se intensificarían aun más.

El 16 de septiembre de 1820 se presentó en las Cortes un proyecto de decreto que en su primer artículo establecía que España se constituiría en asilo para “las personas y propiedades de todas clases pertenecientes a extranjeros”, siempre que estos respetasen la constitución. El asunto sería objeto de un enfrentamiento entre diputados moderados y exaltados. Martínez de la Rosa consideraba que una ley de asilo debería estar subordinada a los tratados con otros estados. El presidente de la comisión parlamentaria coincidía con él, pero creía que lo relevante era si “los que se dicen delitos políticos” estaban contemplados en esos tratados internacionales, algo en lo que Istúriz coincidía porque, aunque reconocía que desconocía los tratados en detalle, sí sabía que incluso en países en los que existían “órganos representativos” como Francia e Inglaterra se habían entregado a las autoridades españolas en el pasado reciente a ciertos individuos que se habían refugiado allí “por opiniones políticas”. Martínez de la Rosa contestó que de todas formas cuando el gobernador de Gibraltar entregó a algunos españoles que se habían refugiado allí “huyendo de la atroz persecución del año 14”, fue

¹²³ AHN, Estado leg. 6156 II, citado por AYMES, “Españoles en Francia”, p. 26, nota 32.

“tal el grito de indignación y clamor general” que el Gobierno británico “reclamó del nuestro la devolución de dichos individuos, y los arrancó de las garras de sus perseguidores”¹²⁴.

La observación de Martínez de la Rosa fue considerada y la comisión revisó el articulado de los tratados existentes. Tras comprobar que no existía nada en ellos relativo a “opiniones políticas”, el diputado Moscoso propuso que en el proyecto de decreto se incorporara una cláusula que impidiese que en los futuros tratados se incluyera la extradición de los acusados de delitos de opinión política que se hubieran refugiado en España¹²⁵. Finalmente, esta medida fue aprobada por las Cortes e incluida en la Ley de Asilo de 28 de septiembre de 1820¹²⁶. El decreto establecía que España era un “asilo inviolable para las personas y propiedades de toda clase pertenecientes a extranjeros (...) con tal que respeten la Constitución política de la Monarquía y demás leyes que gobiernan a los súbditos de ella”. Pero lo más importante era que se prohibía que el Gobierno entregara a refugiados “perseguidos por (...) opiniones políticas”, a no ser que fueran acusados de delitos comprendidos en los tratados existentes¹²⁷.

La adecuación de la ley española fue apropiada para acoger a los miles de refugiados que empezaron a llegar a España en los meses siguientes. Además, las autoridades diplomáticas españolas asistieron a los exiliados que querían trasladarse a España, como hizo el embajador en Nápoles, Luis de Onís, que proporcionó pasaportes para Barcelona y pasajes en barcos españoles a todos aquellas “gentes comprometidas por amor a nuestra Constitución, que van a ser víctimas de su patriotismo”, entre ellas “el general Pepe, y una porción considerable de individuos del Parlamento, del ejército, diaristas, escritores y gentes de talento que vienen a implorar mi protección”. En Génova el cónsul español concedió 500 pasaportes a militares piamonteses¹²⁸.

Las noticias sobre el aplastamiento austriaco del constitucionalismo italiano impactaron en España¹²⁹. Según el prefecto francés del fronterizo departamento de Altos

¹²⁴ *Diario de Sesiones de las Cortes*, 18 de septiembre de 1820, pp. 1088-1089; FIESTAS, *Delitos políticos*, pp. 110-111.

¹²⁵ *Diario de Sesiones de las Cortes*, 26 de septiembre de 1820, p. 1241.

¹²⁶ Los reclamados por opiniones políticas eran, según Victorica, aquellos reclamados “por haber manifestado de palabra o por escrito su modo de pensar en materias de Gobierno”, *Diario de Sesiones de las Cortes*, 26 de septiembre de 1820, p. 1246.

¹²⁷ *Colección de los decretos y órdenes generales de la primera legislatura de las Cortes ordinarias de 1820 y 1821, desde 6 de julio hasta 9 de noviembre de 1820*, p. 152.

¹²⁸ AHN, Estado, 5675, citado por Manuel MORÁN ORTÍ, “La cuestión de los refugiados extranjeros. Política española en el Trienio Liberal”, en *Hispania*, XLIX, 173, 1989, pp. 985-1016.

¹²⁹ A. BISTARELLI, “Vivere il moto spagnolo. Gli esiliati italiani in Catalogna durante il Triennio Liberale” (I) y (II), en *Trienio* n° 32 y 33 (1998 y 1999).

Pirineos “la noticia de los acontecimientos de Nápoles ha causado en Barcelona un movimiento serio”, tras el cual se había formado una junta que había tomado la decisión de deportar a Mallorca (“o al extranjero”) a una serie de personalidades supuestamente contrarrevolucionarias, como el obispo de Barcelona, el antiguo Inquisidor Llocer y algunos militares¹³⁰. Cuando en abril de 1821 el diputado napolitano De Conciliis llegó a Barcelona, se decidió que él y el resto de diputados napolitanos que se refugiaran en España gozarían del mismo tratamiento que los diputados a Cortes españoles.

También llegaron a España revolucionarios franceses huyendo de la represión tras el fracaso de las insurrecciones en las que habían participado. Un informe de la policía francesa afirmaba que desde “1820 había en Barcelona una especie de comité compuesto por refugiados franceses que estaban en comunicación directa con los líderes de París”. En la zona comprendida entre Navarra y Asturias se instalaron los involucrados en la conspiración del 19 de agosto, que también formaron un comité que permanecía en contacto con París a través de Bayona. Entre ellos figuraban los capitanes Nantil, Thieboult y los oficiales Husson y Caron. En los años siguientes, a medida que iban fracasando conspiraciones como las de Belfort o Saumur, siguieron llegando *transfuges* franceses a la España constitucional, mientras otros se trasladaban momentáneamente a Inglaterra¹³¹.

Las Cortes discutieron acerca de la acogida que se iba a brindar a los refugiados¹³². El diputado novohispano Ramos Arizpe propuso que el Gobierno destinara fondos para socorrer a los diputados y generales napolitanos, mientras que Manuel Cano se mostraba partidario de que fuera la iniciativa privada la que lo hiciera para evitar que se levantaran recelos entre las potencias continentales. Finalmente, se aprobaron los subsidios para diputados y generales, rechazando la propuesta de algunos diputados de extenderlos a otros refugiados, que seguían llegando sin pausa. Ante esta situación el capitán general de Cataluña Villacampa y el embajador Onís solicitaron que se concedieran ayudas a todos los exiliados italianos, aunque la aplicación de esta medida no llegó a producirse plenamente. En estas circunstancias, fueron las autoridades locales —especialmente el ayuntamiento de Barcelona— y varias iniciativas privadas las que, a través de suscripciones, socorrieron a los refugiados. El 6 de mayo las Cortes dieron un decreto que regulaba la cuestión de los refugiados, distinguiendo

¹³⁰ ANF, F⁷ 11981 f. 656; el prefecto de Hautes Pyrénées informa al Director General de la Policía sobre noticias que le llegan de España, Tarber, 25 de abril de 1821.

¹³¹ ANF, F⁷ 6665, Memorandum que comienza con la frase *Le parti révolutionnaire en France*.

¹³² En este punto sigo a MORÁN ORTÍ, “La cuestión de los refugiados extranjeros”.

dos categorías entre ellos: la preferente, que tenía derecho a socorros sin límite de tiempo, y la de simples “prófugos de Italia”, cuya ayuda estaba condicionada a una decisión del Gobierno. También se los distribuía por distintos puntos de la geografía española y se encargaba al Gobierno que vigilara a los más problemáticos. En la práctica, las autoridades locales, como el jefe político de Barcelona, tuvieron una actitud restrictiva en cuanto a la concesión de ayudas y de recelo respecto a la presencia de los refugiados, primando la conservación del orden público, lo que produjo el descontento de muchos de ellos. Mientras tanto, los exiliados italianos seguían llegando. En junio de 1821 unos 600 piamonteses y lombardos ya se habían unido en Barcelona a los napolitanos.

A mediados de septiembre las Cortes fijaron de forma definitiva las categorías de los refugiados y las asignaciones que le correspondía a cada una. Se facilitaban las condiciones para salir de España (concesión de pasaporte y ayuda de viaje) y se restringía la residencia en Madrid. El resultado de que fueran los jefes políticos los encargados de decidir en qué categoría se incluiría a los refugiados fue que la mayoría de ellos recibieran las ayudas destinadas a la primera categoría. Pero el Gobierno español debía enfrentarse también a las dificultades económicas. Los pagos de los socorros no eran regulares y los refugiados llegaron a quejarse de ello. En el ejercicio económico del segundo año del Trienio, la Hacienda española había destinado alrededor de un millón de reales a los refugiados, una cantidad modesta pero no poco significativa teniendo en cuenta la crisis financiera del Estado español.

Por lo tanto, no fue extraño que el Gobierno moderado de Martínez de la Rosa decidiera tomar medidas restrictivas cuando subió al poder. El 17 de marzo de 1822 anunció que la ayuda para los refugiados de segunda clase, que era temporal, sería eliminada en el plazo de dos meses, y que por lo tanto estos debían encontrar algún medio de subsistencia o abandonar el país. En el caso de que optaran por esta última opción, se les pagarían tres meses de socorros y el pasaje para Italia. Como esta medida afectaba en realidad a pocos refugiados, el Gobierno decidió ir más allá, y el 17 de mayo estableció criterios más rigurosos para conceder la categoría de primera clase.

Asimismo, los franceses que se vieron obligados a exiliarse en España por su participación en las conspiraciones llevadas a cabo en los meses anteriores también recibieron la atención del Gobierno. A los cinco oficiales que llegaron a España junto al general Berton en abril de 1822 se les impusieron unas duras condiciones por ser considerados como perturbadores, e incluso uno de ellos fue detenido por el jefe

político de San Sebastián, aunque el Gobierno censuró esta medida. Los franceses dirigieron a las Cortes una petición para obtener la ayuda que el Gobierno les negaba, y que estas aprobaron ya que “estando dichos oficiales en el mismo caso que los italianos cuando se acogieron a España (...) son acreedores a los socorros que las Cortes concedieron a estos”¹³³.

Ante esta situación de incertidumbre, en el verano de 1822 un gran número de refugiados se disponían a abandonar España. Sin embargo, ante la extensión de la insurrección realista, muchos militares refugiados, tanto italianos como franceses, ofrecieron sus servicios a las autoridades constitucionales y se unieron a las milicias liberales. Entre los exiliados provenientes de Piamonte se encontraba el general francés del imperio Guillaume de Vaudoncourt, que residía en Piamonte desde 1821 y había mantenido correspondencia con líderes constitucionales españoles, como Riego y el conde de Almodóvar¹³⁴. Puede que fuera Vaudoncourt el primer francés en proponer a los españoles formar un cuerpo de extranjeros. Durante 1822 luchó contra las partidas realistas en Cataluña y propuso en varias ocasiones a Riego la formación de un destacamento francés, confiando en poder reunir a 3.000 refugiados. Uno de ellos, el activo y estrafalario conspirador Cugnet de Montarlot, excomisario de guerra de la *Grande Armée*, que estaba en la Península desde 1821, fue también de los primeros en ofrecerse al Gobierno español¹³⁵. Según la policía francesa, en septiembre de 1821 Cugnet de Montarlot había llevado a cabo un intento fallido de invadir Francia desde España, con la ayuda de Riego y Guillaume de Vaudoncourt¹³⁶.

Finalmente, encuadrados en las fuerzas constitucionales españolas, cientos de exiliados lucharon contra las partidas contrarrevolucionarias y la Regencia de Urgel. De esta forma, un gran número de refugiados encontró una ocupación. El nuevo Gobierno, dirigido por el exaltado San Miguel, eliminó las medidas tomadas por el ministerio de Martínez de la Rosa y se continuó proporcionando subsidios a todos los refugiados. Para ello, las Cortes aprobaron una partida de 800.000 reales en el presupuesto del tercer año económico.

A iniciativa de un grupo de napolitanos, el diputado Alcalá Galiano solicitó el 15 de junio de 1822 a las Cortes la autorización para formar un cuerpo integrado por refugiados extranjeros para luchar contra las partidas realistas. La cuestión, que pasó a

¹³³ MORÁN ORTÍ, “La cuestión de los refugiados extranjeros”, pp. 999-1000.

¹³⁴ Vaudoncourt había llegado a Cataluña desde Piamonte en abril de 1821; ANF, F⁷ 6642, Carpeta 41/7, Consul de France à Barcelone. Surveillance des voyageurs qui pénètrent en Espagne.

¹³⁵ Walter BRUYERE-OSTELLS, *La Grande armée de la liberté*, París, Tallandier, 2009, p. 98.

¹³⁶ ANF, F⁷ 6649; Proclamación de Cugnet, septiembre de 1821, citado por NAGY, “Les hommes d’action du parti libéral français et les révolutions européennes”, pp. 50-51.

la comisión de Guerra, fue discutida por sus partidarios y detractores, que coincidían en sus líneas ideológicas entre exaltados y moderados (reticentes a la erosión que provocaría en la imagen de España ante las potencias europeas), y se decidió que en cualquier caso la iniciativa de formar una legión extranjera debía provenir del Gobierno. Cuando, a partir de enero de 1823, el Gobierno francés empezó a tomar los primeros pasos para preparar la invasión de España, la actividad de los exiliados en España se aceleró.

Cataluña, por su cercanía a la frontera francesa y su posición de puerto mediterráneo, concentró a la mayor parte de los exiliados y voluntarios extranjeros, en total más de mil italianos, tanto napolitanos como piemonteses, a los que habría que sumar un número menor de franceses. Entre ellos se encontraban los líderes de los movimientos constitucionales, como el general napolitano Guglielmo Pepe¹³⁷, Claudio Linati, Florencio Galli o Giuseppe Pecchio. La mayoría eran militares, una gran parte de ellos oficiales napoleónicos, que se integraron en los ejércitos de Espoz y Mina y Milans a través de batallones dirigidos por líderes rivales como Paolo Olini (incorporado a la brigada de Lloberas) o Giuseppe Pachiarotti, que organizó un batallón de infantería y un pelotón de lanceros a cargo de la diputación de Barcelona, que de forma provisional empezó a operar en noviembre. En total, unos 400 italianos movilizados participaron en las operaciones contrainsurgentes en Cataluña desde el verano de 1822 a la primavera de 1823¹³⁸, mientras que los franceses se integraron en el *Régiment Napoléon II*.

La mayor parte de los exiliados franceses se encontraban en el País Vasco y en Madrid. A principios de 1821 Husson intentó formar en Irún un “regimiento francés”, aunque no fue capaz de conseguir el apoyo del Gobierno español, a pesar de los contactos que mantenía con Argüelles¹³⁹. Alrededor de Bilbao se concentró un importante número de franceses —aproximadamente 500— que habían huido tras el fracaso de sus tentativas insurreccionales, entre ellos el Capitán Nantil, que cruzó la frontera en junio 1821 junto a otros conspiradores y que según algunos informes había

¹³⁷ Pepe fue seguramente el exiliado italiano más célebre. Era un veterano revolucionario que había participado en la formación de la república napolitana, y que había luchado junto a las tropas napoleónicas contra los Borbones. Cuando José Bonaparte y Murat se trasladaron a España, Pepe los acompañó. Carbonario, había sido el principal líder de la revolución napolitana y dirigió al ejército que se enfrentó a los austriacos.

¹³⁸ Manuel MORÁN ORTÍ, “Los emigrados italianos de 1821 en la guerra realista de Cataluña”, en *Itálica. Cuadernos de la Escuela Española de Historia y Arqueología*, nº 18, 1990, pp. 329-363.

¹³⁹ ANF, F⁷ 6641, f. 152, el comisario de policía de Bayona al barón Mounier, director general de la Policía, Bayona, 29 de marzo de 1821.

pasado por Barcelona¹⁴⁰. El famoso coronel Fabvier se había refugiado en Inglaterra, desde donde se mantuvo en contacto con Nantil. Las autoridades francesas no podían arrestar a los revolucionarios franceses que entraban a España desde Inglaterra, donde la colonia de exiliados había montado una campaña para reclutar una “legión liberal”, aunque estaban informados de que un barco con conspiradores franceses había salido de Inglaterra el 11 de marzo de 1823 en dirección a La Coruña¹⁴¹. Desembarcaron en España veteranos conspiradores como Gauchais, Grandmesnil, Coudert, y Chauvet para combatir a las fuerzas francesas que iban a invadir el país. Fabvier lo hizo a través del puerto de Santander¹⁴².

En Madrid se formaron en abril de 1823 los *Lanciers français défenseurs de la Liberté*, bajo las órdenes de Labisbal, dirigidos por el ex jefe de escuadrón de la Guardia imperial Pascal Aymard, un oficial en *demi-solde*, poco apreciado por otros tráfugas franceses. El hecho de que muchos de sus miembros fueran artesanos y obreros parece indicar que habían venido a España por convicción ideológica, y no tanto para continuar su carrera militar. De todas formas, el estado mayor estaba formado por exoficiales imperiales, o por hombres que se presentaban como tales, como los capitanes Michelet y Pecarrere (que aseguraba haber dirigido a un grupo de *fédérés* aunque parece ser que solo era teniente) y los tenientes Final y Laverge. En abril de 1823, los lanceros franceses salieron de Madrid para combatir en Asturias y Galicia contra las partidas realistas¹⁴³.

Algunas decenas de oficiales polacos que habían servido en el ejército imperial y que no podían regresar a la Polonia dirigida por el gran duque Constantino se habían visto obligados a permanecer en Francia, aunque por su pasado bonapartista habían sido marginados. Tuvieron que adaptarse a la situación, y un buen número lo hizo enrolándose para servir en las causas liberales italiana o española, o marchando a Grecia para luchar por su independencia. Jean Schultz había regresado a principios de 1820 a Francia desde Estados Unidos, donde había participado en los proyectos del general Lallemand. Schultz, nacido en Varsovia, había obtenido el grado de teniente coronel en el ejército napoleónico y había querido acompañar a Napoleón en su destierro a Santa Elena, aunque los británicos no se lo permitieron. Una vez en Francia, estuvo en contacto con numerosos militares, y en septiembre tomó un barco junto a su

¹⁴⁰ ANF, F⁷ 6641, f. 244. Poco después Nantil se encontraba en el País Vasco.

¹⁴¹ SPITZER, *Old hatreds*, p. 199.

¹⁴² BRUYÈRE-OSTELLS, *La grande armée de la liberté*, p. 90.

¹⁴³ BRUYÈRE-OSTELLS, *La grande armée de la liberté*, p. 88.

compatriota y también exoficial bonapartista Jacob Faron en dirección a Estambul, aunque en realidad su intención era trasladarse a Nápoles para ofrecer sus servicios a los revolucionarios. En efecto, ambos entraron en contacto con los carbonarios napolitanos. Tras la intervención austriaca, Schultz pasó a España, donde dirigió un cuerpo de caballería formado por franceses, napolitanos y piamonteses. Otros polacos que lucharon junto a los constitucionales españoles fueron Jean Michel Bresca, hecho prisionero en Llers, o el coronel Onofre de Radonski. De Radonski se sospechaba incluso que había participado en el pronunciamiento español de 1820. Tras el estallido de la revolución en Nápoles se trasladó a Italia, donde fue iniciado en la carbonería. Después de colaborar también con los constitucionales piamonteses, regresó a Polonia, donde fue detenido por los prusianos y juzgado en Berlín, aunque obtuvo la absolución (atribuida por las autoridades francesas al hecho de que los jueces eran masones bonapartistas). Se le prohibió regresar a Italia, y se vio obligado a volver a Francia¹⁴⁴.

Algunos de los exiliados que llegaron a España, especialmente italianos, pasaron también a Portugal, como Pepe, Vincenzo Pisa, Giacinto Provana di Colegno y Pecchio, que pasó tres meses en Portugal en 1822. Pepe y Pisa llegaron en julio de 1821 y fueron acogidos por los diputados *vintistas* portugueses. Pepe estuvo en contacto con los principales líderes liberales, como los diputados Morais Pessanha o Ferreira de Moura, el militar Sepúlveda y los ministros Silva Carvalho y M. Gonçalves de Miranda. Tras pasar un tiempo en Lisboa, Pepe se dirigió a Londres de donde volvería pronto para ir a Madrid en 1822. Ese año los portugueses prepararon un banquete en su honor, que no se llegó a celebrar, porque salió de nuevo para Londres¹⁴⁵.

¹⁴⁴ ANF, F⁷ 6758, 6, 15. Antoine Skibinski, antiguo capitán de la legión del Vístula, intentó pasar a España con la esperanza de obtener un empleo en la revolución, pero las autoridades francesas no le dejaron cruzar la frontera porque tenían orden de no dejar pasar a España a ningún militar; Informe de la Prefectura de Policía, 26 de septiembre de 1821.

¹⁴⁵ Isabel NOBRE VARGUES, “Liberalismo e independência. Os exilados italianos em Portugal (1820-1850)”, en *Revista Portuguesa de História*, t. XXXI, vol. 2, 1996, pp. 411-426.

5. LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS Y LA OPOSICIÓN LIBERAL INTERNACIONAL

“On médite une guerre contre la liberté, l’indépendance, les droits de nos voisins ; cette guerre, qui peut devenir funeste à l’Espagne, ne peut qu’être funeste à la France ; les revers seraient honteux, les succès déplorables ; l’un des ses résultats serait de voir notre sol sillonné de nouveau par des troupes étrangères. Les mesures sanitaires sont une partie de cette conspiration anti-nationale”¹⁴⁶.

“No debemos hacernos ilusión, ni confiar en promesas ni seguridades de las Potencias extranjeras: nuestra seguridad se cifra en nuestra conducta y en estar prevenidos de antemano para defender nuestro territorio. La tempestad que nos amenazaba ha sido transportada hacia el Bósforo y la Italia pero no se ha disipado, y un viento contrario puede echarla otra vez hacia las columnas de Hércules”¹⁴⁷.

La historiografía diplomática de la Restauración ha tendido a considerar a España como un país secundario dentro del orden internacional del periodo, mediada por la posición secundaria que España ocupó a partir de esos momentos. Para los líderes europeos España ya no era la potencia mundial que había sido en los siglos anteriores, pero eso no significaba que los acontecimientos españoles no tuvieran la capacidad de influir en los asuntos internacionales. España había perdido su categoría de primera potencia, pero desde luego una revolución en un país como España tenía irremediablemente consecuencias a nivel europeo.

En el seno de la diplomacia europea se produjo una escalada en la desconfianza hacia el régimen constitucional español. Tras Laybach, Francia se limitó a levantar un cordón sanitario frente a la epidemia de fiebre amarilla que acababa de empezar en Cataluña. Pero el miedo a la España liberal se incrementó a partir de la radicalización ocurrida desde mediados de 1822 tras el abortado intento de golpe de estado realista de julio, y en septiembre Francia instaló un ejército de observación en la frontera. Las aspiraciones francesas se limitaban a instalar en España un régimen similar al de la Carta Otorgada de 1814, algo que en esos momentos Fernando VII estaba dispuesto a aceptar con tal de obtener la intervención francesa. Pero el momento diplomático decisivo llegaría con el Congreso de Verona, reunido a partir de octubre de 1822. En enero de 1823 Luis XVIII anunciaba la intervención francesa en España con el propósito de derribar el régimen constitucional.

Sin embargo, este desenlace no estaba tan claro cuando una diplomacia dividida comenzó las reuniones en Verona. El asunto español fue muy discutido y generó

¹⁴⁶ Intervención de Benjamin Constant en la Cámara de los diputados el 25 de julio de 1822, en *Discours de M. Benjamin Constant à la Chambre des Députés. Tome second*, París, Ambroise Dupont et compaigne / J. Pinard, 1828.

¹⁴⁷ AGS, Estado, leg. 8181; Informe “Opinión sobre España de los gobiernos extranjeros”, de Luis de Onís, 1821.

disputas a causa de las consecuencias que la intervención tendría en el equilibrio europeo. La competencia por la influencia sobre España y por el futuro de las posesiones españolas en América fue un aspecto que no pudo separarse de las preocupaciones acerca de la legitimidad y la amenaza revolucionaria. Era tanta la confusión sobre la cuestión española que la adopción de una política concertada parecía imposible. Sin embargo, en lo que todos estaban de acuerdo era en que lo que ocurría en España, así como los acontecimientos italianos, no eran únicamente asuntos internos de cada país, sino que tenían una dimensión europea. Lo que estaba en juego era la orientación política general del continente. Este era un aspecto que los realistas españoles se encargaban de enfatizar para obtener la ayuda que les era imprescindible para derrotar al constitucionalismo. El representante de la Regencia de Urgel en el Congreso de Verona, el conde de España, subrayó que su causa era la de todos los legitimistas europeos. Finalmente, se rechazó su propuesta y le fue denegado un asiento en el Congreso, aunque se le permitió permanecer en Verona como observador.

El propio Gobierno francés estaba dividido. Montmorency, que empezó el Congreso como ministro, y Chateaubriand que le sustituiría, estaban a favor de la intervención y amplificaron el riesgo de contagio revolucionario que España suponía. Consideraban que Francia estaba directamente amenazada por los liberales españoles, y Montmorency llegó a afirmar que el Gobierno español podría llegar a declarar la guerra a Francia, aunque no pudo ofrecer ningún caso de provocación concreto¹⁴⁸. Sin embargo, el jefe del Gobierno francés Villèle no era partidario de una intervención armada, como tampoco lo era el canciller austriaco Metternich, que se opuso inicialmente a la intervención francesa en España porque creía que no bastaba con la

¹⁴⁸ Montmorency declaró ante los ministros de las potencias: “Un foyer révolutionnaire, établi si près de lui [del gobierno francés], peut lancer sur son propre sol et sur toute l’Europe, de fatales étincelles et menacer le monde d’un embrasement nouveau. D’ailleurs, le Gouvernement Espagnol peut se déterminer brusquement à une agression formelle, dans laquelle il croisse trouver des moyens de prolonger son existence, et la présentant à l’opinion comme un glorieux effort de la liberté contre la tyrannie. La France doit donc prévoir comme possible, peut être comme probable, une guerre avec l’Espagne”, “Précis du Communication verbal faite par M. le V^{te} de Montmorency, dans la réunion confidentielle du M.M. les Ministres d’Autriche, de France, de la Grande Bretagne, de Prusse et de Russie”, 20 de octubre de 1822, en AMAEF, Mémoires et Documents, France, Vol. 723. Montmorency exageraba estratégicamente el peligro español, pero se nutría de una gran cantidad de informes que describían la política interna española como presa de los más exaltados ánimos revolucionarios. Véanse por ejemplo los informes enviados por los prefectos de los departamentos fronterizos en ANF, F⁷ 11981. Como muestra, el Prefecto de Basses Pyrénées escribía al ministro del Interior el 29 de noviembre de 1822 la siguiente advertencia: “Le 17 de ce mois il y a eu une fermentation général dans les clubs de Madrid : les propositions les plus fougueuses y ont été faites : celle qui paraît avoir réuni tous les esprits est atroce : on a décidé qu’une déclaration de guerre au nom de quelques puissances que ce fut deviendrait l’arrêt de mort des Serviles, et qu’ils périraient par le poignard ; qu’en même temps la nation se lèverait en masse, et se porterait sur nos frontières en déployant le drapeau tricolore”, ANF, F⁷ 11981, dossier 28, f. 645.

represión militar (especialmente si venía del exterior) para eliminar la revolución, y también porque tenía recelos de la posición de influencia que ganaría Francia. El zar Alejandro fue el que más influyó para que se llegara a la guerra, y llegó incluso a proponer que fuera un ejército ruso el que llevase a cabo la intervención. Su influencia en Prusia y Austria hizo que finalmente ambos países aceptasen la intervención. Mientras tanto, la delegación de Gran Bretaña —con Wellington a la cabeza y Canning ya como secretario del *Foreign Office* en sustitución de Castlereagh— abogaba por mantener la neutralidad y rechazó la intervención, en buena parte temerosa de que con la intervención francesa pasasen a su órbita las colonias españolas en América¹⁴⁹. A pesar de la oposición británica, las potencias continentales decidieron dar los primeros pasos para forzar la caída del régimen constitucional español a través de una presión de carácter diplomático. Sus embajadores en Madrid enviaron unas amenazantes notas al Gobierno español en las que se hacía una durísima crítica a su política. Tras la inflexible respuesta del Gobierno de San Miguel rechazando cualquier injerencia exterior en la política interna española —que levantó el júbilo entre los exaltados— se rompieron las relaciones diplomáticas. Las dimensiones internacionales de la intervención no escapaban a los liberales españoles. El ayuntamiento de Zaragoza denunciaba la estrategia de las notas diplomáticas como “ardides de la baja política para alarmar a los españoles incautos y reanimar el espíritu de los revolucionarios que turban el orden”. Las potencias tomaban esa “medida de precaución para que las naciones del norte no conciban contra sus déspotas proyecto alguno que pueda poner límites a su poder absoluto”¹⁵⁰.

En Francia, los ultras estaban convencidos de que la España liberal constituía una amenaza para el orden postrevolucionario de la Restauración, aunque la opinión pública no se mostraba unánime en el apoyo a la intervención. El enfrentamiento entre pro y anti-intervencionistas fue, según Jean-René Aymes, que emplea una expresión de Chateaubriand, una “guerra hablada, escrita y cantada”. Con el duque de Artois al frente y con la ayuda de una intensa labor propagandística —liderada por figuras respetables e influyentes como Chateaubriand— los partidarios de la intervención consiguieron finalmente imponerse a la opción contemporizadora de los realistas más

¹⁴⁹ Irby C. NICHOLS Jr, *The European Pentarchy and the Congress of Verona, 1822*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1971.

¹⁵⁰ *Diario Constitucional de Zaragoza*, nº 31, 31 de enero de 1821, citado por RÚJULA, *Constitución o muerte*, p. 191.

moderados como Villèle, y formar el ejército expedicionario dirigido por el duque de Angulema¹⁵¹.

Tras el discurso de Luis XVIII ante las cámaras, el 28 de enero de 1823, en el que aludía a los cien mil franceses dispuestos a marchar a España “invocando al Dios de San Luis para mantener el trono de España a un nieto de Enrique IV, preservar este hermoso reino de la ruina, y reconciliarlo con Europa”, parecía que la invasión era inevitable¹⁵². Sin embargo, varios intereses se oponían a la invasión, por diferentes motivos. Los banqueros e inversionistas que habían realizados préstamos al Gobierno español temían no recuperarlos en caso de que este cayera¹⁵³. Algunos militares de orientación liberal, como Foy y Sébastiani, se negaban a la invasión recordando el fracaso de la realizada por Napoleón, en la que muchos de ellos habían participado. Asimismo, algunos sectores del ejército recelaban de la influencia que las potencias europeas estaban adquiriendo en Francia y Villèle tuvo que asegurarles que la invasión se haría en exclusiva por tropas francesas. Otros opositores temían las consecuencias negativas que la guerra tendría para Francia, pese a su hostilidad hacia la constitución española. Algunos defensores de la monarquía moderada temían que las potencias de la Santa Alianza intervinieran contra el régimen de Carta Otorgada, posibilidad que pensaban que quedaría abierta si el grueso del ejército francés se trasladaba a España¹⁵⁴. También moderados como Talleyrand se mostraban contrarios a la intervención. Por último, un crecientemente influyente grupo de liberales apoyaba el constitucionalismo español por motivos ideológicos¹⁵⁵. El asunto se convirtió en la cuestión política más importante del momento, dividiendo a la sociedad francesa. Los enfrentamientos entre

¹⁵¹ Jean-René AYMES, “La opinión francesa hostil a la intervención de 1823”, en Gonzalo Butrón Prida y Alberto Ramos Santana (eds.), *Intervención exterior y crisis del Antiguo Régimen en España*, Huelva, 2000, pp. 217-237, cita en p. 218; Enrique MARTÍNEZ RUIZ, “La propaganda oficial francesa y los Cien Mil Hijos de San Luis”, en *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, nº 1, 1974, pp. 163-185.

¹⁵² “28 Janvier 1823. Discours du Roi à l’ouverture de la session de 1823”, en *Collection Complète des Lois, Décrets, Ordonnances, Réglements et avis du Conseil-d’État...par J. B. Duvergier*, París, Guyot et Scribe, tomo 24, p. 237.

¹⁵³ De 6 noviembre de 1820 a 18 julio de 1823 se contrataron seis empréstitos españoles. *Aperçu historique sur les emprunts contractés par l’Espagne de 1820 à 1834. Par X. T., ex-employé de la caisse royale d’amortissement d’Espagne*, París, Dépôt Central de la Librairie, 1834.

¹⁵⁴ Constant, firme opositor a la intervención en España, se preguntaba en julio de 1822 en la Cámara de diputados, censurando el establecimiento del cordón sanitario en los Pirineos: “On veut que nous attaquions l’Espagne; nos établissements sanitaires sont l’avant-garde de la coalition. La sainte-alliance, notre alliée dans cette agression injuste, demandera le passage par la France pour réunir ses troupes aux nôtres; et quand ses troupes seront en France, qui nous dit quand elles en sortiront? ... et que la sainte-alliance ne retiendra pas sur notre sol, sous le prétexte d’une agitation factice, les armées qu’elle y aura fait entrer pour les diriger contre l’Espagne?”, en *Discours de M. Benjamin Constant à la Chambre des Députés. Tome second*, p. 167.

¹⁵⁵ Rafael SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis y las relaciones franco-españolas*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1981; AYMES, “La opinión francesa hostil a la intervención de 1823”.

royalistes y *libéraux* tuvieron lugar en las tribunas públicas de la Cámara de los Diputados, en la prensa, en los cafés, en los cabarets y en las calles¹⁵⁶. El periódico liberal *Le Constitutionnel* se encontraba prácticamente solo en el rechazo a la intervención, mientras que la prensa que apoyaba la guerra era mayoritaria, como los ultrarrealistas *Étoile*, *Quotidienne*, y los más moderados *Drapeau Blanc* y *Gazette de France*¹⁵⁷. La prensa prointervencionista tendía a exagerar el radicalismo del Gobierno constitucional español, y se abonaba en ocasiones a las teorías conspirativas divulgadas por los pensadores de la contrarrevolución, hasta el punto de creer en la extensión de esa conspiración internacional al interior de Francia, de la que los liberales que rechazaban la guerra formaban parte. El clima político interno francés facilitaba esta interpretación.

Diputados como los generales Sébastiani y Foy, Etienne y sobre todo Jacques-Antoine Manuel, defendieron en la Cámara la no intervención. La polémica creada por el diputado liberal Manuel puso de relevancia la importancia que el asunto español había llegado a tener en Francia. Manuel se opuso firmemente a la intervención en la Cámara, haciendo alusiones indirectas al regicidio de Luis XVI, lo que provocó la ira de los realistas, que lo expulsaron de la Cámara en la sesión del 3 de marzo de 1823. 62 diputados liberales, con Jean Demarçay a la cabeza, se solidarizaron con Manuel, en una situación que consideraban que iba a conducir a “llevar a efecto en lo interior la contrarrevolución y de abrir nuestro territorio a la invasión extranjera” y abandonaron la Cámara por lo que quedaba de legislatura, dando vía libre a la aprobación de la financiación de la expedición militar¹⁵⁸. El *affaire Manuel* conmocionó a la opinión pública y recibió una gran cobertura en la prensa internacional¹⁵⁹. La cuestión española se convirtió en el asunto que polarizaba la discusión política francesa, contribuyendo a la fijación de grupos e identidades políticas¹⁶⁰.

¹⁵⁶ ANF, F⁷ 11981, f. 771. Informe semanal del prefecto del Ródano desde Lyon, 1 de febrero de 1823.

¹⁵⁷ AYMES, “La opinión francesa hostil a la intervención de 1823”, p. 226.

¹⁵⁸ Nota de protesta de 62 diputados, citada por SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, p. 32. Sánchez Mantero considera que de hecho el abandono de los diputados liberales facilitó la aprobación de la invasión por parte de las Cámaras y que el caso pronto se olvidó. Sin embargo, Manuel quedó en la memoria liberal como un símbolo de la lucha internacional por la libertad.

¹⁵⁹ Cuando murió en 1827, su amigo el poeta Béranger afirmó exageradamente que 150.000 personas asistieron a su funeral, que se convirtió en una manifestación liberal, y en el que personalidades como La Fayette, Lafitte y el mismo Béranger pronunciaron discursos en su honor; Sylvia NEELY, “Manuel”, en Edgar Leon Newman, *Historical Dictionary of France from the 1815 Restoration to the Second Empire*, Westport, Greenwood Press, p. 672; Avner BEN-AMOS, *Funerals, politics and memory in modern France, 1789-1996*, Oxford, Oxford University Press, 2000, p. 91.

¹⁶⁰ Según Dufour lo que estaba en juego con la invasión de España era la sucesión de Luis XVIII en el duque de Artois, tal y como querían los ultras, y que ocurrirá a su muerte en septiembre de 1824 con su ascensión al trono como Carlos X; DUFOUR, “El primer liberalismo español y Francia”, p. 136.

En realidad, a pesar de todas las voces en contra que se pudieron levantar contra la intervención, las ventajas que se podían obtener acabaron por imponerse entre las elites políticas. Los dirigentes franceses calcularon los réditos políticos y económicos de la intervención. Con la invasión se reforzaba internacionalmente la imagen francesa, asentando la presencia francesa en el concierto europeo, se podría recuperar la confianza en la monarquía borbónica de un ejército nostálgico de los éxitos militares napoleónicos, se eliminaría una amenaza de inestabilidad política en la frontera sur, se recuperaría la tradicional influencia sobre España en un momento de especial importancia por el cambiante contexto americano, y se reforzarían en beneficio propio las relaciones comerciales con uno de los socios principales de la economía francesa, que desde la instalación del régimen constitucional había sido desplazada progresivamente por el comercio británico. Asimismo, se aspiraba a reforzar el régimen de la carta otorgada a través de una exitosa campaña internacional, de manera similar a lo que ocurriría con la intervención en Argelia siete años después¹⁶¹.

Ante el fracaso de las vías legales tomadas por muchos liberales para impedir la intervención en España, algunos de los más radicales recurrieron a la conspiración. Tras las intentonas fracasadas que habían llevado a cabo durante los años anteriores, en buena parte inspiradas por el liberalismo español, confiaban en que una situación similar a la que había vivido el ejército de la Isla española pudiera reproducirse en la tropas que se preparaban para invadir España. La estrategia pasaba por intentar provocar una insurrección en las tropas francesas, en especial en las que se encontraban en la frontera española, a través de labores de propaganda y de agentes infiltrados. Una paranoia conspirativa se apoderó de la opinión y de las autoridades francesas. Según el barón de Barante, en las conjuraciones participaban figuras tan destacadas como Talleyrand, el mariscal Soult, los generales Sébastiani, Foy y Bellierd, los políticos Molé, Girardin y Dalberg y el banquero Laffite. Chateaubriand estaba convencido de que existía una “conspiración general”, que afectaba especialmente al ejército, donde circulaban panfletos que fomentaban la desertión. Algunos ultras consideraban incluso que agentes españoles incitaban a los liberales franceses a que recurrieran a estas conspiraciones y participaban en ellas, como el general Zorraquín, jefe de Estado Mayor

¹⁶¹ SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*; Gonzalo BUTRÓN PRIDA, *La ocupación francesa de España, 1823-1828*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1996.

de Espoz y Mina¹⁶². Según la policía, el banquero Lafitte financiaba al ejército de Mina y los españoles residentes en Francia colaboraban con los revolucionarios franceses¹⁶³. A Lafitte se le atribuían también contactos con el conde de Toreno y el marqués de Pontejos. En Perpiñán se sospechaba que existía una venta llamada el *Grand Temple du Soleil* que mantenía contactos con España¹⁶⁴.

Las autoridades locales francesas no dejaron de informar de la presencia de agentes revolucionarios españoles enviados por las Cortes desde mediados de 1822. En febrero de 1823, el alcalde de Burdeos aseguraba que una fuente de total confianza le había comunicado que seis agentes comisionados por las Cortes habían salido de Madrid en el verano de 1822 hacia Francia “con el único propósito de incitar disturbios y revueltas”. El que podía ser uno de ellos, un catalán llamado Juan Larea, había establecido en París un “partido al que había atraído a muchos de los principales constitucionales de esta capital”, y mantenía asimismo contactos con “publicistas constitucionales y agentes secretos” establecidos en ciudades de provincia. El mismo alcalde daba fe de que desde hacía cinco o seis meses “una cantidad considerable de españoles bien conocidos por tener los principios de las Cortes, abundan en las principales ciudades de Francia, y sobre todo en las de París, Toulouse y Bayona”¹⁶⁵. El prefecto del Ródano comunicaba que le llegaban continuos informes secretos sobre los medios de todo tipo que “los enemigos del Gobierno” empleaban para desmoralizar a las tropas, como señalarles que se iban a “hacer masacrar por una causa injusta”, o apelar a la solidaridad entre los pueblos que luchaban por una libertad común¹⁶⁶. Cuando en enero catorce batallones pasaron por el departamento del Aude hacia España la policía de Carcassonne encontró pintadas en la ciudad con las palabras “Viva Manuel”, escritas por la que parecía la misma mano que poco antes había escrito también en la puerta de un edificio público un “Viva Mina”¹⁶⁷.

Los franceses refugiados en España mantenían contactos con el ejército de observación en la frontera con el fin de sublevarlo. Estos hombres eran peligrosos solo en el sentido de que pudieran convencer a las tropas del ejército de Angulema para sublevarse. Esta era precisamente su táctica, que intentaron llevar a cabo sin éxito,

¹⁶² AYMES, “La opinión francesa hostil a la intervención de 1823”, p. 220; SÁNCHEZ MANTERO, *Las conspiraciones liberales en Francia*, p. 22.

¹⁶³ SÁNCHEZ MANTERO, *Las conspiraciones liberales en Francia*, p. 117.

¹⁶⁴ AYMES, “La opinión francesa hostil a la intervención de 1823”, p. 221.

¹⁶⁵ ANF, F⁷ 11981, f. 396. El alcalde de Burdeos al ministro del Interior, 25 de febrero de 1823.

¹⁶⁶ ANF, F⁷ 11981, f. 771. Informe semanal del prefecto del Ródano desde Lyon, 1 de febrero de 1823.

¹⁶⁷ ANF, F⁷ 11981, f. 350. Informe del prefecto al ministro del Interior, Carcassonne, 12 de marzo de 1823.

aunque los altos responsables franceses realmente temieron que esto pudiera llegar a suceder¹⁶⁸. En cualquier caso, los intentos de fomentar una deserción en masa entre las tropas invasoras fueron completamente fallidos, pues se trataba de un ejército descontento pero que deseaba en su mayor parte entrar en guerra para dejar la inactividad y procurarse ascensos. Entre las tropas francesas no había muchos soldados que hubieran luchado en los ejércitos imperiales, sino que la mayoría de ellos habían sido enrolados recientemente, muchos de ellos de manera voluntaria. Estas iniciativas eran obra de una minoría de conspiradores y la mayoría de las noticias no eran más que rumores que, a pesar de todo, alarmaron al Gobierno. Los rumores acerca de la presencia de agentes liberales españoles en Francia, o incluso de una inminente invasión, se extendieron por el país, hasta el punto de que las autoridades empezaron a tomar medidas para evitar su propagación. Por ejemplo, el prefecto de Landes prohibió que en su departamento se hablara “de cualquier manera de los asuntos de España”¹⁶⁹, y el subprefecto de Bayona propuso que, para evitar el paso de “gacetas españolas”, se dieran recompensas de 20 francos a los empleados de la aduana por cada objeto confiscado¹⁷⁰.

Los planes insurreccionales franceses pasaban también por acciones espectaculares que debían ser llevadas a cabo por aquellos que se habían visto obligados a exiliarse en España. El proyecto consistía en invadir Francia a través de la frontera española apelando simultáneamente a la memoria del Imperio —esperando despertar en la población y el ejército una reacción similar a la obtenida durante los Cien Días— y a las convicciones liberales y constitucionales extendidas entre la población francesa.

¹⁶⁸ Spitzer da una lista de ellos, que habían sido carbonarios o *Chevaliers de la Liberté*, con datos tomados de noticias de los periódicos y correspondencia oficial: Caron, Grandmesnil, Pombas, Cossin, Gauchais, Chauvert, Coudert, Matthieu, Tessier de la Motte, Heureux, Raymond, Delhaye, Gamelon, Dupuy, Chappey, Moreau, Rivereau, Saunion, Delon, Baudet, Dufresne, Malecot, Nonet, Fouré, Brue, Degeorge, Carrel, Desbordes, Spinola; SÁNCHEZ MANTERO, *Las conspiraciones liberales en Francia*, pp. 209-228.

¹⁶⁹ ANF, F⁷ 11981, f. 409, junio de 1823. “Circulaire qu’il aurait adressée, dans toutes les Communes de son département, pour défendre aux habitants de parler, d’une manière quelconque, des affaires d’Espagne”; El director de la Policía al ministro de Finanzas, junio de 1823; ANF, F⁷ 11981, f. 411, “Invitation de surveiller et poursuivre avec rigueur les Colporteurs de nouvelles alarmantes” el prefecto de las Landas a los subprefectos, alcaldes y comisarios de policía, Mont-de-Marsan, 28 de abril de 1823. Con esta circular el prefecto quería evitar la propagación de rumores desmoralizadores como “l’occupation de quelques provinces par des armées étrangères, de nouveaux appels sur les classes des jeunes gens libérés par la loi, des bruits de défection dans l’armée d’Espagne, etc”, propagados por los “agens de la faction révolutionnaire”.

¹⁷⁰ ANF, F⁷ 6642, f. 679. El prefecto de Bajos Pirineos al ministro del Interior. 22 de marzo de 1823. La medida tuvo su origen en el arresto el 20 de marzo de un español llamado Esquerra que había sido detenido intentando pasar a Francia periódicos españoles, lo que constituía una “preuve nouvelle de l’intelligence que existe entre les libéraux des deux royaumes”.

Napoleón había muerto muy poco antes, en mayo de 1821, rodeado de un aura liberal, y resultaba fácil y eficaz invocar su memoria. Las noticias acerca de este proyecto llegaron al Gobierno francés a través de todo tipo de canales, y el ministro del Interior lo juzgaba tan posible que informó en julio de 1822 de ello a los prefectos de los departamentos meridionales para que estuvieran alerta¹⁷¹.

Entre los rumores que circulaban también estaban aquellos que subrayaban la colaboración de los liberales españoles con los refugiados franceses, como el que le había llegado al prefecto del Ródano en febrero de 1823. En este caso se trataba de la posibilidad de que, en caso de que se llevara a cabo la invasión de España, Espoz y Mina respondería con un ataque sobre Francia empleando para ello a ocho compañías formadas por “refugiados y desertores franceses, vestidos como la antigua Guardia” que blandirían “la bandera tricolor”. Una vez establecidos en territorio francés, formarían un Gobierno provisional en las montañas de las Cevenas. Aunque el prefecto consideraba esta noticia absurda, aseguraba que era aceptada por buena parte de la población, que creía que los habitantes de esa región “estarían en general dispuestos a secundar los movimientos de los revolucionarios”¹⁷².

Las noticias sobre los planes de los *transfuges* siguieron llegando en los meses siguientes. El prefecto de los Bajos Pirineos había enviado a principios de 1823 un espía a vigilar a los refugiados franceses instalados en el País Vasco. Este agente informaba en un informe que envió desde Bilbao el 17 de marzo del proyecto de los tráfugas de atravesar la frontera provistos de simbología revolucionaria e imperial. Se trataba de un grupo de unos doscientos hombres instalados en Olabeaga, en las cercanías de Bilbao, dirigidos por el coronel napoleónico Legran (nombre bajo el cual se ocultaba Caron), y en el que también figuraban los capitanes Moreau, Pombas y Delon —que habían participado en la conspiración de Saumur dirigida por el general Berton— De la Mothe, el ingeniero militar capitán Nantil —protagonista del complot del 19 de agosto de 1820, conocido como la conspiración del Bazar— encargado de la fortificaciones de la plaza, y civiles como el exdirector de correos L’Heureux. Se disponían a unirse en Tolosa (Guipúzcoa) a un grupo de franceses e italianos comandados por el general Lallemand que se decía que venía de Madrid. Junto al regimiento de españoles de Ávila y de otros

¹⁷¹ ANF, F⁷ 11981, f. 426. El prefecto de Landes al ministro del Interior, 17 de julio de 1822. La información era la siguiente : “un projet qui paraissait être formé de l’autre côté des Pyrénées d’y former une bande qui entrerait en France aux cris de Vive Napoléon II, et se rallierait à des militaires du cordon, que l’on cherche à séduire”.

¹⁷² ANF, F⁷ 11981, f. 771; Informe semanal del prefecto del Ródano desde Lyon, 1 de febrero de 1823.

italianos “de la conspiración de Nápoles” planeaban dirigirse hacia la frontera. Llevaban dos mil escarapelas y ocho “banderas tricolores con su águila” con las que se disponían, en palabras del espía, a sacar a las tropas francesas de su “sueño letárgico” y “transportarlas a las llanuras de Marengo, de Austerlitz y de Wagram”. Esperaban apelar tanto a sus sentimientos patrióticos —“honor y Patria”— como a sus convicciones políticas —“Constitución y Napoleón II”. El agente —que simpatizaba y admiraba a sus vigilados— aseguraba que su proyecto tenía grandes opciones de triunfo porque “Francia y la mayor parte del ejército (...) son liberales” y el país “ha visto con indignación las ultrajes hechos a la libertad en la persona de Mr. Manuel”¹⁷³.

Por otra parte, en marzo salieron desde París varios oficiales con destino a las costas del suroeste francés, desde donde planeaban embarcarse para España, pero fueron detenidos por las autoridades antes de que pudieran llegar a su destino¹⁷⁴. El Gobierno francés respondió reforzando los controles en las fronteras y alertando a las autoridades militares para que tomaran las medidas necesarias para repeler estas tentativas¹⁷⁵. La policía estaba convencida de que estas actividades eran dirigidas desde París¹⁷⁶.

Por su parte, los simpatizantes británicos del constitucionalismo español estaban muy decepcionados por la política que llevaba el gabinete *tory*. La política oficial de no intervención entroncaba con el interés del Gobierno en que la situación en España y sus posesiones americanas no se modificara a favor de otro poder extranjero, especialmente Francia. Al principio, presionado por la opinión pública, amagó con la posibilidad de una intervención si Francia invadía España, pero cuando llegó a un acuerdo con Francia por el que esta se comprometía a no mantener una prolongada ocupación de España, a respetar Portugal y a no apropiarse de los territorios americanos españoles, aceptó la intervención. Desde luego, la opinión pública británica estaba del lado de los liberales españoles. La revista *The News* aseguró en diciembre de 1822 que “en toda nuestra experiencia política nunca hemos visto una opinión pública tan generalizadamente fijada en un bando, como ocurre en este país en este momento a favor de España”¹⁷⁷. En

¹⁷³ ANF, F⁷ 6642, f. 676, 677.

¹⁷⁴ ANF, F⁷ 6665, Memorandum *Le parti révolutionnaire en France*.

¹⁷⁵ ANF, F⁷ 11981, f. 185. Ministro de la Guerra al ministro del Interior, París 23 de marzo de 1823.

¹⁷⁶ ANF, F⁷ 6665, Memorandum *Le Parti révolutionnaire en France*. También ANF, F⁷ 6642.

¹⁷⁷ Citado por COSORES, “England and the Spanish Revolution of 1820-1823”, p. 96. Cosores (pp. 101-117) analiza en profundidad el tratamiento dado por *The Times*, el periódico más importante del momento y de tendencia moderada, de los asuntos españoles, mostrando su apoyo al gobierno constitucional y su dura crítica de la política del gobierno británico al respecto. Además del *Times*, otros periódicos más cercanos a *whigsy* radicales, como *The Morning Chronicle* o *The Black Dwarf* también apoyaban la causa española.

la mayoría de los casos, el conocimiento de la situación real española era lo suficientemente escaso como para que predominara una imagen heroica de los liberales españoles. Incluso el entusiasmo por el liberalismo español de alguien tan bien informado como John Cartwright era, según su biógrafo, “tan intenso como su conocimiento de la historia y las tradiciones españolas limitado”¹⁷⁸.

Pero con el envío a España del nuevo embajador A’Court —que había sido muy criticado por su actuación mientras fue representante en Nápoles hasta el punto de que *The Times* lo consideraba un agente de la Santa Alianza— el Gobierno británico confirmaba que no estaba dispuesto a prestar ayuda al constitucionalismo español. De hecho, A’Court llevó a cabo una actividad destinada a erosionar al Gobierno constitucional¹⁷⁹.

Sin embargo, influyentes miembros de la oposición consideraban que con esta política el Gobierno traicionaba no solo la alegada tradición británica de protección de la libertad, sino también los propios intereses geoestratégicos del país, dejando que la Europa continental cayera progresivamente bajo el poder de las potencias reaccionarias, como había ocurrido en Nápoles y Piamonte, y como podía pasar en España y Portugal. Como respuesta a esta inacción oficial, se impulsaron iniciativas privadas destinadas a socorrer las causas de estas naciones, y en especial España. Los simpatizantes del constitucionalismo español, radicales y algunos *whigs*, eran una minoría en el Parlamento. Según Nadiezdha Cosores obtenían unos 30 votos en sus mociones en la Cámara de los Comunes. Pero entre ellos había influyentes personalidades como Wilson, Henry Brougham¹⁸⁰, Sir James Mackintosh, Lord Nugent, el coronel Palmer, John Hobhouse¹⁸¹, Sir Francis Burdett¹⁸², J. Macdonald o Lord Folkstone. En la Cámara

¹⁷⁸ John W. OSBORNE, *John Cartwright*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972, p. 134.

¹⁷⁹ COSORES, “England and the Spanish Revolution of 1820-1823”, p. 58, 63; GUERRERO, “Política británica hacia España”, p. 236.

¹⁸⁰ Henry Brougham (1778-1869), educado en Edimburgo, fue cofundador de la *Edinburgh Review* y diputado *whig* desde 1810. Como abogado defendió a la reina Carolina en su juicio en 1820. Desarrolló una intensa vida política y social, fundando la *Society for the Diffusion of Useful Knowledge* en 1825, y cofundando la Universidad de Londres en 1828. Fue diputado por Yorkshire desde 1830, año en que aceptó convertirse en *Lord Chancellor* y el título de barón; Jonathan PARRY, *The Rise and Fall of Liberal Government in Victorian Britain*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1993, p. 320.

¹⁸¹ John Cam Hobhouse (1786-1869), hijo de un diputado independiente y educado en Westminster y en Cambridge, donde se hizo amigo íntimo de Byron, destacó como uno de los políticos británicos más comprometidos con la independencia griega y el liberalismo mediterráneo. Hobhouse desarrolló una importante carrera política, que comenzó en estos años: fue diputado por Westminster entre 1820-1833, por Nottingham entre 1834-1847 y Harwich entre 1848-1851. Llegaría a ejercer diversos cargos de importancia en el Gabinete, como secretario de Guerra entre 1832-1833, o secretario para Irlanda en 1833. Entró de nuevo en el Gobierno como *First Commissioner of Woods and Forests* en 1834, y fue *President of the Board of Control* entre 1835 y 1841 y nuevamente entre 1846 y 1852. En 1851 fue nombrado barón Broughton; PARRY, *The Rise and Fall of Liberal Government*, p. 326.

de los Lores destacaban Lord Holland, King, Grey¹⁸³ y Ellenborough. Realizaron numerosas y durísimas intervenciones, en las que acusaron al Gobierno de llevar a cabo una política hipócrita que traicionaba la causa de la libertad y los intereses británicos. Denunciaron la política de no-intervención como una falacia, pues el Gobierno no había sido neutral como aseguraba, sino que con sus acciones había permitido la invasión francesa y favorecido los intereses de la Santa Alianza, que era “una confederación de tiranos” según Macdonald. Todo el continente dependía del resultado de la guerra de España, que el Gobierno británico estaba abandonando: “Esta tremenda lucha iba a decidir si Europa se convertía o no en un gran despotismo militar”¹⁸⁴.

Uno de los temas principales de discusión parlamentaria fue la *Foreign Enlistment Act*, que impedía que súbditos británicos se alistaran en fuerzas armadas extranjeras. Los diputados radicales intentaron que se revocara, porque entendían que significaba el abandono de la causa liberal en el continente. En su intervención en la Cámara de los Comunes, Hobhouse consideraba que su anulación era “un paso absolutamente necesario para el bienestar de este país, y para la independencia de las naciones del continente [y] estaba convencido de la absoluta necesidad de la derogación de la *Foreign Enlistment bill*, la *Alien bill*, y todas aquellas otras medidas que tendían a conectar este país con esa liga impía que, bajo el nombre de la Santa Alianza, se había formado contra la felicidad de la humanidad”¹⁸⁵. Pero desde el Gobierno, George Canning desestimó la cuestión afirmando que “la prudencia prohíbe, en este momento, cualquier discusión sobre el asunto”. La moción fue rechazada por 216 votos contra 110¹⁸⁶.

Algunos decidieron pasar a la acción, denunciar la postura del Gobierno e incluso ir más allá. El diputado Robert Wilson, que había participado en la *Peninsular*

¹⁸² Francis Burdett (1770-1844), educado en Westminster y en Oxford, y casado con una hija del rico banquero Thomas Coutts. Había sido un diputado radical desde 1796, enfrentándose intensamente con Pitt por su política bélica y por su recorte de libertades. Desde 1807 a 1837 fue diputado por Westminster, y defendió numerosas iniciativas reformistas, entre ellas el sufragio universal, parlamentos anuales, o la emancipación de los católicos. Fue encarcelado en dos ocasiones por motivos políticos, una de ellas por sus críticas a la acción del Gobierno tras la masacre de Peterloo. Sin embargo, tras la Reforma de 1832 y especialmente a partir de 1837 moderó sus posiciones políticas y se acercó a los conservadores, como diputado por North Wiltshire hasta su muerte en 1844; PARRY, *The Rise and Fall of Liberal Government*, p. 320.

¹⁸³ Conde Grey (1765-1845), educado en Eton y Cambridge, diputado por Northumberland desde 1786 hasta 1807 cuando heredó su título, fue *First Lord of the Admiralty* en 1806 y secretario de Exteriores entre 1806-1807. Se le consideraba líder de los *whigs* aunque no frecuentaba Westminster. Fue primer ministro entre 1830 y 1834; bajo su gobierno se llevaron a cabo las reformas electorales; PARRY, *The Rise and Fall of Liberal Government*, p. 325.

¹⁸⁴ COSORES, “England and the Spanish Revolution of 1820-1823”, pp. 72, 75.

¹⁸⁵ Debate Parlamentario, *Hansard: House of Commons*, 24 de febrero de 1823, vol. 8 c. 239.

¹⁸⁶ *Hansard: House of Commons*, 24 de febrero de 1823, vol. 8 c. 241.

War al frente de una *Loyal Lusitanian Legion*, pensaba volver a repetir la victoria aliada frente a los invasores franceses, y se trasladó junto a algunos voluntarios más a la Península. Lo mismo hizo Lord Nugent, que consiguió sacar de Cádiz a muchos liberales cuando la ciudad cayó. En diciembre de 1822, Wilson estaba convencido de la necesidad de asegurar los regímenes constitucionales peninsulares para obtener la estabilidad en Europa: “La pacificación real es imposible hasta que sistemas de representación, análogos en espíritu aunque no en forma con los de la Península, se establezcan de manera general en toda Europa”¹⁸⁷. En una carta publicada en el periódico radical *The Black Dwarf*, Wilson justificaba ante sus electores su intención de ir a combatir a España con el argumento de que la causa española no solo “puede afectar al valiente pueblo de ese país, sino a vuestras propias libertades e intereses”. Su alegato continuaba en un característico tono grandilocuente: “La batalla por el derecho de las naciones a cambiar o mejorar sus Gobiernos se inicia en el suelo español”. El mensaje terminaba con una nueva justificación acompañada de una crítica al Gobierno británico: “Puede que actúe en oposición a la política provisional adoptada por el Gobierno, pero estoy seguro de que no me engaño cuando digo que voy a ser el representante de los sentimientos y los deseos de mis electores y compatriotas”¹⁸⁸. Poco después, se trasladó a España, donde pensaba ponerse al frente de los voluntarios británicos que lucharían frente a la invasión francesa.

Otros miembros del ala más radical del partido *whig*, como Hobhouse o John George Lambton y Joseph Hume, formaron un primer comité de apoyo a los liberales españoles en Londres, que organizó una suscripción a su favor. La suscripción tuvo éxito, y gracias a ella se compraron armas y equipamiento que fue enviado a Wilson cuando este ya estaba en España. Otro miembro del comité, el Coronel John Grant, se encargó del reclutamiento de combatientes para ir a luchar a España, y aunque algunos individuos —entre ellos soldados alemanes y suecos— se alistaron, nunca llegaría a formarse el ejército al que Wilson aspiraba¹⁸⁹.

Los liberales españoles se fueron dando cuenta de que la amenaza de guerra e invasión se encontraba cercana, aunque muchos en España siguieron confiando en que

¹⁸⁷ BL, MSS 30132, f. 114.

¹⁸⁸ *The Black Dwarf*, n° 19, “To the electors of the borough of Southwark, April 22, 1823”. A lo largo de los meses siguientes, Wilson continuaría atribuyéndose la representación del pueblo británico, queriendo dar la impresión de que todo él compartía sus sentimientos hacia la causa liberal peninsular.

¹⁸⁹ Christiana BRENNECKE, “Internacionalismo liberal, romanticismo y sed de aventuras. La oposición inglesa y la causa de España en los años veinte del s. XIX”, en *Según Congrés Recerques. Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*, vol. 1, Lleida, Associació Recerques, Pagès, 2002, pp.459-474.

Gran Bretaña se opondría a la intervención y en que los liberales franceses conseguirían impedir la invasión¹⁹⁰. El ejército comenzó a prepararse para el conflicto, y se empezaron a organizar levadas de quintos, lo que tuvo efectos contraproducentes, pues muchos de ellos se pasaron a las partidas contrarrevolucionarias para evitar el reclutamiento. El 18 de febrero se publicó un Decreto de amnistía que afectaba a todos los insurrectos, incluidos los jefes de las partidas, con el objeto de desmovilizar el apoyo que los franceses podrían obtener por su parte¹⁹¹.

Finalmente, en abril de 1823 se produjo la invasión francesa de España. El número de tropas que participaron en la invasión de España fue algo menor de cien mil, un número importante que representaba casi la mitad del total de los ejércitos franceses¹⁹². Gran parte de los oficiales había pertenecido a los ejércitos imperiales, y tenían por tanto una amplia experiencia y formación. Además de la posibilidad de obtener rápidos ascensos, el alto mando ofreció importantes incentivos económicos a los oficiales que participaran en la guerra, con unos sueldos que casi doblaban a los de otros cuerpos. Entre las fuerzas invasoras francesas figuraban también tropas realistas españolas, como la división a cargo de O'Donnell, conde de España. En total, entre regulares e irregulares, unos 12.000 españoles acompañaron al ejército francés.

Las autoridades militares francesas intentaron causar el menor daño posible a los habitantes españoles para no obtener su enemistad, a la luz de la experiencia de la anterior campaña napoleónica. Se observó una alta disciplina entre las tropas, se pagaron a precios de mercado los productos obtenidos en el terreno y no se realizaron confiscaciones, lo que permitió obtener en buena parte la colaboración de la población. Pero el poco tiempo disponible para poner en marcha un ejército tan amplio originó no pocos problemas de intendencia y organización, y las intenciones de realizar una campaña ejemplar no impidieron que se dieran casos de corrupción. El ejemplo más flagrante y significativo fue el protagonizado por el financiero Gabriel Ouvrard, que aprovechando la información que obtuvo de realistas españoles exiliados en Francia

¹⁹⁰ El exiliado italiano Pecchio aseguraba que los masones “confiaban en la mediación de Inglaterra y en la influencia de los liberales franceses, y aún esperaban evitar la guerra”, citado por COSORES, “England and the Spanish Revolution of 1820-1823”, p. 62. El prefecto de las Landas afirmaba que le llegaban noticias de Madrid afirmando que “los constitucionales no cesan de decir que son amigos de los franceses, que seguramente no vendrán a España, y que si vienen harán causa común con ellos, porque entre los franceses hay mucho liberalismo, que el liberal tiene honor y no vendrá a España para destruir la libertad y restablecer la inquisición”, ANF, F⁷ 11981, f. 420, el prefecto de las Landas al ministro del Interior, 12 de marzo de 1823.

¹⁹¹ RÚJULA, *Constitución o muerte*, p. 194.

¹⁹² SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, pp. 38 y 51, cifra en 95.062 el ejército de España de un total de 268.317.

acerca de los recursos de la Península pudo ofrecer sus servicios para obtener el contrato de abastecimiento de las tropas francesas. Su labor estuvo repleta de irregularidades que le permitieron obtener elevados beneficios, pero finalmente tuvo que rendir cuentas de su gestión ante las protestas de la Cámara, y fue encarcelado. El escándalo de su gestión fue utilizado por la oposición liberal contra el Gobierno de Villèle¹⁹³.

Al general Guillemín, segundo al mando del ejército invasor y veterano del ejército napoleónico, se le acusó de estar envuelto en la conspiración para levantar al ejército. El 21 de marzo de 1823 se interceptó una diligencia con banderas tricolores y otra simbología napoleónica junto con correspondencia de los trófugos con París, que parecía dirigida al ayudante de campo de Guillemín, Lostende. Los ultras acusaron a Guillemín de complicidad con los revolucionarios refugiados en España. Lostende fue arrestado y Guillemín apartado del servicio, aunque el duque de Angulema lo reincorporó, disculpándole de toda participación en actividades conspirativas y conservándolo en su puesto, que mantendría fielmente durante toda la campaña española¹⁹⁴.

Por su parte, la fuerza armada española contaba en total con unos 130.000 hombres, contando los cuatro ejércitos y los estacionados en las plazas fuertes¹⁹⁵. La resistencia de las plazas fuertes fue más intensa y duradera que la de los ejércitos desplegados por el territorio, que opusieron, excepto en Cataluña y Andalucía, una resistencia limitada, y que en varias ocasiones se rindieron sin luchar o, directamente se pasaron al enemigo. Este fue el caso del general La Bisbal, que rindió Madrid sin presentar combate, una vez que las Cortes se habían trasladado a Sevilla, y se pasó al enemigo. En el sur los generales Ballesteros y Riego ofrecieron mayor resistencia, aunque el primero no tardó en rendirse. Riego no lo hizo hasta que fue hecho prisionero. En Cataluña, el ejército a mando de Espoz y Mina y con comprometidos liberales como Torrijos y Milans y que contaba con una legión extranjera formada sobre todo por italianos, fue el que más resistencia ofreció a las tropas francesas. Cataluña fue la última

¹⁹³ SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, pp. 45-54. Véanse por ejemplo las intervenciones de Constant en la Cámara de los Diputados: “Sur les frais de la guerre d’Espagne”, 21 de abril de 1826; “Sur les dépenses de la guerre d’Espagne”, 24 de abril de 1826; “Sur la même question”, 27 de abril de 1826, en *Discours de M. Benjamin Constant à la Chambre des Députés. Tome second*, pp. 400-432.

¹⁹⁴ Es posible que fuera la propia policía francesa la que colocara esos materiales para desacreditar al ex-bonapartista Guillemín; SPITZER, *Old Hatreds*, p. 199.

¹⁹⁵ SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, p. 61. FONTANA, *De en medio del tiempo*, p. 39, considera que el ejército contaba con 50.000 hombres, sin contar los apostados en las fortificaciones.

región en capitular. En general los ejércitos españoles no fueron capaces en ningún momento de contener el avance francés a excepción de unas pocas ciudades fortificadas, debido a la falta de organización, la desmoralización de las tropas y el escaso apoyo que encontraron entre la población, especialmente la rural.

La primera incursión del ejército francés en España el 7 de abril de 1823 encontró oposición en forma de un grupo de unos 150 hombres, franceses y piamonteses refugiados en España que, enarbolando una bandera tricolor y con el uniforme de la Guardia imperial napoleónica, se enfrentaron a las tropas invasoras en el río Bidasoa. Con el coronel Fabvier y el jefe de batallón Caron a la cabeza intentaron poner a las tropas francesas de su parte cantando la *Marsellesa* y gritando “¡Viva la artillería! ¡Viva el Emperador!”, pero fueron dispersados a la orden de fuego del general Vallin, quedando una docena de ellos muertos o heridos y la entrada a España franqueada¹⁹⁶.

Días después, la prensa francesa informó del episodio y publicó las dos proclamas redactadas por los trófugas. La primera, llamada “Proclama dirigida al ejército francés”, había sido redactada en el “Gran Cuartel General de los hombres libres, en los Montes Pirineos”. En ella se animaba a los soldados franceses a “adherirse a la causa majestuosa de los pueblos contra un puñado de opresores, a abandonar su bandera por la bandera tricolor y a gritar ¡Viva la libertad! ¡Viva Napoleón III! ¡Vivan los valientes!”. La segunda proclama, titulada “Manifiesto a la nación francesa”, de un carácter definitivamente bonapartista, decía: “Los franceses y hombres libres infraescritos, reunidos en la cumbre del Pirineo y sobre el suelo francés, componentes del consejo de Regencia de Napoleón III, protestamos contra la legitimidad de Luis XVIII y contra todos los actos de su gobierno atentatorios a la libertad e independencia de la nación francesa. En consecuencia, declaramos antinacional cualquier atentado emanante de Luis XVIII o de su gobierno contra la independencia de la nación española”¹⁹⁷.

Tras la derrota del Bidasoa, los franceses se trasladaron a Galicia, donde combatieron contra las tropas invasoras, destacando en la defensa de La Coruña y, tras ser de nuevo derrotados lucharon en Llers (Gerona). El primero de abril de 1823, tras

¹⁹⁶ SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, p. 59; SPITZER, *Old Hatreds*, p. 200. ANF, F⁷ 11981 ff. 183-184 ; carta del Conde Guilleminot sobre la acción del Bidasoa, *Au quartier général à St Jean de Luz, le 7 avril 1823, a 3 h. ½ du matin*.

¹⁹⁷ AYMES, “La opinión francesa hostil a la intervención de 1823”, p. 222. Las proclamas, reproducidas y traducidas por Aymes, fueron publicadas tanto por la prensa liberal como la ultra y moderada: *Moniteur*, *Constitutionnel*, *Gazette de France*, *Journal de Paris*, todos del 17 de abril de 1823.

haber finalizado Espoz y Mina la campaña en Cataluña, se habían suprimido el *Batallón de emigrados italianos*, pero veinte días después, a petición de unos refugiados franceses, las Cortes, que se encontraban en Sevilla, discutieron la formación de una Legión Liberal Extranjera. Por el Decreto del 30 de abril de 1823, firmado por su presidente Manuel Flores Calderón, las Cortes autorizaron la formación de una Legión Liberal Extranjera en cada uno de los ejércitos de operaciones. Sin embargo, el decreto no se difundió hasta el 16 de mayo, y parece que solo hubo legiones en aquellos lugares en los que ya había combatientes refugiados¹⁹⁸.

Entre los exiliados que combatieron junto a los constitucionalistas españoles, destacó un gran número de veteranos de las guerras del Imperio, como muestra el estado mayor de la llamada *compañía sagrada* (compuesta por 170 franceses) de abril de 1823, en el que figuraban muchos de ellos: coronel Montserrat, capitán Persat, teniente coronel Aguerri, teniente Pégulu, capitán Vistoo, teniente Delore y teniente Guyès. Pero otros nunca habían luchado en las tropas imperiales, pues había una alta proporción de jóvenes de la generación de 1820 (según la terminología de Spitzer), en su mayoría estudiantes republicanos como Marchais, Arthaud, Barthe o el posteriormente célebre Armand Carrel, implicado en la conspiración de Belfort¹⁹⁹.

En la primavera de 1823 había bajo las órdenes de Olini unos 60 italianos en las tropas de infantería y 20 en caballería, y otros 200 estaban con Pacchiarotti. Fueron la tropa de choque en varios combates —como el de Llers el 15 y 16 de septiembre, uno de los últimos lugares de resistencia constitucional de toda España— en los que sufrieron bajas muy altas y muchos oficiales murieron, entre ellos el propio Pacchiarotti. En términos generales, la mortalidad de los voluntarios exiliados fue muy alta: un 48,5% entre los franceses y un 46,6% entre los italianos²⁰⁰. A pesar del gran valor demostrado sobre el campo de batalla, la importancia de los extranjeros fue escasa en términos generales, y tácticamente se mostraron más temerarios que la mayoría de

¹⁹⁸ *Diario de las Sesiones de Cortes celebradas en Sevilla y Cádiz en 1823*, Madrid, Imprenta Nacional, 1858, 30 de abril de 1823, p. 39; MORÁN ORTÍ, “La cuestión de los refugiados extranjeros”, pp. 1011-1012; estudio preliminar de Rafael SÁNCHEZ MANTERO a *Las Cortes en Sevilla en 1823*, Sevilla, Parlamento de Andalucía, 1986, pp. 7-27.

¹⁹⁹ BRUYÈRE-OSTELLS, *La grande armée de la liberté*, pp. 85-86. Muchos de los grados de los militares no eran los correctos, sino que portaban una graduación mayor de la que les correspondía, como ocurría con Laffanour, que en realidad era subteniente y no capitán como presumía. Alan SPITZER, *The French Generation of 1820*, Princeton, Princeton University Press, 1987. Sobre el batallón francés y la legión liberal extranjera en abril de 1823, ANF, F⁷ 6665.

²⁰⁰ BRUYÈRE-OSTELLS, *La grande armée de la liberté*, p. 87.

los cuerpos españoles que tomaron decisiones de combate más prudentes, que algunos refugiados llegaron a criticar²⁰¹.

La invasión francesa agravó las diferencias y enfrentamientos existentes en el campo liberal español, acrecentadas por la actitud obstruccionista de Fernando VII, que además de conspirar contra el régimen y obstaculizar sus acciones, nombró gobiernos que incidían en la división liberal, al enfrentar a masones y moderados con comuneros y exaltados. En abril, huyendo del avance de las tropas francesas, las Cortes y el Gobierno se trasladaron a Sevilla, acompañadas de un Fernando VII reacio al traslado. Tras dos meses en Sevilla, en los que las Cortes trataron temas tan importantes como la organización de la defensa nacional —incluida la creación de la legión liberal extranjera—, la emisión de un empréstito por 200 millones de reales o la sanción real del polémico decreto de supresión de señoríos, en junio el Gobierno consideró necesario refugiarse en Cádiz. Se produjo entonces un acontecimiento inédito. Ante una nueva maniobra obstruccionista de Fernando VII, que se negaba a abandonar Sevilla, una comisión de las Cortes con Alcalá Galiano al frente tomó la inaudita decisión de deponer temporalmente al rey al considerarlo en “estado de imposibilidad moral”, contingencia establecida en la constitución. Inmediatamente se nombró una Regencia “que resum[ier]a las facultades del Poder ejecutivo, sólo para el objeto de llevar a efecto la traslación de la persona de S. M., de su Real Familia y de las Cortes”. Esta Regencia estuvo al frente del ejecutivo hasta que una vez en Cádiz se devolvió a Fernando VII a sus funciones. La división entre los que veían estas acciones de las Cortes como revolucionarias y sacrílegas, y aquellos que desde posiciones cercanas al republicanismo consideraban que el Rey era un traidor al que había que deponer, se iban acrecentando. Nada más salir las Cortes hacia Cádiz, se produjo en Sevilla una insurrección realista, al tiempo que el odio acumulado en ciertos sectores exaltados populares hacia Fernando VII llegó hasta tal punto que durante el viaje a Cádiz se pudieron escuchar amenazas de muerte contra los “tiranos Borbones”, que atemorizaron a una familia real convencida de que existía un plan para asesinar al rey²⁰².

²⁰¹ Pero también hubo militares extranjeros que se mostraron cautos, como Vaudoncourt, que no participó en ningún combate contra los invasores franceses, retirándose a Alicante y a Gibraltar para pasar luego a Inglaterra; BRUYÈRE-OSTELLS, *La grande armée de la liberté*, p. 97

²⁰² M^a del Carmen FERNÁNDEZ ALBÉNDIZ, “Sevilla 1823: el exilio real”, en Butrón Prida y Ramos Santana (eds.), *Intervención exterior y crisis del Antiguo Régimen*, pp. 255-264, que sigue la narración de Alcalá Galiano, de donde están tomadas las citas. El artículo 187 de la constitución establecía que el reino sería gobernado por una regencia “cuando el Rey se halle imposibilitado de ejercer su autoridad por cualquiera causa física o moral”.

Como ya se ha indicado, el británico Robert Wilson había salido de Gran Bretaña para apoyar militarmente a los liberales españoles, aunque no sería el único, ya que el 28 de abril de 1823 desembarcó en Vigo un barco inglés que traía al mayor Bristow, “con pliegos del Exmo. Sr. D. Juan Jabat, enviado extraordinario de S. M. Católica cerca de S. M. Británica para el Gobierno Español, a fin de poder acordar con éste la venida a Vigo o Coruña, de diez mil voluntarios Ingleses vestidos y armados de su cuenta”. A Bristow le acompañaban “un oficial Polaco y otro Alemán, que vienen a servir en el Ejército Español”²⁰³. A su llegada a Vigo el primero de mayo, Wilson se mostraba entusiasmado: “Nuestra recepción ha sido la más gratificante que los ingleses han recibido nunca en cualquier país y nuestra presencia [aquí] está haciendo todo el bien que esperaba”. Su optimismo le llevaba a creer que 5.000 voluntarios británicos iban a llegar pronto, con los que “no salvaremos solo Galicia y Asturias (...) sino que acabaremos la guerra española al sur del Ebro”²⁰⁴. Las autoridades españolas animaron a los liberales con la esperanza de la llegada de ayuda exterior. A España nunca llegaron las numerosas tropas que Wilson esperaba, solo unos cuantos voluntarios de varias nacionalidades²⁰⁵.

El cuatro de mayo, Wilson y sus compañeros se alistaron en la Milicia Nacional de Vigo. Wilson pronunció un discurso en el que mostraba tanto su compromiso con la causa constitucional española –cuya continuidad consideraba clave para la permanencia de la “civilización”— como su decepción con los poderes europeos, especialmente la propia Gran Bretaña:

“Ha llegado el momento en que debo prestar el juramento al Rey constitucional de España, a su Gobierno, y a la Nación Española, durante la guerra que ésta tenga que sostener contra el Gobierno francés, no contra la Nación Francesa, en defensa de su independencia, y de los derechos de todos los hombres libres. Por eso he dejado mi país y los objetos de mi mayor cariño, y he suspendido mis deberes como Diputado del Parlamento Británico. Yo, y mis compañeros, hemos venido a combatir a vuestro lado, y verter nuestra sangre, si es preciso, en defensa de una causa común, y tan generosa. Esperamos que nuestro ejemplo tendrá alguna influencia sobre los hijos extraviados, e indignos de pertenecer a la España, y que están haciendo una guerra sacrílega a su madre Patria, para imponerla las mas vergonzosas cadenas por los esclavos de los mismos esclavos. Todos los Ingleses anticipan sus esperanzas y sentimientos.

²⁰³ “Aviso al público del gobierno político de la provincia de Vigo”, 29 de abril de 1823, Joaquín Escario, reproducido en María Luisa MEIJIDE PARDO, *Contribución al estudio del liberalismo*, Sada, Ediciós do Castro, 1983, p. 153.

²⁰⁴ BL, MMS 30110, f 163.

²⁰⁵ Wilson llegó a Vigo “con sus Ayudantes de campo el Teniente Coronel de estado mayor Williams Julian Ligh y el Capitán John Eskins, y con el Coronel de caballería y de estado mayor Antonio Adolfo Marbot, el Alférez de caballería Carlos Tomas y los Alféreces de infantería Carlos Wolter y Luis Ludwig”, según el “Aviso al público” dado por el jefe político de Orense el 10 de mayo de 1823, reproducido en MEIJIDE PARDO, *Contribución al estudio del liberalismo*, p. 159.

No será ésta la vez primera que he combatido al lado de los valerosos Españoles. En la última guerra de la independencia tuve en varias ocasiones muchos miles a mis órdenes; y en el campo de Marte he aprendido a apreciar las cualidades raras e ilustres de esta invencible Nación. En la guerra, fingida a favor de la independencia de la Europa [se refiere a las guerras napoleónicas], es donde he ganado las condecoraciones que traigo puestas, y que no son debidas al favor de los soberanos aliados, ni en premio de acciones serviles: yo, y otros muchos, hemos sido engañados por ellos, pues en lugar de los libertadores y protectores de la independencia europea, se han convertido en soberanos injustos y despóticos. He puesto mis condecoraciones sobre el uniforme de un soldado español de la libertad para manifestar que no soy yo quien ha abandonado mis principios, sino que ellos han sido los que han violado las obligaciones contraídas con sus súbditos, con sus aliados, y con todo el mundo civilizado”²⁰⁶.

Wilson realizó a continuación una gira por La Coruña, Lugo y Orense, celebrada en varias poesías y alabanzas populares aunque algunas autoridades liberales desconfiaban de su presencia. De todas formas, Wilson consiguió llegar a un acuerdo con las autoridades constitucionales en relación a la formación de un cuerpo de tropas extranjeras a su mando²⁰⁷.

Aunque nombraron a Wilson general, y algunos le vitorearon y escribieron poemas en su honor, los españoles ignoraron su resolución de tomar la iniciativa y atacar a los franceses. En ese momento, dos ejércitos españoles se encontraban en Galicia, comandados por Morillo (el general que había dirigido el ejército enviado a América para someter a los independentistas) y Quiroga, que no querían pasar a la ofensiva. Ante esta situación, Wilson decidió trasladarse a Portugal. Llegó a Oporto el 1 junio y a los tres días se vio envuelto en la contrarrevolución absolutista. Una junta absolutista reclamó la detención de Wilson, que se disponía a pasar de Oporto a Braga. Rodeado por una turba de absolutistas que le exhortaban que gritara “Larga vida a la monarquía absoluta”, fue rescatado por 30 veteranos de la *Loyal Lusitanian Legion*. Fue enviado a Oporto con una escolta y puesto en prisión por una semana, hasta que se decidió deportarlo. Tras cruzar el río Miño como un criminal común, fue conducido al otro lado de la frontera.

Ya en Vigo, el 14 de junio observó que no había habido cambios en la situación y, aunque crecientemente desengañado, anunció que 1.000 voluntarios británicos llegarían pronto. Estos nunca aparecieron, con la excepción del conde Lavalle Nugent, que llegó a Cádiz con el uniforme y el equipamiento para el caballo de un general

²⁰⁶ Discurso pronunciado por el General Inglés Sir Roberto Wilson el día 4 de mayo de 1823, al frente de la Milicia Nacional Local de Vigo, al tiempo de ser alistado en ella, y antes de prestar juramento de fidelidad, Vigo, Imprenta de Arza, 1823, en BL, MMS 30136, f. 81.

²⁰⁷ “Convenio celebrado entre Sir Robert Wilson y el Gobierno español autorizado al efecto por las Cortes, cuyo objeto es la formación de un Cuerpo de Ejército de tropas Estrangeras al servicio de la España”, BL, MMS 30136, ff. 93-94.

español, generando en Gran Bretaña una importante polémica. Es más, se conoció que el monarca británico “estaba en un gran alboroto por los esfuerzos realizados para reclutar tropas para que fueran enviadas a Sir R. Wilson”²⁰⁸.

El ejército de Galicia, al mando de Morillo, no estaba ofreciendo prácticamente resistencia a los franceses. Morillo esperaba una excusa para rendirse, y esta le llegó con la destitución temporal de Fernando VII por parte de las Cortes y el nombramiento de la Regencia. Morillo consideró ilegal esta acción, interpretó que quedaba excusado de reconocer la nueva autoridad y unió sus tropas a las francesas para someter a los liberales que no aceptaran su posición. Se dirigió al sur el 9 julio para entrar en negociaciones con los franceses y escribió a Wilson afirmando que la mayoría de la población recibía a los franceses gratamente y que se negaba a luchar en oposición a la nación²⁰⁹. El general Quiroga, subordinado a Morillo, aunque también estaba en desacuerdo con las medidas de las Cortes se negó a pasarse al enemigo, y junto con las tropas aún fieles, el entusiasmo de buena parte de La Coruña y unos 200 liberales franceses, resistió a los invasores²¹⁰.

Cuando a mediados de julio los franceses pusieron sitio a La Coruña, Wilson se encontraba allí y recibió un balazo de mosquetón en la pierna que le obligó a ser evacuado por mar a Vigo, que también fue puesta bajo sitio²¹¹. A pesar de todo, consiguió embarcarse en la goleta inglesa *Nassau* que iba de camino a Gibraltar, y escribió a Londres pidiendo al Gobierno que ocupara La Coruña y Vigo para salvar el honor de los constitucionales²¹². Un barco de guerra portugués abordó al *Nassau* y Wilson cayó de nuevo preso, recibiendo un trato penoso, hasta el punto de que renunció a las condecoraciones portuguesas que había recibido años antes.

Una vez en Cádiz, con Fernando VII ya recuperado de su “estado de delirio momentáneo”, las Cortes, que contaban con algo más de 100 diputados, declararon la intención de resistir en Cádiz. La idea era repetir en Cádiz una resistencia como la llevada a cabo durante la invasión napoleónica, aunque en esta ocasión los ejércitos franceses se impusieron de una forma mucho más cómoda a las defensas españolas. Las

²⁰⁸ Michael GLOBER, *A very slippery fellow. The Life of Sir Robert Wilson, 1777-1849*, Oxford University Press, 1977, p. 182; citando el *Journal of Mrs. Arbuthnot, 1820-1832*, Ed. Francis Bamford and Duke of Wellington, 2 vols, 1950; cita en vol 1, p. 247.

²⁰⁹ BL, MMS 30110, f. 283.

²¹⁰ Diez días después, la mayoría de los refugiados franceses pasarían a un nuevo exilio, esta vez en Inglaterra; SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, p. 68.

²¹¹ Emilio GONZÁLEZ LÓPEZ, *Entre el Antiguo y Nuevo Régimen: absolutistas y liberales. El reinado de Fernando VII en Galicia*, A Coruña, Ediciós do Castro, 1981, p. 193.

²¹² BL, MMS 30110, f. 342.

Cortes cerraron sus sesiones el 6 de agosto y abrieron un periodo extraordinario el 6 de septiembre, pero progresivamente, mientras continuaba el asedio y el bloqueo francés, fue perdiéndose la esperanza de una victoria y comenzó la búsqueda de salidas a la crisis.

Wilson consiguió llegar a Gibraltar el 16 agosto. Lord Chatham, el gobernador de la plaza y hermano mayor de William Pitt, escribió a Londres anunciando que Wilson se había recuperado de su herida y que planeaba dirigirse a Cádiz, aunque creía que lo que quería hacer era “servir la causa más por intriga y su talento para la negociación que a través de la espada”. Su presencia en Gibraltar suponía un problema para el Gobierno británico, pero no se le podía expulsar por ser un “sujeto británico” y porque aseguraba no estar al servicio de España²¹³. Chatham lo presentó a Sir William A’Court, el embajador británico en España, que se había trasladado a Gibraltar cuando el Gobierno español se refugió en Cádiz. Wilson mantuvo una conversación con A’Court que le llevaría a afirmar que este había actuado como mediador entre franceses y españoles y había ofrecido “la garantía de Inglaterra a favor de un sistema representativo contra la agresión extranjera”. Después, Wilson escribió en su diario: “el gobierno británico, una vez implicado como mediador constitucional, se encontrará obligado bien a procurar una paz honorable o ventajosa para España, o a oponerse a sus enemigos con las armas”²¹⁴. A continuación, Wilson se trasladó a Cádiz a dar al Gobierno español las noticias acerca del supuesto apoyo británico. El 10 de septiembre, cuando A’Court se enteró del apoyo británico que Wilson había comprometido, negó públicamente que él hubiera afirmado tal extremo y aseguró que a partir de ese momento rompía relaciones con Wilson²¹⁵. En Cádiz, Wilson fue recibido con entusiasmo, parece que incluso por Fernando VII, que “lo hizo levantarse de su posición arrodillada y le dijo que esa no era la postura de un patriota y un héroe como él y *uno* de sus mejores *amigos*”²¹⁶. Las Cortes españolas lo nombraron comandante de las defensas de Cádiz, pero justo entonces se enteró a través de un periódico inglés de que su mujer había fallecido 3 semanas antes. La noticia le afectó profundamente: “Vi en un instante

²¹³ Citado por GLOBER, *A very slippery fellow* p. 183. Cita del *Report on the Manuscripts of Earl Bathurst*, Historical Manuscript Commission, 1915 y 1927; p 543.

²¹⁴ Citado por GLOBER, *A very slippery fellow*, p. 184.

²¹⁵ BL, MMS 30111, ff. 38, 52, 60, 95.

²¹⁶ EARL OF ICHESTER, *The Home of the Hollands, 1605-1820* (vol.I); *Chronicles of Holland House, 1820-1900*, 1937, cita en p. 32.

todas mis esperanzas destruidas, todos mis sueños desvanecerse²¹⁷. Wilson renunció a su puesto y regresó a Gibraltar.

El bombardeo de la ciudad por parte de los franceses comenzó el 24 de septiembre. Mientras Cádiz continuaba asediada, los ministros intentaron convencer sin éxito a Fernando VII de que aceptara algún tipo de gobierno representativo, como el francés, opción también apoyada por Angulema, pero el rey se negó a realizar ninguna concesión. Sin embargo, sí se mostró dispuesto a conceder garantías a los liberales de que no habría represalias tras la rendición, aunque estos no confiaban en ello. Según Angulema, “lo que los atormenta sobre todo [a los liberales] es el artículo de las garantías, porque dicen que no hay nada más falso que el rey, y que, a pesar de sus promesas, sería capaz de hacerlos colgar a todos”. Wilson se había dado cuenta de que la ciudad iba a caer tarde o temprano e intentó lograr un compromiso entre las Cortes y el rey. Al parecer, este prometió una amnistía “en la forma más amplia” a los liberales y, tras producirse varias manifestaciones populares, firmó un perdón general redactado por el ministro de la Gobernación Salvador Manzanares y por Yandiola. El 1 de octubre, la familia real se entregaba a los franceses en el Puerto de Santa María. Dos días más tarde Cádiz se rendía²¹⁸.

Una vez que Fernando VII se vio liberado, emitió una orden de arresto contra Wilson, que el 27 octubre obtuvo un pasaje de vuelta en el barco de vapor *Walsingham* y en dos semanas llegó a Falmouth²¹⁹. Por su apoyo a los liberales españoles los reyes de Austria, Prusia y Rusia le quitaron todos los honores que le habían concedido durante las guerras napoleónicas. Sólo le quedó la *Order of Crescent* turca. Pero Canning le felicitó (a pesar de haber violado su política de neutralidad) y en la Cámara de los Comunes se le siguió llamando Sir Robert. Semanas después, Wilson continuó su labor de ayuda a los liberales españoles, ahora exiliados en su país.

Otras ciudades y plazas aún no habían caído bajo control francés en octubre de 1823. En estos lugares las autoridades militares y civiles liberales negociaron con las francesas una serie de capitulaciones que aseguraban que no se producirían represalias, aunque el Gobierno español no las cumplió. En Cataluña, donde Espoz y Mina fue el último en rendirse, se dieron intentos de resistir hasta el final por parte de los sectores

²¹⁷ BL, MMS 30103, f 184.

²¹⁸ FONTANA, *De en medio del tiempo*, pp. 50-58; la cita de Angulema, extraída de una carta a Villèle, en p. 57; SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, pp. 75-81.

²¹⁹ BL, MMS 30103, f. 200.

más exaltados, entre los que figuraban muchos exiliados italianos²²⁰. Mina finalmente se rindió en julio pero los extranjeros siguieron luchando a las órdenes del coronel Manuel Fernández, hasta que fueron derrotados por las tropas de Damas en septiembre. Entre los que se rindieron entonces había 120 franceses. Los antiguos oficiales napoleónicos Pégulu, Desbordes, Schultz y el civil Lacombe se refugiaron en Gibraltar. Damas se comprometió a tratar a los extranjeros según su grado militar, y aseguró que pediría el perdón para los franceses.

Caía así el régimen constitucional español, que durante los años en los que había estado vigente había sido la esperanza de los liberales europeos. Con su descalabro comenzaba un nuevo exilio, al que saldría un gran número de españoles, acompañados de muchos de los extranjeros que habían encontrado refugio en la Península.

Antes de acabar este capítulo es necesario dar cuenta de lo ocurrido en Portugal. Como en España, desde el momento en que se instauró el régimen constitucional en Portugal, fuerzas reaccionarias comenzaron a actuar, con el apoyo y liderazgo de la reina Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII, que se negó a jurar la constitución de 1822. En febrero de 1823 el conde de Amarante se puso al frente de un pronunciamiento contrarrevolucionario en Vila Real, que fue derrotado por el ejército constitucional enviado por el Gobierno. Amarante se vio obligado a refugiarse en España. Tras la invasión francesa de España, los liberales portugueses temieron el avance de las fuerzas reaccionarias también en su territorio, y tenían buenas razones para ello. El 27 de mayo se produjo un levantamiento de mayor envergadura, esta vez encabezado por el infante don Miguel con el apoyo de su madre, conocido con el nombre de la Vila-Francada. El argumento principal de la protesta militar, liberar al rey Juan VI de la influencia de los liberales, ponía de manifiesto el paralelismo que existía entre los acontecimientos portugueses y los españoles. Juan VI apoyó a los sublevados y nombró un nuevo Gobierno a la vez que otorgaba a Miguel el mando del ejército. Tras la entrada triunfal del rey en Lisboa el 5 de junio, las Cortes se autodisolvieron, aunque 60 diputados se comprometieron a defender la constitución. Algunos liberales, aquellos más comprometidos políticamente, comenzaron a salir hacia el exilio en el verano de 1823, mientras Amarante regresaba de España²²¹.

²²⁰ Ramón ARNABAT, *Visca el rei i la religió!*, pp. 405-417.

²²¹ Isabel NOBRE VARGUES y Luís REIS TORGAL, “Da revolução à contra- revolução: vintismo, cartismo, absolutismo. O exílio político”, en Reis Torgal y Lourenço Roque (coords.), *História de Portugal*, pp. 65-87.

Entre 1820 y 1823 España se erigió en matriz del liberalismo europeo. En estos años la España constitucional estuvo en el centro de la política internacional. Los sucesos españoles capturaron la imaginación de Europa, ya fuera reflejando las esperanzas liberales del continente, o haciendo resurgir el fantasma revolucionario entre las fuerzas reaccionarias.

Desde el punto de vista del exilio, el Trienio supuso un hito. En primer lugar, por primera vez desde el retorno de los príncipes absolutistas, grupos de contrarrevolucionarios tuvieron que salir de un país por su oposición a un gobierno constitucional. En segundo lugar, a España se trasladaron un gran número de exiliados liberales europeos. A pesar de ciertas dificultades y recelos, y aunque su importancia no fue decisiva, colaboraron en la resistencia del régimen constitucional ante la doble agresión de las fuerzas reaccionarias internas y de la Santa Alianza, reforzando los lazos de solidaridad del liberalismo internacional que se mantuvieron vivos en los años siguientes.

La ola revolucionaria que comenzó en España a principios de 1820 y se extendió inmediatamente por el ámbito mediterráneo (Nápoles, Piamonte, Portugal y Francia), fue siendo borrada sucesivamente por la acción combinada de las fuerzas contrarrevolucionarias locales y la intervención de las potencias continentales. A la altura del otoño de 1823 ya no quedaba rastro de ella. Como consecuencia, miles de constitucionales de distintas nacionalidades salieron camino del exilio. Se desperdigaron por Europa, América y África, dando forma a una diáspora liberal de dimensiones globales, que será analizada en los próximos capítulos.

EL TERCER EXILIO LIBERAL, 1823-1830.

LA GRAN DIÁSPORA I

Con la caída del régimen constitucional español en 1823 comenzó el mayor exilio político que hasta ese momento había vivido la Europa de la Restauración. De este exilio formaron parte decenas de miles de hombres y mujeres de varias nacionalidades. Además de los españoles, el contingente de exiliados que abandonó la Península estaba formado por liberales que ya habían experimentado qué era ser emigrado político desde que habían llegado a España huyendo de la represión en sus países de origen. En la nueva etapa que se abría muchos de ellos siguieron en contacto, manteniendo los vínculos a pesar de su dispersión, aunque la concentración que propiciaron los grandes focos del exilio —ciudades como Londres y París— impulsó el fortalecimiento de las redes internacionales. La mayoría de los afrancesados permanecieron en España, formando parte algunos de ellos de la administración fernandina, aunque otros salieron de nuevo hacia el exilio, o siguieron en él en el caso de no haber regresado a España durante el Trienio.

Tras analizar en un primer apartado la dura represión llevada a cabo en España contra los constitucionales —que resultó fundamental para el desarrollo del sistema de control social de la monarquía que sería heredado en parte por el Estado liberal— en este capítulo se examina la geografía del exilio y la expansión de las redes personales de carácter internacional propiciadas por una emigración de dimensiones globales.

Los protagonistas del tercer exilio liberal se desperdigaron prácticamente por toda Europa, concentrándose en Gran Bretaña y Francia, pero llegando también a otros destinos europeos e incluso al norte de África y al este del Mediterráneo. El examen del exilio en el viejo mundo es el objeto del segundo apartado.

En el tercero se analiza el exilio de aquellos que llegaron al continente americano, tanto a Estados Unidos como a las repúblicas hispanoamericanas recién independizadas. En este apartado se trata también el exilio que miles de españoles peninsulares sufrieron en el México independiente, mostrando que el exilio no fue un fenómeno exclusivo de los regímenes represivos de la Restauración europea, sino que también fue provocado por las nuevas repúblicas.

1. LA REPRESIÓN Y EL TERCER EXILIO LIBERAL

“La RELIGION y el REY: estos son los objetos augustos y verdaderamente sagrados, cuya defensa, cuya estabilidad y cuya gloria está encomendada a la Policía: la traición y el crimen, los monstruos horribles, cuyo exterminio absoluto hace nuestro principal deber. Ayudar y proteger con todas nuestras fuerzas a los leales defensores del Soberano, buscar a sus enemigos por todas partes, seguirlos a do quiera que intenten ocultarse, introducirnos en sus subterráneos más secretos, y perseguirlos hasta su total aniquilación; estos los medios de llegar al término deseado”.

Mariano Rufino González, por orden del Sr. Superintendente General de Policía del Reino,
José López Requena¹

1.1 La represión

El 27 de septiembre de 1823 se disolvieron las Cortes, y el primero de octubre Fernando VII declaró nula toda su obra. Las personas vinculadas con el régimen constitucional — cargos políticos, empleados públicos, publicistas liberales, o simples simpatizantes— se convirtieron en potenciales víctimas de la represión absolutista, que combinó la vía legal con una informal. Y ello a pesar del Decreto del día 30 de septiembre por el cual el rey, como condición puesta por los constitucionales para su liberación, había prometido “un olvido general, completo y absoluto de todo lo pasado (...) para que de este modo se restablezcan entre todos los españoles la tranquilidad, la confianza y la unión”. En ese mismo decreto aseguraba que se conservarían todos los cargos y empleos civiles, militares y eclesiásticos del periodo constitucional, y que todos ellos podrían regresar a sus hogares sin ser molestados. Sin embargo, los liberales mostraron su desconfianza por la futura actitud de Fernando VII añadiendo una última cláusula que aseguraba a españoles y extranjeros que no se pondrían problemas a su salida del país, facilitándoles pasaporte “para el país que les acomode”². Se preparaba así la salida hacia el exilio.

La represión informal, de carácter más violento, fue el fruto de la iniciativa y de la acción descontrolada de un buen número de ultrarrealistas. La represión había comenzado durante el transcurso de la guerra, en parte liderada por los voluntarios realistas que avanzaban junto al ejército francés. Como había ocurrido en 1814, las venganzas personales llevadas a cabo por individuos o grupos fuera de control

¹ “El Superintendente General de Policía del Reino, a todos los empleados en el mismo ramo”, Madrid, 14 septiembre de 1824; en ANF F⁷ 11981, dossier 2, f. 61.

² *Documentos a los que se hace referencia en los Apuntes histórico-críticos sobre la revolución de España por el Marqués de Miraflores*, tomo II, Londres, Ricardo Taylor, 1834, pp. 337-340.

constituyeron las primeras manifestaciones de la violencia absolutista, pero esta no se redujo a esas iniciativas “desde abajo”. A diferencia de lo ocurrido en 1814, en esta ocasión la represión fue sistematizada a través de una exhaustiva legislación, aplicada casi siempre con criterios retroactivos, que ponía de relevancia la intención de terminar definitivamente con la obra constitucional. La Junta Provisional de Gobierno de España e Indias, constituida en abril de 1823 en Oyarzun por Angulema y presidida por Francisco de Eguía, estableció inmediatamente como política oficial la depuración política y administrativa para desalojar a todos los cargos constitucionales, y la represión contra los sospechosos de ser favorables a la constitución, milicianos o clérigos secularizados. La Junta pretendía lograr un completo retorno al pasado y la recuperación de todos los privilegios erosionados durante el periodo constitucional y había hecho público desde Bayona antes de que comenzase la invasión francesa un manifiesto que decía: “Españoles: Vuestro Gobierno declara que no reconoce, y que mira como si jamás hubiesen existido, todos los actos públicos y administrativos y todas las providencias del Gobierno erigido por la rebelión; restituye en consecuencia provisionalmente las cosas al estado legítimo que tenían antes del atentado del 7 de marzo de 1820”. Una ordenanza del 9 de abril eliminó los cargos constitucionales: jefes políticos, jueces de primera estancia, alcaldes y otros representantes de los ayuntamientos constitucionales. Tras la entrada en Madrid del ejército francés, esta junta, considerada por Angulema como excesivamente ultra, fue sustituida por una Regencia, que nombró un Gobierno al frente del cual se encontraba el canónigo Víctor Sáez, antiguo confesor del rey. Inmediatamente se reimpusieron el diezmo y las contribuciones directas, se reinstalaron los señoríos, los bienes desamortizados retornaron a la Iglesia, y toda la obra legislativa y judicial constitucional fue abolida. Las sociedades secretas quedaron proscritas, incluidas la masonería y la comunería. El Gobierno respondía a las exigencias del conglomerado ultra formado por altos funcionarios, oficiales del ejército y autoridades de la Iglesia, y divulgadas por órganos de prensa como *El Restaurador*, que reclamaban “el cabal restablecimiento de todas las instituciones religiosas y políticas existentes en 7 de Marzo de 1820, particularmente la del Santo Tribunal de la Inquisición”. Los sectores ultras —con Eguía, los arzobispos de Valencia y Tarragona y los obispos de Urgel, Oviedo y Ciudad Rodrigo a la cabeza— exigieron con éxito a Fernando VII el regreso al absolutismo más duro y a la ortodoxia religiosa. El objetivo de erradicar toda la obra liberal fue completo, con la excepción de la supresión de la Inquisición, que a pesar de las exigencias de los ultras no sería

restaurada por Fernando VII³. La Regencia emitió decretos en los que establecía medidas punitivas contra los liberales, como el que en junio declaró a los diputados que hubieran tomado parte en la traslación del rey a Cádiz reos de lesa majestad y secuestraba sus bienes⁴. El Gobierno que presidía Sáez condenó a muerte a los ex-regentes Ciscar, Valdés y Vigodet, así como al general Ballesteros, jefe del ejército. Los cuatro salieron al exilio⁵. El símbolo del liberalismo español, el general Riego, acusado del “horroroso atentado” de haber votado el traslado de la familia real a Cádiz, fue ejecutado en Madrid el 7 de noviembre de 1823⁶.

La represión se ejerció en un contexto marcado por la confusión de autoridades, órdenes, e instrumentos administrativos y judiciales. Los cuerpos de voluntarios realistas, formados a partir de junio de 1823 para organizar las diversas partidas insurreccionales que se habían levantado contra el Gobierno constitucional y combatido junto a las tropas francesas, se convirtieron en el principal instrumento armado contrarrevolucionario en los primeros dos años de la restaurada monarquía absoluta, no siempre bajo un completo control oficial. Las autoridades absolutistas decidieron regularizarlos para dotarse de una fuerza militar en la que pudiera confiar, pues el ejército se encontraba en gran parte desarmado, y era percibido como una amenaza revolucionaria. Su objetivo declarado era “combatir los revolucionarios y los conspiradores, y exterminar la revolución y las conspiraciones de cualquier naturaleza y clase que sean”. Los voluntarios realistas se organizaron a imagen de la Milicia Nacional, como cuerpos privilegiados formados por civiles que tenían bajo su responsabilidad el control del orden público a nivel municipal. Pero pronto se

³ Mariano y José Luis PESET REIG, “Legislación contra liberales en los comienzos de la década absolutista (1823-1825), en *Anuario de Historia del Derecho Español*, nº 37, 1967, pp. 437-485; Josep FONTANA, “Represión política y violencia civil en 1823-1831: propuestas para una interpretación”, en *Industrialización y nacionalismo. I Coloquio vasco-catalán de historia*, Bellaterra, Universidad Autónoma de Barcelona, 1985, pp. 313-327; Josep FONTANA, capítulo 4, “Violencia y represión” en su *De en medio del tiempo. La segunda restauración española*, Barcelona, Crítica, 2006; la Circular de la Junta Provisional, en *Circulares de la Junta Provisional de Gobierno de España e Indias*, Madrid, Imprenta Real, 1823, p. 6. La exposición de la Regencia en Ramon ARNABAT MATA, “Repressió liberal i restauració de la monarquia absoluta (La postguerra de 1823-1824)”, en *Segón Congrès Recerques. Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*, Lleida, Associació Recerques, Pagès, 2002-2005, pp. 422-440, cita en p. 423; Jean-Philippe LUIS, “La década ominosa (1823-1833), una etapa desconocida en la construcción de la España contemporánea”, en *Ayer*, nº 41, 2001, pp. 85-117; Jean-Philippe LUIS, *L'utopie réactionnaire: épuration et modernisation de l'état dans l'Espagne de la fin de l'Ancien Régime (1823-1834)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, pp. 51 y ss.

⁴ *Decretos y resoluciones de la junta provisional, Regencia del reino y los expedidos por su magestad desde que fue libre del tiránico poder revolucionario, comprensivo al año de 1823. Por don Fermín Martín de Balmaseda*, tomo VII, Madrid, Imprenta Real, 1824, pp. 45-46.

⁵ Alicia FIESTAS LOZA, *Los delitos políticos (1808-1936)*, Salamanca, Gráficas Cervantes, 1994, p. 115.

⁶ Josep FONTANA, *La crisis del Antiguo Régimen, 1808-1833*, Barcelona, Crítica, 1979, p. 165.

mostrarían como una amenaza para la propia estabilidad del régimen fernandino. En los meses siguientes a la derrota de los constitucionales, numerosos cuerpos de voluntarios realistas, descontrolados, llevaron a cabo arbitrarias acciones de represión. En los años siguientes las autoridades intentarían disciplinar a los cuerpos, pero estos continuaron siendo el brazo armado ultrarrealista, que sería empleado incluso contra la monarquía de Fernando VII a la que los sectores apostólicos acusaban de preparar un compromiso con los liberales⁷.

Para llevar a cabo la represión de forma más ordenada y controlar a la población, se organizaron una serie de instituciones, algunas de nueva planta, calificadas por un diplomático francés como “temibles tribunales, cuyo título por sí solo parecía ideado para inspirar terror”⁸. Entre ellas destacaba la creación de la policía en enero de 1824 (Superintendencia General de Policía del Reino, integrada en el Ministerio de Gracia y Justicia) con el objetivo de “reprimir el espíritu de sedición [y] de extirpar los elementos de discordia”. A través de un aparato de vigilancia e información instalado en todas las provincias y gestionado a través de intendentes y de una red de informadores y agentes dobles, el Gobierno aspiraba a controlar la población y a contener y castigar a sus opositores, especialmente liberales, aunque con el tiempo también ultras⁹. Entre sus atribuciones para mantener el orden público se contaban “impedir la entrada, circulación y lectura de periódicos, folletos, cuadros satíricos, caricaturas u otros cualesquiera papeles o estampas en que se ataque mi Persona [el rey] o regalías, o se ridiculicen o censuren las providencias de mi Gobierno; y aprehender estos mismo objetos, y los individuos que los introduzcan o retengan” y “perseguir las asociaciones secretas, ora sean de comuneros, masones, carbonarios, o de cualquiera otra secta tenebrosa”. Tareas de vigilancia también fueron encargadas a la Junta Reservada de Estado, creada en noviembre de 1823, y encargada de establecer listas de personas que hubieran pertenecido a alguna sociedad secreta, a la milicia, a los ayuntamientos constitucionales,

⁷ Pedro RÚJULA, *Contrarrevolución. Realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998, pp. 94-124. La cita del *Reglamento para los cuerpos de Voluntarios Realistas de 1824* en FONTANA, *De en medio del tiempo*, p. 104. Surgieron conflictos entre policía y voluntarios realistas, que obligaron al Superintendente general de Policía a poner orden en septiembre de 1824, ordenando a los miembros de la policía que colaborasen con los voluntarios; *El Superintendente General de Policía del Reyno, a todos los empleados en el mismo ramo*, ANF F⁷ 11981, dossier 2, f. 61.

⁸ AMAEF, *Mémoires et Documents, Espagne* Vol. 212, 1. “Notice sur les commissions M^{tes} établies en Espagne par le décret du 13 janv^r 1824. Jointe à la dépêche n° 119, 27 Juillet 1825”.

⁹ Claude MORANGE, “José Manuel del Regato. Notes sur la police de Ferdinand VII”, en *Bulletin Hispanique*, n° 79 (3-4), julio-diciembre 1977, pp. 481-530; Juan Francisco FUENTES, “Datos para la historia de la policía política en la década ominosa”, en *Trienio*, n° 15, 1990, pp. 97-123; LUIS, *L'utopie réactionnaire*, pp. 96-97.

a los batallones sagrados, o en general a todos los que se hubieran “distinguido por su adhesión al sistema constitucional”. Además, se instalaron como tribunales de excepción unas “comisiones militares ejecutivas y permanentes” en las capitales de provincia con el propósito de formar causas a todos los individuos que, “pertinaces y obcecados en sus extravíos”, se mantuvieran “partidarios de la constitución publicada en Cádiz en el mes de marzo de 1812”¹⁰.

Asimismo, se constituyeron juntas de purificación para purgar los cargos de la administración, y juntas de fe como tribunales eclesiásticos. Autoridades políticas, civiles y militares fueron investigadas, y muchas de ellas destituidas. A través del decreto del 27 de junio de 1823 y de la cédula del primero de abril de 1824, se estableció que los empleados públicos que hubieran servido bajo el sistema constitucional debían someterse a un proceso judicial en el que se establecería su actuación durante el Trienio y su grado de compromiso liberal. El sistema era riguroso. Por ejemplo, la Junta de Purificación de Empleados Civiles de Aragón, a través de unos formularios, solicitaba información a los ayuntamientos acerca de aquellos empleados que habían “seguido voluntariamente los ejércitos rebeldes (...) sido reputados por exaltados y cometido insultos (...) servido tal o tal empleo civil y político, y dictado providencias contra los defensores del Altar y el Trono (...) esparcido doctrinas contrarias a la sana moral, y principios de la legitimidad de los Tronos con sus escritos (...) pertenecido a las llamadas sociedades patrióticas o clandestinas” o que se hallaran “procesados por tal causa y se han fugado a Francia o permanecen en tal pueblo”¹¹. Unos 25.000 funcionarios pasaron por el proceso de depuración, de los cuales al menos un 9% fue expulsado. En octubre de 1823 se ordenaba el destierro de la Corte de todos los cargos de la administración liberal que no fueran purificados. Proporcionalmente, la medida no afectó a un número elevado de personas (siendo mínima en algunos consejos, como los de Castilla e Indias), aunque la mayoría de los que continuaron su carrera dentro de la administración del Estado fueron degradados y relegados de los

¹⁰ *Decretos del Rey nuestro Señor don Fernando VII y reales órdenes, resoluciones y reglamentos generales expedidos por las secretarías del despacho universal y consejos de S. M. en los seis meses contados desde 1º de enero hasta fin de junio de 1824, por Don Josef María de Nieva, tomo octavo*, Madrid, Imprenta Real, 1824. Los decretos por los que se creaba la Superintendencia General de la Policía del Reino y se establecían las Comisiones militares son del 13 de enero de 1824; pp. 49-63 y 64-69. Las comisiones militares estuvieron funcionando durante un año y medio, hasta que un nuevo gobierno más moderado consiguió del rey su cese (R. C. 4 de agosto de 1825, confirmada el 26). Pero serían restauradas en 1831 ante la sucesión de incursiones liberales (R. D. 18 de marzo de 1831).

¹¹ Citado por RÚJULA, *Contrarrevolución*, pp. 90-91.

cargos de responsabilidad¹². Además, es probable que los individuos que se sometieron a las purificaciones fueran los que menos tenían que temer de ellas y que, por el contrario, la mayoría de los más comprometidos salieran hacia el exilio.

El ejército francés, con Angulema al frente como responsable último de la situación española, y en concordancia con las garantías ofrecidas en los acuerdos de capitulación firmados con el ejército español, intentó reducir la dimensión de la represión que los ultrarrealistas españoles querían llevar a cabo, pero no consiguió detener el terror que se extendió por todo el territorio conforme las fuerzas liberales iban capitulando. El éxito militar francés no se vio correspondido con un éxito político similar, ya que las aspiraciones de colocar en España un régimen restaurado moderado, a imitación del francés, se vieron defraudadas por la intransigencia de los ultras españoles, con una influencia política mayor que la de sus equivalentes franceses. El objetivo francés de impedir que se repitiera una situación revolucionaria como la que se había vivido en España durante los tres años anteriores, instalando para ello una monarquía moderada similar a la de Luis XVIII, se vio defraudado por la intransigencia de Fernando VII, y por la permanencia de sectores ultrarreaccionarios que ni siquiera se conformaban con la monarquía fernandina¹³.

Las represalias fernandinas fueron acogidas con incomodidad por las autoridades francesas, que consideraban que los excesos represivos no hacían sino dificultar la estabilización del régimen restaurado. El 8 de agosto de 1823, Angulema publicó el conocido como decreto u ordenanza de Andújar, en el que dictaminaba “la libertad de los arrestados” y establecía que “las autoridades españolas no podrán arrestar persona alguna sin la autorización del comandante de armas francés”¹⁴. Esta decisión de Angulema, que actuaba sin consultar al Gobierno francés, levantó una ola de protestas entre los realistas españoles, aunque la Regencia la cumplió inicialmente. Sin embargo, poco después el Consejo de Castilla declaró nula la ordenanza y ante la amenaza de una

¹² LUIS, *L'utopie réactionnaire*, pp. 61 y ss. El sistema de depuración fue criticado tanto por ser poco duro, como por ser arbitrario, por lo que Fernando VII lo suspendió temporalmente el 26 de octubre.

¹³ Gonzalo BUTRÓN PRIDA, “La represión absolutista y sus límites en el Cádiz ocupado (1823-1824)” en *Según Congrés Recerques*, pp. 475-491; BUTRÓN PRIDA, *La ocupación francesa de España (1823-1828)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1996; BUTRÓN PRIDA, *La intervención francesa y la crisis del absolutismo en Cádiz (1823-1828)*, Huelva, Universidad de Huelva, 1998; Josep FONTANA, *De en medio del tiempo*; Rafael SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1981; Emilio LA PARRA, *Los Cien Mil Hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España*, Madrid, Síntesis, 2007.

¹⁴ ARNABAT MATA, “Repressió liberal”, p. 424; SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, pp. 100-101.

ruptura total que pusiera la situación fuera de control, el Gobierno francés presionó para que Angulema rectificara, lo que hizo el día 26¹⁵.

De todas formas, los franceses continuaron interviniendo en numerosas ocasiones para evitar los excesos represivos de los absolutistas españoles, llegando a ocasionarse numerosos enfrentamientos entre las autoridades españolas y las militares francesas. El que se produjo entre el gobernador español de Cádiz, D'Aunoy, y el conde de Bourmont, con motivo de la oposición del general francés a la persecuciones y detenciones arbitrarias llevadas a cabo por el primero, acabó con la expulsión de D'Aunoy de la ciudad. Pero aunque el rey y los ultras rechazaran la intervención francesa que limitaba las medidas represivas tomadas contra los liberales, la realidad es que necesitaban la permanencia de las tropas francesas para mantener el orden en el interior de España. Con un ejército con fuerte presencia liberal en el que no podía confiar y un amplio descontento social y político, Fernando VII no podía prescindir de las únicas fuerzas regulares de las que disponía, que eran las comandadas por Angulema. Para asegurar su continuidad, el Gobierno español firmó una serie de convenios con el francés, a través de los cuales se aseguró la presencia de un ejército francés en España hasta 1828. Los franceses esperaban de esta manera reforzar a los sectores realistas más moderados, mantener la influencia política sobre España y favorecer sus intereses comerciales. La presencia francesa tuvo consecuencias para el mantenimiento del orden restaurado, ya que las tropas francesas limitaron las iniciativas más reaccionarias de las autoridades españolas, especialmente en lo relativo a la represión y hostigamiento a la población con simpatías liberales que no había salido hacia el exilio y continuaba en el interior de España. Las ciudades ocupadas por los franceses, como Cádiz, donde el ejército extranjero controlaba las tareas de policía e impedía la existencia de cuerpos de voluntarios realistas, se convirtieron en lugares de reunión de los comprometidos con la causa liberal¹⁶. En los años siguientes los franceses considerarían que la población de Cádiz aún se encontraba en gran parte comprometida con la causa liberal y que era necesario mantener una presencia militar de control y disuasión, aunque sin llegar al nivel de represión que demandaban las autoridades absolutistas españolas. De hecho, muchos liberales que no llegaron a

¹⁵ LA PARRA, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, pp. 261-266.

¹⁶ BUTRÓN PRIDA, *La ocupación francesa de España (1823-1828)*; BUTRÓN PRIDA, *La intervención francesa y la crisis del absolutismo en Cádiz*; SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, pp. 83-89, 115-180.

exiliarse decidieron residir en Cádiz porque allí encontraban una mayor seguridad y libertad de movimientos garantizados por la presencia francesa¹⁷.

Pero tras los largos meses durante los que se desplegó una represión de carácter arbitrario e indiscriminado contra los liberales, Fernando VII decidió suavizar los castigos. En buena parte se debió a la fuerte presión diplomática llevada a cabo por las potencias europeas de la Santa Alianza (especialmente Francia, pero también Austria, Prusia y Rusia) sobre el Gobierno español para que limitara la represión y concediera una amnistía, a favor de la cual se pronunciaron algunos de los miembros del Gobierno, como el conde de Ofalia. A lo largo del mes de diciembre de 1823, Ofalia mantuvo tres conferencias con los embajadores de las potencias de la Santa Alianza. En la primera expuso tres consultas sobre la amnistía elevadas al Consejo de Castilla y en las que se diferenciaban los delitos que podrían indultarse de los graves que debían juzgarse con las leyes existentes. A partir de aquí se redactó un proyecto de decreto de amnistía que los embajadores consideraron insuficiente, especialmente por las excepciones que establecía. Un segundo proyecto tampoco fue bien recibido, por su indeterminación. El proyecto que Ofalia presentó al Consejo de Estado el 28 de diciembre fue aprobado por los ministros, pero rechazado por algunos de las ultras, entre ellos los infantes Francisco de Paula y Carlos. Sin embargo, el rey decidió tomar medidas apaciguadoras¹⁸. En primer lugar, los depósitos militares en los que estaban confinados los miembros del ejército constitucional que se habían rendido o hechos prisioneros durante la guerra fueron disueltos por Real Orden de marzo de 1824. A continuación, el 11 de mayo de 1824, se concedió un perdón general, a través de un Real Decreto de amnistía, dirigido a todas “las personas que desde principios del año de 1820 hasta el día 1º de octubre de 1823 (...) hayan tenido parte en los excesos y desórdenes de la pasada revolución”. En él se distinguía entre “los ilusos y débiles que han sido instrumentos pasivos o secundarios, y aquellos principales delincuentes, que despreciando sus más sagradas obligaciones, se pusieron al frente de la rebelión”. A continuación se establecía una larga lista de excepciones en la aplicación de la amnistía, que suponían de hecho una condena a los numerosos individuos que caían en ellas. Estas excepciones afectaban entre otros a los líderes de los pronunciamientos que se dieron en los primeros meses de

¹⁷ BUTRÓN PRIDA, *La intervención francesa y la crisis del absolutismo en Cádiz*, que cita en p. 25 un informe diplomático, que se encuentra en Archives Nationales de France, Affaires Etrangères, série B III, 345, y que ha sido publicado por Nicolás SÁNCHEZ ALBORNOZ en “Cádiz bajo la ocupación francesa en 1825”, en *Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh*, t. II, París, 1966, pp. 351-353.

¹⁸ FIESTAS, *Los delitos políticos*, p. 116; LUIS, *L'utopie réactionnaire*, p. 94.

1820, a los miembros de la junta provisional de Madrid, a todos aquellos que escribieron en contra de Fernando VII, a los miembros de asociaciones secretas que continuaran formando parte de ellas, a los que hubieran redactado escritos contra la religión católica, a los diputados de las Cortes que votaron la destitución de Fernando VII en junio de 1823 y a los miembros de la Regencia que se instaló después, y a los responsables de los tratados de Córdoba por los cuales se había reconocido la independencia de México. Notoriamente, también afectaban a aquellos liberales que ya habían salido hacia el exilio o se dirigían a él, con lo cual su regreso quedaba cerrado. En concreto, el decreto exceptuaba a “los que habiendo tenido parte activa en el gobierno constitucional, o en los trastornos y revolución de la Península, hayan pasado o pasen después de la abolición de dicho gobierno a la América con el objeto de apoyar y sostener la insurrección de aquellos dominios” y a “los de la misma clase precedente, que refugiados en países extranjeros hayan tomado o tomen parte en tramas y conspiraciones fraguadas en ellos contra la seguridad de mis dominios, contra los derechos de mi Soberanía, o contra mi Real Persona y Familia”¹⁹.

Pero a partir de agosto de 1824 se vivió un incremento de la represión, en parte causado por el desembarco en Tarifa llevado a cabo por liberales exiliados dirigidos por Valdés, que confirmó a ultras como Mariano Rufino González que los constitucionales —a los que se refería como “hijos de la maldición”— eran “incorregibles” y que “[s]olo con su exterminio [podía] responderse de la tranquilidad pública”. El gobernador del consejo de Castilla aseguró al embajador francés en septiembre que “jamás se había visto que un revolucionario español se corrigiera, y que, por tanto, resultaba peligroso perdonarlos; que había que expulsarlos, como se había hecho en su tiempo con los moriscos” y que “más valía vivir en España con un millón de personas honradas que con diez millones de revolucionarios”²⁰. El 20 de agosto se promulgó una nueva y rigurosa ley penal que merece ser citada:

“1º Todos los españoles procedentes de la bahía de Gibraltar o de cualquier otro punto que hayan desembarcado o desembarquen en las costas de España e islas adyacentes, y que, con armas, papeles sediciosos o de cualquier otro modo, intenten establecer el sistema anárquico llamando constitucional, o perturbar el orden público, serán pasados por las armas inmediatamente que sean aprehendidos, sin otra dilación que la precisa para recibir los auxilios espirituales. 2º Quedan sujetos a la misma pena los extranjeros que

¹⁹ “Real Orden circular disolviendo los depósitos militares de individuos del Ejército constitucional...” y “Real cédula de S. M. y Señores del Consejo, por la cual se concede indulto y perdón general...”, en *Decretos del Rey nuestro Señor don Fernando VII*, tomo VIII, pp. 244-246 y 325-333, respectivamente.

²⁰ AMAEF, Correspondance politique, Espagne, t. 728, f. 184; citado por FONTANA, *La crisis del Antiguo Régimen*, p. 169.

comentan cualesquiera de los mismos delitos, y fueren aprehendidos con los revolucionarios españoles. 3º En la misma pena incurrirán los que, verificado algún desembarco, se dirijan desde los pueblos o casas de campo a unirse en los puntos que ocupen los revolucionarios, y fueren aprehendidos con ellos, ya sea con armas o sin ellas”²¹.

Poco después los ministros más moderados, como Ofalia, fueron desplazados del Gobierno por ultras como Calomarde y Aymerich, aumentaron las medidas de seguridad y control de la población —a través de la reinstalación de las suprimidas juntas de purificación, y la instalación de juntas similares en nuevos ámbitos, como el universitario y el educativo en general—, se escenificaron escarmientos públicos de constitucionales y se ordenó a los capitanes generales la promoción de los cuerpos de voluntarios realistas —“el más firme apoyo de los derechos de la legitimidad en todos los pueblos de la monarquía”— en sus respectivos distritos militares²². Según el cónsul francés en Barcelona, solo en Cataluña se produjeron entre octubre y diciembre 2.044 ejecuciones²³.

Los efectos contraproducentes de la represión eran resaltados por los diplomáticos franceses en un informe de julio de 1825 en el que criticaban la arbitrariedad con que actuaban las comisiones militares, caracterizadas por un “sesgo indignante [que] no tardará, sobre todo en Madrid, en abrir los ojos del público y convencerlo de que no se trata más que de un nuevo instrumento de opresión añadido a todos los ya existentes”. Y se añadía: “si, después de dieciocho meses que existen y a pesar del rigor con que se emplean, el robo, lejos de disminuir, solamente ha aumentado, es muy probable que este se origine en causas que [las comisiones militares] no pueden atender. Habrá ladrones mientras el robo sea, para muchas personas, la única forma posible de existencia”²⁴. Para los diplomáticos franceses, la restauración del régimen iba camino de suponer un rotundo fracaso.

A lo largo de los años siguientes, como había sucedido durante el anterior exilio, se sucedieron las amnistías fallidas. La cuestión pasó al sucesor de Ofalia en Gracia y Justicia, Calomarde, que mantuvo una posición inclemente. Al mismo tiempo,

²¹ *Gazeta de Madrid*, 24 de agosto de 1824, citado por PESET REIG, “Legislación contra liberales”, p. 476.

²² Véanse los informes que al respecto manda a Francia Maurice D’Escalone: *Nouvelles sur l’Espagne.. Sept. 1824*, ANF F⁷ 11981, dossier 2; *El Superintendente General de Policía del Reyno, a todos los empleados en el mismo ramo*; *Diario de Madrid*, 16 septiembre 1824; *Gaceta de Madrid*, 16 septiembre 1824; LUIS, *L’utopie réactionnaire*, pp. 98-134; PESET REIG, “Legislación contra liberales”, pp.474-475.

²³ AMAEF, Correspondance politique, Espagne, t. 731, f. 288; citado por FONTANA, *La crisis del Antiguo Régimen*, p. 168.

²⁴ AMAEF, Mémoires et Documents, Espagne Vol. 212, 1. “Notice sur les commissions M^{res}”.

continuaba la depuración de los cargos públicos (el sistema de purificaciones continuó siendo aplicado hasta 1832, concentrando el mayor número de purificaciones en los años 1825-1826, aunque progresivamente pudieron ir reincorporándose algunos empleados del Trienio) y las medidas de represión, control de la población y de censura se reforzaron, lo que provocó que a lo largo de estos años continuaran saliendo exiliados de España. Se sucedieron las ejecuciones, como la del ex-guerrillero liberal Juan Martín Díez, *El Empecinado*, que fue ahorcado en agosto de 1825, o la del maestro de escuela Antonio Ripoll, que sufrió en 1826 el último auto de fe realizado en España. En 1830, coincidiendo con las tentativas insurreccionales de los liberales exiliados, se reactivó la represión. El decreto de primero de octubre de 1830 condenaba a pena de muerte a todos aquellos que cooperaran con los revolucionarios y a los que no se rindieran inmediatamente, y en marzo de 1831 se restauraban las comisiones militares, aunque su actividad fue menos intensa²⁵. La represión tuvo su acto más simbólico en la ejecución de Mariana Pineda en Granada en mayo de 1831. En diciembre de 1831 Torrijos y sus seguidores eran fusilados en Málaga.

1.2 La salida hacia el exilio

Tras el derrumbe del ejército constitucional español y la rendición de Cádiz a los franceses a principios de octubre de 1823, Gibraltar se convirtió, por su cercanía, en el primer destino de los que salieron de España temiendo la represión del nuevo Gobierno²⁶. A finales de mes había más de 400 españoles refugiados en la colonia británica, entre ellos 60 diputados de las Cortes, todos los ministros y varios generales²⁷. Las autoridades británicas, aunque admitieron la entrada de los liberales españoles en la plaza, intentaron impedir que permanecieran durante mucho tiempo en ella, para evitar conflictos con el Gobierno de Fernando VII²⁸. El nuevo cónsul español, González Rivas, envió en noviembre al Gobierno una lista de 175 refugiados, en su mayoría

²⁵ *Decretos del Rey Fernando VII, por Don Josef María de Nieva*, tomo XV, Madrid, Imprenta Real, 1830, y Tomo XVI, Madrid, Imprenta Real, 1831, pp. 127-132.

²⁶ Rafael SÁNCHEZ MANTERO, “Gibraltar, refugio de liberales exiliados”, en *Revista de Historia Contemporánea*, nº 1, 1982, pp. 81-107.

²⁷ Nadiezdha COSORES, “England and the Spanish Revolution of 1820-1823”, en *Trienio*, nº 9, 1987, pp. 39-131, p. 110.

²⁸ *The Times*, que como se vio en el capítulo anterior había apoyado el constitucionalismo español, criticó al gobierno por el tratamiento que dio a los exiliados españoles. El 8 de diciembre reproducía una carta enviada desde Gibraltar en la que se aseguraba que “the conduct of the British government here has made every one ashamed of the name of Englishmen”; citado por COSORES, “England and the Spanish revolution”, p. 110.

miembros de las elites liberales (82 diputados, 19 generales y otros 43 oficiales, además de funcionarios y profesionales²⁹) que acababan de llegar a Gibraltar, y empezó a presionar a los británicos para que les expulsaran, describiéndolos como “promovedores de la anarquía en España” y apelando a los “principios conservadores de la legitimidad de los tronos”³⁰. Pero las autoridades gibraltareñas, a pesar de aceptar la petición del Gobierno español, pusieron poco celo en llevarla a cabo. Únicamente siguieron con atención los movimientos de Istúriz y Pedro Juan de Zulueta, por sus negocios con Gran Bretaña y por sus contactos con hispanoamericanos independentistas³¹.

Rápidamente, ciertos sectores de la sociedad gibraltareña se movilizaron para socorrer a los refugiados. Bajo el liderazgo del sefardí Aarón Cardozo³², se organizó una suscripción para apoyar a los españoles y ayudarles a adquirir pasajes para otros destinos. A la altura de octubre de 1824 ya habían salido de Gibraltar 127 españoles destino a Lisboa, Inglaterra, Estados Unidos, Latinoamérica, Alejandría, Marsella, Malta y Tánger³³. Gracias a la suscripción, un grupo de españoles, entre ellos Antonio Alcalá Galiano, fletó un pequeño bergantín, *El Orbe*, en el que entre cuarenta y cincuenta de ellos, amontonados en el entrepuente, realizaron un duro viaje destino a Inglaterra que duró quince días, bajo las inclementes condiciones climatológicas del mes de diciembre y con escasa comida. A su llegada a Londres, el 28 de diciembre de 1823, el bergantín recibió el apodo de *barco negrero*³⁴. La salida de España de Agustín de Argüelles no fue menos dura. Junto a Ramón Gil de la Quadra, primero llegaron a Gibraltar desde Cádiz “milagrosamente en un bote sin cubierta”, y desde allí, temiendo que las reclamaciones del nuevo Gobierno español ante las autoridades de Gibraltar resultaran en su expulsión, se trasladaron en un pequeño *cuter* a Plymouth atravesando

²⁹ AHN, Estado, leg. 5625, citado por SÁNCHEZ MANTERO, “Gibraltar, refugio de liberales” p. 83. Entre ellos destacan A. Alcalá Galiano, J. M. Alpuente, A. Argüelles, Manuel y Vicente Bertrán de Lis, A. Borrego, L. Calvo de Rozas, J. Canga Argüelles, J. Istúriz, M. López Baños, el cubano Félix Varela, J. Lorenzo Villanueva, o el inglés al servicio del gobierno constitucional Robert Wilson. Sánchez Mantero señala también que algunos de los que se declararon diputados no lo habían sido nunca y que posiblemente lo hicieron para obtener mejor trato por parte de las autoridades británicas.

³⁰ AHN, Estado, leg. 8301, Madrid, 8 de diciembre de 1823; citado por SÁNCHEZ MANTERO, “Gibraltar, refugio de liberales”, p. 83.

³¹ Raquel SÁNCHEZ GARCÍA, *Alcalá Galiano y el liberalismo español*, Madrid, CEPC, 2005, p. 138.

³² Encargado de negocios de las regencias de Argel y Túnez, guardaba rencor a Fernando VII desde que en 1817, cuando pidió permiso para instalarse junto a su esposa enferma en España, intervino la Inquisición.

³³ AHN, Estado, leg. 5625, citado por SÁNCHEZ MANTERO, “Gibraltar, refugio de liberales”, p. 84.

³⁴ Antonio ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, en *Obras Escogidas de D. Antonio Alcalá Galiano*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles-Ediciones Atlas, 1955, pp. 205-206.

un “furioso temporal” en el golfo de Vizcaya³⁵. Pero a pesar de salidas precipitadas como la de Argüelles y De la Quadra, siguieron llegando a Gibraltar nuevos refugiados que huían de la represión fernandina. En diciembre aún había unos 410³⁶. Gibraltar continuaría albergando a liberales exiliados durante la siguiente década, y sería uno de los centros conspirativos desde los que se organizaron varias de las intentonas insurreccionales que aspiraban a reinstaurar el régimen constitucional en España.

La salida hacia el exilio fue en buena parte impuesta por la represión. Inicialmente, muchos liberales confiaban en poder quedarse en España, o por lo menos permanecer en Gibraltar el tiempo necesario para que la situación se calmara, como Bauzá. Según Argüelles, Quintana se quedó en Cádiz, “decidido a no emigrar hasta el último apuro”, pues la ciudad “por el excelente espíritu de sus habitantes ofrece bastante seguridad a los que no se hallan en cierto grado de compromiso personal. Así que han quedado allí muchos de nuestros mejores amigos, y con mucha satisfacción nuestra. Ojalá se hubiera podido reducir todavía más el número de desgraciados que emigraron. Los que son enemigos de España quisieran arrojar de allí cuantos pueden estorbar...”. Otros, como el general Álava, se quedaron por un tiempo en Cádiz porque su delicada salud desaconsejaba un viaje con las penurias de los que se vieron obligados a realizar la mayoría de los exiliados. Finalmente, terminó por trasladarse a Inglaterra³⁷.

Asimismo, como consecuencia de las capitulaciones firmadas por el ejército constitucional con Angulema, unos 12.000 hombres pasaron a Francia, la mayoría de ellos como prisioneros de guerra, y fueron instalados en depósitos. Muchos italianos acompañaron a los españoles en su exilio, donde siguieron manteniendo contactos. Los italianos habían sido incluidos en las capitulaciones acordadas por el mariscal Moncey en Barcelona en noviembre de 1823 y fueron conducidos a Francia e internados en depósitos de prisioneros³⁸. Los prisioneros de guerra italianos, considerados como peligrosos, fueron causa de conflicto entre los gobiernos español y francés. El primero se negaba a admitirlos de vuelta en su territorio al considerar que no eran “españoles, ni

³⁵ Carta de Argüelles a Holland, Londres, 2 de Diciembre de 1823, reproducida en Manuel MORENO ALONSO, “Confesiones políticas de don Agustín de Argüelles” en *Revista de Estudios Políticos* (nueva época) nº 54, noviembre-diciembre, 1986, pp. 223-261, p. 255.

³⁶ Incluidos algunos tan relevantes como Flórez Estrada y Romero Alpuente.

³⁷ Argüelles a Holland, Londres, 2 de Diciembre de 1823, en MORENO ALONSO, “Confesiones políticas”, p. 255.

³⁸ ANF, F⁷6748, Police générale. Affaires politiques 1814-1830. Italiens et piémontais. Gard-Hérault. Instructions générales /2.

por nacimiento, ni por naturalización” y que no eran ya parte del ejército³⁹. El Consejo de ministros francés desautorizó la aceptación que el ministro de la Guerra, barón de Damas, había dado inicialmente a las demandas españolas y se negó a impedir el regreso a España de los italianos, porque “no corresponde a la potencia captora examinar la nacionalidad de los prisioneros de guerra tomados bajo bandera enemiga”. En cambio, el Gobierno francés no permitió que los italianos cruzaran las fronteras de Piamonte y Suiza⁴⁰. De todas formas, el exiliado italiano Carlo Beolchi aseguró en sus memorias que algunos pasaron a España y fueron internados en presidios africanos⁴¹.

Las andanzas y peripecias que siguieron estos exiliados, rechazados en sus países de origen, expulsados de su primer país de acogida y con dificultades para instalarse en cualquier otro por su pasado revolucionario, fueron realmente azarosas. Por ejemplo, en abril de 1824, el genovés Francesco Bianchi, de 51 años, que había sido subteniente de infantería en la legión liberal de Barcelona, eligió pasar a Livorno, para lo que obtuvo de las autoridades francesas un pasaporte. Pero nada más llegar a la ciudad toscana fue expulsado. De vuelta a Francia en julio de 1824, fue arrestado en Tolón, y se le prohibió instalarse en Suiza o Piamonte. En agosto decidió trasladarse a Alemania, para lo cual se le proporcionó un pasaporte para que lo hiciera por Estrasburgo. Después, se le pierde la pista. De manera similar, Pietro Manzeri y Paolo Zoli, tras fracasar en su primer intento de ser aceptados en el puerto de Livorno, consiguieron un visado del cónsul de la Toscana y confiaban en poder ser admitidos⁴².

Sin embargo, no hubo garantías semejantes a las otorgadas a italianos y españoles para los franceses que habían combatido en las legiones liberales extranjeras. Muchos de ellos consiguieron huir hacia el exilio, como los que salieron por mar de Barcelona antes de la caída de la ciudad⁴³. En cambio, otros no pudieron evitar ser capturados por los ejércitos franceses. Fueron juzgados por haber luchado contra su patria, y los fiscales inscribieron este crimen en relación con las conspiraciones en las que habían participado antes. Pero de alguna forma, los soldados franceses que se suponía que habían sido testigos de sus crímenes en España, no les reconocieron en el

³⁹ El conde de Ofalia al embajador, Aranjuez, 18 de mayo de 1824, en AMAEF, Mémoires et Documents, Espagne, 385, f. 21.

⁴⁰ El barón de Damas al vizconde Chateaubriand, ministro de Asuntos Extranjeros, París 5 de junio de 1824, AMAEF, Mémoires et Documents, Espagne, 385, f. 26.

⁴¹ Carlo BEOLCHI, *Reminiscenze dell'esilio di Carlo Beolchi*, Turín 1853, citado por Manuel MORÁN ORTÍ, “Los emigrados italianos de 1821 en la guerra realista de Cataluña”, en *Itálica. Cuadernos de la Escuela Española de Historia y Arqueología*, nº 18, 1990, pp. 329-363, p. 361.

⁴² ANF, F⁷6748, Hérault, 3-4.

⁴³ MORÁN ORTÍ, “Los emigrados italianos de 1821 en la guerra realista de Cataluña”, p. 361.

juicio y todos fueron declarados inocentes. El Coronel Gauchais fue juzgado, aunque por el *affaire* Berton, y condenado a muerte en uno de los últimos juicios contra los carbonarios franceses. Pero su pena fue conmutada por 20 años de prisión⁴⁴. Algunos liberales franceses se refugiaron en Gibraltar. Uno de los compañeros de Lallemand, el capitán Tourette propuso marchar a México y formar allí una legión extranjera, dirigida por los comandantes de La Trouplinière y Millet⁴⁵.

Muchos españoles residentes en el extranjero, como los miembros de las delegaciones diplomáticas, se convirtieron en exiliados no por tener que salir de España, sino por no poder volver a ella. En Francia, el propio Gobierno ordenó expulsar del país a los españoles “devotos de un gobierno revolucionario”, incluido el embajador en París, cuando en abril de 1823 sus tropas invadieron España. El 20 de abril fueron reunidos en la Prefectura de Policía de París y se les dieron pasaportes para los destinos que los españoles hubieran indicado, con un itinerario forzoso, obligándoles a salir de París en el plazo de cuatro días. Sin embargo, no todos los españoles pudieron ser encontrados en sus domicilios y la policía tenía constancia de algunos que habían salido ya del país, probablemente hacia España o Inglaterra⁴⁶.

Pero la salida hacia el exilio no se limitó a los meses posteriores al fin de la guerra. A lo largo de la década siguiente continuaron saliendo de España numerosas personas, huyendo de la persecución policial y del acoso de voluntarios realistas y vecinos ultrarrealistas, especialmente desde las provincias fronterizas. Muchos liberales acomodados salieron del País Vasco “por no poder sufrir los insultos, vejaciones y atropellamientos de los voluntarios realistas y de la gente baja del pueblo”. Pero también continuaron cruzando la frontera pirenaica españoles de ideas liberales y una extracción social humilde. Asimismo, un gran número de militares desertaron del ejército español y pasaron a Francia o Portugal. A lo largo del periodo que va de 1823 a 1833, un importante número de españoles se vio obligado a salir hacia el exilio, en un constante goteo⁴⁷.

En lo que respecta al origen geográfico de los exiliados españoles, los datos parciales de los que disponemos son útiles para trazar un mapa del apoyo al liberalismo

⁴⁴ Alan B. SPITZER, *Old hatreds and Young Hopes. The French Carbonari against the Bourbon Restoration*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971, p. 200.

⁴⁵ Walter BRUYERE-OSTELLS, *La Grande armée de la liberté*, París, Tallandier, 2009, p. 98 ; ANF F⁷ 6665.

⁴⁶ ANF F⁷ 11994, 47e. Cartas del prefecto de policía al ministro del Interior de marzo y abril de 1823.

⁴⁷ Juan Francisco FUENTES, “Afrancesados y liberales”, en Jordi CANAL (ed.), *Exilios. Los éxodos políticos en la Historia de España. Siglos XV-XX*, Madrid, Sílex, 2006, pp. 137-166.

en España, aunque es probable que exista una sobrerrepresentación de las provincias fronterizas, que suponen cinco de las diez más destacadas. Así, sobresalen las fronterizas Gerona, Navarra, Lérida, Huesca y Guipúzcoa, además de otras provincias con un importante apoyo liberal urbano, como Madrid, Cádiz, Valencia, Zaragoza o Barcelona⁴⁸.

Los lugares de refugio de los liberales variaron a lo largo de los años, en función de las condiciones que se vivían en cada uno de los países. Pero fueron Gran Bretaña y Francia los países que más exiliados acogieron (tras el triunfo de la revolución de julio en 1830 Francia se convertiría en el principal destino). Aproximadamente, un 11,5% de los exiliados se instaló en Gran Bretaña y un 77% en Francia, al menos de forma temporal, ya que este país se convirtió en el lugar de paso hacia otros destinos. Otros países de recepción fueron Suiza, Bélgica tras su revolución de independencia en 1830 y la instauración de un régimen constitucional, y Portugal en ciertos momentos. Algunos exiliados llegaron también a las costas americanas y norteafricanas. Resulta prácticamente imposible estimar con exactitud el número de exiliados, pero debió rondar los 20.000⁴⁹. De todas formas, las relaciones entre los exilios de la Europa continental y las islas británicas, e incluso con el transatlántico, fueron muy fluidas, y se caracterizaron por constantes movimientos y traslados de un lugar a otro.

2. EL VIEJO MUNDO

Europa fue el destino principal de los exiliados de múltiples nacionalidades salidos de la Península Ibérica a partir de mediados de 1823. Dos países, Gran Bretaña y Francia, concentraron la acogida. Sin embargo, sus respuestas al fenómeno de los refugiados políticos fueron muy distintas. En Gran Bretaña, el Gobierno prácticamente no se inmiscuyó en la vida de los emigrados ni para su control ni para su socorro. Fue en el seno de la sociedad civil y de manera espontánea donde se desarrolló una significativa solidaridad con ellos. Por su parte, en Francia el Estado de la Restauración llevó a cabo una política interventora que se caracterizó por una estrecha supervisión policial de los exiliados, que incluía —en parte por los compromisos adquiridos en las capitulaciones de la guerra de 1823— el sostenimiento de muchos de ellos. La situación política interna

⁴⁸ FUENTES, “Afrancesados y liberales”, p. 158.

⁴⁹ FUENTES, “Afrancesados y liberales”, pp. 137-166.

francesa a lo largo de la década de 1820 pasaría de un ambiente reaccionario a una creciente apertura de las libertades combinada con una respuesta represora por parte de la monarquía de Carlos X, que generó las tensiones que desembocarían en la revolución de 1830. En este contexto, y a pesar de las simpatías que podían encontrar en significativos sectores de la oposición, no se dio un abierto apoyo social a los exiliados.

2.1 Gran Bretaña, centro internacional de refugiados 1823-1830

“Daily in the cold spring air, under skies so unlike their own, you could see a group of fifty or a hundred stately tragic figures, in proud threadbare cloaks; perambulating, mostly with closed lips, the broad pavements of Euston Square and the regions about St. Pancras new Church. Their lodging was chiefly in Somers Town, as I understood; and those open pavements about St. Pancras Church were the general place of rendez-vous. They spoke little or no English; knew nobody, could employ themselves on nothing, in this new scene. Old steel-gray heads, many of them; the shaggy, thick, blue-black hair of others struck you; their brown complexion, dusky look of suppressed fire, in general their tragic condition as of caged Numidian lions”

Thomas Carlyle, *The Life of John Sterling*, Londres, Chapman and Hall, s. f., p. 56.

2.1.1 Gran Bretaña en la década de 1820

La década de 1820 coincidió con un avance de las posiciones del liberalismo moderado británico, que contribuyó a superar el ambiente represivo que había dominado el país desde el estallido de la Revolución francesa hasta el fin de las guerras napoleónicas. A partir de 1820 ningún asunto político podía ya constituir una amenaza seria para el Gobierno de Lord Liverpool, aunque seguían existiendo importantes problemas sociales y políticos. Los *tories* que dominaban el gabinete dieron un viraje a principios de la década de 1820 hacia una política más moderada, dirigida por nuevos líderes como Canning y Robert Peel que consiguieron llevar a cabo un programa de reformas para contener el descontento social⁵⁰. Para lidiar con el problema del abastecimiento de alimentos, el Gobierno redujo los aranceles a la importación de grano colonial establecidos en las *Corn Laws*, pero no logró que esta legislación dejase de aparecer ante muchos como una protección de los intereses de los propietarios y productores

⁵⁰ Peel promovió una reforma del código penal, que mitigó su dureza, eliminando sus aspectos más crueles y represivos, especialmente en lo relacionado con los delitos menores. Asimismo introdujo una novedad en los métodos de control social: la creación de cuerpos de policía siguiendo el modelo que él mismo había desarrollado previamente en Irlanda. La fuerza metropolitana de policía londinense, *Scotland Yard*, se enfrentó a la oposición de buena parte de la sociedad, por ser entendida como una amenaza a las tradicionales libertades inglesas, pero a lo largo de las décadas siguientes cuerpos similares se fueron introduciendo en muchas otras ciudades británicas; Stanley H. PALMER, *Police and protest in England and Ireland, 1780-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

locales. La situación se agravó aún más con una serie de malas cosechas que trajeron importantes hambrunas consigo, especialmente en el medio rural. En 1827, Lord Liverpool sufrió una hemorragia cerebral que lo dejó incapacitado y se desencadenó entre los *tories* una dura batalla política por su sucesión. Finalmente Canning se impuso, pero con la oposición de los más tradicionalistas que desconfiaban de unas tendencias que consideraban peligrosamente liberales, especialmente en la cuestión católica e irlandesa. Cuando Canning fue nombrado primer ministro en abril de 1827, seis de los miembros del Gabinete renunciaron, entre ellos Peel, y durante sus meses al frente del Gobierno, sufrió una oposición más dura desde las filas *tories* lideradas por Wellington que desde las de los *whigs*, que de hecho colocaron a tres ministros en el Gabinete. Canning murió en agosto de ese mismo año y, tras el breve Gobierno del débil Goderich, el Duque de Wellington formó un nuevo Gobierno en enero de 1828, que parecía una vuelta a la ortodoxia *tory*, pero que estaba lastrado por la rivalidad y desconfianza mutua de sus miembros. Esto llevó a los seguidores de Canning a alinearse junto a los *whigs* frente a lo que veían como un Gobierno ultra. En definitiva, en estos años se calmó relativamente la situación política y social, aunque seguía existiendo un soterrado enfrentamiento y un crecimiento del descontento con el sistema que conduciría en la década siguiente a la más importante reforma parlamentaria realizada hasta el momento.

2.1.2 Gran Bretaña y el exilio

Gran Bretaña, en especial Londres, fue el principal centro de reunión y actividad de los exiliados europeos e hispanoamericanos durante el primer tercio del siglo XIX, y seguiría siéndolo en las décadas siguientes⁵¹. ¿Por qué tantos exiliados eligieron refugiarse allí? Hay varias razones por las que Londres se convirtió en un imán de exiliados y de extranjeros en general. En primer lugar, por su fama internacional como capital cosmopolita. Londres era el centro comercial, intelectual, científico, artístico y literario del momento y el núcleo de muchas de las redes internacionales del periodo. En Gran Bretaña los exiliados podían encontrar la ayuda de significativos sectores de la

⁵¹ En el caso de los hispanoamericanos sólo se puede considerar exiliados políticos a los que residieron en la capital británica y conspiraron desde ella en las primeras dos décadas del siglo XIX, como Francisco Miranda. Ya en la década de 1820 la mayoría eran enviados diplomáticos de las repúblicas recién independizadas, aunque también llegaron a Londres hispanoamericanos que habían sido expulsados por conflictos políticos en los estados ya independientes, como los mexicanos Agustín de Iturbide o Lorenzo de Zavala.

sociedad, además de otros extranjeros en situaciones comparables a la suya, algunos de ellos realmente influyentes, que al mismo tiempo que sentían simpatía por ellos, compartían un mismo proyecto político y cuyas actividades se encontraban poco limitadas por la intervención de las autoridades. Además, Gran Bretaña se encontraba en estos años en plena fase de ascenso a la categoría de primera potencia mundial, a pesar de sus recientes reveses en Norteamérica. Aparte de haber dirigido la oposición europea frente a los ejércitos revolucionarios e imperiales franceses, interviniendo decisivamente en la construcción del nuevo orden continental, Gran Bretaña había afianzado su ascensión a potencia imperial hegemónica. Tras la crisis por la pérdida de las trece colonias norteamericanas, el imperio británico había experimentado un resurgir extraordinario, continuando su expansión territorial y comercial, especialmente en la India, pero también en el este mediterráneo. A la altura de 1820 el imperio británico tenía una población que se situaba alrededor de los 200 millones de habitantes, lo que significaba que un 25% de la población mundial vivía bajo administración británica, que en este período había adquirido una estructura más asentada y disciplinada que en el primer imperio. Militarmente, Gran Bretaña era la mayor potencia mundial, con unas fuerzas que sumaban, incluyendo la marina y la milicia, un millón de hombres. Desde la India, Gran Bretaña intervenía en los asuntos de Persia o Egipto, y estaba en condiciones de disputar a Rusia el predominio en el centro asiático. No es exagerado decir que Gran Bretaña era el país más poderoso del mundo en el primer tercio del siglo XIX, y era admirado por ello⁵².

Las extendidas visiones positivas de Gran Bretaña que predominaban a principios del siglo XIX fueron decisivas para que tantos exiliados decidieran refugiarse allí. El sistema de gobierno británico era admirado en el continente, una actitud en parte vinculada a que la visión que autores como Montesquieu, Blackstone y Delolme habían

⁵² Sin embargo, el conocido como *segundo imperio británico* llevaba a cabo una política colonial que, de hecho, no se corresponde con la imagen de progreso y libertad que exportaba al exterior, y lo acercaba en la práctica a los despotismos neoabsolutistas de las potencias de la Santa Alianza. A pesar de la retórica y las iniciativas tomadas con el objetivo de terminar universalmente con la esclavitud, en la India, Ceilán o Java, los colonos británicos utilizaban mano de obra bajo sistemas de coerción y explotación análogos a la servidumbre en África, Asia y el Caribe. Además, la esclavitud, a pesar de haber sido prohibido su tráfico en 1806, consiguió adaptarse y sobrevivir en los dominios británicos de África del Sur y el Caribe. Las visiones historiográficas que consideran la expansión colonial británica como una plataforma para la irresistible extensión del liberalismo a través del imperio deben mucho a las propias justificaciones ideológicas del imperialismo del momento, y no tienen en cuenta que la crisis política interna de los imperios asiáticos e islámicos fue decisiva para la expansión europea. Este estilo de imperialismo sólo empezó a retroceder a partir de 1830, tanto por la resistencia de los pueblos nativos sometidos como por el triunfo del liberalismo en la metrópoli; C. A. BAYLY, *Imperial Meridian. The British Empire and the World, 1780-1830*, Londres y Nueva York, Longman, 1990.

difundido en el siglo XVIII todavía seguía vigente. En el caso español, la atracción política del país venía de lejos. Inglaterra era vista por muchos ilustrados como el “país de la libertad”. Consideraban su sistema político y social como el modelo a seguir con vistas a reformar gradualmente la monarquía española. Una figura tan influyente como el anglófilo Gaspar de Jovellanos, consideraba que “Inglaterra deb[ía] sus libertades al progreso de la cultura y las artes”, y Leandro Fernández de Moratín, en sus *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*, fruto de un viaje por el país, afirmaba que se trataba de “una nación en que las artes, el tráfico, la industria, la agricultura, las ciencias han llegado a un punto de perfección admirable”⁵³.

Los refugiados que llegaron a Gran Bretaña en estos años procedentes de todas partes de Europa y América compartían este mito, además de ser partícipes en su construcción. El español José Blanco White, exiliado en Inglaterra años antes de los exilios liberales de 1814 y 1820, y que era un gran admirador del modelo político inglés, lo consideraba el modelo político que España debía seguir: “Un solo medio hay para poner a la nación al nivel que le pertenece entre las demás de Europa: éste es establecer un gobierno fundado en los principios que han elevado a Inglaterra al alto puesto en que se halla, fundado en verdadera libertad religiosa y civil”⁵⁴. Agustín de Argüelles, al llegar a Inglaterra en diciembre de 1823, confesaba a su amigo Lord Holland que “no elegiría jamás otro país para asilo”⁵⁵. La clave era la percepción de que Inglaterra era el lugar en el que la libertad se desplegaba de manera más perceptible. Friedrich Engels, que desarrolló su carrera profesional en Inglaterra, afirmaba en 1844: “Inglaterra es innegablemente el país más libre [free] o en otras palabras el menos *unfree*, del mundo”⁵⁶. Para muchos sectores del liberalismo europeo del siglo XIX, el modelo británico aparecía como el paradigma de gobierno representativo. En España su influencia fue comparable a la del liberalismo doctrinario orleanista francés, y durante

⁵³ Citado por Antonio ELORZA, “El temido árbol de la libertad”, en Jean-René Aymes (ed.), *España y la revolución francesa*, Barcelona, Crítica, 1989, p. 90; y Rafael ALARCÓN SIERRA, “Las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* de Leandro Fernández de Moratín: libro de viajes y fundación de una escritura moderna”, en *Bulletin Hispanique*, tomo 19, nº 1, 2007, pp. 157-186; aunque Moratín también se mostraba crítico con otros aspectos de la vida británica, como su materialismo, su colonialismo y su preeminencia comercial internacional, que consideraba, como español, frutos de la usurpación de las riquezas de otros países y de la imposición de sus intereses; citas en pp. 178 y 183.

⁵⁴ José María BLANCO-WHITE, *Antología de obras en español* (ed. de Vicente Llorens), Barcelona, Labor, 1971, p. 264.

⁵⁵ Argüelles a Holland, Londres, 2 de diciembre de 1823, reproducido en MORENO ALONSO, “Confesiones políticas”, p. 255.

⁵⁶ Citado en Bernard PORTER, “The Asylum of Nations: Britain and the Refugees of 1848” en Sabine Freitag (ed.), *Exiles from European revolutions. Refugees in Mid-Victorian England*, Nueva York-Oxford Berghahn Books, 2003, p. 50.

los primeros años de la revolución, coincidentes con la guerra contra Francia, el sosegado ejemplo británico era para muchos moderados preferible al francés, de carácter mucho más turbulento⁵⁷.

Sin embargo, también hubo exiliados que se mostraron críticos, al menos en ocasiones, con ciertos aspectos de su país de acogida. El poeta italiano Ugo Foscolo afirmó en 1823 que “los ingleses son un pueblo humano, pero no tendrán nada que ver con alguien que quiere pan”, y el ruso Aleksander Herzen (que pasó doce años exiliado en Gran Bretaña a mediados de siglo) llegó a decir que “el inglés no tiene un amor especial por los extranjeros, menos aun por los exiliados, a quienes ve como culpables de pobreza, un vicio que no perdona”. Pero sin duda el exiliado más crítico con Gran Bretaña fue el francés Alexandre Ledru-Rollin que publicó una obra (*De la décadance de l'Angleterre*) en la que pintaba una atroz imagen del país, obra que, como era de esperar, fue muy mal recibida por el público inglés⁵⁸.

No todos los exiliados españoles alababan su país de acogida, aunque en sus reproches distinguían claramente el Gobierno de la sociedad. Algunos de ellos se mostraron muy críticos con la postura que el Gobierno británico había adoptado durante la invasión francesa de 1823, que consideraban como una traición, y llegaron a renunciar a las ayudas que les fueron ofrecidas. Por ejemplo, Espoz y Mina acusó a Gran Bretaña en sus *Memorias* de haber dado “tácito consentimiento a la entrada de los cien mil franceses en España, y a las tropelías que se cometieron por la Santa Alianza con nosotros, con los napolitanos, con los portugueses y con los polacos”, lo que contrastaba con “el humano y generoso recibimiento que hemos debido a todas las clases de la nación inglesa”, lo que en su opinión era la única razón por la cual el Gobierno se había visto obligado a socorrer a los exiliados que su abandono de la causa liberal había ocasionado⁵⁹. De todas formas, y a pesar de que en ocasiones expresaran recelos acerca de la sociedad que les acogía, la opinión general entre los exiliados se decantaba hacia la admiración por Gran Bretaña.

⁵⁷ Joaquín VARELA-SUANZES, “El debate sobre el sistema británico de gobierno en España durante el primer tercio del siglo XIX”, en J. M^a Iñurritegui y J. M^a Portillo Valdés (eds), *Constitución en España: orígenes y destinos*, Madrid, CEPC, 1998, pp. 79-108; María SIERRA, “El espejo inglés de la modernidad española: el modelo electoral británico y su influencia en el concepto de representación liberal”, en *Historia y Política*, n^o 21, enero-junio 2009, pp. 139-167.

⁵⁸ Citado por PORTER, “The Asylum of Nations”, p. 55.

⁵⁹ Citado por N. COSORES, “England and the Spanish Revolution”, p. 65. Cosores también cita una carta del general Lafayette al presidente estadounidense Monroe, en la que manifestaba la opinión de que “Si vous pensiez (...) que dans ces affaires de la Peninsule la Grande-Bretagne a joué un rôle plus honnête que les autres cabinets anti-libéraux, ce serait une grande erreur”.

Sin embargo, no se puede afirmar que esta fuera la principal, o al menos la única, razón por la que llegaron al país. Es probable que tuvieran más importancia ciertas cuestiones prácticas, como su fácil accesibilidad, su estabilidad política y, sobre todo, su laxa legislación en materia de refugiados. Agustín de Argüelles confesaba a Lord Holland que su “venida a Inglaterra” había “sido atropellada y efecto de la necesidad. En otras circunstancias y procediendo libremente no elegiría jamás otro país para asilo. Pero en mi situación política (...) y mi salud otro clima del continente, señaladamente Italia me hubiera convenido mucho mejor”⁶⁰. Gran Bretaña era un lugar de relativamente fácil acceso desde España, por sus buenas comunicaciones marítimas y por su cercanía al continente. Pero, sobre todo, Gran Bretaña no sólo tenía una legislación de asilo bastante generosa, sino que también carecía de regulaciones que limitaran la llegada de refugiados. Simplemente no había leyes que permitieran negar la entrada a Gran Bretaña de refugiados o expulsarlos una vez que se encontraban en su territorio. Esta realidad jurídica tenía mucho que ver con las nociones acerca de la ley y la intervención estatal que tenía la opinión pública británica y, como ha afirmado el historiador Bernard Porter, esta toleraba los refugiados en parte porque su aversión a las regulaciones era incluso mayor que su rechazo a la entrada de extranjeros⁶¹.

En efecto, en Gran Bretaña, entre 1823 y la aprobación de la *Aliens' Act* de 1905, no le fue negada la entrada a ningún extranjero y ninguno fue expulsado, sin importar su estatus social o su ideología⁶². En ocasiones esta política laxa se interpretaba en el continente como un apoyo británico indirecto a los revolucionarios, pero tenía más que ver con cuestiones legales internas: el Gobierno británico no tenía los instrumentos jurídicos para expulsar legalmente a ningún extranjero. Y ninguno fue expulsado. Ni siquiera se pueden encontrar listas de refugiados, porque todo el mundo podía entrar libremente en el país. Únicamente tras las convulsiones revolucionarias de 1848 se aprobó una *Aliens' Act*, por miedo a la influencia subversiva de los extranjeros, pero no se llegó a ejecutar en ninguna ocasión, y en 1850, simplemente no se prorrogó.

Sin embargo, muchos *tories* y conservadores británicos no estaban tan convencidos de la conveniencia de asistir a los liberales continentales en sus cambios de

⁶⁰ Argüelles a Holland, Londres, 2 de Diciembre de 1823, reproducida en MORENO ALONSO, “Confesiones políticas”, p. 255.

⁶¹ PORTER, “The Asylum of Nations” y Bernard PORTER, *The refugee question in mid-Victorian Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997. Este es un magnífico libro sobre las actitudes de la sociedad y el gobierno británico ante la llegada de exiliados europeos en el siglo XIX, aunque deja completamente de lado el caso de los españoles. En cualquier caso se centra en los años centrales del siglo, especialmente tras 1848.

⁶² John SAVILLE, “1848 – Britain and Europe”, en Freitag, *Exiles from European revolutions*, p. 24.

régimen. Incluso entre las filas *whig* había ejemplos de personalidades cansadas de la fiebre filantrópica liberal y que desconfiaban de los compromisos que llevaría a asumir a Gran Bretaña. El colaborador de *The Edinburgh Review*, Sydney Smith, mostraba en una carta privada de forma sarcástica el hastío que muchos británicos sentían hacia los asuntos de Europa (y del resto del mundo):

“¡Por el amor de Dios, no me arrastre a otra guerra! Estoy agotado y desgastado, con las cruzadas y la defensa de Europa, y la protección de la humanidad; *tengo* que pensar un poco en mí. Lo siento por los españoles—lo siento por los griegos—deploro el destino de los Judíos; la gente de las Islas Sandwich gimen sometidos a la tiranía más detestable; Bagdad es oprimido; no me gusta el estado actual del Delta; el Tíbet no es cómodo. ¿Voy a luchar por todas estas personas?”⁶³.

De todas formas, aunque el apoyo del Gobierno británico a las causas liberales estuviese limitado por criterios de conveniencia y aunque en los casos español e italiano brillase por su ausencia, lo cierto es que la mayoría de los refugiados políticos que llegaron a Gran Bretaña en siglo XIX fueron tolerados, y más aun los que llegaron en las décadas de 1820 y 1830. Una de las razones de esta aceptación fue la poca implicación en los asuntos internos británicos que en general tuvieron los exiliados, por lo que no presentaban ninguna amenaza a las autoridades. La recepción que tuvieron por parte de la opinión pública británica los exiliados italianos, españoles y polacos en las décadas de 1820-1830 fue mucho mejor que la otorgada a otros refugiados posteriormente, en especial tras la ola represiva que siguió a las revoluciones de 1848. Además, los refugiados de 1848 se mostrarían más críticos con la sociedad e instituciones británicas⁶⁴.

Las suspicacias que podían llegar a levantar los refugiados en el Gobierno británico tenían más que ver con el terror a la conspiración universal que estaba apoderándose de las cancillerías de las potencias contrarrevolucionarias desde el éxito

⁶³ Citado en William B. WILLCOX y Walter L. ARNSTEIN, *The Age of Aristocracy, 1688-1830*, Houghton Mifflin Company, Boston y Nueva York, 2001. La cita está tomada de W.H. Auden (ed.), *The Selected Writings of Sydney Smith*, 1956, pp. 323-324.

⁶⁴ Tras las revoluciones de 1848 la percepción de los británicos de los refugiados en su país cambiaría. El tipo de exiliados que llegaron entonces era significativamente distinto al tipo romántico anterior: la mayoría era republicanos, socialistas y demócratas, y eran percibidos como revolucionarios sucios, inmorales, de clase baja, e incluso como criminales o asesinos. Con esta imagen no era sencillo que obtuvieran el apoyo de los sectores pudientes británicos. Pero tampoco se puede decir que hubiera un sentimiento de xenofobia activa contra ellos. La actitud que dominaba era más bien la indiferencia, que se manifestaba en la escasa respuesta que ahora encontraban a sus peticiones de ayuda monetaria y en la inexistencia de subsidios públicos. La vida en Gran Bretaña se volvió más dura para los emigrantes que llegaron tras 1848, y la mayoría tuvo dificultades para encontrar una ocupación y un medio de vida. Esto repercutió en sus actitudes, abundando las quejas sobre la falta de alimentos, las malas condiciones de habitabilidad o la contaminación de las ciudades británicas; PORTER, *The refugee question*.

de la revolución española de 1820 y que podía llevar a ciertas presiones diplomáticas. Londres era visto por muchos reaccionarios continentales como un centro de reunión de revolucionarios y solían lanzar acusaciones a Gran Bretaña de tolerar la presencia de elementos desestabilizadores en su territorio porque favorecía sus intereses estratégicos. En realidad, no hay ninguna prueba de que el Gobierno británico ayudara a los revolucionarios europeos y los que criticaban a Gran Bretaña por su laxitud al recibir refugiados olvidaban que Inglaterra también había sido refugio para protagonistas de la reacción, como los reyes franceses Luis XVIII y Carlos X (en 1789 y 1830), o el propio Metternich en 1848.

Las teorías conspirativas que generaban los poderes continentales, en la mayoría de los casos infundadas, eran en cualquier caso comprensibles. El malestar causado entre los gobiernos europeos por la admisión y tolerancia del Gobierno británico respecto a los conspiradores que residían en su territorio era evidente. Los regímenes continentales miraban con temor estas actividades porque eran sistemas políticos débiles, con una legitimidad contestada interna e internacionalmente. Pero este malestar no produjo enfrentamientos diplomáticos de importancia hasta después de 1848. En realidad, durante las décadas de 1830-40, fue más bien al revés. Por ejemplo, Gran Bretaña protestaba por la llegada de refugiados a sus costas mientras el Gobierno francés no hacía nada para evitarlo. Además, en este periodo Londres no era ya el único polo de llegada de refugiados, sino que también había muchos en París. Después de 1848, con una amenaza más poderosa y peligrosa por sus implicaciones republicanas y socialistas, sí que se llegó a acusar directamente a Gran Bretaña de estar del lado de los revolucionarios al aceptarlos en su territorio⁶⁵.

En conclusión, aunque en realidad la llegada masiva de refugiados no le agradaba al Gobierno, especialmente cuando era de predominio *tory*, y pese a que una parte de la población los rechazaba —aunque otros muchos se complacían de que Inglaterra fuera el refugio de los liberales perseguidos del mundo— en la mayoría de las ocasiones se les acababa simplemente ignorando. En la década de 1820 sin embargo, sí que se produjeron significativas movilizaciones populares a favor de exiliados españoles e italianos en forma de comités de ayuda y de suscripciones públicas, aunque tiempo después fueran disminuyendo en sus esfuerzos y capacidad de socorro. En Gran Bretaña, en general, a los refugiados políticos no se les veía como un problema lo

⁶⁵ PORTER, *The refugee question*.

suficientemente grave como para impulsar contra ellos unas leyes que podían ser percibidas como coercitivas y que iban en contra de la imagen de sí mismos que tenían la mayoría de los británicos.

2.1.3 El apoyo británico a los exiliados liberales

No sabemos con precisión el número de españoles que buscaron refugio en Gran Bretaña, aunque la cifra que se suele indicar, tomando como referencia las estimaciones publicadas en la prensa española editada en Gran Bretaña por los exiliados y las cifras similares que ofrecían periódicos británicos, es de unas mil familias. La mayor parte de ellos se instalaron en Londres, concentrándose en el barrio de Somers Town, al norte de la ciudad, aunque unos 400 se trasladaron a las islas británicas del Canal, en especial Jersey, atraídos por el bajo coste de la vida y la tranquilidad que ofrecían⁶⁶. Un informe de la embajada española en Londres de noviembre de 1829 cifraba el número de exiliados españoles en la capital británica en 500⁶⁷. A partir de esa fecha, en especial tras la revolución de 1830, la mayoría de ellos se trasladó al continente, principalmente a Francia y a la recientemente independizada Bélgica.

Se suele afirmar que en Gran Bretaña se exilió la elite intelectual del constitucionalismo español, formada por médicos, abogados, comerciantes, periodistas, profesores, eclesiásticos, cargos y empleados públicos y oficiales del ejército, es decir “lo que constituye el núcleo del partido llamado liberal en todos los pueblos”, en expresión de Alcalá Galiano⁶⁸. Es cierto que a las Islas Británicas llegaron predominantemente individuos con contactos y recursos, aunque como se verá más tarde, personalidades de este tipo también se trasladaron a Francia. Sin embargo, la emigración liberal española estuvo compuesta en su mayor parte, especialmente en Francia, por individuos pertenecientes a sectores socioeconómicos bajos.

La solidaridad con los refugiados procedentes de España no apareció en Gran Bretaña de manera espontánea tras el exilio sino que, como se ha visto, en ciertos sectores políticos España venía siendo considerada desde la revolución constitucional de 1820 (e incluso antes) un foco de esperanza liberal europea, al que se debía asistir. El

⁶⁶ El Ministerio de Asuntos Exteriores francés recibió una información en enero de 1829 que aseguraba que en las islas del canal residían 740 españoles; Rafael SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio. La emigración política en Francia en la crisis del Antiguo Régimen*, Madrid, Rialp, 1975, p. 123.

⁶⁷ Vicente LLORENS, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Valencia, Castalia, 2006 (1ª ed. 1954), p. 26.

⁶⁸ LLORENS, *Liberales y románticos*, p. 27.

compromiso con la causa liberal española de ciertos sectores de la sociedad británica, especialmente miembros de la izquierda *whig* y radicales, había empezado antes de la caída del Gobierno constitucional. Aunque inmediatamente después de la invasión francesa se había vivido una gran ola de solidaridad con la causa liberal española, pronto el entusiasmo se enfrió, al tenor de las malas noticias que llegaban de España, con las victorias de las tropas francesas y los conflictos intestinos en los que se encontraban inmersos los liberales españoles. Sin embargo, cuando muchos de estos se refugiaron en Inglaterra, volvió a despertarse la solidaridad de los que ya se habían comprometido de alguna forma con la causa española e incluso se incorporó a nuevos grupos.

Al menos desde mayo de 1823 —la invasión francesa se había producido en abril— se estaban organizando comités de ayuda en Inglaterra, aunque su actividad se intensificó a partir de junio⁶⁹. Los liberales españoles sabían de su existencia antes de salir al exilio y un agente en Cádiz ya les había ofrecido a algunos de ellos asilo en Inglaterra⁷⁰. La recepción de los británicos fue en general positiva, pero su intensidad variaba en función de las posiciones políticas. Alcalá Galiano, reconocido anglófilo, afirmó décadas después que “en caridad ningún pueblo aventaja ni aun iguala al británico, y de ello buenas pruebas hemos tenido no pocos españoles”⁷¹.

Los *tories*, al frente del Gobierno y recelosos del constitucionalismo español, al que veían como radical e incluso revolucionario, fueron los más fríos con los refugiados. De todas formas, muchos de ellos conservaban recuerdos positivos de España desde la Guerra de la Independencia (o *Peninsular War*) y mantenían contactos personales con algunos de los españoles que resultaron exiliados en Inglaterra.

El recibimiento de los *whigs* fue más cálido, destacando el de uno de sus más prominentes dirigentes políticos, Henry Vassall-Fox, barón de Holland, un apasionado de España que venía manteniendo desde hacía décadas contactos con liberales españoles y que durante el primer exilio de 1814-1820 se había destacado por su apoyo a ellos. Desde 1823 Holland se convirtió de nuevo en el principal anfitrión londinense de los exiliados españoles, además de prestar ayuda a exiliados de otras zonas, como los

⁶⁹ BL, MSS 36460, f. 42, (Lansdowne-Taylor a Hobhouse, 20 de mayo de 1823) y ff. 47-48 (Edmund Henry Barker a Hobhouse, 23 de mayo de 1823). En mayo de 1823 los radicales de Manchester habían hecho una donación de 100 libras desde los fondos de la *Northern Union*; COSORES, “England and the Spanish revolution”, p. 97.

⁷⁰ BL, MSS 36460, f. 117.

⁷¹ ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, p. 205. “En el suelo británico, al amparo de las leyes, favorecidos por la opinión, si no patrocinados socorridos por el Gobierno, libres en cuanto cabe estarlo entre un pueblo libre”, p. 207.

italianos. Acogió y recibió en su casa a españoles pertenecientes a todas las facciones liberales, desde moderados doceañistas (con los que más coincidía políticamente) como Argüelles, Toreno, el general Álava o Martínez de la Rosa, a los más exaltados como Flórez Estrada o Romero Alpuente, pasando por los del grupo de Espoz y Mina⁷².

Pero fueron los conocidos como “radicales” los más entusiastas con la llegada de los españoles, pues los recibieron, según Alcalá Galiano, “con los brazos abiertos, como a hermanos y mártires por una causa que les era común”. Sin embargo, hay que tener presente que la confusión era importante, y que la diferencia entre las expectativas de los radicales británicos y la realidad de las opiniones políticas de muchos de los liberales españoles podía llegar a ser grande. Como el mismo Alcalá Galiano decía, no todos los españoles “profesaban su fe [de los radicales], por otra parte mal conocida de la turba de desterrados, cuyas doctrinas eran confusas y limitadas”. De todas formas los radicales darían muestras de confiar en la causa liberal española a través de unas acciones en las que demostraron un compromiso real y en las que participaron numerosos obreros y sindicalistas. Entre los que apoyaron a los liberales españoles se encontraba Henry Hunt, uno de los principales líderes del movimiento radical, que presidió el 3 de junio de 1823 en Londres una de las primeras reuniones solidarias y a la que asistió un público entregado formado por “artesanos y mecánicos”. Hunt colocaba como parte de la misma lucha la causa de los liberales españoles con la del “pueblo de Manchester”⁷³.

La solidaridad con los españoles que llegaban a Gran Bretaña estaba extendida entre la sociedad y los políticos británicos, especialmente entre los sectores más a la izquierda de los *whigs* (el ala conocida como *mountain*, en referencia a la asamblea revolucionaria francesa) y los radicales. Pero el temor a que la acogida fuera puesta en peligro por su identificación en exclusiva con posiciones radicales –Lord Lansdowne ya había rechazado en mayo la oferta del Comité español de presidir la reunión pública en la que se pretendía organizar el movimiento solidario argumentando que el Comité estaba formado por personas “de la misma o muy parecida opinión política”– llevó a una cierta despolitización de la causa española, centrándose su discurso en aspectos humanitarios y en la memoria de la Guerra peninsular. Así, cuando los primeros

⁷² Manuel MORENO ALONSO, *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1997, p. 358; LLORENS, *Liberales y románticos*.

⁷³ COSORES, “England and the Spanish revolution”, p. 97; *The Times*, 14 de junio de 1823. Hunt se estaba refiriendo a las protestas que terminaron con la matanza de Peterloo en agosto de 1819.

españoles empezaron a desembarcar, en el recibimiento que se les dio –en muchas ocasiones entusiasta, como en el caso de Espoz y Mina— destacaba la ausencia de referencias a la política reciente española y la abundancia de alusiones a la colaboración heroica de los españoles y británicos en la lucha contra Napoleón. Los radicales habían planeado ofrecer una gran recepción a Mina, pero eran conscientes de que no debía convertirse en una manifestación política radical para no poner en peligro las aportaciones de la aristocracia⁷⁴.

En cualquier caso, al margen de los alineamientos políticos, la sociedad británica recibió de tal forma a los exiliados que estos –como quizá no podía ser de otra forma— se mostraron por lo general agradecidos. Años después, Alcalá Galiano recordaría en sus memorias que “el capricho popular, más fuerte en el pueblo inglés que en los demás del mundo, se mostró en nuestro favor, debiendo añadirse que en diez años tal favor apenas tuvo menoscabo”⁷⁵. Sectores importantes de la sociedad civil británica acudieron rápidamente a auxiliar a los exiliados españoles, de forma similar a como lo harían con los italianos por las mismas fechas. Como admitió Alcalá Galiano, el Gobierno acudió a la ayuda tarde y, cuando lo hizo, fue con reticencias: “Ocurrir a cubrir las necesidades de tantos desdichados fue una de las primeras atenciones de los ingleses, y antes que su Gobierno lo hiciese, como vino pronto a hacerlo con no común generosidad, hubo de anticiparse el público por medio de cuantiosas suscripciones”⁷⁶.

Muchos de los británicos involucrados en actividades filantrópicas en relación a los europeos que llegaban a las costas del país en las décadas de 1820 y 1830 cultivaban una imagen complaciente de su patria. La llegada de tantos refugiados políticos a Gran Bretaña era una señal de su prestigio internacional y una prueba de su tolerancia y de la fortaleza de sus libertades, así como de una estabilidad que no podía ser alterada por la llegada de agitadores políticos. Esta era una perspectiva de la que hasta los más conservadores no podían dejar de regocijarse. Los británicos defendían una y otra vez la imagen de su país como refugio de la libertad y faro del mundo. Los radicales y *whigs* británicos, aunque críticos con la situación del momento y defensores de la necesidad de intensas reformas, de todos modos no podían dejar de celebrar las libertades británicas, un aspecto característico del naciente y chovinista liberalismo británico. Dos de los

⁷⁴ Christiana BRENNECKE, “Internacionalismo liberal, romanticismo y sed de aventuras. La oposición inglesa y la causa de España en los años veinte del s. XIX”, en *Según Congrès Recerques*, pp.459-474; la cita de Lansdowne en p. 464.

⁷⁵ ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, pp. 208-209.

⁷⁶ ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, p. 209.

principales activistas a favor de los exiliados españoles son un buen ejemplo de esta actitud. El periodista radical Thomas Wooler consideraba a Inglaterra “el único punto en el que una chispa de la libertad europea se mantiene”⁷⁷ y John Cartwright hizo pronunciar en un libro publicado en 1823 al personaje de un ficticio exiliado francés en suelo británico las siguientes palabras: “Seguramente debemos mirar a la Inglaterra en lo político como otra Tierra Santa, pues es el país donde primero se vio una forma de buen gobierno, y de donde con el tiempo se había de difundir a las demás naciones, el arte de gobernar”⁷⁸.

La sociedad británica, y especialmente la inglesa, disponía desde el siglo XVIII de los instrumentos adecuados para responder a este impulso filantrópico y que en la práctica se tradujo en la formación de comités privados y en la creación de suscripciones públicas organizadas por esos mismos comités. La progresiva comercialización de la sociedad inglesa desde el siglo XVIII, especialmente con la extensión del crédito gracias a la democratización de diversos instrumentos financieros, fomentó la participación de una significativa parte de la población, especialmente la cada vez mayor “clase media”, en los asuntos públicos. En palabras de John Brewer, “la apertura de la política y de la iniciativa empresarial [enterprise] fueron en tándem”. En una economía caracterizada por una fuerte inestabilidad, y en donde las crisis eran recurrentes y podían aparecer de improviso por razones diversas —como guerras, conflictos políticos, la firma o ruptura de acuerdos comerciales o la aparición de adversas condiciones climatológicas en lugares alejados— el interés por la información nacional e internacional aumentó considerablemente. A este interés respondió la creciente prensa local, que con asiduidad publicaba noticias internacionales. De esta forma se estimuló la participación en política de un número creciente de ciudadanos, llevando a muchos a la certeza de que las cuestiones económicas que más directamente les afectaban y la política eran parte del mismo asunto. Uno de los medios a través de los cuales los británicos del periodo pretendían al mismo tiempo protegerse de las adversidades económicas y aumentar su implicación política fue la formación de diferentes asociaciones como clubes y logias que reportaban beneficios mutuos a sus miembros. Estas nuevas formas de sociabilidad e identificación desempeñaban

⁷⁷ Thomas Jonathan Wooler a Slade, Londres, 10 de diciembre de 1823, BL, MSS 27937 f. 84-87.

⁷⁸ John CARTWRIGHT, *Diálogo político entre un italiano, un español, un francés, un alemán, y un inglés. Escrito en este último idioma por Juan Cartwright, y traducido del mismo al español por un apasionado suyo*, Londres, en la imprenta de R. Taylor, Shoe-lane, 1825, p. 7. Una nota de la British Library dice que el traductor es Miguel del Riego, aunque la obra solo está dedicada a él.

importantes funciones sociales y, a través de la formación de elaborados sistemas de reciprocidad entre sus participantes, permitían escapar de los sistemas de clientelismo en los que estaban basadas las relaciones sociales, económicas y políticas. Los fondos o suscripciones —una forma muy flexible pues permitía a prácticamente todo el mundo participar— organizados por este tipo de asociaciones se convirtieron en la forma más común de recaudar dinero para todo tipo de empresas, generalmente filantrópicas o culturales⁷⁹. Este tipo de asociaciones presentaban similitudes tanto ideológicas como de organización con las que se habían desarrollado en la España del Trienio, en especial con las sociedades patrióticas, pero también con sociedades de carácter secreto como la masonería o las que agrupaban a comuneros y anilleros, y por lo tanto no eran desconocidas para los españoles.

En definitiva, fueron estos medios de sociabilidad y de asistencia los que se movilizaron a la llegada de los refugiados europeos a Gran Bretaña y sirvieron para constituir los comités de ayuda a los exiliados españoles, italianos (y polacos a partir de 1830), así como los filohelénicos. Asimismo, las redes sociales basadas en estos clubes y asociaciones voluntarias, nacidas en la Gran Bretaña del siglo XVIII y muy extendidas ya en el primer tercio del XIX, fueron movilizadas en esta causa. En estas actividades de ayuda al liberalismo español participaron individuos provenientes de todos los sectores sociales y estratos económicos. El diputado Hobhouse se mostraba particularmente orgulloso de que la solidaridad con España comprendiera a “todos los rangos del pueblo británico”⁸⁰.

El 13 de junio de 1823, tras una reunión celebrada en una taberna londinense, comenzaron las gestiones para la creación de un comité de apoyo a los exiliados españoles y se abrió una de las primeras suscripciones a su favor. A la reunión, presidida por Lord Bentinck, acudieron muchas de las figuras que en los meses anteriores se habían mostrado como simpatizantes de la causa española, muchos de ellos

⁷⁹ Además, las asociaciones voluntarias atravesaban todos los segmentos socioeconómicos y políticos, convirtiéndose así en uno de los principales medios a través de los cuales se podían erosionar las rigideces de la sociedad estamental. Estas formaciones se revelarían como portadoras de importantes consecuencias políticas. El propósito inicial de asegurar independencia y seguridad económica se trasladó de forma natural al objetivo de obtener esas mismas condiciones en la arena política. Los clubes que decidieron irrumpir en la política emplearon como plataforma la experiencia organizativa y las redes de contactos sociales generados por estas asociaciones. Estas estrategias asociativas se desarrollaron especialmente en ambientes políticos radicales, como en el caso de John Wilkes y la creación de una cultura política radical alrededor de su figura a partir de la década de 1760; John BREWER, “Commercialization and politics”, en Neil McKendrick, John Brewer, J. H. Plumb, *The Birth of a Consumer Society. The commercialization of eighteenth-century England*, Londres, Hutchinson, 1983, pp. 197-262, cita en p. 200.

⁸⁰ COSORES, “England and the Spanish revolution”, p. 97.

diputados. Destacaban J. Mackintosh, John Hobhouse, Lord Nugent, Lord Russell, Henry Brougham, J. Hume, J. G. Lambton. En la reunión se mencionaron las andanzas de Wilson en España y se leyeron sus demandas de ayuda. Pero además de estas personalidades de primera fila, se encontraban presentes individuos y organizaciones provenientes de sectores populares y de trabajadores, como los oficiales del gremio de zapateros (“journeymen shoemakers”) que aseguraron que creían que era su obligación promover una suscripción nacional y propusieron iniciar una aportación semanal por parte de sus colegas de 250 libras. En la reunión se aprobó una resolución que, tras mostrar la admiración por el pueblo español y su lucha por la libertad, ^{instaba} a los británicos “de toda clase” a que participaran en la suscripción en la medida de sus posibilidades. Las personalidades presentes dieron ejemplo, donando importantes cantidades. En total ese día se recolectaron 4.795 libras (Lambton aportó 1.000, Sir Francis Burdett 500 y Hobhouse, junto a otros, 100). Quedó formado el Comité Español con Lambton como presidente⁸¹. Entre los primeros dirigentes se encontraban Sir Francis Burdett como tesorero, el Coronel Leicester Stanhope (uno de los principales activistas filohelénicos), los diputados Thomas Denman y Hobhouse como administradores, autorizados a manejar el dinero recibido y con la obligación de informar de su uso al comité. Otros miembros iniciales fueron el diputado W. Johnson, y John Bowring (que había residido en España, se había interesado en los asuntos políticos españoles y había fundado en Madrid la primera sociedad filohelénica europea), el Doctor Machan y el banquero A. Baring⁸².

El *Times* del 19 de junio informaba de que continuaron celebrándose reuniones y abriéndose suscripciones por todo el país, en grandes ciudades como Edimburgo o en pequeñas poblaciones. En Liverpool se formó un nuevo *Spanish Committee*. Grandes personalidades de la sociedad británica participaron en estas actividades, como el economista David Ricardo o el filósofo Jeremy Bentham. También llegaron aportaciones desde instituciones y corporaciones, como el ayuntamiento de Londres (1.000 libras), los periódicos *The Times* (100), *The Morning Post* (21) y *The Morning Chronicle* (25). No solo se contribuyó desde sectores acomodados, sino que también participaron obreros, artesanos, escolares, viudas y hasta “cuatro hombres pobres”, que ofrecían cantidades menos elevadas y por lo general de forma anónima⁸³. A la altura del

⁸¹ *The Times*, 14 de junio de 1823, cubrió la reunión.

⁸² BL, MSS 36460, f. 195; COSORES, “England and the Spanish revolution”, p. 99.

⁸³ Sin embargo, la donación más alta (5.000 libras) también llegó de forma anónima.

12 de julio, se habían recaudado un total de 15.930 libras, pero a partir de entonces la actividad empezó a decaer, aunque en diciembre se volvió a formar un nuevo comité en Londres para ofrecer ayuda a los miles de refugiados españoles que habían empezado a llegar a Gran Bretaña. De nuevo el *Times* jugó un papel clave en la recaudación de fondos y el día 12 ya se habían obtenido 1.912 libras. Pero una vez que la campaña llevada a cabo por parte de la prensa y por los activistas perdió su protagonismo en la opinión pública, el entusiasmo se enfrió y con él las donaciones. Este ^{descenso} se explica por múltiples razones: la propagación de noticias que desprestigiaban la causa de los liberales españoles (como la que acusaba a Riego de haber cometido atrocidades de guerra, que eran despreciadas como “calumnias” por sus simpatizantes); la fuerte politización de la causa española hacia posiciones radicales que desanimaba y dividía al movimiento solidario, aunque desde su interior se asegurara que no tenía vinculaciones directas con ningún interés partidista; o las maniobras del Gobierno *tory*, que obligó al comité a disolverse. En diciembre de 1824 se formó un nuevo comité en Londres (el *City Committee for the relief of the Spanish and Italian refugees*) que, considerando que el primer comité había fracasado por haber estado “compuesto por individuos favorables a la causa constitucional en España, y por tanto su objeto mezclado con sentimientos partidistas”, en expresión del diputado John Smith, dejó de lado cualquier alineamiento político y apeló a la lucha contra Napoleón y a sentimientos de solidaridad y compasión cristiana para auxiliar a los exiliados españoles e italianos. En unos días pudo recaudar 4.283 libras, gracias sobre todo a pequeñas donaciones; las más grandes fueron en su mayor parte anónimas. Cuando en enero de 1827 recibieron una carta desde París en la que se decía que el Comité mantenía relaciones con antiguos combatientes de la legión extranjera, se la trasladaron al Gobierno, asegurándole que no “prestaría atención a comunicaciones de esta naturaleza” y nunca llevaría a cabo acciones en contra de la opinión gubernamental. Por tanto, el comité se limitó a organizar las donaciones privadas destinadas a los exiliados. Desde febrero de 1827 el comité se vio reforzado por la formación de un *Ladies Committee for the Relief of the Spanish Refugee Families*, dirigido por Catherine Sharpe y otra dama inglesa. Entre 1827 y 1834 ayudaron a 35 familias⁸⁴. Según una lista del 4 de octubre de 1828, el *City*

⁸⁴ COSORES, “England and the Spanish revolution”, pp. 98-101; BRENNECKE, “Internacionalismo liberal”, pp. 466-467, incluida la cita de Smith y la carta al gobierno; sobre el *Ladies Committee*, Christiana BRENNECKE, *Von Cádiz nach London. Spanischer Liberalismus im Spannungsfeld von nationaler Selbstbestimmung, Internationalität und Exil (1820–1833)*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2010, pp. 155-156.

Committee ayudó a 153 hombres, 29 mujeres y 43 niños⁸⁵. La existencia de varios comités de ayuda a los españoles, que además combinaban sus acciones con otros comités de ayuda a italianos y griegos, hizo que se iniciase una cierta competencia entre ellos. Surgieron además algunos problemas en relación con la gestión de los fondos de los comités, formados en su mayor parte de donaciones privadas. La armonización de los intereses y preferencias de todos los benefactores no era tarea fácil⁸⁶.

Varios de los miembros de los comités de ayuda eran miembros del Parlamento británico y llevaron allí la cuestión de los refugiados españoles, logrando que se vivieran intensos debates acerca de ella, colocándola de esta manera en la agenda política. Uno de los más notorios fue el que tuvo lugar en febrero de 1824. Los diputados que habían denunciado en los meses anteriores el principio de no intervención apoyaron a los exiliados españoles que llegaban a Gran Bretaña. Brougham pidió ayuda para ellos, apoyándose en la “simpatía y la amabilidad” que existía a su favor en Inglaterra y alabando que hubieran preferido una “honesta pobreza (...) a la riqueza adquirida por abandonar sus principios”⁸⁷. Asimismo, demandaron la retirada de la *Alien Bill*, que permitía al Gobierno utilizar medidas excepcionales con los extranjeros y daba facilidades para su expulsión. El Gobierno se opuso a la adopción de esta medida, aunque como ya se ha mencionado, la aplicación de esta ley fue prácticamente nula, y ningún refugiado fue expulsado de Gran Bretaña⁸⁸.

Sin embargo, el clamor de simpatía por el liberalismo europeo que invadió ciertos sectores de la sociedad británica alcanzó algunos éxitos en su presión a las autoridades. Gracias en parte a este tipo de presiones, los refugiados españoles recibieron una ayuda oficial por parte del Gobierno británico que complementó las privadas del Comité Español. El Gobierno accedió a destinar fondos para la ayuda de los refugiados y en 1826 se eliminaron las medidas contra la entrada de *aliens* que habían estado en vigor desde el inicio de la Revolución francesa. Además, los propios exiliados españoles solicitaron ayuda al Gobierno al llegar a Gran Bretaña y alcanzaron las máximas instancias. Cuando Agustín de Argüelles llegó a Londres se puso inmediatamente en contacto con su viejo amigo Lord Holland con el objetivo de que

⁸⁵ Public Record Office, Foreign Office, 72/ ff. 70-78, citado por BRENNECKE, “Internacionalismo liberal”, p. 467.

⁸⁶ BL, MSS 36460, ff. 47-48, Edmund Henry Barker a Hobhouse, 23 de mayo de 1823.

⁸⁷ 3 de febrero de 1824, Hansard, House of Commons, v. 10, pp. 65, 70.

⁸⁸ COSORES, “England and the Spanish revolution”, p. 94.

usara su influencia para conseguir del Gobierno británico una pensión para los exiliados españoles⁸⁹.

Lord Liverpool, jefe del Gabinete, y el *Chancellor of the Exchequer*, decidieron aprobar únicamente la solicitud de aquellos españoles “que han estado empleados en el Ejército Británico, o bajo autoridades británicas en España, o que de otra forma han prestado servicio a nuestras operaciones militares en ese país”. Por lo tanto, el motivo oficial era la conveniencia de prestar ayuda a veteranos de la *Peninsular War* y no una expresión de apoyo a la causa política que había motivado el exilio de los españoles. El *Chancellor of the Exchequer* contactó con el duque de Wellington para que fuera el encargado de realizar una investigación acerca de cuáles eran los individuos cualificados para recibir la ayuda establecida, y para gestionar después los fondos destinados a socorrer a los españoles. Wellington fue el elegido por su participación en la Guerra Peninsular al frente de las tropas británicas. El aristocrático Wellington veía esta ayuda como una obligación indeseada y consideraba que debía limitarse a las “personas principales”. Es más, en su opinión la iniciativa privada podía dejar al Gobierno en una situación comprometida. Los socorros concedidos por el comité español podrían inducir a “Emigrantes de todos los Países Extranjeros a acudir a Londres para obtener medios de subsistencia; y cuando el comité no tenga ya nada más que darles, tendremos un número acumulado de Emigrantes con los que no sabremos qué hacer”⁹⁰.

Con la información recibida de Wellington, Lord Liverpool y Mr. Robinson decidieron dedicar 4.100 libras, que serían obtenidas “out of His Majesty’s Royal Bounty”, con la autorización del rey. Esta ayuda se limitaría sólo al año en curso. Sin embargo, a pesar de estas limitaciones iniciales, la ayuda continuó llegando después⁹¹. Gracias a los pagos realizados a través de Wellington, entre el 2 de abril de 1825 y el 30 de noviembre de 1827 los refugiados españoles recibieron por parte del Gobierno británico un total de 46,185.8.4 libras⁹². A la altura de octubre de 1828 las ayudas

⁸⁹ MORENO ALONSO, *Forja del liberalismo*, pp. 361-363.

⁹⁰ Wellington a Aberdeen, 12 de septiembre de 1828, FO, 72/351, ff. 49-52; citado por BRENNECKE, *Von Cádiz nach London*, pp. 150-151.

⁹¹ BL, MSS 57449, ff. 24-26. El documento no tiene fecha, pero debe ser de la segunda mitad de 1823, cuando empezaron a llegar españoles a Gran Bretaña, con lo cual la ayuda no iba a ser demasiado alta.

⁹² BL, MSS 57449, f. 34. Statement of Payments made by the Agent for Commisariat Supplies on account of Distressed Spanish Refugees. Sin embargo, en algunos momentos las ayudas se cancelaron, como a finales de 1824, y solo se reanudaron tras la presión de la prensa; COSORES, “England and the Spanish revolution”, p. 101.

mensuales del Gobierno británico llegaban a 367 hombres, 78 mujeres y 118 niños⁹³. Pero al menos desde noviembre de 1828 Wellington aseguraba que no se concederían más ayudas desde el Tesoro público⁹⁴.

A pesar de las ayudas prestadas por los comités, de las suscripciones en las que amplios sectores de la sociedad participaban y de la ayuda gubernamental, la situación de los exiliados españoles continuó estando, por regla general, cercana a la miseria. Con el paso de los años la solidaridad provocada por la guerra y en el entusiasmo acerca del liberalismo peninsular se fueron perdiendo, y el resultado fue que la situación de los exiliados españoles pasó progresivamente a un segundo plano. Por ejemplo, a la altura de 1830 la situación de alguien tan notorio y con contactos tan amplios como el general Espoz y Mina en Londres era bastante precaria. La suscripción privada que había sido organizada a su favor a su llegada a Inglaterra estaba agotada. Un grupo de sus amigos británicos decidió comenzar otra suscripción. Lord Holland, Sir Francis Burdett, Robert Otway Cave⁹⁵ y Mr Capel aceptaron colocar sus prestigiosos nombres como reclamo para obtener donaciones, además de participar ellos mismos en el fondo (Holland con una suscripción anual de 10 libras, Burdett con una de 25 y Otway Cave con una donación de 25 y una suscripción de 10). Consiguieron reunir altas donaciones de M. L. Prevost (200 libras) Edward Ellice (50), John Smith (50), John Abel Smith (50), así como suscripciones anuales de Lord Nugent (10) y Ellice (20), y se abrió una cuenta en la casa Ransom & Co para recibir las suscripciones⁹⁶. Como este caso ilustra, sin la movilización de personalidades importantes de la vida pública británica, la situación de los exiliados españoles hubiera sido mucho más dura. De todas formas, la mayoría de ellos, sin los contactos que proporcionaban la fama y la posición de los líderes del liberalismo, no estaban en condiciones de obtener este tipo de ayuda. La mayor parte tuvo que sobrevivir ejerciendo todo tipo de trabajos y actividades profesionales para las que no siempre se encontraban cualificados.

⁹³ Public Record Office, Foreign Office, 72/ ff. 62-69, citado por BRENNECKE, "Internacionalismo liberal", p. 467.

⁹⁴ Wellington a Catherine Sharpe, Londres, 8 de noviembre de 1828, citado por BRENNECKE, *Von Cádiz nach London*, p. 158.

⁹⁵ Robert Otway-Cave (17??-1844), hijo de Henry Otway y la tercera baronesa Braye, fue diputado por Leicester desde 1826 a 1830 y por Tipperary en 1832 y después desde 1835 a 1844. Estaba casado con Sophia Burdett, hija de Sir Francis Burdett.

⁹⁶ BL, MSS 27937, ff. 113-115.

2.1.4 Londres, punto de encuentro de exiliados

Junto a los españoles, llegaron también a Gran Bretaña exiliados de otras nacionalidades. Algunos de ellos, especialmente napolitanos y piamonteses, lo hicieron tras haber estado refugiados en la España del Trienio y en este sentido fueron compañeros de emigración de los españoles, mientras que otros fueron llegando a Gran Bretaña a lo largo de los años procedentes directamente de sus países de origen. Algunos de los italianos lo hicieron a través de Francia, donde habían sido recluidos como prisioneros de guerra.

Los italianos fueron probablemente los exiliados mejor recibidos en Gran Bretaña debido al gran interés que existía por Italia en el país. Existía entre los sectores educados británicos una extendida admiración por la cultura, el arte, la literatura y la historia italiana y en general por su pasado glorioso desde la Antigüedad, que contrastaba con la situación coetánea. Muchos exiliados italianos aprovecharon esta circunstancia y sus contactos con italianófilos como Samuel Rogers o Charles MacFarlane, para procurarse medios de supervivencia. De forma similar a los españoles, pero con más éxito, ejercieron como profesores de lengua y literatura italiana, además de otras disciplinas artísticas.

El atractivo cultural italiano también tenía implicaciones políticas. A través del interés que había por su literatura los exiliados italianos podían tratar los temas políticos que les interesaban. En una carta que Giuseppe Pecchio escribió a Giuseppe Giglioli en febrero de 1833, afirmaba que la literatura era “un poderoso instrumento capaz de derrotar al despotismo”⁹⁷. Así, por ejemplo, Gabriele Rossetti publicó en Londres en 1826 una interpretación de la *Commedia* de Dante en la que reflejaba la ideología política de los carbonarios. En esta obra implícitamente trazaba paralelismos entre la generación de patriotas exiliados decimonónicos con la de Dante, el paradigma de exiliado. Tanto unos como otros eran miembros de sociedades secretas, se encontraban fuera de su país por motivos políticos y eran apasionados amantes de la libertad. Rossetti no fue el único en realizar una comparación similar que tan bien venía para obtener las simpatías del público británico. Años más tarde, en 1848, Gallenga retomaría el tema de Dante en *Italy, Past and Present*. Pero la obra patriótica más popular publicada en Inglaterra fue el libro de Silvio Pellico *Le mie prigioni*, reeditado

⁹⁷ Citado por Maurizio ISABELLA, “Italian Exiles and British Politics before and after 1848”, en Freitag, *Exiles from European revolutions*, pp. 59-87, p. 80.

en Londres por el exiliado piamontés Pietro Rolandi, que entre 1826 y 1863 regentó una librería que se especializó en el comercio de libros sobre temas italianos. Esta obra de Pellico fue fundamental para la construcción que, para la opinión pública internacional, los exiliados italianos realizaron de la leyenda negra antiaustriaca. A través de detalladas y en ocasiones exageradas descripciones de la crueldad de los austriacos, denunciaban no solo la represión llevada a cabo, sino la mera ocupación o influencia del imperio de los Habsburgo en la Península italiana. El público británico estaba dispuesto a aceptar la proyección de esta imagen negativa de uno de sus principales rivales continentales y a seguir propagándola, como por ejemplo hacía Henry Brougham en su *Political Philosophy* al referirse al “poder arbitrario” ejercido en Milán. Otra personalidad que, como Brougham, apoyaba simultáneamente las causas española e italiana y trató en sus escritos la cuestión de la presencia austriaca en Italia fue John Hobhouse⁹⁸.

Varios exiliados portugueses se habían instalado en Inglaterra tras la Vila-Francada de mayo de 1823, entre ellos destacados liberales como José Ferreira Borges, Francisco Xavier Monteiro, José da Silva Carvalho, Duarte Lessa, Almeida Garrett, Francisco Simões Margiochi y João Bernardo da Rocha Loureiro, aunque su número nunca alcanzó grandes proporciones debido a la amnistía de 1824. Pero a lo largo de la década siguiente continuaron llegando exiliados portugueses, en especial a partir de la proclamación de Miguel I como rey en 1828 y su deriva absolutista en los meses siguientes. Los portugueses exiliados acusaron a Miguel en la prensa y los libros que publicaron en Inglaterra de haber usurpado la corona, contribuyendo así a la internacionalización de la cuestión portuguesa (de hecho, solo España, el Vaticano y Estados Unidos reconocieron al nuevo monarca). A medida que los liberales portugueses prosiguieron su oposición al régimen miguelista a través de varios pronunciamientos, continuaron llegando exiliados a Inglaterra huyendo de la creciente represión. Un grupo importante, entre los que se encontraba el historiador Simão José Luz Soriano, lo hizo atravesando Galicia, desde donde consiguieron llegar a Plymouth. En la ciudad inglesa formaron el conocido como “depósito de Plymouth” (o *Barracão*). A pesar de que los exiliados portugueses contaron con la ayuda de algunos compatriotas

⁹⁸ Más ejemplos de la crítica de los *whigs* a la presencia austriaca en Italia, y paralelas visiones con relación a la invasión francesa de España, en COSORES, “England and the Spanish Revolution”, p. 81. *Le mie prigioni* fue traducida poco después al castellano.

comerciantes residentes en Inglaterra y recibieron algunos subsidios, sus condiciones de vida fueron penosas.

Además de los exiliados europeos, se encontraban en Londres un importante número de diplomáticos de las repúblicas hispanoamericanas con los que estos mantuvieron contactos intensos, que se traducirían en diversas colaboraciones de carácter político. Fueron especialmente fructíferos los numerosos proyectos editoriales que exiliados españoles y enviados hispanoamericanos sacaron adelante conjuntamente. Asimismo, también entraron en negociaciones acerca de la posibilidad de unir fuerzas en la lucha contra la monarquía de Fernando VII. Estos aspectos serán analizados en profundidad en los capítulos de la Parte III.

Así pues, Gran Bretaña se convirtió durante la década de 1820 en uno de los centros, probablemente el más importante, del exilio internacional. Varias fueron las razones de que esto sucediera: la experiencia previa de acogida en años anteriores, la facilidad de acceso, el fortalecimiento durante los años de la reacción europea de una imagen internacional como país tolerante a la que ayudaba la calculada oposición de su Gobierno a la Santa Alianza, la simpatía de la opinión pública con las causas liberales del continente, y la laxitud de su legislación acerca de la instalación de refugiados extranjeros en su territorio.

2.2 Exiliados en Francia, 1823-1830

“Une circonstance qui a beaucoup compliqué les relations de la France et de l’Espagne, c’est la retraite successive en France d’Espagnols appartenant à trois nuances d’opinions opposés : les *afrancesados* ou partisans de Joseph Napoléon qui sont pas été rappelés depuis 1814 ; les constitutionnels de toutes les époques et les *agraviados* ou royalistes compromis dans la révolte de Catalogne de 1827. Les deux dernières classes n’ont pas cessé de tramer des conspirations pour rallumer la guerre civile dans leur patrie”⁹⁹.

2.2.1 Francia en la década de 1820

En 1823, la opinión pública liberal francesa había fracasado en su intento de evitar la invasión de España. Tras el descalabro de las conspiraciones y el éxito de la invasión de España, que calmó los ánimos de muchos militares que se habían visto envueltos en los complots, los carbonarios y otros opositores franceses se centraron en el empleo de

⁹⁹ AMAEF, Mémoires et Documents, France Vol. 725; État de relations politiques et commerciales de la France, Espagne, 1830.

medios legales en su lucha contra la monarquía. Entre ellos destacó la fundación en 1824 del periódico liberal *Le Globe*¹⁰⁰, aprovechando la libertad de prensa que existía en Francia. A pesar de los intentos de los contrarrevolucionarios, Francia vivía una situación de moderadas libertades civiles y políticas. La libertad de prensa estaba asegurada por el artículo 8 de la carta de 1814, lo que permitió la existencia de una desarrollada opinión pública¹⁰¹. De todas formas, los intentos del Gobierno de recortar la crítica de los periódicos llevaron a intensas movilizaciones, lideradas por organizaciones como la Sociedad de la Libertad de Prensa, fundada en 1818.

Como el ejemplo de la libertad de prensa ilustra, el sistema parlamentario de la monarquía constitucional instaurada desde 1814 debía más al modelo británico que al legado revolucionario francés. Se trataba de una monarquía constitucional en la que existía la separación de poderes y un moderado reconocimiento de libertades, pero que resultaba excepcional si se comparaba con el resto de monarquías europeas del momento. De todas formas, existía un importante enfrentamiento político entre los liberales, divididos en varias corrientes, y los sectores ultras que aspiraban a monopolizar el poder e impedir el acceso a él a los intereses reformistas. El Gobierno se encontraba arrinconado entre ambos extremos, aunque tendía a mostrarse más receptivo con las demandas de los reaccionarios, especialmente tras la subida al trono en 1824 de Carlos X, de convicciones ultras y obsesionado por el peligro revolucionario. Una de sus primeras medidas fue la aprobación de una serie de leyes clericales, como la Ley contra el Sacrilegio, que polarizó aun más el tenso ambiente político, provocando una ola de anticlericalismo por todo el país¹⁰².

Inicialmente, las nuevas tácticas pacíficas de los liberales no dieron buenos resultados. Tras las revoluciones de inicios de la década de 1820, que asustaron a muchos votantes, los realistas obtuvieron una serie de victorias electorales, hasta el

¹⁰⁰ Jean-Jacques GOBLOT, *La jeune France libérale. Le Globe et son group littéraire, 1824-1830*, París, Plon, 1995.

¹⁰¹ La prensa liberal estaba liderada por *Le Constitutionnel*, con 20.000 suscriptores en 1826, en el que escribían Thiers y Casimir Périer. Sin embargo, el periódico liberal más distinguido era el *Courier*, aunque solo con 6.000 suscriptores, editado por Benjamin Constant y Broglio. El segundo periódico con más tirada era el *Journal des Débats*, fundado por el conservador Chateaubriand, que sin embargo apoyaba la libertad de prensa, y en el que escribían liberales doctrinarios como Guizot y Royer-Collard. La prensa ultra estaba representada por *Le Quotidienne*, *La Gazette* o *Le Drapeau Blanc* y también tenía una importante participación en la formación de la opinión pública y en la movilización política. En el resto de Europa, con la excepción de Gran Bretaña, no existía una situación comparable en la década de 1820. Solo en la España del Trienio se había podido vivir una libertad de prensa semejante.

¹⁰² Pamela PILBEAM, *The constitutional monarchy in France, 1814-48: Revolution and Stability*, Harlow, Longman, 1999. En su opinión, si no hubiera sido porque Carlos X era el líder de los ultras, estos habrían pasado desapercibidos.

punto de que en 1824 los liberales habían sido reducidos a tan solo 19 miembros en la cámara de Diputados, y un nuevo Gobierno más cercano a los ultras, con Villèle a la cabeza, se puso al frente del país. En las elecciones de 1824 los liberales sufrieron una importante derrota. Muchos de los diputados más conocidos no pudieron renovar sus cargos, entre ellos Manuel, el símbolo de la oposición a la guerra de España¹⁰³.

El electorado estaba compuesto por una elite minoritaria que rechazaba claramente cualquier tendencia democrática. La mayoría de los votantes eran realistas moderados, aunque existía también un creciente número de liberales más o menos progresistas (por un lado los doctrinarios y por otro los grupos más radicales que aspiraban a una transformación profunda del sistema político). Pero los intentos llevados a cabo desde el Gobierno por parte de los ultras para manipular el sistema electoral, aumentar la represión y limitar la libertad de prensa, llevaron a la oposición liberal a cohesionarse. A lo largo de la década se fue profundizando en la división y el enfrentamiento político y los liberales fueron ganando presencia política. A pesar de la vigencia de la Ley del doble voto —que contaba con que los más ricos votarían a candidatos tradicionalistas— en las elecciones de 1827 y 1830 los liberales obtuvieron muy buenos resultados. El triunfo de los liberales en las elecciones de 1827 fue propiciado en gran parte por la movilización de los votantes llevada a cabo por organizaciones como *Aide toi-le ciel t'aidera*. Al mismo tiempo, la élite de izquierda se unió en su oposición a la política de Carlos X, aunque sus objetivos no eran revolucionarios. Aspiraban a que el rey gobernara según la carta constitucional, lo que entendían que no era posible con gobiernos ultras, el último de los cuales fue el liderado por Polignac a partir de 1829. Las medidas represivas que este tomó, guiado por la obsesión de Carlos X por la amenaza revolucionaria y por la falta de energía que en su opinión en el pasado había hecho caer a la monarquía en la revolución, terminaron por convencer a gran parte de la opinión pública del horizonte de falta de libertades al que tendía la monarquía borbónica, que fue perdiendo su legitimidad entre el pueblo francés. Poco después, en un contexto de crisis económica, pero de forma inesperada, la revolución hizo de nuevo acto de presencia en Francia. Tras las jornadas revolucionarias vividas en julio de 1830 —protagonizadas por sectores populares que, excluidos de la participación y la representación política, se encontraban profundamente descontentos

¹⁰³ André ENCREVE, “La vie politique sous la Restauration”, en Dominique Barjot, Jean-Pierre Chaline y André Encrevé, *La France au XIXe siècle*, París, PUF, 1995, pp. 155-160; Emmanuel DE WARESQUIEL y Benoît YVERT, *Histoire de la Restauration, 1814-1830*, París, Perrin, 2002, pp. 359-360.

con el régimen restaurado monárquico — la mayoría liberal en la cámara llevó a Luis Felipe de Orleans al trono¹⁰⁴.

2.2.2 Francia y el exilio

La Francia de los años comprendidos entre la caída del régimen constitucional español en 1823 y la revolución de 1830 no era *a priori* un lugar tan apropiado para el exilio como lo era Gran Bretaña. Sin embargo, miles de españoles se instalaron en Francia, convirtiendo el país, probablemente, en el mayor receptor de refugiados de la guerra de España. A diferencia de Gran Bretaña, Francia acogió a un gran número de exiliados pertenecientes a sectores socioeconómicos modestos, que en conjunto suponían la mayoría del exilio español¹⁰⁵. Las causas de este hecho hay que buscarlas en dos aspectos. En primer lugar, en las capitulaciones que los ejércitos constitucionales españoles firmaron en su rendición ante los franceses. En muchas de ellas se recogía el compromiso por parte del Gobierno francés de admitir en su suelo a las tropas constitucionales —que como se vio incluía también a los combatientes extranjeros— que quisieran abandonar el país por temor a las represalias de las que podían ser objeto. En segundo lugar figura la proximidad geográfica. Francia era el destino más fácil de acceder para aquellos liberales españoles de las regiones fronterizas y de hecho desde estas provincias continuarían cruzando al país vecino exiliados a lo largo de la década siguiente. La interposición que las tropas francesas habían realizado frente a la represión fernandina inclinaba a los liberales españoles a pensar que en Francia encontrarían un refugio seguro. Pero además de los españoles, también hubo en Francia exiliados de otras nacionalidades, provenientes en muchas ocasiones también de España. Destacaban entre ellos los portugueses y los italianos, aunque estos últimos llegarían en mayor número a partir del fracaso de las revoluciones de 1830.

Los primeros exiliados españoles en llegar a Francia fueron los militares del ejército constitucional que habían capitulado ante las tropas francesas en condiciones que les aseguraban poder buscar refugio en Francia. Unos 12.000 militares, entre ellos 1.500 oficiales, cruzaron la frontera, donde fueron recludos, como había ocurrido tras la Guerra de la independencia, en varios depósitos en el interior de Francia, donde

¹⁰⁴ Pierre ROSANVALLON, *La Monarchie impossible: Les chartes de 1814 et 1830*, París, Fayard, 1994; Sheryl KROEN, *Politics and theater. The Crisis of Legitimacy in Restoration France, 1815-1830*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 2000.

¹⁰⁵ FUENTES, “Afrancesados y liberales”, p. 153.

oficiales y soldados estaban separados. Según Rafael Sánchez Mantero, fueron los oficiales los que arrastraron a la tropa al exilio, quizás con promesas de restauración liberal. Para las autoridades francesas, eran precisamente estos oficiales los elementos peligrosos. Un funcionario francés pintó en uno de sus informes un alarmante cuadro de los oficiales: “[tienen] opiniones revolucionarias de las más exaltadas, y buscan cualquier ocasión para expresarlas en voz alta. Leen con asiduidad los folletos liberales, se alían con las más diversas maldades y no muestran ninguna señal de vuelta atrás ni de arrepentimiento” y citaba entre otros a los especialmente peligrosos Méndez Vigo, Palarea, Roselló y La Peña, y a los “más estimables por su conducta privada [pero] peligrosos por su capacidad y por la terquedad de sus ideas” Alejandro O’Donnell, Sánchez Salvador y Fernández Vigo¹⁰⁶. Durante estos primeros meses los exiliados vivieron una dura situación, recluidos en los depósitos, con escaso contacto con la población, aunque según el reglamento podían trabajar en algunas tareas tanto para el estado como para particulares.

En abril de 1824 los depósitos fueron disueltos. Para el Gobierno francés los militares españoles ya no eran prisioneros de guerra ni tampoco refugiados políticos, ya que podían acogerse a la amnistía que Fernando VII había otorgado. Pero la amnistía era tan limitada que prácticamente sólo los soldados rasos pudieron regresar a España. En mayo de 1824 cruzaron la frontera por Bayona 5.163¹⁰⁷. Sin embargo, muchos otros militares, además de civiles, se quedaron en Francia, donde se les permitió residir en libertad, aunque parcialmente vigilados por las autoridades que temían que colaboraran con los conspiradores franceses y sin la paga que recibían del Ministerio de la Guerra francés al haber perdido su condición de prisioneros de guerra y pasar a ser simples refugiados. Ante esta situación, muchos otros decidieron salir hacia otros destinos, especialmente Gran Bretaña¹⁰⁸. Según Luis Barbastro Gil, fueron los exiliados más exaltados los que se refugiaron en Gran Bretaña porque en Francia no podían hacerlo debido a la presión que el Gobierno español ejerció sobre el francés para evitarlo.

¹⁰⁶ ANF, F⁷ 11991, dossier 40e; citado por Rafael SÁNCHEZ MANTERO, “Liberales fuera de España. El exilio político en la crisis del Antiguo Régimen”, en José Luis Casas Sánchez y Francisco Durán Alcalá (coords.), *III. Congreso sobre el republicanismo. Los exilios en España (Siglos XIX y XX)*, Vol. I, Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora y Torres, 2005, pp. 13-26, cita en p. 19.

¹⁰⁷ SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 72

¹⁰⁸ SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, pp. 72 y 125.

Aquellos de convicciones más moderadas, o incluso los que no se involucraron en política, fueron aceptados en Francia solo con reticencias¹⁰⁹.

Decenas de italianos que habían pertenecido a las legiones liberales extranjeras corrieron el mismo destino que sus compañeros de armas españoles y fueron internados en depósitos del interior de Francia, como el instalado en Montpellier. En marzo de 1824 había 65 oficiales internados, junto a cuatro criados y cuatro enfermos que fueron instalados en un hospital. Un mes más tarde ya había 68, con seis enfermos y dos más que residían en la ciudad pero no en el depósito. Una vez disuelto el depósito los italianos fueron autorizados a permanecer en Francia pudiendo elegir su lugar de residencia, siempre que tuvieran medios de subsistencia. Así, la mayoría de ellos solicitaron permiso para instalarse en ciudades distribuidas por toda la geografía francesa como Montpellier, Burdeos, Grenoble, Macon, Dijon, Marsella, Châlons, Orleans, Carcasona, Lyon, Clermont, Calais, Lille o Estrasburgo. Otros, sin embargo, prefirieron salir de Francia y buscar refugio en otros lugares donde esperaban no ser molestados por sus opiniones políticas, para lo cual las autoridades francesas, encantadas de deshacerse de los prisioneros de guerra que se había comprometido a admitir, proporcionaron pasaportes y una ayuda para el viaje que, eso sí, debía seguir un itinerario preciso¹¹⁰.

Además de los militares también salieron de España hacia el exilio francés un buen número de liberales civiles que temían las represalias de Fernando VII. Entre ellos se hallaban algunas de las principales figuras del constitucionalismo español, tanto cargos públicos y políticos como el conde de Toreno, Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa o Evaristo San Miguel como importantes escritores o artistas como Andrés Borego, Espronceda, Francisco de Goya, u hombres de negocios como Bertrán de Lis y Vicente Salvá. Aunque la mayoría permaneció en las zonas meridionales de Francia, tanto en ámbitos rurales como en algunas ciudades, la elite se instaló en París. Pero estos conocidos liberales no eran figuras del todo representativas del conjunto de los exiliados. La mayoría tenía unos orígenes y una relevancia pública mucho más modestos. De hecho, los sectores populares urbanos y rurales eran los más habituales, es decir artesanos, labradores, soldados rasos e individuos dedicados a otros oficios

¹⁰⁹ Luis BARBASTRO GIL, “La emigración liberal a Francia: españoles en París (1823-1834)” en *Según Congrès Recerques*, pp. 441-458.

¹¹⁰ ANF, F⁷ 6748.

humildes¹¹¹. Además, estos hombres iban en muchas ocasiones acompañados de sus familias, que incluían mujeres e hijos.

Existía entre las autoridades francesas un miedo generalizado al contacto ideológico de los liberales españoles con la población local y a que los exiliados españoles fomentaran movimientos revolucionarios en Francia. Este temor obsesionaba a las autoridades encargadas de asegurar el orden público en Francia, en especial al Ministerio del Interior y a la Prefectura de Policía de él dependiente. Temían que los españoles sirvieran de apoyo y plataforma para nuevas iniciativas revolucionarias por parte de los opositores franceses.

Ante la llegada de los exiliados, el prefecto del Cantal creía que “teniendo la mayor parte de los habitantes de Aurillac unas relaciones de comercio tradicionales con la Península y hablando con facilidad el idioma catalán, el trato inevitable con los españoles constitucionales que se repartirán entre los domicilios no dejará de producir unos efectos morales pésimos, por culpa del contagio de sus principios revolucionarios”. Estos temores se vieron confirmados en numerosas ocasiones. Cuatro oficiales españoles que pasaban por la ciudad de Roanne cuando la guerra aún no había terminado, al verse acogidos por liberales locales “han proferido discursos aborrecibles (...). Han lanzado la predicción de que el ejército francés acabaría como el de Bonaparte en 1812 y de que si ese ejército avanzaba sin encontrar mucha resistencia, era una trampa destinada a acabar más fácilmente con él”. En varias ciudades, como Saint-Etienne, Montbrison, Le Puy, o Montpellier, se organizaron colectas que pueden atribuirse a una reacción humanitaria ajena a la política. Pero en otros lugares el interés de una parte de la población entrañaba razones ideológicas. En el departamento del Corrèze, el prefecto tenía motivos para estar inquieto: “Algunos individuos [franceses] conocidos por sus malas opiniones han entablado conversaciones con esos extranjeros y se despidieron muy satisfechos unos de otros”. En el pequeño pueblo de Souterraine, al paso de un grupo de oficiales españoles, unos 15 jóvenes, entre ellos el farmacéutico y el maestro de escuela, les ofrecieron comida, cantaron el *Trágala*, brindaron a la salud de Mina e intercambiaron con ellos hojas volantes en las que habían escrito sus

¹¹¹ Dolores RUBIO, Antonio ROJAS FRIEND y Juan Francisco FUENTES, “Aproximación sociológica al exilio liberal español en la década ominosa (1823-1833)”, en *Spagna contemporanea*, nº 13, 1998, pp. 7-19. Estos autores ofrecen la siguiente estadística sobre el origen socioprofesional de los exiliados: militares (33,12%), artesanos (14,3 %), labradores (12,94%), comerciantes y negociantes (12,48%), profesiones liberales (7,17%), eclesiásticos (5,05%), propietarios, hacendados y rentistas (4,9%), funcionarios y empleados (3,38%), estudiantes (2,67%), cargos públicos (2,07%), otros (1,01%), jornaleros (0,85%). Dentro de los militares, la mayoría de ellos eran labradores (41,98%) y artesanos (23,15%) en su vida civil.

nombres. Numerosos informes fueron redactados por las autoridades locales en distintas regiones en relación a la llegada de los militares españoles. Mientras que en Aix-en-Provence, Aviñón o Limoges, los soldados se mostraron ajenos a la política, permanecieron tranquilos y según el prefecto manifestaban el deseo de continuar al servicio de Fernando VII después de “reconocer el error al que habían sido arrastrados por las circunstancias”, en otras ciudades como Clermont-Ferrand, Cahors, Guéret, Sète, Tolón, Grenoble y Bourges divulgaban “opiniones detestables”, cantaban canciones subversivas e insultaban a Fernando VII. En Clermont-Ferrand, “los suboficiales y los soldados parecen aferrados a sus errores; profieren entre ellos discursos vituperables, y se alzan con violencia contra sus jefes a los que consideran culpables de traición”. Según el prefecto de Guéret había que distinguir entre los soldados del ejército regular y los civiles ingresados en las milicias, que parecían más politizados¹¹².

Ante el temor de que los refugiados españoles se convirtieran en agentes revolucionarios, la policía francesa los vigilaba de cerca. Juan López Pinto afirmaba en sus *Memorias* que “un espionaje imposible de describir y quizá no conocido por mí en toda su extensión se estableció inmediatamente alrededor de nosotros, y esto me hizo conocer que valíamos aún algo. Por las calles, por los paseos, en las fondas y dentro de nuestros mismos aposentos tenía el gobierno sus espías, que observaban hasta lo más inocente de nuestras acciones; jamás dejábamos de estar acechados por la policía”¹¹³.

Se ha insistido en los capítulos anteriores en la generalizada preocupación que existió durante la Restauración por la posibilidad del surgimiento de una nueva revolución continental. Para evitarlo se pusieron en marcha por todo el continente numerosas medidas de seguridad, entre ellas el establecimiento de sistemas de seguridad y de vigilancia, que impulsaron la creación y asentamiento de la policía y de los servicios de información¹¹⁴. Ya se ha señalado cómo la aparición de una policía moderna en España estuvo íntimamente ligada a la represión y control de los liberales. En Francia —cuna desde el periodo napoleónico del modelo de policía que acabaría exportándose a muchos países europeos— a lo largo de la década de 1820 la policía se

¹¹² Jean-René AYMES, “Españoles en Francia (1789-1823): contactos ideológicos a través de la deportación y el exilio”, en *Trienio*, nº 10, 1987, pp. 3-26, citas de ANF F⁷ 11987 y 11991, en pp. 17, 18, 19 y 26.

¹¹³ Juan LÓPEZ PINTO, *Memorias de la emigración*, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXXI, 1947, p. 116, citado por SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 75.

¹¹⁴ Metternich decía que era el “comisario de policía de Europa”, citado por David BLACKBOURN, *History of Germany, 1780-1918: the long nineteenth-century*, Malden, MA, Blackwell, 2003, p. 92. Ver también Robert J. GOLDSTEIN, *Political Repression in 19th Century Europe*, Londres y Nueva Jersey, Croom Helm Totowa y Barnes & Noble, 1983, p. 70.

fue convirtiendo en una institución politizada al servicio de los ultras. El uso de fondos secretos con los que se alimentaba una red de delatores, informantes y agentes provocadores, y las actividades de agentes de métodos dudosos como el célebre Vidocq, levantó numerosas críticas entre la opinión pública. La policía parisina estuvo dirigida por prefectos de tendencias reaccionarias, como Guy Delavau, Louis-Marie Debelleye (juez durante el proceso de los sargentos de La Rochela, donde sin embargo se ganó una reputación de moderado) o Jean Mangin (procurador general durante el affaire de Saumur y la insurrección de Berton, y que había abierto causas a La Fayette, Foy, Voyer d'Argenson y Constant)¹¹⁵. El sistema burocrático de control social e información desarrollado por el estado francés de la Restauración alcanzó un nivel muy detallado y exhaustivo. El aparato estatal incluía a la policía, los informadores, los prefectos y subprefectos, los alcaldes y los militares¹¹⁶. De todas formas, pesar de las intenciones de la policía francesa, el control al que sometían a los refugiados españoles era en la práctica bastante limitado. Cuando en 1829 el Consejo de Ministros de Fernando VII solicitó a Gran Bretaña, Francia, Países Bajos y Estados Unidos información sobre los españoles exiliados en estos países, el ministro del Interior francés respondió que “este trabajo será muy largo y muy complicado, debido al gran número de estos extranjeros, y de su diseminación por la mayor parte del Reino”, reconociendo que no tenía controlados del todo a los exiliados españoles¹¹⁷.

Ante la presión ejercida por la policía francesa, la mayor parte de los liberales españoles de carácter más exaltado optaron por pasar a Inglaterra, donde gozaban de una mayor libertad de movimientos. A pesar de todo, la mayoría de los refugiados españoles no se vieron involucrados en Francia en actividades políticas ni mucho menos conspirativas, al menos hasta que la revolución de 1830 reinició las tentativas insurreccionales de los liberales españoles, planeadas y ejecutadas muchas de ellas desde el otro lado de los Pirineos. Sin embargo, la policía francesa estaba convencida de que los exiliados constituían un foco de inestabilidad y conspiraciones. Como se está viendo, sí hubo ciertos contactos entre liberales franceses y españoles, e incluso colaboración en la puesta en marcha de planes insurreccionales en España, así como

¹¹⁵ Jean TULARD, “1815-1848, Discrédit et renouveau”, en Michel Aubouin, Arnaud Teyssier, Jean Tulard, *Histoire et dictionnaire de la Police. Du Moyen Âge à nos jours*, París, Robert Lafont, 2005, pp. 305-331.

¹¹⁶ Dominique KALIFA y Pierre KARILA-COHEN (dirs.), *Le commissaire de police au XIXe siècle*, París, Publications de la Sorbonne, 2008; Pierre KARILA-COHEN, *L'état des esprits. L'invention de l'enquête politique en France, 1814-1848*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2008.

¹¹⁷ AMAEF, *Mémoires et Documents, Espagne (Réfugiés)*, 389, (X), 1829, f. 204, citado por SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 77.

participación en algunos altercados. Estos fueron protagonizados especialmente por aquellos que durante el Trienio habían mantenido una actividad política destacada. Pero la involucración de los españoles en los asuntos políticos franceses se produjo especialmente a partir de la revolución de 1830, en la que algunos participaron directamente.

El control de los exiliados españoles no era sencillo, especialmente por su dispersión por la geografía francesa. De todas formas, las autoridades francesas intentaron producir una información lo más detallada posible acerca de la localización de los refugiados españoles, igual que hizo con los de otras nacionalidades, aunque durante los primeros años de la década los españoles eran mayoría. Gracias al seguimiento detallado que las autoridades francesas llevaron sobre los refugiados (y de los españoles que ya residían en Francia), es posible reconstruir la geografía interna del exilio español en Francia con cierta precisión. Según estos informes, e incluyendo a los residentes en París en 1824, las autoridades francesas tenían fichados a 634 residentes españoles en los 19 departamentos de los que se conservan relaciones¹¹⁸. Habría muchos más, incluyendo los que la policía no tenía controlados, algo que la propia policía reconocía. Además, en los años siguientes fueron entrando más exiliados en Francia. Siguieron llegando españoles procedentes de la Península que huían del atosigamiento del que eran objeto como, por ejemplo, los religiosos de convicciones constitucionales que habían permanecido en España en 1824, pero a quienes las autoridades civiles y eclesiásticas sometieron a investigación por sus actividades durante el Trienio¹¹⁹. También entraron más exiliados desde Bélgica, Portugal y sobre todo Inglaterra, aunque algunos, los menos comprometidos políticamente, pudieron ir regresando a España poco a poco. En cualquier caso, a lo largo de la década de 1820 continuaron llegando españoles exiliados a Francia, como demuestra la queja realizada en 1830 por el Ministerio del Interior al de Asuntos Exteriores por la continua afluencia de españoles¹²⁰.

París era una de las capitales culturales y políticas de Europa, a cuyo nivel solo podía colocarse Londres, y ofrecía importantes atractivos para los extranjeros que llegaban a Francia. Dentro de la emigración española, se instalaron en París

¹¹⁸ Listados de 1824 en ANF F⁷ 11994 y de 1830 en ANF F⁷ 12073-2767; SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, pp. 77-83.

¹¹⁹ Aline VAUCHELLE, “La emigración a Francia del clero liberal español: 1823-1834”, en *Brocar*, 21, 1998, pp. 269-309; pp. 273, 281-283.

¹²⁰ AMAEF, *Mémoires et Documents, Espagne (Réfugiés)*, 391 (XII), 1830, f. 52, citado por SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 84

principalmente aquellos exiliados que contaban con los recursos económicos necesarios para vivir en una ciudad que se situaba entre las más caras del continente, aunque la ciudad siempre fue un polo de atracción para muchos, incluso para los que no se lo podían permitir. Aunque durante los años de la Restauración se intentó acabar con el París que había salido de la revolución, aspirando a eliminar los elementos arquitectónicos, artísticos y urbanísticos revolucionarios, no se llegó del todo a hacerlo, ni esta contrarrevolución simbólica fue inmediata, a pesar de que tras el asesinato del duque de Berry poco después del triunfo de la revolución española, y con el establecimiento de un Gobierno ultra a finales de 1821, se elevara el pánico a la extensión de la revolución y se incrementaran las veleidades conmemorativas del régimen, incluyendo proyectos para erigir monumentos de las víctimas de la familia real. En 1816 se había inaugurado el dedicado a María Antonieta y en 1824 era consagrada la capilla expiatoria de la rue d'Anjou, financiada por Luis XVIII, e inaugurada por Carlos X dos años más tarde. Pero otros monumentos, como la plaza dedicada a Luis XV y Luis XVI, no se acabaron de construir y no hubo ningún monumento a las víctimas anónimas de la revolución. Todas las conmemoraciones monárquicas se efectuaron en espacios cerrados, generalmente de naturaleza religiosa, como iglesias, en la frontera entre lo público y lo privado. Solo bien entrada la Restauración Carlos X pretendió realizar un acto de expiación nacional de clara proyección pública con la erección de un monumento en el lugar donde se había ejecutado a Luis XVI. Así pues, la construcción de una capital contrarrevolucionaria solo existió en la mente de ciertos grupos de ultras, especialmente los sectores religiosos más radicales para los que solo una expiación colectiva podía regenerar París del pecado del regicidio y el paganismo de la Revolución. Sin embargo, también sectores del “petit peuple royaliste” participaron de este imaginario contrarrevolucionario, como se aprecia en las peticiones para la construcción de monumentos y suscripciones públicas¹²¹. Así pues, cuando los exiliados españoles llegaron, no encontraron en el paisaje más que rastros de una operación contrarrevolucionaria exhaustiva. Francia (y en especial París), a pesar de la reacción ultra, seguía siendo el país de la revolución, asociado al progreso, lejos del despotismo y del extremismo católico que muchos refugiados españoles condenaban en su patria.

¹²¹ Emmanuel FUREIX, “La ville coupable. L’effacement des traces de la capitale révolutionnaire dans le Paris de la Restauration, 1814-1830”, en Christophe Charle y Daniel Roche (dirs.), *Capitales culturelles, capitales symboliques, Paris et les expériences européennes. XVIIIe - XXe siècles*, París, Publications de la Sorbonne, 2002, pp. 25-43.

La mayor parte de los exiliados, aquellos con menos recursos, optaron por vivir en ciudades de provincias (aunque algunas, como Burdeos o Lyon, no dejaban de ser grandes ciudades) o en pueblos y zonas rurales donde podían sacar un mayor provecho de sus magros ingresos y llevar una vida más tranquila. La mayoría de los españoles se instaló en la zona meridional de Francia, a pesar de que el Ministerio del Interior prohibió la estancia de españoles cerca de la frontera con el objetivo de evitar su involucración en insurrecciones. Los exiliados de las clases medias se instalaron en ciudades con tradición comercial y de relaciones con España, como Nimes, Montpellier, Toulouse, Perpiñán, Marsella y sobre todo Burdeos. El resto se fue desperdigando por las provincias francesas, en departamentos como Dordoña (Bergerac y Périgeux), Lot (Cahors), Corrèze (Tulle y Brive), Puy du Dôme (Montferrant), Vienne (Poitiers y Monmorillon), Haute Vienne (Limoges), Indre-et-Loire (Tours) o Loir-et-Cher (Blois)¹²². En la elección de residencia tenían un peso relevante las redes de apoyo en las que podían insertarse los exiliados, especialmente las relativas a la procedencia geográfica en España y a la profesión desempeñada.

En 1824, la policía francesa tenía fichados a 196 españoles que residían en París, de los que conocía su residencia y ocupación. El grupo más numeroso era el de “negociantes”, en el que se incluía a 70 (la mayor parte probablemente instalados en Francia desde antes de 1823) y “propietarios y rentistas”, que sumaban 16. También había oficiales del ejército y profesionales liberales como médicos, banqueros, así como funcionarios y estudiantes. Es decir, que en París se instalaron los que tenían una posición económica más desahogada, e incluso alta¹²³. Por otra parte, las autoridades francesas intentaban, siempre que les fuera posible, que los exiliados no residieran en París, por miedo a las actividades subversivas que podían realizar en la capital del país, y limitaban sus permisos de residencia solo a los más desahogados económicamente.

La meticulosidad con que la policía francesa vigilaba a los exiliados españoles, de los que pretendía conocer su situación familiar, su pasado y su conducta reciente, se aprecia en la siguiente tabla, que el prefecto de la Gironda envió al Ministerio del Interior el 18 de febrero de 1824, y en la que se examinaba a los exiliados españoles que se encontraban en Burdeos, especialmente aquellos considerados peligrosos por su “espíritu revolucionario”.

¹²² BARBASTRO GIL, “La emigración liberal a Francia”, p. 445.

¹²³ ANF, F⁷ 11994, 121e. Ver también SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 77.

ÉTAT DES ESPAGNOLS SURVEILLÉS PAR LA POLICE QUI FIXENT PLUS PARTICULIEREMENT SON ATTENTION

n°	Noms et Prénoms	Qualité profession ou	Demeure	Renseignement
1	M ^{se} de Montéalegre. Comte de Oñate et sa famille	Grand d'Espagne	Rue Fondaudége, 133	Milicien-exilé de la Cour
2	De Goyeneche	Ancien magistrat à Lima (Pérou)	Rue esprit de Loix 24	Constitutionnel-homme à talent
3	Comte de Sastago et son épouse	Grand d'Espagne	Fossés de l'intendance, n° 63	Milicien exilé à 15 lieues de la Cour
4	Villacampo (M ^{is} de)	Colonel	Cours de Tourny, n° 35	Prisonnier de guerre, homme à talent réservé
5	José Joachim de Velasco y Amarita	Membre de la municipalité de Madrid	Cours de Tourny n° 22	Membre de la municipalité de Madrid qui porta la parole au Roi pour le changement <u>forcé</u> du ministère en février 1823-homme hardi-exilé-échappé à l'emprisonnement
6	M ^{is} de Espinardo Wall, simon et son frère prisonnier de guerre	----	Rue esprit de Loix 35	Milicien dévoué à Cortès
7	Questa y Torre	Ecclésiastique	Rue de la petite taupe 14	Député aux Cortès depuis 1820 à 1822, connu pour un homme de talent
8	S ^r Langroniz	Négociant	Parc des Chartrons, n° 5	Dangereux-influent-protecteur des révolutionnaires très lié avec Durou, négociant failli, passé en Angleterre qui fut l'agent des Cortes à Bordeaux
9	Castejon, M ^{is} de Fuerte Gollano	Propriétaire	Fossés de l'intendance, n° 45	Riches constitutionnel-homme à talent
10	Marquise de Legarde son fils aîné Ramón Paruencos M ^{me} Antonia Maria Leurs domestiques	Propriétaire	Rue Voltaire n°6	Vivent en famille, les fils de la Marq ^{se} était milicien volontaire-maison de réunion des espagnols. On y observe avec soin de ne pas se compromettre.
11	Gil Antonio	Propriétaire	Fossés de l'intendance, n°63	Milicien volontaire constitutionnel, <u>fils du comte de Berberana</u> , va à se marier à Bordeaux
12	Orense, José Maria	Propriétaire	Rue de la grande taupe n°12	Jeune homme spirituel-chef des comuneros dans la province de Santander-milicien
13	Dionisio, Aguirre	Propriétaire	Rue esprit de Loix n° ? Hôtel Marin	Comuneros-milicien-Jeune homme hardi, imprudent, méchant,-venu de la Corogne par Londres, ou il a été, dit-il, initié aux Mystères des constitutionnels anglais, distributeur de nouvelles alarmantes, on le croit chargé d'une mission secrète
14	Avalos	Courtier clandestin	Place Dauphine n° 2	Après les cent jours envoyé à l'isle d'Oléron à cause de ses opinions révolutionnaires-revenu à Bordeaux où il a fait le courtage clandestin, jusqu'en 7 ^{bre} 1823-renvoyé en Espagne par M ^r le lieutenant extraord ^e de police. Dangereux par ses nombreuses liaisons avec les ennemis du Gouvernement français et espagnole. Sans moyens ni talent
15	Orniza	Négociant de Victoria	Rue huguerie n°23	A suivi les Cortès depuis Madrid jusqu'à Cadix. Vient de Londres ; homme à moyens, lié avec Langomiz
16	Arcaya, Eusevio et sa mère	Négociant	Fossés de l'intendance, n°46	Associé de Remon, homme plus prudent, après les cent jours il reçut l'ordre de quitter la France ; mais Remon obtient l'inexécution de cet ordre-a la mort du Duc de Berry, il fut réprimandé par M ^r le Préfet pour des propos relatifs à ce crime ; en 7 ^{bre} 1823 nouvel ordre lui fut donné de sortir du Royaume ; mais il resta sous la caution de M ^r Cabarrus—comuneros ennemi déclaré du Bourbon. Homme à moyens et talent-tout les espagnols arrivant à Bordeaux lui son recommandés-sa mère pense comme lui
17	Solis	Prêtre	Cours de Tourny n°68	Comuneros-cachant son caractère de prêtre ami d'Arcaya-chargé des affaires de l'ex Consul Montalvo-connu sous le nom de Riego à cause de son affection pour ce général-après les cent jours renvoyé de Bordeaux à Cahors comme perturbateur ennemi des Rois, surtout des Bourbons
18	Lopez	Colonel	Rue esprit des lois, hôtel de 4 partis du monde	Députés à Cortès pour le Mexique an 1822-prudent
19	Amati	prêtre		
20	Damaso de la Torre, et son fils aîné, milicien	Ancien diplomate	Rue esprit des lois, hôtel de 4 partis du monde	Maire de Madrid en 1808, homme à talent, venu en France an 1823-se conduit avec prudence

21	Palacios	Ancien diplomate	Cours de Tourny n°22	Officiers de la Milice constitutionnelle de Madrid. Exilés de la Cour
22	Soto			
23	Maiz, Jose, et sa famille	Négociant	Rue Daurade n° 9	A Bordeaux depuis 1814 d'abord commit chez Guizot (?), junior, ayant ensuite levé une maison de commerce sous les auspices de <u>Carrera</u> espagnol constitutionnel modérée, lié avec l'ex Consul Montalbo qui le chargeait de ses affaires, non dangereux, mais d'une caractère faible dont pourraient se servir les révolutionnaires qui frayent sa maison.

Estos listados e informes eran los instrumentos a través de los cuales se gestionaba la presencia de los exiliados y se tomaban las decisiones respecto a ellos. Cada exiliado individual tenía además un expediente personal en el que se acumulaba toda la información producida acerca de él o ella por la burocracia administrativa (como pasaportes, itinerarios reglados, permisos de residencia, cartas de recomendación de autoridades y personalidades locales), por la prensa o por instituciones como la policía, la gendarmería, las municipalidades, las prefecturas, el ejército o los ministerios.

Tomemos el caso del listado de Burdeos, que considero representativo de muchos similares realizados en otras poblaciones. Se trata de un documento producido por la policía de Burdeos, gracias al cual el cónsul de España realizó una petición al prefecto del departamento, que este atendió al recomendar al ministro del Interior la expulsión de Francia de los individuos considerados como más peligrosos de esta lista: el ex diputado Antonio de la Cuesta, el afrancesado Ávalos y los considerados como comuneros Dionisio Aguirre (que había sido regidor del ayuntamiento constitucional de Bilbao) y José María Orense (miliciano y futura figura del republicanismo español), aunque este último, anticipándose a la acción de la policía, había partido hacia Calais con intención de cruzar a Inglaterra. En estos informes, además de las actividades políticas de los exiliados, se exponían aspectos de su vida privada. Así, además de saber que, en opinión del prefecto, los españoles residentes en Burdeos no dejaban de conspirar con la “esperanza de un pronto cambio en el gobierno de su país”, conocemos que también tenían tiempo para “frecuentar habitualmente los teatros, las casas de juego o de prostitución”¹²⁴.

Aunque surgieron algunos conflictos entre la población francesa y los exiliados españoles, no fueron muy numerosos y casi nunca por motivos políticos. Los desencuentros tenían más que ver con cuestiones relativas a aspectos económicos o de competencia laboral. Por ejemplo, una pelea que tuvo lugar en Aurillac entre exiliados

¹²⁴ ANF F⁷ 11994, 121e, el prefecto de la Gironde al ministro del Interior, Burdeos, 18 de febrero de 1824.

españoles y habitantes locales fue atribuida por las autoridades al hecho de que “la presencia de esos extranjeros había provocado un aumento de los precios de los objetos de primera necesidad, y la clase de los desheredados había de padecer de ella”¹²⁵.

A pesar de que en las capitulaciones de 1823 el Gobierno francés se había comprometido a pagar subsidios a los oficiales que se refugiaran en su territorio —ningún tipo de ayuda semejante se estableció para los civiles y para militares sin graduación)— una vez que se disolvieron los depósitos de prisioneros en abril de 1824 estas ayudas dejaron de pagarse de manera definitiva. Este incumplimiento generó numerosas reclamaciones por parte de los refugiados españoles. No fue hasta la *Décision royale* acordada por Carlos X el 16 de diciembre de 1829 sin que se sepa muy bien la razón, cuando el Gobierno francés comenzó a pagar los socorros que les correspondían a los militares españoles, con la condición de que no estuvieran comprendidos en las amnistías concedidas por el Gobierno español. Se trataba solamente de ayudas temporales y equivalentes a las que según la legislación debían recibir los prisioneros de guerra, pero fueron suficientes como para que una avalancha de peticiones de exiliados españoles, unas 250, llegara al Ministerio de la Guerra, que era el encargado de conceder las ayudas. Para gestionar mejor la multitud de solicitudes, se creó un modelo único en el que el candidato debía hacer constar su nombre, graduación, regimiento y capitulación a la que se había acogido en 1829. Además, debía incluir su fecha y lugar de nacimiento, la localidad y provincia en la que residía en España, y su domicilio en Francia, en el que debía haber vivido de manera ininterrumpida desde su entrada en Francia (los refugiados que habían salido de Francia habían perdido el derecho a recibir la ayuda), certificado por una autoridad local. Por último, debía realizar una declaración en la que demostrara que se encontraba incluido en alguna de las excepciones que el Gobierno español había impuesto a la entrada de los exiliados¹²⁶. De esta forma, se incidía en el proceso de burocratización de la gestión de la ayuda a los refugiados y de los refugiados mismos, que culminaría durante la monarquía de Julio, como se verá en el capítulo siguiente.

Gran parte de las solicitudes presentadas por exiliados que habían residido en otros países en los años anteriores fueron rechazadas, a pesar de las prolijas exposiciones con las que algunos de ellos justificaban su abandono de Francia. De todas

¹²⁵ Citado por AYMES, “Españoles en Francia”, p. 26.

¹²⁶ SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, pp. 125-126, sugiere la hipótesis de que el gobierno francés decidiera pagar estas ayudas con la finalidad de apaciguar el malestar de los exiliados españoles y evitar que se involucraran en actividades conspirativas revolucionarias junto a liberales franceses.

formas, hubo algunas excepciones, como la de Bartolomé Amor, que había regresado a España solo para volver a ser arrestado y que, tras fugarse y volver a Francia, fue admitido al socorro. O las del teniente coronel Pedro Alonso y el mariscal de campo Pedro Méndez Vigo, que habían residido en Inglaterra y solo regresaron a Francia en 1830. La solicitud de Juan López Pinto, que había residido cinco meses en Bruselas, también fue aceptada. Los socorros concedidos a los oficiales españoles obedecían a una clasificación por categorías determinados por la jerarquía militar. El máximo correspondía a los mariscales de campo, seguidos de coroneles, teniente coroneles y comandantes, capitanes, tenientes y capellanes, y subtenientes. A la altura del 27 de diciembre de 1830, es decir un año después de la promulgación de la *Décision royale* y ya bajo la monarquía de Julio, 70 oficiales recibían la ayuda, que sumaba un total de 60.450 francos¹²⁷.

Además de los españoles e italianos, a Francia también llegaron exiliados provenientes de Portugal. La vida más cara de Inglaterra, donde la mayoría se había exiliado inicialmente en 1823, llevó a algunos portugueses —como Garret, José Silva Carvalho, Ferreira de Moura, Ferreira Borges, el conde de Suberra, el conde de Vila Flor (futuro duque de Terceira), Silvestre Pinheiro Ferreira y la familia Braamcamp— a pasar a Francia, a donde en julio de 1827 ya había llegado Saldanha, ministro de Guerra del Gobierno de doña Isabel, con motivo de sus conflictos con la regente. Con la concesión por Don Pedro de la carta constitucional de 1826, muchos regresaron a Portugal. Pero poco después, una vez que Don Miguel se había convertido en rey absoluto, volvieron a salir hacia el exilio, esta vez más numeroso. Aunque también lo hicieron en Inglaterra, muchos se instalaron en Francia, donde a la altura de marzo de 1828 ya había 200, liderados por Saldanha, que consiguió obtener del Gobierno francés un subsidio. Al igual que los portugueses instalados en Inglaterra, los que se habían refugiado en Francia llevaron a cabo una intensa actividad conspirativa, que culminó con la expedición de 1829 para llegar a la isla Terceira, en las Azores, donde se había concentrado la resistencia liberal a la monarquía miguelista¹²⁸.

No solo exiliados liberales, ya fueran españoles, italianos o portugueses, buscaron refugio en Francia a lo largo de la década de 1820. Miembros del otro gran sector opositor a la monarquía de Fernando VII, el de los ultrarrealistas que no se

¹²⁷ SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, pp. 131-132.

¹²⁸ Isabel NOBRE VARGUES y Luís REIS TORRAL, “Da revolução à contra- revolução: vintismo, cartismo, absolutismo. O exílio político”, en Luís Reis Torgal y João Lourenço Roque (coords.), *História de Portugal, O Liberalismo, 1807-1890*, Lisboa, Estampa, 1993, pp. 65-87.

encontraban satisfechos con lo que percibían como una progresiva moderación del gobierno monárquico, también tuvieron que atravesar la frontera huyendo de la persecución a la que fueron sometidos por parte de la policía fernandina, que irónicamente había sido creada para reprimir a los constitucionales. Entre ellos destacaba el marqués de Mataflorida, enfrentado desde los tiempos de su exilio durante el Trienio a los realistas favorecidos por el rey, que se había visto obligado a permanecer en Francia tras la restauración de Fernando VII en octubre de 1823. Vivió con su familia el resto de sus días en Francia, hasta su muerte en julio de 1832 en Agen¹²⁹. Pero la gran emigración de ultrarrealistas a Francia se produciría tras la revuelta de los agraviados o *malcontents* catalanes en 1827¹³⁰. Mataflorida colaboró con ellos, aunque sin ejercer el papel dirigente que había desempeñado durante el Trienio. Las autoridades francesas vieron la llegada de los ultrarrealistas españoles como un nuevo problema que se sumaba a los miles de refugiados liberales que permanecían en el país desde 1823.

En definitiva, a pesar de las reticencias de sus autoridades, que afrontaron la cuestión de los refugiados como un problema, Francia se convirtió, junto a Gran Bretaña, en el gran destino de la emigración europea de la década de 1820, por su centralidad geográfica pero también por el mantenimiento de una relativa libertad de movimientos. Una vez que se instalara en Francia un régimen de tendencia liberal tras la revolución de julio de 1830, Francia se convertiría en el corazón del exilio internacional, como se verá en el siguiente capítulo.

2.3 Otros destinos: Suiza, Bélgica, Portugal, Italia, Malta, Imperio Otomano

Además de los destinos principales que ya han sido examinados, el exilio que comenzó en 1823 llegó a otros lugares más pequeños, inesperados o recónditos, aunque en estos casos se trata más bien de trayectorias individuales que de tendencias migratorias.

Los españoles expulsados de Francia en abril de 1823, ante la imposibilidad de regresar a una España invadida, buscaron refugio en los países cercanos. El ex tesorero

¹²⁹ Ana M^a GARCÍA TERREL y MOZO DE ROSALES, “Bernardo Mozo de Rosales, marqués de Mataflorida. Un político sevillano de la primera mitad del siglo XIX”, en *Archivo Hispalense*, tomo LXXIX, n^o 240, 1996, pp. 11-50.

¹³⁰ FONTANA, *De en medio del tiempo*, pp. 217-239; SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 147.

de las Cortes Santiago Aldama eligió como destino Lausana. Hacia Suiza, en este caso Ginebra, también salió Juan Cino, colaborador del banquero Aguado, aunque en junio de 1824 se encontraba en Londres y en agosto de ese año había regresado a París. Hacia Bruselas salieron José María Palacio, el afrancesado Juan de Vildósola y el profesor de lenguas Mariano de Neito, entre otros¹³¹. Bélgica se convirtió en un destino atractivo para muchos liberales exiliados una vez que estos ya habían salido de España, como el diputado Joaquín de Abreu que, tras pasar por Gibraltar y Argel, en 1825 se instaló en Bruselas hasta 1828¹³², o Estanislao Peñafiel, jefe político de Galicia y diputado que, tras pasar varios meses en Laval, se dirigió a Bruselas junto a su secretario Ramón Suarez¹³³. Manuel de Gorostiza, una vez naturalizado mexicano fue encargado de representar a la nueva república en los Países Bajos, y mantuvo contacto con otros españoles allí residentes. Pero el país, y sobre todo Bruselas, no se convertirían en centro importante de reunión de exiliados europeos hasta el triunfo de la revolución belga de independencia en 1830.

Portugal no era precisamente un lugar ideal para el exilio por su inestabilidad, pues el enfrentamiento entre ultras que se oponían al absolutismo moderado de Juan VI, y a partir de 1826 entre los realistas que apoyaban a Miguel y los liberales favorables a la reina niña María, además de obligar a muchos portugueses a salir hacia el exilio ellos mismos, convirtió al país en un lugar en el que se sucedían los cambios de gobierno. Al mismo tiempo, el Gobierno español colaboraba, incluso militarmente, con los miguelistas portugueses en su oposición a los constitucionales y la presión de Fernando VII ante la casa real portuguesa, con la que se encontraba emparentado, significó que los exiliados que decidieron pasar a Portugal fueran acosados por las autoridades en muchas ocasiones¹³⁴. A pesar de todo, algunos cientos de españoles y de italianos se instalaron en Portugal a partir de 1823, donde se mantuvieron en contacto con los liberales portugueses y con profesionales y comerciantes a través de las sociedades

¹³¹ ANF F⁷ 11994, 47e. la información sobre Cino en Alberto GIL NOVALES (dir.), *Diccionario Biográfico del Trienio Liberal*, Madrid, El Museo Universal, 1991, p. 145.

¹³² SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 122.

¹³³ El Director de la Policía (Desperay) al Ministro de Asuntos Exteriores, París, 7 de septiembre de 1825 en AMAEF, *Mémoires et Documents*, Espagne, 385, f. 209 .

¹³⁴ NOBRE VARGUES y REIS TORRAL, “Da revolução à contra- revolução”. Por ejemplo, el extremeño Diego Muñoz Torrero, ex presidente de las Cortes de Cádiz y diputado durante el Trienio, se exilió en 1823 en la ciudad portuguesa de Campo Maior, pero cuando en 1828 se trasladó a Lisboa para tomar un barco en dirección a Inglaterra o Francia, fue detenido por los miguelistas y murió en prisión en 1829; GIL NOVALES (dir.), *Diccionario Biográfico del Trienio Liberal*, p. 459.

secretas¹³⁵. El general Espoz y Mina contaba desde 1824 con una red de informantes en Lisboa y Oporto. Ya antes de la muerte del Rey Don Juan VI en marzo de 1826, existía un “club revolucionario” en Lisboa formado por “la Junta directora de Londres”, dirigido por Juan Bautista Genovés, “auditor en el proceso de Elío (...) que se mantiene en uno de los buques de guerra ingleses que están anclados en el Tajo” y que estaba en contacto con liberales que se encontraban en el interior de España¹³⁶.

La llegada de españoles a Portugal se multiplicó a partir de la instalación en 1826 de un régimen constitucional. El cambio de Gobierno portugués disparó los temores al contagio revolucionario y el Gobierno español ordenó a los administradores de Correos que impidieran la entrada de textos propagandísticos portugueses. Por su proximidad geográfica, Portugal se convirtió tanto en un refugio para los que continuaban saliendo de España –como los más de cien soldados de la guarnición de Olivenza que desertaron y cruzaron la frontera portuguesa en 1826¹³⁷– como para los conspiradores que pretendían emplearla como plataforma para realizar incursiones insurreccionales. Estos últimos, la mayoría militares, se trasladaron a territorio portugués desde Gibraltar, Inglaterra y Francia. Un realista residente en Lisboa afirmaba en julio de 1826 que habían “llegado más de dos mil españoles emigrados y todos han sido bien recibidos”¹³⁸.

Esta cifra es seguramente una exageración, pero lo cierto es que en agosto de 1826 varios cientos de españoles se encontraban ya en el país y fueron internados en varios depósitos a lo largo de los meses siguientes. Se formaron al menos cuatro, en Santarem (donde había unos 400 internos), Oporto y otros dos lugares cercanos a la frontera¹³⁹. Juan Veguer fue uno de ellos. Prisionero de guerra trasladado a Francia en 1823, en 1826 se había dirigido a Portugal “para tomar parte activa en la defensa de la causa constitucional”. Tras la subida al trono de Miguel I regresó a Francia, donde tomó

¹³⁵ Joaquín DEL MORAL RUIZ, “La penetración del liberalismo en Portugal, 1814-1834: notas sobre la utilización de fuentes documentales no convencionales para el análisis de las confrontaciones ideológicas”, en Alberto Gil Novales (ed.), *La prensa en la revolución liberal. España, Portugal y América Latina*, Madrid, Universidad Complutense, 1983, pp. 31-36.

¹³⁶ AHN, Estado, leg. 3075, “Traducción” de un informe sobre conspiradores exiliados. Sin fecha ni firma.

¹³⁷ FUENTES, “Afrancesados y liberales”, p. 155.

¹³⁸ Luis FERNÁNDEZ MARTÍN, *El general don Francisco de Longa y la intervención española en Portugal, 1826-1827*, Bilbao, Junta de Cultura de Vizcaya, 1954, p. 31.

¹³⁹ AGS, Estado leg. 8190, f. 59, citado por Irene CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal en la lucha contra el Antiguo Régimen español (1823-1831)”, en *Revista de História das Ideias*, vol. 10, 1988, pp. 485-506, p. 492.

parte a partir de la segunda mitad de 1830 de una de las expediciones que cruzaron la frontera para provocar una insurrección en España¹⁴⁰.

Algunos españoles se resistían a exiliarse en lugares de los que recelaban y buscaban destinos más atractivos, aunque finalmente tuvieron que plegarse a la realidad de las opciones que se les ofrecían. Según Argüelles, el general Valdés y su esposa “estaban resueltos a irse primero a Malta y después a Italia”, pero finalmente “han hecho lo que se les decía” y decidieron trasladarse a Londres¹⁴¹. De todas formas a Malta, posesión británica desde 1814, sí llegaron a marcharse algunos exiliados, como Ángel de Saavedra, futuro duque de Rivas, que permaneció allí cinco años¹⁴², y otros exiliados pasaron algún tiempo en Italia.

En 1823, Eugenio de Aviraneta se refugió durante un corto espacio de tiempo en Tánger junto a una familia judía. Sus andanzas se encuentran envueltas en tal grado de leyenda –acrecentada por él mismo y por el escritor Pío Baroja— que es difícil discernir la realidad de la ficción. Según la versión novelada de su vida, tras salir de Gibraltar se dirigió a Alejandría a enrolarse en el ejército de Mehmet Ali. Decepcionado con la situación que había encontrado en Egipto, pasó en abril de 1824 a Grecia para unirse a los filohelenos europeos que luchaban por su independencia del imperio otomano. Estas andanzas pueden parecer fruto de la invención (de hecho la única fuente de la que beben es la obra de Baroja, que aseguraba haberse basado en papeles auténticos de Aviraneta, hoy perdidos)¹⁴³, pero lo cierto es que varios de los exiliados que salieron de España en 1823 se dirigieron al este mediterráneo. En abril de 1824, el exoficial napoleónico polaco Jean Schultz –que como se vio en los capítulos anteriores había formado parte de los proyectos de los bonapartistas en Estados Unidos y luchado junto a los liberales españoles durante el Trienio, saliendo hacia Gibraltar a finales de 1823— provisto de una hoja de ruta del intendente militar de Montpellier solicitó al prefecto de Bocas del Ródano un pasaporte para viajar de Marsella a Constantinopla. El pasaporte le fue concedido y el 15 de junio se embarcó hacia Alejandría. En octubre de 1825, el

¹⁴⁰ ANF, F⁷ 12102, 1715 ER; Veguer al Ministro del Interior, París, 8 de mayo de 1833, y carta de Pedro Méndez Vigo certificando la exposición de Veguer, París, 9 de mayo de 1833.

¹⁴¹ Argüelles a Holland, Londres, 2 de diciembre de 1823, en MORENO ALONSO, “Confesiones políticas”, p. 255.

¹⁴² SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 123, y G. BOUSSAGOL, *Angel de Saavedra, duc de Rivas. Sa vie, son oeuvre poétique*, Toulouse, E. Privat, 1926, p. 44.

¹⁴³ Anna M. GARCÍA ROVIRA, “Eugenio de Aviraneta e Ibargoyen (1792-1872). El paroxismo de la conspiración”, en Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa, 2000, pp. 127-153, p. 136.

ministerio de Asuntos Extranjeros francés lo creía coronel en el ejército de la Meca¹⁴⁴. De igual manera, en junio de 1824, los piemonteses Vincenzo Riva, Giuseppe Gagliardi y Luigi Albertini decidieron salir desde Francia, donde habían sido conducidos como prisioneros de guerra tras el final de la guerra de España, hacia Alejandría. Probablemente eligieron este destino debido al acoso que sufrían y a la imposibilidad de instalarse en cualquier territorio europeo. En octubre del año siguiente, Albertini había ya ingresado como capitán en el ejército de la Morea, en Grecia, y Riva en el instalado en Egipto. Los destinos de los exiliados que salían de España se diversificaban y, en mayo de 1824, otros italianos internados en el depósito de Montpellier, llamados Sormani, Rassieri, Milone y Silva, pedían permiso para viajar hacia Hamburgo, Rusia y Polonia¹⁴⁵. En Hamburgo también pasó un tiempo Antonio Gironella —uno de los fundadores de la milicia de Barcelona y coronel en ella, además de alto cargo en la comunería— antes de instalarse en París en julio de 1824¹⁴⁶.

3 EL NUEVO MUNDO

A mediados de 1820, cuando la constitución fue restaurada en España gracias a una rebelión militar de las tropas destinadas a apaciguar América, la independencia de gran parte de las posesiones españolas —los virreinos del Río de la Plata y Nueva Granada, así como las capitanías generales de Chile y Venezuela y la audiencia de Charcas— era un hecho. De todas formas, el dominio imperial continuaba —de forma inestable y a pesar de múltiples dificultades que habían llevado a la guerra civil— en los virreinos continentales más ricos y más importantes para la Monarquía: Nueva España y Perú. Además, las posesiones de las Antillas, que habían incrementado su peso económico en el conjunto del imperio, se mantenían en paz, aunque habían surgido en ellas, especialmente en Cuba, firmes apoyos a la consecución de un mayor autogobierno amparado por la constitución e incluso un movimiento separatista republicano que puso en marcha la conocida como conspiración de los Rayos y Soles de Bolívar, reprimida por las autoridades en agosto de 1823. Sin embargo, los años del Trienio significaron el comienzo del final definitivo del dominio español en América. La derrota militar en el

¹⁴⁴ ANF F⁷ 6758-6.

¹⁴⁵ ANF, F⁷6748 Hérault, 3.

¹⁴⁶ El Director de la Policía (Desperay) al Ministro de Asuntos Exteriores, París, 19 de mayo de 1825, AMAEF, Mémoires Et Documents, Espagne, 385, f. 151.

sur del continente parecía asegurada —aunque hasta la batalla de Ayacucho en diciembre de 1824 el ejército realista continuaba en pie— y en Nueva España el acuerdo alcanzado entre la elite criolla y los líderes insurgentes que continuaban activos llevó a la proclamación de la independencia en 1821 a través del Plan de Iguala, reconocida por el jefe político Juan O'Donojú pero rechazada inmediatamente después por las Cortes de Madrid.

Así pues, tras la segunda restauración de Fernando VII como rey absoluto, la monarquía había perdido el control de todo el continente americano (aunque no la esperanza de recuperarlo) y solo retenía las posesiones antillanas. Esto significaba que los exiliados salidos de la Península que cruzaron el Atlántico se pudieran establecer en todo el continente americano, desde Boston a Buenos Aires. El único destino que les estaba vedado eran las islas antillanas, donde la constitución había sido suprimida. Aquellos cubanos de tendencias liberales que habían estado en la Península y se habían visto obligados a salir de ella, quedaban de esta manera imposibilitados a regresar a la isla. La mayoría de ellos se refugió en los vecinos Estados Unidos.

3.1 Estados Unidos

“Como una consecuencia del respeto que demuestran las leyes de América hacia los derechos naturales de la humanidad, todo hombre, cualesquiera sean su religión, opiniones y principios, está seguro de encontrar un asilo en ese país. (...) Pero está América separada de Europa por una vasta extensión de mar. Son necesarios para decidir a atravesarlo otros motivos que un simple deseo de bienestar. Únicamente el oprimido puede tener voluntad de franquear ese obstáculo”.

Marie Jean Antoine Nicolas de Caritat, marqués de Condorcet¹⁴⁷.

3.1.1 Estados Unidos en la década de 1820

Como se ha visto, los principales lugares de destino de los exiliados españoles a partir de 1823 fueron Francia e Inglaterra. Pero estos no fueron sus únicos destinos. En menor número llegaron a América, tanto a la hispana como a la anglosajona. A su llegada a finales de 1823 a Londres, Argüelles aseguraba que en Inglaterra estaba solo “de paso. No sé todavía para dónde. Sospecho mucho que en Europa no puede haber asilo seguro; y en mi poca salud temo infinito el clima de los Estados Unidos”¹⁴⁸.

¹⁴⁷ CONDORCET, *La Influencia de la Revolución de América sobre Europa*, Traducción de T. Ruiz Ibarlucea, Buenos Aires, Elevación, 1945 [1786], p. 35.

¹⁴⁸ Argüelles a Holland, Londres, 2 de Diciembre de 1823, en MORENO ALONSO, “Confesiones políticas”, p. 255.

A diferencia de Argüelles, algunos liberales españoles, pocos, decidieron hacer el largo viaje y enfrentarse a las duras condiciones –incluido el clima de la costa noreste del continente, los que optaron por esa zona— de un país idealizado pero poco conocido. Aproximadamente medio centenar de liberales exiliados españoles llegaron a ciudades costeras como Nueva York, Boston, Baltimore y Filadelfia¹⁴⁹. También llegaron a Estados Unidos algunos de los diputados cubanos a las Cortes que no pudieron regresar a la isla por su compromiso con el régimen liberal. Además, en Nueva Orleans, donde existía una notable colonia hispana desde la etapa colonial, se instalaron miles de españoles expulsados de México a lo largo de la década de 1820, en especial comerciantes, funcionarios y militares, y también algún exiliado liberal.

En los Estados Unidos, los emigrados se encontraron con una importante colonia de peninsulares e hispanoamericanos que se dedicaban primordialmente a operaciones comerciales, aunque también residían en el país exiliados y agentes políticos de las nuevas repúblicas hispanoamericanas y de Cuba. El Gobierno estadounidense no concedió ningún tipo de socorro a las decenas de exiliados españoles que llegaron a sus costas. Sin embargo, sí recibieron ayuda solidaria por parte de ciudadanos particulares a través de suscripciones públicas. Su adaptación a la vida estadounidense fue relativamente sencilla, encontrando casi todos de forma rápida medios de subsistencia, la mayoría de ellos en la enseñanza de español y francés o en la traducción, pero también estableciendo pequeños negocios.

Los Estados Unidos a los que llegaron los exiliados españoles de la década de 1820 no eran los mismos de los años revolucionarios de la segunda mitad del siglo XVIII¹⁵⁰. Se trataba de un país en transformación, en el que el capitalismo incipiente y la expansión de la democracia efectiva empezaban a afectar intensamente a la sociedad. Emergía un nuevo tipo de republicanismo que, aunque no abandonaba los principios que habían inspirado la revolución, estaba tomando otro cariz de la mano de las intensas transformaciones socioeconómicas que vivía el país¹⁵¹.

En primer lugar, una serie de novedades económicas estaban modificando el estilo de vida y el paisaje que los estadounidenses veían a su alrededor. A partir de 1815

¹⁴⁹ Juan Bautista VILAR, “La emigración liberal española en los Estados Unidos: Una primera aproximación (1823-1833)”, en *Estudios de Derecho Constitucional y de Ciencia Política. Homenaje al Prof. Rodrigo Fernández Carvajal*, 1997, Murcia, pp. 1167-1185.

¹⁵⁰ Las siguientes páginas fueron publicadas, con ligeros cambios, en Juan Luis SIMAL, “En la cuna de la libertad: Félix Mejía, un exiliado español en Estados Unidos, 1824-1827”, en *Historia y Política*, nº 20, Madrid, julio-diciembre 2008, pp. 265-291.

¹⁵¹ Gordon S. WOOD, *The radicalism of the American Revolution*, Nueva York, Knopf, 1992.

el avance económico y tecnológico empezó a hacer obsoleta la república de George Washington –modelo de granjero-guerrero, de Cincinato moderno. Algunos historiadores han bautizado este proceso en términos superlativos y no han dudado en emplear el término “revolución” para ello. La constante expansión hacia el interior del continente impulsada por la llegada de miles de inmigrantes y el crecimiento de la actividad económica fruto de las guerras napoleónicas elevaron la demanda de transportes rápidos y eficientes. Se levantó una extensa red de carreteras, se extendió el uso de los primeros barcos de vapor, se construyeron numerosos canales y a finales de la década de 1820 habían llegado ya los primeros ferrocarriles. A esta “revolución de los transportes” seguiría una similar en las comunicaciones: la red de correos se multiplicó y los periódicos se popularizaron¹⁵². Estas innovaciones transformaron la América rural y permitieron el desarrollo de una agricultura comercial que empezaba a producir para la naciente industria textil de las ciudades del Este. Además, procesos similares en las ciudades, donde las formas de producción artesanal empezaban a dejar paso a nuevos métodos basados en el trabajo asalariado, provocaron que un número cada vez mayor de norteamericanos empezaran a depender del mercado. El avance de los intercambios económicos en el mercado monetarizó la economía norteamericana y los bancos se multiplicaron. Con la expansión de la economía financiera crecieron las grandes compañías por acciones. Esta “revolución del mercado” tuvo substanciales efectos en la política¹⁵³. Los cambios económicos y transformaciones sociales presionaron al inestable sistema político estadounidense y originaron confrontaciones que transformaron la práctica política. El partido federalista había desaparecido prácticamente tras la guerra de 1812 contra Gran Bretaña, pero una nueva generación de republicanos comprendía ahora que medidas como las que había propuesto el federalista Hamilton eran necesarias. Amparados en un incipiente nacionalismo, los gobiernos de Madison y Monroe estaban en realidad desarrollando un programa parecido al propuesto por los federalistas y traicionando el republicanismo jeffersoniano, o al menos así era percibido por muchos antiguos republicanos que veían cómo se ponía en peligro la moral republicana. Creían que el Gobierno se hallaba al servicio de intereses económicos privados y advertían que la consecuencia de ello sería la caída en la corrupción social y moral de la república. Los nostálgicos de la promesa de una

¹⁵² George R. TAYLOR, *The Transportation Revolution, 1816-1860*, Nueva York, Rinehart, 1951.

¹⁵³ Charles SELLERS, *The Market Revolution: Jacksonian America, 1815-1846*, Nueva York, Oxford University Press, 1991.

república agraria surgida de la revolución sentían su proyecto amenazado y apelaban a la antigua asociación entre crecimiento descontrolado y corrupción. En la convención constitucional de Nueva York de 1821 el juez James Kent mostraba de esta forma su preocupación, compartida por una significativa proporción del público estadounidense: “Ya no podemos mantenernos como una sencilla república de granjeros (...) Nos estamos convirtiendo en una gran nación, con un gran comercio, manufacturas, población, riqueza, lujos, y con los vicios y miserias que generan”¹⁵⁴.

El canal a través del cual se podía transmitir de forma más eficaz el malestar causado por las transformaciones socioeconómicas era la participación política, gracias al potencial del sistema representativo diseñado en la constitución federal. El resultado fue una intensa politización de la vida pública. En este sentido también se había dado un cambio esencial en los Estados Unidos durante las primeras décadas del siglo XIX. La república salida de la revolución a finales del XVIII no era democrática, ni aspiraba necesariamente a serlo. La participación efectiva de los ciudadanos se encontraba limitada por diferentes gradaciones de derechos y privilegios que beneficiaban a la elite. Con el tiempo, sin embargo, estas restricciones sobre la mayoría empezaron a parecer cada vez menos republicanas. Se atacaron muchas de las nociones del republicanismo dieciochesco que otorgaban a la clase terrateniente un mayor interés en el gobierno al ser su peso social mayor, a la vez que se solicitaba que los votantes tuvieran mayor control sobre las asambleas legislativas y el aparato judicial. El gobierno por mayoría empezaba a ser considerado una forma más virtuosa de gobierno que la benevolencia paternal de la “aristocracia natural” de los Fundadores. La presión popular hizo que muchos estados realizaran enmiendas constitucionales que permitieron ampliar el sufragio a lo largo de las décadas de 1810 y 1820. Así, los Estados Unidos se convirtieron en el lugar con mayor participación popular política del mundo. La difusión de la democracia sólo afectó a los varones blancos. Las mujeres, la población negra —tanto esclava como libre— y la indígena continuaron estando excluidos de la vida política¹⁵⁵. De hecho, tras la guerra de 1812, la esclavitud, a la que se pensaba que le llegaría con el tiempo una muerte natural —así lo había vaticinado, entre otros, Jefferson— vivió una expansión espectacular en el sur profundo, siguiendo al auge

¹⁵⁴ Citado por Harry L. WATSON, *Liberty and Power. The politics of Jacksonian America*, Nueva York, Hill and Wang, 1990, p. 47.

¹⁵⁵ Joyce APPLEBY, *Inheriting the revolution. The first generation of Americans*, Cambridge, Mass. y Londres, The Belknap Press of Harvard University Press, 2000 y Sean WILENTZ, *The rise of American democracy*, Nueva York, Norton, 2005.

algodonero y azucarero ocasionado por el aumento de la demanda internacional – gracias especialmente al despegue de la industria textil británica y al fin de la economía de plantación azucarera en Haití tras la rebelión de sus esclavos— y a las posibilidades ofrecidas por una ideología expansionista y nacionalista estadounidense que crecía considerablemente. Arrebatando territorio a los indios y a los españoles, tres nuevos estados basados en la economía esclavista fueron añadidos a la Unión. Además, en 1820, a través del compromiso de Missouri se acordó establecer una división norte-sur en relación a los futuros nuevos estados del oeste que pretendieran ingresar en la Unión. El interés esclavista aumentó su influencia y se convirtió en uno de los poderes más vigorosos de la política nacional¹⁵⁶.

La figura central de este proceso democratizador y nacionalista fue Andrew Jackson, vencedor de la batalla de Nueva Orleans, artífice de la irregular anexión de los territorios del sur como líder de las milicias de los estados fronterizos y auténtico héroe popular para la nueva generación de blancos estadounidenses, que lo auparon a la presidencia en 1829 –en las elecciones de 1824 había quedado igualado con John Quincy Adams, que fue finalmente elegido presidente por la Cámara de Representantes en una maniobra que Jackson no dudó de calificar como corrupta— en buena medida para contrarrestar las amenazas que se cernían sobre los valores republicanos tradicionales. Jackson, aunque proclamara que no pretendía otra cosa que restaurar el modelo de estado que había diseñado Jefferson y renovar el partido republicano, en realidad fue el promotor de un nuevo tipo de política, sin duda más igualitaria y democrática, pero también populista, mediocre y potencialmente corrupta. De lo que se trataba en realidad era de la extensión de la cultura republicana a las masas de ciudadanos blancos. Esta sería la democracia que impresionaría a los españoles que llegaron en estos años y a Tocqueville cuando visitó Estados Unidos en la década de 1830.

3.1.2 Exiliados en Estados Unidos

En Estados Unidos existía una comunidad hispana previamente establecida, formada por comerciantes, hombres de negocios y profesores, muchos de ellos con contactos con la diplomacia española. Por lo general, se encontraban cercanos al Gobierno español por

¹⁵⁶ Adam ROTHMAN, *Slave Country: U.S. Expansion and the Origins of the Deep South*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2005.

sus intereses comerciales, relacionados especialmente con Cuba, aunque muchos de ellos mostraban simpatías liberales. Asimismo, los acontecimientos revolucionarios en la América española habían provocado la salida hacia el exilio de varios hispanoamericanos que, en los primeros años de la década de 1820, comenzaron a instalarse en ciudades estadounidenses, especialmente en Filadelfia. Con figuras de la talla intelectual e importancia política del guayaquileño Vicente Rocafuerte, el mexicano Servando Teresa de Mier, el colombiano Manuel Torres y el peruano Manuel Lorenzo de Vidaurre, se fue configurando una comunidad de exiliados hispanoamericanos en Estados Unidos en cuyo seno el republicanismo hispanoamericano experimentó un decisivo desarrollo¹⁵⁷. En la otra cara de la moneda, también había españoles en Estados Unidos que habían salido, voluntaria o forzosamente, de las de facto recientemente independizadas repúblicas hispanoamericanas. A lo largo de la década de 1820 continuaron llegando exiliados españoles e hispanoamericanos a Estados Unidos, especialmente tras la Restauración absolutista de 1823 y la aplicación de las leyes de expulsión de españoles de México.

Los acontecimientos españoles ocurridos desde la restauración del sistema constitucional en 1820 habían recibido una extensa cobertura en la prensa estadounidense y la población se encontraba relativamente familiarizada con los acontecimientos de la Península. Además, las simpatías del público norteamericano se encontraban claramente de parte del Gobierno liberal. Los acontecimientos españoles eran situados en un contexto europeo más amplio, marcado por la evolución de la política internacional. La frenética actividad diplomática de esos años, en los que un nuevo orden internacional posrevolucionario estaba siendo diseñado a través de un sistema de congresos, formaba parte de las informaciones diarias ofrecidas por la prensa estadounidense. El desarrollo de la crisis que culminó con la decisión tomada en el Congreso de Verona de invadir España para restaurar a Fernando VII como monarca absoluto fue seguido con interés en los Estados Unidos, donde las maniobras de las monarquías absolutistas eran vistas con recelo. Pero el interés por España no residía únicamente en su papel de pieza clave del tablero diplomático europeo, sino que las evoluciones de la política interna española previas a la intervención de las fuerzas de la

¹⁵⁷ Rafael ROJAS, *Repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009, pp. 105-140; Jaime E. RODRÍGUEZ O., *The Emergence of Spanish America. Vicente Rocafuerte and Spanish Americanism, 1808-1832*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1975.

Santa Alianza también recibieron una atención destacada. El *New-Hampshire Sentinel*, reconociendo el alto interés de la opinión pública estadounidense por la situación en España —“estando la atención pública tan dirigida en la actualidad hacia España”—, publicó en mayo de 1823 una cronología en la que resumía los principales acontecimientos sucedidos en la revolución de España durante los tres años precedentes¹⁵⁸. Las simpatías por el Gobierno liberal se expresaban también en el lenguaje empleado. Aunque la mayoría de las veces la prensa se refería a los liberales como “constitucionales” (*constitutionalists*) en ocasiones la favorable inclinación a su causa, combinada con cierta ignorancia sobre el programa político de los gobiernos del Trienio, llevaba a llamarlos “republicanos”¹⁵⁹. Ciertos sectores estadounidenses apoyaban decididamente al Gobierno liberal y celebraban sus acciones más extremas de la misma forma que lo podría haber hecho la prensa española más exaltada. De esta manera informaba el *American Federalist Columbian Centinel* en marzo de 1823 de la decisión del Gobierno liberal de obligar a Fernando VII a trasladarse a Cádiz ante la proximidad de las fuerzas francesas:

“El Rey Fernando se oponía a abandonar Madrid, y preguntó a uno de sus ministros si pretendían obligarle contra su voluntad. “Sí”, contestó el ministro, “atado si es necesario” y entonces empezó a tararear el famoso “Trágala””¹⁶⁰.

Las operaciones militares desencadenadas por la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis recibieron una considerable atención en los medios norteamericanos. Por supuesto, no todo era pura solidaridad con la causa de los liberales españoles. Parte de la razón de este interés residía en que los acontecimientos españoles afectaban directamente a los propios Estados Unidos. La prensa reflexionaba sobre ello:

“El pueblo de los Estados Unidos tiene un motivo de interés directo para estar furioso con los *ultras* de Francia, quienes han decidido locamente invadir España. Esto provocará, inevitablemente, una ruptura entre Gran Bretaña y Francia, cuya consecuencia segura será la destrucción de la marina y el comercio francés, el cual los norteamericanos preferirían ver florecer como contrapeso al poder naval británico. Es deseable para nosotros que Francia y España posean una considerable fuerza naval”¹⁶¹.

El interés directo en los Estados Unidos por España no se reducía a los acontecimientos peninsulares, sino que se encontraba forzosamente inspirado por la cercanía de las últimas posesiones españolas en América. El proceso de disolución del imperio español

¹⁵⁸ *New-Hampshire Sentinel*, 10 de mayo de 1823.

¹⁵⁹ *The Portsmouth Journal of Literature and Politics*, 4 de enero de 1823.

¹⁶⁰ *American Federalist Columbian Centinel*, 23 de marzo de 1823.

¹⁶¹ *The Portsmouth Journal of Literature and Politics*, 3 de mayo de 1823.

constituía la más urgente cuestión de política exterior para los Estados Unidos y de hecho no había sido hasta la formación de las Cortes del Trienio que el Tratado Transcontinental firmado en 1819 –por el que ambos países se dividían Norteamérica— pudo ser ratificado¹⁶².

Además de por genuinas simpatías ideológicas, la opinión pública estadounidense se mostraba favorable a la revolución española de 1820 y se alineaba a favor de los liberales en su pugna con las fuerzas absolutistas europeas, aunque reconocía como inevitable la derrota constitucional y empezaba a dar cuenta de los planes de evacuación de los líderes liberales, incluida la detención y expulsión el 3 de agosto a las islas Canarias de una serie de personalidades entre las que se nombraba a cuatro que meses más tarde llegarían a Baltimore: Mejía, Espínola, Pérez, y Ceruti¹⁶³.

Nada más conocerse la derrota definitiva del sistema constitucional, la prensa estadounidense comenzó a hablar del número de exiliados que sin duda provocaría la caída del régimen. El *Baltimore Patriot*, siguiendo informaciones recogidas en Madrid, los cifró en 15.000¹⁶⁴ y el *New-Hampshire Sentinel* advertía de que era esperado que varios de esos exiliados españoles llegaran finalmente a los Estados Unidos¹⁶⁵. En los meses siguientes la prensa norteamericana continuó interesada en su destino, y reprodujo listas en las que se detallaban los nombres de los más importantes exiliados junto a los lugares a los que habían conseguido llegar, principalmente Londres, Gibraltar y Francia, pero también Malta, Bruselas, Italia o los propios Estados Unidos¹⁶⁶.

En febrero de 1824, a bordo de un barco norteamericano proveniente de las islas Canarias a donde habían sido desterrados por su tendencia exaltada, cuatro exiliados liberales españoles llegaron a Baltimore. El más notorio era Félix Mejía, uno de los protagonistas de la eclosión periodística que se dio en España durante el Trienio, especialmente al frente de *El Zurriago*, uno de los principales periódicos del liberalismo exaltado y órgano de expresión de los círculos comuneros.

Nada más llegar al puerto de Baltimore, los cuatro exiliados (además de Mejía, Ramón Ceruti –también periodista y antiguo funcionario en Puerto Rico—, Leonardo

¹⁶² James E. LEWIS, *The American Union and the Problem of Neighborhood. The United States and the collapse of the Spanish empire*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1998.

¹⁶³ *New York Evening Post*; véase también *Connecticut Mirror* 10 de noviembre de 1823 y *Richmond Enquirer* 11 de noviembre de 1823.

¹⁶⁴ *Baltimore Patriot*, 1 de diciembre de 1823.

¹⁶⁵ *New-Hampshire Sentinel*, 19 de diciembre de 1823.

¹⁶⁶ *Easter Angus*, 7 de julio de 1826.

Pérez –cirujano de la Armada— y José Espínola –teniente coronel del Ejército)¹⁶⁷ publicaron una declaración solicitando el auxilio de los ciudadanos norteamericanos en el diario *Baltimore Patriot*, que inmediatamente fue reproducida en varios periódicos estadounidenses. En la alocución narraban los acontecimientos que les habían llevado a las costas norteamericanas a bordo del buque norteamericano *Letitia*. Los españoles se presentaban como luchadores por la libertad, mostrando como prueba las publicaciones en las que habían participado y en las que habían rendido servicios “a la causa de la razón y la justicia, defendiendo los derechos del Hombre contra la liga de opresores”¹⁶⁸. La declaración que los cuatro españoles publicaron en Baltimore fue reproducida en otros diarios y revistas estadounidenses en los días siguientes¹⁶⁹. Poco después los exiliados fueron recibidos como héroes por diversas autoridades públicas y organizaciones privadas, y consiguieron recaudar una elevada cantidad de dinero en forma de donaciones para su mantenimiento. Una suscripción realizada en Baltimore logró recaudar unos 1.000 dólares y en Filadelfia se reunieron otros 500¹⁷⁰.

Un recibimiento como este sólo pudo haber sido posible gracias al seguimiento cercano de los acontecimientos españoles por parte de la población estadounidense y por un decidido apoyo a su causa, identificada como el equivalente europeo a su proyecto de sociedad republicana. Los españoles tenían que estar ciertamente agradecidos ante la forma en que habían sido acogidos en los Estados Unidos y no tardaron en publicar de nuevo un artículo en la prensa para responder a las muestras de afecto que habían recibido. En esta ocasión su mensaje apareció fechado y firmado en Filadelfia, ciudad a la que se habían trasladado desde Baltimore. Dirigido al editor de la *National Gazette*, el comunicado, en castellano y en inglés, es una muestra emocionada de agradecimiento en el que se alaba la desinteresada generosidad demostrada por los ciudadanos estadounidenses, en especial los

“dignos ciudadanos de la culta Baltimore. Mientras unos se han desnudado de sus ropas para cubrirnos con ellas, otros nos dispusieron alojamiento cómodo y decente, éstos proveyeron a nuestro mantenimiento y regalo; aquéllos se suscribieron a contribuir con su dinero al remedio de todas nuestras urgencias; y algunos también, extendiéndose a lo

¹⁶⁷ Así se presentaron ante el público estadounidense. *Baltimore Patriot*, 3 de Febrero de 1824. GIL NOVALES (dir.), *Diccionario Biográfico del Trienio Liberal*, confirma que todos fueron miembros en España de diversas sociedades patrióticas.

¹⁶⁸ *Baltimore Patriot*, 3 de Febrero de 1824.

¹⁶⁹ Por ejemplo en *The National Gazette and Literary Register*, 5 de Febrero; *The American Daily Advertiser*, 6 de Febrero; o el *Providence Patriot*, 14 de Febrero de 1824.

¹⁷⁰ AHN, Estado, leg. 5650. El 18 de febrero de 1824 Hilario Rivas y Salmón, encargado de negocios español en Filadelfia, informó al conde de Ofalia, secretario de Estado, de la llegada de los exiliados y durante los siguientes meses le mantuvo informado de sus actividades.

futuro, nos han proporcionado relaciones que apetecemos tener, y con ellas un refugio en nuestras adversidades. Así se han conducido con estos extranjeros proscriptos y desgraciados aquellos respetables americanos, empeñados ciertamente en asombrarnos con la belleza de sus acciones, y patentizar por ellas que el don celestial de libertad que les ha dispensado el Ser Supremo no es una gracia, es un premio”¹⁷¹.

Poco después, los cuatro españoles se separaron. Ceruti, Pérez y Espínola aceptaron la oferta de Eugenio Cortés, representante oficioso de México en los Estados Unidos, para trasladarse a su país. Félix Mejía decidió permanecer en los Estados Unidos y fijó su residencia en la cosmopolita ciudad de Filadelfia, centro cultural, político y económico de los Estados Unidos de principios del siglo XIX y cuna del republicanismo norteamericano, donde participó activamente en la organización de una sociedad secreta carbonaria¹⁷². Mejía permaneció tres años en Estados Unidos, realizando una significativa obra literaria y política. En Filadelfia entró en contacto con José Bonaparte que como se vio en el capítulo 3, se había instalado en Estados Unidos al salir de la Francia borbónica.

Varios liberales españoles más llegaron a Estados Unidos. Miguel Cabrera de Nevares, que ya había cruzado el Atlántico en 1819, residiendo en Buenos Aires y Brasil, llegó en 1824 a las costas estadounidenses. Tras su regreso a la Península en 1819, había sido jefe político de Calatayud y Soria durante el Trienio y entrado en la sociedad liberal moderada del Anillo. Como se vio en el capítulo anterior, había presentado a las Cortes un plan para la pacificación y reincorporación de los territorios americanos a la monarquía en forma confederal. En 1823 se refugió en Gibraltar y desde Londres volvió a cruzar el océano, instalándose en Nueva York¹⁷³.

El liberal barcelonés Agustín de Letamendi, que ya había experimentado el exilio en 1811 cuando fue conducido como prisionero de guerra a Francia, lo vivió de nuevo en 1823, aunque esta vez en Estados Unidos. Durante el Trienio había sido cabo de la Milicia Nacional de Madrid —luchó en la jornada del 7 de julio— además de colaborar en periódicos como *El Constitucional* y publicar varias obras de carácter liberal. En enero de 1823 salió hacia Estados Unidos para ocupar su puesto de cónsul en San Agustín de la Florida. Tras la caída del régimen constitucional consiguió continuar en la legación diplomática española, ocupando el consulado en Charleston, aunque su

¹⁷¹ *The National Gazette and Literary Register*, 11 de Febrero de 1824. Reproducido también en *The Essex Register*, 19 de Febrero de 1824.

¹⁷² AHN, Estado, 5650. Las autoridades diplomáticas españolas calificaron a la sociedad carbonaria de “regicida” y afirmaban que aspiraba a derrocar a los Borbones.

¹⁷³ Alberto GIL NOVALES (dir.), *Diccionario biográfico de España (1808-1833). De los orígenes del liberalismo a la reacción absolutista*, Fundación Mapfre, Madrid, 2010.

pasado liberal le ocasionó muchos problemas, siendo cesado y readmitido en varias ocasiones. En junio de 1832 regresó a Europa, pero esta vez como agregado a la delegación estadounidense en Bruselas. Asignado a una misión para el ejército de Estados Unidos, visitó arsenales en Francia, Alemania y Holanda. En febrero de 1833 regresó a España, y fue nombrado cónsul en Gibraltar¹⁷⁴.

El 17 de diciembre de 1823 llegaron a Estados Unidos varios exiliados cubanos huyendo de la represión en la Península. Los diputados cubanos Félix Varela, Leonardo Santos Suárez y el presidente de las Cortes Tomás Gener (nacido en Barcelona pero representante de Cuba, a donde había emigrado con 21 años), habían conseguido pasar de Cádiz a Gibraltar, desde donde se trasladaron a Nueva York y Filadelfia. No podían retornar a la isla antillana —donde las autoridades y la elite criolla habían dado la bienvenida a la restauración fernandina— por su participación en el régimen constitucional, que les había conducido a ser condenados a muerte en ausencia. En las Cortes habían promovido el reconocimiento de las nuevas repúblicas y la aplicación de reformas descentralizadoras en las posesiones españolas en América. Gener, a pesar de escribir a su esposa en enero de 1824 acerca de sus deseos de “volver sin recelo a esa isla adorada [Cuba] (...) así que mis amigos me avisen”, rápidamente aprendió inglés y se integró en la sociedad estadounidense. Como corredor de seguros navieros junto a Santos Suárez amasó una pequeña fortuna y participó en una sociedad para la colonización de Texas liderada por Stephen Austin y Lorenzo de Zavala. Como agradecimiento por las donaciones que hizo al *Columbia College* de Nueva York fue nombrado por este doctor en leyes *honoris causa* y llegó incluso a ser recibido en Washington por las más altas autoridades del país. Su casa se convirtió en punto de encuentro de exiliados de varias nacionalidades¹⁷⁵.

A Estados Unidos también llegaron otros cubanos exiliados por su participación en la conspiración de los Rayos y Soles de Bolívar: José María Heredia, Francisco Sentmanat y José Teurbe Tolón, estos dos últimos ex alumnos de Varela en el Colegio Seminario de San Carlos de La Habana. Teurbe Tolón sería nombrado tres años más

¹⁷⁴ Mar VILAR, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos, 1823-1833*, Murcia, Universidad de Murcia, 1994, p. 196 y GIL NOVALES (dir.), *Diccionario biográfico de España*.

¹⁷⁵ Sobre Gener, Mar VILAR, *El español, segunda lengua en los Estados Unidos*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008, 3ª ed., pp. 324-325.

tarde cónsul de México en Filadelfia¹⁷⁶. También se refugiaron en Estados Unidos otros cubanos como Domingo del Monte o el escritor José Antonio Saco, cercano al liberalismo pero que no había pasado a Estados Unidos por motivos políticos sino académicos¹⁷⁷. Otro destacado exiliado proveniente de Cuba era Tiburcio Campe, que a pesar de haber nacido en Cádiz había pasado gran parte de sus días y desarrollado su vida profesional en la isla antillana, donde había publicado numerosas obras de tendencia liberal y editado desde su Imprenta Liberal periódicos como *El Esquife* (1813-1814) y, durante el Trienio, *El Indicador Constitucional*, *El Diario Liberal* y *de Variedades* y *El Español Libre*. Se instaló en Nueva Orleans y en 1824 estuvo a la cabeza de los liberales españoles instalados en Luisiana que se entrevistaron con Lafayette, aunque más tarde comenzaría a colaborar con el consulado español y publicó el periódico *El Español*, financiado por él¹⁷⁸.

A lo largo de la década de 1820, algunos pocos exiliados peninsulares más se trasladaron a Estados Unidos. En 1830 un grupo de liberales exiliados que habían pasado los primeros años de emigración en Londres salieron de Liverpool camino de Estados Unidos. Entre ellos se encontraban Pedro Barragán, José Ruiz, Antonio Rubio, Pazos, Rovira y los hermanos gallegos Carlos y José Rabadán, militares cercanos a Riego¹⁷⁹.

En los años siguientes continuaron llegando a Estados Unidos exiliados de las repúblicas hispanoamericanas, como el diputado mexicano de las Cortes del Trienio Lorenzo de Zavala o el venezolano Feliciano Montenegro¹⁸⁰, así como liberales de distintos orígenes europeos como el economista alemán Friedrich List o el portugués Francisco Xavier Monteiro. La república norteamericana alimentaba de esta forma su propagada imagen de asilo de la libertad.

3.2 Hispanoamérica

Algunos exiliados españoles y unos pocos italianos que habían residido en España durante el Trienio se refugiaron en países hispanoamericanos. Sin embargo, su número

¹⁷⁶ José Antonio PIQUERAS, *Félix Varela y la prosperidad de la patria criolla*, Madrid, Mapfre, 2007; Varela recibió una invitación por parte del presidente Guadalupe Victoria para trasladarse a México, que este rechazó, VILAR, *La prensa*, p. 170.

¹⁷⁷ VILAR, *La prensa* y GIL NOVALES (dir.), *Diccionario biográfico de España*.

¹⁷⁸ Juan Bautista VILAR, "Los orígenes de la prensa cubana. Un intento de aproximación y análisis, (1764-1833)", en *Revista Complutense de Historia de América*, nº 22, 1996, pp. 337-345.

¹⁷⁹ VILAR, *La prensa*, pp. 143-148.

¹⁸⁰ VILAR, *La prensa*.

no fue alto, a pesar de que pudiera esperarse que la existencia de contactos y redes de apoyo entre Hispanoamérica y España (familiares, personales, comerciales, etc.) facilitara el traslado de los peninsulares. De hecho, el número de exiliados que pasaron a Hispanoamérica destaca por su poca incidencia en el conjunto de la emigración. Pero hay razones de peso que lo explican. En primer lugar, la evidente dificultad para realizar un viaje tan largo y caro, especialmente en la penosa situación en la que se encontraban la mayoría de los exiliados. Además, a la altura de la segunda mitad de 1823 la independencia de la mayoría de los territorios del continente americano era prácticamente un hecho. Esta se había logrado tras más de una década de intensas guerras que habían dejado entre la población, a pesar de su fuerte componente de guerra civil, es decir, de enfrentamientos mayoritariamente protagonizados por americanos, un fuerte recelo hacia los peninsulares. Esto era especialmente cierto en las zonas que habían sido el escenario de los intentos de reconquista españoles, como Venezuela y Colombia, pero también lo era en otros lugares en los que la presencia militar enviada desde la Península había sido prácticamente nula como México o el Río de la Plata (a donde se dirigía el ejército concentrado en Cádiz que se rebeló en 1820), pero que temían la posibilidad de que la España fernandina intentara recuperar sus posesiones, como de hecho ocurrió. En ciertos lugares aún persistía la guerra a mediados de 1823. La derrota de Ayacucho no llegaría hasta diciembre de 1824 y algunas plazas fuertes continuaron en poder de los españoles una vez obtenida la independencia, como San Juan de Ulúa en México —que permanecería en manos españolas hasta 1825— o la fortaleza del Real Felipe en el Callao —que no capitularía hasta enero de 1826. Por último, los conflictos vividos durante las Cortes de Cádiz y las Cortes del Trienio entre los diputados peninsulares y los hispanoamericanos acerca de la situación en que los territorios ultramarinos debían quedar en el nuevo diseño constitucional, enajenaron el apoyo que muchos liberales españoles podían encontrar entre los representantes hispanoamericanos que habían regresado a sus países de origen, para, muchos de ellos, ponerse al frente de las nuevas instituciones. De hecho, el odio hacia los españoles se extendió a aquellos que permanecieron en las nuevas naciones una vez obtenida la independencia y produciría graves tensiones sociales y políticas, que en ciertos lugares donde su presencia era aún significativa desembocaron en hispanofobia. En México, este fenómeno culminó con la expulsión de miles de españoles a lo largo de la década de 1820.

La posibilidad de buscar refugio fuera de la Península en territorios que no se habían independizado también tuvo que ser descartada. Ya se ha visto cómo varios cubanos se exiliaron en Estados Unidos debido a la imposibilidad de regresar a la isla. Incluso antes de la caída del régimen constitucional, en julio de 1823, el ayuntamiento de La Habana, presionado por el capitán general Francisco Vives, había rechazado una moción para ofrecer asilo a los constitucionalistas que tuvieran que salir de la Península. Esta proposición había sido impulsada por liberales exaltados, varios de los cuales serían poco después detenidos por su participación en la conspiración republicana de los Soles y Rayos de Bolívar, que obligaría a varios de ellos a salir hacia el exilio. Como se ha visto, algunos fueron a Estados Unidos, mientras que otros, como el comerciante caraqueño Juan Jorge Peoli, salieron hacia México¹⁸¹. La represión llevada a cabo en la Península no tuvo equivalente en las posesiones americanas y, en Cuba, Vives decidió tomar medidas apaciguadoras con los constitucionalistas y especialmente con los conspiradores republicanos. Pero mientras que en España las comisiones militares fueron suprimidas en agosto de 1825¹⁸², en Cuba se mantuvieron hasta 1869, dentro de la situación de excepcionalidad con que se gobernó a partir de entonces la colonia¹⁸³.

3.2.1 Exiliados europeos en Hispanoamérica

A pesar de todo, algunos españoles sí pasaron a las nuevas naciones hispanoamericanas y gran parte de los que lo hicieron no se limitaron a esperar la llegada del momento en que podrían regresar a la Península, sino que colaboraron activamente en la construcción de las instituciones y vida pública independiente. Uno de los casos más llamativos y atractivos fue el del escritor, filósofo y periodista José Joaquín Mora, que en su exilio de Londres conoció a Bernardino Rivadavia, agente diplomático de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que le convenció para trasladarse a Buenos Aires, a donde llegó en 1827. En la nueva república colaboró con Rivadavia, convertido en presidente, a través de varias publicaciones que dirigió. En 1828, envuelto en los conflictos políticos de Buenos Aires, se trasladó a Chile, donde ingresó como alto

¹⁸¹ Larry R. JENSEN, *Children of colonial despotism. Press, Politics, and Culture in Cuba, 1790-1840*, Tampa, University of South Florida Press, 1988, pp. 92-93.

¹⁸² Aunque como se ha visto serían repuestas poco después.

¹⁸³ José Antonio PIQUERAS, "El mundo reducido a una isla. La unión cubana a la metrópoli en tiempos de tribulaciones", en Piqueras (ed.), *Las Antillas en la era de las Luces y la Revolución*, Madrid, Siglo XXI, 2005, pp.319-342, p. 338. En mayo de 1825 el capitán general Vives recibió poderes extraordinarios para gobernar la isla.

funcionario en el Ministerio de Estado, organizó el Liceo de Chile, fundó y colaboró en varios periódicos y fue uno de los principales redactores de la constitución chilena de 1828. A principios de 1831, tras sus enfrentamientos con el Gobierno de José Tomás Ovalle salió hacia Perú, junto a otros exiliados chilenos. Instalado en Bolivia, continuó sus labores literarias, educativas y políticas. Regresó a Europa en 1838 como cónsul de la Confederación Perú-Boliviana en Londres y Madrid¹⁸⁴.

Otro caso menos conocido, pero igualmente significativo es el de Félix Mejía. Tras su estancia en Estados Unidos, el continente americano le ofreció la posibilidad de participar activamente en la construcción de una república, ya que se trasladó a Guatemala en 1827 de la mano de Juan de Dios Mayorga, ministro guatemalteco en los Estados Unidos, para participar en la construcción del nuevo estado en la época en que la Federación Centroamericana estaba sumida en la guerra civil. Durante varios años residió en el país centroamericano –al que se refería como “Estados Unidos de Centroamérica”— adquiriendo varias responsabilidades políticas, fundando una choza carbonaria, obteniendo el puesto de comisario de guerra, ejerciendo de juez, y completando sus ingresos con diversas actividades comerciales¹⁸⁵. En Guatemala, tras sus obras literarias idealistas y teóricas, Mejía se enfrentó a las dificultades de la realidad política, involucrándose en labores de organización de la Hacienda y del sistema judicial guatemalteco dentro del programa reformista de Mariano Gálvez¹⁸⁶.

3.2.2 El exilio en las nuevas naciones hispanoamericanas: México 1821-1831

México se convirtió en uno de los focos del fenómeno del exilio en la Hispanoamérica independiente. Como consecuencia de la inestabilidad y los frecuentes cambios de gobierno que caracterizaron la vida política de la nueva nación, numerosos mexicanos tomaron el camino de exilio, en Europa o en otros países americanos, en las décadas

¹⁸⁴ Miguel Luis DE AMUNÁTEGUI, *Don José Joaquín Mora: apuntes biográficos*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1888; Eugenio COBO, “José Joaquín Mora”, en *Cuadernos hispanoamericanos*, n° 528, 1994, pp. 105-110.

¹⁸⁵ Ángel ROMERA, *Ilustración y Literatura en Ciudad Real*, Ciudad Real, Diputación Provincial 2006, p. 45.

¹⁸⁶ Mar VILAR, “Un olvidado precursor del exilio intelectual en Norteamérica: el periodista y dramaturgo Félix Mejía”, en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n° 44, diciembre de 2001. pp. 75-98. Al comenzar la dictadura del general Carrera Mejía se vio obligado a huir a Cuba, a donde llegó en 1838 y donde aún tuvo tiempo de escribir varias obras. Regresó a España años después, pero su carrera se encontraba ya en decadencia, aunque continuara escribiendo. Tras regresar brevemente a Cuba por asuntos de negocios, murió en Madrid en 1853, en la más completa miseria; Ángel ROMERA, “Últimos días de un zurriaguista en Madrid: El retorno del escritor liberal Félix Mejía (1778-1853), en *Trienio*, n° 46, 2005, pp. 5-65.

posteriores a la obtención de la independencia. Agustín de Iturbide, el artífice de la independencia en 1821 que se llegó a proclamar emperador, se vio obligado a abandonar México tras abdicar en marzo de 1823. Iturbide se exilió en Europa, permaneciendo en Gran Bretaña y Francia. Cuando en julio de 1824 decidió regresar a México, fue fusilado nada más desembarcar. Los años siguientes, marcados por la inestabilidad y la conflictividad política, presenciaron la salida hacia el exilio de numerosos personajes de la vida pública de la república, como los presidentes Manuel Gómez Pedraza (en Francia y Nueva Orleans) y Antonio López de Santa Anna (en Cuba y Colombia), el pensador José María Luis Mora (en París desde 1834), el ministro y escritor Lorenzo de Zavala (que llegaría a ser vicepresidente de Texas), entre otros. El caso de México no fue excepcional en el conjunto de la Hispanoamérica postrevolucionaria. Varios de los grandes héroes de la independencia tuvieron que tomar el camino del exilio —desde 1824 José de San Martín vivió en varias ciudades europeas, como Bruselas, París, y murió en Francia en 1850; Simón Bolívar iba camino del exilio cuando murió en Santa Marta en 1830 y su rival Francisco de Paula Santander volvió de él en 1832 para convertirse en presidente de Nueva Granada— así como otros protagonistas políticos de las primeras décadas de vida independiente de las nuevas repúblicas: el primer presidente peruano José de la Mar murió desterrado en Costa Rica, el presidente peruano-boliviano Andrés de Santa Cruz pasó un tiempo exiliado en Europa y Argentina, como hicieron personajes tan notorios como los argentinos Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento. La simple enumeración de exiliados hispanoamericanos en este periodo ocuparía varias páginas.

Asimismo, un exilio de carácter masivo afectó a la población española que continuó residiendo en México después de 1821. Tanto el Plan de Iguala como los Tratados de Córdoba por los que se materializó la independencia de la Nueva España, ofrecían a los españoles residentes en México la oportunidad de integrarse en la nueva nación. Una de las tres garantías concedidas por Iturbide era la unión entre españoles y criollos (además de indígenas y castas) en el nuevo Imperio, que establecía un principio de igualdad entre mexicanos y españoles. Con un lenguaje conciliatorio, el Plan de Iguala —dirigido a los “Americanos” incluidos los “europeos, africanos, asiáticos que en ella residen”— definía la nueva nación, de momento sólo “americana”, en términos bastante laxos e inclusivos y tranquilizaba a los peninsulares al reconocer que su verdadera patria era aquella en la que residían sus intereses: “Españoles europeos: vuestra patria es la América, porque en ella vivís; en ella tenéis a vuestras amadas

mujeres, a vuestros tiernos hijos, vuestras haciendas, comercio y bienes”. Los Tratados de Córdoba, que confirmaron la independencia mexicana, declaraban que tras el cambio del sistema de gobierno ocasionado por la independencia toda persona quedaba “en el estado de libertad natural para trasladarse con su fortuna adonde le convenga”. En ese caso se encontraban “los europeos avecindados en Nueva España y los americanos residentes en la Península” que, por lo tanto, “serían árbitros a permanecer, adoptando esta o aquella patria, o a pedir su pasaporte, que no podrá negárseles, para salir del reino”. De este privilegio sólo quedaban excluidos los “empleados públicos o militares (...) notoriamente desafectos a la independencia mexicana”¹⁸⁷.

Estas medidas y declaraciones amistosas en relación a los peninsulares no deben hacer pensar que los españoles eran apreciados por el conjunto de la población mexicana, incluidas las elites. A pesar de constituir únicamente menos del 0,2% de la población (en 1810 había unos 15.000 peninsulares en Nueva España), los españoles mantenían lo que era percibido como una desproporcionada presencia en los ámbitos político, religioso, económico y militar, lo que irritaba a muchos mexicanos. Ya desde el inicio de la insurrección los *gachupines* fueron el foco de buena parte del odio de las clases populares. A lo largo de la década de 1820 la hispanofobia se iría apoderando de la opinión pública mexicana, afianzada por la negativa tanto de las Cortes españolas como de Fernando VII de reconocer a México, por el estado de guerra que aún se mantenía y por la revelación de tramas conspirativas contra la república protagonizadas por españoles, como la del padre Arenas en 1827. Desde la obtención de la independencia en 1821 hasta 1827 muchos españoles abandonaron México, especialmente ricos comerciantes que se llevaron consigo grandes capitales. También abandonaron México altos funcionarios, burócratas, militares y miembros del alto clero. La tendencia hispanofóbica culminaría con las doce leyes estatales de expulsión de 1827 y las tres federales de 1827, 1829 y 1833¹⁸⁸.

En México estaba en juego la definición de la identidad nacional, que en buena medida se estaba intentando construir frente a lo español, delimitando los límites de la

¹⁸⁷ En Álvaro MATUTE, *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, Ciudad de México, UNAM, 1973, pp. 227-228.

¹⁸⁸ Romeo FLORES CABALLERO, *La contrarrevolución en la independencia. Los españoles en la vida política, social y económica de México (1804-1838)*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1969; Harold SIMS, *La expulsión de los españoles de México (1821-1828)*, Ciudad de México, FCE, 1974 y SIMS, *Descolonización en México. El conflicto entre mexicanos y españoles, (1821-1831)*, Ciudad de México, FCE, 1982; Jesús RUIZ DE GORDEJUELA URQUIJO, *La expulsión de los españoles de México y su destino incierto, 1821-1836*, Sevilla, Universidad de Sevilla/CSIC/Diputación de Sevilla, 2006.

comunidad política en formación. La herencia española era mayoritariamente rechazada en el proyecto de edificación de una nueva república. Dos grupos políticos, formados alrededor de las logias masónicas de rito escocés y yorkino, se disputaban el control de las instituciones. La historiografía ha descrito a los primeros como representantes de una aristocracia liberal reformista, defensores del orden y del centralismo y comprensivos con la causa de los peninsulares y a los segundos como representantes de los sectores más radicales y populistas y como partidarios de ahondar en el federalismo y el republicanism. Sin embargo las diferencias no estaban tan claras, pues no existía una uniformidad de pensamiento y acción entre sus miembros y se produjeron varias escisiones¹⁸⁹.

Los yorkinos asumieron un discurso nativista en la cuestión de los españoles, a los que presentaban como aliados de los escoceses y como potenciales traidores. Convirtieron el asunto en una de las claves de su política de oposición, de forma que la postura en torno a esta cuestión se convirtió en una línea de división y polarización política de la sociedad mexicana. Los españoles eran presentados desde la opinión yorkina como residuos del orden colonial y enemigos del nuevo orden republicano¹⁹⁰.

Los exiliados españoles salidos de México se encontraron a sí mismos en una situación extremadamente comprometida. El indulto concedido por Fernando VII en mayo de 1824 había dejado en un estado de indefensión a los españoles que residían en América, pues excluía de él no solo a “los que habiendo tenido parte activa en el gobierno constitucional, o en los trastornos y revolución de la Península, hayan pasado o pasen después de la abolición de dicho gobierno a la América con el objeto de apoyar y sostener la insurrección de aquellos dominios” sino también a “los de la misma clase que permanezcan en ellos con cualquiera objeto, después de requeridos por las Autoridades legítimas para que abandonen el territorio”¹⁹¹. De esta forma, todo aquel peninsular que hubiera permanecido en América podía ser acusado de traición en España. Por eso, la mayoría de los que salieron a partir de entonces no pudieron regresar inicialmente a España. Además, el Gobierno mexicano tampoco concedió ayudas para el viaje a los expulsados que se dirigieran a la Península. Por último, no confiaban en llevar sus capitales a una España en quiebra y sumida en una grave crisis política. La mayor parte de los españoles, 7.148 según Harold Sims, salió entre diciembre de 1827 y

¹⁸⁹ Alfredo ÁVILA, “El Partido Popular en México”, en *Historia y política*, n° 11, 2004, pp. 35-64.

¹⁹⁰ Erika PANI, “De coyotes y gallinas: hispanidad, identidad nacional y comunidad política durante la expulsión de españoles”, en *Revista de Indias*, 2003, vol. LXIII, n° 28, pp. 355-374.

¹⁹¹ *Decretos del Rey nuestro Señor don Fernando VII*, tomo VIII, p. 329.

agosto de 1829, especialmente desde el puerto de Veracruz, y sufrieron por lo general unas duras condiciones de viaje antes de llegar a sus destinos. La mayoría (1.587 de los que se tienen datos, equivalente al 58%) fue a Estados Unidos, particularmente la ciudad de Nueva Orleans. El segundo destino fue Francia, elegido por los más pudientes pues el pasaje era más caro, a donde llegaron más de 1.084 españoles (40%). La mayoría de los emigrados, y con ellos sus capitales, terminaron residiendo en Inglaterra y, especialmente, Francia. El Gobierno español intentó captar estos capitales, aunque en realidad la mayoría de sus miembros seguían recelando de los exiliados. Esta maniobra, apoyada por los sectores más moderados del Gobierno como el conde de Ofalia y el ministro de Hacienda Luis López Ballesteros, no tuvo mucho éxito inicialmente, por la desconfianza hacia el régimen y porque sus expectativas de negocio con América (en el que muchos continuaron envueltos) se encontrarían en riesgo si se instalaban en España, ya que las repúblicas hispanoamericanas confiscarían las inversiones realizadas desde la antigua metrópoli mientras esta no reconociera su existencia¹⁹².

Desde el verano de 1828 cientos de españoles expulsados de México comenzaron a llegar a Francia, especialmente al puerto de Burdeos. Las autoridades francesas se mostraron incapaces de recibir la avalancha y se vivió una situación de descontrol, que solo comenzó a normalizarse cuando empezaron a cambiar los pasaportes mexicanos que llevaban por otros franceses para que se trasladaran a España. El vicecónsul español en Burdeos los aceptó y muchos cruzaron la frontera. Pero al conocer lo que estaba ocurriendo, el Gobierno español, que no reconocía los pasaportes “revolucionarios” y que temía la entrada en España de elementos que percibía como peligrosos, se negó a recibirlos. Se cursaron órdenes a los cónsules en el extranjero para que no concedieran permiso para volver a España a estos individuos, aunque la efectividad de esta medida no fue muy alta. En los meses siguientes continuaron pasando a España y a la altura de octubre de 1832 ya no quedaban prácticamente españoles expulsados de México en Francia. Por su parte, los exiliados también levantaron suspicacias entre los agentes de la república mexicana en Europa, especialmente el enviado a París (Tomás Murphy) y el cónsul en Burdeos (M. Despect), que desconfiaban de su influencia sobre el comercio transatlántico y temían que por rencor propagaran calumnias sobre México o incluso participaran en proyectos para su reconquista. Sin embargo, los celos de los mexicanos se mostraron infundados, pues

¹⁹² RUIZ DE GORDEJUELA URQUIJO, *La expulsión de los españoles de México*, pp.134-141.

los exiliados en Francia no participaron ni financiaron ningún plan de reconquista, a diferencia de lo que había ocurrido con los expulsados que se habían instalado en Cuba.

En efecto, Cuba fue otro de los destinos principales de los españoles expulsados de México, aunque la mayoría llegó a la isla tras pasar por los Estados Unidos. Las autoridades españolas recelaban de su llegada, por considerarlos vinculados con los movimientos independentistas, aunque también había sectores (liderados por Ofalia y López Ballesteros) que consideraban que se podía sacar provecho de su experiencia y de sus capitales. Finalmente, en la actitud del capitán general Vives y del embajador en Estados Unidos Francisco Tacón, primaron las motivaciones humanitarias sobre las políticas. Tacón avisó a Vives en febrero de 1828 de la llegada a Nueva Orleans y Nueva York de cientos de españoles expulsados de México, entre ellos más de cien militares que solicitaban poder trasladarse a Cuba. Su situación era desesperada, pues carecían de recursos, aunque los ciudadanos de Nueva Orleans habían abierto una suscripción para su socorro. Los militares “estando expuestos a la miseria, sin patria y sin recursos, y solo atendidos para no perecer de hambre a la caridad de un pueblo extranjero” aseguraban que se habían opuesto a la independencia mexicana y que querían ir a Cuba para ser útiles a España, ya fuera en el ejército o en alguna otra labor. Aceptada su petición por las autoridades de la isla, en La Habana se formó una junta para examinar la forma de auxiliarlos y evitar al mismo tiempo que junto a ellos penetraran elementos revolucionarios. Vives tenía buenos motivos para aceptar su entrada, en especial reforzar la maltrecha guarnición de Cuba y promover la llegada de colonos blancos, y de hecho estos hombres participaron de ambas empresas. El problema era que según la legislación vigente los oficiales solo podían reintegrarse a su servicio y a los territorios españoles si pasaban por la purificación que estaba establecida para ellos por haber capitulado en 1821. Finalmente, el Consejo de ministros aprobó la formación de una compañía en La Habana formada por los 125 soldados llegados desde Nueva Orleans, pero con oficiales de confianza al frente, y se instó también a los civiles expulsados a que se integraran en ella. Estas tropas formaron parte al año siguiente de la fracasada expedición de reconquista de México comandada por el general Barrada¹⁹³.

Algunos de los exiliados españoles e italianos que llegaron a México tras el exilio de 1823 participaron activamente en estos debates, tanto desde posiciones

¹⁹³ RUIZ DE GORDEJUELA URQUIJO, *La expulsión de los españoles de México*, pp.141-152.

cercanas a los yorkinos como a los escoceses. Eugenio de Aviraneta, conspirador liberal desde 1819 y activo constitucional durante el Trienio, fue uno de ellos. Tras huir de España y pasar unos meses en Gibraltar y Tánger, salió de Burdeos junto a su primo Francisco Berroa con destino a México, llegando a Alvarado en la primavera de 1825. Comenzaron a trabajar en el negocio de su tío el comerciante Pedro Pascual de Ibarгойen, pero poco después este murió y Aviraneta quedó en la ruina cuando su primo obtuvo toda la herencia. Se volcó entonces en la actividad política, junto a los escoceses, escribiendo en *El Veracruzano Libre*. Pero en 1827 fue incluido en la ley de expulsión de españoles y tuvo que salir hacia Nueva Orleans, a donde llegó en octubre. Desde allí, comenzó a organizar una expedición contra México cuyo propósito era comenzar una guerra de castas para desestabilizar a la joven república que lo había expulsado, pero sus planes fracasaron cuando los comerciantes que debían proporcionar la financiación le abandonaron. Salió entonces hacia Cuba y en marzo de 1828 presentó al capital general Vives una *Memoria sobre el estado actual del Reyno de Méjico y modo de pacificarlo*, en la que aseguraba que solo con un ejército expedicionario de 25.000 hombres podría recuperarse el control sobre la antigua Nueva España. En La Habana formó parte de la junta encargada de planificar la expedición, al parecer dedicándose a la tarea de movilizar secretamente a los colaboracionistas que existían en México. Pero este proyecto fracasó también y Aviraneta volvió a dedicarse al periodismo. De todas formas, en julio de 1829 participó en la expedición del general Barradas¹⁹⁴.

Otros exiliados llegados a México desde España mantuvieron un compromiso político radical, coherente con las actividades políticas que habían desarrollado en Europa dentro de los círculos liberales exaltados, que se tradujo en un apoyo a las posiciones maximalistas de los yorkinos en lo relacionado al peligro que representaban aquellos peninsulares no comprometidos con la república mexicana que conspiraban con las fuerzas contrarrevolucionarias europeas para que España recuperara sus posesiones americanas. Algunos de ellos eran italianos vinculados con los carbonarios, en quienes los yorkinos se habían inspirado para diseñar su modelo organizativo. De hecho contaron con su asistencia en la formación de la sociedad secreta de los Guadalupe¹⁹⁵. No obstante, a causa de su origen extranjero, tuvieron que defender su

¹⁹⁴ Anna M. GARCÍA ROVIRA, "Eugenio de Aviraneta".

¹⁹⁵ "Los miembros dirigentes del partido yorkino iban a organizar una sociedad secreta sobre el modelo de los *Carbonari* italianos, para lo cual se encuentran aquí algunos inmigrantes italianos que van a darles el

derecho a intervenir en la política interna mexicana. Los italianos, cautivos de su propio discurso radical y de su activa participación en los enfrentamientos políticos mexicanos, se vieron obligados finalmente a abandonar el país.

El español Ramón Ceruti, comunero que había sido compañero de viaje de Félix Mejía en su viaje a Estados Unidos, había pasado pronto a México. Se instaló en Veracruz, donde fundó los periódicos *El Mercurio Veracruzano* y *La Euterpe* desde los que participó activamente en las luchas políticas de la década de 1820, defendiendo posturas cercanas a la facción más radical de los yorkinos y acusando a los escoceses de representar en México el peligroso liberalismo moderado que consideraba había sido la causa del fracaso del Trienio en España¹⁹⁶. Ceruti se encontraba en contacto directo con Florencio Galli y Claudio Linati, exiliados italianos en la ciudad de México y editores desde febrero de 1826 del periódico *El Iris*, también cercano a los yorkinos. México no era sino su segundo destino, ya que antes habían estado refugiados en España. Linati, nacido en Parma, fue un artista discípulo de David y es hoy recordado principalmente por ser el introductor de la litografía en México. Carbonario desde 1820, residió entre 1821-1823 en Cataluña donde se casó y adquirió propiedades. Participó en la guerra contra los realistas en el Pirineo, pero en 1823 tuvo que ir a Francia, de donde pasó a Bruselas y finalmente a México, gracias a la intervención de Eduardo Gorostiza que en ese momento era representante del Gobierno mexicano. Llegó a México en septiembre de 1825 y se encontró un país que le parecía atrasado y corrupto por no haber superado el sistema colonial. Concluyó que tenía que hacer algo para consolidar la república y la libertad en México, y decidió “civilizar a estos semi-bárbaros” a través del *El Iris*, que tenía un objetivo movilizador y pretendía sensibilizar a la opinión pública alrededor del proyecto de una sociedad republicana prístina y virtuosa que se debía construir alrededor de la educación, las artes y un sistema político y judicial apropiado. Por su parte, Galli llegó a Cataluña desde Piamonte y fue ayudante de campo del general Espoz y Mina frente a los realistas. Se trasladó a México en 1825 y comenzó a publicar junto a Linati *El Iris*. El tercer redactor del periódico era el cubano José María Heredia, que había tenido que abandonar la isla tras participar en la conspiración de Matanzas, trasladándose primero a Estados Unidos y luego a México, a donde llegó en 1825,

plan”; Joel R. Poinsett, ministro estadounidense en México a Henry Clay, diciembre de 1827, citado en SIMS, *Expulsión*, p. 26.

¹⁹⁶ María Eugenia CLAPS ARENAS, “La formación del liberalismo en México. Ramón Ceruti y la prensa yorkina (1825-1830)”, Tesis de doctorado, Universidad de Alcalá, 2007.

invitado por el presidente Guadalupe Victoria. Participó en *El Iris* hasta junio de 1826, justo cuando la polémica de Santangelo arreciaba¹⁹⁷.

El marqués de Santangelo, napolitano próximo al jacobinismo, conspirador republicano en la Toscana, carbonario y activo participante en la revolución napolitana de 1820, se había refugiado en Barcelona en 1821, donde promovió la carbonería y tuvo contactos con los comuneros. Al caer el régimen constitucional se trasladó a Nueva York, de donde pasó a México en 1825. Mientras residía en Veracruz, colaboró en *El Mercurio Veracruzano* de Ceruti. Luego pasó a la ciudad de México, donde publicó por entregas sus pensamientos acerca de la situación de América y de la amenaza de una agresión por parte de la Santa Alianza. En *Las cuatro primeras discusiones del Congreso de Panamá* Santangelo hacía una réplica a la obra *El Congreso de Panamá* del abate De Pradt, que se mostraba optimista acerca del futuro de las repúblicas americanas. Santangelo creía que la amenaza de una invasión española y de la Santa Alianza era real y que México debía prepararse para ello y criticaba al Gobierno por su inactividad. Apostaba por la creación de un bloque americano republicano frente al europeo monárquico. Este discurso era el que estaban promoviendo los yorkinos en su oposición a los escoceses, concentrado en la denuncia de las supuestas actividades reaccionarias de los españoles residentes en México. El libro fue considerado ofensivo por su crítica al Gobierno, más viniendo de un extranjero, y los escoceses decidieron expulsarlo del país.

Santangelo encontró el apoyo de Linati desde *El Iris*, donde se difundía la idea de que Europa, y España en particular, preparaban la reconquista de América y que era necesario prepararse para ello, formando un sistema americano republicano frente a la reaccionaria Europa de la Santa Alianza. Desde *El Iris* se afirmaba que una colonia emancipada debía romper todo vínculo con su metrópolis. Se sumaba además a la opinión difundida por los yorkinos de que dentro del propio México había enemigos que era necesario descubrir. Para Linati, no habría seguridad nacional mientras hubiera enemigos del Estado, que identificaba con los que no eran ni republicanos ni federalistas. Siguiendo el discurso yorkino, defendía que no había que bajar la guardia ni hacer caso a los que afirmaban que no existía ningún peligro, como hacía el periódico escocés *El Sol*. Apoyaba incluso medidas extremas, como la restricción de la libertad de prensa para evitar que los enemigos de la república pudieran desmoralizar a la

¹⁹⁷ Àngels SOLÀ, “Escoceses, yorkinos y carbonarios. La obra de O. de Atellis, marqués de Santangelo, Claudio Linati y Florencio Galli en México en 1826”, en *Boletín Americanista*, nº 34, pp. 209-244.

población, la necesidad de una dictadura temporal para dirigir la república en caso de ataque o la invasión preventiva de Cuba.

El alarmismo, secundado por los propios italianos, contribuyó a generar la desconfianza hacia los extranjeros y la expulsión de los españoles. Los italianos tuvieron que enfrentarse a las acusaciones de que, como extranjeros, no debían inmiscuirse en los asuntos mexicanos. Desde *El Iris* criticaron este argumento dando los ejemplos de Humboldt y De Pradt, muy apreciados en México:

“¿Quién mejor que el extranjero que viene a América, hablo de los que tienen luces, puede en resumidas cuentas hablar sobre asuntos políticos? Su superioridad en iguales circunstancias de genio es palpable. Conoce uno, o varios gobiernos del viejo continente, está enterado de las frecuentes transacciones políticas a que la multiplicidad de gobiernos y de opuestos sistemas da lugar, conoce las intenciones, los proyectos de aquellos relativamente a la América y los conocimientos que tiene los ha buscado en su origen mismo”¹⁹⁸.

El 4 de agosto de 1826 se publicó el último número de *El Iris* en el que sus editores anunciaban su salida del país, previendo su expulsión. Partían hacia un nuevo exilio. A finales de septiembre de 1826 Linati se embarcó rumbo a Bruselas, mientras que Galli lo hizo con destino a Inglaterra. No se sabe si Galli regresó a México, pero Linati sí lo hizo hacia 1832. Decepcionado de nuevo con Europa, volvió a reemprender su labor “regeneradora” en América, aunque no pudo llevarla a cabo porque murió pocos días después de desembarcar en Tampico. Ceruti, en cambio, obtuvo una excepción a la ley de expulsión de 1827 gracias a sus contactos con líderes yorkinos como Zavala, que corroboró su compromiso republicano y su ejercicio de “una industria útil para el país”, lo que le permitió obtener la ciudadanía mexicana¹⁹⁹. Sin embargo, a partir de 1830 se trasladó a Nueva York desde donde participaría en la organización de una expedición antifernandina, como se verá más adelante.

El que he denominado “tercer exilio liberal”, resultado de la intervención francesa en España y la represión llevada a cabo durante la segunda restauración de la monarquía absoluta de Fernando VII, fue el exilio político de mayores dimensiones y más duradero, hasta ese momento, de la historia española. Sin embargo, no afectó únicamente a españoles, sino que los exiliados que se habían refugiado en la España constitucional se vieron obligados a emigrar de nuevo. Por las mismas fechas, también

¹⁹⁸ *El Iris*, 8 de julio de 1826.

¹⁹⁹ SIMS, *Expulsión*, p. 181; FLORES CABALLERO, *La contrarrevolución en la independencia*, p. 148.

se vieron obligados a salir hacia el exilio un importante número de liberales portugueses. De esta forma quedaba definido un amplio exilio que los emigrados españoles compartieron con grupos de exiliados de otros orígenes, con los que mantuvieron relaciones que contribuyeron a crear redes personales de dimensión internacional.

La distribución geográfica de los exiliados salidos de España a partir de 1823 tuvo una dimensión más amplia que la de los dos exilios previos y no es exagerado calificarla de global. Como se ha visto, los emigrados llegaron a países distribuidos por toda la Europa occidental, el este del Mediterráneo, el norte de África y el continente americano. Por el volumen de refugiados acogidos, Gran Bretaña y Francia destacaron como países receptores. La recepción en los países de acogida fue heterogénea y motivó dos tipos de respuesta: una de carácter oficial por parte de los gobiernos locales y una de carácter privado por parte de la sociedad civil.

La imagen internacional de Gran Bretaña como país tolerante y avanzado, su alejamiento de las potencias de la Santa Alianza y el apoyo que numerosos británicos habían dado a los liberales de España, Italia y Portugal, hizo que se convirtiera en uno de los principales destinos. Sin embargo también fueron fundamentales motivos de naturaleza más práctica que ideológica, como su posición geográfica o su legislación de extranjería. En Gran Bretaña la ayuda, materializada en aportaciones económicas, provino especialmente de iniciativas llevadas a cabo por individuos particulares, aunque muchos de ellos pertenecían o estaban relacionados con las altas esferas políticas del país, especialmente desde las filas de la oposición, ya fuera la *whig* o la radical. El Gobierno británico, dominado a lo largo de toda la década de 1820 por los *tories*, receló de la presencia de un número tan elevado de refugiados políticos en su territorio, aunque se vio obligado por la presión de la opinión pública a concederles algunos subsidios que complementaban los proporcionados por la iniciativa privada. Sin embargo, a pesar de la poca simpatía que podía tener por los liberales europeos y de las protestas que le transmitieron constantemente los gobiernos reaccionarios instalados en gran parte del continente, nunca llevó a cabo sobre ellos una política represiva ni los sometió a una vigilancia policial exhaustiva.

La situación en Francia fue bien distinta. La llegada de miles de refugiados provenientes de España no se puede explicar por consideraciones ideológicas, ya que estos no podían esperar una recepción acogedora por parte de la potencia que, en nombre de la Santa Alianza, había intervenido para poner fin al régimen constitucional.

Sin embargo, fueron precisamente las secuelas de la guerra las que llevaron a muchos miembros de los ejércitos constitucionales a atravesar la frontera, ya fuera como prisioneros de guerra o en virtud de las capitulaciones que les aseguraron amparo en Francia, aunque los términos de estos acuerdos nunca se cumplieron. Otros muchos exiliados pasaron a Francia por su cercanía geográfica, confiando en escapar de la violencia de los fernandinos, ya que el nivel de la represión en la Francia borbónica era significativamente menor que el de España donde, de hecho, las tropas francesas que habían participado en la invasión y ocuparon el país durante los años siguientes limitaron la dureza de las represalias de los absolutistas españoles, que rechazaron instalar un régimen monárquico moderado similar al francés tal y como el Gobierno de Luis XVIII hubiera deseado. Esto no significaba que se aceptara con gusto la presencia de los exiliados, que fueron estrechamente vigilados por parte de la policía francesa. De todas formas, como había ocurrido con el exilio mayoritariamente afrancesado de 1814, el Gobierno francés proporcionó durante la década de 1820 subsidios que, aunque insuficientes, constituyeron la única o principal fuente de ingresos de muchos de los exiliados. Por otra parte, en Francia no hubo una respuesta solidaria a favor de los exiliados similar a la británica, ya que las simpatías por la causa española, que sin duda existían, no podían expresarse de manera abierta en una sociedad regida por un sistema político reaccionario que, por otra parte, carecía de los mecanismos de movilización presentes en la británica.

Un número mucho menor de exiliados llegaron a América. En Estados Unidos algunos contaron con la ayuda desinteresada de sectores de la sociedad norteamericana, entre la que se encontraba extendida la simpatía hacia la causa liberal española gracias a la cobertura que la prensa había realizado de la guerra de España. Sin embargo, los exiliados fueron ignorados por el Gobierno, debido a su escasa importancia.

El número de exiliados que llegaron a las repúblicas hispanoamericanas fue escaso. Además de la lejanía, habría que añadir como causa la poca consideración que los peninsulares podrían esperar recibir en las antiguas posesiones de la monarquía española, desgarradas por la guerra. En México, en los primeros años de vida independiente, se desarrolló una importante hispanofobia causada principalmente por motivos políticos que llevó a muchos peninsulares a tener que abandonar la república, en especial una vez que las autoridades mexicanas aprobaron varias leyes de expulsión. Estos peninsulares comenzaron un periplo que les llevaría a Estados Unidos y a diversos países europeos antes de poder regresar a las posesiones que se mantenían bajo control

de la monarquía, ya fuera en la Península o en Cuba, donde el Gobierno los miraba con recelo. Pero a algunos de los exiliados llegados desde la Península, antiguos súbditos de la monarquía española o de otras monarquías europeas, se les abrió en Hispanoamérica la oportunidad de integrarse en una nueva patria que estaba en construcción en la que aspiraban a poner en marcha el proyecto político por el que habían sido proscritos en sus lugares de origen y a la que confiaban defender de la reacción que los había expulsado de Europa.

LAS REVOLUCIONES DE 1830 Y EL CUARTO EXILIO LIBERAL. LA DIÁSPORA LIBERAL II

El ciclo revolucionario de 1830 alteró la geografía del exilio establecida desde 1823, en la que Gran Bretaña figuraba como eje. La represión de las revoluciones de 1830 en sus respectivos países hizo que miles de polacos, alemanes e italianos salieran hacia el exilio. Muchos otros que permanecían exiliados desde la diáspora de 1823, sobre todo en Gran Bretaña —especialmente españoles e italianos, pero también portugueses desde 1826— viajaron masivamente a Francia y Bélgica, donde esperaban recibir apoyo por parte de las nuevas monarquías constitucionales. Francia, que ya contaba con una importante colonia de exiliados, se convirtió en el nuevo centro del exilio internacional.

En este capítulo se examina el papel de Francia como centro del exilio liberal europeo en los primeros años de la década de 1830, prestando especial atención a los métodos empleados por su Gobierno para gestionar la llegada de miles de refugiados a su territorio. El análisis se centra en el caso de los refugiados españoles, aunque se pone de manifiesto que la cuestión del exilio había tomado ya una dimensión internacional de tal relieve que suponía un asunto que afectaba directamente a la política diplomática de un Estado, como el orleanista, que buscaba asentarse en el tablero europeo.

Al mismo tiempo, el “problema” de los refugiados tuvo un intenso impacto en la política interna francesa a partir de 1830. El Gobierno, que lo percibía como un creciente foco de desestabilización, actuó en consecuencia a través de la adopción de imperativas medidas de gestión fuertemente burocratizadas y marcadamente policiales. Esta aproximación contrastaba con la de Gran Bretaña, donde la gestión de los refugiados no había sido centralizada por el Estado, que tomó una actitud menos interventora. El Gobierno británico, como hemos visto, sí llegó a entregar algunas ayudas a los exiliados, pero nunca lo hizo de manera exclusiva o con un nivel de burocratización semejante al impulsado por el francés. Como se ha señalado en el capítulo anterior, había dejado a la iniciativa privada, bajo la forma de comités formados espontáneamente en el seno de la sociedad civil, la preponderancia en el tratamiento de la cuestión de los refugiados. En el caso francés, sería el Estado el

encargado de ocuparse de la cuestión a través de su maquinaria administrativa, lo que suponía toda una novedad llamada a marcar la política de refugiados posterior en todo el continente.

1. EL CICLO REVOLUCIONARIO DE 1830

La revolución de 1830 en Francia se produjo tras tres lustros de gobiernos percibidos como reaccionarios por una creciente porción de la opinión pública francesa y en un contexto de crítica situación económica que disparó el descontento popular. La chispa revolucionaria vino dada por el intento de Carlos X de dirigir, tras varias victorias electorales liberales, una regresión política a través de las cuatro ordenanzas de julio de 1830 que limitaban las libertades públicas. La oposición a estas medidas llevó a grupos de liberales y republicanos a adherirse a la rebelión de los artesanos parisinos.

Los liberales —que a lo largo de la década habían ido ganando protagonismo— aprovecharon la fuerza del descontento urbano que llevó a las jornadas revolucionarias de julio y, tras contener la revolución, retornaron a la carta de 1814, estableciendo un horizonte de constitucionalismo moderado. Los sectores liberales moderados, reunidos alrededor del orleanismo e inspirados y liderados por teóricos y diputados como François Guizot o Casimir Périer, se impusieron frente a los grupos republicanos, y con un remedo de la Carta de 1814, ofrecieron el trono al duque de Orleans, al que ascendió como Luis Felipe, “rey de los franceses”. En los siguientes años el conservador partido de la *résistance* se afianzó en el poder, frente a legitimistas y republicanos¹. François Guizot afirmaba en un debate en la Cámara de los Diputados, el 25 de septiembre de 1830, que “Francia ha hecho una revolución”, pero que “no tenía la intención de ponerse en un estado revolucionario permanente”². Personajes como los banqueros Casimir Perier y Jacques Lafitte, Benjamin Constant, Thiers, Mignet, y La Fayette — que retomaba tras la revolución de 1789 el mando de la Guardia Nacional— se pusieron al frente del país tras apoyar la candidatura de Luis Felipe, y formaron parte de la clase dirigente durante su monarquía. Sin embargo, y aunque los ministros de Carlos X

¹ André ENCREVÉ, “La vie politique sous la monarchie de Juillet”, en Dominique Barjot, Jean-Pierre Chaline y André Encrevé, *La France au XIXe siècle*, París, PUF, 1995; Pamela PILBEAM, *The Constitutional Monarchy in France, 1814-1848*, Harlow, Longman, 1999.

² Citado por Philippe VIGIER, *Paris pendant la Monarchie de Juillet (1830-1848)*, París, Association pour la publication d'une histoire de Paris: diff. Hachette, 1991, p. 43.

fueron juzgados por el nuevo régimen ante la presión popular, la mayor parte de los diputados permaneció en la Cámara tras la revolución.

La revolución contó con el apoyo de los carbonarios franceses, aunque no fue el resultado de ninguna acción concreta y en buena medida sorprendió a sus líderes. Algunos exiliados españoles tomaron parte en la revolución de Julio, luchando en las barricadas. Andrés Borrego, que desde 1828 se había incorporado a la sociedad liberal *Aide toi, le ciel t'aidera*, colaboraba con el periódico *Le Constitutionnel* y en 1830 era redactor de *Le Temps*, que fue cerrado por la policía en aplicación de la ordenanza que limitaba la libertad de prensa. Días después, Borrego tomaba parte en la toma del Hôtel de Ville y era nombrado Inspector General de Monumentos Públicos³. José (o Balbino) Cortés fue herido en los combates callejeros del 29 de julio. Quizás sea el mismo que aparece bajo el nombre de Fernand Cortez en *Le National*, también herido, que fue visitado por el general La Fayette. Otros españoles que destacaron en la revolución fueron Rafael Sáenz de Santa María⁴, el legionario Juan Plana, que fue nombrado capitán de la legión extranjera en Argelia por su “hermosa conducta en las gloriosas jornadas de julio”⁵ y Alonso María Barrantes. Este último participó en los combates de julio y se distinguió en la toma del cuartel de Babilonia. Por este motivo, aseguraba dos años después, el Gobierno español le había arrebatado su mayorazgo, entregándoselo a su hermano, que no compartía sus opiniones liberales⁶.

La revolución de 1830 permitió que las tendencias republicanas y democráticas salieran a la superficie en Francia, algo que sucedería también en España poco tiempo después tras la muerte de Fernando VII en 1833. Se revitalizó el jacobinismo, surgieron clubes políticos y sociedades populares formadas por estudiantes, carbonarios y activistas políticos, como la *Société constitutionnelle centrale*, o la más radical *Société des Amis du Peuple* liderada por Hubert, Raspail, Blanqui y Thierry. Alrededor de estos grupos y de una prensa crítica y militante, se aglutinó la oposición a la monarquía orleanista, percibida por estos sectores, que incluían también una creciente presencia de obreros, como excesivamente moderada y traidora al espíritu que había impulsado la

³ Concepción DE CASTRO, *Romanticismo, periodismo y política: Andrés Borrego*, Madrid, Tecnos, 1975, p. 33.

⁴ Jean-René AYMES, *Espanoles en París en la época romántica, 1808-1848*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 76-80.

⁵ Rafael SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio. La emigración política en Francia en la crisis del Antiguo Régimen*, Madrid, Rialp, 1975, p. 179.

⁶ ANF F⁷ 12105, 1944 ER.

revolución de 1830⁷. El liberalismo moderado favorecedor de la alta burguesía que caracterizó al nuevo régimen orleanista generó mucho descontento y frustración por las expectativas no cumplidas entre los sectores más radicales, que se organizaron, entonces sí, con objetivos republicanos irrenunciables. Unos objetivos que se acabaron por plasmar en la revolución de 1848.

A pesar de la decisión de las potencias contrarrevolucionarias de reconocer a Luis Felipe (aunque esto supusiera violentar el principio de legitimidad) para contener su acción exterior y esperar una moderación del régimen que efectivamente llegaría, los liberales europeos interpretaron la revolución como una oportunidad para llevar a cabo en sus países acciones similares, como ocurrió en Bélgica, Polonia, la Península Itálica y la Alemania central.

Los liberales más avanzados, como La Fayette, junto a los republicanos, consideraban que Francia debía implicarse en la obtención de reformas profundas en los países de su entorno. La proclamación de la independencia belga junto a las noticias del levantamiento polaco y de las insurrecciones italianas —iniciativas muy apreciadas por los radicales franceses por haberse inspirado en el ejemplo francés— despertaron el entusiasmo de los patriotas franceses, especialmente en París y, por ejemplo, la *Société des Amis du Peuple* formó una batallón para luchar junto a los revolucionarios belgas⁸.

En los Países Bajos surgidos del congreso de Viena, las provincias católicas del sur habían quedado subordinadas a Holanda. El 25 de agosto de 1830 católicos y liberales belgas se rebelaron contra esta situación. El rey Guillermo I envió sus tropas para combatir a los revolucionarios, pero fueron derrotados y una Asamblea constituyente declaró la independencia el 4 de octubre. Algunos liberales y republicanos franceses y belgas aspiraban a incorporar Bélgica de nuevo a Francia, tal y como había ocurrido durante el Imperio napoleónico. Ante esta perspectiva, Guillermo solicitó la intervención de la Santa Alianza. Las circunstancias políticas belgas eran similares a las de los movimientos de inicios de la década pero ya no eran las mismas las condiciones del deteriorado sistema europeo. Se planteó la intervención, especialmente por parte de Austria, pero sus dificultades en Italia se lo impidieron. Rusia y Prusia también consideraron enviar tropas, pero no lo hicieron, por la insurrección polaca y por el temor a que Francia se pusiera del lado de los belgas. La cuestión belga sirvió para poner de

⁷ Jean-Claude CARON, “La Société des Amis du Peuple”, en *Romantisme*, n° 28-29, 1980, pp. 169-179 y CARON, “Elites républicaines autour de 1830. La Société des Amis du Peuple”, en Michel Vovelle (dir.), *Révolution et République. L'exception française*, París, Kimé, 1994, pp. 498-510.

⁸ CARON, “La Société des Amis du Peuple”, p. 174.

manifiesto la competencia entre Francia y Gran Bretaña, y aunque esta última era partidaria de la independencia belga, tampoco intervino. Para resolver la cuestión se celebró en Londres una conferencia internacional que concluyó con el acuerdo de coronar como rey a Leopoldo de Sajonia-Coburgo, emparentado con la familia real británica, en sustitución del hijo de Luis Felipe, el duque de Nemours, el candidato propuesto por el Congreso Nacional belga. Finalmente, Francia y Gran Bretaña acordaron la neutralidad de Bélgica, aunque Luis Felipe se vio obligado de todas formas a intervenir ante los intentos de reconquista por parte de Guillermo I^º.

Las revoluciones francesa y belga actuaron de catalizadores de una serie de insurrecciones en Centroeuropa. Cuando en noviembre de 1830 el zar Nicolás I decidió enviar al ejército que mantenía en Polonia para reprimir el movimiento revolucionario belga, jóvenes nacionalistas polacos, especialmente estudiantes y oficiales del ejército, se levantaron en armas, arrastrando al resto de la población, incluidos los conservadores y los que intentaban llegar a acuerdos con los rusos sin aspirar a la independencia. Inicialmente la revuelta tuvo éxito, aunque las divisiones internas y la fortaleza militar rusa harían que el episodio durara solo once meses. El gran duque Constantino se refugió en Rusia y se constituyó un gobierno provisional de carácter moderado con Adam Czartoryski al frente, que reclamó el restablecimiento de la constitución de 1815 y la reunión de los diversos territorios de población polaca que se encontraban dispersados en los dominios rusos, prusianos y austriacos. El zar Nicolás se negó a hacer ningún tipo de concesión, por lo que la Dieta polaca (*Sejm*) proclamó la independencia el 25 de enero de 1831, destronando al zar y depositando la soberanía en el Congreso Nacional polaco. El 30 de enero, Czartoryski realizaba un manifiesto destinado a Europa. Las tropas rusas que iban a ser enviadas a Bélgica, junto con la Guardia Imperial, se encargaron de reprimir la sublevación polaca, que no contó con el apoyo de ninguna potencia europea. En septiembre, el ejército ruso recuperó Varsovia, y comenzó una dura represión que eliminó completamente la autonomía polaca. Miles de polacos salieron del país. Muchos fueron enviados a los territorios asiáticos rusos u obligados a servir en el ejército y otros salieron hacia el exilio en Francia e Inglaterra,

⁹ Els WITTE, “La construction de la Belgique, 1828-1847”, en Els Witte, Éliane Gubin, Jean-Pierre Nandrin y Gita Deneckere, *Nouvelle Histoire de Belgique*, Bruselas, Editions Complexe, 2005, pp. 1-216.

pero también en Prusia y Austria, donde divulgarían la causa de la libertad polaca frente al despotismo ruso en el contexto del liberalismo paneuropeo¹⁰.

En la Confederación Alemana, entre septiembre de 1830 y enero de 1831 se produjeron revueltas en las principales ciudades (Hamburgo, Leipzig, Colonia, Fráncfort, Múnich, e incluso Berlín y Viena) y se llegaron a proclamar códigos liberales en Brunswick, Hesse-Kassel, Sajonia y Hannover, lo que motivó una dura represión inspirada por Metternich que llevó a muchos liberales y republicanos a refugiarse en Francia, Inglaterra, Suiza y Estados Unidos. A lo largo de 1832, la oposición liberal se organizó presentándose como alternativa a la Dieta de la Confederación, e inició un fracasado movimiento revolucionario en Fráncfort. En septiembre de 1833, por el Tratado de Münchengrätz Prusia, Rusia y Austria revalidaron el principio de intervención, comprometiéndose a reprimir los levantamientos liberales de la Confederación y aplicaron una serie de medidas represivas y de control que sin embargo no impidieron que el movimiento liberal pangermánico continuara creciendo en los años siguientes¹¹.

A estas convulsiones se unieron a partir de febrero de 1831 los sucesos de la Península Itálica, donde liberales de extracciones sociales burguesas y aristocráticas pusieron en marcha movimientos revolucionarios que aspiraban a obtener reformas políticas, proclamar una monarquía constitucional con capital en Roma y expulsar a los austriacos. La revolución empezó en Módena y se extendió rápidamente por todo el centro peninsular, llegándose a proclamar las Provincias Unidas de Italia. Pero las rivalidades entre las diferentes ciudades focos de insurrecciones (Módena, Parma, Bolonia) y la intervención militar austriaca¹², solicitada por los Estados Pontificios, impidió que progresara el movimiento, en realidad de aspiraciones muy moderadas y dirigido por notables que desplazaron a los demócratas. Los hechos italianos tuvieron importantes repercusiones internacionales. Mientras que Prusia y Rusia veían con buenos ojos la represión austriaca de los movimientos revolucionarios y nacionalistas

¹⁰ Piotr S. WANDYCZ, *The Lands of Partitioned Poland*, Seattle, University of Washington Press, 1984, p. 105-110; Norman DAVIES, *God's Playground. A History of Poland. Vol. II, 1795 to the present*, Oxford, Clarendon Press, 1986, pp. 306-333; Daniel BEAUVOIS, *La Pologne. Histoire, société, culture*, París, La Martinière, 2004, pp. 206-248.

¹¹ James J. SHEEHAN, *German History, 1770-1866*, Oxford, Oxford University Press, 1989, pp. 606-621; David BLACKBOURN, *History of Germany, 1780-1918. The Long Nineteenth Century*, Malden, Mass. Blackwell, 2003, p. 95.

¹² Para Metternich los sucesos italianos de febrero de 1831 eran “la révolution des bonapartistes soutenue par les anarchistes”, y continuaba “Nous sommes décidés à la combattre. (...) Nous rendrons en même temps le service le plus signalé à Louis-Philippe”, citado por Guillaume DE BERTIER DE SAUVIGNY, *Metternich*, París, Fayard, 1998, p. 426.

italianos, Francia amenazó con intervenir, por simpatía ideológica pero sobre todo por la posibilidad que se planteaba de poner fin a la presencia austriaca en Italia. En la Conferencia de Roma, Francia y Gran Bretaña intentaron llegar a un acuerdo con el papa Gregorio XVI, ofreciendo protección a cambio de la introducción de reformas en los dominios pontificios. Pero en 1832 una nueva revolución sacudió la Romaña, y de nuevo intervinieron las tropas austriacas, ocupando Bolonia. Francia respondió con la ocupación de Ancona, donde se pudieron refugiar muchos liberales italianos¹³.

Aunque Gran Bretaña no se vio afectada directamente por el ciclo revolucionario de 1830, las reformas llevadas a cabo en esos años, aunque no originadas en el contexto internacional, no pueden comprenderse sin tenerlo en cuenta. En los años del Gabinete Wellington se dieron significativos cambios, que crearon tales tensiones que provocaron finalmente la caída del gobierno *tory*. En primer lugar los *dissenters* (protestantes no anglicanos) adquirieron plena ciudadanía cuando una iniciativa del *whig* Lord John Russell fue aprobada. Esta novedad abrió la puerta para una reforma aun más trascendental: la emancipación de los católicos, especialmente los irlandeses, que vivían todavía en una situación semicolonial¹⁴. La emancipación de *dissenters* y católicos indicaba que el camino estaba abierto para una reforma aun más profunda del Parlamento¹⁵. La inclinación de la opinión pública hacia la reforma, especialmente en los años finales de la década de 1820, marcados por una nueva crisis económica y protestas sociales —*Swing Riots*, aumento de la organización del unionismo y el cooperativismo de Robert Owen, formación de la *Radical Reform Association* de los veteranos Hunt y Cobbet y de la Birmingham Political Unión de Attwood— no significa que hubiera una presión concertada frente a la aristocracia de las ascendientes clases medias y trabajadoras, pues no podían formar un grupo coherente con aspiraciones concretas, pero sí tuvo mucho que ver en crear un clima que imposibilitaba evadir la

¹³ Stuart WOOLF, *A History of Italy, 1700-1860. The social constraints of political change*, Londres, Methuen, 1979.

¹⁴ El activismo de Daniel O'Connell y de su *Catholic Association*, que contaba con el apoyo de los seguidores de Canning y de la mayoría de los *whigs*, acabó finalmente imponiéndose al inmovilismo de las fuerzas conservadoras, entre ellos Wellington y el propio rey Jorge IV, que terminaron por aceptar que la mejor forma de mantener la autoridad británica en Irlanda pasaba por aceptar la emancipación católica, a pesar de la oposición de una gran parte de los *tories* más conservadores, que veían a Wellington como un traidor. Aunque los requisitos para el voto en Irlanda aumentaron y la *Catholic Association* fue prohibida, los católicos irlandeses pudieron sentarse en el Parlamento londinense, creando un tercer partido frente a *whigs* y *tories*.

¹⁵ Sin embargo, las reformas religiosas no deben verse simplemente como un hito más en el proceso de avance del liberalismo frente a una retrógrada aristocracia que apuntaba necesariamente a la *Reform Act*. De hecho, los cambios en materia religiosa, que amenazaban con poner fin a la identificación entre Iglesia y Estado y erosionar la jerarquía social, eran vistos como más alarmantes por los conservadores que la reforma parlamentaria ocurrida tres años después.

cuestión parlamentaria. La creencia de que una oposición cerrada a cualquier reforma podría traer consigo una explosión revolucionaria llevó a muchos diputados a apoyar la reforma parlamentaria¹⁶.

Las elecciones en 1830, tras la muerte de Jorge IV, mostraron que el gobierno de Wellington no gozaba de un apoyo firme, y las revoluciones europeas de ese mismo año agitaron las reclamaciones de los reformistas, incluidos muchos *whigs*. El Gobierno de Wellington, que se oponía a llegar más lejos en las reformas, cayó ese mismo año, y fue sustituido por uno *whig* con Lord Grey al frente. No fue el propósito de ampliar la representación por convicción ideológica lo que llevó a la coalición formada por *whigs* moderados como Grey, Lansdowne o Melbourne y seguidores del *liberal torysm* de Canning como Huskisson o Palmerston a impulsar la reforma parlamentaria, ni por supuesto formaba parte de un plan de mayor alcance destinado a democratizar la representación política de los británicos. En todo momento los *whigs* pretendieron dar una imagen de responsabilidad hacia la aristocracia. El comité encargado de redactar la moción estaba formado por patricios, aunque entre las filas *whigs* también se contaban entusiastas reformistas como Brougham. De hecho, la aprobación final tuvo que pasar por numerosos trámites parlamentarios y votaciones, y no fue hasta la *Second Reform Bill*, tras las elecciones de 1831 convocadas en la práctica como un plebiscito acerca de la reforma, cuando esta pudo salir adelante en la Cámara de los Comunes. Pero no superó el filtro de los Lores. Una tercera moción fue aprobada de nuevo por los Comunes, pero ante la perspectiva de ser rechazada de nuevo por la Cámara alta, Grey dimitió y el gobierno pasó de nuevo a un Wellington impotente. En los días siguientes (conocidos como *Days of May*) se vivió una acumulación por todo el territorio de protestas, manifestaciones, e incluso planes de insurrección. Finalmente, los Lores, bajo presión del rey, aceptaron no oponerse a la reforma, aprobada en junio de 1832¹⁷. Sin embargo, la conflictividad social y política siguió presente en los años siguientes,

¹⁶ Eric J. EVANS, *Britain before the Reform Act: Politics and Society, 1815-1832*, Londres y Nueva York, Longman, 1989, pp. 13-86.

¹⁷ La reforma parlamentaria pretendía, ante todo, racionalizar el número de representantes de *boroughs* y *counties* en el Parlamento, adaptándolos a la realidad de su población o, simplemente, eliminándolos. En ciertos lugares el diseño electoral se había quedado totalmente desfasado de la realidad demográfica, especialmente por el crecimiento urbano de las últimas décadas y la emigración rural. Las populosas ciudades surgidas en los grandes centros industriales como Manchester o Birmingham, carecían de representación en la Cámara de los Comunes, mientras que los conocidos como *rotten boroughs* —distritos rurales prácticamente deshabitados y con una representación desproporcionada— y los *pocket boroughs* —dominados por sus terratenientes— servían a los grandes propietarios para controlar la política local, así como para dominar el Parlamento.

especialmente a través del movimiento cartista que demandaba la democratización de la vida política.

En España no se produjeron con éxito movimientos revolucionarios que emularan los producidos en Francia y Bélgica, a pesar de que sí hubo una intensa actividad conspirativa, puesta en marcha desde antes de julio de 1830, y que culminó con la fallida insurrección de Cádiz del 3 de marzo de 1831¹⁸. Ya antes habían actuado los exiliados, que recibieron la revolución de 1830 como una oportunidad que se abría para promover un cambio político en España. Un gran número de ellos se trasladó desde Inglaterra o América a Francia. Los más activos se instalaron cerca de la frontera española, desde donde prepararon y llevaron a cabo varias acciones —que serán examinadas en el capítulo siguiente— bajo una relajada vigilancia policial. Incluso el gobierno de Luis Felipe apoyó estas conspiraciones. Sin embargo, el fracaso de las expediciones de octubre de 1830 que intentaron adentrarse en España a través de la frontera pirenaica (lideradas por Mina, Valdés y Chapalarranga) hizo regresar a muchos de los refugiados a Francia. Estas acciones habían sido toleradas por el Gobierno orleanista como un instrumento de presión para lograr que la monarquía española lo reconociera diplomáticamente. Una vez que el Gobierno español comprendió que le convenía reconocer a Luis Felipe, algo que hizo en octubre de 1830, el Gobierno francés puso fin a los preparativos de los exiliados españoles¹⁹.

El abandono de los liberales españoles por parte del Gobierno francés no era más que la aplicación de un enfoque político “realista”, que defraudó a los liberales extranjeros y a los radicales franceses. Ese realismo suponía la renuncia a defender la causa liberal fuera de Francia. La inacción respecto a los movimientos liberales que surgieron por Europa fue interpretada como una traición a los valores de Julio y, especialmente tras el abandono de la causa polaca, la popularidad de Luis Felipe se deterioró de forma progresiva entre los sectores radicales. La política exterior del gobierno de Lafitte, al frente de la cual se encontraba el general Sébastiani, se basó en el principio de no-intervención, lo que en la práctica significaba dejar vía libre a la intervención rusa y austriaca en Polonia y la Península Itálica respectivamente. El descontento ante esta tibia política pacifista cundió entre los mismos sectores que servían de apoyo al ministerio liberal, lo que llevó finalmente a este a la dimisión.

¹⁸ Alberto GIL NOVALES, “Repercusiones españolas de la revolución de 1830”, en *Del Antiguo al Nuevo Régimen en España*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, pp. 175-224.

¹⁹ Rafael SÁNCHEZ MANTERO, “L’Espagne et la révolution de 1830”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, tomo IX, 1973, pp. 567-579.

A pesar del viraje de la política exterior francesa —o precisamente debido a ella— los refugiados no paraban de entrar en Francia. A los españoles y portugueses que ya había en Francia, cuyo número se vio rápidamente incrementado, se les unieron refugiados de otros países, especialmente italianos y polacos, que en los meses siguientes comenzaron llegar a Francia, convirtiendo a este país en el centro internacional del exilio y en el lugar de reunión de los liberales proscritos de Europa.

2. FRANCIA, NUEVO CENTRO INTERNACIONAL DE REFUGIADOS

“Nous nous flattons que les victimes du gouvernement de Louis 18, seront protégées par celui de Philippe 1^{er}, et que plus humain que son prédécesseur aura la magnanimité de nous continuer les secours, jusqu’à ce que un gouvernement représentatif, o plus paternel et plus solide, se soit établi dans notre patrie”²⁰.

La llegada a Francia de españoles provenientes de Inglaterra tuvo un carácter masivo y se produjo inmediatamente después del triunfo de la revolución de Julio. Vicente Llorens calcula que cerca de 1.500 españoles cruzaron el canal de La Mancha²¹. El embajador español en Londres opinaba que en Inglaterra quedarían “solamente los achacosos”²². Según la información enviada al Ministerio del Interior, que no recoge a todos los viajeros, a Calais, solo entre el 14 y el 29 de agosto llegaron 37 españoles²³. Entre el 20 de septiembre y el 7 de octubre 45 españoles desembarcaron en Saint Malo y viajaron a Rennes, capital de Bretaña, la mayoría de ellos procedentes de la vecina isla de Jersey. Entre ellos figuraban personalidades como el capitán Juan Ignacio Noain. La mayoría de ellos se instaló en la cercana Nantes o se dirigió hacia ciudades del sur de Francia como Perpiñán y Bayona, aunque tres prefirieron salir hacia París²⁴. Otros cinco españoles procedentes de Jersey, llegaron el 27 de septiembre a la pequeña población de Reigneville, en la Baja Normandía²⁵. El alcalde de Calais expidió entre el 23 de septiembre de 1830 y el 10 de enero de 1831 pasaportes para París a otros 44 exiliados españoles llegados de Inglaterra, entre ellos los coroneles Martínez Baños y Núñez de

²⁰ Extracto de la carta que Manuel de Bustamante y Buenaventura Angelich, refugiados en el depósito de Blois, escribieron, en francés, al ministro del Interior francés en abril de 1832; ANF, F⁷ 12105, 1934 ER.

²¹ Vicente LLORENS, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Valencia, Castalia, 2006 (1^a ed. 1954), p. 26.

²² AGS, Estado, leg. 8201, f. 16; citado por SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 156.

²³ ANF F⁷ 12105, 1949 ER, Espagnols venant d’Angleterre par Calais, el alcalde de Calais al ministro del Interior.

²⁴ ANF F⁷ 12105, 1949 ER, Espagnols venant d’Angleterre par St. Malo; el prefecto de Ille et Vilaine al ministro del Interior, Rennes 7 de octubre de 1830.

²⁵ ANF F⁷ 12105, 1949 ER, Espagnols venant d’Angleterre par Reigneville; El prefecto de La Manche al ministro del Interior, Saint-Lô, 27 de septiembre 1830.

Arenas, y Álvaro Flórez Estrada y su hijo²⁶. Además de los españoles, también llegaron desde Inglaterra cientos de italianos.

Asimismo a Francia llegaron, en menor número, exiliados españoles desde Estados Unidos, los Países Bajos, Malta o Gibraltar. En Estados Unidos había unos “treinta o cuarenta Españoles emigrados”, llegados desde Londres y México. En diciembre de 1830 un grupo de exiliados españoles e italianos se disponía a salir desde Nueva York hacia el puerto francés de El Havre. Para costear el viaje contaban con el apoyo de varias suscripciones abiertas en Filadelfia, Boston y Nueva York. Entre ellos se encontraba Ramón Ceruti, que se había trasladado de México a Nueva York y era indicado por el cónsul español como el líder del grupo. El general bonapartista Lallemand salió para Liverpool el 24 de octubre acompañado por dos españoles: “un cabo (...) llamado Bara, natural de Madrid”, que era su criado, y “uno de los emigrados de Londres que vinieron a este país”²⁷.

Muchos de estos españoles e italianos llegaron a París, desde donde se trasladaron a diferentes ciudades francesas en las semanas siguientes, con pasaportes concedidos por el prefecto de Policía parisino: 474 italianos se trasladaron a Bayona, y entre los españoles, 102 lo hicieron a Bayona, 28 a Perpiñán, 17 a Burdeos y 7 a Marsella²⁸. En los meses siguientes continuaron llegando miles de refugiados a Francia, aunque algunos de ellos regresaron a Inglaterra tras el fracaso de las expediciones pirenaicas.

El comienzo de la colonización francesa de Argelia, iniciada pocos días antes de la revolución de Julio, y heredada por el régimen orleanista, proporcionó a los exiliados liberales españoles un nuevo destino, especialmente apropiado por su cercanía a las costas del sur de la Península y de Gibraltar, desde donde se venían planeando y poniendo en práctica diversas expediciones insurreccionales. Tras el fracaso de los nuevos intentos que siguieron a julio de 1830, a finales de ese año varios de los participantes buscaron refugio en Argelia, donde recibieron ayuda por parte de las

²⁶ ANF F⁷ 12105, 1949 ER, Espagnols venant d'Angleterre par Calais, el alcalde de Calais al ministro del Interior.

²⁷ AHN, Estado, leg. 5563, despachos reservados n° 1046 (15 de octubre), n° 1047 (31 de octubre) y n° 1049 (4 de noviembre de 1830), Filadelfia, Francisco Tacón a Manuel González Salmon, Secretario de Estado. Con Ceruti se encontraban José María Quesada, N. Pérez, Andrés Torrecilla, Juan Gómez Navarro, Antonio Naranjo, Manuel Ruiz y los oficiales procedentes de Londres Pedro Barragán, N. Rabadán, José Ruiz, N. Pazos, N. Rovira, Antonio Rubio, Mariano Almendrel (que también había estado en Francia) y José Armero Ruiz (“español que estuvo en al servicio de los rebeldes de Méjico”).

²⁸ ANF F⁷ 12105, 1949 ER, serie de cartas del prefecto de Policía de París al ministro del Interior, del 26 agosto 1830 al 22 de septiembre de 1830.

autoridades francesas. En julio de 1831, un grupo de 151 presos, muchos de ellos ex oficiales liberales, que eran conducidos desde Málaga a los presidios de Ceuta y Melilla, se sublevaron durante la travesía y buscaron refugio en Orán, donde el comandante militar general Boyer, de simpatías liberales, los acogió. El cónsul español protestó contra la medida y Boyer accedió a expulsar a los delincuentes comunes, aunque autorizó la permanencia de los perseguidos por delitos políticos. Los que permanecieron en la colonia francesa entraron al servicio de la legión extranjera o de los batallones coloniales de zuavos²⁹. Semanas después, en agosto, llegaron a Argel en cuatro barcos 147 liberales, entre los que destacaban el general Juan Palarea, el teniente coronel Juan Antonio Escalante y los comandantes O’Loghlin y Ballador. El gobernador francés Berthèzene les concedió socorros a ellos y al resto de militares que formaban el grupo, pero se los denegó al resto por considerar que no eran refugiados políticos. Palarea se convirtió en el líder de los conspiradores refugiados en Argel, en contacto con exiliados de Francia, Bélgica, Inglaterra y Gibraltar, así como con los que trabajaban desde el interior de España³⁰.

La creciente presencia de refugiados en Francia se convirtió en una importante cuestión a la que el Gobierno francés tenía la obligación de hacer frente. Un informe presentado en septiembre de 1831 por el jefe del Consejo de ministros y ministro del Interior francés a la Cámara de los Diputados exponía brevemente la sucesión de exilios tenidos lugar en Europa desde 1814, centrándose en la posición central de Francia en estas emigraciones:

“Desde 1814 y más tarde en 1823 cientos de españoles, que habían secundado los proyectos de Francia en 1809, o que habían tomado parte en el gobierno de las Cortes de 1820 a 1822, se vieron obligados a pedir asilo y socorro en Francia. Desde la Revolución de Julio un gran número de sus compatriotas han venido a unírseles, de Inglaterra, de Gibraltar, de Malta e incluso de América, donde se habían retirado anteriormente. Más recientemente aun, un cierto número escapados de los presidios de África han sido enviados a Toulon para unirlos al comandante en jefe de Argelia, y, todos los días, nuevos fugitivos atraviesan la frontera y demandan asilo y protección a la autoridad francesa. Así que unos 2.800 españoles se encuentran en nuestro territorio” (...)

“En 1820, los sucesos del Piamonte y de Nápoles hicieron residir en diversos Estados otros proscritos a quienes la confiscación de sus bienes encomendaba a la generosidad de las naciones hospitalarias. No todos vinieron desde un principio a establecerse en Francia. Un gran número de ellos se refugiaron en España, donde fueron acogidos por el gobierno de las Cortes; otros se trasladaron a Inglaterra; pero casi todos han venido desde las

²⁹ AHN, Edo, 6150¹, citado por Juan Bautista VILAR, *Los españoles en la Argelia francesa, (1830-1914)*, Madrid y Murcia, Centro de Estudios Históricos y Universidad de Murcia, 1989, p. 263.

³⁰ AHN, Edo, 6150², citado por VILAR, *Los españoles en la Argelia francesa*, pp. 261-263; La lista de los llegados en Juan Bautista VILAR, *Emigración española a Argelia (1830-1900): colonización hispánica de la Argelia francesa*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, CSIC, 1975, Apéndice III, p. 409.

jornadas de julio a confiarse a la generosidad francesa. Más recientemente, tras lo sucedido en las Legaciones y en muchas partes de Italia central, nuevos fugitivos se han embarcado para Toulon, Marsella y Córcega, o se han trasladado a Corfú, desde donde han venido a Francia. Han sido acogidos con la consideración debida a su situación. Mil seiscientos italianos están por lo tanto refugiados en Francia a día de hoy. (...)

Finalmente, el mes de enero de 1829, el cañón de Terceira hizo recaer en el puerto de Brest 700 portugueses, que buscaban penetrar en la isla. Acogidos con interés, fueron repartidos en muchos depósitos donde recibieron los socorros que exigía su nefasta condición posición. Hacia el primer mes del año, algunos se embarcaron para Ostende desde donde acariciaban la idea de pasar a Terceira o Brasil, proyecto que fracasó falto de recursos. Como consecuencia, unos se quedaron en Bélgica, otros se establecieron en Inglaterra, pero después de un año todos han regresado. Por otro lado, en el curso del mes pasado, la Revolución de Brasil ha traído a Europa a los portugueses que se encontraban en Río de Janeiro, y el puerto de Brest los ha visto llegar en un número superior a 130. El mismo barco tenía a bordo 35 españoles emigrados que su calidad de extranjeros los había hecho sospechosos a los naturales del país. En fin, muchos de los portugueses que se han tenido que sustraer rápidamente de la persecución del gobierno de hecho establecido en Lisboa. Muchos han atravesado España para venir a Francia. Otros se han podido embarcar con nuestro cónsul (...) y en último lugar, nuestra escuadra ha acompañado a 31 a Londres. Estas diversas circunstancias han llevado el número de refugiados de esta nación a unos mil”³¹.

Este informe estaba guiado por la noción de que la Francia de la monarquía de Julio era el respaldo natural de estos refugiados internacionales y tenía la obligación de protegerlos, una idea que a la altura de septiembre de 1831 pasaba por haber sido para muchos liberales europeos –incluidos muchos franceses críticos con el carácter moderado que la monarquía orleanista había tomado— tan solo una ilusión momentánea. Esta había sido inicialmente la posición del Gobierno francés que, siguiendo la ola de solidaridad despertada en la sociedad, acogió y concedió ayudas a los exiliados de las revoluciones europeas. Sin embargo, como ya se ha indicado, esta actitud cambiaría pronto y los refugiados pasaron a ser percibidos como una fuente de problemas internos y externos, lo que los dejó en una situación delicada frente a la burocracia y la política del Gobierno. El Gobierno francés –obligado a tolerar a los refugiados que había admitido desde su posición de adalid del liberalismo europeo— mostró muy pronto su preocupación por las actividades de unos individuos con inquietudes políticas y dudosos medios de vida que amenazaban con desestabilizar la naciente monarquía orleanista y comprometer sus relaciones con las potencias europeas. Decidió controlarlos a través del internamiento en depósitos de aquellos que carecían de recursos y del seguimiento policial de los que vivían en diferentes partes del país. A medida que pasaron los años, se incrementó la gravedad económica, política, social y

³¹ Note sur la situation et la résidence des Etrangères réfugiés, en ANF, Série C, Archives des assemblées nationales, Monarchie de Juillet: Chambre des députés (1830-1848), C 749, Session 1831, n° 32. Crédits Extraordinaires pour 1831 et 1832 ; 5, Etrangères réfugiés.

diplomática del problema de los refugiados. Los gobiernos de la Monarquía de Julio intentaron por ello poner fin a su presencia por todos los medios legales.

2.1 La cuestión de los refugiados en Francia: subsidios y depósitos

A pesar de la simpatía que entre los liberales franceses podía existir por la causa española, en Francia no se había producido durante la década de 1820 un significativo movimiento solidario de recepción de los exiliados españoles en la sociedad civil, al menos si tomamos como punto de comparación el que había tenido lugar en Gran Bretaña o, en menor medida, Estados Unidos³². Sin embargo, en la Francia de la Monarquía de Julio sí se desarrolló una notable solidaridad con los refugiados que empezaron a llegar al país tras las revoluciones de 1830. La causa polaca revestía un especial atractivo. Organizaciones como la *Société des Amis du Peuple* crearon comités de apoyo a los insurrectos polacos, celebraron banquetes en su honor y abrieron suscripciones públicas para apoyar a los refugiados cuando empezaron a llegar a Francia³³. De todas formas, el grueso del apoyo francés a los refugiados políticos provino de las ayudas oficiales aprobadas por el Gobierno francés y gestionadas por el Ministerio del Interior.

Como se vio en el capítulo anterior, las ayudas del Gobierno francés a los militares españoles del ejército constitucional, a las que se había comprometido en las capitulaciones de 1823, no se hicieron efectivas hasta diciembre de 1829. La *Décision Royale* obligó a las autoridades francesas a conceder a los españoles las ayudas que les correspondían. Las pensiones concedidas por la monarquía borbónica fueron reconocidas por la monarquía orleanista, e incluso se admitieron nuevas solicitudes. Muchos afectados por la *Décision Royale* que se encontraban exiliados en otros países, especialmente Inglaterra, se habían trasladado a Francia para beneficiarse de los subsidios, tendencia reforzada tras la revolución de 1830. A finales de 1830, unos 70 oficiales la recibían. A la altura del 23 de noviembre de 1832, 122 oficiales habían sido

³² Sí se vivió en cambio en el seno de la sociedad francesa una moda española, a la que contribuyeron los españoles exiliados, y que alcanzó la literatura, el teatro, la música y la ropa: SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 118; Jean-René AYMES, *La crise de l'Ancien Régime et l'avènement du libéralisme en Espagne (1808-1833). Essai d'histoire politico-culturelle*, París, Ellipses, 2005, p. 183.

³³ Mark BROWN, "The Comité Franco-Polonais and the French reaction to the Polish uprising of November 1830", en *English Historical Review*, XCIII (369), 1978, pp. 774-793; M. KUKIEL, *Czartoryski and European Unit, 1770-1861*, Princeton, Princeton University Press, 1955; CARON, "La Société des Amis du Peuple", p. 174.

admitidos a los subsidios concedidos a los capitulados en 1823, aunque en ese momento solo se estaban pagando a 114³⁴.

La normativa quedó pronto superada por la avalancha de refugiados llegados a Francia, que no tenían derecho a subsidios y que se encontraban por tanto sin recursos en su mayor parte. Ante esta situación, el gobierno dispuso nuevas normas para los refugiados españoles, portugueses, italianos y polacos que llegaban incesantemente a Francia. A partir de entonces, la cuestión de los refugiados políticos de cualquier nacionalidad se confirmó como un asunto de orden público y dependiente del Ministerio del Interior. La cuestión sería tratada como parte de un único problema que debía ser resuelto a través de la actividad legislativa de la Cámara de los Diputados y con la misma maquinaria administrativa. Dos leyes aprobadas en 1830 y 1832 pusieron a los refugiados bajo supervisión de los prefectos, alcaldes y otras autoridades administrativas, centralizando todo el servicio en el director de la *Sûreté générale*, al tiempo que se concedían subsidios para el mantenimiento de los refugiados y se organizaban los depósitos que habrían de recibirlos.

En agosto de 1831 se incluyó en el presupuesto oficial del Estado francés la ayuda a los refugiados. El presupuesto del Ministerio del Interior, bajo la categoría de servicios extraordinarios establecía “socorros para los refugiados españoles, portugueses y otros” por valor de un millón de francos³⁵. A finales de septiembre, el Ministerio acordó un proyecto de ley para dotar de un crédito extraordinario de quinientos mil francos al millón ya concedido, hecho efectivo por una ley del 23 de diciembre³⁶. A este millón y medio, se añadió el 10 de abril de 1832 un nuevo crédito extraordinario de 500.000 francos dirigidos específicamente a los polacos sin recursos (la emigración polaca había comenzado a finales de 1831) como “indemnización de ruta (...) para facilitar su viaje hasta la frontera del Reino”. Pero al año siguiente disminuyó sensiblemente la ayuda. En el proyecto de ley para el presupuesto de gastos del ejercicio de 1832 se incluían solo 600.000 francos, que fueron ratificados en el presupuesto

³⁴ SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 135.

³⁵ ANF, Série C, Archives des assemblées nationales, Monarchie de Juillet: Chambre des députés (1830-1848), C 749, Session 1831, n° 22. Budget de 1831, État général des dépenses et services pour l'exercice 1831. En comparación, se dotaba de un millón y medio para “Indemnités et secours accordés à titre de récompense aux blessés et aux familles des victimes des journées de juillet 1831” y dos millones a “Indemnités pour dommages occasionnés aux propriétés dans ce journées”. El presupuesto total del Ministerio del Interior ascendía a 8.750.000 francos.

³⁶ ANF, Série C, Archives des assemblées nationales, Monarchie de Juillet: Chambre des députés (1830-1848), C 749, Session 1831, n° 32. Crédits Extraordinaires pour 1831 et 1832, Etrangers réfugiés, Projet de loi ; Palacio Real, 30 de septiembre de 1831. Firmado por Luis Felipe y el presidente del Consejo y ministro de Interior.

aprobado posteriormente³⁷. Las pensiones concedidas a los españoles por la *Décision royale* fueron anuladas por una ordenanza del 20 de noviembre de 1832 que respondía al decreto promulgado por el Gobierno español un mes antes, el 15 de octubre, que permitía, en teoría, el regreso de todos los exiliados políticos a España³⁸.

En septiembre de 1831 las autoridades realizaron una recapitulación del número de refugiados residentes en Francia, de su distribución geográfica y de las medidas que habían sido tomadas hacia ellos. En este momento no habían llegado aún masivamente los polacos, que posteriormente se convertirían en el grupo más numeroso, así que la información recogida afectaba únicamente a españoles, portugueses e italianos.

Tabla 1			
TABLA RECAPITULATIVA DE REFUGIADOS. SEPTIEMBRE DE 1831 ³⁹			
Espanoles	2867	5353	5375
Italianos	1524		
Portugueses	962		
Polacos que reciben socorros	6	22	
Polacos que lo han solicitado	15		
Prusianos que lo han solicitado	1		
Este número puede aumentar por la llegada de nuevos refugiados españoles, y de los emigrados polacos y portugueses que están en Inglaterra.			

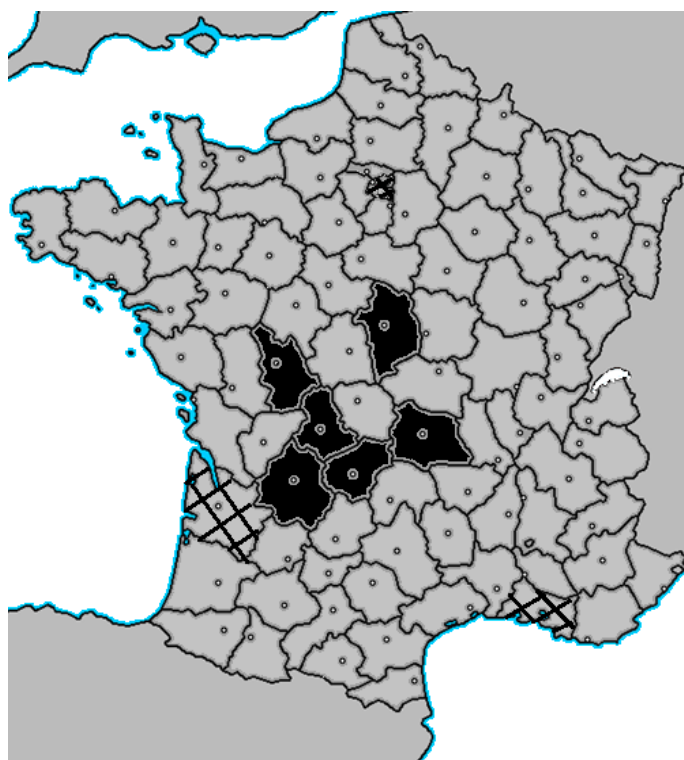
Los españoles eran con diferencia los refugiados más numerosos, con un total oficial de 2.867. La masa de oficiales y soldados (2.294) fueron repartidos en depósitos acuartelados en los que vivían bajo su propia disciplina militar, aunque supervisados por los prefectos, y que se encontraban en departamentos del centro del país alejados de la frontera española: Cher, Corrèze, Dordoña, Puy du Dôme, Vienne y Haute Vienne. Allí recibían sus subsidios, raciones de pan y carne y ropa y calzado. El resto, civiles incluidos, se encontraban en su mayor parte en grandes ciudades: 164 estaban en París (Sena), 150 en Burdeos (Gironde) y 150 en Marsella (Bocas del Ródano), aunque otros residían en diversos puntos del reino, como Toulouse, Nîmes, Montpellier, Lyon y otras ciudades del interior (mapa 1).

³⁷ ANF, Série C, Archives des assemblées nationales, Monarchie de Juillet: Chambre des députés (1830-1848), C 749, Session 1831, n° 23. Budget général des dépenses et services pour l'Exercice 1832, pour être annexé au Projet de loi en date de _ Août, portant Fixation du Budget des dépenses de l'Ex^{ce} 1832, Le Ministre Secrétaire d'État des Finances ; y Budget général des dépenses et services pour l'Exercice 1832, État A. En esta ocasión era ya el único gasto extraordinario previsto por el Ministerio del Interior, es decir, habían desaparecido las ayudas a ciudadanos franceses relacionadas con la revolución de Julio.

³⁸ SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p.135

³⁹ ANF, Série C, Archives des assemblées nationales, Monarchie de Juillet: Chambre des députés (1830-1848), C 749, Session 1831, n° 32. Crédits Extraordinaires pour 1831 et 1832 ; 5, Etrangères réfugiés.

Tabla 2							
ESPAÑOLES REFUGIADOS REUNIDOS EN DEPÓSITOS							
Departamento	Oficiales superiores	Capitanes, tenientes y subtenientes	Suboficiales y soldados	Mujeres y niños		Total por depto.	Observaciones
Cher	18	82	175	38		313	Los oficiales superiores reciben 2 ^f por día; los capitanes, tenientes y subtenientes, 1.50; los suboficiales y soldados 75 o 50 ^f , más una ración de pan y de carne; las mujeres recibirán la mitad, los niños un cuarto. Los soldados están acuartelados y viven bajo la disciplina de sus oficiales y la vigilancia de los Prefectos. Se les ha dado suministros, vestido, ropa blanca y calzado.
Corrèze	14	60	340	42		456	
Dordoña	45	190	550	85		870	
Puy de Dôme	5	52	170	45		272	
Vienne	3	36	95	10		144	
Haute Vienne	15	39	160	25		239	
						2294	
RESIDENTES EN LOS DEPARTAMENTOS							
Departamento	Ministros, diputados, generales	Oficiales superiores, jefes políticos	Capitanes, tenientes, subtenientes	Suboficiales y soldados	Mujeres y niños	Total por depto.	Observaciones
Bouches du Rhône	5	15	85	10	5	150	Los ministros, diputados a Cortes y generales recibirán 100, 150 o 200 ^f , según su posición y la familia a su cargo. El general Burriel, que tiene 8 hijos, recibe 250 ^f al mes.
Gironda	4	30	88	12	15	149	
Sena	9	20	95	4	36	164	
Diseminados en varios departamentos, notablemente Toulouse, Nîmes, Montpellier, Ruan, Caen, Lyon						110	
Total general						2867	
El número de estos refugiados en cada departamento sufre continuamente de variaciones por el cambio de residencia							



Mapa 1. Distribución de los refugiados españoles, sept. 1831

Los italianos (sin especificar la región de la que provenían) eran el segundo grupo más numeroso, con un total de 1.524, y se concentraban en departamentos del centro y sudeste de Francia.

Tabla 3					
ITALIANOS REFUGIADOS. SEPTIEMBRE DE 1831					
Departamento	Magistrados, oficiales, propietarios, abogados, médicos, estudiantes	Suboficiales y soldados, obreros, criados	Mujeres y niños	Total por departamento	Observaciones
Allier	95	6	14	115	Los subsidios son de 1.50 y de 75 ^c , según la clase a la que pertenece el refugiado. las mujeres la mitad, los niños un cuarto. Los oficiales superiores tienen 2 ^f , con la excepción hecha con el General Ferrogiani, jefe de batallón Gateri, que tienen 100 ^f por mes.
Bocas del Ródano	180	15	27	222	
Córcega	45	5	17	67	
Cotas de Oro	8	2	1	11	
Puy de Dôme	13	1	2	16	
Saona y Loira	395	11	32	438	
Ródano	85	9	16	110	
Sena	216	9	32	257	
Yonne	75	5	8	88	
				1324	
Diseminados en diversos departamentos				120	
Salidos para la frontera con la esperanza de entrar en su país. Se dirigen para Marsella y Toulon, donde es probable que pasen a Córcega, como ya lo han hecho un cierto número				80	
Total general				1524	
El número de estos refugiados en cada departamento sufre continuamente de variaciones por el cambio de residencia					

Por su parte, los portugueses, que sumaban un total de 962, eran los menos numerosos, y se encontraban distribuidos principalmente por Bretaña, la costa mediterránea, la zona pirenaica y París.

Tabla 4					
PORTUGUESES REFUGIADOS. SEPTIEMBRE DE 1831					
Departamento	Magistrados, oficiales, propietarios, empleados, estudiantes	Soldados, obreros, criados	Mujeres y niños	Total por departamento	Observaciones
Bocas del Ródano	29	0	0	29	El subsidio es de 1.50 para magistrados, oficiales &; de 75 ^c para los soldados, obreros. &, la mitad para las mujeres, un cuarto para los niños
Costas del Norte	15	2	5	22	
Finisterre	141	17	7	175	
Ille y Villaine	285	52	33	370	
Mayenne	75	15	9	99	
Bajos Pirineos	30	5	3	38	
Sena	148	9	27	184	
				917	
Diseminados por diversos departamentos (notablemente Loira, Gironda, Hérault, Pas de Calais)				45	
Total general				962	
El número de estos refugiados en cada departamento sufre continuamente de variaciones por el cambio de residencia.					

Los subsidios otorgados por el Ministerio del Interior variaban en función del grado de los militares y la categoría social y cargos de los civiles, aunque se establecían extras si los refugiados tenían a su cargo a sus familias⁴⁰. Algunos refugiados privilegiados recibieron sumas mayores. Entre ellos los ex ministros López Baños, San Miguel y Calatrava; los ex diputados Alcalá Galiano, Ángel de Saavedra, Lillo, Rico, Salvá, Grases y Gutiérrez Acuña; los generales Burriel, Quiroga, Espinosa, Plasencia y Butrón; y el intendente general del ejército Torres⁴¹.

Quedaba de esta forma, a la altura de septiembre de 1831, momentáneamente reglamentada la situación de los miles de exiliados europeos que se habían refugiado en Francia tras la revolución de 1830. Sin embargo, este estado de cosas pronto variaría por el aumento del recelo del gobierno francés respecto a los exiliados y su definitiva transformación en un problema de orden público de dimensiones políticas.

La situación interna francesa había ido complicándose a lo largo de 1830 y 1831, de forma paralela a la formación de una oposición republicana y obrera. En estos años se vivió una intensa agitación política y social, acompañada de una ola de disturbios urbanos y anticlericales que culminaron con la espectacular revuelta de los *Canuts*, insurrección social de carácter obrero que se produjo en Lyon en noviembre de 1831⁴². Los españoles y otros refugiados políticos se vieron afectados por estos movimientos de protesta contra el Gobierno francés. Tras la dimisión del gobierno de Lafitte en marzo de 1831, uno de carácter más conservador, con Casimir Perier al frente, tomó las riendas e intentó consolidar el régimen orleanista a través de una política basada en la conservación del orden frente a los sectores insatisfechos con el curso que la revolución de 1830 había llevado. El nuevo gobierno decidió llevar a cabo una política que, aunque no fuera abiertamente represiva, sí pretendía limitar las actividades de los refugiados para que no atentaran contra el orden público. El resultado último de esta progresiva

⁴⁰ Tarif de Secours délivrés aux étrangers réfugiés en France: “La tarifa de socorro es (con algunas excepciones por la posición particular de muchos diputados a Cortes, ministros y generales) de 2 francos por día, para los oficiales superiores, de 1^f.50 para los oficiales de grado de Capitán e inferior, de 75 céntimos para los suboficiales y soldados que no forman parte de ningún depósito, de 30 a 60 para los que están acuartelados siempre que reciban raciones. Los refugiados que no son militares son asimilados por la cuota de socorros en razón de su posición social o de las funciones que han ejercido. Las mujeres reciben la mitad, los niños un cuarto”, en ANF, Série C, Archives des assemblées nationales, Monarchie de Juillet: Chambre des députés (1830-1848), C 749, Session 1831, n° 32. Crédits Extraordinaires pour 1831 et 1832 ; 5, Etrangères réfugiés.

⁴¹ “Liste des principaux réfugiés Espagnols qu’il faudrait distinguer de la classe générale pour leur donner des secours”, en ANF F⁷12085, 36e, citado por SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p.139. Álvaro Flórez Estrada también consiguió obtener un subsidio mayor al que le había sido otorgado inicialmente tras solicitarlo al Ministerio del Interior.

⁴² Jill HARSIN, *Barricades. The war of the streets in revolutionary Paris, 1830-1848*, Nueva York, Palgrave, 2002.

actitud interventora fue una nueva campaña de internamiento de gran parte de ellos — todos los que no tenían recursos y dependían de las ayudas gubernamentales— en depósitos de refugiados repartidos por toda la geografía francesa.

Asimismo, las autoridades francesas tomaron la decisión de limitar el número de refugiados que se veían obligados a recibir a aquellos cuyo exilio fuera realmente ineludible por motivos políticos, punto que debía ser probado por los propios refugiados. Para reducir los inconvenientes que para el orden público podían significar, y para limitar el gasto de su mantenimiento, las autoridades intentaron que los refugiados abandonaran en cuanto fuera posible el territorio francés, bien fuera porque hubieran decidido partir hacia otro país de exilio, o bien porque se acogieran a alguna amnistía otorgada en su país de origen, incluso cuando esta no quisiera ser aceptada por los refugiados⁴³. Para ello, establecieron medidas de incentivación de esta salida, como el adelanto de subsidios o la concesión de ayudas para viajes controlados, aunque también se preguntaban si esto no sería contraproducente e incompatible con el mantenimiento de relaciones diplomáticas adecuadas, como hacía el prefecto de Policía en septiembre de 1831 en relación a los refugiados italianos cuando se formulaba la paradoja de la siguiente manera: “los refugiados no intentan entrar en Italia sino para fomentar allí nuevos problemas, ¿será posible que les facilitemos los medios de lograr ese objetivo?”⁴⁴.

En este mismo informe de la policía al Consejo de Ministros se analizaban las medidas que habían sido adoptadas en años anteriores por quienes habían financiado a exiliados, llegando a la conclusión que todo apoyo financiero acababa vinculándose al fomento del regreso de los beneficiarios. Entre los casos que examinaba se encontraba el del Gobierno constitucional español que, según el informe, había otorgado a los refugiados italianos que salían del país una ayuda equivalente a la pensión de cuatro meses, o el del Comité establecido en Londres para ayudar a los italianos, que donaba

⁴³ Por ejemplo, como ocurrió con la amnistía otorgada por el Papa en 1831, que muchos refugiados se negaban a firmar por “consideraciones morales”, ya que implicaba firmar una retractación; ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”, Informe del *Cabinet* del Prefecto de Policía al Presidente del Consejo de Ministros, París, 2 de septiembre de 1831. Más adelante se analizará en profundidad el asunto de las amnistías concedidas a los españoles en los últimos años del reinado de Fernando VII y durante la regencia de María Cristina, y la reacción del Gobierno francés a ellas.

⁴⁴ ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”, Informe del *Cabinet* del Prefecto de Policía al Presidente del Consejo de Ministros, París, 2 de septiembre de 1831.

15 libras esterlinas a aquellos que se embarcaran con destino América o Grecia, y 10 para los que lo hicieran hacia otro país europeo⁴⁵.

A lo largo de los meses siguientes se fueron tomando medidas provisionales respecto a los refugiados, determinadas en cada caso por el contexto inmediato y la inclinación de las autoridades a tratar el problema de una manera imperativa. El 19 de marzo de 1833 el ministro del Interior, Conde D'Argout, a través de una instrucción a los prefectos, resolvió la cuestión de las medidas a tomar en relación con los refugiados. Pero antes es necesario conocer el proceso por el cual los refugiados políticos europeos se convirtieron en un grave problema de seguridad para la monarquía orleanista, que culminó con el internamiento de la mayor parte de ellos en depósitos de refugiados o con su salida del país.

En un contexto de inestabilidad social y política, la política gubernamental hacia los refugiados políticos quedó subordinada a la prioridad otorgada al mantenimiento del orden público, especialmente en París, identificada de nuevo con la capital de la revolución internacional, que se había convertido en un imán para los exiliados venidos de toda Europa. El gobierno intentó por todos los medios posibles expulsarlos de París con el objetivo de que la capital de la monarquía no se convirtiera en un foco de desestabilización internacional. La mera elección de París para pasar el exilio era una decisión política que implicaba un compromiso con el liberalismo o incluso el republicanismo. La ciudad ofrecía un contexto en el que la existencia de una extensa y cosmopolita comunidad intelectual y artística facilitaba la creatividad y el contacto tanto con las tendencias políticas francesas como con las de otras áreas geográficas, representadas por exiliados de varios países⁴⁶.

Ya en agosto de 1831 el prefecto de Policía, Alexandre François Vivien, informaba al ministro del Interior sobre las perturbaciones que ocasionaban en París los refugiados italianos, entre 150 y 200, que mantenían relaciones con los revoltosos que habían agitado la ciudad a lo largo de los últimos meses. Según el prefecto, estos refugiados italianos, radicalizados por los acontecimientos revolucionarios y por la represión de la que huían, contrastaban con los españoles y sobre todo los portugueses, residentes en Francia desde hacía años, y que “se distinguen, al contrario, por sus hábitos pacíficos y por su conducta mesurada”. En opinión del prefecto, si los italianos

⁴⁵ ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”, Informe del Cabinet del Prefecto de Policía al Presidente del Consejo de Ministros, París, 2 de septiembre de 1831.

⁴⁶ Lloyd S. KRAMER, *Threshold of a New World. Intellectuals and the Exile Experience in Paris, 1830-1848*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1988.

continuaban manteniendo una actitud tumultuosa, sería necesario expulsarlos de París, y pedía al ministro que considerara seriamente la medida. Bastaría con expulsar a los italianos de menos de 60 años y a los que no tuvieran una “profesión real, distinta de las de maestros de música y de italiano. Profesiones que no dejan todos de invocar” además de los que estuvieran en “estado de vagabundaje o sin recursos conocidos”. En su opinión, no había nada ilegal en la aplicación de estas medidas, ya que no se obligaría por la fuerza a ningún refugiado a salir de París, sino que se podría lograr este objetivo simplemente estableciendo que aquellos que decidieran permanecer en la capital debían renunciar a las ayudas gubernamentales. Y concluía: “la medida que propongo es, lo sé, susceptible de levantar muchas recriminaciones por parte de los italianos — pero creo que su salida es necesaria para el bien de la cosa pública”⁴⁷.

Unas pocas semanas más tarde, tras la toma de Varsovia por las tropas rusas el 8 de septiembre de 1831, se produjeron una serie de disturbios por las calles de París protagonizados por simpatizantes de la causa polaca, en los que se oyeron gritos de “¡Viva Polonia! ¡Abajo Luis Felipe! ¡Viva la república!”. De forma paralela, varias manifestaciones de obreros recorrieron las calles de París protestando contra la implantación generalizada de máquinas y reclamando el aumento de sus salarios, mientras que el célebre *Procès des Quinze*, en el que se juzgaba a varios miembros de la *Société des Amis du Peuple*, ocupaba la atención de la opinión pública⁴⁸.

Según el nuevo prefecto de la Policía —el fugaz pero decisivo para la suerte de los refugiados, Sébastien Louis Saulnier⁴⁹— en los disturbios de septiembre participaron: “1º La gente de julio descontenta. 2º Los refugiados políticos italianos, portugueses y españoles. 3º Los obreros sin trabajo. 4º Los presidiarios liberados, los reincidentes de la justicia y en general todos los malhechores. 5º Los estudiantes de varias facultades”. Saulnier proponía alejar a todos estos elementos perturbadores de París, buscándoles ocupaciones en las provincias, o incluso planteaba la posibilidad de entregarles tierras en Argelia⁵⁰.

⁴⁷ ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”, el Prefecto de Policía al Ministro del Interior, París, 10 de agosto de 1831.

⁴⁸ VIGIER, *Paris pendant la Monarchie de Juillet*, p. 70.

⁴⁹ Perier había destituido a Vivien tras perder la confianza en él. Sobre la sucesión de los prefectos de la policía de París en este periodo hasta la llegada de Henri-Joseph Gisquet, Jean TULARD, *La Préfecture de Police sous la Monarchie de Juillet. Suivi d'un inventaire sommaire et d'extraits des rapports de la préfecture de police aux archives nationales*, París, Bibliothèque historique de la Ville de Paris, 1964, p. 44.

⁵⁰ ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”, Informe del Prefecto de Policía Saulnier al Président du Conseil, Ministre Secrétaire d’Etat de l’Intérieur, 20 de septiembre de 1831.

Estas medidas represivas debían dirigirse especialmente hacia los refugiados políticos extranjeros, principalmente italianos, polacos y españoles, que eran vistos desde el mismo prisma, y cuya permanencia en París era considerada como un peligro. En un informe de la Policía, del 21 septiembre 1831, una vez restablecida la tranquilidad, se hacía un balance de los disturbios de los días anteriores, y se afirmaba que la mayoría de los simpatizantes de la causa polaca se habían indignado al ver “la tranquilidad general comprometida y el crédito paralizado por un puñado de instigadores” y se confiaba que sería bien recibida la adopción de “disposiciones legislativas que den al poder medios de represión más eficaces. Es probable que estas medidas sean ahora recibidas favorablemente por toda la clase media”. Los italianos eran especialmente peligrosos, y los “principios” que habían “profesado públicamente” constituían un aviso del “peligro que podría resultar de la estancia en la capital de esta multitud de polacos” y otros refugiados políticos. En el caso de los refugiados españoles algunos de ellos (“el G^{al} Mendez de Vigo, el G^{al} Valdez, Bertran de Lys, el hijo de Milans, el C^{el} Borges, y Borrego”) habían aprovechado los disturbios para obtener para una lista la firma de “300 personas decididas a impulsar el derrocamiento del Gobierno, si los motines tomaban un carácter más serio”. En esta iniciativa no participaba sin embargo Espoz y Mina, que se encontraba enemistado con Valdés “al que reprocha engañar al gobierno francés al recibir parte del socorro de un pariente que no tiene”⁵¹.

La decisión de la expulsión de París de los refugiados políticos fue finalmente tomada a finales del mes de septiembre por el ministro del Interior Casimir Perier, que el día 30 ordenó al prefecto de Policía que procediera al envío de los refugiados españoles e italianos que residían en París con subsidios a depósitos “del exterior, donde, además, la vida es menos cara que en París”. Los españoles debían ser enviados al depósito de Indre et Loire y los italianos al de Allier. El plazo de expulsión era de 15 días y se les concedería una ayuda para que realizaran el traslado de cincuenta céntimos por legua para los hombres y mujeres y de 25 para los niños⁵².

Al día siguiente, Saulnier informó al ministro del Interior que había comunicado a los refugiados la orden de expulsión cuando estos se presentaron en la Prefectura para recibir su subsidio de septiembre, y que esperaba que algunos de ellos se resistieran a la

⁵¹ ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”, Informe de la Haute Police, del 21 de septiembre de 1831. Sin firma.

⁵² ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”, Carta desde el Ministerio del Interior al prefecto de Policía, París 30 de septiembre de 1831. Esta cantidad se mostró insuficiente y pocos días después el prefecto solicitaba que se ascendiera a 75 céntimos; el prefecto de Policía al ministro del Interior, París 6 de octubre de 1831.

medida, sobre todo los italianos, sugiriendo que algunos de ellos recibieran una vigilancia especial.

Efectivamente, los problemas para proceder al traslado no tardaron en aparecer. La policía desconocía las direcciones de muchos de los refugiados, otros no se encontraban en sus domicilios habituales, varias decenas de ellos solicitaron permanecer en París aludiendo diferentes motivos, y otros pidieron ir a algún depósito en particular. Respecto a este último caso, el prefecto recomendaba “cerrar los oídos a las reclamaciones que tienden a multiplicar las residencias de los refugiados” para evitar que la contabilidad se complicara hasta “el infinito”⁵³. Aquellos refugiados que se negaran a abandonar París debían demostrar disponer de modos de existencia en París una vez les fueran retiradas las ayudas, ya que sin esta justificación se exponían a que se les aplicaran “las disposiciones del artículo 7 de la ley de 28 Vendimiaro año VI”⁵⁴.

Otra preocupación del prefecto era qué hacer con las mujeres viudas de los refugiados españoles, cuyo caso no había sido considerado en la orden del ministro, y con los eclesiásticos. En su opinión, la aplicación de la medida a estos individuos le parecía demasiado rigurosa y consideraba que si su conducta era buena, se les debería exceptuar y dejar que residieran en París, lo mismo que ocurría con los refugiados portugueses, que no habían sido incluidos en la medida de expulsión, ya que “se distinguen siempre por sus hábitos pacíficos y su buena conducta”⁵⁵.

Así, el primero de octubre la policía tenía controlada la presencia en París de 204 italianos (52 romanos acababan de acogerse a la amnistía del Papa y habían regresado a Roma), 168 españoles, 114 portugueses y 15 polacos. Todos ellos, con la excepción de 46 italianos, recibían subsidios por parte del Gobierno⁵⁶. Entre los españoles, el prefecto de Policía distinguía a 22 que recibían subsidios como oficiales comprendidos en las capitulaciones de 1823 y reconocidos como tales en 1829, a los que debían pagarse sus

⁵³ ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”, el prefecto de Policía Saulnier al ministro del Interior, 1 de octubre de 1831.

⁵⁴ La Ley establecía que “Tous étrangers voyageant dans l’intérieur de la République, ou y résidant sans y avoir une mission des puissances neutres et amies reconnue par le Gouvernement français, ou sans y avoir acquis le titre de citoyen, sont mis sous la surveillance spéciale du Directoire exécutif, qui pourra retirer leur passe-ports, et leur enjoindre de sortir du territoire français, s’il juge leur présence susceptible de troubler l’ordre et la tranquillité publique”, en *Bulletin de Lois de la République*, París, Imprimerie de le République, Germinal an VI, Bulletin n° 154.

⁵⁵ ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”, el prefecto de Policía al Ministro del Interior, 1 de octubre de 1831.

⁵⁶ ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”, Etat de étrangers réfugiés résidant à Paris, 1 de octubre de 1831.

subsidios en el depósito de Tours que les había sido adjudicado, y proponía que se les retirara la ayuda si se negaban a trasladarse⁵⁷.

Tabla 5				
Etat des Espagnols qui ont été admis aux secours accordés par la décision royale du 16 Décembre 1829, et qui avaient choisi Paris pour y fixer leur résidence ⁵⁸				
Nom	Année s d'âge	Grades	Date d'admission	Quotité du traitement
Anieba, Antoine	34	Capitaine	7 janvier 1831	600
Cabreira, Diocletien Léon	56	Brigadier Gal.	26 Février 1831	2000
Castellar, Joseph	60	Mal de Camp	15 Octobre 1830	4000
Castroverde, Joseph de Clator	31	Adj. Aux Com. ¿?	11 mai 1831	450
Cayuela y Navarro, Joaquín	34	Lieut. Colonel	11 février 1831	900
Consul, Justo-García	40	Id.	1 juillet 1831	900
Galiacho, Joachim	36	Lieutenant	16 juillet 1830	450
Jayme, Augustin	46	Capitaine	8 Octobre 1830	600
Llinas, Jean Antoine	43	Lieutenant Colonel	19 novembre 1830	900
López Pinto, Jean	43	Id.	20 mars 1830	900
Medina, Ignace	61	Capitaine	6 mai 1831	600
Medrano, Mariano	41	Lieut. Colonel	29 Octobre 1830	900
Mendez de Vigo, Pierre	48	Mal de Camp	11 juin 1830	2000
Rico, Laurente	44	Capitaine	29 Octobre 1830	600
Rotalde, Santiago	46	Colonel	21 Janvier 1831	1200
Segundo, Jean Joseph	34	Capitaine	30 janvier 1831	600
Serra-Ben, Bonaventure	42	Capitaine	23 février 1831	600
Sicilia, Mariano Joseph	54	Aumônier	29 aout 1831	450
De Solanas, Ildéphonse	38	Capitaine	17 septembre 1830	600
Valdés, François	42	Colonel	8 avril 1831	1200
Visedo, André	47	Capitaine	17 avril 1830	600
Zupí, Emmanuel	35	Lieutenant	10 Decembre 1830	450

Estos refugiados militares dependían del Ministerio de la Guerra, así que el ministro del Interior solicitó al duque de Dalmatie, ministro de la Guerra, que ordenara también su expulsión de París, a lo que este accedió el 14 de octubre. Sin embargo, Dalmatie estableció varias condiciones. En primer lugar, considerando que muchos capitulados vivían ya en diferentes lugares de Francia, sería mejor que los que fueran a ser expulsados de París pudieran decidir ellos mismos su destino, donde continuarían recibiendo su ayuda. En segundo lugar, estableció varias excepciones a la expulsión. Además del mariscal de campo Castelar y del capellán Sicilia, a petición del general Ballesteros, Dalmatie excluyó de la medida al capitán Solanas (ayudante de campo de Ballesteros) y al coronel Valdés (que se encontraba, presuntamente, enfermo)⁵⁹. A finales de octubre cuatro de estos oficiales ya habían abandonado París, por lo que solo

⁵⁷ ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”, el Prefecto de Policía al Ministro del Interior, 1 de octubre de 1831.

⁵⁸ ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”; esta relación concuerda con la “Liste des officiers capitulés résidant à Paris” enviada por el Ministerio de la Guerra.

⁵⁹ ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”; el ministro de la Guerra al ministro del Interior, Measures prises à l'égard du officiers Espagnols capitulés, París, 14 de octubre de 1831; y 23 y 26 de octubre.

14 quedaban en París. El teniente coronel Juan López Pinto aceptó la decisión, y se marchó a residir Saint-Germain-en-Lage, veinte kilómetros al oeste de la capital, donde siguió cobrando su subsidio. Otros cuatro solicitaron una ayuda para emprender el viaje, que les fue concedida. Seis, liderados por Visedo, solicitaron permanecer en París con motivos apropiados. Castroverde alegaba que como médico era miembro de una comisión de salubridad de la ciudad, mientras que Cayuela y Navarro estaba trabajando como profesor; Medrano alegaba simplemente que un cambio de domicilio sería “muy perjudicial para sus intereses”; Méndez Vigo y Segundo invocaban razones de salud, el primero propias y el segundo de su hijo; por último, Visedo aseguraba que en París vivía un amigo suyo francés (Mr. Deluc) al que había ayudado cuando este se encontraba en España, y que ahora se había comprometido a hacer lo mismo por él⁶⁰.

Como había ocurrido con los “capitulados”, la expulsión fue aceptada de manera resignada por muchos de los españoles, aunque la decisión del Gobierno francés no dejó de provocar respuestas de oposición y disgusto entre la comunidad de emigrados. Los líderes de la emigración española que habían participado en los recientes disturbios se encontraban, según la policía francesa, “avergonzados del papel que habían jugado en ellos”, ya que “esperaban un levantamiento más pronunciado por parte del pueblo”. Muchos de los españoles residentes en la capital que no habían tenido nada que ver con las protestas se encontraban “furiosos” con estos líderes (la policía citaba a Valdés, Méndez Vigo, Bertrán de Lis, Inglada, Borrego y Baiges) por haber desencadenado las medidas del Gobierno que iban a hacer que la mayoría de ellos acabara en un depósito. Entre los refugiados piamonteses se dio una situación semejante. Los cabecillas españoles no se vieron afectados o pudieron retirarse a destinos plácidos. Valdés se trasladó al campo, al igual que Borrego, que aprovechó para huir de sus deudores; Méndez Vigo se marchó a las afueras de la capital y Bertrán de Lis, que en opinión de la policía se había convertido en el “jefe de todas las intrigas”, siguió recibiendo a mucha gente en su casa parisina⁶¹.

Muchos refugiados españoles e italianos solicitaron que se les excluyera de la medida, aunque no todos lo consiguieron. La mayoría de ellos alegaban que llevaban ya mucho tiempo instalados en París, donde se habían procurado un modo de vida, con domicilios estables y trabajos modestos que, junto a la pensión gubernamental, les permitían vivir con sus familias. Algunos incluso habían entrado a formar parte de la

⁶⁰ ANF F⁷ 12102, el ministro de la Guerra al ministro del Interior, 30 de octubre de 1831.

⁶¹ ANF F⁷ 12102, 1674 ER, “Renvoi des réfugiés de Paris”, Copie d’un rapport du 7 Octobre 1831.

Guardia Nacional. Otros, como los italianos Galotti y Garofolini, invocaban los sufrimientos que ya habían soportado en el exilio, o contaban con la “protección de personas honorables” que avalaban su estancia en París. Algunas de estas consideraciones fueron aceptadas por parte de la Prefectura de Policía, que permitió temporalmente a algunos de los refugiados permanecer en París mientras sus solicitudes eran examinadas en el Ministerio del Interior⁶².

Tres de los militares que recibían un subsidio en virtud de la capitulación de 1823, Galiacho, Llinas y Rotalde, renunciaron a él para permanecer en París o, como lo expresó orgullosamente Rotalde en una carta al ministro de la Guerra Dalmatie, para “conservar [su] libertad”. El coronel Nicolás Santiago de Rotalde fue el español que con más energía protestó contra la medida del gobierno. En la citada nota que el 18 de octubre escribió al ministro, le comunicó que no aceptaba la decisión tomada por el Gobierno, por no ser “compatible con mi dignidad de hombre obedecer como un esclavo” y que se quedaría en París, “donde mis asuntos, mi voluntad y mi derecho me obligan a permanecer bajo la salvaguardia de las leyes”⁶³. Poco después, publicó en París un folleto en el que denunciaba “las medidas despóticas tomadas contra los emigrados españoles e italianos” al exiliarlos de la capital⁶⁴. Pero Rotalde no fue el único que se opuso públicamente a la acción del Gobierno francés. Álvaro Flórez Estrada, que había sido exceptuado de la medida de expulsión, se puso al frente de un grupo de exiliados españoles e italianos y presentó una protesta ante la Cámara de los Diputados en la que recordaba la responsabilidad que Francia tenía en su emigración por la invasión de España en 1823 y por su apoyo a la monarquía fernandina desde entonces⁶⁵.

Saulnier permaneció al frente de la Prefectura de policía desde el 17 de septiembre al 15 de octubre de 1831, pero su sucesor, el más longevo Henri Gisquet siguió sus recomendaciones y desarrolló la política de expulsión de los refugiados de

⁶² ANF F⁷ 12102, “Renvoi des réfugiés de Paris”, el Prefecto de Policía al Presidente del Consejo de Ministros, París, 9 de noviembre de 1831.

⁶³ ANF F⁷ 12102, Rotalde al ministro de la Guerra, París, 18 de octubre de 1831.

⁶⁴ *Exposé à la France sur la conduite de son Gouvernement à égard des émigrés espagnols*, París, Imprenta de Auguste Mie, 1831.

⁶⁵ “A Messieurs les membres de la Chambre des députés. Representación hecha por los representantes de los refugiados españoles e italianos”, firmada por Álvaro Flórez Estrada, Fosati, P. Méndez Vigo, T. Borgia, J. L. Ochoa, De Rolandis, J. A. Llinás, José de Castellar, Gastone, Francisco Valdés, Vecchiarelli, Ramón Ceruti, J. Gherardi y M. Paz Gomez. Hubo otra *Representación hecha por D. J. Cayuela y Navarro*; citado por Irene CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo. Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*, Barcelona, Crítica, 1989, p. 217.

París y su internamiento en depósitos por toda la geografía francesa⁶⁶. El 9 de noviembre, Gisquet envió al Consejo de Ministros una primera evaluación del proceso de expulsión, aportando las estadísticas sobre la salida de españoles e italianos. Según sus datos, de los 216 italianos que había en París el 15 de septiembre (88 romanos y 128 piamonteses, modenese y napolitanos) y de los 166 españoles, solo quedaban 64 italianos (de ellos 18 romanos) y 99 españoles, de los cuales solo a 58 debía prestarse atención, pues el resto no debían plantear problemas (26 eran ancianos de más de 60 años, 11 eran eclesiásticos y cuatro estaban en prisión en Sainte-Pélagie)⁶⁷. De los 64 italianos y 58 españoles que seguían en París (122 en total), el prefecto de Policía autorizó a permanecer en la capital a 16 italianos y 10 españoles, y el 22 de noviembre propuso que se exceptuara a otros 19 italianos y 27 españoles (muchos con familia), con lo que quedarían en París únicamente 50 refugiados extranjeros de manera irregular, a los cuales había que vigilar y expulsar de París si fuera necesario⁶⁸.

A pesar de protestas como las de Rotalde, las medidas tomadas en relación a los refugiados establecidos en París fueron extendidas meses después a todos los refugiados políticos residentes en Francia. A través de un proyecto de ley de marzo de 1832, aprobado el 9 de abril de 1832 por la Cámara y promulgado el 21, el Gobierno quedaba autorizado a concentrar en cualquier lugar de Francia, por la fuerza si fuera necesario, a los refugiados que estuvieran en el país. Si estos se negaban a residir en el destino elegido por el Gobierno, podrían ser expulsados. También serían expulsados si su presencia alterara el orden público. Dos enmiendas fueron introducidas en la Cámara al proyecto inicial: era necesaria la firma de un ministro y estaría en vigor únicamente durante un año. Al día siguiente, para financiar los gastos que esta ley conllevaba, la Cámara aprobaba un crédito extraordinario de 3 millones a añadir a los 600.000 francos del presupuesto de 1832⁶⁹.

A la altura de junio de 1832 la situación en París en lo que concernía a los refugiados estaba bajo el control de las autoridades. Únicamente la llegada de muchos

⁶⁶ Gisquet había figurado en las filas de la oposición liberal durante la Restauración, colaborando con *Aide-toi, le ciel t'aidera*, y formando parte activa de las jornadas revolucionarias de julio de 1830; VIGIER, *Paris pendant la Monarchie de Juillet*, p. 160.

⁶⁷ ANF F⁷ 12102, "Renvoi des réfugiés de Paris", el Prefecto de Policía al Presidente del Consejo de Ministros, París 9 de noviembre de 1831.

⁶⁸ ANF F⁷ 12102, "Renvoi des réfugiés de Paris", nota del Ministerio del Interior, Division Police Générale, 2^o Bureau, París 22 de noviembre de 1831.

⁶⁹ ANF, Série C, Archives des assemblées nationales, Monarchie de Juillet: Chambre des députés (1830-1848), C 749, Session 1831, n^o 42. Etrangers réfugiés. Projet de loi (mars 1832), Résolution (9 avril 1832).

polacos sin pasaporte y bajo nombres falsos hacía peligrar la tranquilidad con la que los refugiados habían respondido a los disturbios vividos en la capital en los últimos meses. Sin embargo, el 12 de junio un Decreto del comandante de la división militar a la que pertenecía París ordenaba la expulsión de los refugiados políticos que quedaban en la capital. El prefecto de Policía de París defendió ante el ministro del Interior que la medida no respondía a la necesidad del mantenimiento del orden, pues los refugiados que permanecían en la ciudad (99 españoles, 74 italianos y 117 portugueses), con autorización y subsidios gubernativos, llevaban una vida tranquila, lejos de actividades políticas. Además, la policía los tenía perfectamente controlados. Así, que en su opinión “una expulsión en masa de los refugiados que recibían subsidios sería demasiado rigurosa y no suficientemente justificada”, ya que además los polacos, los únicos que podrían plantear algún problema, no recibían en su mayor parte ninguna ayuda. Los españoles eran por lo general ancianos, eclesiásticos o personas distinguidas; entre los portugueses los más jóvenes había salido ya para unirse a la expedición de Don Pedro; si bien era cierto que entre los italianos había algunos con opiniones “exaltadas”, lo cierto es que habían seguido la disposición de las autoridades y no se habían involucrado en actividades políticas. En definitiva, ningún refugiado había tomado parte en los desórdenes que habían tenido lugar en París a lo largo de los últimos meses. Además, solo los polacos, organizados en un comité, habían protestado por la aplicación de la ley de abril de 1832. De todas formas, si el ministro decidía expulsar a todos los refugiados de París (le recordaba que para ello era necesario su firma) el grado de conocimiento que la policía tenía de ellos aseguraría el éxito de la operación de una forma rápida⁷⁰.

Finalmente, tras los vaivenes de los años anteriores respecto a la política a llevar respecto a los refugiados, a principios de 1833 el Gobierno decidió clarificar su situación. La orden de 19 de marzo de 1833 del ministro del Interior Argout establecía en primer lugar la cuantía definitiva de los socorros que cada refugiado recibiría, a través de un sistema de clasificación que tenía en cuenta la posición social del refugiado. Esta se determinaba a través de criterios como el cargo, ya fuera militar o civil, que el refugiado hubiera tenido durante el periodo constitucional. Pero también aparecían criterios definidos por la situación socioeconómica del refugiado (así a los propietarios y rentistas les correspondía una ayuda mayor que a los artesanos o

⁷⁰ ANF F⁷ 12102, “Renvoi des réfugiés de Paris”, el prefecto de Policía al ministro del Interior, París, 21 de junio de 1832.

agricultores) o el nivel educativo. También se establecían ayudas mayores para aquellos refugiados que tuvieran que mantener una familia, estableciéndose diferentes cuantías ya estuviera acompañado de solo su mujer o también de hijos.

Tabla 6			
Tarif de Secours attribués aux Réfugiés de toutes nations. 19 mars 1833 ⁷¹			
Position Militaire ou civile	Secours alloués		Observations
	Par moi	Par jour	
Ministres, Lieutenants généraux.	150 ^f	Les secours per agés de 18 ans
<i>Idem</i> avec femme ou avec femme et un enfant, ou avec enfants sans femme	200		
<i>Idem</i> avec femme et plusieurs enfants	250		
Maréchaux de camp, députés, préfets, chefs politiques, intendants de province, présidents de cours souveraines	100		
<i>Idem</i> avec femme ou avec femme et un enfant, ou avec enfants sans femme	135		
<i>Idem</i> avec femme et plusieurs enfants	170		
Colonels et autres officiers supérieurs et fonctionnaires militaires assimilés, magistrats des cours souverains, maîtres des requêtes, secrétaires généraux et employés supérieurs d'administration	..	2 ^f 00 ^c	La moitié des all. suivies ci-contre sera accordée aux femmes des réfugiés compris dans ces trois classes
Capitaines, lieutenants, sous-lieutenants, maires, juges, avocats, médecins, employés d'administrations publiques, propriétaires, professeurs, étudiants, rentiers, négociants	..	1 50	Le tiers à chaque enfant au-dessous de l'âge de 18 ans
Sous-officiers, soldats, artisans, cultivateurs	..	0 75	Le quart à ceux au-dessous de 9 ans.
Néanmoins, les sous-officiers et soldats polonais continueront de recevoir, dans les dépôts, la solde et les prestations fixées par le tarif de M. le ministre de la guerre du 25 août 1832.			
Il n'est rien changés non plus à la quotité des traitements temporaires attribués, à titre de secours, aux officiers espagnols compris dans les capitulations militaires, qui seraient exclus de l'amnistie accordée le 15 octobre dernier.			

Los beneficiarios de las ayudas eran únicamente los varones, y las mujeres que no estuvieran acompañadas de un hombre tenían complicado el acceso a los socorros, aunque existieran también algunas pequeñas ayudas a las viudas, especialmente de militares. En varias ocasiones algunas mujeres llegaron a presentar su caso ante el Ministerio del Interior, como Teodora Cagnemate, que había llegado a Francia en 1815 siguiendo al ejército francés y que el 6 de septiembre de 1831 pedía ingresar en la lista de refugiados que recibían ayudas⁷². Especialmente dolorosa era la situación en la que se encontraba María Vallespin, doblemente viuda, y una persona de fuerte compromiso con la causa liberal. Su primer marido había muerto en la expedición de Tarifa en 1824,

⁷¹ AMAEF, Mémoires et Documents, France Vol. 724

⁷² ANF F⁷ 12102, 1664 ER.

y el segundo en la “tartana” en la que había efectuado el viaje que le llevaba al exilio a Francia. Las autoridades francesas habían confiscado todos sus bienes porque a bordo se había encontrado correspondencia dirigida a los “constitucionales refugiados en Bayona”. En octubre de 1832, desde Marsella, solicitó al prefecto de Bocas del Ródano que se le otorgara un subsidio como refugiada. Una carta firmada por cuatro oficiales españoles también refugiados certificaba su viudedad y su derecho a cobrar una pensión. Consiguió convencer al prefecto de que era una “refugiada por causa política” y que tenía derecho al socorro que solicitaba, pero la respuesta llegada a finales de noviembre desde el Ministerio del Interior le negaba esta ayuda al entender que estaba comprendida en la amnistía recientemente concedida, y que por tanto debía regresar a España, aunque le concedía una ayuda de 50 francos para que realizara el viaje⁷³.

Además de clarificar la cuestión de los subsidios, Argout fijó la reglamentación definitiva por la que estarían regidos los depósitos de refugiados, lugares en los que se encontraban la mayor parte de ellos. Este reglamento establecía la disciplina militar en los depósitos militares, confiada a los comandantes de la zona, que estarían supervisados por los prefectos. Por su parte, en los depósitos civiles, el mantenimiento del orden sería competencia de los prefectos, que tomarían todas las decisiones.

Los internos tenían permiso del Ministerio del Interior para salir del depósito en el que se encontraban solo si contaban con una autorización otorgada por el prefecto. Pero si lo que querían era salir de Francia, lo que implicaba que su mantenimiento ya no dependía de los fondos estatales franceses, tenían completa libertad para hacerlo. Únicamente debían declarar a qué destino querían ir, y las autoridades francesas les concederían un pasaporte junto a una ayuda para el viaje, equivalente a dos meses de ayudas. Una vez tomada la decisión de salir de Francia, no volverían a ser admitidos para recibir socorros, y debían firmar una renuncia formal antes de que les fueran entregados los pasaportes y la ayuda de viaje. De la misma manera, si un interno abandonaba el depósito sin autorización, se le retiraría el subsidio. Los prefectos debían informar al Ministerio del abandono de los refugiados y proporcionar información de la ruta que seguirían, además de una descripción física de ellos. Los refugiados que

⁷³ ANF F⁷ 12102, 1683 ER, Marie Valespin Veuve Villa a Monsieur Thomas, Prefecto de Bocas del Ródano, Marsella, 3 de octubre de 1832 ; el Prefecto de Bouches-du-Rhône al Ministerio del Interior, Marsella, 10 de noviembre de 1832; Ministerio del Interior al Prefecto de Bouches-du-Rhône, París 21 de noviembre de 1832. En una situación similar se encontraba María Nicolasa de Garosabel que en noviembre de 1832 solicitó al ministro del Interior la concesión de un socorro tras sus ocho años de refugiada en Francia. Se le contestó que al estar comprendida en la amnistía de 1832 no tenía derecho a ningún socorro y que debía presentarse en la embajada española para que le dieran un pasaporte con el que regresar a España; ANF F⁷ 12102, 1704 ER.

quisieran entrar en la legión extranjera necesitaban una autorización que se les daría tras comprobar su aptitud para el servicio. Una vez hecho esto, entrarían bajo la autoridad militar y dejarían de recibir los socorros.

También se tomaron medidas para descubrir a los internos que, con el objetivo de obtener un socorro mayor, declaraban falsamente poseer determinados grados o cargos⁷⁴. Se formaron comisiones que estudiaron individualmente los casos de cada uno de los internos, los cuales estaban obligados a aportar pruebas documentales de su situación. Los refugiados debían además probar que estaban excluidos de las diversas amnistías que permitían el regreso a su país, caso en el cual su permanencia en Francia bajo el sostén del Estado no estaba justificada. Las comisiones rellenarían un boletín personal según un modelo establecido, con dos copias, una de las cuales sería enviada por el prefecto al Ministerio del Interior, mientras que conservaba la segunda. El prefecto tomaría una decisión provisional y aconsejaría qué hacer con cada uno de los casos examinados, en relación al mantenimiento de su categoría o su cambio. Por último, un comité de revisión dependiente del Ministerio informaría de cada caso al ministro, que era el responsable de la decisión definitiva. Cada refugiado recibía una copia de su boletín personal con el sello de la prefectura, y en el que se detallaba “la indicación de su grado, de su calidad o de su posición social, los apellidos y nombres de los miembros de su familia que le acompañan, la cantidad del socorro que se le ha concedido por mes y por día, su descripción y su firma”. Este documento debía ser presentado por el refugiado a la hora de recibir su subsidio, y en él se anotaría la fecha de cada pago. Si el refugiado abandonaba su depósito para entrar en la legión extranjera, o bien para salir de Francia, el boletín le sería retirado⁷⁵.

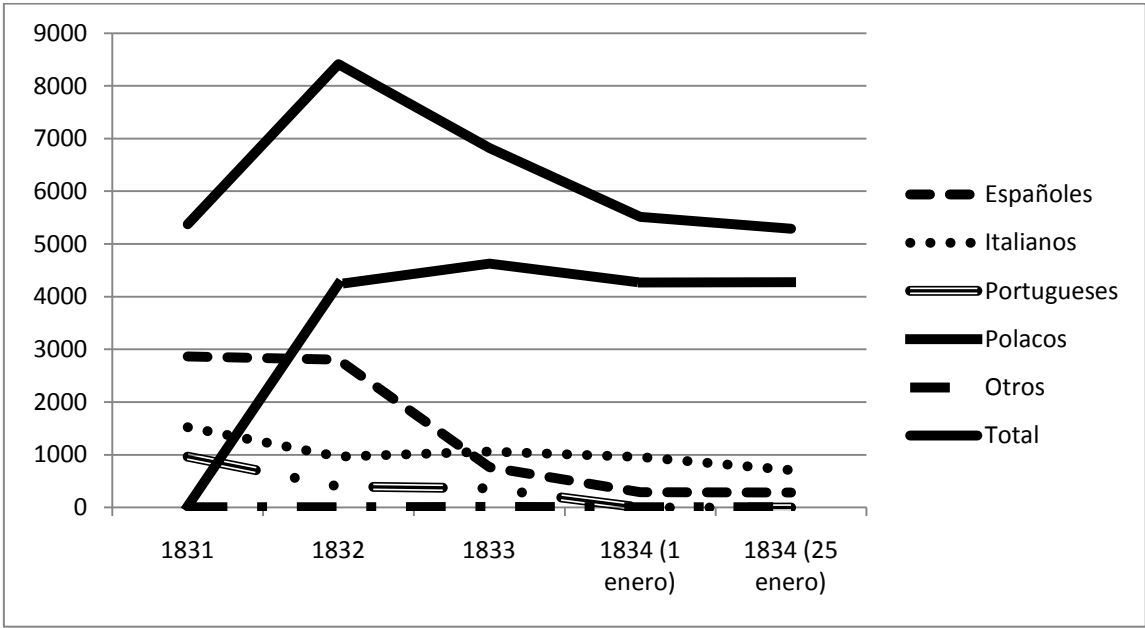
El Gobierno estableció depósitos a lo largo de toda la geografía francesa sin consultar con las autoridades locales, que por lo general no recibieron con agrado a los refugiados. Habitualmente los depósitos estaban divididos por nacionalidades, aunque en ocasiones alojaban a refugiados de distintos orígenes, contribuyendo al establecimiento de contactos entre ellos. Los españoles fueron internados mayoritariamente en los depósitos de Tours, Bourges, Sarlat, Périgueux, Bergerac y

⁷⁴ Por ejemplo, José Arjo consiguió engañar temporalmente a las autoridades francesas asegurando ser un desertor de un regimiento instalado en la frontera española cuando en realidad era un estudiante. Internado en el depósito de Blois cobraba un subsidio de oficial. Fue descubierto por el comandante del depósito de Bourges en octubre de 1832; ANF F⁷ 12102, 1685 ER.

⁷⁵ AMAEF, *Mémoires et Documents*, France Vol. 724: “Instruction adressée à MM les Préfets pour la Surveillance et la Direction des Dépôts d’Étrangers réfugiés, ainsi que pour la Révision des titres sur lesquels ces Réfugiés ont été admis dans ce Dépôts”.

Montmorillon. Una vez que el número de refugiados portugueses y españoles fue reduciéndose por la derrota de Don Miguel, que permitió el regreso de casi todos los portugueses, y por el progresivo acogimiento de los españoles a las amnistías del Gobierno español, polacos e italianos se convirtieron en los grupos nacionales de refugiados más numerosos.

Gráfico 1



Evolución por nacionalidad del número de refugiados en Francia entre 1830 y 1834⁷⁶

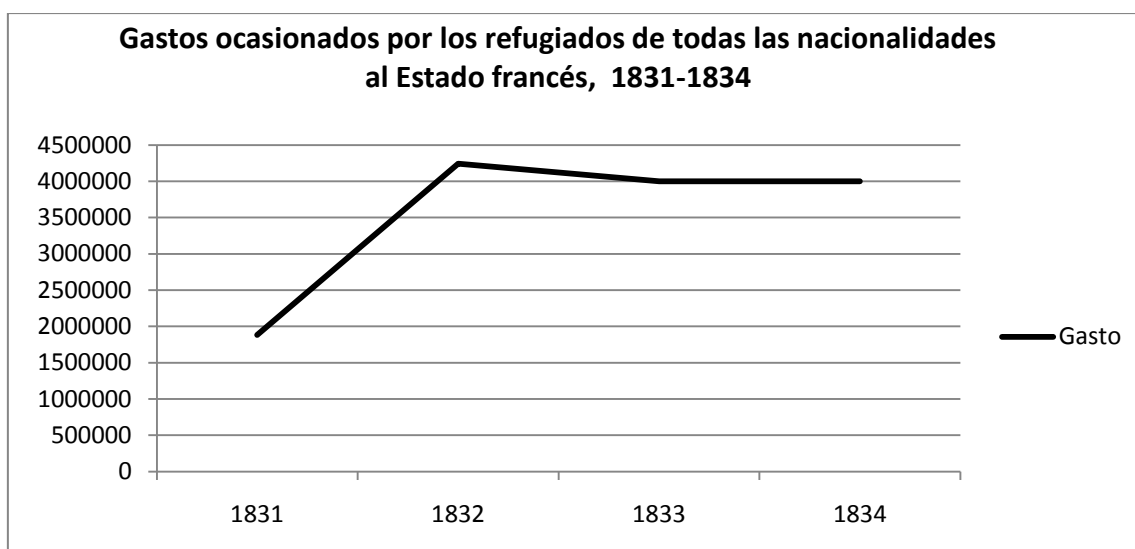
Año	Españoles	Italianos	Portugueses	Polacos	Otros	Total
1831	2867	1524	962	21	1	5375
1832	2805	964	396	4239	5	8409
1833	764	1059	365	4627	7	6822
1834 (1enero)	288	955	0	4270	3	5516
1834 (25 enero)	284	706	0	4275	3	5268

El gasto que el Estado francés destinaba a los refugiados políticos fue incrementándose a lo largo de estos primeros años de la década de 1830, pasando de 1.884.320,16 francos en 1831 a un máximo de 4.243.439,47 en 1832, año en el que ingresaron gran número de polacos e italianos. En 1833 y 1834 la suma presupuestaria continuó constante, alcanzándose los 4 millones de francos. Las autoridades francesas estaban preocupadas

⁷⁶ ANF, Série C, Archives des assemblées nationales, Monarchie de Juillet: Chambre des députés (1830-1848), C 749, Session 1831, n° 32. Crédits Extraordinaires pour 1831 et 1832 ; 5, Etrangères réfugiés; y AMAEF, *Mémoires et Documents*, France Vols. 723 y 724. Las cifras son parecidas a 1 de enero y 25 enero 1834, pero no iguales. La diferencia está en los italianos, que suman 249 más, que han debido entrar en ese mes. Los polacos que entran por Suiza deben hacer aumentar también su cifra alrededor de 300.

por el coste que implicaba el mantenimiento de un número creciente de refugiados y, sin intentar nunca forzar una expulsión, sí intentaron limitar en lo posible los desembolsos económicos⁷⁷. Un alto cargo militar expresaba la preocupación de que “nuestros depósitos puedan aumentarse indefinidamente con todos los vagos de España, que tomen el pretexto de persecución, o más bien de opinión política, para venir a demandar a Francia pan y ociosidad”⁷⁸. El Ministerio del Interior se encargaba de gestionar los subsidios y costear los gastos ocasionados por los refugiados, pero el sistema de pagos no era fluido y las autoridades locales, a las que a menudo ni siquiera se las consultaba acerca del establecimiento de un refugio en su territorio, tuvieron que adelantar el líquido. Por ejemplo, en Montmorillon, los subsidios de los cerca de ochocientos españoles que allí se establecieron, tuvieron que ser pagados inicialmente desde la caja municipal⁷⁹.

Gráfico 2



Ejercicio	Gasto en francos
1831	1.884.320,16
1832	4.243.439,47
1833	4.000.000
1834	4.000.000
Total	14.127.759⁸⁰

⁷⁷ La cuantía de estas cifras se pone de relieve cuando se comparan con el presupuesto total del Ministerio del Interior para el año 1832, que era de 3.889.600 francos, de los cuales 600.000 estaban destinados a los refugiados. ANF, Série C, Archives des assemblées nationales, Monarchie de Juillet: Chambre des députés (1830-1848), C 749, Budget général des dépenses et services pour l'Exercice 1832, État A.

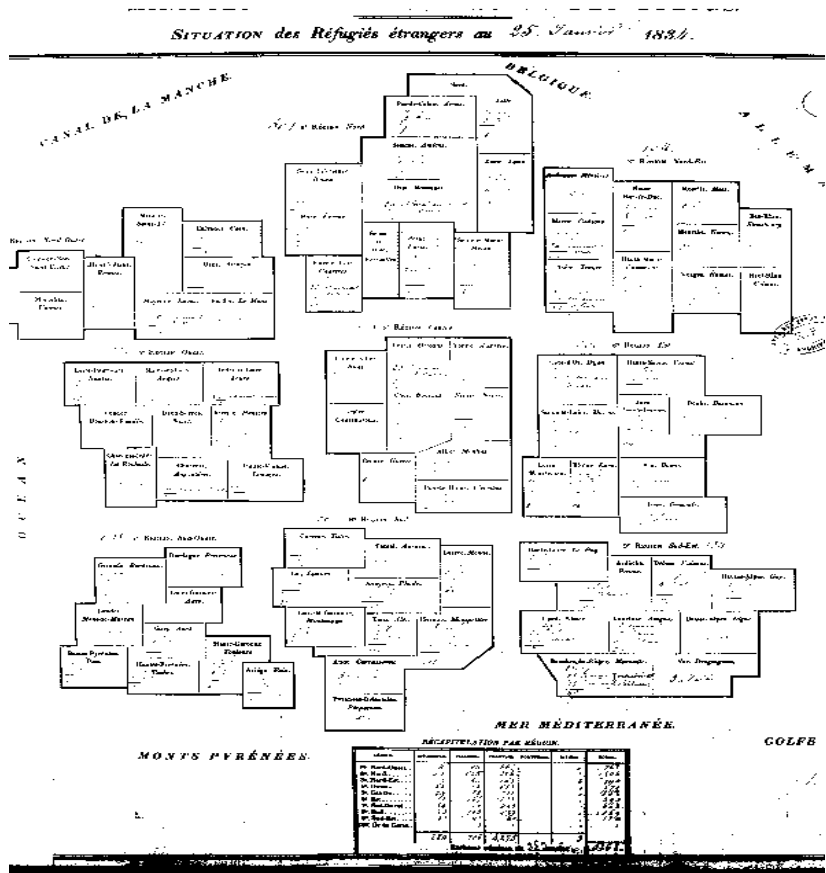
⁷⁸ ANF F⁷ 12106, 2199, citado por SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 172.

⁷⁹ Jean SARRAILH, “Réfugiés espagnols en France au XIX^e siècle. Le dépôt de Montmorillon (1831-1833)”, en *Bulletin Hispanique*, XXX, 1928, pp. 220-234.

⁸⁰ AMAEF, Mémoires et Documents, France Vol. 724; Note sur les dépenses occasionnées par les Réfugiés.

A principios de 1834, cuando ya habían regresado la mayoría de los españoles (solo quedaban 284 internados en depósitos) y los portugueses, la distribución de los refugiados que había en Francia, dominada por la llegada de los polacos, era la siguiente:

Tabla 7 Situation des Réfugiés étrangers au 25 Janvier 1834. Récapitulation par Région⁸¹						
Région	Espagnols	Italiens	Polonais	Portugais	Divers	Total
1° Nord-Ouest	4	93	665		-	762
2° Nord	44	135	324		1	504
3° Nord-Est	-	29	163		2	194
4° Ouest	63	33	683		-	779
5° Centre	39	88	731		-	858
6° Est	1	165	133		-	299
7° Sud-Ouest	59	16	593		-	668
8° Sud	43	103	923		-	1069
9° Sud-Est	31	43	60		-	134
10° Ile de Cors	-	1	-		-	1
	284	706	4275		3	5268



⁸¹ AMAEF, Mémoires et Documents, France Vol. 724.

Así pues, la gestión de lo que progresivamente fue percibido como un problema de orden público que podía hacer temblar al régimen moderado instalado tras la coronación de Luis Felipe de Orleans y comprometer sus relaciones diplomáticas con las potencias absolutistas fue novedosa por su procedimiento marcadamente burocrático, que serviría de precedente en futuras crisis de refugiados y que expuso la creciente actitud y capacidad intervencionista del Estado liberal francés. El empleo de depósitos como principal instrumento suponía un tratamiento disuasorio del exilio político que ponía de relevancia las inseguridades del Estado liberal al tiempo que desarrollaba su capacidad de organización administrativa.

2.2 La vida en los depósitos

En la Navidad de 1830 el Ministerio decidió establecer “una colonia de refugiados españoles de casi ochocientos oficiales, suboficiales, soldados, mujeres y niños” en la localidad de Montmorillon, en el departamento de Vienne. Las protestas del alcalde no pudieron evitar que se abriera el depósito en el pueblo. Entre los motivos expuestos por el alcalde para oponerse figuraban el rechazo de la población local a la medida, que incluía la obligación de alojar a los refugiados en las casas de los vecinos: “Estos militares, precedidos de una reputación muy desfavorable, inspiran en todos los habitantes los temores más vivos, y mientras estos estarían halagados de recibir en su domicilio soldados franceses, sufren con repugnancia el tener que compartirlo con españoles”. El alcalde aludía además a cuestiones de seguridad, alegando que Montmorillon no tenía una guarnición lo suficientemente grande para mantener el orden. Estas quejas no tuvieron ningún efecto y el prefecto exigió a los habitantes que fueran generosos y ofrecieran un buen recibimiento a los españoles.

Sin embargo, la imprevisión por parte del Ministerio era total. En primer lugar, esperaba que se alojara a los refugiados en el seminario de la localidad, pero este se encontraba ocupado. En un alarde de improvisación, el alcalde consiguió alquilar un edificio durante un mes, pero este alojamiento temporal debió de prolongarse en el tiempo, pues el dueño reclamó en los meses siguientes que se desalojara a los refugiados. En segundo lugar, no se había proporcionado a los refugiados los pertrechos necesarios, por lo que la población local se vio obligada a donar colchones y mantas. Como no había suficientes para todos, los refugiados tuvieron que compartir las camas, lo que en opinión del subprefecto suponía un auténtico peligro de salubridad pública

(especialmente entre “hombres naturalmente muy sucios”). Las reclamaciones del alcalde y del subprefecto dieron finalmente fruto y el Ministerio autorizó a la prefectura a comprar el material y los enseres personales necesarios. A pesar de todo, el subprefecto aseguraba que no tenía “más que elogios para la conducta de los refugiados, a la paciencia con que soportan todo lo que su situación tiene de penosa”. Meses después la situación cambiaría, llevando al enfrentamiento de los habitantes con los refugiados con motivo del pillaje del que estos eran acusados⁸².

En efecto, las condiciones de vida de la mayoría de los refugiados internados en depósitos eran miserables, caracterizadas por el hacinamiento, la suciedad, la escasez de alimentos y la ausencia de comodidades. En el depósito de Montmorillon, según el subprefecto de la región, “los refugiados están obligados a comer en el suelo, al no tener ni siquiera un banco en el que sentarse” y la mayoría no tenía ni “la ropa necesaria para vestirse”. La situación fue mejorando poco a poco, a medida que el Gobierno proporcionó camisas, zapatos, capotes, y pantalones, además de camas, jergones, colchones, mantas, sábanas y manteles, que sirvieron para dar un mínimo de dignidad a las condiciones en las que vivían los refugiados españoles⁸³. Probablemente las malas condiciones del depósito de Bergerac en el que estaba albergado el sargento navarro Francisco Zabalza tuvieron algo que ver con su muerte en noviembre de 1832, a la edad de 30 años, por una “enfermedad del pecho”, posiblemente neumonía o tuberculosis. Todos los suboficiales del depósito asistieron a su entierro⁸⁴.

Los refugiados del depósito de Sarlat, en el departamento de Dordoña, tenían que abastecerse ellos mismos la comida y buscarse el alojamiento con los subsidios que recibían. Muchos vivían en el antiguo hospital, que había sido remodelado, aunque las condiciones en su interior eran bastante malas. Los internados en este depósito tenían que pasar revista una vez al día, a las ocho de la tarde, con lo que tenían el resto del día libre, y algunos de ellos usaban este tiempo para trabajar en la localidad⁸⁵. El depósito militar de Bourges, que albergaba a 89 oficiales y 116 suboficiales y soldados, se había establecido en un local cedido por la ciudad⁸⁶.

El malestar causado por el alojamiento en depósitos se encontraba detrás de las múltiples peticiones de traslado efectuadas por los refugiados, generalmente aludiendo a

⁸² SARRAILH, “Réfugiés espagnols en France”.

⁸³ SARRAILH, “Réfugiés espagnols en France”, p. 224.

⁸⁴ ANF F⁷ 12102, 1711 ER.

⁸⁵ ANF F⁷ 12097, 1240 ER; el subprefecto de Sarlat al prefecto de Dordoña, citado por SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 164.

⁸⁶ SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 164.

cuestiones de salud, y habitualmente hacia destinos meridionales. No resultaba excepcional que estas demandas fueran aceptadas —del depósito de Montmorillon habían salido a finales de noviembre tantos internos que se planteaba su desmantelamiento— pero cuando estos traslados eran rechazados, muchos optaban por fugarse. Así lo hicieron las decenas de españoles que abandonaron los depósitos de la región de Aquitania (Sarlat, Bergerac) y Auvernia (Clermont-Ferrand) en octubre y noviembre de 1832, algunos con nombres falsos, que de todas formas fueron capturados poco después por la gendarmería y reintegrados a ellos. Al menos uno de ellos, al que la fuente llama Marc Congos, fue expulsado de Francia⁸⁷. En el depósito de Montmorillon, los internos planearon una fuga al menos desde marzo de 1831, frustrada al ser arrestado el suboficial que la promovía. Pero esto no evitó que se dieran más desertiones individuales e incluso nuevos proyectos de evasión colectiva⁸⁸. Los refugiados Mariano Solsona y Jose Mirmi fueron encarcelados en marzo de 1833 en Tours tras haberse escapado de su depósito junto a dos adolescentes, acusados de “raptó de chicas menores”⁸⁹. No fueron los únicos que escaparon de sus depósitos acompañados de mujeres locales. Lo mismo habían hecho en octubre de 1832 Francisco Cirice y Francisco Vidal, acompañados de dos jóvenes de la comuna de Brivezac⁹⁰. Una vez fuera de sus depósitos, los españoles se encontraban por lo general sin recursos y en numerosas ocasiones caía en el vagabundaje, como los cuatro oficiales que fueron detenidos en Tarbes en septiembre de 1832 acusados de esta infracción⁹¹.

La convivencia en los depósitos no era fácil para los internados, lo que condujo a la aparición de constantes conflictos entre ellos. Ya en septiembre de 1831 el prefecto de Dordoña estaba convencido que la “desocupación de los españoles es el germen de la división que los males del exilio agrian y propagan”, y consideraba que “una disposición a la perturbación en nuestros depósitos y la tranquilidad pública será enturbiada si no ponemos orden con prontitud y firmeza”. El prefecto estaba alarmado por el duelo que acababa de tener lugar en el depósito de Périgueux que había terminado con un refugiado gravemente herido. Sus intentos para averiguar las causas de esta disputa se habían encontrado con la opacidad de los españoles, incluidos los oficiales

⁸⁷ ANF F⁷ 12102, 1653-1665 ER, 1671-1673 ER, 1675 ER, 1677-1682 ER.

⁸⁸ SARRAILH, “Réfugiés espagnols en France”, pp. 225-226.

⁸⁹ ANF F⁷ 12102, 1957 ER.

⁹⁰ ANF F⁷ 12102, 1684 ER, el prefecto de la Corrèze al ministro del Interior, Tulle, 30 de octubre y 2 de noviembre de 1832.

⁹¹ ANF F⁷ 12102, 1687 ER, el prefecto de Altos-Pirineos informa que los oficiales François Xavier Bardaxi, Joachim Rovira, Bernard Joan Gervasi y el soldado Blaise Huruspe, acusados de “vagobondage” en Tarbes, han sido puestos en libertad, 27 de septiembre de 1832.

encargados de mantener el orden en el depósito. Asimismo, los refugiados españoles, “ilegalmente constituidos en Junta”, habían decretado la expulsión de uno de los duelistas, y el jefe del depósito le había solicitado al prefecto un pasaporte al efecto, pero sin querer aclarar las causas. Además del desorden originado, al prefecto le enervaba “la exigencia y las pretensiones exageradas de estos extranjeros que se consideran en Francia como interesados a permanecer aislados del Gobierno que les acoge y les alimenta, pero en el que no ven en absoluto un benefactor, persuadidos como están de que no se hace por ellos todo lo que tendrían derecho de exigir”⁹². Los altercados protagonizados por los refugiados se multiplicaron en los años siguientes, lo que hacía crecer la desconfianza hacia ellos por parte de las autoridades y la población local. En agosto de 1832 hubo en Cahors al menos dos asesinatos de refugiados españoles, y uno más fue apuñalado, aunque salvó la vida milagrosamente. Tres españoles fueron arrestados por la gendarmería. Estos hechos “llevaron la alarma al espíritu de los habitantes de Cahors”, que evitaban acercarse a los españoles y, “como les creían capaces de todos los crímenes (...) guardaban su vendimia con fusiles”. El prefecto redobló la vigilancia policial⁹³.

Ante la inactividad y el deterioro de las condiciones de vida, algunos refugiados españoles decidieron aceptar la invitación que las autoridades francesas hicieron para que se alistasen en la recientemente formada legión extranjera. Este cuerpo se había creado el 10 de marzo de 1831 con el objeto de dar ocupación y provecho a los miles de refugiados extranjeros, muchos de ellos militares, que se habían establecido en Francia. Pero a pesar de las facilidades dadas para su incorporación, los españoles fueron inicialmente muy remisos a entrar en el ejército francés, lo que originó que las autoridades francesas les presionaran a ello, en ocasiones de manera abusiva. 24 refugiados del depósito de Cahors protestaron ante el ministro del Interior porque el comandante de su depósito había mantenido a varios de ellos encerrados a pan y agua durante varios días para empujarlos a alistarse. Al comandante Barbé le fue encomendada la misión de reclutar en los depósitos a los suficientes españoles como para formar cuatro compañías, tarea para la que encontró muchas dificultades. En el depósito de Bergerac los españoles que se negaban a enrolarse le contestaron que “eran hombres libres que habían defendido la libertad de su país, y que no lo habían

⁹² ANF F⁷ 12102, 1675 ER, el Prefecto de Dordoña al ministro del Interior, Périgueux, 1 de septiembre de 1831.

⁹³ ANF F⁷ 12102, 1747 ER, el prefecto de Lot al ministro del Interior, Cahors, 1 de septiembre de 1832.

abandonado para servir a Francia, sino con la intención de regresar en cuanto se presentase la ocasión”. Barbé, siguiendo órdenes del ministro del Interior, les amenazó con cortarles los subsidios. Los españoles siguieron negándose⁹⁴. En el depósito de Montmorillon los españoles se negaron igualmente, argumentando que no eran “libres de contraer un compromiso que no les permitiría responder a la llamada de sus hermanos”⁹⁵. El prefecto de Dordoña, afirmaba que los españoles del depósito de Bergerac “mostraban tal repugnancia a entrar en la legión extranjera (...) que he creído mi deber estudiar la causa”. Concluyó que se debía a “la influencia de los oficiales superiores, del General Mina sobre todo”, que habían conseguido echar atrás a algunos que habían decidido enrolarse. Las autoridades militares francesas descubrieron incluso que algunos oficiales españoles coaccionaron violentamente a sus soldados para evitar que se enrolaran en la legión. Esta opinión tuvo eco en el Ministerio de la Guerra, que decidió sustituir a estos por otros oficiales más dóciles o separar a los oficiales de los soldados⁹⁶. Está claro que a los líderes del liberalismo español, envueltos en preparativos de expediciones militares a España, no les interesaba que los soldados con los que podían contar entrasen al servicio del ejército francés. El prefecto de Dordoña lo expresó así: “todo aquello que pudiera tener por resultado reducir el número de los hombres que podrían seguir a los oficiales Generales o Superiores en sus tentativas políticas, debilitaría su importancia personal y perjudicaría sus ambiciones”⁹⁷. Pero había otros motivos para que los españoles no encontraran atractiva la entrada en la legión extranjera. Muchos refugiados sentían un intenso descontento con el tratamiento que habían recibido por parte del Gobierno francés; otros, confiando en los rumores acerca de la publicación de una próxima amnistía, tenían esperanzas de poder volver a España pronto; y, en fin, otros simplemente no querían aventurarse en una empresa que les podía acabar llevando a luchar a Argelia.

De todas formas, finalmente varios cientos de españoles —y también algunos italianos veteranos del ejército constitucional que permanecían junto a los españoles— acabaron por entrar en la legión extranjera. A partir de marzo de 1831 fueron concentrados en el depósito de Agen. Se pudieron formar tres compañías con un total de 308 españoles, y una cuarta esperaba completar los 18 con los que contaba de momento.

⁹⁴ SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 165-170.

⁹⁵ SARRAILH, “Réfugiés espagnols en France”, p. 226.

⁹⁶ Joaquín MAÑES POSTIGO, *Españoles en la Legión Extranjera Francesa*, Barcelona, Inédita, 2009, p. 35.

⁹⁷ ANF F⁷ 12102, 1675 ER, el Prefecto de Dordoña al ministro del Interior, Périgueux, 1 de septiembre de 1831.

Sin embargo, más de 30 desertaron en los meses siguientes, y algunos de ellos se llevaron consigo su equipo con el objeto de venderlo. El ministro de la Guerra decidió enviar los batallones españoles a Argelia, para reforzar las tropas coloniales, pero también para sacar de Francia a unos extranjeros “cuya presencia puede ofrecer algunos inconvenientes”. Entre junio y noviembre de 1832 fueron llegando a Argel y Orán, y en septiembre de 1833 ya había un total de 544 legionarios españoles en la región⁹⁸. A pesar de algunos problemas de disciplina e instrucción, un inspector del ejército que visitó a las tropas alabó su espíritu de cuerpo, que atribuía a su sentimiento nacional y compromiso político⁹⁹. Los españoles formaban el cuarto batallón de la legión —aunque también había algunos en otros batallones— que se destacó en sus combates contra las tribus cabileñas. Varios de sus miembros fueron condecorados por su significación en estos combates. De todas formas, fueron frecuentes los casos de legionarios que desertaron, saliendo en dirección a los puertos españoles de la costa levantina, hacia Melilla, o incluso instalándose entre la población local¹⁰⁰.

3. LAS AMNISTÍAS ESPAÑOLAS Y EL LENTO REGRESO 1832-1834

“Nada es más dulce, después de tantos años de ausencia, que regresar a su patria cuando está gobernada por leyes sabias (...) pero en España, donde la anarquía, al más alto grado de sus horrores, ejerce los desastres más terribles; donde ministros prevaricadores, en lugar de dedicarse al bien público, de forma conjunta y acordada, traicionan los intereses de la nación, se dirigen por vías completamente contrarias a la felicidad del pueblo; donde ninguna garantía nos asegura los medios de nuestra subsistencia, hay muchos de presos del terror”¹⁰¹.

El regreso de los exiliados a España, la mayor parte desde Francia, fue un “lento y escalonado proceso”, dominado por la interpretación de las distintas amnistías concedidas desde 1832 y por el funcionamiento de la burocracia diplomática. La gestión de las solicitudes de regreso, y por tanto la aplicación y celeridad del proceso, recayó especialmente sobre los consulados españoles en Francia y el embajador en París. Algunos exiliados ya habían ido pudiendo regresar a lo largo de los últimos años de la década de 1820, pero no sería hasta que el régimen fernandino estuviera pronto a su fin,

⁹⁸ En diciembre de 1832 había 14 oficiales y 470 soldados y suboficiales; en julio de 1833, 14 oficiales y 469 soldados y suboficiales; MAÑES POSTIGO, *Españoles en la Legión Extranjera*, pp. 41-43.

⁹⁹ SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, pp. 173-183.

¹⁰⁰ VILAR, *Los españoles en la Argelia francesa*, pp. 78-79; MAÑES POSTIGO, *Españoles en la Legión Extranjera*, pp. 38-48.

¹⁰¹ Extracto de la carta que Manuel de Bustamante y Buenaventura Angelich, refugiados en el depósito de Blois, escribieron, en francés, al ministro del Interior francés en abril de 1832; ANF, F⁷ 12105, 1934 ER.

y ya inmerso plenamente en su transformación, cuando la mayoría de los emigrados pudo volver a España¹⁰².

Desde los sucesos de La Granja en el verano de 1832, la monarquía había entrado en una fase crítica y Fernando VII era ya plenamente contestado por los apostólicos que querían ver coronado al infante don Carlos. Los fernandinos moderados, que encontraron en la reina María Cristina el apoyo necesario en la corte, comenzaban a planear la transición del régimen, para la que intuían que el apoyo de los liberales sería imprescindible frente a los carlistas. Como consecuencia de la amnistía otorgada por la reina María Cristina el 15 de octubre de 1832, cinco días más tarde se publicó el Decreto que posibilitaba el retorno de los exiliados españoles. Sin embargo, esta amnistía establecía unas condiciones limitadas, ya que prohibía el regreso a los diputados que habían votado la destitución de Fernando VII en Sevilla en 1823 y a los exiliados que habían “acaudillado fuerza armada” contra Fernando VII. De esta forma, los constitucionales más comprometidos (casi 70 ex diputados más líderes militares como Espoz y Mina, Méndez Vigo o Valdés) se encontraron explícitamente excluidos de la amnistía, mientras que otros muchos tenían motivos para desconfiar de sus términos y negarse a regresar por temor a las posibles represalias. Estas excepciones obligaron a emitir un Decreto aclaratorio el primero de noviembre. En cualquier caso, en la redacción del Decreto la reina había precisado que estas excepciones se habían realizado “bien a pesar mío”, lo que cabía interpretar, como de hecho muchos hicieron, como una muestra de apoyo a los liberales¹⁰³.

La noticia de la amnistía fue recibida con desconfianza entre la emigración española en Francia. Unos exiliados publicaron una *Representación* en los periódicos de París el 5 de noviembre en la que manifestaban su descontento por la tibieza de la amnistía (“medidas a medias en las crisis políticas solo sirven para empeorar el mal”) y se mostraban decepcionados por el hecho de que los exiliados regresaran gracias a un indulto que no proclamaba su inocencia (“[la amnistía] consiente que los amnistiados entren como presidiarios que han acabado su condena o como criminales agraciados por la clemencia de una Reina joven y sensible”) ¹⁰⁴.

¹⁰² Luis BARBASTRO GIL, “La emigración liberal a Francia: españoles en París (1823-1834) en *Según Congrés Recerques. Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*, vol.1, Lleida, Associació Recerques, Pagès, 2002, pp. 441-458.

¹⁰³ Octavio RUIZ MANJÓN-CABEZA, “La amnistía de 1833 y los liberales emigrados”, en *Cuadernos de investigación histórica*, nº 1, 1977, pp. 137-148.

¹⁰⁴ Citado por Federico SUÁREZ, *La crisis política del Antiguo Régimen en España (1800-1840)*, Madrid, Rialp, 1988 (3ª ed.), p. 227.

A partir de entonces las autoridades francesas intentaron que todos los españoles refugiados en su territorio se acogieran a esta amnistía y volvieran a España, lo que les llevó a rechazar la mayor parte de las solicitudes de permanencia que realizaron aquellos exiliados que temían sinceramente el regreso a España, o que bien alegaban este motivo para justificar su deseo de no ser expulsados de Francia. En realidad, es complicado desentrañar los motivos que guiaban a los exiliados que se esforzaron por permanecer en el exilio.

Sin embargo, la mayor parte de los exiliados españoles no había tomado parte en las conspiraciones insurreccionales, por lo que muchos de ellos acudieron desde noviembre de 1832 a los consulados españoles con la voluntad de acogerse a la amnistía y obtener un pasaporte que les permitiera regresar a España. El Gobierno español no hizo mucho por facilitar este regreso, para la decepción del francés. El prefecto de Policía se quejaba de que “los retrasos inexplicables del encargado de negocios de España para dar a conocer las listas oficiales de refugiados que se pueden beneficiar de la amnistía tienen las más nefastas consecuencias”¹⁰⁵. De todas formas, en el departamento de la Dordoña, 644 oficiales y suboficiales se pudieron acoger a la amnistía. Procedentes del depósito de Bergerac, unos 160 refugiados cruzaron la frontera por Perpiñán a principios de enero de 1833, en su mayoría con sus familias. En Cahors se beneficiaron 172 militares y 37 civiles; en Tours, al menos 74, entre ellos Lorenzo Milans del Bosch¹⁰⁶. El conde de Toreno no tuvo problemas para regresar a España con un pasaporte emitido el 30 de marzo de 1833 por el embajador en París. El 25 de julio entraba a España por la frontera de Perpiñán junto a un criado¹⁰⁷.

Tras la muerte de Fernando VII en septiembre de 1833 la reina regente María Cristina concedió un segundo Decreto de amnistía. Se promulgó el 24 de octubre de 1833, al tiempo que Isabel II era proclamada reina y con la sublevación carlista ya en marcha. Se trataba de una amnistía más amplia que la anterior, en la que quedaban incluidos explícitamente, citados por su nombre, 31 diputados. Entre ellos se encontraban algunos de los más destacados liberales, como Agustín de Argüelles, Miguel Ricardo de Álava, Ramón Gil de la Cuadra, Ángel Saavedra, Mateo Seoane y Cayetano Valdés. Pero esta lista no comprendía de ninguna manera la totalidad de la elite liberal en el exilio, a pesar de que la reina añadiera al decreto que no era su “Real

¹⁰⁵ ANF F7 12103, dossier 176, citado por SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 136.

¹⁰⁶ BARBASTRO GIL, “La emigración liberal a Francia”, p. 457.

¹⁰⁷ ANF, F7 12105, 2046 ER; el prefecto del departamento de Pirineos Orientales al ministro del Interior, Perpiñán, 25 de julio de 1833, dirigido también a la División de Policía General, 1º bureau.

ánimo excluir por esta designación nominal a los demás de igual o de distinta clase a quienes Yo concedo la misma gracia”. Personalidades como Alcalá Galiano o Istúriz, además de todos los cabecillas militares, no aparecían citados. La omisión de estos y otros nombres se convirtió en una causa de incertidumbre para los emigrados, que no estaban seguros del significado de su exclusión¹⁰⁸. Muchos liberales siguieron sin fiarse y decidieron no volver a España hasta no tener la total confianza de que a su regreso no serían represaliados, y para no sancionar con su presencia el gobierno de Cea Bermúdez. Otros en cambio sí decidieron volver a España. El Gobierno español comunicó el Decreto personalmente a los comprendidos en la amnistía y, al menos once de ellos, contestaron a la secretaría de Estado¹⁰⁹. La mayoría aceptó de buen gusto la amnistía, mostrando agradecimiento y lealtad a la nueva reina. Gil de la Cuadra se mostró algo frío en su respuesta, Valdés recriminó a Cea Bermúdez la discriminación que se había hecho con los no citados (“diez años de infortunios y desgracias, dimanadas por una misma causa, parecía debían terminar en todos a un tiempo”), pero solo Argüelles rechazó regresar a España hasta que no pudieran hacerlo todos los demás exiliados.

A pesar de todo, poco después, el 7 de febrero de 1834, tras acceder al Gobierno Martínez de la Rosa, se promulgó una ampliación al Decreto de amnistía que permitía el regreso de la mayor parte de los exiliados, incluidos los diputados que habían depuesto a Fernando VII. Solo se lo impedía a “aquellos que hubieran entrado en España acaudillando fuerzas armadas contra los derechos de S.M.” Unos 50 exiliados, de los más comprometidos con el régimen constitucional pudieron así regresar a España. En este momento sólo quedaban en París Joaquín Abreu, Manuel Bertrán de Lis, Álvaro Flórez Estrada, León y Mier, el ex fraile Juan Rico y Sotos Ochando. En Tours estaban Ángel Saavedra, De la Cuadra (ambos comprendidos en el decreto de 1833) Antonio Alcalá Galiano, el general López Baños y el coronel Evaristo San Miguel. En el departamento de la Gironda, Juan Romero Alpuente, el diputado a las Cortes de 1821-1822 por Guadalajara (Nueva España) Bernardino Amati, José María Calatrava, Facundo Infante y Pedro Lillo. En el depósito de Bocas del Ródano estaban Gómez Becerra, José Grases, Gutiérrez Álvarez y Tejeiro Navarro. Díaz Morales, que

¹⁰⁸ *Gaceta de Madrid*, 24 de octubre de 1833; RUIZ MANJÓN-CABEZA, “La amnistía de 1833”.

¹⁰⁹ Se trataba de Agustín de Argüelles, Pedro Juan de Zulueta, Miguel Ricardo de Álava, Ramón Gil de la Cuadra, Ángel Saavedra, Mateo Seoane y Rodrigo Valdés, Domingo María Ruiz de la Vega, Martín Serrano, Manuel Llorente, Ramón Adán, Cayetano Valdés y Manuel Herrera y Bustamante. En AHN, Estado, leg. 3076, caja 1, nº 3. Ver también RUIZ MANJÓN-CABEZA, “La amnistía de 1833”.

permanecía confinado en Côtes de Nur, y Castejón Álvarez, el único que quedaba en el departamento de Loire Inferior, también entraron en la amnistía. Ramón Salvato, que se encontraba en el departamento de Herault, salió de Francia en febrero de 1834 junto a Alcalá Galiano. Estanislao Peñafiel, ex secretario de las Cortes, que había estado exiliado en Laval, Bruselas y París, regresó también por estas fechas¹¹⁰.

Muchos exiliados desconfiaban de las amnistías y dudaban en tomar la decisión de volver a España, aunque la perspectiva de permanecer exiliados en Francia tampoco era halagüeña. Manuel de Bustamante y Buenaventura Angelich, en una carta que escribieron al ministro del Interior desde el depósito de Blois en abril de 1832, aseguraban estar “situados en la cruel alternativa de exponernos al sufrimiento, si vamos a España, o de ser reducidos a la mendicidad (...) si nos quedamos en Francia”¹¹¹. De todas formas, fueron bastantes los que decidieron permanecer en Francia, donde ya habían comenzado una nueva vida, alegando diversos motivos ante las autoridades francesas. Varios eclesiásticos se negaron a regresar a España temiendo que los obispos españoles pusieran en “entredicho” su sacerdocio, y preguntándose “¿En qué pueblo de la Península este desesperado estará con tranquilidad en la situación presente de la España? ¿En qué parroquia estará al abrigo de una banda de carlistas, llevando la impronta de constitucional y de emigrado de Francia? ¿Podrá persuadirse que no será perseguido o asesinado?”¹¹².

Muchos exiliados intentaron al menos retrasar su regreso a España el máximo tiempo posible. Angelich solicitó poder continuar en Francia recibiendo subsidios. Como pudo demostrar documentalmente que no se encontraba incluido en la amnistía, fue autorizado en abril de 1833 a permanecer en el depósito de Blois. En mayo del año siguiente se le prolongó provisionalmente el subsidio y en julio de 1834 regresó a España en virtud de la amnistía¹¹³. Otros no tuvieron tanto éxito y se les retiraron los subsidios para obligarlos a regresar a España inmediatamente. El subteniente Francisco Vaquer, que había sido también jefe de correos de un pueblo catalán desde 1817, se había visto envuelto en el fusilamiento de unos soldados realistas en 1830, y por lo

¹¹⁰ AMAEF Mémoires et Documents, vol. 386, f. 8 y ANF F⁷ 12076, citados por BARBASTRO GIL, “La emigración liberal a Francia”, pp. 457-458..

¹¹¹ ANF, F⁷ 12105, 1934 ER.

¹¹² ANF, F⁷ 12107, Exposición de “Antonio Espada, Francisco Cisneros, Antonio Muñoz y Ramón José Hernández, Burdeos, 24 de mayo de 1824. citado por BARBASTRO GIL, “La emigración liberal a Francia”, p. 458.

¹¹³ ANF, F⁷ 12105, 1934 ER, *Bulletin Individuel de Réfugié*, Dept. Loir et Cher; prefecto de Loir et Cher al ministro del Interior, 14 de mayo de 1834 y respuesta del Ministerio del Interior; prefecto de Pirineos Orientales, 10 de julio de 1834.

tanto, según corroboró la comisión encargada de su caso en abril de 1833, no podía acogerse a la amnistía. Sin embargo, el prefecto de Indre et Loir consideraba que no estaba en posición de no acogerse a la amnistía y que por lo tanto, se le debía dar pasaporte para que regresara a España. Mientras tanto recibiría subsidio de subteniente. El 23 de abril de 1834 se le dio un pasaporte para que saliera de España por Perpiñán¹¹⁴. Andrés Verdeguer solicitó el 2 de enero de 1833 desde Clermont al ministro del Interior que se le continuara dando el subsidio que se le había retirado el primero de enero, porque se encontraba enfermo y no podía regresar a España con la amnistía. Acompañaba un certificado médico del hospital de Clermont que certificaba que tenía reumatismo articular crónico (probablemente agravado por las malas condiciones del depósito en el que había estado alojado), y no podía viajar “ni siquiera en coche” y mucho menos en invierno. De todas formas, el 13 de marzo el Ministerio le denegó la ayuda, y el 18 del mismo mes ya había regresado a España, con un pasaporte expedido por el alcalde de Clermont que incluía una indemnización de ruta¹¹⁵. Lo mismo le sucedió al anciano capitán Luis Larra, de 69 años. A pesar de querer acogerse a la amnistía, su grave estado de salud, justificado por un certificado médico, no le permitía emprender el viaje. En diciembre de 1832 solicitó que mientras se recuperaba se le continuara pagando el subsidio que recibía, asegurando al Ministerio que en cuanto se recuperase de su enfermedad, se pondría en camino. Pero el Ministerio se mostró inflexible y, al considerar que ya no era un refugiado, le denegó la continuación del pago del subsidio¹¹⁶. En cada caso individual se puede encontrar una pequeña tragedia, como las de Isidre Bosch (rechazado en la frontera de Figueras y al que el Gobierno francés se negó a conceder socorro), el eclesiástico Ramón Hernández (al que se le retiraron todos los subsidios aunque él asegurara estar excluido de la amnistía) o la viuda Marciana Ortega (que sufría de graves problemas mentales y a la que se le concedió un subsidio de un franco diario)¹¹⁷.

Ante ciertos casos cabe preguntarse si algunos de los exiliados no prolongaron su permanencia en Francia de forma injustificada alegando incesantemente no estar comprendidos en las amnistías, y obteniendo subsidios del gobierno francés de manera irregular, como sospechaba el ministro del Interior que estaba haciendo el refugiado

¹¹⁴ ANF, F⁷ 12105, 1939 ER, Bulletin Individuel de Réfugié, Dept. Indre et Loir.

¹¹⁵ ANF, F⁷ 12105, 1937 ER, Bulletin Individuel de Réfugié, Dept. Indre et Loir.

¹¹⁶ ANF, F⁷ 12102, 1721 ER, Larra al ministro del Interior, París, 3 de diciembre de 1832; Ministerio del Interior, Police Général, 2^o bureau, a Larra, París, 18 de diciembre de 1832.

¹¹⁷ ANF, F⁷ 12105, 1946 ER, 1958 ER, 1945 ER.

catalán Lázaro Puig, que en su opinión estaba retrasando los trámites con la embajada española para “prolongar su estancia en Francia y vivir aquí a costa del Gobierno”¹¹⁸. Casos como este ponen de relevancia la manera en la que, a pesar de las dificultades que las autoridades francesas ponían a la permanencia en el país de los refugiados, una inteligente utilización de los recursos a su disposición podía asegurar a un exiliado victorias contra la maquinaria burocrática. Un ejemplo, el del exiliado Juan Olivar, que gracias a su capacidad para alargar los procesos administrativos continuaba en Francia a la altura de 1838, es ilustrativo de estas maniobras¹¹⁹.

Pero no solo desde Francia regresaron los exiliados a España o los territorios bajo su control. También llegaron a partir del segundo semestre de 1833 desde Inglaterra y Estados Unidos –como Manuel Martínez de Morentín que enseñaba español y francés en el pequeño pueblo de Bridge Port, en Connecticut, y volvió a España a finales de 1833¹²⁰. Los diputados por Cuba durante el Trienio exiliados en Estados Unidos, Tomás Gener y Leonardo Santos Suárez, se acogieron a la amnistía y regresaron a la isla en octubre de 1834¹²¹. Los que estaban en Argel y Orán obtuvieron pasaportes para España a lo largo de los últimos meses de 1833, y la mayoría regresó a través de los puertos de Alicante y Cartagena, aunque Palarea prefirió pasar primero por Francia para contactar con los jefes liberales de la emigración¹²². Aquellos que se habían enrolado en la legión extranjera tuvieron que cumplir los tres años a los que su contrato les obligaba, y solo pudieron licenciarse a principios de 1834, cuando el Gobierno francés decidió ponerlos a disposición del ejército isabelino. En abril salieron de Orán hacia Cartagena, donde la fragata *Victoria* desembarcó 472 hombres. 244 de ellos se incorporaron al ejército liberal español¹²³.

Con el comienzo de la guerra civil en España la emigración a Francia continuó, aunque con un importante cambio de signo. Ahora eran miles de carlistas contrarrevolucionarios los que cruzaban la frontera. En septiembre de 1839 entraron en Francia buscando asilo don Carlos, la reina María Teresa y la familia real. A finales de

¹¹⁸ ANF, F⁷ 12102, 1715 ER, el ministro del Interior a al prefecto del Alto Garona, París, abril de 1833.

¹¹⁹ ANF, F⁷ 12105, 1932 ER.

¹²⁰ Juan Bautista VILAR, “La emigración liberal española en los Estados Unidos: Una primera aproximación (1823-1833)”, en *Estudios de Derecho Constitucional y de Ciencia Política. Homenaje al Prof. Rodrigo Fernández Carvajal*, 1997, Murcia, pp. 1167-1185.

¹²¹ José Antonio PIQUERAS, *Félix Varela y la prosperidad de la patria criolla*, Madrid, Mapfre, 2007, p. 88.

¹²² AHN Estado, leg. 6150¹, citado por VILAR, *Los españoles en la Argelia francesa*.

¹²³ VILAR, *Los españoles en la Argelia*, p. 270; SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p.188. MAÑES POSTIGO, *Españoles en la Legión Extranjera*, pp. 40-48.

1840 había ya al menos 7.500 carlistas refugiados en Francia. El Gobierno francés veía cómo esta nueva emigración volvía a ocasionar importantes gastos y en mayo de 1837 había ordenado que se otorgaran socorros únicamente a los “españoles sin recursos o incapaces de trabajar”. Todos los demás debían emplearse en cualquier tipo de trabajo. Lo significativo era que el ministerio del Interior estaba empleando con los carlistas los depósitos y la legislación (especialmente la ley del 21 de abril de 1832) creados para administrar la emigración de los liberales¹²⁴.

Estos fueron los métodos que el Gobierno francés de la monarquía de Julio puso en práctica con el objetivo de solucionar la problemática de los miles de refugiados políticos llegados a su territorio desde varios puntos de Europa. La preferencia de estos exiliados por Francia no se debía meramente a razones geográficas o de conveniencia con vistas a preparar acciones armadas, sino que el régimen francés presentaba un valor político añadido frente al británico.

Esta llegada era, principalmente, consecuencia y reflejo de la posición central que Francia se otorgaba a sí misma en la carrera universal de la civilización moderna, y que aseguraba haber retomado tras el triunfo de la revolución de 1830. De esta forma se divulgaba una imagen internacional de Francia que constituía un poderoso polo de atracción para los exiliados que llegaban a su territorio y que, por lo general, admiraban sinceramente el liberalismo francés. Pero además, se les dotaba de un argumento a favor de su derecho de asilo que era difícil de rechazar por las propias autoridades francesas.

Miles de liberales de varios países europeos —especialmente España, Portugal, los estados italianos y Polonia— exiliados por sus actividades políticas se refugiaron en Francia. Si bien inicialmente el Gobierno francés los acogió con afecto y los protegió pues eran la prueba de que Francia había retomado su papel dirigente en la política europea, pronto los miraría con otros ojos. Por su activismo político los refugiados se convirtieron para las autoridades orleanistas en un peligro de orden público —real pero

¹²⁴ En 1848, con la proclamación de la república, la percepción de los refugiados liberales por parte del gobierno francés cambió radicalmente, y se suprimió la vigilancia sobre ellos: “Le gouvernement de la République, plein de sympathie pour d’héroïques infortunes, entend anéantir les entraves qui étaient mises à la libre circulation des réfugiés. Il n’entend plus appliquer la loi de 1832”. Sin embargo, esta medida no se aplicaría a los carlistas, que siguieron estando bajo vigilancia policial; J. MATHOREZ, “Les réfugiés politiques espagnols dans l’Orne au XIX^e siècle”, en *Bulletin Hispanique*, XVII, 1915, pp. 260-279, citas en p. 268.

también exagerado—, y en una amenaza para el mantenimiento de relaciones diplomáticas amables con las potencias continentales. En la gestión del “problema” de los refugiados —basada en el internamiento en depósitos no solo de los militares como se había venido haciendo hasta entonces, sino también de los civiles, y en la creciente presión para que los refugiados abandonaran el país en cuanto pudieran— se manifestó tan claramente como en la política exterior, la actividad legislativa o la acción del ejecutivo, la tendencia hacia la moderación que caracterizó al régimen orleanista desde su acceso al poder.

Los refugiados liberales portugueses y españoles pudieron ir regresando a su país antes de que lo hicieran la mayoría de italianos y polacos, cuyo exilio se prolongaría a lo largo de los años siguientes. Sin embargo, el cambio de régimen en los países de la Península Ibérica, con la subida al trono de las jóvenes reinas Isabel y María en 1833 y 1834 alrededor de las cuales se agruparon los intereses liberales, no trajo consigo el fin de las disensiones políticas. Primero los carlistas, y luego simpatizantes de todos los espectros políticos, se vieron obligados a exiliarse de nuevo, siendo una vez más Francia uno de sus destinos principales.

III

PROYECTOS Y REALIZACIONES DEL LIBERALISMO INTERNACIONAL EN EL EXILIO

LA CONSPIRACIÓN UNIVERSAL: COMLOTS REVOLUCIONARIOS Y EXPEDICIONES INSURRECCIONALES, 1814-1833

Como se ha visto en capítulos anteriores, tras el golpe de estado de 1814 y la restauración de 1823, la represión de la monarquía fernandina fue intensa, obligando a miles de liberales a salir hacia el exilio. Sin embargo, en ninguno de los dos momentos se consiguió acallar completamente a la oposición, que siguió actuando en el interior y en el exterior del país. La vigilancia a la que sus actividades eran sometidas —a través de instituciones y cuerpos de control social de carácter moderno que la monarquía se había visto obligada a crear, como la policía— obligó a los opositores a actuar en la clandestinidad. Para ello, recurrieron a la formación de numerosas sociedades de carácter secreto, moldeadas siguiendo los criterios organizativos de la masonería. El empleo de sociedades secretas fue un fenómeno común entre los revolucionarios —y también los contrarrevolucionarios— de toda Europa, que les sirvió una vez en el exilio para coordinar sus acciones conspirativas y darse mutuo apoyo, aunque también surgieron conflictos entre ellas, pues no siempre coincidían en sus objetivos políticos y en los métodos para alcanzarlos.

En este capítulo se analizan las acciones conspirativas de los exiliados españoles, ofreciendo una visión que equilibra la relativa ausencia de información fidedigna acerca de las sociedades secretas —cuyas acciones están envueltas en una mitología nacida en estos mismos años— con una consideración paralela acerca del temor que los gobernantes de la Restauración tenían de la existencia de una conspiración universal. “Conspiración” es una palabra que aparece recurrentemente en los documentos oficiales de los gobiernos europeos —junto a términos equivalentes como “complot” o “maquinación”— y que llegó a afectar intensamente a sus decisiones.

Por último, en este capítulo se destaca un aspecto en el que se ha hecho un énfasis especial a lo largo de las páginas anteriores: la cooperación llevada a cabo en el seno del liberalismo y republicanismismo internacional, potenciada por el exilio. El exilio

fue un forjador de redes internacionales, que encontraron en la actividad conspirativa uno de sus campos de actuación más intensos. Esta colaboración entre “revolucionarios de todas las naciones”, aunque limitada, contribuyó a dar forma a la conspiración universal temida por las monarquías restauradas, que se convirtió en importante mito del liberalismo internacional.

1. LAS SOCIEDADES SECRETAS Y LA CONSPIRACIÓN UNIVERSAL

“Spero che un giorno trionferemo, solo costanza”¹.

En España, las sociedades secretas se convirtieron en el instrumento ideal para actuar en la clandestinidad a la que obligaba la represión y planificar los pronunciamientos contra la monarquía absolutista. Tras 1814, una minoría, formada especialmente por oficiales del ejército y por profesionales, con influencia sobre ciertos sectores populares urbanos dada su posición social, se integró en sociedades secretas conspirativas, incluidas la masonería, o inspiradas por el modelo masónico. Algunas logias de la masonería, hasta ese momento reprimidas en España, habían florecido discretamente durante la ocupación francesa en torno al nuevo orden político napoleónico, aunque ni mucho menos alcanzaban la presencia e importancia de las logias de otros países europeos, especialmente Gran Bretaña y Francia. Las logias de inspiración francesa eran napoleónicas y por lo tanto poco atractivas para los liberales gaditanos, mientras que de las inglesas y escocesas que entraron principalmente por Gibraltar solo hay constancia de tres, que además tenían muy pocos miembros españoles. Por lo tanto, la influencia de la masonería en las Cortes de Cádiz se puede decir que había sido prácticamente inexistente. Sin embargo, es posible que algunas logias masónicas captaran a algunos diputados liberales de Cádiz una vez que había comenzado la represión contra ellos en 1814 que llevó a muchos al exilio, aunque según J. A. Ferrer Benimeli no hay constancia alguna de que los exiliados españoles estuvieran en contacto con la masonería británica durante su estancia en el país².

Según una difundida interpretación, una significativa fracción de los prisioneros de guerra españoles en Francia entraron en contacto con la masonería, “contagiándose”

¹ Carta dirigida al Conde Pecchio, residente en Londres, fechada en Montpellier el 20 de abril de 1824, e interceptada el mes siguiente en Calais al exiliado italiano Joseph Bono, miembro de la legión liberal extranjera en España, cuando intentaba pasar a Inglaterra; ANF, F⁷ 6748.

² José A. FERRER BENIMELI, “Las Cortes de Cádiz, América y la masonería” en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 460, 1988, pp. 7-34.

de ideas liberales que fueron la base de su compromiso de oposición a Fernando VII cuando regresaron a España³. Sin embargo, esta interpretación no está apoyada por documentación fidedigna y los indicios más bien parecen indicar que su actividad política e intelectual durante su estancia en Francia fue escasa⁴. Aunque J. A. Ferrer Benimeli y J. R. Aymes proporcionan datos sobre la formación de logias masónicas entre los oficiales españoles en Francia, estas nacieron explícitamente sin objetivos políticos y en cualquier caso eran de carácter afrancesado⁵.

La interpretación que atribuía el éxito del pronunciamiento de Riego exclusivamente a las oscuras actividades de las sociedades secretas lideradas por la masonería fue popularizada por algunos de los propios protagonistas de los hechos — especialmente Antonio Alcalá Galiano en sus memorias escritas décadas después⁶— y continuada por los historiadores del siglo XIX, e incluso del XX. Sin embargo, las investigaciones más recientes han cuestionado esta interpretación. Según Luis P. Martín, los masones tuvieron muy poca presencia en las conspiraciones liberales del periodo 1814-1820, que fueron llevadas a cabo por sociedades y organizaciones que, si bien eran secretas, no tenían ningún vínculo masónico. Sí pudo haber habido algunos casos de masones que participaron en las conspiraciones de manera accesorio, pero nunca hubo una conspiración instigada o inspirada por la masonería, prácticamente inexistente en la España del momento. Resulta por tanto arriesgado afirmar que la masonería actuara como centro de las conspiraciones liberales, aunque seguramente tuvo algún tipo de participación en ellas. Es más ajustado hablar de una *paramasonería*, formada por un conjunto de sociedades secretas constituidas según el modelo organizativo propio de la masonería, aunque en ningún caso pertenecientes a la ortodoxia de alguno de los ritos masónicos existentes en el momento. Las logias masónicas españolas no tenían estrictamente una finalidad u objetivos políticos — tampoco ningún carácter filantrópico— sino que más bien fueron empleadas por los

³ Esta sería una interpretación, popularizada por el novelista Pío Baroja, a la que se abonaría autores tan diversos como Marcelino MENÉNDEZ PELAYO en su *Historia de los heterodoxos españoles* o Gregorio MARAÑÓN en su *Españoles fuera de España*, y que implicaba una comprensión del liberalismo como una ideología ajena a la tradición española e importada de Francia. José Luis COMELLAS, *Los primeros pronunciamientos en España, 1814-1820*, Madrid, CSIC, 1958, también la adopta. Al respecto véase Jean-René AYMES, *Los españoles en Francia (1808-1814). La deportación bajo el Primer Imperio*, Madrid, Siglo XXI, 1987, pp. 8-13.

⁴ AYMES, *Los españoles en Francia*, p. 194.

⁵ José A. FERRER BENIMELI, *Masonería española contemporánea, Vol. 1, 1800-1868*, 2ª ed., Madrid, Siglo XXI, 1987, pp. 120-126; AYMES, *Los españoles en Francia*, pp. 205-213.

⁶ Antonio ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, en *Obras Escogidas de D. Antonio Alcalá Galiano*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles-Ediciones Atlas, 1955.

conspiradores que deseaban un cambio de régimen como plataforma desde la que organizar sus intentonas revolucionarias. Eran autónomas y no obedecían a la jerarquía masónica. Todo esto ha llevado al máximo especialista en el tema, José A. Ferrer Benimeli, a calificarlas de “logias salvajes”, cuestionando así su ortodoxia masónica⁷.

Las logias y sociedades secretas, independientes unas de otras, configuraron inicialmente una estrategia defensiva frente a la represión y la presencia de espías fernandinos, gracias a que su organización jerárquica y secretismo permitían burlar su vigilancia. Su importancia residía en que a su alrededor se crearon unas redes de sociabilidad que sirvieron para poner en contacto y articular a los conspiradores, pertenecientes a diferentes tendencias políticas —como liberales moderados, exaltados y afrancesados— y a sectores sociales y geográficos diferenciados, que se encontraban unidos por su oposición a la monarquía de Fernando VII.

Como se vio en el capítulo 2, la interpretación que otorgaba el protagonismo revolucionario a una supuesta conspiración universal liderada por masones figuraba en el centro del pensamiento contrarrevolucionario. La afirmación de que una conspiración ordenada y dirigida por la masonería fue la que organizó la oposición a la monarquía restaurada surgió del análisis realizado por las fuerzas represoras fernandinas, que englobaron bajo la etiqueta de masonería a una serie de sociedades secretas e individuos que solo en ocasiones pertenecían o tenían contactos reales con la masonería⁸. En cualquier caso, está claro que las actividades conspirativas se llevaron a cabo a través de una serie de sociedades secretas creadas *ex profeso*, que incluían contactos con logias masónicas y que, en gran medida, el universalismo de las sociedades secretas recogía principios heredados de la masonería, lo que multiplicaba los temores que los reaccionarios tenían hacia ellas.

Las sociedades secretas habían encontrado en Italia un lugar idóneo para su desarrollo y expansión hacia otros países como España y Francia, especialmente en el

⁷ Luis P. MARTÍN, “La masonería y la conspiración liberal (1814-1834). Los límites de un mito histórico”, en *Trienio*, nº 22, pp. 73-90; José A. FERRER BENIMELI, “Implantación de las logias y distribución geográfica-histórica de la masonería española”, en Ferrer Benimeli (coord.), *La masonería en la España del siglo XIX. II Symposium de metodología aplicada a la historia de la masonería española, Salamanca 2-5 de julio de 1985*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1987, vol. 1, pp. 57-216; Jordi ROCA VERNET, *Política, liberalisme i revolució. Barcelona, 1820-1823*, Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2007, p. 41; Irene CASTELLS, “La resistencia liberal contra el absolutismo fernandino (1814-1833)”, en *Ayer*, nº 41, 2001, pp. 43-62; FERRER BENIMELI, *Masonería española contemporánea*, p. 133; Miguel ARTOLA, *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa Calpe, 1999, p. 487; Claude MORANGE, *Una conspiración fallida y una constitución nonnata (1819)*, Madrid, CEPC, 2006, pp. 43-48, 54-56.

⁸ AGP, Papeles Reservados de Fernando VII, tomo 17, carpeta nº 1: datos sobre logias masónicas de varias ciudades.

caso de la carbonería. La falta de información hace extremadamente difícil reconstruir con precisión la organización a todos los niveles de las sociedades secretas, aunque sería un error pretender encontrar una ordenación clara de estas, algo que nunca existió. Al parecer, tal y como creían un gran número de contemporáneos, dos centros se atribuían tareas de coordinación internacional de las sociedades secretas, aunque su influencia y capacidad de decisión estaban muy limitadas. En París estaba radicado un Comité Directivo que reunía a los diversos grupos de oposición franceses, incluyendo a bonapartistas, republicanos, jacobinos y orleanistas, e incluía a figuras tan destacadas como Buonarroti, La Fayette, el banquero Laffite, Angeloni y Voyer d'Argenson. Asimismo, Buonarroti, junto a Gioacchino Prati y los ex-jacobinos Joseph Rey, Karl Follen y Wilhelm Snell, controlaban la *Union*, fundada por Rey en Francia en 1816⁹, y las sociedades alemanas (*Tugenbund* y *Unbendigten*, que trataban de extender su influencia sobre los estudiantes de las *Burschenschaften*) a través del *Männerbund*, además de infiltrar el Comité Directivo. Por su parte, el *Gran Firmamento* de Buonarroti, residente en Ginebra, ejercía aparentemente el liderazgo sobre las sociedades del norte de Italia. Además, en Francia tenían una significativa presencia los *Chevaliers de la Liberté*, y las Asociaciones Beslay. De todas formas, las insurrecciones llevadas a cabo por los sectarios antes del comienzo de la década de 1820 —en Grenoble (1816), Lyon (1816 y 1817), Macerata (1817), Wartburg (1817), Fratta Polesine (1818) y Valenza (1819)— no fueron en ningún modo coordinadas y respondían más bien a iniciativas individuales. La capacidad de estos centros directivos para coordinar un movimiento de dimensión internacional o incluso nacional era exagerada por la policía de las potencias contrarrevolucionarias, que temía la existencia de una conspiración universal¹⁰.

Cuando los movimientos constitucionales napolitano, piamontés y lombardo fueron reprimidos en los primeros años de la década de 1820 muchos de sus simpatizantes fueron sometidos a penas de prisión y condenas a muerte. Varios de ellos escaparon hacia el exilio, especialmente en Suiza, Francia y España, donde continuaron

⁹ Pierre-Arnaud LAMBERT, *La Charbonnerie française, 1821-1823. Du secret en politique*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1995; Sylvia NEELY, *Lafayette and the liberal ideal, 1814-1824. Politics and Conspiracy in an Age of Reaction*, Carbondale y Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1991.

¹⁰ Stuart WOOLF, *A History of Italy, 1700-1860. The social constraints of political change*, Londres, Methuen, 1979, pp. 248, 252; NEELY, *Lafayette and the liberal ideal*; Alan B. SPITZER, *Old hatreds and Young Hopes. The French Carbonari against the Bourbon Restoration*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971; Rafael SÁNCHEZ MANTERO, *Las conspiraciones liberales en Francia (1815-1823)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1972, pp. 127-140.

y extendieron sus logias. El exilio multiplicó la presencia e influencia, real e imaginada, de las sociedades secretas.

Hasta 1823, España constituyó la esperanza del movimiento liberal internacional y recibió a muchos de estos exiliados, que continuaron con sus actividades conspirativas e ideológicas, afianzando la carbonería en la Península Ibérica y favoreciendo la formación de sociedades similares locales, como los comuneros. En la España del Trienio liberal se multiplicaron las sociedades secretas, aunque al no ser ya necesaria su clandestinidad, cobraron un carácter diferente. La innovación principal fue la formación de las sociedades patrióticas, que enfocaban toda su actividad a la acción pública, a través de tertulias, manifestaciones y publicación de prensa, libros y folletos¹¹. La masonería se convirtió en una plataforma que repartía cargos públicos e influencias y consideraba asuntos de gobierno. Su moderación y la prudencia con la que trataba de implementar las reivindicaciones de los grupos más radicales iniciaron un proceso de escisión en su interior desde mediados de 1820. En febrero de 1821 se formó una sociedad secreta nueva, más radical y popular, íntegramente española y con un carácter menos secreto: los *Comuneros*. Tuvo un rápido crecimiento y llegó a reunir a unos 60.000 miembros. Su ideario nunca llegó a ser explícitamente republicano, aunque algunos de sus miembros podían estar cercanos a estos valores. Su principal punto programático era la defensa de la Constitución de 1812 en su interpretación más abierta frente a los liberales moderados establecidos en el gobierno¹². En el seno del liberalismo moderado también aparecieron sociedades secretas, como la conocida Sociedad del Anillo, que contribuyeron a la profundización de la división en las filas del constitucionalismo. Asimismo, la carbonería fue introducida en España por exiliados procedentes de Italia, especialmente los napolitanos D'Atelis y Pacchiarotti, subrayando el internacionalismo en la lucha por las libertades en contra de la Santa Alianza. Formada principalmente por extranjeros, la carbonería no terminó de arraigar en España. En cambio, en Francia tuvo una mayor presencia y desarrolló una importante actividad insurreccional¹³. También surgieron sociedades de nuevo cuño con un declarado propósito cosmopolita. El líder de la revolución napolitana, Giuseppe Pepe, fundó en Madrid durante su exilio una sociedad llamada *Hermanos constitucionales de*

¹¹ Alberto GIL NOVALES, *Las sociedades patrióticas*, Madrid, Tecnos, 1975.

¹² Marta RUIZ JIMÉNEZ, *El liberalismo exaltado: la confederación de comuneros españoles durante el trienio liberal*, Madrid, Fundamentos, 2007; MARTÍN, "La masonería y la conspiración liberal (1814-1834)".

¹³ SPITZER, *Old hatreds and Young Hopes*, LAMBERT, *La Charbonnerie française* y capítulo 4.

Europa, a través de la que pretendía renovar “esa necesidad de unión que se ha experimentado entre los más notorios patriotas de España, Nápoles, Portugal y Piamonte”. Su proyecto, finalmente malogrado, aspiraba a poner en contacto a través de esta sociedad a los liberales de todas las naciones europeas, pues planeaba instalarse en Gran Bretaña, Francia y Alemania¹⁴.

La reunión de exiliados en la España constitucional hizo que se extendiera por Europa el temor de que, con el apoyo del Gobierno, las sociedades secretas estuvieran realizando preparativos para revolucionar todo el continente. La prensa liberal española se hacía eco de estos miedos:

“Los congresistas de Laybach y sus agentes, se esfuerzan en hacer creer a la Europa que todas las revoluciones nacen de un centro común, y que reina una íntima unión, y una premeditada combinación de planes entre los *liberales* de España, *carboneros* de Italia y *heteritas* de la Grecia. Para confirmar esta idea deben ahora decir que nuestro gobierno indemniza y recompensa a todos los que hayan tomado parte en las revoluciones de la Europa”¹⁵.

La legación diplomática sarda en Madrid informaba en diciembre de 1821 que “los revoltosos confían firmemente en un próximo levantamiento en Francia, en el que trabajan activamente no solo los liberales de ese reino y los de España, sino también los carbonarios y los radicales; piensan que todo está muy avanzado y esperan una explosión inminente, que también podría agitar a Inglaterra y cuyo resultado se haría notar necesariamente en Italia. Me he creído en la obligación de prevenir al ministro de Francia, que también cree en este proyecto, del que le han llegado noticias”¹⁶. Este tipo de informes se basaban en datos recogidos por los servicios de información de las monarquías restauradas, como la declaración de un refugiado piamontés en Madrid en diciembre de 1821: “en este momento hay tanto acuerdo como actividad entre los Carbonarios, los liberales, los radicales y los Comuneros. El objetivo es hacer cambiar la cara de Italia, y de hacerlo a través de un movimiento en Francia que tienen por seguro y que, según ellos, debe estallar muy próximamente”¹⁷. De igual manera, y como se vio en el capítulo 4, las autoridades francesas estaban obsesionadas por la presencia de agentes constitucionales españoles en Francia que, en su opinión, alentaban

¹⁴ *Memoirs of general Pèpé, comprising the principal military and political events of modern Italy, written by himself*, vol. 3, Londres, Richard Bentley, 1846, p. 211.

¹⁵ *El Universal*, 15 de julio de 1821; citado por Manuel MORÁN ORTÍ, “La cuestión de los refugiados extranjeros. Política española en el Trienio Liberal”, en *Hispania*, XLIX, 173, 1989, pp. 985-1016, p. 988.

¹⁶ MORÁN ORTÍ, “La cuestión de los refugiados extranjeros”, traducción de Morán.

¹⁷ ANF, F⁷ 6642, 41/13. Espagne. Renseignements divers f. 583 Copia de un extracto de una carta de Madrid de 24 de diciembre de 1821: según la declaración de un refugiado piamontés. La policía advertía de que, aunque se tratase de noticias vagas, debían tenerse en cuenta.

agitaciones insurreccionales. Los fiscales que llevaron las acusaciones de algunos carbonarios franceses envueltos en las insurrecciones de comienzos de los años veinte, dirían después que estos, junto a revolucionarios ingleses, habían establecido una alianza con españoles y portugueses, y que había un representante oficial del Comité director, llamado Martial Sauquaire-Souligné, alrededor del cual giraba toda la conspiración, que consistía en la preparación de una revolución europea que debía iniciarse con una insurrección en Francia a la que seguiría una invasión española¹⁸.

La formación de grupos de opositores radicales en torno al modelo de la organización secreta se repitió por toda Europa, aunque no tuvieran las intensas relaciones directas entre sí que les solían atribuir las autoridades de las monarquías continentales. En Gran Bretaña se desarrolló un importante movimiento de protesta contra el sistema político imperante que, aunque empleó principalmente una acción pública, también recurrió a métodos conspirativos, una vez que la represión había llegado a dimensiones consideradas popularmente ilegítimas. El descontento culminó con la conspiración republicana de Cato Street, dirigida por seguidores de Thomas Spence que a principios de 1820, aprovechando la crisis originada por la muerte del rey Jorge III, intentaron asesinar a los miembros del Gabinete e imponer un gobierno revolucionario que creían que sería apoyado por un levantamiento popular. Uno de los conspiradores era en realidad un agente del *Home Office* infiltrado que alertó a las autoridades cuando la operación estaba lista. Todos fueron arrestados y condenados a muerte¹⁹. La sociedad secreta y conspirativa *Philike Hetaireia*, formada en Odesa en 1814 y bajo el liderazgo de Alexander Ypsilanti, un general del ejército ruso cercano al zar Alejandro I, fue el germen del independentismo griego y contaba con el apoyo económico de las comunidades griegas desperdigadas por Europa, Estados Unidos, Rusia y el Imperio Otomano²⁰. En Rusia se organizó un movimiento alrededor de varias sociedades secretas que aglutinaban a ciertos sectores de las elites del país —en especial militares y miembros de familias aristocráticas— insatisfechos con el sistema político y socioeconómico, que aspiraban a eliminar la servidumbre de las masas rurales y a reformar el autocrático régimen zarista. Muchos de los decembristas habían luchado

¹⁸ SPITZER, *Old hatreds and Young Hopes*, pp. 197-198.

¹⁹ Eric J. EVANS, *Britain before the Reform Act: Politics and Society, 1815-1832*, Londres y Nueva York, Longman, 1989; E. P. THOMPSON, *The Making of the English Working Class*, Londres, Penguin, 1991 [1963].

²⁰ Sobre las actividades de *Philike Hetaireia* véase C. M. WOODHOUSE, “Kapodistria and the *Philike Etairia*, 1814-1821” y George FRANGOS, “The *Philike Etairia*: a premature national coalition”, en Richard Clogg (ed.), *The Struggle for Greek Independence*, Hamden, Archon Books, 1973.

contra el “tirano Napoleón”, pero el despotismo que seguía instalado en su país contrastaba con las libertades que, en su opinión, ellos habían contribuido a afianzar en Europa, más aun tras ver que el zar Alejandro había concedido constituciones a Finlandia y Polonia. Tras las revoluciones europeas de inicios de la década de 1820 y la tendencia reaccionaria que había tomado el gobierno de Alejandro I, los revolucionarios aprovecharon su muerte en diciembre de 1825 para intentar llevar a cabo sus ansiadas reformas. Alentados por el éxito del pronunciamiento de español de 1820 —liderado por una minoría militar que creían que había logrado evitar que se produjeran graves alteraciones sociales— los decembristas rusos intentaron infructuosamente imponer un programa constitucional a través de un fracasado golpe armado el 14 de diciembre de 1825 en San Petersburgo que se extendió dos semanas más tarde al sur del país. Tras ser sometidos por las tropas que permanecieron fieles al régimen, causando unas 80 víctimas mortales, cinco de los líderes revolucionarios fueron ejecutados y 121 de sus seguidores enviados al exilio en Siberia²¹.

Por lo tanto, existía un gran número de sociedades secretas desperdigadas por toda Europa —algunas muy extendidas, como la masonería, y otras como la carbonería sin duda revolucionarias— que tenían entre sus objetivos la propagación de ideales emancipadores por todo el continente. En cualquier caso, la sucesión de conspiraciones y levantamientos liberales y republicanos que se dieron en Francia, Inglaterra, Rusia, España, Italia y Portugal durante la Restauración, pueden ser entendidos dentro del marco interno de cada país, a pesar de que en su ideario figuraran efectivamente ideales cosmopolitas y universalistas. En cualquier caso, la obsesión de los gobernantes de la Restauración las agrupó en un único movimiento revolucionario organizado. La opinión pública ultra y la policía de las potencias reaccionaras se encontraban obsesionadas con las conspiraciones de las organizaciones secretas, que en muchas ocasiones eran manipuladas por espías y *agents provocateurs*. Se dieron numerosos casos de levantamientos abortados, lo que da una idea del número de personas involucradas en estas redes conspirativas y que el descontento con la monarquía era alto, pues a pesar de los fracasos seguían creyendo posible que se pudiera producir un levantamiento general. Aunque no conviene magnificar su importancia, las organizaciones secretas fueron instrumentales para la propagación del movimiento revolucionario, especialmente en

²¹ Anatole MAZOUR, *The first Russian Revolution. 1825. The Decembrist Movement. Its Origins, Development, and Significance*, Stanford, Stanford University Press, 1967 (1ªed. 1937); la inspiración española en pp. 97, 115, 151; Susanna RABOW-EDLING, “The Decembrists and the Concept of a Civic Nation”, en *Nationalities Papers*, vol. 35, 2, 2007, pp. 369-391.

Italia, Francia y España, y sirvieron para poner en contacto a revolucionarios de diferentes nacionalidades. Los contactos entre revolucionarios de esos países aumentarían y se prolongarían precisamente gracias a la política represora de la Restauración que obligó al exilio a muchos de ellos. En realidad, la represión y los temores de los poderes de la Restauración multiplicaron los efectos de la conspiración revolucionaria. Dieron vida a la conspiración universal.

El movimiento liberal conspirativo organizado alrededor de las sociedades secretas sufrió un duro golpe tras la caída del gobierno constitucional español en 1823 y poco después del portugués. La continuación de la aplicación de medidas represivas cada vez más amplias llevó a arrestos y expulsiones de exiliados en Francia, Italia, Alemania y Suiza²².

El internacionalismo liberal pudo reorganizarse alrededor de los comités filohelénicos y del Comité Cosmopolita, compuesto por miembros de la *charbonnerie* francesa —incluidos líderes prestigiosos como La Fayette— además de por exiliados de varios países. Buonarroti, por su parte, ganó más miembros para su proyecto democrático-republicano, bautizado con el significativo nombre de *Il mondo*, y extendió sus contactos a Francia y Bélgica. En Italia surgió una nueva sociedad secreta, *Militia apofasimeni* fundada por Bianco di Saint Jorioz, mientras que el joven Giuseppe Mazzini revitalizaba la carbonería en Liguria²³. Buonarroti intentó reorganizar los *Sublimi Maestri Perfetti* desde Ginebra, en París la nueva carbonería continuó con su actividad conspirativa, aunque dividida entre orleanistas y bonapartistas, y el napolitano Pepe intentó sin demasiado éxito continuar con la sociedad de los *Hermanos constitucionales europeos* que había creado en España.

Tuvieron una gran resonancia y mayor efectividad, especialmente en Francia, organizaciones que no aspiraban a cambios radicales y que actuaban dentro del marco legal, como *Aide toi-Le Ciel t'aidera*, que movilizó una eficaz maquinaria para asegurar la inscripción de los electores en las elecciones de 1827. No aspiraba a promover la revolución, sino a impulsar legalmente la movilización de los votantes liberales y a vigilar el sistema electoral de la monarquía restaurada para que no favoreciera a los realistas. En estas redes, así como en la prensa de la oposición, los *fédérés* bonapartistas jugaron un papel decisivo, de la misma forma que varios de ellos fueron también diputados.

²² WOOLF, *History of Italy*, pp. 256- 265.

²³ WOOLF, *History of Italy*, p. 268.

El ciclo revolucionario iniciado en Francia en 1830 contó con el apoyo de los carbonarios franceses, aunque no fue el resultado de ninguna acción concreta y pilló por sorpresa a sus líderes. Sin embargo, es probable que carbonarios franceses inspiraran el levantamiento de Varsovia de noviembre de 1830 con el objetivo de paralizar la respuesta que Rusia se disponía a dar contra la revolución belga. Aunque esta conexión no está comprobada, en cualquier caso la acción de sociedades secretas polacas había sido esencial en la preparación del levantamiento y una sociedad patriótica, que admiraba a los decembristas rusos, había reunido en los años anteriores a muchos de los conspiradores que lideraron la insurrección²⁴.

Pero fueron las sociedades secretas italianas las que marcaron la evolución del movimiento conspirativo liberal internacional. Desde mediados de la década de 1820, el carbonario Enrico Misley había conseguido convencer al extremadamente conservador Francisco I de Módena para que liderara un movimiento de liberación nacional. En contacto con los exiliados italianos en Londres y París, Misley y su compañero Camillo Manzini obtuvieron el apoyo del Comité Cosmopolita de París, mientras que desde Londres, los exiliados condicionaban su ayuda a la aceptación por parte de Francisco de una monarquía representativa en el conjunto de Italia. Aunque los londinenses pronto retiraron su apoyo al creer que los piamonteses seguían optando por Carlos Alberto, la mayoría de los grupos, con la excepción de los republicanos, estaban dispuestos a llegar a un acuerdo que pusiera de nuevo en movimiento la insurrección. Se multiplicó la formación de comités y asociaciones para llevar a cabo una revolución aprovechando la coyuntura creada por la Revolución de Julio en Francia, especialmente alrededor de la Sociedad de patriotas italianos y de un grupo más moderado liderado por Salfi. Mientras Buonarroti proponía avanzar hacia la revolución a través de *Il mondo*, y de organizaciones republicanas francesas e italianas, como la *Société des amis du peuple* o los *apofasimeni*, un comité coordinador de exiliados consideró diferentes candidatos al trono de una futura monarquía constitucional italiana, aunque no llegó a ningún acuerdo. En enero de 1831 los exiliados italianos intentaron construir una unidad de acción a través de la creación de una Junta de liberación italiana, con un directorio ejecutivo que reunía a los más moderados exiliados de 1831 junto a Buonarroti, Pietro Mirri y Salfi. Pero los planes de invasión de la Península a través de Saboya para apoyar la sublevación de Módena quedaron en nada a causa de las profundas diferencias

²⁴ Piotr S. WANDYCZ, *The Lands of Partitioned Poland 1795-1918*, Seattle, University of Washington Press, 1984, pp. 105, 109.

surgidas entre los conspiradores. Los moderados aspiraban a instalar una monarquía constitucional en el norte, mientras que Buonarroti se oponía a cualquier acuerdo con monarcas y aristócratas y pensaba que era necesario instalar una dictadura revolucionaria temporal que dirigiera toda Italia hacia una federación. En contacto con La Fayette y con una visión cosmopolita pero centrada en los progresos que se pudieran realizar en Francia, Buonarroti consideraba que solo el establecimiento de una república en este país podría asegurar el éxito en Italia, por lo que se opuso finalmente a la expedición saboyana y a los siguientes intentos de invasión de la Toscana. Los planes de insurrección fracasaron plenamente por las rivalidades personales y las diferencias ideológicas de los conspiradores exiliados. Finalmente, la revolución fue iniciada desde el interior, a través del liderazgo de Ciro Menotti en Módena, alejado de los viejos liberales y partidario de una monarquía constitucional con capital en Roma. Se extendió pronto a Bolonia, Reggio, Parma e incluso Roma, con la participación del futuro emperador Luis Napoleón. Pero estas iniciativas acabaron fracasando, principalmente por las diferencias internas y rivalidades de los conspiradores y porque eran incapaces de afianzarse en el poder sin el apoyo de un estado poderoso. Las esperanzas puestas en la monarquía de Luis Felipe se mostraron defraudadas por su compromiso con el orden²⁵.

Tras la nueva derrota de los movimientos revolucionarios en la década de 1830, el movimiento conspirativo no desapareció, sino que continuó siendo una de las bases de la construcción del *Risorgimento* italiano y del republicanismo francés, aunque las experiencias pasadas y las nuevas circunstancias hicieron que las estrategias y programas de las sociedades secretas del primer tercio del XIX, especialmente la carbonería, fueran abandonadas. El cosmopolitismo anterior evolucionó hacia un internacionalismo romántico basado en un concepto de nación más intenso y elaborado, que ponía énfasis en la fraternidad de los pueblos.

Esta segunda ola revolucionaria llevaría a la más radical revolución de 1848, con presencia de reivindicaciones democráticas y sociales. Las diferencias existentes en el movimiento revolucionario desde sus inicios precipitaron una clara división. Por una parte, los liberales moderados comenzaron a aceptar como suficiente, e incluso recomendable, el más realista modelo de los regímenes de monarquía constitucional instalados en Francia y Bélgica, además del reformado sistema parlamentario británico.

²⁵ WOOLF, *History of Italy*, pp. 270-273.

Por su parte los sectores descontentos con la nueva situación, radicalizados en reclamaciones democráticas, sociales y republicanas, también experimentaron enfrentamientos internos entre diferentes facciones, especialmente *Il mondo* y la *Giovane Italia* del ex-carbonaro Mazzini. Buonarroti continuó con un programa de orientación jacobina, con propuestas radicales de cambio social de carácter igualitario centradas en Francia, mientras que Mazzini renegaba de las medidas que incidían en un enfrentamiento de carácter clasista que podían enajenar el apoyo de las clases medias urbanas.

La *Joven Italia*, fundada por Mazzini en Marsella en 1831, consiguió unificar parcialmente a los revolucionarios italianos en un proyecto de unidad republicana. Suponía un cambio en relación a las estrategias desarrolladas por los carbonarios y otras sociedades secretas, según Mazzini excesivamente elitistas y conservadoras tanto en sus objetivos como en sus métodos, lo que las había convertido en ineficientes. La nueva organización abandonaba los complicados y oscuros rituales iniciáticos y el secretismo de las sociedades anteriores, a favor de una organización mucho más laxa, abierta y enfocada al activismo público. Suponía además, desde su nombre, un intento de relevo generacional. El propósito de la nueva organización era arrebatarse el liderazgo de la revolución a la carbonería reformada de Buonarroti, con sede en París, para trasladarlo a un nuevo movimiento que tuviera a Italia a la cabeza. El principal error de los carbonarios, según Mazzini, había sido no reconocer la importancia de la nación en la consecución de un nuevo escenario político y haber sido excesivamente idealistas en su cosmopolitismo. El secretismo de las sociedades secretas debía ser sustituido por una actuación pública y un abierto compromiso republicano. A través de los núcleos distribuidos por toda la Península Italiana se podía educar al pueblo en los principios políticos liberal-republicanos y fomentar la rebelión. De todas formas Mazzini no renunciaba a la conspiración y la violencia para llevar a cabo la revolución²⁶.

A partir de 1832, Buonarroti formó los *Auténticos Italianos*, que agrupaba a exiliados italianos repartidos por toda Europa y a conspiradores en el interior. Se trataba de actualizar la organización, simplificando sus ritos, tal y como había estado haciendo Mazzini, y erigiendo un órgano director central situado en París. En septiembre de 1832 Buonarroti y Mazzini acordaron un pacto por el cual la *Joven Italia* se ocuparía de la

²⁶ Maurizio ISABELLA, "Mazzini's internationalism in context: From the cosmopolitan patriotism of the Italian carbonari to Mazzini's Europe of the nations", en C. A. Bayly y F. Biagini (eds.), *Giuseppe Mazzini and the Globalisation of Democratic Nationalism*, Oxford University Press y The British Academy, 2008, pp. 37-58. WOOLF, *History of Italy*, pp. 303-313.

actividad conspirativa interior mientras que los *Auténticos Italianos* coordinarían a los exiliados. Progresivamente, el grupo alrededor de Mazzini fue absorbiendo a los partidarios de Buonarroti. El enfrentamiento continuó, y Buonarroti se opuso desde su liderazgo de la “carbonería democrática universal” a la expedición de Saboya de 1834, contribuyendo a su fracaso.

Los miembros de la *Joven Italia* compartían un sentido providencialista, por el cual Italia debía liderar a la humanidad en la lucha por la libertad. El convencimiento de que, en una especie de misión mesiánica, todas las naciones estaban llamadas a completar su liberación y su realización llevó a la fundación de una organización supranacional de carácter democrático, la *Joven Europa*, creada en Suiza en abril 1834 por exiliados italianos, alemanes y polacos, con Mazzini a la cabeza. Este segundo movimiento se pronunciaba en contra del cosmopolitismo ilustrado, muy presente aún en los revolucionarios de la década de 1820, que Mazzini veía como una rémora del siglo XVIII, y consideraba que debía dejar paso a una mediación entre individuo y humanidad a través de la nación, que se convertía de esta forma en la dimensión trascendental. Frente al supuesto liderazgo francés, Mazzini identificaba tres naciones que debían inspirar a todos los pueblos de su ámbito cultural a crear repúblicas nacionales siguiendo el mismo modelo. Los italianos (no los franceses) liderarían a los pueblos latinos, los alemanes a los germánicos y los polacos a los eslavos. Conflictos y rivalidades, especialmente con los alemanes —más preocupados por los enfrentamientos de clase que Mazzini, que proclamaba una comunión de intereses entre todos los miembros de la nación— debilitaron el proyecto. Además de la *Joven Italia* se formaron la *Joven Polonia*, la *Joven Alemania* y la *Joven Suiza*, la única que no estaba formada por exiliados, así como la *Joven España*. Aunque tuvo una escasa importancia práctica y aunque ante la creciente presión de las potencias contrarrevolucionarias terminó disolviéndose en 1837, el movimiento de la *Joven Europa* evidenciaba la creciente importancia atribuida a la nación en el interior del movimiento liberal-republicano. Se imponían iniciativas nacionales frente al anterior internacionalismo liderado por Francia, con la aspiración de superar la dinámica abierta por la Revolución Francesa que, según Mazzini, se encontraba agotada a la altura de 1814. Había llegado el momento de que Italia liderase la regeneración de Europa, misión mesiánica de tintes

cristianos, que pretendía convertir a Roma en la capital de una nueva sociedad de pueblos libres²⁷.

Las rivalidades entre distintos grupos, surgidas de diferencias ideológicas y rivalidades personales, marcaron la actividad conspirativa de los revolucionarios de toda Europa. La propia dinámica creada por las sociedades secretas favorecía esta división. Como se acaba de ver, los enfrentamientos entre las diferentes organizaciones italianas culminaron con el choque entre las dos fuertes personalidades de Mazzini y Buonarroti. En el caso español también se produjeron esta clase de conflictos, y se formaron dos grupos con Espoz y Mina y Torrijos al frente, como se verá en el siguiente apartado.

En España, la cuestión de las sociedades secretas se convertiría en una polémica que se extendió a lo largo del Trienio y las décadas siguientes. Comentaristas conservadores o contrarrevolucionarios, contemporáneos o posteriores a los hechos, resaltaron la influencia de estas sociedades con el objetivo de restar legitimidad al sistema constitucional, especialmente a nivel internacional. El secretismo de las sociedades y su carácter conspirativo fueron esgrimidos como prueba de su poca representatividad popular. Además, supuestamente testimoniaban la búsqueda del beneficio particular de sus miembros por encima del interés general. Así, Ramón de Santillán sostenía en sus *Memorias* que en los meses previos a 1820, el ejército de la Isla “era un foco de insurrección, que necesariamente había de dar graves disgustos al Gobierno si no se disolvía pronto. Extendióse por todos los cuerpos la Sociedad secreta que había hecho la revolución, y se preparaba así la resistencia a toda disposición gubernamental que no agradase a sus directores, porque no más que instrumentos pasivos de éstos eran los demás individuos afiliados a ella”. En 1835, Martínez de la Rosa recordaría la estrategia empleada durante los años del Trienio por “los enemigos del Gobierno representativo” para desprestigiar a las Cortes constitucionales, al divulgar la opinión de que “la revolución había sido hija de una insurrección militar (...) o que “el cambio político [se debía] a la cooperación o tramas de sociedades secretas”²⁸. En 1823 la prensa exaltada había empezado ya a contestar a este tipo de acusaciones, justificando la actuación de las sociedades secretas: “...es un error creer que a las sociedades secretas se deba el restablecimiento del sistema. Si hubo alguna reunión

²⁷ Roland SARTI, “Giuseppe Mazzini and Young Europe”, en Bayly y Biagini (eds.), *Giuseppe Mazzini and the Globalisation of Democratic Nationalism*, pp. 275-297; WOOLF, *History of Italy*, pp. 303-313.

²⁸ Ramón de Santillán, *Memorias, 1815-1856*, y Martínez de la Rosa en *Diario de las Sesiones de Cortes*, 8 de marzo de 1835, citados por Roberto L. BLANCO VALDÉS, *Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal, 1808-1823*, Madrid, Siglo XXI, 1988, p. 318, nota 5, y p. 329, nota 51.

oculta para concertar las medidas que conviniese tomar, fue efecto de la imperiosa necesidad de sustraerse a la vigilancia de los partidarios del absolutismo. Sólo la civilización actual ha preparado la opinión pública a favor del reinado de las leyes, y las reuniones secretas no fueron más que instrumentos que los libres emplearon para romper los inhumanos hierros que nos oprimían”²⁹.

En cualquier caso, cuando la monarquía fernandina restaurada envió en dos ocasiones al exilio a afrancesados y liberales, se formó una red conspirativa internacional que vinculaba a grupos de emigrados en Francia, Inglaterra y otros países, con residentes en España y con conspiradores de otras nacionalidades, algunos de ellos también exiliados. Las actividades conspirativas extendidas a través de mares y fronteras sin duda existieron, y algunas de ellas se materializaron en acciones revolucionarias concretas. Pero fue el temor de las autoridades de la Restauración en varios países y las dinámicas de los servicios de información y policiales, las que en muchas ocasiones incrementaron sus dimensiones, capacidades organizativas y posibilidades de éxito. Un ejemplo de esta combinación de informaciones parciales, actividades reales y pánico reaccionario a la conspiración universal la proporciona el embajador de España en París, conde de Perelada, que en relación a los contactos de los exiliados españoles aseguraba:

“Varios españoles que se hallan refugiados por diferentes motivos en este reino y muchos extranjeros, particularmente ingleses, se unen frecuentemente en diferentes parajes de esta ciudad y aun muchas veces fuera de ella, y tratan en sus reuniones de preparar un plan dirigido a revolucionar la España, para cuyo objeto tienen establecida y organizada una correspondencia en diferentes puntos de la península (...). El designio de estas reuniones es atentar contra la autoridad del Rey a quien intentan expeler del trono de sus mayores y aun del reino en toda su Augusta Familia para sustituir un gobierno republicano que les conduzca al último resultado de sus miras (...) y se dirigen a la destrucción de todas las instituciones de la monarquía y a sustituir en su lugar los principios del más puro jacobinismo”³⁰.

Las actividades de las sociedades secretas, unidas por vínculos internacionales, quedaban amplificadas por la lente que las autoridades de las monarquías de la Restauración les aplicaban.

En cualquier caso, en España, el recurso a la actividad clandestina organizada alrededor de sociedades secretas no terminó con el final de la monarquía fernandina en 1833 y el regreso del exilio. A lo largo de los años siguientes, los sectores descontentos

²⁹ *Diario de la ciudad de Barcelona*, n° 130, 13 de mayo de 1823, citado por ROCA VERNET, *Política, liberalisme i revolució*, p. 76.

³⁰ AHN, Estado, 3135, “Arrestation de réfugiés espagnols, prévenus de complots contre S.M.C. ”.

con la situación política del nuevo régimen liberal continuaron encuadrándose en este tipo de asociaciones, en las que se desarrolló el incipiente movimiento demorepublicano español³¹.

2. LA LUCHA ARMADA CONTRA LA MONARQUÍA ABSOLUTA ESPAÑOLA

Durante las etapas de gobierno absoluto de Fernando VII significativos sectores del liberalismo español, en gran parte desde el exilio, se enfrentaron a él empleando la acción violenta. A través de la plataforma organizativa de las sociedades secretas, planearon y llevaron a cabo varias acciones insurreccionales. Solo la que comenzó en enero de 1820 alcanzó su objetivo, aunque de manera indirecta. El resto de ellas, y todas las que se pusieron en práctica tras la restauración fernandina de 1823, fracasaron. Sin embargo, a pesar de estos fracasos y de las rivalidades que surgieron entre ellos, los liberales españoles nunca dejaron de conspirar contra la monarquía fernandina. Únicamente en la última fase del reinado, cuando Fernando VII se encontraba ya gravemente enfermo y dentro del propio régimen comenzaban a imponerse las voces más conciliadoras que temían la radicalización de los ultramontanos reunidos en torno a don Carlos, las actividades de los exiliados llegaron a un punto muerto.

En la organización de estas insurrecciones tuvieron un protagonismo especial los militares liberales. Desde 1814, uno de los principales focos de descontento con el régimen fernandino era el ejército, aunque la historiografía más reciente ha tendido a matizar su supuesto liderazgo conspirativo. En cualquier caso, durante la Guerra de la Independencia había surgido una nueva generación de militares comprometidos con la causa liberal nacional que se encontraban al margen del ejército tradicional. Por otra parte, aquellos que habían participado en la guerrilla –formada por un heterogéneo conjunto de fuerzas irregulares dirigidas en muchas ocasiones por héroes populares sin

³¹ Antonio EIRAS ROEL, “Sociedades secretas republicanas en el reinado de Isabel II”, en *Hispania*, nº 86, 1962, pp. 251-310; Iris M. ZAVALA, *Masones, comuneros y carbonarios*, Madrid, Siglo XXI, 1971, p. 96; Florencia PEYROU, *Tribunos del pueblo. Republicanos y demócratas durante el reinado de Isabel II*, Madrid, CEPC, 2008, pp. 30-31. Entre estas sociedades secretas se encontraban, además de la *Joven España*, los *Defensores de los Derechos del Hombre*, los *Vengadores de Alibaud*, los *Federalistas Españoles*, los *Comuneros Templarios*, los *Templarios Sublimes*, los *Liberales Unidos*, los *Hermanos de la Grande Unión*, la *Sociedad Europea*, el *Centro Universal*, los *Labradores del Bosque*, la *Santa Hermandad*, las *Lágrimas de Torrijos*. En 1837 varias de estas sociedades se reunieron en *La Federación*.

ninguna vinculación con la nobleza o el ejército tradicional— al incorporarse al ejército regular habían sido relegados a puestos secundarios. Su frustración puede encontrarse entre los motivos que lanzaron a militares como Espoz y Mina o Porlier al campo liberal, aunque hubo también importantes ejemplos de fidelidad a la monarquía absoluta, como el del cura Merino³².

La política militar desarrollada entre 1814 y 1820, calificada por Roberto Blanco Valdés como una “contrarrevolución militar absolutista”, favoreció al sector tradicional y estamental del ejército, mientras que los oficiales intermedios incorporados durante la guerra sufrieron una situación complicada, que incluyó la depuración política, y que llevó a muchos a simpatizar con las promesas de cambio que realizaban los grupos de liberales que permanecían activos³³. El secretario de Estado Pizarro comunicaba al rey en junio de 1817 que el ejército parecía ser “por mil razones la parte más enferma de la Nación en su clase media”³⁴. Ese mismo año, el ministro de Gracia y Justicia Juan E. Lozano de Torres, recomendaba que “habiéndose notado que las ideas revolucionarias se manifiestan con más peligro entre los oficiales del Ejército, se establezca sobre ellos una activa vigilancia y que aquellos cuerpos o individuos más notados se trasplanten inmediatamente a otras provincias”. Lozano de Torres añadía que “el descontento de la oficialidad del Ejército” se debía principalmente a “la falta o atraso de pagas”³⁵. En un informe gubernamental posterior a 1817, el anónimo autor dejaba claro el temor que existía acerca de las actividades de estos sectores del ejército, y recomendaba que “habiéndose notado que las ideas revolucionarias se manifiestan con más peligro entre los oficiales del Ejército, se establezca sobre ellos una estrecha vigilancia y que aquellos Cuerpos o individuos más notables se trasladen inmediatamente a otras provincias, pues mientras contraen en sus nuevos destinos otras relaciones, se paralizarán sus proyectos”³⁶. Juan Marchena considera que entre los propósitos de los altos mandos militares absolutistas y Fernando VII al enviar a América a decenas de miles de tropas en expediciones de reconquista se encontraba eliminar la posibilidad de que en la Península pudieran llevar a cabo iniciativas

³² José CEPEDA GÓMEZ, *El ejército en la política española (1787-1843)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1990, pp. 302-340.

³³ BLANCO VALDÉS, *Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal*, pp. 354-359.

³⁴ AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, f. 88.

³⁵ AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, f. 270.

³⁶ CEPEDA GÓMEZ, *El ejército en la política española*, p. 313; cita en p. 310, AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 16, ff. 86 y ss.

insurreccionales³⁷. De cualquier forma, según José Cepeda, la masa del ejército, es decir los soldados, no estuvo en su mayor parte políticamente interesada en participar en los pronunciamientos que se llevaron a cabo entre 1814 y 1820³⁸.

El método empleado por los liberales para intentar forzar un cambio de régimen fue el del pronunciamiento³⁹. Entre el gran número de oficiales ociosos y sin ocupación, con las posibilidades de ascenso bloqueadas y que no recibían sus pagas regularmente debido al ruinoso estado de la Hacienda pública, surgieron líderes que encabezaron una serie de levantamientos liberales, en colaboración con sociedades secretas y con el apoyo económico de comerciantes y banqueros. Sus promotores confiaban en que el ejemplo virtuoso de unos héroes movilizaría al pueblo y que con su apoyo se lograría el cambio de régimen. El pronunciamiento a la española se convertiría en el arquetipo revolucionario europeo predominante hasta que la revolución francesa de 1830 inaugurara el modelo de la lucha callejera en barricadas.

Durante muchos años, la historiografía española y extranjera percibió estas tentativas militares como el origen del pretorianismo que supuestamente presidiría la historia de España de los siglos XIX y XX. Sin embargo, la nueva historiografía ha discutido este paradigma, especialmente a partir de la obra de Josep Fontana, Roberto L. Blanco Valdés, Irene Castells y Claude Morange, que consideran necesario subrayar la actividad central que los civiles desplegaron en la lógica de los pronunciamientos. Además, ya no se los considera proyectos egoístas de militares insatisfechos destinados al fracaso por su escaso apoyo popular, su planteamiento ingenuo y su deficiente e improvisada organización⁴⁰.

³⁷ Juan MARCHENA F., “¿Obedientes al rey y desleales a sus ideas? Los liberales españoles ante la ‘Reconquista’ de América, 1814-1820”, en Juan Marchena y Manuel Chust (eds.), *Por la fuerza de las armas. Ejército e independencias en Iberoamérica*, Castellón, Universitat Jaume I, 2008, pp. 149-220.

³⁸ Claude Morange ha discutido esta afirmación, subrayando el descontento que existía en la sociedad española en su conjunto, no solo en el ejército; MORANGE, *Una conspiración fallida y una constitución nonnata*.

³⁹ El vocablo “pronunciamiento” fue un neologismo surgido en las proclamas redactadas por los sublevados de 1820 que, a partir del verbo “pronunciarse”, evolucionó hasta convertirse en un popular sustantivo. Por ejemplo, de esta forma aparece en la *Carta del Ejército Nacional a Fernando VII*: “...Tan funesta suerte no arredró a los cuerpos del Ejército expedicionario de Ultramar, que levantan de nuevo una voz tan dulce a todo español que conoce el precio de este título. Ellos la levantaron y la pronunciaron, Señor, solemnemente el día primero de enero. Ellos la pronunciaron con la firme y decidida intención de ser fieles al juramento que escuchó la Patria...”; o en el *Manifiesto que dio al pueblo Español el Ejército Nacional reunido en la ciudad de S. Fernando por conducto de su jefe D. Antonio de Quiroga, en el mes de Enero de 1820*: “Los cuerpos del Ejército español que en primero de año se pronunciaron por la causa de la Patria, resueltos a salvarla o a perecer por ella...”; citado por CEPEDA GÓMEZ, *El ejército en la política española*, pp. 167-168.

⁴⁰ Irene CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo. Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*, Barcelona, Crítica, 1989; Josep FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*, Barcelona, Ariel, 1978 (3ª ed. revisada); MORANGE, *Una conspiración fallida y una*

Para la historiografía más reciente no es adecuado presentar a los pronunciamientos únicamente como acciones castrenses, sino que es preciso verlos como actuaciones conjuntas de militares y civiles que compartían un mismo ideal político constitucionalista. El elemento militar era clave para el éxito del “rompimiento” —como se denominaba la primera fase del pronunciamiento— pero no era el núcleo del proyecto, sino el instrumento para materializarlo. Los pronunciamientos eran, sobre todo, un fenómeno político que, proclamando la constitución, creaba una coyuntura revolucionaria en la que se aspiraba a cambiar el régimen político. El elemento civil se encontraba presente tanto en las conspiraciones como en las juntas que apoyaban el pronunciamiento militar una vez que este se había producido. La segunda fase de “contagio” se llevaba a cabo a través de instrumentos puramente civiles, como la formación de juntas o la difusión de discursos y proclamas cívicas, así como a través de la edición de publicaciones movilizadoras. Los pronunciamientos eran planeados para que se dirigieran desde la periferia al interior del país, buscando recabar el apoyo suficiente para lograr una fuerte presión sobre el poder central. Estos apoyos se esperaban encontrar sobre todo entre la población urbana, ya que la rural no era de total confianza para los liberales, que la consideraban poco fiable por su escasa instrucción, su supuesta indiferencia política y su pasado apoyo a la iglesia y la monarquía. En efecto, los sectores sociales que más apoyaron los pronunciamientos fueron los urbanos, entre los que cabe destacar artesanos, profesionales como abogados o médicos y comerciantes. Se puede decir que se trataba de una acción de una minoría, elitista y conspirativa, aunque no por ello debe vérsela como desprovista de apoyos sociales⁴¹.

constitución nonnata.; BLANCO VALDÉS, Rey, *Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal*. En esta obra Blanco cuestiona la afirmación de que “España pasó a ser el modelo de Estado pretoriano del siglo XIX”, realizada por Amos PERLMUTTER, *The Military and the Politics in Modern Times*, New Haven, Yale University Press, 1977, pp. 168-169. Esta interpretación también está presente en las obras de Raymond CARR, *España, 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1969 (que califica el pronunciamiento de “insurrección de oficiales justificada por una burda teoría política que hacía del cuerpo de oficiales el depositario último de la voluntad general de Rousseau”, p. 131), Eric CHRISTIANSEN, *The Origins of Military Power in Spain, 1800-1854*, Oxford, Oxford University Press, 1967, Miguel ALONSO BAQUER, *El modelo español de pronunciamiento*, Madrid, Rialp, 1983; Julio BUSQUETS, *Pronunciamientos y golpes de Estado en España*, Barcelona, Planeta, 1982; COMELLAS, *Los primeros pronunciamientos en España*; y María del Carmen PINTOS VIEITES, *La política de Fernando VII entre 1814 y 1820*, Pamplona, Estudio General de Navarra, 1958, que afirma que “lo ideológico fue el pretexto esgrimido por unos hombres descontentos de su situación profesional para alcanzar unas ventajas que, en efecto, el liberalismo tuvo necesidad de concederles como pago de la revolución”, p. 263.

⁴¹ CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo*; CASTELLS, “La resistencia liberal contra el absolutismo fernandino (1814-1833)” y CASTELLS, “El liberalismo insurreccional español (1815-1833)”, en Xosé Ramón Barreiro Fernández, *O liberalismo nos seus contextos. Un estado da cuestión*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2008, pp. 71-88.

Hubo liberales –que contaron en ocasiones con el apoyo de algunos afrancesados— que conspiraron constantemente durante su exilio y otros que lo hicieron desde el interior de España. Inicialmente eran una minoría, pero no se puede comprender la reiteración de pronunciamientos y expediciones insurreccionales que se sucedieron entre 1814-1820 y 1823-1833 sin tener en cuenta que existía un extendido apoyo social a sus acciones. La serie de sublevaciones fallidas del periodo pone de relieve la importancia decisiva que tenía recabar la colaboración de sectores civiles del interior y de compañeros de emigración que se mostraban crecientemente resentidos con la monarquía fernandina.

Entre 1814 y 1820 se produjeron al menos seis pronunciamientos importantes en la Península, además de las insurrecciones lideradas por liberales españoles en los territorios americanos. Los pronunciamientos de este periodo fueron principalmente obra de militares liberales que se encontraban en el interior de España, aunque en ocasiones estaban en contacto con algunos exiliados, sobre todo los que residían en el sur de Francia y Londres. Por su parte, en el exilio iniciado en 1823 tendrían una mayor incidencia las acciones insurreccionales llevadas a cabo desde fuera del país. Aunque no faltaron tramas conspirativas desarrolladas dentro de España, la mayor parte de ellas fueron planeadas y ejecutadas desde el exterior.

El primero de los pronunciamientos militares del periodo 1814-1820 fue la acción del célebre ex guerrillero Francisco Espoz y Mina. En septiembre de 1814, descontento con su destino militar, si hemos de creer la explicación más frecuente en la historiografía conservadora, protagonizó un levantamiento en Navarra. Sus objetivos políticos no están claros, a pesar de que inmediatamente después se le atribuyó una sincera intencionalidad liberal⁴². En cualquier caso, la policía francesa creía que Espoz y Mina tenía estrechas relaciones con los exiliados españoles en Francia, especialmente los que se encontraban en Perpiñán. Estos hicieron públicos multitud de manifiestos y proclamas a su favor. Tras ser derrotado por las tropas fernandinas, en octubre Espoz y Mina buscó refugio en Francia junto a sus partidarios⁴³.

⁴² Más recientemente, Charles J. ESDAILE considera a Espoz y Mina un aventurero oportunista sin intencionalidad política en “Prohombres, aventureros y oportunistas: la influencia del trayecto personal en los orígenes del liberalismo en España”, en Alda Blanco y Guy Thomson (eds.), *Visiones del liberalismo. Política, identidad y cultura en la España del siglo XIX*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008, pp. 65-86.

⁴³ Juan Francisco FUENTES, “Afrancesados y liberales”, en Jordi Canal (ed.), *Exilios. Los éxodos políticos en la Historia de España. Siglos XV-XX*, Madrid, Sílex, 2005, p. 151.

Los exiliados también estuvieron en contacto con el líder del siguiente pronunciamiento, el de Juan Díaz Porlier. Distinguido con la graduación de mariscal de campo tras su participación en la guerrilla, Díaz Porlier había sido condenado en julio de 1814 por sus simpatías liberales a cuatro años de suspensión, que debía pasar en el castillo de San Antón de La Coruña. En septiembre del año siguiente proclamó la constitución en la ciudad gallega y con el apoyo de la oficialidad estacionada en la ciudad arrestó a las autoridades y formó una junta que redactó varios manifiestos e intentó recabar apoyos en el resto de Galicia, obteniendo una respuesta positiva solo en Ferrol. Tras ser hecho preso, fue ejecutado inmediatamente, mientras que otros involucrados, entre ellos muchos comerciantes, sufrieron también medidas represivas. Uno de ellos, Juan Antonio de la Vega (padre de la futura esposa de Espoz y Mina), tuvo que refugiarse en Portugal.

En febrero de 1816 Vicente Richart se puso en Madrid al frente de una mal conocida conspiración, la del Triángulo, así llamada por estar formada por una serie de contactos personales que, para evitar la infiltración, se establecían de forma triangular, de tal forma que cada miembro solo conocía a otros dos conspiradores. Richart, comisario de guerra, planeaba asesinar a Fernando VII con la asistencia de dos cabos de granaderos, quienes tras comprometerse con el magnicidio, terminaron por denunciarlo. Richart y un barbero cómplice fueron detenidos y ejecutados, colocándose la cabeza de Richart en una pica en el lugar previsto para el asesinato. Las autoridades, tras torturar a los detenidos, obtuvieron los nombres de otros involucrados (O'Donjú, Calatrava, Renovales y Yandiola) pero no se pudieron obtener pruebas incriminatorias contra ellos. Al año siguiente Luis Lacy, masón, antiguo combatiente en los ejércitos revolucionarios franceses y héroe de la Guerra de la Independencia, dio un golpe fracasado en Cataluña junto con el general Milans del Bosch.

Pero a pesar de todos estos fracasos, las actividades de las sociedades secretas continuaron en los meses siguientes. En 1817 se inauguró un periodo represivo, en el que las autoridades fernandinas, temiendo una gran conspiración, llevaron a cabo una cadena de arrestos. Destacó la detención del conspirador Juan van Halen, que sin embargo logró escapar de su prisión y llegar a Rusia, y de figuras liberales como Juan Romero Alpuente, Torrijos, el coronel Moñino y el teniente coronel López Pinto. A pesar de todo, a finales de 1818 Joaquín Vidal inició una conspiración desde Valencia, en la que estaba en contacto con grupos liberales de la corte y con el ex-guerrillero *El Empecinado*, que se encontraba en Valladolid. Su objetivo era coronar a Carlos IV

como rey constitucional. Su fracaso originó una fuerte represión. El capitán general Elío detuvo a los conspiradores, hiriendo de gravedad a Vidal que murió poco después y, tras un rápido proceso, 18 fueron ejecutados⁴⁴.

Tras el pronunciamiento de Vidal, Fernando VII creó una junta con el propósito de que examinase la sucesión de insurrecciones que se habían producido por toda la Península y que propusiese medidas para evitar que se repitieran. Uno de sus miembros, el conde de Ofalia, manifestó su disconformidad con “las medidas extraordinarias de rigor y severidad que exasperan los ánimos en vez de aquietarlos”⁴⁵. Su análisis no andaba desencaminado, ya que dos pronunciamientos más se sucedieron en los meses siguientes. A decir verdad, el primero de ellos, conocido como la conspiración de El Palmar, fue neutralizado antes de que pudiera realizarse. En lo que probablemente constituía la continuación del movimiento valenciano —según sostiene Claude Morange—, una nueva conspiración se tramó entre las tropas del Ejército Expedicionario de Ultramar que se disponían a embarcar hacia América desde la bahía de Cádiz. Las tropas adolecían de una baja moral por lo arriesgado de la misión y por los meses que llevaban acantonadas en unas deplorables condiciones, que incluían una epidemia de fiebre amarilla⁴⁶, y los agentes liberales, incluidos algunos hispanoamericanos, aprovecharon estas circunstancias para ganárselas a su causa. Un grupo de liberales y afrancesados intentó poner en marcha un proyecto que contaba con redactar una constitución más moderada que la de 1812.

El comandante en jefe del ejército, Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, fue el gran protagonista de este suceso, aunque a día de hoy no se ha podido aclarar cuáles fueron los motivos de su contradictoria actuación. Por una parte, La Bisbal había destacado como un general fiel a la Restauración fernandina, participando en la ejecución de las medidas represivas contra los liberales. Sin embargo, también mantenía contactos masónicos y liberales que le llevaron a unirse aparentemente a la conspiración, al tiempo que aseguraba a Fernando VII y sus ministros que, aunque existía cierto malestar entre sus tropas, los numerosos rumores que circulaban acerca de la preparación de un nuevo pronunciamiento no estaban justificados. En todo caso, desde el Gobierno se siguió confiando en él. Pero, puede que obligado por el

⁴⁴ ARTOLA, *La España de Fernando VII*, pp. 499-500; AGS, Estado, leg. 8179, carta al embajador en Londres, Madrid, 19 de enero de 1819.

⁴⁵ Citado por ARTOLA, *La España de Fernando VII*, p. 501.

⁴⁶ Jaime ARAGÓN GÓMEZ, “El alojamiento en San Fernando para las tropas de Ultramar (1817-1820), en Gonzalo Butrón Prida y Alberto Ramos Santana (eds.), *Intervención exterior y crisis del Antiguo Régimen en España*, Huelva, Universidad de Huelva, 2000, pp. 149-163.

descubrimiento de la conspiración por parte del general Sarsfield, el 8 de julio detuvo a sus cabecillas, entre los que figuraban los coroneles Quiroga, Rotten y Arco Agüero, el comandante San Miguel y el brigadier O'Daly. Muchos otros oficiales de una nueva generación como Rafael de Riego, López Baños o Moreno Guerra quedaron en libertad. La Bisbal y Sarsfield, recompensados el primero con la gran cruz de Carlos III y el segundo con el ascenso a teniente general, fueron sin embargo retirados del mando del ejército⁴⁷.

A pesar de este contratiempo, la conspiración continuó, a través de la labor de personajes como Juan Álvarez de Mendizábal, Antonio Alcalá Galiano y Antonio de la Vega, que fueron organizando en varias localidades andaluzas una serie de juntas en las que se preparaba el pronunciamiento. Se acordó que se produjeran tres asonadas, lideradas por Riego, Quiroga y López Baños. El movimiento insurreccional carecía aún de un programa político concreto y en las primeras jornadas esta indeterminación se reflejó en las proclamas lanzadas. Tras retrasarse varias semanas por la epidemia de fiebre amarilla, el primero de enero de 1820 se produjo el pronunciamiento de Riego en la localidad sevillana de Las Cabezas de San Juan a través de la lectura de una proclama a favor de la Constitución de 1812 redactada por Alcalá Galiano. Quiroga, el jefe de la insurrección, marchó al día siguiente sobre la Isla de León y se instaló en San Fernando, mientras López Baños se pronunciaba en Osuna. Los sublevados se enfrentaron a las mismas dificultades que habían abortado los intentos anteriores. Riego recorrió Andalucía y Extremadura durante un mes y medio buscando adhesión al pronunciamiento, sin éxito. Pero cuando todo indicaba que el movimiento fracasaría y Riego se disponía a huir a Portugal, el 21 de febrero se produjo un levantamiento en La Coruña (liderado por Acevedo) al que siguió el de Zaragoza el 5 de marzo. Los conspiradores liberales que habían estado actuando contra la monarquía, al comprobar que esta era incapaz de acabar con un movimiento como el de Riego, se unieron a él. Al mismo tiempo, Espoz y Mina había cruzado la frontera el 23 de febrero desde su exilio francés acompañado por otros emigrados que ante la noticia del pronunciamiento se habían decidido a actuar. Espoz y Mina fue penetrando en el interior del territorio navarro y el 9 de marzo proclamó la constitución. Cuando llegó a Pamplona, la ciudad ya se había decantado por sumarse a los constitucionales. Así, se produjo una cadena de insurrecciones en las ciudades más importantes, especialmente de la periferia, como

⁴⁷ MORANGE, *Una conspiración fallida y una constitución nonata*.

Oviedo, Murcia, Cartagena, Barcelona o Cádiz (único lugar en el que se dieron enfrentamientos violentos). Las tropas que se mantenían fieles a Fernando VII no presentaron prácticamente oposición, ante la indignación de muchos realistas. Cuando el ex-conspirador conde de La Bisbal fue enviado por el gobierno a someter la insurrección, decidió en cambio proclamar la constitución en Ocaña. Esta acción indujo a Fernando VII a jurar la constitución el 7 de marzo⁴⁸. La táctica del pronunciamiento liberal, ensayada a lo largo de seis años en varias ocasiones, finalmente había tenido éxito.

Según Josep Fontana, no puede decirse que fuese la fuerza de la revolución la que impuso el cambio de régimen, sino que más bien fue el resultado de un desmoronamiento espontáneo, la consecuencia de una quiebra. La tarea que el restaurado régimen absolutista se había propuesto en 1814 –adaptar el Estado y la Administración a las exigencias de la época sin alterar la estructura social tradicional y aumentar los ingresos de la Hacienda sin vulnerar los privilegios de los estamentos dominantes del Antiguo Régimen– se había revelado imposible. Era la manifestación de la debilidad de la Restauración⁴⁹. Pero fue la acción continuada de los liberales (con el apoyo de algunos afrancesados), que contaban con un extendido apoyo social, la que hizo que al régimen fernandino le fuera imposible contener el descontento que reinaba en el país y se viera obligado a restablecer la constitución de 1812.

Inicialmente, la revolución había triunfado sin ningún enfrentamiento armado importante, pero la resistencia de los sectores absolutistas al cambio de sistema político llevó en los años siguientes a una situación de guerra civil, en la que, como se ha visto en las páginas anteriores, intervinieron las potencias y la sociedad civil europeas hasta hacer caer al régimen constitucional.

Tras la caída del régimen constitucional en 1823 y la salida de miles de liberales camino del exilio, se retomó la preparación de conspiraciones contra la monarquía de Fernando VII. Esta vez fueron organizadas principalmente desde el exterior de España, aunque contaban también con el apoyo de contactos en el interior. A lo largo de toda la década que transcurrió entre 1823 y 1833 hubo una constante agitación conspirativa por toda Europa, que llegó también a América y el norte de África, y en la que los españoles fueron centrales. Algunas de estas conspiraciones fueron llevadas finalmente a la práctica, no siempre en las mejores condiciones, muchas veces de manera precipitada, y

⁴⁸ Alberto GIL NOVALES, *El Trienio Liberal*, Madrid, siglo XXI, 1980, pp. 4-5.

⁴⁹ FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta*.

siempre terminaron por fracasar. A pesar de ello, las autoridades de las monarquías restauradas europeas continuaron temiendo el crecimiento de unas actividades insurreccionales que progresivamente percibían como diseñadas a escala global. Esta imagen de la conspiración universal fue transmitida a través de los informes producidos por los crecientes aparatos de seguridad y policía instalados en los estados europeos, compartidos por sus servicios diplomáticos. El trabajo de vigilancia, infiltración y provocación llevado a cabo por los agentes gubernamentales contribuyó decisivamente al fracaso de las conspiraciones, pero tuvo la contrapartida de exagerar ante el gobierno y la opinión pública el poder de los revolucionarios.

El Gobierno español construyó en el extranjero una red de informantes, confidentes y agentes dobles que le mantuvo informado de las actividades de los exiliados, en ocasiones dramatizando sus aspiraciones y medios. Las dificultades de mantener este aparato policial le llevó también a solicitar la colaboración de las autoridades locales. En el caso británico estos requerimientos encontraron casi siempre una respuesta negativa. En cambio, la policía francesa se mostró mucho más dispuesta a colaborar con el gobierno español, ya que compartía el temor a que una revolución en España se contagiara a Francia. Asimismo, desde las autoridades de otros países amenazados por la revolución internacional —especialmente los estados italianos— se colaboró en la vigilancia de los exiliados liberales de todas las naciones, allá donde se encontraran.

El exilio puso en contacto a emigrados de múltiples nacionalidades agrupados en torno a centros de operaciones —especial pero no únicamente Inglaterra hasta 1830, y a partir de entonces en Francia— y potenció las dimensiones y el temor a la conspiración universal. La organización de los conspiradores en sociedades secretas no hizo sino multiplicar los temores y las ansiedades de los monarcas europeos. Sin embargo, en el caso español, solo tras el auge de la alternativa carlista —que se venía incubando a lo largo de toda la década de 1820— y la muerte de Fernando VII en 1833, pudieron los liberales esperar un cambio real de la situación política en España.

En los meses inmediatamente posteriores a la caída del régimen constitucional comenzaron a llegar a los gobiernos europeos noticias de los preparativos que los exiliados españoles, en colaboración con exiliados italianos y con el apoyo de británicos, franceses e hispanoamericanos, estaban llevando a cabo. El 18 de mayo de 1824 la policía francesa aseguraba que diversas fuentes afirmaban que se estaban preparando desde Londres “movimientos revolucionarios en las provincias

septentrionales de la Península [Ibérica]”. Según estas informaciones, los españoles exiliados en Inglaterra planeaban desembarcar en las costas gallegas, asturianas y vizcaínas, donde se les unirían oficiales destinados a esas provincias. Para ello, contaban con el apoyo de “numerosos amigos de Inglaterra” y la asistencia de “los insurgentes de la América meridional”, además de con el respaldo de los exiliados italianos que habían salido de España con ellos en 1823⁵⁰.

Estas “maquinaciones” de la primera mitad de 1824 centradas en Londres que tanto temía la policía francesa no desembocaron en ninguna acción, si es que alguna vez tuvieron algún trazo de realidad. Sin embargo, Londres continuó siendo a lo largo de los años siguientes el foco de las actividades conspirativas internacionales. Algunas no pasaron de ser puras fantasías compartidas por entusiastas revolucionarios y asustadizos miembros de los gobiernos europeos, pero otras desembocaron en planes bien organizados que fueron puestos en marcha, aunque fracasaron al ser ejecutados.

En cualquier caso, las primeras tentativas llevadas a cabo por los liberales españoles no fueron efectuadas en el norte de la Península —la ruta natural desde Inglaterra— sino en la costa mediterránea, donde sin embargo contaban con el apoyo de la plaza británica de Gibraltar. El resultado fue una serie de expediciones en las costas andaluzas organizadas desde Gibraltar de manera apresurada y al margen de los grandes líderes del exilio liberal. Los cabecillas de estas operaciones fueron el coronel Francisco Valdés, recién llegado desde Tánger, y el oficial de la milicia nacional de Madrid Pablo Iglesias, ambos cercanos a la facción exaltada. Gibraltar se convirtió en un núcleo conspirativo fundamental por su cercanía y por la permisividad de las autoridades británicas. Los conspiradores españoles contaban con la financiación obtenida en la plaza británica, proporcionada por simpatizantes locales y por españoles refugiados. Confiaban en movilizar a la población andaluza frente a un régimen fernandino recientemente instalado y que creían débil. En el verano de 1824, ambos planearon llevar a cabo dos incursiones simultáneas en colaboración con grupos de liberales que permanecían en Andalucía. Valdés se dirigiría a Algeciras e Iglesias atacaría Almería. A finales de julio se alzaron varias partidas liberales en la serranía de Ronda y los exiliados decidieron pasar a la acción. A principios de agosto, Valdés partió en dirección a Algeciras liderando una fuerza de unos 75 hombres, aunque finalmente desembarcó en Tarifa el 3 de agosto. Otros 150 liberales se le unirían más tarde. Valdés

⁵⁰ AMAEF, *Mémoires et Documents, Espagne*, 385, f. 20; el director de la Policía al ministro de Asuntos Extranjeros, París, 18 de mayo de 1824.

consiguió apoderarse de Tarifa, proclamó la constitución y se dispuso a resistir el asedio de las tropas españolas y francesas mientras se organizaban partidas en los alrededores y esperaba el apoyo proveniente de Gibraltar. Este no llegó, aunque el teniente coronel italiano Antonio Marconchini partió con los 150 hombres que habían quedado en Gibraltar en su apoyo. Desembarcó en Marbella, pero se vio obligado a retirarse inmediatamente. Días después Iglesias puso en marcha su expedición a Almería junto a medio centenar de liberales y contando con el apoyo de contrabandistas de la costa mediterránea. Junto a Iglesias se encontraba el activo revolucionario francés Cugnet de Montarlot —quien como ya se ha visto, desde el Trienio había colaborado con los liberales españoles— y tres ingleses de la guarnición de Gibraltar. A pesar de contar con el apoyo de partidas movilizadas en la zona —acaudilladas por el ex ayudante de Riego Juan Luc— el ataque sobre Almería fue fácilmente rechazado por las fuerzas realistas. Los acompañantes de Iglesias fueron muertos, apresados o se dispersaron. Durante el resto del mes, las partidas continuaron activas en la provincia de Almería, pero fueron progresivamente aniquiladas. Mientras tanto, Valdés continuaba en Tarifa, aunque lo desesperado de su situación le obligó a abandonar la plaza el día 20. Junto a otros 50 revolucionarios consiguió llegar a Tánger, donde encontraron la protección del cónsul británico que impidió que fueran extraditados a España. La represión lanzada en España fue brutal. Durante la última semana de agosto 82 de los acompañantes de Iglesias fueron fusilados, mientras este y su lugarteniente, Antonio Sabino Santos, consiguieron evitar la ejecución gracias a las informaciones que proporcionaron sobre las conspiraciones de los exiliados. Permanecieron detenidos durante un año y en agosto de 1825 fueron ahorcados en Madrid. En Tarifa, 31 revolucionarios fueron ejecutados y más de 60 fueron condenados a diversas penas⁵¹.

Tras el fracaso de estas expediciones, que alertaron sobremanera al gobierno español e impulsaron una nueva ola represiva en el interior de España, las conspiraciones planeadas desde Inglaterra volvieron al centro de atención de los servicios de seguridad europeos. La policía francesa sospechaba desde finales de 1824 de la preparación por parte de agentes hispanoamericanos y exiliados españoles en Inglaterra de una expedición destinada a desembarcar en Galicia⁵². Por su parte, las

⁵¹ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 84-101.

⁵² AMAEE, Sección Política Interior. Movimientos revolucionarios, 1817-1841, leg. 2863; Barón de Damas, ministro de Asuntos Extranjeros París, 14 de diciembre de 1824, citado por Antonio MOLINER PRADA, “La diplomacia española y los exiliados liberales en la década ominosa”, en *Hispania*, nº 52, 181, 1992 (mayo/agosto), pp. 609-627, p. 616.

autoridades españolas habían sido alarmadas en enero de 1825 de los planes del ministro plenipotenciario mexicano en Gran Bretaña, José Mariano Michelena, de destruir el arsenal de la Marina española en Ferrol. Para ello habría entrado en contacto con Espoz y Mina, pero ante su negativa a participar, la misión le habría sido encargada al también español Antonio Fernández Bazán, aunque finalmente no fue llevada a cabo⁵³.

En abril de 1825, la policía francesa alertó de la preparación desde Londres de intrigas revolucionarias destinadas a provocar una insurrección en Cataluña. Según la información que habían recibido, el “partido jacobino” español aseguraba contar con el visto bueno del Gobierno británico, que había incluso prometido apoyo naval a los revolucionarios. Emisarios de los conspiradores exiliados habían sido enviados a las localidades del litoral catalán para recabar el apoyo de la población a la inminente tentativa. Entre ellos se rumoreaba que se encontraba nada más y nada menos que el almirante Cayetano Valdés, que acababa de ser arrestado en Mataró⁵⁴. Rumores de este tipo circulaban por las calles, las oficinas policiales y las cancillerías de toda Europa y, aunque las autoridades intentaban ser cuidadosas, no siempre podían evadirse de la paranoia que las actividades de los exiliados provocaban. En mayo de 1825, rumores acerca de un nuevo desembarco de exiliados en las costas de Galicia y Asturias alcanzaron tal nivel de “consistencia” que llegaron a ser repetidos “en todos los puntos” de Francia, aunque la policía sospechaba que los difundían los “españoles malpensantes que viven en París”⁵⁵.

Pero otras conspiraciones sí pasaron de la fase de preparación o de la rumorología y fueron ejecutadas, confirmando los temores de las autoridades europeas. En febrero de 1826 los hermanos Bazán ocuparon por un corto periodo de tiempo la población de Guardamar (Alicante), antes de ser capturados y fusilados. Esta expedición se encuadraba en el marco de las actividades conspirativas de 1825, pero no contaba con el apoyo de los principales líderes del exilio, que consideraban que era precipitada y estaba mal planeada. Solo encontró la aprobación de algunas personalidades exaltadas, como Álvaro Flórez Estrada, que redactó sus proclamas y programa político. El general Milans del Bosch intentó convencer a Antonio Fernández Bazán de que postergara la

⁵³ AMAEE, Sección Política Interior, leg. 2863, Oficio al Secretario de Despacho de Marina, Palacio, 1 de febrero de 1825, citado por Antonio MOLINER PRADA, “La diplomacia española”, p. 618.

⁵⁴ AMAEF, Mémoires et Documents, Espagne, 385, f. 122; el director de la Policía al ministro de Asuntos Extranjeros, París, 22 de abril de 1825.

⁵⁵ AMAEF, Mémoires et Documents, Espagne, 385, f. 130, el director de la Policía al ministro de Asuntos Extranjeros, París, 2 de mayo de 1825.

expedición hasta que se alcanzara “el mayor mínimo de probabilidades que sea posible”, para no arriesgar “recursos que nos dan otros”⁵⁶. Sin embargo, Bazán siguió con sus planes tras obtener en Londres la financiación (por parte de españoles pero también de inversores británicos) y los voluntarios necesarios. En septiembre de 1825 se trasladó junto a su hermano Juan a Gibraltar, donde habían obtenido por medio de agentes hispanoamericanos un permiso de residencia de seis meses. En Gibraltar se encontraron con los tenientes coroneles Pedro Figueroa y José Sellés, que se sumaron a la expedición. Pero la cúpula de los exiliados en Gibraltar (Juan Rumí, Cristóbal Jurado, Díaz Morales y Manuel Bertrán de Lis) no se sumó a la empresa por considerarla condenada al fracaso y contraproducente, pues ponía en peligro la preparación de otras expediciones mejor preparadas y de mayor envergadura. Los hermanos Bazán contaban en cambio con la protección de barcos corsarios colombianos instalados en Gibraltar y con contactos con liberales que se encontraban en el interior de España, especialmente en las localidades de la costa mediterránea. Tras decidir que el rompimiento se produciría en Guardamar, en febrero lanzaron sus planes. El día 19 desembarcaron y pudieron ocupar el pueblo, pero se vieron inmediatamente acosados por los voluntarios realistas de la región. Tras unos días de combates, todos los miembros de la expedición fueron muertos o detenidos. Antes de que acabara el mes, 38 de ellos eran fusilados.

Además de las expediciones organizadas desde Gibraltar e Inglaterra, el sur de Francia continuó siendo un territorio propicio para la conspiración de los españoles durante la década de 1820. El departamento de los Bajos Pirineos (hoy Pirineos Atlánticos) se convirtió en un conducto de idas y venidas de exiliados españoles. Las comunicaciones y movimientos por la porosa y difícilmente controlable frontera pirenaica fueron frecuentes. Valles como los de Baztán y Roncesvalles se convirtieron en corredores por los que exiliados y activistas liberales pasaban entre España y Francia, llevando consigo noticias, rumores, publicaciones o instrucciones conspirativas. Cualquier reunión era considerada por la policía como el foco de una potencial conspiración. Estas actividades clandestinas no tenían un carácter exclusivamente político. En ocasiones, los españoles estaban envueltos en actividades de contrabando a través de la frontera. Por ejemplo, en junio de 1825, la policía francesa se mostraba muy preocupada por el incremento de “los movimientos revolucionarios españoles en la frontera de los Bajos Pirineos”. Un grupo de unos treinta exiliados liderados por Fermín

⁵⁶ AHN, Estado, leg. 3075, Milans a Bazá, sin fecha, citado por CASTELLS, *La utopía insurreccional*, p. 104.

Leguía, armados y relacionados con los contrabandistas de la región, al verse acosados por la gendarmería se habían visto obligados a cruzar la frontera. No permanecieron demasiado tiempo en España, perseguidos a su vez por los voluntarios realistas y regresaron a Francia al poco tiempo. Otros exiliados, miembros del ejército de Espoz y Mina —entre ellos su edecán Noain, Asura, Iriarte y el ex alcalde Gómez— “erraban continuamente entre las fronteras de los dos Estados”⁵⁷.

Tras el fracaso de todas las expediciones llevadas a cabo en los años inmediatamente posteriores a la restauración fernandina, caracterizadas por la imprevisión y la falta de medios, a partir de 1826 los exiliados decidieron planificarlas de una manera más minuciosa y centralizada. La necesidad de crear una dirección única fue aceptada entre los exiliados. Pero la cuestión de en quién debía recaer el liderazgo fue discutida y originó el distanciamiento entre los distintos sectores del liberalismo en el exilio. El líder natural e inicialmente aceptado por la mayoría del liberalismo había sido Francisco Espoz y Mina, pero su actitud moderada y cautelosa a la hora de promover las actividades conspirativas fue progresivamente vista como errada por crecientes sectores de la emigración. Muchos criticaron la precaución con la que reaccionó ante las posibilidades abiertas por el cambio de la situación portuguesa en 1826. Un número cada vez mayor de exiliados, incluidos algunos colaboradores cercanos de Espoz y Mina, fueron decantándose hacia la figura del general José María Torrijos. Torrijos era un héroe del liberalismo español que había luchado en todas las batallas desde la Guerra de la Independencia. Durante la primera restauración había participado en la lucha clandestina contra la monarquía hasta que a principios de 1818 fue encarcelado en los calabozos de la Inquisición de Murcia. Liberado en febrero de 1820, lideró la proclamación de la constitución en Murcia y entró a formar parte del ejército liberal. Fue escorándose hacia el sector exaltado del liberalismo, participando en varias sociedades patrióticas y siendo uno de los fundadores de la Comunería en 1821. Combatió a las órdenes de Espoz y Mina en Cataluña contra las partidas realistas y más tarde dirigió a las tropas gubernamentales en Navarra. En febrero de 1823 fue nombrado ministro de la Guerra en el Gobierno comunero de Flórez Estrada que nunca llegó a ejercer. Tras la invasión francesa dirigió las tropas constitucionales en el sureste de la Península hasta su tardía capitulación en noviembre de 1823. Como capitulado, se refugió en Francia, siendo internado en el depósito de Alenzón. El incumplimiento de

⁵⁷ AMAEF Mémoires et Documents, Espagne, 385, ff. 130, 171; el director de la Policía al ministro de Asuntos Extranjeros, París, 2 de mayo de 1825 y 22 de junio de 1825

los compromisos adquiridos en las capitulaciones le llevó a protestar en numerosas ocasiones ante el Gobierno francés, pero finalmente decidió pasar a Inglaterra. Allí pasó los primeros años de su exilio alejado de la primera línea de las actividades conspirativas, dedicado al estudio y la traducción. Únicamente participó en las reuniones celebradas en Jersey en 1825 y aceptó siempre el liderazgo de Espoz y Mina. Cuando en febrero de 1827 se formó en Londres la Junta Directiva del Alzamiento de España —conocida como Junta de Londres— Torrijos se puso al frente de ella tras aceptar la propuesta de los críticos con Espoz y Mina, que rechazó participar en la Junta⁵⁸.

La Junta de Londres se convirtió en el centro coordinador de los preparativos del exilio español y dedicó sus esfuerzos a la obtención de recursos para la organización de expediciones insurreccionales. Actuó también como representante autodesignado del conjunto de la comunidad de emigrados. Así, mantuvo contactos con exiliados de otras nacionalidades, con representantes de las repúblicas hispanoamericanas y con simpatizantes de la causa liberal en los países de acogida, especialmente Francia y Gran Bretaña.

La Junta estableció un núcleo conspirativo en Gibraltar con el objetivo de aprovechar la actitud tolerante que las autoridades británicas mantenían en la colonia con los refugiados españoles, algunos instalados allí desde 1823. Por su cercanía a las costas españolas —donde se creía que se concentraba la población liberal— y las costas norteafricanas —donde también se desarrollaba la actividad conspirativa— Gibraltar se confirmó como la base de operaciones que el exilio utilizaría en sus preparativos en los años siguientes, aunque no se abandonó la posibilidad de producir movimientos insurreccionales en Galicia, desde Portugal, o en el norte de la Península, desde la frontera francesa. Francisco de Borja Pardío junto a Manuel García del Barrio formó la Junta de Gibraltar, presidida por Torrijos y que contaba también con el coronel Antonio López Ochoa, el comerciante establecido en Gibraltar, Domingo Valero, el exalcalde de Valencia, Salvador San Juan, el exministro de Gobernación y teniente coronel de ingenieros, Salvador Manzanares, el teniente José Arroyal y el administrador de Correos de Gibraltar, Juan Ramírez. Los primeros planes contemplaban la preparación de un levantamiento general para el verano de 1829 y con ese objetivo salieron desde Londres

⁵⁸ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 113-130 y CASTELLS, “José María Torrijos (1791-1831). Conspirador romántico”, en *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (coords.), Madrid, Espasa, 2000, pp. 73-98.

a Gibraltar, a mediados de 1828, dos enviados de la Junta, Antonio Lorenzo Gaytán y Juan Antonio Escalante. Junto a una serie de agentes que se encontraban ya en la plaza británica (Francisco Díaz Morales, Antonio Conejo, el coronel Perena, Cristóbal Jurado, Juan Rumí y Manuel Bertrán de Lis) se dedicaron a contactar con los núcleos liberales de las poblaciones de las costas del sur y Levante. Rumí además estuvo a cargo de las negociaciones con el bajá de Tánger, Sid Mohammed Umimom, para obtener el apoyo marroquí a cambio de la cesión de algunas de las posesiones españolas en la costa norteafricana⁵⁹.

Mientras tanto, Espoz y Mina –que también contaba con algunos simpatizantes en Gibraltar que no se habían unido a la Junta de Torrijos— concentró sus esfuerzos en movilizar el apoyo que seguía manteniendo en el interior de la Península, donde había juntas y agrupaciones liberales clandestinas que comenzaban a desconfiar del liderazgo que los exiliados se habían otorgado a sí mismos. Espoz y Mina competía con la Junta de Londres para obtener su apoyo, a pesar de los llamamientos a la unión que esta realizaba. Ante la inacción de Espoz y Mina, los agentes de Torrijos consiguieron obtener el compromiso por parte de varias de las juntas del interior que hasta entonces se habían mantenido fieles al navarro. Tanto avanzaron los preparativos que el grupo de Torrijos fijó para septiembre de 1829 el inicio de la insurrección y ese verano Milans del Bosch intentó por su cuenta una incursión por la frontera catalana. Sin embargo, toda la conspiración se encontraba infiltrada por espías y confidentes de la policía fernandina. En julio, esta actuó y detuvo a muchos de los conspiradores que se encontraban en el interior, desbaratando los planes insurreccionales. A partir de entonces la actividad conspirativa se detuvo ante la evidencia de que los planes de la organización eran conocidos por la policía y ante el aumento del control de los exiliados por parte del gobierno británico, presionado por el español⁶⁰.

Pero los exiliados del grupo de Torrijos se volvieron a poner en marcha cuando el irlandés Robert Boyd ofreció 5.000 libras para impulsar la conspiración y solicitó ingresar en ella. Con este nuevo apoyo, Torrijos y los suyos decidieron seguir adelante con sus planes interrumpidos en julio de 1829. El 7 de enero tuvo lugar en Londres una reunión en la que participaron los líderes de la conspiración –Flores Calderón, Gaytán, Gurrea, San Miguel, Palarea y Torrijos— y en la que se decidió poner en marcha la fase final de la insurrección una vez que contaban con la financiación proporcionada por

⁵⁹ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 139-143.

⁶⁰ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 143-153.

Boyd. Días después se acordó que el procedimiento que emplearían sería realizar una expedición marítima que tantearía en la costa española las posibilidades de llevar a cabo un pronunciamiento. En caso positivo, este se realizaría en la primavera de 1830. El grupo se puso manos a la obra, se movilizó para obtener más fondos con los que financiar la expedición, envió agentes al sur de Francia y comenzó a elaborar los documentos y proclamas que se emplearían en la insurrección. Boyd se entrevistó en Marsella con el comité revolucionario catalán allí instalado al frente del cual se encontraba Milans del Bosch y que contaba también con los coroneles José Grases y Pedro Perena y con el revolucionario Ramón Xaudaró, así como con otros cercanos a Torrijos, como Juan López Pinto (hermano de Ignacio). Este grupo estaba al frente de la actividad conspirativa llevada a cabo en el sur de Francia en localidades como Burdeos, Montpellier, Perpiñán y Toulouse, desde donde estaba en contacto con liberales que se mantenían en Cataluña. La Junta de Londres envió agentes (incluido el hijo de Milans) al norte de la Península para aglutinar apoyos para la insurrección mientras que Juan Rumí se desplazaba a Marruecos. Finalmente, se decidió que el pronunciamiento inicial se produciría en las costas del sur de la Península, principalmente por las facilidades que prestaba la plataforma gibraltareña. A continuación, en julio de 1830 la Junta de Londres se autodisolvió, dejando al frente una comisión interina compuesta por Torrijos y Flores Calderón, que debía encargarse de nombrar los agentes destinados a dirigir las juntas del interior y en el exterior, así como a los jefes militares y políticos de la insurrección. Pero cuando la expedición se disponía a partir hacia las costas del sur de la Península el embajador español Cea Bermúdez, que estaba al tanto de los planes gracias a los confidentes que había infiltrado en la organización, alertó al Gobierno británico, que el 29 de julio se vio obligado a embargar el barco y a detener a los conspiradores, aunque a los diez días fueron puestos en libertad⁶¹. Tras este incidente, que había interrumpido la conspiración en su momento culminante, se decidió abandonar Inglaterra en dirección a Francia y Gibraltar⁶¹.

Así pues, el centro de las actividades pasó a Francia y Gibraltar, a donde se trasladaron muchos de los conspiradores, entre ellos los líderes Espoz y Mina y Torrijos⁶². La mayoría de las actividades conspirativas del exilio liberal internacional

⁶¹ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 155-165; en p. 163 se recogen los nombramientos por área geográfica de los dirigentes de la insurrección.

⁶² Como se vio en el capítulo 6, una vez que las noticias de las jornadas parisinas de julio cruzaron el Atlántico, los exiliados españoles que permanecían en Estados Unidos se dispusieron a regresar a Europa vía Francia.

habían tenido hasta ese momento Gran Bretaña como escenario, donde las facilidades de reunión de los exilados eran mayores por la tolerancia —o indiferencia— con que las autoridades británicas los trataban. Sin embargo, como se ha visto, antes de la Revolución de 1830 que trasladó el foco de las conspiraciones a Francia, en este país había continuado el activismo de los emigrados.

Desde ciudades como Burdeos, Bayona y Perpiñán siguieron llegando durante toda la década informes alarmistas sobre supuestas conspiraciones y planes insurreccionales de los refugiados españoles, que en muchas ocasiones se decía que contaban con la ayuda de ciudadanos franceses. El Gobierno español protestó en numerosas ocasiones ante el francés por su permisividad con los exiliados españoles y exigió que se les vigilara de cerca, que no se les concedieran pasaportes y que se impidiera su concentración en las mismas localidades. Una de estas era el balneario de Bagnères-de-Bigorre, situado en los Pirineos, donde muchos españoles pedían al gobierno francés permiso para instalarse por razones de salud. En agosto de 1829, el conde de Ofalia alertaba a su homólogo francés de que bajo la excusa de las aguas termales se reunían en Bagnères numerosos exiliados españoles. Advertía que ya en 1820 esta localidad se había convertido en un importante “punto de reunión de españoles y franceses”, desde donde se habían preparado “la revuelta de esa época”⁶³. En ocasiones, la policía francesa actuaba contra los exiliados españoles. Por ejemplo, en octubre de 1829 el subprefecto de Céret, en la frontera catalana de los Pirineos Orientales, arrestó a 22 refugiados que fueron confinados en la cárcel de Perpiñán. Pero las autoridades españolas no se dieron satisfechas por el control que desde Francia se realizaba sobre los exiliados españoles, hasta que Polignac, jefe del Gobierno francés, aseguró que alejaría de la frontera a los españoles. A partir de entonces, los conspiradores fueron seguidos de cerca, pero no por mucho tiempo, porque a finales de julio de 1830 cayó la monarquía borbónica y los departamentos fronterizos se convirtieron en los puntos en los que se concentraron cientos de exiliados españoles dispuestos a atravesar la frontera con el objetivo de derribar a Fernando VII⁶⁴.

Esto era precisamente lo que el Gobierno español, atento a la evolución de la política francesa, había temido. El embajador en París, conde de Ofalia, ya había advertido en febrero de 1830 que era “indudable que si el partido liberal consiguiese

⁶³ Rafael SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio. La emigración política en Francia en la crisis del Antiguo Régimen*, Madrid, Rialp, 1975, pp. 148-149.

⁶⁴ MOLINER PRADA, “La diplomacia española”, pp. 626-627.

aquí un triunfo completo, si los malvados consiguiesen debilitar la Autoridad Real, o su proyecto sacrílego de mudar de Dinastía, la España cuyos principios monárquicos y religiosos le son tan odiosos, sería el blanco de sus intrigas y maquinaciones, si no el de sus agresiones que protegerían más descubiertamente las tramas de los revolucionarios y tratarían de sembrar la discordia en nuestro suelo”⁶⁵. En efecto, los peores temores de Ofalia se hicieron realidad y el nuevo Gobierno orleanista protegió y asistió a los liberales españoles que llegaron a su territorio en la organización de sus tentativas insurreccionales. La Fayette donó 10.000 francos y, según Espoz y Mina, el mismo Luis Felipe les proporcionó recursos financieros y la policía francesa, que hasta ese momento había acosado a los refugiados españoles, distribuyó entre ellos subsidios y pasaportes para trasladarse a la frontera pirenaica. Además, dos casas financieras francesas estaban dispuestas a conceder un empréstito a los revolucionarios españoles con la esperanza de que la instalación de un régimen liberal normalizara la situación financiera española y revocara la decisión del Gobierno de Fernando VII de no reconocer los empréstitos adquiridos durante el Trienio⁶⁶. Varios de los exiliados españoles expertos en cuestiones bancarias –Vicente Bertrán de Lis, Juan Álvarez de Mendizábal y Lorenzo Calvo— actuaron como agentes intermediarios entre los sectores financieros extranjeros, especialmente ingleses y franceses. Gracias a las gestiones de Calvo en París, Torrijos solicitó ayuda al Comité Cosmopolita a través de La Fayette, que accedió a conceder un préstamo de 100.000 francos con la condición de que fuera empleado por todos los grupos de la emigración española, incluido el de Espoz y Mina.

Pero las oportunidades abiertas desde julio de 1830 incidieron aun más en la división del exilio español. Los financieros franceses exigían que se estableciera algún tipo de organismo que se responsabilizara de los préstamos. Así, se organizó un “Directorio provisional para el levantamiento de España contra la tiranía” en París, que al establecerse en Bayona tomó el nombre de Junta de Bayona. Esta Junta se hallaba cerca por su composición personal a Espoz y Mina y, moderada en sus planteamientos ideológicos, adoptó como lema “unión, orden público y buen gobierno”. Aspiraba a establecer en España una monarquía constitucional inspirada en el modelo inglés, en la

⁶⁵ AMAEE, leg. 1493, citado por Rafael SÁNCHEZ MANTERO, “L’Espagne et la révolution de 1830”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, tomo IX, 1973, pp. 567-579, p. 568.

⁶⁶ Una de las casas era la dirigida por Ouvrard, Ardoin, Coste, Amet, Calvo y Franchessin, y según la información que manejaba el Gobierno español había adelantado ya 200.000 francos. Otra casa, dirigida por Andriel, Joanne, Molineau y Poublon, que estaba en contacto con Bertrán de Lis, estaba dispuesta a conceder un préstamo por 5.000 libras; AGS, Estado, leg. 8235, f. 44, citado por SÁNCHEZ MANTERO, “L’Espagne et la révolution de 1830”, p. 575.

que habría dos cámaras y en la que las prerrogativas del rey serían amplias. Ante semejantes planteamientos, los partidarios de Torrijos se opusieron a ella desde su formación. Los que no aceptaron la autoridad de la Junta de Bayona se reunieron en torno a una junta formada desde hacía tiempo en Perpiñán por José Grases, que se unió a la catalana formada en la misma ciudad recientemente⁶⁷.

Sin embargo, y a pesar de estas divisiones, el mantenimiento de los contactos entre los exiliados españoles desperdigados por Europa y América y su participación en proyectos conspirativos comunes no podía sino alarmar al Gobierno español. En noviembre de 1830 el embajador en Londres, Cea Bermúdez, comunicaba a Lord Aberdeen sus temores acerca de las acciones que los españoles emigrados podían llevar a cabo impulsados por la revolución francesa y le conminaba a actuar, algo que los enviados españoles en Gran Bretaña nunca lograron:

“Dije pues a Lord Aberdeen que el Ministro de S. M. en los Estados Unidos participaba en sustancia que los Españoles refugiados allí tienen correspondencia seguida con los revolucionarios de Europa y toman parte activa en sus manejos: que han adoptado un lenguaje y escritura simbólico para sus comunicaciones, cuyo sentido misterioso solo puede descifrarse por los principales iniciados: que el objeto que se proponen unos y otros es hacer estallar una revolución en España, destronar al Rey y declarar su dinastía decaída e inhábil para reinar, llamando al Trono al Duque de Nemours, o al emperador Don Pedro, o tal vez al Conde de Survilliers [Jose Bonaparte] según las circunstancias; que el foco central y directivo de las maquinaciones secretas es París y los otros puntos de apoyo importantes son Londres, Gibraltar, Bruselas, Marsella y Nueva York; que hay además varios otros puntos secundarios en Europa en que se mantienen relaciones tenebrosas como Portugal e Italia: que los revolucionarios se jactan de tener gran número de cómplices en España y de que en la Península tienen inteligencias muy útiles e influyentes: que parece que el Comité Español ejecutivo dependiente del Centro común establecido en Paris se llama Gran Junta de Varones Constantes y que los nombres de más conocidos entre los que designan los papeles que han venido a parar a nuestras manos son Díaz Morales en Gibraltar, Van Halen en Bélgica, Milans y Graces en Francia, Ceruti en América y además Torrijos, Galiano, Quiroga, Mina, Conti, Gorostiza y Romero Alpuente.

Lord Aberdeen oyó con atención estos detalles y agradeció esta prueba de confianza que le dije le hacía para confirmarle en la idea de que son vastísimas las miras de los revolucionarios y el objeto tan criminal como en más de una ocasión le tenía manifestado”⁶⁸.

A pesar de las diferencias entre los distintos sectores, se consiguió llegar a un acuerdo de mínimos tanto en lo programático como en lo insurreccional, que llevó a una cierta coordinación para diseñar y poner en marcha las acciones insurreccionales, que debían iniciarse con la entrada en la Península a través de varios puntos de la frontera. Se abrieron en París tres centros de reclutamiento para atraer hombres que se sumaran a las

⁶⁷ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 169-173.

⁶⁸ AHN, Estado, leg. 5563, despacho reservado n° 823, Cea Bermúdez a González Salmón, Londres, 9 de noviembre de 1830.

expediciones que se preparaban desde el sur de Francia, a los que se ofrecía dos francos diarios. El Gobierno español recibió alarmado la noticia de que más de 700 hombres habían llegado a Burdeos, desde donde estaban siendo enviados a la frontera. Entre ellos había, además de españoles, portugueses, italianos y franceses. Según estas informaciones, los revolucionarios contaban con 1.700 fusiles y 15.000 cartuchos, adquiridos gracias a los medios otorgados por la revolucionaria sociedad *Aide-toi, le ciel t'aidera*, que había participado en los sucesos de julio y que tenía una sección dedicada a la asistencia de refugiados extranjeros⁶⁹.

Sin embargo, pronto resurgió el conflicto entre ambos grupos de exiliados, con ocasión del préstamo obtenido a través del Comité Cosmopolita y el empréstito de Calvo. Espoz y Mina desmintió públicamente que él hubiera aceptado sus condiciones y apoyara el préstamo, lo que hizo caer las suscripciones —que ya se encontraban a un altísimo interés— lo que junto al fracaso de las primeras expediciones de los Pirineos, llevó a Calvo a la quiebra. Las desavenencias políticas y rivalidades personales en el seno de la emigración dificultaban la financiación de la actividad conspirativa⁷⁰.

En realidad, los exiliados españoles estaban siendo utilizados por Luis Felipe para forzar el reconocimiento español del cambio de dinastía y régimen. El Gobierno español protestó enérgicamente por el apoyo prestado por la monarquía orleanista a los exiliados y exigió que se le pusiera fin. Cea Bermúdez intentó obtener para sus reclamaciones el apoyo británico y dirigió a este Gobierno una alarmista nota en la que incidía en la amenaza de una conspiración universal que se tramaba en la Francia revolucionaria por españoles que contaban con el apoyo de liberales piemonteses, napolitanos, portugueses y franceses. El duque de Wellington desestimó estos temores y se negó a apoyar al Gobierno español en sus demandas ante el francés, al tiempo que aseguraba que en el caso de que realmente se realizara una agresión revolucionaria contra España desde Francia todas las potencias europeas acudirían a su ayuda⁷¹.

Ante esta situación, el Gobierno español se vio obligado a reconocer a la monarquía orleanista como único medio para obtener su colaboración e impedir que los exiliados continuaran empleando el territorio francés en sus planes insurreccionales. A principios de octubre se comunicó el reconocimiento al Gobierno francés y este ordenó

⁶⁹ AGS, Edo, leg. 8235, f. 97, citado por SÁNCHEZ MANTERO, “L’Espagne et la révolution de 1830”, p. 576.

⁷⁰ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 174-175.

⁷¹ AGS, Edo, leg. 8201, ff. 48 y 97, citado por SÁNCHEZ MANTERO, “L’Espagne et la révolution de 1830”, p. 577.

a las autoridades locales, la gendarmería y el ejército, que pusieran fin a los complots de los españoles. Pero los preparativos ya estaban lo suficientemente avanzados y en las primeras semanas de octubre se lanzaron tres expediciones que cruzaron los Pirineos por distintos puntos. Aspiraban a provocar una reacción en cadena en España. Valdés atravesó la frontera el 14 de octubre y se instaló en el valle de Baztán, en Navarra, seguido de Joaquín de Pablo *Chapalangarra* y Cayuela. Milans del Bosch y Ramón Brunet cruzaron los Pirineos catalanes el 19 de octubre de 1830. Poco después Gurrea y Méndez Vigo cruzaron la frontera aragonesa. Espoz y Mina entró en Navarra por Vera de Bidasoa el 21 y a mediados de noviembre Grases, Miranda, San Miguel, Baiges y Mateo Miquel atravesaron por varios puntos el Pirineo catalán. Todas estas expediciones fueron rechazadas por las tropas realistas y aquellos de sus miembros que no murieron –como *Chapalangarra*– o fueron hechos prisioneros, se vieron obligados a regresar a Francia, donde se les arrestó e internó en depósitos. El movimiento general que se esperaba que se produjera en el interior de la Península tampoco llegó, a pesar de que se dieron algunos pronunciamientos, como el de Antonio Rodríguez Carvajal en Orense, duramente reprimido⁷².

Sin embargo, el anterior modelo marítimo no se había abandonado. El general Torrijos, que se había trasladado desde Marsella a Gibraltar en septiembre de 1830, continuó al frente de los preparativos en la plaza británica desde la presidencia de una nueva Junta de la que formaban parte muchos de sus partidarios, entre ellos Flores Calderón, Juan Palarea, Juan López Pinto, Epifanio Mancha y sus amigos ingleses Trench y Kemble. Su plan consistía en provocar, en coordinación con las juntas del interior, un levantamiento general en el sur y en el este de la Península que complementara las invasiones que desde la frontera francesa se hacían por el norte. Para ello intensificó los contactos con los círculos liberales clandestinos de estas regiones e intentó recabar apoyos también en las costas del norte de África a través de enviados como Juan Rumí y Salvador Manzanares. Tras los preparativos, se decidió llevar a cabo la acción en Algeciras, aunque esta fue descubierta antes de poder ponerse en marcha. Tras recibir nuevos fondos que les permitieron adquirir varios barcos, el grupo de conspiradores liderado por Torrijos volvió a intentar apoderarse de Algeciras en enero de 1831, pero de nuevo fracasaron por los avisos que las autoridades realistas tenían de sus informadores. En Gibraltar, tras las presiones del Gobierno español, los barcos y el

⁷² CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 177-178.

material de los conspiradores fueron incautados y unas decenas de ellos, incluidos cinco ingleses, fueron detenidos y expulsados, aunque Torrijos y gran parte de los cabecillas consiguieron escapar. Estos reveses no hicieron desistir a los exiliados, que en la noche del 28 de enero alcanzaron su máximo éxito hasta el momento al apoderarse temporalmente de La Línea. Como no recibieron los apoyos esperados tanto del interior como del exterior, se vieron obligados a retroceder a Gibraltar, donde muchos de ellos fueron detenidos y expulsados a Malta y Marsella, aunque de nuevo los líderes, apoyados por residentes en Gibraltar, pudieron librarse de la expulsión. Tras este triunfo momentáneo, que demostró la debilidad militar de las plazas españolas de la costa, las esperanzas de los conspiradores se vieron renovadas —empezaron a publicar los *Boletines del General Torrijos*, con los que esperaban movilizar a la opinión pública a su favor y denunciar los obstáculos levantados recientemente por el gobierno británico— y los temores del Gobierno español aumentados⁷³.

En los meses siguientes la actividad conspirativa se concentró en el interior de la Península, liderada por la Junta Central de Madrid, que tenía al frente al oficial de ingenieros Agustín Marcoartu y otras figuras como el médico Victoriano Torrecilla, el comerciante Francisco Bringas o el abogado Salustiano de Olózaga. Esta Junta estaba próxima a Espoz y Mina, quien seguía contando con un amplio apoyo en España, pero no podía confiar en la participación de los emigrados en sus proyectos. Gracias a la financiación que Espoz y Mina consiguió obtener en Inglaterra y que gestionaba desde Bayona, y a los recursos que los conspiradores del interior pudieron obtener, los planes insurreccionales fueron tomando forma y se decidió preparar una insurrección general para el 20 marzo de 1831. Torrijos se unió a estos planes pensando complementar la acción de las juntas de Andalucía desde Gibraltar, donde permanecía oculto, y pensando que ante la proverbial prudencia de Espoz y Mina le correspondía a él tomar la iniciativa. De esta manera, Torrijos mandó varios agentes al interior de Andalucía para que fueran realizando los preparativos que debían combinarse con la rebelión que los conspiradores de Cádiz planeaban para principios de marzo. Una vez producida, él se uniría desde Gibraltar desembarcando en Tarifa o Algeciras. Pero fallos en la coordinación entre los diferentes grupos, unidos a algunas traiciones y delaciones, hicieron imposible enfrentarse con éxito al Ejército y a los voluntarios realistas que se movilizaron para hacer frente a la insurrección. A la derrota de Manzanares —que había

⁷³ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 179-188.

sido el primero en pronunciarse en el Campo de San Roque el 21 de febrero— en la serranía de Ronda, siguió el fracaso de la insurrección gaditana del 3 marzo que comenzó con el asesinato del gobernador de la ciudad. Sin embargo, las unidades de Marina e Infantería pronunciadas en la isla de San Fernando con el oficial Asensio Rosique al frente tuvieron un éxito momentáneo, llegando a proclamar la constitución y formar una junta provisional. Enterados del fracaso gaditano, se trasladaron a Vejer, punto de encuentro establecido por los conspiradores. Tomaron la localidad y Cristóbal Jurado se puso al frente de una junta que no pudo resistir mucho tiempo antes de capitular ante las tropas realistas que la asediaban. Jurado fue fusilado, pero muchos otros pronunciados, entre ellos Rosique, consiguieron escapar y llegar a Tánger. Las autoridades, convencidas de que se enfrentaban a una gran conspiración que planeaba poner en estado de insurrección todo el país, aumentaron la represión y procedieron a detener a sospechosos en Málaga, Córdoba, Granada, Cartagena y Murcia, mientras que en Madrid se desvelaba la conspiración de Marcoartu. Mientras tanto, los partidarios de Torrijos y Espoz y Mina se acusaban mutuamente del fracaso, los primeros denunciando la indecisión de los segundos y estos criticando la precipitación de aquellos⁷⁴.

El Gobierno español cortó las comunicaciones con Gibraltar, exigió la expulsión de los conspiradores al gobernador británico —unos 30 fueron expulsados a Argel, entre ellos Palarea y Escalante— y reforzó la defensa de la costa. Pero la falta de recursos materiales seguía constituyendo el principal problema de los conspiradores. La Junta Provincial Directiva de Cataluña intentó llevar a cabo su plan de ofrecer un empréstito que mejorara las condiciones del emitido por el Gobierno español⁷⁵. En los meses de mayo y junio de 1831, varios agitadores propagaron en los depósitos de refugiados españoles la idea de una próxima expedición a Cataluña. El 9 junio, el ministro del Interior francés informaba al prefecto de las “pérfidas insinuaciones” por las cuales estos agitadores engañaban a los refugiados y les empujaban a renunciar a sus socorros para poder cambiar libremente de residencia o simplemente a desertar⁷⁶.

Torrijos estuvo a punto de abandonar, pero siguió adelante convencido de que el grupo que lideraba era el único que podía hacer caer el régimen fernandino. Ahora que Gibraltar parecía no ofrecer garantías de seguridad, intentó buscar alternativas en el norte de África, considerando trasladar la conspiración a Argel, donde además de los

⁷⁴ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 189-206.

⁷⁵ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 215-216.

⁷⁶ Jean SARRAILH, “Réfugiés espagnols en France au XIX^e siècle. Le dépôt de Montmorillon (1831-1833)”, en *Bulletin Hispanique*, XXX, 1928, pp. 220-234, cita en p. 227.

recientemente expulsados había un buen número de españoles enrolados en la legión extranjera⁷⁷. Para los conspiradores del grupo de Torrijos su papel debía ser el de precipitadores de la insurrección que las juntas del interior de la Península estaban esperando que se iniciase, pero para la que nunca tomarían la iniciativa. En los meses siguientes, desde Gibraltar —donde ahora se veía obligado a actuar en la clandestinidad con las dificultades que esto traía— Torrijos comenzó a reconstruir la red de conspiradores internos. Pero en esta ocasión la infiltración de los agentes de la policía fue prácticamente completa, hasta el punto de que el principal contacto, conocido como *Viriato* y al que Torrijos decidió seguir en sus propuestas de iniciar el pronunciamiento en Málaga, era nada más y nada menos que el gobernador de Málaga Vicente González Moreno. Guiado a una trampa, el grupo de Torrijos salió de Gibraltar hacia las costas malagueñas la noche del 30 de noviembre, donde esperaban obtener el apoyo prometido por *Viriato*. El resultado fue el apresamiento, tras algunas escaramuzas, de toda la expedición y su inmediata ejecución —49 en total— en la playa de San Andrés el 11 de diciembre de 1831. La represión de González Moreno —que poco después se pondría al servicio de Don Carlos— continuó, llegando a los involucrados en la red de juntas clandestinas que mantenían contactos con la de Gibraltar. Por su parte, los que continuaban en la plaza británica fueron expulsados a Marsella⁷⁸.

Los proyectos conspirativos no terminaron con el fracaso de Torrijos, pero su expedición sí fue la última que los exiliados llevaron a cabo. En Argel, Palarea siguió al frente de la conspiración tras la muerte de Torrijos en diciembre de 1831⁷⁹. Espoz y Mina consideró realizar una tentativa, para lo que se trasladó en junio de 1832 a Gibraltar pero, actuando con la habitual prudencia que tanto enojaba a los exiliados más ardientes, abandonó cualquier esperanza de efectuar un pronunciamiento con éxito en España⁸⁰. Entre los que esperaban la acción de Espoz y Mina para unirse a ella se encontraban los refugiados en Argel, que se preparaban para abandonar la ciudad en dirección a Orán, Gibraltar o Marsella⁸¹.

⁷⁷ Juan Bautista VILAR, *Los españoles en la Argelia francesa, (1830-1914)*, Madrid y Murcia, Centro de Estudios Históricos y Universidad de Murcia, 1989, pp. 259-264.

⁷⁸ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 226-248.

⁷⁹ VILAR, *Los españoles en la Argelia francesa*, p. 264.

⁸⁰ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 250-251.

⁸¹ VILAR, *Los españoles en la Argelia francesa*, p. 265. Por su parte, los españoles de la legión extranjera continuaron siendo sospechosos de participar en conspiraciones políticas. Su batallón, destacado inicialmente en Orán, fue trasladado a Argel en octubre de 1833 debido al temor a que el comandante de la plaza, el liberal Boyer, permitiera su salida hacia España; p. 78

Habría que esperar a las amnistías concedidas especialmente tras la muerte de Fernando VII en septiembre de 1833 y a la consiguiente disputa sucesoria para que los liberales exiliados pudieran comenzar a regresar a España. En los meses siguientes, ocuparon importantes puestos en la formación del nuevo régimen liberal.

3. LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL

“No tengo duda de que algunos revolucionarios españoles a cuya cabeza está Torrijos, reunidos con otros Portugueses, Italianos y Americanos, y apoyados por ingleses radicales y liberales franceses, subsisten en sus maquinaciones contra nuestro gobierno y la tranquilidad de la Península”⁸².

El conde de Ofalia en marzo de 1830

Los años de la emigración promovieron el encuentro y la cooperación entre exiliados de diferentes naciones, que contaron también con la ayuda de simpatizantes en los países de acogida. Los contactos entre “revolucionarios de todas las naciones” fueron una de las principales preocupaciones de las autoridades de la Restauración, que veían en ellos la prueba de la conspiración universal que tanto temían. En buena parte, la entrada en contacto entre liberales de diversos países europeos y americanos fue propiciada precisamente por el exilio, que aceleró las relaciones y contribuyó a crear vínculos personales y de solidaridad, que si bien no tuvieron una repercusión decisiva en la práctica revolucionaria, sí proporcionaron argumentos para la construcción de una identidad liberal internacional (y particularmente europea), que será analizada en el capítulo 9. A continuación, sobre la base del caso español, se describen algunos de los mecanismos a través de los cuales se fue desplegando una cooperación internacional sobre la que se construyó el discurso internacionalista liberal.

3.1 El exilio, forjador de redes internacionales

A lo largo de las páginas anteriores se ha podido ir apreciando el desarrollo de los contactos internacionales promovidos y facilitados por el exilio, desde la salida de los primeros exiliados liberales y afrancesados de España en 1814, que despertaron la solidaridad en los países a los que llegaron, especialmente Inglaterra, pasando por los italianos y franceses que se trasladaron a la Península Ibérica durante el periodo de

⁸² AHN, Estado, leg. 3075; citado por CASTELLS, *Constitucionalismo* p. 498.

vigencia de su régimen liberal, hasta llegar a las grandes oleadas de expatriaciones que tuvieron lugar en 1823 y 1830. En estos años se multiplicaron los contactos entre liberales de varias naciones que estaban seguros de participar en un movimiento común. Durante el Trienio, cientos de emigrados defendieron el régimen constitucional español y las décadas de 1820 y 1830 presenciaron la colaboración revolucionaria de exiliados de varios países con el propósito de derribar los regímenes monárquicos absolutistas. Además, los enviados diplomáticos de las repúblicas hispanoamericanas estuvieron dispuestos a colaborar con los españoles en su lucha contra Fernando VII, de la misma forma que algunos peninsulares se unieron a ellos al otro lado del Atlántico. A través de estas relaciones se crearon contactos amistosos, se pusieron en común proyectos insurreccionales y se compartieron dificultades y reveses, aunque en la práctica los apoyos que se prestaron se ciñeron a proyectos específicos y se basaron en colaboraciones individuales y coyunturales. Sin embargo, el gran alcance simbólico de estas acciones, en ocasiones muy espectaculares, provocó que el fantasma de una revolución universal planeada por conspiradores con conexiones supranacionales corriera por las cortes europeas y afectara especialmente a la de Madrid.

Los liberales españoles mantuvieron a lo largo de su exilio estrechos contactos con agentes diplomáticos hispanoamericanos, especialmente en Londres. Como se verá en el capítulo siguiente, la colaboración se centró en el terreno de la edición, traducción y publicación de textos dirigidos al público de las nuevas repúblicas por parte de los exiliados españoles. Pero se extendió también a la asistencia en la preparación de insurrecciones en la Península. Los rumores acerca de esta colaboración circularon constantemente por los círculos del exilio y la potencial unión de fuerzas entre liberales españoles y republicanos hispanoamericanos alimentó los miedos de las autoridades españolas a lo largo de estos años.

La colaboración de los exiliados españoles con los hispanoamericanos venía facilitada desde el comienzo de las guerras independentistas por la participación en estas de cientos de aventureros, piratas, militares licenciados o extranjeros ociosos. La finalización de las guerras en Europa había dejado a un gran número de militares sin ocupación, que junto a hombres de fortuna de todo tipo, encontraron en el vacío de poder provocado por las guerras de independencia de las colonias americanas de España una oportunidad para continuar sus carreras militares o simplemente intentar enriquecerse. La importancia de sus actividades —que les llevaron a ser una clave del tablero diplomático y geoestratégico reconocida por los estados en conflicto— ha

llevado a un historiador a señalar que una deseable historia diplomática transnacional estaría incompleta sin su inclusión, proponiendo así la profundización en una “historia diplomática desde abajo”⁸³.

La expedición del exiliado Javier Mina, sobrino de Francisco Espoz y Mina, en 1816-1817 constituyó la culminación de los esfuerzos internacionales privados dirigidos a obtener la independencia de Nueva España. Una red internacional centrada en Londres —que contaba con comerciantes ingleses y la decisiva colaboración del general norteamericano Winfield Scott— concibió, planeó, financió y ejecutó la expedición, que también recibió apoyo en Estados Unidos⁸⁴. La mayoría de sus miembros —entre los que se encontraban españoles, ingleses, franceses y estadounidenses— se movía por ideales políticos, aunque algunos solo buscaban beneficios materiales. Es imposible comprender la expedición si no es desde el punto de vista del exilio, tanto por la motivación que proporcionaba, como por los contactos que facilitaba. Por su parte, las autoridades españolas no podían dejar de ver la mano de una conspiración universal. Para Luis de Onís, embajador en Estados Unidos, la expedición de Mina se trataba de uno más de los proyectos por los que “corsarios [cuyas] tripulaciones están compuestas de ciudadanos de este país [Estados Unidos], de algunos españoles desnaturalizados, de ingleses, franceses y aventureros de todas las naciones” apoyaban a los revolucionarios hispanoamericanos. Onís se desesperaba por la actitud tolerante que los gobiernos estadounidense y británico tomaban respecto a estas empresas, que calificaba de “política tenebrosa”⁸⁵.

Los historiadores, incluso los contemporáneos a los acontecimientos, han discutido sobre cuáles fueron las razones que motivaron la expedición de Mina. Algunos han considerado que solo estaba interesado en restablecer la constitución gaditana en América y otros, en cambio, lo han incorporado al panteón de héroes independentistas americanos⁸⁶. Está claro que Mina había interiorizado en los círculos del exilio el ideal de que la lucha por la libertad era una empresa común a todos los

⁸³ Rafe BLAUFARB, “The Western Question. The Geopolitics of Latin American Independence”, en *American Historical Review*, vol. 112, n° 3, junio 2007, pp. 742-763, la cita en p. 743.

⁸⁴ Guadalupe JIMÉNEZ CODINACH, *La Gran Bretaña y la independencia de México, 1808-1821*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991; Manuel ORTUÑO MARTÍNEZ, *Xavier Mina. Guerrillero, liberal, insurgente*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2001.

⁸⁵ AHN, Estado, leg. 5641; Luis de Onís a Pedro Cevallos, Secretario de Estado en Madrid, Filadelfia, 22 de julio de 1816.

⁸⁶ Carlos María Bustamante y Lucas Alamán, a pesar de sus opuestas interpretaciones de la independencia mexicana, se encuentran entre los que defienden que Mina pretendía implantar la constitución de 1812. Lorenzo de Zavala en cambio opinaba que perseguía objetivos independentistas.

hombres y naciones. Este era el mensaje principal de la proclama que lanzó al desembarcar en territorio novohispano en abril de 1817, en la que identificaba a Fernando VII como enemigo de la libertad tanto de españoles como de americanos y aplicaba la lógica del pronunciamiento para provocar una reacción en cadena en toda la monarquía:

“(...) la emancipación de América es útil y conveniente a la mayoría del pueblo español, [y] lo es mucho más por su tendencia infalible al establecimiento definitivo de gobiernos liberales en toda la extensión de la antigua monarquía (...) Para esto es indispensable que todos los pueblos donde se habla el castellano, aprendan a ser libres y a conocer y hacer valer sus derechos. En el momento en que una sola sección de la América haya afianzado su independencia, podemos lisonjearnos de que los principios liberales tarde o temprano expenderán sus bendiciones a los demás países (...) La causa de los americanos es justa, es la causa de los hombres libres, es la de los españoles no degenerados”⁸⁷.

Sin contar a aquellos que se alistaron en los ejércitos republicanos hispanoamericanos como medio para continuar su carrera militar o encontrar alguna ocupación, el joven Mina no fue el único europeo que se aventuró a cruzar el océano para apoyar a los independentistas hispanoamericanos, aunque es muy probable que fuera el único que lo hizo guiado exclusivamente por sus ideales políticos y por un sincero compromiso con el constitucionalismo hispano. Una aglomeración de piratas y aventureros convirtieron en estos años el golfo de México en un hervidero de operaciones clandestinas que se mezclaban con los intereses de las potencias de la zona. Entre ellos destacaban las figuras de los franceses Louis-Michel Aury y los hermanos Lafitte y del noble escocés Gregor MacGregor, que a través del poder acumulado gracias a sus operaciones de contrabando y piratería —que incluían el control de enclaves como Galveston o Amelia Island— tomaron parte en la guerra de independencia mexicana. Aury había ocupado Galveston en nombre del Congreso mexicano y en abril de 1817 habían sido sus barcos los que transportaron la expedición de Mina a las costas de Nueva España⁸⁸.

En septiembre de 1817, el general francés Charles Lallemand —que tras el fin de las guerras napoleónicas había buscado fortuna en Turquía, Persia y Egipto— se puso al frente de los militares bonapartistas que se encontraban en Estados Unidos y empleó

⁸⁷ Proclama de Soto La Marina, 25 de abril de 1817, en Tarsicio GARCÍA DÍAZ (coord.), *Independencia Nacional*, 2 vols., Ciudad de México, UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005, vol. 2, p. 246.

⁸⁸ Hacía años que Aury y MacGregor combatían junto a los ejércitos republicanos hispanoamericanos, especialmente en el extremo sur del Caribe, donde mantenían sólidos contactos. MacGregor se había casado con la prima de Bolívar. Las operaciones de los piratas europeos en el Caribe, y su relación con el juego diplomático en la región entre España, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, en Rafe BLAUFARB, *Bonapartists in the borderlands: French exiles and refugees on the Gulf Coast, 1815-1835*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2005, pp. 61-85.

como fuente de financiación para sus proyectos la concesión de tierras otorgada por el Congreso para la formación de la colonia *Vine and Olive*. Tras lograr ser nombrado presidente de la empresa colonizadora, revendió los lotes de tierras que correspondían a sus hombres —entre los que había franceses, polacos, napolitanos, alemanes, piamonteses, suizos, belgas, holandeses, irlandeses y españoles que habían servido en los ejércitos napoleónicos— a través de una operación especulativa de dudosa legalidad. Con los fondos obtenidos montó una expedición que tenía como objetivo el establecimiento de una colonia en el noreste de Texas, lo que suponía una invasión de territorio novohispano. En febrero de 1818 instaló en la ribera del río Trinidad, en un lugar conocido como Cayo de Gallardo, una colonia militar a la que bautizó con el pomposo nombre de *Champ d'Asile*. Los propósitos que movían a Lallemand nunca estuvieron claros. Probablemente quería aprovechar las tensiones entre las grandes potencias en el contexto de la disolución del imperio español para convertirse en árbitro de la situación, con las ventajas económicas y de poder que ello traería. Con estas intenciones entró en contacto tanto con el embajador español en Estados Unidos —al que propuso convertir su colonia en un obstáculo para la expansión estadounidense, un plan que llegó a obtener el visto bueno momentáneo del ministro Onís— como con la insurgencia mexicana, a la que ofreció sus servicios contra las tropas realistas. Lallemand también mantuvo contactos con altos cargos del gobierno estadounidense, aunque parece que solo para presionar a los españoles. La colonia, aislada y sin forma de mantenerse a sí misma, se convirtió en un completo fracaso, que concluyó cuando el ejército enviado por el virrey de Nueva España, Apodaca, la desmanteló en octubre de 1818, semanas después de que Lallemand y sus hombres, defraudados con las promesas que su líder les había hecho, la hubieran abandonado⁸⁹.

Ambiciones similares debieron ser las que movieron al español Mariano Renovales a realizar una acción no muy diferente. El exiliado Renovales tenía un extenso currículum conspirativo. Como ya se ha visto, en febrero de 1816 había participado en la conspiración del Triángulo liderada por Vicente Richart que tenía por objetivo asesinar a Fernando VII. Tras ser condenado a muerte escapó a Burdeos, donde se incorporó a los círculos de emigrados españoles y donde probablemente también entró en contacto con algunos de los franceses que se disponían a salir hacia América. Un año después se encontraba en Inglaterra, donde conoció al agente venezolano López

⁸⁹ BLAUFARB, *Bonapartists in the borderlands*, pp. 86-116.

Méndez, a través del cual se interesó en pasar a Hispanoamérica para colaborar en la lucha contra las tropas realistas. En una carta que escribió el 13 de diciembre de 1817 al “Poder ejecutivo de las Provincias Unidas de Venezuela” ofreció sus servicios para combatir a “nuestro común tirano”. A continuación, Renovales comenzó a colaborar con los británicos —entre ellos MacGregor, regresado del Caribe— que desde Londres, y con el apoyo de unos comerciantes, preparaban una expedición a Hispanoamérica. El embajador español en la capital inglesa, San Carlos, alertaba en enero de 1818 al secretario del *Foreign Office* Castlereagh de los planes de Renovales que, junto al almirante Brown, estaba preparando una fuerza formada por “desertores españoles, oficiales franceses, soldados británicos” con la que pensaban trasladarse a México. Días después, a través de un agente francés, San Carlos disponía de más información sobre la expedición, que parecía que se dirigía a Puerto Rico y que estaba formada por “tres buques armados de treinta a cuarenta cañones y varios transportes” en los que se trasladaría a ocho o diez mil hombres. Muchos de ellos eran “españoles, prófugos de España por diversas causas” y San Carlos confiaba en que desearan “sincerar su conducta”, por lo que pensaba que se les podría atraer “por proclamas o de otra manera”⁹⁰.

En efecto, como se comprobó, al menos en el caso de Renovales no sería muy difícil persuadirlo para que cambiara su lealtad, aunque más bien fue él mismo el que, guiado por sus ambiciones, decidió subastar sus servicios a las potencias que podían estar interesadas en sacar provecho del derrumbe del imperio español en América⁹¹. Unido a los más célebres aventureros del Caribe —los británicos MacGregor, Brown y Cochrane, el francés Aury y los bonapartistas— diseñaron un plan que aspiraba a realizar una acción conjunta en México y Perú. Una vez establecidas las líneas de acción, Renovales comenzó a ofrecer sus servicios al mejor postor. En primer lugar se dirigió a los británicos. En enero de 1819, en una carta dirigida a Lord Castlereagh, ofreció llevar a cabo la liberación de México de tal forma que, sin comprometer directamente a su Gobierno, este se beneficiara de las condiciones con las que se obtendría la independencia. Castlereagh rechazó de plano la propuesta⁹². A continuación Renovales se dirigió a los franceses, a los que ofreció, a cambio de su apoyo, la

⁹⁰ Manuel ORTUÑO MARTÍNEZ, “Mariano Renovales. Expedición liberal frustrada a Nueva España”, en *Trienio*, n° 36, 2000, pp. 29-60, citas en pp. 35, 38-39. Ortuño se basa en José Luciano FRANCO, *La batalla por el dominio del Caribe y el golfo de México*, tomo I, La Habana, Academia de Ciencias, 1964.

⁹¹ Algunos exiliados españoles, como Diego Correa, comenzaron a apreciar la sospechosa actuación de Renovales antes de que se revelara su traición.

⁹² ORTUÑO MARTÍNEZ, “Mariano Renovales”, p. 40.

instalación de una “monarquía francesa en México” e importantes privilegios comerciales. Es más, en caso de que una nueva revolución tuviera lugar en Francia, ofrecería “asilo” a la familia real. En esta ocasión su propuesta fue bien recibida por los agentes diplomáticos franceses con los que había contactado, aunque cuando el proyecto llegó a oídos del ministro de Exteriores Richelieu, este sospechó de las intenciones del aventurero español y puso fin a las negociaciones⁹³. Una vez que las aproximaciones a británicos y franceses habían fracasado, Renovales se dirigió al Gobierno español. Reveló a San Carlos los detalles de la expedición y se ofreció a traicionarla una vez llegada a América, comunicando “las instrucciones de los gobiernos insurgentes”, publicando un manifiesto a favor de la continuación del dominio español en América y poniendo a disposición de las autoridades españolas en Nueva Orleans los barcos y armas que dirigiría, a cambio de su pago y de una recompensa para él y sus compañeros. En esta ocasión, Renovales logró su objetivo y el embajador español pactó con él los términos de la delación⁹⁴.

Sin embargo, todo el montaje que Renovales realizó terminaría por desvelarse como un gran fraude con el que pretendía obtener grandes cantidades de dinero del Gobierno español, el único que, llevado por su miedo a las acciones que los aventureros del Caribe podían llevar a cabo contra sus inestables posesiones americanas, había aceptado sus propuestas. De acuerdo con el cónsul español en Nueva Orleans, Felipe Fatio, Renovales se dispuso a defraudar todo lo posible a la Hacienda de Fernando VII. Los barcos y armas de la expedición nunca llegaron a Nueva Orleans – Renovales había llegado junto a unos cuantos seguidores en un barco mercante— pero el aventurero español continuó demandando que se le pagara lo prometido e incluso amenazó con unirse a Lallemand en Galveston, asegurando que este había requerido sus servicios. Poco después, ofreció entregar a Lallemand y al resto de bonapartistas a las tropas realistas, aunque a estas alturas ya no se confiaba en sus propuestas. Renovales fue recibiendo algunas cantidades por parte de las autoridades españolas –unos 44.000 pesos— pero a mediados de 1819 un agente enviado por el Capitán General de Cuba comenzó a desvelar el fraude. El cónsul Fatio fue requerido en noviembre en La Habana para rendir cuentas y fue suspendido. No llegó a ser sometido a juicio, porque murió en febrero de 1820. Por su parte, Renovales continuó en Nueva Orleans hasta que, tras la

⁹³ BLAUFARB, *Bonapartists in the borderlands*, p. 76; el contacto con los franceses tuvo lugar desde principios de mayo de 1818.

⁹⁴ ORTUÑO MARTÍNEZ, “Mariano Renovales”, pp. 42-43.

proclamación de la constitución, pasó a Cuba en mayo, intentando sumarse a la revolución y presentándose como un exiliado político de la monarquía absoluta. Pero no pudo continuar con el engaño y fue detenido. Murió poco después, bien de fiebre amarilla o, según los rumores propagados por sus partidarios, envenenado. En julio llegó la noticia de la amnistía decretada en la Península para las causas abiertas contra los participantes en los pronunciamientos de los años anteriores, entre ellos Renovales, lo que no hizo sino prolongar la polémica respecto a su figura⁹⁵.

Por su parte, muchos hispanoamericanos también estaban interesados en colaborar con los peninsulares en la lucha contra Fernando VII. Los motivos que los llevaban a ello se encontraban en la percepción de compartir un mismo enemigo en la monarquía fernandina, que aún albergaba esperanzas de recuperar los territorios americanos recientemente independizados. El fomento de los planes insurreccionales de los exiliados serviría para dificultar la preparación de una eventual reconquista española. Aunque esta aspiración era altamente improbable dada la crítica situación económica en la que se encontraba la monarquía, lo cierto es que se dieron intentos de llevar a cabo esta reconquista.

Pero además de por sus ansias por recuperar los territorios coloniales, la monarquía fernandina también constituía un escollo a la consolidación de las nuevas repúblicas por su negativa a reconocerlas diplomáticamente y a la presión que ejercía sobre otras potencias continentales en este sentido. Para los hispanoamericanos, hasta que la monarquía fernandina no cayera no se aseguraría su plena independencia ni la normalización de sus relaciones diplomáticas y comerciales con el resto de países europeos. La instalación de un nuevo régimen español dirigido por los liberales en el exilio que reconociera a las repúblicas independizadas era vista por los hispanoamericanos como la mejor alternativa a la monarquía fernandina.

El Gobierno español estaba convencido de que agentes hispanoamericanos habían proporcionado financiación y recursos a los revolucionarios españoles que habían sublevado en enero de 1820 el ejército que se disponía a pasar a América⁹⁶. Una vez que la monarquía absoluta se había restaurado en la Península a finales de 1823, y a pesar de que durante el Trienio los conflictos entre metrópoli y colonias no solo no se habían reducido sino que se habían recrudecido, los contactos y apoyos se canalizaron a través de las delegaciones diplomáticas de las repúblicas hispanoamericanas destacadas

⁹⁵ ORTUÑO MARTÍNEZ, "Mariano Renovales", pp. 44-58.

⁹⁶ AGS, Estado, leg. 8180, protesta al embajador de Gran Bretaña, 13 de febrero de 1820.

en Europa, especialmente en Londres. El embajador de la Gran Colombia, José Fernández la Madrid, fue uno de los que manifestó sus intenciones de apoyar a los liberales españoles, pero fue con los representantes de México con quienes se alcanzó una colaboración más estrecha⁹⁷. Como se ha visto, desde 1824 circulaban noticias acerca de este trabajo conjunto, como las relativas al diplomático mexicano Michelena o la asistencia de corsarios colombianos en las insurrecciones de las costas del sur de la Península. Con estas acciones, los hispanoamericanos intentaban crear un escenario que llevara al reconocimiento de las nuevas naciones por parte de las principales potencias, al tiempo que debilitaban a la monarquía española. El 31 de diciembre de 1824 el dirigente de la política exterior británica, George Canning, decidió reconocer a Buenos Aires, México y Colombia, dando así el mayor espaldarazo al que las repúblicas hispanoamericanas podían aspirar⁹⁸. Aun así, sus agentes en Europa continuaron interesándose en la erosión del poder español en América a través del apoyo a los exiliados peninsulares.

Estos continuaron con sus preparativos insurreccionales para los que contaban con el apoyo del liberalismo internacional. Además de las expediciones analizadas en el apartado anterior, otras muchas que nunca tuvieron lugar fueron preparadas por los exiliados españoles. La importancia de estos proyectos sin continuidad estriba en que permiten captar el alcance de la cooperación internacional liberal y el miedo que provocaba en sus oponentes. Entre las más asombrosas se encuentra la que le fue revelada en junio de 1825 al Gobierno francés a través de la diplomacia napolitana. Descubierta por el embajador napolitano en Londres, conde Ludoff, se trataba de una gran conspiración planeada en Inglaterra en la que participaban exiliados y liberales de varios países y que tenía ramificaciones en los Países Bajos y en Francia. Sin duda respondía a actividades reales llevadas a cabo por los exiliados, pero esto no significa que en su mayor parte no hubiera ido más allá del estadio de preparación. Los planes conspirativos se centraban en la organización de una expedición formada por “un gran número de militares Españoles y Franceses refugiados en Inglaterra, numerosos soldados Ingleses licenciados”, además de exiliados napolitanos. Algunos napolitanos que se encontraban en el continente (como Raphael Paesio, en Bruselas, y otros en París) iban a trasladarse a las islas inglesas del Canal para unirse allí a los conspiradores

⁹⁷ Jaime E. RODRÍGUEZ O, *The Emergence of Spanish America. Vicente Rocafuerte and Spanish Americanism, 1808-1832*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1975.

⁹⁸ Gabriel PAQUETTE, “The Intellectual Context of British Diplomatic Recognition of the South American Republics, c. 1800-1830”, en *Journal of Transatlantic Studies*, 2 (1), 2004, pp. 75-95.

provenientes de Londres. En las islas de Jersey y Guernesey había ya barcos preparados con armas suministrados por “algunos negociantes ingleses” dispuestos para partir en una expedición dirigida a Cataluña comandada por el general español Milans del Bosch. Probablemente se trataba de la continuación de unos planes que habían ido siendo revelados a las policías españolas y francesa a lo largo del último año. Pero en esta ocasión iban más allá, pues parecía que se iban a combinar con otras expediciones lideradas por Mina (a Galicia) y Torrijos (a Andalucía desde Gibraltar). Estas intenciones habían sido transmitidas también al Gobierno español para que tomara las medidas necesarias, porque además de la operación desde el exterior, los conspiradores habían entrado en contacto con revolucionarios residentes en las costas españolas. Ludoff pedía también al Gobierno francés que enviara algún agente a las islas del Canal para informarse de los preparativos que allí se hacían y que tomara precauciones respecto a los exiliados que desde Calais y Boulogne-sur-Mer se disponían a pasar a territorio inglés. La operación debía ponerse en marcha en junio de 1825, pero finalmente los planes se pararon por las sospechas del Gobierno español⁹⁹. Este había sido informado de las reuniones en Jersey de “más de setecientos individuos”, entre españoles, italianos y franceses, que desde febrero de 1825 planeaban una expedición a Galicia usando como plataforma Lisboa, donde tenían un agente, Juan Bautista Genovés¹⁰⁰. Lisboa se había convertido en un refugio de exiliados españoles e italianos que permanecían en contacto con liberales portugueses —especialmente con círculos profesionales y comerciales de Oporto— organizados en torno a sociedades secretas¹⁰¹.

Lo más alarmante de esta conspiración era cómo los exiliados habían encontrado la manera de resolver uno de sus problemas fundamentales: la falta de recursos para financiar sus acciones. La expedición estaba financiada por tenedores británicos de la deuda española de las Cortes. Como Fernando VII se había negado a reconocer las obligaciones financieras de los gobiernos del Trienio, un grupo de acreedores se había mostrado dispuesto a proporcionar a los exiliados los medios para hacer caer la monarquía fernandina con la esperanza de que un nuevo Gobierno liberal hiciera frente a los pagos. Unos “negociantes” interesados en la reinstalación del régimen

⁹⁹ AMAEF, *Mémoires et Documents, Espagne*, 385, ff. 167, 177; el Príncipe de Castelceriolo al Barón de Damas, París de 10 y 26 de junio de 1825.

¹⁰⁰ AHN, Estado, leg. 3075, “Traducción” de un informe sobre conspiradores exiliados. Sin fecha ni firma.

¹⁰¹ Joaquín DEL MORAL RUIZ, “La penetración del liberalismo en Portugal”, en *La prensa en la revolución liberal. España, Portugal y América Latina*, Madrid, Universidad Complutense, 1983, pp. 31-36.

constitucional español eran los que suministrarían las armas, la munición y el efectivo necesario, además de contratar a “nueve mil reclutas ingleses”. Pero una vez que se desbarató la operación, los acreedores no abandonaron sus intenciones.

Una nueva conspiración, más ambiciosa, se puso en marcha, y esta vez contaba además con el apoyo de comerciantes dedicados al mercado hispanoamericano, que habían sido convencidos de que en España se estaba preparando un gran ejército de treinta mil hombres con el objetivo de recuperar las colonias. En realidad, por los informes policiales no queda claro si se trataba de comerciantes de las nuevas repúblicas, o bien de británicos que se dedicaban a hacer negocios con los territorios hispanoamericanos. El informe que describe esta conspiración habla de “los principales negociantes de la América española”, por lo que puede referirse a ambos. De hecho, es probable que tanto unos como otros participaran, o se les creyera interesados en hacerlo. En el caso de los británicos, es posible incluso que estuvieran comprometidos con ambas dimensiones del asunto, la peninsular y la americana. Es muy probable que los mismos inversores hubieran adquirido deuda española y deuda de los nuevos estados hispanoamericanos, que en estos momentos estaba siendo colocada con éxito en el mercado financiero londinense¹⁰². Además, estos mismos hombres solían tener participaciones en empresas y aventuras comerciales relacionadas con Hispanoamérica. Tal y como lo expresaba el informe, estos “negociantes” habían decidido apoyar la expedición con “el doble objetivo de forzar al rey de España a reconocer los empréstitos de las Cortes e impedir que este pudiera intentar nada serio contra las colonias insurgentes”¹⁰³.

La idea de que las repúblicas hispanoamericanas estaban interesadas en estas acciones de los exiliados españoles, o que incluso colaboraban con ellas —como había sido advertido en el caso de los planes de Michelena— se reforzaba con las noticias que llegaban acerca de la presencia de navíos corsarios colombianos en las costas españolas. A principios de junio habían fondeado en la bahía de Gibraltar dieciséis barcos con bandera colombiana, que habían contratado marineros españoles sin ocupación. Para el director de la policía francesa era “difícil pensar que este armamento no serviría, en caso de necesidad, a las tentativas revolucionarias sobre las costas meridionales de

¹⁰² La fiebre inversionista y especulativa londinense en América en Frank Griffith DAWSON, *The First Latin America Debt Crisis. The City of London and the 1822-25 Loan Bubble*, Yale University Press, 1990.

¹⁰³ AMAEF, *Mémoires et Documents, Espagne*, 385, ff. 187-189, Extrait d'un Rapport adressé le 18 juillet 1825 au Ministre de Naples à Londres.

España”. En julio, estos corsarios colombianos habían aparecido precisamente frente a las costas catalanas. Las sospechas se incrementaban porque “la tripulación de estos barcos mostraba un conocimiento tan exacto de las localidades que es obligado pensar que están en gran parte compuestos de Constitucionales Europeos”. Entre ellos se creía que se encontraba Ramón Ferrer, un revolucionario exaltado de Barcelona recientemente expulsado de Francia que se había enrolado en Gibraltar en uno de los barcos colombianos y había dirigido una incursión en la costa de Tarragona con el objetivo de obtener avituallamiento para la flota corsaria. Se rumoreaba incluso que los colombianos se preparaban para atacar la isla de Menorca en el Mediterráneo o la de Lanzarote en las Canarias¹⁰⁴.

Las dimensiones globales de la conspiración se multiplicaban, porque aparentemente sumaba los esfuerzos de varios de los líderes del exilio liberal internacional: el bonapartista francés Lallemand —de vuelta a Europa desde 1823, cuando había liderado un grupo de voluntarios franceses e italianos en la guerra de España—, el napolitano Pepe —que se decía que había rechazado participar anteriormente— y los españoles Mina y Torrijos, a los que se sumaría el radical inglés y siempre dispuesto a entrar en aventuras, general Wilson. El foco inicial de la insurrección sería España, pero una vez que hubiese triunfado, Lallemand y Pepe se encargarían de exportar la revolución a Francia e Italia. El ataque sobre la Península Ibérica se realizaría simultáneamente sobre tres puntos situados en sus extremos geográficos. Tres expediciones formadas por un centenar de oficiales y 200 o 300 ingleses cada una desembarcarían a finales de julio o principios de agosto en Alicante, Palamós y Vigo y Ferrol. La primera estaría comandada por el coronel español Bazán, la segunda por Milans y la tercera por los coroneles O'Donnell y Poerio, este último uno de los líderes del constitucionalismo napolitano. Pero estas acciones servirían solo para atraer la atención de las tropas realistas, pues veinte días más tarde Torrijos lanzaría el ataque definitivo sobre un punto no determinado¹⁰⁵.

Este tipo de informes no pueden ser tomados al pie de la letra, porque estaban basados en datos no demostrados —por ejemplo, en él mismo se reconocía que la participación de Lallemand y Pepe no estaba confirmada— y se revelaron quiméricos. Cuando en septiembre el Gobierno francés recibió los resultados de sus averiguaciones

¹⁰⁴ AMAEF, *Mémoires et Documents, Espagne*, 385, ff. 175, 184; el director de la Policía al ministro de Asuntos Extranjeros, París, 25 de junio y 2 de julio de 1825.

¹⁰⁵ AMAEF, *Mémoires et Documents, Espagne*, 385, ff. 187-189, *Extrait d'un Rapport adressé le 18 juillet 1825 au Ministre de Naples à Londres*.

en las islas del Canal, se demostró que la conspiración no había ido más allá de ser un proyecto. Era cierto que en las islas había muchos refugiados españoles y franceses que recibían un socorro del Gobierno inglés, pero llevaban allí instalados mucho tiempo y no se había percibido entre ellos “ningún indicio de agitación”. Tampoco había “rastros de ningún armamento para los puertos españoles”. De todas formas, o bien los exiliados se habían vuelto a poner las manos a la obra, o bien los informantes necesitaron justificar su misión o procurarse una nueva, pues afirmaban que Espoz y Mina había preparado en Plymouth una nueva expedición junto a un gran número de españoles y portugueses y había partido hacia Gibraltar¹⁰⁶.

En cualquier caso, el hecho de que estas conspiraciones entraran en el mundo de lo posible pone de relieve las inquietudes que atosigaban a las autoridades de la Restauración. En primer lugar, temían que los liberales exiliados contaran con el apoyo de poderosos sectores asociados al comercio y las operaciones financieras, es decir, un interés económico internacional de carácter liberal que sustentaría las actividades políticas de los revolucionarios. Sin duda el Gobierno español tuvo en mente este hecho cuando en 1831 decidió reconocer la deuda exterior contraída por los liberales durante el Trienio y que era la razón de que muchos inversores apoyaran las acciones de los exiliados con la esperanza de recuperar sus capitales. En segundo lugar, el hecho de que los contactos entre exiliados de diferentes nacionalidades fueran frecuentes se traducía en una intensa preocupación por la posibilidad de que llegaran a colaborar en la promoción de una revolución a escala continental. Si bien no es posible aceptar la veracidad de todas y cada una de las conspiraciones que llegaban a los oídos de las autoridades, al menos se puede tener la certeza de que las consideraban como posibles, revelando una visión conspirativa del mundo que condicionaba la comprensión de los acontecimientos políticos del periodo.

La colaboración de numerosos extranjeros con los exiliados españoles no hacía más que confirmar esta interpretación. Los contactos entre ellos eran facilitados por algunos exiliados y simpatizantes que mantenían una tupida red de relaciones. Uno de ellos era Justo San Martín, hermano del libertador americano que desde 1824 se encontraba también exiliado en Europa. San Martín se había convertido en un enlace entre los exiliados residentes en diferentes puntos de Europa. Viajaba frecuentemente entre Francia e Inglaterra, transmitiendo noticias y comunicando decisiones. La policía

¹⁰⁶ AMAEF, *Mémoires et Documents, Espagne*, 385, f. 206, el director de la Policía al ministro de Asuntos Extranjeros, París, 6 de septiembre de 1825.

francesa destacaba su amistad con británicos como el General O'Doyle, Sir Henry Wellesley (ex embajador en España y hermano del duque de Wellington), así como con el embajador portugués en Londres, Souza. En agosto de 1824 acababa de regresar a Francia desde Inglaterra, donde aseguraba haber obtenido el apoyo de los “miembros del Gabinete británico” a un “movimiento insurreccional en España”, para lo que “armamentos considerables estaban preparados en el puerto militar de Portsmouth”¹⁰⁷.

En efecto, más allá de aquellos extranjeros que socorrieron a los exiliados llegados a sus países, algunos dieron un paso más y se involucraron en las acciones insurreccionales. El 25 de marzo de 1828, el representante mexicano Vicente Rocafuerte firmó un tratado de colaboración con la Junta de Londres, representada por Torrijos, Flórez Estrada y Flores Calderón. Una vez que accedieran al gobierno de España, se comprometían a que reconocer la independencia de México y de las demás repúblicas hispanoamericanas y a poner fin a los intentos de reconquista, especialmente los que se estaban preparando desde Cuba. A cambio, México les ayudaría en sus proyectos insurreccionales y proporcionaría un empréstito de cinco millones de pesos. El tratado no se ratificó por las turbulencias de la política mexicana, pero los contactos continuaron teniendo lugar en los años siguientes¹⁰⁸. La cuestión de las agresiones españolas a las nuevas repúblicas seguía pendiente, pues el gobierno de Fernando VII no renunciaba, de forma algo voluntariosa, a poder recuperar el control de sus antiguas colonias¹⁰⁹. Ante esta situación, agentes hispanoamericanos propusieron a los líderes militares del liberalismo español en Londres la organización de una insurrección que se planeaba trasatlántica en sus dimensiones. Su objetivo era desarticular la capacidad militar concentrada en la isla de Cuba, que constituía la principal amenaza para las repúblicas del continente, en especial México. Debía ser preparada en Gran Bretaña y Estados Unidos, y una vez que se hubiera logrado la derrota o desertión de las tropas estacionadas en Cuba, debía promoverse un pronunciamiento en la isla, para lo que se contaba con los esclavos, y lanzar a continuación una expedición contra la Península¹¹⁰.

¹⁰⁷ AMAEF, *Mémoires et Documents, Espagne*, 385, f. 40.

¹⁰⁸ Irene CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal en la lucha contra el Antiguo Régimen español (1823-1831)”, en *Revista de História das Ideias*, vol. 10, 1988, pp. 485-506, p. 502.

¹⁰⁹ Edmundo A. HEREDIA, *Planes españoles para reconquistar Hispanoamérica, 1810-1818*, Buenos Aires, Eudeba, 1974; Delfina FERNÁNDEZ, *Últimos reductos españoles en América*, Madrid, MAPFRE, 1992.

¹¹⁰ AHN, Estado, leg. 3076, informe de un confidente al embajador Cea Bermúdez, Londres, 16 de noviembre de 1829, citado por CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal”, p. 503.

Estos grandiosos y seguramente quiméricos planes llegaron a conocimiento del Gobierno español una vez que había fracasado la más importante, y última, tentativa de reconquista. En julio de 1829 una expedición militar salida de Cuba y comandada por el general Barradas desembarcó en las costas mexicanas con el objetivo de derrocar la república mexicana. Fue fácilmente derrotada, pero confirmó a los hispanoamericanos que España aún constituía una amenaza real. El Gobierno español sospechaba que la Junta de Torrijos había colaborado en el fracaso de la invasión española. Torrijos y el coronel Epifanio Mancha habrían contactado a través de Manuel Eduardo de Gorostiza —nacido en Nueva España, había figurado en las filas del liberalismo español durante el Trienio y tras cambiar de nacionalidad había entrado en el cuerpo diplomático mexicano en Europa— con el hermano de este último, Francisco de Paula Mancha, que estaba al frente de la caballería del ejército expedicionario de Barradas. Una vez de vuelta en La Habana, Francisco de Paula fue apresado por las autoridades de la isla¹¹¹.

Precisamente sería Gorostiza, al frente de la delegación mexicana tras la marcha de Rocafuerte, quien canalizó a partir de entonces los contactos entre los españoles exiliados en Londres y los hispanoamericanos. Sin embargo, a estas alturas, tras el fracaso de Barradas, el Gobierno mexicano estaba más interesado en tratar directamente con el Gobierno de Fernando VII que en promover las tentativas insurreccionales de los exiliados, con quienes comenzaba a surgir ciertas tensiones. La Junta de Londres se acercó de nuevo al representante mexicano a principios de 1830, pero Gorostiza respondió a Torrijos que se encontraba en negociaciones con España para que reconociera la independencia a través de la intermediación de los gobiernos británico y francés. En ese preciso momento “la República no podía proteger lo que solicitaban, pero (...) siempre que se desviasen las relaciones citadas, entonces resolvería”. Poco después Gorostiza aseguraba a Alcalá Galiano que no cerraba la puerta a nuevas colaboraciones y que no renegaba de la ayuda económica prestada hasta entonces, pero que “su gobierno no podía dar más ni proteger la revolución de España. Si Torrijos invierte esta cantidad para revolucionar, será obra suya”¹¹². En 1831 Espoz y Mina solicitó a través de sus agentes situados en Nueva Orleans un préstamo al gobierno mexicano para la organización de sus planes insurreccionales, a lo que este se negó¹¹³.

¹¹¹ AHN, Estado, 3076; CASTELLS, *Utopía insurreccional*, p. 136; CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal”, p. 504.

¹¹² AHN, Estado, 3076, informes de Cea; citado por CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal”, p. 505.

¹¹³ CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal”, pp. 505-506.

Buena parte de la financiación que obtuvieron los exiliados españoles, especialmente a partir de 1830, vino de círculos liberales franceses. Las juntas formadas en Francia consiguieron negociar préstamos con capitalistas locales. Como ya se ha visto, la sociedad *Aide-toi, le ciel t'aidera* había servido de intermediaria para conseguir fondos en el momento en que se estaban organizando las expediciones de los Pirineos. Además, esta sociedad estuvo en la génesis de la formación del Comité Cosmopolita, que también concedió préstamos a los españoles. En la red francesa destacaba la enorme figura simbólica del general y marqués La Fayette¹¹⁴. Desde el comienzo del exilio de 1823 había ayudado a los emigrados españoles. Varios militares españoles residentes en Francia en la década de 1820 contaron con su ayuda para reclamar los socorros que les correspondían por las capitulaciones de noviembre de 1823 y que el Gobierno francés no les pagaba¹¹⁵. A principios de 1830, a petición de Torrijos y a través del banquero español residente en París, Lorenzo Calvo, La Fayette consiguió 5.000 francos para sus proyectos. Tras la revolución de 1830, además de proporcionar inicialmente fondos de su propio bolsillo para preparar las expediciones de Torrijos y Espoz y Mina, medió con los inversores franceses para que financiaran a los exiliados españoles a través del Comité Cosmopolita. Como ya se ha visto, en agosto de 1830 obtuvo un crédito de 100.000 francos que debía repartirse entre los diferentes grupos de la emigración española¹¹⁶. A partir de entonces su apoyo a los españoles fue decayendo.

Ya ha sido señalado el apoyo que los exiliados españoles recibieron en Inglaterra, en especial por parte de los radicales, pero también entre sectores importantes del partido *whig*. A finales de la década de 1820 adquirieron una especial relevancia los conocidos como apóstoles de Cambridge, un grupo de jóvenes estudiantes universitarios que, fascinados con la romántica figura de Torrijos, colaboraron con él en la preparación de sus conspiraciones. En la primavera de 1827 el estudiante John Sterling puso en contacto a sus compañeros de la *Cambridge Union Debating Society* con la causa española a través de la lectura de una carta de Torrijos —al que había conocido en su casa familiar de Londres— con la propuesta de realizar una donación al *City Committee* de 20 libras y otra similar a Romero Alpuente. La *Cambridge Conversazione Society*, fundada en 1820, reunía a 12 estudiantes, por este motivo conocidos como los *apóstoles* de Cambridge. Entre ellos destacaban, además de

¹¹⁴ NEELY, *Lafayette and the liberal ideal*.

¹¹⁵ Entre ellos figuraba Torrijos. Sin embargo, parece que solo el brigadier Vicente Sancho consiguió que se le abonara este subsidio; SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, pp. 125-126.

¹¹⁶ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 156, 169-170.

Sterling, su íntimo amigo Arthur Hallam, Alfred Tennyson (que desarrollaría una importante carrera como poeta en las décadas siguientes), Richard Chenevix Trench (poeta e hispanista que llegaría a ser arzobispo de Dublín), el medievalista John Mitchell Kemble o Frederick Denison Maurice. Ciertamente, la iniciativa venía de Sterling, pero el interés por la causa española estaba ya presente en ellos, en el caso de Maurice porque su padre tenía alumnos españoles. Trench se había aproximado a los españoles por intereses literarios y en 1826 había pensado publicar algunos artículos y donar las ganancias al *City Committee*. Entre 1828-1830 los apóstoles de Cambridge desplegaron una intensa actividad en favor de los exiliados españoles. A través de la revista que Maurice y Sterling dirigían (*The Athenaeum*), divulgaron y apoyaron su causa, e incluso algunos de ellos participaron en la expedición que planeaba Torrijos. Sin conexiones partidistas, sus actuaciones han recibido diversas interpretaciones que han subrayado su carácter romántico y su radicalismo juvenil, propiciadas por aseveraciones como esta de Trench en una carta privada de junio de 1830: “dirás que todo esto es estúpido, pero cualquier cosa me parece preferible que pudirme en Inglaterra, con mis energías volviéndose contra mí y corrompiéndome: es acción, acción, acción lo que queremos”¹¹⁷.

Ya se ha indicado, al tratar las conspiraciones de Torrijos, que la donación de 5.000 libras que recibió a finales de 1829 por parte de Robert Boyd, en un momento en que sus recursos estaban bajo mínimos, fue fundamental para su continuación¹¹⁸. Boyd que acababa de regresar de Grecia, era el primo de Sterling, y a través de él se interesó por la causa española. Los *apóstoles*, y especialmente Boyd, se involucraron profundamente en los proyectos de Torrijos. En junio y julio de 1830 Trench y Kemble se embarcaron con dirección a Gibraltar para colaborar con Torrijos, mientras Sterling organizaba la expedición desde Londres. Hallam y Tennyson realizaron una misión secreta en los Pirineos para entregar instrucciones y dinero a los conspiradores españoles. Boyd viajó a Marsella, Gibraltar y Cádiz llevando letras de cambio con las que obtuvo el apoyo de varios comerciantes para financiar a Torrijos¹¹⁹. Cuando Juan

¹¹⁷ Christiana BRENNECKE, “Internacionalismo liberal, romanticismo y sed de aventuras. La oposición inglesa y la causa de España en los años veinte del s. XIX”, en *Segón Congrés Recerques. Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*, vol. 1, Lleida, Associació Recerques, Pagès, 2002, pp.459-474, de donde está tomada la cita de Trench, p. 470; CASTELLS, *Utopía insurreccional*, pp. 138-139.

¹¹⁸ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, p. 155.

¹¹⁹ BRENNECKE, “Internacionalismo liberal”, CASTELLS, *La utopía insurreccional*, p. 156

Rumí fue hecho prisionero en las aguas del estrecho de Gibraltar, Boyd intervino para liberarlo, aunque sin éxito¹²⁰.

Sin embargo, su entusiasmo se fue reduciendo, decepcionados con el grupo de revolucionarios españoles, que no eran como su admirado e idealizado Torrijos, con los enfrentamientos entre ellos y con el fracaso de las primeras tentativas de invasión. Trench regresó a Inglaterra a finales de febrero de 1831 y Kemble tres meses después. Tras su experiencia conspiradora, en enero de 1831 Kemble exponía en una carta privada su desencanto por la causa española:

“En todos los estados de Europa un gran acontecimiento ha tenido lugar, y esta España se encuentra tan letárgicamente bajo sus cadenas como si formaran parte de su propia esencia [...] La indiferencia o temor en la gente, y las intrigas [...] entre los patriotas se nos muestran en todo momento. El pobre Torrijos, tan noble y bueno, con toda su reputación militar y gran sabiduría política, parece una marioneta entre las circunstancias de odio que nos rodean”

Días después escribía en su diario: “España es incapaz de tener libertad; y ahora creo que no la desea”¹²¹. Solo Boyd se quedó junto a Torrijos hasta el final y participó en el desembarco realizado en las costas de Málaga en diciembre de 1831. Fue fusilado por ello junto al resto de participantes.

El escándalo internacional que se produjo tras los fusilamientos de Torrijos y sus seguidores se agravó por las protestas que el Gobierno británico realizó por la ejecución ilegal de dos de sus ciudadanos, Boyd y J. Carter, un carpintero gibraltareño que al parecer había acompañado a los revolucionarios involuntariamente. Gracias a la campaña realizada por los conspiradores que habían sobrevivido pero que habían sido expulsados de Gibraltar —entre ellos Díaz Morales, Epifanio Mancha y Cabrera de Nevares— se movilizó a la opinión pública liberal internacional. En París, López Pinto y el cuñado de Torrijos, Miniussir, contactaron con La Fayette y otros liberales franceses. Lo mismo se hizo con los simpatizantes británicos y Sterling se puso manos a la obra. En las semanas siguientes aparecieron varios artículos en la prensa francesa y británica, denunciando lo sucedido y reforzando la imagen de la monarquía fernandina como un régimen tiránico y brutal. El Gobierno francés y el británico cuestionaron la legalidad de las ejecuciones. En Londres se abrió una suscripción a favor de la viuda de Torrijos y poco después el Gobierno francés le concedió una pensión basada en los

¹²⁰ AHN, Estado, leg. 3075.

¹²¹ Citado por Christiana BRENNECKE, *Von Cádiz nach London. Spanischer Liberalismus im Spannungsfeld von nationaler Selbstbestimmung, Internationalität und Exil (1820–1833)*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2010, p. 338.

subsidios que su marido venía reclamando desde la capitulación de Cartagena en 1823. En Francia, el Comité Polaco y los liberales locales revitalizaron la causa española e impulsaron los últimos movimientos conspirativos, intentando superar las diferencias entre los seguidores de Torrijos y los de Espoz y Mina¹²².

Como se vio en el capítulo 4, el contacto entre liberales españoles e italianos había comenzado durante el exilio de muchos de estos en la España del Trienio. Este contacto continuó a lo largo de los años siguientes en la emigración conjunta que compartieron. Uno de los principales líderes del liberalismo italiano, Enrico Misley, mantuvo un estrecho contacto con Espoz y Mina a lo largo de su exilio. Ambos compartían una visión moderada de los cambios que debían llevarse a cabo empleando métodos revolucionarios. Algunos italianos colaboraron con los españoles en este sentido. En 1829, a instancias de la Junta de Gibraltar, se formó una *Sociedad de constitucionales europeos* en Cádiz, aprovechando que acababa de ser designada ciudad franca. Estaba integrada por españoles e italianos, entre los que destacaba el oficial piamontés Luis Graciani, que había pertenecido a la columna de Antonio Marconchini en 1823. Marconchini, que había dirigido una unidad en la expedición de Valdés a Tarifa en 1824, se encontraba en esos momentos refugiado en Gibraltar y estaba en contacto con el conde Bianqui, uno de los líderes del exilio liberal italiano y coordinador de sus conspiraciones¹²³. Asimismo, los exiliados italianos y españoles colaboraron en varias ocasiones para mejorar la situación de refugiados políticos que ambos compartían. Por ejemplo, como se ha visto en el capítulo 6, en octubre de 1831 unieron fuerzas con el propósito de impedir su expulsión de París.

En su exilio, ambos grupos recibieron la ayuda de los sectores que simpatizaban con la causa liberal de sus países y que se habían opuesto a las intervenciones de la Santa Alianza. Muchos de los apoyos que los exiliados italianos encontraron en Inglaterra eran compartidos con los españoles, como el ofrecido por personalidades como Lord John Russell, John Hobhouse, Sir James Mackintosh, Henry Brougham, Macaulay o Horner (editor del *Edinburgh Review*). Al igual que los españoles, los italianos fueron recibidos en el círculo de Lord Holland. Giuseppe Binda fue bibliotecario en Holland House (una posición que también ocuparon algunos exiliados españoles) y el célebre poeta Ugo Foscolo, a quien Lady y Lord Holland ayudaron en muchas ocasiones, frecuentaba también la casa. El Dr. Allen, que había dedicado su

¹²² CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 247-250.

¹²³ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, p. 147.

atención a elaborar proyectos constitucionales para España, llegó a tratar a Foscolo de unas fiebres en Holland House donde permaneció durante su enfermedad. Los italianos también mantuvieron contactos con el círculo de Jeremy Bentham –John Bowring, Edward Blaquiére, Leicester Stanhope— aunque parece que sus ideas constitucionales no llegaron a ejercer sobre los italianos la influencia que tuvieron sobre algunos españoles¹²⁴.

Entre los exiliados italianos más veteranos estaba el ya referido Ugo Foscolo, que había llegado a Inglaterra en noviembre de 1816, acompañado de su secretario Andrea Calbo. A lo largo de su exilio Foscolo sufrió numerosos problemas económicos que le causaron recurrentes crisis de ansiedad y que le llevaron incluso a pensar en volver a las Islas Jónicas, de donde era natural. Pero Foscolo consiguió salir de sus apuros publicando varios artículos en la prensa británica, realizando traducciones (como los discursos parlamentarios de Francis Horner) y editando los clásicos de la literatura italiana, además de con una herencia que recibió. Foscolo sobrevivió en buena parte gracias al amplísimo círculo de contactos con que contaba en la sociedad británica. Incluía al Duque de Bedford, Lord Brougham, Thomas Campbell, el poeta Samuel Rogers, Roger Wilbraham, Hobhouse (al que conoció a través de Roger Wilbraham, y que le ayudó ofreciéndole encargos literarios), Robert Wilson, Charles Burney, William Stewart Rose, Lady Aberdeen, Lord Guilford, Lady Westmorland, Lady Dacre, Lavinia Spences, Lady Romilly y Lady Lyttelton. Gracias a estos contactos, Foscolo se convirtió en uno de los ejes del exilio italiano en Gran Bretaña, ayudando a muchos de los que llegaron en la década de 1820. Por ejemplo, 46 de sus amigos, entre los que se encontraba el célebre Silvio Pellico, fueron encarcelados por los austriacos tras la invasión de Piamonte, y muchos de ellos, gracias al apoyo de Foscolo, consiguieron exiliarse en Gran Bretaña poco después¹²⁵.

En abril de 1827 Foscolo enfermó gravemente. Mientras estuvo convaleciente le visitaron muchos de sus amigos y el doctor Negri, un exiliado de Parma, fue su médico. El canónigo Miguel del Riego, hermano del general español, que también se encontraba en Inglaterra y a quien le unía una gran amistad, solía mandarle regalos y le visitaba a menudo. Finalmente, Foscolo murió el 10 de septiembre de 1827 y Riego tomó bajo su

¹²⁴ Margaret C. W. WICKS, *The Italian Exiles in London, 1816-1848*, Manchester, Manchester University Press, 1937; Maurizio ISABELLA, *Risorgimento in exile. Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford, Oxford University Press, 2009; ISABELLA, “Italian Exiles and British Politics before and after 1848”, en Sabine Freitag (ed.), *Exiles from European revolutions. Refugees in Mid-Victorian England*, Nueva York-Oxford Berghahn Books, 2003, pp. 59-87.

¹²⁵ WICKS, *Italians*.

cuidado a Floriana, su hija huérfana. Riego vendió los papeles de Foscolo en 1835 a los italianos marqués de Gino Capponi, Enrico Mayer y Pietro Bastogi. Alcalá Galiano, que no tenía en buena consideración al hermano de Rafael del Riego, comentaba en sus memorias que este “se contentaba con hacer papel entre radicales ingleses, y desterrados franceses e italianos, habiendo logrado que apareciese mención de su nombre en la vida del ilustre *Ugo Foscolo*, uno de los objetos de su ambición algo pueril”¹²⁶.

Otro de los grandes nombres del exilio italiano en Gran Bretaña fue el General Guglielmo Pepe, que llegó a Londres desde Lisboa en agosto de 1821, junto al coronel Pisa. Pepe había sido uno de los líderes principales de la revolución napolitana y se había refugiado en España tras la invasión austriaca. Una vez en Londres, Pepe mantuvo relaciones, además de con Foscolo y otros miembros de la comunidad italiana, con un amplio círculo de personalidades que incluía a Robert Wilson, el Duque de Sussex, Lord Holland, Earl Grey, Napier, Sir Francis Burdett, el Major Cartwright, John Gilchrist y Thomas Campbell. Pepe fue uno de los promotores de la organización de un comité de ayuda a los refugiados italianos. Desde 1825 pasó varios veranos en Bélgica, donde entró en contacto con los liberales franceses, entre ellos La Fayette. En 1830 pasó a París junto a La Fayette a participar en la revolución de julio. Durante su exilio publicó varios libros y memorias¹²⁷.

Giuseppe Pecchio llegó a Londres en agosto de 1823 y expuso sus experiencias en la Península Ibérica en varias obras, como *Anecdotes of the Spanish and Portuguese Revolutions*, que publicó ese año en Londres, con introducción de Edward Blaquiere. En Londres dio a la imprenta varios libros más e intentó editar un periódico en italiano que no salió adelante. En marzo de 1825 se trasladó a Grecia para apoyar a los independentistas pero regresó a Inglaterra en junio, publicando sus experiencias en *A picture of Greece*. Poco después consiguió una plaza de profesor de italiano en Manchester College, York, donde hizo amistad con Sydney Smith. En 1830, publicó una biografía de Foscolo que tuvo un gran éxito. Entre los años 1831 y 1832, Pecchio actuó de intermediario entre el Gobierno británico y los revolucionarios del levantamiento en la *Legazione*. Pecchio era en ese momento el más influyente y mejor relacionado de los exiliados italianos en Londres. En 1832, gracias a sus contactos con Holland y Lord Melbourne, consiguió la ciudadanía británica. Totalmente integrado en

¹²⁶ Antonio ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, p. 213.

¹²⁷ En 1848 regresó a Italia para ponerse al frente de tropas revolucionarias napolitanas que junto a las piamontesas se enfrentaron a Austria, y nuevamente derrotado, se exilió de nuevo. Murió en 1855 en Turín. WICKS, *Italians*.

la alta sociedad inglesa, casado con una rica *lady* (contrajo matrimonio con Philippa Brooksbank, con la que vivió en Brighton), se volvió cada vez más escéptico acerca de la posibilidad del triunfo de una revolución en un contexto internacional desfavorable. En 1831 se negó a unirse a ninguno de los comités formados por los exiliados en Londres —donde le ofrecieron la presidencia— y París, con el argumento de que la acción privada sería más efectiva que las asambleas públicas. Murió en Brighton en 1835.

3.2 El filohelenismo y el liberalismo internacional

Probablemente la causa que más entusiasmo despertó en Europa durante los primeros años de la década de 1820 fue la de la independencia griega, que sirvió de aglutinante entre los liberales de varias naciones. En 1821 había comenzado la revolución de independencia de Grecia para separarse del Imperio Otomano. En poco tiempo, el filohelenismo se había extendido por Europa. En 1822 había ya comités griegos en Madrid, Stuttgart, Múnich, Darmstadt, Zúrich, Berna, Génova, París y Marsella. Poco después también se formaron en Estados Unidos¹²⁸. Muchas personalidades apoyaban las causas liberales europeas —especialmente las de la Península Ibérica y las italianas— y la griega simultáneamente y por las mismas razones. Ambas eran entendidas como luchas por la independencia, legítimas por realizarse en contra del sometimiento a un poder político extranjero: las reaccionarias Francia y Austria en nombre de la Santa Alianza y el Imperio Otomano.

De hecho, las causas de España y Grecia estaban conectadas entre sí más de lo podía parecer a primera vista. El que puede que fuera el primer comité filohelénico constituido en Europa Occidental se formó en Madrid en septiembre de 1821 por iniciativa de un comerciante inglés residente en la capital española, John Bowring¹²⁹.

¹²⁸ Douglas DAKIN, *British and American Philhellenes during the war of Greek independence*, Tesalónica, Institute for Balkan studies, 1955; DAKIN, *The Greek Struggle for Independence: 1821-1833*, Londres, B. T. Batsford, 1973; William St. CLAIR, *That Greece Might Still Be Free. The Philhellenes in the war of independence*, Cambridge, Open Book, 2008 (nueva edición); David BREWER, *The Flame of Freedom. The Greek War of Independence*, John Murray, Londres, 2001; Denys BARAU, *La Cause des Grecs. Une histoire du mouvement philhellène (1821-1829)*, París, Honoré Champion, 2009.

¹²⁹ Bowring era un hombre de negocios perteneciente a una antigua familia de comerciantes que había realizado dos viajes a España entre 1813 y 1819, en los que había conocido a varias personalidades liberales. Regresó a España durante los años del Trienio y en 1820 publicó *Observations on the state of Religion and Literature of Spain*. Sus convicciones políticas se encontraban cercanas al radicalismo y también era un activo abolicionista (en 1821 publicó en español en Madrid, *Contestación a las*

Poco se conoce de este comité, pero es probable que la mayoría de sus miembros fueran exiliados italianos en España¹³⁰. Asimismo, el primer lugar al que los enviados del gobierno griego revolucionario, Ioannis Orlandos y Andreas Louriottis, llegaron con el propósito de obtener préstamos para financiar su causa fue la España constitucional de 1823. Cuando descubrieron que la situación del Gobierno liberal español no era ni saneada económicamente ni estable políticamente, siguiendo el consejo del irlandés Edward Blaquiére, marcharon a Londres donde el mercado financiero de préstamos a naciones aún no constituidas estaba abriéndose con las actividades de los enviados diplomáticos de las repúblicas hispanoamericanas. Los griegos contaban ya con algunos contactos en Londres, entre ellos los propios Bowring y Blaquiére, además de Leicester Stanhope y, significativamente Jeremy Bentham, quien entusiasmado por la causa griega, había enviado a Grecia numerosos libros y manuscritos, incluidos sus comentarios sobre la constitución griega de 1822¹³¹.

El ambiente en Londres era de auténtico fervor por su causa y por los potenciales beneficios económicos que se podían obtener como resultado de la apertura de su economía con la obtención de la independencia. Estas expectativas eran similares a las que se tenían con respecto a las nuevas naciones de América Central y del Sur. De hecho, Blaquiére pretendió aprovechar la fiebre inversionista que se vivía en el mercado londinense por las expectativas abiertas por las repúblicas americanas para obtener fondos destinados a la causa griega. Por ello, afirmaba con notoria exageración en uno

observaciones de D. Juan Bernardo O'Gavan sobre la suerte de los negros de África, y reclamación contra el tratado celebrado con los ingleses en 1817). Admirador de Bentham, había sido entre otoño de 1820 y finales de 1822 su intermediario con liberales españoles como Toreno y José Joaquín de Mora. En España en 1821, en noviembre ayudó al conde italiano Alerino Palma en la fundación de un comité griego en Madrid y dos meses después se trasladó junto a Pecchio a Lisboa. Durante su estancia en España en los años constitucionales Bowring mantuvo una correspondencia con Lord Holland en la que comentaba los avatares políticos españoles, con simpatía pero sin dejar de criticar ciertos aspectos del régimen, como su política económica poco liberal. Promovió la colaboración entre liberales de varias naciones. En 1822 fue detenido en Calais por la policía francesa cuando se disponía a alertar a los constitucionalistas españoles y portugueses de los planes de invasión franceses. Se rumoreó que Bowring también estaba implicado en un plan para liberar de prisión a los cuatro sargentos de La Rochela. Su interés por los asuntos peninsulares continuó en los años siguientes, publicando varias obras como "Some account of the state of prisons in Spain and Portugal", en *The Pamphleter*, 1824, y *Ancient Poetry and Romance of Spain*, 1824. Bowring también pertenecía al *City Committee*, y ayudó a Espoz y Mina en la consecución de fondos; Manuel MORENO ALONSO, *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1997, pp. 348-349; Alberto GIL NOVALES (dir.), *Diccionario Biográfico del Trienio Liberal*, Madrid, El Museo Universal, 1991, p. 97; BRENNKE, "Internacionalismo liberal", p. 468; St. CLAIR, *That Greece Might Still Be Free*, p. 142.

¹³⁰ St. CLAIR, *That Greece Might Still Be Free*, p. 142.

¹³¹ "Bentham and the Greek Constitution of 1822", en F. ROSEN, *Bentham, Byron and Greece. Constitutionalism, Nationalism and Early Liberal Political Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1992, pp. 77-102.

de sus libros propagandísticos: “No tengo ninguna duda en estimar que la fuerza física de una Grecia regenerada es completamente igual a la del conjunto del continente sudamericano”¹³². El optimismo respecto a las posibilidades de progreso en un mundo liberal en lo político y en lo comercial hacía afirmar al diario *Morning Chronicle*, recordando la situación en España y Portugal que, “con leyes liberales en la Península y en Grecia, el comercio de Europa se puede ver incrementado en una extensión sin límites, y la prosperidad de la humanidad inducida en un grado proporcional”¹³³.

En Gran Bretaña, en contacto con muchos de los que se habían distinguido en la defensa de la causa española, los griegos consiguieron finalmente una serie de préstamos y excitaron la imaginación de cientos de británicos y de exiliados residentes en Inglaterra, especialmente italianos que, fascinados por el resurgir de una Grecia libre que identificaban con la clásica, marcharon a combatir por ella. Desde Marsella salieron la mayoría de las expediciones que en 1822 llevaron a cientos de entusiastas a luchar al lado de los griegos. La mayoría de ellos eran jóvenes idealistas fascinados por la posibilidad de participar en el renacimiento de la cultura clásica helénica, pero había lugar para todo tipo de personajes: militares desmovilizados tras el fin de las guerras napoleónicas como el francés Baleste, el conde alemán Normann o los británicos coronel Thomas Gordon y capitán de marina Frank Abney Hastings. Pero destacaba la fuerte presencia de refugiados políticos, especialmente italianos, como los piemonteses Tarella y Dania, que morirían en la batalla de Péta. Otros lucharon tanto en el frente español como en el griego, como el general napoleónico y antiborbónico Fabvier, que llegó a Grecia en diciembre de 1823, acompañado por un grupo de compatriotas que habían luchado junto a él en España contra la invasión francesa¹³⁴. También hubo algunos casos de españoles capturados por el ardor filoheleno, como el teniente coronel Atanasio Lescura, redactor de *La Tercerola* durante el Trienio, que marchó en abril de 1822 a Corinto o el capitán José M^a Barona. Dos italianos, Rosarol y Picerré, organizaron en Barcelona una compañía de voluntarios para luchar en Grecia¹³⁵.

¹³² Edward BLAQUIERE, *The Greek Revolution. Its Origin and Progress*, Londres, Whittaker, 1824, p. 305. Blaquiere también escribió una obra sobre España: *An historical Review of the Spanish Revolution, including some account of Religion, manners and literature in Spain*, Londres, 1822.

¹³³ *Morning Chronicle*, 12 de enero de 1824; citado por ROSEN, *Bentham, Byron and Greece*, p. 108.

¹³⁴ BREWER, *Flame of Freedom*, p. 138 afirma que desde el comienzo de la revolución hasta el final de 1822 unos 360 voluntarios, la mayoría alemanes, franceses e italianos, habían salido desde Marsella, en once barcos; sobre los bonapartistas en Grecia, Walter BRUYÈRE-OSTELLS, *La Grande armée de la liberté*, París, Tallandier, 2009, pp. 109-126.

¹³⁵ Francisco RODRÍGUEZ ADRADOS, “España y Grecia en la historia”, en *Estudios clásicos*, tomo XXXIV, n° 102, 1992, pp. 7-16.

Los voluntarios, con evidente sentimiento de superioridad, pretendían instalar un poco de orden entre las irregulares filas de los combatientes griegos a través de la formación de fuerzas que funcionaran bajo una disciplina militar europea. El Regimiento Baleste, dirigido por un oficial que había estado al servicio de Napoleón y que contaba con un grupo de oficiales franceses e italianos, pretendía organizar un ejército de fuerzas regulares griegas, pero regido por criterios militares occidentales. Pero además de los filohelenos que marcharon a Grecia para participar militarmente —y que tuvieron un impacto muy discutible en el curso de la guerra por su desconocimiento de la realidad griega y por su incompetencia militar— también hubo muchos otros que colaboraron con los independentistas de una forma pacífica y promovieron proyectos, especialmente educativos y legales, que tenían como objetivo regenerar a la nación griega¹³⁶.

Muchos italianos fueron a combatir a Grecia con la idea de que las causas griega e italiana estaban estrechamente relacionadas. Ambas eran imaginadas como naciones con un glorioso pasado y una identidad cultural que, a pesar del sometimiento a poderes imperiales extranjeros, habían permanecido vivas. Es más, para algunos el éxito de la independencia de Grecia podría ser útil no solo como impulso y esperanza para la independencia italiana, sino que incluso podría servir como plataforma desde la que organizar y lanzar expediciones militares contra las costas italianas¹³⁷.

La formación de comités españoles en Londres se realizó en paralelo a la creación de comités de apoyo a los griegos y durante el exilio la causa española y la griega estuvieron muy unidas en la mente de los liberales europeos. Muchos de los miembros de los comités filohelenos lo fueron también de los comités de ayuda a los refugiados españoles que se formaron a la llegada de estos meses después, y también participarían en iniciativas para socorrer a los exiliados italianos que por esas mismas fechas llegaron a Inglaterra, muchos de ellos provenientes de España. John Bowring era el secretario del *London Greek Committee*, formado en marzo de 1823, del que también eran miembros importantes figuras públicas de tendencia liberal que habían destacado en la defensa del constitucionalismo español, portugués e italiano, como Hobhouse (que era quien había reclutado para la causa al más célebre de todos los filohelenos, Lord

¹³⁶ Alexis DIMARAS, “The other British philhellenes”, en Clogg, *The Struggle for Greek Independence*, pp. 200-223.

¹³⁷ ISABELLA, *Risorgimento in Exile*, pp. 82-91.

Byron) Jeremy Bentham, Sir Francis Burdett, Henry Brougham, Joseph Hume, David Ricardo, Lord Russell o Sir Robert Wilson.

3.3 La solidaridad ibérica: españoles y portugueses contra el absolutismo en la Península

El apoyo internacional tuvo un episodio especialmente relevante en los contactos que se dieron entre exiliados españoles y portugueses. Poco después de la Restauración fernandina se había intentado desde Portugal llevar a cabo tentativas para hacer caer la monarquía. Por ejemplo, en septiembre de 1825 desde la embajada de París se informaba de los planes de los hermanos Bazán junto a Maronchini y Delgado de pronunciarse en Galicia, adonde llegarían a través de la frontera portuguesa. Semanas después se advertía de que el portugués Antonio Silveyra había ayudado a cinco exiliados españoles que se encontraban en Bayona a pasar a Portugal con propósitos conspirativos¹³⁸. Pero fue a partir de la muerte del rey Juan VI, en marzo de 1826, y la ascensión al trono de Portugal y Brasil de Don Pedro, que cedió la corona del reino peninsular en su hija María y concedió en abril una carta constitucional, cuando los liberales españoles, especialmente la Junta de Londres, se acercaron seriamente a los portugueses.

El miedo a una nueva revolución con Portugal como escenario se había ido apoderando del Gobierno español desde la misma muerte del rey. Pocos días después el duque del Infantado mostraba al secretario del Despacho de la Guerra su preocupación de que “los revolucionarios de toda la península” aprovecharan la situación para “realizar sus planes de anarquía y depredación”¹³⁹. En las semanas siguientes llegaron a España desde Portugal noticias alarmantes, que no correspondían con la realidad, acerca de las intenciones de los portugueses. Desde Lisboa se afirmaba el 31 de julio de 1826 que “[e]l Gobierno de esta capital trata de mandar para España emisarios con dinero, a fin de hacer ahí la revolución y matar a S. M. C. y a todas las personas reales”. Estos temores alcanzaron la cúpula del Gobierno español. El primer secretario del Despacho, el duque del Infantado, creía que el cambio en Portugal se debía a la acción de “Sectas

¹³⁸ AMAEE, Sección Política Interior, leg. 2863, el duque de Villahermosa a Zea Bermúdez, París, 2 de septiembre de 1825, citado por Antonio MOLINER PRADA, “La diplomacia española”, pp. 623-624.

¹³⁹ AHN, Estado, leg. 5389, correspondencia de la embajada en Portugal, 1826; citado por Aquino BRAZ BRANCATO, *Don Pedro I de Brasil, posible rey de España. Una conspiración liberal*, Porto Alegre, EDIPUCRS, 1999, p. 238.

tenebrosas” que habían seducido a Don Pedro para “subvertir las bases legales del Portugal” con la carta constitucional¹⁴⁰.

El Gobierno español se mostraba asimismo muy preocupado por las conspiraciones que los exiliados, que comenzaron a llegar en gran número a Portugal, podrían llevar a cabo desde allí, y por el auxilio que las nuevas autoridades portuguesas podían darles. Una Real Orden de 13 julio 1826 autorizó al Superintendente General de la Policía a enviar agentes secretos a Portugal para espiar a los exiliados españoles¹⁴¹. Asimismo, se ordenó al embajador en Londres que presionara para que los cónsules portugueses no dieran pasaportes a los exiliados españoles residentes en Inglaterra que se dispusieran a pasar a Portugal y que en el caso de que se concedieran, que tratara de impedir su salida¹⁴². En cualquier caso, revolucionarios italianos y españoles continuaban llegando a Portugal “con la idea de armar una como en el 20”, en palabras de una confidente¹⁴³. Espoz y Mina y Torrijos enviaron agentes para coordinar los complots dirigidos por una Junta hispano-lusa formada en Lisboa¹⁴⁴. Portugal se convirtió en una nueva plataforma desde la que planificar y lanzar sus ataques. Entre septiembre de 1826 y febrero de 1827 se proyectaron al menos dos expediciones. Una organizada en el Algarve que pretendía entrar por Ayamonte y otra que planificó una insurrección en Cáceres¹⁴⁵.

Las relaciones entre los gobiernos de Portugal y España entraron en una fase crítica que estuvo a punto de terminar en guerra debido a las acciones de los exiliados de ambas naciones¹⁴⁶. A mediados de 1826 miles de absolutistas portugueses habían salido ya del país. El infante Miguel había sido obligado en mayo de 1824 a exiliarse en Viena tras el fracaso del golpe conocido como la *Abrilada*, que promovió contra su padre el rey Juan VI. Sin embargo, la mayoría de sus partidarios (*miguelistas*) que

¹⁴⁰ AGS, Estado, leg. 8189, f. 8; el duque del Infantado al conde de Alcudia, embajador en Londres, 14 de agosto de 1826.

¹⁴¹ Luis FERNÁNDEZ MARTÍN, *El general don Francisco de Longa y la intervención española en Portugal, 1826-1827*, Bilbao, Junta de Cultura de Vizcaya, 1954, pp. 30-31.

¹⁴² AGS, Estado, leg. 8189, f. 34, y f. 122, informe del conde de Alcudia, Londres, 2 de agosto de 1826.

¹⁴³ AGS, Estado, leg. 8189, f. 69, informe de la confidente Vicenta Olete al embajador en Londres, conde de Alcudia, noviembre de 1826, citado también por CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal”, p. 491.

¹⁴⁴ Florentino Arizcun era el agente de Espoz y Mina y José de Caba, Antonio Baiges y Manuel Núñez de Arenas los de Torrijos, que se unieron a Sierra Mariscal, comerciante español de simpatías liberales instalado en Lisboa; CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal”, p. 492.

¹⁴⁵ AGS, Estado, leg. 8189 y 8229 para la primera; y AGS, Estado, leg. 8190, f. 42, para la segunda; citado por CASTELLS, “Constitucionalismo”, p. 492.

¹⁴⁶ Joaquín DEL MORAL RUIZ, “Realistas, miguelistas y liberales. Contribución al estudio de la intervención española en Portugal (1826-1828)” en José María Jover Zamora (et. alii), *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 239-254.

salieron en 1826 se instalaron en España, donde contaron con el apoyo de la monarquía fernandina, que les llegó a conceder un subsidio. El gobierno español, temeroso del posible contagio revolucionario y dispuesto a ejercer el liderazgo de una Santa Alianza que en esta ocasión se mostraba prudente —y que incluso condenaba las iniciativas españolas contra un régimen considerado legítimo— decidió apoyar a los refugiados en sus incursiones contra el régimen portugués. Ante las protestas de Lisboa, el Gobierno español apeló al “derecho de asilo” para no expulsar a los realistas portugueses. Pero España fue mucho más allá y apoyó a las tropas realistas portuguesas que atravesaron la frontera de Tras-os-Montes en noviembre de 1826. La intervención española provocó la respuesta de Gran Bretaña y el rey Jorge la condenó en un mensaje a la Cámara de los Comunes el 11 de diciembre, celebrado por la prensa. El envío de tropas británicas a Portugal parecía el siguiente paso a tomar. La noticia fue muy bien acogida por los exiliados españoles en Londres que, “tomando el mensaje del rey a las Cámaras por una declaración de guerra a la España”, pasaron una “noche (...) de locura y borrachera en el barrio de Camden Town” y según el embajador español un gran número de ellos se preparaba para atravesar Francia y “levantar y mandar guerrillas” en España¹⁴⁷. El temor de Fernando VII y su gobierno a que la intervención en Portugal fuera empleada por Gran Bretaña como excusa para declarar la guerra a España obligó a dar marcha atrás y asegurar la neutralidad española en el conflicto interno portugués, reconociendo el régimen constitucional de Doña María¹⁴⁸.

En este contexto, entre algunos sectores del liberalismo español en el exilio se comenzó a barajar la posibilidad de que el emperador brasileño Pedro I reuniera las coronas española y portuguesa bajo una monarquía constitucional. El primer contacto se había producido en agosto de 1826, cuando un grupo de exiliados en Gibraltar escribió a Don Pedro a Brasil con el propósito de interesarle en que subiera al “trono constitucional de nuestra Patria” uniendo la “triple corona” portuguesa, brasileña y española. A partir de entonces, rumores acerca de la llegada a Europa de Don Pedro — que nunca respondió a los ofrecimientos de los liberales españoles— circularon por todo el continente, probablemente avivados por los exiliados españoles que querían de esta manera mantener viva la esperanza de un cambio en España¹⁴⁹.

¹⁴⁷ AGS, Estado, leg. 8189, ff. 79-80, Londres, 12 de diciembre de 1826, Alcudía a González Salmón.

¹⁴⁸ FERNÁNDEZ MARTÍN, *El general don Francisco de Longa y la intervención española en Portugal*.

¹⁴⁹ BRANCATO, *Don Pedro I*, pp. 354-355. Brancato reproduce el documento enviado desde Gibraltar el 24 de agosto de 1826 y firmado por Francisco Díaz Morales, Alfonso de Souza Portugal, Juan Rumí Fuentes, Pedro Pereira y Antonio Baiges, pp. 463-464. Brancato corrige el extendido error que

El Gobierno español recibía constantemente informaciones que confirmaban que la alternativa de promover un cambio de dinastía en España pasando de los Borbones a los Braganza portugueses se afianzaba entre los exiliados. En enero de 1827 un confidente comunicaba al conde de Alcudia, embajador español en Londres, de los planes de los exiliados refugiados en Portugal. Una vez hecha la revolución, instalarían en España una regencia, “anatematizarán la augusta familia de Borbón, a la que ellos llaman los más infames epítetos; proclamarán la Casa de Braganza, que es según ellos, la inmediatamente llamada al trono Constitucional de las Españas”. Alcudia sugirió mandar un agente a Lisboa para descubrir “cuáles serán las miras del Gobierno Portugués o de algunos de sus Ministros con respecto a la España, y los Revolucionarios Españoles, y más particularmente sobre el plan de introducirnos la dinastía de Braganza contra los derechos y legitimidad de nuestro adorado Soberano”¹⁵⁰.

Desde luego, algunos exiliados estaban trabajando en esta dirección. Los agrupados en torno a Torrijos prepararon una memoria en 1827¹⁵¹, definida en un informe dirigido a Fernando VII como “un tejido de absurdos inconexos”. Estaba encabezada del modo siguiente: “Bases sobre las cuales se han de formar las principales reglas para la instalación de un gobierno provisional o interino bajo el nombre de Regencia del Imperio o Reinos Unidos de España y Portugal; a cuya cabeza o frente se ha de poner el actual Emperador del Brasil, Don Pedro de Braganza, reinando bajo las condiciones que se estipularán”¹⁵². La Regencia debía formarse en Londres —“o en cualquiera otra parte donde las circunstancias lo exijan”— y estaría compuesta por siete miembros. Su primera tarea sería formar una comisión que fuera “a avistarse con el Emperador y a reiterarle el ofrecimiento de ponerlo en posesión de las dos naciones”¹⁵³.

consideraba que Álvaro Flórez Estrada y Andrés Borrego habían formado parte de este grupo de peticionarios —y que incluso habían llegado a trasladarse a Brasil— atribuyéndolo a un error de Fernández de los Ríos en su libro *Mi misión en Portugal*, que citaba un libro de Borrego (*Historia de una idea*) que hoy en día no se encuentra en ninguna biblioteca.

¹⁵⁰ AHN, Estado, leg. 2824, Consejo de Estado, citado por BRANCATO, *Don Pedro I*.

¹⁵¹ Un borrador de esta memoria fue enviado en agosto de 1830 por Cea Bermúdez al gobierno español. A Cea se la había proporcionado el conde de Via-Manuel que la atribuía al grupo de Torrijos; AHN, Estado, leg. 3075, oficio 666, Londres 19 de agosto de 1830, Cea Bermúdez a González Salmón.

¹⁵² AHN, Estado, leg. 3075, Palacio, 5 de septiembre de 1830, sin firma.

¹⁵³ AHN, Estado, leg. 3075, Palacio, 13 de septiembre de 1830, sin firma. Un año más tarde el representante diplomático español en Río de Janeiro, José Delavat y Rincón, transmitió una copia de una “memoria remitida en el año de 1827” por el “club” luso-hispano. Se trataba de un documento que no estaba firmado y “muy extenso”, compuesto de varios capítulos: “Introducción. Origen de las revoluciones de los Estados. Ydem de la grandeza portuguesa. Carácter del pueblo portugués. De la Monarquía Española desde Fernando el Católico hasta nuestros días. Resumen histórico del reinado de Fernando 7º, dividido en 4 partes, o periodos. Observaciones y conducta de los Borbones de España, para con el Sr Don Pedro 1º”. Delavat solo incluía copia de esta última parte, advirtiendo que solo mandaría copia del resto del documento si así se le ordenaba porque “hay partes tan altamente injuriosas para la

En 1828, la Junta de Torrijos envió a su agente –Sierra Mariscal— a Brasil para que reiterara a Don Pedro “el ofrecimiento que se le hace de ponerlo en posesión de las dos naciones (...) y exigirle que de nuevo acepte la oferta”. Por su parte, Espoz y Mina envió a Río de Janeiro a Fernando Valiñane, español residente en Lisboa¹⁵⁴.

En agosto de 1827 José María Barrero –que había sido segundo secretario en la embajada de Lisboa durante el Trienio— envió desde Londres una nueva carta a Don Pedro acompañada de una amplia memoria. En ella le informaba de los trabajos que los liberales españoles estaban realizando para conseguir una restauración constitucional y le ofrecía la formación del “Reino Unido de España y Portugal”. Barrero se había reunido ya con el embajador brasileño en Londres y contaba con el apoyo del “Consejero de Estado Bernardo Joze D’Abrantes e Castro y el Caballero Joaquín Joze Ferreira de Freitas, Redactor del periódico titulado O Padre Amaro”. En la memoria intentaba convencer a Don Pedro de las ventajas de la unión de ambos países. Uno de los argumentos que esgrimía, además del próspero futuro que aguardaba al nuevo reino, era la amenaza que Fernando VII representaba para Portugal, ya que no lo había reconocido como emperador de un Brasil independiente e intentaba “el destronamiento” de la reina María promoviendo las “conspiraciones, la desertión, armamento de facciosos, las invasiones y sublevaciones”. El bienestar y libertad de ambos reinos dependía de la formación de un régimen monárquico constitucional ibérico con Pedro a su cabeza¹⁵⁵.

Desde el lado portugués también se hicieron acercamientos en este sentido. A finales de 1827 Saldanha –ex ministro de la Guerra de la regente doña Isabel que desde julio de 1827 residía en Francia— ofreció a Torrijos y Espoz y Mina la colaboración portuguesa y la financiación de los comerciantes lisboetas para promover un cambio en España. Saldanha, consciente de la debilidad del régimen portugués, creía que solo con la unión de las causas de ambos países bajo una monarquía constitucional regida por Don Pedro podría tener esperanzas el constitucionalismo en la Península¹⁵⁶.

Augusta Persona de S. M., que sin que V. E. me lo ordene, no tomaré la libertad de remitírselas”; nº 429 Río de Janeiro, 30 de septiembre de 1831.

¹⁵⁴ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 131-132, citando AHN, Estado, 3075 sobre Sierra Mariscal y AGS, Estado, 8324 sobre Valiñane.

¹⁵⁵ La carta y la memoria, que se encuentran en el Arquivo Histórico do Museu Imperial de Petrópolis, están reproducidas en BRANCATO, *Don Pedro I*, pp. 466-477.

¹⁵⁶ CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal”, p. 494; otros portugueses como el arzobispo de Elvas, el general Jorge Avilé, el médico Abrantes o el conde de San Payo apoyaban la unión de las causas liberales portuguesa y española en torno a Don Pedro. Abrantes intervino junto a Saldanha en las negociaciones con los españoles; Alberto GIL NOVALES,

Don Pedro se negó reiteradamente a entrar en los planes de los exiliados. Pero en el verano de 1828 la situación cambió. En julio Miguel I desplazó definitivamente a su sobrina del trono instalando un régimen de rasgos absolutistas que lanzó al exilio a cientos de liberales portugueses y potenció los contactos con los emigrados españoles. La causa de ambos pasaba a estar ahora íntimamente conectada y Don Pedro aparecía como la figura que podía llevar a cabo la restauración constitucional en los dos países. Ya en mayo de 1828 un confidente comunicaba al embajador español en Londres que Saldanha había comunicado al “Centro” instalado en la capital británica de que Sierra Mariscal estaba a punto de regresar de Brasil y que “podía traer noticias positivas sobre las últimas intenciones del Emperador respecto a España”¹⁵⁷.

En el exilio inglés y francés los encuentros entre portugueses y españoles se multiplicaron. La mayoría de los portugueses vivían en muy malas condiciones, sostenidos en gran parte por los fondos enviados desde Brasil y gestionados por Palmela. Los exiliados españoles, en una situación similar y cuyo acceso a los subsidios del Gobierno británico se iba reduciendo, organizaron campañas para la recogida de fondos apelando a la solidaridad del pueblo británico con los portugueses. Exiliados de ambas nacionalidades se encontraron en las sociedades secretas de carácter internacional que se formaron en el exilio, como la “Asamblea de Constitucionales Europeos” o “Centro Universal de Actividad Patriótica” que operó entre 1825 y 1829. Tenía su sede en Londres y en ella participaban además emigrados franceses, así como agentes hispanoamericanos y radicales ingleses. Juan Rumí y Antonio Baiges eran sus secretarios y los representantes españoles. En el seno de esta organización aparentemente se discutieron tácticas y teorías revolucionarias y se organizaron planes conjuntos para provocar una insurrección general y coordinada en Europa. La capacidad real de una organización como esta era muy limitada y las autoridades españolas calificaba sus proyectos de “ridículos y vanos”, aunque no por ello dejaban de vigilarlos con ^{atención}. La amenaza principal venía del propósito de los conspiradores de superar las divisiones en las que se había ^{fragmentado} el liberalismo y unir fuerzas con liberales de otros países, haciendo una “especie de fusión de las tres corporaciones o cofradías a que habían pertenecido en España, uniéndose en este proyecto con sus hermanos o cuñados

“Repercusiones españolas de la revolución de 1830”, en *Del Antiguo al Nuevo Régimen en España*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, p. 187.

¹⁵⁷ AHN, Estado, leg. 2824, Consejo de Estado, citado por BRANCATO, *Don Pedro I*, p. 358.

de Italia y Portugal”¹⁵⁸. En el último tercio de 1829 algunos exilados españoles, portugueses e italianos formaron en Inglaterra una nueva sociedad secreta, que era conocida por la policía por el amenazante nombre de “Los Unidos contra los Tronos y el Clero, o los emprendedores de la anarquía” y que contaba con exiliados en Francia y Países Bajos, además de tener contactos en el interior de sus respectivos países. En ella surgieron intentos de “combinar un Plan general” en España, Portugal e Italia para la primavera de 1830¹⁵⁹.

Mientras tanto, los exiliados portugueses habían mantenido viva la esperanza de hacer caer al rey Miguel. Algunos de los residentes en Inglaterra y Francia habían organizado una expedición de apoyo al movimiento liberal surgido en Oporto en mayo de 1828. Embarcados en el buque *Belfast*, consiguieron llegar a Oporto, aunque no se pusieron de acuerdo con los miembros de la junta revolucionaria instalada en la ciudad, y regresaron a Inglaterra poco después. Este incidente, conocido como la *Belfastada*, incidió en la división que se estaba produciendo entre dos grupos de exiliados portugueses, los *saldanhistas* liderados por Saldanha, Rodrigo Pinto Pizarro y los hermanos Passos, y los *palmelistas* liderados por Palmela, Cândido Xavier y José da Silva Carvalho. Los primeros eran radicales y francófilos, mientras que los *palmelistas*, a quienes Don Pedro terminó por apoyar, eran de tendencia moderada, y tenían como modelo el sistema político inglés. Se enfrentaron, además de por el fracaso de la *Belfastada*, por cuestiones ideológicas que incluían la estrategia política a seguir, en especial en relación al papel que debía tener Don Pedro, y por otros asuntos más prácticos, como el reparto de los subsidios y la administración del depósito de Plymouth a cargo de Palmela y Cândido José Xavier, conocidos como la *camarilha de Audley Street*¹⁶⁰.

De todas formas los portugueses, tras el fracaso de acciones como la *Belfastada*, concentraron sus esfuerzos en asegurar el control de Terceira en las islas Azores, que serviría de plataforma para la organización de las expediciones contra los miguelistas. A partir de entonces comenzaron a dejar de lado la colaboración directa con los españoles, aunque algunos de ellos, como Mendizábal, se mostrarían imprescindibles en la

¹⁵⁸ CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal”, que cita el folleto *Aviso a los incautos sobre los ridículos y vanos proyectos del llamado Centro Universal de Actividad Patriótica establecido en Londres*, sin fecha, p. 497.

¹⁵⁹ CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal”, p. 498, citando AGS, Estado, leg. 8234, 8198, 8199 y AHN, Estado, 3075.

¹⁶⁰ Isabel NOBRE VARGUES y Luís REIS TORGAL, “Da revolução à contra- revolução: vintismo, cartismo, absolutismo. O exílio político”, en Luís Reis Torgal y João Lourenço Roque (coords.), *História de Portugal. O Liberalismo, 1807-1890*, Lisboa, Estampa, 1993, pp. 65-87

organización de sus planes. La isla de Terceira se había convertido, junto a Madeira, en el único lugar del territorio portugués no controlado por el rey Miguel y se encontraba bajo la dirección de una *Junta Provisória do Governo dos Açores*, que reclamaba ser el gobierno legítimo de Portugal en nombre de Pedro y la reina María. Aunque Madeira fue rápidamente sometida por la marina miguelista, Terceira se mantuvo al frente de la oposición liberal. La junta se había transformado en junio de 1829 en la Regencia de Angra por orden de Don Pedro y bajo sus auspicios fueron llegando a Terceira gran cantidad de exiliados que se encontraban en Inglaterra y Francia, entre ellos Palmela, que se puso al frente de la Regencia, y el conde de Vila Flor, nombrado gobernador y capitán general de las Azores y futuro duque de Terceira. Las fuerzas enviadas por Miguel para someter a los opositores liberales fueron derrotadas el 11 de agosto de 1829 en la batalla de Praia. A partir de entonces, bajo la dirección militar del conde de Vila Flor, las fuerzas liberales comenzaron a hacerse con el control de las otras islas del archipiélago.

La “triple unión” de masones, comuneros y carbonarios pudo haber sido planteada, pero lo cierto es que divisiones internas como la descrita anteriormente se reprodujeron en los contactos internacionales llevados a cabo por los grupos de exiliados españoles y portugueses (y también con los italianos). El grupo de Espoz y Mina se mostró más cercano a Palmela, el hombre de Don Pedro en Europa, mientras que el de Torrijos mantuvo mayores contactos con el más radical Saldanha, aunque esperaba recibir ayuda financiera del único hombre que podía proporcionársela, es decir, Palmela. Sin embargo, la falta de apoyo llevó a que a la altura del verano de 1829 las ilusiones puestas por lo españoles en Don Pedro se desvanecieran. El embajador español en Londres anunciaba para entonces que “Don Pedro no mantiene relaciones tan íntimas con estos revolucionarios porque ha conocido que la grande opinión de que se gozaba entre ellos ha decaído muchísimo al ver que no ha cumplido exactamente sus promesas y ofertas que les tenía hechas”. Sin embargo, “no ha cortado enteramente sus relaciones con ellos porque tampoco ha renunciado a valerse de su auxilio en cuanto pueda serle útil para combatir la causa de Dn. Miguel” y “ha ofrecido a la Asamblea dos millones de cruzados pagaderos en pedrerías y alhajas que deben destinar la empresa revolucionaria”¹⁶¹.

¹⁶¹ AGS, Estado, leg. 8196, f. 3, el embajador en Londres, 3 de julio de 1829, citado por CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal”, p. 496.

En cualquier caso, la estrategia de los exiliados portugueses para expulsar a Miguel del trono continuó contando con la participación de los españoles. A principios de 1830, Palmela proporcionó fondos a Espoz y Mina al tiempo que preparaba la entrada de las fuerzas de Don Pedro reunidas en las Azores en el Portugal continental. La gran suma de cien mil libras esterlinas debía dedicarse, según el embajador español en Londres, a “intentar un movimiento revolucionario en la Península, al tiempo que la expedición contra Portugal se lleva a efecto y distraer por este medio la atención del gobierno de S. M. [Fernando VII] que ellos suponen dispuesto a oponerse a sus planes en aquel Reino”¹⁶². Sin embargo, Espoz y Mina no se encontraba dispuesto a participar en la ejecución de un pronunciamiento. En cambio, el grupo más activo liderado por Torrijos sí se encontraba dispuesto a pasar a la acción, aunque carecía de los recursos necesarios para ello¹⁶³.

En agosto de 1831 los liberales portugueses ya controlaban todas las islas del archipiélago de las Azores y Palmela viajó a Londres con el objetivo de conseguir el traslado de Don Pedro a Terceira y el reclutamiento de exiliados con los que dotar las fuerzas liberales. Don Pedro abdicó de su corona imperial brasileña en abril de 1831 y se trasladó a Londres, donde algunos exiliados radicales aun desconfiaban de él. Pero gracias a los empréstitos obtenidos —con gestiones dirigidas por el emigrado español Mendizábal, que como se ha visto también se encargó de cometidos semejantes entre el exilio español— se organizó una escuadra en la Bretaña francesa que salió en febrero de 1832 en dirección a las Azores. De todas formas, esta expedición no contó en ese momento con el apoyo de Saldanha y otros liberales radicales. Algunos exiliados españoles habían entrado en contacto con Saldanha en enero de 1831 para sumarse a la expedición de Don Pedro, lo que el embajador español en Londres consideraba “verosímil y aun consiguiente, siendo unos mismos los intereses e ideas de ambos partidos”¹⁶⁴. Asimismo, en Londres se había formado un “Club hispano lusitano” para coordinar las acciones de españoles y portugueses¹⁶⁵.

Una vez llegado a Terceira en marzo de 1832, Don Pedro se proclamó regente, recogió apoyos en todas las islas y nombró un gobierno con Palmela al frente en el que

¹⁶² AHN, Estado, leg. 3075, citado por CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal”, p. 497.

¹⁶³ AGS, Estado, leg. 8324, citado por CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal”, p. 498.

¹⁶⁴ AGS, Estado, leg. 8237, citado por CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal”, p. 499.

¹⁶⁵ AMAEE, leg. Portugal-Política, 1831-1832, despacho n° 90, muy reservado, del conde de Ofalia a F. T. Calomarde, 4 de febrero de 1832, citado por BRANCATO, *Don Pedro I*, p. 358.

figuraban varios exiliados como José Xavier Mouzinho de Silveira y Agostinho José Freire. En junio ya había reforzado su escuadra que, dirigida por el almirante inglés George Rose Sartorius, se encontraba formada por más de 50 navíos y unos 8.000 hombres, entre los que había ingleses, franceses, belgas, polacos, italianos y alemanes. Algunos de los militares españoles recluidos en depósitos franceses se ofrecieron voluntarios para sumarse al ejército de Don Pedro, como los internados en Cahors que en septiembre de 1832 solicitaron al gobierno francés que les facilitara el viaje a Portugal desde el puerto de Burdeos¹⁶⁶.

El 8 de julio la expedición de Don Pedro desembarcó en Oporto, comenzando la guerra en territorio continental contra los migueлисты, que serían derrotados dos años después. La estrategia insurreccional ensayada sin éxito en numerosas ocasiones por los españoles, consistente en la formación de una expedición que desde el exterior ocuparía un enclave del territorio nacional para promover desde allí un levantamiento general, triunfó finalmente para los exiliados portugueses. Fue así porque se trataba de una expedición mejor planeada y con medios militares y humanos mucho mayores, porque contaban con la legitimidad del rey Don Pedro y porque la monarquía de Miguel I no tenía la fortaleza de la fernandina¹⁶⁷.

La llegada de Don Pedro a Europa aumentó el entusiasmo de los españoles, que pensaban que el triunfo de los liberales portugueses favorecería la caída de Fernando VII. El gobierno español, que hasta entonces no había creído en la posibilidad de que Don Pedro facilitara apoyo a los exiliados, empezó a recibir informaciones que apuntaban en la dirección contraria. El representante español en Río de Janeiro, que en enero de 1831 había asegurado al Gobierno que la perspectiva de que el emperador accediera a los ofrecimientos de los españoles era “quimérica”, una vez que este llegó a Europa cambió de opinión. En las nuevas circunstancias era posible que Don Pedro “se preste a oír proposiciones y sancionar planes que anteriormente se debe suponer desechó, y tal vez reprobó”¹⁶⁸.

Aunque la colaboración entre exiliados liberales españoles y portugueses nunca llegó a concretarse en una acción conjunta –si bien algunos de los españoles, como

¹⁶⁶ ANF, F⁷ 12102, 1749 ER, Espagnols qui demandent à faire parti de l'Expédition de don Pedro, Cahors 17 de septiembre de 1832. Un total de 34 refugiados españoles firmaron la solicitud.

¹⁶⁷ António MARTINS DA SILVA, “A vitória definitiva do liberalismo e a instabilidade constitucional: cartismo, setembrismo e cabralismo”, en Reis Torgal y Roque (coords.), *História de Portugal. O Liberalismo*, pp. 89-105.

¹⁶⁸ AHN, Estado, 3075, oficios de José Delavat y Rincón a González Salmon, Secretario de Estado, n° 394, Río de Janeiro, 17 de enero de 1831, y n° 429, Río de Janeiro, 30 de septiembre de 1831.

Mendizábal, fueron fundamentales para el éxito de la expedición portuguesa— sí se dieron constantes contactos entre ambos grupos tanto en el exilio inglés y francés como en territorio portugués durante el periodo en el que un significativo número de liberales españoles se refugió allí. Se desarrollaron planes insurreccionales conjuntos, e incluso se llegó a pensar seriamente por ambas partes en la posibilidad de unir esfuerzos bajo la dirección y prestigio del emperador de Brasil Don Pedro, proyecto que despertó el entusiasmo de varios exiliados españoles y que no hacía sino poner de manifiesto la cercanía que existía entre los proyectos liberales ibéricos desde su inicio.

La represión obligó a los liberales, muchos de ellos en el exilio, a recurrir a la acción conspirativa violenta contra el régimen monárquico fernandino, una completa novedad en la historia española. Hasta ese momento, el desarrollo del liberalismo había ido acompañado de la defensa de la monarquía, percibida como el elemento de unión alrededor del cual defender la nación de la invasión extranjera y regenerarla a través de una constitución que la seguía colocando en el centro del sistema político. Pero a partir de la negativa de Fernando VII a adoptar la obra de las Cortes que habían liderado el país en su ausencia y la persecución de sus líderes, importantes sectores del liberalismo pasaron a oponerse firmemente al rey y a encabezar acciones armadas que pretendían, si no derrocarlo, al menos obligarlo a restaurar la constitución. En el periodo 1814-1820, la oposición continuó actuando desde la clandestinidad, empleando la plataforma organizativa que le proporcionaban las sociedades secretas —tanto en el interior como en el extranjero a través de los exiliados— e intentó en varias ocasiones derribar al régimen, hasta lograrlo finalmente en 1820. Hasta ese momento, en las conspiraciones habían participado mayoritariamente españoles que no contaron con el apoyo explícito de revolucionarios de otros orígenes. Solo en el caso de aquellas acciones que tenían la vista puesta en América —especialmente la liderada por Javier Mina en Nueva España— se había logrado obtener el apoyo activo de extranjeros.

Todo esto habría de cambiar a partir del comienzo del ciclo revolucionario de 1820 y de la ola represiva de la Santa Alianza que lo siguió, que internacionalizó aún más la política española. En primer lugar, los constitucionales piamonteses y napolitanos junto a los opositores franceses que llegaron exiliados a España trajeron consigo la confirmación que circulaba en ciertos ambientes intelectuales acerca de la

universalidad de la causa liberal. En esta ocasión se trataba de algo que iba más allá del cosmopolitismo ilustrado y que retomaba algunas de las posturas surgidas durante los años en los que la Revolución Francesa había aspirado a ser exportada a todo el continente. Pero ahora el ámbito de proyección no era una Europa ordenada alrededor de la Francia revolucionaria o imperial, sino que estaba definido por el reconocimiento de la diversidad nacional. El Trienio sirvió de crisol para la materialización de la conspiración universal, puesta en práctica —o temida— a partir de entonces. La solidaridad nacida entre liberales españoles, italianos, franceses e ingleses en el combate contra los realistas españoles y frente a la invasión francesa de 1823 sería de vital importancia para prolongar en los años siguientes la lucha contra la contrarrevolución. La España del Trienio jugó un papel simbólico central en la elaboración de este imaginario liberal universalista. Pero la fuerza del liberalismo español recaía también en una dimensión práctica, materializada en un modelo militar y constitucional puesto al servicio de la causa del liberalismo internacional.

Tras la caída del régimen constitucional español y la diáspora liberal que la siguió, reforzada por los acontecimientos casi paralelos ocurridos en Portugal y por las revoluciones de 1830 —que incorporaron a los polacos, nuevas víctimas de la contrarrevolución, a la “alianza de los pueblos”— la conspiración universal pasó a ser el trabajo diario de miles de revolucionarios europeos y americanos, la mayoría exiliados, y a nublar la mente de las autoridades de los Estados de la Restauración y de los grupos más reaccionarios. Los esfuerzos de esta “internacional liberal”, que actuaba a través de sociedades secretas y contactos clandestinos, se centraron en primer lugar en España, que continuaba figurando al frente del imaginario liberal y donde se confiaba que sería fácil hacer caer un régimen como el fernandino, débil por naturaleza y aún no afianzado. Alrededor de diferentes juntas y comités se proyectaron desde Inglaterra y Gibraltar varias expediciones que aspiraban a reproducir el proceso con el que en 1820 se había logrado restaurar la constitución. Se trató sin embargo de acciones mal organizadas y sin las fuerzas necesarias. Tanto el desembarco en agosto de 1824 en Tarifa del grupo de Valdés y el de los hermanos Bazán en Guardamar en febrero de 1826 fracasaron estrepitosamente.

Los líderes de la emigración española, que no habían secundado estas primeras tentativas, pasaron a organizar a través de la actividad clandestina y la formación de sociedades secretas planes de mayor envergadura. Para ello entraron en contacto con liberales —tanto exiliados de otras nacionalidades como simpatizantes de los países en

los que se encontraban y agentes de las repúblicas hispanoamericanas— con los que colaboraron en sus proyectos. El impulso necesario a estas actividades llegó en 1830. Con la esperanza puesta en el nuevo régimen surgido de la Revolución de Julio que inauguraba la que parecía ser una nueva coyuntura internacional favorable y con las facilidades que ahora se abrían en Francia para organizar este tipo de empresas, la actividad conspirativa de los españoles, tanto en el interior como en el exterior, se disparó. En octubre de 1830, Espoz y Mina lideró una expedición, la tercera en ese mes, que entró en España por Vera y el 1 de diciembre de 1831 se produjo el desembarco de Torrijos en Fuengirola. Los intentos de hacer caer el régimen desde el interior, como la insurrección andaluza de 1831 también fracasaron. Así finalizaban las tentativas de los liberales españoles, liderados por los exiliados, por conseguir una transformación política de España. Pero esto no suponía el fin de la conspiración universal, que seguiría viva en la mente de los españoles que no pudieron regresar hasta la muerte de Fernando VII y en la de los liberales de otras nacionalidades, en especial italianos y polacos, que continuarían trabajando en pos de la revolución.

LA IMPRENTA Y LA EDUCACIÓN EN EL EXILIO ESPAÑOL

La proclamación de la libertad de imprenta en España durante las dos etapas liberales, primero durante la Guerra de la Independencia y posteriormente durante el Trienio constitucional, trajo consigo una expansión nunca antes vista de publicaciones de todo tipo, que ensancharon el espacio público y permitieron el desarrollo de una vigorosa opinión pública que se extendió a Hispanoamérica¹. Sin embargo, estas experiencias se vieron por dos veces liquidadas por el retorno de Fernando VII al trono como rey absoluto.

El mismo 4 de mayo de 1814 en que Fernando VII anulaba desde Valencia la obra de las Cortes, se decretó el fin de la libertad de imprenta vigente en España desde 1810. Se reinstauró la censura para todo tipo de publicaciones impresas, anuncios y carteles, además de para las representaciones teatrales. En septiembre, esta misma disposición se extendió a los territorios americanos y asiáticos. Además, a través de otros decretos se ordenó que las obras críticas con la monarquía —como el ampliamente difundido panfleto de 1813 *A la nación española*— fueran retiradas de la circulación². El 25 de abril del año siguiente, se prohibía la publicación de todos los periódicos con la

¹ De hecho, la proclamación de la libertad de imprenta había sido consecuencia de la aparición durante la crisis de la monarquía de poderosas argumentaciones a favor de la constitución de una opinión pública que sirviera de herramienta de movilización y defensa de la nación amenazada por la invasión francesa. Sobre la cuestión de la opinión pública en España e Hispanoamérica, véase Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, “Sobre la construcción, apogeo y crisis del paradigma liberal de la opinión pública: ¿un concepto político euroamericano?”, en *Historia Contemporánea*, n° 27, 2003, pp. 539-563; y “Opinión pública”, en Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 477-486; Víctor M. URIBE-URÁN, “The birth of a public sphere in Latin América during the Age of Revolution”, en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 42, n° 2, 2000, pp. 425-457; François-Xavier GUERRA y Annick LEMPÉRIÈRE et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y Problemas. Siglos XVIII-XIX*, Ciudad de México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-Fondo de Cultura Económica, 1998.

² Circular del Ministerio de Gracia y Justicia, 4 de mayo de 1814; Real Cédula, 1 de septiembre; Real Orden, 22 de diciembre. *Decretos del Rey don Fernando VII. Año primero de su restitución al Trono de las Españas. Se refieren todas las reales resoluciones generales que se han expedido por los diferentes ministerios y consejos desde 4 de mayo de 1814 hasta fin de diciembre de igual año. Por don Fermín Martín de Balmaseda*, t. I, Madrid, Imprenta Real, 1816, pp. 11-12, 231-233, 406.

excepción de los oficiales *Diario y Gaceta de Madrid*³. El ahogo a la expresión pública y la información se volvió total cuando el 17 de mayo se ordenó cumplir de nuevo con las medidas implantadas en 1791 y 1792 por Carlos IV para evitar la entrada de las noticias relacionadas con la Revolución Francesa. En opinión del rey, en 1815 se repetían “los motivos justos” que habían llevado a su padre a imponer el aislamiento español. Los movimientos revolucionarios provenientes de Europa, especialmente a través de Francia, continuaban amenazando a la monarquía española. Se reimplantaron las medidas que prohibían la entrada de cualquier objeto que exhibiera cualquier referencia a las turbulencias francesas —no solo impreso, ya que también se incluían “los abanicos, cajas, cintas y otras maniobras que tuviesen alusión a los mismos asuntos— y en especial “los libros en lengua francesa”⁴. Asimismo, las autoridades españolas en el exterior se afanaron por entorpecer las actividades de los opositores destinadas a la impresión, publicación e introducción en España de escritos contra la monarquía, tanto si eran elaborados por españoles exiliados como por simpatizantes extranjeros. El cónsul en Bayona avisaba en abril de 1816 de la existencia en la ciudad de una “imprensa donde se han dado a la prensa algunos papeles sediciosos” y de que se disponía a “emprenderla”⁵.

De manera similar, en la segunda restauración fernandina también se tomaron medidas contra la libre producción de periódicos y libros o su introducción desde el extranjero. En enero de 1824 se prohibió, como continuación explícita de las medidas de 1815, la publicación de todos los periódicos excepto, de nuevo, el *Diario y la Gaceta de Madrid*. El 11 de abril se promulgó un decreto que había quedado pendiente en 1819, por el que se limitaba drásticamente la importación de libros en España. Quedaba prohibida la introducción de todas las obras incluidas en índices y edictos, así como las desprovistas de licencia, bajo penas de 500 ducados, o en caso de reincidencia, de penas corporales⁶. Asimismo, la educación quedó sometida a los dictados de la monarquía y entregada a la Iglesia. Los avances que se habían dado en el Trienio a través de las actividades educativas que habían puesto en marcha las sociedades patrióticas, las

³ *Decretos del Rey don Fernando VII. Año segundo de su restitución al Trono de las Españas. Se refieren todas las reales resoluciones generales que se han expedido por los diferentes ministerios y consejos en todo el año de 1815. Por don Fermín Martín de Balmaseda*, t. II, Madrid, Imprenta Real, 1819, p. 245.

⁴ *Decretos del Rey don Fernando VII, 1815*, tomo II, pp. 324-327.

⁵ AHN, Estado, leg. 3135, Iparraguirre a Pedro Cevallos, Bayona 5 abril 1816, nº 31.

⁶ Mariano y José Luis PESET REIG, “Legislación contra liberales en los comienzos de la década absolutista (1823-1825)”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, nº 37, 1967, pp. 437-485, p. 465.

academias cívicas y las cátedras de constitución —además del impulso dado a las Sociedades de Amigos del País— fueron postergados tras la restauración absolutista.

En este capítulo se examinan las estrategias que los exiliados españoles siguieron para superar las restricciones que se habían puesto en España a las libertades de expresión y opinión, además de sus actividades educativas, que en muchas ocasiones corrían paralelas a las editoriales. En primer lugar se exponen las actividades de los exiliados afrancesados y liberales como autores. A continuación, se profundiza en las empresas editoriales en las que participaron, prestando especial atención a la figura de Rudolf Ackermann, el empresario que desarrolló la mayor producción de libros y periódicos en español durante la década de 1820 y que empleó para ello a muchos exiliados en Londres. En tercer lugar, se examina la batalla por la opinión pública internacional que tuvo lugar entre los liberales exiliados y sus simpatizantes y el gobierno absolutista español, desarrollada en el contexto de la prensa del exilio. El último aspecto tratado será el de las labores educativas llevadas a cabo por los exiliados.

1. LA IMPRENTA EN EL EXILIO

“La imprenta es un órgano por cuyo medio se hacen escuchar los hombres sabios e imparciales de todos los países, y por él se consigue conocer perfectamente cuál es la verdad”⁷.

1.1. Las representaciones de los afrancesados

Los afrancesados españoles desplegaron una intensa actividad intelectual en su exilio, publicando y traduciendo un buen número de obras. Las representaciones individuales, en las que cada autor exponía su experiencia personal con fines justificativos, fueron el tipo de escritos más común y el mejor reflejo de las preocupaciones de los exiliados afrancesados. Muchas de ellas llegaron a ser impresas para hacer llegar sus argumentaciones a un público más amplio. Los destinatarios de estas publicaciones eran principalmente los españoles y los propios emigrados, pero también el público francés, que en muchas ocasiones pudo acceder a estos escritos en traducciones realizadas por los propios afrancesados. Aunque la mayor parte de las representaciones alcanzó tiradas

⁷ Álvaro FLÓREZ ESTRADA, *Representación hecha a S. M. C. el señor D. Fernando VII en defensa de las Cortes por D. Álvaro Flórez Estrada, impresa en Londres en 1818, y reimpressa después varias veces*, Madrid, Imprenta de Villalpando, 1820, p. 151.

pequeñas, algunas alcanzaron varias ediciones, gracias casi siempre a la capacidad del autor para movilizar recursos, algo que por lo general tenía relación con una alta posición social que reclamaba una defensa más rotunda, como en el caso del marqués de Arneva. Las obras que llegaron a tener una mayor repercusión entre los círculos afrancesados en el exilio fueron la *Representación* de Amorós, que alcanzó los mil ejemplares, y las memorias que los ex-ministros Azanza y O’Farrill escribieron conjuntamente y en las que realizaban una defensa de la totalidad de los afrancesados⁸.

La *Representación* de Amorós aportaba argumentos justificativos que se repetirían en un gran número de obras de la literatura afrancesada en el exilio: que las abdicaciones de los Borbones en Bayona habían incluido la disposición de que los españoles acataran la nueva dinastía; que José I fue reconocido por los ministros y consejeros de Fernando VII, que además publicaron un manifiesto y prestaron juramento al nuevo rey; que lo más adecuado en la situación de crisis de la monarquía era obedecer al nuevo monarca, reconocido por el resto de casas reales europeas excepto la enemiga de Inglaterra; que era conveniente que la misma dinastía reuniese los tronos de Francia y España; que la aceptación de José constituía la única vía pacífica para la culminación de las reformas ilustradas necesarias en España y que se habían impulsado en el siglo XVIII; y, finalmente, que colaborar con el nuevo rey era la única forma de evitar que España fuera gobernada por extranjeros, según usos y leyes extrañas⁹. La *Representación* de Amorós alarmó tanto a las autoridades españolas que en noviembre de 1814 se prohibió su entrada en España y se ordenó la incautación de todos sus ejemplares en español y francés¹⁰.

También hubo obras publicadas en el anonimato, como la que editó en París en 1816 Juan Antonio Llorente, cuya autoría sería finalmente desvelada, entre otras cosas porque su pseudónimo (Nellerto) era demasiado obvio. Su título era *Memorias para la historia de la Revolución Española*. La obra de Llorente, que también fue traducida al francés, tuvo una amplia circulación en Francia e incluso llegaron algunos ejemplares clandestinos a España. En esta obra se defendía la acción de los afrancesados durante la guerra, rechazando la acusación de traición, y se negaba la legitimidad de las Cortes de

⁸ Juan LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1832)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pp. 131-149.

⁹ Rafael FERNÁNDEZ SIRVENT, “Del bonapartismo al restauracionismo borbónico. Actitud política de un *realista constitucional* emigrado a París: Francisco Amorós, 1808-1818”, en José Luis Casas Sánchez y Francisco Durán Alcalá (coords.), *III. Congreso sobre el republicanismo. Los exilios en España (Siglos XIX y XX)*, Vol. II, Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora y Torres, 2005, pp. 11-30.

¹⁰ *Decretos del Rey don Fernando VII, 1814*, tomo I, pp. 348-349.

Cádiz. Sin embargo, muchos de los afrancesados citados en la obra protestaron por esta defensa no solicitada y la criticaron, como fue el caso de Carnerero o Sempere y Guarinos. De todas formas, la obra fue alabada por la *Revue Encyclopédique*, revista en la que Llorente colaboraba¹¹.

Pero “la cumbre de la literatura afrancesada” fue el *Examen de los delitos de infidelidad a la patria imputados a los españoles sometidos bajo la dominación francesa* (1816) de Félix José Reinoso¹². Esta obra constituyó la mejor defensa de la causa de los afrancesados. Reinoso contó con la colaboración de varios amigos afrancesados en la elaboración y distribución de su obra, en especial la de Alberto Lista, que se encargó de los preparativos para su publicación en Francia. La obra fue todo un éxito y, con la ayuda de varios exiliados, llegó a tener una amplia difusión. Se realizó una segunda edición de 3.000 ejemplares por parte de un impresor de Burdeos, Jean Pinard, gracias al apoyo de Miñano, Galdeano y Remón, y hubo interés en una tercera edición por parte de otros impresores franceses, aunque finalmente no llegó a salir. En 1820 se trajeron a España 300 ejemplares de la edición bordelesa y en las siguientes décadas continuó imprimiéndose. Nuevas ediciones aparecieron en Caracas en 1834 y en Madrid en 1842 y 1858. Sin embargo, su gran éxito no sirvió para que los afrancesados fuesen amnistiados en España y, además, el texto fue blanco de las críticas de liberales como Quintana o Bartolomé José Gallardo.

Una vez proclamada la constitución en 1820, continuaron apareciendo obras justificativas de los afrancesados que habían estado en el exilio, con las que intentaban reintegrarse a la vida española. Una de las más importantes fue *Los afrancesados, o una cuestión de política* que Andrés Muriel publicó aún en París. En este breve libro, Muriel resumía los argumentos empleados hasta entonces por la emigración afrancesada y llamaba a una “reconciliación general” con los liberales, subrayando las similitudes entre ambos frente al “poder absoluto”. Por su parte, el ministro del Interior josefino José Martínez Hervás, marqués de Almenara, publicó a su regreso a España una serie de obras en las que justificaba sus acciones como patrióticas y se defendía de las acusaciones que contra él, sus subordinados y demás afrancesados se habían vertido¹³.

¹¹ Gérard DUFOUR, *Juan Antonio Llorente en France (1813-1822). Contribution a l'étude du Libéralisme chrétien en France et en Espagne au début du XIX^e siècle*, Ginebra, Librairie Droz, 1982; LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, p. 138. Llorente no fue el único afrancesado que publicó artículos en la prensa francesa. Otros, como Andrés Muriel, también lo hicieron.

¹² Así la define LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, p. 139.

¹³ LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, pp. 190-193; Andrés Muriel, *Los afrancesados, o una cuestión política*, París, Rougeron, 1820. Muriel, era masón desde 1810, según José A. FERRER

Ante la nueva fase de libertad abierta en 1820 muchos de los afrancesados se acercaron a sus compañeros de exilio liberales, que también habían llevado a cabo una intensa actividad editorial.

1.2. La imprenta del exilio liberal

Los exiliados españoles escribieron y publicaron libros prácticamente en todos los lugares en los que residieron a lo largo de su emigración. El número y calidad de estos dependía, además de sus propios méritos, de las condiciones en las que se podía publicar en el país de acogida. En Gran Bretaña y las repúblicas americanas existía una amplia libertad de imprenta, que en el caso del país europeo se completaba con una importante tradición editorial y una vigorosa opinión pública. En cambio, en la Francia de la Restauración las condiciones no eran tan favorables, aunque la Carta de 1814 proporcionaba un marco lo suficientemente amplio para la libertad de imprenta que, como se ha visto, permitió la publicación de numerosas obras por parte de los afrancesados. Los liberales también participaron de esta producción, aunque en su caso mayoritariamente a través de la colaboración con publicaciones periódicas locales, en general, escritas en francés. Únicamente tras la revolución de 1830 —desencadenada en parte por el intento del Gobierno de limitar la libertad de imprenta— se publicaron en Francia periódicos en español, aunque de limitada fortuna y circulación.

De esta manera, Londres se convirtió en el principal centro de producción de la prensa y los libros editados por los exiliados españoles. La importancia de las publicaciones londinenses, tanto las de los liberales españoles como las de la prensa británica que los apoyaba, explican que en mayo de 1820, en el banquete celebrado por los españoles residentes en Londres en honor a la restauración de la constitución, uno de los brindis que se oyera fuera “La imprenta inglesa propicia a la libertad de España”¹⁴. Los exiliados españoles también colaboraron con revistas y periódicos británicos, algunos editados fuera de la capital, como *The Edinburgh Review*. Londres fue asimismo el núcleo de la producción de libros destinados al mercado hispanoparlante en el que muchos exiliados españoles participaron.

BENIMELI, *Masonería española contemporánea*, Vol. 1, 1800-1868, Madrid, Siglo XXI, 1987, 2ª ed. p. 88; MARQUÉS DE ALMENARA, *El marqués de Almenara a su defensor y a sus jueces*, Madrid, Imprenta del Censor, 1820 y *Pruebas que justifican la defensa del marqués de Almenara, publicada y distribuida en noviembre de 1820*, Madrid, Imprenta de D. León Amarita, 1821.

¹⁴ *El Español Constitucional o Miscelánea de Política, Ciencias, Artes y Literatura*, nº XXI, Mayo de 1820, en Tomo III, p. 400.

Ya antes del exilio de 1814, algunos españoles se habían instalado en Londres y publicado sus obras en la capital británica. El religioso de inquietudes liberales José María Blanco White, había abandonado España en 1810, en un exilio voluntario que se prolongaría durante el resto de su vida. En Londres y otras localidades británicas, Blanco White desarrolló una intensa actividad publicística. En su obra dio forma a una intensa crítica a la sociedad española y cuestionó al liberalismo peninsular, poniendo de relieve sus límites, en especial en materia religiosa y en la cuestión americana, aunque también censurara algunas de las medidas más radicales de los constitucionalistas doceañistas. Blanco White fue el principal (casi único) redactor del periódico *El Español* entre abril de 1810 y junio de 1814, firmando sus artículos como B. W. o Juan Sin Tierra. En Gran Bretaña publicó otras obras, algunas escritas en inglés, como *Letters from Spain*, que apareció bajo el pseudónimo de Leucadio Doblado y que escribió por encargo de Thomas Campbell, editor de *The New Monthly Magazine*¹⁵. También colaboró, como se verá más tarde, con el editor Ackermann en la producción de un periódico en español (*Variedades o Mensajero de Londres*), y en varios periódicos británicos. Publicó artículos en *The Times*, *The Quarterly Review*, *The New Monthly Magazine*, *The London Review* y colaboró con la *Encyclopaedia Britannica*. Pero además de sus obras originales, Blanco White se dedicó a la traducción. En 1820 tradujo la obra del jurista francés Charles Cottu *De la administración de la justicia criminal en Inglaterra y espíritu del sistema gubernativo inglés*, costeadada por el ministro mexicano en Londres, Borja Migoni. José María Vergara, ciudadano de la Gran Colombia, había comenzado su traducción, pero tras enfermar tuvo que abandonarla. La edición española tuvo un gran éxito en Hispanoamérica, influyendo en la edificación del marco jurídico y legislativo de los nuevos estados. La primera edición se agotó en poco tiempo, pero cuatro años después el rioplatense Bernardino Rivadavia le pidió a Blanco White que supervisara una segunda edición, que no aparecería hasta 1826¹⁶.

¹⁵ *Letters from Spain*, Londres, Henry Colburn and Co., printed by S. and R. Bentley, 1822. Tres años más tarde apareció una segunda edición revisada y corregida: *Letters from Spain*, Londres, Henry Colburn and Co., J. Green, printer, 1825. Poco después la obra fue traducida al alemán como *Briefe aus Spanien*, Hamburgo, A. Campe, 1828.

¹⁶ Charles COTTU, *De la administración de la justicia criminal en Inglaterra y espíritu del sistema gubernativo inglés*, Londres, Impreso por Carlos Wood, 1826. La obra se reeditó en España veinte años después: Madrid, Establecimiento tipográfico de D. Ramón Rodríguez de Rivera. Editor, 1849. Una bibliografía completa de la obra de Blanco White, en inglés y en español, en José María BLANCO-WHITE, *Antología de obras en español* (ed. de Vicente Llorens), Barcelona, Labor, 1971, pp. 51-60.

Otro de los pioneros en la publicación en español en Gran Bretaña fue Álvaro Flórez Estrada. Desde 1810 escribió varias obras que vieron la luz en Londres. Entre 1810 y 1811, mientras residía en Inglaterra, adonde había llegado como agente de la Junta de Asturias, Flórez Estrada publicó *Introducción para la historia de la revolución de España* y escribió algunos artículos en *El Español*. Una vez de vuelta a Inglaterra, tras la restauración de 1814, publicó obras de fuerte contenido político y tono muy polémico, entre las que destaca el influyente manifiesto que en 1818 dirigió a Fernando VII, *Representación a Fernando VII en defensa de las Cortes*, que apareció por primera vez, publicado en varias entregas, en *El Español Constitucional* londinense y que el autor intentó hacer llegar por conducto oficial al Rey, a través del duque de San Carlos. En este texto denunciaba los abusos de Fernando VII y recomendaba que para lograr el afianzamiento de su reinado diera fin a la represión política, con una amnistía general para los afrancesados, convocara Cortes según las normas establecidas por las extraordinarias y reintrodujera la libertad de imprenta¹⁷. Más tarde la obra fue editada en forma de libro en varias ocasiones¹⁸.

Durante su exilio en Inglaterra, Flórez Estrada escribió y publicó varias obras sobre política económica, campo que acabaría siendo el más frecuentado por sus escritos de madurez. En 1824 apareció *Efectos producidos en Europa por la baja del producto de las minas de plata*, que fue traducida al inglés como *Reflections on the present mercantile distress experienced in Great Britain, and more or less affecting other nations on the continent of Europe*. La versión española obtuvo un gran éxito y en 1827 apareció una segunda edición aumentada, bajo un nuevo título: *Reflexiones acerca del mal extraordinario que en el día aflige a la Inglaterra y que más o menos incomoda ya a las naciones más industriosas de Europa*. Fue reseñada por el economista Jean-Baptiste Say en la *Revue Encyclopédique* y, traducida también al francés, tuvo una gran difusión en Europa y América. Pero la obra más importante de Flórez Estrada fue su *Curso de Economía Política* que apareció en dos tomos, el primero en 1829, el segundo en 1830, y que en pocos años llegó a las siete ediciones¹⁹.

¹⁷ Miguel ARTOLA, *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa, 1999, p. 486.

¹⁸ Publicada en los números 1 y 2 de *El Español Constitucional*, más tarde apareció como folleto en la Imprenta de E. Justius, en Brick Lane, Whitechapel, Londres, 1818. En 1819 fue traducida al inglés por Charles Toplis (*Representation to H. C. M. Ferdinand VII, King of Spain, in Defence of the Cortes*). En 1820 se editó, al menos, en Madrid y en La Habana. En México apareció una versión reimpresa bajo el título *Carta dirigida al Rey desde Londres por Don Álvaro Flores Estrada*, Madrid, en la imprenta de Vega y Compañía. 1820; Méjico, año de 1820. Reimpreso en la oficina de Don Alejandro Valdés.

¹⁹ María Teresa BERRUEZO, *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra. 1800-1830*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1989; Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA

El periódico español de mayor difusión durante el primer exilio fue el ya citado *El Español Constitucional*, editado en Londres entre 1818 y 1820 por el periodista y médico Pedro Pascasio Fernández Sardino, autor en el Cádiz de las Cortes de *El Robespierre Español*, y por Manuel María Acevedo. Fernández Sardino había pasado tres años en Francia al principio de su exilio antes de trasladarse a Londres, donde comenzó a publicar el periódico que se convertiría en el principal vehículo de expresión de los exiliados liberales en este periodo. Sin embargo, no se puede decir que representara a la comunidad de exiliados española en Londres, sino solo a la tendencia exaltada que sus editores representaban. En marzo de 1820, el periódico madrileño *El Constitucional* publicó una carta a Fernández Sardino redactada en Londres en junio del año anterior por un grupo de emigrados, en la que se distanciaban de sus contenidos:

“Habiendo llegado a entender que dentro y fuera de España se circula por algunas personas la voz de que el periódico que usted publica en esta capital con el título de el Español constitucional, es producción de todos los patriotas españoles residentes en Londres, no siéndolo los abajo firmantes (que no tenemos intervención alguna en composición ni publicación) nos vemos precisados a molestar a Vd. suplicándole lo haga así entender al público por medio de la presente; pareciéndonos no ser cosa justa defraudar a usted del honor que pueda resultarle de su trabajo, ni tampoco que nos carguemos con la responsabilidad de las opiniones que usted estampa, distinta de las nuestras”²⁰.

Uno de los firmantes de esta carta, el conde de Toreno, comenzó durante su primer exilio a trabajar en sus famosas obras históricas sobre los sucesos políticos de España iniciados en 1808. En 1820 dio a la imprenta en París una obra corta en la que defendía a las Cortes de Cádiz, que era un esbozo de su posterior *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, escrita durante su segundo exilio en Francia, en concreto a partir de 1827, y publicada desde 1836²¹.

(coord.), *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853) Política, economía, sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias.

²⁰ *El Constitucional, o sea Crónica científica, literaria y política*, nº 316, Madrid, 20 de marzo de 1820; citado por Manuel MORENO ALONSO, *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1997, p. 338. La carta la firmaban Andrés Rojo, J. de Robles, Conde de Toreno, B. J. Gallardo, A. Garrido, Antonio Flórez Estrada, A. Díaz del Moral, R. Romay, Vicente Martín Gómez, Álvaro Flórez Estrada, Ramón M^a Calatrava, Dr. Fernández Ramírez, A. Nebot, Francisco Ignacio Ajura y Antonio Puigblanch.

²¹ *Noticia sobre los principales sucesos ocurridos en el gobierno de España, desde el momento de la insurrección de 1808 hasta la disolución de las Cortes Ordinarias en 1814, por un español residente en París*, París, P. N. Rougeron en 1820. Este folleto también lo publicó en inglés, en el mismo año de 1820, *The Pamphleteer* (vol. XVII), con el título *Information of the principal events which took place in the government of Spain, from the commencement of the insurrection, in 1808, to the dissolution of the ordinary Cortes, in 1814; intended to explain the causes which led to the late revolution and more particularly to repel the calumnies of the French press, respecting that glorious and memorable occurrence*; Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA, *El conde de Toreno, 1786-1843. Biografía de un liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2005, pp. 144-145.

Los exiliados españoles tuvieron en los hispanoamericanos que residían en Londres como agentes diplomáticos uno de sus principales apoyos. Este encuentro, en ocasiones reencuentro, se tradujo en una amplia colaboración, en la que los españoles hallaron un modo de vida a cambio de participar en la edición y publicación de libros y periódicos destinados a Hispanoamérica. En esta cooperación destacó la figura de Vicente Rocafuerte, primero secretario y luego ministro plenipotenciario de México en Londres. El religioso y doctor en teología Joaquín Lorenzo Villanueva colaboró con gran intensidad en empresas culturales y de propaganda a favor de los americanos, especialmente en los proyectos de Rocafuerte, del que era amigo desde que ambos fueran diputados en las Cortes de 1814. Los dos compartían un profundo interés por la reforma religiosa y alrededor de este tema colaboraron en Londres en varias ocasiones. En 1825 Villanueva publicó dos obras. En primer lugar, una traducción del tratado de William Paley *Natural Theology*, que había sido comenzada por Rocafuerte. Este, inmerso en los asuntos diplomáticos mexicanos, ofreció a Villanueva acabar la traducción y pagó su publicación. A continuación Rocafuerte pidió a Villanueva que escribiera una obra en la que se abogara por la limitación del poder papal y el reforzamiento del gobierno en asuntos religiosos. El resultado fue la *Vida literaria de Don Joaquín Lorenzo Villanueva. Memoria de sus escritos y de sus opiniones eclesiásticas y políticas, y de algunos de sucesos notables de su tiempo. Con un apéndice de documentos relativos a la historia del Concilio de Trento*.

Rocafuerte colaboró con otros exiliados españoles en la publicación de obras sobre otros temas. Financió los dos volúmenes de los *Elementos del arte de la Guerra*, del general Evaristo San Miguel, texto destinado a ofrecer formación militar a los jóvenes hispanoamericanos, y proporcionó los medios para que el economista José Canga Argüelles publicara varias de sus obras. Entre ellas, los *Elementos de la Ciencia de Hacienda* (1825) que dedicó al presidente de México con el propósito de que tuviera una aplicación práctica en América; el *Diccionario de Hacienda* (5 volúmenes, 1826); *Cartas de un americano sobre las ventajas de los gobiernos republicanos federativos*, comenzado por Rocafuerte y acabado por Canga; o el *Ensayo sobre las libertades de la Iglesia española en ambos mundos* (1826), publicado anónimamente, en el que apoyaba al Gobierno mexicano frente al papado. Sin embargo, poco después Canga comenzó su viraje hacia la moderación e inició su acercamiento al régimen de Fernando VII con la esperanza de que se le permitiera regresar a España. Este giro culminó con la condena de la independencia americana y con el apoyo que prestó a la política de Fernando VII

en la *Breve respuesta a la representación de los comerciantes de Londres*, publicada en Londres en 1829.

Pero ya antes Canga Argüelles había mostrado su moderación participando en dos empresas editoriales. En primer lugar, figuró como redactor de *Ocios de Españoles Emigrados*, el periódico más importante publicado por los liberales moderados exiliados en Londres y el de más larga duración. Apareció mensualmente desde abril 1824 a octubre 1826, y regresó como revista trimestral en enero, abril, julio y octubre de 1827. En él Canga Argüelles colaboró con los hermanos Jaime y Joaquín Lorenzo Villanueva. Los hermanos Villanueva se encargaban de la parte literaria, mientras que Canga Argüelles llevaba la parte política. Cuando Jaime Villanueva murió en noviembre de 1824, fue relevado por Pablo Mendíbil. El público al que iba inicialmente destinado eran los españoles exiliados, así como británicos interesados en asuntos españoles, por lo que trataba muchos temas históricos y literarios españoles. Sin embargo, el periódico comenzó también a ser leído por hispanoamericanos, tanto en Gran Bretaña como en América, por lo que empezó a publicar más noticias y opiniones sobre asuntos americanos²². En esta reorientación tuvo mucho que ver la influencia de Vicente Rocafuerte, amigo de los editores, que se convirtió en uno de los principales financiadores con una suscripción de 200 ejemplares a cargo de la representación mexicana, de los 1.000 de los que constaba su tirada total. Rocafuerte animó a sus editores españoles a que trataran temas americanos y a que aspiraran a convertirse en el órgano difusor de la realidad política y cultural hispanoamericana. Rocafuerte también colaboró redactando en el periódico algún artículo. *Ocios de Españoles Emigrados* reprodujo además muchos textos de tres revistas inglesas: *The Atlas*, *The Sphynx* y *The Telescope*.

Tras el cierre de *Ocios*, Canga Argüelles se convirtió en el principal redactor en materias políticas de un nuevo periódico, *El Emigrado Observador*, que era en cierta forma su continuación, y que apareció mensualmente entre julio de 1828 y junio de 1829. Canga y el editor e impresor Marcelino Calero editaron el periódico, presentándolo como la obra de una sociedad de españoles exiliados en Inglaterra y Francia. *El Emigrado Observador* contenía principalmente artículos políticos dirigidos a lectores españoles, aunque también estaba pensado para “las nuevas naciones que

²² La primera referencia a América apareció en el número 3, de junio de 1824. Aportaba datos estadísticos sobre América recogidos por las Cortes gaditanas en abril de 1811 e informaba sobre el regreso de Iturbide a México. A partir de entonces abundan los análisis sobre cuestiones políticas hispanoamericanas y aspectos culturales, científicos y literarios.

habían surgido sobre los restos del antiguo poder español”. Sin embargo, se mostraba muy crítico con el camino tomado por las repúblicas emancipadas, por lo que tuvo una escasa repercusión en América. Su carácter era muy moderado y se adivina en él la búsqueda de una reconciliación con Fernando VII, al que nunca se critica abiertamente, y el abandono del liberalismo más radical para adoptar uno moderado. Sin embargo, en algunos temas se mostraba más heterodoxo, en especial en el religioso, continuando la defensa de la tolerancia religiosa. En sus artículos se transmitía una imagen despolitizada de la vida de los exiliados, alejada de actividades conspirativas, con el propósito de facilitar su regreso a España²³.

También los exiliados que llegaron al continente americano desarrollaron una significativa actividad editorial. Los exiliados peninsulares, cubanos e hispanoamericanos instalados en Estados Unidos destacaron especialmente en este terreno, considerando su corto número y las dificultades a las que se enfrentaron. Muchos de ellos se dedicaron a la escritura, el periodismo o la traducción, y publicaron varios libros y periódicos, fuera como ocupación exclusiva o complementaria de otras. La imprenta en español se desarrolló en Estados Unidos impulsada en gran parte por individuos llegados a lo largo de la década de 1820 por motivos políticos. Concentraron sus actividades en tres ciudades: Nueva York, Filadelfia y Nueva Orleans²⁴.

El exiliado español que ejerció una actividad intelectual más intensa en los Estados Unidos fue Félix Mejía. Instalado en Filadelfia desde 1824, la antigua capital federal se convertiría en un marco idóneo para que redactase una serie de obras dramáticas de temática republicana (*La muerte de Riego*, *Lafayette in Mount Vernon*, *Pizarro o los Peruanos*) además de libros de carácter político (*Carta de Benigno Morales a Félix Mejía*, *Encíclica del Papa León XII en auxilio del tirano de España Fernando VII*)²⁵.

El primer periódico editado por los exiliados (y el primero en español en aparecer en Estados Unidos) fue *El Habanero. Papel político, científico y literario*,

²³ BERRUEZO *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra*, pp. 533-546.

²⁴ Mar VILAR, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos, 1823-1833*, Murcia, Universidad de Murcia, 1994, analiza sus actividades.

²⁵ Félix MEJÍA, *No hay unión con los tiranos. Morirá quien lo pretenda, ó sea La muerte de Riego y España entre cadenas*, Filadelfia, imprenta de Stavely y Brighthurst, 1824 (reeditado en 1825 en la ciudad de México por Juan Cabrera); *Pizarro o los Peruanos*, Filadelfia, imprenta de Stavely y Brighthurst, 1824; *Lafayette in Mount Vernon*, Filadelfia, imprenta de Stavely y Brighthurst, 1825 (traducida al inglés por Chauncey Bulkley); *Carta de Benigno Morales a Félix Mejía*, Filadelfia, 1825 (edición facsímil del Instituto de Estudios Almerienses, 1996); *Encíclica del Papa León XII en auxilio del tirano de España Fernando VII, con una disertación en sentido opuesto por Félix Megia*, Filadelfia, 1826.

fundado en 1824 por el sacerdote cubano y diputado durante las Cortes del Trienio, Félix Varela²⁶. Entre 1824 y 1826 publicó seis números —el séptimo iniciaba un volumen que quedaría incompleto— que salieron en Filadelfia y Nueva York. En el exilio, Varela, que había defendido hasta entonces una posición autonomista, derivó hacia el independentismo. Como diputado en las Cortes había experimentado en carne propia las frustraciones causadas por la intransigencia de liberalismo peninsular, que durante el Trienio se había negado a reconocer en condiciones de igualdad a los territorios de Ultramar. Una vez en el exilio, y con un régimen absolutista instalado en España, se convenció de que la permanencia de Cuba dentro de la monarquía no podría asegurar su felicidad y prosperidad. En su periódico editado en Estados Unidos expuso sus ideas acerca de la necesidad y beneficios de la secesión de Cuba de la monarquía española. A través de un análisis crítico de la presencia española en América, y en Cuba en particular, concluyó que lo más conveniente para la isla era la aplicación de profundas reformas, entre las que incluía la separación de España, el acercamiento a las repúblicas hispanoamericanas y la abolición de la esclavitud. *El Habanero* tuvo un papel muy relevante en la evolución del independentismo cubano. Introducido clandestinamente en la provincia antillana, fue determinante para el desarrollo de una opinión pública que cuestionaba la permanencia dentro de la corona española de Cuba. El gobierno lo prohibió tanto en la isla como en la Península²⁷.

Además de *El Habanero*, en Estados Unidos Varela dirigió dos periódicos en inglés de temática religiosa —*Children's Catholic Magazine* (1838-1840) y *The Catholic Expositor* (1841-1844)—, publicó más obras propias —la obra de carácter religioso *Cartas a Elpidio* (1835), seguida de un segundo volumen en 1838, sus *Lecciones de Filosofía*, reeditadas en cuatro ocasiones más en los siguientes años, y la *Miscelánea Filosófica* (1827)—, editó otras —como las *Poesías* de Zequeira— e hizo además traducciones de todo tipo, pensadas para el mercado hispanoamericano —como el *Manual de Práctica Parlamentaria* de Thomas Jefferson o un curso de *Elementos de*

²⁶ José Antonio PIQUERAS (ed.), *Félix Varela y la prosperidad de la patria criolla*, Madrid, Mapfre, 2007; Félix VARELA, *El Habanero. Papel político, científico y literario*, Miami, Ediciones Universal, 1997.

²⁷ VILAR, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos*, p. 169; Larry R. JENSEN, *Children of colonial despotism. Press, Politics, and Culture in Cuba, 1790-1840*, Tampa, University of South Florida Press, 1988, p. 98. El obispo de Guadix afirmaba que *El Habanero* suponía una amenaza para Cuba por su actitud hacia los negros de la isla, que podía ocasionar “que se presente la misma escena horrorosa de Santo Domingo en La Habana”; informe del obispo de Guadix al duque del Infantado, 11 de agosto de 1825, en Federico SUÁREZ, *Documentos del reinado de Fernando VII. Vol II. Informes sobre el estado de España (1825)*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1966, p. 172.

Química escrito por Humphrey Devy. Desde su ascendente posición en la Iglesia católica norteamericana, participó en las polémicas religiosas en torno al protestantismo y el catolicismo que surgieron en Estados Unidos en el periodo²⁸.

El cubano José Antonio Saco no era un emigrado político, pero estuvo en contacto y colaboró con los exiliados residentes en Estados Unidos durante toda su estancia. Realizó algunas traducciones de gran éxito —como los *Elementos de derecho romano* de Heinecius, que editó en Filadelfia bajo su propia iniciativa— y, una vez que hubo adquirido una imprenta, se lanzó a la publicación de varias obras. Entre ellas destacó *El Mensajero Semanal* editado por Saco en Filadelfia y Nueva York entre julio de 1829 y enero de 1831, y en el que colaboró Varela. Se trataba de un periódico de informaciones útiles que evitaba referencias políticas para poder ser distribuido en Cuba, y en el que participaron numerosas personalidades de las letras hispanas, como Alberto Lista, José María Heredia, Juan Nicasio Gallego o Domingo del Monte. Incluía informaciones de gacetas oficiales españolas y cubanas, pero también de periódicos editados en el exilio, especialmente *Ocios de Españoles Emigrados*. Saco también publicó con su imprenta, que le dotaba de una mayor independencia, una edición de Domingo del Monte de la obra poética de Juan Nicasio Gallego (*Versos*, 1829), que tuvo una buena acogida en Estados Unidos y se distribuyó en Hispanoamérica. También quiso sacar una edición de las obras de Jovellanos, pero tras encontrar dificultades, tuvo que abandonar el proyecto²⁹.

Además de las publicaciones que salieron en ciudades del norte de los Estados Unidos, también en Nueva Orleans, donde muchos exiliados se habían refugiado, se pusieron en marcha empresas editoriales. Los emigrados cubanos contaron con un periódico, *La Abeja*, continuador de la prensa que floreció en la isla durante el Trienio constitucional. Comenzó a salir en 1828 y debió desaparecer alrededor de 1830. Dirigido por el venezolano Feliciano Montenegro, compartía línea editorial con *El Habanero*, rechazando la continuación del dominio español de la isla y oponiéndose a los intentos de reconquista, especialmente de México. Esta república participaba en su

²⁸ Representó a la diócesis de Nueva York en el sínodo nacional, el Saint-Mary College de Baltimore le concedió un doctorado *honoris causa* en teología, fue vicario general e incluso fue propuesto para el obispado de Nueva York, aunque el Vaticano no se lo concedió por las presiones del Gobierno español. Ya enfermo, se retiró a San Agustín de la Florida, donde murió en 1853 en unas deplorables condiciones económicas; VILAR, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos*, pp. 170-174. La novela histórica *Jicoténcal* publicada anónimamente en Filadelfia en 1826 ha sido atribuida a Varela, aunque también se han propuesto como posibles autores el español Félix Mejía y el cubano José María Heredia.

²⁹ VILAR, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos*, pp. 175-184.

financiación y pasaba a Montenegro una pensión para que le tuviera informado de la actuación de los españoles expulsados de México residentes en Estados Unidos y de los planes españoles de reconquista. En *La Abeja* colaboraron exiliados españoles como Ramón Ceruti, Eugenio de Aviraneta, Roca de Sancti Petri o el conde de Moctezuma³⁰.

Los exiliados que llegaron a Hispanoamérica también llevaron a cabo iniciativas editoriales, por lo general de fuerte contenido político. Cuando Félix Mejía se trasladó a Guatemala no abandonó su actividad literaria y periodística. Participó en la fundación del *Diario de Guatemala*, colaboró con otras publicaciones y redactó un opúsculo en el que proponía una salida republicana a la guerra civil en la que se encontraba envuelta la Confederación Centroamericana³¹.

Ramón Ceruti publicó en México varios periódicos. En Veracruz fue el principal editor de *El Mercurio Veracruzano* y *La Euterpe*, y cuando se trasladó a la Ciudad de México colaboró con *El Correo de la Federación Mexicana*. Como ya se ha visto, desde estos medios participó activamente en las luchas políticas que caracterizaron la política republicana mexicana de la década de 1820. Durante su estancia en Buenos Aires, José Joaquín Mora colaboró con el presidente Rivadavia a través de varias publicaciones que dirigió, como la *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* y *El Conciliador*. Trasladado a Chile, allí fundó y colaboró en periódicos como *El Constituyente* y *El Mercurio Chileno*, junto al médico español José Passamán y el botánico italiano Carlos Bertero. Una vez trasladado a Bolivia, continuó allí con sus labores literarias³².

El trabajo editorial de los españoles exiliados en Francia fue bastante menor que el desarrollado en Inglaterra o América, en especial desde el punto de vista periodístico. Aunque bajo el régimen de la Carta otorgada vigente durante la Restauración existía una relativamente amplia libertad de imprenta, ningún emigrado español tomó la iniciativa de comenzar la edición de ningún periódico. Sin embargo, algunos sí colaboraron con medios franceses a través de la redacción de artículos. Andrés Borrego, en París desde el verano de 1828, colaboró activamente con los periódicos *Le Constitutionnel* y *Le Temps*, del que llegó a ser accionista, escribiendo artículos de política internacional. La revolución de 1830 le encontró en la redacción de *Le Temps*. Tras la instalación del

³⁰ VILAR, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos*, pp. 192-193.

³¹ Félix MEJÍA, *Salus reipublicae suprema lex esto*, Guatemala, Imprenta de la Unión, 1827.

³² Miguel Luis DE AMUNÁTEGUI, *Don José Joaquín Mora: apuntes biográficos*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1888; Eugenio COBO, "José Joaquín Mora", en *Cuadernos hispanoamericanos*, n° 528, 1994, pp. 105-110.

régimen orleanista en 1830 algunos exiliados sí tomaron la iniciativa de iniciar empresas periodísticas. Borrego fue uno de los más activos y comenzó a editar en París en septiembre de 1830 un periódico en español, *El Precursor*, del que era el único redactor, además de publicar otras obras polémicas³³. *El Precursor* tuvo una corta vida, y desapareció en diciembre de 1830 tras haber sacado 20 números. Ciertamente, no se trataba de un periódico que aspirara a convertirse en un negocio editorial o a encontrar un público estable. Tenía un carácter, reconocido explícitamente, de difusión de la causa liberal española. Borrego no lo ideó con el objeto de procurarse un medio de vida en la emigración, sino que tuvo unos claros propósitos políticos: apoyar y divulgar las acciones de los exiliados españoles, tanto en Francia como en España, para hacer caer la monarquía fernandina. Este objetivo quedaba claro desde su encabezamiento, en el que se leía: “El objeto principal de la publicación de este papel [es] su introducción *gratis* en el interior de España”³⁴, y a continuación pedía “donativos voluntarios de los Patriotas que gusten contribuir para este fin”. Desde el número 18 se definía como “Periódico consagrado a la defensa de los intereses políticos de los españoles”. Todas sus noticias eran de carácter político. Informaba sobre los acontecimientos de los países europeos en los que se vivía de forma más intensa el enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución, en especial Portugal y Bélgica, pero también ofrecía crónicas políticas sobre Inglaterra y Francia. Su propósito era presentar un cuadro de la política europea del momento en el que las causas liberales de los diferentes países aparecían conectadas en un mismo esfuerzo colectivo.

El Precursor fue un trabajo individual de Borrego, aunque intentó involucrar a más exiliados y contaba, o eso decía, con un corresponsal en Portugal y uno clandestino en Madrid. Durante dos meses lo escribió, administró y costeó él solo, pero a la altura del 7 de noviembre reconocía que no podía continuar con este ritmo que lo tenía “absorbido” y anunciaba que se daba un respiro y que por un periodo de 15 días quizá se vería obligado a no imprimir un número entero, publicando solo “aquellos artículos que buenamente podamos escribir”. A los subscriptores residentes en Francia les anunciaba que les devolvería el dinero, y aseguraba a los “lectores peninsulares, para quien realmente trabajamos” que continuaría con su labor periodística³⁵. Sus gestiones

³³ Concepción DE CASTRO, *Romanticismo, periodismo y política. Andrés Borrego*, Madrid, Tecnos, 1975, pp. 32-35.

³⁴ En el encabezamiento de los números 9 al 17 se añadía además que hacia España “se expiden todas las semanas 2000 ejemplares a costa del editor”.

³⁵ *El Precursor*, nº 12, 7 de noviembre de 1830, “Aviso”.

para involucrar a otros exiliados —“varias plumas españolas de las mejor cortadas”— en la redacción de *El Precursor* tuvieron éxito, y el siguiente número salió solo cuatro días más tarde. En él anunciaba además que la edición del periódico iba a ser mejorada, superando el medio pliego, para “salir de la infancia”³⁶. Esto no sucedió, pues continuó con el mismo formato, pero siguieron apareciendo dos números semanales hasta que en diciembre dejó de publicarse.

Así pues, tal y como ha quedado reflejado en las páginas anteriores, los exiliados españoles desempeñaron una dinámica actividad literaria y periodística durante los años de su emigración. Además de estas obras publicadas fundamentalmente por iniciativa propia, también participaron en empresas editoriales con objetivos principalmente económicos, aunque en ellas se incorporaran en muchas ocasiones propósitos políticos.

2. LAS EMPRESAS EDITORIALES

En el florecimiento de la industria editorial española en el exilio tuvieron también una importancia decisiva factores económicos. Muchos exiliados encontraron en la publicación y en la traducción un medio de vida, aunque también es cierto que en muchas ocasiones la edición de textos en español no era un negocio rentable y únicamente el empeño personal de los exiliados los hacía salir adelante. Más relevantes eran las oportunidades abiertas por la demanda en Hispanoamérica de productos culturales en castellano de carácter liberal. Esta demanda era el resultado de la infradotación en centros de producción cultural de las excolonias —hasta entonces dependientes de la metrópoli— y de la búsqueda de productos culturales adaptados a las nuevas circunstancias políticas y discursivas que la España fernandina no podía suministrar. Algunos editores extranjeros, dándose cuenta de que esta demanda no estaba atendida, centraron sus esfuerzos en cubrirla. Para ello contaron con la colaboración de varios exiliados españoles, que por su formación y experiencia —muchos de ellos habían sido periodistas o escritores en España— y su situación de desempleo y ociosidad en el exilio, eran los individuos ideales para esta labor. En este negocio destacó el editor de origen alemán instalado en Londres Rudolf Ackermann.

³⁶ *El Precursor*, nº 13, 11 de noviembre de 1830, “Aviso”.

Muchos exiliados españoles encontraron en Ackermann a uno de sus principales apoyos, aunque los motivos por los que recibieron su favor nunca fueron exclusivamente políticos. Nacido en Sajonia de un padre maestro artesano sillero —sus hermanos se convertirían en líderes del gremio en Leipzig— estudió diseño de carruajes y de joven se trasladó a París, centro de esa industria³⁷. Antes de 1786 ya estaba en Londres. Partiendo de su éxito como diseñador de modernos carruajes, comenzó una carrera en los negocios en la década de 1790 que le llevó a convertirse en uno de los más importantes empresarios del mundo cultural, especialmente como editor y como comerciante de obras de arte y productos de pintura y dibujo. Durante los años del Terror en Francia (1793-1794) empleó a *émigrés* franceses y alemanes, a los que conocía de su estancia en Francia. Sus contactos con emigrados también le ayudaron en el comercio de las obras de arte que estaban saliendo del continente por las guerras. Casado con la inglesa Martha Massey desde 1794, entró en la Iglesia de Inglaterra y consiguió la naturalización en 1809, aunque mantuvo un marcado acento y ciertas costumbres alemanas. Sus hijos eran bilingües.

Empresario incansable, sus actividades cubrieron una gran variedad de campos, y siempre estuvieron caracterizadas por la innovación y la experimentación con nuevas técnicas. En Londres abrió una escuela de dibujo y fue mejorando su tienda y escuela del Strand (llamada *The Repository of Arts* desde 1798), pasando del número 96 al 101, más cercano a Somerset House. En 1801 patentó un método para hacer impermeables las telas (22 años antes que James Mackintosh) y abrió una fábrica en Chelsea, aunque fue un relativo fracaso. Sí tuvo mucho éxito, por el contrario, con sus productos de pintura, que se vendían por toda Gran Bretaña, y con sus reproducciones artísticas. En 1805 fue elegido para diseñar el ataúd y el coche fúnebre para el funeral del almirante Nelson. En 1807 sacó su primer catálogo, en el que abundaban ilustraciones, libros, medallones, transparencias, caricaturas, manuales de dibujo y materiales de pintura, incluidos colores originales conseguidos con nuevos métodos químicos. También realizó mejoras en la calidad del papel. En este momento sus publicaciones literarias eran de menor calidad que sus reproducciones de pinturas y grabados artísticos.

A la altura de 1815 facturaba unas 30.000 libras al año. Sus actividades comerciales e industriales le situaban en el centro de una amplia red de negocios y

³⁷ La mayor parte de la información sobre Ackermann la tomo de John FORD, *Ackermann, 1783-1983, the business of art*, Londres, Arthur Ackermann & Son, 1983. También Eugenia ROLDÁN VERA, *The British book trade and Spanish American independence: education and knowledge transmission in transcontinental perspective*, Aldershot, Ashgate, 2003

relaciones en la que abundaban escritores, artistas, editores, diseñadores y libreros. Muchos de los artistas que empleaba eran emigrados alemanes y franceses, aunque también usaba los servicios de ingleses. Ese año amplió su tienda con una biblioteca – que se convirtió en una atracción, al tratarse del primer negocio individual iluminado con gas propio— y un salón de té. Los amplios contactos internacionales de Ackermann le permitían mantener unas animadas tertulias (*conversazioni*, según la moda italianizante del momento) en su local del número 101 del Strand. Estas reuniones sirvieron de punto de encuentro y debate entre británicos, hispanoamericanos y liberales españoles, con inquietudes artísticas y científicas³⁸.

Su revista *The Repository of Arts, Literature, Commerce, Manufactures, Fashion and Politics*, publicada desde enero de 1809 a diciembre de 1828, fue uno de sus mayores éxitos y su principal proyecto a largo plazo. Llegó a los 240 números mensuales, con un total de 17.000 páginas y 1.432 *coloured plates*. En 1816 comenzó a trabajar con litografías. No fue el primero en introducirlas en Gran Bretaña pero sí fue un pionero en sus mejoras técnicas y en su aprovechamiento comercial. Editó numerosos libros de litografías, publicó manuales de uso y las introdujo en América, convirtiéndose en uno de los principales promotores de la popularización de su consumo. En 1822 comenzó a publicar una nueva y ambiciosa serie, *The World in Miniature*, que contenía descripciones de todas las regiones del mundo (incluida España, y de las que traduciría al español algunos títulos) lo que da la medida de sus aspiraciones. En 1824 cerró su litografía porque necesitaba más espacio para imprimir su exitosa serie *Forget Me Not*, que en algunos años llegó a las 20.000 copias.

El negociante anglo-alemán no se acercó por principios políticos a las causas de los republicanos hispanoamericanos o los exiliados españoles³⁹. De hecho, los españoles que colaboraron con él no habían ocupado posiciones políticas durante el periodo constitucional. Eran escritores, literatos. No parece que compartiera la opinión extendida entre muchos de los exiliados europeos más comprometidos políticamente y

³⁸ Por ejemplo, cuando el exiliado español José Joaquín de Mora vio en la tienda de Ackermann los diseños que había realizado William Blake para el poema de Blair *The Grave*, pidió a Ackermann que publicara en español sus reflexiones sobre el trabajo de Blake. Ackermann hizo que ambos se conocieran y publicó las *Meditaciones poéticas* de Mora. FORD, *Ackermann*, p. 67.

³⁹ En sus propias palabras, en una carta que escribió a Simón Bolívar en marzo de 1828, sus publicaciones habían “sido emprendidas con la mira especial de difundir en los nuevos Estados de la América los conocimientos útiles, el buen gusto en las letras y artes, y los principios más puros de la moral, sin tocar ninguna controversia religiosa ni discutir ningún partido político”, citado por ROLDÁN VERA, *The British book trade*, p. 128.

los hispanoamericanos (y la de ciertos sectores más radicales de la sociedad británica) de que el sistema político y social europeo estaba corrupto. A lo largo de toda su vida mantuvo relaciones estrechas y de colaboración con instituciones y representantes del Antiguo Régimen. En 1814 publicó un libro para ayudar a las víctimas de las guerras napoleónicas en Leipzig y actuó como secretario de la *Westminster Association*, que recolectó y distribuyó los fondos. A través de esta organización entró en contacto con grandes personalidades, como el principal abolicionista británico del periodo, William Wilberforce, o el novelista escocés Walter Scott, pero también con los arzobispos de Canterbury y York o el duque de Sussex (hermano del príncipe regente). El príncipe contribuyó a la colecta con 500 libras y la reina Charlotte, mujer de Jorge III, con 200. En total se recaudaron 100.000 libras y el Gobierno añadió una suma igual. Ackermann participó privadamente en el fondo con al menos 894 libras. En 1816, el rey de Sajonia le otorgó la Orden del Mérito Civil por su labor. Poco después Ackermann publicó *Historical Account of the House of Saxony*, para celebrar el matrimonio del príncipe Leopoldo, duque de Sajonia y príncipe de Sajonia-Coburgo-Sarsfeld, con la heredera al trono inglés, la Princesa Carlota. Se trataba de un panegírico del príncipe, personaje por el que Ackermann sentía una gran admiración. Ackermann también obtuvo el derecho para hacer el primer retrato de Leopoldo. En 1818 realizó una visita a Alemania, donde recibió diversos homenajes por sus obras benéficas y mantuvo entrevistas privadas con el rey de Sajonia, el duque de Gotha y otros nobles. A su regreso a Inglaterra empezó a actuar como agente en Londres para varias cortes alemanas comprando libros, ganado y máquinas agrícolas. También mantuvo una buena relación con el archiduque Juan de Austria.

Ackermann llevó a cabo una activa labor en la promoción de la educación, la cultura, el conocimiento geográfico, el acercamiento de culturas y la innovación científica, sin renunciar a que estos proyectos coincidiesen con sus intereses empresariales. Tuvo un interés temprano por las posibilidades que se abrían en el mercado de habla hispana. Creía que las nuevas condiciones políticas (acompañadas por una libertad de imprenta establecida por primera vez) aseguraban la necesidad de una mayor ilustración y por lo tanto de un amplio consumo de productos culturales y educativos. Su interés por la producción y comercialización de publicaciones periódicas, libros y materiales educativos destinados a las repúblicas hispanoamericanas no puede separarse de la creciente demanda de este tipo de productos. Ackermann confiaba en el avance ineludible de las ciencias y la educación, y esperaba lucrarse de su participación

en la construcción de una sociedad ilustrada en Hispanoamérica, aunque también se enorgullecía de participar en ese proceso⁴⁰. Las repúblicas iban a necesitar este tipo de materiales, y él se encargaría de suministrarlos. Se especializó en libros de carácter ligero y divulgativo, pensados para un público formado por las clases medias que surgían en las repúblicas hispanoamericanas (incluidas las mujeres), no demasiado instruido. No le interesaba publicar contenidos explícitamente políticos, aunque irremediablemente tenía que prestar atención también a la política. En total, entre 1823 y 1830 publicó 80 títulos de todo tipo en español. Estas obras eran el resultado del esfuerzo colectivo y la colaboración de tres grupos de interés con objetivos no necesariamente concurrentes: el propio Ackermann, como empresario editorial; varios diplomáticos hispanoamericanos residentes en Londres que inspiraron e incluso financiaron la publicación de algunas obras en la casa Ackermann para que sirvieran de vehículo de promoción de las nuevas repúblicas; y los exiliados españoles que se encontraban en Londres y actuaron mayoritariamente como autores o traductores de las obras⁴¹.

El primer sector en el que Ackermann se introdujo fue la prensa. En 1822 tomó la decisión de publicar una revista en español dirigida a Hispanoamérica. En ese momento no había aún muchos españoles en Londres, así que en septiembre se lo propuso al veterano exiliado José Blanco White, que, tras aceptar, solicitó su colaboración a Moratín y Juan Antonio Llorente. Moratín contestó que no podía mandarle material, pero le recomendó a Manuel Silvela, antiguo magistrado. Llorente tampoco podía, y además falleció al año siguiente⁴². Ackermann y Blanco White llegaron a un acuerdo por el cual el español debería redactar y editar un número trimestral, por el que recibiría 75 libras. Sin embargo, Blanco White pronto se desanimó a causa de sus desavenencias y conflictos con Ackermann en torno a los contenidos de la revista. El editor quería una revista, en palabras de Blanco White, “muy superficial”, mientras que el exiliado español estaba interesado en tratar temas políticos y teológicos. Blanco White llegó a abandonar el proyecto pero Ackermann lo convenció para que lo retomara. Blanco White se encontraba presionado por sus circunstancias económicas,

⁴⁰ En noviembre de 1825, en una carta dirigida a Joseph Lancaster, promotor del sistema monitorial de enseñanza que se encontraba en Caracas, Ackermann exponía su intención de “convertir la oscuridad en luz y transformar una nación ignorada y abandonada en seres ilustrados y racionales”, citado por ROLDÁN VERA, *The British book trade*, p. 58.

⁴¹ ROLDÁN VERA, *The British book trade*, pp. 52-97.

⁴² Vicente LLORENS, “Moratín, Llorente y Blanco White. Un proyecto de revista literaria”, en *Literatura, historia, política. (Ensayos)*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, pp. 57-73.

aunque estas no fueran desesperadas, pues recibía una ayuda de 250 libras anuales por parte del Gobierno británico, y de hecho reconocería que para lo que necesitaba el dinero era para pagar el colegio suizo en que estaba su hijo. De esta forma nació *Las Variedades o el Mensajero de Londres*, publicado entre 1823 y 1825 según el modelo de *The Repository*, revista de la que tomaba muchos de sus artículos e ilustraciones originales. Ackermann pretendía que tuviera una gran circulación en América, especialmente en México, por lo que pidió a Blanco White que no tocara temas espinosos, sobre todo religiosos, conocedor de la actitud crítica del español respecto al catolicismo. El primer número apareció en enero de 1823 y tuvo una buena acogida en América. A partir de entonces salió trimestralmente y, hasta su último ejemplar en octubre de 1825, en total se publicaron nueve números. El redactor único fue Blanco White, aunque en el penúltimo número se incorporó Pablo Mendíbil, exiliado español y profesor de castellano en Londres. Los temas tratados en la revista fueron en su inmensa mayoría americanos o, al menos, se dirigían a educar a los hispanoamericanos en materias de historia, literatura, geografía o política. En la revista se publicaron varias biografías de figuras políticas británicas del momento, consideradas como modelos edificantes a seguir por los hispanoamericanos, como Canning, Sir James Mackintosh o el marqués de Lansdowne. También se publicaron panegíricos de Bolívar y de insurgentes y políticos mexicanos como Guadalupe Victoria, Morelos, el vicepresidente general Bravo, Ramos Arizpe o el español Javier Mina. Asimismo, informaba de las actividades literarias realizadas por los emigrados españoles (Mora, Villanueva, Canga Argüelles) y de otras publicaciones de la casa Ackermann. A lo largo de estos números, Blanco White intentó incluir contenidos críticos y análisis profundos con una intencionalidad política dentro de los productos culturales algo inocuos desarrollados por Ackermann. De esta forma, publicó sus *Cartas sobre Inglaterra*, para inspirar a los hispanoamericanos a seguir el modelo de desarrollo político, económico y social inglés. Pero los desacuerdos con Ackermann continuaron a lo largo de estos meses, hasta que finalmente Blanco White abandonó la empresa en octubre de 1825⁴³.

José Joaquín de Mora fue otro de los exiliados españoles que contaron con el apoyo de Ackermann para la publicación de sus obras. Durante los años de su exilio en Londres, Mora fue un autor muy prolífico, tanto en la producción de textos propios

⁴³ Fernando DURÁN LÓPEZ, "Introducción", en José María Blanco White, *Artículos de crítica e historia literaria*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2010, p. lxii; ROLDÁN VERA, *The British book trade*, pp. 65-68.

como en la traducción. Fue el principal redactor de *El Museo Universal de Ciencias y Artes*, una publicación trimestral (apareció entre julio de 1824 y octubre de 1826) que se centraba en materias no tratadas en *Variedades* —ciencias, agricultura, comercio—, periódico al que complementaba. La filosofía tenía también una presencia notoria en sus páginas, ya que Mora había sido profesor de esta materia en la Universidad de Granada, prestando una atención especial al enciclopedismo francés y al pensamiento inglés de Bacon, Locke y Bentham. El objetivo de la publicación era hacer llegar a Hispanoamérica los avances producidos en Inglaterra, país al que presentaba como el modelo a seguir por parte de las repúblicas hispanoamericanas por su carácter emprendedor, la utilidad de sus instituciones, su economía política y sus virtudes domésticas y cívicas. *El Museo Universal* dedicó una atención especial a Buenos Aires y México por la amistad que Mora tenía con los enviados de estas repúblicas, Bernardino Rivadavia y Vicente Rocafuerte, y auguraba muy buenas perspectivas para ellas.

A principios de 1826 se empezó a publicar el *Correo Literario y Político de Londres*, la continuación de las *Variedades* de Blanco White. De nuevo fue Mora el escogido por Ackermann. Fue una revista trimestral que solo llegó a publicar cuatro números desde enero a octubre de 1826. En esta ocasión se pretendió que los textos tuvieran un estilo ameno, de cierto tono ligero, con el objetivo de llegar al máximo público posible, al lector medio americano. Su objetivo era contribuir a extender los gustos literarios por las repúblicas y a instruir distrayendo, por lo que incluía todo tipo de temas relacionados con el ocio: literatura, jardinería, noticias geográficas descriptivas de lugares exóticos, poesía, biografías. Aparecieron varios artículos sobre el género de la novela histórica que el naciente romanticismo estaba poniendo de moda en Gran Bretaña. La literatura británica era la más tratada, con autores como Moore, Campbell, Byron o Wordsworth. Entre los artículos sobre literatura destacan las reseñas de las obras de Walter Scott *Ivanhoe* y *Talismán* —traducidas del inglés por Mora en 1825 y 1826— de obras originales de Mora, de varias ediciones de Ackermann, del poema *Junín* de José Joaquín de Olmedo y del *Teatro escogido* de Gorostiza. También se pretendió incorporar a la mujer al público lector y con ese objeto se incluyeron artículos sobre moda femenina. Para acercar al público los temas tratados se publicaron cuadros geográficos y topográficos. Al igual que hacía *Variedades*, *Correo político y literario* publicó semblanzas (de personajes como Michelena, Egaña, Santander y el General Miller) y noticias políticas. Se trataron temas históricos relativos a Inglaterra, Italia,

México y Guatemala, incluida una reseña de la *Historia Antigua de México* de Clavijero, traducida también por Mora. En temas políticos, la revista fue muy avanzada y se mostró favorable a la república federal como el mejor sistema de gobierno para América. La obra de Rocafuerte y Canga Argüelles *Cartas a un americano sobre las ventajas de los gobiernos republicanos federativos* recibió una reseña muy favorable. Pero la política ocupaba una posición secundaria y Mora se definía como contrario a la revolución y recomendaba la regeneración moral a través de educación.

La vocación educadora de Mora, dirigida al fomento de la ilustración hispanoamericana, lo llevó a traducir, componer y recopilar material para ponerlo a disposición de los lectores en español. Se proponía contribuir a aumentar el nivel de conocimientos y las virtudes humanas y cívicas de los americanos. En muchos de sus proyectos, contó con la colaboración de Ackermann, que lo utilizó también como instrumento de sus intereses empresariales, ya fuera como traductor, escritor o periodista. Sus intereses los llevaron a cooperar de forma asidua. Ackermann publicó las *Meditaciones Poéticas* de Mora, y éste se encargó de la versión española de los populares *Forget Me Not / No me olvides* publicados por Ackermann entre 1824 y 1827. En 1824 Mora tradujo la obra del comerciante norteamericano William Davis Robinson *Memorias de la revolución de México y de la expedición del General don Francisco Javier Mina*, que publicó Ackermann en Londres ese mismo año⁴⁴. En 1826 tradujo del italiano la obra del ex jesuita Clavijero *Historia Antigua de México*. Sus traducciones de Walter Scott también salieron de la casa editorial de Ackermann. Asimismo, Mora recomendó a Ackermann la publicación de las *Cartas sobre la educación del bello sexo* —es probable que él fuera el autor de esta obra aparecida de forma anónima— destinadas a promover la ilustración de la mujer en Hispanoamérica. La supuesta autora de las cartas se congratulaba de la formación en Buenos Aires de una Sociedad de Beneficencia Pública con esa finalidad, promovida por Rivadavia, que era amigo de Mora, y que le convenció poco después para que se trasladara a Buenos Aires⁴⁵. Mora compuso también poemas dedicados a héroes de las independencias hispanoamericanas como Simón Bolívar, Guadalupe Victoria y Bravo, que publicó en la prensa de Ackermann.

⁴⁴ *Memorias de la revolución de México y de la expedición del General don Francisco Javier Mina a las que se han agregado algunas observaciones sobre la comunicación proyectada entre los dos océanos, Pacífico y Atlántico*, Londres, Ackermann, 1824.

⁴⁵ *Cartas sobre la educación del bello sexo, por una señora americana*, Londres, los publica R. Ackermann en su Repositorio de Artes, n° 101 Strand. Impreso por Carlos Wood, Poppin's Court, Fleet Street.

Pablo Mendíbil un abogado afrancesado, amigo de Vicente Rocafuerte, también colaboró en varias ocasiones con Ackermann. Además de su ya comentada participación en *Variedades*, publicó en la casa del editor alemán una versión condensada del *Cuadro histórico de la Revolución mexicana* del novohispano Carlos María Bustamente, aparecida en 1822. El compendio de esta obra de cuatro volúmenes salió seis años después con el título de *Resumen histórico de la Revolución de los Estados Unidos Mexicanos* y sería reeditado en varias ocasiones. Cuando Mora abandonó Inglaterra rumbo a América, Mendíbil se encargó de los *No me olvides* de 1828 y 1829⁴⁶.

Además de la promoción de actividades periodísticas y literarias dirigidas por españoles exiliados en Londres, la empresa editorial más ambiciosa de Ackermann, en la que también participaron algunos emigrados, fue su proyecto de proporcionar a las nuevas naciones libros en castellano que facilitasen la adquisición de los conocimientos básicos en letras, ciencias y artes: fueron los conocidos *Catecismos*, que permitían una fácil y amplia difusión de contenidos educativos⁴⁷. Los emigrados españoles acogieron este plan con ilusión y colaboraron activamente en él. Mora, Villanueva, José Núñez de Arenas, Pastor y José de Urcullu redactaron manuales de todo tipo de materias, como gramática, matemáticas, geometría, historia, geografía o moral. Otros más lo hicieron anónimamente. José Blanco White, que se hallaba junto con Vicente Rocafuerte en el origen de este proyecto editorial, comentó en 1824 al respecto:

“¡Quién diría treinta años ha a los autores cuyas obras aparecen ahora en la imprenta Hispano-Anglicana del Sr. Ackermann, que habían de venir a ejercitarse a esta capital, y que el mercado de estas obras había de hallarse en Estados libres al otro lado del Atlántico? Tan grandiosa es la idea del bien que gratamente resultará de este estado de cosas que bien puede consolar, en parte a lo menos, a los hombres beneméritos que viven del fruto de su ingenio en un destierro no afrentoso. Mucho han perdido, pero en mi opinión, mucho más han ganado. El vuelo que han tomado sus entendimientos, el ensanche que han recibido sus ingenios, la cultura que ha adquirido el gusto de todos ellos, deben consolarlos en sus desgracias”⁴⁸.

Los *Catecismos* de Ackermann estaban basados en varias obras, también llamadas *Catechisms*, aparecidas en Gran Bretaña en las primeras décadas del siglo XIX, y especialmente en las escritas por Pinnock. De todas formas, las traducciones realizadas

⁴⁶ BERRUEZO, *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra y Catalogue Ackermann, publisher of Books and Prints and superfine Water Colour Manufacturer to his Majesty*, Londres, Repository of Arts, 1830.

⁴⁷ ROLDÁN VERA, *The British book trade*, analiza en profundidad estos catecismos en el capítulo 4 “Reading in questions and answers”, pp. 135-165.

⁴⁸ *Variedades*, II, pp. 252-253, citado por MORENO ALONSO, *Forja del liberalismo*, p. 369-370.

por los exiliados españoles contenían numerosas modificaciones que, en ocasiones alteraban significativamente su contenido⁴⁹.

Los *Catecismos* tuvieron un gran éxito. De las primeras ediciones se hicieron 4.000 ejemplares y varios *Catecismos* fueron reimpresos, incluso dos veces. Tuvieron gran circulación en Hispanoamérica. Ackermann había entrado en contacto con Joseph Lancaster, el pedagogo cuáquero creador del método educativo de enseñanza mutua que lleva su nombre y que pronto llegó a ser inmensamente popular en las jóvenes naciones iberoamericanas⁵⁰. Lancaster se había trasladado a Venezuela y establecido, con el apoyo de Bolívar, una escuela en Caracas. Su proyecto de proporcionar a las nuevas naciones libros en castellano que facilitasen la adquisición de los conocimientos básicos en letras, ciencias y artes encontró en los *Catecismos* de Ackermann un valioso apoyo, y comenzó a usarlos en sus escuelas. Siguiendo una petición de Ackermann, Lancaster recomendó en los periódicos colombianos sus catecismos como acompañamiento a su método educativo y le proporcionó copias a Bolívar⁵¹. Al principio Ackermann se valió de los servicios de unos agentes comerciales ingleses instalados en Caracas, Powles, Hurry, Ward & Company, para distribuir sus libros. Pero estos no satisficieron a Ackermann ya que solo encargaron un gran número de copias de sus libros sobre Oxford y Cambridge y unos pocos ejemplares de los *Catecismos*⁵². Ackermann escribió a Lancaster quejándose de su actuación y pidiéndole que le recomendara “un activo y honorable nativo que impulse mis obras”⁵³. Lancaster recurrió entonces a un escocés, Robert Hill, dueño de un almacén de productos variados en Caracas donde vendía alcohol y objetos domésticos. Hill no demostraría ser mucho mejor agente que Powles, Hurry, Ward & Company⁵⁴.

Los contratiempos de Ackermann no acabaron aquí, sino que un desafío aun mayor apareció en forma de copias ilegales de sus publicaciones. En diciembre de 1825 ya se había quejado a Lancaster en relación a la piratería de algunos editores franceses que estaban publicando copias de sus libros en París y distribuyéndolos en Hispanoamérica. A través de Lancaster solicitó al Gobierno grancolombiano protección para sus publicaciones. La Cámara de representantes, interpretando que Ackermann pretendía conseguir el derecho exclusivo para la importación de libros en español,

⁴⁹ Sobre los contenidos de los catecismos, véase ROLDÁN VERA, *The British book trade*, pp. 78-97.

⁵⁰ FORD, *Ackermann*, p. 86.

⁵¹ Ackermann a Lancaster, 3 de noviembre de 1825, FORD, *Ackermann*, p. 86.

⁵² Ackermann a Lancaster, 5 de mayo de 1825, FORD, *Ackermann*, p. 86.

⁵³ Ackermann a Lancaster, 3 de noviembre de 1825, citado por FORD, *Ackermann*, p. 86.

⁵⁴ Hill anunció en *El Colombiano*, n° 157, 17 mayo 1826 su actividad comercial junto a Ackermann.

rechazó la reclamación⁵⁵. Para acabar de empeorar las cosas, Lancaster entró en octubre de 1826 en una difícil situación por sus deudas y tuvo que abandonar Caracas, mientras que Hill no cumplía con sus obligaciones financieras⁵⁶. Cuando a finales de 1827 Bolívar escribió a Ackermann elogiándolo por su contribución a la formación de la educación de su país, este le contestó quejándose de la piratería de los editores franceses y de que su Gobierno no hiciera nada para impedirla. Además, un editor venezolano había comenzado a reimprimir sus libros, en especial el *bestseller* de Ackermann *Catecismo de Moral*⁵⁷.

Además de sus proyectos editoriales, Ackermann se involucró en la política hispanoamericana a través de sus negocios con los independentistas. En 1819 firmó con el representante de Venezuela en Londres un contrato para enviar colonos británicos al país, e invirtió casi 970 libras en la empresa. Dos años más tarde Ackermann mostró sus simpatías por los revolucionarios venezolanos cuando les vendió a crédito dos prensas litográficas portátiles, que seguramente fueron usadas por el ejército independentista de Bolívar para imprimir su propaganda. Es probable que la imprenta vendida en 1824 a Buenos Aires fuera también un producto de Ackermann⁵⁸.

A principios de 1822 recibió el encargo por parte de la casa financiera londinense Hering, Graham & Powles para diseñar e imprimir los bonos certificados del primer préstamo colombiano. Ackermann podía producir bonos con características gráficas avanzadas y muy difíciles de falsificar gracias al nuevo método de grabado en acero con el que contaba: la “siderografía”. Este método, patentado por Sir William Congreve, presentaba numerosas ventajas de seguridad con respecto a otros métodos más comunes basados en grabados en madera, como el de Thomas Bewick⁵⁹.

⁵⁵ Lancaster al vice-presidente Santander, 15 de agosto de 1825, Archivo Histórico Nacional, Bogotá, Series Interior y Relaciones, vol 100, ix, n°18, citado por FORD, *Ackermann*, p. 86. Ackermann intentó luchar contra esta producción, aunque tuvo poco éxito, pues las leyes de protección de propiedad intelectual no estaban desarrolladas a nivel internacional. En sus catecismos alertaba a los consumidores de ello: “El Editor de esta Obra ha sabido que se están imprimiendo en Francia todas las que ha publicado en lengua Castellana, con el designio de introducirlas en América, y venderlas a precios más cómodos, como es fácil hacerlo cuando no hay que pagar los originales. Los Congresos de las Repúblicas Americanas le han asegurado la propiedad literaria, y es de esperar que el público justo e ilustrado de aquellos países la confirme, rehusando todo estímulo y favor a una violación tan escandalosa de un derecho sagrado. El Editor ha tomado la precaución de comunicar su catálogo a las oficinas de las Aduanas, a fin de que se impida la entrada de estas ediciones ilegales”, *Catecismo de Historia Natural*, por D. José de Urcullu, Londres publicado por R. Ackermann, 101 Strand, y se vende en Méjico, Colombia, en Buenos-Ayres, Chile, Perú y Guatemala, sin fecha, Londres, Impreso por W. Clowes, Northumberland court, p. vii.

⁵⁶ FORD, *Ackermann*, p. 86.

⁵⁷ Ackermann a Simón Bolívar, 18 de marzo de 1828, FORD, *Ackermann*, p. 88.

⁵⁸ Eugenia ROLDÁN VERA, *The British book trade*, pp. 102-103.

⁵⁹ FORD, *Ackermann*, p. 87.

Además de realizar este tipo de encargos, Ackermann invirtió privadamente en los negocios y deuda de las naciones iberoamericanas. En enero de 1824 compró a través del *broker* londinense B. A. Goldschmidt & Co 800 libras en bonos mexicanos. En abril adquirió 600 libras del segundo préstamo colombiano y en mayo 540 del brasileño. Cuando en 1825 el mercado financiero de Londres se hundió, Goldschmidt & Co. quebró, llevándose consigo buena parte del préstamo colombiano, que había sido depositado en la compañía y no en un banco. Poco después, el Gobierno colombiano anuló sus compromisos respecto al préstamo⁶⁰.

Ackermann también invirtió en compañías mineras hispanoamericanas, de nuevo sin éxito, pero sin las consecuencias catastróficas de sus inversiones financieras. Solo entre diciembre de 1824 y enero 1825 surgieron en Gran Bretaña 26 compañías mineras con un capital total de unos 3 millones de libras que proyectaban explotar recursos situados en Iberoamérica. En octubre de 1824, Ackermann invirtió 200 libras en la *Mexican Mining Company* y en los primeros meses de 1825 compró acciones por 15 libras en la *Chilean Mining Association*, 25 en la *Chilean and Peruvian Mining Association* y 240 en la *Tlalpuxahua Mining Association*⁶¹. A finales de año la burbuja especulativa en la que estas empresas se habían convertido estalló y Ackermann perdió su inversión. Ackermann también compró participaciones por valor de 165 libras en *Rio de la Plata Land Association*, una compañía constituida con el objetivo de llevar emigrantes y colonizar tierras agrícolas en la zona del Río de la Plata. Ackermann había invertido en este proyecto a instancias de Rivadavia, uno de los *contertulios* en sus *conversazioni* y el ministro bonaerense responsable de esa promoción⁶². La empresa estaba dirigida por los Robertsons, dos hermanos escoceses que habían comprado 16.000 acres cerca de Buenos Aires y reclutado a 220 escoceses de las Lowlands que en mayo de 1825 salieron de Leith, llegando a Buenos Aires en agosto. Todo parecía ir bien, pero debido a la naturaleza altamente especulativa de la operación no se le dio tiempo al proyecto para dar beneficios, dejando a los escoceses a la busca de trabajo en la región, que en su mayoría consiguieron, y a los inversores sin su dinero⁶³. Ackermann también tenía intereses más allá de Latinoamérica. En 1819 solicitó tierra en la colonia penal de Van Diemen's Land (en la actual Tasmania) y por las mismas fechas adquirió

⁶⁰ FORD, *Ackermann*, Ackermann Bank Accounts.

⁶¹ FORD, *Ackermann*, Ackermann Bank Accounts.

⁶² FORD, *Ackermann*, Ackermann Bank Accounts.

⁶³ FORD, *Ackermann*, pp. 87 y ss.

una concesión de terreno en Nueva Gales del Sur (Australia), adonde envió a un agente con el objeto de crear una colonia agrícola en la zona.

En 1824 Ackermann comisionó a su hijo George y a su futuro yerno Johan Heinrich Dick (hijo de un socio de Ackermann en Offenbach) a México, para que abrieran una sucursal de su librería *Repository of Arts*, que pronto se extendió a otros países de Centroamérica y Sudamérica⁶⁴. Los Ackermann encontraron en Hispanoamérica grandes perspectivas de negocio. El 15 de mayo de 1825 George escribía a su padre la siguiente impresión: “Es imposible concebir los negocios que la gente está haciendo aquí y sin duda pronto haremos inmensas fortunas... En cuanto al resultado de nuestras especulaciones, que nos deparan grandes ventajas, no hay duda de que en poco tiempo podremos ponerte al corriente de nuestras actuaciones en la Ciudad de México”⁶⁵. A finales de 1825, la casa Ackermann ya había abierto una tienda en Guatemala y poco después sus libros se podían encontrar en Lima, Cuzco, Buenos Aires, Santiago de Chile, San José de Costa Rica o Caracas. Pero además de sus negocios bibliográficos, George Ackermann —que había estudiado mineralogía en la prestigiosa Academia de Minería de Friburgo— tenía el encargo de supervisar las minas de Tlalpujahua en las que su padre había invertido, y él y su cuñado Dick mantuvieron un cercano trato con el ingeniero enviado para dirigir las, Frederick Waldeck⁶⁶.

Ackermann dominó el mercado del libro en las repúblicas hispanoamericanas en las primeras décadas de independencia. Publicó al menos 80 libros en español, además de varias revistas (*Variedades* (1823-1835), *Museo Universal de Ciencias y Artes* (1825-1826), *Correo literario y político de Londres* (1826), *El Instructor o Repertorio de historia, bellas letras y artes* (1834-1841) y *La colmena*, además de sus *Catecismos*. En sus tiendas en América también distribuía libros editados por otras casas europeas en español, francés e inglés. Se estima que Ackermann comercializó el 72% de las exportaciones de libros en español realizadas desde Gran Bretaña⁶⁷.

⁶⁴ Su hijo George trajo en su regreso de México a Gran Bretaña un cactus que fue conservado en los jardines botánicos de Kew Gardens, bautizado con el nombre de *Epiphyllum Ackermanii*; FORD, *Ackermann*, p. 85.

⁶⁵ FORD, *Ackermann*, p. 85.

⁶⁶ ROLDÁN VERA, *The British book trade*, p. 105.

⁶⁷ Sobre los métodos de distribución de Ackermann en Hispanoamérica, que se favorecían de sus contactos con diplomáticos y políticos hispanoamericanos (como Simón Bolívar, Bernardino Rivadavia, Vicente Rocafuerte, José Cecilio del Valle o Guadalupe Victoria) y de los canales abiertos por las casas comerciales con las que trabajaba (y en las que él mismo invertía), véase ROLDÁN VERA, *The British book trade*, capítulo 3, “Book distribution”, pp. 99-133. Ackermann sufrió un ataque en enero 1830 que le llevó a abandonar el trabajo. Tras un segundo ataque en noviembre de 1833, Ackermann murió el 30 de

En el negocio de producción y distribución de libros españoles Ackermann encontró la competencia de otras casas editoriales. Las casas francesas concentraron su producción en libros de literatura, de enseñanza de idiomas, manuales religiosos y textos de legislación y administración pública, mientras que las inglesas se especializaron en libros educativos y de contenido político⁶⁸. En Francia se desarrolló una boyante actividad editorial con la vista puesta en los mercados en lengua española, tanto de la Península como de América, aunque estaban especialmente presentes en el primero. En París y en otras ciudades, sobre todo del sur de Francia como Burdeos, Bayona, Montpellier, Nîmes, Toulouse, Perpiñán y Aviñón, se publicaron numerosos libros en español, tanto ediciones originales como traducciones del francés. La edición de libros en español se convirtió en una importante actividad económica. Mientras que la tirada media de los libros editados en francés era de 500 ejemplares, en el caso de los libros en español se situaba en unos 1.100 ejemplares, aunque no era excepcional que alguno llegara a los 2.000 ejemplares, como las *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*, de Marchena, o la primera edición del *Arte de hablar bien francés*, que tuvo once ediciones en veinte años desde su aparición en 1816, y una de ellas, la de 1820, con una tirada de 3.000 ejemplares⁶⁹.

En Londres un grupo de inversores, encabezados por el editor Leclerc, puso en marcha una empresa que bautizaron como “Bibliografía española” y cuyo objeto era imprimir y distribuir todo tipo de materiales, artísticos, literarios y científicos en la América española. Sus objetivos declarados combinaban el beneficio económico con la proclamada satisfacción de contribuir a la regeneración e ilustración de los nuevos países, que habían estado sometidos “durante siglos por el despotismo político y religioso”, obstáculo insalvable a la introducción de libros extranjeros. Para estos capitalistas franceses la independencia de Hispanoamérica ofrecía “a la industria

marzo de 1834. En su testamento dejaba a sus hijos y mujer las joyas y condecoraciones recibidas de las familias nobles alemanas. Sus hijos continuaron con el negocio familiar bajo la firma Ackermann & Co.

⁶⁸ ROLDÁN VERA, *The British book trade*.

⁶⁹ Juan Francisco FUENTES, “La cultura”, en Jordi Canal (dir.) y Manuel Chust (coord.) *España. Crisis imperial e independencia*, Madrid, Fundación Mapfre y Santillana, 2010, pp. 271-325, en especial pp. 303-304. El afrancesado José Marchena se convirtió en uno de los más activos exiliados en el mundo editorial. Tradujo numerosas obras clásicas de la Ilustración francesa, como las del Abate Morellet (*Manual de inquisidores*, Montpellier, 1819), el Abate de Pradt (*La Europa después del Congreso de Aquisgrán*, Montpellier, 1820), Montesquieu (*Cartas persianas*, Nîmes, 1818, varias veces reeditadas), A. V. Benoit (*De la libertad religiosa*, Montpellier, 1820), Ch. F. Dupuis (*Compendio del origen de todos los cultos*, Burdeos, 1820), Rousseau (*Emilio o de la educación*, Burdeos, 1817; *Julia o la nueva Heloísa*, Toulouse, 1821), Volney (*Las ruinas*, Burdeos, 1820) y Voltaire (*Novelas*, Burdeos, 1819); publicó además sus *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*, una antología de la literatura española en dos volúmenes, con un estudio introductorio, aparecidas en Burdeos en 1820.

europea numerosos medios de desarrollo; el campo es vasto y presenta a las concepciones mercantiles de toda especie, con la seguridad deseable, beneficios que son más fáciles de entrever que de calcular”. En todo el proyecto se dejaba ver una vena paternalista. En primer lugar, el negocio consistiría en comprar y vender con una comisión del 5% “libros, objetos de arte y de ciencia” destinados a América, aunque no descartaban tener clientes europeos. En segundo lugar, se encargarían de distribuir productos de este tipo que les fueran encargados a cambio de una tarifa de 10 chelines. Pero además, se trataría de una empresa editorial que publicaría libros. Entre sus objetivos se encontraba la reimpresión de obras españolas cuyas ediciones se hubieran agotado o fueran difíciles de encontrar y la traducción al español de obras clásicas y modernas “que pudieran convenir al estado actual de conocimientos de América”. Además, preveía la promoción de las letras españolas a través de la edición de manuscritos españoles y su traducción a otras lenguas. Los autores en español, que hasta ese momento habían visto limitados sus esfuerzos literarios por la censura y la ausencia de libertad de imprenta, verían de esta forma impulsados sus trabajos: “el hombre de letras español se dedicará con tranquilidad a vastos proyectos, a los útiles trabajos que había concebido desde hace mucho tiempo y que no había osado ejecutar”. La empresa —que aspiraba al “honor de ser la agencia de la república de las letras”— contaría con “un consejo de hombres ilustrados en todos los géneros” que harían de intermediarios y garantizarían la confianza “entre el público y la asociación”. De momento, tenían en proceso de impresión algunos libros clásicos de la literatura española actualizados a la ortografía moderna, de autores como Lope de Vega, José Cadalso y Juan Cortes de Tolosa⁷⁰. La sociedad se puso en contacto en 1824 con varias librerías parisinas para invitarlas a participar en la “Bibliografía española”. Se sospechaba que el enlace era un empleado de telégrafos de Calais llamado Caux. La dirección de Aduanas francesa ordenó que se confiscaran todos los libros sospechosos que entraran por el puerto de Calais y que se investigara hasta las últimas consecuencias el suceso⁷¹.

⁷⁰ ANF, F⁷ 11981, Bibliographie Espagnole. Livres espagnols imprimés à Londres, & destinés à introduire en France, dans la Péninsule Espagnole & ailleurs, f. 303, memoria sin fecha, firmada en Londres por “Les Directeurs, Leclerc & C^{ie}”. Leclerc planteaba que si el capital que habían invertido los socios no fuera suficiente para llevar a cabo el proyecto, abrirían suscripciones “entre los amigos de las letras y las libertades públicas” para obtener préstamos a dos años.

⁷¹ ANF, F⁷ 11981, f. 298, el director general de Correos al director de la Policía general del Reino, París, 10 de septiembre de 1824; f. 297, el director general de Aduanas al director de la Policía general del Reino, París, 11 de septiembre de 1824. Inmediatamente se ordenó una investigación sobre Caux, que no pudo encontrar ninguna prueba de su colaboración con la “Bibliografía española”, aunque sí desveló que había tenido negocios con Leclerc, al que había enviado, a cambio de una comisión, sedas de Lyon; f. 296 Carta del Conseiller d’Etat & Directeur Général des Ponts & Chaussées, París, 21 de septiembre de 1824,

Además de escribir obras propias, traducir por encargo o por iniciativa propia y redactar periódicos, algunos exiliados españoles entraron en el negocio editorial. Uno de los más activos fue Marcelino Calero, exiliado desde 1823 en Inglaterra, donde abrió una imprenta para la publicación de obras en español. Calero se había dedicado al negocio de la edición ya en España. En Galicia había colaborado con liberales y masones coruñeses del *Café de la Esperanza*, que le habían conseguido un puesto directivo en la Fábrica de Tabacos de La Coruña⁷². En Londres, Calero fue el editor e impresor de *El Emigrado Observador* y publicó varias obras de Canga Argüelles⁷³. Regresó a España con la amnistía de 1832 y abrió una imprenta en Madrid, en la que publicó algunas de las obras aparecidas en el exilio, como el *Diccionario de Hacienda* de Canga Argüelles. Por su parte, el valenciano Vicente Salvá abrió librerías en Londres y París, donde vendía libros de todo tipo, incluidos los producidos por exiliados españoles, como los editados por Ackermann.

En Estados Unidos los exiliados españoles e hispanoamericanos colaboraron de manera continuada con algunos editores locales, especialmente de Filadelfia. Entre ellos destacaron Jean François Hurtel (o John F. Hurtel) que llevaba años editando libros en francés y español, y que publicó obras de exiliados hispanoamericanos como Servando Teresa de Mier, Manuel Torres, Juan Germán Roscio o Manuel Lorenzo de Vidaurre, y William Stavely (dueño de las editoriales Stavely & Bringham y Stavely & Co.), que se había especializado en la publicación de textos católicos, y quizás por este motivo entró en contacto con Félix Varela e inició la primera etapa de *El Habanero*, además de publicar muchas de las obras de Félix Mejía⁷⁴. Los exiliados también impulsaron publicaciones por su cuenta y riesgo, a través de imprentas propias o de comerciantes extranjeros instalados en Estados Unidos como Joseph Desnoves. Entre ellas se

dando orden al Administrateur des Lignes Telegraphiques para que investigue a Caux; f. 292, carta de Négrier, directeur de Telegraphie à Calais, 25 de septiembre de 1824; f. 294 Carta del Maire de Calais, 24 de septiembre de 1824.

⁷² Xosé Ramón BARREIRO FERNÁNDEZ, “O xornalismo galego no ciclo da Guerra de Independencia (1808-1815)”, p. 197, en Barreiro Fernández (coord.), *O liberalismo nos seus contextos. Un estado da cuestión*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2008.

⁷³ *Cartas de un americano sobre las ventajas de los gobiernos republicanos federativos*, Londres, Imprenta Española de M. Calero, 1826; *Breve respuesta a la representación de los comerciantes de Londres y a varios artículos depresivos del honor del monarca español, insertos en el periódico “El Times”, sobre el reconocimiento de la independencia de las Américas españolas*, Londres, Calero, 1829.

⁷⁴ Rafael ROJAS, *Repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009, pp. 129-131. Otras casas estadounidenses que publicaron obras de exiliados fueron J. Robinson, Fielding and Lucas; Boosey & Sons; Cummings, Hilliard & Co.; Hilliard, Gray, Little and Wilkins; y Gray & Bunce y John Gray & Cia que continuaron la publicación de *El Habanero* en su etapa neoyorkina.

encontraba la bautizada como Imprenta Francesa, Española e Italiana, que publicó en Nueva York uno de los números de *El Habanero*.

Además de la escritura, traducción y edición de libros y periódicos, era fundamental su distribución en España, sorteando la prohibición y las barreras levantadas por la monarquía fernandina. A pesar de estas dificultades, el conjunto de la obra realizada por los exiliados españoles, además de ser conocida por los círculos del exilio, se distribuyó por Hispanoamérica y, de forma clandestina, en buena medida también se introdujo en el interior de España. Abundaban las ediciones baratas y de pequeño tamaño que facilitaban su transporte, su envío dentro de correspondencia particular (que se solía enviar sin remitente) y su ocultación. Estos manifiestos, proclamas y reflexiones políticas, periódicos y revistas, piezas literarias y dramáticas, tratados políticos, económicos, jurídicos, científicos y religiosos, y obras históricas de carácter original, junto con las traducciones de títulos clave del pensamiento liberal y republicano internacional, formaron el cuerpo de doctrina del liberalismo español puesto al servicio de la movilización de sus partidarios y de extensión de sus propuestas a una población española que no podía obtener materiales semejantes entre las obras producidas en la Península. Un mercado clandestino de libros y publicaciones realizadas por los liberales en el exilio puso en circulación ideas y objetivos comunes del liberalismo internacional, que servirían de programa informal al español⁷⁵.

La frontera francesa era uno de los puntos principales de este comercio ilegal. En el sur de Francia estaban asentadas casas editoriales y librerías especializadas en materiales en castellano. Uno de los más activos, como se ha visto, era José Marchena que antes de la instauración del régimen constitucional en 1820, traducía y mandaba a España “las obras de M. de Pradt, el manual de Inquisidores y otras obras hechas para agitar los Espíritus”⁷⁶. A partir de 1823 en ciudades como Burdeos y Perpiñán se instalaron empresas editoriales que producían “libros peligrosos” destinados al mercado español, y que eran observadas de cerca por las autoridades francesas⁷⁷. Estaban en contacto con libreros del interior de España (como Oliva, en Barcelona) a los que hacían llegar obras prohibidas. En ocasiones contaban con sus propios traductores, como

⁷⁵ Juan Francisco FUENTES, “Afrancesados y liberales”, en Jordi Canal (ed.), *Exilios. Los éxodos políticos en la Historia de España. Siglos XV-XX*, Madrid, Sílex, 2005, pp. 137-166; ANF, F⁷ 11981, el director de la Policía de París al ministro de Asuntos Extranjeros, sin n.º, París, noviembre de 1824.

⁷⁶ ANF, F⁷ 6642, f. 183, el prefecto de l’Hérault al Directeur Général de l’administration départementale et de la Police du Royaume, Montpellier, 15 de marzo de 1820.

⁷⁷ El director de la Policía de París se refería a “une foule d’ouvrages licencieux, impies os seditieux écrits en langue espagnole”, ANF, F⁷ 11981, sin n.º, París, noviembre de 1824.

Ventura Carlos Aribau y Madrano, “dos jóvenes españoles” que recibían encargos de la casa Oliva⁷⁸. Una de las librerías españolas en Perpiñán más importante era la dirigida por Alzine, que poseía un amplio catálogo. Otras librerías que ofrecían libros en español eran la de Rosa, Barroit y Seguin, esta última de París⁷⁹.

Editaban y distribuían libros de todo tipo, pero los que más preocupaban eran los libros de carácter político, aunque también los que contenían materiales considerados inmorales. Entre las obras que figuraban en su catálogo, y que despertaban los recelos de la policía, había títulos originales de los exiliados españoles, obras de pensamiento escritas en español antes de la emigración, traducciones de grandes obras de historia, filosofía, economía política y derecho, y obras literarias. Así, entre los españoles aparecían títulos de ilustrados como Cabarrús, Jovellanos, Iriarte o Feijoo, y de afrancesados y liberales como Juan Antonio Llorente (especialmente sus obras sobre la Inquisición), el conde de Toreno o Manuel Eduardo de Gorostiza. Entre los extranjeros destacaban las obras de los grandes pensadores en lengua francesa e inglesa de la ilustración, el republicanismo y el liberalismo como Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Condorcet, Destutt de Tracy, J. B. Say, Volney, Constant, Pradt o Bentham. Un libro que provocaba especial inquietud entre las autoridades francesas era la traducción del *Mémorial de Ste. Helene* de Las Cases, la obra que había convertido a Napoleón en un héroe liberal y que, traducida por J. C. Pagès, se vendía en París en la librería de Wincop. También aparecieron traducciones de novelas de éxito del momento, como las de Walter Scott o *Las amistades peligrosas* de Laclos, además de clásicos de la literatura española⁸⁰. Francia era también el territorio de paso de obras españolas editadas en Inglaterra, y libreros franceses distribuían la prensa editada por los exiliados españoles en Londres⁸¹.

La policía española intentó evitar la introducción de estas obras a través de la frontera. Por ejemplo, cuando en octubre de 1830 fue informada por el embajador en

⁷⁸ ANF, F⁷ 11981, ff. 131-133, Pyrénées Orientales. Bibliographie espagnole. De livres espagnols imprimés à Perpignan, introduites clandestinement en Catalogne; f. 133, el prefecto de Pirineos Orientales al Ministerio del Interior, 10 de diciembre de 1824.

⁷⁹ ANF, F⁷ 11981, ff. 134-149, Pyrénées Orientales. Bibliographie espagnole. Librairie de J. Alzine à Perpignan, 11 de octubre de 1824. Seguin, junto a Bossange père eran las dos únicas casas francesas con sucursales en Hispanoamérica, establecidos en la ciudad de México en 1825-1826; ROLDÁN VERA, *British book trade*, p. 104.

⁸⁰ ANF, F⁷ 11981, f. 282, Sur des ouvrages espagnols très dangereux, faisant partie de la librairie de Rosa, établie rue de chartres n° 12, a Paris. 25 de septiembre de 1826; f. 143, catalogue de la Librairie Espagnole de J. Alzine; f. 276, catálogo de libros españoles en la librería de H. Seguin de Paris; sin n°, Catalogue des livres espagnols de la Librairie de Théophile Barroit.

⁸¹ Las autoridades francesas se referían a *L'Espagnol Constitutionnel* y *Le Loisirs des Emigrés* como “periódicos revolucionarios publicados en Londres”.

París, conde de Ofalia, de la publicación de *El Precursor* y del propósito declarado de su director de introducirlo en la Península, se ordenó a la Dirección General de Correos para que cursara “las medidas conducentes para impedir la circulación en el Reino de tan subversivo escrito”⁸². El Gobierno español temía el efecto que los periódicos y libros editados por los exiliados pudieran tener en España y en el extranjero. Recelaba, en definitiva, del poder de la opinión pública, y aunque hubiera hecho todo lo posible en los años anteriores por evitar su desarrollo en España, no le quedaba más remedio que reconocer su existencia. En consecuencia, no podía renunciar a tratar de inclinarla hacia sus posiciones.

3. LA BATALLA POR LA OPINIÓN PÚBLICA INTERNACIONAL

En *El Español Constitucional*, periódico editado en Londres por exiliados españoles, se publicó por primera vez la *Representación hecha a S. M. C. el Señor Don Fernando VII en defensa de las Cortes*, en octubre de 1818. Esta obra de Álvaro Flórez Estrada tuvo una amplia repercusión en el mundo del exilio liberal español y fue reeditada en varias ocasiones. En ella, Flórez Estrada afirmaba que “[l]a opinión es la reina del mundo, cuyo único imperio es indestructible” y aseguraba a Fernando VII que debía gobernar respetando este principio ya que “[n]ingún Monarca puede consolidar su poder, ni reinar tranquilamente a no ser conformándose con las opiniones dominantes”. Y añadía: “Saber crearla supone un gran genio, para dirigir su marcha basta tener prudencia y poder”⁸³. Flórez Estrada remitía de esta manera a una mitificación de la opinión pública, todopoderosa y capaz de arrollar cualquier obstáculo, común en la época⁸⁴.

En realidad no se puede decir que Fernando VII y su Gobierno ignoraran el poder atribuido a la opinión pública a principios del siglo XIX, y de hecho su obsesión con cercenar la libertad de imprenta en España no hacía sino ponerlo de manifiesto. Los sectores reaccionarios habían tenido dificultades para aceptar la apertura de un espacio

⁸² AHN, Estado, leg. 5279, n° 405, citado por DE CASTRO, *Andrés Borrego*, p. 35.

⁸³ Álvaro FLÓREZ ESTRADA, *Representación hecha a S. M. C. el señor D. Fernando VII en defensa de las Cortes por D. Álvaro Flórez Estrada, impresa en Londres en 1818, y reimpressa después varias veces*, Madrid, Imprenta de Villalpando, 1820, pp. 152-153.

⁸⁴ FERNÁNDEZ SEBASTIÁN se refiere a una “leyenda épica del liberalismo basada en la opinión”, en “Sobre la construcción, apogeo y crisis del paradigma liberal de la opinión pública”, p. 561. Véase también, del mismo autor, “El imperio de la opinión pública según Flórez Estrada”, en Joaquín Varela Suanes-Carpegna (coord.), *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853). Política, economía, sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2004, pp. 335-398.

de discusión pública desde el comienzo de la crisis de la monarquía en 1808⁸⁵, y desde luego habían hecho todo lo posible para acabar con él una vez que las libertades constitucionales habían sido liquidadas. Pero los liberales en el exilio, especialmente en Inglaterra y Estados Unidos, podían disfrutar de una prácticamente ilimitada libertad de expresión que empleaban para enjuiciar y condenar a la monarquía fernandina. Es más, en este empeño contaban con la colaboración y respaldo de una gran parte de la opinión pública de los países en los que se refugiaron. Los liberales exiliados eran conscientes de que se jugaban buena parte de sus probabilidades de éxito en el campo de la opinión pública y que, estando la libertad de imprenta aplastada en la Península, ellos eran los únicos que podían participar en su reconquista. Como expresó Andrés Borrego en 1830 en *El Precursor*, periódico que comenzó a editar en París con el “único objeto de suplir la falta de libertad de imprenta” que había en España, “era necesario poner de parte del partido nacional la victoria de la opinión y la del convencimiento de la eficacia de nuestras doctrinas antes de aspirar a los laureles del triunfo material”. Continuar con la labor pedagógica del pueblo, comenzada en Cádiz y prolongada durante el Trienio, era esencial para asegurar su apoyo a la causa liberal, pues “su ascendente será dudoso en el ánimo de los pueblos mientras no se les haga a estos entender las ventajas prácticas y positivas, los intereses inmediatos que los ligan al éxito de la revolución”⁸⁶.

Además de por la amenaza política que constituía el desarrollo en el extranjero — y en la Península en la medida en que los escritos de los exiliados eran capaces de cruzar la frontera— de una opinión pública que apoyaba a los exiliados, el Gobierno español se mostró muy preocupado por las consecuencias que tendría para España la mala imagen que de ella se transmitía en la opinión pública internacional a través de la prensa y los libros publicados por extranjeros y por exiliados. Que los represaliados y exiliados gozaban de la simpatía de la opinión pública internacional era algo que las autoridades españolas sabían y lamentaban. Los jueces encargados de llevar a cabo el proceso contra los diputados de Cortes eran conscientes de que “no solo la Nación a que pertenecemos nos observa, sino que probablemente las demás de Europa habrán puesto su atención sobre estas causas tan famosas, y el nombre respetable de V. M. y el nuestro

⁸⁵ Fernando DURÁN LÓPEZ, “La construcción de la opinión pública en España, 1808-1810” en Roberto Breña (ed.), *En el umbral de las revoluciones hispánicas: el bienio 1808-1810*, El Colegio de México y CEPC, Ciudad de México y Madrid, 2010, pp. 67-94.

⁸⁶ Andrés Borrego en *El Precursor*, nº 12, 7 de noviembre de 1830, “Aviso”.

están comprometidos”⁸⁷. Esta fue una cuestión que siguió preocupando al Gobierno en los años siguientes. El ministro británico Castlereagh, cuando quiso convencer al Gobierno español a través del embajador Fernán Núñez de que abandonase la represión, lo hizo apelando al deterioro que esta cuestión estaba causando a la imagen de España en “la opinión general no solo de esta Nación sino de toda la Europa”⁸⁸. Presiones de este tipo afectaron al Gobierno español. El secretario de Estado, Pedro Cevallos, otorgaba mayor importancia al caso de los exiliados liberales sobre el de los afrancesados, ya que “el desconcepto del Gobierno Español en Inglaterra y en la Europa no era por su conducta con los afrancesados, sino con los otros, pues como se había visto tenían muchos partidarios”. Era “este fuego de la discordia, (...) el que se trataba de sofocar”, y el que debía ser priorizado⁸⁹. A lo largo de las discusiones acerca de la concesión de una amnistía, la cuestión de la imagen de España en el sistema internacional estuvo siempre presente. En el proyecto de amnistía presentado por Cevallos el 13 de marzo de 1816, se quería dar “testimonio de la injusticia con que era tratado [Fernando VII], cuando en los periódicos extranjeros y en otros folletos se le pintaba con los más horrorosos colores, y se le suponía enteramente descuidado de la felicidad de sus pueblos, y sin el ejercicio de otras funciones que las de déspota y opresor”⁹⁰.

Así pues, a pesar de que el mismo concepto de opinión pública era repudiado por la monarquía fernandina, tuvo que plegarse a intentar manipularla a su favor una vez que la cuestión de los exiliados provocó el descrédito internacional para el Gobierno. El campo de batalla de la opinión pública fue percibido como decisivo para la consolidación de la monarquía y la defensa de sus intereses internacionales, especialmente en América.

Las primeras escaramuzas en el campo de batalla de la opinión pública internacional se dieron nada más restaurarse la monarquía absoluta, en 1814. Cuando en julio de 1814 el duque de San Carlos informó al embajador español en Londres Fernán Núñez de que el español Ciriaco de Cevallos había llegado a la ciudad como enviado de una Sociedad Patriótica que trabajaba para “levantar la nación para obligar a S. M. a que

⁸⁷ Citado por Ignacio LASA IRAOLA, “El primer proceso de los liberales (1814-1815)”, en *Hispania*, nº 30, 1970, pp. 327-383, p. 367.

⁸⁸ El embajador a Cevallos, Londres, 16 de Febrero de 1816, AGS, Estado, 8177.

⁸⁹ Sesión del Consejo de Estado del 6 de marzo de 1816; AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13, f. 147.

⁹⁰ AHN, Estado, 3043, ff. 154-156, citado por Josep FONTANA, *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*, Barcelona, Ariel, 1978 (3ª ed. revisada), p. 141.

jure la llamada Constitución”, le ordenó que controlara sus actividades y averiguase cuáles eran sus contactos. Según San Carlos, Cevallos se disponía a publicar un panfleto titulado *Voz de la naturaleza y clamores de la nación, dirigida a los españoles por un amante de la patria residente en Londres*. San Carlos recomendó al embajador que contactara con José Blanco White, al que suponía molesto con los liberales, para que escribiera un escrito en contestación a la *Voz de la naturaleza*, en el que refutara “las especies denigrativas y falsas que estos periódicos propagan sobre la situación de España”. Sin embargo, Blanco White declinó la oferta, argumentando según Fernán Núñez, que “ya cesó su periódico, que ha tomado otro método de vida y que no piensa volver a escribir en ningún sentido, aunque si lo emprendiese de nuevo sería en contra de los disparates que ve extendidos por el público contra España”⁹¹.

A partir de entonces, el Gobierno español intentó influir en la opinión pública a través de desmentidos, de la compra de periodistas y de la publicación en Inglaterra, Francia y Estados Unidos de periódicos que contrarrestaran las opiniones vertidas por los liberales exiliados. Su objetivo era dar una versión de los acontecimientos políticos favorable a la monarquía, que pudiera servir de alternativa a la difundida por los exiliados en los numerosos periódicos y libros que editaban y a la emitida por la mayor parte de la opinión pública estadounidense, británica y francesa, solidaria con la causa de los liberales españoles y muy críticos con la política española respecto a América.

El embajador en Londres, Fernán Núñez, se lamentaba de las noticias que se publicaban en Inglaterra denigrando a España, “unas sugeridas por muchos infames Españoles que aquí se han refugiado y otras sacadas de las Gacetas de Francia o de otras partes, donde abundan Españoles interesados en desacreditar el sistema antiguo que siempre ha dirigido a la España bajo una verdadera y legítima monarquía. Los males que se siguen de estas publicaciones son demasiado conocidos para que me detenga en enumerarlos”. Pero Fernán Núñez se mostraba totalmente pesimista acerca de la posibilidad de limitar la propagación de estas noticias en Gran Bretaña. La única forma de combatir sus efectos era acceder a intentar manipular la opinión pública, lo que implicaba reconocer su existencia:

“El evitarlo en un país donde existe la libertad mayor en la prensa sería un imposible; pasar notas al Ministerio quejándose sería inútil, pues no pueden hacer nada sobre ello cuando tienen que aguantar lo que dicen los mismos papeles contra este Soberano, y contra ellos mismos. El único medio pues de impedir los males que pudieran resultar de estas noticias esparcidas por Europa era el tener algunos de estos mismos Periodistas más

⁹¹ AGS, Estado, leg. 8176, citado por MORENO ALONSO, *Forja del liberalismo*, pp. 319-320.

afamados de nuestra parte, y dispuestos a desmentir las noticias falsas, a poner los artículos que en esta Embajada se le diesen y en una palabra que se pagasen algunos de ellos, para desvanecer en el Público las ideas falsas por el mismo medio por donde se producen.

Si V. E. se sirve a autorizarme con sus órdenes el intento y me facilitase el dinero necesario para ello, estoy seguro de que si no se logra el corregir así la opinión pública, a lo menos se logrará de que se lea algo que sea a nuestro favor”⁹².

Fernando VII acogió positivamente la recomendación de Fernán Núñez y dio órdenes para que la embajada española en Londres contestara a los periodistas británicos, aunque los fondos demandados por el embajador parece que nunca llegaron de forma adecuada⁹³. De todos modos, Fernán Núñez intentó influir en algunos periodistas, aunque solo consiguió que el editor del *Antigallican* publicara “algunos artículos bajo mi dirección”. Sin embargo, “esto no es bastante para corregir la opinión general: mucho más cuando el Periodista titulado el *Times*, que es el que logra más crédito, se ha desenfrenado más contra nosotros. Aunque hubiera procurado ganarle con dinero, no me he atrevido a hacerlo ignorando si V. E. me aprobaría este gasto, y aun quizá si lo admitiría siendo un hombre de crecido caudal: de modo que por un lado y otro me veo imposibilitado de llegar al fin que yo desearía”. Fernán Núñez advertía además de los grandes obstáculos que tenía que superar para llevar a cabo el mandato. La paradoja en la que se encontraba atrapada la monarquía española en lo relativo a la opinión pública –intentar influir en ella aun cuando la despreciaba y se encontrara totalmente atenazada en España— se puso de manifiesto cuando Fernán Núñez se mostró incapaz de refutar las informaciones aparecidas en los periódicos ingleses, por lo general tomadas de diarios franceses, porque él mismo carecía de información sobre lo que estaba ocurriendo realmente en España. En esa situación

“no nos atrevemos a desmentir positivamente lo que ignoramos, pues la gaceta de Madrid, único papel que aquí recibo, aunque atrasado, no puede suministrar documentos para contradecir ‘las ejecuciones cometidas en Cádiz, las prisiones diarias en Madrid, la

⁹² El propio Fernán Núñez sabía que lo que estaba proponiendo al Gobierno era algo polémico pues implicaba reconocer el poder de la opinión pública, por lo se justificaba en el último párrafo de la carta: “Conocerá V. E. fácilmente por esta sencilla exposición que me he tomado la libertad de hacerle cuáles son los sentimientos que me animan, los mismos que me han movido a indicarle un pensamiento que espero no desaprobe y unos resultados serán tan felices como me prometo, pues ya tengo sujetos dispuestos a servirnos a ello, pero que solo lo harán si se les satisface su trabajo”; AGS, Estado, leg. 8176, Fernán Núñez al duque de San Carlos, despacho n° 492, muy reservado, Londres, 30 de julio de 1814.

⁹³ El embajador posterior San Carlos se refirió en 1819 al menos a la compra de un periodista del *British Monitor*, un tal “Mr Luis Goldsmith que disfrutaba una consignación desde el tiempo en que el duque de Fernán Núñez era Embajador en esta Corte, y que se le quitó en el que fue encargado de negocios D. Joaquín Francisco de Campuzano”. Goldsmith protestó al nuevo embajador y, este, aunque consideraba que no debía seguir pagándosele “las 25£ mensuales que se le daban” consideraba adecuada “una gratificación de 30 o 40£ cada tres meses conforme a sus servicios logrando de este modo el que los continúe, y que quejoso de otra manera se tenga en él un enemigo de S. M.”; AGS, Estado, leg. 8179, San Carlos a Casa Irujo, despacho n° 490, Londres, 9 de abril de 1819.

sublevación de Cataluña, provincias de Álava, Guipúzcoa &, el ataque frustrado de Mina sobre Pamplona, la prisión en las cárceles de la Inquisición del general Álava, el haberse negado a embarcarse para América las tropas destinadas a ese servicio⁷ con otro sin fin de especies que no me atreveré a repetir a V. E. y que aunque yo comprenda que son fuera de lo probable, sería quizá más perjudicial el asegurarlo así, si luego resultaba ser cierta alguna de ellas”.

Como tampoco podía acudir al Gobierno británico para que impidiera la publicación de estas noticias, no le quedaba “más arbitrio que el de procurar que en mis conversaciones adviertan desprecio todas estas noticias, asegurando gozamos la mayor tranquilidad en nuestra Patria”⁹⁴. Incapaz de contener la publicación de noticias desfavorables a España en Gran Bretaña, Fernán Núñez propuso al Gobierno español que intentara atacar el problema desde otros lugares. En primer lugar, planteó que se solicitara al Gobierno francés que controlara los periódicos franceses, de donde los británicos tomaban muchas de sus noticias sobre España, “ya que la libertad de la Prensa no es tan ilimitada en Francia”. En diciembre de 1814, Fernán Núñez propuso al Gobierno que el enviado diplomático en Hamburgo, José Iznardi, tomara “a su cargo rebatir las imposturas y calumnias que se publican contra España en los periódicos Ingleses”. Al rey le pareció una buena idea, y el duque de San Carlos comunicó a Iznardi su nuevo cometido⁹⁵. Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. El Gobierno español, ante la negativa a intervenir de un Gobierno británico “ineficaz contra los periodistas (...) que ofenden al Rey”, e incapaz de influir en una opinión pública internacional solidaria con los liberales españoles, terminó recurriendo a la amenaza y ordenó al embajador que hiciera “entender a los portadores de la destrucción que con esta empeoran la suerte de los llamados liberales, porque dan motivo a que se crea que son los autores o cómplices de tales excesos; tal vez este temor les contendrá”⁹⁶.

Ante la imposibilidad de poder influir en la prensa internacional, el Gobierno español tomó una decisión insólita: publicar él mismo un periódico en el extranjero que apoyara su política. El primer intento llegó a finales de 1818, tras la llegada a la Secretaría de Estado del marqués de Casa Irujo. El duque de San Carlos, por entonces embajador español en Londres, le informaba de las ventajas de participar en la formación, o manipulación, de la opinión pública.

⁹⁴ AGS, Estado, leg. 8176, Fernán Núñez al duque de San Carlos, despacho reservado n° 547, Londres, 14 de octubre de 1814.

⁹⁵ AGS, Estado, leg. 8176, Fernán Núñez al duque de San Carlos, despacho reservado n° 547, Londres, 14 de octubre de 1814 y el duque de San Carlos a Fernán Núñez, Madrid, 8 de enero de 1815.

⁹⁶ AGS, Estado, leg. 8176, Pedro Cevallos a Fernán Núñez, Madrid, 6 de noviembre de 1815.

“la lectura de gacetas es la literatura en la multitud y la que por esta circunstancia fija lo que llaman la opinión pública, cuya acción e influencia extiende a veces sus efectos hasta los gabinetes, particularmente en los gobiernos más o menos populares y cuyas medidas son a veces efecto y emanación de esta opinión. Hay ciertos casos y circunstancias en que el silencio lleva consigo una cierta dignidad, pero está visto que el silencio absoluto nos ha producido los efectos más perjudiciales, haciendo contraste la actividad maliciosa de los agentes insurgentes y los expatriadores de la Península en sentido contrario con la apatía que sobre este punto han manifestado algunos servidores del Rey en las Cortes extranjeras”.

Con la publicación de un periódico proespañol en Londres, San Carlos tenía la “esperanza de que podamos conseguir la corrección de la opinión pública, cuyo extravío nació aquí, se ha diseminado por Estados Unidos y ha cundido quizás algo en nuestro propio suelo”⁹⁷.

Una vez tomada la iniciativa, el Gobierno se lanzó a la búsqueda de un redactor. A través de las gestiones del comerciante portugués Francisco Caballero Sarmiento se eligió a Miguel Cabral de Noroña, natural de Madeira, y empleado de la delegación diplomática española en Estados Unidos. Esta decisión no dejaba de ser algo extraña por los antecedentes del elegido, aunque denotaba cierta inteligencia por parte del Gobierno español. Cabral de Noroña era un fraile exclaustrado que había residido gran parte de su vida en las Islas Canarias y que en 1811 había publicado en Cádiz un periódico liberal, *El Duende Político*. Su contenido radical, que incluía durísimas críticas a las juntas y a la Regencia, le llevó a ser perseguido por las autoridades y Noroña decidió salir hacia el exilio, instalándose en Filadelfia. En la ciudad estadounidense había intentado sin éxito publicar un nuevo periódico, que llevaba por título *El Cosmopolita Sensible o el Duende en América*. A través de su compatriota Sarmiento entró a trabajar en la embajada española dirigida por Luis de Onís. Aunque el Gobierno fernandino le prohibió la entrada en España en 1814, Noroña continuó trabajando para la delegación española. San Carlos lo definía como el “hombre más a propósito para el objeto”, por su “gran talento, mucha erudición, excelente pluma, con la gracia de la sátira en supremo grado”. Además, “sabe perfectamente el inglés, conoce las leyes y costumbres, carácter, intereses y vicios y ventajas políticas de la Inglaterra y de los Estados Unidos”⁹⁸. El Gobierno español antepuso sus cualidades para la tarea a

⁹⁷ AHN, Estado, leg. 5553, citado por Manuel HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, “*El Observador Español* en Londres, un periódico fernandino contra la emancipación americana”, en *Revista de Indias*, n° 216, pp. 439-454, p. 441. Véase también Manuel HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, “Entre Europa y América. El periodismo de Cabral de Noroña. Del *Duende político* gaditano al *Observador Español* en Londres”, en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, n° 16, 2010, pp. 1-24.

⁹⁸ AHN, Estado, leg. 5553, citado por HERNÁNDEZ GONZÁLEZ “*El Observador Español* en Londres”, p. 440.

su pasado liberal. En realidad, probablemente San Carlos pensaba estar realizando una jugada genial al decidir que fuera alguien como Noroña —un extranjero de notorio pasado liberal que incluso había publicado duras condenas de la conquista española de América— el que figurara al frente de un periódico orientado a la defensa del Gobierno español y criticara la situación en la que se encontraban los territorios americanos tras su independencia. Sin embargo, Noroña advertiría pronto a los miembros del Gobierno español de que quizás sus decisiones no eran las más indicadas, al instruirlos en los mecanismos de funcionamiento de la opinión pública y del mundo periodístico, desconocidos para ellos.

Noroña fue enviado a Londres a finales de 1818 sin que supiera el verdadero objetivo de su traslado. El duque de San Carlos quería ocultar el carácter oficial del periódico, juzgando que de esa manera su información sería mejor recibida por la opinión pública y podría atraer suscriptores británicos, españoles y americanos. Por ello, ordenó que apareciera “como empresa particular”. El 11 de mayo de 1819 Noroña propuso a las autoridades españolas un plan para la publicación que se le había encomendado. Dejó claro que para que el periódico alcanzase sus objetivos, él debía tener absoluta libertad para expresar sus ideas “con rigurosa imparcialidad y con una crítica libre e independiente y con la dignidad que reclaman las luces del siglo y las circunstancias del que escribe”. Si esto no fuera así “sería desde luego considerado como un eco de ideas ministeriales”, por lo que “lejos de producir efecto alguno favorable caería oprimido bajo la censura y los sarcasmos de los otros periódicos y escritores en Inglaterra y fuera de ella”. Si esto llegase a ocurrir la publicación sería contraproducente, al provocar “impugnaciones severas y denuestos atrevidos por parte de los discolos y atrabiliarios”⁹⁹.

Noroña propuso dos nombres para el periódico, *El Español en Londres* y *El Observador Español*, y se optó por el segundo. Apostó por una periodicidad mensual, con un número de páginas entre 64 y 80, o quincenal, con la mitad de páginas. Pidió una suscripción a los principales periódicos internacionales para poder formar sus argumentos y estar al día de las noticias y “para corregir o refutar cualquier especie que contengan contra la España o contra el nombre augusto de S.M. y su gobierno”. Sugirió que se abrieran suscripciones en las principales ciudades inglesas (Londres, Liverpool, Falmouth), en Escocia, Irlanda, además de en España y en América.

⁹⁹ AHN, Estado, leg. 5553, citado por HERNÁNDEZ GONZÁLEZ “*El Observador Español en Londres*”, p. 441.

De todas formas, Noroña se mostraba escéptico acerca de las posibilidades reales de poder modificar el estado de la opinión respecto a España, incluso si se insertaban traducciones de sus artículos en la prensa inglesa, “porque la impresión que puede causar la lectura de los extractos sería siempre débil y pasajera, evaporándose en el conflicto de las aseveraciones contrarias con que abundan las mismas gacetas del país y porque la opinión pública del pueblo inglés está pronunciada y no varía fácilmente”. Lo máximo a lo que se podía aspirar era a provocar “una especie de escepticismo entre las gentes sensatas y obligaría a investigar las cosas con más pulso”¹⁰⁰.

Noroña demandaba que se le concediera una completa libertad para escribir en los términos que él considerara necesarios. Para que sus argumentos tuvieran alguna posibilidad de incidir en la opinión pública estos tenían que ser expresados en un lenguaje que no diera la impresión de estar puesto al servicio de una política gubernamental. Era indispensable que apareciera como un periodista independiente. Advertía que en un país con libertad de prensa si un periódico parece estar puesto a las órdenes de un gobierno, los restantes periódicos “le caen encima, analizan, comentan y censuran todo lo que se ha escrito (...) le declaran un eco venal del gobierno a que sirve, le ridiculizan, se exaltan en declamaciones contra el gobierno mismo y el mal viene a ser mucho mayor de lo que antes era”. Noroña era consciente de que esta propuesta podía no ser bien recibida por el Gobierno español y advertía de la contradicción en que tenía por fuerza que caer un órgano de prensa obligado a “tocar ideas y principios que S.M. en el alto sistema de su sabia política no considera aún ser conveniente se expongan al público en España y los dominios de la Monarquía”. En caso de que el Gobierno no estuviera dispuesto a asumir este riesgo, Noroña creía que no debían tratarse temas de política, y que en este caso el periódico debía limitarse a publicar noticias sobre ciencias y artes españoles, una tarea para la que no se consideraba el más indicado. Pero un periódico en español que no tratara de temas políticos, o que lo hiciera de forma claramente favorable al Gobierno español, sería muy difícil que no fuera acusado de ser dirigido por este. Además, Noroña advertía que era alguien conocido por muchas personas que residían en Londres, tanto británicos como de otras nacionalidades, que sabían de sus años de servicio en la embajada española y de los escritos que había redactado bajo sus órdenes. De hecho, varios periódicos estadounidenses le habían declarado “enemigo acérrimo de los insurgentes que ellos

¹⁰⁰ AHN, Estado, leg. 5553, citado por HERNÁNDEZ GONZÁLEZ “*El Observador Español en Londres*”, p. 442.

apellidan patriotas”. Además, en Londres se encontraba un exiliado liberal que le conocía muy bien desde sus tiempos en Tenerife y que ya se había enfrentado a él mientras vivía en Filadelfia. Se trataba de Diego Correa, que tras haber estado encarcelado en varios presidios africanos había sido acogido en Inglaterra, donde era redactor de *El Español Constitucional*. Noroña advertía que no podría ocultarse que él era el editor del periódico pues tanto “el impresor que haya de imprimir un periódico” como “los libreros que han de venderlo deben necesariamente conocerme y ninguno de ellos ocultará ni podrá ocultar que yo soy el editor”.

Ante los argumentos planteados por Noroña, en julio el duque de San Carlos paralizó provisionalmente la publicación del periódico. Consideraba que era “ocioso mantener un papel a costa del erario con sólo el objeto de literatura y artes cuando reciben el fomento conveniente en el seno de la misma nación”. A pesar de ello, un mes más tarde se autorizó su publicación y el primer número de *El Observador Español* salió en Londres en septiembre 1819. Se publicaron seis números hasta marzo de 1820 en los que se cargaba contra los gobiernos de las repúblicas americanas, se les negaba legitimidad y capacidad de autogobierno, se describía su política interna como envuelta en una crisis constante y se auguraba su regreso al seno de la monarquía española. Sin embargo, Noroña también hizo uso de su relativa libertad de movimientos para proponer reformas de carácter liberal en España —“están bien conocidas la necesidad y la importancia de una reforma liberal y sabia en muchas instituciones existentes”— e incluso para reclamar el regreso de los exiliados¹⁰¹.

El Observador Español resultó ser un completo fracaso. El 16 de febrero de 1820 San Carlos reconocía desde Londres que “no presta utilidad alguna en este país”. Se habían vendido muy pocos ejemplares y solo se había encontrado un suscriptor, a pesar de que se habían insertado anuncios de su publicación en la prensa británica. Ni siquiera había podido entrar en alguna polémica con el resto de la prensa española publicada en Londres. Los liberales españoles de *El Español constitucional* ignoraron al *Observador*, a pesar de que su editor, Fernández Sardino y uno de sus redactores, Diego Correa, conocían a Noroña. En marzo Noroña pidió que se pusiese fin al periódico y solicitó su traslado a los Estados Unidos. Tras el cambio de régimen, las autoridades constitucionales decidieron terminar definitivamente con la publicación y enviaron a Noroña a Madrid, donde falleció ese mismo año.

¹⁰¹ *El Observador Español*, nº 6, pp. 417-438.

Ya antes, a principios de 1819, San Carlos había intentado cambiar de estrategia. Tras reconocer que la idea de publicar un periódico en español no había sido adecuada, pasó a otras tácticas, que incluían la inserción de “artículos sueltos en los periódicos más acreditados”¹⁰². Pero como “este medio [era] precario e insuficiente” pues estaba expuesto a constantes cambios y alteraciones por parte de los editores, San Carlos propuso la posibilidad de comprar parte de un periódico para que publicase continuamente noticias favorables al Gobierno español¹⁰³.

Las autoridades españolas en Gran Bretaña intentaron también impedir la publicación de periódicos por parte de los exiliados allí instalados, y en especial la del periódico *El Español Constitucional*, editado en Londres entre 1818 y 1820. El embajador San Carlos realizó en primer lugar gestiones “para impedir indirectamente la publicación del Español Constitucional”, pero cuando estas se mostraron infructuosas, protestó ante el Gobierno británico. Se entrevistó con Lord Castlereagh, quien le “manifestó la mejor disposición a complacer a esta tan razonable demanda”¹⁰⁴. Pero el Gobierno británico nunca llegó a actuar.

San Carlos no quería precipitarse a demandar al periódico español, porque conocía “los riesgos que la legislación de este país presenta en los juicios de libelos”. Si finalmente se fuese a los tribunales y el veredicto favoreciese al editor, “aumentaríamos el mal en vez de obtener nuestra vindicación”. Así que San Carlos decidió buscar otros medios para combatir a *El Español Constitucional*. Los encontró en los conflictos que enfrentaban entre sí a los liberales exiliados. El primero surgió cuando el periódico publicó un artículo en el que atacaba duramente a Mariano Renovales, que ya se había pasado al servicio del Gobierno español¹⁰⁵. Un comerciante londinense, “celoso de

¹⁰² En estos años el Gobierno español intentó insertar en algunos periódicos ingleses varias noticias en las que ofrecía la versión oficial de ciertos acontecimientos, como la conspiración de Vidal en Valencia en enero de 1819 (quería evitar que la prensa inglesa la presentara “con vidrio de aumento y con colores exagerados”; AGS, Estado, 8179, Madrid, 19 de enero de 1819) o la rebelión de las tropas acantonadas en Cádiz en enero de 1820 (que había sido rápidamente sofocada; AGS, Estado, 8180, nota “Para publicarse en los Periódicos de Londres”). También se mandó insertar noticias tomadas de la *Gaceta de Madrid* – como una sobre los barcos de vapor que usaba la Real Compañía del Guadalquivir o sobre una “almáciga o criadero de árboles” que se había instalado en la isla menor del Guadalquivir— que demostraran en el extranjero la promoción de la modernización de España y sirvieran “de prueba de la ilustración y protección que el Rey N. S. dispensa a los establecimientos útiles”; AGS, Estado, 8179, Casa Irujo a San Carlos, Madrid de 12 mayo de 1819. San Carlos anunciaba en febrero de 1819 que había conseguido colocar uno de estos artículos en el *Courier*; AGS, Estado, 8179, despacho n° 459, el duque de San Carlos al marqués de Casa Irujo, Londres, 19 de febrero de 1819.

¹⁰³ AGS, Estado, 8179, despacho n° 459, el duque de San Carlos al marqués de Casa Irujo, Londres, 19 de febrero de 1819.

¹⁰⁴ AGS, Estado, 8179, despacho n° 429, San Carlos al Marqués de Casa Irujo, Londres, 5 de enero de 1819.

¹⁰⁵ Véase capítulo 7.

vindicar su nombre”, denunció por calumnias a *El Español Constitucional*. Gracias a las diligencias que se abrieron, San Carlos pudo descubrir que el editor era el médico español Pascasio Fernández Sardino y esperaba que por este motivo fuera llevado ante los tribunales y condenado. En caso de que no fuera así, se pondría en contacto con abogados locales que le pudieran asesorar “sobre los medios seguros de instaurar la petición de un castigo por nuestra parte”. San Carlos estuvo además encantado de descubrir que, como ya ha sido indicado, algunos exiliados españoles se habían distanciado de Fernández Sardino por sus posturas radicales a través de un artículo conjunto que acababan de escribir y que seguramente estaba llamado a circular por la prensa inglesa. San Carlos confiaba que de esta manera el periódico español cayera “por falta de cuenta”. Así, San Carlos consideraba que era mejor esperar a que la división entre los propios liberales exiliados hiciera desaparecer *El Español Constitucional* sin necesidad de exponerse a un juicio que podía dar un resultado indeseado¹⁰⁶.

Tras la segunda restauración fernandina, el Gobierno español trató de nuevo de influir en la opinión pública internacional. Esta vez podía contar, al menos durante los primeros años, con el apoyo de la monarquía francesa. En julio de 1824 el director de la Policía parisina propuso al ministro de Asuntos Exteriores hacer una campaña de prensa en Francia para desacreditar el Gobierno constitucional español, que en general continuaba siendo bien considerado por los periódicos franceses, y hablar bien del nuevo Gobierno. Proponía “insertar en un periódico de París que no pertenezca a la oposición, una serie de artículos destinados a rectificar los errores en los que los otros papeles caen, y a presentar los actos de la administración española bajo un punto favorable a los intereses de los dos Reinos”. El director de la Policía confiaba en que el Gobierno español, y en especial su Superintendente de Policía, estaría de acuerdo con la operación e insertaría en la *Gaceta de Madrid* traducciones de estos artículos. Afirmaba que el antiguo ministro de Policía, Decazes, le había asegurado que él se encargaría de “su ejecución”¹⁰⁷.

Sin embargo, el intento más destacado se produjo esta vez desde Estados Unidos. Como se ha visto, en este país las iniciativas de los liberales exiliados, en especial cubanos, en la década de 1820, habían llevado al desarrollo de una prensa en español con propósitos políticos. La contestación y refutación de las noticias y

¹⁰⁶ AGS, Estado, 8179, despacho n° 538, el duque de San Carlos al marqués de Casa Irujo, Londres, 11 de junio de 1819.

¹⁰⁷ ANF, F⁷ 11981, el director de la Policía al ministro de Asuntos Exteriores, París, julio de 1824.

opiniones vertidas en esta prensa llevó al Gobierno español a impulsar la publicación de órganos periodísticos. Para contrarrestar la prensa cubana en el exilio —*El Habanero* en Nueva York y Filadelfia y *La Abeja* en Nueva Orleans— se comenzaron a publicar en Nueva York *El Redactor* y en Nueva Orleans *El Español*. Desde Cuba también se contestó a *El Habanero* y la Capitanía General promovió la publicación de unas *Apuntaciones sobre “El Habanero”*, en la que se refutaban las opiniones secesionista en él expresadas¹⁰⁸.

El Redactor comenzó a publicarse a iniciativa del empresario español asentado en Nueva York Juan de la Granja, pensando en el creciente público lector en castellano en Estados Unidos, tanto hablantes nativos como hispanistas norteamericanos y estudiantes de español. Debió de empezarse a publicar a finales del verano de 1827 y cesar en 1833. Cada mes salían tres números. Inicialmente es probable que no tuviese mucho éxito, pues a finales de 1828 el Gobierno español autorizó al cónsul en Nueva York para que lo rescatara financieramente con el objeto de ponerlo al servicio de la política exterior española¹⁰⁹. Los contactos ya existían entre el cónsul Francisco Stoughton y De la Granja, pues su imprenta había trabajado para los consulados españoles en Estados Unidos, produciendo impresos y folletos.

La trayectoria de De la Granja, marcada por el exilio, es congruente con su colaboración con el Gobierno español a pesar de sus inclinaciones políticas cercanas al liberalismo moderado. Nacido en Vizcaya en 1785, mostró simpatías liberales durante la guerra, por lo que en 1814 salió de España. Se instaló en la ciudad de México, donde sacó adelante una serie de negocios editoriales que debieron de reportarle una pequeña fortuna. Crítico con la independencia en 1821, y advirtiendo el agravamiento de la situación de los españoles en México, salió del país antes de que se decretaran las leyes de expulsión. Se estableció en Nueva York, donde abrió una imprenta y una librería. Antes de sacar *El Redactor* publicó unos pocos números de *El Noticiero de Ambos Mundos*, en el que se defendían los derechos de los españoles en México y la permanencia del dominio español sobre Cuba. No se relacionó con los exiliados liberales españoles y cubanos llegados por esas fechas a Estados Unidos, de los que

¹⁰⁸ *Apuntaciones sobre “El Habanero”, periódico que redactó en Filadelfia el Presbítero Don Félix Varela*, La Habana, 1825. No está claro quién fue el autor, aunque parece seguro que fue un ex alumno de Varela. PIQUERAS opina que fue Antonio Zambrana (*Varela y la prosperidad de la patria criolla*, p. 85) mientras que JENSEN afirma que fue Juan Agustín Ferrety (*Children of colonial despotism*, p. 99). Varela en el número 4 de *El Habanero* asegura que un “mercenario” fue enviado desde La Habana para acabar con él.

¹⁰⁹ Desde julio de 1828 el consulado estaba suscrito a *El Redactor*; AHN, Estado, leg. 6218; Stoughton a González Salmón, Nueva York, 31 de julio de 1828.

desconfiaba por sus ideas radicales. Por lo tanto, cuando el cónsul Stoughton se acercó a él para proponerle insuflar nueva vida a *El Redactor*, De la Granja se mostró completamente de acuerdo.

Stoughton creó en enero de 1829 una sociedad –llamada “Sociedad Española”– que se dedicaría a publicar el periódico y a costear sus previsibles pérdidas. Esta sociedad estaba participada mayoritariamente por el consulado español, aunque también contaba con la presencia de comerciantes y empresarios españoles instalados en Estados Unidos cuyos negocios se centraban en el comercio con Cuba, además del propio De la Granja. Entre los accionistas sin embargo también había comerciantes con simpatías políticas liberales, como el italiano Eugenio Bergonzio (o Vergonzio) o Pedro Harmony, quienes como se ha visto fueron los financiadores de las conspiraciones de los exiliados españoles en Nueva York y que pronto se involucrarían en una nueva empresa periodística de distinto carácter. La sociedad tenía su sede en el “Instituto de José Carrión e Hijos”, un colegio fundado por un español, en el que también se instalaron la redacción y la imprenta del periódico.

Con el número 49 de enero de 1829 empezaba una nueva época de *El Redactor*, puesto al servicio del Gobierno español. Elaborado en la recientemente creada “Imprenta de la Sociedad”, mejoró su diseño, presentación y calidad, acercándolo a otros diarios publicados en el país, con el propósito de captar al mayor número de lectores posibles. En esta nueva etapa amplió los contenidos de política internacional, centrándose en informaciones sobre Hispanoamérica. Ofrecía una imagen negativa de las nuevas repúblicas, a las que describía envueltas en el caos, e informaba de las luchas internas y de la crisis constante en la que vivían, que contrastaba con la supuesta prosperidad en la que se encontraba Cuba. Su desprecio por las nuevas naciones le llevaba a ignorar sus nombres como estados independientes, y seguía refiriéndose a ellas por sus nombres de la etapa colonial, como Nueva España o Nueva Granada. Su puesta al servicio de los intereses españoles se traducía también en el seguimiento que se hacía a la comercialización en Estados Unidos de productos de la Península y, sobre todo, cubanos, en especial azúcar, tabaco y café. Sin embargo, no logró captar un público amplio y nunca pasó de las 400 subscripciones, dependiendo siempre de la subvención otorgada por el consulado español que supervisaba su publicación¹¹⁰.

¹¹⁰ VILAR, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos*, pp. 59-71. De la Granja fue alejándose de la órbita del consulado español y comenzó a mantener relaciones con los cubanos e hispanoamericanos residentes en Estados Unidos. Los cambios en la situación interna en

El Redactor, junto con el *Mercurio de Nueva York*, se convirtió en una de las principales fuentes de información sobre las repúblicas hispanoamericanas de las que disponía el Gobierno español. El *Mercurio de Nueva York* era un periódico patrocinado por la comunidad de comerciantes españoles instalada en Nueva York que, aunque cercano a los intereses peninsulares, nació en mayo de 1828 con el propósito de ser un órgano independiente con un perfil político bajo. A pesar de ello, mantuvo relaciones estrechas con el consulado, especialmente en su primera época. Cuando en mayo de 1829 pasó a manos de un nuevo grupo de editores liderado por el comerciante italiano Eugenio Bergonzio y por José Desnoves, su tendencia comenzó a cambiar. Bergonzio, que como se acaba de ver también había participado en la publicación de *El Redactor*, mantenía estrechas relaciones con los exiliados liberales cubanos Tomás Gener, Félix Varela y Leonardo Santos Suárez, y en 1830 colaboraría con los revolucionarios españoles que querían pasar desde Nueva York a España. Según el embajador español en Filadelfia Bergonzio “se ocupa en hacer de agente a los emigrados de todos los países” y estaba próximo a los mexicanos, de los que esperaba que lo nombraran vicecónsul¹¹¹.

Por tanto, a partir de su cambio de editor, y a medida que fueron aumentado sus suscripciones en Estados Unidos y también en varias ciudades hispanoamericanas, el *Mercurio de Nueva York* se fue emancipando de la influencia del consulado español, y ofreció una información menos sesgada hacia los intereses españoles. Desde el otoño de 1829 el cambio ya era evidente. Criticaba abiertamente al Gobierno español, apoyaba la independencia de las naciones hispanoamericanas e informaba de las expediciones liberales de Mina, Valdés y Torrijos. Para entonces ya había entrado en una intensa polémica con *El Redactor*¹¹².

El tratamiento hipercrítico que estos periódicos, en especial *El Redactor* y *Mercurio de Nueva York* en su primera etapa, hacían de la evolución política de las nuevas naciones fue celebrado por el Gobierno español. El cónsul Stoughton enviaba semanalmente los periódicos a España, destacando por ejemplo que las noticias que publicaban “inculcan mucho sobre la barbarie, ignorancia e inmoralización del pueblo

mexicana favorecieron también su acercamiento, y en 1838 fue nombrado vicecónsul mexicano en Nueva York. En 1842 obtuvo la nacionalidad mexicana y el cargo de cónsul general. Al estallar la guerra con Estados Unidos, De la Granja regresó a México, donde fue diputado por Jalisco.

¹¹¹ AHN, Estado, leg. 5563, Despacho Reservado nº 1046, Francisco Tacón a Manuel González Salmon, Filadelfia, 15 de octubre de 1830.

¹¹² VILAR, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos*, pp.123-143.

de Nueva España”¹¹³. En un informe redactado en Madrid y dirigido al rey se le informaba de las noticias que estos periódicos publicaban sobre el “desorden en Buenos Aires”, la “guerra civil en Guatemala”, o el “espíritu de discordia que reina entre los colombianos y los peruanos y los temores de una nueva guerra entre ellos”¹¹⁴.

A partir de estas noticias, la Secretaría de Estado redactaba informes dirigidos a Fernando VII y a los demás ministros sobre los sucesos de las repúblicas hispanoamericanas¹¹⁵. Los periódicos neoyorkinos se convirtieron además en una fuente esencial de información para la prensa oficial española. El 23 de septiembre de 1829 Fernando VII ordenó “que así con estos periódicos como con todos los demás que hablen en este sentido se extracten y publiquen en la Gaceta de Madrid aquellos artículos que a juicio del director de la redacción de dicho periódico se juzguen más convenientes (...) relativamente a sus dominios de ultramar”¹¹⁶.

Las informaciones publicadas en los periódicos neoyorkinos —que en el caso de *El Redactor* distaban de ser una fuente imparcial, pues estaba tutelado por el consulado español— eran tan bien recibidas en Madrid porque decían precisamente aquello que el Gobierno español quería oír. Gracias a sus noticias —tomadas en su mayor parte de la prensa hispanoamericana que llegaba a Nueva York, pero tratadas de tal forma que eran puestas al servicio de los intereses españoles— podía presentar ante la opinión pública española e internacional su propia versión de los resultados de la independencia en sus antiguas colonias y justificar así la conveniencia de su retorno al seno de la Monarquía. Un informe dirigido al rey redactado en Madrid en agosto de 1829 exponía de esta forma su utilidad:

“Todas o las más de estas noticias han sido ya publicadas en los periódicos extranjeros, pero lo que estos han publicado son varios artículos contenidos en el *Mercurio* y el *Redactor* señaladamente en este muy bien hablados y discurren, ya haciendo la justa apología de las sabias medidas adoptadas por V. M. para la prosperidad del Reino, ya elogiando la expedición de la Habana y pronosticando su buen éxito, ya combatiendo las imposturas con que se supone el mal trato y desprecio en que quieren apoyar su rebelión los Americanos perversos, ya comparando el estado de paz y sosiego patriarcal que antes gozaban las felices colonias con el de susto, turbulencias, guerra y anarquía que hoy las despedazan, y por fin demostrando la conveniencia y utilidad no solo para ellas mismas

¹¹³ AHN, Estado, leg. 6219, despacho n° 6, Francisco Stoughton a González Salmón, Nueva York, 31 de enero de 1829.

¹¹⁴ AHN, Estado, leg. 6219, Madrid, 24 de agosto de 1829.

¹¹⁵ Por ejemplo, en uno de los envíos de periódicos se ordena desde el Palacio Real lo siguiente: “Veáse si contienen algo importante y hágase un resumen de ello para noticia de S. M.”, en AHN, Estado, leg. 6219, despacho n° 17 Stoughton a González Salmón, Nueva York, 1 de abril de 1829.

¹¹⁶ AHN, Estado, leg. 6219, n° 9, Madrid 23 de septiembre de 1829. Varios meses antes ya se había recomendado la publicación de los artículos llegados de Nueva York en la *Gaceta de Madrid*; Palacio, 26 de junio de 1829.

sino para la Europa entera de que vuelvan a entrar bajo Vuestro paternal dominio, las hoy infelices, empobrecidas y despedazadas posesiones de Ultramar”¹¹⁷.

Al mismo tiempo, *El Redactor* reproducía en Nueva York los comunicados oficiales llegados desde España, Cuba y Puerto Rico a través del consulado, sirviendo así de vehículo de transmisión de los argumentos de la política exterior del Gobierno fernandino.

Por su parte, *El Español* comenzó a ser publicado en Nueva Orleans financiado por el consulado español en la ciudad con el objetivo de contrarrestar las opiniones vertidas por *La Abeja*, periódico publicado por los emigrados cubanos. El cónsul Antonio Argote contactó con un exiliado, el gaditano Tiburcio Campe, que había sido un destacado periodista liberal durante el Trienio en Cuba, para que pusiera en marcha un periódico similar a *El Redactor*. *El Español* salió en 1828 y su publicación se prolongó hasta la desaparición de *La Abeja* unos dos años más tarde. En él abundaban las noticias y editoriales que incidían en una visión negativa de la situación de las repúblicas hispanoamericanas, especialmente México. El periódico se sostenía gracias a cierto número de suscriptores de la colonia española en Nueva Orleans, a las donaciones de hacendados cubanos y de españoles expulsados de México, y a la subvención llegada desde Madrid, dentro del presupuesto dedicado a Cuba por el Ministerio de Hacienda. El ministro López Ballesteros aprobó un presupuesto de 30 pesos mensuales que serían pagados a Campe para que redactara el periódico, que debía “sostener la causa de España contra las calumnias de los revoltosos”. En Nueva Orleans existía un grupo de interés alrededor del capuchino fray Antonio de Sedella, financiado por el Gobierno español, que trabajaba para el regreso de los territorios hispanoamericanos independientes al seno de la monarquía, para lo que disponía de una red de espías e informantes. Según el mexicano Lorenzo de Zavala –que al llegar en 1829 a Nueva Orleans fue saludado por *La Abeja* y criticado por *El Español*— *El Español* había sido establecido para “servir de vanguardia a la expedición de Barradas” y en él, de igual forma que en *El Redactor* y *El Mercurio*, se representaba a México “como entregado a la anarquía, al saqueo y al desorden”. Zavala atribuía esta acrimonia al “furor de los españoles emigrados”, que habían hecho de estos periódicos el “órgano de sus diatribas,

¹¹⁷ AHN, Estado, leg. 6219, 24 agosto de 1829.

de sus amenazas, y también el testimonio de su impotencia, de su encarnizamiento y de su odio inextinguible contra los autores de la independencia”¹¹⁸.

Los periódicos publicados en Estados Unidos bajo protección oficial del Gobierno español continuaron la estrategia propagandística que tenía por propósito influir en la opinión pública internacional que había inaugurado en 1819 *El Observador Español* de Londres, y que se repetiría también en Francia, donde se patrocinó la edición de la *Gaceta de Bayona* entre octubre de 1826 y agosto de 1830, que sería continuada por la *Estafeta de San Sebastián*, editadas por afrancesados como Lista, Reinoso, Miñano y Hermosilla. Los buenos resultados de *El Redactor* neoyorkino puede que influyeran en la decisión del Gobierno español de volver a promover la aparición en el extranjero de periódicos que sostuvieran su política¹¹⁹.

La capacidad de influir en la opinión pública internacional de estos periódicos era limitada, además de por las dificultades de credibilidad que tenían, porque estaban escritos en español. No está del todo claro por qué se decidió que fuera así, aunque se pueden intuir sus intenciones. Desde luego no era una cuestión de no disponer de redactores capaces de escribir un periódico en inglés o francés, pues por ejemplo Cabral de Noroña fue escogido precisamente por su conocimiento del idioma inglés. El duque de San Carlos, durante su etapa de embajador en Londres en la que promovió la aparición de un periódico proespañol, consideraba que había “dos ventajas de su publicación en castellano; la una el que debiendo ser de noticias más tempranas y exactas, vendrían sin duda los papeles públicos de más nota de esta capital, a tomar de él lo más interesante; y la otra, que a más de rebatir a nuestro modo las calumnias groseras de los extranjeros, podríamos insertar los avisos y partes de los jefes de América, que destruyesen las relaciones romancescas con que los insurgentes embaucan a sus prosélitos, y fascinan la opinión”¹²⁰.

En cualquier caso, como se ha visto, también se llegó comprar a periodistas nativos y a insertar noticias en periódicos en inglés con el objetivo de hacer llegar al público angloparlante los mensajes que le interesaban al Gobierno español. Cabral de Noroña recomendó que se tradujeran algunos extractos de su *El Observador Español*

¹¹⁸ AHN, Estado, leg 6175², cónsul Antonio Argote Villalobos; Juan Bautista VILAR, “Los orígenes de la prensa cubana. Un intento de aproximación y análisis, (1764-1833)”, en *Revista Complutense de Historia de América*, nº 22, 1996, pp. 337-345; JENSEN, *Children of colonial despotism*; VILAR, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos*, pp. 193-202, de donde están tomadas las citas de Lorenzo de Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América*.

¹¹⁹ VILAR, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos*, p. 72.

¹²⁰ AGS, Estado, 8179, despacho nº 459, el duque de San Carlos al marqués de Casa Irujo, Londres, 19 de febrero de 1819.

con el objeto de insertarlos en la prensa inglesa. Asimismo, el Gobierno hizo esfuerzos para asegurar una amplia distribución de los periódicos que editaba en el extranjero. *El Redactor*, publicado en Nueva York, llegaba a las principales ciudades del país, especialmente en el norte, aunque también a zonas del sur, como Luisiana y Florida, con presencia de hispanoparlantes, y se insertaron anuncios en inglés en otros periódicos estadounidenses para intentar captar lectores. También se llegó a acuerdos con algunos diarios para intercambiar suscripciones, con lo que se aseguraba que sus noticias y opiniones serían conocidas por otros medios de comunicación, con la esperanza de que los reprodujeran¹²¹.

Sin embargo, todo indica que al patrocinar estos periódicos el Gobierno español estaba pensando principalmente en su consumo interno dentro del mundo hispanohablante, tanto en la Península como en Hispanoamérica. Que estos periódicos estuvieran editados fuera de España, aparentemente fruto de la iniciativa privada, y en países especialmente influyentes para los americanos y que gozaban de libertad de imprenta como Inglaterra y Estados Unidos, tendría como objeto otorgarles una pátina de objetividad e independencia que nunca podrían tener si aparecieran en España. El objetivo preferente era el público hispanoamericano, tanto el de las nuevas repúblicas, al que se intentaría convencer de las ventajas de un retorno al dominio español, como el de los territorios aún bajo control imperial, pero en los que habían surgido movimientos de oposición, al que se le mostraba el contraste de su prosperidad con el caos y violencia de las repúblicas. El Gobierno español intentó difundir estos periódicos entre los hispanoamericanos y ordenó que no se impidiera su difusión a pesar de estar editados en el extranjero¹²².

Asimismo era el público hispanoamericano el principal destinatario de varios de los periódicos y libros editados y escritos por los exiliados españoles. Varias publicaciones londinenses estaban directamente financiadas por los agentes hispanoamericanos —se ha visto ya cómo Vicente Rocafuerte destacó en estas labores— pero además su viabilidad económica dependía de sus ventas en América. El editor de *El Español Constitucional*, Fernández Sardino, esperaba ingresar 1.500 duros por las ventas de los primeros quince números en el continente americano. Como las distancias y las condiciones de envío y correo no eran buenas, Fernández Sardino solicitó un

¹²¹ VILAR, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos*, p. 64

¹²² Por ejemplo, se insertó una convocatoria para la suscripción de *El Observador Español* en el *Diario del Gobierno de La Habana* de 128 de septiembre de 1819.

anticipo a los representantes de las repúblicas que estaban en Londres, aunque en esta ocasión no tuvo éxito, pues al parecer estaban “poco provistos de metálico”¹²³. En cualquier caso, el tratamiento de temas americanos fue creciendo en los periódicos del exilio español a medida que sus ventas aumentaban en las nuevas repúblicas.

El Gobierno español consideraba importante impedir que las opiniones críticas vertidas en el extranjero, especialmente en relación con la cuestión americana, llegaran a sus posesiones ultramarinas. Cuando Fernando VII recibió la información de que un librero de Burdeos había conseguido introducir en Cuba libros prohibidos en un cargamento de vino, se tomaron medidas para que no volviera a ocurrir. En noviembre de 1824 se ordenó al capitán general de la isla, Francisco Vives, que impidiera la entrada en la isla de las publicaciones de los exiliados, tanto peninsulares como cubanos. Vives se dispuso a proteger la isla del “pernicioso tráfico y la escandalosa circulación de los malos libros”. Aumentó los controles en las aduanas y estableció multas y penalizaciones como la retención del cargamento para los barcos que fueran descubiertos introduciendo publicaciones prohibidas. En los años siguientes, se dictaron normas que prohibían el acceso de todos los libros en los que “se impugne nuestra Santa Religión, las regalías, derechos o prerrogativas del Soberano o que de cualquier otro modo exciten o defiendan la rebelión de los vasallos o de los pueblos”¹²⁴.

En el seno del Gobierno español había quienes no estaban convencidos de la conveniencia de entrar en un combate dialéctico con los exiliados a través de la prensa. Se mezclaban posturas aristocráticas y de rechazo de la esfera pública como lugar de debate con consideraciones acerca de los efectos contraproducentes que podía tener la intervención. El embajador en Londres en 1814, Fernán Núñez, rechazaba ponerse “en una lucha quizá más perjudicial y poco decorosa con unos Periodistas”¹²⁵. En esta línea, el mero hecho de contestar a las afirmaciones vertidas por los emigrados en la prensa era interpretado por algunos ministros como una concesión. Así se desprende del debate abierto con respecto a la conveniencia de rebatir en la prensa oficial las noticias y

¹²³ MORENO ALONSO, *Forja del liberalismo*, p. 329.

¹²⁴ El preámbulo a estas disposiciones advertía de que “el pernicioso tráfico y la escandalosa circulación de los malos libros es lo que puede sumergirnos en nuevas y aun mayores calamidades, y en su raíz es donde debe extirparse el mal. Nuestras acciones son el efecto de nuestras opiniones y de nuestros sentimientos y las obras sediciosas, inmorales e irreligiosas, mudan enteramente los espíritus, agitan las imaginaciones, pervierten los corazones y vienen a ser el verdadero origen de las acciones criminales”; JENSEN, *Children of colonial despotism*, p. 98; citas en Juan José SÁNCHEZ BAENA, *El terror de los tiranos. La imprenta en la centuria que cambió Cuba*, Castellón de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2009, p. 134.

¹²⁵ AGS, Estado, leg. 8176, Fernán Núñez al duque de San Carlos, despacho reservado nº 547, Londres, 14 de octubre de 1814.

opiniones publicadas por Andrés Borrego en *El Precursor* a lo largo de 1830. Por la respuesta del director de la *Gaceta*, Pedro de la Hoz, a la orden de que contestara a lo publicado en el periódico parisino, se adivina que esta era una decisión con la que no todo el Gobierno estaba de acuerdo, y que de hecho se había dispuesto que no se entrara en polémicas con la prensa del exilio:

“Son tantas las falsedades y los absurdos que contienen los dos números del Precursor de París (...) que destinada la Gaceta a rebatirlos individualmente, sería entrar en una polémica que V. E. tiene justamente prohibida para no degradar la majestad del gobierno del Rey N. S. Supongo por lo tanto que lo que en la orden de remisión se me manda es que rebata las doctrinas de dicho periódico en términos generales; es decir, sin marcar los dichos, modos y principios subversivos e irreverentes con los cuales no conviene se familiarice el pueblo ni aún bajo pretexto de impugnación”.

Sin embargo, finalmente a De la Hoz se le instruyó para “poner particular cuidado (...) en rebatir (...) los embustes y falsedades (...) que promueven calumnias a la ley y alucinen a los inocentes”¹²⁶.

Los absolutistas no concedieron importancia a la conquista de la opinión pública únicamente cuando se encontraban en el poder. Durante su exilio en Francia en los años del Trienio, los realistas españoles desplegaron una intensa actividad con el propósito de obtener la atención y el apoyo de la opinión pública local. Publicaron artículos en la prensa francesa, tanto en francés como en español, y redactaron proclamas dirigidas a los soldados del ejército constitucional español, que hicieron públicas. Sus actividades fueron importantes para menoscabar entre la opinión pública francesa al régimen constitucional español y difundir la tesis de un apoyo popular muy extendido a una potencial intervención armada, que acabaría por producirse en 1823¹²⁷. El objetivo de los realistas refugiados en Francia era además internacionalizar el conflicto español y obtener el apoyo de las potencias continentales. Para ello, la Regencia de Urgel, además de enviar una exposición a los soberanos que se encontraban reunidos en el Congreso de Verona, publicó en 1822 en Francia el *Manifiesto que los amantes de la monarquía hacen a la Nación de España, a las vecinas potencias y a sus soberanos*¹²⁸.

La aceptación por parte de los absolutistas de la relevancia política de la opinión pública se tornó evidente con la aparición de *El ciudadano del Mundo*, un periódico sobre la cuestión portuguesa editado en forma de folleto por un realista portugués que

¹²⁶ AHN, Estado, leg. 5279, citado por DE CASTRO, *Andrés Borrego*, p. 35.

¹²⁷ Jean-René AYMES, “Españoles en Francia (1789-1823): contactos ideológicos a través de la deportación y del exilio”, en *Trienio*, nº 10, 1987, pp. 3-26.

¹²⁸ José Luis COMELLAS GARCÍA-LLERA, *Los realistas en el Trienio Constitucional (1820-1823)*, Pamplona, Estudio General de Navarra, 1958, p. 96.

firmaba como Da Costa. Su primer número apareció en Nueva York en julio de 1829. Da Costa había decidido publicarlo en español, por ser idioma “muy semejante al Portugués, y de más fácil traducción entre los varios idiomas de la Europa”. “Animado por sentimientos puramente Monárquicos y Católicos”, quería incidir en la batalla por la opinión pública, aunque para ello se hacía necesaria una justificación: “Conozco que la libertad de imprimir deber ser limitada y siempre proporcionada a la forma del gobierno; pero hay circunstancias, en que esta clase de publicaciones periódicas, aun con cierta ampliación, siendo bien regidas, se hacen indubitablemente de la mayor importancia para la sociedad. La pluma del hábil escritor manejada con destreza a dentro del gabinete, vence la espada del perito general sobre el campo de batalla”¹²⁹.

4. LA NECESIDAD Y LA VIRTUD DE EDUCAR

La educación vivió una importante expansión en las primeras décadas del siglo XIX, tanto en Europa como en América, debido a la creencia de que su promoción era necesaria ante las transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales vividas recientemente y que aún estaban en marcha. El liberalismo heredó de la Ilustración la fe en la educación como mecanismo de mejora individual y colectiva y condición necesaria para una ciudadanía virtuosa, y los estados nacionales, fuera cual fuera su orientación política, acabaron encontrando en la instrucción pública un instrumento fundamental en la conformación de la lealtad de la población y una vía de aumentar los recursos humanos y favorecer el crecimiento económico. Todas estas consideraciones se combinaron en la aparición de iniciativas que aspiraban a extender el conocimiento de manera universal y a sectores de la población que no habían tenido hasta entonces acceso a él.

La reforma educativa era una actividad que no suponía una implicación directa en política, pero que al mismo tiempo tenía un propósito de transformación de la sociedad que la dotaba de un contenido ideológico. Así, la aplicación de métodos educativos modernos tenía implicaciones subversivas para el orden tradicional impuesto en España, donde la instrucción se encontraba cedida en exclusiva a la Iglesia. El contacto con nuevas materias y métodos educativos suponía una amenaza, y por ello

¹²⁹ *El ciudadano del Mundo*, nº 1, Nueva York, 4 de julio de 1829. Da Costa asegura que publicará “20 folletos de 16 páginas cada uno”. Ejemplar enviado al Gobierno español desde el consulado en Nueva York, AHN, Estado, leg. 6219.

Fernando VII prohibió en 1828 que las familias cubanas pudieran mandar a sus hijos a estudiar a Estados Unidos, para evitar que recibieran una educación republicana que pudiera alterar el orden impuesto en la isla¹³⁰.

Pero la educación también era un negocio y, en el caso de los miles de exiliados desempleados que poblaban países como Inglaterra, Francia, Estados Unidos o las repúblicas hispanoamericanas, una forma rápida de encontrar trabajo. La mayoría de ellos se dedicaron a la enseñanza de idiomas, aunque también dieron clases de otras materias. La educación, de manera similar a la imprenta, constituyó para los exiliados españoles una forma de ganarse la vida en unas circunstancias adversas, además de convertirse en un instrumento de promoción del ideario liberal.

La mayor parte de los afrancesados y sus familias, especialmente aquellos con menos recursos obligados a residir en las ciudades y depósitos del interior y sur de Francia, vivieron a lo largo de los largos años del exilio una situación caracterizada por la miseria. Dado el estancamiento en que vivía toda Europa en las dos décadas posteriores a 1815, y a medida que los subsidios franceses iban disminuyendo, las oportunidades de encontrar medios de subsistencia se fueron reduciendo para los refugiados españoles, aunque aquellos con un mayor nivel de formación lo tuvieron algo más sencillo. Intelectuales como Lista, Hermosilla, Amarita, Núñez de Arenas, Núñez de Taboada, Manuel Narganes de Posada, José Garriga, o Manuel Silvela obtuvieron ingresos más o menos intermitentes dando clases de idiomas o realizando traducciones.

De manera similar, y en ocasiones colaborando con afrancesados, muchos exiliados liberales se dedicaron durante su estancia en Francia y en Gran Bretaña a tareas educativas, especialmente de enseñanza de idiomas, y realizaron paralelamente traducciones asociadas a esta actividad. Varios liberales españoles que se exiliaron en Estados Unidos se dedicaron a la enseñanza del español. José Antonio Pizarro y Carlos Rabadán sobrevivieron dando clases de castellano en Baltimore y Yale, y Agustín de Letamendi y Mariano Velázquez de la Cadena enseñaron en Nueva York y Charleston. Miguel Cabrera de Nevares, instalado en Nueva York, entre 1831-1834 trabajó como profesor de lengua y literatura españolas en la Universidad de Columbia, y tradujo textos protestantes destinados al público hispanoparlante. Estos exiliados contaron con

¹³⁰ El intelectual criollo Francisco Arango consideraba esta medida innecesaria, ya que únicamente las familias ricas podían permitirse enviar a sus hijos a estudiar a Estados Unidos, y la perspectiva de poner en peligro su herencia les alejaría de cualquier veleidad republicana; JENSEN, *Children of colonial despotism*, p. 99.

la ayuda de españoles que ya se encontraban en Estados Unidos antes de 1823 y que se dedicaban a tareas educativas, como el lingüista catalán Mariano Cubí y Soler¹³¹. El cubano Félix Varela realizó una extensa labor educativa en Estados Unidos dando clases de filosofía, religión, lengua y literatura españolas en colegios católicos. Varela también desarrolló una intensa actividad de promoción de instituciones de beneficencia asociadas a la Iglesia católica.

La dedicación a la enseñanza proporcionaba contactos a los exiliados, profundizaba en su integración en la sociedad receptora y servía para forjar redes entre exiliados y simpatizantes de causas liberales o proyectos reformistas que encontraban en la educación uno de sus ámbitos de actuación más destacados. Uno de los núcleos más interesantes de esta red fue la Universidad de Londres. Fundada en 1828 como alternativa a la elitista enseñanza de Oxford y Cambridge, tenía un claro perfil liberal. Era una universidad autosuficiente y secular que admitía a todo tipo de alumnos independientemente de su religión —para estudiar en Oxford y Cambridge era necesario pertenecer a la Iglesia de Inglaterra— y era más barata. Ubicada en el centro de Londres, era de más fácil acceso y los alumnos podían residir en sus propios domicilios, sin que fuera necesario trasladarse a residencias por lo que se requerían menos medios para cursar estudios en ella. En Londres se impartían asignaturas aplicadas al mundo de los negocios y las finanzas, incluidas las lenguas modernas. Su objetivo declarado era proporcionar una educación moderna a las clases medias. El principal ideólogo de la universidad era el poeta escocés Thomas Campbell, que en 1820 había visitado la Universidad de Bonn y decidido que una institución similar, con un programa más adaptado al mundo moderno, industrial y comercial, siguiendo el modelo educativo escocés, más abierto y participativo, era necesaria en Inglaterra¹³².

De vuelta a Gran Bretaña, Campbell comenzó a sacar adelante el proyecto con la ayuda de su círculo de amistades y contactos. La universidad fue fruto de la iniciativa particular de un número de liberales, progresistas en diferentes ámbitos: banqueros y comerciantes, protestantes no anglicanos, judíos, y diputados *whigs* y radicales. También en su forma empresarial suponía una innovación, pues era, de hecho, una

¹³¹ Rabadán, que tras sus actividades conspirativas se había acercado al cónsul español Stoughton y que desde entonces escribió en *El Mercurio* y en *El Redactor*, escribiría años después una adaptación al español del método francés de John Manesca, llamada *Manesca's Oral System of Teaching living Languages illustrated by a Course of Lessons in Spanish through the Medium of the English*; Letamendi publicó en 1826 en Charleston *A Spanish Grammar. Dedicated to the Youth of North America*; VILAR, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos*, pp. 107-109, 146, 196.

¹³² Campbell se convertirá en uno de los campeones en Gran Bretaña de la causa polaca tras la represión zarista de 1831, fundando la *Literary Association of the Friends of Poland*, junto a Czartoryski.

sociedad por acciones. Isaac Lyon Goldsmid, un judío alemán de origen español, tuvo un papel central en el impulso de la universidad por sus aportaciones económicas y sus contactos personales. Miembro de la Bolsa londinense y socio de la firma de comerciantes de metales preciosos Mocatta and Goldsmid, había construido una gran fortuna en los años previos. Desde 1824 se había interesado por las finanzas sudamericanas y obtenido grandes ganancias en sus operaciones con la deuda de las nuevas naciones. Abolicionista, cercano a los utilitaristas, especialmente Ricardo, había mostrado ya su interés por la reforma educativa a través de su ayuda a Lancaster, cuyo método pedagógico se analiza más adelante. Sus contactos se extendían a Estados Unidos, y había ayudado a Thomas Jefferson a conseguir profesores para la Universidad de Virginia en Gran Bretaña. Gracias a su mediación, el proyecto de Campbell recibió el apoyo de un gran número de poderosas e influyentes personalidades, especialmente entre los círculos *whig*¹³³. La universidad tenía además el favor de importantes intelectuales, como el filósofo Jeremy Bentham¹³⁴.

Los exiliados políticos europeos tuvieron un papel destacado en la Universidad de Londres. Varios de ellos fueron contratados para dar clase de lenguas modernas. Para alemán se optó por Ludwig von Mühlenfels, un liberal que había salido de Prusia¹³⁵. Para francés, La Fayette propuso a Frédéric Degeorges, un bonapartista exiliado en Londres y que luego participaría en la revolución de Julio de 1830, pero el Consejo de gobierno de la universidad consideró que ni él ni otros candidatos estaban preparados para dar clase de literatura francesa, y se decidió nombrar sólo a un tal Merlet como profesor de la lengua. Para italiano, Campbell apoyó por motivos puramente académicos al famoso poeta Ugo Foscolo —que como se ha visto en el capítulo anterior era un personaje nodal en las redes de exiliados italianos, además de un gran amigo de Miguel del Riego— pero el consejo eligió a Panizzi, al parecer por su amistad con uno

¹³³ En febrero de 1826 se constituyó el primer consejo, que incluía, entre otros, al banquero Alexander Baring, Henry Brougham, Campbell, Joseph Hume, Birkbeck y Warburton, Goldsmid, Waymouth, Thomas Wilson, Benjamin Shaw, James Mill, Lord John Russell y el marqués de Lansdowne.

¹³⁴ H. HALE BELLOT, *University College London, 1826-1926*, Londres, University of London Press, 1929. Como respuesta a la creación de la Universidad de Londres, el gobierno promovió, junto con el rey Jorge IV, la creación en 1829 de una institución de educación superior en Londres que siguiera las líneas tradicionales. Así, apareció King's College.

¹³⁵ Nacido en la Pomerania sueca en 1793, había tomado parte en el levantamiento contra Napoleón, y servido en el ejército bajo Bernadotte en Leipzig y en la campaña contra Dinamarca. En la Universidad de Heidelberg obtuvo el título de doctor en leyes en 1816. En Colonia en 1817 accedió a un puesto burocrático del Gobierno prusiano, pero fue arrestado en julio de 1819 por su participación en la oposición. En 1821 escapó a Suecia y pasó a Inglaterra en 1827 para unirse a un grupo de exiliados que iba camino de México. instalado en Londres, su casa se convirtió en centro de reuniones de la colonia alemana en la ciudad; HALE BELLOT, *University College London*, p. 121.

de sus miembros, el diputado Henry Brougham¹³⁶. Panizzi era un italiano de Módena que durante su exilio en Suiza en 1823 había escrito un libro narrando el proceso judicial de unos carbonarios de su ciudad, que apareció falsamente como editado en Madrid; de hecho el prólogo estaba firmado por un anónimo “Membro della Società landeburiana”, una sociedad de liberales exaltados formada durante el Trienio¹³⁷.

Para lengua española se optó por Antonio Alcalá Galiano, que en su lección inaugural hizo una reveladora alabanza del proyecto de la nueva universidad, prueba del irresistible *spirit of the age* o espíritu del siglo:

“Este establecimiento es una creación notable de este país y de la época actual, y (...) solo en este país, donde la libertad práctica es tan ampliamente disfrutada, y en ninguna otra época sino la presente, cuando el conocimiento es tan ampliamente difundido, podría haber sido creado. Ha sido fundado por particulares de diferentes rangos, actividades, ocupaciones y modos de pensamiento, unidos por ningún otro vínculo que no sea su afán de promover la educación liberal. No depende del patrocinio de ningún gobierno o partido, sino de la sinceridad y el buen sentido de la ciudadanía en general. (...) A pesar de que tiene la intención de formar tanto a científicos y profesionales como a elegantes estudiosos, lleva la modesta vestimenta y el aspecto de negocio propio de una sociedad por acciones. No es un monopolio, porque ya ha encontrado un rival que responde, se espera, a un espíritu de noble emulación, con el que debe luchar por la palma del triunfo en una competencia justa y honorable. Sus puertas están abiertas a los hombres de todos los credos, de todos los rangos, de todos los partidos”.

Alcalá Galiano celebraba la decisión de la universidad de dar clases de español, además de por su interés literario, por ser especialmente útil en unos momentos en los que tantos intereses comerciales se estaban formando con Hispanoamérica:

“[existe] en la actualidad una ventaja peculiar aneja al estudio de la lengua española. En las vastas regiones de América del Sur, un amplio campo se ha abierto a la iniciativa empresarial británica. El capital británico ha corrido hacia allí a raudales, grandes establecimientos han sido formados por individuos británicos”.

El exiliado español retomaba temas propios del humanismo comercial, realizando una alabanza del comercio como pacífico vehículo de comunicación entre las naciones, que servía para evitar guerras y contribuía al avance del progreso y la civilización. Un comercio para el que era necesario el conocimiento y estudio de lenguas extranjeras. Alcalá Galiano colocaba en la misma categoría a las manufacturas y a los productos culturales, como podían ser los distribuidos por Ackermann:

“Por medio de ese estudio, no solo se disipan los prejuicios, sino que se crean fuertes afectos. Las naciones no solo dejan de odiarse, sino que comienzan a estimarse y amarse

¹³⁶ HALE BELLOT, *University College London*, p. 44-45.

¹³⁷ *Dei Processi e delle Sentenze contra gli imputati di Lesa-Maestà e di aderenza alle Sette proscritte negli Stati di Modena*, per Roberto Torres, Reggente la Stamperia dell' *Universal*; E si trova in tutii i Paesi liberi, Madrid, 1823.

mutuamente. Por lo tanto, el comercio, la mayor bendición del hombre social, es promovido, y la guerra, su peor enemigo, es desanimada en la misma proporción. Los tiempos actuales muestran más de un ejemplo que demuestra que esto no es un pensamiento visionario. El intercambio de producciones literarias se está convirtiendo en no menos libre y rápido que el trueque de productos manufacturados”.

Alcalá Galiano concluía alabando el cosmopolitismo de la Universidad, la solidaridad demostrada con los exiliados, y agradeciendo su acogida en Gran Bretaña:

“Y finalmente, no menos importante, [la universidad] para ampliar su base y hacerla más completa que la de todos los establecimientos existentes hasta ahora de la misma clase, y para hacerse digna de una época que se distingue por el sentimiento de amistad y los libres intercambios existentes entre las diversas naciones del mundo civilizado, ha admitido en su recinto a profesores extranjeros de todas esas naciones, para enseñar sus diferentes idiomas, y reunir los méritos de las respectivas producciones de sus autores eminentes, contribuyendo así al fomento de las simpatías sociales y la caridad extensa, que se ofrecen para secar muchas de las fuentes de las calamidades de las naciones, y para realizar en gran medida esa presunción de alta literatura hasta ahora solo parcialmente cierta, que suaviza las costumbres de la humanidad, y no deja lugar a la ferocidad. (...) Considero que mientras estoy enseñando la lengua española y dando conferencias sobre la literatura española, no solo estoy satisfaciendo elegantes nimiedades, sino realizando una tarea que, como parte de un gran sistema, tiende hacia ese gran final de utilidad, el objeto al que todos los trabajos humanos deben ser dirigidos. Considero que estoy sirviendo los mejores intereses de la humanidad en general, y especialmente los de mi país natal, al que aprecio y siempre apreciaré, aunque quizás estoy condenado a no verlo más. Considero, por último, que me estoy haciendo útil, y, en la medida que puedo, pagando la gran deuda que debo a esta tierra de hospitalidad, donde he encontrado un segundo país, y alcanzado la envidiable distinción de aparecer ante ustedes en mi actual posición y de tener mi humilde nombre conectado con el de la Universidad de Londres”¹³⁸.

La Universidad de Londres era un medio para formar elites alternativas a las tradicionales, pero también la educación de las partes menos favorecidas de la población recibió un tratamiento especial por parte de los sectores del liberalismo internacional. Con este objetivo, el sistema monitorial, o de enseñanza mutua o, siguiendo el nombre de uno de sus principales promotores, lancasteriano, recibió un gran impulso. Originalmente había sido desarrollado como un método para educar a las masas de niños pobres en ámbitos urbanos de la India colonial y en Gran Bretaña. Andrew Bell desde Madrás y Joseph Lancaster desde Londres, desarrollaron, pusieron en práctica y divulgaron a través de varios libros el método en las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX. No había sido pensado para ser exportado internacionalmente, pero en pocos años, gracias a ser un método fácilmente reproducible, fue aplicado en toda Europa, en las colonias británicas en África, Asia, América y Oceanía, en el Imperio Otomano, en Estados Unidos y en Iberoamérica. En su extensión tuvieron una

¹³⁸ *An introductory lecture delivered by A. A. Galiano on Saturday, November 15, 1828*, by Don Antonio Alcalá Galiano, Professor of the Spanish Language and Literature, printed for John Taylor, Bookseller and Publisher to the University of London, 30, Upper Gower Street, Londres, 1828, citas en pp. 15, 16, 31-33.

importancia central las sociedades misioneras protestantes que lo adoptaron como método para alfabetizar a la población y lograr así que pudieran tener un acceso directo, no mediado, a la Biblia, uno de sus principales principios religiosos. En las escuelas lancasterianas, a través de una fuerte disciplina y aplicando el principio de repetición continuada de las lecciones, un número reducido de profesores enseñaban a los alumnos que presentaban las mejores aptitudes los conocimientos que luego estos debían transmitir a sus compañeros a través de pequeños grupos. En principio, una vez que estos alumnos habían completado su formación, podían a su vez convertirse en profesores de nuevos alumnos.

El método lancasteriano adquirió en Hispanoamérica un amplio desarrollo. Sus ventajas de aplicación y su asociación con valores modernos, racionales y democráticos hizo que fuera adoptado en las nuevas repúblicas hispanoamericanas. Era un método que, gracias a sus ventajas para la educación de un gran número de alumnos con unos recursos mínimos, se presentó como el ideal para ser aplicado en la tarea que las elites republicanas hispanoamericanas se propusieron en los años inmediatamente posteriores a la obtención de la independencia: la rápida formación de una ciudadanía ilustrada y culta, que conociera sus obligaciones cívicas y de esta forma aceptara la legitimidad de los nuevos gobiernos. El sistema fue transformado en Hispanoamérica, convirtiéndose en algo más que un método educativo y adquiriendo implicaciones políticas. Se convirtió en un medio para fabricar los ciudadanos de las nuevas repúblicas¹³⁹.

Aunque muchos de los que lo promovieron en América lo hacían de forma voluntaria —puesto que en gran parte estaban directamente relacionados con proyectos religiosos y sus ganancias eran más espirituales que materiales— las posibilidades de negocio que se abrían con el suministro de materiales didácticos y científicos fue advertida por algunos empresarios, entre ellos Ackermann. Como ya se ha indicado, el editor alemán establecido en Londres fue el primero en advertir este mercado y asoció su nombre al uso del método lancasteriano. Su periódico *El Museo Universal* defendía su adopción y recomendaba que se utilizaran los catecismos editados por Ackermann,

¹³⁹ Sobre la aplicación del sistema monitorial en Hispanoamérica, véase Webster BROWNING, “Joseph Lancaster, James Thomson, and the Lancasterian System of Mutual Instruction, with Special Reference to Hispanic America”, en *Hispanic American Historical Review*, n° 4, 1921, pp. 49-98; Eugenia ROLDÁN VERA, “The Monitorial System of Education and Civic Culture in Early Independent Mexico”, en *Paedagogica Historica*, vol. 35, n° 2, 1999, pp. 297-331; Marcelo CARUSO, “New Schooling and the Invention of a Political Culture: Community Rituals and Meritocracy in Colombian Monitorial Schools, 1821-1842”, en Eugenia Roldán Vera y Marcelo Caruso (eds.), *Imported Modernity in postcolonial state formation. The appropriation of political, educational and cultural models in Nineteenth-Century Latin America*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2007, pp. 277-306.

que empleaban el método de preguntas y respuestas, ideal para la pedagogía lancasteriana. Como ya se ha visto, Ackermann contactó con Lancaster y consiguió que en Gran Colombia sus libros fueran los oficiales del sistema público de educación que había adoptado el método lancasteriano. Al mismo tiempo, Ackermann aprovechó para promocionar sus productos no editoriales, como materiales de dibujo e instrumentos científicos, que eran anunciados en sus catecismos¹⁴⁰.

No solo los exiliados establecidos en Londres que colaboraron en la elaboración de materiales aplicados al sistema monitorial estuvieron en contacto con este método educativo. El afrancesado Antonio Ortiz de Zárate, presidente de la Junta Criminal de Segovia, había sido uno de los principales difusores en España del método de enseñanza mutua¹⁴¹. Los también afrancesados Francisco Amorós –que se había iniciado en el método pestalozziano en Madrid antes del comienzo de la Guerra de la Independencia— y Luis Astigarraga entraron en París en la *Société pour l'instruction élémentaire*. Amorós también ingresó en la *Société pour l'Amélioration de l'Enseignement Élémentaire*, en julio de 1815. De esta sociedad formaban parte Constant, Say, Saint-Simon, Chateaubriand, el impresor Fermin Didot, el conde de Lanjuinais, La Fayette y el banquero Lafitte. Ambas sociedades fomentaban el método de la enseñanza mutua frente a los sistemas pedagógicos tradicionales practicados por las congregaciones religiosas¹⁴². La *Société pour l'instruction élémentaire* mantuvo contacto a lo largo de la década de 1820 con la sociedad filantrópica de Bogotá, que promocionaba la apertura de escuelas lancasterianas en Colombia, y que le pidió asistencia técnica y ayuda financiera¹⁴³.

¹⁴⁰ En las últimas páginas del *Catecismo de geografía*, se incluía este anuncio: “El Repositorio de las Artes [la tienda de Ackermann en Londres] (...) ejecuta órdenes sobre toda especie de artículos que tengan relación con las artes, y las ciencias, como modelos, y máquinas astronómicas, ópticas, matemáticas, quirúrgicas, y también aparatos químicos, utensilios de agricultura, instrumentos de música, y obras sobre las artes y ciencias tanto en inglés como en español, francés, alemán y italiano. Las personas que deseen enviar sus encargos, y órdenes, se servirán acompañarlas con letras de cambio contra algún comerciante de Inglaterra o escribir a alguno de estos para que por su medio se haga la demanda” (*Catecismo de geografía o introducción al conocimiento del mundo y de sus habitantes*, Londres, publicado por R. Ackermann. Repositorio de Artes, 101, Strand, impreso por Carlos Wood, Poppin’s Court, Fleet Street, sin fecha). En el *Catecismo de Mitología*, Ackermann anunciaba la apertura de su tienda en México, en la que ofrecía “una vasta colección de libros ingleses y españoles, publicados por él mismo en Londres” así como “un gran número de estampas de todo género de asunto y grabado, y un completo surtido de colores, pinceles, lápices, tintas, papel, paletas y demás objetos, materiales e instrumentos necesarios y útiles al cultivo de las Bellas Artes” (*Catecismo de Mitología* por D. José de Urcullu, Londres, publicado por R. Ackermann. Repositorio de artes 101, Strand, y en Megico. Impreso por Carlos Wood, Poppin’s Court, Fleet Street, sin fecha).

¹⁴¹ Luis BARBASTRO GIL, *Los afrancesados: primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)*, Madrid, CSIC/Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993, p. 49.

¹⁴² LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores*, pp. 178-179.

¹⁴³ CARUSO, “New Schooling and the Invention of a Political Culture”, p. 284.

Otros exiliados españoles llegados a América se implicaron directamente en el establecimiento de escuelas que aplicaban el sistema monitorial y en la distribución de las publicaciones de Ackermann. El ayuntamiento de la ciudad de Guatemala decidió en abril de 1825 establecer el sistema de enseñanza mutua y encargó a José Cecilio del Valle que se encargara de ello. Valle recibió el encargo con entusiasmo y se ofreció a usar sus contactos, que incluían a varios exiliados españoles, para contratar al profesor. Propuso a José Ortega, un español que trabajaba en una escuela en México:

“Yo tengo en Londres y Norteamérica algunas relaciones que podrían facilitar el Profesor que se desea. Pero me parece preferible que Don José Ortega, español emigrado, que pasó á México y está en Guanajuato enseñando el mismo Método que la Municipalidad quiere plantear aquí. Tiene en aquella ciudad 1.200 p. de sueldo; pero ha manifestado voluntad de venir a esta y puede aprovecharse ocasión tan oportuna. Sus lecciones serán mas claras que las de un Extranjero que no puede hablar como él nuestra lengua. Los gastos de su viaje deben ser menores que los de otro que viniese de Europa ó Norteamérica y siendo aquí más baratos que en Guanajuato los alimentos, no hay necesidad de asignarle la misma dotación. Yo creo podrían señalarse le 400 p. para el viaje, y 800, o 1.000 anuales de sueldo. Si la Municipalidad lo acordase así, yo le escribiré haciéndole la propuesta”.

Es más, Valle anunció su voluntad de donar su sueldo como diputado del Congreso federal para financiar la instalación de la escuela¹⁴⁴.

José Joaquín de Mora fue el responsable de la introducción y distribución de los libros de Ackermann en Hispanoamérica mientras estaba al frente de varias instituciones educativas —algunas fundadas por él, y otras gubernamentales— en Buenos Aires, Santiago de Chile, La Paz y Lima. De forma paralela, su mujer dirigía algunas escuelas para niñas. A través de Mora, los libros de Ackermann fueron usados en el *Colegio Argentino* (femenino), el *Liceo de Chile*, una escuela en La Paz y dos escuelas para niñas de Santiago y Lima. Mora empezó también a reimprimir en Hispanoamérica algunas de las obras que él había escrito para Ackermann.

Los liberales europeos se presentaban a sí mismos como educadores de las nuevas repúblicas hispanoamericanas. A través de esta mediación, se revelaban los rasgos de la nueva relación postcolonial entre Europa e Hispanoamérica. El proyecto liberal educativo en el que participaron directamente algunos exiliados españoles,

¹⁴⁴ “Respuesta de Valle al oficio en que se le comunica que la municipalidad de de Guatemala ha acordado que se establezca en la capital el método lancasteriano o de enseñanza mutua”, Guatemala, 24 de abril de 1825. Valle era un entusiasta del método: “El establecimiento del sistema lancasteriano ó enseñanza mutua sería de utilidad infinita. Ahorraría gastos; economizaría el tiempo; y daría a la educación el impulso más eficaz. En todas las naciones cultas del antiguo y nuevo mundo se ha planteado aquel método; y es doloroso que se ignore todavía en Guatemala” (...) “Es el gasto primero que debe hacer una Municipalidad que conoce todos los valores de la primera enseñanza: es el que puede producir más bienes y formar más ciudadanos”; en César SEPULVEDA, (ed.), *Cartas autógrafas de y para José Cecilio del Valle*, México, Porrúa, 1978, pp. 13-17.

desarrollado en Gran Bretaña y en Hispanoamérica, formaba parte del mismo esfuerzo internacional. Este tenía en Hispanoamérica un escenario propicio pues, según el relato liberal, acababa de abandonar su estado de atraso e ignorancia. Una operación similar, en especial por parte de los benthamitas, se intentó hacer de forma paralela en una Grecia que encajaba en el mismo esquema de liberación y regeneración.

La idea de estar llevando a cabo una misión no era únicamente metafórica. Los esfuerzos educativos estaban directamente relacionados con las actividades de sociedades religiosas como la *British and Foreign Bible Society*, que colaboraba directamente con la *British and Foreign School Society*, y que enviaron varios misioneros a Hispanoamérica para difundir su mensaje religioso y la adopción del sistema monitorial. El aumento de la tasa de alfabetización —uno de los principales objetivos del sistema monitorial— era imprescindible para la lectura individual de las Escrituras, requisito para sustraerse de la influencia de la Iglesia católica y hacer posible una reforma religiosa. Misioneros y educadores compartían agentes, medios y redes personales. Estos misioneros, como el escocés James Thomson, se veían a sí mismos como portadores de un mensaje religioso que entendían incluido en una narrativa de progreso civilizador, pues suponía llevar a la población una interpretación alejada de los males que eran achacados a la religión e Iglesia católica, y por lo tanto llevar a cabo una emancipación espiritual paralela a la política. Buscaban regenerar religiosamente a los hispanoamericanos, dominados por la superstición y oprimidos por la Iglesia católica. Esta opresión religiosa formaba parte del discurso emancipador de carácter político —producido también por muchos republicanos hispanoamericanos— pues la Iglesia era vista como un instrumento de opresión que actuaba en combinación con su aliado, la monarquía absoluta¹⁴⁵.

Al mismo tiempo, la misión educativa impulsaría el aumento del comercio, pues supondría una elevación de la demanda de productos europeos, incluidos los culturales, que podía ser atendida por la libertad de comercio recientemente establecida. Así se combinaban los proyectos educativos con los políticos, económicos y religiosos. Los objetivos convergían. Era necesario educar a las masas hispanoamericanas para que entraran en contacto con la modernidad política y con formas de religiosidad superiores, en ambos casos a través de la mediación de los europeos. Esta misión era reforzada por la adopción por parte de los europeos de una responsabilidad moral, derivada de la

¹⁴⁵ Eugenia ROLDÁN VERA, “Export as import: James Thomson’s civilizing mission in South America, 1818-1825”, en Roldán Vera y Caruso (eds.), *Imported Modernity*, pp. 231-276.

posición de superioridad otorgada en especial a Gran Bretaña. Esta era una forma de legitimar su superioridad y su papel como agente civilizador, pero también de abrir el tráfico de mercancías e ideas liberales.

Constituía un intento de redimir a Hispanoamérica de los males heredados de la dominación española, tanto de carácter político (a través de un gobierno liberal), económico (a través de la liberalización del comercio y del resto de actividades) y social (educación de las masas abandonadas por el despotismo español) como religioso (superar los vicios del catolicismo). En realidad, esta modernidad se estaba recreando precisamente en ese proceso de transmisión.

Thomson, como muchos otros educadores, veía a España como la fuente de todos los males de Hispanoamérica: “Todo tipo de esfuerzos han sido usados por España para retardar el progreso del conocimiento en América. Estos días, sin embargo, ya han pasado, y luces de todo tipo empiezan a amanecer en estos países”. Las Américas española y portuguesa —pero especialmente la española, en la que se habían instaurado regímenes republicanos— eran presentadas como tierras de oportunidad, donde los europeos podían poner en práctica sus proyectos liberales que en Europa estaban bloqueados por los poderes reaccionarios. Thomson creía “que las naciones de Sudamérica superarán en unos años a muchas de las naciones de Europa. La gente aquí es, hasta un cierto grado, consciente de su ignorancia y están deseosos de deshacerse de la mácula que España ha dejado sobre ellos”¹⁴⁶.

Pensadores como Bentham estaban en contacto directo con muchos líderes hispanoamericanos, a los que ofrecieron sus teorías para que las pusieran en práctica en la organización política de unos nuevos gobiernos que podían ser diseñados partiendo prácticamente de cero, según se creía, con las ventajas y oportunidades que ello suponía. Estas operaciones eran posibles porque la mayoría de las elites hispanoamericanas tenían una imagen muy positiva de Gran Bretaña, que desde su punto de vista había apoyado a las nuevas naciones en su lucha contra España y que suponía una fuente de inspiración política e intelectual. La adopción de modelos europeos contribuía además a reforzar la legitimación de carácter liberal y modernizador empleada por los nuevos Estados. Sin embargo, la adopción por parte de los países hispanoamericanos de unos modelos asociados a las naciones europeas, en especial Gran Bretaña, que eran considerados ideales pero que en realidad solo existían en la mente de algunos teóricos,

¹⁴⁶ ROLDÁN VERA, “Export as import: James Thomson’s civilizing mission”, p. 256; citas de una carta de Thomson enviada a Inglaterra desde Lima en noviembre de 1822.

potenció una interpretación pesimista de la historia de las repúblicas hispanoamericanas, cuando en las décadas posteriores a la independencia la evolución política quedara marcada por una profunda inestabilidad, atribuida generalmente a una supuesta incapacidad de adaptar o reproducir el ejemplo europeo¹⁴⁷.

A pesar de todos los impedimentos a la difusión de sus ideas en España y de su, por lo general, ardua situación económica y personal, los exiliados españoles desarrollaron en el extranjero una considerable actividad editorial, que se materializó en la publicación de numerosos libros, panfletos y periódicos en español, y en la colaboración con diarios, revistas y editores extranjeros. Inglaterra, especialmente Londres, y Francia, con una producción más diseminada por diferentes puntos de su geografía, fueron los principales lugares de edición de la literatura y el periodismo español en el exilio, aunque también los españoles llegados a América escribieron y publicaron textos y editaron periódicos.

Esta gran actividad editorial, acompañada de un amplio número de iniciativas en el terreno de la educación, era otra faceta más del combate de los exiliados contra la monarquía absoluta. En la “Era de las grandes revoluciones”, la imprenta se había convertido en un instrumento con muchos significados y funciones. En primer lugar, la libertad de imprenta constituía simultáneamente un derecho fundamental y un instrumento esencial para la construcción de la sociedad liberal. Desde el comienzo de la formación de un espacio público en la Ilustración, la libertad de imprenta y de opinión habían sido entendidas tanto como un requisito cuanto como un medio para la formación de una nueva sociedad, instruida, culta, informada, virtuosa y libre que controlara e informara al gobierno. Los liberales españoles —que durante las dos etapas constitucionales habían expandido de manera ostensible los límites del conocimiento y de la opinión pública— ante la imposibilidad de contribuir desde el interior de España a la formación de la sociedad ilustrada a la que aspiraban, la recrearon en el exilio, a través de la imprenta y de la educación. Publicaron, editaron o tradujeron un gran número de periódicos y libros —algunos pensados para servir como instrumentos pedagógicos— a través de los cuales aspiraban a impulsar la promoción de las ciencias y las artes con el propósito de mantener viva en el exterior la cultura española que, según ellos, había sido cercenada por la monarquía fernandina. Las sombras de

¹⁴⁷ J. A. AGUILERA, *En pos de la quimera. Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico*, Ciudad de México, FCE, 2000.

ignorancia y opresión en las que había quedado sumergida España debían iluminarse desde los focos que los exiliados proyectaban desde el extranjero, que además también se dirigían hacia los territorios hispanoamericanos recientemente emancipados de la tiranía de la monarquía.

En segundo lugar, la imprenta constituía un medio de lucha y propaganda política de primera magnitud. El empleo de la imprenta por parte de los exiliados tuvo precisos motivos políticos, especialmente la denuncia de la monarquía de Fernando VII y de la represión de la que eran víctimas. Asimismo, varios exiliados publicaron defensas de su actuación en España durante las etapas constitucionales, en ocasiones participando en polémicas con otros exiliados. Pero también aparecieron escritos de reconciliación o incluso de defensa de Fernando VII, con los que algunos exiliados hacían méritos para poder regresar a España. Una última variante de las publicaciones en castellano en el exterior la constituían aquellas patrocinadas por el Gobierno español con el objeto de desmentir las noticias y opiniones propagadas contra el régimen por la prensa liberal. Así pues, en el exterior de España se desarrolló el enfrentamiento en torno a la conquista de la opinión pública (nacional e internacional) que no podía tener lugar en su interior por la ausencia de libertades públicas.

Finalmente, la imprenta y la educación constituían actividades económicas, y como tales eran una fuente de ingresos esencial para los exiliados —en ocasiones incluso la única. Los ingresos de muchos de ellos dependían de los encargos que pudieran recibir o de las clases para las que podían ser empleados. Estas actividades no eran solo necesarias para su propia supervivencia, sino que también formaban parte de empresas editoriales o educativas más amplias dirigidas por extranjeros. El caso del editor Rudolf Ackermann, el más notable productor de contenidos culturales en español del momento, ilustra a la perfección la confluencia, no siempre armónica, de intereses económicos con políticos, además de poner de manifiesto la importancia de las redes generadas en el exilio para la expansión y defensa de posiciones liberales y republicanas a nivel internacional.

IV

CULTURAS E IDENTIDADES POLÍTICAS EN EL EXILIO

LIBERALISMO, REPUBLICANISMO E IDENTIDAD EN EL EXILIO

Este capítulo examina cómo el liberalismo y el republicanismo, en la manera en que fueron recreados y vividos en el exilio durante la Restauración, tuvieron una importancia central en la elaboración de identidades políticas.

En primer lugar, incidiendo en un análisis de la evolución del liberalismo y el republicanismo como fenómenos transnacionales, se mostrará la forma en que el fenómeno del exilio político fue fundamental en las primeras décadas del siglo XIX para el desarrollo de una identidad liberal-republicana común europea, que se encontraba en pugna con una contrarrevolución que también acudió a argumentos universalistas. Este proceso formaba parte de una disputa más amplia en torno al carácter de la civilización europea. En estas elaboraciones fueron decisivas las dinámicas surgidas alrededor del enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución, caracterizado por la violencia, la insurrección, la guerra civil, la intervención militar, la represión y el exilio.

Pero además de su dimensión transnacional, el exilio también tuvo implicaciones decisivas para la reconstrucción de una identidad española en el contexto de la crisis de la monarquía, e influyó en la concepción que se tendría a partir de entonces de la nación española y su pasado, ambos mediados por la dimensión imperial. Un análisis de estos aspectos es el propósito del segundo apartado.

Por último, en el tercer epígrafe se examina la herencia que tuvo el exilio para el desarrollo del liberalismo y el republicanismo en España, reflexionando sobre la relación entre exilio y moderación política y sobre la permanencia de valores republicanos a lo largo de los años de la revolución española.

1. LA CAUSA INTERNACIONALISTA LIBERAL

“L’Europe ne formera bientôt plus que deux partis ennemis: on ne s’y divisera plus par peuples et par territoires; mais par couleur et par opinion”.

Napoleón en el *Mémorial de Sainte-Hélène*¹.

1.1 El discurso del liberalismo internacional

En la obra en la que reunió sus cartas sobre el Trienio Constitucional a Lord Holland, uno de los británicos más comprometidos con la causa liberal española, el poeta Manuel José Quintana escribió: “la causa del rey de España está enlazada con la de los demás reyes de Europa, y la de nuestros liberales con la de todos los liberales del mundo”². Para Quintana, así como para su interlocutor y los referidos “liberales del mundo”, esta afirmación no suponía una exageración, aunque el empleo de retórica de este tipo sí reforzaba la convicción, que muchos de ellos compartían, de que una lucha universal entre revolución y contrarrevolución definía la política del mundo en el que vivían y no solo la de sus países respectivos. En realidad, esta rígida dicotomía no reflejaba la variedad de posiciones que existían en el interior tanto del bando liberal como del tradicionalista —sin ir más lejos, Holland consideraba la constitución española demasiado radical— pero la dinámica política del momento, marcada por la violencia y por visiones conspirativas de los acontecimientos y de la historia, hacía que este tipo de discursos se impusieran en la opinión pública internacional y que tuvieran importantes consecuencias en la definición de las identidades políticas.

En los primeros años de la Restauración no se puede decir que existiera una identidad política liberal más o menos definida en ningún país europeo, excepto en España. Veinte años después, en la década de 1830, el término se había extendido por toda Europa y América, era empleado profusamente en distintos tipos de escritos en decenas de lenguas y era una forma de identificación política que traspasaba las fronteras. Por entonces, los liberales españoles se podían identificar con los liberales franceses, británicos, belgas, alemanes, italianos, polacos o portugueses. De hecho, la

¹ Las Cases, *Mémorial de Sainte-Hélène*, Garnier, París, 1968, 2 vol. Tomo I, p. 503, citado por Laurent NAGY, “Les hommes d’action du parti libéral français et les révolutions européennes”, en Jean-Yves Mollier, Martine Reid y Jean-Claude Yon (dirs.), *Repenser la Restauration*, París, Nouveau Monde Éditions, 2005. pp. 45-55.

² *Cartas a lord Holland sobre los sucesos políticos de España en la segunda época constitucional*, Madrid, Rivadeneyra, 1853, p. 300.

apelación a esta nueva identidad compartida era el instrumento principal a través del cual los exiliados movilizaban la simpatía que necesitaban, no solo para poder sobrevivir en el extranjero en una situación de penuria más o menos penosa, sino también para recabar ayuda y colaboración para sus planes de derribar las monarquías absolutistas que los habían forzado a la emigración.

Sin embargo, la extensión del sustantivo *liberal* a los diferentes idiomas europeos para referirse a los partidarios de reformas profundas fue un proceso irregular y de difícil datación. Desde luego, el término *liberal* ya se encontraba en el vocabulario de la mayoría de las lenguas europeas y su uso no era excepcional, aunque sin las implicaciones políticas que adquiriría a partir de este momento. Se empleaba por lo general para referirse a los efectos positivos de la educación y las buenas maneras. La aportación de las Cortes españolas de 1810-1814 fue convertir el adjetivo *liberal* en un sustantivo aplicado a los partidarios de realizar reformas políticas en la monarquía y, en general, de la “libertad”, especialmente a partir de las discusiones sobre la libertad de imprenta³.

En inglés, su importación comenzó siendo una adaptación semántica negativa, introducida por los *tories* en el contexto de las guerras continentales, para denotar valores considerados anti-ingleses y jacobinos como el desorden y la revolución. En este sentido, la extensión del término *liberal* en las Cortes de Cádiz sería decisiva, aunque los británicos lo emplearon inicialmente solo para referirse a un partido español concreto. En cualquier caso, fue aceptado relativamente deprisa en su sentido positivo, especialmente por los *whigs*, precisamente porque el término no era desconocido y era posible inscribirlo con los partidos ya existentes. En 1827, Henry Brougham —que como se ha visto había destacado como defensor desde 1814 de la causa liberal española y de sus exiliados en Gran Bretaña— desprendió definitivamente de connotaciones negativas el término *liberal* en un célebre artículo publicado en la *Edinburgh Review*, identificándolo con aquellos, tanto *whigs* como *tories*, que querían introducir reformas parlamentarias. A partir de entonces el término se popularizó ampliamente en la política interna británica, identificándose de una manera más directa con la trayectoria *whig*. Algunos años más tarde, John Stuart Mill liberó a la definición *whig* de su carácter aristocrático y reclamó el término *liberal* para referirse a reformas más profundas que beneficiarían a las clases medias, una perspectiva empleada también por los filósofos

³ M. C. SEOANE, *El primer lenguaje constitucional español (Las Cortes de Cádiz)*, Madrid, Moneda y Crédito, 1968.

radicales. De esta forma, a lo largo de las décadas siguientes, el binomio *liberal/conservative* sustituyó progresivamente al *whig/tory*, aunque *whig* se mantendría durante un tiempo para referirse a los liberales moderados⁴.

El adjetivo *libéral* con connotaciones políticas ya había sido usado en francés desde finales del siglo XVIII, entre otros por Benjamin Constant, quien con los años llegaría a convertirse en uno de los más importantes exponentes y teóricos del liberalismo francés. En Francia, el uso de *libéral* para referirse a un grupo político no se generalizó hasta finales de la década de 1810 y, en especial, a partir de la revolución española de 1820. Hasta ese momento, la oposición a la Restauración borbónica se dividía en grupos que ante la opinión pública no se presentaban principalmente como liberales, sino que eran conocidos bajo otras etiquetas políticas asentadas en el lenguaje político francés, como *républicains*, *jacobins*, *bonapartists*, *fédérés*, *indépendants* o *doctrinaires*. El uso de *libéral* era limitado y se empleaba por lo general como adjetivo, no como sustantivo, aunque progresivamente fue adquiriendo este carácter. En los primeros años de la Francia de la Restauración no existía aún una identidad liberal, en el sentido de unas convicciones políticas más o menos definidas que sirvieran de vínculo entre individuos. En las elecciones de 1819 la oposición comenzó a emplear ampliamente el término *liberals* para referirse a sus candidatos, dejando de lado términos más imprecisos como *indépendants*⁵. Estos cambios en la percepción de una identidad política liberal se extenderían pronto al conjunto de la sociedad francesa. Un ejemplo concreto del empleo de las etiquetas políticas es significativo de cómo el término *libéral* fue abriéndose paso en el lenguaje cotidiano francés. Hasta 1819, una burguesa de Marsella empleaba en su diario el término *jacobin* para referirse a cualquier individuo o grupo que se manifestara en contra del régimen monárquico restaurado francés. A partir de 1820, lo sustituyó por el término *libéral*, no en el sentido francés doctrinario, sino en el sentido español y asociándolo directamente con los sucesos de ese año en España⁶. Así pues, progresivamente se fue reuniendo bajo el calificativo de

⁴ Jörn LEONHARD, “A new casting of political sects. Los orígenes de *liberal* en el discurso político inglés y europeo: una comparación”, en *Historia Contemporánea*, nº 28, 2004, pp. 9-31.

⁵ Sylvia NEELY, *Lafayette and the liberal ideal, 1814-1824. Politics and Conspiracy in an Age of Reaction*, Carbondale y Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1991, p. 115.

⁶ Gérard DUFOUR, “El primer liberalismo español y Francia”, en Emilio LA PARRA y Germán RAMÍREZ (eds.), *El primer liberalismo: España y Europa, una perspectiva comparada*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2003, pp.125-136, cita en p. 133. La obra a la que se refiere es Julie Pellizzzone, *Souvenirs. Journal d'une Marseillaise. II (1815-1824). Transcription d'Hélène Echinard. Présentés et annotés par Pierre et Hélène Echinard et Georges Reynaud*, Paris-Aix-en-Provence, Indico&Côté Femmes éditions-Université de Provence, 2001. La última vez que Pellizzzone emplea el término jacobino es al referirse al asesinato del duque de Berry.

liberal a un gran número de los variados opositores a la monarquía restaurada, desde republicanos o jacobinos, a bonapartistas o pensadores críticos⁷.

Efectivamente, en 1820 en Francia existía un gran interés por el constitucionalismo español, que era comparado con el régimen de carta otorgada vigente en Francia. El modelo revolucionario español presentaba la ventaja de que se había presentado sin un *terror* semejante al francés. La positiva experiencia española influyó en grupos de liberales e intelectuales parisinos como los abogados Barthe, Berville y Mérilhou —que serán los defensores de los cuatro sargentos de La Rochela— Barrot Lanjuinais, Dupin el joven y Cousin, profesor en el Colegio de Francia. Crearon una revista titulada *Journal Général de législation et de jurisprudence*, que a pesar de su nombre profesional, tuvo una actividad centrada especialmente en cuestiones de política del momento y cuya redacción se convirtió en núcleo y reunión de conspiraciones conectadas con la carbonería. A este grupo se incorporó el exiliado español Juan Antonio Llorente, famoso en Francia por su obra *Historia crítica de la Inquisición española*, que había publicado en 1817-1818⁸.

Por lo tanto, ni en Gran Bretaña ni en Francia, las supuestas cunas del liberalismo, existía durante los primeros años postrevolucionarios ningún grupo político que se identificara nítidamente con el *liberalismo*, que todavía no había adquirido una clara definición. La generalización de su uso en Europa sería en buena parte una exportación española, o mejor dicho, el resultado del proceso de internacionalización política experimentado en los años de la Restauración, en el que el exilio tuvo un rol central.

La cuestión de la intervención —cuya doctrina quedó establecida en la Conferencia de Troppau en noviembre de 1820— marcó la evolución de la política europea de la Restauración. La formación de la Santa Alianza y las sucesivas intervenciones de las potencias absolutistas para forzar la caída de los regímenes liberales de España, Nápoles y Piamonte, fijó en los sectores antiabsolutistas europeos la convicción de que únicamente una contraintervención conjunta de lo que ya empezaba a identificarse como un movimiento liberal internacional podía evitar el triunfo de la reacción. En este sentido, los estatutos de la sociedad *Ordre du soleil*,

⁷ Un ejemplo de la extensión de su uso se encuentra en la carta que el economista Jean-Baptiste Say envió a Jeremy Bentham el 7 de octubre de 1818, en la que describiendo “l’état de nos partis” afirmaba que “[l]es indépendants ou libéraux (autour desquels se groupent les Bonapartistes sans place, déguisés en amis du bien public) ont pour eux le gros de la nation”; *The Correspondence of Jeremy Bentham. Vol. 9, January 1817 to June 1820*, ed. Stephen Conway, Oxford, Clarendon Press, 1989, p. 287.

⁸ DUFOUR, “El primer liberalismo español y Francia”, p. 130.

fundada por el exiliado francés en España Cugnet de Montarlot, proponían la creación de una “Legión de la Libertad Europea (que) establecida por las cuatro partes de Europa, una las naciones a su libertad y a su independencia recíproca: es un gobierno ambulante siempre en guardia contra el despotismo y la tiranía de cualquier gobierno, contra la traición o el crimen de lesa nación. Es lo que podemos llamar la Santa Alianza de los pueblos”⁹.

En este contexto, el éxito de un movimiento liberal nacional tendría repercusiones en el resto del mundo. Una vez lanzados al exilio, sobre todo a partir de 1821-1823, los contactos personales entre liberales se hicieron más comunes, y el encuentro de exiliados de diferentes nacionalidades en los centros de refugiados (España, Francia, Inglaterra y Bélgica, principalmente, pero también Estados Unidos y las nacientes repúblicas hispanoamericanas) contribuyó no solo a propiciar transferencia políticas, económicas o culturales, sino a forjar una identidad común acerca de la civilización occidental moderna. Como ya se ha visto en los capítulos anteriores, se desarrollaron nutridas redes internacionales a través de las cuales se divulgó el liberalismo. En buena medida la modernidad liberal fue recreada en el exilio, lugar de encuentro de la represión y la persecución política contrarrevolucionaria¹⁰. Surgió así un movimiento que convirtió en una sola la causa de los liberales españoles, portugueses, italianos, franceses y de los independentistas iberoamericanos, pero también la de los pueblos sometidos directamente a las potencias de la Santa Alianza, como demostraban los decembristas rusos, o a los “despotismos orientales”, como los griegos que buscaban la separación del Imperio Otomano. El ímpetu de la emulación era capaz de atravesar todo el continente. El objetivo declarado de los decembristas rusos era dotarse de una constitución semejante a las europeas como alternativa al sistema político existente, y así lo expusieron en el proyecto que la Sociedad del Norte redactó: “Todas las naciones europeas están obteniendo constituciones y libertad. La nación rusa, más que cualquiera de ellas, merece ambas”. Uno de los líderes decembristas, Vladimir I. Shteingel afirmó

⁹ Estatutos de *l'Ordre du soleil*, citado por NAGY, “Les hommes d’action du parti libéral français et les révolutions européennes”, p. 47.

¹⁰ Al respecto, Christophe CHARLE, ha planteado la hipótesis, “a vérifier par des recherches ultérieures, que ces migrations —et les transferts culturels qui les accompagnent —sont l’une des médiations essentielles pour l’émergence d’une conscience sociale plus globale des intellectuels, intermédiaire entre le cosmopolitisme élitiste du siècle des Lumières et les nouvelles représentations collectives de la fin du siècle, plus enracinées dans chaque tradition politique”; *Les intellectuels en Europe au XIX^e siècle*, París, Seuil, 2001, p. 124.

que “los acontecimientos en España, Piamonte y Grecia inflamaron las mentes de libertad en Rusia”¹¹.

En la lucha de dimensiones universales tal y como era percibida por liberales y reaccionarios, España constituía un frente esencial, primero como cuna de la constitución de 1812, luego como único poder continental constitucional durante el Trienio y más tarde como víctima más notoria de la contrarrevolución. Como se ha visto en los capítulos anteriores, la causa liberal española y sus exiliados, encontraron la simpatía de numerosos sectores de la sociedad europea desde el primer exilio de 1814. Durante el Trienio, la opinión pública liberal internacional celebró la instalación de un régimen constitucional en España y apoyó al Gobierno frente a la amenaza de intervención contrarrevolucionaria. España se convirtió en esos años en refugio de liberales de varios países europeos, principalmente italianos y franceses. Pero los escasos años en los que estuvo vigente el sistema constitucional antes de su destrucción implicaron que la imagen de España en el exterior no fuera la de receptora de emigrados, sino la de emisora de exiliados políticos.

La presencia de los exiliados en España originó el desarrollo de discursos internacionalistas. De hecho, la cuestión se convirtió en una materia de enfrentamiento político entre las distintas facciones del liberalismo español. Cuando en 1822, ante la insurrección realista, se discutió la posibilidad de integrar a los refugiados extranjeros en las tropas constitucionales la propuesta levantó la oposición de los moderados. En Barcelona, el exaltado Francisco Soler, favorable a la inclusión de los exiliados, argumentó: “¿No es común la causa que defendemos (...) con la de los emigrados italianos y piamonteses?”¹².

Los exiliados italianos también recurrieron a este argumento de solidaridad internacional para promover su admisión en el ejército español. En una “Proclama de los italianos emigrados en La Coruña a los demás compatriotas suyos que están en la Península”, firmada por trece italianos, casi todos lombardos, como A. Cornaro, Ronna y Guerini, probablemente enrolados en la legión de Wilson, se afirmaba: “Italianos: la gran causa entre los pueblos que no quieren ser oprimidos y los tiranos que intentan oprimirlos, se decide ahora en España. O la España triunfa y la consecuencia inmediata

¹¹ Susanna RABOW-EDLING, “The Decembrists and the Concept of a Civic Nation”, en *Nationalities Papers*, vol. 35, 2, 2007, pp. 369-391, la citas, traducidas por la autora del artículo del ruso al inglés, en p. 370.

¹² *Diario de Barcelona*, nº 302, 29 de octubre de 1822, pp. 2793-94. Ver también los números 293-5, 297, 305, y 311; citado por Manuel MORÁN ORTÍ, “La cuestión de los refugiados extranjeros. Política española en el Trienio Liberal”, en *Hispania*, XLIX, 173, 1989, pp. 985-1016, p. 1002.

será la libertad de las otras naciones, o sucumbe y entonces por mucho y largo tiempo el yugo de los tiranos pesará igualmente sobre toda la familia europea”¹³. Un “emigrado piamontés” publicó en *El Universal* –posiblemente era Carlo Camillo Trompeo, colaborador de este periódico— un artículo en el que proponía la creación de una *Legión Itálica* apelando a la “estrecha (...) comunión de necesidades, de deseos y de intereses, que existe en el día entre todos los pueblos”. Alcalá Galiano trasladó a las Cortes la proposición de los refugiados napolitanos de formar un cuerpo contra las partidas realistas. A su favor argumentaban que “en las agitaciones que hoy reinan en Europa, puede ser tanto más útil tener un cuerpo de esta naturaleza cuanto podría ser como un núcleo alrededor del cual se fueran reuniendo todos los amantes de la libertad esparcidos por las naciones europeas y que detestan el despotismo como nosotros”¹⁴. Meses después se presentó esta proposición en las Cortes extraordinarias: “Las Cortes autorizan al Gobierno a formar, si lo halla oportuno, legiones de extranjeros refugiados que presenten suficientes garantías de amor a la libertad española”¹⁵. El régimen español, o al menos los moderados que estuvieron al frente del Gobierno la mayor parte del tiempo, fue inclinándose hacia la opción internacionalista a medida que la amenaza de intervención francesa crecía, y solo tras la invasión aceptó plenamente a los exiliados para reforzar las fuerzas armadas constitucionales. En la toma de esta decisión fueron fundamentales las continuadas peticiones de los exiliados extranjeros y el apoyo de los exaltados¹⁶.

Varios exiliados participaron en la vida política y cultural española, a través de la publicación de periódicos que destacaban la dimensión internacional del liberalismo. Desde principios de 1821 un exiliado francés, Bousquet Deschamps, publicó en Madrid un periódico con el título *L’Echo de l’Europe*, que para las autoridades francesas, que habían seguido la pista a Deschamps desde su salida de Francia, era “una reunión de absurdidades monstruosas y de infames calumnias”¹⁷. Pero la más importante de las

¹³ *Diario constitucional, político y mercantil de Barcelona*, nº 244, 2 de septiembre de 1823, citado por MORÁN ORTÍ, “La cuestión de los refugiados extranjeros”, pp. 1015-16.

¹⁴ *El Universal*, nº 103, 13 de abril de 1822, y *Diario de Sesiones*, 15 de junio de 1822, citado por MORÁN ORTÍ, “La cuestión de los refugiados extranjeros”, pp. 1004-1005.

¹⁵ *Diario de Sesiones, legislatura extraordinaria*, 13 octubre de 1822. Fue propuesta por los diputados Saavedra, Serrano y González Alonso, y pasó a la comisión de Guerra.

¹⁶ MORÁN ORTÍ, “La cuestión de los refugiados extranjeros”.

¹⁷ ANF, F⁷11981, 653, el prefecto de Altos Pirineos al director General de la Policía, Tarber, 16 de marzo de 1821. A este periódico se refiere también Vicente LLORENS, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Valencia, Castalia, 2006 (1ª ed. 1954), p. 9, nota 4.

publicaciones de los exiliados en España fue *El Europeo*, publicado en Barcelona en 1823, y que tenía redactores españoles, italianos e ingleses¹⁸.

La dimensión internacionalista durante el Trienio no se planteó solo desde el interior de España. En abril de 1823, el diputado británico J. Macdonald, crítico con la política de no intervención en España frente a la invasión francesa del Gobierno británico, sostenía que la cuestión española poseía un alcance universal. La Santa Alianza era “una confederación de tiranos” y “este tremendo combate (...) iba a decidir si Europa se convertiría en un vasto despotismo militar”¹⁹. En una de sus primeras reuniones en 1823, poco después de la invasión francesa, el Comité Español londinense aseguraba que actuaba para proteger “el derecho universal e interés común de toda la Humanidad de disfrutar de ese autogobierno que constituye la Libertad”. En uno de los puntos de la resolución adoptada en la reunión del comité se afirmaba: “Que la guerra hecha ahora en España por el rey de Francia, por el declarado propósito de desproveer al Pueblo español del sagrado derecho al autogobierno, es una violación sin principios y atroz de la Libertad, no solo del Pueblo español, sino de toda la comunidad de la Humanidad”²⁰. En Gran Bretaña y el resto de Europa, el interés por la causa de España no puede entenderse sin su integración en la mucho más amplia causa de la liberación de la humanidad. Fue el entusiasmo por el internacionalismo liberal lo que llevaba a interesarse, también, por la causa española, y no una simple relación en términos bilaterales.

Una vez comenzada la guerra se multiplicaron las proclamas que afirmaban que en la contienda no se estaba dirimiendo únicamente la causa del liberalismo español, sino que era parte de una lucha general internacional. El jefe político de la provincia de Lugo, Camaleño, en una alocución de bienvenida al general Robert Wilson a su llegada a Galicia en abril de 1823 afirmaba:

“Ciudadano general: Ahora no se trata solo de los intereses de una familia ni los de una clase, ni de los de un pueblo; intereses más grandes, intereses más nobles, intereses en que están comprometidas la dignidad y la felicidad de la especie humana, son los que obligan a los españoles a lanzarse en la arena”.

La contestación de Wilson a Camaleño profundizaba en este mensaje de universalismo y solidaridad internacional, que aludía también al otro gran conflicto del momento, la

¹⁸ *El Europeo. Periódico de ciencias, artes y literatura*, por los Sres. Cook, Aribau, L. Monteggia, López Soler y Galli, tomo único, 1823; Paula A. SPRAGUE, *El Europeo (Barcelona, 1823-1824): prensa, modernidad y universalismo*, Madrid y Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2009.

¹⁹ Hansard, Parliamentary debates, new series, v. 8, p. 1326, 28 de abril de 1823.

²⁰ BL, MSS 36460, f. 195.

guerra de independencia griega, equiparando a las fuerzas reaccionarias europeas con el despotismo otomano, una comparación recurrente en estos años y que tenía implicaciones profundas, como se verá más adelante:

“La lucha en que se encuentra empeñada la Nación Española contra el Gobierno Francés y sus aliados, es una lucha que abraza los derechos de todas las naciones libres, y aun decide de su propia existencia. El derecho público sobre el que están apoyadas todas las comunidades de Europa, asegura a cada estado la independencia en materia de sus instituciones, tanto civiles como religiosas. Solo los Turcos han puesto en duda este derecho sancionado como un principio el del vencedor de sujetar a el vencido a la triste alternativa de adoptar su Alcorán o arrastras las cadenas de la esclavitud. Contra este principio anti social y bárbaro, se eleva la Nación Inglesa por un sentimiento común, y los hombres de todos los estados de la Europa en cuyos corazones arde el fuego de la libertad, se encuentran constituidos en el deber de oponer a él una resistencia. La nación Inglesa reprueba toda idea de intervención en las cuestiones de que desgraciadamente se han aprovechado los enemigos para introducir la discordia, y crear los desórdenes interiores. Jamás tomará otra parte que la necesaria para procurar conciliar por medios amigables, los espíritus irritados, y demostrar cuán perjudiciales son las disensiones civiles a la causa general de la humanidad; pero hará todos los esfuerzos que puede hacer una nación, para sostener la España invadida y para destruir los criminales proyectos de sus invasores”²¹.

Pero no solo en los intercambios entre liberales de diferentes orígenes se efectuaban este tipo de mensajes, sino que también se realizaban para alentar a las tropas y ciudadanos españoles a resistir ante la invasión. El bando del general Quiroga a los habitantes del segundo Distrito Militar, dado en Lugo el 6 de mayo de 1823, aseguraba: “van a ser nuestros campos el teatro donde se ha de decidir por medio las armas la gran cuestión de la libertad del Mundo sostenida por guerreros intrépidos que de todas partes vienen a nuestra ayuda”²².

Estas argumentaciones internacionalistas de los liberales eran aprovechadas por los contrarrevolucionarios para legitimar la doctrina de la intervención y la invasión francesa, recreando de esta forma un discurso internacionalista de rasgos similares: “¿No se organizó y remitió a la frontera de Francia un regimiento de reos emigrados con banderas e insignias de Napoleón II conspirando nada menos que contra la autoridad de Luis XVIII (...)?²³ El zar Alejandro afirmó, tras la intervención austriaca en Nápoles, que “veía España como la tribuna a la que todos los revolucionarios de Europa pueden recurrir, como vehículo con el que diseminar su perniciosa doctrina” y que mientras “los demagogos” pudieran disponer de la tribuna española “para socavar la seguridad de

²¹ Reproducido en María Luisa MEIJIDE PARDO, *Contribución al estudio del liberalismo*, Sada, Edición de Castro, 1983, pp. 160-161.

²² MEIJIDE PARDO, *Contribución al estudio del liberalismo*, p. 156.

²³ *El Procurador General del Rey*, nº 13, 1823, p. 66, citado por MORÁN ORTÍ, “La cuestión de los refugiados extranjeros”, p. 1010.

todos los gobiernos de Europa, era imposible imponer una barrera efectiva al diablo, que ha sido repelido [en Nápoles] pero no exterminado”²⁴. La lucha contra la revolución tenía dimensiones supranacionales.

El exilio de los oponentes de la revolución, iniciado en la España del Trienio, fue central para el desarrollo del tradicionalismo europeo, que consideraba su proyecto reaccionario a un nivel global. Se puede decir que a partir de este momento comenzó a formarse una “internacional blanca” contrarrevolucionaria en Europa, que conectaría a apostólicos y carlistas españoles, miguelistas portugueses, ultras franceses y legitimistas italianos, entre otros²⁵. La “Proclamation du général Quesada à l’armée royaliste et aux habitants de la Biscaye”, reproducida en el diario de Burdeos *La Ruche d’Aquitaine* en marzo de 1823, es representativa de este discurso reaccionario del exilio que insistía en oponer al internacionalismo liberal un internacionalismo contrarrevolucionario. En ella el general ultrarrealista español Vicente Quesada, refugiado en Francia durante el Trienio constitucional, afirmaba:

“En Europa solo hay dos naciones: una compuesta de impíos, que, bajo el vano pretexto de la libertad, aspiran a derribar los altares y los tronos, con el fin de alterar el orden social; la otra compuesta de hombres religiosos y leales, amigos y defensores de sus legítimos príncipes. La primera conspira como sociedad secreta para destruir todo lo que es sagrado en el universo; y la otra está representada por la santa Alianza, donde los magnánimos príncipes proclaman en voz alta los principios conservadores del orden”²⁶.

Argumentos similares se presentaron en las peticiones que los realistas españoles exiliados hicieron al Gobierno francés solicitando ayuda para la Regencia, en las diversas cartas que escribieron a las potencias de la Santa Alianza y en la exposición de la Regencia a los soberanos del Congreso de Verona. En todos estos escritos se apelaba a la Europa legitimista para que colaborara en la derrota de la revolución en España²⁷. El mismo Fernando VII, una vez que la guerra había terminado y había sido “liberado”, aludió en el manifiesto del Puerto de Santa María a una España convertida en el campo de batalla de la lucha internacional: “Encargada la Francia de tan santa empresa, en

²⁴ Citado por N. COSORES, “England and the Spanish Revolution of 1820-1823”, en *Trienio*, nº 9, 1987, pp. 39-131, pp. 53-54, cita traducida por la autora del artículo al inglés.

²⁵ Jordi CANAL, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza, 2000, p. 11, 71-72.

²⁶ *La Ruche d’Aquitaine*, 14 de marzo de 1823.

²⁷ *Manifiesto que los amantes de la monarquía hacen a la Nación de España, a las vecinas potencias y a sus soberanos*, impreso en Francia en 1822, por cuenta de Mataflorida, 2ª ed. Madrid, 1823; José Luis COMELLAS GARCÍA-LLERA, *Los realistas en el Trienio Constitucional (1820-1823)*, Pamplona, Estudio General de Navarra, 1958, pp. 107, 115-116.

pocos meses ha triunfado de todos los rebeldes del mundo, reunidos, por desgracia de la España, en este suelo clásico de la fidelidad y de la lealtad”²⁸.

A lo largo de la década de 1820 se multiplicaron los intentos de forzar la caída de las monarquías reaccionarias europeas, casi siempre desde el exilio. El ciclo revolucionario iniciado con la revolución francesa de 1830 supuso el gran triunfo liberal tras casi una década de continuo retroceso y, como hemos visto, tuvo importantes repercusiones en la geografía del exilio. La represión de las revoluciones de 1830 en aquellos lugares en los que se intentó replicar el ejemplo francés —todas fracasadas menos la belga— provocó una gran cantidad de nuevos exiliados polacos, alemanes e italianos, además del traslado de miles de refugiados que se encontraban en Gran Bretaña a Francia y Bélgica, que con sus nuevos regímenes liberales auspiciaban una mejor acogida, e incluso despertaban ilusiones de ayuda y de esperanzadora solidaridad para el triunfo de la revolución liberal en toda Europa.

Los estados de la Restauración, en los que la representación y la participación en el gobierno se encontraban vedados a los opositores, obligaron a los exiliados y a los individuos que los apoyaban en sus países de refugio a actuar al margen de la política oficial. Incluso en aquellos países, como Gran Bretaña o la Francia orleanista, en los que existían gobiernos que, al menos en teoría, debían simpatizar con la causa liberal, la política oficial era considerada por muchos liberales como regida por intereses nacionales que no ayudaban al avance de las posiciones liberales a lo largo del continente. La política exterior de Gran Bretaña y la monarquía de Julio fueron blanco de las críticas de muchos exiliados. En el caso del Gobierno francés, los refugiados se entendían abandonados por un régimen que se decía liberal pero que había optado por alcanzar un entendimiento con las grandes potencias para asegurar su estabilidad. Desde su punto de vista, este abandono no era más que coyuntural, porque la verdadera solidaridad de los pueblos terminaría por imponerse a la miopía de sus gobiernos. De esta forma, en diciembre de 1831 el Comité Nacional Polaco en el exilio parisino se acercaba a sus simpatizantes franceses contraponiendo el abandono diplomático que habían sufrido por parte del Gobierno francés con la solidaridad surgida en la sociedad francesa: “Y mientras la diplomacia montó sus maquinaciones para destruirnos, Comités Polacos se formaron en Europa para demostrar que hay una verdadera simpatía

²⁸ Citado por COMELLAS GARCÍA-LLERA, *Los realistas en el Trienio*, p. 198.

entre los amantes de la libertad, y que su triunfo es inevitable una vez que los pueblos sean llamados a una lucha general”²⁹.

Las necesidades de la política interna de cada país, marcada por la imposibilidad de llegar a un triunfo definitivo de cualquiera de los dos bandos enfrentados o a situaciones de acuerdo entre ellos, impulsaron a los contendientes a acudir a la arena del interés internacional, contribuyendo así a dar consistencia a las elaboraciones teóricas que se habían venido haciendo desde la Ilustración y la Revolución Francesa en torno al cosmopolitismo y la civilización europea, adaptadas por los pensadores de la Restauración también a un mundo tradicionalista. De esta forma, la retórica del interés internacional dominó los discursos liberales durante los años del exilio.

Los discursos internacionalistas revolucionarios y contrarrevolucionarios se combinaron para crear identidades políticas a nivel continental. De esta manera, el miedo a las transformaciones sociales y políticas creó una solidaridad internacional entre las fuerzas del Antiguo Régimen que como reacción llevó a construir una identidad política y simbólica entre los liberales de la primera mitad del siglo XIX³⁰. Como ha señalado Irene Castells “esta solidaridad no era una simple retórica, sino un componente esencial del liberalismo de la época. La colaboración en la formación de planes conjuntos para organizar movimientos simultáneos en varios países fue una constante en la trayectoria conspirativa”³¹. No se puede menospreciar la potencia de la utopía del movimiento de liberación internacional —la existencia de un irresistible progreso humano que se impondrá universalmente sobre los obstáculos de las fuerzas del Antiguo Régimen y la contrarrevolución— que se configuró a raíz de las revoluciones estadounidense y francesa, se expandió durante el imperio napoleónico, y cristalizó en las organizaciones liberales y republicanas, en las sociedades secretas, en los movimientos revolucionarios europeos de las primeras décadas del siglo XIX, en la formación de las repúblicas hispanoamericanas, en las revoluciones paneuropeas de 1830 y 1848, y en los movimientos protonacionalistas con fuertes contactos de solidaridad internacional característicos del periodo. En todas estas dimensiones participaron exiliados de numerosos países, que se pusieron en contacto entre ellos y con simpatizantes de otras nacionalidades formando amplias redes internacionales,

²⁹ ANF, AP 271, 4. Papeles de Odillon Barrot; el Comité Nacional Polaco a Barrot, París, 22 de diciembre de 1831. Barrot era uno de los miembros del comité francés de ayuda a los exiliados polacos.

³⁰ CHARLE, *Les intellectuels en Europe au XIX^e siècle*, p. 83.

³¹ Irene CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo. Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*, Barcelona, Crítica, 1989, p. 16.

compartiendo experiencias y frustraciones, elaborando intelectualmente una causa que entendían como común, e imaginando un futuro cercano, en el que la causa de cada nación sería una causa universal. Como Sabine Freitag ha comentado “si es cierto que existió una cultura común revolucionaria, que mantuvo sus convicciones políticas más allá de fronteras e intereses nacionales, el exilio político es el lugar donde este espectro de creencias políticas y sociales compartidas, y experiencias políticas comunes puede ser mejor examinado”³².

Los exiliados, como opositores políticos, necesitaban proveerse de un lenguaje en el que expresar sus descontentos y sus aspiraciones. La experiencia de vivir en el extranjero contribuyó a dotarles de ciertos argumentos (o fortalecer o moldear los que ya tenían) que era necesario que estuvieran articulados de tal forma que fueran entendidos, también, por los extranjeros entre los que se encontraban, de los que en parte esos argumentos eran tomados y con cuyo apoyo se reforzaban. Este lenguaje contribuía a construir una ideología liberal-republicana internacional de oposición a la monarquía absoluta característica de la Restauración.

Los argumentos que usaban los liberales incidían en la idea de que la libertad o era de todas las naciones o no era de ninguna. Para obtener una meta nacional apelaban al interés internacional y a la fraternidad entre los pueblos. Este era el argumento que los conspiradores franceses que querían levantar el ejército de los Cien Mil Hijos de San Luis que se disponía a invadir España empleaban: “uniros a todos vuestros hermanos Españoles que quieren la libertad, y la libertad en Francia será imperecedera”³³. Edward Blaquiére, en el prólogo a la obra sobre las revoluciones española y portuguesa que el conde italiano Pecchio —que había estado en la Península durante el periodo constitucional— publicó en Londres en 1823, afirmaba que “la preservación de la libertad europea, y la estabilidad del poder británico, dependen de la posición que la Península y Grecia adopten contra la SANTA ALIANZA”³⁴. Andrés Borrego, en *El Precursor*, periódico que editó en París tras la revolución de Julio con el objeto de promocionar la causa liberal española en el exilio y en el que cubría la información

³² Sabine FREITAG, “Introduction”, en Sabine Freitag (ed.), *Exiles from European revolutions. Refugees in Mid-Victorian England*, Berghahn Books, 2003, Nueva York-Oxford, p. 1.

³³ ANF F⁷ 11981, f. 771. Informe semanal del prefecto del Ródano desde Lyon, 1 de febrero de 1823.

³⁴ Edward BLAQUIERE, “Introduction”, p. v; en Conde Pecchio, *Anecdotes of the Spanish and Portuguese Revolutions*, Londres, Whittaker, 1823.

política de todo el continente, afirmaba que “las revoluciones de nuestros días son parte de un todo”³⁵.

Los avances liberales de una nación debían servir para dar esperanzas a los liberales de otras naciones, especialmente si se encontraban exiliados, y para promover su movilización. En octubre de 1830, tras definir a Italia como un “hermoso país como devorado de una fiebre de libertad”, *El Precursor* animaba a la acción a los italianos con estas palabras: “Es de esperar que el doble ejemplo de la Francia y de la Bélgica, y el que pronto les daremos los Españoles, unido al reconocimiento del principio de no intervención, permita a los patriotas italianos luchar con ventaja contra el yugo austriaco”³⁶.

Se trataba, en definitiva, de un contramundo liberal internacional –formado por individuos y grupos relegados de los centros de decisión a los que en algún momento muchos de ellos habían pertenecido, y unidos entre sí por vínculos informales, generalmente basados en contactos personales— que generó un discurso internacionalista de solidaridad como recurso retórico con el que defender de la causa liberal de cada una de sus naciones.

1.2 Revolución, contrarrevolución y civilización

El encuentro de los exiliados en el extranjero contribuyó a afianzar entre ellos la creencia en una civilización común europea. De esta forma, la identidad internacional liberal-republicana quedó marcada por fuertes componentes civilizatorios. Desde la Ilustración, y en especial a partir de la Revolución Francesa, la definición y demarcación del concepto de civilización (europea) se encontraba en pugna entre ilustrados, revolucionarios y contrarrevolucionarios, que lo concebían a través de interpretaciones dicotómicas, pero poderosas. Se trataba de una disputa fundamental acerca del concepto de civilización, identificado bien con el progreso, bien con la tradición. Unos y otros veían Europa –entendida progresivamente como una unidad, una sociedad de estados o naciones— como la cuna de la civilización, y se disputaban establecer su auténtico carácter. Se enfrentaban dos Europas. Por un lado, la nueva Europa de los pueblos, de las naciones libres, surgida de la extensión por el continente de los principios de Revolución Francesa. Al otro lado se encontraba la Europa surgida

³⁵ *El Precursor*, 21 de octubre de 1830.

³⁶ *El Precursor*, nº 6, París, 17 de Octubre de 1830, p. 2

de la Guerra de los Treinta Años, basada en elites conectadas por códigos de comportamiento, etiqueta de corte y de ceremonia diplomática, aunque esta imagen no se correspondiera con la representación creada por los pensadores antiliberales de la Europa de la Restauración. La oposición entre estos dos modelos civilizatorios permeaba los discursos tanto de liberales como de reaccionarios. Por ejemplo, el diputado Henry Brougham se refirió en el Parlamento británico tras la caída de los regímenes constitucionales españoles e italianos a una “conspiración de la gran banda de tiranos contra la libertad de los estados libres” que iba en contra de la civilización europea. Describía los horrores y la crueldad de la represión austriaca en Italia y de la de Fernando VII en España, que debían ser “el objeto del desprecio, el rechazo y el aborrecimiento de la civilizada Europa”³⁷.

Mientras que el proyecto contrarrevolucionario veía en la religión cristiana y en la autoridad monárquica las señas de identidad de la civilización europea³⁸, los liberales erigieron una alternativa basada en principios como la soberanía nacional, la representación política, las libertades individuales y, en ocasiones, la tolerancia religiosa. Pero ambos compartían el mismo principio de relaciones internacionales: lo que ocurría en una parte del sistema influía en el resto, y actuaron en consecuencia, ya fuera a través de revoluciones con intenciones proselitistas o a través de intervenciones para acabar con la *peste* revolucionaria y evitar su contagio. Los liberales ofrecían una alternativa para una nueva Europa, pero no discutían la comunidad de intereses del espacio europeo establecida por el sistema de congresos reaccionario³⁹.

España se había sentido desplazada de la construcción de esa Europa civilizada desde por lo menos las polémicas de la Ilustración. La severa opinión de Montesquieu sobre España tuvo un gran eco en la Europa dieciochesca, reforzada por el crítico artículo dedicado a España en la *Enciclopedia*. Eran muchos los autores que consideraban a España como un país atrasado, corrupto, y fanático, que era generalmente comparado con Turquía y otros “despotismos asiáticos”. Bartolomé

³⁷ Hansard, v. 10, p. 65, 3 de febrero de 1824.

³⁸ Jacques GODECHOT, *La contre-révolution. Doctrine et action, 1789-1804*, París, PUF, 1961; Jacques DROZ, “La filosofía de la Restauración”, en su *Europa: Restauración y Revolución, 1815-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1993 [1967], pp. 3-12; Javier HERRERO, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, EDICUSA, 1971. Un oficial francés del ejército que invadió España en 1823 afirmaba que “la guerre que nous allions faire nous semblait, dans une siècle de civilization, une nouvelle croisade contre de nouveaux impies”, citado por Rafael SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis y las relaciones franco-españolas*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1981, p. 95.

³⁹ Sobre la evolución del concepto de Europa en esta época, véase Nere BASABE, *Del Imperio a la federación: la idea de Europa en Francia, 1800-1848*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2010.

Gallardo, bibliotecario de las Cortes de Cádiz, exiliado desde 1814, se quejaba de ello en un artículo que publicó en el *Mercure de France* en enero de 1817. Con él quería responder al primer número del *Mercure*, en el que se había ninguneado a España como país irrelevante: “Ha llegado el momento de parar esta manía de los autores franceses, que fingen no vernos en Europa”. Gallardo culpaba a Montesquieu de fijar esta imagen negativa de España: “Porque un día Montesquieu se encaprichó de ponerla [a España] en la misma línea que Turquía, no ha habido ningún escritor de vuestra nación, que, con mayor o menor elegancia, no nos haya dirigido el mismo cumplido. Montesquieu es un genio sin duda, pero en esta ocasión se ha equivocado”. Gallardo se proponía “combatir estas opiniones erróneas que pueden herir el honor de mi patria” y para ello se disponía a escribir varios artículos en los que presentaría sus argumentos. Pero además de iniciar una polémica periodística o literaria, Gallardo se embarcó en un proyecto con el que aspiraba a reconstruir los vínculos entre Europa y España.

Gallardo afirmaba ser el creador de una “sociedad de hombres ilustrados” formada en Madrid que quería “comunicar directamente con todos los pueblos del globo, por un comercio activo y recíproco de luces y de conocimientos útiles para la humanidad”. Enviado a París —“el punto central de la civilización”— quería establecer comunicación con otras sociedades similares en todas las capitales europeas, e intercambiar “observaciones políticas, militares, científicas, comerciales”, en definitiva, “todo lo que pueda interesar a las artes, la historia, las costumbres [mœurs], la economía general, y concurrir al progreso de la razón”. El objetivo era crear “un banco universal del que las letras y la filosofía formarían sus fondos”. En consecuencia, Gallardo interpelaba a los hombres cultos e ilustrados de Europa para que aceptaran a España en el grupo de naciones civilizadas: “es necesario antes que nada que ustedes levanten *la prohibición* que han lanzado sobre mi patria; que ustedes me prometan que la contarán también entre las otras naciones de Europa, y sobre todo, que proclamen la existencia de *la sociedad de Madrid*”⁴⁰.

En efecto, dentro del proyecto regenerador del liberalismo español figuraba colocar a España de nuevo en el núcleo de la civilización europea, entendida como liberal. El autor de un folleto publicado en México en 1820, que firmaba como “El

⁴⁰ *Mercure de France. Rédigé par MM. Benjamin de Constant ; Dufresne Saint-Léon, conseiller d'état honoraire ; Esmenard ; Jay ; Jouy, membre de l'Académie française ; Lacretelle aîné, membre de l'Académie française, etc. n° 2. Paris, Samedi 4 janvier 1817.* El artículo de Gallardo viene sin firma (aunque su identidad es fácilmente reconocible pues se refiere a sí mismo como “bachelier de Salamanque”) en la sección de *Variétés*, fechado en París, 1 de enero de 1817, pp. 57-61, cursivas en el original.

amigo de andar derecho” y que aseguraba ser un exiliado que había abandonado la Península —“El despotismo de un gobierno como el pasado (ya huyó por siglos del paciente suelo español) me hizo pisar este Américo Hemisferio”—, exponía en esta obra su confianza en la regeneración de España con la reciente proclamación de la constitución: “No hay duda: la Nación española empezará a ser: no será mirada ya en desprecio por las civilizadas Cortes del orbe: no será colocada en el ruin nicho de las de postergada clase”⁴¹. El periódico cubano *El Amigo de la Constitución*, en un artículo publicado el 28 de febrero de 1823, explicaba los orígenes del liberalismo como la culminación de la historia: “el liberalismo está ligado a la esencia de las sociedades europeas, tales como existen en la actualidad: es el resultado de toda la historia antigua y moderna”⁴². Los liberales españoles querían con su ejemplo participar en la construcción de ese nuevo espacio europeo civilizado, moderno, liberal, papel que podía llegar a ser reconocido también por algunos extranjeros simpatizantes de la causa española. Robert Wilson aseguraba en 1823 que “[la nación inglesa] espera que los Españoles victoriosos ya, coronados con los laureles tan noblemente ganados en la guerra de su independencia, no permitirán quede manchado el honor de la Patria si no que aumentarán su gloria y sus títulos al eterno reconocimiento del mundo como los defensores de la civilización y de todos los beneficios que de ella resultan”⁴³.

Sin embargo, una vez que el liberalismo español se encontró desterrado con la restauración fernandina, en especial a partir de 1823, los liberales exiliados contribuyeron a orientalizar a España, alejándola de la civilización y acercándola a la barbarie, con sus recurrentes comparaciones entre la tiranía de Fernando VII en España y la otomana, algo que también hacían los independentistas hispanoamericanos. Una vez que se había trasladado al continente americano, José Joaquín Mora escribió en *El Mercurio Chileno*: “Las musas han abandonado la triste península española en compañía del saber, de la libertad y de la virtud. España, dominada por un tirano, embrutecida por la intolerancia y por el fanatismo y devorada por facciones implacables, ahuyenta de su seno a todo el que no puede ponerse al nivel de la barbarie que domina en sus fértiles regiones”⁴⁴.

⁴¹ *Carta del amigo de andar derecho, a su corresponsal Don Silencio*, Impreso en la oficina de D, Mariano Ontiveros, calle del Espíritu Santo, año de 1820.

⁴² Citado por Juan José SÁNCHEZ BAENA, *El terror de los tiranos. La imprenta en la centuria que cambió Cuba*, Castellón de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2009, p. 124.

⁴³ MEIJIDE PARDO, *Contribución al estudio del liberalismo*, p. 161.

⁴⁴ Citado por Eugenio COBO, “José Joaquín Mora”, en *Cuadernos hispanoamericanos*, nº 528, 1994, pp. 105-110, p. 108.

Pero el exilio les presentaría también a los liberales exiliados la oportunidad de resarcirse. La iniciativa liberal se presentaba a los españoles como la oportunidad de reintegrar a España dentro de la narrativa de modernización y civilización. Una vez que la experiencia del Trienio había sido aniquilada por las fuerzas de la contrarrevolución, y España parecía condenada a la postergación a la que la sometía la monarquía fernandina, los exiliados mantuvieron vivo un discurso para consumo interno e internacional, que mezclaba el lamento por los males que aquejaban al país y la pérdida de la patria, con llamamientos a la acción basados en la necesidad de que España retomara la tarea de regeneración en la que había sido pionera pero en la que se estaba quedando atrás. Las publicaciones de los exiliados reflejaban este discurso que hacía énfasis en una solidaridad internacional basada en el principio de civilización, si bien en realidad lo que ponía de manifiesto era la necesidad de colocar la causa nacional en un contexto europeo para obtener impulso y promover la movilización. *El Precursor*, el periódico editado por el español Andrés Borrego en París que se distribuía en España, realizaba este llamamiento poco después del triunfo de la revolución de Julio de 1830:

“Españoles: hasta cuando viviréis encorvados bajo el yugo ignominioso que os oprime! Hasta cuando sufriréis la desdeñosa compasión con que os mira la culta Europa! Hasta cuando permitiréis que el fanatismo ultraje vuestros derechos y la verdadera religión! Cuando todos los pueblos marchan en masa a plantar el estandarte de la libertad sobre el trono del antiguo despotismo ¿vosotros solos os quedareis un siglo atrás? Vosotros solos permaneceréis humillados bajo una degradante esclavitud? (...) ¿Cómo es que no inflaman vuestra emulación los triunfos recientes de la Francia y de la Bélgica (...) Ha pasado ya el tiempo de que la especie humana sea la propiedad de un individuo. La razón ha solemnemente desmentido el falso derecho divino que la impostura inventó para justificar la tiranía. Un esfuerzo, Españoles, y seréis felices. Un esfuerzo y sacareis de la opresión a vuestra patria”⁴⁵.

Al lanzar este tipo de mensajes basados en un discurso civilizatorio y de progreso, los exiliados españoles estaban participando en un fenómeno de dimensiones europeas. Los liberales de otros países, especialmente si se encontraban en el exilio, también recurrieron a la retórica de la civilización para crear lazos de solidaridad continentales. Por ejemplo, en diciembre de 1831 el Comité Nacional Polaco en el exilio parisino afirmaba que la insurrección polaca de noviembre de 1830 había hecho que los “hombres dedicados al culto de la libertad y la civilización comprendieran la inmensa tarea que los polacos habían recibido”⁴⁶. Por su parte, los independentistas griegos emplearon el atractivo que ofrecía la civilización griega para conseguir el apoyo de los

⁴⁵ *El Precursor*, nº 6, París, 17 de Octubre de 1830, p. 3, “Voto de un liberal”.

⁴⁶ ANF, Papeles de Odilon. El Comité Nacional Polaco a Odilon, París, 22 de diciembre de 1831.

Europeos. Los filohelenos creían que Grecia, o mejor dicho su cultura clásica, era la cuna de la civilización europea, el lazo común que, junto al cristianismo, unía al continente. Estos dos aspectos civilizatorios, la razón y el cristianismo, se fusionaban en el combate contra el turco, presentado simultáneamente como bárbaro y musulmán. Aunque entre los filohelenos se podían encontrar a personajes que habría que incluir en el bando contrarrevolucionario, como Chateaubriand, la lucha griega tenía claras resonancias liberales. En Francia a nadie le pasaba desapercibido que el auxilio a la causa griega también tenía implicaciones políticas en clave interna, pues suponía un apoyo al liberalismo local. Así, en abril de 1826 el crítico de arte francés Étienne Delécluze, opinaba que “los griegos están en la mente de todo el mundo, al menos de aquellos que se oponen a la monarquía y al ultramontismo”. El periódico ultra *Le Quotidienne*, también identificaba este paralelismo, y exponía los dilemas de los conservadores cuando afirmaba que “[l]os liberales apoyan a los griegos. Ciertamente no es fácil elegir entre los liberales y los turcos; sin embargo, los liberales son peores”⁴⁷.

Los filohelenos italianos destacaron por la defensa de la existencia de un vínculo civilizatorio entre Italia y Grecia, presentadas como dos naciones con fuertes lazos históricos y culturales que luchaban simultáneamente por su independencia, como dos “hermanas mediterráneas”. La defensa de una Grecia civilizada y europea, lejos de la patrimonialización de los filohelenos británicos que veían a los griegos como semibárbaros asiáticos a los que era necesario regenerar a través de la educación y de instituciones liberales que siguieran el modelo occidental, implicaba también una lucha por la causa italiana⁴⁸.

Así pues, durante la Restauración se subrayaron las dimensiones civilizatorias de las causas liberales de la Península Ibérica, Italia y Grecia que se encontraban enfrentadas a la Santa Alianza y el Imperio Otomano. Se presentaban en términos maximalistas: eran la lucha de un mundo moderno contra uno arcaico, de la libertad contra la esclavitud, del gobierno representativo contra el despotismo, de las luces

⁴⁷ Citado por Nina ATHANASSOGLU-KALLMYER, *French images from the Greek War of Independence. Art and politics under the Restoration*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1989, p. 10. Las citas aparecen en este libro traducidas del original francés al inglés, que es el idioma desde el que las he vertido yo al castellano.

⁴⁸ Maurizio ISABELLA, *Risorgimento in exile. Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford, Oxford University Press, 2009.

contra la oscuridad, de la cristiandad moral contra el fanatismo y la herejía. En definitiva, representaban una disputa entre la civilización y la barbarie⁴⁹.

1.3 Sobre héroes y tumbas. La dimensión simbólica del liberalismo internacional

“Cuando reine en el mundo la Religión de la libertad... los hombres todos juntarán tu nombre con el del Héroe Riego, y dirán reconocidos: “He aquí los grandes Sacerdotes que nos enseñaron á romper las cadenas de la esclavitud en el siglo ·X9”⁵⁰.

La causa internacional liberal encontró en el movimiento español un buen número de héroes que, en especial tras la derrota en 1823, se convirtieron en mártires de dimensiones globales. El empleo de analogías religiosas era un rasgo común en el discurso del liberalismo internacional⁵¹. Se puede decir que el liberalismo se había convertido en una *religión de la libertad* de ambición universalista y que se presentaba bajo rasgos mesiánicos. Esta religión podía ser transmitida a través de ciertos héroes que se mostraban como elegidos. Su misión, como la de los profetas bíblicos, consistía en guiar y redimir al pueblo, sacarlo de su situación de dependencia y esclavitud y guiarlo a un nuevo mundo de libertad, igualdad y felicidad. En su misión redentora ocupaba una dimensión esencial su sacrificio por el pueblo o, expresado en términos republicanos, su anteposición del bien común al interés privado, es decir, su virtud.

Rafael del Riego fue el héroe internacional por excelencia de la revolución española. Tras su ejecución en 1823 se convirtió en un símbolo universal de la lucha contra la tiranía. Sin embargo, Riego no era el héroe de todos los liberales españoles, sino de los más radicales. Durante el Trienio, Riego había sido a su pesar uno de los ejes del enfrentamiento entre moderados y exaltados, que tuvo uno de sus momentos álgidos de conflicto tras la disolución del Ejército de la Isla y la destitución de Riego, el 4 de septiembre de 1821, destinado a Galicia y luego Aragón para alejarlo del poder. De

⁴⁹ De todas formas las líneas claves del discurso público liberal respecto a España y Grecia no tenían por qué extenderse a todos los sectores sociopolíticos de forma coherente, como muestra el caso de Pierre Lecomte, que adquiriría notoriedad en abril de 1846 por su intento de asesinato del rey Luis Felipe. Lecomte había servido con distinción en la invasión francesa de España en 1823 y también había sido un voluntario filoheleno. Jill HARSIN, *Barricades. The war of the streets in revolutionary Paris, 1830-1848*, Nueva York, Palgrave, 2002, p. 32

⁵⁰ Félix MEJÍA, *No hay unión con los tiranos. Morirá quien lo pretenda, ó sea La muerte de Riego y España entre cadenas*, Filadelfia, imprenta de Stavely y Bringham, 1824. Reeditado en 1825 en la ciudad de México por Juan Cabrera, p. 6.

⁵¹ Adam ZAMOYSKI, *Holy Madness, romantics, patriots, and revolutionaries, 1776-1871*, Londres, Wiedenfeld & Nicolson, 1999.

hecho, muchos líderes liberales moderados, en el gobierno durante la mayor parte del Trienio, lo veían como una amenaza de desbordamiento revolucionario⁵².

Los radicales británicos tenían una imagen idealizada de él. Parece que el prisma a través del que percibían a Riego estaba mediatizado por sus contactos españoles, que les mandaban noticias desde España, y que en muchos casos coincidían con los grupos más radicales del liberalismo español, aunque también parece que los ingleses que residían en España daban una información de primera mano que corroboraba esa imagen heroica y virtuosa de Riego.

Los radicales británicos se propusieron erigir un monumento a su memoria en la capital inglesa inmediatamente después de su muerte, coincidiendo con la llegada de los exiliados españoles a Gran Bretaña, incluidos su viuda y su hermano Miguel. La construcción de monumentos a través de suscripciones públicas se convertiría en estos años en una práctica común para la conmemoración y mitificación de la memoria de los héroes y mártires de la oposición a las monarquías restauradas, como ocurrió en Francia con el estudiante Nicolas Lallemand —que había muerto en los enfrentamientos con la policía en 1820 con motivo de la protesta por la introducción de la Ley del doble voto— o el diputado Manuel en 1827⁵³. Los modelos o héroes liberales y republicanos también eran celebrados a través de publicaciones hagiográficas, como las que aparecieron sobre figuras como John Cartwright, Manuel, La Fayette o el mismo Riego.

En el caso de Riego, se creó un grupo de presión que solicitó al ayuntamiento de Londres que erigiera la estatua. Este grupo promovió una suscripción (diferente a la destinada al sustento de los exiliados españoles) para costear los gastos, puso en marcha el proceso burocrático para erigir un monumento público y también se preocupó de los detalles prácticos de buscar diseños y artistas que realizaran la obra. El grupo estaba dirigido especialmente por el prestigioso mayor John Cartwright y por su amigo el periodista Wooler, otro de los más activos radicales británicos de principios del siglo XIX, que participó en la publicación de buena parte de la prensa radical del país⁵⁴.

⁵² Juan Francisco FUENTES, “‘Yo nada valgo’. Rafael del Riego y la revolución liberal española”, en Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel, *Liberales eminentes*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2008, pp. 13-41.

⁵³ Avner BEN-AMOS, *Funerals, politics and memory in modern France, 1789-1996*, Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 89-91. Para la costumbre republicana de usar los funerales con objetivos políticos, Ronald GOSSELIN, “Mémoire et symbolique républicaines à Paris sous la monarchie de Juillet et la II^e République”, en Maurice Agulhon (ed.), *Cultures et folklores républicains*, París, 1995, p. 362. *Relation historique des obsèques de M. Manuel*, París, 1827, obra escrita por Laffite, La Fayette, Mignet y el hermano de Manuel.

⁵⁴ Cartwright fue en el último cuarto del siglo XVIII uno de los principales defensores de la necesidad de reformar el Parlamento británico, y en su dura crítica al sistema llegó a apoyar la independencia de las

A la llegada de los exiliados españoles Cartwright era uno de los más prestigiosos y veteranos radicales británicos, respetado más allá de los círculos más comprometidos políticamente. Un panegírico sobre su vida publicado en 1831 decía que “hasta su muerte en 1824, se ocupó incesantemente en la gran causa de la libertad civil y religiosa, tanto en casa como en el extranjero, a través de sus escritos, celebrando reuniones y favoreciendo peticiones [al Parlamento], promoviendo sociedades políticas, realizando viajes largos y fatigosos, y sacrificando su comodidad, tiempo y fortuna”. Esta es una descripción que, aunque excesivamente adornada y acrítica, tiene mucho de cierto. Cartwright promovió a lo largo de su vida varias iniciativas “a favor de los Parlamentos anuales, la igualdad de representación [y] el sufragio universal”, y mantuvo su activismo hasta el mismo momento de su muerte, en septiembre de 1824, al poco de la llegada de los exiliados españoles⁵⁵. Justo antes de morir publicó, en Londres y en castellano, una traducción de una obra dedicada a Miguel del Riego, en la que mencionaba a los héroes del liberalismo español Lacy, Porlier y, por supuesto, Rafael del Riego, “el más ilustre mártir de la libertad”⁵⁶. En esta obra ponía de manifiesto sus

colonias norteamericanas. Habiendo comenzado su carrera en la Marina, en 1775 se unió a la milicia de Nottinghamshire con el grado de mayor, que sería el título con el que se le conocería públicamente a partir de entonces. Tras 17 años de servicio, fue apartado por sus ideas políticas. En 1780 fundó la *Society for Constitutional Information*, con el objetivo de divulgar publicaciones radicales y que fue la precursora de la más conocida *London Corresponding Society*. A pesar de la represión del Gobierno, Cartwright continuó con su activismo político. En 1812 inició una campaña reformista a través del establecimiento de numerosos clubes políticos llamados *Hampden Clubs* (en recuerdo del líder del Parlamento frente al gobierno arbitrario de Carlos I durante la guerra civil de la primera mitad del siglo XVII) y recorrió el norte de Inglaterra promoviéndolos, lo que le llevó a varios enfrentamientos con las autoridades y a ser arrestado. En 1819 fue invitado a hablar en St. Peter's Field, pero no pudo asistir por problemas derivados de su avanzada edad; John W. OSBORNE, *John Cartwright*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972. Wooler, tras llegar a Londres desde Yorkshire, trabajó en Londres como aprendiz de imprenta y más tarde como periodista en varios medios de la prensa radical, como *The Reasoner* y luego fue editor de *The Statesman*. A la llegada de los españoles estaba al frente de un popular periódico satírico, *The Black Dwarf*, que había comenzado a publicar como respuesta a las *Six Acts*. Tres meses después fue arrestado y acusado de *seditious libel*, por escribir artículos extremadamente críticos con el gobierno de Lord Liverpool. Wooler, defendiéndose a sí mismo, logró convencer al jurado de que él no había escrito esos artículos, sino que se había limitado a publicarlos. Continuó publicando *The Black Dwarf* y reclamando la reforma parlamentaria. Wooler se convirtió en un ardiente seguidor del mayor John Cartwright y su movimiento de los *Hampden Clubs*. En 1819 se unió, junto a Cartwright, a la campaña para elegir a Sir Charles Wolseley como representante de Birmingham en la Cámara de los Comunes. La ciudad de Birmingham no tenía permiso para realizar una elección de representantes y sus promotores fueron arrestados y acusados de “forming a seditious conspiracy to elect a representative to Parliament without lawful authority”. Wooler fue condenado a una pena de 18 meses de prisión y Cartwright a una multa de 100 libras. Después de la muerte de Cartwright en 1824, Wooler dejó de publicar *The Black Dwarf*. Durante un tiempo editó la *British Gazette*, pero después de la *Reform Act* de 1832, dejó el periodismo y la política para dedicarse a la abogacía y a escribir libros sobre el sistema legal británico.

⁵⁵ *A Memoir of John Cartwright, the Reformer: with a likeness of that honest and consistent patriot*, London, Printed by Mills, Jowett, and Mills, Bolt-court, Fleet-street, 1831; citas en pp. 5 y 7.

⁵⁶ John CARTWRIGHT, *Diálogo político entre un italiano, un español, un francés, un alemán, y un inglés. Escrito en este último idioma por Juan Cartwright, y traducido del mismo al español por un apasionado suyo*, Londres, en la imprenta de R. Taylor, Shoe-lane, 1825, cita en p. v.

intereses cosmopolitas y la importancia que otorgaba a la formación de un movimiento liberal europeo, y también americano, que luchara por “la libertad universal”. En el libro, unos exiliados europeos en Gran Bretaña discutían sobre asuntos políticos, con un lenguaje típicamente republicano, con constantes referencias a las repúblicas del mundo clásico. El editor del libro (probablemente un español) describía así sus intenciones: “Cuando el respetable Mayor Cartwright conoció que sus fuerzas iban en progresiva decadencia, sintió en su corazón un ardentísimo deseo de que aquellos principios de gobierno que él había concebido ser rectos y puros, fuesen generalizados entre los ilustrados españoles que pudieran algún día ir a dictar leyes en algún nuevo país de otro lado del Atlántico, si adversa la fortuna les cerraba para siempre las puertas del que los viera nacer (...) Desde el lecho de la muerte dio todavía varias disposiciones relativamente a la traducción de su *diálogo*, y designó las personas entre quienes deseaba que se distribuyesen los ejemplares impresos... Los patriotas españoles a cuya consideración se ofrece este pequeño escrito, no podrán menos de leerle con doble interés, mirándole como el postrer legado de un hombre que al desaparecer entre las sombras del sepulcro, iba haciendo votos todavía por la felicidad de España y por la libertad del mundo todo”⁵⁷.

En 1823 Cartwright planeaba, además de erigir una estatua de Riego, dar a conocer su figura a la opinión pública británica a través de una biografía del militar español publicada en la prensa⁵⁸. Pero la principal tarea continuaba siendo la de erigir un monumento. El grupo contaba con el apoyo de al menos uno de los miembros del ayuntamiento londinense, Robert Slade. A principios de diciembre de 1823, Cartwright presentó a Slade a algunos de los principales miembros del exilio español en Londres. Estos pertenecían a los sectores más radicales: el General Quiroga, el General Ramón Romay (que había sido ministro de Marina en el Gobierno comunero de Flórez Estrada

⁵⁷ CARTWRIGHT, *Diálogo político*, sin página. Efectivamente, parece que entre las últimas preocupaciones de Cartwright justo antes de morir el liberalismo español tuvo una posición central. Una de las últimas palabras que escribió en su lecho de muerte fueron dedicadas al carácter español y a la auténtica virtud: “It was Almighty God, who in forming Spaniards for such felicity, made them *men*. It was a succession of tyrants, who, for reducing them to slaves, made them cavaleros [sic], hidalgos, grandes, and taught them the contemptible nonsense of family blood. Virtue alone is true nobility: patriot services for establishing common right and universal freedoms are alone legitimate titles to public trust and distinction”. Según su biógrafo, es posible que las últimas palabras que pronunciara fueran “I am glad, I am very glad”, en referencia a la llegada de la noticia de la deposición de Agustín de Iturbide (quien posteriormente se exiliaría en Londres), aunque la cronología no concuerda, por lo que seguramente se trata de un error. Cartwright también tenía un vivo interés en los asuntos hispanoamericanos y tenía muy buena relación con Michelena, el representante mexicano en Londres, a quien también escribió en sus últimos días; OSBORNE, *Cartwright*, p. 141.

⁵⁸ Cartwright a Slade, 10 de diciembre de 1823, BL, MSS 27937, f. 80.

que no llegó a tomar posesión) y al canónigo Miguel del Riego, hermano de Rafael de Riego⁵⁹. El hermano de Riego tomó también parte directa en las actividades, proponiendo modelos y diseños. En una carta a Slade agradecía el recuerdo dedicado a Riego y hablaba en su mismo lenguaje, refiriéndose a su hermano en semejantes términos homéricos.

Wooler y Cartwright justificaban ante Slade las razones por las que consideraban necesario y conveniente la erección de la estatua a Riego, destacando la imagen de Riego como luchador por valores universales. En un momento en el que, afirmaban, las esperanzas de los pueblos europeos pasaban por el apoyo británico, era necesario dar señales claras de que así iba a ser. Riego era el más indicado por representar “la causa común de la humanidad”⁶⁰. El militar español era presentado por ambos como un virtuoso héroe republicano, que se había sacrificado por la causa de los pueblos, y se había convertido en un mártir, víctima de la Santa Alianza. Wooler, frente a aquellos que se oponían a la realización de un homenaje a un extranjero, argumentaba que precisamente su origen foráneo era la circunstancia que más gloria reportaría a su país:

“Inglaterra tendrá el mérito de ser el primer país que ha hecho justicia a las virtudes extranjeras en un caso de patriotismo que se refiere al mundo entero, más que a una parte de él. Si, como estamos acostumbrados a presumir, esta no es meramente la metrópolis de Gran Bretaña, sino la metrópolis del mundo, [¿]por qué todas las virtudes deben ser nativas de aquí[?] y lo que es excelente en otro lugar debe adoptarse”⁶¹.

Finalmente, y a pesar de todos los esfuerzos de sus promotores, el proyecto del monumento no consiguió convencer al resto de miembros del ayuntamiento⁶². Sin embargo, la figura de Riego siguió presente en el imaginario del liberalismo inglés y en junio de 1825 se estrenó en Londres la tragedia *Spanish Martyrs or Death of Riego!*, del dramaturgo británico H. M. Milner.

Asimismo, la figura de Rafael del Riego fue el objeto de una exaltación prácticamente unánime por parte de los exiliados españoles, lo que contribuyó a la

⁵⁹ Cartwright a Slade, 5 de diciembre de 1823, BL, MSS 27937, f. 76.

⁶⁰ Cartwright a Slade, 10 de diciembre de 1823; BL, MSS 27937 f. 83.

⁶¹ Wooler a Slade, 10 de diciembre de 1823; BL, MSS 27937 f. 86.

⁶² A pesar del fracaso, Slade continuó en contacto con los exiliados españoles durante los años siguientes, especialmente con el general Espoz y Mina, y parece que incluso Slade prestó ayuda a sus planes conspirativos. Entre los papeles de Slade en la Biblioteca Británica hay un esquema sin fechar para llevar a cabo un pronunciamiento en España. El plan está escrito en inglés, y aunque es muy poco detallado, calcula que se necesitarían 25.000 libras para que tuviera éxito, y habla de la conjunción de intereses entre España, Inglaterra y Portugal para llevarlo a cabo. Únicamente hace referencias a un líder, que además se insinúa que todavía está por decidir quién es, pero es lógico pensar que se trataría de Espoz y Mina; Cartas entre Espoz y Mina y Slade en 1827, BL, MSS 27937, ff. 96-103, 107. *Plan of a “Pronunciamiento” in Spain, by General Mina; sin fecha*, BL, MSS 27937 ff. 109-110.

expansión de su mito. Riego fue el protagonista de una de las obras dramáticas que el exiliado español Félix Mejía —editor del periódico exaltado *El Zurriago* durante el Trienio y que se trasladó a Estados Unidos en 1823— escribió y publicó en Filadelfia durante la década de 1820 con el propósito de exaltar la causa liberal española, titulada, *No hay unión con los tiranos. Morirá quien lo pretenda, ó sea La muerte de Riego y España entre cadenas*. En ella se representaba el proceso de Riego que terminó con su ejecución en Madrid en noviembre de 1823. Riego aparece como un héroe, un mártir de la religión liberal, que es arrastrado “sin piedad al sacrificio, o marchará cubierto de laureles á sufrir por la Patria atroz martirio”⁶³. En este sentido, Riego adquiere la dimensión de mártir de la religión de la libertad, al igual que otros héroes, como el francés La Fayette, que en otra obra de Mejía se muestra dispuesto a derramar su sangre “en la sagrada causa de la libertad”⁶⁴.

En efecto, Mejía colocaba a Riego junto a otros héroes del liberalismo y el republicanismo internacional como George Washington, el marqués de La Fayette, o Simón Bolívar. En la obra *Lafayette in Mount Vernon*, publicada por Mejía en Filadelfia en 1825, se recreaba la visita que La Fayette, héroe francés de la guerra revolucionaria norteamericana y activo simpatizante de los liberales españoles, realizó a los Estados Unidos en 1824-1825⁶⁵. En la obra, el general francés visitaba la tumba de Washington y exaltaba la universalidad de la causa que ambos habían defendido. Todas las religiones tienen lugares en los que son practicadas, templos en los que los creyentes se reúnen para alabar sus objetos de divinidad. Los personajes de *Lafayette in Mount Vernon* encuentran su santuario en la mansión de Washington en la que está su tumba. La magnífica propiedad de Washington se convierte en templo de la religión de la libertad y sus restos mortales en una reliquia. Se le dedican himnos, cantados en procesión por una especie de coro griego, que resaltan su memoria como líder virtuoso de los patriotas⁶⁶. La Fayette adquiere una dimensión similar y también se le dedican oraciones. En su caso se resalta su procedencia extranjera, que subraya su papel de enviado divino. Es el salvador, que ha llegado de fuera para redimir al pueblo americano, y que lucha y sangra por él.

⁶³ Félix MEJÍA, *La muerte de Riego*, p. 11.

⁶⁴ Félix MEJÍA, *Lafayette in Mount Vernon*, Filadelfia, imprenta de Stabely y Brighurst. Traducida al inglés por Chauncey Bulkley, 1825, p. 15.

⁶⁵ Sylvia NEELY, “The politics of liberty in the Old World and the New: Lafayette’s return to America in 1824”, en *Journal of the Early Republic*, vol. 6, nº 2, 1986, pp. 151-171.

⁶⁶ MEJÍA, *Lafayette in Mount Vernon*, p. 21.

Riego no fue el único héroe con relevancia internacional producido por el liberalismo español. Los líderes de los pronunciamientos llevados a cabo durante la primera restauración y que sufrieron la violencia de la monarquía —Lacy, Vidal, Díaz Porlier y especialmente Javier Mina— figuraron también en el panteón del liberalismo internacional. Entre los que sobrevivieron a la represión del constitucionalismo español, convertidos en exiliados, destacaron José María Torrijos y Francisco Espoz y Mina. Torrijos atrajo con su figura y carisma a extranjeros como los *apóstoles* de Cambridge, y Espoz y Mina adquirió un gran prestigio en Gran Bretaña gracias a su fama de valeroso guerrillero durante la Guerra de la Independencia, así como por el cultivo por parte del propio Espoz y Mina de una imagen de luchador por la libertad desde la Restauración de 1814. De todas formas, Espoz y Mina nunca alcanzó la pureza de Riego, obtenida por su desprendimiento personal y, en especial, por su martirio, una condición a la que sí llegó Torrijos.

Los exiliados españoles, así como los de otras nacionalidades, también se reunieron en torno a la figura de héroes del liberalismo internacional con el propósito de emplear su prestigio para promocionar su causa. Un ejemplo de ello fue el entierro del general Maximilien Lamarque en junio de 1832, muerto, junto a otros 18.401 parisinos —incluido el jefe de gobierno, Casimir Perier— afectados por la epidemia de cólera que sufrió la capital francesa ese verano.

Durante las décadas de 1820 y 1830 los funerales de personajes de la oposición —entre ellos muchos que habían destacado por su apoyo al constitucionalismo español— se convirtieron en auténticas manifestaciones políticas liberales y republicanas en Francia, como había ocurrido con los del estudiante Nicolas Lallemand, el general Foy en 1825, el diputado Manuel en 1827 o Benjamin Constant en 1830. El entierro de Lamarque en el cementerio de Père Lachaise ofreció el escenario para que toda la oposición, desde legitimistas hasta republicanos pasando por bonapartistas, escenificara su desacuerdo con el rumbo que la monarquía de Julio estaba tomando tras la llegada al poder del Gabinete Laffite. El cortejo fúnebre de Lamarque acabó convirtiéndose en una insurrección urbana, que solo pudo ser contenida con la represión de la guardia nacional, que dejó al menos 60 muertos y 326 heridos entre las fuerzas del orden y 80 muertos y 200 heridos entre las de los insurgentes⁶⁷. Antes de la intervención, se habían

⁶⁷ Edgar Leon NEWMAN, *Historical Dictionary of France from the 1815 Restoration to the Second Empire*, Westport, Greenwood Press, pp. 433, 575, 577; Avner BEN-AMOS, *Funerals, politics and*

oído gritos de “¡Viva la república! ¡Abajo Luis Felipe!”. Entre los “ciudadanos, obreros y estudiantes” que participaron en los disturbios, había también un gran número de refugiados españoles, polacos e italianos, que enarbolaron junto a las banderas rojas que aparecieron entre la masa de manifestantes, las suyas propias, que utilizaron para cubrir el coche fúnebre de Lamarque. Un militar polaco, vistiendo el uniforme de coronel de su ejército, destacó a la cabeza de un grupo de 300 insurrectos⁶⁸.

Durante el funeral se pronunciaron varios discursos de carácter político en honor a Lamarque, entre los que destacaron los de La Fayette y Flórez Estrada. El exiliado español aprovechó la ocasión para ofrecer una manifestación de la potencia que podía adquirir el discurso internacionalista liberal. En él, Flórez Estrada afirmaba que la muerte de Lamarque

“era una calamidad no solo para Francia sino para el mundo civilizado, porque los hombres generosos que se han dedicado a la defensa de la causa de la humanidad pertenecen a todos los países. De la misma manera, es el deber de todos los pueblos consagrar a la memoria de estos ilustres campeones el homenaje de su respeto. La pérdida irreparable que lamenta hoy Francia, ha sido vivamente sentida por los emigrados españoles. Y en efecto, no pueden más que sentir una viva simpatía por el hombre que, en esta larga lucha de los viejos abusos contra las reformas exigidas por las luces del siglo, consagró siempre su talento y sus esfuerzos a la causa de la emancipación de Europa. Esta simpatía, Señores, acerca más íntimamente a los hombres que cualquier otra por justa y loable que sea”

Flórez Estrada destacaba a continuación el apoyo que Lamarque había otorgado a la causa liberal europea que, desde su perspectiva, entendía como íntimamente unida más allá de las fronteras. La causa de la libertad estaba interconectada entre todas las naciones europeas. Este era precisamente el mensaje que le interesaba difundir ante una audiencia de fervientes liberales y republicanos franceses críticos con la política de no intervención adoptada por la monarquía de Julio, y que aparece como una de las exposiciones más tempranas y nítidas de un programa liberal europeísta ofrecida por un español:

“[Lamarque] estaba íntimamente convencido de que el principio de la soberanía del derecho divino será siempre el enemigo implacable de la soberanía del pueblo; que estos dos principios no pueden existir simultáneamente en Europa sin hacerse una guerra a muerte; y que Francia solo podía consolidar su libertad y sus nuevas instituciones cimentando una vasta federación entre los hombres libres de todos los países.

El general Lamarque deseaba ardientemente ver a Polonia, Bélgica, Italia, España convertirse en libres, porque amaba la libertad de su patria. Su generoso corazón y su gran inteligencia le decían que la emancipación de todos los pueblos era para Francia la condición para la permanencia de su existencia política y su tranquilidad interior. Pensaba con razón que

memory in modern France, pp. 89-94; Philippe VIGIER, *Paris pendant la Monarchie de Juillet (1830-1848)*, París, Association pour la publication d'une histoire de Paris: diff. Hachette, 1991, pp. 88-93.

⁶⁸ *Relation exacte et complète de tous les événements qui se sont passés à Paris dans les journées des 5 et 6 juin 1832*, París, Imprimerie de Chaigneau, sin fecha, pp. 2, 3.

a Francia le interesaba sostener abiertamente a los pueblos que entraran en liza para recobrar su libertad. Al negarles su apoyo, Francia faltaba al reconocimiento debido e incluso a la justicia. Quería que Francia secundara los heroicos esfuerzos de los polacos que habían tomado una parte tan destacada en sus heroicas hazañas, que acababan de sacrificarse para detener la marcha de las tropas del autócrata destinadas, junto a las de los otros déspotas del norte, a invadir el suelo francés, y a destruir los resultados de la gloriosa revolución de julio.

Quería que los italianos, que, bajo el imperio, pródigos de su sangre y sus riquezas, habían concurrido tan activamente a la gloria de Francia, encontraran en su nuevo gobierno un poderoso auxiliador para conquistar su emancipación. También pensaba que era el deber de Francia darle a España esta libertad que las armas de Luis XVIII le habían arrebatado tan odiosamente. En fin, presentía que los esfuerzos de la santa alianza, enemiga implacable de la Francia de Julio, no podían compensarse más que con la alianza de todos los hombres libres del sur de Europa. En efecto, Señores, ¿no es acaso más que una quimera creer que Francia pueda respirar el aire puro de la libertad durante mucho tiempo, mientras que los otros pueblos gimen bajo el yugo de la esclavitud?

Que bajo la tumba de este ilustre patriota sea grabada esta inscripción: *A aquel que, para asegurar la libertad de su patria, ha trabajado para establecer la alianza de los hombres libres de todos los países*; ya que este ha sido siempre el pensamiento que ha guiado sus acciones; este ha sido su voto más ardiente⁶⁹.

2. LOS LÍMITES DE LA PATRIA: LA IDENTIDAD ESPAÑOLA EN EL EXILIO

Cuán solitaria la nación que un día
Poblara inmensa gente,
La nación cuyo imperio se extendía
Del Ocaso al Oriente!
(...)

Yo desterrado de la patria mía,
De una patria que adoro,
Perdida miro su primer valía
Y sus desgracias lloro.

José de Esprocenda, *A la patria*, Londres, 1829

La historiografía reciente sobre la crisis de la monarquía española y la independencia iberoamericana ha cuestionado los relatos históricos nacionales y liberales, destacando su carácter teleológico y entendiendo el proceso más como el resultado de las dinámicas y crisis imperiales que como la realización de previos proyectos emancipadores. En este sentido, los estados-naciones surgidos en las décadas de 1810 y 1820 —incluida España— fueron una consecuencia indirecta y no intencionada de una crisis general, y el resultado de un proceso de reacomodo e improvisación⁷⁰.

⁶⁹ Publicado en *Le Courrier Français* del 7 de junio de 1832; reproducido en el original francés en Juan URÍA RÍU, “Flórez Estrada en París, 1830-1834”, en *Archivum*, tomo 5, 1955, pp. 39-77, cita en pp. 75-76.

⁷⁰ Jeremy ADELMAN, *Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic*, Princeton, Princeton University Press, 2006 y “An Age of Imperial Revolutions”, en *The American Historical Review* 113, nº 2, 2008, pp. 319-340; José María PORTILLO, *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de*

Sin embargo, desde el mismo momento de la consecución de la independencia (incluso antes de su obtención oficial), los relatos históricos que interpretaban lo sucedido en términos nacionales se empezaron a apoderar del discurso historiográfico dominante, elaborado por muchos de los protagonistas de los hechos. En el caso de los autores hispanoamericanos interesados en promover la independencia, estas visiones históricas presentaban el imperio español como un sistema tiránico y explotador, y consideraban su decadencia como inevitable y concordante con su atraso político, económico y cultural. Esta descripción era útil para sus objetivos políticos y además podía tener una fácil recepción internacional porque coincidía con la imagen que se tenía en Occidente de España. Con el propósito de alcanzar a la opinión pública internacional, muchos de ellos publicaron sus obras en el extranjero y se preocuparon de que hubiera ediciones en varios idiomas.

Lo irónico es que, como hemos visto, en sus esfuerzos por difundir estas interpretaciones históricas, los hispanoamericanos contaron con la colaboración de españoles peninsulares, generalmente liberales exaltados, que se encontraban exiliados por la monarquía de Fernando VII debido a su postura política. Sin embargo, la participación en la difusión de esta imagen de España podía llegar a causar una profunda incomodidad entre estos liberales. El liberalismo español desde las Cortes de Cádiz hasta el Trienio Constitucional había despertado, incluso a nivel internacional, el optimismo en la regeneración de España. Pero su fracaso, y la reinstauración de una monarquía retrógrada como la de Fernando VII, afectaron profundamente a la mayoría de los liberales, muchos de los cuales tuvieron que exiliarse. Ante esta situación, algunos de ellos llegaron a plantearse a qué patria debían pertenecer, en un momento en que éstas estaban siendo (re)creadas, entrando en conflicto su compromiso político liberal, que reclamaba el apoyo a las nuevas naciones hispanoamericanas, y su adhesión

la monarquía hispana, Madrid, Marcial Pons, 2006; Alfredo ÁVILA, "Las revoluciones hispanoamericanas vistas desde el siglo XXI", en *Revista de Historia Iberoamericana* [en línea] n° 1, 2008, pp 4-34. Visiones de conjunto del proceso en estos términos: Manuel CHUST (ed.), *1808. La eclosión juntera en el mundo hispano*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2007; Alfredo ÁVILA y Pedro PÉREZ HERRERO (eds.), *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas / Universidad de Alcalá-Instituto de Estudios Latinoamericanos, 2008; Manuel CHUST y José Antonio SERRANO (eds.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Madrid / Frankfurt am Main, AHILA-Iberoamericana, 2007; Roberto BREÑA (ed.), *En el umbral de las revoluciones hispánicas: el bienio 1808-1810*, Ciudad de México y Madrid, El Colegio de México y Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010. Sobre la problemática de la nación: Antonio ANNINO y François-Xavier GUERRA, *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2003; Francisco COLOM (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, 2005.

a España. Este epígrafe explora esta problemática identitaria, considerando que las relaciones entre las comunidades políticas y las identidades de los sujetos se encuentran marcadas por fuertes tensiones.

2.1 España e Hispanoamérica en la opinión pública internacional

En la dicotomía entre civilización y barbarie dominante en la imaginación del liberalismo internacional del primer tercio del siglo XIX, España tenía dos caras. Mientras que la España liberal —punta de lanza del liberalismo europeo gracias a la influyente constitución de 1812 vigente de nuevo en 1820 e invocada por revolucionarios italianos y portugueses— era identificada con el bando civilizado, la causa de la emancipación americana se promocionaba, no sólo por los hispanoamericanos, con un discurso que resaltaba la perversa relación colonial, y adjudicaba a España la etiqueta de nación decadente y atrasada.

Como se ha visto en las páginas anteriores la causa liberal española encontró la simpatía de numerosos sectores de la sociedad europea. Los simpatizantes europeos del liberalismo español se oponían en sus propios países a los esfuerzos de la política de la Restauración y veían en el movimiento revolucionario iniciado en España en 1820 la principal esperanza para contener a las fuerzas reaccionarias. Sin embargo, ante esta misma opinión pública internacional, muchos hispanoamericanos renegaban del liberalismo español —con el que tenían razones para estar insatisfechos— y justificaban la independencia con argumentos que incidían en la pertenencia de España a la coalición reaccionaria, y en la opresión de la relación colonial. El exiliado cubano en Estados Unidos Félix Varela, que como se ha visto había salido de España tras ser representante en las Cortes del Trienio, exponía en una carta en enero de 1825 al diplomático estadounidense Joel R. Poinsett su desilusión con España en estos términos: “España, amigo mío, es un cadáver, y no puede dar de sí más que corrupción y principios de muerte. Nada hay que esperar. Por el contrario, un Estado nuevo (¡ah! ¡si le viéramos en la isla de Cuba!) tiene todo el calor de la naturaleza en su juventud; despliega los gérmenes del honor y la virtud”⁷¹. En esta labor, los hispanoamericanos contaron con el apoyo de numerosos europeos, estadounidenses e incluso españoles, que coincidían con ellos en esta interpretación de la independencia de la América española,

⁷¹ Nueva York, 27 de enero de 1825, reproducida en José Antonio PIQUERAS (ed.), *Félix Varela y la prosperidad de la patria criolla*, Madrid, Mapfre, 2007, p. 262.

principalmente por compartir una visión de la historia ilustrada que veía las revoluciones como un hecho irresistible e imparable, por el cual el mundo del despotismo, la opresión, la ignorancia, el fanatismo y la tiranía, iba a ser superado para ser sustituido por un nuevo orden en el que la razón primara. La interpretación de la independencia americana en relación a un proyecto modernizador que dejara atrás el retraso colonial se empezó a construir desde el mismo momento de la consecución de la independencia, e incluso antes de que las repúblicas fueran reconocidas como soberanas. Las elites criollas que pasaron a estar al frente de las nuevas naciones interpretaban la emancipación como un proyecto de regeneración de la nación que empezaba a ser imaginada, y creían llevar a cabo una tarea civilizatoria. El rechazo de la etapa virreinal, entendida como tres siglos de opresión, era uno de las premisas de este discurso⁷². Por ejemplo, la Inquisición, que no había sido cuestionada por la católica sociedad novohispana, una vez consumada la independencia fue imaginada como un instrumento de sumisión colonial⁷³.

El mensaje era claro: de la misma forma que en Europa se debía asegurar el triunfo del liberalismo frente a la Santa Alianza, en América la civilización sólo podía llegar con la superación del colonialismo español. El exiliado novohispano Fray Servando Teresa de Mier fue el principal propagandista de esta imagen ante la opinión pública internacional. A través de la prensa —con sus polémicas de 1811 y 1812 con el peninsular José Blanco White, que divulgaba desde su periódico londinense *El Español* una imagen de España marcada por el despotismo y la influencia de una fanática Iglesia católica— y especialmente con la publicación en 1813 de su *Historia de la revolución*

⁷² En términos de François-Xavier GUERRA, dos conceptos de libertad impulsaban a los revolucionarios hispanoamericanos: la independencia de la monarquía hispana y la adopción de la modernidad; *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2000. La interpretación que identificaba modernidad con Hispanoamérica y atraso con España se fijó en la historiografía hasta el punto de que solo recientemente está siendo contestada, entre otros por Guerra. Al respecto véase por ejemplo Roberto BREÑA, *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824. Una revisión historiográfica*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2006. De todas formas, la cuestión de la naturaleza del pasado colonial fue un tema polémico en las décadas siguientes a la obtención de la independencia. Frente a los que defendían una visión condenatoria de la presencia española, se levantaron influyentes voces como el mexicano Lucas Alamán o el venezolano-chileno Andrés Bello, que mantenían que la identidad de las nuevas naciones hispanoamericanas no debía desvincularse por completo de España, sino todo lo contrario. Sobre Bello, Iván JAKSIĆ, *Andrés Bello. Scholarship and Nation-Building in Nineteenth-Century Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; sobre Alamán, Enrique PLASENCIA DE LA PARRA, “Lucas Alamán”, en Virginia Guedea (ed.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, Ciudad de México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, pp. 307-48.

⁷³ Gabriel TORRES PUGA, *Los últimos años de la Inquisición en la Nueva España*, Ciudad de México, CONACULTA / INAH / Porrúa, 2004.

de Nueva España⁷⁴, Mier buscaba justificar la causa independentista americana y obtener el apoyo internacional a la mexicana apelando a la crueldad y la injusticia del dominio español. Además, Mier impulsó varias reediciones internacionales de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Las Casas, la obra crítica con la colonización española más popular⁷⁵. El estadounidense William Davis Robinson seguiría la interpretación histórica divulgada por Mier en su obra *Memoirs of the Mexican revolution*, aparecida en Filadelfia en 1820 y que tuvo un gran éxito internacional, con dos ediciones en los años siguientes en Londres (primero en inglés y luego en español) y otras dos en holandés y alemán⁷⁶. Insistía en la temática de que el camino para incluir a México entre el grupo de los países civilizados pasaba por obtener la independencia de la retrógrada España. Al igual que Mier, Robinson aspiraba a que se organizara una expedición de extranjeros para ayudar a liberar México. De hecho la mayor parte de su obra había tratado de la expedición de Javier Mina, el joven ex-guerrillero y liberal navarro que, acompañado por Mier, había apoyado a la insurgencia novohispana a través de una incursión en el virreinato en 1817.

Aunque Mina no consiguió sus objetivos, al menos en lo relativo a la Península, su proyecto, plenamente universalista en sus horizontes e internacional en su ejecución, contribuyó a formar una imagen particular del ideal liberal/republicano. Las obras que lo glosaron, como la de Robinson, compartían objetivos y perspectiva internacional, y contribuyeron a dotarlo de gran resonancia. Mina se convirtió en un héroe de rasgos republicanos que la España liberal daba al mundo. El mexicano Carlos María de Bustamante lo calificaba de “sereno, activo, frugal, infatigable y desinteresado”, y lo comparaba con otro héroe republicano, el francés La Fayette. Robinson ofrecía asimismo del navarro una imagen de austero héroe republicano y lo calificaba también de “frugal” “sereno”, “afable, generoso, sencillo, humano y moderado”, en definitiva, un “hombre civilizado”⁷⁷. De todas formas, el recuerdo de Javier Mina no sería cómodo para muchos liberales españoles. Su tío Francisco Espoz, que agregó a su nombre “Mina” y que de hecho fue conocido de esta forma durante su exilio londinense en la década de 1820 entre los círculos británicos nostálgicos de la heroica figura guerrillera,

⁷⁴ *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac*, Londres, Imprenta de Guillermo Glindon. Publicada con el pseudónimo José Guerra.

⁷⁵ Yael BITRÁN GOREN, “Servando Teresa de Mier”, en Guedea (ed.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, pp. 65-91.

⁷⁶ Virginia GUEDEA, “Estudio introductorio” de su edición de la obra de Robinson, Ciudad de México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. xli.

⁷⁷ Citado por Manuel ORTUÑO, *Expedición a Nueva España de Xavier Mina. Materiales y ensayos*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2006, pp. 290 y 292.

lo consideraba un traidor y consiguió que no tuviera buena fama entre los exiliados liberales moderados españoles⁷⁸. La imagen que ciertos sectores de la sociedad española tenían de Mina como traidor sería consolidada por Mariano Torrente en su obra sobre la independencia hispanoamericana, historia oficial de Fernando VII, quien patrocinó su publicación. En esta interpretación Mina aparecía como un traidor a la patria, que había sido apoyado por perversos conspiradores republicanos y masones de las naciones enemigas de España⁷⁹.

2.2 Historia, imperio y liberalismo

El legado del liberalismo doceañista fue ambiguo. Los liberales españoles desarrollaron un discurso similar al de los partidarios de la independencia americana, basado en una interpretación histórica semejante, en la que el despotismo de la monarquía española ocupaba un puesto central. Pero a la hora de confrontar el problema americano, la respuesta liberal no fue nada clara y demostró las limitaciones del lenguaje igualitario empleado inicialmente.

Empleando una terminología anacrónica, se puede decir que el liberalismo español que desembocó en la versión exaltada del Trienio era nacionalista, pero en cambio no es sencillo calificarlo de imperialista, ya que, retomando algunos aspectos de la crítica ilustrada, veía en los excesos del imperio la miseria de España⁸⁰. Muchas de las preocupaciones de los liberales eran herencia directa de las de los patriotas ilustrados del siglo XVIII, especialmente en lo relacionado con la cuestión de la imagen de España en el ámbito internacional. En este sentido, se puede apreciar una cierta continuidad

⁷⁸ En sus memorias, Espoz renegaría de su sobrino: “[E]n el mes de septiembre de 1816 tuve que estampar en los papeles públicos de Londres y París un artículo contradiciendo lo que se había dicho en los mismos sobre que el general español Mina había llegado a los Estados Unidos, porque no quería que mi nombre llevara el galardón o el vituperio que resultase de una expedición intentada por mi sobrino Javier Mina en el reino de Méjico (...) si [el verdadero objeto de su viaje] fuese tal que se opusiese a los intereses de mi nación, nunca le contaría en el número de mis parientes; *Memorias del General don Francisco Espoz y Mina*, 2 vols., Madrid, Biblioteca de Autores Españoles-Ediciones Atlas, 1962, vol. 1, p. 228.

⁷⁹ La obra se llamó *Historia general de la revolución hispanoamericana*, y apareció en Madrid entre 1829 y 1830. Mariano Torrente había sido afrancesado durante parte de la guerra de la independencia y cónsul de España en Livorno durante el Trienio. Según Patricia MONTROYA RIVERO, Torrente escribió su obra para lavar su imagen ante la Corte española: “Mariano Torrente”, en Guedea (ed.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, pp. 143-65.

⁸⁰ La preocupación acerca de los costes del imperio se remontaba, al menos, a los arbitristas del siglo XVII; John H. ELLIOTT, “Self-perception and decline in early seventeenth-century Spain”, *Past and Present*, nº 74, 1977, pp. 41-61.

entre las preocupaciones y argumentaciones del patriotismo ilustrado y del patriotismo liberal.

Por lo general, la Ilustración española había perseguido objetivos patrióticos: limpiar la imagen exterior de España defendiendo la labor colonizadora realizada en América y rechazando las críticas europeas que afirmaban que la conquista española, caracterizada por la crueldad y la expoliación, había degenerado a los americanos y no había producido conocimiento. Sin embargo, algunas voces críticas, como Gregorio Mayáns, alegaban que la conquista sí había destruido las avanzadas civilizaciones prehispánicas y defendían que una crítica histórica era necesaria para reformar el imperio. Asimismo, las reformas iniciadas en la segunda mitad del siglo XVIII partían de la asunción de que era necesario realizar modificaciones racionales de las estructuras de gobierno, administrativas, militares, eclesiásticas y económicas, no solo para mantener el imperio, sino para que fuera rentable⁸¹. Tras las guerras imperiales contra Gran Bretaña, las rebeliones en Perú y Nueva Granada y el surgimiento de una nueva potencia como Estados Unidos, algunas figuras relevantes, como el conde de Aranda, opinaban que tal y como estaba siendo gestionado el imperio, sus ventajas eran limitadas. Aranda llegó a proponer en 1783 la enajenación de ciertos territorios fronterizos cuya defensa resultaba demasiado onerosa y la creación en los territorios ultramarinos de una especie de confederación de monarquías borbónicas que resultaría más provechosa⁸². Más lejos llegó el miembro de la Sociedad Bascongada Valentín de Foronda al respaldar en 1800 el abandono de las colonias en América siguiendo criterios de justicia y, sobre todo, utilidad, ya que consideraba que las posesiones americanas eran una fuente de inestabilidad y llevaban a costosas guerras internacionales⁸³. Este tipo de críticas, aunque no cuestionaban directamente la monarquía ni el imperio, podían servir sin embargo para construir argumentos que iban más allá del reformismo.

⁸¹ Jorge CAÑIZARES ESGUERRA, *How to Write the History of the New World. Historiographies, Epistemologies and Identities in the Eighteenth Century Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 2001, especialmente capítulos 3, “Historiography and Patriotism in Spain”, y 4, “The making of a patriotic epistemology”; Gabriel B. PAQUETTE, *Enlightenment, Governance, and Reform in Spain and its Empire, 1759-1808*, Basingstoke y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008.

⁸² Manuel LUCENA GIRALDO (ed.), *Premoniciones de la independencia de Iberoamérica: las reflexiones de José de Ábalos y el Conde de Aranda sobre la situación de la América española a finales del siglo XVIII*, Aranjuez y Madrid, Doce Calles / Fundación Mapfre Tavera, 2003.

⁸³ *Carta sobre lo que debe hacer un príncipe que tenga colonias a gran distancia*, en Valentín DE FORONDA, *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política y sobre las leyes criminales*, estudio preliminar de José Manuel Barrenechea, Vitoria, C. A. P. V. / Dpto. de Economía y Hacienda, 1994.

Inicialmente, especialmente en Cádiz, los liberales peninsulares no criticaron el imperio *per se*, más bien al contrario. Las posesiones de ultramar, libres de la invasión, eran esenciales para auxiliar a la Península en su guerra contra los franceses. Más allá de estas demandas de apoyo, que obtuvieron respuesta, la cuestión americana tuvo un carácter secundario. Las Cortes no hicieron ninguna autocritica a pesar de unas teóricas declaraciones de igualdad que no se tradujeron en la práctica en una representación análoga, y confiaban en que la proclamación de una constitución bastaría para pacificar los territorios que se habían rebelado en busca de autonomía, y posteriormente, independencia⁸⁴. Álvaro Flórez Estrada fue el liberal que más atención prestó a la cuestión americana, y uno de los más críticos con la secular política española respecto a América. Sin embargo, no estaba dispuesto a renunciar a las posibilidades que se abrían de un imperio reformado. En el *Examen imparcial de las disensiones de la América con la España, de los medios de su reconciliación, y de la prosperidad de todas las naciones*, que había publicado en Londres en 1811, Flórez Estrada entendía la crisis, y la “guerra civil” que se vivía en América, como una consecuencia de las malas políticas llevadas a cabo tanto en América como en España. Ambas habían sido “gobernada[s] arbitrariamente durante los tres siglos anteriores”. El asturiano creía que “[l]os efectos funestos de una mala administración igualmente se sufrían en la Península que en las Américas” y por tanto entendía que peninsulares y americanos compartían el interés en cambiar “un Gobierno arbitrario, y corrompido”. Americanos y peninsulares se encontraban unidos por “vínculos naturales” como “la sangre, el comercio, el idioma, la religión, la amistad, los usos”, y por lo tanto formaban una única sociedad de la que eran “igualmente acreedores a sus beneficios”. Sin embargo, el sistema hacendístico y comercial de la monarquía era injusto, especialmente con los americanos, y su reforma en profundidad actuaría en beneficio de ambas partes. Pero de la misma forma, los americanos no debían dejarse seducir por “voces vacías de sentido, cuales son las palabras libertad, e independencia, cuando son mal entendidas”, pues “para ser libres y felices todos los individuos de una Sociedad no necesitan dividirse, ni formar pequeños Estados”. Flórez Estrada invitaba a los americanos a formar parte del “Imperio más poderoso del Globo”, en el que “todos íbamos a gozar por primera vez del privilegio de

⁸⁴ Timothy E. ANNA, *Spain and the Loss of America*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1983; Michael COSTELOE, *Response to Revolution. Imperial Spain and the Spanish American Revolutions, 1810-1840*, Cambridge, University Press, 1986; Jaime E. RODRÍGUEZ O., *La independencia de la América española*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2005; PORTILLO, *Crisis atlántica*.

hombres libres”⁸⁵. Flórez Estrada confiaba, como muchos liberales, que la revolución constitucionalista que se estaba viviendo en España permitiría la “transformación de una nación con colonias en una sola nación ultramarina”⁸⁶. Para él, con el proceso constitucionalista, que incluía la declaración de igualdad entre americanos y peninsulares y la liberalización de las relaciones económicas, y que había sido aceptado por los americanos cuando reconocieron “voluntariamente al Gobierno de la Metrópoli”, se iniciaba un nuevo “contrato” político y social que superaba el despotismo anterior y en el que los agravios aludidos por los americanos independentistas no estaban justificados, porque “alegar ahora los Americanos, para justificar su levantamiento, las injusticias de entonces, es reclamar agravios de quien no los cometió”⁸⁷.

En este contexto, el historicismo nacionalista dominado por el austracismo se convirtió en uno de los núcleos ideológicos de las Cortes gaditanas. Según esta extendida y útil visión, las libertades de la edad de oro medieval española habían empezado a ser erosionadas a partir del establecimiento de una dinastía extranjera, la Habsburgo, que había iniciado la decadencia política de España al ir suprimiendo progresivamente las Cortes y el gobierno municipal⁸⁸. Este fue un mensaje expuesto desde los primeros momentos del constitucionalismo español. El conde de Toreno, en la *Exposición a la Regencia* en la que solicitaba la inmediata reunión de Cortes en junio de 1810, afirmaba que la decadencia española había empezado con el declive de las Cortes desde la instauración de “las dinastías extranjeras de Austria y de Borbón”⁸⁹, y Argüelles en su *Discurso preliminar* a la constitución de 1812 expuso claramente los principios del historicismo nacionalista, elaborados por Francisco Martínez Marina en

⁸⁵ Cito por la segunda edición corregida y aumentada publicada en Cádiz en 1812; pp. 8, 21, 60, 280-282.

⁸⁶ La frase es de José Manuel PÉREZ-PRENDES MUÑOZ-ARRACO, en “Álvaro Flórez Estrada y la emancipación de América” en Joaquín Varela Suanzes-Carpegna (coord.), *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853) Política, economía, sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2004, pp. 257-297, cita en p. 291.

⁸⁷ *Examen imparcial*, pp. 47-48. Que todos los americanos hubieran reconocido las autoridades peninsulares (como Junta Central y Regencia) no es exacto, ya que muchos no se sentían representados en ellas. Al respecto véase PORTILLO, *Crisis atlántica*, cap. 1, “La federación negada”. PORTILLO también ha llamado la atención sobre el hecho de que el énfasis de Flórez Estrada en la dimensión económica del conflicto ocultaba el limitado alcance de la voluntad del liberalismo peninsular de otorgar igualdad política a los americanos; “Los límites del pensamiento político liberal. Álvaro Flórez Estrada y América”, en *Historia Constitucional (revista electrónica)*, nº 5, 2004.

⁸⁸ El término “austracismo” tal y como lo emplean los historiadores del periodo, se refiere más bien a un antiaustracismo, y no debe confundirse con el austracismo pro-Habsburgo nacido en el contexto de la Guerra de Sucesión. Un análisis en José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 219-226.

⁸⁹ Citado por Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA, *El conde de Toreno. Biografía de un liberal (1786-1843)*, Madrid, Marcial Pons, 2005, p. 55.

su *Teoría de las Cortes* (1813) y que anclaban el constitucionalismo español en la Edad Media.

Cierto discurso liberal fue más lejos, especialmente tras la restauración absolutista, y empezó a presentar a peninsulares y americanos como víctimas del mismo sistema político tiránico. De hecho, según esta interpretación, la conquista de América había sido una de las claves del sostenimiento de una monarquía opresora que había impuesto pesadas cargas sobre el pueblo y malgastado los recursos peninsulares en guerras imperiales que no reportaban ningún beneficio a la gente común. Luchar contra el despotismo implicaba atacar al imperio, y esta había sido la motivación principal de la expedición de Mina a México:

“En América, decía [Mina], se ha de libertar a Europa. Aquí es donde se ha de hacer la guerra al despotismo como en su raíz porque con el dinero de América, Felipe II asalarió tropas y encadenó a la nación. No pensaba Mina que España perdiese con la independencia de las Américas”⁹⁰.

Durante el Trienio, la sociedad de los comuneros, liberales exaltados, recuperaría sin complejos esta tradición austracista tanto en su simbología como en su discurso. En uno de los juramentos de iniciación de los comuneros se decía: “Compañeros, una fatalidad malogró los esfuerzos de nuestros heroicos predecesores en los Campos de Villalar. Tres siglos de despotismo y servidumbre siguieron a tan desgraciado suceso”⁹¹.

En los exilios de 1814 y 1823 ciertos sectores del liberalismo español colaboraron en fortalecer en el extranjero esta imagen crítica de la monarquía española. Las publicaciones de los exiliados españoles en las que ofrecían análisis históricos con

⁹⁰ Fray Servando TERESA DE MIER, *Memorias*, 2 vols, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1946, vol. 2, p. 251.

⁹¹ Marta RUIZ JIMÉNEZ, “La Confederación de Comuneros españoles en el Trienio Liberal (1821-1823)”, en *Trienio* nº 35, 2000, pp. 155-86, cita en p. 177; Ángel RIVERO, “El mito comunero y la construcción de la identidad nacional en el liberalismo español”, en Colom (ed.), *Relatos de nación*, 147-58. El recurso a la historia y la idea de que la libertad de la nación española residente en los municipios había sido arrebatada por un despotismo extranjero continuaría en el discurso del progresismo isabelino para legitimar su proyecto político: María Cruz ROMEO MATEO, “La tradición progresista: historia revolucionaria, historia nacional” en Manuel Suárez Cortina (ed.), *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, pp. 81-113. El austracismo del primer liberalismo ejerció una no siempre reconocida influencia en la historiografía liberal nacional. Javier Donézar, al examinar el austracismo del principal historiador de mediados del siglo XIX, Modesto Lafuente, afirma que “la novedad que proporcionó Lafuente fue una serie de interpretaciones propias” relacionadas con el austracismo, pero en realidad Lafuente estaba siguiendo los puntos de vista del primer liberalismo; DONÉZAR, “El «austracismo» de los historiadores liberales del siglo XIX”, en José Martínez Millán y Carlos Reyero (eds.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 311-341. Una opinión semejante, que considera la publicación en 1850 del primer volumen de la obra de Lafuente como la “ruptura” y “el arranque de una historiografía propiamente nacional”, en Paloma CIRUJANO, Teresa ELORRIAGA y Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868*, Madrid, CSIC, 1985, p. 81.

fines políticos fueron numerosas. En 1824 el periodista manchego exiliado en Estados Unidos Félix Mejía publicó en Filadelfia una obra en la que ofrecía una interpretación de la historia de España en este sentido, que por otra parte, era la que había estado difundiendo durante el Trienio desde su popular diario madrileño *El Zurriago*. En un simplificador compendio histórico idealizaba la prosperidad en la que vivía el “pueblo español” desde tiempos del “patriarca Tubal”, y culpaba de todas las desgracias en las que cayó posteriormente a la instalación de dinastías extranjeras que “lograron que a su arbitrio las leyes estuvieran y consiguieron que en un caos de horrores y de males la infeliz Nación se sumergiera”. Mejía identificaba de esta forma prosperidad y libertad con españolidad, y decadencia y despotismo con las dinastías extranjeras: “España ha perdido por grados su fuerza marítima, su Comercio, su Población, su industria, y su riqueza, a la par que ha crecido el despotismo y la arbitrariedad de sus Reyes—Acabó la dinastía de los Jaymes y de los Pelayos, originarios de España y Españoles netos y castizos; y acabó al mismo tiempo el esplendor, el poder, y la gloria de la nación”⁹².

En la misma obra, Mejía ofrecía una tabla que mostraba la evolución de las penas impuestas por la Inquisición desde 1481 hasta 1808. En ella se puede ver una disminución continua desde 1481 hasta el reinado de Felipe II, cuando aparece un pico que luego empieza a disminuir hasta llegar a Carlos IV, cuando ya no hay prácticamente casos. Según Mejía, “las víctimas se disminuían a proporción que se aumentaban las luces en Europa, y de consiguiente crecía el horror hacia este tribunal y faltaban los denunciadores”. Como muchos hispanoamericanos, Mejía y otros liberales peninsulares asociaban el Tribunal del Santo Oficio con el despotismo político, y esperaban que el progreso acabara con él. En las Cortes de Cádiz el conde de Toreno había considerado que la Inquisición había sido “en todos tiempos, perseguidora y enemiga de la ilustración y de la libertad”, y que con su abolición “resucitan las Cortes, y se alimenta de nuevo en los españoles la halagüeña esperanza de volver a ser libres”⁹³. Flórez Estrada escribía desde Londres en 1819, tras la restauración del Santo Oficio, que “la opinión del siglo (...) restablecerá la monarquía constitucional española [y esta será] la que aniquilará el tribunal de la Inquisición, que tanto detesta”⁹⁴. Las obras que autores como Juan Antonio Llorente, Antonio Puigblanch o José Joaquín Clararrosa dedicaron a

⁹² Félix MEJÍA, *Carta de Benigno Morales a Félix Mejía*, Filadelfia, 1825; edición facsímil del Instituto de Estudios Almerienses, 1996, citas en pp. 10, 61 y 85.

⁹³ 11 de enero de 1813, citado en VARELA SUANZES-CARPEGNA, *Conde de Toreno*, pp. 90-91.

⁹⁴ *Carta dirigida al Rey desde Londres por Don Álvaro Flores Estrada*, Madrid, Imprenta de Vega y Compañía, 1820; Méjico, reimpresso en la oficina de Don Alejandro Valdés, 1820, p. 3.

la Inquisición en las primeras décadas del siglo XIX, en las que se condenaba desde un punto de vista liberal y patriótico al Tribunal, tuvieron una extraordinaria repercusión internacional, y junto con la crítica anticatólica europea, contribuyeron a consolidar un *topos* inquisitorial literario e historiográfico⁹⁵.

En Filadelfia en 1826 apareció *Vida de Fernando VII*, obra firmada por Carlos Le Brun, en la que se hacía un retrato hipercrítico del rey, y en general de la monarquía española⁹⁶. Le Brun afirmaba ser un traductor del estado de Pensilvania, aunque es probable que la obra fuera escrita por el propio Mejía⁹⁷. También en Filadelfia ese mismo año apareció otra obra firmada por Le Brun titulada *Retratos políticos de la revolución de España*, que por su conocimiento de los acontecimientos, y por su particular presentación de los mismos, parece difícil que no fuera la obra de un liberal español⁹⁸. Lo cierto es que Mejía en su obra *La muerte de Riego* había ofrecido una imagen idéntica de Fernando VII, al que presentaba como un rey fanático, despótico y sádico.

Es más, el tipo de interpretación de la historia de España popular entre los liberales exaltados coincidía con la que se empezaba a escribir precisamente en esas fechas en Estados Unidos, y que era recibida con gran éxito en Gran Bretaña y Europa. Continuando con las críticas a España popularizadas por autores ilustrados como William Robertson o Montesquieu, la primera generación de hispanistas norteamericanos elaboró una imagen de España que incidía en el tema de la decadencia a través de una visión romántica. El célebre historiador norteamericano William H. Prescott culminó una mirada que había comenzado a ser elaborada por intelectuales como Washington Irving, George Ticknor y Henry W. Longfellow, que describían España como la antítesis de Estados Unidos, es decir, como una nación intolerante, tiránica y retrógrada. El catolicismo fanático y el despotismo político, así como un

⁹⁵ Antonio Puigblanch, *La Inquisición sin máscara*, 1811, traducida al inglés en 1816 y al alemán en 1817; Juan Antonio Llorente, *Histoire critique de l'Inquisition espagnole*, publicada en su exilio francés entre 1817-1818, traducida al alemán, inglés, italiano y holandés, y a su regreso a la España constitucional en 1822 como *Historia crítica de la Inquisición de España*; José Joaquín Clararrosa, *Viaje al mundo subterráneo y secretos de la Inquisición revelados a los españoles*, Cádiz, 1820. Al respecto, véase Salvador GARCÍA CASTAÑEDA, "La Inquisición como tema literario en la novela de la emigración", en *Quaderni di Letterature Iberiche e Iberoamericane*, n.º. 6, 1987, pp. 23-35 y Daniel MUÑOZ SEMPERE, *La Inquisición como tema literario. Política, historia y ficción en la crisis del Antiguo Régimen*, Woodbridge, Tamesis, 2008.

⁹⁶ Carlos LE BRUN, *Vida de Fernando VII*, Filadelfia, s.i. 1826.

⁹⁷ Ángel ROMERA (ed.), *El Zurriago (1821-1823). Un periódico revolucionario*, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura, 2005, p. 53 sugiere que Le Brun fue únicamente el editor de la obra, y Mejía el autor.

⁹⁸ LE BRUN, *Retratos políticos de la revolución de España o de los principales personajes que han jugado en ella*, Filadelfia, s.i., 1826.

carácter nacional resistente al cambio, explicaban la decadencia española, y su retraso político, social y económico. Esta imagen, que desde luego no era nueva, se fijó en la imaginación anglosajona con la publicación de los exitosos libros de Prescott sobre los Reyes Católicos y las conquistas de Perú y México aparecidos en las décadas de 1830-1850, aunque el interés de estos autores por España había empezado en la década de 1810. La interpretación histórica de Prescott acerca del despotismo era similar a la de los exiliados españoles: ambos idealizaban la Edad Media como la época de oro de las libertades españolas, que empezaron a ser erosionadas por la monarquía Habsburgo con su despotismo político, su celo católico (personificado en la Inquisición) su expansionismo imperial y la corrupción que traían el oro y la plata americanos⁹⁹. No es sorprendente que esta fuera también la interpretación que los hispanoamericanos que buscaban legitimar su independencia extendían internacionalmente. Prescott nunca visitó España, pero los viajeros estadounidenses que lo hicieron en estos años, como Irving, Ticknor y Longfellow, afianzaron esta imagen con descripciones orientalistas de la sociedad y cultura españolas¹⁰⁰. Pero la afinidad entre los hispanistas norteamericanos y los liberales españoles iba más allá del ámbito histórico, llegando al campo personal y político. Prescott, empleando una analogía común entre los historiadores liberales españoles, confiaba en que la joven reina Isabel emulara a su homónima predecesora devolviendo a España la condición gloriosa del pasado, que solo llegaría a través del progreso que representaban los liberales¹⁰¹. Incluso el hermano de Rafael del Riego,

⁹⁹ De hecho, Prescott empleaba como fuente a muchos de los autores que informaban el historicismo liberal, como Juan Baptista Muñoz, José de Vargas Ponce, Francisco Martínez Marina, Antonio de Capmany o Martín Fernández de Navarrete, e incluso a los exiliados José Blanco White, Juan Antonio Llorente y Juan Sempere y Guarinos.

¹⁰⁰ Richard KAGAN, "Prescott's paradigm: American Historiographical Scholarship and the Decline of Spain", en *The American Historical Review*, vol. 101, n° 2, 1996, pp. 423-46. Iván JAKSIĆ, *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2007. Pero también hubo observadores estadounidenses que ofrecieron una imagen más positiva y equilibrada de la España decimonónica, como muestra KAGAN en "From Noah to Moses: The Genesis of Historical Scholarship on Spain in the United States" en Kagan, (ed.), *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States*, Urbana, Chicago: University of Illinois Press, 2002, pp. 21-48.

¹⁰¹ En noviembre de 1837 Prescott escribía en el prefacio de una de sus obras: "I cannot quit the subject which has so long occupied me, without one glance at the present unhappy condition of Spain; who, shorn of her ancient splendor, humbled by the loss of empire abroad, and credit at home, is abandoned to all the devils of anarchy. Yet, deplorable as this condition is, it is not so bad as the lethargy in which she has been sunk for ages. Better be hurried forward for a season on the wings of the tempest, than stagnate in a deathlike calm, fatal alike to intellectual and moral progress. The crisis of a revolution, when old things are passing away, and new ones are not yet established, is, indeed, fearful. Even the immediate consequences of its achievement are scarcely less so to a people who have yet to learn by experiment the precise form of institutions best suited to their wants, and to accommodate their character to these institutions. Such results must come with time, however, if the nation be but true to itself. And that they will come, sooner or later, to the Spaniards, surely no one can distrust who is at all conversant with their

exiliado en Inglaterra, intentó que Prescott, cuando se encontraba escribiendo su obra *The Conquest of Mexico*, realizara una biografía de su hermano, siguiendo la línea hagiográfica sobre el héroe universal en que Riego se había convertido¹⁰².

2.3 La patria en el exilio

Según José Álvarez Junco, los exiliados españoles se encontraron en el extranjero con una imagen de España “que en nada coincidía con la que habían aprendido de niños”, y descubrieron que había una “incomprensión generalizada sobre su patria” y que “no se valoraban como merecían las glorias nacionales”¹⁰³. Aunque esta es sin duda una representación adecuada de la imagen común de España en la Europa del momento, lo cierto es que lo que los exiliados españoles encontraron, especialmente en Gran Bretaña, fue un grupo de admiradores del liberalismo español, que lo consideraban la esperanza europea frente a la Santa Alianza, y que los recibieron como héroes. El problema era que los exiliados eran la prueba viviente de que los aspectos más sombríos de la “leyenda negra” española estaban imponiéndose en la Península¹⁰⁴. Además, la causa de las repúblicas hispanoamericanas, popular entre los liberales británicos, también hacía referencia a una España intolerante y reacia a admitir la consumación de la independencia. Así, los exiliados españoles se adecuaron al arquetipo romántico de conspiradores que aspiraban a reimplantar el sistema liberal en su extravagante país. Por la reticencia de la monarquía, la Iglesia y la propia sociedad española, esta era una causa casi perdida.

Como se ha visto, los propios exiliados españoles, en su campaña de oposición a la monarquía fernandina, reforzaron los estereotipos y contribuyeron a alimentar la imagen negativa de España, aunque fuera indirectamente. Sin embargo, la admisión de que esa era la España que les había expulsado causó un intenso conflicto de identidad en

earlier history, and has witnessed the examples it affords of heroic virtue, devoted patriotism, and generous love of freedom”, PRESCOTT, *History of the reign of Ferdinand and Isabella, the Catholic*, París, Baudry’s European Library, 1842, p. xii.

¹⁰² Elizabeth Wormeley LATIMER, *Spain in the nineteenth century*, Chicago, A. C. McClurg, 1897, p. 143.

¹⁰³ ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa*, p. 200.

¹⁰⁴ Como es sabido, la expresión “leyenda negra” no surgió hasta principios del siglo XX, cuando el historiador español Julián Juderías la popularizó para referirse a la campaña de desprestigio contra España de las potencias competidoras de Europa del norte iniciada en el siglo XVII.

muchos de ellos, e incluso llevó a algunos a contemplar la posibilidad de cambiar de nacionalidad (y algunos lo hicieron)¹⁰⁵.

Un personaje de la obra dramática *Pizarro o los Peruanos*, que recreaba la conquista del Perú y que Félix Mejía adaptó en Filadelfia, planteaba precisamente esa cuestión: ¿qué se debe hacer cuando la patria a la que uno pertenece es usurpada y se convierte en instrumento del despotismo? Mejía presentaba la dolorosa pero heroica decisión del español Alonso, aliado de los peruanos frente al despótico Pizarro, cuando decidía renunciar a la patria española tras los crímenes cometidos por los conquistadores. Ante los abusos cometidos, la patria española —basada en la humanidad y la justicia— dejaba de existir¹⁰⁶.

Mejía, como exiliado desarraigado, tenía buenas razones para promover este tipo de laxas definiciones de patria. En 1827 se trasladó desde Estados Unidos a Guatemala donde adquirió varias responsabilidades políticas, entre ellas un puesto de comisario de guerra y uno de juez¹⁰⁷. Al llegar a Guatemala Mejía tuvo que echar mano de su repertorio intelectual para justificar su estancia, y lo hizo a través de una sofisticada elaboración del concepto de patria. Su concepción de la patria le debía mucho al pensamiento republicano clásico, que conocía especialmente a través de la obra de Cicerón. Mejía retomaba la concepción republicana que asocia el amor a la patria con el amor a las instituciones y las leyes de una comunidad que aseguran su libertad y bienestar. El estado tomaba entonces la forma de una comunidad moral de ciudadanos que reconocían sus obligaciones y derechos mutuos, independientemente del lugar en el que hubieran nacido. En esta línea, Mejía concebía Guatemala como una asociación de individuos libres, sin importar su origen, tan sólo su voluntad para respetar las leyes y cumplir con sus deberes. Este razonamiento era especialmente adecuado para aquellos

¹⁰⁵ No es posible afirmar que a principios del siglo XIX hubiera naciones definidas, pero precisamente por esta indeterminación, las puertas de la naturalización estaban abiertas. Decenas de afrancesados y liberales obtuvieron la ciudadanía francesa entre 1814-1831, pero muchos de ellos aún veían a las naciones hispanoamericanas como el lugar preferente en el que encontrar una nueva patria, debido a sus semejanzas lingüísticas, religiosas y culturales. Aline VAUCHELLE-HAQUET y Gérard DUFOUR, “Les Espagnols naturalisés français et les Espagnols ayant obtenu l’autorisation de fixer leur domicile en France de 1814 à 1831”, en VV. AA., *Exil politique et migration économique. Espagnols et Français aux XIXe-XXe siècles*, París, CNRS, 1991, pp. 31-51.

¹⁰⁶ MEJIA, *Pizarro o lo Peruanos*, Filadelfia, Stavely y Bringham, 1824, p. 53. El *Pizarro* de Mejía era una adaptación de un drama escrito a finales del siglo XVIII por el conservador alemán August von Kotzebue y adaptado al inglés por Richard Sheridan. La obra, que incidía en la leyenda negra española, también resonaba en la Inglaterra de la época, que iniciaba su expansión colonial en la India. Véase Julie A. CARLSON, “Trying Sheridan’s *Pizarro*”, en *Texas Studies in Literature and Language*, n° 38, 3/4, 1996.

¹⁰⁷ Ángel ROMERA, *Ilustración y Literatura en Ciudad Real*, Ciudad Real, Diputación Provincial, 2006, p. 45.

que, como Mejía, acababan de llegar al país. Así, la república de Guatemala “formó con los Españoles, y con los demás extranjeros que residían en su territorio, un Pueblo de hermanos. (...) llenando los deberes recíprocos de vivir como hermanos, sin hacerse daño, y disfrutando cada uno de la pacífica posesión de sus bienes y adoptó en su ley fundamental el axioma que enseña que cualquiera que sea el Individuo debe castigársele si es malo, y protegérsele si es bueno”. Lo que diferenciaba a los buenos ciudadanos era tan solo si estaban dispuestos a cumplir sus obligaciones con la comunidad: “¿Cómo es posible que en almas Republicanas pueda anteponerse al bien general un interés mezquino y despreciable? (...) ¿Quién será el vil que rehúse sacrificar sus pasiones y sus intereses particulares?”¹⁰⁸. Javier Mina había expresado una opinión similar diez años antes al iniciar su expedición en apoyo de los insurgentes mexicanos: “La patria no está circunscrita al lugar en que hemos nacido, sino más propiamente al que pone a cubierto nuestros derechos individuales”¹⁰⁹.

Concepciones de la patria, la ciudadanía y la libertad análogas a las reflejadas en la obra de Mejía se encontraban extendidas en los ambientes intelectuales guatemaltecos. Antes de la llegada de Mejía habían aparecido ya en Guatemala una serie de proyectos contruidos en torno a la idea de una patria o nación cívica que incluían incluso en ella a la población indígena y de origen africano.

Dentro de un objetivo revolucionario y transformador hay que situar el proyecto de nación de Pedro Molina, liberal radical y director de *El Editor Constitucional*, que aspiraba a integrar a todos los habitantes en la nueva nación, sin importar su clase u origen. Esta aspiración no era exclusiva del radicalismo, sino que también se proponía desde posiciones moderadas como las de José Cecilio del Valle, el principal intelectual guatemalteco del período. Valle era un liberal moderado y reformista, cuyo objetivo principal era transformar Guatemala en un país próspero a través de una reforma política y económica. Los medios que pretendía emplear para lograrlo eran la ciudadanía, la educación y el trabajo. Dirigió desde octubre de 1820 el periódico *El Amigo de la Patria*, que proponía soluciones moderadas a la crisis y que surgió como respuesta al *El Editor Constitucional*, que apoyaba un proyecto revolucionario de transformación radical de la sociedad aprovechando la obtención de la independencia. A pesar de sus diferencias políticas, los proyectos de Valle y Molina compartían muchas

¹⁰⁸ MEJÍA, *Salus reipublicae suprema lex esto*, Guatemala, Imprenta de la Unión, 1827, pp. 2-3, 9.

¹⁰⁹ Proclama de Soto La Marina, 25 de abril de 1817, en Tarsicio GARCÍA DÍAZ (coord.), *Independencia Nacional*, 2 vols., Ciudad de México, UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005, vol. 2, p. 246.

características básicas, que los convertían en proyectos intensamente inclusivos y con un alto potencial de integración para aquellos que no participaban de la patria criolla, entre ellos los extranjeros, pero también los indígenas y las castas africanas¹¹⁰.

La concepción de la patria que Valle defendía tenía muchos puntos en contacto con la patria republicana tal y como se ha expuesto para el caso de Mejía. Para él, la patria no era simplemente el lugar en el que se había nacido, sino también aquel donde un hombre podía disfrutar de su libertad, por lo que era posible escoger la patria a la que pertenecer. Valle conectaba la patria con el amor a la libertad, el amor a la tierra donde los hombres son libres y felices¹¹¹. Esta concepción tenía implicaciones mayores, pues se convertía así en la justificación de la separación de España, que quedaba legitimada como la única forma de asegurar esa libertad. Se establecía de esta forma una conexión inseparable entre libertad e independencia que Mejía también había subrayado en sus escritos.

La patria podía asegurar la libertad de sus miembros gracias a unas leyes justas y sabias, que además constituían la única manera de hacer que la propia patria abandonase el estado de atraso en el que se encontraba. Valle estableció una relación recíproca entre el bienestar que la patria podía ofrecer a los ciudadanos y la responsabilidad que estos tenían en su consecución, mantenimiento y mejora:

“Patriotismo es amor a la patria; y patria es la nación, el pueblo o la sociedad de hombres que, celebrando un mismo pacto, se han sometido a una misma ley: Amar a la nación o pueblo, es querer que sea culto y moral: trabajar para que tenga luces y virtudes: interesarse en la educación que da unas y otras”.

Para Valle, los habitantes de los territorios que habían formado parte de la Capitanía General de Guatemala debían unirse en un nuevo pacto social que acabara con su condición de súbditos y les convirtiera en ciudadanos libres. Esta era la razón principal para romper el vínculo colonial. Toda la población, incluidos los indígenas y los africanos, se convertirían en ciudadanos con iguales derechos y libertades, pero también con obligaciones en relación con la prosperidad de la patria. La nueva patria podía servir además de vínculo entre los criollos y los indios, imponiéndose de esta forma la dimensión cívica a la étnica. La imagen de patria de Valle, al igual que la de Mejía,

¹¹⁰ Teresa GARCÍA GIRÁLDEZ, “El debate sobre la nación y sus formas en el pensamiento político centroamericano del siglo XIX”, en Marta Elena Casaus y Teresa García Giráldez (eds.), *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, Guatemala, F&G, 2005, p. 19.

¹¹¹ “siendo Guatemala mi patria de origen, de domicilio y de elección...”, citado por GARCÍA GIRÁLDEZ, “El debate sobre la nación”, p. 23, nota 29. De hecho, Valle había nacido en Honduras.

integraba a todos los habitantes —ya fueran indios, ladinos, criollos, peninsulares o extranjeros— que residían en Guatemala. Las diferencias étnicas y de origen estaban condenadas a desaparecer a través de la homogenización de la ciudadanía y las leyes.

En general, durante los primeros años, los independentistas centroamericanos liberales, moderados y radicales, optaron por la inclusión y no aceptaron ni ética ni legalmente la segregación. En el imaginario independentista la patria, y no tanto la nación, significaba libertad y por eso la creación intelectual de una patria vino primero que la construcción de una identidad nacional. La libertad según era definida en el contexto de la patria era inclusiva y alcanzaba a todos los habitantes: criollos, indígenas y africanos, logrando que la dimensión cívica se impusiera a unas diferencias culturales y étnicas que eran anuladas a través de la ciudadanía abierta a todos¹¹².

La mayoría de los liberales peninsulares no habían estado en condiciones de aceptar la separación americana antes de que las restauraciones fernandinas los enviaran al exilio¹¹³. Las Cortes de Cádiz habían planificado un imperio constitucional basado teóricamente en la igualdad, pero no pudieron convencer con sus limitadas propuestas ni a los americanos que estaban dispuestos a aceptar una solución que concediera amplios márgenes de autonomía, ni por supuesto a aquellos que aspiraban ya a la independencia completa. Asimismo, las cortes del Trienio rechazaron todas las propuestas de los diputados americanos, y de algunos peninsulares, encaminadas a solucionar la crisis en términos de concesión de autogobierno o incluso de reconocimiento de la independencia en condiciones ventajosas para España¹¹⁴. Al igual que ocurrió con muchos autonomistas hispanoamericanos, solo la persistencia de una política reaccionaria por parte de Fernando VII podía hacerles aceptar la separación total, incluso como un medio para conseguir desalojar a Fernando VII del trono español. Pero esta opción sólo llegaría con el exilio de 1814 y, sobre todo, el de 1823. Los sucesivos fracasos hicieron mella en el optimismo de los liberales españoles acerca de las posibilidades de mantener un imperio constitucional, y muchos fueron orientando su postura hacia el reconocimiento de la independencia de los territorios americanos, o pasaron incluso a

¹¹² GARCÍA GIRÁLDEZ, “El debate sobre la nación”, de donde está tomada la cita en p. 23.

¹¹³ Algunas excepciones son señaladas por Alberto GIL NOVALES, “La independencia de América en la conciencia española, 1820-1823” en su recopilación de ensayos *Del Antiguo al Nuevo Régimen en España*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986, pp. 144-54.

¹¹⁴ ANNA, *Spain and the Loss of America*; COSTELOE, *Response to Revolution*; RODRÍGUEZ O., *La independencia de la América española*; PORTILLO, *Crisis atlántica*. Ivana FRASQUET: “La cuestión nacional americana en las Cortes del Trienio Liberal, 1820-1821”, en Jaime E. Rodríguez O. (ed.), *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, Mapfre Tavera, 2005, pp. 123-157.

colaborar con los separatistas. Sin embargo, la cuestión de la traición a la patria atormentaría a muchos de ellos.

Uno de los exiliados que reflexionó sobre ello fue José de Urcullu, poniendo de manifiesto que también se podían usar argumentos republicanos para defender una inquebrantable fidelidad a la patria, incluso cuando esta hubiera expulsado despóticamente a uno de sus ciudadanos. Urcullu ponía para ello el énfasis en la virtud del exiliado, ya que un auténtico ciudadano virtuoso debía fidelidad a su patria aun en el exilio. Hacía estas reflexiones en uno de los libros de carácter educativo que escribió para Ackermann, titulado *Lecciones de moral, virtud, y urbanidad*. El libro estaba organizado alrededor de una conversación entre unos niños llamados Jacobito y Emilio y su padre —basados en la figura de su compañero de emigración en la isla de Jersey, Joaquín Escario, y de sus hijos— en las que los jóvenes eran instruidos en cuestiones cívicas. Tras aprender que el “amor a la patria” consiste “en preferir el interés de la patria al de uno propio, en dar su vida por ella cuando sea necesario”, con curiosidad Jacobito pregunta: “¿Y si la patria destierra injustamente a un hombre, como dicen que sucede a menudo, le es permitido en tal caso vengarse de ella?”. A lo que el padre responde:

“No: el que obra así no sabe lo que es virtud, no tiene idea de lo que es grandeza de alma; es un miserable, un hombre vengativo que sacrifica a su resentimiento sus padres, sus hijos, sus amigos, sus conciudadanos, la masa general de la nación, que es lo que compone la patria”

Y concluye abriendo una puerta a la esperanza de que se produzca un cambio político que permita el regreso: “Hijos míos, la patria no muere: podrá el gobierno ser malo, injusto, opresor; pero ¿quién asegura que no podrá sustituirle mañana otro que sea bueno, justo e ilustrado?”¹¹⁵.

Un exiliado para el que este tipo de reflexiones probablemente no significaban mucho era Mariano Renovales que, como se vio en el capítulo 7, había liderado una expedición a América con el propósito de asistir a los insurgentes a la que traicionó nada más atravesar el Atlántico. Antes de consumar su desertión, en diciembre de 1817 había ofrecido sus servicios al “Poder ejecutivo de las Provincias Unidas de Venezuela” presentándose como un luchador por la libertad frente a la tiranía de Fernando VII,

¹¹⁵ José DE URCULLU, *Lecciones de moral, virtud, y urbanidad*, cuarta edición, Londres, en casa de Ackermann y Compañía, 96, Strand, 1839. En la imprenta de Carlos Wood, Poppin’s Court, Fleet Street, citas en pp. 84, 87.

enemigo común de liberales peninsulares y americanos independentistas. En una carta que escribió a Bolívar, afirmaba:

“Yo he jurado hacer la guerra hasta el último aliento al que a todos nos intentó esclavizar; y ofreciendo a la América mi brazo y mi corazón, me lisonjeo de no aparecer infiel ni inconstante a los ojos de los hombres sensatos. Antes bien, leal y consiguiente siempre a mis principios, cuando me presento a combatir en el nuevo mundo contra los agentes de la tiranía del antiguo, estoy bien lejos de ser un tráfuga que muda alevosamente de banderas y enemigos. En esta mi decidida resolución nada se ha mudado sino el campo de batalla: mis banderas y mis enemigos son siempre los mismos: mis enemigos son todos los que apoyan el despotismo español; y mis banderas las que se tremolan por la causa de la libertad. En este concepto, repito, me presento a combatir por la libertad e independencia de las provincias unidas de Venezuela”.

Si no queda más remedio que dudar de la sinceridad de la propuesta de Renovales por su actuación posterior, al menos convenció a quien iba dirigida. La oferta fue bien recibida por Bolívar, feliz de saber “que no todos los Españoles son nuestros enemigos, y que la España se honra de haber producido en su seno almas generosas y espíritus sublimes, que vienen como ángeles titulares a sostener la Santa Causa de la Libertad en este País” y añadía acerca de la conveniencia de la ayuda de españoles: “Nada es tan precioso para nosotros como la adquisición de militares expertos y experimentados, acostumbrados a nuestros usos e iguales a nosotros en lengua y religión. V. E. y los bravos que tengan la generosidad de acompañarle, serán recibidos con el honor que merecen los bienhechores de la república”. Bolívar escribió a su agente en Londres, López Méndez, que “la venida del general Renovales y algunos oficiales españoles produciría un gran efecto en la opinión pública en España. Haga V. S. los mayores esfuerzos porque a la vez, y con la prontitud posible, venga un cuerpo considerable, porque nada se adelante con pequeñas partidas. Mucho contribuiría para hacernos de oficiales españoles...proclamar el principio que debe ser la base de nuestra política: ‘Paz a la nación española y guerra de exterminio a su gobierno’. Poco antes, Bolívar había entrado también en conversaciones con Javier Mina en Haití¹¹⁶.

Cuando Renovales desveló sus intenciones y publicó un manifiesto en Nueva Orleans en el que denunciaba la independencia de América, se generó una gran polémica en el seno del liberalismo hispano. El manifiesto se hizo público el 20 de octubre de 1818, y fue reproducido por la prensa española en el exilio –*El Español*

¹¹⁶ Manuel ORTUÑO MARTÍNEZ, “Mariano Renovales. Expedición liberal frustrada a Nueva España”, en *Trienio*, nº 36, 2000, pp. 29-60, citas en pp. 35-36 y 41. La carta de Bolívar, escrita el 20 de mayo de 1818 desde San Fernando de Apure, apareció publicada en el *Correo del Orinoco* de Angostura, el 4 de julio de 1818.

Constitucional— así como por la prensa hispanoamericana —el *Correo del Orinoco*— que calificaron a Renovales de “ladrón y malvado mercenario”¹¹⁷.

Flórez Estrada fue mucho más consecuente con su compromiso político. La primera restauración fernandina empezó a cambiar su postura conservadora acerca del imperio. Ya en su panfleto *Representación a S. M. C. Fernando VII en defensa de las Cortes*, que publicó en su exilio londinense en 1818, se cuestionaba la conveniencia de defender los intereses de una España tiránica en relación con los territorios americanos:

“Aunque perseguido y prófugo, soy, Señor, un verdadero Español, y como tal deseo a mi Patria toda la prosperidad posible. Por consecuencia anhele que las Américas permanezcan unidas con la metrópoli, y que formen con ella una misma sociedad. Pero aun antes que Español soy hombre; es decir, pertenezco a una familia, aun más grande, más respetable y cuyas obligaciones bien entendidas sin estar en contradicción con las de la familia Nacional, son aun mas inviolables y más sagradas: existían anteriormente a la formación de las naciones, y no pudieron ser abolidas por las contraídas al tiempo de formarse estas. El amor de la Patria tiene sus límites que, por ningún extremo es permitido á nadie traspasar por más que pudiese resultar en beneficio de aquella. Toda sociedad cuya formación no tenga por base el recíproco interés de todos sus individuos, no creo que pueda ser justa, y por lo mismo jamás abogaré en su favor, aunque de ella pudiese resultar el engrandecimiento de mi Patria, lo que creo un absurdo, siendo sinónimos para mí *útil y justo*. Consiguiente a estos principios, mi deseo es que las Américas formen una misma nación con la España, debe entenderse siempre que sea compatible con la libertad, con los intereses, y aun con el voluntario consentimiento de aquellas, y no de otro modo”¹¹⁸.

Flórez Estrada vivió toda la dureza de los exilios de 1814 y 1823, lo que le llevó a cuestionarse la capacidad (y los méritos) de la monarquía española para llevar a cabo el tipo de reformas necesarias para mantener los territorios americanos. Estas frustraciones le llevaron a tomar una postura más activa. Mier y el embajador español en Londres afirmaron que Flórez Estrada pensaba unirse a la expedición de Mina, aunque nunca llegó a embarcarse con él¹¹⁹. En cualquier caso su lealtad al proyecto hispano le causaría intensos conflictos. En diciembre de 1825, desde su exilio londinense, escribía la siguiente carta al guatemalteco José Cecilio del Valle:

“Expatriado en el año de 14 hasta el de 20; vuelto a expatriar en el de 23, condenado a la pena capital, confiscados todos mis bienes, y sin el triste consuelo de permitírseme escribir a mi familia, tal es el odio que me tiene el Gobierno Español, había pensado en buscar una Patria, y trabajar mientras viva en favor de la libertad, por la que tanto he sufrido. En dónde la puedo hallar sino en la América, cuyo suelo, idioma y costumbres son tan análogos a las de España. Frustradas mis esperanzas de que por ahora se restablezca la libertad en mi desgraciada Patria había solicitado del Gobierno de Méjico, un mes hace, un pasaporte cuya solicitud remitió y recomendó según me dijo el Señor Rocafuerte, que está haciendo de Enviado de aquella república. Sin embargo, desde que

¹¹⁷ ORTUÑO MARTÍNEZ, “Mariano Renovales”, pp. 46-47, 50.

¹¹⁸ *Representación hecha á S. M. C. el señor Don Fernando VII en defensa de las Cortes*. La primera edición se publicó en Londres en 1818; cito por la reedición de Madrid, 1820, pp. 121-122.

¹¹⁹ ORTUÑO, *Expedición a Nueva España de Xavier Mina*, p. 374.

he recibido su carta y que he tratado con su Primo, no pienso sino en Guatemala, a lo que me animan sobremanera las noticias que me han dado con la mayor seguridad de sus virtudes y de que en V. hallaré un verdadero amigo. Yo de nada me puedo vanagloriar sino de amar la libertad y de ser un hombre de bien. Esta única circunstancia me hace confiar que en V. hallará un amigo el que todo lo ha perdido por sostener la causa del género humano”¹²⁰.

Flórez Estrada reconocía desde 1811 el compromiso internacional adquirido por los gobiernos liberales: “Jamás una Nación libre puede dejar de ofrecer un asilo a los infelices perseguidos por los enemigos de los virtuosos”. De hecho, en el contexto de la invasión napoleónica, los peninsulares “tenían un interés igual al de estos [los americanos] en que la América quedase libre, y les ofreciese una Patria, en donde pudiesen ser felices, en caso que la Península fuese sojuzgada”¹²¹. Pero, como es natural, la decisión de empezar una nueva vida en América requería unas circunstancias personales especialmente penosas, e implicaba una dolorosa renuncia, y más en alguien tan comprometido con la causa liberal española como Flórez Estrada. El dilema que afrontaba Flórez Estrada no le permitía renunciar a la esperanza de la llegada a Europa de un contexto político favorable al liberalismo español, aunque se reservaba la emigración a América en caso de que nunca llegara: “El estado político de Europa en mi opinión ofrece prontas y grandes mudanzas. No sé si ellas me abrirán la puerta para volver pronto a España. En este caso ni puedo ni debo renunciar a mi Patria, mas si esto no se realiza estoy decidido a pasar a la América”¹²². De hecho, a pesar de considerarlo seriamente, Flórez Estrada nunca llegó a pasar a América con intención de instalarse allí, y continuó intensamente comprometido con los esfuerzos por forzar la caída del régimen de Fernando VII. Pero sí fue, como se ha visto en los capítulos anteriores uno de los más activos conspiradores, al frente de la Junta de Londres, y pasó a colaborar directamente con los hispanoamericanos, firmando en 1828 un acuerdo de colaboración del liberalismo exiliado español con el México independiente¹²³.

Los límites del “amor a la Patria” que llevaban a Flórez Estrada a desear la independencia americana también causaron a Pablo de Mendíbil, exiliado en Londres desde 1823, un intenso conflicto interno. En 1828 publicó en Londres un resumen y adaptación del *Cuadro histórico de la revolución de la América hispana* del mexicano Carlos María de Bustamante. En el prólogo que escribió a la obra aparecían

¹²⁰ Flórez Estrada a Valle, Londres, 5 diciembre de 1825, en César SEPÚLVEDA, ed., *Cartas autógrafas de y para José Cecilio del Valle*, Ciudad de México, Porrúa, 1978, pp. 382-84.

¹²¹ *Examen imparcial*, pp. 48, 64-65.

¹²² Flórez Estrada a Valle, Londres, 10 de octubre de 1826, en *Cartas autógrafas*, p. 385.

¹²³ CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo*, p. 136.

dolorosamente expuestas las intrincadas elaboraciones intelectuales que los exiliados españoles debían hacer para conciliar sus convicciones políticas con su patriotismo, además de con su situación personal. Por una parte, Mendíbil se refería a la conveniencia de que los españoles reconocieran la independencia de México y abandonaran un “mal entendido amor nacional”. Al respecto decía:

“Mi opinión particular en cuanto a la independencia de nuestros hermanos de América desde que en la Península se restablecieron las instituciones moderadoras del poder absoluto, siempre ha sido afirmativa a favor de la emancipación, por el íntimo convencimiento de que, aplicadas a la América las leyes de la libertad civil, que, disfrutadas por nosotros, le eran también debidas de rigurosa justicia, la consecuencia forzosa tenía que ser la separación, aunque conservando ciertos lazos de fraternidad y recíproco provecho”.

Sin embargo, líneas después reconocía que:

“No iré yo ciertamente, por sostener esta opinión, ni a tomar las armas contra mi patria, por más que sus tiranos me proscriban, ni aun solicitaré ni aceptaré empleo, dependencia ni relación con ninguno de aquellos estados, que pudiese mirarse como un acto personal y privativo de hostilidad y separación del gremio de la ciudadanía a que pertenezco, mientras el gobierno que a esta rige no me autorice a ello; pero por lo mismo que soy ciudadano, y ciudadano libre gracias al asilo que disfruto en Inglaterra, trabajaré en cuanto pueda siempre que para ello tenga oportunidad, en rectificar la opinión en esta cuestión importantísima, creyendo y queriendo hacer en ello un bien a mi desgraciada patria”¹²⁴.

Ese mismo año de 1828, Torrijos tradujo en Londres las *Memorias* del general británico William Miller, combatiente en las guerras de independencia de América del Sur. En esta obra se presentaba la lucha por la emancipación como una historia épica, realizada contra el despotismo español. Torrijos se confesaba admirador de Miller, pero se sentía obligado a reflexionar sobre el daño que se le estaba haciendo a España ante la opinión pública internacional a través del tipo de obras que él mismo ayudaba a divulgar: “faltara a los sentimientos de mi alma y a los deberes de hombre de bien, si no me hiciera cargo de las acusaciones que resultan a mi patria, para presentar el origen de ellas y reducirlas a su verdadero valor”. Torrijos reproducía a continuación la interpretación histórica que consideraba que el imperio había acabado con la libertad española, tanto como lo había hecho con la americana. Tras cuestionar que el abusivo sistema colonial fuera exclusivo de España —“Todas las naciones han observado y observan con las colonias que poseen una conducta injusta”— y considerar los aspectos positivos que a su juicio habían llevado a América los españoles, se preguntaba: “¿Por

¹²⁴ *Resumen histórico de la Revolución de los Estados Unidos Mejicanos; sacado del “Cuadro Histórico” que en forma de cartas escribió el Lic. D. Carlos María Bustamante, i ordenado en cuatro libros, por D. Pablo de Mendíbil*, Londres, Ackermann, 1828, pp. iv y vi.

qué pues se ataca solo a la España que ha estado y está tan oprimida por sus reyes desde el descubrimiento de sus colonias, como sus reyes oprimieron a la América?”. Torrijos, que se encontraba en una fase de conspiración contra Fernando VII para la que contaba con el apoyo de los hispanoamericanos residentes en Londres, concluía conectando la lucha contra el absolutismo fernandino con la emancipación de América, y se preguntaba que “si el absolutismo en España es el que se opone a la felicidad completa y tranquila de la América y a la prosperidad y dicha de los Españoles, ¿por qué no se unen para destruir ese edificio ensangrentado con tantas víctimas, y tan impropio de las luces de la edad presente?”. Torrijos aspiraba al “reconocimiento de la Independencia Americana (...) bajo bases liberales, justas y de mutua conveniencia”, algo que podría suceder si triunfaban las tentativas conspiratorias y la libertad “volviese a brillar [en España] después de tantas desdichas”¹²⁵.

El dilema de Torrijos y sus argumentos patrióticos habían sido expresados años antes por los redactores del periódico londinense *El Español Constitucional*. Los exiliados Pedro Fernández Sardino y Manuel María Acevedo, cercanos al ala más radical del liberalismo, intentaban conciliar su compromiso liberal con la insatisfacción hacia la manera con que los hispanoamericanos habían obtenido la independencia. Si por una parte celebraban el reciente reconocimiento de las repúblicas hispanoamericanas por parte de Gran Bretaña y Estados Unidos, por otra se veían en la obligación de refutar “la rutinera tradición” que veía a España, incluso la constitucional, como una nación cruel y despótica. Para ello, comparaban el colonialismo español con el británico, y concluían que “jamás sufrió la América española tan crueles tratamientos”. Además, defendían la política llevada a cabo por los liberales españoles respecto a los territorios americanos, especialmente si se comparaba con la de otras potencias coloniales: “No podéis negar [...] que desde el momento en que la Nación recobró el derecho de darse leyes, os declaró el código en todo iguales a nosotros, y que vuestros representantes se sentaron entre los nuestros. ¿Cuál es la nación que teniendo colonias les haya dado igual privilegio? ¿Tienen los ingleses algún asiático en su parlamento? ¿Los franceses en sus cámaras algún habitante de la Martinica?”¹²⁶.

¹²⁵ *Memorias del general Miller al servicio de la república del Perú, escritas en inglés por Mr. John Miller, y traducidas al castellano por el general Torrijos, amigo de ambos*, Londres, Longman et al., 1829, citas en pp. xiv-xvi, xxxii, xxxiii.

¹²⁶ *El Español Constitucional*, febrero de 1825, citado por Vicente Llorens, *Liberales y románticos. Una emigración en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid, Castalia, 2006 [1ª ed. 1954], pp. 468-471. Esta argumentación, que aplicaba a los imperios extranjeros los estereotipos asociados con España, entroncaba

Conflictos de esta clase afectaron de una u otra manera a todos los exiliados españoles. Hubo respuestas de todo tipo, y por supuesto también hubo algunos que llegaron a renegar del liberalismo y del republicanismo que habían defendido anteriormente, y buscaron desde el exilio una reconciliación con la monarquía que les permitiera el regreso a España. Este fue el caso de José Canga Argüelles. Antes de experimentar ese cambio, Canga había mostrado simpatías hacia la causa americana, e incluso colaborado con algunos de los hispanoamericanos residentes en Londres. En 1826 el guayaquileño Vicente Rocafuerte, enviado diplomático de la república mexicana, lo invitó a participar en la redacción de una obra apologética del republicanismo federativo americano. Rocafuerte también sufragó sus *Elementos de la Ciencia de Hacienda* (1825), para que tuviera una aplicación práctica en América, obra que Canga dedicó al presidente de México, Guadalupe Victoria, y continuó apoyándolo mientras redactaba su *Diccionario de Hacienda*¹²⁷. Sin embargo, hacia el final de la década de 1820 Canga moderó su postura y se acercó al régimen de Fernando VII. A través de varios artículos publicados anónimamente desde 1826 en *Ocios de Españoles Emigrados*, la revista de los exiliados moderados en Londres, Canga abogó por el establecimiento de un régimen constitucional limitado, basado en una carta otorgada por el rey. Finalmente, condenó la independencia americana en *Breve respuesta a la representación de los comerciantes de Londres*, publicada en Londres en 1829, cuyo objetivo era defender la política americana de Fernando VII frente a la avaricia de los comerciantes británicos, que se quejaban de pérdidas en las inversiones que habían venido realizando en las repúblicas hispanoamericanas y responsabilizaban al gobierno español de la inestabilidad de los nuevos países por su negativa a reconocer la independencia¹²⁸.

Otros exiliados respondieron de manera opuesta, y optaron por adoptar una nueva identidad dentro del repertorio de nacionalidades surgido tras la crisis imperial. Un caso revelador de la hibridación identitaria del mundo hispánico postrevolucionario

con la empleada por los patriotas ilustrados, por ejemplo el Duque de Almodóvar; PAQUETTE, *Enlightenment, Governance, and Reform*, pp. 48-55.

¹²⁷ *Cartas de un americano sobre las ventajas de los gobiernos republicanos federativos*, Londres, Imprenta Española de M. Calero, 1826; LLORENS, *Liberales y románticos*, 318-19; Jaime E. RODRÍGUEZ O., *The Emergence of Spanish America. Vicente Rocafuerte and Spanish Americanism, 1808-1832*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1975, pp. 180, 185.

¹²⁸ José CANGA ARGÜELLES, *Breve respuesta a la representación de los comerciantes de Londres y a varios artículos depresivos del honor del monarca español, insertos en el periódico "El Times", sobre el reconocimiento de la independencia de las Américas españolas*, Londres, Calero, 1829.

es el de Manuel Eduardo de Gorostiza¹²⁹. Nacido en Veracruz en 1789, donde su padre había sido nombrado gobernador de la ciudad, a la muerte de este, siendo aún un niño, se había trasladado a España. En la Península combatió en la Guerra de la Independencia, se casó con una madrileña con la que tuvo cuatro hijos y participó activamente en la vida literaria y política liberal, especialmente a partir de la reimplantación de la constitución en 1820. Redactor de numerosos periódicos y miembro de varias sociedades patrióticas —donde colaboraba con eminentes liberales y donde entabló amistad con, entre otros, Félix Mejía— Gorostiza entró en contacto con los diputados americanos que en las Cortes intentaban encajar sus territorios dentro de la monarquía constitucional en igualdad de condiciones. Entabló una estrecha relación con los representantes de su patria de origen, especialmente con José Mariano Michelena, así como con Vicente Rocafuerte, a los que ofreció la tribuna de *El Constitucional*, periódico que editaba en esos momentos, para que expusieran ante la opinión pública sus posturas acerca de la cuestión americana. Gorostiza compartía la visión de que una aplicación plena de la constitución permitiría incluir a las provincias americanas en el nuevo proyecto liberal hispanoamericano, poniendo fin a los argumentos secesionistas. Pero, al igual que los hispanoamericanos, terminó abandonando esta posición conciliatoria una vez que se vio abocado al exilio tras el fracaso constitucional. En Londres se reencontró con Michelena y Rocafuerte, ahora enviados diplomáticos de México en Gran Bretaña, y decidió solicitar la nacionalidad mexicana. En su solicitud de julio de 1824, se confesaba “ausente treinta y un años hace, de mi verdadera patria” y reconocía que no tenía “en ella ni un pariente, ni un amigo, ni una pulgada de arraigo”, pero que debido a “[haber] servi[do] la causa de la libertad europea, ya como mero ciudadano, ya como escritor” se encontraba “proscrito en mi patria adoptiva”. Y continuaba:

“Mexicano, pues y rotos hoy los vínculos que me ligaban a la que fue cuna de mis padres, mi deber y mis principios, juntamente, me impelen a ofrecer a la República, por medio de V. A. mi homenaje y mis estériles votos, aunque ardentísimos, por su futura prosperidad. Dígnese V. A. a admitirlos. Nada pido, porque, no habiendo podido hasta ahora emplearme en nada en servicio de mi patria, a nada tengo derecho. Pero si ella cree que mis débiles talentos pueden serla de alguna utilidad, disponga de ellos, y de mi vida como

¹²⁹ Manuel ORTUÑO, “Manuel Eduardo de Gorostiza, hispano-mexicano, romántico y liberal”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 460, 1988, pp. 105-120; RODRÍGUEZ O., *The Emergence of Spanish America*, 95-158; Reynaldo SORDO CEDENO, “El proyecto hacendario de Manuel Eduardo de Gorostiza”, en Leonor Ludlow (ed.), *Los secretarios de Hacienda y sus proyectos, 1821-1933*, 2 vols. Ciudad de México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2002, vol. 1, pp. 173-196.

guste. No me ha quedado ya otra cosa que ofrecer en sus aras. Tampoco puedo hacer menos”¹³⁰.

Una vez obtenida la naturalización, Gorostiza entró como diplomático al servicio de la república mexicana y hasta 1833 sirvió en diferentes destinos europeos, esforzándose en conseguir el reconocimiento de la joven nación. Gorostiza llegó a enfrentarse con los exiliados españoles en torno a la cuestión americana. Cuando se encontraba inmerso en negociaciones con Torrijos y Palarea para aunar esfuerzos en contra de la monarquía de Fernando VII, los acusó de dejar “a un lado sus opiniones liberales cuando se trata de la independencia de las Américas y principalmente de México”¹³¹. En 1833 regresó a México, donde ocupó diferentes cargos diplomáticos y políticos, llegando a ser secretario de Hacienda y de Relaciones Exteriores.

El caso del gaditano Ramón Ceruti ofrece un último ejemplo de conflicto identitario. Ceruti, que durante la primera restauración había sido un exiliado afrancesado, se incorporó a las filas del liberalismo exaltado y comunero durante el Trienio Liberal y, como se vio en el capítulo 5, en 1824 se exilió junto a Félix Mejía a Estados Unidos. De allí pasó a México, fundando los periódicos *El Mercurio Veracruzano* y *La Euterpe* y colaborando con *El Correo de la Federación Mexicana* desde donde se involucró en la política republicana mexicana. Ceruti defendió posturas cercanas a la facción más dura de los republicanos yorkinos, obsesionados por preservar una inmaculada república federal, incluyendo su estrategia xenófoba contra los españoles que aún residían en México, percibidos como una amenaza a la independencia y a la estabilidad republicana. Como ya se ha indicado, esta política culminó con las leyes de expulsión que se aprobaron a nivel estatal y federal a partir de 1827 de las que Ceruti se libró por sus contactos con líderes yorkinos. No es fácil discernir si la postura antiespañola de Ceruti fue una decisión política —es decir, si realmente desconfiaba de la lealtad de sus compatriotas hacia la república— o si consideró que apoyar este tipo de medidas era la mejor forma de afianzar su posición en la sociedad mexicana. Probablemente tuvo presentes ambas consideraciones. En realidad, a Ceruti no le hubiera sido difícil defender la compatibilidad entre su nacimiento peninsular y su residencia mexicana. Al fin y al cabo, no faltaban voces en

¹³⁰ ORTUÑO, “Gorostiza”, 115.

¹³¹ Jean René AYMES, “El anticolonialismo español (1788-1833), en *Historia* 16, III, n° 21, enero de 1978, pp. 23-40, citado por Irene CASTELLS, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal en la lucha contra el Antiguo Régimen español (1823-1831)”, en *Revista de História das Ideias*, vol. 10, 1988, pp. 485-506, p. 505.

la sociedad mexicana que defendían a los españoles utilizando argumentos similares a los que Félix Mejía empleaba en esos años en Guatemala: los españoles eran ciudadanos mexicanos porque habían participado voluntariamente en el pacto social establecido en el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba. Así, el más activo defensor de los españoles, el diputado Couto, consideraba que mientras “el cielo benigno” había dado a los mexicanos “una patria”, los españoles la habían escogido voluntariamente y habían colaborado en su construcción, ganándose de esta forma la ciudadanía¹³². La disputa entre los partidarios de la expulsión de los peninsulares, a los que veían como traidores potenciales, y los que defendían a los “buenos españoles”, marcó los primeros años de la república. En Ceruti prevaleció el compromiso con el republicanismo mexicano sobre la solidaridad con sus compatriotas españoles. Sin embargo, a principios de la década de 1830 Ceruti salió de México y participó activamente en las conspiraciones contra Fernando VII organizadas desde Nueva York y París¹³³. A pesar de su conducta en México, su fidelidad a España y su compromiso con el liberalismo peninsular aún no habían terminado.

3. LIBERALISMO, REPUBLICANISMO Y LA HERENCIA DEL EXILIO

3.1 Exilio y moderación: una relación no tan estrecha

La interpretación historiográfica predominante sobre el papel jugado por la experiencia del exilio en la evolución del liberalismo en España está dominada por la idea de “abandono del modelo doceañista”. Esta interpretación pone el énfasis en el rechazo que se desarrolló durante el exilio al liberalismo puesto en marcha durante la revolución ocurrida en paralelo a la Guerra de la Independencia y durante el Trienio constitucional. Este primer liberalismo, de carácter radical y maximalista en muchos aspectos, fue sustituido por un liberalismo más templado, en armonía con las corrientes conservadoras que se estaban estableciendo en Inglaterra y Francia, con las que los

¹³² Citado en Erika PANI, “De coyotes y gallinas: hispanidad, identidad nacional y comunidad política durante la expulsión de españoles”, en *Revista de Indias*, LXIII n° 28, 2003, pp. 355-374, cita en p. 365.

¹³³ AHN, Estado, 5563; Jean-René AYMES, *Espanoles en París en la época romántica 1808-1848*, Madrid, Alianza, 2008, p. 88.

liberales españoles habían entrado en contacto durante su emigración y recibido una influencia decisiva¹³⁴.

Un ejemplo de la transición hacia la moderación de los exiliados que llegaron a ocupar posiciones de gobierno a partir de 1835 es Ignacio López Pinto, que evolucionó de comunero durante el Trienio a líder del régimen isabelino tras pasar por un exilio en el que participó en las conspiraciones de los grupos más radicales y en el que había experimentado la dureza de la lucha clandestina en su propia carne cuando su hermano Juan fue ejecutado junto a Torrijos. El 25 de octubre de 1835, tras ser nombrado por el Gobierno de Mendizábal gobernador civil de la provincia de Málaga, dirigió un bando a sus habitantes en el que esgrimía su lucha desde el exilio contra la monarquía absoluta como legitimadora del mensaje de moderación que ahora enviaba, marcado por la necesidad de orden y de obediencia al nuevo Gobierno:

“Veinte y siete años de perpetua lucha contra toda clase de tiranía, sus agentes y partidarios disputándose el vil mérito de atormentar mi existencia con la inquisición, el destierro y las persecuciones; mi nombre entre las víctimas de una sangrienta catástrofe que perpetrada a vuestra vista llevó ecos de escándalo y horror a todas las extremidades del mundo; me dan la consoladora convicción de que (...) sólo la unión y la calma de las pasiones, el franco apoyo del sistema que se han propuesto los nuevos Ministros de S.M., y un esfuerzo que os honra, pueden salvarnos de los peligros a que nos ha conducido una asustadiza y anti-popular administración”.

López Pinto insistía en las diferencias generacionales que existían entre los exiliados y los liberales de 1835. Los primeros liberales, gracias a sus méritos en la lucha por la libertad adquiridos durante el Trienio y el exilio, debían tutelar a los más jóvenes. Incluso habían aprendido de sus errores —¿excesos democráticos, división?—, que en ese momento se debían evitar:

“Jóvenes exaltados: también yo lo soy por convencimiento y patriotismo; pero ahora me acompaña la experiencia, y en mis cortos años no tuve por modelos sino a los compañeros de mi juventud. La edad del consejo había crecido bajo la corrupción, el despotismo y las preocupaciones. Vosotros más felices tenéis en la generación que os precede, hombres encanecidos en la carrera de la libertad y probados por la fortuna. Guardaos bien de rechazar sus avisos, fruto de los trabajos, del estudio y aun de aquellos mismos errores que les fueron tan funestos”.

Y terminaba insistiendo en la importancia del binomio libertad y orden:

“una Nación grande y que marcha a pasos de gigante hacia la emancipación de todas las viejas doctrinas, tiene puestas en la divisa de sus banderas las palabras LIBERTAD, ORDEN PÚBLICO”¹³⁵.

¹³⁴ Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA, “El pensamiento constitucional español en el exilio: el abandono del modelo doceañista (1823-1833)”, en *Revista de Estudios Políticos*, (Nueva Época), núm. 88 (abril-junio 1995), pp. 63-90.

El exilio, sin duda, jugó un papel en la moderación de los liberales. Esta es una visión que captura la tendencia de muchas de las grandes figuras del liberalismo español, en especial de aquellas que al regreso del exilio se pusieron al frente de los gobiernos liberales, pero es en parte incompleta, pues deja de lado el liberalismo más radical y el republicanismo que un número significativo de exiliados demostró en el exilio, donde se dieron unas condiciones más propicias para la exposición de posturas republicanas y radicales y donde se entró en contacto con influyentes pensadores republicanos.

Además, el vínculo que relaciona directamente exilio y moderación, o mejor dicho, contacto con modelos liberales postrevolucionarios extranjeros y moderación, no es tan claro. El moderantismo como tendencia política que acabó imponiéndose en España a partir de la década de 1830 no nació con la experiencia del exilio. Ya en las Cortes de Cádiz existían grupos que consideraban la constitución demasiado radical y desde 1814 hubo acercamientos entre liberales de diferentes convicciones para unir fuerzas contra Fernando VII bajo un proyecto que incluía una reforma en sentido moderado de la constitución de 1812¹³⁶. Es posible detectar cambios doctrinales ya en las conspiraciones de 1814-1820, en las que se fue aceptando entre ciertos sectores la postura de cambiar el modelo de constitución. En estos cambios tuvieron importancia las posturas de los afrancesados y también ciertos contactos con el liberalismo francés moderado¹³⁷.

El programa político de los conspiradores que intentaron cambiar el régimen restaurado entre 1814 y 1820 no ofrecía un modelo rígido o determinado por el constitucionalismo gaditano, sino que era lo suficientemente vago como para aceptar modificaciones siempre que estas sirvieran para sumar partidarios. El movimiento insurreccional que terminó triunfando en 1820 carecía de un programa político concreto, y en las primeras jornadas esta indeterminación se reflejó en las proclamas lanzadas. Los manifiestos del pronunciamiento de enero de 1820 se redactaron a última hora, cuando los preparativos militares ya estaban avanzados. El 29 de diciembre de 1819

¹³⁵ Juan Antonio GÓMEZ VIZCAÍNO, *Ignacio López Pinto (1792-1850): biografía del Excmo. Sr. D. Ignacio López Pinto, Mariscal de Campo de los ejércitos nacionales, Coronel del Real Cuerpo de Artillería (1792-1850)*, Murcia, El Mirador, 1993, cita en p. 127.

¹³⁶ Claude MORANGE, *Una conspiración fallida y una constitución nonnata (1819)*, Madrid, CEPC, 2006.

¹³⁷ MORANGE, *Una conspiración fallida y una constitución nonnata*; Juan LÓPEZ TABAR, *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1832)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001

Alcalá Galiano redactó el que usó Quiroga y el de Riego fue elaborado más tarde todavía.

El manifiesto de Alcalá Galiano era, según Miguel Artola, “un documento carente por entero de doctrina”. Se centraba en exponer un programa negativo, en el que su principal argumento era la necesidad de derribar el Gobierno de Fernando VII. La proclama de Riego hacía hincapié en las penosas condiciones materiales en las que se encontraban los soldados, incidía en lo peligroso de la misión y en la pésima condición de los barcos en los que iban a atravesar el Atlántico y como proyecto político ofrecía el establecimiento de un “gobierno moderado y paternal” y “una Constitución que asegure los derechos de todos los ciudadanos”. Seguramente ofrecía un contenido tan vago para lograr el apoyo del máximo número de tropas, pero también porque los conspiradores no tenían un programa concreto. En cualquier caso, el primero de enero de 1820 Riego proclamó la constitución de Cádiz. En cambio, sus compañeros Quiroga y Arco Agüero no parece que se sintieran muy cómodos con una mención tan explícita a la constitución de 1812. Arco Agüero, en una carta que envió al jefe de las tropas realistas Freire, le aseguraba que su intención se reducía a hacer que Fernando VII abandonara el tipo de gobierno que tenía “y adoptar la monarquía moderada y representativa que hacía la felicidad de otros países, curando, como en Francia, las profundas llagas que había abierto el sistema tiránico de Napoleón”. La constitución de 1812 se restauró definitivamente cuando Fernando VII la juró meses después, pero no se puede decir que hubiera una identificación incondicional por ella y, de hecho, en los años previos hubo proyectos para hacer una más moderada. Incluso alguien tan próximo a las posturas más radicales como Álvaro Flórez Estrada aceptaba una moderación a cambio del mantenimiento de un sistema representativo en forma de Cortes elegidas siguiendo una amplia concepción de la soberanía. En el manifiesto que dirigió en 1818 a Fernando VII, *Representación a Fernando VII en defensa de las Cortes*, exigía la convocatoria Cortes según las normas establecidas por las extraordinarias, aunque no descartaba que en el futuro pudieran introducirse modificaciones en sentido conservador: “sin perjuicio de que en lo sucesivo se nombre una *Cámara alta* compuesta de grandes, nobles y alto clero”¹³⁸.

Como se vio en el capítulo 4, durante el Trienio la acción del Gobierno estuvo dominada por liberales moderados o doceañistas que querían poner freno a la deriva

¹³⁸ Miguel ARTOLA, *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa, 1999, pp. 486, 507- 510.

revolucionaria y que recibieron la oposición de los sectores más radicales, denominados exaltados, que exigían el cumplimiento íntegro de los principios de la constitución. El enfrentamiento entre ambos grupos fue intenso y se cruzaron mutuas acusaciones de ser enemigos del sistema constitucional, ya fuera como contrarrevolucionarios o como republicanos, polarizando sus respectivas posiciones¹³⁹.

Estas divisiones continuaron a lo largo del exilio iniciado en 1823 y sin duda lastraron las oportunidades de triunfo del liberalismo. La convivencia de rivales políticos dentro de las filas liberales y las frustraciones del exilio no facilitaron la reconciliación y de hecho en ocasiones agravaron los conflictos. El caso más notorio fue el enfrentamiento entre Álvaro Flórez Estrada y José María Calatrava en torno a la actuación del Gobierno, en especial en los últimos meses del Trienio. Flórez Estrada acusaba a Calatrava —y a otros moderados como Toreno o Martínez de la Rosa— de estar al frente de una conspiración que aspiraba a sustituir la constitución española por “una Carta a la Francesa”, más aceptable para Fernando VII, y para ellos mismos, que una “Constitución demasiado democrática” como la vigente. Para ello, se habían aliado con las fuerzas de la contrarrevolución españolas y extranjeras. Flórez Estrada acusaba al Gobierno moderado de aprobar la invasión francesa y de no hacer lo necesario para resistirla porque estaban “vanamente persuadidos de que los Franceses venían a establecer una Carta”. Su incorrecto cálculo constituía una traición a la patria y había acabado con todos los liberales en el exilio, del que eran responsables. Según Flórez Estrada, a lo largo del Trienio se habían enfrentado tres partidos, exaltados, moderados y absolutistas:

“1º. Los que se oponían a que se menguase la libertad concedida por la Constitución y a todo providencia contraria a lo que ella prevenía, a los cuales indistintamente se les daba los nombres de Exaltados, de Anarquistas, de Tragalistas y de Zurriaguistas. 2º. Los que sin querer un Gobierno *absoluto* aspiraban, aparentando amar la Constitución para realizar su plan, a que esta se reformase, dando al Rey más ensanches y estableciendo unas cámaras cuya autoridad dimanase de este y no de la Nación, por cuyo medio creían atraer al Partido que deseaba el Gobierno absoluto, y mejorar y consolidar su rango: se les daba los nombres de *Moderados*, de *Anilleros* y de *Pasteleros*. 3º. Los que o fingiendo convenir con estos o abiertamente trabajaban por que se restableciese *el régimen absoluto*, y eran conocidos por el nombre de *Absolutistas*, y más comúnmente por el de *serviles*”.

¹³⁹ Antonio ELORZA, “La ideología moderada en el Trienio Liberal”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 288, 1974, pp. 584-650; Alberto GIL NOVALES, *Las sociedades patrióticas*, Madrid, Tecnos, 1975; GIL NOVALES, *El Trienio Liberal*, Madrid, Siglo XXI, 1989; Emilio LA PARRA, *Los Cien Mil Hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España*, Madrid, Síntesis, 2007.

Pero negaba la existencia de un partido que quisiera ir más allá de la constitución de 1812: “Jamás existió en España un cuarto partido que hubiese aspirado a establecer un Gobierno democrático como en un principio intentaron hacer creer los *Moderados* para desacreditar al Partido *Exaltado* haciéndole pasar por enemigo de la Constitución para lograr establecer su plan de cámaras a la Francesa”¹⁴⁰. En cualquier caso, en la polémica entre Flórez Estrada y Calatrava no se realizó en ningún momento una reflexión profunda y autocrítica sobre las causas del fracaso liberal. El exilio no hizo más que incidir en un enfrentamiento ya existente entre moderados y exaltados.

Se ha querido ver entre el conjunto del exilio español una cierta admiración por el liberalismo francés postrevolucionario, doctrinario, teorizado desde el final del imperio napoleónico y establecido a partir de 1830. Sin duda fue así entre algunos influyentes exiliados, como Toreno, pero hubo muchos otros que manifestaron una opinión muy crítica de la monarquía de Julio, que consideraban que había abandonado la causa del liberalismo europeo que tenía la obligación de defender¹⁴¹. El acuerdo de Luis Felipe con la monarquía de Fernando VII fue visto por muchos exiliados españoles como una traición. El Gobierno francés, por su parte, no confiaba en los refugiados españoles por sus exigencias para que hiciera frente a los supuestos compromisos políticos adquiridos con el liberalismo de otros países europeos. Los veía como un foco de inestabilidad política que podía poner en peligro el asentamiento y la estabilidad del régimen, que estaba dispuesto a entenderse con las potencias reaccionarias. Como se vio en el capítulo 6, esto llevó a su expulsión de París y a un duro tratamiento que incluía el internamiento en depósitos y la presión para que abandonaran Francia lo antes posible.

Los partidarios de Torrijos en París se reunieron el 20 de mayo de 1831 y decidieron exigir a Francia que asumiera las responsabilidades que tenía en relación al

¹⁴⁰ *Carta del Excelentísimo Señor D. José Maria Calatrava, a los Editores del Español-Constitucional y la Contextacion que por encargo de estos ha dado Don Alvaro Flórez Estrada*, Londres, 1825. En esta disputa intervino el periódico londinense *The Times* a favor de Flórez Estrada, lo que provocó una intervención de Alcalá Galiano para defender a Calatrava también en *The Times*.

¹⁴¹ En su biografía del conde de Toreno, Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA enfatiza cómo conoció en Francia “de primera mano el liberalismo europeo post-napoleónico, partidario de reforzar los poderes de la Corona y de introducir una segunda cámara legislativa de carácter conservador, que diese acogida a los dos estamentos más hostiles al Estado constitucional: la nobleza y el clero. Por esos años tuvo también la oportunidad de observar el funcionamiento del sistema parlamentario de gobierno, que, a imitación del británico, se fue afianzando en buena parte de la Europa occidental. Tales experiencias templaron sus ideas y las acomodaron a las que eran ya mayoritarias en el seno del liberalismo europeo, en donde el utilitarismo de Bentham, el positivismo sociológico de Comte, la teoría constitucional de Constant y la de los doctrinarios franceses Guizot y Royer-Collard, pese a sus diferencias, coincidían en su crítica al iusnaturalismo racionalista que había inspirado a los revolucionarios franceses de 1789 y, en buena medida, a los liberales españoles de 1812”; *El conde de Toreno, 1786-1843. Biografía de un liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

exilio español. Se dispusieron también a coordinar a los emigrados distribuidos por diferentes países a través de la formación de un comité directivo que los representara internacionalmente y que sería elegido a través de unas elecciones. Diez días después, en una nueva reunión, se formó una comisión que el 10 de junio convocó las elecciones. Esta iniciativa fue criticada por los sectores rivales, destacando entre ellos figuras de las posturas más moderadas como Istúriz, Alcalá Galiano, Toreno, López Baños y Espoz y Mina. El primero de agosto se conoció el resultado de las elecciones, en las que participaron 970 exiliados y en las que Flórez Estrada y Torrijos obtuvieron el máximo número de votos. El resultado fue condenado por los moderados que lo denunciaron en la prensa francesa, incidiendo en la división de la emigración¹⁴². Un observador de estos acontecimientos, el *apóstol* de Cambridge Kemble, veía en estos enfrentamientos la causa del continuado fracaso de los liberales por regresar a España triunfantes:

“No veo ninguna esperanza para España, la desunión está enraizada en el carácter español, y cada día masticamos el amargo fruto que trae consigo (...) los restos de las abominables sociedades secretas que arruinaron España en el tiempo de la Constitución siguen luchando entre ellos en vez de unirse para asegurar la libertad”¹⁴³.

A pesar de la existencia de estos enfrentamientos, las peticiones de que la política liberal española se mantuviera dentro de unos límites y se evitara la confrontación entre las diferentes alas del liberalismo abundaron durante toda la década de 1820 y comienzos de la siguiente. De manera similar a lo que había ocurrido en la anterior emigración, la necesidad de unir fuerzas entre las distintas facciones del exilio, divididas en moderados y exaltados —que a grandes rasgos se pueden identificar con las lideradas por Espoz y Mina y por Torrijos— llevó a plantear programas de mínimos que dejaban de lado los aspectos polémicos alrededor de los que podían surgir más enfrentamientos, que por lo general eran la cuestión de la introducción de una segunda cámara y la ampliación de los poderes atribuidos a la corona. Este compromiso hizo mucho por fijar en un sentido moderado el horizonte de los exiliados liberales. Lo importante para la mayoría era superar las divisiones para poder enfrentarse a la monarquía fernandina, tanto para imponer un proyecto político liberal como para poder regresar a casa tras años de ausencia. No era tan importante definir en concreto y con detalle el nuevo sistema, sino que esta decisión se podía diferir en el tiempo. De

¹⁴² CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 211-213.

¹⁴³ Diario de Kemble, citado por Christiana BRENNECKE, *Von Cádiz nach London. Spanischer Liberalismus im Spannungsfeld von nationaler Selbstbestimmung, Internationalität und Exil (1820–1833)*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2010, p. 337.

momento, lo que había que hacer era derrotar a la contrarrevolución en una lucha de dimensiones europeas. Por ejemplo, los *Manifiestos* que la Junta de Londres hizo públicos en 1830 en los que exponía los objetivos de la insurrección evidenciaban el acuerdo en torno a un programa mínimo de reivindicaciones, de carácter moderado por tanto, en el que se quería aglutinar a todas las sensibilidades del exilio en torno al proyecto insurreccional. Se renunciaba a restablecer la constitución de 1812, aunque no se descartaba que si esta era la voluntad mayoritaria del pueblo una vez derribada la monarquía absoluta, así se hiciera¹⁴⁴. Este compromiso reducía el contenido revolucionario del programa político de los emigrados, pero desde luego, la interpretación del regreso de los exiliados dependía del punto de vista desde el que se hiciera. Para el autoritario y monárquico Juan Donoso Cortés “el decreto de amnistía, obra de la reina, cuya generosidad no estaba templada entonces por la prudencia de sus ministros, vino a abrir las puertas de España a la revolución”¹⁴⁵.

Así pues, las dinámicas internas del liberalismo español tuvieron una importancia central en la moderación de parte de los liberales en el exilio. Estas dinámicas tenían características similares a las que llevaron a la formación de un liberalismo moderado, apellidado doctrinario, en Francia, que produjo una importante obra doctrinal con la que contactaron muchos exiliados que, por su propia experiencia primero en las Cortes de Cádiz y luego en las del Trienio, recibieron con interés. El contacto directo con modelos políticos postrevolucionarios sin duda fue bien recibido por ciertos sectores, en especial porque confirmaban y reforzaban tendencias ya presentes en el seno del liberalismo español. El exilio produjo moderación, o reforzó la que había, pero en este proceso no tuvo una importancia que pueda ser calificada de decisiva, imprescindible o determinante.

3.2 Republicanismo en el exilio

El nuevo régimen liberal instalado en España no sin dificultades a partir de la muerte de Fernando VII en 1833 —en el que figuraron muchos de los exiliados que se habían moderado durante la emigración o habían incidido en unos principios ya presentes en ellos— encontró, además del desafío ofrecido por el carlismo, la oposición de grupos

¹⁴⁴ CASTELLS, *La utopía insurreccional*, pp. 159-163.

¹⁴⁵ Citado por Octavio RUIZ MANJÓN-CABEZA, “La amnistía de 1833 y los liberales emigrados”, en *Cuadernos de investigación histórica*, nº 1, 1977, pp. 137-148, p. 139.

crecientemente identificados con la república y la democracia. No está del todo claro si una nueva generación simplemente recogió el testigo abandonado en el exilio por los antiguos revolucionarios ahora domesticados dentro del régimen, o si hubo entre los propios emigrados personalidades significativas que luego continuaron con su compromiso radical, aunque es posible distinguir algunos casos individuales.

Es evidente que el liberalismo radical desarrollado en los años de la monarquía isabelina mantuvo una relación con el constitucionalismo gaditano y la experiencia del Trienio que era, sino personalmente directa, al menos discursiva. María Cruz Romeo Mateo ha destacado que muchos elementos configurados durante el Trienio sobre la base de la constitución de Cádiz fueron esenciales en las décadas siguientes en el imaginario del liberalismo más avanzado. Entre ellos destacaban la idea de la libertad política como un derecho de todos los ciudadanos y no solo de unos privilegiados, el mito de la constitución de 1812 como expresión de esa libertad, el rechazo al régimen señorial y la idea de que la patria, sinónimo del lugar en el que la libertad era posible, se encontraba amenazada por la contrarrevolución¹⁴⁶. En estos sectores inconformistas que presionaban por la izquierda a los progresistas, las experiencias doceañista y del Trienio tuvieron una presencia notable fruto de su mitificación, realizada en una dimensión internacional para la que el exilio fue decisiva. El doceañismo y el Trienio fueron insertados en la narrativa del movimiento de liberación internacional junto a las revoluciones norteamericana y francesa, la independencia y formación de repúblicas hispanoamericanas, los movimientos revolucionarios de los años veinte en Italia y Portugal, la lucha por la liberación griega y las revoluciones paneuropeas de 1830.

Muchos de los exiliados españoles participaron en la construcción de este relato y a través de redes internacionales como las descritas en las páginas anteriores estuvieron en contacto directo con otros exiliados liberales y republicanos tanto europeos como americanos. ¿No tuvo nada que ver esta experiencia con el mantenimiento o continuación de un radicalismo popular en la España liberal? ¿No siguieron estando presentes estos contactos y relaciones?

Los autores que han estudiado el movimiento liberal radical español en las décadas de 1830 y 1840 han destacado la existencia de similitudes doctrinales y

¹⁴⁶ María Cruz ROMEO MATEO, “La sombra del pasado y la expectativa de futuro: ‘Jacobinos’, radicales y republicanos en la revolución liberal”, en Lluís Roura i Aulinas e Irene Castells (eds.), *Revolución y Democracia. El jacobinismo europeo*, Madrid, Ediciones del Orto, 1995.

conceptuales entre los movimientos republicanos franceses y españoles además de la existencia de contactos directos, especialmente en Cataluña¹⁴⁷.

En los años inmediatamente posteriores al regreso de los exiliados españoles, las autoridades francesas y españolas se refirieron en numerosas ocasiones a los planes de exiliados españoles en Francia de promover la república en Cataluña, para lo que contaban con la colaboración de republicanos y exiliados de otras nacionalidades. En marzo de 1834, el prefecto de los Pirineos Orientales transmitía al ministro del Interior francés informaciones tomadas de la investigación sobre el Comité director republicano instalado en Marsella, que aseguraban que “las reuniones de los refugiados más ardientes y los más emprendedores se producen actualmente en Barcelona” y “los conductores del partido republicano quieren hacer proclamar la república en Cataluña, o al menos dicen que tiene muchos partidarios”. El cónsul español en Marsella corroboraba estos extremos al informar en mayo de 1836 que “los refugiados italianos que residen en esta ciudad, se lisonjean de ver estallar muy en breve una revolución en Cataluña (...). Intentan, dicen ellos, proclamar la República negando la obediencia a S. M.”. La Superintendencia General de Policía española advertía en junio de 1834 que “desde algún tiempo se están trasladando a esta Corte de la de París algunos de los más furibundos Republicanos franceses”. El conspirador francés Alibaud explicó en el juicio en el que se le acusaba de intentar asesinar a Luis Felipe que en 1835 había participado en un movimiento revolucionario republicano en Barcelona junto a exiliados italianos y polacos¹⁴⁸. Alibaud recibiría un homenaje por parte de los españoles, que bautizaron en su honor una de sus sociedades secretas, los *Vengadores de Alibaud*.

Uno de los principales líderes del movimiento radical detrás de las bullangas de Barcelona entre 1835 y 1837 era Ramón Xaudaró, exiliado que durante su estancia en Francia había desplegado una intensa actividad conspiradora, había contactado con republicanos locales y publicado un proyecto constitucional de explícito contenido republicano, aunque conscientemente moderado, titulado *Bases de una constitución política o principios fundamentales de un sistema republicano*. A su regreso a España se puso al frente de varias sociedades secretas como los *Derechos del Hombre*, que se

¹⁴⁷ Anna M^a GARCÍA ROVIRA, “Radicalismo liberal, republicanismo y revolución (1835-1837), en *Ayer*, nº 29, 1998, pp. 63-90; GARCÍA ROVIRA, “Republicanos en Cataluña. El nacimiento de la democracia (1832-1837), en Manuel SUÁREZ CORTINA (ed.), *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, pp. 115-143; Florencia PEYROU, *Tribunos del pueblo. Republicanos y demócratas durante el reinado de Isabel II*, Madrid, CEPC, 2008.

¹⁴⁸ Citas tomadas de GARCÍA ROVIRA, “Radicalismo liberal, republicanismo y revolución”, pp. 84-85, notas 51 y 52.

fusionó con los *Vengadores de Alibaud* y, tras regresar del destierro a Cuba al que había sido condenado por su participación en las bullangas de enero de 1836, editó dos periódicos en Madrid y Barcelona —*El Corsario* y *Sancho Gobernador*— de claros tintes republicanos¹⁴⁹.

Estaba comenzando a resurgir en España un discurso abiertamente republicano, aunque las proclamaciones de una adscripción directa con la República seguían siendo generalmente evitadas y abundaban los textos que negaban la existencia de un peligro republicano. La república seguía siendo un tabú, pero la creciente conflictividad social y la marginación política de los grupos más radicales por parte del liberalismo oficial, comenzó a abrir el camino a identificaciones más rotundas.

De momento, no aparecían formulaciones concretas de un programa republicano alternativo a la monarquía. Como se indicó en el capítulo 1, es conveniente distinguir entre república como forma de gobierno y republicanismo como concepto más amplio que incluía principios como la representatividad del gobierno y la soberanía nacional y un fuerte contenido moral. No era necesario reclamar la república institucionalmente si esto iba a ser la causa de una intensa represión, sino que se podía recurrir a la constitución de Cádiz, que ya tenía un importante contenido republicano. Xaudaró afirmó en noviembre de 1836 que “los verdaderos patriotas conocen muy bien que en la Constitución de 1812 se encuentran las ventajas del mejor gobierno republicano y la mejor barrera de todos los inconvenientes de éste”. En opinión de los líderes republicanos, otro de los obstáculos a la instalación de un sistema republicano en España era la necesidad de contar con una ciudadanía virtuosa. En este aspecto, el discurso era similar al realizado en relación a las repúblicas hispanoamericanas: siglos de despotismo habían traído consigo una población ignorante y supersticiosa, carente de formación política y de virtudes cívicas, que había que regenerar a través de la educación, lo que llevaría tiempo conseguir¹⁵⁰.

Todos estos principios republicanos que empezaron a ser expuestos abiertamente a partir de mediados de la década de 1830 habían sido conservados a lo largo del exilio, como se ha venido indicando a lo largo de este trabajo. El republicanismo español no solo continuó vivo en los años de la emigración sino que se pudo manifestar de manera

¹⁴⁹ Anna M^a GARCÍA ROVIRA, “Ramón Xaudaró. El ‘Marat barcelonés’”, en Pérez Ledesma y Burdiel (eds.), *Liberales eminentes*, pp. 125-155; Antonio EIRAS ROEL, “Sociedades secretas republicanas en el reinado de Isabel II”, en *Hispania*, n° 86, 1962, pp. 251-310.

¹⁵⁰ GARCÍA ROVIRA, “Radicalismo liberal, republicanismo y revolución”; la cita de Xaudaró, en *El Corsario* del 20 de noviembre de 1836, en p. 87.

más abierta sin las dificultades vividas antes y se enriqueció con los contactos con republicanos de otros orígenes. Muchos exilados dejaron muestras en sus escritos del exilio de la presencia en su pensamiento de valores y conceptos de la tradición republicana.

Uno de los exiliados que manifestó con más energía principios republicanos, como se ha mostrado ya, fue Félix Mejía. En el apartado anterior se ha mencionado el empleo de argumentaciones plenamente republicanas por su parte durante su estancia en Guatemala. A continuación se analiza su obra estadounidense, en la que mostró de forma meridiana los elementos ideológicos de su republicanismo y un profundo conocimiento de la simbología republicana¹⁵¹.

En la obra que Félix Mejía escribió en Estados Unidos irrumpe con fuerza un mundo revolucionario global, en el que sobresale un discurso idealista de valores universales que afectan a toda la humanidad, como libertad o derechos naturales. Asimismo, el espíritu republicano clásico de su obra es claro. Las tragedias de Mejía se encuentran pobladas de alusiones a la virtud cívica, el sacrificio por el bien común, la ciudadanía, el patriotismo, el miedo a la tiranía y la esclavitud como consecuencia del abuso de poder, la corrupción y la decadencia, el honor y la superioridad del *yeoman* como ciudadano ideal. El republicanismo de Mejía tal y como aparece en las obras que compuso en Filadelfia se encontraba más influenciado por los valores del primer republicanismo revolucionario norteamericano en su aspecto simbólico y estético, y no tanto por sus nuevas manifestaciones populares que culminaron con la democracia jacksoniana. Mejía vivía aún en el tiempo de los héroes clásicos, en la utopía agraria republicana y se identificaba más con el movimiento de los viejos republicanos, nostálgicos de la república agraria, que con los movimientos democráticos radicales que se estaban desarrollando entre los grupos de trabajadores de las grandes ciudades y muy destacadamente en Filadelfia¹⁵². Teniendo en cuenta que Mejía provenía de un país eminentemente rural, en el que la llegada de manifestaciones pre-industriales similares aún se encontraba lejana y en el que el republicanismo era un ideal más que una forma

¹⁵¹ Los siguientes párrafos son una nueva versión de un texto ya publicado: Juan Luis SIMAL, “En la cuna de la libertad: Félix Mejía, un exiliado español en Estados Unidos, 1824-1827”, en *Historia y Política*, nº 20, Madrid, julio-diciembre 2008, pp. 265-291.

¹⁵² Dentro del imaginario colectivo del republicanismo norteamericano, la idealización de un mundo rural de granjeros independientes (*yeomen*) en el que la paz y la prosperidad estaban asegurados, figuraba como uno de los objetivos principales a realizar por la nueva nación. El que más había hecho para impulsar esta imagen había sido Thomas Jefferson. Al respecto, véase Juan Luis, SIMAL “El republicanismo agrario en Estados Unidos, 1785-1824”, en *Historia Agraria*, nº 49, diciembre 2009, pp. 73-100.

de gobierno, es comprensible su fascinación por los orígenes del republicanismo americano, más que por el aspecto de democracia real capitalista que estaba tomando cuando los visitó. Mejía estaba realizando con los Estados Unidos una operación similar a la que los republicanos norteamericanos habían hecho con las repúblicas romanas y griegas, presentando a su público español unos Estados Unidos imaginados como la realización presente de los valores republicanos del mundo clásico. Las similitudes de su historia con la de España, que Mejía entendía como construidas ambas alrededor de la lucha por la libertad del pueblo contra el tirano, corroborarían esta identificación.

La obra en la que estos rasgos aparecen más articulados es *Lafayette in Mount Vernon*, donde Mejía recrea la visita que La Fayette, héroe francés de la guerra de independencia norteamericana y activo simpatizante de los liberales españoles, realizó a los Estados Unidos en 1824 y 1825 y que se convirtió en una exaltación de las virtudes revolucionarias que se veían amenazadas. En esta obra, al referirse La Fayette a Washington durante el discurso que ofrece frente a su tumba, recuerda su figura de una forma extremadamente elocuente: “Washington— ¡el Guerrero y el Granjero!”. No puede representarse de manera más sintética los dos valores fundamentales sobre los que residía el prestigio republicano de Washington. No era tan solo el general que había liderado al ejército revolucionario en la guerra por la independencia, sino que también era un virtuoso granjero que dirigía su propiedad, el Mount Vernon del título de la obra, de forma honorable. De hecho, la combinación de ambas personalidades, el guerrero y el granjero, constituía la mayor prueba de la dignidad de Washington. Las comparaciones de Washington con el héroe clásico romano Cincinato se encontraban entre las más repetidas por sus hagiógrafos. La excelencia de Cincinato se encontraba en que, después de conseguir un magnífico triunfo militar, no dudó en retornar a su granja para trabajar de nuevo la tierra. La renuncia al poder y la gloria a la que podía legítimamente aspirar tras su victoria lo convertiría en el mito simbólico del perfecto ciudadano-héroe, quien no dudaba en arriesgar su vida para defender la comunidad, pero que una vez cumplido su deber no aspiraba a nada más que a volver a ser uno más de sus miembros y continuar con la virtuosa dedicación a la agricultura. Para reforzar estas referencias al agrarismo republicano, uno de los personajes de la obra de Mejía, Mr. Custis, aparece con una medalla con la imagen de Cincinato colgando de su cuello, indicando que es miembro de la *Sociedad de los Cincinatos*, una especie de orden del mérito republicana fundada por veteranos estadounidenses y franceses de la guerra revolucionaria que sigue existiendo en el siglo XXI.

La obra de Félix Mejía toma elementos del republicanismo clásico también cuando insiste en la identificación entre libertad, ley y patria. Quentin Skinner ha mostrado cómo la noción republicana romana de libertad fue recuperada a lo largo de la Edad Moderna por diferentes teóricos republicanos y llegó a ocupar un lugar central en la defensa de las acciones que el Parlamento tomó a lo largo de la revolución inglesa de mediados del siglo XVII¹⁵³. Argumentos tomados del pensamiento político-jurídico de la república romana fueron entonces empleados para oponerse a la autoridad real. Para estos pensadores modernos, el modelo republicano romano, paradigma clásico de organización política temperada, correspondía a la única forma constitucional capaz de garantizar un sistema político donde la libertad fuera el fundamento. En la república romana la libertad era entendida como lo contrario de la esclavitud y, según Skinner, fue esta noción la que los revolucionarios ingleses tuvieron presente en sus enfrentamientos con el monarca. Fue la necesidad de liberar al pueblo de la amenaza de la esclavitud, más que la defensa de sus derechos naturales, la que impulsó la toma de medidas radicales de inspiración republicana, incluido el regicidio. La revolución inglesa fue legitimada en términos neo-romanos. Esta noción republicana de libertad había llegado a los primeros autores republicanos modernos, como Maquiavelo, principalmente a través de la obra de Cicerón. Félix Mejía, además de ser un devoto lector de Cicerón, admiraba la experiencia revolucionaria inglesa y alabó el uso que hicieron de la soberanía los ingleses cuando “destronaron (...) a Jacobo 2º y Carlos 1º, Reyes de Inglaterra”¹⁵⁴.

Como se ha indicado en el capítulo 1, el empleo por parte de los revolucionarios norteamericanos en la segunda mitad del siglo XVIII de un lenguaje similar que giraba en torno al miedo a la pérdida de la libertad y la caída en la esclavitud denota la persistencia de la influencia intelectual del pensamiento republicano de raigambre clásica. Asimismo, en el discurso revolucionario de la España de principios del siglo XIX la oposición conceptual entre esclavitud y libertad ocupaba un lugar central¹⁵⁵. En la república romana lo contrario de ser un *liber*, una persona libre, era ser un *servus*,

¹⁵³ Quentin SKINNER, *The foundations of modern political thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978; *Liberty before Liberalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999; “Classical Liberty and the Coming of the English Civil War”, en Q. Skinner y M. Van Gelderen, (eds.) *Republicanism. A shared European heritage*, Vol. II, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

¹⁵⁴ Félix, MEJÍA *Encíclica del Papa León XII en auxilio del tirano de España Fernando VII, con una disertación en sentido opuesto por Félix Megia*, Filadelfia, 1826, p. 35.

¹⁵⁵ Juan Luis SIMAL, “Más allá de la metáfora: el lenguaje de esclavitud y libertad en el primer liberalismo español”, en Manuel Pérez Ledesma (ed.), *Lenguajes de la modernidad en la Península Ibérica*, en prensa.

siervo o esclavo. La connotación dominante de libertad era por lo tanto no tener que vivir en servidumbre respecto a otra persona, es decir, no estar sometido al poder arbitrario de otro. En este sentido, lo contrario de la libertad era ser un esclavo, encontrarse subyugado. Según este razonamiento, un gobierno republicano ideal era aquel que fuera capaz de asegurar que ningún agente, incluido el propio gobierno, ejerciera un poder arbitrario sobre ningún ciudadano que lo pudiera colocar en una situación de dependencia. La clave para conseguirlo se encontraba en la distribución igualitaria del poder en la sociedad a través de la ley, ya que de esta forma se impedía que algún agente, o el mismo Estado, pudiera disponer de los recursos necesarios para ejercer una interferencia arbitraria sobre los demás y arrebatárles su libertad¹⁵⁶. Cuando esto sucedía, llegaba la tiranía, entendida como la ausencia de libertad, y así es entendida por Félix Mejía. En *La Muerte de Riego*, drama que recrea los últimos momentos de la vida del líder liberal, el propio Riego se lamenta de esta forma: “Llegué yo a verla [a la patria] / de sacrosanta libertad gozando: / y ahora la miro desgraciada o presa / (...) / gimiendo bajo el yugo de un tirano”¹⁵⁷.

Por lo tanto, la libertad en sentido republicano es esencialmente cívica, ya que se refiere al hombre viviendo en una sociedad organizada, sometido a unas leyes que él contribuye voluntariamente a elaborar y aprobar. El amor a la patria republicana es el sentimiento del ciudadano hacia su patria entendida como las instituciones que garantizan su libertad. Así, patria se convierte en sinónimo de ley, y el tirano amenaza a la patria precisamente porque amenaza la ley que garantiza la libertad. Félix, un personaje de *La Muerte de Riego* —quizás el propio Mejía— lo expresa de esta forma: “¡Qué belleza! / ¡Sí! Las leyes que entonces sancionaría [la patria] / a la par que le daban al Rey fuerza / y grande autoridad y poderío, / quietud, tranquilidad, paz y riqueza / para hacer de sus súbditos la dicha; / fijaban su poder de tal manera / que todos los caminos le cerraban / de poder obrar mal”. La ley es necesaria para evitar que el tirano imponga su arbitrio sobre la patria y asegurar su bienestar. Si no se hace así, la patria en sí misma se encuentra amenazada. Fernando VII es el tirano que está dispuesto a ello en España, y así lo advierte él mismo en el drama de Mejía: “Tiemblen los que se llamen buenos / hijos de la patria...la patria solamente / es mi real voluntad”. En

¹⁵⁶ Para un análisis de esta libertad romana entendida como no-dominación, véase Philip PETTIT, *Republicanism: una teoría sobre la libertad y el gobierno*, Barcelona, Paidós, 1999.

¹⁵⁷ Félix MEJÍA, *No hay unión con los tiranos. Morirá quien lo pretenda, ó sea La muerte de Riego y España entre cadenas*, Filadelfia, imprenta de Stavely y Bringham, 1824 (reeditado en 1825 en la ciudad de México por Juan Cabrera), p. 28.

cambio, comprendiendo el patriotismo en términos neo-romanos, Riego se muestra dispuesto a sacrificarse en la defensa de la libertad de su patria: “Voy a morir por mi adorada patria / y por su libertad”¹⁵⁸.

Mejía no era precisamente un pensador político original –si es que se le puede considerar uno— y para elaborar su discurso recurría a referencias extraídas de todo tipo de fuentes. La obra en la que expresa de forma más coherente su ideología republicana, combinada con elementos contractualistas liberales, es la *Encíclica del Papa León XII en auxilio del tirano de España Fernando VII, con una disertación en sentido opuesto por Félix Megia*, donde, para cuestionar la autoridad papal sobre los territorios americanos, recurre a una exaltación de la soberanía nacional. En primer lugar, reproduciendo un esquema aristotélico que incorpora elementos lockianos, rousseauianos y legales romanos, Mejía sitúa el origen de la soberanía nacional en un pacto social producido en un momento indeterminado del pasado, cuando los hombres se encontraban en un estado de naturaleza y decidieron organizarse políticamente para asegurar el bien común. La “voluntad general” dictaría las leyes de la comunidad, tal y como establecía la sentencia jurídica latina “*quod omnibus tangit ab omnibus constituere debet*: que todos deben tener parte en lo que a todos toca, y que por todos debe aprobarse lo que a todos importa”. El origen voluntario de la organización política de la sociedad surge entonces como la mejor evidencia de que el gobierno monárquico es en realidad una construcción interesada de los reyes. Mejía, citando a Thomas Paine, quiere desvelar que la falacia se encuentra en la supuesta autoridad de la tradición. Es un engaño que un gobierno se legitime a sí mismo a través de las prácticas establecidas, porque cada generación tiene el derecho de renovar el pacto social y organizar su sociedad en los términos que determine. Lo contrario, “gobernar más allá del sepulcro” sería “un atentado absurdo y tiránico”¹⁵⁹. Mejía está proponiendo un sistema político en el que los ciudadanos ejercen su libertad eligiendo periódicamente a sus representantes en el gobierno, y no aceptando a las autoridades que ya se encuentran en el poder. Pero es responsabilidad de la nación no ceder su soberanía y no aceptar como naturales los gobiernos instituidos. Su argumentación en contra del monopolio del poder por parte de

¹⁵⁸ MEJÍA, *La muerte de Riego*, pp. 31, 14, 54

¹⁵⁹ MEJÍA *Encíclica del Papa León XII*, pp. 30-32. La cita de Paine la tomó Mejía de *The Rights of Man. Part the First*: “The vanity and presumption of governing beyond the grave is the most ridiculous and insolent of all tyrannies”. Consultado en: <http://etext.library.adelaide.edu.au/p/paine/thomas/p147r/>, 16 de agosto de 2007. Para un análisis del republicanismo de Paine, y especialmente de su influencia internacional, Eric FONER, *Tom Paine and Revolutionary America*, Nueva York, Oxford University Press, 2005.

una dinastía continúa con una referencia al mundo clásico tomada de Santo Tomás de Aquino:

“que la soberanía es propia de las Naciones, y que éstas no pueden ser patrimonio de ninguna familia ni Persona: y que los hombres están autorizados para adoptar la forma de Gobierno que crean más útil, para la conservación de sus derechos: Así lo reconoció Santo Tomás de Aquino, cuando dijo: *“Si el Rey abusa tiránicamente de su poder, pueden los Pueblos, aun que antes se hallan sometidos para siempre, refrenar su autoridad y destruir su Gobierno, como hicieron los Romanos con el Soberbio Tarquino, arrojándole del trono, destruyendo el Gobierno Monárquico, y creando el Republicano”*¹⁶⁰.

Cicerón, Tito Livio y los pensadores republicanos modernos siempre acudieron a este episodio histórico de la expulsión de los reyes de Roma para alabar los orígenes antimonárquicos de la organización republicana romana y analizar su capacidad para asegurar las leyes y la libertad. Pero Mejía no se limita a hacer referencias al mundo clásico, sino que su educación católica le proporciona argumentos extraídos de la tradición judeocristiana: “si se quieren pruebas abundantes de que la Soberanía es del Pueblo, y no de los Reyes, no hay más que abrir las sagradas letras.” A continuación alude a numerosas citas bíblicas, principalmente del Antiguo Testamento —*Génesis, Deuteronomio, Proverbios*, etc. — que afirman la potestad del pueblo para elegir la forma de su gobierno, y en las que pone de manifiesto un profundo conocimiento de las escrituras¹⁶¹.

En el drama *Pizarro*, Mejía coloca una monarquía electiva, en la que el rey solo recibe un trato especial, como forma de gobierno de unos idealizados peruanos precolombinos. Los pilares de la comunidad política son los propios de una república ideal: la participación de todo el pueblo en la elección de los poderes públicos, el cumplimiento de las leyes que aseguran la libertad y la felicidad, y un estilo de vida íntegro y virtuoso. Rola, el héroe peruano, la describe de esta forma:

“El Monarca que honramos es electo
Del pueblo entero por la mayoría:
Respeto y obediencia tributamos
A leyes que acatadas y temidas
Fueron también por nuestros ascendientes:
La religión, la fe que nos anima
Nos enseña a vivir en dulce calma
En paz y alianza nunca interrumpida
Con el género humano; y que aspiremos
A las felicidades prometidas
Más allá del sepulcro, ejercitando

¹⁶⁰ MEJÍA *Encíclica del Papa León XII*, p. 33.

¹⁶¹ MEJÍA *Encíclica del Papa León XII*, pp. 33 y ss.

Esta era la república que Mejía deseaba ver construida en España y que intentó materializar en Guatemala.

Félix Mejía se sumergió de lleno en una sociedad permeada con fuerza por una cultura política republicana que no le era desconocida, ya que nada más llegar a América produjo escritos en los que se aprecian con claridad valores propios republicanos. Más que a un lugar utópico y exótico, Mejía había llegado a un país en el que se habían puesto en práctica con éxito buena parte de los conceptos que él había estado defendiendo a lo largo de su vida desde los focos más exaltados del liberalismo español. Como es lógico, buena parte de las referencias políticas e históricas propiamente estadounidenses habían ejercido una notable influencia en la formación de su pensamiento, pero en última instancia significaban la culminación de una serie de conceptos y valores que formaban parte de una tradición intelectual de la que el propio Mejía formaba parte. Su familiaridad con numerosos rasgos de la cultura republicana estadounidense no era solamente fruto de la observación y estudio de las particularidades de la nación norteamericana, sino que eran únicamente posibles por la pertenencia de Mejía a una corriente de pensamiento republicano con la que se sentía identificado ya desde su Castilla natal. De todas formas Mejía, como muchos otros europeos, idealizó ciertos rasgos de los Estados Unidos con el objetivo de colocarlo como máximo ejemplo de sus ideas y aspiraciones políticas, cayendo en numerosas ocasiones en anacronismos e interpretaciones sesgadas. El panorama político, económico y social de los Estados Unidos de la década de 1820 no era el que más interesaba a Mejía, que aunque apreciaba los principios democráticos de la sociedad estadounidense y su soberanía popular, prefirió ignorar la expansión de la esclavitud — concepto central de su discurso— y minusvalorar la transformación socioeconómica del país para quedarse con un mundo más fácilmente mitificable —el de Estados Unidos como “cuna de la libertad” donde “se respira el aire de la paz”; el de los héroes republicanos de la revolución— apropiadamente acondicionado para servir su proyecto liberal-republicano para España¹⁶³. Las reflexiones de los pensadores republicanos modernos acerca del pasado que tanto influyeron a los revolucionarios norteamericanos habían tenido en realidad como propósito realizar un análisis político práctico válido para el presente. De manera similar, cuando Mejía empleaba el ejemplo histórico de los

¹⁶² Félix, MEJÍA *Pizarro o los Peruanos*, Filadelfia, imprenta de Stavely y Bringhurst, 1824, p. 27.

¹⁶³ Citas en MEJÍA, *Lafayette in Mount Vernon*, pp.16 y 18.

Estados Unidos lo hacía para que su audiencia pudiera identificar la experiencia española con un modelo exitoso de república¹⁶⁴. De ahí surgía su idealización de los Estados Unidos. De la misma forma que los republicanos norteamericanos se habían enfrentado a la construcción de su patria con la vista puesta en las repúblicas clásicas, el proyecto de Mejía para España —y para las nuevas naciones desgajadas de sus posesiones— pasaba por el examen de la historia de los Estados Unidos, que proporcionaba el ejemplo más espectacular de triunfo de la libertad sobre la tiranía.

Félix Mejía no era un caso único o excéntrico en el seno del liberalismo radical español por su afinidad con el republicanismo clásico. En la España del Trienio se publicó un periódico que hacía referencia directa al republicanismo agrario, con el nombre de *El Cincinnati*, cuyo redactor, Fernández Sardino, compañero de Mejía en la sociedad *Landaburiana*, había sido el redactor principal de *El Español Constitucional* de Londres en los años inmediatamente anteriores del primer exilio¹⁶⁵. En este periódico aparecieron continuas referencias al republicanismo clásico. Por ejemplo, en un artículo titulado “Fin de las reflexiones sobre los gobiernos representativos”, con el propósito de criticar la reunión del poder legislativo con el ejecutivo en la figura del rey, se recurría a varios ejemplos históricos. Tras citar a Tácito, se realizaba una reflexión sobre la historia romana, en clave republicana: “Roma fue esclava, no por la culpa de sus instituciones, sino por la corrupción de sus costumbres”¹⁶⁶. El miedo a la corrupción de la comunidad política como paso previo a la caída en la tiranía, un aspecto clave en el pensamiento republicano, figuraba en el centro del discurso liberal hispano, como pone de manifiesto, por ejemplo, un folleto publicado en México en 1820 en el que se hacía una defensa de la unión de los españoles de ambos mundos bajo el régimen constitucional:

“La corrupción de las costumbres y la pobreza son los dos monstruos que tenemos que combatir como inevitables consecuencias de toda revolución como la que hemos sufrido. El primero se combate con las armas de la religión (...). El segundo se rendirá con nuestros pacíficos trabajos, con la economía, y con la proscripción del lujo devorador, sustituyendo en su lugar el amor a la patria que sabe sobreponerse a todos los intereses

¹⁶⁴ Cabe preguntarse por la difusión que pudo llegar a tener la obra americana de Mejía en España. Sin duda fue escasa, aunque al menos su primera tragedia fue enviada desde Filadelfia a España por partida doble por las propias autoridades españolas, que además advertían de las intenciones de Mejía de introducir “muchos ejemplares” más en España a través de Gibraltar; AHN, Estado, leg. 5650.

¹⁶⁵ GIL NOVALES, *Las sociedades patrióticas*, p. 997.

¹⁶⁶ Tomo III, pp. 81 y ss, p. 84. El autor del artículo no es Fernández Sardino, sino alguien que firma con las iniciales E. E. S.

particulares, y a todas las pasiones bajas, y solo se alimenta de la virtud, del honor, de la fraternidad y de la beneficencia”¹⁶⁷.

En la nueva España regenerada en 1820 por la restauración de la constitución estos peligros deberían ser vencidos a través del “mérito”, la “virtud” y las “justas leyes”. No era necesario para ello proclamar una república, sino que sería suficiente con una monarquía constitucional que tuviera al frente un rey responsable: “La Monarquía española, foco de las más esclarecidas máximas, reinará tranquila y segura; y el Rey que conociendo la verdad y el bien ha sellado sus glorias jurándola [la constitución], será el más eminente y más amado Señor de los Espartanos Españoles”¹⁶⁸.

Referencias y ejemplos sacados del mundo clásico, en especial de la Roma republicana y de Atenas y Esparta, abundaban en los libros escritos o traducidos por los autores españoles al servicio de Ackermann. En sus *Catecismos*, que estaban pensados para el mercado de las repúblicas hispanoamericanas y escritos por varios exiliados españoles, abundaban las referencias al republicanismo clásico. La historia era entendida en estos textos educativos cívicos como una fuente no solo de conocimientos sino también de enseñanzas políticas y morales. En el *Catecismo de retórica*, firmado por José de Urcullu, se afirmaba que la “Historia” era “una narración verdadera de acontecimientos pasados, escrita para instrucción de los hombres” y la segunda fuente de la Elocuencia “porque es la maestra de la moralidad”. Para el estudio de la retórica, Urcullu se centraba en autores clásicos de resonancias republicanas, como el espartano Tirteo, el ateniense Demóstenes o los romanos César y Cicerón. Conocer retórica era “necesario en todos los gobiernos”, era parte central de la formación de los hombres políticos y debía servir también para formar a los dirigentes de la comunidad en las virtudes de la vida pública y privada:

“Sirva de ejemplo lo que dice un orador en elogio de un magistrado, cuando refiere su vida pública y privada: *Aceptó los honores como ciudadano, los mantuvo como sabio, y los dejó como héroe*. En estas tres frases están refundidas estas tres máximas: *El ciudadano debe servir a la patria; el sabio no se desvanece con las condecoraciones; y el héroe huye de ellas*”¹⁶⁹.

¹⁶⁷ *La balanza de Astrea. Prevenciones políticas que hace a sus compatriotas el Representante por Querétaro en la Excma. Diputación provincial de México*, México, 1820, en la oficina de D. Juan Bautista de Arizpe, pp. 19-20.

¹⁶⁸ *Carta del amigo de andar derecho, a su corresponsal Don Silencio*, p. 8.

¹⁶⁹ José DE URCULLU, *Catecismo de Retórica*, Londres, lo publica R. Ackermann, No 101 Strand, y en su establecimiento en Megico; asimismo en Colombia, en Buenos Ayres, Chile, Perú y Guatemala, 1826. Impreso por Carlos Wood, Poppin’s Court, Fleet Street, citas en pp. 7, 17 y 79.

En sus ya comentadas *Lecciones de moral, virtud y urbanidad*, publicadas también por Ackermann, Urcullu hacía hincapié en la importancia de una ciudadanía virtuosa para el sostenimiento de la república y ofrecía una definición de virtud entendida como máxima expresión de la moral:

“la moral, (...) consiste en no hacer mal, y en volver bien por bien. Pero el hombre virtuoso no se contenta con esto solo, sino que hace sacrificios generosos sin esperar la recompensa de ellos: de modo que hacer una cosa útil a sus semejantes *gratuitamente*, y aun contra el interés propio del que la hace, es lo que se llama *virtud*, y *virtuoso* el que la ejecuta”.

La virtud y el mérito no eran monopolio de la nobleza o las elites —“en España se instituyó la cruz de Carlos III para *la virtud y el mérito*. Respóndame de buena fe la mayor parte de los que la llevan, si la han conseguido por su mérito y virtudes”—, sino que también podía ser ejercida, quizás de una forma más pura, por “un labrador” o “un honesto artesano”. La propia existencia de la nobleza hereditaria quedaba cuestionada: “¿qué necesidad tiene de hacer lo que se llama *limpieza de sangre* el que con sus virtudes y mérito funda en su familia una nobleza más sólida que la que se hereda, gracias a algunos viejos pergaminos respetados por los ratones?”.

Además de las ilustraciones tomadas del mundo clásico, también había ejemplos de virtud en la historia española que podían ser puestos al servicio de una educación en valores cívicos: “la nación Española no necesita ir a mendigar en la historia de otras naciones ejemplos sublimes de virtud”, y Urcullu citaba varios ejemplos: el Cid Campeador, un exiliado como él, desterrado por el rey Alfonso, pero que siguió defendiendo su patria, y uno más reciente, tomado de la Guerra de la Independencia que le había contado Francisco Espoz y Mina, sobre un teniente de Húsares que se sacrificó para salvar la vida de su sobrino Javier Mina¹⁷⁰.

El propio exilio en el que Urcullu vivía lo explicaba él mismo a través de ejemplos tomados de la Antigüedad republicana. En el segundo epígrafe de este capítulo se ha expuesto la manera en la que Urcullu reflexionó acerca de la cuestión de la traición a la patria y cómo había concluido que un exiliado virtuoso no debería “vengarse de ella”. Para apoyar su argumentación empleaba referencias directas al republicanismo clásico:

¹⁷⁰ *Lecciones de moral, virtud, y urbanidad*, por D. José de Urcullu, cuarta edición, Londres, en casa de Ackermann y Compañía, 96, Strand, 1839. En la imprenta de Carlos Wood, Poppin’s Court, Fleet Street, pp. 8, 48, 88.

“Si hubo en Roma un Coriolano, que resentido de verse desterrado por el pueblo, se unió a los enemigos de su patria para esclavizarla, aunque en el lance decisivo cedió a los ruegos y lágrimas de su madre, también hubo un Camilo que supo salir de su destierro para abatir el orgullo de Breno, a tiempo que este había reducido a Roma a la última extremidad. Temístocles prefirió envenenarse a marchar contra Atenas a la cabeza del ejército del rey mismo que le había acogido en su corte, cuando se refugió en ella huyendo de los Atenienses. / Muchísimos Griegos y Romanos hubo para quienes la patria fue muy ingrata, empero nunca mancillaron su honor”.

En algunos casos, la experiencia del exilio llevó al abandono del republicanismo, aunque su lenguaje y moral perduró. Ya se ha indicado que José Canga Argüelles tuvo en Londres una relación muy cercana con Vicente Rocafuerte y que incluso escribió junto a él un libro en el que ambos defendían la adopción de principios republicanos de gobierno, pero que poco después moderó su postura y criticó la independencia de las naciones hispanoamericanas. En la obra en la que defendía los intereses de Fernando VII en América es significativo observar el tipo de argumentos, plenamente republicanos, que Canga Argüelles empleaba. No condenaba el sistema republicano en sí mismo sino que, empleando un análisis muy extendido en la época, consideraba que había sido adoptado de forma imprudente y precoz por un pueblo que carecía de la virtud suficiente. La consecuencia había sido el caos, las intervenciones militares y la guerra civil. Pero Canga Argüelles cuestionaba también la virtud republicana de los líderes hispanoamericanos, y criticaba el “aparato aristocrático con que se han presentado en Londres algunos de los agentes de las repúblicas americanas; el lujo que han desplegado, queriendo competir con los de las altas potencias monárquicas europeas”¹⁷¹.

El tipo de oposición entre la Europa monárquica y la América republicana expuesto en las palabras de Canga Argüelles nos lleva a tratar un último asunto: la relación entre América y la república.

3.3 América y la república

En toda la América española se establecieron tras la independencia regímenes republicanos. Lo que parecía imposible en la Península se realizó en los territorios emancipados de la monarquía de una forma que durante mucho tiempo apareció como natural. El relato nacional que colocaba la independencia no solo como la mera separación de España, sino también como una revolución política que dejaba atrás el

¹⁷¹ *Breve respuesta*, pp. 23-24

despotismo monárquico para incorporarse a una moderna república, comenzó a construirse en paralelo a la lucha por la emancipación. Para ello se apoyaba en una extendida creencia, surgida y promovida en gran parte en Estados Unidos, que asociaba el continente americano con la república virtuosa y el europeo con la monarquía corrupta. Pero la visión de Europa como corrupta no era una elaboración creada por los americanos en exclusiva, sino que desde el siglo XVIII existía una fuerte tradición en Europa en ese sentido. De hecho, muchos de los europeos exiliados en América tras el fracaso revolucionario en la Restauración contribuyeron a afianzar esta imagen. Ellos mismos se entendían a sí mismos como víctimas de la decadencia europea y, defraudados, intentaron llevar a América sus proyectos frustrados.

Una intrínseca americanidad de la república circulaba en los ambientes intelectuales hispanoamericanos, pero sin embargo, como ya se ha indicado en el capítulo 1, que las naciones hispanoamericanas se convirtieran en repúblicas no era una necesidad histórica. Numerosos líderes independentistas consideraron llevar a cabo proyectos monárquicos pues pensaban que era la forma de gobierno que mejor se adecuaba a las sociedades americanas, y algunos se llevaron a la práctica, como en el caso de México, que por su tardía independencia, las propuestas autonomistas de sus representantes en las Cortes y por ser un lugar central para el exilio hispano del siglo XIX, tanto como receptor como emisor de emigrados, permite hacer realizar una comparación interesante con lo ocurrido en la Península.

En Nueva España, el virreinato más poblado y rico, la adopción de la alternativa republicana fue el resultado de un proceso complejo donde tuvo que competir con una fuerte simpatía por la opción monárquica. Desde finales del siglo XVIII, coincidiendo con las revoluciones norteamericana y francesa se habían dado, muestras de inclinaciones republicanas, o al menos de discusiones acerca de las bondades de la república frente a la monarquía¹⁷². Pero la república era entendida principalmente como una forma de organización política, y al igual que en España, no se creía en la incompatibilidad necesaria entre monarquía y república. El rey era visto como el dirigente de la república en el sentido de ser el responsable de su bienestar y del buen gobierno¹⁷³. En este contexto, nada podía realmente mudar hasta que la monarquía entró

¹⁷² Alfredo ÁVILA, “El pensamiento republicano hasta 1823”, en J. A. AGUILAR RIVERA, *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, Ciudad de México, FCE, 2002, pp. 313-350.

¹⁷³ Annick LEMPÉRIÈRE, *Entre Dieu et le roi, la république. Mexico XVI^e-XIX^e siècles*, París, Les Belles Lettres, 2004.

en crisis a partir de los acontecimientos de 1808, y aún entonces en Nueva España ni la independencia ni la república estaban en lo alto de la agenda. En realidad, la respuesta inicial fue de apoyo total a las autoridades monárquicas españolas. Así pues, no se puede decir que en México existiera un nítido pensamiento ilustrado, liberal, republicano o revolucionario previo a la independencia, sino que este fue surgiendo a lo largo del proceso de enfrentamiento entre distintos sectores sociales y políticos, iniciado con el conflicto entre el Ayuntamiento de la ciudad de México y la Audiencia que llevó al golpe de estado de septiembre de 1808, y que continuó con la insurgencia alzada a partir de 1810, la guerra civil, el desarrollo del sistema constitucional diseñado en la Península y la politización de la sociedad a través de la libertad de imprenta y las elecciones a Cortes, posibles gracias al desarrollo constitucional peninsular. Sin entrar en la discusión acerca de la “máscara de Fernando VII”, la mayoría de los insurgentes, y desde luego gran parte de su base social indígena y rural, continuaron siendo monárquicos, y eran sinceros cuando afirmaban luchar por Fernando VII, aunque es cierto que la insurgencia llegó a proclamar la república, con referencia explícita a Estados Unidos¹⁷⁴.

Al margen de la insurgencia, los reformadores novohispanos recorrieron un trayecto similar a los peninsulares, aceptando la monarquía constitucional española hasta que, defraudados con un liberalismo que no aceptaba conceder autonomía y justa representación a los territorios americanos, y hastiados de la monarquía de Fernando VII que percibían como tendiente irremediabilmente al despotismo, decidieron romper con ambos, pero manteniendo el mismo sistema político de monarquía constitucional¹⁷⁵. Los Tratados de Córdoba ratificaron la separación de una monarquía constitucional de

¹⁷⁴ Comprender el republicanismo de la insurgencia no es tarea fácil. Desde luego, al inicio de la insurgencia, con Hidalgo a la cabeza, no se aspiraba ni muchísimo menos a establecer una república, aunque sí existía admiración hacia la cultura política estadounidense, cuyo pueblo era elogiado como “honrado, frugal, laborioso, conocido en todo el resto del Globo por [su] amor a la humanidad y la justicia, enemigo irreconciliable de todos los tiranos”. El proyecto del insurgente Morelos de cambio hacia una sociedad igualitaria, basada en la soberanía popular y regida por la ley, que dejara atrás la arbitrariedad monárquica, fue capaz de arrastrar a importantes sectores populares, especialmente en el sur. Parece que este sector insurgente sí aspiraba a establecer una república, aunque la constitución de Apatzingán (1814) —que no se puede comprender sin tener en cuenta el constitucionalismo hispano más amplio— no llegó a proclamar explícitamente un gobierno de carácter republicano, a pesar de establecer un poder ejecutivo formado por tres individuos nombrados por el Congreso y de su declarada admiración por Estados Unidos. A partir de entonces, se iría popularizando el empleo del término “república” entre los insurgentes para referirse a la nueva entidad política independiente que aspiraban a establecer; Alfredo ÁVILA, “República-México”, en Javier Fernández Sebastián (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, cita del *Despertador Americano*, 20-XII-1810, en p. 1334.

¹⁷⁵ Jaime E. RODRÍGUEZ O., *The Emergence of Spanish America. Vicente Rocafrute and Spanish Americanism, 1808-1832*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1975; RODRÍGUEZ O., *La independencia de la América española*, México, FCE, 2005 [1º ed. en inglés 1998].

otra monarquía constitucional (en principio bajo la misma familia real) y esto fue así porque tanto en España como en México el régimen que podía encontrar mayores apoyos era la monarquía constitucional. El régimen trigarante, que poco después se convertiría en Imperio mexicano con el realista Agustín de Iturbide al frente, establecía una monarquía constitucional muy similar a la española, y que de hecho mantenía la constitución de 1812 como marco político.

Por lo tanto se puede decir que en el México recientemente independizado, el republicanismo era secundario y el triunfo de una república no aparecía como necesario. Como en España, los partidarios de una monarquía constitucional eran mayoría en México, incluso entre la oposición legal al régimen de Iturbide, que se dividía entre los borbonistas que preferían un príncipe español en el trono y no a un advenedizo militar, y los monárquicos constitucionales que desconfiaban asimismo de Iturbide, pero que no aspiraban a cambiar el régimen. Fueron necesarias una serie de conspiraciones de republicanos (entre ellos muchos antiguos insurgentes) para que el Imperio cayera. Solo a través de la conspiración una minoría de republicanos pudo derribar el Imperio, inspirados por el ejemplo estadounidense y con el apoyo de agentes colombianos, y además de la mano de un pronunciamiento no explícitamente republicano como el de Veracruz y Casa Mata¹⁷⁶.

El exilio en Estados Unidos fue fundamental para la adopción del republicanismo por parte de muchos hispanoamericanos. Servando Teresa de Mier o Vicente Rocafuerte, seducidos por el republicanismo estadounidense tras su estancia en Estados Unidos, fueron decisivos para su introducción en el México independiente. El modelo e imagen republicanos estadounidense, aunque desconocido o inexactamente interpretado en su vertiente institucional por la mayoría de los mexicanos, tuvo un papel decisivo en la valorización de la república en México¹⁷⁷.

Pero también estaban presentes elementos geopolíticos y americanistas, según los cuales solo en el Nuevo Mundo era posible desarrollar una república moderna frente a la corrupta y monárquica Europa y que, además la república era el único sistema apropiado a las condiciones americanas. Para estos republicanos, el sistema de monarquía constitucional, ya fuera el gaditano o el iturbidista, debía evitarse en América porque la experiencia mostraba que tendía siempre hacia el despotismo. Que, a

¹⁷⁶ Alfredo ÁVILA, *Para la libertad. Los republicanos en tiempos del imperio*, Ciudad de México, UNAM, 2004.

¹⁷⁷ Rafael ROJAS, *Repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009, pp. 107-140.

pesar del voluntarismo de sus teóricos republicanos, la población mexicana no estaba preparada para establecer una república porque carecía de las virtudes cívicas necesarias, se convirtió en el argumento empleado tanto con nostálgicos de la monarquía mexicanos, como por liberales conservadores europeos, lo que pone de relevancia que el lenguaje republicano impregnaba todo el espectro político.

La historiografía no ha sabido explicar de manera completamente satisfactoria la rápida ascensión de los sectores republicanos (compuestos en su mayor parte por recientes conversos al republicanismo) que proclamaron la república federal en 1824, y ha tendido a asociar la opción republicana triunfante con la ascensión del federalismo en las provincias: lo decisivo fueron criterios que tenían más que ver con la estructuración interna de la nueva entidad política que con una creencia ampliamente compartida acerca de las bondades del gobierno republicano¹⁷⁸. Así, el verdadero desarrollo de una cultura política cívica y republicana llegaría una vez proclamada la república. Por lo demás, el monarquismo no desapareció en México, y volvería a interesar a sectores conservadores disgustados con la caótica vida política de la república federal.

El discurso republicano de Vicente Rocafuerte, uno de los impulsores de la adopción de la república en México, es uno de los más potentes del mundo hispano en estos años y fue moldeado en buena parte por la experiencia del exilio. Rocafuerte había abogado por una salida negociada a la crisis de la monarquía española en América bajo una propuesta autonomista, aunque la cerrazón de los liberales peninsulares y la intransigencia y persecución de la que fue objeto por parte de Fernando VII le llevaron a abandonar sus posturas, a rechazar incluso el modelo de monarquía constitucional, y a decantarse por la independencia de los territorios americanos en forma de república. Rocafuerte tuvo además una gran influencia en los exiliados españoles a través de los contactos que estableció con ellos en Londres en la década de 1820 mientras ejercía de representante diplomático mexicano. Como ya se ha visto en capítulos anteriores, esta cercanía se tradujo en el impulso que proporcionó a la publicación de varias obras de exiliados españoles, en las que varios de ellos expresaban principios republicanos.

En la decantación de Rocafuerte hacia el republicanismo tuvo una importancia decisiva su estancia en Estados Unidos a principios de la década de 1820, que se vio reflejada en la publicación de varias obras en las que expuso sus argumentos a favor de

¹⁷⁸ Nettie Lee BENSON, *La diputación provincial y el federalismo mexicano*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1992; Josefina ZORAIDA VÁZQUEZ, “El federalismo mexicano, 1823-1847”, en Marcello Carmagnani (ed.), *Federalismos latinoamericanos: México/Brasil/Argentina*, Ciudad de México, FCE-El Colegio de México, 1993, pp. 15-50.

la instalación en la América española de repúblicas independientes. En una de las más significativas, *Ideas necesarias a todo pueblo americano independiente que quiera ser libre*, publicada en Filadelfia en 1821, confesaba su fascinación por la república estadounidense y reconocía que había sido la causa de su adopción del republicanismo: “¿en dónde puedo encontrar recuerdos más sublimes, lecciones más heroicas, más dignas de imitación, y ejemplos más análogos a nuestra actual situación política, que en esta famosa Filadelfia?”. Rocafuerte había sospechado anteriormente de las repúblicas proclamadas a través de revoluciones debido a su rechazo a la Revolución Francesa, “que debió haber promovido, adelantado y fijado en el mundo la causa universal de la libertad” pero que en realidad “la ha atrasado por muchos años”. “Esos hipócritas Robespierres, esos ambiciosos Saint-Just, esos execrands Couthones, todos esos monstruos de la humanidad (...) confunden [la libertad] con las palabras crimen e irreligión”. En su opinión, por los excesos de la Revolución Francesa “muchos europeos se han arraigado en sus antiguas preocupaciones del servilismo”. La revolución tal y como se había llevado a cabo en Europa solo había traído desgracias y tiranías. Este panorama contrastaba con lo ocurrido en los Estados Unidos, donde, supuestamente, habían estado ausentes los excesos y violencias característicos de la Revolución Francesa y se había podido establecer una república exitosa y feliz gracias a la virtud de sus líderes y ciudadanos, ausente en los europeos: Napoleón había sido “incapaz de imitar el inmortal ejemplo del gran Washington”.

Al continente americano le correspondía adoptar formas de gobierno republicanas, que no solo eran las más justas políticamente, sino que además eran racionalmente superiores y económicamente más eficientes. Para ello solo era necesario comparar “los excesivos gastos de estas monarquías constitucionales con la admirable economía del gobierno americano”. De esta forma los europeos comprenderían que “el gobierno más perfecto es el americano” y “llegará la época en que todos aspiren a mudar sus monarquías constitucionales en gobiernos americanos; como hoy están aspirando y mudando sus tronos despóticos en monarquías constitucionales.” En la América independiente no se debían adoptar “las góticas formas del realismo”, sino “las sublimes instituciones que han dejado Franklin, Hancock, Hamilton y esa serie de grandes hombres”.

En este mismo texto, Rocafuerte se adelantaba a las objeciones que se realizarían en contra de la formación en Hispanoamérica de repúblicas basándose en la falta de virtud cívica de su población:

“Ya me parece estar oyendo al Egoísmo que disfrazado con el título de conde, marqués, obispo, canónigo o regente dice con tono de oráculo: que esas teorías son muy hermosas en el papel; que solo pueden hallar aplicación en una nación tan apática como la del Norte-América, preparada de antemano por la sabia Constitución inglesa; que son totalmente impracticables en un pueblo esencialmente religioso como el nuestro, acostumbrado a las máximas del poder absoluto de Roma y de Madrid: que el mismo Solón dijo a los atenienses que no les daba las mejores leyes, sino las más adecuadas a su carácter y circunstancias: que nuestra población heterogénea, y nuestra ignorancia no admiten más forma de gobierno que la monárquica, cuya excelencia está comprobada por la experiencia de los siglos, y por la felicidad de nuestros antepasados”

Pero Rocafuerte confiaba en las posibilidades de establecer en la América española repúblicas que reprodujeran el modelo estadounidense:

“el problema está ya resuelto a favor del gobierno popular. Los defensores del poder monárquico han perdido su causa en el tribunal de la razón, desde ahora cincuenta años que el Genio de la independencia nos está señalando la Constitución de los Estados-Unidos como la única esperanza de los pueblos oprimidos, como el único fanal que indica al hombre el rumbo de su felicidad. Este es el verdadero resultado de la ilustración del siglo pasado (...) Casi todos sus raciocinios se pueden aplicar a nuestras circunstancias a pesar de los obstáculos de nuestra pretendida ignorancia, de nuestra variada población, nuestra aparente miseria, y de la serie de males que tanto abultan los enemigos de nuestra regeneración”.

Rocafuerte confiaba en la labor de la educación para la regeneración de una población que había estado sumida en la ignorancia y la corrupción política durante el dominio español: “Generalizada la instrucción pública por medio de las escuelas lancasterianas, y multiplicados los conocimientos elementales de las ciencias exactas, de la agricultura, del comercio y de la economía política, habrá verdadera ilustración en las últimas clases de la sociedad”¹⁷⁹.

Sin embargo, años después, en junio de 1835, en un discurso que Rocafuerte pronunció ante la Convención de Ambato como Jefe Supremo de la república ecuatoriana, reconocía el fracaso en el que había resultado el proyecto republicano en Hispanoamérica, aunque seguía defendiendo la ineludible adecuación de la república y la democracia a América en términos *tocquevillianos*:

¹⁷⁹ Vicente ROCAFUERTE, *Ideas necesarias a todo pueblo americano independiente que quiera ser libre*, Filadelfia, D. Huntington. T. & W. Mercein. En esta obra Rocafuerte incluía traducciones de algunos de los textos claves del republicanismo estadounidense, entre ellos el *Common Sense* de Tom Paine, titulado “Sentido Común”; la *Disertación sobre los primeros principios del gobierno*, también de Paine; el *Discurso pronunciado en el Capitolio de Washington el día 4 de julio de 1821, en conmemoración de la primera declaración de LA AUGUSTA INDEPENDENCIA AMERICANA, proclamada en Filadelfia el 4 de julio de 1776 por el ministro de estado John Quincy Adams*; la *DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA en Congreso de 4 de julio de 1776, por los representantes de los Estados-Unidos de América*; los *Artículos de Confederación*; y la *Constitución de los Estados-Unidos de América*. Las citas anteriores son de las pp. 1, 3, 4, 6-9, 13.

“Vista la imposibilidad de poder establecer por ahora la pura democracia, como existe en los Estados Unidos o como hemos pretendido imprudentemente establecerla entre nosotros, no vayamos a caer en el error de pensar que nos conviene la monarquía. Cada siglo tiene su idea dominante, la del nuestro es la democracia; la monarquía absoluta, cediendo al imperio de los tiempos, se va transformando en constitucional, y concediendo al pueblo aquella participación en los negocios públicos, que exige el sistema representativo. La América se resiste al principio monárquico, como lo comprueba la historia de Iturbide en México, la vana tentativa que hizo el gobierno de Buenos Aires para coronar al príncipe de Luca, a orillas del río de la Plata, y el mismo viaje que hizo el Emperador del Brasil a Europa”¹⁸⁰.

América y república tenían más que una relación directa o una cita histórica: eran sinónimos.

Rocafuerte no abandonó nunca su aprecio y adhesión a lo que entendía como una amplia comunidad hispana heredera de la monarquía española¹⁸¹. Durante su carrera política sirvió a distintos gobiernos hispanoamericanos y defendió la unión de intereses y la colaboración entre unas repúblicas que consideraba hermanas. En esta comunidad hispana incluía también a los peninsulares. Los que hasta hace poco habían sido para él españoles europeos compartían con los americanos una causa común en la lucha contra una tiranía que ambos habían sufrido. Los dos habían sido pueblos corrompidos por el despotismo político y religioso que, tras la revolución, podían ser regenerados y vivir existencias felices, aunque bajo formas nacionales diferenciadas. Sus palabras al respecto son la mejor forma de poner fin a este trabajo:

“¿No sería una injusticia indigna de hombres independientes el intentar perseguir y desterrar de nuestro suelo a los españoles, por la única razón de haber nacido en la península? ¿Qué culpa tienen estos desgraciados de que el gobierno haya sido cruel, opresor, despótico y tirano? ¿Por ventura lo han tenido mejor en la península? ¿No han sido ellos también víctimas del favoritismo, de unos reyes imbéciles, de una corte prostituida, y de una sanguinaria inquisición? ¿Qué crimen, pues, han cometido para merecer nuestro odio, y ser objeto de nuestra persecución? ¿Es porque son opuestos a la causa de nuestra independencia? Es muy natural que lo sean, como lo somos nosotros a todo gobierno español. Este sentimiento tan contrario a nuestros intereses, lejos de degradarlos les hace honor, pues está fundado en la misma naturaleza, que liga aun sus simpatías al país de su nacimiento, y no pueden sin dolor ver menguar los recursos de su patria, así como nosotros no podríamos sin la más acerba pena ver malogradas nuestras futuras esperanzas de independencia, gloria y libertad. Meditad bien, paisanos míos, lo que dice Mr. Quincy Adams sobre las simpatías, y hallareis suficientes razones para ser indulgentes con los peninsulares, para considerarlos como amigos en la paz, enemigos en la guerra. Abracemos como hermanos a aquellos que siendo casados y arraigados en nuestro suelo, hayan reconocido nuestra independencia, y fieles a sus promesas, observen exactamente nuestras leyes. Ofrezcamos libertad, seguridad y protección a todos los que quieran gozar de las ventajas de nuestro nuevo sistema. Nuestro magnánimo genio de independencia debe convidar con la oliva de la paz a todos los habitantes de la antigua Iberia, al paso que desenvainando el vengador acero debe jurar odio eterno a toda

¹⁸⁰ “Mensaje de Rocafuerte a la Convención de Ambato, junio 1835”, reproducido en Neptalí ZÚÑIGA (ed.), *Colección Rocafuerte. Volumen I. Perfiles y Perennidad*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1947.

¹⁸¹ RODRÍGUEZ O., *The Emergence of Spanish America. Vicente Rocafuerte and Spanish Americanism*.

dependencia de la antigua España, persecución atroz a los agentes de la tiranía ultramarina, y guerra a muerte, a sangre y fuego a todo despotismo peninsular, europeo o americano”¹⁸².

En el proceso de elaboración de una causa liberal internacional los intereses nacionales no se subordinaban a un interés común supranacional considerado superior, sino que las argumentaciones realizadas con el objetivo de obtener los apoyos necesarios para imponerse en el conflicto entre revolución y contrarrevolución —que en el exilio encontraba su más dramática dimensión— evocaban y recurrían a ese interés europeo, tanto en el campo liberal como en el de las monarquías restauradas. El exilio fue además el lugar de encuentro principal para liberales —y, en menor medida, reaccionarios— de todas las naciones. De esta forma, fue surgiendo una identidad compartida, entendida en términos civilizatorios y que se identificaba con una Europa que se consideraba que compartía un pasado, un presente y, en el caso de los liberales, especialmente un futuro.

Al mismo tiempo, el exilio actuó como impulsor de los lazos identitarios de los individuos con unas naciones que comenzaban a surgir como entidades hacia las que se debía lealtad, pues suponía el alejamiento de un determinado territorio que era percibido, en muchas ocasiones dolorosamente, como la patria de pertenencia. En el caso de la monarquía española, que acababa de vivir una traumática descomposición acompañada de una revolución constitucional que colocaba a la nación como depositaria de la soberanía, las consecuencias fueron decisivas.

Desde 1808 España había sido una de las matrices del movimiento liberal internacional. En el campo teórico, contribuyó con una avanzada constitución que se convertiría en inspiración para muchos liberales europeos y americanos. En el terreno práctico, puso las bases de dos arquetipos revolucionarios como la guerra de guerrillas y el pronunciamiento. Sin embargo, al mismo tiempo en la Europa liberal se potenciaban los aspectos seculares de la leyenda negra española, en buena parte como resultado de la simpatía internacional por los movimientos liberal/republicanos que se extendían por la América española. Entre las dos imágenes de España en pugna en la opinión pública internacional en la década de 1820 —la de foco, esperanza y refugio del liberalismo europeo frente a la Santa Alianza, y la de decadente y despótica monarquía que cerraba

¹⁸² ROCAFUERTE, *Ideas necesarias a todo pueblo americano independiente que quiera ser libre*, pp. 16-17.

el paso a la modernidad en la Península y, especialmente, en América— acabó imponiéndose la segunda. El exilio fue uno de los campos de batalla de esta pugna. Los liberales españoles exiliados participaron en la elaboración de ambas representaciones, pero finalmente, la imagen de España quedó marcada por cierto orientalismo. Los españoles no fueron pasivos en la elaboración de esta imagen internacional, ya que su análisis histórico (difundido por los exiliados) y sus propuestas políticas de cambio coincidían con las de los extranjeros. Para el liberalismo internacional el potencial del proyecto modernizador del liberalismo español había terminado por ser absorbido por su antagonista: una monarquía absolutista, intolerante, retrasada y anclada en el pasado. La leyenda negra no pudo ser superada, en buena parte por el fracaso del liberalismo español, un fracaso que también fue el del liberalismo internacional.

La incapacidad de la monarquía de Fernando VII para erigirse en un espacio institucional abierto dispuesto a alojar a las autonomías americanas y a asegurar la libertad civil y la participación política a través de la representación de sus ciudadanos, llevó a los liberales de ambas orillas del Atlántico a poder compartir proyectos alternativos, que mostrarían sus límites en la dimensión identitaria. Las frustraciones que trajeron las dos restauraciones absolutistas, con sus anulaciones de la obra constitucional, sus retornos al pasado, sus cerrazones políticas e intelectuales, sus represiones y, en definitiva, sus exilios, impactaron intensamente en los liberales españoles. Por una parte, permitieron la identificación de un enemigo común a americanos y peninsulares en la forma de una monarquía despótica, sectaria y corrupta, encarnada en la figura de Fernando VII. Probablemente, este era el único medio por el que los liberales españoles podían llegar a aceptar la independencia americana. Por otra parte, muchos de ellos llegaron a cuestionarse la pertenencia a esa España reaccionaria que surgía de las ruinas del proyecto liberal. Algunos, ciertamente una minoría, como Gorostiza y Ceruti, optaron finalmente por adoptar una nueva nacionalidad, en su caso mexicana. Para otros, no fue tan fácil. Como se ha visto, esta no era una operación sencilla, y generó muchas vacilaciones e incertidumbres.

La figura del ciudadano español formulada en Cádiz¹⁸³ encontró en el exilio su prueba más dura. Mientras Javier Mina apelaba a los “españoles no degenerados” que apoyaban en la arena internacional “la causa de los hombres libres”, Luis de Onís se

¹⁸³ Manuel PÉREZ LEDESMA, “La invención de la ciudadanía moderna” en Manuel Pérez Ledesma (ed.), *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 21-58.

refería a esos mismos individuos como “españoles desnaturalizados”¹⁸⁴. Esta acusación de traición a la patria y la expulsión de la nacionalidad española que conllevaba, reflejada en la práctica en el exilio, angustió a muchos de los liberales que dejaron testimonios, como Flórez Estrada, Mendíbil, Torrijos o Canga Argüelles, que no podían desligar su penosa situación personal de su compromiso con la “liberación” de España (y el resto de naciones) de la tiranía. Era ante todo un conflicto cívico, en el que cada individuo confrontaba sus responsabilidades como ciudadano de una imaginada comunidad política liberal-republicana internacional con su más provinciano amor a la patria española.

Los ejemplos de los liberales exiliados examinados, con todas sus variantes, ponen de manifiesto que la cuestión de la identidad adoptada en el exilio se reveló como flexible, compleja y cambiante, y que ésta se decidió individualmente en la intersección entre el contexto político internacional y los proyectos de futuro para España y las nuevas naciones hispanoamericanas.

Así, entre los exiliados pugnarón por imponerse dos concepciones de la patria. En primer lugar una concepción de rasgos republicanos que identificaba patria con aquella comunidad política de la que el individuo era miembro voluntario porque en ella se aseguraban su libertad y su felicidad a través de la ley, es decir, un estado constitucional que superaba el despotismo. Esta era una alternativa especialmente útil para aquellos exiliados que ante la imposibilidad de retornar a España buscaron integrarse en otra patria, siendo las hispanoamericanas, por sus semejanzas culturales y también por su juventud, las más apropiadas para ello. En segundo lugar, existía entre los liberales exiliados un intenso sentimiento de pertenencia a España, apegado a criterios territoriales, culturales y étnicos, que les hacía dudar de su papel como creadores y divulgadores de una imagen negativa de España. Si bien el imperio había sido objeto de críticas por parte del primer liberalismo, los liberales en el exilio se vieron en la obligación de defender la imagen de España ante la opinión pública internacional. Especialmente, rechazaron las acusaciones de crueldad en la conquista de América, porque reconocer esa caracterización significaba admitir que el carácter nacional español estaba dominado por el fanatismo y la intolerancia, cuando ellos consideraban que el problema de España era de naturaleza política, y que por lo tanto una reforma de sus instituciones sería capaz de regenerar el país. Así, el patriotismo

¹⁸⁴ Ambas citas tomadas del capítulo 7.

puramente español se combinaba con el compromiso por establecer en la Península un régimen constitucional, lo que llevó a muchos de ellos a emprender varias tentativas insurreccionales.

El ideal del liberalismo habría sido mantener una patria transoceánica regenerada constitucionalmente, pero sus límites a la hora de aceptar la autonomía americana, el crecimiento paralelo del independentismo en las sociedades americanas, y la persistencia del absolutismo, hicieron que esta salida fuera inalcanzable, lo que tuvo intensos efectos sobre la nueva identidad española resultante de la crisis de la monarquía. El optimismo cívico del liberalismo patriótico español fue siendo progresivamente erosionado por el fracaso del proyecto de asentar una nación extendida a “ambos hemisferios” y por la permanencia del absolutismo, lo que lo conduciría hacia una interpretación más atormentada y fatalista de la patria. En este proceso las frustraciones del exilio tuvieron un papel determinante¹⁸⁵.

Una vez asentado el Estado liberal a partir de la década de 1830, y con muchos de los exiliados al frente de él, sus dilemas se resolverían a favor del despliegue de un proceso nacionalizador que usó el colonialismo en los restos del imperio (Cuba, Puerto Rico y Filipinas) como cimiento del proyecto de construcción nacional, y que organizó la historia nacional alrededor de la historia imperial¹⁸⁶. Algunos de los argumentos empleados por los liberales exiliados para defender España —como la relativización de los males del colonialismo español en comparación con otros europeos y la defensa de la misión civilizadora española— sobrevivieron en el discurso de sus sucesores de los siglos XIX y XX, y llegan incluso hasta la actualidad. A pesar de reproducir inicialmente el discurso austracista, durante el resto del siglo XIX el liberalismo español se valió de una complaciente visión histórica del imperio para justificar en el interior y en la arena internacional la continuidad de las colonias, que se encontraban gobernadas por leyes excepcionales y excluidas políticamente¹⁸⁷. En concordancia, y en un contexto

¹⁸⁵ Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES, “Patria”, en Fernández Sebastián y Fuentes (eds.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 512-23.

¹⁸⁶ Christopher SCHMIDT-NOWARA, *The Conquest of History. Spanish Colonialism and National Histories in the Nineteenth Century*, Pittsburgh, PA, Pittsburgh University Press, 2006.

¹⁸⁷ Juan Pro destaca las contradicciones internas de los primeros historiadores isabelinos, especialmente Modesto Lafuente, que por una parte criticaban como extranjerizante el absolutismo introducido por los Austrias y condenaban sus delirios de grandeza imperial, y por otra alimentaban el orgullo patriótico celebrando la hegemonía española de la época y ensalzando especialmente la conquista de América; Juan PRO RUIZ, “La imagen histórica de la España imperial como instrumento político del nacionalismo conservador”, en Martínez Millán y Reyero, *El siglo de Carlos V y Felipe II*, pp. 217-235. Esta posición sería mantenida por los conservadores, pero no de manera exclusiva. Por ejemplo, el historiador republicano Eduardo Chao celebraba la conquista de América, que consideraba “necesaria a la

de creciente conflictividad social y política, los historiadores matizaron las críticas al absolutismo austracista, que quedaron relegadas a los márgenes del liberalismo, en grupos republicanos y demócratas que identificaban como igualmente extranjero el liberalismo moderado en el poder¹⁸⁸. Así, la quiebra del primer liberalismo marcó el inicio del abandono de la crítica al imperio, en un entorno de competencia colonial internacional. La solidaridad liberal con las repúblicas hispanoamericanas dio paso a una serie de enfrentamientos diplomáticos e incluso bélicos, que incluían planes de reconquista, mientras que se iniciaban nuevos proyectos coloniales en África y Asia para alimentar el orgullo nacional, frustrados por la debilidad del Estado. De todas formas, el legado del primer liberalismo, en especial el ideal de una nación tricontinental, siguió presente en fuerzas políticas demócratas y republicanas que reclamaron la completa inserción de los territorios de ultramar en el gobierno constitucional, la concesión de la autonomía política y la desregulación del comercio, medidas entendidas como más eficaces para conservar su lealtad que las soluciones autoritarias de los conservadores. Pero las reformas no llegaron a tiempo de impedir la pérdida de las últimas colonias¹⁸⁹. El conflicto entre compromiso político con el liberalismo (que incluía la solidaridad con los hispanoamericanos) y patriotismo español de los primeros liberales exiliados, fue siendo progresivamente resuelto a través del afianzamiento de una identidad que cada vez se entendía más como exclusivamente peninsular, y que veía en el imperio su mayor gloria, y su pérdida como su mayor tragedia.

civilización”; CIRUJANO, ELORRIAGA y PÉREZ GARZÓN, *Historiografía y nacionalismo español*, p. 195.

¹⁸⁸ Pro localiza un giro conservador, que se manifestó en una revalorización de los reinados de Carlos V y especialmente Felipe II, como consecuencia de las revoluciones de 1854 y 1868, y lo personaliza en una figura tan relevante como el historiador y político Antonio Cánovas del Castillo; PRO RUIZ, “La imagen histórica de la España imperial”. El austracismo del liberalismo no respetable, en Florencia PEYROU, *La comunidad de ciudadanos. El discurso democrático-republicano en España, 1840-1868*, Pisa, Pisa University Press, 2006, 103-04.

¹⁸⁹ Josep M. FRADERA, *Colonias para después de un imperio*, Barcelona, Bellaterra, 2005.

CONCLUSIONES

En un contexto político extremadamente polarizado como el de la Europa posrevolucionaria y la América recién emancipada, el exilio estuvo ampliamente extendido. Fue consecuencia del enfrentamiento entre modelos de sociedad opuestos: el de los liberales europeos frente al de la contrarrevolución legitimista y el de los independentistas hispanoamericanos frente al de los enemigos de la separación de la metrópoli. El exilio intervino en la formación de una determinada visión política del mundo a principios del siglo XIX. No es posible asegurar que sin el fenómeno del exilio la historia del siglo XIX hubiera seguido otros caminos pero, desde luego, la visión que de esos acontecimientos tuvieron los contemporáneos, y por lo tanto la comprensión del mundo en que vivían, habría sido de alguna forma diferente. En este trabajo se ha ofrecido una interpretación del exilio como elemento definitorio de una época, el primer tercio del siglo XIX, de intenso enfrentamiento político por decidir la configuración de la sociedad en el mundo euro-atlántico, en unos países marcados por la guerra civil y por un enfrentamiento de mayores dimensiones en torno al eje revolución/contrarrevolución, que abona la idea de una guerra civil europea¹. El exilio fue un fenómeno extendido, consecuencia de la dura confrontación propia de un momento (post)revolucionario general y coincidió por esta misma razón con la formación de culturas políticas y con la recreación de numerosos Estados-naciones, tanto en Europa como en América.

1. Exilio e internacionalismo

Este trabajo se ha centrado en el estudio del exilio de los liberales españoles —y en menor medida de otros grupos que también tuvieron que salir del país por motivos políticos durante la Restauración (1814-1834), como afrancesados y realistas— pero teniendo en cuenta que el exilio español formaba parte de un fenómeno más amplio, y que, de hecho, España actuó tanto de emisor como de receptor de exiliados. Desde 1814 y en las siguientes dos décadas, debido a la represión llevada a cabo por parte de unas monarquías que querían eliminar cualquier posibilidad de retorno a los tiempos de la revolución, se generó una diáspora liberal a escala europea que afectó además a

¹ Jordi CANAL, “Guerra civil y contrarrevolución en la Europa del sur en el siglo XIX: reflexiones a partir del caso español”, en *Ayer*, nº 55, 2004, pp. 37-60.

exiliados italianos, franceses, portugueses, polacos y alemanes, entre otras nacionalidades. Estos emigrados —como eran comúnmente llamados recogiendo el término *émigré*, heredado de la Revolución Francesa— se refugiaron en varios países europeos —en especial España, Francia y Gran Bretaña— y americanos. Su experiencia resultó instrumental en la elaboración y extensión internacional del liberalismo, así como en el surgimiento de una identidad liberal común, que en el caso de Europa era entendida como parte de una misma civilización.

Los movimientos revolucionarios que tuvieron lugar durante las décadas de 1820 y 1830 en España, Portugal, Nápoles, Piamonte, Hispanoamérica, Francia, Polonia, Bélgica, e incluso en Grecia y Rusia, formaron parte de una tendencia internacional que presentaba unos objetivos políticos similares centrados en la defensa del principio de soberanía nacional y en la formación de sistemas representativos con una mayor participación de la ciudadanía en los asuntos públicos, todo ello garantizado por una constitución escrita.

Pero además de estas convergencias ideológicas, se dieron intensos contactos entre los revolucionarios de cada una de estas naciones, así como con simpatizantes de otros países, como Gran Bretaña —el único gran país occidental que no experimentó un proceso revolucionario violento a lo largo del siglo XIX, aunque también vivió una intensa conflictividad social y se vio envuelto directamente en la problemática del exilio— y las repúblicas americanas. Estos contactos internacionales fueron fortalecidos por el exilio y, debido a la clandestinidad a la que obligaban la falta de libertades y derechos y la represión de las monarquías restauradas, se canalizaron en muchas ocasiones a través de sociedades secretas. A partir de organizaciones de este tipo muchos exiliados participaron en la preparación de planes insurreccionales realizados desde el extranjero para restablecer en sus países sistemas constitucionales, en colaboración con liberales de otros orígenes que querían entender sus acciones como una empresa común. La continua actividad conspirativa desplegada por los exiliados, en especial los españoles, llevó a las elites gobernantes de la Restauración a temer en la existencia de un complot universal, creencia reforzada por su carácter fantasmagórico y por la tendencia característica de la época de entender los acontecimientos históricos y políticos a través de explicaciones conspirativas.

El liberalismo internacional —que poseía destacados componentes elitistas, según los cuales el pueblo debía dejarse guiar hacia la libertad por unos líderes virtuosos— desarrolló un panteón de héroes y un martirologio de víctimas caídas en la lucha contra

la tiranía que unía a figuras icónicas que traspasaban fronteras, como Washington, La Fayette, Riego, Bolívar o Santarosa. La simbología clásica del héroe republicano que pone su vida al servicio de la patria conectaba con las tendencias románticas de la época que alababan el valor, el desprendimiento y, en última instancia, el sacrificio por la nación.

Además de cooperar en proyectos insurreccionales de carácter violento, se dieron colaboraciones entre exiliados y sus simpatizantes en el campo intelectual y cultural a través de la publicación de libros y prensa o de la promoción de esfuerzos educativos, en una reactualización decimonónica de la república de las letras. De esta forma, se forjó una red internacional de contactos personales que favoreció el desarrollo de una esfera pública internacional y de una sociedad civil transnacional².

En relación a estos aspectos, varios autores se han referido a la formación durante el primer tercio del siglo XIX de una “internacional liberal”, un término anacrónico y provocativo, pero ilustrativo³. También se han empleado sugerentes metáforas como la de un “archipiélago liberal” en medio del océano reaccionario propio de la Europa de la Restauración, formado por islas de oposición conectadas entre sí por redes personales internacionales⁴.

A través de esta investigación se ha querido mostrar el papel que los españoles desempeñaron en la construcción de este internacionalismo liberal. En primer lugar, España exportó el término y la identidad política *liberal* para referirse a la actualización postrevolucionaria de las demandas que antes habían realizado grupos políticos que aparecían bajo otras etiquetas (jacobinos, republicanos, bonapartistas). En segundo lugar, su ejemplo fue decisivo para la movilización constitucional que se dio en el sur de Europa a partir de 1820. A la restauración de la constitución en España en 1820 le siguieron movimientos revolucionarios en Nápoles, Piamonte y Portugal que aspiraban a emular el ejemplo español y que incluso proclamaron la constitución de Cádiz. La revolución española de 1820 impactó también en Francia, potenciando la actividad insurreccional de la oposición radical a la monarquía borbónica, e incluso en ámbitos geográficos alejados como Rusia, donde los decembristas citaron como modelo el alzamiento de Riego. En este sentido, España exportó también el método revolucionario

² Aspectos destacados también por Maurizio ISABELLA, a través del prisma de los exiliados italianos en *Risorgimento in exile. Italian Emigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford, Oxford University Press, 2009.

³ Josep FONTANA, *De en medio del tiempo. La segunda restauración española*, Barcelona, Crítica, 2006; ISABELLA, *Risorgimento in exile*.

⁴ Walter BRUYERE-OSTELLS, *La Grande armée de la liberté*, París, Tallandier, 2009.

paradigmático de la década de 1820: el pronunciamiento militar realizado en conjunción con sectores civiles que aspiraba a extenderse por todo el país y recabar apoyos hasta lograr un cambio de régimen. El modelo español estaría vigente en los años siguientes y empezaría a ser superado a partir de 1830 por el modelo de insurrección urbana característico de la revolución francesa de Julio.

Durante los años del Trienio Constitucional, España se erigió en matriz del liberalismo internacional. La España constitucional ejerció un alto poder de atracción que llevó a miles de exiliados, especialmente italianos pero también franceses, a refugiarse en España una vez que sus proyectos habían sido desarticulados por las fuerzas contrarrevolucionarias en sus países de origen a través de intervenciones externas. En España, estos exiliados incidieron en el discurso del internacionalismo liberal y lucharon por defender el régimen constitucional frente al que creían que era el mismo enemigo que los había enviado a ellos al exilio. La idea de una “Santa Alianza de los pueblos” enfrentada a la Santa Alianza de los monarcas absolutistas comenzó a cobrar fuerza. La defensa de la libertad de España era entendida como la defensa de la libertad europea, no solo por los exiliados sino también por influyentes personalidades de la política británica, en especial *whigs* y radicales entre los que se contaban algunas de las más importantes autoridades del país, como diputados, lores, militares de alta graduación, intelectuales, literatos y periodistas. Los exiliados italianos intentaron exportar la revolución española a sus países de origen, aunque la oposición de los liberales moderados en el Gobierno, reacios a poner en riesgo el régimen constitucional dando motivos para una intervención, lo impidió. Muchos italianos interpretaron tras la invasión francesa de los Cien Mil Hijos de San Luis iniciada en abril de 1823 que una de las principales razones del fracaso español había sido el rechazo a ayudar a los liberales de Nápoles y Piamonte⁵.

Tras la caída del régimen español tuvo lugar una diáspora liberal de dimensiones aun mayores, que incluyó a liberales españoles, italianos y poco después portugueses, que se instalaron por todo el continente europeo, el norte de África, el este mediterráneo y América. A pesar de las derrotas y de las miserias del exilio, entre gran parte de la emigración liberal continuó viva la esperanza en el triunfo de sus posturas. El liberalismo de la época estaba marcado por un optimismo que confiaba en el imparable avance de las luces, la razón y la libertad, lo que hizo que muchos europeos continuaran

⁵ ISABELLA, *Risorgimento in exile*, p. 37.

buscando nuevas utopías en regiones cada vez más alejadas. A la España del Trienio le siguió en el imaginario liberal internacional la Grecia que buscaba su independencia de un poder considerado tan despótico y bárbaro como el otomano. Cientos de filohelenos europeos, entre ellos muchos exiliados italianos y franceses expulsados de España aunque no muchos españoles, marcharon a combatir por la causa griega.

Para muchos de estos exiliados, el continente americano se convirtió en el lugar ideal donde poner en práctica los proyectos reformadores que habían fracasado en Europa por el triunfo, aunque fuera momentáneo, de la contrarrevolución. Partiendo de consideraciones nacidas a partir de la independencia de los Estados Unidos —la idea de que entre América y la república no solo había una relación recíproca, sino que ambos conceptos eran prácticamente sinónimos— un buen número de exiliados europeos, entre ellos españoles, se trasladó a las repúblicas hispanoamericanas, vistas como tierras de oportunidad en las que huir de las disensiones de una corrupta y monárquica Europa. Allí, en un contexto en el que la identidad nacional estaba en proceso de construcción y por lo tanto era maleable, intentaron integrarse en las nuevas comunidades políticas, aunque no siempre pudieron escapar al recelo que ofrecía su condición de foráneos.

Este internacionalismo no se desarrolló solo en el ámbito de lo simbólico o del discurso, sino que los aspectos puramente políticos o ideológicos se combinaron con intereses materiales. Las empresas económicas avanzaron en paralelo a las políticas. Los principales financiadores de las conspiraciones de los liberales exiliados españoles fueron sectores comerciales y financieros, en especial británicos y franceses, interesados en la instalación de un régimen liberal en España, por diferentes motivos. Entre ellos destacaban la devolución de los préstamos realizados al régimen constitucional durante 1820-1823 que Fernando VII se había negado a reconocer, la agilización de los intercambios comerciales con el mercado español a través de la instalación de la libertad de comercio, y el impulso al proceso de apertura de los mercados de las repúblicas hispanoamericanas que la monarquía española seguía sin reconocer y a las que obstaculizaba en sus aspiraciones de plena inserción en la sociedad internacional. Liberalismo político y económico iban de la mano⁶.

⁶ Para Karl POLANYI, la política del siglo XIX estuvo dirigida por la City londinense, en la que se agrupaban intereses económicos, horizontes ideológicos comunes, cálculos utilitarios, apuestas políticas y militares y redes intensas forjadas en los exilios, todo ello en oposición a la internacional reaccionaria: “el patrón oro y el constitucionalismo eran los instrumentos que hacían oír la voz de la City de Londres en muchos países pequeños que habían adoptado estos símbolos de adhesión al nuevo orden internacional”, en *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 61.

El reverso del optimismo desplegado por buena parte de los liberales a pesar de sus continuas derrotas y exilios fue la sucesión de decepciones que experimentaron al ser abandonados por gran parte del pueblo por el que creían luchar, al que confiaban poder regenerar a través de la educación tras siglos de despotismo e ignorancia. En primer lugar, los liberales españoles e italianos que habían mitificado al pueblo español por su valentía ante la invasión napoleónica, se encontraron con que la mayoría de la población rural apoyaba a Fernando VII y recibía con los brazos abiertos a los invasores franceses a los que apenas unos años antes había expulsado. Una decepción similar experimentaron los filohelenos que hallaron a unos griegos que poco tenían que ver con su idealización tomada del mundo clásico. Finalmente, tanto los europeos como los americanos que confiaban en la inevitabilidad de la instalación de felices repúblicas en Hispanoamérica, sufrieron un intenso desencanto cuando en las décadas siguientes a su formación asistieran a lo que muchos creían que se podía considerar un fracaso o al menos una frustración.

Todas estas caracterizaciones coinciden en transmitir una interpretación que subraya la existencia de contactos y transferencias transnacionales, y su relevancia tanto para determinados grupos de exiliados como para su conjunto. En este sentido, la importancia del exilio no residió tanto en los contactos bilaterales que pudo promover, sino en la elaboración de una múltiple dimensión internacional que iba más allá de un emisor y un receptor. Los exiliados actuaron al mismo tiempo como emisores y como receptores de las culturas de sus países de origen y de adopción, y se abrieron al mismo tiempo a una tercera dimensión transnacional. Dentro de este contexto, la influencia de modelos concretos no fue tan importante como su inserción y desarrollo en el seno de un conjunto internacional.

A lo largo de este trabajo se ha querido mostrar la forma en que el exilio favoreció la profundización de los contactos ideológicos e impulsó las transferencias políticas y culturales que resultaron en la invención de una causa internacionalista liberal común, que abriría grandes esperanzas de transformación global. Asimismo, el exilio jugó un importante papel en los nacientes procesos de nacionalización.

2. Identidad, patria y nación

Tanto en América como en Europa, el primer tercio del siglo XIX fue un momento fundacional para muchos Estados-nación surgidos bajo los principios extendidos

durante el periodo revolucionario, pero que no habían dejado del todo de lado otros aspectos profundamente inscritos en su tradición política y jurídica.

Como herederos del cosmopolitismo ilustrado, muchos de los revolucionarios y exiliados europeos, así como sus compañeros americanos, desarrollaron una noción cosmopolita del patriotismo, según la cual las patrias individuales compartían con las demás ciertos valores e intereses comunes que estaban íntimamente relacionados con la pertenencia a un mismo ámbito civilizatorio entendido como patria común –imaginada principalmente como europea pero que podía ser exportada a América— que estaba experimentando un momento clave de definición en pugna con una visión tradicionalista marcada por la legitimidad dinástica y la jerarquía social sancionadas teológicamente. Muchos liberales estaban convencidos de que era tan necesario colaborar en la defensa del resto de patrias como salvaguardar la suya propia. El propósito común era derrotar a una contrarrevolución universal que para ellos significaba despotismo, superstición e ignorancia.

El concepto de patria de muchos liberales estaba mediado por perspectivas eminentemente cívicas que facilitaban un entendimiento inclusivo de la misma, lo cual presentaba muchas ventajas para unos exiliados desarraigados que tenían que recomponer su vida lejos de su lugar de nacimiento. Muchos exiliados podían colocar sus intereses y/o principios políticos por delante de sus filiaciones originarias a la hora de imaginar la patria a la que debían o podían pertenecer, en un momento de indefinición que obligaba a plantearse la cuestión de la pertenencia a una comunidad política bajo unas circunstancias particulares. Pero también debían enfrentarse a la oposición contra sus personas por parte de proyectistas de patrias alternativas más o menos inclusivas que se encontraban mediatizadas por fuertes tensiones enraizadas en el pasado y aumentadas por los conflictos y la violencia de una época agitada, aunque pudieran compartir unos principios teóricos ideales. De esta forma, la conflictividad en la negociación de los términos del nuevo Estado-nación se revelaba como uno de los elementos esenciales dentro del proceso de naturalización de ámbitos nacionales.

Aspectos propios de una identidad cultural diferenciada siguieron presentes a lo largo de estos años y se potenciaron en un ambiente intelectual y político que asistía al auge del concepto de nación. El proceso terminó desembocando en una comprensión más cultural tanto de la patria como de la nación. El cosmopolitismo ilustrado anterior fue siendo sustituido por un internacionalismo de las naciones que, aunque permitía configurar nuevas naciones, no partía de realidades cerradas. La idea que empezaba a

tomar fuerza en el pensamiento de influyentes exiliados como Giuseppe Mazzini, y que marcaría el futuro del internacionalismo liberal, era la de que la obtención de la emancipación de cada una de las naciones preferiblemente bajo forma republicana —para lo cual era necesaria la solidaridad entre ellas— traería consigo la paz entre los pueblos, algo que bajo egoístas gobiernos monárquicos no era posible. La nación podía ser no solo construida de forma negativa en oposición a rivales externos, sino también en conjunción con otras identidades nacionales que se estaban recreando paralelamente, en un proceso en el que interactuaban y en el que surgían ideas de hermandad y solidaridad internacional. Podían surgir de esta forma híbridas identidades cosmopolitas. Maurizio Isabella ha identificado estos aspectos para el caso del *Risorgimento* italiano. En el seno de la emigración italiana se produjo una transición desde el cosmopolitismo ilustrado de los primeros exiliados, como Ugo Foscolo y los revolucionarios —muchos carbonarios— de 1820, y la siguiente generación —Mazzini y Vincenzo Gioberti— que manejaba una definición más esencialista de la patria y de la nación⁷.

Una transición semejante se puede observar en el caso español, aunque con una diferencia fundamental: si en Italia se trataba de crear una nación que no existía más que culturalmente —y de hecho para la mayor parte de los exiliados de la década de 1820 su patria original seguía siendo Nápoles o Piamonte, no una Italia unificada— en España se trataba de resolver la crisis identitaria surgida de la descomposición de la monarquía y la necesidad de adoptar nuevas patrias políticas, pero también de construir una nación.

En el contexto de la desintegración del imperio español, de la persecución política y de la formación de nuevos estados en los que las líneas nacionales empezaban a marcarse bajo criterios políticos, miles de los antiguos súbditos de la monarquía a ambos lados del Atlántico se encontraron a sí mismos dislocados. Sus lealtades e identidades se habían desfigurado, desplazándose a un terreno difuso e inesperado.

La dimensión imperial aparecía así como fundamental para los exiliados peninsulares. A pesar de que desde el inicio de la crisis de la monarquía hubieran declarado la concesión de una teórica igualdad a los territorios americanos en la nueva representación política de la nación, nunca habían admitido una transformación radical del imperio, ni siquiera bajo la fórmula autonomista propuesta por muchos americanos y que parecía la única forma posible de salvar las posesiones americanas, o parte de ellas, de la deriva independentista. Confiaban en el poder de la constitución para remediar un

⁷ ISABELLA, *Risorgimento in exile*.

descontento que era en realidad de carácter colonial. Pero el desengaño con la monarquía fernandina tras la caída del régimen constitucional en 1823 —que no había podido evitar la secesión del virreinato de Nueva España ni que el resto del continente fuera de facto independiente—, reflejado en el exilio de forma más dramática y personal, hizo que muchos peninsulares aceptaran la posibilidad no solo de reconocer la independencia, sino de sumarse a una lucha contra un tirano que entendían como común, un aspecto que siguió estando presente también entre algunos hispanoamericanos, como los representantes diplomáticos en Londres con los que entraron en colaboración directa los exiliados españoles.

Estas dinámicas propias de la coyuntura de la crisis de la monarquía dieron un respaldo definitivo a la fijación en el imaginario internacional de una percepción de España como país atrasado, despótico, intolerante e ignorante. Los exiliados fueron esenciales en esta fijación simbólica de España, en un doble sentido, uno activo y otro pasivo. En primer lugar, actuaron como agentes en la difusión internacional de esa imagen torturada de España, que a ellos mismos también les crearía intensos conflictos internos, ya que a lo que la mayoría de ellos aspiraban era a la regeneración de España, proyecto que consideraban factible inicialmente, pero que algunos acabarían por abandonar por el desencanto del exilio y la fortaleza del absolutismo, inaugurando una tradición literaria pronto reforzada por el romanticismo que, con Larra a la cabeza —que de niño acompañó a su padre, afrancesado, al exilio— se regodearía en las miserias nacionales. Precisamente esa tradición literaria y de pensamiento sobre el problema de España vería en el exilio un ejemplo más de esa negativa excepcionalidad española, de un país condenado a no poder deshacerse de los lastres del pasado, como supuestamente habían hecho los países europeos tomados como modelo, tradición que llega hasta la actualidad⁸.

3. El exilio y las culturas políticas: liberalismo y republicanismo

La importancia del exilio como experiencia formativa para el liberalismo ha sido destacada, entre otros, por Juan Francisco Fuentes. En su opinión “el liberalismo no se

⁸ En críticos y literatos como Eduardo Subirats y Juan Goytisolo, traductor y admirador de Blanco White; Eduardo SUBIRATS (ed.), *José María Blanco White: crítica y exilio*, Barcelona, Anthropos, 2005, y más recientemente Juan GOYTISOLO (ed.), *"El Español" y la independencia de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2010.

limitaba a ser un conjunto coherente de principios políticos, sino que podía definirse también a partir de una serie de experiencias políticas y personales, como las derivadas del exilio”⁹.

En este trabajo se ha presentado una interpretación en la que se subraya la escala internacional en la que se desarrolló liberalismo, que sería entonces el fruto de un esfuerzo colectivo y colaborativo en el que participaron liberales de diferentes naciones, muchos de ellos exiliados o en contacto con exiliados. Por lo tanto, desde esta perspectiva no es útil hablar de culturas políticas nacionales separadas, pues estas se desarrollaron en paralelo influyéndose mutuamente. El concepto de cultura política nacional no es el más apropiado para analizar este momento, ya que su desarrollo estaba intensamente mediado por una dimensión internacional¹⁰. La cultura política liberal, a la que cabe mejor calificar como europea que como española, francesa, británica o italiana, se recreó en gran parte en el exilio, envuelta en un ambiente cosmopolita en el que las referencias y recursos argumentarles solían hacer referencia a asuntos universales.

Se puede decir que el tipo de liberalismo que resultó triunfante en la España decimonónica fue el moderado, y que las versiones más avanzadas, e incluso de carácter republicano, quedaron temporalmente relegadas, algo no muy diferente de lo ocurrido en los países de su entorno europeo. Sin embargo, no es recomendable estudiar el liberalismo radical y el republicanismo español como si su fracaso fuera inevitable, ya que al hacerlo podemos no advertir la importancia que llegaron a tener en un momento inicial, y su plena participación en las corrientes políticas compartidas por los países europeos y americanos con los que más relación tenía: Francia, Gran Bretaña, Italia, Portugal, Bélgica, Alemania, Polonia, Grecia, México y otras repúblicas hispanoamericanas, Brasil o Estados Unidos. Saber que el moderantismo acabaría por imponerse no debe ocultar las múltiples variantes, dentro de una cultura política de características similares y comparables en todos estos ámbitos, que se dieron en el momento. Tampoco debe verse el moderantismo como un resultado posterior del liberalismo, sino que este moderantismo estaba ya presente en la discusión política

⁹Juan Francisco FUENTES, “Afrancesados y liberales”, en Jordi Canal (ed.), *Exilios. Los éxodos políticos en la Historia de España. Siglos XV-XX*, Madrid, Sílex, 2005, pp. 137-166, cita en p. 140.

¹⁰ En este sentido, véanse las sugerentes reflexiones que hace Juan PRO, “Afrancesados: sobre la nacionalidad de las culturas políticas”, en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (eds.), *Culturas políticas. Teoría e historia*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010, pp. 205-231.

desde los inicios mismos de los momentos revolucionarios. No debe imponerse por tanto la visión de un liberalismo traicionado.

Los preceptos de un liberalismo postrevolucionario tuvieron sin duda una gran presencia en el seno del liberalismo europeo, pero no eran los únicos ni estaban incontestados. La tendencia hacia la moderación de algunos de los grandes líderes del liberalismo internacional era general en toda Europa desde el mismo comienzo de la Restauración. Tras 1815, la mayoría de los revolucionarios europeos estaban bastante alejados del primer modelo revolucionario francés y sus objetivos, como demostraron los liberales españoles, portugueses, napolitanos y piamonteses, era instaurar monarquías constitucionales más o menos moderadas que facilitaran una extensión de las libertades civiles y que acabaran con la arbitrariedad del despotismo y de una tiranía evocada en términos vagos. De todas formas, continuaron existiendo grupos más radicales —en especial los asociados a ciertas sociedades secretas radicales, como los carbonarios italianos y franceses y, probablemente, también algunos comuneros españoles— entre los que había sectores que aspiraban a la proclamación de la república y que mantenían con los moderados una relación tensa. Sin embargo, todos los liberales de la Restauración coincidían en el cuestionamiento de que el derecho dinástico fuera el único que pudiera legitimar un gobierno. Para ellos, era necesaria la representación de otros intereses nacionales, aunque fuera de forma limitada.

En realidad, las ideas revolucionarias eran intencionadamente vagas y podían acomodar diferentes tendencias, lo que también facilitaba su difusión, dándose relaciones fluidas entre republicanismos, liberalismo constitucional monárquico y bonapartismo, que solo tenían en común la oposición al inmovilismo —aunque este fuera relativo— de las potencias de la Santa Alianza. Sin embargo, para las fuerzas legitimistas cualquier aspecto que fuera mínimamente percibido como continuador de la Revolución Francesa suponía un intento radical de alterar las bases políticas sobre las que debía establecerse el gobierno, y por lo tanto constituía una amenaza que debía ser eliminada.

Existían muchos matices en la escala ideológica que iba del republicanismos al absolutismo restaurado, y que pasaban por liberalismos de diferentes graduaciones y posiciones realistas moderadas o conciliadoras. Por lo tanto, una imagen de dos bloques políticos monolíticos no es representativa, pues no permite apreciar la variedad de opciones, así como las facciones y rivalidades que existían en su interior. Sin embargo, un contexto marcado por la represión por un lado y la dinámica conspirativa por otro,

llevaron a que se acabase por fijar en la imaginación y el discurso de los contemporáneos una imagen dicotómica de dos proyectos de aspiraciones universalistas y mutuamente excluyentes. Esta dicotomía será parcialmente superada a partir de la década de 1830, pero el conflicto entre revolución y contrarrevolución continuará presente en el conjunto de Europa, aunque bajo nuevos ropajes —que en España adoptarán isabelinos y carlistas— y sus mensajes totalizadores no dejarán de ser lanzados.

Tanto los exiliados europeos como los constructores de naciones americanos tratados en este trabajo plantearon sus proyectos vitales y políticos en el contexto de unos discursos presentados y argumentados alrededor de nociones republicanas de virtud cívica y amor a la patria, aunque esta voluntad inclusiva no podía evitar el surgimiento de conflictos. En los escritos de muchos exiliados españoles —que mantuvieron contactos con sectores republicanos, especialmente americanos— se ponen de manifiesto sus tendencias republicanas.

El republicanismo había estado presente desde los primeros momentos de la revolución española. Sus valores habían quedado reflejados en la constitución de Cádiz y durante el Trienio se había expuesto públicamente a través del discurso acerca de la ciudadanía y la participación política, aunque sin adoptar nunca una formulación institucional explícita. En los años del exilio continuó estando presente y se desarrolló, aunque con una diferencia: en nuevos contextos en los que había mayor libertad de expresión y donde la idea de república no presentaba los problemas que acarreaba en España, o que incluso era bien vista, algunos españoles expresaron valores republicanos y se comprometieron con proyectos republicanos de manera directa.

El liberalismo rupturista que se desarrolló durante el período 1820-1823, con el apoyo de amplias capas de la población (especialmente urbana) presentaba numerosos rasgos republicanos. Durante el Trienio los liberales exaltados, ante la moderación de los liberales en el Gobierno y la amenaza constante de la contrarrevolución, profundizaron en los aspectos de la constitución de 1812 más limitadores de la acción del monarca, especialmente la soberanía nacional, entendida cada vez más como popular. El liberalismo exaltado impulsó la consolidación de la ciudadanía y la implicación política de los ciudadanos, generando toda una cultura política a través de una pedagogía política llevada a cabo por la prensa y las sociedades patrióticas y basada en valores republicanos como la virtud cívica o la participación de todos los ciudadanos en el gobierno. Las sociedades patrióticas se convirtieron en los centros de sociabilidad

por excelencia del universo liberal español. Su objetivo fundamental consistía en divulgar la recientemente reimplantada constitución de 1812, y en ejercer una labor de vigilancia con el propósito de evitar cualquier infracción de sus términos, erigiéndose en intérpretes y protectores de la constitución. Además, el régimen liberal buscó su consolidación y fortalecimiento a través de la formación de una Milicia Nacional que se convertiría en una fuerza armada popular bajo control de las autoridades políticas constitucionales, compuesta por civiles, desmilitarizada y de carácter democrático en la elección de su oficialidad. La Milicia Nacional era la representación de la nación en armas y la realización del ideal republicano clásico de ciudadano-soldado.

Desde las sociedades patrióticas y la prensa exaltada se fue radicalizando un discurso de oposición que nunca llegaría a plantear una alternativa explícita de gobierno republicano, pero que sí criticó con una dureza inaudita a Fernando VII —percibido como un rey despótico entre 1814-1820, que había jurado la constitución a regañadientes y que mantenía una permanente actitud obstruccionista, incluso conspirando contra el régimen— y llegó a proponer su destronamiento. El periódico exaltado *El Zurriago* de Félix Mejía llegó a afirmar que “La nación soberana constituye los reyes y puede quitarlos. (...) En los gobiernos representativos los Reyes no son más que unas personas elegidas por la sociedad para hacer cumplir las leyes, que son la expresión de la voluntad general”¹¹. Se planteó la opción de sustituir al rey por una regencia en caso de que no se atuviera a las disposiciones constitucionales, extremo al que, en el contexto de la invasión francesa, acabó por llegarse y Fernando VII fue transitoriamente incapacitado para facilitar su traslado a Cádiz. Esta acción nunca sería olvidada por Fernando en los años de represión que siguieron, durante los cuales el grueso de los liberales abandonó el país camino del exilio.

La tradición republicana recuperada por las revoluciones norteamericana y francesa, pero también presente en la crisis de la monarquía hispana, tuvo un ambiguo resultado en el mundo hispano. La experiencia norteamericana gozaba de mayor prestigio (por su éxito y aparente conservación del orden y la seguridad), y así sería citada en las décadas siguientes por aquellos que aspiraban a realizar una transformación semejante, en Europa, y especialmente en Iberoamérica. Pero la francesa, en la que se destacaba su violencia, anticlericalismo, desorden, anarquía y guerra generalizada, era rechazada prácticamente por todos. Siguiendo esta línea, en la

¹¹ *El Zurriago*, 1821, n° 22.

España del primer tercio del siglo XIX “republicano” era un adjetivo del que se huía, y era usado principalmente como insulto político. La acusación de republicanismo era un poderoso descalificativo, y en este sentido era rechazada por aquellos a los que iba dirigida (lo que nos coloca en una posición incómoda: ¿se puede calificar de “republicano” a quien renegaba de ese calificativo porque desde nuestra perspectiva histórica se le pueden atribuir valores que hoy conocemos como republicanos y que han sido en buena parte una construcción historiográfica?). Hasta José Marchena, exaltado en la España del Trienio pero receloso del jacobinismo tras su experiencia como girondino en la Francia revolucionaria, alertaba contra los “desenfrenos de la más loca democracia”¹². Precisamente, este tipo de complejos hicieron que en España se diera más bien una especie de criptorepublicanismo que, salvo contadísimas excepciones, no negaba la adecuación de la monarquía a la sociedad española, aunque defendiera valores de dimensión claramente republicana.

Pero cuando se encontraban fuera de España el rechazo de los exiliados españoles al término no era tan diáfano, especialmente en América, donde se podían expresar opiniones republicanas sin miedo a un rechazo general de la opinión pública. Fue en el exilio donde se pudo desplegar el republicanismo español. Esto me lleva a una pregunta que creo que no ha sido aun respondida satisfactoriamente por la historiografía: ¿Por qué en Hispanoamérica triunfó el republicanismo, en el sentido de que fue la forma de gobierno adoptada finalmente por todos los nuevos estados, y en España era un herejía y prácticamente nadie se definía como tal, e incluso la valoración de republicano era negada por los que se encontraban más cercanos políticamente a ella? Parece razonable pensar que si los hispanoamericanos podían ser republicanos, de la misma manera podían serlo los peninsulares, que compartían una cultura política muy parecida. ¿Qué diferenciaba a unos de otros? Habían compartido experiencia en las Cortes de Cádiz y en las del Trienio, aunque con conflictos. Estos conflictos ¿dicen algo de por qué se oponían al republicanismo? ¿Acaso el temor a las propuestas federalistas (que no tienen por qué ir necesariamente de la mano del republicanismo) de los americanos era el punto de partida de este rechazo? Por supuesto, también es necesario aclarar que la opción republicana no era una necesidad histórica en la América española, donde tuvo que competir con una fuerte simpatía por la opción monárquica

¹² Carta dirigida al Excmo. Sr. D. Juan O'Donojú, en José MARCHENA, *Obra española en prosa (Historia, política, literatura)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990, p. 268.

conservadora, reforzada por la insatisfacción con los resultados del gobierno republicano.

En cualquier caso, la tradición republicana ponía el énfasis no solo en un sistema de gobierno concreto sino también en la fuerte dimensión moral que lo acompañaba. No era la fuerza de las armas lo que hacía a las repúblicas grandes o lo que terminaba por destruirlas. Era más bien el carácter y el espíritu de su pueblo. En este contexto, el concepto clásico de la virtud cívica adquirió un papel central en la definición de la nueva –aunque inspirada en valores antiguos— sociedad revolucionaria. Siguiendo este *ethos* inspirado por el mundo antiguo, la responsabilidad de mantener la república residía en cada ciudadano, quien, en un acto de sacrificio por el bien común, debía ejercitar su virtud individual de manera que beneficiara al conjunto de la comunidad. De esta forma, la virtud pública dominaría la sociedad y la defendería de su caída en la decadencia que conllevaba la relajación de su integridad moral. Si no se estaba alerta y se diera ese caso, un proceso de degradación causado por las fuerzas del lujo y la corrupción, similar al ocurrido a la república romana, llevaría eventualmente a la joven república a su decadencia.

Estos aspectos de carácter republicano se encontraban extendidos en las sociedades occidentales de finales del siglo XVIII y principios del XIX, incluido el mundo hispano, y no implicaban necesariamente una tendencia revolucionaria. En España no se puede hablar de una “conciencia republicana” hasta su formalización en el periodo isabelino, pero esta bebía de las fuentes republicanas, identificadas por la historiografía como diferenciadas, que alimentaron el liberalismo de principios de siglo, y fueron por ella conservadas cuando el liberalismo moderado se convirtió en hegemónico.

Así pues, en la formación del republicanismo español tuvieron una gran importancia elementos simbólicos, míticos y éticos heredados del Antiguo Régimen. En su análisis de la cultura política republicana de principios del siglo XX, José Álvarez Junco ha identificado la energía que en el discurso retórico del republicanismo español tenían aspectos morales de raigambre tradicional, como el honor o la pureza ascética, que se combinaban con nuevos ideales tomados de la Ilustración –como la fe en el progreso— o del liberalismo –como la soberanía nacional—, aunque puestos al servicio de otra agenda política. “Hay poca ética propiamente ‘burguesa’. Pero hay mucha ética del Antiguo Régimen que sirve para envolver o hacer aceptables los principios políticos

modernos”¹³. Si tenemos en cuenta que el republicanismo, especialmente en sus primeras manifestaciones, más que un programa político concreto impulsaba una visión del mundo y un sistema de creencias y valores, la identificación de la trayectoria de este *ethos* aparece como fundamental y en ella entran en relación valores que en algunos casos se pueden remontar al republicanismo clásico y otros que son recibidos de las corrientes de pensamiento ilustrado y liberal y otros que toman como base la ética judeocristiana.

Estos valores, referencias culturales e instrumentos intelectuales formaban parte de una cultura política que mantendrá sus características más o menos intactas en el republicanismo español organizado de las siguientes décadas. Entre ellas destacan la participación política activa del ciudadano-propietario virtuoso, la soberanía nacional, las expresiones de patriotismo asociadas a la defensa de la ley, la libertad entendida como lo contrario de la esclavitud, la utilización de un lenguaje religioso que configura un marco de referencia global, la importancia atribuida al honor y la moral, la aparición de rasgos cosmopolitas, y una interpretación de la historia en clave de decadencia y progreso¹⁴. Rasgos que hoy identificamos como característicos del republicanismo cívico eran parte importante del proyecto político del primer liberalismo español, aunque su redefinición a lo largo del siglo XIX parece haber borrado su presencia¹⁵.

¹³ José ÁLVAREZ JUNCO, “‘Los amantes de la libertad’: la cultura republicana española a principios del siglo XX”, en N. Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza 1994, p. 279. Para un análisis del republicanismo español de la Restauración que destaca su heterogeneidad y su carácter híbrido entre modernidad y tradición, véase Manuel SUÁREZ CORTINA, “Entre la barricada y el parlamento. La cultura republicana en la Restauración”, en M. Suárez Cortina (ed.) *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 499-523.

¹⁴ Este tipo de elementos forman parte de la “difusa y discontinua corriente de cuestionamiento del poder monárquico” que M. C. ROMEO MATEO ha identificado en los inicios de la revolución liberal como “un universo de expresiones que permitiría ya en la década de los años cuarenta crear esta tradición [republicana]”; “La sombra del pasado y la expectativa de futuro: ‘La sombra del pasado y la expectativa de futuro: ‘Jacobinos’, radicales y republicanos en la revolución liberal”, en Lluís Roura i Aulinas e Irene Castells (eds.), *Revolución y Democracia. El jacobinismo europeo*, Madrid, Ediciones del Orto, 1995, p. 112. Para un análisis del movimiento demo-republicano español de mediados del siglo XIX que valora la presencia de elementos del republicanismo clásico, véase Florencia PEYROU, *La comunidad de ciudadanos. El discurso democrático-republicano en España, 1840-1868*, Pisa, Pisa University Press, 2006. La historiografía está de acuerdo en reconocer el carácter múltiple del republicanismo español y la variedad de sus fuentes intelectuales. Véase por ejemplo Ángel DUARTE y Pere GABRIEL, “¿Una sola cultura política republicana ochocentista en España?”, en *Ayer*, nº 39, 2000, pp. 11-34; Manuel MORALES MUÑOZ, “El republicanismo ochocentista: escuela de ciudadanía”, en *Ayer*, nº 45, 2002, pp. 305-319; Román MIGUEL GONZÁLEZ, “Las culturas políticas del *republicanismo histórico* español”, en *Ayer*, nº 53, 2004 pp. 207-236.

¹⁵ M. C. ROMEO MATEO, “La cultura política del progresismo: las utopías liberales, una herencia en discusión”, en *Berceo*, nº 139, 2000, pp. 9-30. José M., PORTILLO VALDÉS, *Revolución de Nación. Orígenes de la cultura constitucional en España (1780-1812)*, Madrid, CEPCC, 2000, ha descrito el vigor del ideal de ciudadano católico virtuoso en la Ilustración española y en la construcción nacional del primer constitucionalismo español.

Javier Fernández Sebastián ha mostrado la importancia de las (re)definiciones semánticas en el *Sattelzeit* hispano y la lucha de diccionarios que se estableció entre modernizadores y tradicionalistas. En el mundo de habla hispana hubo una “revolución conceptual” aunque fue necesario un largo periodo de tiempo para consolidarla, lo que causó mucha confusión y un característico lenguaje mixto (lo llama *anfíbio*) que tomaba referencias de numerosas tradiciones intelectuales como el republicanismo, la escolástica, la ilustración, el liberalismo, el contractualismo o el constitucionalismo¹⁶. El liberalismo fue fruto de un “proceso de innovación lingüística y conceptualización que muy tempranamente dio muestras de una capacidad inusitada para proyectar un nuevo orden social, político y económico”¹⁷. Tanto el liberalismo como el republicanismo eran lenguajes de la libertad, a través de los cuales se expresaban, simultáneamente y sin contradicción, el descontento y las aspiraciones de emancipación política de los ciudadanos y de transformación del mundo, y se creaba una identidad política a través de un discurso que empleaba nociones clave como libertad, constitución, representación o soberanía nacional. Los valores que hoy identificamos como republicanos eran parte de lo que se acabó conociendo como liberalismo, y participaron decisivamente en su formación y maduración.

Por lo tanto, parece razonable considerar al republicanismo como un aspecto propio de la cultura política española que debe ser considerado a la hora de valorar la evolución histórica del pensamiento político español. Previo a la formación de un partido republicano organizado en España existía ya en el mundo hispano una cultura política republicana que recogía diversas tradiciones, y que participaría en la formación de una sociedad moderna. Los inicios del liberalismo en España no pueden comprenderse sin considerar su relación con un lenguaje político republicano heredado que, por esta misma razón, era compartido por muchas familias políticas. En este sentido es clarificadora la sugerencia de M. C. Romeo:

“El liberalismo fue en principio un proyecto que no puede desvincularse completamente de la democracia y el republicanismo. El primer liberalismo fue un modelo de expectativas sociopolíticas que apuntaban hacia la emancipación política y social del

¹⁶ Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, “La crisis de 1808 y el advenimiento de un nuevo lenguaje político. ¿Una revolución conceptual?” en Alfredo Ávila y Pedro Pérez Herrero (comps.), *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad de Alcalá, Instituto de Estudios Latinoamericanos, 2008, pp.105-133.

¹⁷ Juan Francisco FUENTES y Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, “Liberalismo”, en Fuentes y Fernández Sebastián (eds.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Alianza, Madrid, 2002, p. 413.

conjunto de la sociedad. (...) Era más bien un lenguaje que generaba, al socaire de las circunstancias históricas, nuevos ámbitos de discusión que sólo más tarde serían reconocibles en su especificidad. De ahí también que las divisiones entre moderados, exaltados o republicanos fueran hasta finales de los años cuarenta mucho más fluidas, dinámicas y permeables de lo que a veces se suele afirmar”¹⁸.

Es importante tener presente que el republicanismo es una creación historiográfica, así como el liberalismo también lo es. No se trata solo de que la historiografía liberal y el liberalismo posterior olvidaran el republicanismo inicial, sino que también los propios republicanos entendieron su obra como parte de ese gran relato de progreso liberal. Los primeros republicanos entendían su acción política englobada en un movimiento liberal general. Para ellos, ser republicano y liberal no eran identidades excluyentes, más bien todo lo contrario. El guayaquileño Vicente Rocafuerte entendía que la formación de repúblicas en Hispanoamérica debía basarse en “los principios más extensos de las teorías del liberalismo, descubiertas, explicadas y desarrolladas por Montesquieu, Mably, Filangieri, Constant, Franklin y Madison”, autores claves de la historiografía republicana¹⁹. Los republicanos participaron en la construcción de estas genealogías, que identificaban ilustración con liberalismo y con republicanismo. La república del continente americano era entendida como la culminación de un viaje histórico, que pasaba por la monarquía constitucional inglesa y la revolución estadounidense, la revolución francesa (aunque rechazando el Terror) y más recientemente y directamente relacionada con el mundo hispanoamericano, la revolución gaditana. Tras ser superadas todas estas fases (manteniéndose la república estadounidense como modelo), debía darse una instauración del sistema republicano moderno en América que superara en diseño y finalidad a las obsoletas repúblicas de la antigüedad. Precisamente, estas repúblicas modernas no serían como las antiguas porque incluirían elementos adecuados al entorno moderno en el que se desarrollarían, elementos que se identifican con el liberalismo, tanto político como económico. Rocafuerte, ya entrada la década de 1830, advertía de no confundir las repúblicas clásicas con el contexto contemporáneo: “El estudio de la antigüedad, aunque utilísimo al político, al filosofo y al literato, puede extraviarnos fácilmente, si no va acompañado de una severa crítica y del repetido cotejo del mundo moderno y el antiguo. Otros tiempos, otras costumbres. La servil imitación

¹⁸ ROMEO MATEO, “La sombra del pasado y la expectativa de futuro”, p. 113.

¹⁹ Citado en Rafael ROJAS, *Repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009, p. 114.

que los franceses hicieron de las instituciones romanas, del consulado, del tribunado, del Senado, no los condujeron a su prosperidad, sino al jacobinismo y la inmoralidad”²⁰.

La misma opinión había expresado Benjamin Constant, que tanto interés había mostrado por el liberalismo español, acerca de esas de esas dos tradiciones que convergían en la práctica política del momento en *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*, la famosa conferencia pronunciada en el Ateneo de París en febrero de 1819. En ella distinguía entre la libertad de los antiguos, identificada con la de las repúblicas ateniense y espartana, y la libertad moderna. Generalmente se ha interpretado el texto de Constant como la carta de defunción definitiva del republicanismo clásico, inadecuado para el mundo moderno. Pero esta es una lectura demasiado rígida. El pensador francés abogaba en realidad por combinar ambas opciones. Mientras que la moderna (es decir, liberal) ponía el énfasis en la libertad individual, los derechos civiles y el cumplimiento y respeto de las leyes, y aspiraba a un gobierno representativo en el contexto de un estado geográficamente grande, la antigua (es decir, la republicana) subordinaba el individuo al colectivo, aunque el pequeño tamaño de la república le permitía (y requería de él) una constante participación en la vida pública. Efectivamente, Constant concluía que “nosotros ya no podemos disfrutar de la libertad de los antiguos, que consistía en la participación activa y continua en el poder colectivo. Nuestra libertad debe consistir en el disfrute apacible de la independencia privada”. Para Constant no era recomendable perseguir en los tiempos modernos una libertad del tipo antiguo: “La libertad individual, repito, es la verdadera libertad moderna. La libertad política es su garantía. Por consiguiente, la libertad política es indispensable. Pero pedir a los pueblos de nuestros días que sacrifiquen, como los de antes, la totalidad de su libertad individual a la libertad política, es el medio más seguro para apartarles de la primera y, cuando eso se haya logrado, no se tardará en arrancarles la segunda”. Constant hacía estas advertencias reaccionando a la experiencia revolucionaria francesa, y porque este tipo de exhortaciones seguían siendo comunes en la Francia post-napoleónica. De todas formas, Constant no desechaba completamente la *libertad de los antiguos*:

“El peligro de la libertad antigua consistía en que los hombres, atentos únicamente a asegurarse la participación en el poder social, despreciaran los derechos y los placeres individuales. El peligro de la libertad moderna consiste en que, absorbidos por el disfrute

²⁰ “Mensaje de Rocafuerte a la Convención de Ambato, junio 1835”, reproducido en Neptalí ZÚÑIGA (ed.), *Colección Rocafuerte. Volumen 1. Perfiles y Perennidad*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1947.

de nuestra independencia privada y por la búsqueda de nuestros intereses particulares, renunciemos con demasiada facilidad a nuestro derecho de participación en el poder político. (...) *Lejos pues, señores, de renunciar a ninguna de las dos clases de libertad de las que he hablado, es necesario, como he demostrado, aprender a combinar la una con la otra*”²¹.

Tras la muerte de Fernando VII en 1833 y el regreso de los exiliados —la mayoría de los cuales, especialmente la “aristocracia” liberal, habían incidido en el proceso de moderación que ya se había manifestado con fuerza durante el Trienio— el tema del republicanismo continuó presente entre el liberalismo más radical, aunque de nuevo se intentó evitar una formulación institucional. La deriva conservadora que el régimen político llevaba con el Estatuto Real de 1834, la fallida proclamación en 1836 de la constitución de 1812 durante el motín de La Granja, y la transaccional Constitución de 1837, todo ello en un marco de guerra civil, condujo al surgimiento de un descontento canalizado a través de un liberalismo “no respetable” o radical que acumulaba un desengaño tal con la monarquía que empezó a evolucionar hacia posiciones explícitamente antimonárquicas, y que en la década de 1840 cristalizó en grupos republicanos, definitivamente frustrados con el predominio del partido moderado y la Constitución de 1845. Pero lo significativo es que el lenguaje, los conceptos y las preocupaciones republicanas continuaron estando presentes en la política española, más allá de los grupos identificados explícitamente con la república. Esta tradición republicana no era solo patrimonio de los sectores políticos más radicales, sino que continuó presente en el discurso de liberales progresistas e incluso moderados²².

La república como institución no fue una reclamación en sí misma durante las primeras décadas de la revolución española, sino que se aceptaba una monarquía limitada constitucionalmente siempre que protegiera las libertades y derechos políticos emanados de la soberanía nacional. Las experiencias revolucionarias de la década de 1830 y el enfrentamiento con el carlismo, la Corona y los liberales moderados y progresistas, hizo en cambio que muchos liberales “no respetables” pasaran a proponer de manera más directa un programa republicano y democrático. Una aceptación condicionada de la monarquía pervivió en ciertos sectores demócratas de mediados de

²¹ Benjamin CONSTANT, *Escritos políticos*, edición de María Luisa Sánchez-Mejía, Madrid, CEPC, 1989, citas en pp. 267-269, 278, 282-285. Subrayado mío.

²² Pablo SÁNCHEZ LEÓN ha llamado la atención sobre la permanencia de matrices de pensamiento republicanas (como el gobierno mixto o la virtud cívica) en los moderados y progresistas del siglo XIX en “La pesadilla mesocrática: ciudadanía y clases medias en el orden liberal histórico español”, en Manuel Pérez Ledesma (ed.), *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 21-57. pp. 135-164.

siglo, que veían en las instituciones monárquicas un “accidente” que se podía aceptar siempre que profundizaran en la democratización del país. Fue la oposición sistemática de la monarquía y los sectores sociales más conservadores a cualquier apertura del sistema político lo que convenció a los sectores más “avanzados” a identificar la monarquía con la tiranía, y a reclamar la eliminación de la figura del monarca, aceptando la revolución violenta como medio para alcanzar este objetivo.

El examen de las trayectorias personales de los exiliados no permite establecer un modelo que explique de manera “coherente” la evolución política que experimentaron desde el comienzo de la crisis de la monarquía hasta el asentamiento del régimen isabelino. No es posible establecer líneas nítidas de continuidad, sino que estas están marcadas por la ambigüedad. La tónica general fue la evolución desde un liberalismo revolucionario —característico del doceañismo y del Trienio— a uno posrevolucionario, en el que las corrientes progresistas y moderadas dominaron la vida política española, marginando a los sectores que reclamaban una mayor profundización democrática en las instituciones del Estado liberal en construcción. La mayoría de las grandes figuras del liberalismo sin duda se moderaron a lo largo de los años de su exilio, pero no únicamente por ello, sino que también hay que tener en cuenta otras cuestiones, entre ellas la generacional y los contactos personales y redes en las que se insertaron. En este sentido, son útiles los comentarios que, a propósito de la figura de Álvaro Flórez Estrada, ha hecho Juan Pan-Montojo: “las visiones políticas en conflicto no pasaron por el desenvolvimiento lineal de una dialéctica liberalismo-absolutismo que acabó coexistiendo, hasta verse prácticamente remplazada por ella, con otra dialéctica moderación-exaltación/progresismo (...) Los caminos intelectuales y políticos de los que acabarían siendo conocidos como liberales fueron especialmente plurales y complejos y el eje conservadurismo-progreso resultó a menudo transformado”²³.

Según la interpretación canónica sobre la relación entre exilio y liberalismo en España, el liberalismo de los españoles se atenuó como resultado de la experiencia del destierro y por el contacto en Europa con las corrientes del liberalismo moderado y doctrinario. Sin embargo, si examinamos de cerca la experiencia de los exiliados, las cosas parecen haber sido mucho más complejas. Efectivamente, algunos como Ramón Ceruti al regresar a España se convirtieron en defensores del liberalismo moderado,

²³ PAN-MONTOJO, Juan, “Álvaro Flórez Estrada: el otro liberalismo”, in Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel (eds.), *Liberales eminentes*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2008, pp. 43-76, citas en pp. 75-76.

pero en su caso el contacto externo había sido con el republicanismo y el federalismo más radical. Flórez Estrada, a pesar de su activismo político en el exilio, de sus contactos con los republicanos hispanoamericanos y de sus tanteos con la posibilidad de abandonar la patria española, también pasó a engrosar las filas del moderantismo. Al contrario, varios de los que habían defendido posturas moderadas durante el Trienio y el exilio, como Agustín Argüelles y José María Calatrava, pasaron a formar parte del progresismo durante el régimen isabelino. Y, por supuesto, también hubo algunos que mantuvieron sus posturas más o menos constantes, como el conde de Toreno. En definitiva, no es posible establecer ninguna línea “coherente” de evolución ideológica entre los exiliados españoles, ni establecer continuidades nítidas entre el liberalismo exaltado y moderado del Trienio y las corrientes progresistas y moderadas del periodo isabelino. La experiencia del exilio fue un ingrediente más en la complejidad de una evolución política que tuvo múltiples direcciones y resultados ambiguos. De esta diversidad eran conscientes los liberales del periodo isabelino, que aspiraban a recoger las heterogéneas tradiciones liberales marcadas por sus propias y complejas trayectorias personales, para reunir las en torno a un liberalismo posrevolucionario que aglutinara a todos frente a la amenaza carlista. En marzo de 1835, Toreno, para quien “pocos serían los que se contasen firmes y constantes en la misma opinión desde el año 8”, reclamaba “olvido y unión respecto de lo pasado [y] guerra terrible contra don Carlos”²⁴. El enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución continuó marcando la historia española, así como la de Europa, durante las décadas siguientes. En este contexto, el exilio no podía dejar de ser un fenómeno substancial al desarrollo político.

²⁴ Intervención del 27 de marzo de 1835, *DSC, Estamento de Procuradores. Legislatura de 1834-1835, t. III, p. 2041*, citado por Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA, *El conde de Toreno, 1786-1843. Biografía de un liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2005p. 174.

CONCLUSION

In an extremely polarized political context like post revolutionary Europe and recently emancipated America, exile was widespread. It was the consequence of the clash between opposite models of society; the one proposed by European liberals against the counterrevolution, and the one of the Spanish American separatists against the one defended by those who opposed independence. Exile influenced the formation of a specific world political vision in the early nineteenth century. One cannot assure that without the phenomenon of exile, nineteenth-century history would have turned out different, but it seems clear that the vision of those events by contemporaries and therefore their understanding of the world they lived in would have been different to a certain degree. This dissertation has presented an interpretation of exile as a decisive element of the first third of the nineteenth century; an age of strong political confrontations which decided the social order of the Euro-Atlantic world in various countries influenced by civil war and by a confrontation of enormous proportions around the axis revolution / counterrevolution that supports the notion of a European civil war.¹ Exile was a widespread phenomenon, a consequence of a strong confrontation in a broad (post)revolutionary period and due to this reason it coincided with the configuration of political cultures and the recreation of various Nation-states, both in Europe and in America.

1. Exile and internationalism

This dissertation has focused on the study of the Spanish liberals' exile and to a lesser degree of other political groups which also had to leave the country due to political reasons during the Restoration (1814-1834), as for example the *afrancesados* (francophiles) and the realists. The Spanish exile was part of a broader phenomenon, and actually, Spain acted both as a transmitter and receiver of exiles. Since 1814 and during the following two decades, due to the repression carried out by monarchies that wanted to eliminate any possibly of return to the times of revolution, a liberal diaspora aroused on an European level that affected, among others, Italian, French, Portuguese,

¹ Jordi CANAL, "Guerra civil y contrarrevolución en la Europa del sur en el siglo XIX: reflexiones a partir del caso español", en *Ayer*, nº 55, 2004, pp. 37-60.

Polish and German exiles. These emigrants, as they were commonly called following the term *émigré* inherited from the French Revolution, found refuge in several European countries, particularly in Spain, France and Britain, as well as on the American continent. Their experiences turned out to be instrumental to the development and the international extension of liberalism and additionally to the emergence of a common liberal identity which was understood, at least in the European case, as part of a shared civilization.

The revolutionary movements which took place during the 1820s and 1830s in Spain, Portugal, Naples, Piedmont, Spanish America, France, Poland, Belgium and even in Greece and Russia, were part of an international tendency that presented similar political aims that focused on the maintenance of the principle of national sovereignty and on the formation of representative systems with a higher participation of citizens in public affairs. All of these aspects were to be guaranteed by a written constitution.

But beyond these ideological convergences, there existed a vivid contact between the revolutionaries of each of these nations, as well as with supporters from other countries, as Britain –the only high-influential Western country that did not experience a violent revolutionary process throughout the nineteenth century, although Britain also experienced an intense social conflict and was directly involved in the issue of exile— or the American republics. These international contacts were strengthened by exile and, because of the need to act on the underground due to the lack of freedom and rights as well as because of the repression carried out by the restored monarchies, they were in many cases organized through secret societies. Through such societies, many exiles took part in the preparation of insurrectional plans which were designed from abroad and which had the aim to restore constitutional systems in their home countries, in collaboration with other liberals who wanted to understand their actions as a joint venture. The ongoing conspiratorial activity displayed by the exiles, especially the Spanish ones, led to a fear of a universal complot among the ruling elites of the Restoration, a fear strengthened by its phantasmagorical character and by the characteristic tendency at that time to understand historical and political events through conspiracy theories.

International Liberalism, which showed striking elitist features according to which the people should be led to freedom by virtuous leaders, developed a pantheon of heroes and martyred victims who died during the fight against tyranny and which connected iconic persons who crossed borders, like Washington, La Fayette, Riego,

Bolívar or Santarosa. The classical symbolism of the republican hero who risks his life by serving his fatherland connected with the romantic tendencies of the time that praised courage and sacrifice for the nation.

In addition to cooperation in violent insurrectional projects, exiles' collaborations in the intellectual and cultural field came up through the publication of books and newspapers or through the promotion of educational efforts, in a nineteenth-century update of the republic of letters. By this, they created an international network of people who favored the development of an international public sphere and of a transnational civil society.²

In relation to these issues, several authors have referred to the development of a "liberal international" during the first third of the nineteenth century, a term anachronistic and provocative, but highly illustrative.³ It has also been used some inspiring metaphors, like "liberal archipelago", in relation to the reactionary ocean of the Europe of the Restoration era, in which existed opposition islands connected by international personal networks.⁴

This research was meant to present the role of Spaniards in the construction of this liberal internationalism. In the first place, Spain exported the term *liberal* and the liberal political identity to refer to the post-revolutionary update of the demands that had been previously made by political groups that had appeared under different labels (Jacobins, Republicans, Bonapartists). In the second place, the Spanish example was crucial to the constitutional mobilization that occurred in southern Europe from 1820 onwards. After the restoration of the constitution in Spain in 1820, revolutionary movements in Naples, Piedmont and Portugal followed with the aspiration to emulate the Spanish example and even proclaimed the Cadiz Constitution. The Spanish revolution of 1820 also influenced France, promoting the insurrectionary activity of the radical opposition to the Bourbon monarchy, and even in geographic areas far away from Spain as Russia, where the Decembrists praised Riego's coup as a model. In this fashion, Spain also exported the paradigmatic revolutionary method of the 1820s: the military coup (*pronunciamiento*) carried out in conjunction with civilians, which aimed to spread throughout the country and build enough support in order to achieve a regime

² Aspects highlighted also by Maurizio ISABELLA, regarding the Italian exiles in *Risorgimento in exile. Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford, Oxford University Press, 2009.

³ Josep FONTANA, *De en medio del tiempo. La segunda restauración española*, Barcelona, Crítica, 2006; ISABELLA, *Risorgimento in exile*.

⁴ Walter BRUYERE-OSTELLS, *La Grande armée de la liberté*, París, Tallandier, 2009.

change. The Spanish model would be applicable in the following years and started to be superseded in 1830 by the model of urban insurrection, characteristic of the French Revolution of July.

During the Constitutional Triennium Spain emerged as an international center for liberalism. Constitutional Spain exercised a considerable attraction that led to the arrival of thousands of exiles, especially Italians but also Frenchmen, who hoped to find refuge in Spain once their projects had been crushed by the counterrevolutionary forces in their home countries through external interventions. In Spain, these exiles built upon the discourse of liberal internationalism and fought in order to defend the constitutional government against an enemy they believed to be the same one that had sent them into exile. The idea of a “Holy Alliance of the peoples” confronted with the Holy Alliance of the absolutist kings began to gain strength. The defense of Spanish freedom was understood as the defense of European freedom, not only by the exiles but also by influential leaders in British politics, particularly Whigs and radicals, including some of the most important authorities of the country, like Members of Parliaments, Lords, high military officers, intellectuals, writers and journalists. The Italian exiles tried to export the Spanish revolution to their home country, although the opposition of the moderate liberals in the Government, who were unwilling to risk a foreign intervention against the constitutional Regime, prevented it. After the French invasion of the “Hundred Thousand Sons of Saint Louis”, many Italians claimed that one of the main reasons for the Spanish failure had been the refusal to help the liberals of Naples and Piedmont.⁵

After the fall of the Spanish regime there was a liberal Diaspora of even greater dimensions, which included Spanish, Italian and, soon after, Portuguese liberals, which were installed throughout the European continent, North Africa, East Mediterranean and America. Despite the defeats and miseries of exile, among most liberal the hope in the triumph of their positions continued alive. The liberalism of the era was marked by an optimism that relied on the unstoppable advance of enlightened reason and freedom, which made many Europeans continue seeking new utopias in increasingly remote regions. The Spanish Triennium was followed in the international liberal imaginary by the Greece that was seeking independence from the Ottoman Empire, considered a despotic and barbarous power. Hundreds of European Philhellenes, including many

⁵ ISABELLA, *Risorgimento in exile*, p. 37.

Italian and French exiles expelled from Spain but not many Spanish, went to fight for the Greek cause.

For many of these exiles, the Americas became the ideal place to implement the projects that had failed in Europe due to the victory, albeit temporary, of the counterrevolution. Based on considerations arising from the independence of the United States, the idea that between America and the Republic there was not only a reciprocal relationship, but a conceptual synonymy, stimulated a number of European exiles, including Spanish, to move to the Spanish American republics, seen as lands of opportunity in which to escape the strife of corrupt and monarchical Europe. There, in a context in which national identity was under construction and therefore malleable, tried to join the new political communities, but could not always escape the suspicion that their status as outsiders offered.

This internationalism was not developed only in the realm of the symbolic or discourse, but the purely political or ideological combined with material interests. Businesses moved in parallel to politics. The main funders of the plots of the Spanish exiles were merchants and capitalists, especially British and French, interested in the installation of a liberal regime in Spain, for different reasons. These included the repayment of loans acquired by the constitutional Government during 1820-1823 that Fernando VII had refused to recognize, the speeding up of trade with the Spanish market through the establishment of free trade, and the impulse to the process of opening the markets of the Spanish American republics that the Spanish monarchy had not still recognized. Political and economic liberalism went hand in hand.⁶

The dark side of the optimism displayed by many of the Liberals despite their continuous defeats and exiles was the succession of disappointments experienced when they were abandoned by most of the peoples they believed they fought for. They had hoped to regenerate these peoples through education after centuries of despotism and ignorance. First, Spanish and Italian liberals who had mystified the Spanish people for their courage against the Napoleonic invasion, found that most of the rural population supported Fernando VII and received with open arms the French invaders who a few

⁶ For Karl POLANYI, nineteenth-century politics was led by the City of London, that clustered in the economic interests, common ideological horizons, utilitarian calculations, political and military stakes and robust networks forged in exile, all in opposition to the international reaction: "the gold standard and constitutionalism were the instruments that made the voice of the City of London heard in many small countries that had adopted these symbols of adherence to the new international order", in *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 61.

years earlier had expelled. A similar disappointment was experienced by the philhellenes who found that the Greeks had little to do with their classical idealization. Finally, both Europeans and Americans who believed in the inevitability of the coming of happy republics in Spanish America, suffered a severe disappointment when, in the decades following their independence, attended to what many believe could be considered a failure or at least a frustration.

All these characterizations agree in transmitting an interpretation that emphasizes the existence of transnational contacts and transfers, and their relevance both for particular groups of exiles and for their entirety. In this sense, the importance of exile was not so much the bilateral contacts it could promote, but the development of a multiple international dimension that went beyond a transmitter and a receiver. Exiles acted both as issuers and recipients of the cultures of their home countries and of their countries of adoption, and opened at the same time a third transnational dimension. Within this context, the influence of individual models was not as important as their integration and development within an international set.

Throughout this dissertation I wanted to show how exile favored the deepening of ideological contacts and promoted political and cultural transfers that resulted in the invention of a common cause of liberal internationalism, which would open high hopes for global transformation. However, exile also played an important role in the emerging processes of nationalization.

2. Identity, *patria* and nation

Both in America and Europe, the first third of the nineteenth century was a founding moment for many nation-states that emerged under the principles extended during the revolutionary period, but that had not entirely left out other aspects deeply inscribed in their political and legal traditions.

As heirs of the enlightened cosmopolitanism, many of the revolutionaries and European exiles and their American colleagues, developed a cosmopolitan notion of patriotism, according to which their individual homelands (*patrias*) shared with other certain values and common interests that were closely related to the membership in the same civilization, primarily understood as European, but that could also be exported to America. This notion of civilization was experiencing a key moment of definition, in conflict with traditional views marked by dynastic legitimacy and theologically

sanctioned social hierarchy. Many liberals were convinced that it was necessary to defend other homelands and safeguard their own. The common purpose was to defeat a universal counterrevolution that meant to them despotism, superstition and ignorance.

The concept of *patria* of many liberals was predominantly mediated by civic concerns that facilitated an inclusive understanding of it, something which had many advantages for uprooted exiles that had to rebuild their lives away from their birthplace. Many exiles could place their interests and / or political principles ahead of their original allegiances when imagining the homeland to which they should or could belong, in a moment of uncertainty that required raising the question of membership in a political community under some particular circumstances. But they also had to face opposition by designers of homelands more or less inclusive that were mediated by strong tensions rooted in the past and increased by conflict and violence of an eventful time, although they may share similar theoretical ideals. Thus, the conflict in negotiating the terms of the new nation-state emerged as one of the essential elements in the process of naturalization of the national spheres.

Aspects of a distinct cultural identity remained present throughout these years and were enhanced in an intellectual and political milieu that witnessed the rise of the concept of nation. The process led to a more cultural understanding of both the *patria* and the nation. The previous enlightened cosmopolitanism was being replaced by an internationalism of the nations that, while allowing setting up new nations, was based on realities that were not closed. The idea that began to take hold in the thinking of influential exiles like Giuseppe Mazzini, and would mark the future of liberal internationalism, was the persuasion that the pursuit of the emancipation of each of the nations, preferably under a republican form –for which solidarity among them was needed— would bring peace between peoples, something that under selfish monarchical governments was not possible. The nation could be built not only negatively in opposition to foreign rivals, but also in conjunction with other national identities that were being recreated at the same time, a process in which they interacted and in which ideas of brotherhood and solidarity emerged. In this way hybrid cosmopolitan identities could arise. Maurizio Isabella has identified these issues in the case of the Italian *Risorgimento*. Within the Italian emigration there was a transition from enlightened cosmopolitanism characteristic of the first exiles –like Ugo Foscolo and the revolutionaries of 1820, many of them *Carbonari*— and the next generation –Mazzini,

and Vincenzo Gioberti—who preferred an essentialist definition of the *patria* and the nation.⁷

A similar transition can be observed in the Spanish case, but with one crucial difference: if Italy was to create a nation that existed only culturally –and indeed most of the exiles of the 1820s saw Naples or Piedmont, not a unified Italy, as their original *patria*—in Spain it was a question of settling the identity crisis arising from the breakdown of the monarchy and the need for adopting new political *patrias*, but also of building a nation.

In the context of the dissolution of the Spanish empire, political persecution and the formation of new states in which national lines began to be marked on political criteria, thousands of former subjects of the monarchy on both sides of the Atlantic found themselves dislocated. Their loyalties and identities had been disfigured, moving to a diffuse and unexpected field.

The imperial dimension appeared as central to the exiled Spaniards from the Peninsula. Although since the beginning of the crisis of the monarchy they had declared the provision of a theoretical equality to American territories in the new nation's political representative system, they had never admitted a radical transformation of the empire, even under the formula of autonomy proposed by many Americans that seemed the only possible way to save the American possessions, or part of them, from independence. They trusted in the power of the Constitution to take care of a discontent that was actually colonial in its origins. But disillusionment with the monarchy of Ferdinand VII after the fall of constitutional rule in 1823 –that could not prevent the secession of the Viceroyalty of New Spain or the rest of the continent *de facto* independence— dramatically reflected in exile led many Spaniards to accept the possibility not of recognizing independence, but of joining in a fight against a tyrant taht understood as shared, an aspect which also remained present among some Spanish Americans, such as the diplomatic representatives in London who entered in direct collaboration with the Spanish exiles.

These dynamics in the framework of the crisis of the monarchy gave a final backing to the setting in the international imagination of a perception of Spain as backward, despotic, intolerant and ignorant. The exiles were essential in this symbolic elaboration of Spain, in two ways, one active and one passive. First, they acted as agents

⁷ ISABELLA, *Risorgimento in exile*.

in the international propagation of this tortured image of Spain, which will also create an intense internal conflict within themselves, since most of them aspired to the regeneration of Spain, a project initially considered feasible, but that was eventually abandoned by some of them due to the disenchantment of exile and the strength of absolutism. In this way, they were inaugurating a tradition soon reinforced by literary Romanticism, led by writers like Larra—who as a child accompanied his father, an *afrancesado*, into exile—would insist in the national miseries. Precisely this literary and intellectual tradition about the problem of Spain would find in exile an example of the supposed Spanish exceptionality, of a country doomed to carry the burdens of the past, something the European model countries had allegedly escaped from. This tradition persists today.⁸

3. Exile and Political Cultures: Liberalism and Republicanism

Juan Francisco Fuentes, among others, has stressed the importance of exile as a formative experience for liberalism. According to him, “liberalism was not only a coherent body of political principles, but it could also be defined on the basis of a series of political and personal experiences, such as those derived from exile”⁹.

This dissertation has presented an interpretation that emphasizes the fact that liberalism developed on an international scale, being thus a fruit of a collective and collaborative effort of liberals from different nations, many of them exiled or in touch with exiles. From this perspective, it makes little sense to refer to separate national political cultures, as these developed in parallel, influencing one another. The concept of national political culture is not the most suitable one for analyzing this case, as its development was intensely mediated by an international dimension¹⁰. Liberal political culture—that should be defined as European rather than Spanish, French, British or Italian—was recreated to a great degree in exile, in a cosmopolitan environment in which the references and argumentative resources tended to refer to universal issues.

⁸ In literary critics and writers like Eduardo Subirats and Juan Goytisolo, translator and admirer of Blanco White; Eduardo SUBIRATS (ed.), *José María Blanco White: crítica y exilio*, Barcelona, Anthropos, 2005, and more recently, Juan GOYTISOLO (ed.), *"El Español" y la independencia de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2010.

⁹ Juan Francisco FUENTES, “Afrancesados y liberales”, in Jordi Canal (ed.), *Exilios. Los éxodos políticos en la Historia de España. Siglos XV-XX*, Madrid, Sílex, 2005, pp. 137-166, quote in p. 140.

¹⁰ See the suggestive reflections by Juan PRO, “Afrancesados: sobre la nacionalidad de las culturas políticas”, in Manuel Pérez Ledesma and María Sierra (eds.), *Culturas políticas. Teoría e historia*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010, pp. 205-231.

It was the so-called moderate liberalism that eventually triumphed in nineteenth century Spain. Other versions of Liberalism that could be defined as more advanced, even of republican nature, remained temporally pushed into the background, something not so very different from what happened in other European countries. It would be an error, however, to analyze radical liberalism and Spanish republicanism as if they were bound to fail. Choosing to do so, we could fail to realize their importance in the beginning as well as their full participation in the political movements that spread around European and American countries that had close relations with Spain: France, Great Britain, Italy, Portugal, Belgium, Germany, Poland, Greece, Mexico and other Spanish American republics, Brazil or the United States. The knowledge that moderantism eventually prevailed should not prevent us from taking into consideration the multiple versions of liberalism, within a political culture of similar and comparable features in all these contexts, that existed at that time. Nor should moderantism be understood as a result, as a final product of liberalism, as it had been part of political debate since the very beginning of the revolutionary movement. Thus, there is little justification for a vision of a betrayed liberalism.

The precepts of post-revolutionary liberalism had been undoubtedly present in the core of European liberalism and played an important role within it, but they were not the only ones nor were they left uncontested. From the very beginning of the Restoration, some of the great leaders of liberalism in Europe tended towards moderation. After 1815, the great part of the European revolutionaries, including Spanish, Portuguese, Neapolitan and Piedmontese liberals, kept their distance with the first models of the French Revolution, and their aim consisted in establishing more or less moderate constitutional monarchies that would enable the extension of civil liberties and end the arbitrariness of despotism and a tyranny defined in vague terms. At the same time, more radical groups continued to exist, particularly those linked to radical secret societies, such as Italian and French *Carbonari* and, probably, also some Spanish *Comuneros*. There were sectors among them that aspired to proclaim the republic and their relationship with the moderates was tense. All the liberals of the Restoration coincided, however, in their questioning of dynastic right as the sole principle of legitimacy of a government. They perceived the representation of other national interests, albeit a limited one, as necessary.

In fact, revolutionary ideas were intentionally vague and could accommodate different trends and inclinations. This made their diffusion easier, and fluid links existed

between republicanism, monarchist constitutional liberalism and bonapartism, that only shared their opposition to the –relative— immobilism of the powers of the Holy Alliance. On the other hand, any element that could be perceived as a sign of continuity of the French Revolution represented for the legitimist forces a radical attempt to alter the political bases of the government, and thus constituted a threat that had to be eliminated.

There existed many nuances on the ideological scale ranging from republicanism, including liberalisms of different degree as well as moderate or conciliatory royalist opinions. Therefore, an image of two monolithic political blocks is not a representative one, as it prevents us from appreciating the variety of options and the factions and rivalries that existed in their midst. Nevertheless, in a context marked by repression on the one hand, and conspirative activity on the other, a dichotomic image of two mutually exclusive projects with universalist aspirations came to dominate the imagery and the discourse of the contemporaries. This dichotomy was to be partially overcome from the 1830s on, but the conflict between revolution and counterrevolution would continue to exist in Europe, though in new apparel (adopted by the *isabelinos* and the *carlistas* in Spain) and its totalizing messages would continue to be launched.

Both the European exiles and the builders of American nations mentioned in this work designed their lives and their political projects in a context of discourses developed around republican notions of civic virtue and the love of the *patria*, though such will of inclusiveness could not prevent some conflicts. The writings of many Spanish exiles who kept in touch with republican sectors, particularly the American ones, show their republican inclinations.

Republicanism had been present since the very first moments of the Spanish revolution. Republican values had been expressed in the constitution of Cádiz and they had circulated openly during the Triennium in the discourse on citizenship and political participation, although they had never been given an explicit institutional expression. Republicanism continued to exist and was even further developed in exile, though there was a major difference: some Spaniards expressed republican values openly and took part in republican projects in the new contexts where greater freedom of speech existed and where the idea of republic did not involve the problems it did in Spain or was even well-accepted.

The rupturist liberalism that developed during the period 1820-1823 with a broad popular support (particularly of urban inhabitants) held many republican features.

Facing the moderation of the liberal members of the government and the constant threat of the counterrevolution during the Triennium, exalted liberals emphasized those aspects of the constitution of 1812 that limited the action of the monarch, particularly national sovereignty, more and more understood as popular sovereignty. Exalted liberalism promoted the consolidation of citizenship and the involvement in politics of the citizens, engendering a political culture by means of the press and the patriotic societies and based in republican values such as civic virtue or the participation of all citizens in the government. Patriotic societies became the centers of sociability *par excellence* in liberal Spanish circles. Their main aim was to circulate the constitution of 1812, recently re-introduced, and carry out the duty of surveillance in order to prevent any infringement of it. Thus they fashioned themselves as interpreters and protectors of the constitution. Furthermore, liberal regime sought to consolidate and strengthen itself creating a National Militia that would become a popular armed force controlled by constitutional political authorities, composed of civilians, de-militarized and democratic in the election of its officers. The National Militia represented the nation in arms and the fulfillment of the classic republican ideal of the citizen-soldier.

The patriotic societies and the exalted press contributed to radicalize the discourse of the opposition that never explicitly proposed the alternative of a republican government, but fired unprecedented criticism at Fernando VII, perceived as a despotic king between 1814-1820, who had sworn the constitution unwillingly, displayed a constant obstructive attitude and even conspired against the regime. They went as far as proposing Fernando's dethronement. The exalted newspaper *El Zurriago* published by Félix Mejía stated that "The sovereign nation constitutes the kings and can remove them. (...) In representative governments the Kings are nothing more than persons elected by the society to ensure that the laws –that are an expression of general will- are upheld".¹¹ An option was discussed of replacing the king with a regency in case he did not follow the constitutional requirements. Such a step was eventually taken in the context of the French invasion, and Fernando VII was temporally declared unfit in order to facilitate his transfer to Cádiz. Fernando never forgot this act in the years of repression that followed, when the great part of the liberals left the country for exile.

Republican tradition claimed and redefined by the North American and the French Revolution, and that was also present in the crisis of the Spanish monarchy, had

¹¹ *El Zurriago*, 1821, n° 22.

ambiguous results in the Hispanic world. The North American experience enjoyed a greater prestige (due to its success and for apparently preserving the order and the security), and thus it was alluded to in the following decades by those who wanted to carry out a similar transformation in Europe, but particularly in Spanish America. The French Revolution, nevertheless, was refused almost by all, and violence, anti-clericalism, disorder, anarchy and general war were emphasized as its main features. Following this line, “republican” was an adjective one tried to avoid in the first third of the nineteenth century, and it was mainly used as an insult in politics. The accusation of republicanism was a powerful invective and in this sense it was denied by those who were target of it (a fact that leaves us with a dilemma: can we attribute to a person values that are nowadays known as republican and that have been, in their great part, a historiographic construct? can we, from our historical perspective, define that person as a “republican” even though he or she would have refused such a label?). Even José Marchena, a Spanish radical during the Triennium who was, nonetheless, mistrustful of jacobinism after his experience as a girondin in revolutionary France, warned against the “debauchery of the wildest democracy”.¹² This kind of complexes contributed to the fact that a sort of crypto-republicanism came to existence in Spain that, except for very few cases, did not deny the suitability of monarchy for the Spanish society, though it defended values of a clearly republican dimension.

Nevertheless, when outside of Spain, the Spanish exiles did not refuse the term “republican” so firmly, particularly in America, where republican opinions could be expressed without having to fear a general rejection by public opinion. It was in exile where Spanish Republicanism could fully develop. This brings me to a question that historiography has not yet answered satisfactorily: Why Republicanism triumphed in Spanish America, being the system of government that was finally adopted by all new states, while in Spain it was a heresy, and hardly anyone defined himself as such, and even the consideration of republican was denied by those who were politically closest to it? It seems sensible to suppose that if Hispano-Americans could be republicans, so could the Spaniards from the Peninsula that shared a very similar political culture. What made them different from one another? They shared the experience at the Cortes of Cádiz and at the Cortes of the Triennium, albeit marked by conflicts. Do these conflicts inform us in any way about the opposition to Republicanism? Did the fear of the

¹² *Carta dirigida al Excmo. Sr. D. Juan O'Donojú*, in José MARCHENA, *Obra española en prosa (Historia, política, literatura)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990, p. 268.

federalist suggestions (not necessarily linked to republicanism) made by the Americans represent a starting point of this rejection? Of course, it should be stressed that the republican option was not a historical necessity in Spanish America, and it had to compete with a strong affection for a conservative monarchist option, strengthened due to the dissatisfaction with the results of the republican government.

One way or another, the republican tradition stressed not only a specific system of government, but also a strong moral dimension that accompanied it. It was not the strength of the weapons what made a republic great or ended up destroying it. It was rather the character and the spirit of its people. In this context, the classical concept of civic virtue played a fundamental role in the definition of the revolutionary society, both new and inspired by ancient values. Following this *ethos* inspired by the Ancient World, every citizen had the responsibility for preserving the republic. In an act of sacrifice for the common good, the citizen was supposed to carry out his individual virtue in a way that benefitted the whole community. Thus, public virtue would prevail in the society and would prevent its fall into the decadence brought about by the slackening of its moral integrity. If the citizens were off guard and such a thing happened, a process of degradation caused by the forces of luxury and corruption would end up taking the young republic to its decadence, as it had happened to the Roman republic.

These features of republican nature were rooted in Western societies, including the Hispanic World, in the end of the eighteenth and the beginning of the nineteenth century, and they did not necessarily imply a revolutionary inclination. A “republican consciousness” cannot be identified in Spain before its formalization in the Isabeline period, but this consciousness derived from republican sources. These sources, identified as differentiated ones by the historiography, had nurtured liberalism in the beginning of the nineteenth century and were preserved when moderate liberalism became hegemonic.

Thus symbolic, mythical and ethical elements inherited from the Ancien Régime played an important role in the formation of Spanish republicanism. In his analysis of the republican political culture of the beginning of the twentieth century, José Álvarez Junco has identified the energy within the rhetorical discourse of Spanish Republicanism of moral aspects of traditional roots, as honor or ascetic purity, though at the service of another political agenda. These were combined with new ideals adopted from the Enlightenment, such as the faith in the progress, or from liberalism, such as national sovereignty. “There is little of a specifically ‘bourgeois’ ethics. But there is a

lot of the ethics of the Ancien Régime that serves to enshroud modern political principles or make them acceptable”.¹³ If we take into consideration that republicanism, particularly in its first manifestations, promoted a worldview and a system of beliefs and values rather than a specific political program, the identification of the trajectory of this *ethos* becomes essential. In this trajectory, linked and intertwined values can, in some cases, be traced back to classical republicanism or enlightened and liberal thought and others are anchored in Judeo-Christian ethics.

These values, cultural references and intellectual tools were part of a political culture that would preserve its features more or less intact in the organized Spanish republicanism of the following decades. Active political participation of the virtuous citizen-property owner, national sovereignty, the expressions of patriotism linked to the defense of the law, freedom understood as the opposite of slavery, the use of a religious language that shapes a global framework of reference, the importance given to honor and to morals, cosmopolitan features and an interpretation of history in terms of decadence and progress stand out among these values.¹⁴ Features that we nowadays identify as typical of civic republicanism were an important part of the political project of early Spanish liberalism, though its redefinition during the nineteenth century seems to have erased the traces of its presence.¹⁵

¹³ José ÁLVAREZ JUNCO, “‘Los amantes de la libertad’: la cultura republicana española a principios del siglo XX”, in N. Townson (ed.), *El Republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza 1994, p. 279. For an analysis of Spanish republicanism during the late 19th-century Restoration that emphasizes its heterogeneity and its hybrid character between modernity and tradition, see Manuel SUÁREZ CORTINA, “Entre la barricada y el parlamento. La cultura republicana en la Restauración”, in M. Suárez Cortina (ed.), *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 499-523.

¹⁴ These kinds of elements are part of the “diffuse and discontinuous current of questioning of monarchic power” that M. C. ROMEO MATEO has identified at the beginnings of the liberal revolution as “a universe of expressions that would allow in the 1840s create this [republican] tradition”; “La sombra del pasado y la expectativa de futuro: ‘Jacobinos’, radicales y republicanos en la revolución liberal”, in L. Roura i Aulinas e I. Castells (eds.), *Revolución y Democracia. El jacobinismo europeo*, Madrid, Ediciones del Orto, 1995, p. 112. For an analysis of the mid 19th-century democratic and republican Spanish movement that considers the presence of elements from classical republicanism, see Florencia PEYROU, *La comunidad de ciudadanos. El discurso democrático-republicano en España, 1840-1868*, Pisa, Pisa University Press, 2006. Historiography agrees at acknowledging the multiple character of Spanish republicanism and the variety of its intellectual sources. See Ángel DUARTE y Pere GABRIEL, “¿Una sola cultura política republicana ochocentista en España?”, in *Ayer*, n° 39, 2000, pp. 11-34; Manuel MORALES MUÑOZ, “El Republicanismo ochocentista: escuela de ciudadanía”, in *Ayer*, n° 45, 2002, pp. 305-319; Román MIGUEL GONZÁLEZ, “Las culturas políticas del *Republicanismo histórico* español”, in *Ayer*, n° 53, 2004 pp. 207-236.

¹⁵ M. C. ROMEO MATEO, “La cultura política del progresismo: las utopías liberales, una herencia en discusión”, in *Berceo*, n° 139, 2000, pp. 9-30. José M., PORTILLO VALDÉS, *Revolución de Nación. Orígenes de la cultura constitucional en España (1780-1812)*, Madrid, CEPC, 2000, has described the vigor of the ideal of a virtuous catholic citizen at the Spanish Enlightenment and in the nation building of early Spanish constitutionalism.

Javier Fernández Sebastián has shown the importance of the semantic (re)definitions in the Hispanic *Sattelzeit* and the “battle of dictionaries” between modernizers and traditionalists. In the Spanish speaking world, a “conceptual revolution” took place, though it took a long time for it to consolidate. This caused a great degree of confusion and a typical mixed language (Fernández Sebastián calls it *amphibious*) that adopted notions from many intellectual traditions such as republicanism, the scholastics, the Enlightenment, liberalism, contractualism or constitutionalism.¹⁶ Liberalism was a product of a “process of linguistic innovation and conceptualization that, very early, showed signs of an unusual capacity to design a new social, political and economic order”.¹⁷ Both liberalism and republicanism were languages of freedom, used to express, simultaneously and without contradiction, discontent and aspirations for a political emancipation of the citizens and for the transformation of the world. At the same time, a political identity was created through a discourse that included key notions as freedom, constitution, representation or national sovereignty. The values we identify today as republican were part of what ended up being known as liberalism, and they participated in a decisive way in its configuration and maturing.

It seems therefore reasonable to consider republicanism as an aspect of the Spanish political culture that has to be taken into consideration when evaluating the historical evolution of Spanish political thought. Before an organized republican party was created in Spain, there had existed a republican political culture in the Hispanic world that brought together diverse traditions and that played a role in the configuration of a modern society. The beginnings of liberalism in Spain cannot be understood leaving aside its links to an inherited republican political language which was, for the same reason, shared by many political families. In this sense, M. C. Romeo’s suggestion is clarifying:

“Liberalism was, in principle, a project that cannot be completely detached from democracy and republicanism. Early liberalism was a model of socio-political expectations that pointed towards a political and social emancipation of society. (...) It

¹⁶ Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, “La crisis de 1808 y el advenimiento de un nuevo lenguaje político. ¿Una revolución conceptual?” in Alfredo Ávila and Pedro Pérez Herrero (comps.), *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad de Alcalá, Instituto de Estudios Latinoamericanos, 2008, pp.105-133.

¹⁷ Juan Francisco FUENTES and Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, “Liberalismo”, in Fuentes y Fernández Sebastián (eds.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Alianza, Madrid, 2002, p. 413.

was rather a language that created new spaces of discussion, sheltered from historical circumstances, which were to become recognizable in their specificity only later. Hence also the divisions between moderates, radicals and republicans were until the late 1840s much more fluid, dynamic and permeable than it is often said”.¹⁸

It is important to bear in mind that republicanism is a historiographic creation, as is liberalism. Not only did liberal historiography and the later liberalism forget the initial republicanism, but the republicans themselves understood their work as a part of the great liberal narrative of progress. The first republicans understood their political action integrated into a general liberal movement. For them, being a republican and a liberal were not two mutually exclusive identities, quite to the contrary. Vicente Rocafuerte from Guayaquil maintained that the creation of republics in Spanish America should be based on “the most extensive principles of the theories of liberalism, discovered, explained and developed by Montesquieu, Mably, Filangieri, Constant, Franklin and Madison”, key authors of the republican historiography.¹⁹ The republicans participated in the construction of these genealogies that identified the Enlightenment with liberalism and republicanism. The republic of the American continent was perceived as a culmination of a historical journey that included English constitutional monarchy and the US-American revolution, the French Revolution (though rejecting the Terror) and, more recently and directly linked to the Spanish American world, the revolution of Cádiz. After all these stages were gotten over (the republic of the USA being a model), a modern republican system was to be established in America that would surpass the obsolete republics of Antiquity in its the design and in its purpose. These modern republics would differ from the ancient ones precisely for including features suitable for the modern environment in which they would develop, features identified with political and economic liberalism. In the 1830s, Rocafuerte advised not to confuse classical republics with the contemporary context: “The study of the Antiquity, though extremely useful for a politician, a philosopher or a man of letters, can easily lead us astray, if it is not accompanied by a severe criticism and a repeated comparison of the new and the ancient world. Other times, other habits. The servile imitation the French made of the

¹⁸ ROMEO MATEO, “La sombra del pasado y la expectativa de futuro”, p. 113.

¹⁹ Quoted in Rafael ROJAS, *Repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009, p. 114.

Roman institutions, of the consulate, of the tribunate, or the Senate, did not lead them to prosperity, but to jacobinism and immorality”.²⁰

The same opinion had been expressed by Benjamin Constant, who had shown a great interest in Spanish liberalism, in relation to these two traditions that converged in the political practice of the time at *The Liberty of the Ancients Compared with that of the Moderns*, the famous conference held at the Athenaeum of Paris in February 1819. In this conference, he distinguished between the liberty of the ancients, identified with the Athenian and the Spartan republics, and the modern liberty. In general, Constant’s text has been considered to mark the end of classical republicanism, unsuitable for the modern world. But this is a too rigid reading. The French thinker actually advocated combining both options. While the modern one (that is to say the liberal one), put the emphasis on the individual liberty, the civil rights and on fulfilling and respecting the law and aspired to a representative government in the context of a geographically large state, the ancient one (that is to say the republican one) subordinated the individual to the collective, although the small dimension of the republic allowed the individual –and even required of him— a constant participation in public life. Indeed, Constant came to the conclusion that “we can no longer enjoy the liberty of the ancients, which consisted of active and continuous participation in collective power. Our freedom must consist in the peaceful enjoyment of private independence”. For him, it was not advisable to pursue an ancient type of liberty in modern times: “Individual freedom, I repeat, is the true modern liberty. Political freedom is its guarantee. Therefore, political liberty is indispensable. But ask the peoples of our time to sacrifice, like before, all of their individual freedom to political freedom is the surest way to apart them from the first, and when that is accomplished, it will not be long until the second is seized from them” Constant gave these warnings as a reaction to the French revolutionary experience and because of the fact that these types of exhortations were still common in post-Napoleonic France. Anyway, Constant did not reject totally the liberty of the ancients:

“The danger of ancient liberty was that men, focused only on ensuring participation in the social power, disregarded the individual rights and pleasures. The danger of modern liberty is that, absorbed in the enjoyment of our private independence and the pursuit of our particular interests, too easily we give up our right to participate in political power.

²⁰ “Mensaje de Rocafuerte a la Convención de Ambato, junio 1835”, reproduced in Neptalí ZÚÑIGA (ed.), *Colección Rocafuerte. Volumen 1. Perfiles y Perennidad*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1947.

(...) *Far then, gentlemen, from relinquishing any of the two kinds of freedom that I have spoken about, it is necessary, as I have demonstrated, learning to combine both*".²¹

After the death of Fernando VII in 1833 and the return of the exiles –the majority of which, especially the liberal “aristocracy”, had went through a process of moderation that had already become obvious during the Triennium— the issue of republicanism continued to be present among the radical liberalism, although a institutional formulation was again avoided. The conservative drift in the political regime evident in the Royal Charter of 1834, the failed proclamation in 1836 of the 1812 constitution during the riot in La Granja, as well as the transactional constitution of 1837, all in a civil-belligerently atmosphere, led to emergence of a discontent channeled through a “non-respectable” or radical liberalism that accumulated such a disappointment with the monarchy that it started to develop more and more into an explicitly anti-monarchist attitude that in the 1840s crystallized in republican groups, definitely frustrated with the dominance of the moderate parties and the constitution of 1845. But the significant is that the language, concepts and republican concerns continued to be present in the Spanish politics, exceeding the parties explicitly related with the republic. This republican tradition was not only the heritage of the most radical political sector, but also continued to be present in the discourse of progressive liberals and even of moderates.²²

The republic as an institution was not claim of its own during the first decades of the Spanish revolution, but a monarchy limited by the constitution was accepted as long as it protected liberty and political rights emanating from national sovereignty. The revolutionary experiences of the 1830s and the confrontation with Carlism, the Crown and with the moderate and progressive liberals provoked instead that many “non respectable” liberals passed to propose in a more direct way a republican and democratic program. A conditional acceptance of the monarchy survived in certain democratic sectors of the second half of the century, which considered the monarchical institutions as an accident that could be accepted provided that it contributed to the democratization of the country. It was the systematic opposition of the monarchy and the most conservative social sectors to any opening of the political system that

²¹ Benjamin CONSTANT, *Escritos políticos*, edición de María Luisa Sánchez-Mejía, Madrid, CEPC, 1989, quotes in pp. 267-269, 278, 282-285. My emphasis.

²² Pablo SÁNCHEZ LEÓN has shown that republican concepts like mixed government and civic virtue continued present in the thought of *moderados* and *progresistas* in “La pesadilla mesocrática: ciudadanía y clases medias en el orden liberal histórico español”, in Manuel Pérez Ledesma (ed.), *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 21-57.

convinced the more progressive sectors to equate monarchy with tyranny and to demand the monarch's removal, accepting a violent revolution as a way to achieve this aim.

An examination of the personal development and career of the exiles does not permit to establish a model that explains in a coherent way the political evolution that they experienced since the beginning of the monarchical crisis until the settlement of the regime of Queen Isabel. It is not possible to establish clear lines of continuity, since they are marked by ambiguity. The general tendency was the evolution from a revolutionary liberalism, characteristic of the Triennium and the *doceañismo*, to a post-revolutionary liberalism in which progressive and moderate currents dominated Spanish political life, marginalizing the sectors that demanded a democratic course of the institutions of the liberal State. Most of the influential personalities of the liberalism became without any doubts more moderate over the course of their exile, but not only due to that. One has to consider other influences, among them the generational and personal contacts and networks in which they were inserted. It is useful to take into account the reflections made by Juan Pan-Montojo regarding Álvaro Flórez Estrada: "the political visions in conflict did not experience a lineal course from a dialectics liberalism-absolutism that ended up coexisting, until it was almost replaced by it, with another dialectics *moderación-exaltación/progresismo*" (...) The intellectual and political paths of those that ended up being known as liberals were particularly plural and complex and the axis conservatism-progress was often transformed as a result".²³

According to the traditional interpretation of the relation between exile and liberalism in Spain, Spanish liberalism toned down as a result of the experience of exile and through the contact in Europe with moderate and doctrinary Liberalism. However, if we examine the experience of the exiles in detail, the issue seems to be much more complex. Some of them, as Ramón Ceruti, did indeed began to defend moderate liberalism after his return to Spain, but he in particular had made acquaintance with the most radical republicanism and federalism when abroad. Flórez Estrada, despite his political activism in exile, his contacts with Spanish American republicans and his sizing up the possibility of leaving the Spanish *patria*, also ended up in the ranks of moderantism. On the contrary, several of those who had adopted a moderate stance during the Triennium and in exile, such as Agustín Argüelles and José María Calatrava,

²³ PAN-MONTOJO, Juan, "Álvaro Flórez Estrada: el otro Liberalismo", in Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel (eds.), *Liberales eminentes*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2008, pp. 43-76, citas en pp. 75-76.

became part of progressivism. And, of course, there were some who preserved more or less constant opinions and attitudes, like the count de Toreno. In general, it is impossible to establish a “coherent” pattern of ideological evolution of the Spanish exiles, or establish clear continuity between exalted and moderate liberalism of the Triennium, on the one hand, and the progressive and moderate currents of the Isabeline period. The experience of exile was another ingredient in a complex political evolution that headed in multiple ways and had ambiguous results. The liberals of the Isabeline period were aware of this diversity, and aspired to gather the heterogeneous liberal traditions shaped by their own complex personal trajectories, and bring them together in a post-revolutionary Liberalism that would unite all against the Carlist threat. In March 1835, Toreno, for whom “there were few who stayed firm and constant in the same opinion since the year 8”, demanded “forgetfulness and unity with regards to the past [and] a terrible war against don Carlos”.²⁴ The confrontation between revolution and counterrevolution continued to shape Spanish history as well as the history of Europe, during the following decades. In this context, the exile could not cease to be a substantial phenomenon of political development.

²⁴ 27 March 1835, DSC, *Estamento de Procuradores. Legislatura de 1834-1835, t. III, p. 2041*, quoted by Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA, *El conde de Toreno, 1786-1843. Biografía de un liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2005p. 174.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

ARCHIVOS

Archivo General de Simancas (AGS)

Estado:

AGS, Estado, leg. 8176
AGS, Estado, leg. 8177
AGS, Estado, leg. 8179
AGS, Estado, leg. 8180
AGS, Estado, leg. 8181
AGS, Estado, leg. 8189

Archivo General del Palacio Real, Madrid (AGP)

Archivo Reservado de Fernando VII

AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 13
AGP, Archivo Reservado de Fernando VII, tomo 16
AGP, Papeles Reservados de Fernando VII, tomo 17

Archivo Histórico Nacional, Madrid (AHN)

Estado:

AHN, Estado, leg. 3135
AHN, Estado, leg. 3075
AHN, Estado, leg. 3076
AHN, Estado, leg. 4503 (1)
AHN, Estado, leg. 3043
AHN, Estado, leg. 5244
AHN, Estado, leg. 5563
AHN, Estado, leg. 5641 (1)
AHN, Estado, leg. 5650
AHN, Estado, leg. 6175 (2)
AHN, Estado, leg. 6802
AHN, Estado, leg. 6219

Archives Nationales de France, Paris (ANF)

F⁷ Police Général:

ANF, F⁷ 6641
ANF, F⁷ 6642
ANF, F⁷ 6665
ANF, F⁷ 6748
ANF, F⁷ 6758
ANF, F⁷ 9757

ANF, F⁷ 11981
ANF, F⁷ 11994
ANF, F⁷ 12002
ANF, F⁷ 12102
ANF, F⁷ 12105

Série C, Archives des Assemblées Nationales, Monarchie de Juillet: Chambre des Députés (1830-1848)

ANF, C 749

Archives Privés

ANF, AP 271, 4. Papeles de Odillon Barrot

Archive du Ministère Des Affaires Étrangères, Archives Diplomatiques, Paris (AMAEF)

Mémoires et Documents

AMAEF, Mémoires et Documents, Espagne, vol. 147
AMAEF, Mémoires et Documents, Espagne, vol. 212
AMAEF, Mémoires et Documents, Espagne, vol. 383
AMAEF, Mémoires et Documents, Espagne, vol. 385
AMAEF, Mémoires et Documents, France, vol. 723
AMAEF, Mémoires et Documents, France, vol. 724
AMAEF, Mémoires et Documents, France, vol. 725

Biblioteca Nacional de España, Madrid (BNE)

Manuscritos

Copia literal de los informes pedidos a varios sujetos con fecha de 21 de mayo de 1814 para poder en su virtud formar cargos a los diputados presos desde 10 del mismo mes, por no hallarse noticia ni documento alguno contra los dichos, ni en las secretarías del Despacho ni entre los papeles que al tiempo de su arresto fueron sorprendidos a los mismos según consta del informe dado por los jueces de policía que también va inserto y Memorial de cargos contra diputados y otras personas, formado por el licenciado Antonio María de Segovia, BNE, MSS 12463.

British Library, Londres (BL)

Manuscripts:

BL, MSS 27937
BL, MMS 30110
BL, MMS 30136
BL, MMS 30111
BL, MMS 30103
BL, MSS 36460
BL, MSS 57449

PRENSA

American Federalist
Columbian Centinel
Baltimore Patriot
Connecticut Mirror
Diario de Madrid
Easter Angus

El Ciudadano del Mundo
El Español Constitucional o Miscelánea de Política, Ciencias, Artes y Literatura
El Europeo. Periódico de ciencias, artes y literatura
El Iris
El Mercurio de Veracruz
El Observador Español
El Precursor
El Redactor
El Zurriago
Gaceta de Madrid
La Ruche d'Aquitaine
Mercure de France
New York Evening Post
New-Hampshire Sentinel
Providence Patrio
Richmond Enquirer
The American Daily Advertiser
The Essex Register
The National Gazette and Literary Register
The Portsmouth Journal of Literature and Politics

COLECCIONES LEGISLATIVAS

Bulletin de Lois de la République, París, Imprimerie de le République, Germinal an VI, Bulletin nº 154.

Collection Complète des Lois, Décrets, Ordonnances, Réglements et avis du Conseil-d'État...par J. B. Duvergier, París, Guyot et Scribe, tomo 24.

Circulares de la Junta Provisional de Gobierno de España e Indias, Madrid, Imprenta Real, 1823.

Colección de los decretos y órdenes que han expedido las Cortes ordinarias desde 25 de septiembre de 1813, día de su instalación, hasta 11 de mayo de 1814, en que fueron disueltas, t. V, Madrid, Imprenta Nacional, 1820.

Decretos del Rey don Fernando VII. Año primero de su restitución al Trono de las Españas. Se refieren todas las reales resoluciones generales que se han expedido por los diferentes ministerios y consejos desde 4 de mayo de 1814 hasta fin de diciembre de igual año. Por don Fermín Martín de Balmaseda, t. I, Madrid, Imprenta Real, 1816.

Decretos del Rey Don Fernando VII. Año segundo de su restitución al trono de las Españas. Se refieren todas las reales resoluciones generales que se han expedido por los diferentes ministerios y consejos en todo el año de 1815. Por don Fermín Martín de Balmaseda, t. II, Madrid, Imprenta Real, 1819.

Decretos del Rey Don Fernando VII. Año tercero de su restitución al trono de las Españas. Se refieren todas las reales resoluciones generales que se han expedido por los diferentes ministerios y consejos en todo el año de 1816. Por don Fermín Martín de Balmaseda, t. III, Madrid, Imprenta Real, 1817.

Decretos del Rey nuestro Señor don Fernando VII y reales órdenes, resoluciones y reglamentos generales expedidos por las secretarías del despacho universal y consejos de S. M. en los seis meses contados desde 1º de enero hasta fin de junio de 1824, por Don Josef María de Nieva, tomo octavo, Madrid, Imprenta Real, 1824.

Decretos del Rey Fernando VII, por Don Josef María de Nieva, tomo XV, Madrid, Imprenta Real, 1830, y Tomo XVI, Madrid, Imprenta Real, 1831.

Decretos y resoluciones de la junta provisional, Regencia del reino y los expedidos por su magestad desde que fue libre del tiránico poder revolucionario, comprensivo al año de 1823. Por don Fermín Martín de Balmaseda, tomo VII, Madrid, Imprenta Real, 1824.

Real Cedula de S. M. y Señores del Consejo por la cual se declara las personas que pueden volver a España de las que siguieron al Gobierno intruso en su retirada a Francia, aplicación que ha de hacerse de los bienes que las correspondieron, y modo con que debe procederse en este negocio, con lo demás que se expresa, Madrid, Imprenta Real, 1818.

Colección oficial de las Leyes, Reales disposiciones, y circulares de interés general, espedidas por el rey don Fernando VII y por las Cortes en el año de 1820 por don Juan Muñiz Miranda, Madrid, Imprenta de José Morales, 1853.

Colección de los decretos y órdenes generales de la primera legislatura de las Cortes ordinarias de 1820 y 1821, desde 6 de julio hasta 9 de noviembre de 1820, Madrid, Imprenta Nacional, 1821.

Diario de Sesiones de las Cortes Generales y Extraordinarias, Cádiz, 1811.

Diario de Sesiones de las Cortes, Legislatura de 1820, Tomo II y Diario de Sesiones, legislatura extraordinaria, Madrid, Imprenta de J. A. García.

Hansard, House of Commons, vols. 8, 10.

OTRAS FUENTES IMPRESAS

A Memoir of John Cartwright, the Reformer: with a likeness of that honest and consistent patriot, London, Printed by Mills, Jowett, and Mills, Bolt-court, Fleet-street, 1831.

ALCALÁ GALIANO, Antonio, *An introductory lecture delivered by A. A. Galiano on Saturday, November 15, 1828*, by Don Antonio Alcalá Galiano, Professor of the Spanish Language and Literature, printed for John Taylor, Bookseller and Publisher to the University of London, 30, Upper Gower Street, Londres, 1828.

ALCALÁ GALIANO, Antonio, *Recuerdos de un anciano*, en *Obras Escogidas de D. Antonio Alcalá Galiano*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles-Ediciones Atlas, 1955.

Aperçu historique sur les emprunts contractés par l'Espagne de 1820 à 1834. Par X. T., ex-employé de la caisse royale d'amortissement d'Espagne, París, Dépôt Central de la Librairie, 1834.

BLANCO-WHITE, José María, *Antología de obras en español* (ed. de Vicente Llorens), Barcelona, Labor, 1971.

BLAQUIERE, Edward, "Introduction", a Conde Pecchio, *Anecdotes of the Spanish and Portuguese Revolutions*, Londres, Whittaker, 1823.

BLAQUIERE, Edward, *An historical Review of the Spanish Revolution, including some account of Religion, manners and literature in Spain*, Londres, 1822.

BLAQUIERE, Edward, *The Greek Revolution. Its Origin and Progress*, Londres, Whittaker, 1824.

BUSTAMANTE, Carlos María *Resumen histórico de la Revolución de los Estados Unidos Mejicanos; sacado del "Cuadro Histórico" que en forma de cartas escribió el Lic. D. Carlos María Bustamante, i ordenado en cuatro libros, por D. Pablo de Mendíbil*, Londres, Ackermann, 1828.

CANGA ARGÜELLES, José, *Breve respuesta a la representación de los comerciantes de Londres y a varios artículos depresivos del honor del monarca español, insertos en el periódico "El Times", sobre el reconocimiento de la independencia de las Américas españolas*, Londres, Calero, 1829.

CARLYLE, Thomas, *The Life of John Sterling*, Londres, Chapman and Hall, s. f.,
Carta del amigo de andar derecho, a su correspondencia Don Silencio, Impreso en la oficina de D, Mariano Ontiveros, calle del Espíritu Santo, año de 1820.

Cartas de un americano sobre las ventajas de los gobiernos republicanos federativos, Londres, Imprenta Española de M. Calero, 1826.

Cartas sobre la educación del bello sexo, por una señora americana, Londres, los publica R. Ackermann en su Repositorio de Artes, n° 101 Strand. Impreso por Carlos Wood, Poppin's Court, Fleet Street.

CARTWRIGHT, John, *Diálogo político entre un italiano, un español, un francés, un alemán, y un inglés. Escrito en este último idioma por Juan Cartwright, y traducido del mismo al español por un apasionado suyo*, Londres, en la imprenta de R. Taylor, Shoe-lane, 1825.

Catalogue Ackermann, publisher of Books and Prints and superfine Water Colour Manufacturer to his Majesty, Londres, Repository of Arts, 1830.

Catecismo de geografía o introducción al conocimiento del mundo y de sus habitantes, Londres, publicado por R. Ackermann. Repositorio de Artes, 101, Strand, impreso por Carlos Wood, Poppin's Court, Fleet Street, sin fecha).

CONDORCET, *La Influencia de la Revolución de América sobre Europa*, Traducción de T. Ruiz Ibarlucea, Elevación, Buenos Aires, (1945) [1786].

CONSTANT, Benjamin, *Discours de M. Benjamin Constant á la Chambre des Députés. Tome second*, París, Ambroise Dupont et compaigne / J. Pinard, 1828.

CONSTANT, Benjamin, *Escritos políticos*, edición de María Luisa Sánchez-Mejía, Madrid, CEPC, 1989.

DE MIER, Servando Teresa, *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac*, Londres, Imprenta de Guillermo Glindon. Publicada con el pseudónimo José Guerra.

DE MIER, Servando Teresa, *Memorias*, 2 vols, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1946.

DE URCULLU, José, *Catecismo de Retórica*, Londres, lo publica R. Ackermann, No 101 Strand, y en su establecimiento en Megico; asimismo en Colombia, en Buenos Ayres, Chile, Perú y Guatemala, Impreso por Carlos Wood, Poppin's Court, Fleet Street, 1826.

DE URCULLU, José, *Catecismo de Historia Natural*, Londres publicado por R. Ackermann, 101 Strand, y se vende en Megico, Colombia, en Buenos-Ayres, Chile, Perú y Guatemala, sin fecha, Londres, Impreso por W. Clowes, Northumberland court.

DE URCULLU, José, *Catecismo de Mitología*, Londres, publicado por R. Ackermann. Repositorio de artes 101, Strand, y en Megico, Impreso por Carlos Wood, Poppin's Court, Fleet Street, sin fecha.

DE URCULLU, José, *Lecciones de moral, virtud, y urbanidad*, cuarta edición, Londres, en casa de Ackermann y Compañía, 96, Strand, 1839, en la imprenta de Carlos Wood, Poppin's Court, Fleet Street,

Dei Processi e delle Sentenze contra gli imputati di Lesa-Maestà e di aderenza alle Sette proscritte negli Stati di Modena, per Roberto Torres, Reggente la Stamperia dell'Universal; E si trova in tutii i Paesi liberi, Madrid, 1823.

Discurso pronunciado por el General Inglés Sir Roberto Wilson el día 4 de mayo de 1823, al frente de la Milicia Nacional Local de Vigo, al tiempo de ser alistado en ella, y antes de prestar juramento de fidelidad, Vigo, Imprenta de Arza, 1823.

Documentos a los que se hace referencia en los Apuntes histórico-críticos sobre la revolución de España por el Marqués de Miraflores, Londres, Ricardo Taylor, 1834.

ESPOZ Y MINA, Francisco, *Memorias del General don Francisco Espoz y Mina, escritas por él mismo, publícalas su viuda Doña Juana María de Vega, condesa de Espoz y Mina*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1851.

FLÓREZ ESTRADA, Álvaro y CALATRAVA, José María, *Carta del Excelentísimo Señor D. José María Calatrava, a los Editores del Español-Constitucional y la Contextación que por encargo de estos ha dado Don Álvaro Flórez Estrada*, Londres, 1825.

FLÓREZ ESTRADA, Álvaro, *Carta dirigida al Rey desde Londres por Don Álvaro Flores Estrada*, Madrid, Imprenta de Vega y Compañía, 1820; Méjico, reimpreso en la oficina de Don Alejandro Valdés, 1820.

FLÓREZ ESTRADA, Álvaro, *Examen imparcial de las disensiones de la América con la España, de los medios de su reconciliación, y de la prosperidad de todas las naciones*, Cádiz, 1812.

FLÓREZ ESTRADA, Álvaro, *Representación hecha a S. M. C. el señor D. Fernando VII en defensa de las Cortes por D. Álvaro Flórez Estrada, impresa en Londres en 1818, y reimpressa después varias veces*, Madrid, Imprenta de Villalpando, 1820.

La balanza de Astrea. Prevenciones políticas que hace a sus compatriotas el Representante por Querétaro en la Excm. Diputación provincial de México, México, en la oficina de D. Juan Bautista de Arizpe 1820.

LATIMER, Elizabeth Wormeley, *Spain in the nineteenth century*, Chicago, A. C. McClurg, 1897.

LAUMIER, Ch., *Histoire de la révolution d'Espagne en 1820, précédé d'un aperçu du règne de Ferdinand VII, depuis 1814, et d'un précis de la révolution de l'Amérique du Sud*, París, Plancher/Lemonnier, 1820.

LAVALETTE, Conde, *Mémoires et souvenirs du Comte Lavallette*, París, Fournier, 1831.

LE BRUN, Carlos *Vida de Fernando VII*, Filadelfia, s.i. 1826.

LE BRUN, Carlos, *Retratos políticos de la revolución de España o de los principales personajes que han jugado en ella*, Filadelfia, s.i., 1826.

Manifiesto que los amantes de la monarquía hacen a la Nación de España, a las vecinas potencias y a sus soberanos, impreso en Francia en 1822, por cuenta de Mataflorida, 2ª ed. Madrid, 1823

MARCHENA, José, *Obra española en prosa (Historia, política, literatura)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990.

MARLIANI, Manuel, *Historia política de la España Moderna*, Barcelona, Imprenta de Antonio Bergnes, 1840.

MARTÍNEZ MARINA, Francisco, *Obras escogidas de don Francisco Martínez Marina*, edición de José Martínez Cardos, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1968.

MEJÍA, Félix, *Encíclica del Papa León XII en auxilio del tirano de España Fernando VII, con una disertación en sentido opuesto por Félix Megia*, Filadelfia, 1826.

MEJÍA, Félix, *Lafayette in Mount Vernon*, Filadelfia, imprenta de Stabely y Brighurst, 1825 (traducida al inglés por Chauncey Bulkley).

MEJÍA, Félix, *No hay unión con los tiranos. Morirá quien lo pretenda, ó sea La muerte de Riego y España entre cadenas*, Filadelfia, imprenta de Stavely y Brighurst, 1824 (reeditado en 1825 en la ciudad de México por Juan Cabrera).

MEJÍA, Félix, *Pizarro o los Peruanos*, Filadelfia, imprenta de Stavely y Brighurst, 1824.

MEJÍA, Félix, *Salus reipublicae suprema lex esto*, Guatemala, Imprenta de la Unión, 1827.

MILLER, John, *Memorias del general Miller al servicio de la república del Perú, escritas en inglés por Mr. John Miller, y traducidas al castellano por el general Torrijos, amigo de ambos*, Londres, Longman et al., 1829.

MORALES Benigno, *Carta de Benigno Morales a Félix Mejía*, Filadelfia, 1825 (edición facsímil del Instituto de Estudios Almerienses, 1996).

PEPE, G., *Memoirs of general Pépé, comprising the principal military and political events of modern Italy, written by himself*, Londres, Richard Bentley, 1846.

PRESCOTT, William H., *History of the reign of Ferdinand and Isabella, the Catholic*, París, Baudry's European Library, 1842.

QUINTANA, Manuel José, *Cartas a lord Holland sobre los sucesos políticos de España en la segunda época constitucional*, Madrid, Rivadeneyra, 1853.

Relation exacte et complète de tous les événements qui se sont passés à Paris dans les journées des 5 et 6 juin 1832, París, Imprimerie de Chaigneau, sin fecha.

Relation historique des obsèques de M. Manuel, París, 1827, obra escrita por Laffite, La Fayette, Mignet y el hermano de Manuel.

ROCAFUERTE, Vicente, *Ideas necesarias a todo pueblo americano independiente que quiera ser libre*, Filadelfia, D. Huntington. T. & W. Mercein.

ROTALDE, *Exposé à la France sur la conduite de son Gouvernement à égard des émigrés espagnols*, París, Imprinta de Auguste Mie, 1831.

SEPÚLVEDA, César, ed., *Cartas autógrafas de y para José Cecilio del Valle*, Ciudad de México, Porrúa, 1978

The Correspondence of Jeremy Bentham. Vol. 9, January 1817 to June 1820, ed. Stephen Conway, Oxford, Clarendon Press, 1989.

TORENO, Conde de, *Noticia de los principales sucesos ocurridos en el gobierno de España, desde el momento de la insurrección en 1808, hasta la disolución de las Cortes ordinarias en 1814; por un español residente en París*, Barcelona y Girona, Librería de Narciso Oliva-Imprinta de A. Oliva, 1820.

TORENO, Conde de, *Noticia sobre los principales sucesos ocurridos en el gobierno de España, desde el momento de la insurrección de 1808 hasta la disolución de las Cortes Ordinarias en 1814, por un español residente en París*, París, P. N. Rougeron en 1820.

VARELA, Félix, *El Habanero. Papel político, científico y literario*, Miami, Ediciones Universal, 1997.

VILLANUEVA, Joaquín Lorenzo, *Apuntes sobre el arresto de los vocales de Cortes, egecutado en mayo de 1814 escritos en la cárcel de La Corona por el diputado Villanueva, uno de los presos*, Madrid, Imprinta especial de las Cortes-Don Diego García y Campoy y Compañía, 1820.

VILLANUEVA, Joaquín Lorenzo, *Vida literaria de Don Joaquín Lorenzo Villanueva, memoria de sus escritos y de sus opiniones eclesiásticas y políticas, y de algunos sucesos notables de su tiempo*, Londres, Macintosh, 1825.

ZÚÑIGA, Neptalí (ed.), *Colección Rocafuerte. Volumen 1. Perfiles y Perennidad*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1947.

BIBLIOGRAFÍA

ADELMAN, Jeremy, "An Age of Imperial Revolutions", en *The American Historical Review* 113, nº 2, 2008, pp. 319-340.

ADELMAN, Jeremy, *Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic*, Princeton, Princeton University Press, 2006.

AGUILAR, José Antonio y ROJAS, Rafael, *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, México, FCE/CIDE, 2002.

AGUILAR, María Jesús, *La imagen del Trienio Liberal en Asturias*, Oviedo, 1999.

AGUILERA RIVERA, J. A.: *En pos de la quimera. Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico*, Ciudad de México, FCE, 2000.

ALARCÓN SIERRA, Rafael, "Las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* de Leandro Fernández de Moratín: libro de viajes y fundación de una escritura moderna", en *Bulletin Hispanique*, tomo 19, nº 1, 2007, pp. 157-186.

ALCALÁ GALIANO, Antonio, *Recuerdos de un anciano*, en *Obras Escogidas de D. Antonio Alcalá Galiano*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles-Ediciones Atlas, 1955.

ALEXANDER, Robert S., "Napoleon Bonaparte and the French Revolution", en Pamela M. Pilbeam (ed.), *Themes in Modern European History, 1780-1830*, Londres, Routledge, 1995, pp. 40-64.

ALEXANDER, Robert S., *Bonapartism and revolutionary tradition in France. The fédérés of 1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

ALONSO BAQUER, Miguel, *El modelo español de pronunciamiento*, Madrid, Rialp, 1983.

ÁLVAREZ JUNCO, José, "'Los amantes de la libertad': la cultura republicana española a principios del siglo XX", en N. Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza 1994, p. 279.

ÁLVAREZ JUNCO, José, "A vueltas con la revolución burguesa", en *Zona Abierta*, 36-37, 1985, pp. 81-106.

ÁLVAREZ JUNCO, José, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

ANNINO, Antonio y ROJAS, Rafael, *La independencia. Los libros de la patria*, México, FCE/CIDE, 2008.

ANNINO, Antonio, "El Jano bifronte: los pueblos y los orígenes del liberalismo mexicano", en Leticia Reina y Elisa Servín (coords.), *Crisis, Reforma y Revolución. México: historias de fin de siglo*, México, Conaculta/INAH, 2002, pp. 209-251.

ANNINO, Antonio, "Pueblos, liberalismo y nación en México", en François-Xavier Guerra y Antonio Annino (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica, siglo XIX*, Mexico, FCE, 2003.

ANNINO, Antonio, y GUERRA, François-Xavier, *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

APPLEBY, Joyce, *Capitalism and a New Social Order: The Republican Vision of the 1790s*, Nueva York, New York University Press, 1984.

APPLEBY, Joyce, *Inheriting the revolution. The first generation of Americans*, Cambridge, Mass. y Londres, The Belknap Press of Harvard University Press, 2000.

- APPLEBY, Joyce, *Liberalism and Republicanism in the Historical Imagination*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1992.
- APRILE, Sylvie, *Le siècle des exilés. Bannis et proscrits de 1789 à la Commune*, París, CNRS, 2010.
- ARAGÓN GÓMEZ, Jaime, “El alojamiento en San Fernando para las tropas de Ultramar (1817-1820)”, en Gonzalo Butrón Prida y Alberto Ramos Santana (eds.), *Intervención exterior y crisis del Antiguo Régimen en España*, Huelva, Universidad de Huelva, 2000, pp. 149-163.
- ARMITAGE, David, “Tres conceptos de historia atlántica”, en *Revista de Occidente*, nº 281, octubre 2004, pp. 7-28.
- ARNABAT MATA, Ramon, “Repressió liberal i restauració de la monarquia absoluta (La postguerra de 1823-1824)”, en *Segón Congrés Recerques. Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*, Lleida, Associació Recerques, Pagès, 2002-2005, pp. 422-440.
- ARNABAT MATA, Ramon, *La revolució de 1820 i el Trienni Liberal a Catalunya*, Vic, Eumo, 2001.
- ARNABAT, Ramon, *Visca el rei i la religió! La primera guerra civil de la Catalunya contemporània (1820-1823)*, Lleida, Pagès, 2006.
- ARTOLA, Miguel, *Antiguo Régimen y revolución liberal*, Barcelona, Ariel, 1978.
- ARTOLA, Miguel, *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa, 1999.
- ARTOLA, Miguel, *Los afrancesados*, Madrid, Turner, 1976.
- ARTOLA, Miguel, *Los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1959.
- ARTOLA, Miguel, *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*, Madrid, Alianza, 1974.
- ATHANASSOGLU-KALLMYER, Nina, *French images from the Greek War of Independence. Art and politics under the Restoration*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1989.
- ÁVILA Alfredo, “El Partido Popular en México”, en *Historia y política*, nº 11, 2004, pp. 35-64.
- ÁVILA, Alfredo y PÉREZ HERRERO, Pedro (eds.), *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas / Universidad de Alcalá-Instituto de Estudios Latinoamericanos, 2008.
- ÁVILA, Alfredo, “El pensamiento republicano hasta 1823”, en J. A. AGUILAR RIVERA, *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, Ciudad de México, FCE, 2002, pp. 313-350.
- ÁVILA, Alfredo, “Las revoluciones hispanoamericanas vistas desde el siglo XXI”, en *Revista de Historia Iberoamericana* [en línea] nº 1, 2008, pp 4-34.
- ÁVILA, Alfredo, “República-México”, en Javier Fernández Sebastián (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, cita del *Despertador Americano*, 20-XII-1810, en p. 1334.
- ÁVILA, Alfredo, *Para la libertad. Los republicanos en tiempos del imperio*, México, UNAM, 2004.
- AYMES, Jean-René, “Españoles en Francia (1789-1823): contactos ideológicos a través de la deportación y del exilio”, en *Trienio*, nº 10, 1987, pp. 3-26.
- AYMES, Jean-René, “La opinión francesa hostil a la intervención de 1823”, en Gonzalo Butrón Prida y Alberto Ramos Santana (eds.), *Intervención exterior y crisis del Antiguo Régimen en España*, Huelva, 2000, pp. 217-237.
- AYMES, Jean-René, *Españoles en París en la época romántica, 1808-1848*, Madrid, Alianza, 2008.

AYMES, Jean-René, *La crise de l'Ancien Régime et l'avènement du libéralisme en Espagne (1808-1833). Essai d'histoire politico-culturelle*, París, Ellipses, 2005.

AYMES, Jean-René, *Los españoles en Francia, 1808-1814. La deportación bajo el Primer Imperio*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

AYZAGAR, Javier, "República", en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES (eds.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002.

BAILYN, Bernard y CLIVE, John, "England's Cultural Provinces: Scotland and America", en *William and Mary Quarterly*, 3ª ser. II, 1954, pp. 200-213.

BAILYN, Bernard, *Atlantic History. Concept and Contours*, Cambridge, Mass. Harvard University Press, 2005.

BAILYN, Bernard, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1967.

BAKER, Keith Michael, "El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa", en *Ayer*, nº 62, 2006, pp. 89-110.

BANNING, Lance, *The Jeffersonian Persuasion: Evolution of a Party Ideology*, Ithaca, Cornell University Press, 1978.

BARAU, Denys, *La Cause des Grecs. Une histoire du mouvement philhellène (1821-1829)*, París, Honoré Champion, 2009.

BARBASTRO GIL, Luis, "La emigración liberal a Francia: españoles en París (1823-1834) en *Segón Congrés Recerques. Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*, vol.1, Lleida, Associació Recerques, Pagès, 2002, pp. 441-458.

BARBASTRO GIL, Luis, *Los afrancesados: primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)*, Madrid, CSIC/Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993.

BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón, "O xornalismo galego no ciclo da Guerra de Independencia (1808-1815)", p. 197, en Barreiro Fernández (coord.), *O liberalismo nos seus contextos. Un estado da cuestión*, Universidade de Santiago de Compostela, 2008.

BASABE, Nere, *Del Imperio a la federación: la idea de Europa en Francia, 1800-1848*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2010.

BAYLY, C. A., BECKERT, Sven, CONNELLY, Matthew, HOFMEYR, Isabel, KOZOL, Wendy y SEED, Patricia, "AHR Conversation: On Transnational History", en *American Historical Review*, vol. 111, nº 5, 2006, pp. 1440-1464.

BAYLY, C. A., *Imperial Meridian. The British Empire and the World, 1780-1830*, Londres y Nueva York, Longman, 1990.

BEARD, Charles A., *An economic interpretation of the Constitution*, Nueva York, The Macmillan Company, 1913.

BEAUVOIS, Daniel, *La Pologne: histoire, société, culture*, París, La Martinière, 2004.

BEN-AMOS, Avner, *Funerals, politics and memory in modern France, 1789-1996*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

BENSON, Nettie Lee, *La diputación provincial y el federalismo mexicano*, México, El Colegio de México, 1955.

BENSON, Nettie Lee, *Mexico and the Spanish Cortes*, Austin, University of Texas Press, 1966.

BERRUEZO María Teresa, *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra. 1800-1830*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1989.

BERSTEIN, Serge, “La culture politique”, en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli (dirs.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997.

BERSTEIN, Serge, “Nature et fonction des cultures politiques”, en Serge Berstein (dir.), *Les cultures politiques en France*, París, Seuil, 2003.

BISTARELLI, A., “Vivere il moto spagnolo. Gli esiliati italiani in Catalogna durante il Triennio Liberale” (I) y (II), en *Trienio* n° 32 y 33 (1998 y 1999).

BITRÁN GOREN, Yael, “Servando Teresa de Mier”, en Virginia Guedea (ed.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, Ciudad de México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, pp. 65-91.

BLACKBOURN, David, *History of Germany, 1780-1918. The Long Nineteenth Century*, Malden, Mass. Blackwell, 2003.

Blanca E. BULDAIN JACA, *Régimen político y preparación de Cortes en 1820*, Madrid, Publicaciones del Congreso de los Diputados, 1988.

BLANCO VALDÉS, Roberto, *Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal, 1808-1823*, Madrid, Siglo XXI, 1988.

BLAUFARB, Rafe, “The Western Question. The Geopolitics of Latin American Independence”, en *American Historical Review*, vol. 112, n° 3, junio 2007, pp. 742-763.

BLAUFARB, Rafe, *Bonapartists in the borderlands: French exiles and refugees on the Gulf Coast, 1815-1835*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2005.

BOTANA, Natalio R., *La tradición política republicana: Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.

BOTELLA, Joan, “En torno al concepto de cultura política: dificultades y recursos”, en Pilar del Castillo e Ismael Crespo (eds.), *Cultura política*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1997.

BOUSSAGOL, G., *Angel de Saavedra, duc de Rivas. Sa vie, son oeuvre poétique*, Toulouse, E. Privat, 1926.

BRADING, David, “El republicanismo clásico y el patriotismo criollo. Simón Bolívar y la revolución hispanoamericana”, en su *Mito y profecía en la historia de México*, México, Vuelta, 1989, pp. 78-111.

BRANCATO, Aquino Braz, *Don Pedro I de Brasil, posible rey de España. Una conspiración liberal*, Porto Alegre, EDIPUCRS, 1999.

BREEN, T. H., *The Marketplace of Revolution. How consumer politics shaped American Independence*, Nueva York, Oxford University Press, 2004.

BREÑA, Roberto, (ed.), *En el umbral de las revoluciones hispánicas: el bienio 1808-1810*, Ciudad de México y Madrid, El Colegio de México y Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.

BREÑA, Roberto, “Ideas, acontecimientos y prácticas políticas en las revoluciones hispánicas” en Alfredo Ávila y Pedro Pérez Herrero (compiladores), *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad de Alcalá-Instituto de Estudios Latinoamericanos, 2008, pp. 135-145.

BREÑA, Roberto, “Las independencias americanas, la revolución española y el enfoque atlántico” en Breña (coord.), *Iberoamérica en 1810: emancipación, autonomía y lealtad*, *Historia y Política* n° 24, 2010.

BREÑA, Roberto, *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824. Una revisión historiográfica*, México, El Colegio de México, 2006.

BRENNECKE, Christiana, “Internacionalismo liberal, romanticismo y sed de aventuras. La oposición inglesa y la causa de España en los años veinte del s. XIX”, en *Segón Congrès Recerques. Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*, vol. 1, Lleida, Associació Recerques, Pagès, 2002, pp.459-474.

BRENNECKE, Christiana, *Von Cádiz nach London. Spanischer Liberalismus im Spannungsfeld von nationaler Selbstbestimmung, Internationalität und Exil (1820–1833)*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2010.

BREWER, David, *The Flame of Freedom. The Greek War of Independence*, John Murray, Londres, 2001.

BREWER, John, “Commercialization and politics”, en Neil McKendrick, John Brewer, J. H. Plumb, *The Birth of a Consumer Society. The commercialization of eighteenth-century England*, Londres, Hutchinson, 1983, pp. 197-262.

BROERS, Michael, “The Restoration in Piedmont-Sardinia, 1814-1848: Variations of Reaction”, en David Laven y Lucy Riall (eds.), *Napoleon's legacy: problems of government in Restoration Europe*, Berg, Oxford, 2000, pp. 151-164.

BROWN, Mark, “The Comité Franco-Polonais and the French reaction to the Polish uprising of November 1830”, *English Historical Review*, XCIII (369), 1978, pp. 774-793.

BROWN, Matthew, *Adventuring through Spanish Colonies: Simón Bolívar, Foreign Mercenaries and the Birth of New Nations*, Liverpool, Liverpool University Press, 2006.

BROWNING, Webster, “Joseph Lancaster, James Thomson, and the Lancasterian System of Mutual Instruction, with Special Reference to Hispanic America”, en *Hispanic American Historical Review*, nº 4, 1921, pp. 49-98.

BRUYERE-OSTELLS, Walter, *La Grande armée de la liberté*, París, Tallandier, 2009.

BURDIEL, Isabel y ROMEO, M. C., “Old and New Liberalism: The Making of the Liberal Revolution, 1808-1844”, en *Bulletin of Spanish Studies*, Vol. 75, nº 5, 1998, pp. 65–80.

BURDIEL, Isabel, “Myths of Failure, Myths of Success: New Perspectives on Nineteenth-Century Spanish Liberalism”, en *The Journal of Modern History*, Vol. 70, nº 4, dic. 1998, pp. 892-912.

BUSQUETS, Julio, *Pronunciamientos y golpes de Estado en España*, Barcelona, Planeta, 1982

BUTRÓN PRIDA, Gonzalo, “La represión absolutista y sus límites en el Cádiz ocupado (1823-1824)” en *Segón Congrès Recerques. Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*, Lleida, Associació Recerques, Pagès, 2002-2005, pp. 475-491.

BUTRÓN PRIDA, Gonzalo, *La intervención francesa y la crisis del absolutismo en Cádiz (1823-1828)*, Huelva, Universidad de Huelva, 1998;

BUTRÓN PRIDA, Gonzalo, *La ocupación francesa de España (1823-1828)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1996.

BUTRÓN PRIDA, Gonzalo, *Nuestra Sagrada Causa. El modelo gaditano en la revolución piamontesa de 1821*, Cádiz, Ayuntamiento de Cádiz, 2006.

CABRERA, Miguel Ángel, “La investigación histórica y el concepto de cultura política” en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (eds.), *Culturas políticas. Teoría e historia*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010, pp. 19-85.

CANAL, Jordi (dir.) y CHUST, Manuel (coord.), *España. Crisis imperial e independencia*, Madrid, Fundación Mapfre/ Taurus, 2010.

CANAL, Jordi, “Guerra civil y contrarrevolución en la Europa del sur en el siglo XIX: reflexiones a partir del caso español”, en *Ayer*, nº 55, 2004, pp. 37-60.

CANAL, Jordi, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza, 2000.

CANIZARES ESGUERRA, Jorge, *How to Write the History of the New World. Historiographies, Epistemologies and Identities in the Eighteenth Century Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 2001.

CARLSON, Julie A. “Trying Sheridan’s Pizarro”, en *Texas Studies in Literature and Language*, nº 38, 3/4, 1996.

CARON, Jean-Claude, “Elites républicaines autour de 1830. La Société des Amis du Peuple”, en Michel Vovelle (dir.), *Révolution et République. L’exception française*, París, Kimé, 1994, pp. 498-510.

CARON, Jean-Claude, *Génération romantiques. Les étudiants de Paris et le Quartier Latin (1814-1851)*, París, Armand Colin, 1991.

CARON, Jean-Claude, “La Société des Amis du Peuple”, en *Romantisme*, nº 28-29, 1980, pp. 169-179

CARR, Raymond, *España, 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1969.

CARUSO, Marcelo, “New Schooling and the Invention of a Political Culture: Community Rituals and Meritocracy in Colombian Monitorial Schools, 1821-1842”, en Eugenia Roldán Vera y Marcelo Caruso (eds.), *Imported Modernity in postcolonial state formation. The appropriation of political, educational and cultural models in Nineteenth-Century Latin America*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2007, pp. 277-306.

CASAUS ARZÚ, Marta Elena y ARROYO CALDERÓN, Patricia, “El tiempo de la cultura política en América Latina: una revisión historiográfica”, en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (eds.), *Culturas políticas. Teoría e historia*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010, pp. 133-201.

CASTELLS, Irene, “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal en la lucha contra el Antiguo Régimen español (1823-1831)”, en *Revista de História das Ideias*, vol. 10, 1988, pp. 485-506.

CASTELLS, Irene, “El liberalismo insurreccional español (1815-1833)”, en Xosé Ramón Barreiro Fernández, *O liberalismo nos seus contextos. Un estado da cuestión*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2008, pp. 71-88.

CASTELLS, Irene, “José María Torrijos (1791-1831). Conspirador romántico”, en Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa, 2000, pp. 73-98.

CASTELLS, Irene, “La rivoluzione liberale spagnola nel recente dibattito storiografico”, en *Studi storici*, nº 1, 1995, pp. 127-161.

CASTELLS, Irene, *La utopía insurreccional del liberalismo. Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*, Barcelona, Crítica, 1989.

CASTELLS, Irene, “La resistencia liberal contra el absolutismo fernandino (1814-1833)”, en *Ayer*, 41, 2001, pp. 43-62;

CASTRO ALFÍN, Demetrio, “Orígenes y primeras etapas del republicanismo en España”, en Nigel Townson, *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994.

CEPEDA GÓMEZ, J., *El ejército en la política española (1787-1843). Conspiraciones y pronunciamientos en los comienzos de la España liberal*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1990.

CHARLE, Christophe, *Les intellectuels en Europe au XIX^e siècle*, París, Seuil, 2001.

CHASE, Malcolm, *The People's Farm. English Radical Agrarianism, 1775-1840*, Oxford, Clarendon Press, 1988.

CHRISTIANSEN, Eric, *The Origins of Military Power in Spain, 1800-1854*, Oxford, Oxford University Press, 1967.

Christopher SCHMIDT-NOWARA, *The Conquest of History. Spanish Colonialism and National Histories in the Nineteenth Century*, Pittsburgh, PA, Pittsburgh University Press, 2006.

CHUST Manuel, y SERRANO, José Antonio (eds.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Madrid y Frankfurt am Main, AHILA-Iberoamericana-Vervuert, 2007.

CHUST, Manuel (coord.), *Doceañismos, constituciones e independencias: la Constitución de 1812 y América*, Madrid, Fundación Mapfre, 2006.

CHUST, Manuel, (ed.), *1808. La eclosión juntera en el mundo hispano*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

CHUST, Manuel, "Nación y federación: cuestiones del doceañismo hispano" en M. Chust (ed.), *Federalismo y cuestión federal en España*, Castellón de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2004.

CIRUJANO, Paloma, ELORRIAGA, Teresa y PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868*, Madrid, CSIC, 1985.

CLAPS ARENAS, María Eugenia, "La formación del liberalismo en México. Ramón Ceruti y la prensa yorkina (1825-1830)", Tesis de doctorado, Universidad de Alcalá, 2007.

CLARK, J. C. D., *English society, 1688-1832. Ideology, social structure and political practice during the ancien regime*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

CLOGG, Richard, *Historia de Grecia*, Madrid, Cambridge University Press, 1998.

COBO, Eugenio, "José Joaquín Mora", en *Cuadernos hispanoamericanos*, nº 528, 1994, pp. 105-110.

COCLANIS, Peter A., "Drang Nach Osten: Bernard Bailyn, the World-Island, and the Idea of Atlantic History," en *Journal of World History*, Vol. 13, nº 1, Primavera 2002, pp. 169-182.

CODESAL PÉREZ, Matilde, *La ciudad de Zamora en el Trienio Liberal (1820-1823). Conflictividad sociopolítica en un contexto de crisis*, Ayuntamiento de Zamora-UNED Zamora, 2008.

COLOM GONZÁLEZ, Francisco, "El trono vacío. La imaginación política y la crisis constitucional de la Monarquía Hispánica", en Colom, (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid y Frankfurt am Main, Iberoamericana y Vervuert, 2005, pp. 23-50.

COLOM, Francisco (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, 2005.

COMELLAS, José Luis, *Los realistas en el Trienio Constitucional (1820-1823)*, Pamplona, Estudio General de Navarra, 1958.

COMELLAS, José Luis, *El Trienio Constitucional*, Madrid, Rialp, 1963.

- COMELLAS, José Luis, *Los primeros pronunciamientos en España, 1814-1820*, Madrid, CSIC, 1958.
- COSORES, Nadiezdha, "England and the Spanish Revolution of 1820-1823", en *Trienio*, nº 9, 1987, pp. 39-131.
- COSTELOE, Michael, *Response to Revolution. Imperial Spain and the Spanish American Revolutions, 1810-1840*, Cambridge, University Press, 1986.
- CROSBY, Alfred, *The Columbian exchange: Biological and cultural consequences of 1492*, Westport, Conn. Praeger, 2003 [1972].
- CUBBIT, Geoffrey, *The Jesuit Myth. Conspiracy Theory and Politics in Nineteenth-Century France*, Oxford, Clarendon Press, 1993.
- DAKIN, Douglas, *British and American Philhellenes during the war of Greek independence*, Tesalónica, Institute for Balkan studies, 1955.
- DAKIN, Douglas, *The Greek Struggle for Independence: 1821-1833*, Londres, B. T. Batsford, 1973.
- DAVIES, Michael T. y PICKERING, Paul A. (eds.), *Unrespectable radicals? Popular Politics in the Age of Reform*, Aldershot, Ashgate, 2007.
- DAVIES, Norman, *God's Playground. A History of Poland. Vol. II, 1795 to the present*, Oxford, Clarendon Press, 1986.
- DAVIS, John A., *Naples and Napoleon: Southern Italy and the European revolutions (1780-1860)*, Oxford, Oxford University Press, 2006.
- DAWSON, Frank Griffith, *The First Latin America Debt Crisis. The City of London and the 1822-25 Loan Bubble*, Yale University Press, 1990.
- DE AMUNÁTEGUI, Miguel Luis, *Don José Joaquín Mora: apuntes biográficos*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1888.
- DE BERTIER DE SAUVIGNY, Guillaume, *La Restauration*, París, Flammarion, 1974.
- DE BERTIER DE SAUVIGNY, Guillaume, *Metternich*, París, Fayard, 1998.
- DE CASTRO, Concepción, *Romanticismo, periodismo y política. Andrés Borego*, Madrid, Tecnos, 1975.
- DE DIEGO ROMERO, Javier, "El concepto de 'cultura política' en ciencia política y sus implicaciones para la historia", en *Ayer*, nº 61, 2006, pp. 233-266.
- DE DIEGO ROMERO, Javier, *Imaginar la república. La cultura política del republicanismo español, 1876-1908*, Madrid, CEPC, 2008.
- DE FORONDA, Valentín, *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política y sobre las leyes criminales*, estudio preliminar de José Manuel Barrenechea, Vitoria, C. A. P. V. / Dpto. de Economía y Hacienda, 1994.
- DE FRANCESCO, Antonino, "La constitución de Cádiz en Nápoles", en J. M^a Iñurrategui y J. M^a Portillo Valdés (eds.), *Constitución en España: orígenes y destinos*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998, pp. 273-286.
- DE LA GUARDIA HERRERO Carmen, "El lenguaje republicano en el primer liberalismo español", en *Ayer en discusión. Temas claves de Historia Contemporánea hoy. IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, publicación en CD.

DE LA GUARDIA HERRERO, Carmen, “La Revolución americana y el primer parlamentarismo español”, en *Revista de Estudios políticos*, nº 93 Julio-Septiembre 1996. pp. 205-218.

DE LA GUARDIA HERRERO, Carmen, “Republicanism, Federalism and Territorial Expansion in the United States”, en Cornelis A. van Minnen y Sylvia L. Hilton (eds.), *Frontiers and Boundaries in U. S. History*, Amsterdam, VU University Press, 2004, pp. 53-69.

DE UNAMUNO, Miguel, “Juicio político de D. Miguel de Unamuno sobre el liberalismo”, introducción a Eugenia Astur, *Riego. Estudio histórico-político de la revolución del año veinte*, Oviedo, Escuela Tipográfica de la Residencia Provincial de Niños, 1933.

DE WARESQUIEL, Emmanuel y YVERT, Benoît, *Histoire de la Restauration, 1814-1830*, París, Perrin, 2002.

DEL MORAL RUIZ, Joaquín, “Realistas, miguelistas y liberales. Contribución al estudio de la intervención española en Portugal (1826-1828)” en José María Jover Zamora (et. alii), *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974.

DEL MORAL RUIZ, Joaquín, “La penetración del liberalismo en Portugal”, en *La prensa en la revolución liberal. España, Portugal y América Latina*, Madrid, Universidad Complutense, 1983, pp. 31-36.

DEL RIO ALDAZ, Ramón, “Revolucionarios y contrarrevolucionarios en la Navarra del Trienio Liberal”, en *Trienio*, nº 11, 1988, pp. 151-205.

DEL RÍO, Ramón, *Orígenes de la guerra carlista en Navarra, 1820-1824*, Estella, Gobierno de Navarra-Príncipe de Viana, 1987.

DÍAZ-PLAZA, Mercedes, *Zaragoza durante el Trienio, 1820-1823*, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 1992.

DIMARAS, Alexis, “The other British philhellenes”, en Richard CLOGG, *The Struggle for Greek Independence*, Hamden, Archon Books, 1973, pp. 200-223.

DIPPEL, Horst, “La significación de la constitución española de 1812 para los nacientes liberalismo y constitucionalismo alemanes”, en J. M^a Iñurritegui y J. M^a Portillo Valdés (eds.), *Constitución en España: orígenes y destinos*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998, pp. 287-307, trad. de José Miguel Jiménez Arcas.

DOMERGUE, Lucienne, “Propaganda y contrapropaganda en España durante la revolución francesa (1789-1795)”, en Jean-René Aymes (ed), *España y la revolución francesa*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 118-167.

DONÉZAR, Javier, “El «austracismo» de los historiadores liberales del siglo XIX”, en José Martínez Millán y Carlos Reyero (eds.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 311-341.

DOUGLAS, Vittorio Scotti, “El liberalismo español e Italia: un modelo de corta duración”, en Emilio La Parra y Germán Ramírez (eds.), *El primer liberalismo: España y Europa, una perspectiva comparada*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2003, pp. 317-340.

DROZ, Jacques, *Europa: Restauración y Revolución, 1815-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1993 [1967].

DUARTE, Ángel y GABRIEL, Pere, “¿Una sola cultura política republicana ochocentista en España?”, en *Ayer*, nº 39, 2000, pp. 11-34

DUBOIS, Laurent, *Avengers of the New World*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2005.

DUFOUR, Gérard, “El primer liberalismo español y Francia”, en Emilio La Parra y Germán Ramírez (eds.), *El primer liberalismo: España y Europa, una perspectiva comparada*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2003, pp.125-136.

DUFOUR, Gérard, *Juan Antonio Llorente en France (1813-1822). Contribution a l'étude du Libéralisme chrétien en France et en Espagne au début du XIX^e siècle*, Ginebra, Libraire Droz, 1982.

DUNNE, John, “Quantifier l’émigration des nobles pendant la Révolution française: problèmes et perspectives”, en Jean-Clément MARTIN, *La Contre-révolution en Europe, XVIIIe-XIXe siècles: Réalités politiques et sociales, résonances culturelles et idéologiques*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2001, pp. 133-141.

DURÁN LÓPEZ, Fernando, “La construcción de la opinión pública en España, 1808-1810” en Roberto Breña (ed.), *En el umbral de las revoluciones hispánicas: el bienio 1808-1810*, El Colegio de México y CEPC, Ciudad de México y Madrid, 2010, pp. 67-94.

DURÁN LÓPEZ, Fernando “Introducción”, en José María Blanco White, *Artículos de crítica e historia literaria*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2010.

DURÁN LÓPEZ, Fernando, “Quintana, Cádiz, 1811: el catedrático de la logia infernal”, en Fernando Durán López, Alberto Romero Ferrer y Marieta Cantos Casenave (eds.), *La patria poética: estudios sobre literatura y política en la obra de Manuel José Quintana*, Marid, Iberoamericana/Vervuert, 2009.

DYM, Jordana, *From sovereign villages to national states: City, State and Federation in Central América, 1759-1839*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2006.

EARL OF ICHESTER, *The Home of the Hollands, 1605-1820* (vol.I); *Chronicles of Holland House, 1820-1900*, 1937.

EIRAS ROEL, Antonio, “Sociedades secretas republicanas en el reinado de Isabel II”, en *Hispania*, nº 86, 1962, pp. 251-310.

ELLIOTT, J.H., *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America, 1492-1830*, New Haven, Yale University Press, 2006.

ELLIOTT, John H., “Self-perception and decline in early seventeenth-century Spain”, *Past and Present*, nº 74, 1977, pp. 41-61.

ELORZA, Antonio, “El temido árbol de la libertad”, en Jean-René Aymes (ed), *España y la revolución francesa*, Barcelona, Crítica, 1989.

ELORZA, Antonio, “La ideología moderada en el Trienio Liberal”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 288, 1974, pp. 584-650.

ENCREVÉ, André, “La vie politique sous la monarchie de Juillet”, en Dominique Barjot, Jean-Pierre Chaline y André Encrevé, *La France au XIXe siècle*, París, PUF, 1995, pp. 169-212.

ENCREVE, André, “La vie politique sous la Restauration”, en Dominique Barjot, Jean-Pierre Chaline y André Encrevé, *La France au XIXe siècle*, París, PUF, 1995, pp. 135-168.

ESCALANTE GONZALBO, Fernando, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana. Tratado de moral pública*, México, El Colegio de México, 1992.

ESDAILE, Charles J., “Prohombres, aventureros y oportunistas: la influencia del trayecto personal en los orígenes del liberalismo en España”, en Alda Blanco y Guy Thomson (eds.), *Visiones del liberalismo. Política, identidad y cultura en la España del siglo XIX*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008, pp. 65-86.

EVANS, Eric J., *Britain before the Reform Act: Politics and Society, 1815-1832*, Londres y Nueva York, Longman, 1989.

EVANS, Eric J., *The Forging of the Modern State. Early industrial Britain*, Londres y Nueva York, Longman, 1991.

FAHRMEIR, Andreas, "British exceptionalism in perspective: Political Asylum in Continental Europe", en Sabine Freitag (ed.), *Exiles from European revolutions. Refugees in Mid-Victorian England*, Berghahn Books, 2003, Nueva York-Oxford.

FERNÁNDEZ ALBÉNDIZ, M^a del Carmen, "Sevilla 1823: el exilio real", en Gonzalo Butrón Prida y Alberto Ramos Santana (eds.), *Intervención exterior y crisis del Antiguo Régimen en España*, Huelva, Universidad de Huelva, 2000, pp. 255-264.

FERNÁNDEZ MARTÍN, Luis, *El general don Francisco de Longa y la intervención española en Portugal, 1826-1827*, Bilbao, Junta de Cultura de Vizcaya, 1954.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, Madrid, Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (eds.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco, "Patria", en Fernández Sebastián y Fuentes (eds.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 512-23.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, "El imperio de la opinión pública según Flórez Estrada", en Joaquín Varela Suanzes-Carpegna (coord.), *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853). Política, economía, sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2004, pp. 335-398.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, "La crisis de 1808 y el advenimiento de un nuevo lenguaje político. ¿Una revolución conceptual?" en Alfredo Ávila y Pedro Pérez Herrero (comps.), *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad de Alcalá, Instituto de Estudios Latinoamericanos, 2008, pp.105-133.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, "Liberales y liberalismo en España, 1810-1850. La forja de un concepto y la creación de una identidad política", en *Revista de Estudios Políticos*, n° 134, 2006, pp. 125-176.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, "Opinión pública", en Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 477-486

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, "Sobre la construcción, apogeo y crisis del paradigma liberal de la opinión pública: ¿un concepto político euroamericano?", en *Historia Contemporánea*, n° 27, 2003, pp. 539-563.

FERNÁNDEZ SIRVENT, Rafael, "Del bonapartismo al restauracionismo borbónico. Actitud política de un *realista constitucional* emigrado a París: Francisco Amorós, 1808-1818", en José Luis Casas Sánchez y Francisco Durán Alcalá (coords.), *III. Congreso sobre el republicanismo. Los exilios en España (Siglos XIX y XX)*, Vol. II, Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora y Torres, 2005, pp. 11-30.

FERNÁNDEZ SIRVENT, Rafael, "La educación física al servicio del Estado. Francisco Amorós en la Francia de la Restauración", en *Ayer*, n° 61, 2006, pp. 215-232.

FERNÁNDEZ, Delfina, *Últimos reductos españoles en América*, Madrid, MAPFRE, 1992.

FERRANDO BADÍA, Juan, *La constitución española de 1812 en los comienzos del "Risorgimento"*, Roma-Madrid, CSIC, 1959.

- FERRER BENIMELI, José A., “Implantación de las logias y distribución geográfica-histórica de la masonería española”, en Ferrer Benimeli (coord.), *La masonería en la España del siglo XIX. II Symposium de metodología aplicada a la historia de la masonería española, Salamanca 2-5 de julio de 1985*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1987, vol. 1, pp. 57-216.
- FERRER BENIMELI, José A., “Las Cortes de Cádiz, América y la masonería” en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 460, 1988, pp. 7-34.
- FERRER BENIMELI, José A., *La masonería*, Madrid, Alianza, 2005.
- FERRER BENIMELI, José A., *Masonería española contemporánea, Vol. 1, 1800-1868*, Madrid, Siglo XXI, 2ª ed., 1987.
- FIESTAS LOZA, Alicia, *Los delitos políticos (1808-1936)*, Salamanca, Librería Cervantes, 2ª ed., 1994.
- FIGUEROA, Virgilio, *Diccionario histórico y biográfico de Chile*, Nendeln/Liechtenstein, Kraus Reprint, 1974.
- FITZPATRICK, Brian, “The *Royaume du Midi* of 1815”, en David Laven y Lucy Riall (eds.), *Napoleon's legacy: problems of government in Restoration Europe*, Berg, Oxford, 2000, pp. 167-181.
- FLORES CABALLERO, Romeo, *La contrarrevolución en la independencia. Los españoles en la vida política, social y económica de México (1804-1838)*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1969.
- FONER, Eric, *The Story of American Freedom*, Nueva York, Norton, 1998.
- FONER, Eric, *Tom Paine and revolutionary America*, Nueva York, Oxford University Press, 2005 [1976].
- FONTANA, Josep, “Represión política y violencia civil en 1823-1831: propuestas para una interpretación”, en *Industrialización y nacionalismo. I Coloquio vasco-catalán de historia*, Bellaterra, Universidad Autónoma de Barcelona, 1985, pp. 313-327.
- FONTANA, Josep, *De en medio del tiempo. La segunda restauración española*, Barcelona, Crítica, 2006.
- FONTANA, Josep, *La crisis del Antiguo Régimen, 1808-1833*, Barcelona, Crítica, 1979.
- FONTANA, Josep, *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*, Barcelona, Ariel, 1978 (3ª ed. revisada).
- FORD, John, *Ackermann, 1783-1983, the business of art*, Londres, Arthur Ackermann & Son, 1983.
- FRADERA, Josep M., *Colonias para después de un imperio*, Barcelona, Bellaterra, 2005.
- FRANGOS, George, “The *Philike Etairia*: a premature national coalition”, en Richard Clogg (ed.), *The Struggle for Greek Independence*, Hamden, Archon Books, 1973.
- FRASQUET, Ivana, “La cuestión nacional americana en las Cortes del Trienio Liberal, 1820-1821”, en J. E. Rodríguez O., (ed.), *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, Mapfre Tavera, 2005, pp. 123-157.
- FREITAG, Sabine, “Introduction”, en Sabine Freitag (ed.), *Exiles from European revolutions. Refugees in Mid-Victorian England*, Berghahn Books, 2003, Nueva York-Oxford, p. 1.
- FUENTES, Juan Francisco, *José Marchena. Biografía política e intelectual*, Barcelona, Crítica 1989.
- FUENTES, Juan Francisco y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, “Liberalismo”, en Fuentes y Fernández Sebastián (eds.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Alianza, Madrid, 2002.

FUENTES, Juan Francisco, “‘Yo nada valgo’. Rafael del Riego y la revolución liberal española”, en Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel, *Liberales eminentes*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2008, pp. 13-41.

FUENTES, Juan Francisco, “Afrancesados y liberales”, en Jordi Canal (ed.), *Exilios. Los éxodos políticos en la Historia de España. Siglos XV-XX*, Madrid, Sílex, 2005, pp. 137-166.

FUENTES, Juan Francisco, “Datos para la historia de la policía política en la década ominosa”, en *Trienio*, nº 15, 1990, pp. 97-123.

FUENTES, Juan Francisco, “Estructura de la prensa española en el Trienio Liberal: difusión y tendencias”, en *Trienio*, nº 24, 1994, pp. 165-196.

FUENTES, Juan Francisco, “La cultura”, en Jordi Canal (dir.) y Manuel Chust (coord.) *España. Crisis imperial e independencia*, Madrid, Fundación Mapfre y Santillana, 2010, pp. 271-325.

FUREIX, Emmanuel, “La ville coupable. L’effacement des traces de la capitale révolutionnaire dans le Paris de la Restauration, 1814-1830”, en Christophe Charle y Daniel Roche (dirs.), *Capitales culturelles, capitales symboliques, Paris et les expériences européennes. XVIIIe - XXe siècles*, París, Publications de la Sorbonne, 2002.

GAMES, Alison, “Atlantic History: Definitions, Challenges and Opportunities”, en *American Historical Review*, Vol. 111, nº 3, junio 2006, pp. 741-757.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, “La Inquisición como tema literario en la novela de la emigración”, en *Quaderni di Letterature Iberiche e Iberoamericane*, nº. 6, 1987, pp. 23-35.

GARCÍA DÍAZ, Tarsicio (coord.), *Independencia Nacional*, 2 vols., Ciudad de México, UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005.

GARCÍA GIRÁLDEZ, Teresa, “El debate sobre la nación y sus formas en el pensamiento político centroamericano del siglo XIX”, en Marta Elena Casaus y Teresa García Giráldez (eds.), *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, Guatemala, F&G, 2005.

GARCÍA LEÓN, José María, *Cádiz en el Trienio Liberal*, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura, 1999

GARCÍA ROVIRA, Anna M^a, “Radicalismo liberal, republicanismo y revolución (1835-1837)”, en *Ayer*, nº 29, 1998, pp. 63-90;

GARCÍA ROVIRA, Anna M^a, “Ramón Xaudaró. El ‘Marat barcelonés’”, en Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel (eds.), *Liberales eminentes*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2008, pp. 125-155;

GARCÍA ROVIRA, Anna M^a, “Republicanos en Cataluña. El nacimiento de la democracia (1832-1837)”, en Manuel SUÁREZ CORTINA (ed.), *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, pp. 115-143.

GARCÍA TERREL y MOZO DE ROSALES, Ana M^a, “Bernardo Mozo de Rosales, marqués de Mataflorida. Un político sevillano de la primera mitad del siglo XIX”, en *Archivo Hispalense*, tomo LXXIX, nº 240, 1996, pp. 11-50.

GIL NOVALES (dir.), Alberto, *Diccionario biográfico de España (1808-1833). De los orígenes del liberalismo a la reacción absolutista*, Madrid, Fundación Mapfre, 2010.

GIL NOVALES Alberto, (dir.), *Diccionario Biográfico del Trienio Liberal*, Madrid, El Museo Universal, 1991.

GIL NOVALES, Alberto, *Las sociedades patrióticas*, Madrid, Tecnos, 1975.

GIL NOVALES, Alberto (ed.), *Rafael del Riego. La Revolución de 1820, día a día. Cartas, Escritos y Discursos*, Madrid, Tecnos, 1976.

GIL NOVALES, Alberto, *Del Antiguo al Nuevo Régimen en España*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986.

GIL NOVALES, Alberto, *El Trienio Liberal*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

GIL, Xavier, "Republican politics in early modern Spain: the Castilian and Catalano-Aragonese Traditions", en Martin Van Gelderen y Quentin Skinner (eds.), *Republicanism, a shared European heritage* Cambridge, Cambridge University Press, 2002, vol. I, pp. 263-288.

GLOBER, Michael, *A very slippery fellow. The Life of Sir Robert Wilson, 1777-1849*, Oxford University Press, 1977.

GOBLOT, Jean-Jacques, *La jeune France libérale. Le Globe et son group littéraire, 1824-1830*, París, Plon, 1995.

GODECHOT, Jacques, *La contre-révolution. Doctrine et action, 1789-1804*, París, PUF, 1961.

GOLDMAN, Noemí (dir.), *Nueva historia argentina. Vol. 3: Revolución, república, confederación: 1806-1852*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

GOLDMAN, Noemí, (ed.), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

GOLDSTEIN, Robert J., *Political Repression in 19th Century Europe*, Londres y Nueva Jersey, Croom Helm Totowa y Barnes & Noble, 1983.

GÓMEZ VIZCAÍNO, Juan Antonio, *Ignacio López Pinto (1792-1850): biografía del Excmo. Sr. D. Ignacio López Pinto, Mariscal de Campo de los ejércitos nacionales, Coronel del Real Cuerpo de Artillería (1792-1850)*, Murcia, El Mirador, 1993.

GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio, *Entre el Antiguo y Nuevo Régimen: absolutistas y liberales. El reinado de Fernando VII en Galicia*, A Coruña, Edición do Castro, 1981.

GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz, *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional: la historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, Madrid y Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2002.

GOSELIN, Ronald, "Mémoire et symbolique républicaines à Paris sous la monarchie de Juillet et la II^e République", en Maurice Agulhon (ed.), *Cultures et folklores républicains*, París, 1995.

GOYTISOLO, Juan (ed.), *"El Español" y la independencia de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2010.

GREEN, Nancy L. y WEIL, François (dirs.), *Citoyenneté et émigration. Les politiques du départ*, París, Éditions de EHESS, 2006.

GREER, Donald, *The Incidence of the Emigration during the French Revolution*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1951.

GROB, Gerald y BILLIAS, George Athan (eds.), *Interpretations of American History. Patterns and perspectives*, Nueva York, Free Press, 1992.

GUARDINO, Peter, *Peasants, politics, and the formation of Mexico's national state. Guerrero, 1800-1857*, Stanford, Stanford University, 1996.

GUARDINO, Peter, *The time of liberty. Popular political culture in Oaxaca, 1750-1850*, Durham, Duke University, 2005.

GUARISCO, Claudia, *Los indios del valle de México y la construcción de una nueva sociabilidad política 1770-1835*, Zinacatepec, El Colegio Mexiquense, 2003.

GUDEDA, Virginia, “Estudio introductorio” de su edición de la obra de William Davis Robinson, *Memoirs of the Mexican revolution*, Ciudad de México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 2003.

GUERRA François-Xavier y LEMPÉRIÈRE Annick et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y Problemas. Siglos XVIII-XIX*, Ciudad de México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-Fondo de Cultura Económica, 1998.

GUERRA, François-Xavier, “La identidad republicana en la época de la independencia”, en Gonzalo Sánchez Gómez (comp.), *Museo, memoria y nación*, Bogotá, Museo Nacional de Colombia, 2000, pp. 253-283.

GUERRA, François-Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

GUERRERO, Ana Clara, “La política británica hacia España en el Trienio Constitucional”, en *Espacio, Tiempo y Forma, S. V. Hª Contemporánea*, t. IV, 1991, pp. 215-240.

GUERRERO, Carolina, *Republicanism and liberalism in Bolívar, 1819-1830. Usos de Constant por el padre fundador*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2005.

GUIMERÁ, Agustín, RAMOS, Alberto y BUTRÓN, Gonzalo (eds.), *Trafalgar y el Mundo Atlántico*, Madrid, Marcial Pons, 2004.

HALE BELLOT, H., *University College London, 1826-1926*, Londres, University of London Press, 1929.

HALPERN PEREIRA, Miriam, “Del Antiguo Régimen al liberalismo (1807-1842)”, en *Ayer*, n° 37, 2000, pp. 9-64.

HARSIN, Jill, *Barricades. The war of the streets in revolutionary Paris, 1830-1848*, Nueva York, Palgrave, 2002

HARTZ, Louis, *The Liberal Tradition in America*, Nueva York, Harcourt, Brace & Company, 1955.

HEREDIA, Edmundo A., *Planes españoles para reconquistar Hispanoamérica, 1810-1818*, Buenos Aires, Eudeba, 1974.

HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia, *La tradición republicana del buen gobierno*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1993.

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel “El *Observador Español* en Londres, un periódico fernandino contra la emancipación americana”, en *Revista de Indias*, n° 216, pp. 439-454.

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel, “Entre Europa y América. El periodismo de Cabral de Noroña. Del *Duende político* gaditano al *Observador Español* en Londres”, en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, n° 16, 2010, pp. 1-24.

HERRERO, Javier, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, EDICUSA, 1971.

HOFMAN, A., “The Origins of the Theory of the *Philosophe* Conspiracy”, *French History*, 2, 1988, pp. 152-172.

HUNT, Lynn, *Politics, Culture and Class in the French Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1984.

ISABELLA, Maurizio, “Exile and Nationalism: the case of the Italian Risorgimento”, en *European History Quarterly*, Vol. 36, n° 4, 2006, pp. 493-520.

ISABELLA, Maurizio, "Italian Exiles and British Politics before and after 1848", en Sabine Freitag (ed.), *Exiles from European revolutions. Refugees in Mid-Victorian England*, Nueva York-Oxford Berghahn Books, 2003, pp. 59-87.

ISABELLA, Maurizio, "Mazzini's internationalism in context: From the cosmopolitan patriotism of the Italian carbonari to Mazzini's Europe of the nations", en C. A. Bayly y F. Biagini (eds.), *Giuseppe Mazzini and the Globalisation of Democratic Nationalism*, Oxford University Press y The British Academy, 2008, pp. 37-58.

ISABELLA, Maurizio, *Risorgimento in exile. Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford, Oxford University Press, 2009.

JAKSIĆ, Iván, *Andrés Bello. Scholarship and Nation-Building in Nineteenth-Century Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

JAKSIĆ, Iván, *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2007.

JARDÍ, Enric, *Antoni Puigblanch. Els precedents de la Renaixença*, Barcelona, Aedos, 1960.

JENSEN, Larry R., *Children of colonial despotism. Press, Politics, and Culture in Cuba, 1790-1840*, Tampa, University of South Florida Press, 1988.

JIMÉNEZ CODINACH, Guadalupe, *La Gran Bretaña y la independencia de México, 1808-1821*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

KAGAN, Richard "Prescott's paradigm: American Historiographical Scholarship and the Decline of Spain", en *The American Historical Review*, vol. 101, n° 2, 1996, pp. 423-46.

KAGAN, Richard L. y PARKER, Geoffrey (eds.), *España, Europa y el mundo Atlántico (Homenaje a John H. Elliott)*, Madrid, Marcial Pons, 2001.

KAGAN, Richard, "From Noah to Moses: The Genesis of Historical Scholarship on Spain in the United States" en Kagan, (ed.), *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States*, Urbana, Chicago: University of Illinois Press, 2002, pp. 21-48.

KALIFA, Dominique y KARILA-COHEN, Pierre (dirs.), *Le commissaire de police au XIXe siècle*, París, Publications de la Sorbonne, 2008.

KARILA-COHEN, Pierre, *L'état des esprits. L'invention de l'enquête politique en France, 1814-1848*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2008.

KOSELLECK, Reinhart, "La Restauración y los acontecimientos subsiguientes (1815-1830)", en Louis Bergeron, François Furet y Reinhart Koselleck, *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1976, pp. 187-216.

KRAMER, Lloyd S., *Threshold of a New World. Intellectuals and the Exile Experience in Paris, 1830-1848*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1988.

KROEN, Sheryl, *Politics and theater. The Crisis of Legitimacy in Restoration France, 1815-1830*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 2000.

KUKIEL, M., *Czartoryski and European Unit, 1770-1861*, Princeton, Princeton University Press, 1955;

LA PARRA, Emilio, *Los Cien Mil Hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España*, Madrid, Síntesis, 2007.

LA PARRA, Emilio, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, Tusquets, 2002.

- LAMBERT, Pierre-Arnaud, *La Charbonnerie française, 1821-1823. Du secret en politique*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1995.
- LARSON, Brooke, *Trials of Nation Making: Liberalism, Race, and Ethnicity in the Andes, 1810-1910*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- LASA IRAOLA, Ignacio, “El primer proceso de los liberales (1814-1815)”, en *Hispania*, nº 30, 1970, pp. 327-383.
- LAVEN, David y RIAL, Lucy (eds.), *Napoleon's legacy: problems of government in Restoration Europe*, Berg, Oxford, 2000.
- LAVEN, David y RIAL, Lucy, “Restoration Government and the Legacy of Napoleon”, en David Laven y Lucy Rial (eds.), *Napoleon's legacy: problems of government in Restoration Europe*, Berg, Oxford, 2000.
- LEMPÉRIÈRE, Annick, *Entre Dieu et le roi, la république. Mexico XVI^e-XIX^e siècles*, París, Les Belles Lettres, 2004.
- LEONHARD, Jörn, “A new casting of political sects. Los orígenes de liberal en el discurso político inglés y europeo: una comparación”, en *Historia Contemporánea*, nº 28, 2004, pp. 9-31.
- LEWIS, James E., *The American Union and the Problem of Neighborhood. The United States and the collapse of the Spanish empire*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1998.
- LLORENS, Vicente, “Moratín, Llorente y Blanco White. Un proyecto de revista literaria”, en *Literatura, historia, política. (Ensayos)*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, pp. 57-73.
- LLORENS, Vicente, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Valencia, Castalia, 2006 (1^a ed. 1954).
- LÓPEZ TABAR, Juan, *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1832)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- LUCENA GIRALDO, Manuel (ed.), *Premoniciones de la independencia de Iberoamérica: las reflexiones de José de Ábalos y el Conde de Aranda sobre la situación de la América española a finales del siglo XVIII*, Aranjuez y Madrid, Doce Calles / Fundación Mapfre Tavera, 2003.
- LUCENA GIRALDO, Manuel, “La constitución atlántica de España y sus Indias”, en *Revista de Occidente*, nº 281, octubre 2004, pp. 29-44.
- LUIS, Jean-Philippe, “La década ominosa (1823-1833), una etapa desconocida en la construcción de la España contemporánea”, en *Ayer*, nº 41, 2001, pp. 85-117.
- LUIS, Jean-Philippe, “Le difficile et discret retour des afrancesados (1816-1834)”, en Rose Duroux y Alain Montandon (eds.), *L'émigration: le retour*, Clermont-Ferrand, Université Blaise-Pascal, 1999, pp. 331-343.
- LUIS, Jean-Philippe, *L'utopie réactionnaire: épuration et modernisation de l'état dans l'Espagne de la fin de l'Ancien Régime (1823-1834)*, Madrid. Casa de Velázquez, 2002.
- LYONS, Martyn, *Napoleon Bonaparte and the Legacy of the French Revolution*, Basingstoke, Hampshire New York, Palgrave Macmillan, 1994.
- LYONS, Martyn, *Post-revolutionary Europe, 1815-1856*, Basingstoke, Hampshire-Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006.
- MALLON, Florencia, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995.

- MAÑES POSTIGO, Joaquín, *Espanoles en la Legión Extranjera Francesa*, Barcelona, Inédita, 2009.
- MARAVALL, José Antonio, *Las comunidades de Castilla. Una primera revolución moderna*, Revista de Occidente, Madrid, 1963.
- MARCHENA F., Juan, “¿Obedientes al rey y desleales a sus ideas? Los liberales españoles ante la ‘Reconquista’ de América, 1814-1820”, en Juan Marchena y Manuel Chust (eds.), *Por la fuerza de las armas. Ejército e independencias en Iberoamérica*, Castellón, Universitat Jaume I, 2008, pp. 149-220.
- MARTÍN, Luis P., “La masonería y la conspiración liberal (1814-1834). Los límites de un mito histórico”, en *Trienio*, nº 22, pp. 73-90.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique, “La propaganda oficial francesa y los Cien Mil Hijos de San Luis”, en *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, nº 1, 1974, pp. 163-185.
- MARTÍNEZ SHAW, Carlos y OLIVA MELGAR, José María (eds.), *El sistema atlántico español (siglos XVII-XIX)*, Madrid, Marcial Pons, 2005.
- MARTÍNEZ SOSPEDRA, Manuel, “El Rey en la Constitución de Cádiz. Una monarquía presidencialista” en *Estudios del Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Zaragoza*, 1975, pp. 225-252.
- MARTINS DA SILVA, António, “A vitória definitiva do liberalismo e a instabilidade constitucional: cartismo, setembrismo e cabralismo”, en Luís Reis Torgal y João Lourenço Roque (coords.), *História de Portugal. O Liberalismo, 1807-1890*, Lisboa, Estampa, 1993, pp. 89-105.
- MATHOREZ, J., “Les réfugiés politiques espagnols dans l’Orne au XIX^e siècle”, en *Bulletin Hispanique*, XVII, 1915, pp. 260-279.
- MATUTE, Álvaro, *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, Ciudad de México, UNAM, 1973.
- MAZOUR, Anatole, *The first Russian Revolution. 1825. The Decembrist Movement. Its Origins, Development, and Significance*, Stanford, Stanford University Press, 1967 (1ªed. 1937).
- McCALMAN, Iain, *Radical Underworld. Prophets, revolutionaries and pornographers in London, 1795-1840*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.
- McEVOY, Carmen y STUVEN, Ana María (eds.), *La república peregrina: hombres de armas y letras en América del Sur, 1800-1884*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos/Instituto Francés de Estudios Andinos, 2007.
- McEVOY, Carmen, *Forjando la nación: Ensayos de Historia Republicana*, Lima, Instituto Riva Agüero, 1999.
- McEVOY, Carmen, *La utopía republicana: Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*, Lima, Universidad Católica, 1997.
- McKENDRICK, Neil, “The consumer revolution of Eighteenth-century England”, en Neil Mckendrick, John Brewer, J.H. Plumb, *The Birth of a Consumer Society. The Commercialization of Eighteenth-Century England*, Londres, Hutchinson, 1982, pp. 9-33.
- McNEILL, J. R., “The End of the Atlantic World: America, Africa, Europe, 1770-1888” en Alan L. Karras y J. R. McNeill (eds.), *Atlantic American societies: from Columbus through abolition, 1492-1888*, Routledge, Nueva York y Londres, 1992, pp. 245-268.
- MEIJIDE PARDO, María Luisa, *Contribución al estudio del liberalismo*, Sada, Edición do Castro, 1983.
- MIGUEL GONZÁLEZ, Román, “Las culturas políticas del republicanismo histórico español”, en *Ayer*, nº 53, 2004 pp. 207-236.

MIGUEL GONZÁLEZ, Román, “*Los tribunos del pueblo. La tradición jacobina del republicanismo histórico español*”, en Manuel Suárez Cortina (ed.), *Utopías, quimeras y desencantos. El universo utópico en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria-Sociedad Menéndez Pelayo, 2008.

MIGUEL GONZÁLEZ, Román, *La pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, CEPC, 2007.

MONTALVO ORTEGA, Enrique, “Liberalismo y libertad de los antiguos en México (el siglo XIX y los orígenes del autoritarismo mexicano)”, en Montalvo Ortega (coord.), *El águila bifronte. Poder y liberalismo en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1995.

MONTOYA RIVERO, Patricia, Torrente escribió su obra para lavar su imagen ante la Corte española: “Mariano Torrente”, en Virginia Guedea (ed.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, Ciudad de México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, pp. 143-65.

MORALES MUÑOZ, Manuel, “El republicanismo ochocentista: escuela de ciudadanía”, en *Ayer*, nº 45, 2002, pp. 305-319.

MORALES, Miguel Ángel, *El Trienio Liberal y el desmantelamiento del antiguo Reino de Granada. La nueva organización territorial y judicial*, Madrid, Universidad Juan Carlos I, 2008.

MORÁN ORTÍ, Manuel, “La cuestión de los refugiados extranjeros. Política española en el Trienio Liberal”, en *Hispania*, XLIX, 173, 1989, pp. 985-1016.

MORÁN ORTÍ, Manuel, “Los emigrados italianos de 1821 en la guerra realista de Cataluña”, en *Itálica. Cuadernos de la Escuela Española de Historia y Arqueología*, nº 18, 1990, pp. 329-363.

MORANGE, Claude, “José Manuel del Regato. Notes sur la police de Ferdinand VII”, en *Bulletin Hispanique*, nº 79 (3-4), julio-diciembre 1977, pp. 481-530.

MORANGE, Claude, *Paleobiografía (1779-1819) del “Pobrecito Holgazán”. Sebastián de Miñano y Bedoya*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2002.

MORANGE, Claude, *Una conspiración fallida y una constitución nonnata (1819)*, Madrid, CEPC, 2006.

MORELLI Federica, y GÓMEZ, Alejandro E., “La nueva Historia Atlántica: un asunto de escalas”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Bibliografías, 2006, Puesto en línea el 5 abril 2006. URL: <http://nuevomundo.revues.org/index2102.html>

MORELLI, Federica, “La revolución en Quito: el camino hacia el gobierno mixto”, en *Revista de Indias*, vol. LXII, nº 225, 2002, pp. 335-356.

MORELLI, Federica, *Territorio o Nación. Reforma y disolución del espacio imperial en Ecuador, 1765-1830*, Madrid, CEPC, 2005.

MORENO ALONSO, Manuel, “Confesiones políticas de don Agustín de Argüelles” en *Revista de Estudios Políticos* (nueva época) nº 54, noviembre-diciembre, 1986, pp. 223-261.

MORENO ALONSO, Manuel, *Blanco White. La obsesión de España*, Sevilla, Alfar, 1998.

MORENO ALONSO, Manuel, *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1997.

MORGAN, Philip D. y GREENE, Jack P., “Introduction: the Present State of Atlantic History”, en Greene y Morgan (eds.), *Atlantic History. A Critical Appraisal*, Nueva York, Oxford University Press, 2009, pp. 3-33.

MUÑOZ SEMPERE, Daniel, *La Inquisición como tema literario. Política, historia y ficción en la crisis del Antiguo Régimen*, Woodbridge, Tamesis, 2008.

- MURPHY, Martin, *Blanco White: self-banished Spaniard*, New Haven, Yale University Press, 1989
- MYERS, Jorge, *Orden y virtud: el discurso republicano en el régimen rosista*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.
- NAGY, Laurent, “Les hommes d’action du parti libéral français et les révolutions européennes”, en Jean-Yves Mollier, Martine Reid y Jean-Claude Yon (dirs.), *Repenser la Restauration*, París, Nouveau Monde Éditions, 2005. pp. 45-55.
- NEELY, Sylvia, “Manuel”, en Edgar Leon Newman, *Historical Dictionary of France from the 1815 Restoration to the Second Empire*, Westport, Greenwood Press.
- NEELY, Sylvia, “The politics of liberty in the Old World and the New: Lafayette’s return to America in 1824”, en *Journal of the Early Republic*, vol. 6, nº 2, 1986, pp. 151-171.
- NEELY, Sylvia, *Lafayette and the liberal ideal, 1814-1824. Politics and Conspiracy in an Age of Reaction*, Carbondale y Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1991.
- NEWMAN, Edgar Leon, *Historical Dictionary of France from the 1815 Restoration to the Second Empire*, Westport, Greenwood Press, pp. 433, 575, 577;
- NICHOLS Jr, Irby C., *The European Pentarchy and the Congress of Verona, 1822*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1971.
- NOBRE VARGUES, Isabel y REIS TORGAL, Luís, “Da revolução à contra- revolução: vintismo, cartismo, absolutismo. O exílio político”, en Luís Reis Torgal y João Lourenço Roque (coords.), *História de Portugal, O Liberalismo, 1807-1890*, Lisboa, Estampa, 1993, pp. 65-87.
- NOBRE VARGUES, Isabel, “A Revolução de 1820. Notas para o estudo do liberalismo português e da sua correlação peninsular”, en *Estudios de historia social*, no. 36-37 (1986), pp. 203-10.
- NOBRE VARGUES, Isabel, “Liberalismo e independência. Os exilados italianos em Portugal (1820-1850)”, en *Revista Portuguesa de História*, t. XXXI, vol. 2, 1996, pp. 411-426.
- NOBRE VARGUES, Isabel, “O proceso de formação do primeiro movimento liberal: a Revolução de 1820”, en Luís Reis Torgal y João Lourenço Roque (coords.), *História de Portugal. O Liberalismo, 1807-1890*, Lisboa, Estampa, 1993, pp. 45-63.
- NOIRIEL, Gérard, “Représentation nationale et catégories sociales. L’exemple des réfugiés politiques”, en Fernando Devoto y Pilar González Bernaldo (coords.), *Émigration politique. Une perspective comparative. Italiens en Espagnols en Argentine et en France, XIX^e-XX^e siècles*, L’Harmattan, París, 2001, pp. 45-75.
- ONAINDÍA, Mario, *La construcción de la nación española. Republicanismo y nacionalismo en la Ilustración*, Barcelona, Ediciones B, 2002.
- ORTUÑO MARTÍNEZ, Manuel, “Mariano Renovales. Expedición liberal frustrada a Nueva España”, en *Trienio*, nº 36, 2000, pp. 29-60.
- ORTUÑO MARTÍNEZ, Manuel, *Xavier Mina. Guerrillero, liberal, insurgente*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2001.
- ORTUÑO MARTÍNEZ, Manuel, *Expedición a Nueva España de Xavier Mina. Materiales y ensayos*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2006.
- ORTUÑO MARTÍNEZ, Manuel. “Manuel Eduardo de Gorostiza, hispano-mexicano, romántico y liberal”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 460, 1988, pp. 105-120.
- OSBORNE, John W., *John Cartwright*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972.

PALMER, R. R., *The Age of the Democratic Revolution. II The Struggle*, Princeton, Princeton University Press, 1964.

PALMER, Stanley H., *Police and protest in England and Ireland, 1780-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

PANI, Erika, “De coyotes y gallinas: hispanidad, identidad nacional y comunidad política durante la expulsión de españoles”, en *Revista de Indias*, 2003, vol. LXIII, n° 28, pp. 355-374.

PAN-MONTOJO, Juan, “Álvaro Flórez Estrada: el otro liberalismo”, en Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel (eds.), *Liberales eminentes*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2008, pp. 43-76.

PAQUETTE, Gabriel B., *Enlightenment, Governance, and Reform in Spain and its Empire, 1759-1808*, Basingstoke y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008.

PAQUETTE, Gabriel, “The Intellectual Context of British Diplomatic Recognition of the South American Republics, c. 1800-1830”, en *Journal of Transatlantic Studies*, 2 (1), 2004, pp. 75-95.

PARRY, Jonathan, *The Rise and Fall of Liberal Government in Victorian Britain*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1993.

PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, “La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979”, en M. Tuñón de Lara, *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de Pau. Balance y resumen*, Madrid, Siglo XXI, 1980, pp. 91-138.

PÉREZ LEDESMA, Manuel, “La invención de la ciudadanía moderna”, en Pérez Ledesma (ed.), *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 21-57.

PÉREZ LEDESMA, Manuel, “Protagonismo de la burguesía, debilidad de los burgueses”, en *Ayer*, n° 36, 1999, pp. 65-94.

PÉREZ-PRENDES MUÑOZ-ARRACO, Manuel, “Álvaro Flórez Estrada y la emancipación de América” en Joaquín Varela Suanzes-Carpegna (coord.), *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853) Política, economía, sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2004, pp. 257-297.

PERKIN, Harold, *Origins of Modern English Society*, Londres, Ark, 1985 [1969].

PERLADO, P. A., *Los obispos españoles ante la amnistía de 1817*, Pamplona, Eunsa, 1971.

PERLMUTTER, Amos, *The Military and the Politics in Modern Times*, New Haven, Yale University Press, 1977.

PESET REIG, Mariano y José Luis, “Legislación contra liberales en los comienzos de la década absolutista (1823-1825)”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, n° 37, 1967, pp. 437-485.

PETTIT, Philip, *Republicanism: una teoría sobre la libertad y el gobierno*, Barcelona, Paidós, 1999.

PEYROU, Florencia, *La comunidad de ciudadanos. El discurso democrático-republicano en España, 1840-1868*, Pisa, Pisa University Press, 2006.

PEYROU, Florencia, *Tribunos del pueblo. Republicanos y demócratas durante el reinado de Isabel II*, Madrid, CEPC, 2008.

PIETSCHMANN, Horst (ed.), *Atlantic History: History of the Atlantic System, 1580-1830*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2002.

PILBEAM, Pamela M., *The Middle Classes in Europe*, Basingstoke, MacMillan, 1990.

PILBEAM, Pamela, *The Constitutional Monarchy in France, 1814-1848*, Harlow, Longman, 2000.

PINTOS VIEITES, María del Carmen, *La política de Fernando VII entre 1814 y 1820*, Pamplona, Estudio General de Navarra, 1958.

PIQUERAS ARENAS, José A., “La revolución burguesa española. De la burguesía sin revolución a la revolución sin burguesía”, en *Historia Social*, nº 24, 1996, pp. 95-132.

PIQUERAS, José Antonio, (ed.), *Félix Varela y la prosperidad de la patria criolla*, Madrid, Mapfre, 2007

PIQUERAS, José Antonio, “El mundo reducido a una isla. La unión cubana a la metrópoli en tiempos de tribulaciones”, en Piqueras (ed.), *Las Antillas en la era de las Luces y la Revolución*, Madrid, Siglo XXI, 2005, pp.319-342.

PLASENCIA DE LA PARRA, Enrique, “Lucas Alamán”, en Virginia Guedea (ed.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, Ciudad de México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, pp. 307-48.

POCOCK, J. G.A., “Virtue and Commerce in the Eighteenth Century”, en *Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 3, No. 1, 1972, pp. 119-134.

POCOCK, J.G.A., *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, Princeton University Press, 1975.

POLANYI, Karl, *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

PORTER, Bernard, “The Asylum of Nations: Britain and the Refugees of 1848” en Sabine Freitag (ed.), *Exiles from European revolutions. Refugees in Mid-Victorian England*, Nueva York-Oxford Berghahn Books, 2003.

PORTER, Bernard, *The refugee question in mid-Victorian Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

PORTILLO VALDÉS, José M., “‘Libre e independiente’. La nación como soberanía”, en Alfredo Ávila y Pedro Pérez Herrero (compiladores), *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad de Alcalá-Instituto de Estudios Latinoamericanos, 2008, pp. 29-48.

PORTILLO VALDÉS, José M., “La federación imposible: los territorios europeos y americanos ante la crisis de la Monarquía Hispánica”, en Jaime E. Rodríguez O. (ed.) *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, Mapfre Tavera, 2005, pp. 99-121.

PORTILLO VALDÉS, José M., *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Marcial Pons 2006.

PORTILLO VALDÉS, José M., *Revolución de Nación. Orígenes de la cultura constitucional en España (1780-1812)*, Madrid, CEPC, 2000.

PORTILLO VALDÉS, José María, *El sueño criollo. La formación del doble constitucionalismo en el País Vasco y Navarra*, Donostia-San Sebastián, Nerea, 2006.

PORTILLO, José M., “Entre la monarquía y la nación: cortes y constitución en el espacio imperial español”, en J. M. Portillo, Xosé Ramón Veiga Alonso y Mª Jesús Baz Vicente (eds.), *A Guerra da Independencia e o primeiro liberalismo en España e América*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2009, pp. 129-156.

PORTILLO, José María, “Los límites del pensamiento político liberal. Álvaro Flórez Estrada y América”, en *Historia Constitucional (revista electrónica)*, nº 5, 2004.

PRO RUIZ, Juan, “La imagen histórica de la España imperial”, en José Martínez Millán y Carlos Reyero (eds.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 217-235.

PRO, Juan, “Afrancesados: sobre la nacionalidad de las culturas políticas”, en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (eds.), *Culturas políticas. Teoría e historia*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010, pp. 205-231.

QUIJADA, Mónica, “Las ‘dos tradiciones’. Soberanía popular e imaginarios compartidos en el mundo hispánico en la época de las grandes revoluciones atlánticas”, en Jaime E. Rodríguez O., *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, Mapfre Tavera, 2005, pp. 61-86.

RABOW-EDLING, Susanna, “The Decembrists and the Concept of a Civic Nation”, en *Nationalities Papers*, vol. 35, 2, 2007, pp. 369-391.

RABOW-EDLING, Susanna, “The Decembrists and the Concept of a Civic Nation”, en *Nationalities Papers*, vol. 35, 2, 2007, pp. 369-391, la citas, traducidas por la autora del artículo del ruso al inglés, en p. 370.

RACINE, Karen, *Francisco de Miranda: a Transatlantic Life in the Age of Revolution*, Wilmington, Scholarly Resources, 2003.

RATH, John, “The Carbonari: Their Origins, Initiation Rites and Aims”, en *The American Historical Review*, Vol. 69, nº 2, 1964, pp. 353-370.

REDDY, William M., *Money and liberty in modern Europe: a critique of historical understanding* Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

RENOUVIN, Pierre, *Historia de las relaciones internacionales (siglos XIX y XX)*, Madrid, Akal, 1998 [1955].

RESNICK, Daniel, *The White Terror and the Political Reaction after Waterloo*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1966.

REVUELTA GONZÁLEZ, Manuel, *Política religiosa de los liberales en el siglo XIX. Trienio Constitucional*, Madrid, 1973.

RIVERO, Ángel, “El mito comunero y la construcción de la identidad nacional en el liberalismo español”, en Colom (ed.), *Relatos de nación*, 147-58.

ROBERTS, J. M., *The Mythology of the Secret Societies*, Londres, Secker & Warburg, 1972.

ROBERTS, James, *The Counter-Revolution in France, 1787-1830*, Basingstoke, MacMillan Education, 1990.

ROBERTSON, William Spence, “The United States and Spain in 1822”, en *The American Historical Review*, Vol. 20, nº 4, Julio de 1915, pp. 781-800.

ROCA VERNET, Jordi, “La sociabilidad del Trienio liberal en Barcelona: foros de educación política y de adoctrinamiento constitucional”, en M. Marieta Cantos Casenave (coord.), *Redes y espacios de opinión pública: de la Ilustración al Romanticismo, Cádiz, América y Europa ante la Modernidad: 1750-1850*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006, pp. 481-494.

ROCA VERNET, Jordi, “Las imágenes en la cultura política liberal durante el Trienio (1820-1823): el caso de Barcelona”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº 10, 2002, pp. 185-220.

ROCA VERNET, Jordi, *Política, liberalisme i revolució. Barcelona, 1820-1823*, Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2007.

- RODGERS, Daniel T., "Republicanism: the career of a concept", en *The Journal of American History*, Vol. 79, No.1 (Jun., 1992), pp. 11-38.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco, "España y Grecia en la historia", en *Estudios clásicos*, tomo XXXIV, nº 102, 1992, pp. 7-16.
- RODRÍGUEZ O., Jaime E., "The Emancipation of America", en *The American Historical Review*, Vol. 105, nº 1, Febrero 2000, pp. 131-152.
- RODRÍGUEZ O., Jaime E., *La independencia de la América española*, México, FCE, 2005 [1º ed. en inglés 1998].
- RODRÍGUEZ O., Jaime E., *The Emergence of Spanish America. Vicente Rocafructe and Spanish Americanism, 1808-1832*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1975
- ROJAS, Rafael, "La frustración del primer republicanismo mexicano", en José Antonio Aguilar y Rafael Rojas, *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, México, FCE/CIDE, 2002.
- ROJAS, Rafael, *Repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009.
- ROLDÁN VERA, Eugenia, "Export as import: James Thomson's civilizing mission in South America, 1818-1825", en Eugenia Roldán Vera y Marcelo Caruso (eds.), *Imported Modernity in postcolonial state formation. The appropriation of political, educational and cultural models in Nineteenth-Century Latin America*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2007, pp. 231-276.
- ROLDÁN VERA, Eugenia, "The Monitorial System of Education and Civic Culture in Early Independent Mexico", en *Paedagogica Historica*, vol. 35, nº 2, 1999, pp. 297-331.
- ROLDÁN VERA, Eugenia, *The British book trade and Spanish American independence: education and knowledge transmission in transcontinental perspective*, Aldershot, Ashgate, 2003.
- ROMEO MATEO, María Cruz, "La cultura política del progresismo: las utopías liberales, una herencia en discusión", en *Berceo*, nº, 139, 2000, pp. 9-30.
- ROMEO MATEO, María Cruz, "La sombra del pasado y la expectativa de futuro: 'Jacobinos', radicales y republicanos en la revolución liberal", en Lluís Roura i Aulinas e Irene Castells (eds.), *Revolución y Democracia. El jacobinismo europeo*, Madrid, Ediciones del Orto, 1995.
- ROMEO MATEO, María Cruz, "La tradición progresista: historia revolucionaria, historia nacional" en Manuel Suárez Cortina (ed.), *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, pp. 81-113.
- ROMEO MATEO, María Cruz, *Entre el orden y la revolución. La formación de la burguesía liberal en la crisis de la monarquía absoluta (1814-1833)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993.
- ROMERA, Ángel (ed.), *El Zurriago (1821-1823). Un periódico revolucionario*, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura, 2005.
- ROMERA, Ángel, "Últimos días de un zurriaguista en Madrid: El retorno del escritor liberal Félix Mejía (1778-1853)", en *Trienio*, nº 46, 2005, pp. 5-65.
- ROMERA, Ángel, *Ilustración y Literatura en Ciudad Real*, Ciudad Real, Diputación Provincial 2006.
- ROSANVALLON, Pierre, *La Monarchie impossible: Les chartes de 1814 et 1830*, París, Fayard, 1994.
- ROSEN, F., *Bentham, Byron and Greece. Constitutionalism, Nationalism and Early Liberal Political Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1992.

- ROTHMAN, Adam, *Slave Country: U.S. Expansion and the Origins of the Deep South*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2005.
- RUBIÉS, Joan Pau, “La idea del gobierno mixto y su significado en la crisis de la monarquía hispánica”, en *Historia Social*, nº 24, 1996, pp. 57-81.
- RUBIÉS, Joan Pau, “Reason of State and Constitutional Thought in the Crown of Aragon, 1580-1640”, en *The Historical Journal*, nº 38, I, 1995, pp. 1-28.
- RUBIO, Dolores, ROJAS FRIEND, Antonio y FUENTES, Juan Francisco, “Aproximación sociológica al exilio liberal español en la década ominosa (1823-1833)”, en *Spagna contemporanea*, nº 13, 1998, pp. 7-19.
- RUIZ DE GORDEJUELA URQUIJO, Jesús, *La expulsión de los españoles de México y su destino incierto, 1821-1836*, Sevilla, Universidad de Sevilla/CSIC/Diputación de Sevilla, 2006.
- RUIZ JIMÉNEZ, Marta, “La Confederación de Comuneros españoles en el Trienio Liberal (1821-1823)”, en *Trienio* nº 35, 2000, pp. 155-86.
- RUIZ JIMÉNEZ, Marta, *El liberalismo exaltado: la confederación de comuneros españoles durante el trienio liberal*, Madrid, Fundamentos, 2007.
- RUIZ MANJÓN-CABEZA, Octavio, “La amnistía de 1833 y los liberales emigrados”, en *Cuadernos de investigación histórica*, nº 1, 1977, pp. 137-148.
- RUIZ TORRES, Pedro, “Algunos aspectos de la revolución burguesa en España”, en VV.AA, *El Jacobinisme. Reacció i revolució a Catalunya i a Espanya 1789-1837*, Barcelona, ed. Fundació Caixa de Catalunya-UAB, 1990, pp. 9-39.
- RUIZ TORRES, Pedro, “Del Antiguo a nuevo régimen: carácter de la transformación”, en VV.AA., *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, vol. 1, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid-Alianza, pp. 159-192.
- RÚJULA, Pedro, “Carlistas” en Jordi Canal (ed.), *Exilios Los éxodos políticos en la Historia de España. Siglos XV-XX*, Madrid, Sílex, 2005, pp. 167-189.
- RÚJULA, Pedro, *Constitución o muerte. El Trienio Liberal y los levantamientos realistas en Aragón (1820-1823)*, Zaragoza, Astral, 2000.
- RÚJULA, Pedro, *Contrarrevolución realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998.
- RÚJULA, Pedro, *Rebeldía campesina y primer carlismo: los orígenes de la guerra civil en Aragón*, Zaragoza, Departamento de Educación y Cultura, 1995.
- SÁBATO, Hilda, “Milicias, ciudadanía y revolución: el ocaso de una tradición política. Argentina, 1880”, *Ayer*, nº 70, 2008 (2), pp. 93-114.
- SÁBATO, Hilda, *The Many and the Few: Political Participation in Republican Buenos Aires*, Stanford, Stanford University Press, 2001.
- Salvatore CANDIDO “La revolución de Cádiz y el general Rafael del Riego, su lucha por la libertad. Mito e imagen por medio de los despachos diplomáticos de Madrid, Turín y el periódico Gazzeta di Genova (1820-1823)”, en Alberto Gil Novales (ed.), *Ejército, pueblo y constitución. Homenaje al General Rafael del Riego*, Madrid, Anejos de la revista *Trienio*, 1987, pp. 80-95.
- SÁNCHEZ BAENA, Juan José, *El terror de los tiranos. La imprenta en la centuria que cambió Cuba*, Castellón de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2009.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel, *Alcalá Galiano y el liberalismo español*, Madrid, CEPC, 2005.

SÁNCHEZ I CARCELÉN, Antoni, *Absolutisme y liberalisme a Lleida, 1814-1828*, tesis doctoral, Universitat de Lleida, 2007.

SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, “La pesadilla mesocrática: ciudadanía y clases medias en el orden liberal histórico español”, en Manuel Pérez Ledesma (ed.), *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 21-57.

SÁNCHEZ MANTERO, Rafael “Gibraltar, refugio de liberales exiliados”, en *Revista de Historia Contemporánea*, nº 1, 1982, pp. 81-107.

SÁNCHEZ MANTERO, Rafael, “L’Espagne et la révolution de 1830”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, tomo IX, 1973, pp. 567-579.

SÁNCHEZ MANTERO, Rafael, “Liberales fuera de España. El exilio político en la crisis del Antiguo Régimen”, en José Luis Casas Sánchez y Francisco Durán Alcalá (coords.), *III. Congreso sobre el republicanismo. Los exilios en España (Siglos XIX y XX)*, Vol. I, Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora y Torres, 2005, pp. 13-26.

SÁNCHEZ MANTERO, Rafael, *Las conspiraciones liberales en Francia (1815-1823)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1972.

SÁNCHEZ MANTERO, Rafael, *Las Cortes en Sevilla en 1823*, Sevilla, Parlamento de Andalucía, 1986.

SÁNCHEZ MANTERO, Rafael, *Liberales en el exilio. La emigración política en Francia en la crisis del Antiguo Régimen*, Madrid, Rialp, 1975.

SÁNCHEZ MANTERO, Rafael, *Los Cien Mil Hijos de San Luis y las relaciones franco-españolas*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1981.

SANDERS, James E., “Atlantic Republicanism in Nineteenth-Century Colombia: Spanish America’s Challenge to the Contours of Atlantic History”, en *Journal of World History*, nº 20, marzo de 2009, pp. 131-150.

SARRAILH, Jean, “Réfugiés espagnols en France au XIX^e siècle. Le dépôt de Montmorillon (1831-1833)”, en *Bulletin Hispanique*, XXX, 1928, pp. 220-234.

SARTI, Roland, “Giuseppe Mazzini and Young Europe”, en C. A. Bayly y F. Biagini (eds.), *Giuseppe Mazzini and the Globalisation of Democratic Nationalism*, Oxford University Press y The British Academy, 2008, pp. 275-297.

SAUNIER, Pierre-Yves, “Learning by Doing: Notes about the Making of the Palgrave Dictionary of Transnational History”, en *Journal of Modern European History*, nº 2, 2008, pp. 159-180.

SAVILLE, John, “1848 – Britain and Europe”, en Sabine Freitag (ed.), *Exiles from European revolutions. Refugees in Mid-Victorian England*, Nueva York-Oxford Berghahn Books, 2003.

SAZ, Ismael, “La historia de las culturas políticas en España (y el extraño caso del «nacionalismo español»)", en Benoît Pellistrandi y Jean-François Sirinelli (eds.), *L’histoire culturelle en France et en Espagne*, Madrid, Casa Velázquez, 2008, pp. 215-234.

SCHMIEDER, U., *Prusia y el Congreso de Verona. Estudio acerca de la política de la Santa Alianza en la cuestión española*, Madrid, Ediciones del Orto, 1998, pp. 217-218.

SCHULTZ, Kirsten, *Tropical Versailles: empire, monarchy and the Portuguese royal court in Rio de Janeiro, 1808-1821*, Nueva York, Routledge, 2001.

SCIROCCO, Alfonso, *L’Italia del Risorgimento, 1800-1860*, Bolonia, Il Mulino, 1990.

SEIGEL, Micol, “Beyond Compare: Comparative Method after the Transnational Turn”, en *Radical History Review*, nº 91, 2005, pp. 62-90.

SELLERS, Charles, *The Market Revolution: Jacksonian America, 1815-1846*, Nueva York, Oxford University Press, 1991.

SEOANE, M.C., *El primer lenguaje constitucional español (Las Cortes de Cádiz)*, Madrid, Moneda y Crédito, 1968.

SERRANO ORTEGA, José Antonio, *Jerarquía territorial y transición política. Guanajuato 1790-1836*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2001.

SHALHOPE, Robert E., "Republicanism and Early American Historiography", en *William and Mary Quarterly*, 3ª Ser., Vol. 39, nº 2, 1982, pp. 334-356.

SHALHOPE, Robert E., "Republicanism, Liberalism, and Democracy: Political Culture in the New Nation" en Milton M. Klein, Richard D. Brown y John B. Hench (eds.) *The Republican Synthesis Revisited. Essays in Honor of George Athan Billias*, Worcester, American Antiquarian Society, 1992.

SHALHOPE, Robert, "Toward a Republican Synthesis: The Emergence of an Understanding of Republicanism in American Historiography", en *The William and Mary Quarterly*, 3ª Ser., Vol. 29, No. 1, 1972.

SHEEHAN, James J., *German History, 1770-1866*, Oxford, Oxford University Press, 1989.

SIERRA, María, "El espejo inglés de la modernidad española: el modelo electoral británico y su influencia en el concepto de representación liberal", en *Historia y Política*, nº 21, enero-junio 2009, pp. 139-167.

SIMAL, Juan Luis, "El republicanismo agrario en Estados Unidos, 1785-1824", en *Historia Agraria*, nº 49, diciembre 2009, pp. 73-100.

SIMAL, Juan Luis, "En la cuna de la libertad: Félix Mejía, un exiliado español en Estados Unidos, 1824-1827", en *Historia y Política*, nº 20, Madrid, julio-diciembre 2008, pp. 265-291.

SIMAL, Juan Luis, "Más allá de la metáfora: el lenguaje de esclavitud y libertad en el primer liberalismo español", en Manuel Pérez Ledesma (ed.), *Lenguajes de la modernidad en la Península Ibérica*, en prensa.

SIMS, Harold, *Descolonización en México. El conflicto entre mexicanos y españoles, (1821-1831)*, Ciudad de México, FCE, 1982.

SIMS, Harold, *La expulsión de los españoles de México (1821-1828)*, Ciudad de México, FCE, 1974

SIRINELLI, Jean-François, "L'histoire politique et culturelle", en Jean-Claude Ruano-Borbalan (coord.), *L'histoire aujourd'hui*, Auxerre, Ed. Sciences Humaines, 1999.

SKED, Alan (ed.), *Europe's balance of power, 1815-1848*, Harper and Row, Nueva York, 1979.

SKINNER, Quentin, "Classical Liberty and the Coming of the English Civil War", en Q. Skinner y M. Van Gelderen, (eds.) *Republicanism. A shared European heritage*, Vol. II, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

SKINNER, Quentin, *Liberty before Liberalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

SKINNER, Quentin, *The foundations of modern political thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978.

SKUY, David, *Assassination, Politics, and Miracles: France and the Royalist Reaction of 1820*, Ithaca, Nueva York, McGill-Queen's University Press, 2003.

SMERDOU ALTOLAGUIRRE, Luis, *Carlos IV en el exilio*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2000.

SOLÀ, Àngels, “Escoceses, yorkinos y carbonarios. La obra de O. de Atellis, marqués de Santangelo, Claudio Linati y Florencio Galli en México en 1826”, en *Boletín Americanista*, nº 34, pp. 209-244.

SORDO CEDEÑO, Reynaldo, “El proyecto hacendario de Manuel Eduardo de Gorostiza”, en Leonor Ludlow (ed.), *Los secretarios de Hacienda y sus proyectos, 1821-1933*, 2 vols. Ciudad de México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2002, vol. 1, pp. 173-96.

SPITZER, Alan B., *Old Hatreds and Young Hopes. The French Carbonari against the Bourbon Restoration*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971.

SPITZER, Alan B., *The French Generation of 1820*, Princeton, Princeton University Press, 1987.

SPRAGUE, Paula A., *El Europeo (Barcelona, 1823-1824): prensa, modernidad y universalismo*, Madrid y Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2009.

St. CLAIR, William, *That Greece Might Still Be Free. The Philhellenes in the war of independence*, Cambridge, Open Book, 2008 (nueva edición).

STROUD, Patricia T., *The man who had been King: the American exile of Napoleon's brother Joseph*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2005.

SUAREZ CABAL, Cecilia, “Aproximación al republicanismo en el pensamiento artiguista a través del análisis del concepto «pueblos»”, en *Historia Contemporánea*, nº 28, 2004, pp. 185-204.

SUAREZ CORTINA, Manuel (ed.), *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999.

SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.), *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006.

SUÁREZ CORTINA, Manuel, “Entre la barricada y el parlamento. La cultura republicana en la Restauración”, en M. Suárez Cortina (ed.), *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 499-523.

SUÁREZ CORTINA, Manuel, “Las tradiciones culturales del liberalismo español, 1808-1950”, en Suárez Cortina (ed.), *Las máscaras de la libertad. El liberalismo español, 1808-1950*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 13-48.

SUÁREZ CORTINA, Manuel, *El gorro frigio. Liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva-Sociedad Menéndez Pelayo, 2000.

SUÁREZ, Federico, *Documentos del reinado de Fernando VII. Vol II. Informes sobre el estado de España (1825)*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1966.

SUÁREZ, Federico, *La crisis política del Antiguo Régimen en España (1800-1840)*, Madrid, Rialp, 1988 (3ª ed.).

SUBIRATS, Eduardo (ed.), *José María Blanco White: crítica y exilio*, Barcelona, Anthropos, 2005.

TAYLOR, George R., *The Transportation Revolution, 1816-1860*, Nueva York, Rinehart, 1951.

THIBAUD, Clément y CALDERÓN, María Teresa (coords.) *Las revoluciones en el mundo atlántico: una perspectiva comparada*, Bogotá, Taurus Historia, 2006.

THOMPSON, E. P., *The Making of the English Working Class*, Londres, Penguin, 1991 [1963].

THOMSON, Sinclair, *We Alone Will Rule. Native Andean Politics in the Age of Insurgency*, Madison, University of Wisconsin Press, 2002.

THORNTON, John, *Africa and the Africans in the Atlantic World. 1500-1800*, Nueva York, Cambridge University Press, 1998.

Timothy E. ANNA, *Spain and the Loss of America*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1983.

TORRAS ELIAS, Jaume, *Liberalismo y rebeldía campesina, 1820-1823*, Barcelona, Ariel, 1976.

TORRES PUGA, Gabriel, *Los últimos años de la Inquisición en la Nueva España*, Ciudad de México, CONACULTA / INAH / Porrúa, 2004.

TULARD, Jean, “1815-1848, Discrédit et renouveau”, en Michel Aubouin, Arnaud Teyssier, Jean Tulard, *Histoire et dictionnaire de la Police. Du Moyen Âge à nos jours*, París, Robert Lafont, 2005, pp. 305-331.

TULARD, Jean, *La Préfecture de Police sous la Monarchie de Juillet. Suivi d'un inventaire sommaire et d'extraits des rapports de la préfecture de police aux archives nationales*, París, Bibliothèque historique de la Ville de París, 1964.

TURAN, Ömer, “The Role of Russia and England in the Rise of Greek Nationalism and in Greek Independence”, en *OTAM*, nº 10, pp. 243-291.

URBINATI, Nadia, “The Legacy of Kant. Giuseppe Mazzini’s cosmopolitanism of nations”, en C. A. Bayly y Eugenio Biagini (eds.), *Giuseppe Mazzini and the Globalisation of Democratic Nationalism, 1830-1920*, Oxford University Press / The British Academy, 2008, pp. 11-35.

URÍA RÍU, Juan, “Flórez Estrada en París, 1830-1834”, en *Archivum*, tomo 5, 1955, pp. 39-77.

URIBE-URÁN, Víctor M., “The birth of a public sphere in Latin América during the Age of Revolution”, en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 42, nº 2, 2000, pp. 425-457.

VAN YOUNG, Eric, *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence 1810-1821*, Stanford, Stanford University, 2001.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín, (coord.), *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853) Política, economía, sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2004.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín, “El pensamiento constitucional español en el exilio: el abandono del modelo doceañista (1823-1833)”, en *Revista de Estudios Políticos*, (Nueva Época), núm. 88 (abril-junio 1995), pp. 63-90.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín, “La Monarquía imposible: la Constitución de Cádiz durante el Trienio”, en *Anuario de Historia del Derecho Español*, nº 66, 1996, pp. 653-688.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín, “Rey, Corona y Monarquía en los orígenes del constitucionalismo español, 1808-1814”, en *Revista de Estudios Políticos*, nº 55, 1987, pp. 132-195.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín, *El conde de Toreno, 1786-1843. Biografía de un liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín, “El debate sobre el sistema británico de gobierno en España durante el primer tercio del siglo XIX”, en J. M^a Iñurritegui y J. M^a Portillo Valdés (eds.), *Constitución en España: orígenes y destinos*, Madrid, CEPC, 1998, pp. 79-108.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín, *La teoría del Estado en los orígenes del constitucionalismo hispánico (Las Cortes de Cádiz)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983.

VAUCHELLE, Aline, “La emigración a Francia del clero liberal español: 1823-1834”, en *Brocar*, 21, 1998, pp. 269-309.

VAUCHELLE-HAQUET, Aline y DUFOUR, Gérard, “Les Espagnols naturalisés français et les Espagnols ayant obtenu l’autorisation de fixer leur domicile en France de 1814 à 1831”, en VV. AA., *Exil*

politique et migration économique. Espagnols et Français aux XIXe-XXe siècles, París, CNRS, 1991, pp. 31-51.

VAUCHELLE-HAQUET, Aline, *Les ouvrages en langue espagnole publiés en France entre 1814 et 1833*, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1985.

VIDALENC, Jean, *Les demi-solde: Étude d'une catégorie sociale*, París, Rivière, 1955.

VIGIER, Philippe, *Paris pendant la Monarchie de Juillet (1830-1848)*, París, Association pour la publication d'une histoire de Paris: diff. Hachette, 1991.

VILAR, Juan Bautista, "La emigración liberal española en los Estados Unidos: Una primera aproximación (1823-1833)", en *Estudios de Derecho Constitucional y de Ciencia Política. Homenaje al Prof. Rodrigo Fernández Carvajal*, 1997, Murcia, pp. 1167-1185.

VILAR, Juan Bautista, "Los orígenes de la prensa cubana. Un intento de aproximación y análisis, (1764-1833)", en *Revista Complutense de Historia de América*, nº 22, 1996, pp. 337-345.

VILAR, Juan Bautista, *Emigración española a Argelia (1830-1900): colonización hispánica de la Argelia francesa*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, CSIC, 1975.

VILAR, Juan Bautista, *Los españoles en la Argelia francesa, (1830-1914)*, Madrid y Murcia, Centro de Estudios Históricos y Universidad de Murcia, 1989.

VILAR, Mar, "Un olvidado precursor del exilio intelectual en Norteamérica: el periodista y dramaturgo Félix Mejía", en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, nº 44. Diciembre 2001. pp. 75-98.

VILAR, Mar, *El español, segunda lengua en los Estados Unidos*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008, 3ª ed.

VILAR, Mar, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos, 1823-1833*, Murcia, Universidad de Murcia, 1994.

VILLARES, Ramón, "El pasado que cambia: reflexiones a propósito de la revolución liberal española", en *Josep Fontana. Historia y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 13-28.

VILLAVICENCIO, Susana, *Sarmiento y la nación cívica: ciudadanía y filosofías de la nación en Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 2008.

VILLORO, Luis, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, Conaculta, 2002 [1ª ed., 1953].

WANDYCZ, Piotr S., *The Lands of Partitioned Poland 1795-1918*, Seattle, University of Washington Press, 1984.

WATSON, Harry L., *Liberty and Power. The politics of Jacksonian America*, Nueva York, Hill and Wang, 1990.

WEINER, Margery, *The French Exiles, 1789-1815*, Londres, Murray, 1960.

WICKS, Margaret C. W., *The Italian Exiles in London, 1816-1848*, Manchester University Press, 1937.

WILENTZ, Sean, *The rise of American democracy*, Nueva York, Norton, 2005.

WILLCOX William B., y ARNSTEIN, Walter L., *The Age of Aristocracy, 1688-1830*, Houghton Mifflin Company, Boston y Nueva York, 2001.

WITTE, Els, "La construcción de la Belgique, 1828-1847", en Els Witte, Éliane Gubin, Jean-Pierre Nandrin y Gita Deneckere, *Nouvelle Histoire de Belgique*, Bruselas, Editions Complexe, 2005, pp. 1-216.

WOOD, Gordon S., "Afterword" en Milton M. Klein, Richard D. Brown y John B. Hench (eds.) *The Republican Synthesis Revisited. Essays in Honor of George Athan Billias*, Worcester, American Antiquarian Society, 1992.

WOOD, Gordon S., "Conspiracy and the Paranoid Style: Causality and Deceit in the Eighteenth Century", *William and Mary Quarterly*, 3rd. ser. 39, 1982, pp. 401-440.

WOOD, Gordon S., "Ideology and the Origins of Liberal America", en *The William and Mary Quarterly*, 3rd Ser., Vol. 44, No. 3, 1987, pp. 628-640.

WOOD, Gordon S., *The Creation of the American Republic, 1776-1787*, Chapel Hill, N.C., University of North Carolina Press, 1998, reedición.

WOOD, Gordon S., *The Creation of the American Republic, 1777-1787*, Nueva York, Norton, 1972 [1^aed. 1969].

WOOD, Gordon S., *The radicalism of the American Revolution*, Nueva York, Knopf, 1992.

WOOD, Gordon S., *The Rising Glory of America, 1760-1820*, Nueva York, George Braziller Incorporated, 1971.

WOODHOUSE, C. M., "Kapodistria and the *Philike Etairia*, 1814-1821", en Richard Clogg (ed.), *The Struggle for Greek Independence*, Hamden, Archon Books, 1973.

WOOLF, Stuart, *A History of Italy, 1700-1860. The social constraints of political change*, Londres, Methuen, 1979.

WOOLF, Stuart, *Napoleon's integration of Europe*, Londres, Routledge, 1991.

ZAMOYSKI, Adam, *Holy Madness, romantics, patriots, and revolutionaries, 1776-1871*, Londres, Wiedenfeld & Nicolson, 1999.

ZAVALA, Iris M., *Masones, comuneros y carbonarios*, Madrid, Siglo XXI, 1971.

ZORAIDA VÁZQUEZ, Josefina, "El federalismo mexicano, 1823-1847", en Marcello Carmagnani (ed.), *Federalismos latinoamericanos: México/Brasil/Argentina*, Ciudad de México, FCE-El Colegio de México, 1993, pp. 15-50.

ZUNIGA, Jean-Paul, "L'histoire impériale à l'heure de l'histoire globale". Problèmes et approches. Une perspective atlantique", en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 54-4bis, 2007, pp. 54-68.